
3 1761 07040173 2



HISTORIA GENERAL

DE

LAS MISIONES.

III.



VIAGE PINTORESCO Á LAS CINCO PARTES DEL MUNDO.

HISTORIA GENERAL

DE

LAS MISIONES

DESDE EL SIGLO XIII HASTA NUESTROS DIAS

POR EL

BARON DE HENRION

DE LA ACADEMIA DE LA RELIGION CATÓLICA, DE LAS ACADEMIAS Y SOCIEDADES REALES DE METZ Y DE NANCY; CABALLERO DE LA ÓRDEN DE LOS SANTOS MAURICIO Y LÁZARO; COMENDADOR DE LA ÓRDEN DE SAN GREGORIO EL GRANDE, AUTOR DE LA HISTORIA GENERAL DE LA IGLESIA, ETC., ETC.

DEDICADA AL CARDENAL DE BONALD.

OBRA RECOMENDADA POR SU SANTIDAD PIO IX

TRADUCIDA AL CASTELLANO, AMPLIADA, ANOTADA Y ADICIONADA EN LO PERTENECIENTE Á ESPAÑA

por los Sres. Carbonero y Sol, Magan y Caballero.

BAJO LA CENSURA

DEL Dr. D. SALVADOR MESTRES.

TOMO SEGUNDO

PRIMERA SERIE.

BARCELONA.

LIBRERÍA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR, IMPRESOR DE S. M.,

PREMIADO POR S. S. PIO IX

ESCUDILLERS NÚM. 57.

1863

HISTORIA GENERAL DE LAS MISIONES.

CONTINUACION DEL LIBRO SEGUNDO.

DESDE EL ESTABLECIMIENTO DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, HASTA EL DE LA CONGREGACION DE LA PROPAGANDA.

CAPÍTULO XI.

Misiones de los franciscanos en Méjico y en el nuevo Méjico.

Continuaba la familia de S. Francisco derramando su sudor y su sangre para fecundizar las nuevas iglesias de América; puesto que, despues de Juan de Zumarraga, de Luis de Fuensalida y de Alfonso Rengel, últimos misioneros de aquella órden, cuya muerte en Méjico hemos consignado, habian ido desapareciendo tambien otros muchos de aquel vasto teatro del apostolado, aunque para revivir en los dignos sucesores de su celo y de su caridad.

Educados los primeros propagadores de la fé en la provincia de San Gabriel, se habian identificado, por decirlo así, en su espíritu primitivo; y su amor á la cruz, siempre creciente en ellos con el ardor apostólico, les habia hecho resistir todas las fatigas y persecuciones que son el esclusivo patriotismo de los ministros del Evangelio.

Fray Antonio Suarez de Ciudad-Rodrigo, uno de los compañeros de Martin de Valencia (1), predicaba tres veces al dia en tres distintas lenguas, para que pudiesen entenderle todos cuantos para oirle acudian de diferentes regiones. Despues de haber celebrado la misa, bautizaba á los niños y ejercia todas las demás funciones de su ministerio, las cuales le ocupaban á veces todo el dia y una gran parte de la noche; solo comia algunas yerbas, aun cuando debiese asistir á la mesa del obispo de Méjico. Mientras dirigia Suarez la provincia del Santo Evangelio, se puso de acuerdo con el provincial de los dominicos y con el de los agustinos, para acudir al emperador en beneficio de los indígenas, á la sazon bastante oprimidos, y de los que lograron aquellos religiosos mejorar la suerte. Habiendo sido nombrado despues el P. Antonio Suarez, obispo de Nueva Galicia, renunció aquella dignidad, y terminó sus dias en la penitencia y la pobreza en que siempre habia vivido; su muerte tuvo lugar en el año 1553.

Francisco Gimenez, que fué uno de los compañeros de Martin de Valencia, no era menos humilde y penitente que Antonio Suarez de Ciudad Rodrigo: como le pareciese la dignidad del sacerdocio superior á sus fuerzas, no quiso consentir nunca en que se le ordenase de sacerdote mientras permaneció en los con-

(1) Véase lib. I, cap. XXXVI.

ventos de España. Solo cuando estuvo en Méjico pudo el celo por la salvacion de las almas triunfar de la modestia de Gimenez: eran tantas las almas envueltas en las tinieblas, y tan escasos los sacerdotes que debian disipárselas, que no titubeó por mas tiempo Francisco en abrazar el sacerdocio. Aquella obra de conversion absorvió todas las horas de su vida, sin que el mas rudo y asíduo trabajo, disminuyese nunca el rigor de sus ayunos, mortificaciones y vigilias, medios poderosos para atraerse á los pobres indígenas y para obrar las muchas conversiones que tuvieron lugar durante su apostolado. La justa fama de Gimenez llamó la atencion de Cárlos V, cuando trataba este monarca de erigir á Tabasco (1) en ciudad episcopal, por lo que propuso para aquella diócesis al humilde franciscano, fué tal el espanto que le causó la noticia de su encumbramiento, que anticipó probablemente su muerte. Así lo indica al menos un analista, al decir que Francisco Gimenez no aceptó la dignidad episcopal, y que en breve se durmió en el seno de Dios.

La vida, las virtudes y las escursiones evangélicas de Juan de S. Francisco, natural del reino de Murcia, nos lo presentan como digno cólega de los dos anteriores misioneros, sus hermanos en religion. A los pocos dias de su llegada á la provincia del Santo Evangelio, creia ya el buen religioso perder el tiempo, por no poder predicar á la multitud de idólatras que le rodeaba; así que, procuró aprender desde luego la lengua mejicana, sin dedicarse empero á su estudio, y si tan solo dirigiéndose á Dios, suplicándole con abundantes lágrimas que se la diese á conocer lo mas pronto posible. Refiérese que estando una noche absorto en una profunda meditacion, se vió de pronto inundado de purísima luz, que le obligó á esclamar: *Dominus illuminatio mea et salus mea*; y que al dia siguiente predicó en mejicano ante un numeroso auditorio, con gran asombro de todos. Desde entonces recorrió Juan diferentes provincias, derribando los ídolos, particularmente en Teocan, donde cada familia, cada indígena, tenia sus dioses particulares; al llegar á aquella poblacion, hizo anunciar el misionero el gran sacrificio que pensaba ofrecer al Señor, y en su virtud se reunieron todos los habitantes de la poblacion y de sus alrededores el dia señalado. Despues de una larga y tierna alocucion acerca de la ceguedad de los infieles, engañados por la astucia de Satan y por las imposturas de los sacrificadores, habló de la unidad y santidad del verdadero Dios, de la impiedad de la idolatría y de los castigos reservados á los idólatras. En el momento en que aquella multitud confusa y asombrada, oia con mas atencion sus palabras, mandó el religioso á algunos nuevos convertidos, particularmente á los jóvenes indígenas bautizados y mas instruidos, que librasen á la tierra de las falsas imágenes que la manchaban, y dando el misionero por sí mismo el ejemplo, empezó á derribar los altares y los ídolos, sin que los idólatras ni sus sacerdotes confundidos profiriesen ni una queja. Sin embargo, no fué tan general como era de desear; pocos dias despues sugirió el maligno espíritu á un sectario la idea de vengar aquella afrenta: introdújose el indígena en el convento de franciscanos, acechó escondido al misionero Juan, y á su paso le descargó en la cabeza un golpe terrible que lo tendió al suelo. Fué el asesino inmediatamente detenido, y el cielo obró un doble milagro: el misionero que yacia sin vida se levantó despues de algunos momentos curado, y obtuvo el perdon del asesino, el cual se hizo desde luego instruir y bautizar. Juan de San Francisco, tan célebre ya por su piedad, acabóse de atraer la admiracion general al renunciar modestamente el obispado de Nueva Galicia, y, sobre todo, por haberle permitido Dios resucitar á un muerto. Era tal la confianza que en él se tenia, que una muger, á la

(1) Tabasco lleva el nombre del cacique que poseia aquel pais, cuando lo descubrieron los españoles al mando de Cortés. En el año 1525 lo conquistó y redujo á la obediencia de España el capitan Vallecillo y la ciudad del mismo nombre, una de las mas antiguas de Nueva España, es conocida tambien con el nombre de Nuestra Señora de la Victoria, que le dió Cortés en el año 1519, por la que consiguió en su primer desembarco en aquel pais. (Nota del Trad.)

que acababa de morírsele un hijo, lo presentó inmediatamente al siervo de Dios que, despues de una corta oracion, lo devolvió á su madre vivo y sano. Sin dejar de atribuir á la bondad divina la gloria debida, atribuyó siempre el misionero aquel milagro que tantos presenciaron, á la fé ardiente de la jóven madre cristiana. Murió Juan de San Francisco en la ciudad de Méjico en el año 1556, siendo su muerte la del justo.

Las Crónicas de los Menores hablan de Fr. Bernardo Cosin, martirizado por los chichimecas, en el año 1555, en el valle de Guadiana; de Fr. Juan de Tapia, que sufrió tambien el martirio, y del que el indígena Lucas secundó con tanta abnegacion el apostolado; del hermano Juan Serrado, al que dieron muerte las flechas de los chichimecas; de Fr. Juan de Gaona, hijo de una noble y rica familia de la ciudad de Burgos. Despues que hubo profesado, se le permitió á este último ir á cursar teología en Paris, donde tuvo por profesor al P. maestro de Cornibus, uno de los mas ilustres religiosos de su órden; á su regreso la enseñó Juan de Gaona en el convento de Burgos. En el año 1538 partió el jóven religioso para el Nuevo-Mundo, en el que se hizo admirar tanto por su humildad como por su ciencia; murió últimamente en Méjico en el año 1559. Constan así mismo en la propia crónica, los trabajos de Fr. Francisco Lorenzo, natural de Granada, que vistió ya á los diez y siete años el hábito franciscano, siendo desde el primer dia de entrar en la órden seráfica un modelo de austeridad: nada hay en verdad mas sorprendente, que las arriesgadas escursiones de aquel misionero entre los idólatras de Nueva España, cuya barbarie desafió tantas veces, sin tener mas armas que la cruz, ni mas compañía que la del hermano Juan Stivaletza. Lorenzo fué el que evangelizó sin duda á muchos de los salvages que dieron muerte á Juan Calera, y que no habiendo entregado á Juan Collaris todos los vestidos del mártir, cubrian con un hábito de aquel religioso una estatua que paseaban públicamente ciertos dias, en conmemoracion de su odioso triunfo, y cuyo sangriento trofeo entregaron despues al nuevo apóstol franciscano que les habia convertido. Nombrado guardian del convento de Ezetlan, continuó Lorenzo en sus frecuentes misiones sosteniendo y aumentando la fé entre los indígenas, hasta que habiendo sorprendido los infieles una noche el pueblo cristiano en que se hallaba, fué Lorenzo inmolado junto con el hermano Juan, su compañero, al pié mismo del altar en que estaba orando con un crucifijo en la mano.

En el año 1560 murieron los bienaventurados Juan Fucher y Toribio de Benavente; el primero, nacido en Guyena, estaba muy versado en la teología y en el derecho canónico, pero que era aun mas notable por su humildad, por su amor á la pobreza y por su ardiente celo; prestó tān grandes servicios á la iglesia de Nueva España, que decia un religioso de San Agustin estar convencido de que volverian los mejicanos á caer en la idolatría, caso de perder á Juan Fucher, su mejor norte ó guia en el camino de la salvacion que habian emprendido. Murió aquel apóstol en Méjico, el dia 30 de setiembre del año 1560, dejando diferentes escritos, monumentos todos ellos, de su erudicion y de su piedad. Toribio, nacido en Benavente de España, abrazó primeramente la órden franciscana en la provincia de Santiago, luego fué recoleto en la de San Gabriel, y finalmente, uno de los compañeros de Martin de Valencia; dióse á aquel religioso el nombre de Motolinia, conforme lo hemos dicho ya anteriormente; fueron tantas las gracias de que le colmó el Señor, que en los treinta y siete años de su mision, recompensó su ardor por la fé con mas de cuatrocientas mil conversiones en todo el reino de Méjico. Juan de Ribas, cuyo apostolado se prolongó hasta el 25 de junio del año 1562, fué el último que murió de entre los doce compañeros de Martin de Valencia.

Jacinto de San Francisco, compañero de armas de Cortés, convertido, bajo el hábito humilde del patriarca de la órden seráfica, en

siervo y apóstol de los indígenas que acababa de vencer, fué en el año 1560 á evangelizar á los chichimecas, entre los que estuvo seis años. A su muerte, acontecida en el año 1566, se le enterró en el convento de la custodia de Zacatecas; lejos de sufrir su cuerpo la corrupcion del sepulcro, al ser este abierto un año despues, estaba intacto y despedia su cadáver un olor suave, lo que fué considerado como una prueba de santidad.

Habia una region en Nueva-España que por su pobreza y escasa feracidad, recibió irónicamente el nombre de Costa Rica (1), siendo su capital la ciudad de Cartago; el franciscano Alfonso de Betanzos, fué el primero que anunció en ella el Evangelio, así como tambien el que fundó la provincia franciscana de San Jorge de Nicaragua. Como juzgase mas prudente ceder que resistir á las persecuciones de que fué en un principio objeto, se retiró Alfonso en el año 1560, á la custodia de Ouatemalica, donde se le unieron otros dos franciscanos y un licenciado españoles, para evangelizar de consuno á los indígenas, que la humildad y las demás virtudes del misionero, lograban atraer á la buena senda. Despues de prolongados y rudos trabajos, murió Alfonso de Betanzos en el año 1566, cerca de un pueblecito llamado Chomet, cuya iglesia recibió sus restos; si bien poco tiempo despues se les desenterró para ser trasladados á la iglesia de los franciscanos de Cartago, donde fueron objeto de la veneracion de los españoles y de los indígenas de Costa Rica.

Al año siguiente murió el bienaventurado Pedro del Castillo, que habia tomado el hábito de S. Francisco en España, en la provincia de la Concepcion. Luego de ser sacerdote, formó Pedro la generosa resolucion de ir á predicar el Evangelio á los idólatras de América, por lo que se dirigió á Méjico en el año 1534. Luego que pudo espresarse con alguna facilidad en las lenguas mejicana y otomita, empezó su mision: la dulzura, la modestia, y sobre todo, el desinterés de que daba contínuas pruebas, valieron al religioso la confianza de los indígenas y admirables triunfos. A pesar de su quebrantada salud, dióle siempre su celo fuerzas bastantes para soportar las mayores fatigas; el hambre, la sed, el mal estado de los caminos, lo inminente de los peligros, nada bastó á contenerle nunca, al tratarse de la salvacion de los indígenas, á quienes consideraba como hermanos. Los analistas lo han comparado á Tobías, porque como él, perdió la vista; á Job, porque muchas veces se vió tambien Pedro en el triste y deplorable estado de aquel santo varon, mortificado á la vez por la miseria y las enfermedades, sin proferir nunca ni una sola queja. Cuando en medio de las mayores tribulaciones carecia de toda esperanza, alababa á Dios con fervor, y siempre que se trataba de sus aflicciones y de sus males, repetia estas palabras: «¡El Señor me las ha enviado, benditos sean su voluntad y su nombre!» Cuando no podia dirigirse á las tribus idólatras, se dedicaba á confesar á los indígenas convertidos á la fé, á esplicarles nuestros divinos misterios, y á fortalecerles en su nueva creencia por medio de la beatitud prometida á los que practicarán el Evangelio; empleaba además su tiempo en instruir á los otros religiosos en el idioma del pais, á fin de que pudiesen sucederle en la carrera laboriosa de la predicacion y la enseñanza. Los analistas nos presentan tambien á Pedro del Castillo, como modelo en la observancia de su regla, puesto que en medio de los trabajos de su difícil mision, guardó siempre la pobreza, la castidad, la humildad, la perfecta obediencia, y consagró á la oracion todo el tiempo de que le permitia disponer el ejercicio esterior de su ministerio. Murió aquel santo religioso el dia 5

(1) Esta region ó mejor provincia, fué descubierta por algunos españoles de Panamá, quienes le dieron el nombre que lleva, no irónicamente como supone el autor que trasladamos, sino con motivo de los ricos presentes de oro y plata que recibieron de los indígenas. En los primeros tiempos de la conquista estaba bien cultivada y poblada, y habia mucho comercio con Cartagena, Panamá y otros puntos, si debemos dar crédito á algunos historiadores; pero en el año 1666 fué talada por una cuadrilla de corsarios estrangeros, y mas tarde hicieron otro tanto los ingleses, arruinándola completamente. (N. del Trad.)

de noviembre de 1567, en el convento de San José de Tula; sus hermanos, que no podian menos de considerarle como bienaventurado, depositaron su cuerpo junto á las gradas del altar mayor de su iglesia, á fin de que pudiese hallársele mas fácilmente, cuando se procediese á su beatificacion.

El año 1571 fué notable en los anales de la órden seráfica, por la muerte de Francisco de Toral, primer obispo de Yucatan, asi como tambien por la del bienaventurado Andrés de Olmedo, hijo de una opulenta familia de Castilla la Vieja. Era Andrés por su virtud, talento y saber, uno de los religiosos mas eminentes de su órden; abrazó la regla de San Francisco en Valladolid, en la provincia franciscana de la Concepcion, donde pasó el noviciado y perfeccionó sus estudios teológicos; sus rápidos progresos, y sobre todo, su facilidad asombrosa en aprender los idiomas, indujeron á Juan de Zumarraga, nombrado obispo de Méjico, á llevárselo consigo. Imposible es fijar el número de conversiones que hizo Andrés en los cuarenta y tres años que duró su mision, solo, si consta que cristianizó á un gran número de pueblos, en los que plantó el primero la enseña gloriosa de la cruz. Dotado de una constitucion robusta, pudo el apóstol de Jesucristo soportar constantemente todas las fatigas, sin que á pesar de su increible trabajo, dejase de observar ninguna de sus muchas austeridades; llevaba un cilicio de crin, iba siempre descalzo, y eran las yerbas y el agua su único alimento. Sin abrigar mas deseo que el de convertir á los indígenas, penetró en medio de tribus salvages, de las que ni aun los mismos naturales del llano tenian noticia, y á muchos de los cuales logró regenerar por medio del bautismo; los chichimecas, en particular, fueron los que mas fruto recogieron de su ardoroso celo. No hubo obstáculos que no venciesen su paciencia y su sagacidad, burlando siempre cuantas asechanzas le armaron diferentes americanos obstinados en sus supersticiones, al ver los triunfos contínuos que alcanzaba sobre la idolatría ó la incredulidad. Si despues de haber cumplido con las inmensas obligaciones impuestas por el ejercicio de su ministerio, podia disponer Andrés de algunas horas, las empleaba en leer las santas Escrituras, para adquirir nuevas luces, ó en escribir ó traducir á la lengua mejicana, algunas obras útiles á los nuevos convertidos. Recompensó Dios á su siervo con el don de profecía, como lo demuestra el haber anunciado á su sobrino, religioso de la órden de San Agustin, todo cuanto habia de sucederle, y el haber dicho á un indígena enfermo, que moriria una hora antes que él, predicciones ambas realizadas por los acontecimientos. Murió Andrés de Olmedo en el año 1571, en el pueblo de Tampico, donde se le veneró como santo.

El bienaventurado Pedro de Gante terminó su gloriosa carrera el año 1572; en vano fué instado aquel humilde religioso, para que se ordenase de sacerdote, cuyas órdenes le habrian procurado la silla episcopal de Méjico; nunca quiso su modestia aceptar el alto honor que se le queria dispensar en recompensa de sus virtudes y sus méritos. Refiriéndose á la autoridad moral de que gozaba Pedro entre los indígenas, decia el dominico Alfonso de Montufar, sucesor del franciscano Juan de Zumarraga, que el verdadero arzobispo de Méjico no era él, sino Pedro de Gante, religioso lego de la órden de San Francisco. Despues de haberse dedicado por espacio de cincuenta años á la conversion de los indígenas, murió aquel venerable apóstol en Méjico, en olor de santidad, siendo enterrado en la capilla de San José del convento de PP. Franciscanos.

Dignos son tambien de figurar en los anales de los misioneros franciscanos, de los que continuamos los nombres sin referir detalladamente su vida de sacrificio, Fr. Francisco Colmenar, que evangelizó á los idólatras por espacio de treinta y cinco años, y murió santamente en la provincia del nombre de Jesus de Guatemala; Fr. Francisco de Torres, uno de los primeros fundadores de la provincia de

San José de Yucatan, muerto en el convento de la Madre de Dios en Mérida; Fr. Diego de Olarte, antes compañero de armas de Cortés, que trocó despues su uniforme por el hábito franciscano, renunciando á una silla episcopal que se le ofreció mas tarde en recompensa de su activo apostolado: vióse obligado Olarte á la edad de setenta años, á dirigirse á España para justificarse de los cargos y calumnias hechos por sus émulos, regresando al poco tiempo con una nueva cohorte evangélica, al reino de Méjico, donde murió en la ciudad de los Angeles; Fr. Rodrigo Bienvenido, religioso de la provincia franciscana de Santiago, y uno de los misioneros de la América septentrional, que hicieron mas conquistas espirituales; Miguel de Torrejonsillo, Juan de Bejar, Francisco de Villalbar, Juan de Almeda, Melchor de Benavente, todos ellos ardientes propagadores de la fé, y cuyos cuerpos reposan en el convento de San Francisco de la ciudad de los Angeles; Fr. Francisco Marquina, hijo de la diócesis de Calahorra, que se fué á América en el año 1550, para arrancar de la idolatría á los pobres indígenas, muerto en el convento de Jalapa; Fr. Bernardino de la Concepcion, que terminó su gloriosa carrera en la provincia franciscana de San Pedro y San Pablo; Fr. Jacobo del Monte, de la provincia de San Gabriel, que fué á predicar la fé en la del Santo Evangelio, y á morir en el convento de San Francisco, en Méjico; Fr. Alfonso de Nuete, antes religioso gerónimo, y despues franciscano, que fué á América con Francisco de Testera; Fernando Basaccio; nacido en Guyena, Andrés de Bruges, Gerónimo Mendieta; Fr. Diego de Landa, natural de Castilla, que murió ocupando la silla episcopal de Yucatan, el año 1579; Fr Alfonso de Molina, apóstol desde su infancia, muerto en Méjico en el año 1580; y Fr. Francisco de Ledesma, que murió aquel mismo año en el propio convento de Méjico.

Fray Juan Pizarro, religioso de la provincia franciscana de San Miguel, misionero que tan pronto cristianizó el Yucatan, como el pais de Costa-Rica, primer guardian del convento de Turrialva, en la provincia de San Jorge, fué martirizado en el año 1580. Escitados los indígenas por una bebida espirituosa, invadieron el convento, y despues de haberse entregado á grandes escesos, dieron muerte á Pizarro, que estaba orando en su celda, é incendieron la iglesia, no sin profanar antes los ornamentos sagrados; sin embargo, los españoles no dejaron impunes aquellos horrendos sacrilegios.

No fué Pizarro la única víctima de la órden franciscana que hubo en aquella época; otras tres citarémos tambien, que fueron á regar con su sangre el vasto pais situado al norte de Nueva España. Agustin Rodriguez (segun Charlevoix, Ruiz), hijo de Niebla, pueblo poco distante de Sevilla, abrazó la regla seráfica en la provincia del Santo Evangelio; despues de haber predicado la fé á los zacatecas y chichimecas, se informó de si habia hácia el septentrion, otros pueblos salvages que hacer entrar en el redil de Jesucristo, y luego de haber sabido Rodriguez, que eran aquellas regiones muy pobladas, se dirigió á Méjico para procurarse ausiliares que le secundasen en su apostolado. En el año 1580, Juan de Santa María, natural de Cataluña, religioso sacerdote que habia tomado el hábito en la provincia del Santo Evangelio, y Francisco Lopecio, hijo de una ilustre familia de Sevilla, que lo tomára en la provincia de Granada, á los diez y siete años de su edad, dotados ambos de mucha ciencia y virtud, se unieron á Fr. Agustin para recorrer las nuevas tribus descubiertas por su celo. Escoltados los tres religiosos por doce soldados españoles, atravesaron las montañas de Zacatecas, y se internaron hácia el norte como unas quinientas millas; las *Crónicas de los Menores* dicen que llegaron á una region, en la que habia reunidas cuarenta ó cincuenta tribus que habitaban unas seis mil casas, y á cuyo estenso pais dieron el nombre de Nuevo-Méjico. Admirado Fr. Juan de Santa María, de la benévola acogida que se les habia hecho, resolvió ir en

busca de nuevos misioneros; pero tomó al volver atrás un camino distinto del que antes siguiera; habia andado ya tres dias, cuando vió dirigirse hácia él un gran número de idólatras que le arrojaron una enorme piedra que lo aplastó enteramente. Los pocos soldados que le acompañaban, y que no sin arrostrar grandes peligros, llegaron á Méjico, informaron desde luego al virey de los descubrimientos hechos por aquellos religiosos. Entre tanto, Fr. Agustin Rodriguez y Francisco Lopecio, continuaban edificando en Nuevo-Méjico la ciudad espiritual, en la que habrian deseado que todos los indígenas pudiesen encontrar cabida. Mientras en cierta ocasion les distribuian el pan de la palabra, vió el hermano Francisco que se empeñaba entre algunos americanos una lucha ó riña, que procuró el religioso evitar, suplicándoles que se reconciliasen; pero lejos de seguir sus consejos, se arrojaron aquellos furiosos sobre él, y le dieron muerte en el acto. La triste suerte de sus compañeros contribuyó á aumentar aun el valor de Fr. Agustin, el cual, al verse solo, reprendió con mas energía los escesos y vicios de los indígenas, para atraerles mas fácilmente á la religion del Salvador; pero desoyendo aquellos hombres violentos sus santas palabras, le inmolaron, ó mejor le abrieron por medio del martirio, las puertas de la celeste patria, en la que iba á orar por ellos. El español Antonio de Espejo, continuó en el año 1582, los descubrimientos hechos por los tres religiosos, y empezó á civilizar aquel nuevo pais, dividido en mas de quince provincias.

Fray Luis de Villalobos, residente en la custodia de zacatecas, de la provincia del Santo Evangelio, fué muerto en el año 1562 por los chichimecas, mientras iba á desempeñar una comision que su superior le habia confiado. En el propio año murió tambien Gonzalo Mendez, religioso de la provincia franciscana de Santiago, que ejerció por espacio de cuarenta y tres años las funciones apostólicas; omitimos detallar sus virtudes, por ser las mismas que practicaban muchos otros misioneros en aquellos felices tiempos de la Iglesia naciente en América. El número de las conversiones que se verificaron en todo el pais de Guatemala, probaron lo bastante su celo: fué revelado á Mendez el dia de su muerte, que tuvo lugar el 5 de mayo del año 1582: asistieron á sus funerales los obispos de Guatemala y de Vera-Paz, todo el clero, los altos funcionarios públicos, y un gran número de españoles y de indígenas.

La América del norte, perdió dos años despues á Alfonso de Escalona, uno de los franciscanos que se dedicó por mas tiempo al apostolado, durante el cual desempeñó los principales cargos de su órden: era natural de Escalona, pueblo no muy distante de Toledo; habia tomado el hábito de San Francisco de la provincia de Cartagena, y dirigídose á Méjico en el año 1531. Se le confió la direccion de la escuela de Tlascala, en la que habia seiscientos niños indígenas, á los que enseñaba la doctrina cristiana, á leer, escribir y cantar los divinos oficios; fué despues Alfonso maestro de novicios, que, merced á su talento é incansable celo, llegaron á ser con el tiempo buenos religiosos y escelentes oradores; por no faltar á la obediencia, desempeñó los cargos de guardian, definidor y provincial, sin dejar de ser nunca por esto misionero y penitente, pues no hubo virtud que no practicase, ni mortificacion con la que dejára de torturar su cuerpo. Inmensa fué la fama de santidad, que á su pesar alcanzó Alfonso; habiéndole encontrado cierto dia un español en el valle de Tula, en el estado mas lastimoso, no pudo menos de esclamar: «En tiempo de Abrahan, Dios habria perdonado á cinco ciudades culpables, á haber habido en ellas cinco hombres de bien; pero yo creo que el Señor perdonaria ahora al mundo todo, á pedírselo ese santo religioso.» En su decrepitud aprendió aun Alfonso la lengua de Guatemala, y evangelizó luego á aquellos indígenas durante seis años. Llamado mas tarde á su provincia, murió en ella el dia 10 de mar-

zo de 1584, á la avanzada edad de ochenta y ocho años: fué su muerte llorada por toda la ciudad de Méjico, y las comunidades de Santo Domingo y de San Agustin, dieron pruebas inequívocas de tener al siervo de Dios en la veneracion mas profunda.

Tambien debemos hacer particular mencion de Fr. Alfonso Ordoñez, misionero, cuya vida fué de ángel mas bien que de hombre, y que murió el año 1584, en el convento de Méjico; de Juan y de Francisco de la Cruz, ambos franciscanos, nacidos en Guyena; de Francisco Turigiano, martirizado por los chichimecas; de Simon de Bruselas, simple hermano lego, pero útil ausiliar de los misioneros sacerdotes; de Fernando de Segura, Miguel de Boloña y Estéban de Fuentes Osegiuna, ilustre orador cuyas virtudes fueron aun mas elocuentes que sus palabras.

Hablarémos empero mas detalladamente de algunos martirios que tuvieron lugar en el año 1585 en Nueva-Galicia, region donde se alzan ásperas montañas, cubiertas de pinos y de robustas encinas; servian las grutas de morada á los hombres feroces de aquel pais, cuya conversion emprendieron con ardor los franciscanos. Fr. Andrés de Ayala, que fué el primero en hablar la lengua de aquellos salvages, adquirió sobre ellos un ascendiente tal, que en breve les decidió á abandonar sus cavernas para irse á vivir al llano, en el que no tardaron en levantarse numerosas casas y en cubrir los campos doradas espigas. Era la iglesia, por decirlo así, la piedra angular del nuevo pueblo de aquellos bárbaros, medio civilizados por la influencia vivificadora del cristianismo; trascurrieron seis años de aquel modo, pero como en el séptimo faltase la cosecha, empezó á entibiarse la fé en aquellos corazones vacilantes, que volvieron á adorar á sus antiguos ídolos. Un indígena informó á Fr. Andrés de que los ingratos habian resuelto asesinarle á él y á su compañero Fr. Francisco Egidio; por lo que procuró el misionero al dia siguiente exhortar vivamente aquellos desgraciados, á que perseverasen en la fé, y á que renunciasen á todo pensamiento homicida, haciéndoles ver el enorme castigo impuesto á los asesinos. Sin embargo, no logró el buen religioso convencerles, puesto que si aplazaron la realizacion de sus bárbaros planes, fué tan solo por haberles infundido temor los diferentes españoles que habia en la iglesia: así que, cuando los dos religiosos se quedaron solos, se dirigieron aquellos hombres sedientos de sangre al convento para entregarle á las llamas. Los dos franciscanos se habian retirado á la sacristía, á fin de purificarse por medio de la confesion; pero viendo Fr. Andrés que ya el convento y la iglesia empezaban á arder, tomó un crucifijo, se adelantó con heróica resolucion hácia los asesinos y les reprendió su crímen. Lejos empero de retroceder ante la noble actitud del misionero, se arrojaron sobre él y le derribaron al primer hachazo; despues de haberle decapitado, cogieron por los cabellos la cabeza chorreante de sangre, y la pasearon con placer salvage, diciendo: « Abre los ojos, oblíganos ahora á ir á la iglesia para oir tus falsas palabras. » Fr. Francisco y dos indígenas fieles se habian refugiado en el jardin, donde encontraron á su vez una muerte gloriosa; los españoles que vivian cerca del convento volaron denonadamente al socorro de los misioneros, pero todos ellos fueron otras tantas víctimas del furor de los bárbaros por ser estos muchos mas en número. En vano los magistrados de Nueva-Galicia intentaron castigar aquel crímen y atraer á sus autores nuevamente al cristianismo: la accion de los tribunales quedó sin efecto por haberse retirado los culpables en sus antiguas cavernas, en las que volvieron á adorar á sus falsos dioses. Aun refieren nuevos martirios las *Crónicas franciscanas*: Fr. Pablo Acevedo de Ferrara, fué asaetado por los indígenas de la provincia de Culiana, en las orillas orientales del mar Rojo, así como tambien el hermano lego Juan de Ferrara, su fiel compañero; Fr. Francisco Duzeli, natural de Granada, y Fr. Pedro Burgos, fueron asaetados por los chichimecas al dirigirse á San Miguel.

CAPÍTULO XII.

Misiones de los dominicos, jesuitas, geronimos, carmelitas y agustinos en Méjico y en la Florida.

A esta gloriosa pléyada de misioneros franciscanos que hemos visto pasar ante nosotros ciñendo sus frentes serenas la corona del martirio, sigue la cohorte igualmente gloriosa de misioneros dominicos, no menos dignos de fijar la atencion.

Los PP. Tomás de Cárdenas, Francisco de la Cruz, Alfonso Vaillo, Sebastian de Oviedo, Pedro de Avila, Fernando Serrano y algunos otros compañeros animados de un santo celo, se dirigieron en el año 1553 á América, para secundar á los demás misioneros que les habian precedido. Tomás de Cárdenas, profeso del convento de Córdoba, se habia hecho ya ilustre en Andalucía por su elocuencia en el púlpito y por su acierto en la direccion de las almas, cuando el espíritu de Dios le decidió á dirigirse á Méjico; tocóle al nuevo misionero acompañar á Guatemala al P. Tomás de la Torre, quien le envió luego á las montañas y lagunas de Zacatula, cuyos habitantes ofrecieron vasto campo á su celo. Llevaban ya aquellos indígenas el nombre de cristianos y querian ser considerados como tales, sin haber recibido el bautismo ni abandonado el culto de los ídolos, á los que seguian adorando en secreto, lo que les era tanto mas fácil, cuanto que el aislamiento en que vivian de los demás pueblos hacia ignorar su hipocresía. El siervo de Dios soportó con paciencia heróica todas las dificultades que el clima, el suelo y la ferocidad de los naturales oponian á sus esfuerzos sobrehumanos; su primer cuidado fué el de estudiar el carácter y las costumbres de aquel pueblo, con lo que le fué despues mas fácil procurarse su confianza y su aprecio, llegando á poseer una y otro hasta tal punto, que los mismos indígenas le presentaban sus ídolos, ó bien le acompañaban á las cavernas que les servian de santuario para romperles en su presencia. Tampoco costó mucho hacerles renunciar á la poligamia, pues todos se quedaron con su primera esposa y despidieron á las demás mugeres, la mayor parte de las cuales, con el ausilio de la gracia, observaron despues una conducta ejemplar y recibieron el bautismo. Asi mismo logró de ellos el misionero que renunciasen á su vida errante para vivir en sociedad; luego se construyeron algunas capillas ó pequeñas iglesias en las que se les reunia para esplicárseles las prácticas del cristianismo, y bautizar á los que manifestasen estar despues mas impuestos en ellas. Tomás de Cárdenas fué secundado en su mision por el P. Domingo de Vich y algunos mas de sus hermanos, á los que dejó encargados de guiar á aquella nueva cristiandad, cuando lo llamó la obediencia á otros puntos.

En el año 1554, partieron de la madre patria otros muchos misioneros para dirigirse á Nueva-España, bajo la direccion del P. Gerónimo de San Vicente; hé ahí los nombres de aquellos jóvenes soldados del Evangelio: Pedro de Variales, Juan Luco, Antonio de Pamplona, Antonio de Vilalba, Juan Cepeda, Pedro de Varientos, Juan Bertran, Antonio de Vivanco, Tomás de Vitoria, Blas de Santa María, Francisco de Vilanova, Bartolomé Gualvez, Antonio Sanchez, Procopio de Santa Margarita, Alfonso de Nieva, Melchor y otros, (1) los mas de los cuales anunciaron la palabra de Dios á los zogues, indígenas que habitaban la parte septentrional del pais de Chiapa. Al año siguiente, el P. Domingo de Azona condujo tambien en calidad de vicario á otra cohorte evangélica, compuesta de los PP. Jacobo Mar-

(1) Nuestro corazon se dilata al contemplar á esos heróicos hijos de la noble España, que sin mas interés que el que les inspiraba la triste suerte de sus hermanos del Nuevo-Mundo, con la confianza en el cielo y la paz en el alma, se lanzaban al través de los mares para hacer brillar á los ojos del salvage la luz de la fé, por mas que supiesen ir á una muerte cierta. Y no se crea que solo en aquella época llevasen los misioneros españoles los consuelos de la religion á las lejanas playas de América, sino que en todas, y hasta en los calamitosos tiempos de indiferentismo religioso que por desgracia hemos alcanzado, hay millares de hermanos nuestros que están predicando al indo, al hotentote, al cafre las eternas verdades, sin esperar mas recompensa en la tierra que la de una tumba ignorada en el rincon de un desierto. (Nota del Trad.)

tinez, Francisco de Areo, Gaspar de los Reyes, Juan de San Estéban, Francisco de Viana, Sebastian Morellez, Gerónimo Peralta, Juan del Espíritu-Santo, Domingo Morñoz, Domingo de Angelis, Juan de Bivero, Juan Bautista, Pedro de Espinosa, Pedro de Escalante, Alfonso Lopez, Francisco Quesada y Pedro de Santa Magdalena. Así que aquellos apóstoles fijaron el pié en el suelo de América, respiraron ya un aire balsámico é impregnado de la santidad de sus celosos predecesores, tales como Vicente Ferrer, que tan digno se mostró de pertenecer á la familia del varon apostólico, cuyo nombre logró inscribir tan gloriosamente en los anales de la Iglesia. Como él, tomó Vicente el hábito de Santo Domingo en el convento de Valencia, y estudió teología en la universidad de Salamanca, mereciendo por su talento y sus virtudes que Las Casas le admitiese en el número de los misioneros de su órden, que se embarcaron en el año 1554 para Méjico, con Tomás de Casillas. Sin límites fué el amor que profesó Vicente á los indígenas, á los que cuidó siempre espiritual y temporalmente, y sobre todo en una época calamitosa en que la peste hizo estragos, con toda la tierna solicitud de un padre; á fin de atender con mas prontitud y regularidad al cuidado de los enfermos, fundaron los dominicos de Guatemala un hospital bajo la invocacion de San Alejo, el cual conservaron siempre á sus espensas, á pesar de ser muy grande, de estar atestado de enfermos y de no contar con fondos ni renta de ninguna clase. Solo despues de algunos años destinó el rey de España una suma anual para la conservacion de aquel establecimiento de beneficencia que en los tiempos de su mayor pobreza procuró un alivio á todas las miserias. Luego se fundó otro nuevo hospital, contiguo al primero, para los españoles enfermos, á fin de que pudiesen los religiosos compartir sus cuidados entre los europeos y los indígenas. Cuando el rigor del contagio no permitió á los enfermeros atender al cuidado de los apestados, el P. Vicente Ferrer cargó con la nueva obligacion de dedicarse diariamente al servicio de los pobres enfermos. El triple cargo de apóstol, defensor y criado de los indígenas, abrevió considerablemente los dias de Vicente Ferrer, que consumió su sacrificio el dia 15 de agosto del año 1555.

Murió tambien en el propio año el P. Luis de Saavedra, quien precedió á Vicente de diez años en las misiones de América; nació en Benalcazar, Estremadura, y estudió con el célebre dominico Soto, en Alcalá y en Paris; desempeñaba Saavedra por segunda vez el cargo de rector de la primera de aquellas universidades, cuando abrazó la regla de la órden de Predicadores, en compañía de su amigo Soto. Hácia el año 1534, se dirigió á Méjico, donde evangelizó á los indígenas separados de las colonias españolas durante cinco años, siendo nombrado luego prior del convento de Méjico, y dos años despues provincial de Santiago, cuya provincia comprendia á la sazon todo el pais de Nueva-España. El celo que desplegó para dar impulso á las misiones, y su caridad ardiente, le valieron el dulce nombre de protector general de los indígenas de Nueva-Galicia, nombre que, aunque merecido, no aceptó nunca Saavedra; hízole así mismo renunciar su modestia los diferentes obispados con que queria el rey de España premiar su talento y sus virtudes. Fué, junto con los provinciales de las órdenes de San Agustin y San Francisco, á interesarse por los indígenas cerca de Cárlos V, en Ratisbona; los religiosos de España, al ver sus achaques y su vejez, no querian que se espusiese Saavedra á los peligros de un nuevo viaje, pero no pudieron obligarle á quedarse. «Con el mayor placer arrostraria siempre todos los peligros, solo por poder instruir y bautizar á un niño americano. ¿Cómo quereis que no desee ardientemente regresar á un pais, en el que hay millones de almas que desconocen á Jesucristo, y á las que debe hacerse partícipes de los tesoros de su gracia?» Luego de haber regresado nuevamente á América, escribió al P. Domingo

de la Asuncion, misionero en la Florida, para alentarle en medio de las fatigas y peligros de su mision, conteniendo su carta el mismo espíritu que se nota en las Epístolas de San Pablo á su discípulo Timoteo. Murió Luis de Saavedra en el año 1555; y el dia de su muerte, lo fué de luto y desconsuelo para toda Nueva-España.

Unian á aquel siervo de Dios y á Pedro Delgado los lazos de una santa amistad, por ser el último fundador del convento de Ocaña, en el que recibió Saavedra el hábito, y estar ambos jóvenes destinados por la Providencia á evangelizar juntos un dia el reino de Méjico. Se embarcaron los dos misioneros en un mismo buque, desempeñaron en su órden idénticos cargos, y hasta puede decirse que fueron iguales los frutos que uno y otro produjeron en sus misiones. Prescribió Delgado á algunos religiosos que aprendiesen las lenguas misteca y zapoteca, á fin de que pudiesen propagar mas fácilmente el Evangelio entre aquellos salvages; y encargó á los religiosos Pedro de Angulo, Juan de Torres y Matías de la Paz, que fundasen la nueva provincia dominicana de San Vicente en el pais de Guatemala. Debemos hacer tambien mencion de Andrés de Moguer, Diego de la Cruz y Francisco de Aguilar, quienes ausiliaron poderosamente al sábio provincial con su celo; lo primero que Delgado encargaba siempre á sus religiosos, era el obrar de acuerdo con los obispos de los puntos en que se hallasen, y el dar á los pueblos el ejemplo de la obediencia debida á los reglamentos que creia cada obispo conveniente publicar en su diócesis. Nombrado provincial por tercera vez, se negó á aceptar aquel cargo, á pesar de las instancias de los definidores. « Si no accedo á vuestros deseos, les dijo humildemente, es por el interés de la misma provincia; nada os diré de mi incapacidad por mas grande que me parezca y sea, y sí solo que mientras he desempeñado ese cargo, he tenido que hacer miles de leguas, siempre á pié, para seguir el ejemplo de mis santos predecesores y trasmitirlo á los que seguirán despues de mí. Además, mis fuerzas no me permiten resistir ó soportar por mas tiempo tantas fatigas, y no puede introducirse en la provincia una costumbre contraria á la establecida hasta el presente, ó al menos no quiero ser yo su autor. Ya que no faltan entre nosotros, religiosos dotados de celo, caridad y fuerzas físicas, nombrad á uno de ellos para dirigir la provincia, y disponed de mí para cualquier otro cargo que esté mas en armonía con mi debilidad. » Aceptó entonces Delgado el cargo de maestro de novicios; habiendo sido nombrado al poco tiempo obispo de la Plata en el Perú, renunció á aquel rico obispado, del mismo modo que habia declinado poco antes el título de provincial de su órden. Murió Delgado el dia 23 de abril del año 1560, siguiéndole al sepulcro el dolor y la admiracion de toda la ciudad de Méjico. Lopez de Zárate, obispo de Guajaca, pidió poco antes de su muerte ocurrida en Méjico, á donde se habia visto obligado á dirigirse, ser enterrado en la iglesia de los PP. Predicadores, y en la misma tumba de Pedro Delgado.

No fué menor el luto que causó en el propio año la muerte del bienaventurado Tomás de San Juan, dominico español que habia convertido á muchos infieles, y predicado y establecido la cofradía del Rosario en las principales poblaciones del reino de Méjico. Muchas veces, estando orando ante el crucifijo, oia el religioso una voz que le dirigia estas palabras: « Huye, llora, calla, descansa, espera; » palabras cuya significacion le fué revelada despues, y era la siguiente: « *Huye* de tí mismo, *llora* tus pecados, *calla* tus virtudes, *descansa* en la voluntad divina, *confia* en Dios, dispensador de todos los bienes. » Predijo Tomás el dia de su muerte, y espiró en el año 1560 en la ciudad de Méjico.

Tomás de Casillas, sucesor de Las Casas en la silla episcopal de Chiapa, murió siete años despues que aquellos dos siervos de Dios; cada año pasaba este prelado cuatro meses en visitar los diferentes pueblos comprendidos en su diócesis, desempeñando á la

vez los deberes de obispo y de misionero. En los primeros años de su episcopado, vióse su rebaño cruelmente tratado por los idólatras, que lo invadieron por haber abrazado el cristianismo: al ver los contínuos progresos del Evangelio, se exaltó el fanatismo de los indígenas de Puchutla hasta tal punto, que invadieron el territorio de Chiapa, pasando á cuchillo á todos los habitantes que no consentian en adorar sus ídolos. Los dos misioneros Domingo de Vich y Andrés Lopez, de la órden de Predicadores, fueron casi las primeras víctimas que los bárbaros inmolaron á su ódio contra el cristianismo; siendo luego otros muchos los fieles que alcanzaron la corona del martirio. Como no habia podido preverse aquella invasion, era imposible rechazar la fuerza con la fuerza, por lo que continuaron los idólatras avanzando hasta la misma provincia de Chiapa, incendiando por do quiera los templos de los cristianos, rompiendo las imágenes, derribando las cruces y sacrificando niños al sol y á sus demás ídolos en los mismos altares en que la víspera se ofrecia aun el cordero de Dios á su Padre celestial. Al ver que nadie se oponia á los actos vandálicos de los salvages, el obispo de Chiapa se dirigió al rey de España, cuyo soberano mandó á 22 de enero del año 1556, que marchasen inmediatamente todas las tropas que tenia en aquellas regiones contra las salvages hordas de los infieles. La conducta que observaron los cristianos en aquella ocasion, tuvo por mucho tiempo á raya á los infieles de Puchatla; y si bien despues de algunos años intentaron probar nuevamente fortuna, fueron casi siempre rechazados por los caciques cristianos de los puntos invadidos. Cuando en el año 1559 hicieron los salvajes un esfuerzo supremo para invadir nuevamente á Vera-Paz, lograron penetrar hasta en la provincia de Chiapa; pero tan pronto como el ejército cristiano llegó á reunirse, les presentó batalla, derrotándolos completamente: los pocos salvajes que no fueron pasados al filo de la espada, quedaron esclavos en Guatemala. Al llamar Dios á sí á Tomás de Casilles el dia 29 de octubre del año 1567, gozaba su pueblo de una verdadera paz.

Prelado no menos recomendable fué Alfonso de Montufar, descendiente de una ilustre familia de Loja; habia recibido el hábito de Santo Domingo en el convento de Santa Cruz de Granada, del que llegó á ser mas tarde superior; sus luces, debidas mas bien á la oracion que al estudio, le valieron el honroso título de calificador del Santo Oficio. Cuando la muerte de Juan de Zumarraga dejó vacante la silla de Méjico, á peticion del marqués de Mondejar, el emperador Cárlos V propuso á Alfonso para ocuparla; el papa Julio III espidió las bulas en el año 1553, y luego de haber sido consagrado, partió el nuevo obispo con diez religiosos dominicos y diez de la órden seráfica. Su ejemplo, mucho mas aun que su presencia, infundió siempre vigor á la mision; los indígenas, consolados por los testimonios de su benevolencia, aliviados por sus limosnas, no pudieron menos de admirar siempre su celo. Los intérpretes que llevaba durante su visita, examinaban la capacidad de los neófitos, y como respondiesen los misioneros de cada punto de la prudencia y las buenas costumbres de aquellos que ellos mismos habian instruido para que pudiesen recibir los sacramentos, despues de cuyas formalidades administraba el arzobispo el bautismo y la confirmacion. Despues de haber visitado de este modo toda su diócesis, reunió Alfonso en el año 1555 su concilio provincial en Méjico, donde se reunieron personalmente, ó por medio de procurador, seiscientos sufragáneos, procedentes de Tlascala, Guajaca, Mechoacan, Guadalajara, Yucatan y Durango. Muchos eran ya los nuevos cristianos en Méjico, pero no eran menos los idólatras que iban aun errantes en los paises montuosos y apartados; y como para conservar la fé en los unos y atraer á ella á los demás, era preciso una contínua predicacion, creó Alfonso nuevos conventos y casas de enseñanza en todos los principales puntos de su estensa diócesis. Hácia aquel mismo tiempo se encargó al

dominico Bartolomé de Ledesma, del que hablarémos mas adelante, que escribiese en lengua mejicana una Suma que sirviese de guia para casos de conciencia á los indígenas convertidos y á sus directores, obra que nada dejó que desear, tan correcto era su estilo y tan sólidas y claras sus decisiones. Echard cita á Bartolomé de Ledesma como otro de los profesores de la Universidad de Méjico; pero Gil Gonzalez solo hace mencion del dominico Pedro de Peña y del agustino Alfonso de Vera-Cruz; de todos modos, es lo cierto, que fué Ledesma el apoyo de Alfonso de Montufar en los dos últimos años de la existencia de este santo prelado, que murió á 7 de marzo del año 1569; queriendo ser enterrado entre sus hermanos en la iglesia de Santo Domingo de Méjico.

Uno de los religiosos mas ilustres de su época, fué Cristóbal de Lugo, hijo de una humilde familia de Sevilla, y discípulo del Dr. Francisco Tello Sandoval; si bien cayó en lamentables debilidades ó estravíos antes de recibir órdenes sagradas, la gracia del sacerdocio produjo despues en Cristóbal todas las virtudes. Cuando su protector Sandoval regresó á Europa, quiso el jóven recibir el hábito de la órden de Predicadores, formándose para la vida apostólica que abrazára á 1.° de julio del año 1547, bajo la direccion de los PP. Alfonso Lucero y Pedro Delgado, y ejerció el santo ministerio en diferentes puntos de aquella diócesis. Nombrado sucesivamente maestro de novicios, prior y provincial, fué tanta la piedad de Cristóbal de Lugo, que se le consideró como un enviado de la Providencia para servir de ejemplo á los habitantes del Nuevo-Mundo: «¡Ah! Señor, decia en su humildad, ¿cuándo desvanecereis la ceguedad que acerca de mí se tiene? No permitais que se crea por mas tiempo en la virtud de un tan gran pecador.» Por obtener la conversion de una muger culpable, que iba á morir impenitente, pidió á Dios sufrir por ella en esta vida las enfermedades y penas que quisiese el cielo imponerla por sus pecados; así que, la enferma, cuyos desórdenes procedian de su molicie y de la vanidad de su belleza, debió su curacion moral al voto hecho por su director, sufriendo este en cambio una lepra que puso á prueba su paciencia heróica por espacio de trece años: solo despues de haber espirado en Lugo á 25 de octubre del año 1569, desapareció en él enteramente la lepra.

Preciso nos será dar aquí algunos detalles acerca de la vida del célebre Juan de Ecija, tan notable por su talento como por su piedad. Nació Juan en el año 1510, en el pueblo de Ovejuva, situado á catorce leguas de Córdoba; educado el jóven en la piedad por su virtuosa madre, pidió ya á los trece años ser admitido en la órden de San Francisco; pero al verle el guardian tan jóven, le dijo que debia aguardar algun tiempo mas, y prepararse por medio de la oracion á entrar dignamente en la vida religiosa. Habiendo sido su hermano Fernando Alfonso nombrado secretario del auditor de Méjico, siguióle Juan á ultramar; Fernando ya desde su llegada, se entregó en Méjico á todos los escesos, al paso que Juan tomó el hábito dominicano en el convento de Méjico. La primera conquista espiritual que hizo Domingo de la Anunciacion (nombre dado al nuevo religioso), fué la de su hermano estraviado, que, á su vez entró en la órden de Predicadores, bajo el nombre de Fernando de la Paz. Los primeros cuidados de Domingo de la Anunciacion, consistieron en aprender la lengua mejicana y sus diferentes dialectos, y despues de haber escrito en ella algunas obras morales, empezó sus escursiones evangélicas, produciendo en todas partes sus obras y sus palabras abundantes frutos de salvacion. No tardaron los indígenas en amarle con la mayor ternura; como viese en cierta ocasion el religioso, que sembraban de flores el camino por donde habia de pasar, y no pudiese Domingo evitarlo á pesar de sus súplicas, mostró por ello tanta afliccion, que hasta llegó á alarmar á su mismo compañero, quien no pudo menos de preguntarle que era lo que tanto le afligia. «Mi tristeza, contestó

el humilde discípulo de Jesucristo, procede de la falsa opinion que acerca de mi virtud se han formado esos pueblos. — Humillaos en buen hora ante Dios, le dijo el religioso, pero ocultad ahora vuestra tristeza y vuestras lágrimas á los indígenas, que solo obran de este modo porque conocen ya al Maestro divino, y por indicaros que desean y quieren aprovecharse aun de vuestras instrucciones. » Tanto como temia el celoso misionero las alabanzas de los hombres, dejaba de temer su cólera cuando se trataba de evitarles la ocasion de pecar; por infinitas que fuesen las conversiones obradas por el nuevo apóstol, no dejaba de haber entre los indígenas convertidos, idólatras obstinados que se entregaban á los mas horrendos sacrificios. Refiere Fontana que en el año 1551, destruyó Domingo, entre otros muchos, dos célebres ídolos, uno en Teputzlan y otro en Texcucingo, á los que tenian los idólatras en tanta veneracion, que para adorarles y ofrecerles presentes, acudian de mas de trescientas leguas de distancia. Otro tanto hizo Domingo, segun Turon, con otro ídolo que en la villa de Tabuzabam era tambien objeto de ciega adoracion por parte de las provincias de Chiapa, Guatemala y hasta de los puntos mas lejanos; iban los idólatras ciegos de cólera, á arrojarse sobre él que trataba de aquel modo á sus falsos dioses, pero como el Omnipotente velaba por el misionero, no tuvieron sus brazos levantados ya fuerza para herirle. Entonces les hizo el religioso comprender cuan horrendos y crueles eran los sacrificios que les exigia el espíritu maligno, y cuan grande la misericordia de Dios, que se dignaba hacer por ellos, lo que no habia hecho por sus antepasados, muertos sin haber conocido al Autor de su vida, único que puede hacer justos y felices á los que de veras le adoran. Pero mientras que la sincera conversion de los unos colmaba de gozo al misionero, habia otros indígenas que eran presa de un terror supersticioso, y segun los cuales, se oian de noche en torno de la montaña, tan pronto voces lastimeras como rugidos espantosos. El religioso para tranquilizarles, les reunió en la montaña, les habló de la virtud de la cruz, erigió á sus ojos el lábaro de la redencion sobre las ruinas de la idolatría, prometiéndoles que aquel signo augusto y temido, ahuyentaria para siempre á las legiones infernales que intentasen turbar su reposo. Y con efecto, no volvió á hablarse desde entonces de apariciones, de voces lastimeras ni de espantosos rugidos; por el contrario, gozó el pais de una verdadera paz, y los mas de sus habitantes abrazaron el cristianismo. No podia, sin embargo, el espíritu de las tinieblas permitir que se destruyera de aquel modo su funesto imperio, sin intentar al menos vengarse del que amenazaba acabar con su poder en aquellas regiones, donde poco antes era su voluntad tan generalmente acatada; así pues, hizo que se alzasen contra el dominico algunos calumniadores, entre los que habia una muger, que decia haber intentado aquel seducirla; pero el misionero dejó á Dios el cuidado de defender el honor de su ministro. No fué vana su esperanza: la muger se retractó espontáneamente, y Domingo de la Anunciacion interpuso cerca del virey su influencia, para evitar el castigo de los que la habian sobornado, patentizando en aquella ocasion, como en todas, la caridad ardiente de que estuvo siempre animado. Habia en Tapetlaoztoc, un indígena gravemente enfermo, que habiéndole pedido para confesarse, espiró antes de la llegada del misionero; entonces apeló este á la intercesion omnipotente de la Reina de las vírgenes, y obtuvo de la misericordia de Dios la resurreccion del difunto. Cuanto mas se vió el apóstol calumniado, tanto mas resplandecieron su inocencia y los milagros que Dios le permitió obrar, para difundir su celestial doctrina.

Ya dijimos anteriormente, que, habiéndose confiado en el año 1565, á D. Pedro Menendez de Avilez, la conquista de aquel pais, habia manifestado deseos de que le acompañasen en aquella espedicion algunos jesuitas. El bu-

que que en 8 de octubre del año 1566 conducia á los PP. Pedro Martinez, Juan Roger y al coadjutor Francisco de Villareal, hallándose separado de la flota, fué impulsado hácia el norte, y llegó hasta cerca de la Florida; como era preciso reconocer el pais que se tenia á la vista, mandó el capitan que saltasen á aquel objeto algunos hombres en tierra, pero se negaron estos á hacerlo, á menos que les acompañase el P. Martinez, para ser su consuelo en caso de apuro. El religioso sin hacérselo repetir, descendió á la lancha, dirigiéndose con nueve belgas y algunos españoles á la vecina costa: apenas acababa el bote de atracarse á la orilla, cuando el buque que acababan de abandonar, impulsado por una tempestad desecha, tuvo que dirigir su rumbo hácia Cuba. Solos, y enteramente abandonados en una costa desierta, aguardaron en vano Martinez y los suyos á que volviese el buque, hasta que obligados por la necesidad de procurarse alimentos, remontaron un rio que habia á cierta distancia, y como descubriesen despues de continuar algunas horas aquel viage ascendente diferentes cabañas, resolvieron dirigirse á ellas, quedándose algunos marineros en la orilla para guardar el bote. Iba el P. Martinez al frente de la espedicion, llevando en el estremo de su baston de peregrino una imágen del Salvador. Antes de llegar á las cabañas, cuya direccion seguian, vieron á un hombre que al verles, huyó hácia los bosques; pero llegaron sin obstáculo á las cabañas, en una de las cuales encontraron un gran pescado, del que se llevaron la mitad, dejando en cambio ó pago algunos objetos de vidrio. Al dia siguiente, se presentaron cinco indígenas, indicándoles con signos que se dirigiesen á la orilla; y el P. Martinez les invitó á su vez á que les procurasen víveres, lo que hicieron los naturales con el mayor gusto. Luego se dirigieron los europeos á la isla de Tacatura, en la que encontraron cuatro jóvenes pescadores, que les ofrecieron mucho pescado, mientras que iba uno de ellos á anunciar su llegada á los isleños, de los que no tardaron en presentarse como unos cuarenta, saltando doce de ellos inmediatamente á la lancha. Si bien el aspecto amenazador de los salvages habria debido decidirles á huir, se quedaron los viageros á instancias del P. Martinez, para aguardar á algunos belgas que habian saltado en tierra; aquel acto de caridad le costó la vida. En el momento en que los marineros belgas entraron en la lancha, los indígenas, á quienes el hábito del misionero indicó la clase á que este pertenecia, cogieron á Martinez y á dos belgas por la espalda, y arrojándose con ellos al rio, se los llevaron á la orilla, en la que se arrodilló el mártir jesuita, y murió de un hachazo en presencia de sus compañeros. Los dos belgas, arrastrados como él por los salvages, murieron á su lado; este triste acontecimiento tuvo lugar el dia 28 de setiembre del año 1566: la lancha, que se habia alejado en medio de una nube de flechas, llegó sin otro percance al mar, donde al dia siguiente encontró la flota de Menendez. El P. Roger y el coadjutor Villareal, despues de haber consagrado una lágrima á la memoria de su buen amigo, llegaron felizmente á la Florida, y predicaron la paz evangélica á aquellos salvages, que acababan de derramar la sangre de su hermano. A su regreso á España, obtuvo Menendez que fuesen enviados á la Florida seis jesuitas y ocho jóvenes catequistas, bajo la direccion del P. Juan Bautista Segura; embarcáronse los misioneros en el puerto de San Lucar el dia 12 de marzo del año 1568, llevándose á cinco habitantes de la Florida, que habian sido bautizados en Sevilla; hallándose la colonia á su llegada en el mas triste estado. La ciudadela de Santa Lucía, habia llegado á tal estremo, que el hambre obligó á los soldados á comerse unos á otros. El P. Segura dejó en el fuerte de San Agustin, único que quedaba en pié, á Domingo Vaez, para que atendiese á las necesidades espirituales de la guarnicion, y se fué con los restantes de sus compañeros á la Habana, donde fundó un colegio de la Sociedad y un gimnasio para los jóvenes de

las principales familias de la Florida. En el año 1570 recibieron los misioneros un nuevo refuerzo, compuesto del P. Luis de Quirós y otros dos compañeros; pero por mas esfuerzos que hiciesen los apóstoles del cristianismo, no pudieron cristianizar aquel pais, por mostrarse los indígenas siempre sordos á la palabra santa. A peticion de un hermano del gefe de Ajaca, bautizado en España, consintió Segura en enviar á aquel pais á Luis de Quirós, con siete mas de sus compañeros, para que sembrasen en él la doctrina evangélica; pero lejos de reportar su celo las ventajas ofrecidas, él mismo que les indujera á hacer aquella espedicion, y que les servia de intérprete, lejos de secundarles, volvió á seguir sus bárbaras costumbres, y acabó por dar muerte á Luis de Quirós y á sus compañeros, sacrificados por el apóstata á 4 de febrero del año 1571. No satisfecha aun su sed de sangre con la de aquellas inocentes víctimas, se presentó el asesino con dos de sus hermanos y otros indígenas al P. Segura, y despues de pedirle las hachas y demás instrumentos de hierro que tenian los jesuitas para el cultivo de las tierras, so pretesto de ir á cortar algunos árboles, decapitó el verdugo con ellos á los hombres pacíficos que tantas veces le habian procurado á costa de su salud y su reposo todos los consuelos. Solo un jóven, llamado Alfonso, que no pertenecia aun á la sociedad, fué salvado por uno de los hermanos del apóstata, que menos bárbaro se interesó por su vida: á él debemos estos tristes detalles. Despues de haber saqueado los indígenas la pobre cabaña de los jesuitas, cometieron mil profanaciones con los ornamentos sagrados, y se entregaron á todos los escesos inspirados por su brutalidad y su barbarie; las únicas riquezas que encontraron en la cabaña de los religiosos, consistieron en un crucifijo, algunos rosarios y varias obras litúrgicas, cuyos objetos no podian de ningun modo saciar su codicia. Segun la relacion del jóven Alfonso, hubo tres indígenas que murieron repentinamente durante el desórden, y temiendo el apóstata Luis los terribles efectos de la venganza celeste, hizo enterrar los cadáveres, despues de haberles puesto á cada uno una cruz en la mano. Los que sufrieron el martirio con el P. Juan Bautista de Segura el dia 8 de febrero del año 1571, fueron Gabriel Gomez, Pedro de Linarez, Sanchez Savelli y Cristóbal Rotundo. Al año siguiente, hizo Menendez una espedicion á Ajaca, donde despues de haber librado á Alfonso, se apoderó de los asesinos, quienes debieron á la intercesion de su víctima, la gracia de pedir y obtener el bautismo, antes de sufrir la última pena. El regenado Luis se libró de la muerte apelando á la fuga, pero no pudo librarse de los remordimientos atroces que le siguieron hasta el fondo de los desiertos en que fué á ocultar su crimen

Tampoco la mision del P. Domingo de la Anunciacion fué mucho mas fecunda de lo que lo habia sido en la Florida la de los jesuitas; puesto que solo convirtió á una mujer indígena, que creyó de todo corazon en Jesucristo, teniendo la dicha de morir dos horas despues de haber sido bautizada. Puede casi considerarse como un milagro el que el P. Domingo saliese libremente de un pais que tantas veces regó la sangre de los misioneros españoles.

Regresó el dominico á América, donde á peticion de los obispos, fueron hácia aquel mismo tiempo á instalarse los jesuitas. Borgia, al que Felipe II habia escrito con este motivo, dispuso que el P. Sanchez, rector del colegio de Alcalá, partiese para Nueva-España con doce de sus compañeros, los cuales llegaron á Vera-Cruz en el mes de junio del año 1572 Aun no se habian reparado de las fatigas de su largo viaje, cuando se dispersaron ya por la capital y sus provincias para instruir á los reñícolos y evangelizar á los negros procedentes de las playas africanas, dirigiéndose luego hácia las costas occidentales y á las fronteras septentrionales de Méjico, donde organizaron sus misiones en paises en los que no les habia precedido ningun apóstol,

ó en los que no habian producido al menos ningun fruto. Los PP. Pedro Sanchez y Juan de Plaza, fundadores de la mision mejicana, murieron en el intervalo de muy pocos años, teniendo el consuelo de ver fomentar en el pais aquella obra santa y piadosa que habia sido objeto constante de todos sus cuidados.

Como las demás órdenes religiosas, supieron sacrificarse los jesuitas durante la horrible peste que diezmó á los indígenas por los años 1576 y 1577. Domingo de la Anunciacion desplegó durante aquel espantoso azote una caridad sin límites; escogia siempre las provincias en que mas se cebaba el contagio para poder consagrarse noche y dia al cuidado de los apestados, y hasta se fué despues á vivir en Méjico, en el mismo barrio habitado por los indígenas. Junto al convento de Santo Domingo, vivia un anciano que habia sido siempre uno de los mas ardientes idólatras, y por lo mismo enemigo declarado del cristianismo; atacóle la enfermedad, y abandonáronle en el mismo instante sus amigos, sus hijos y hasta su esposa, sin que por ello se desalentára el anciano idólatra, tanta era la fé que tenia en sus falsos dioses. Domingo, despues de haber intentado en vano exhortarle é instruirle, recurrió por él al poderoso medio de la oracion, y Dios se dignó atender benigno á sus súplicas; así que, se levantó el pobre idólatra, á pesar de la fiebre que le devoraba, y arrastrándose como mejor pudo, hasta el convento, se arrojó á los piés de Domingo, declarándole que renunciaba para siempre á los ídolos, y que queria vivir y morir cristiano. A poco de ser bautizado, murió el anciano pronunciando el nombre del Redentor divino: su conversion produjo en los indígenas un efecto mágico.

Mientras que el contagio diezmaba á los naturales, contínuas lluvias inundaban los campos, impidiendo el cultivo de las tierras y echando á perder la sementera, lo que produjo un hambre espantosa; todos los indígenas habrian sucumbido á aquel doble azote, á no haber sido el celo de todas las órdenes religiosas y de los sacerdotes seculares. Limitándonos á los dominicos, dirémos, que como hiciese el provincial presente á todos sus conventos el desamparo de los apestados, se presentaron desde luego veinte y cuatro religiosos de la órden de Predicadores para cuidar contínuamente á los enfermos, y todos ellos murieron gloriosamente al rigor del contagio. La peste que tanto se cebaba en las tribus y en las cabañas de los indígenas, parecia respetar las colonias de los españoles, circunstancia que dió lugar á que renaciese la antipatia de los naturales contra los estranjeros. El recuerdo de sus sufrimientos durante las guerras que sostuvieron contra ellos, y la loca suposicion de que el doble azote que entonces sufrian era tambien efecto ú obra de la malicia de sus dominadores, exaltaron á los mas de ellos hasta el punto de infestar los frutos y amasar el pan con la sangre de los apestados, á fin de causar la muerte á los que consideraban como sus enemigos mas irreconciliables. La vigilancia empero de los misioneros, no tardó en descubrir la tendencia de los indígenas hácia una venganza tan general como injusta, y de la que procuraron retraerles con la virtud de la palabra, la santidad del ejemplo, la constancia de la caridad y la virtud de la oracion; teniendo por último el consuelo de ver á muchos de aquellos infelices obcecados morir en las mas felices disposiciones. Durante aquellas tristes circunstancias que por tanto tiempo pesaron sobre aquel desgraciado pais, hubo escelentes cristianos que rivalizaron en celo y caridad con los religiosos y los eclesiásticos: hubo, entre otros, Bernardino Alvarez, que compadecido de la miseria de los indígenas, no paró hasta fundar varios hospitales en diferentes puntos de Nueva-España. Empezó una magnífica casa de convalecencia en Méjico, y un hospital en Guastepec, para todos los infelices que se presentáran, cualquiera que fuese la enfermedad de que estuviesen afectados. A medida que le iban faltando fondos, aumentaba en el piadoso Alvarez su confianza en la Providencia, que nunca le

abandonó en ninguna de sus santas empresas; veíase así mismo sostenido por el heróico valor de su amigo Estéban de Herrera. Hé ahí lo que dice Francisco Losa, párroco de la iglesia metropolitana de Méjico, en la *Vida* que escribió del solitario Gregorio Lopez, al que hizo admitir en el hospital de Guastepec: « Recuerdo muy bien que, habiendo preguntado á Bernardino Alvarez, á aquel caritativo siervo de Dios, si queria admitir á Lopez en aquel hospital, me contestó: « ¡Ojalá, padre mio, que pudiese admitir en mis hospitales á todos los pobres del mundo! Es tanta la confianza que tengo en la bondad de Jesucristo, que no dudo atenderia á las necesidades de todos ellos: así pues, accedo con la mayor satisfaccion á vuestro deseo. » Llegado algun tiempo despues el solitario al hospital de Guastepec, recibióle con la mayor ternura Estéban de Herrera, destinándole un cuarto y tratándole con cuantas consideraciones permitia la pobreza de aquel establecimiento piadoso. Así mismo admitia el virtuoso Herrera á cuantos se le dirigian para recobrar, por mas que no tuviese rentas para mantenerles, vestidos para cubrirles, salas para hospedarles, ni dinero para construirlas. Fueron tantos los progresos que hizo aquel hospital naciente, á pesar de la estrema pobreza de sus fundadores, que en menos de dos años llegó á albergar á mas de mil quinientas personas, entre indios y españoles, procurando á todos ellos cuanto necesitaban.»

El dominico Andrés de Moguer fué víctima de su noble desprendimiento; profeso en el primer convento de San Estéban en Salamanca, empezó su apostolado en las montañas de Andalucía; luego pasó á América, evangelizó en Méjico la ciudad de los Angeles y la de Guajaca, y consagró á escribir la *Historia* de Nueva-España todas cuantas horas le dejaba libres el ejercicio del apostolado. Sin límites fué siempre el amor que tuvo á los pueblos indígenas, de los que fué el protector mas decidido; mientras la peste diezmó á los habitantes de la ciudad de los Angeles, expuso para socorrerles constantemente su vida, pasando todas las horas del dia junto á los apestados, y sin tomar alimento alguno hasta la noche. Despues de haber socorrido á los enfermos de la ciudad, iba á llevar sus ausilios á los que gemian en las cabañas. Acompañábale cierto dia un jóven profeso que, no pudiendo soportar ya el hambre, le dijo: « Padre, mi debilidad es estrema; volvamos, si os parece, al convento, y despues de reparadas nuestras fuerzas, podremos soportar mas fácilmente el trabajo. — Acordaos, hijo mio, contestó Andrés, de que el hombre no vive solo de pan: el Señor, que nos ha hecho la gracia de poder socorrer á esos pobres infortunados, reparará nuestras fuerzas si tenemos confianza en él y le amamos como se debe amarle; guardémonos, por lo tanto, de exponer á un indígena á morir sin recibir los sacramentos, por ir á tomar un alimento del que podemos aun prescindir. » Cuando apareció el contagio en Acapulco, á orillas del mar del Sud, voló allí el misionero para procurar á aquellos nuevos cristianos y á los que no lo eran, todos los consuelos, hasta que víctima á su vez del terrible azote, espiró Andrés á **18** de abril del año **1576**.

Entre los dominicos que terminaron santamente su carrera el año **1577**, ejerciendo la caridad mas ardiente, debemos hacer mencion de Andrés Martinez, Diego de Carranza, Francisco de Berrio, Mateo Galindo, Juan de Alcázar y Jacobo de Santo Domingo. Dirémos, particularmente de Diego de Carranza que, despues de haber evangelizado á los zapotecas en la provincia de Guajaca, á lo largo del golfo de Méjico, dejó á otro el cuidado de aquella mision, para dedicarse él á evangelizar á las tribus errantes que no habian oido pronunciar aun el nombre del verdadero Dios. Aunque encerrados los chontales (1) en un cír-

(1) Componian los chontales una nacion bárbara que tenia su asiento en las fuentes del Huasacualco, Coatzacualco, y tambien Guazacualco, rio que nace en las fronteras meridionales del estado de Vera-Cruz á unos 60 kil. N. de Chiapa y desagua en el golfo de Méjico. Sus márgenes cubiertas de espesos bosques, de los que aun hoy dia se sacan escelentes maderas de

culo de montañas, y separados aun mas de las restantes tribus por su ferocidad, ardió el ministro de Jesucristo en deseos de regenerar aquellas almas; asi pues, empezó por aprender su lengua verdaderamente bárbara, y cuando estuvo ya en el caso de enseñarla á los misioneros que quisiesen asociarse á sus trabajos, escribió en aquella lengua un catecismo para el uso de los neófitos. Despues de haberse atraido á los salvajes por medio de su caridad y su dulzura, levantó Carranza las primeras iglesias en el pais y organizó una especie de gobierno; en una palabra, no paró hasta ver brillar en los mas de los salvajes la dignidad del cristiano y del ciudadano. Cuando á causa de un trabajo incesante y de un alimento mal sano, mandaron sus superiores á Carranza que se dirigiese á Guajaca, lloraron los chontales al despedirse de él, como si hubiesen tenido ya el triste presentimiento de que no habian de volver á verle: su desconsuelo subió de punto al saber al poco tiempo la muerte del misionero.

La mision de los zapotecas, que dejó Diego de Carranza para atender á la de los chontales, ocupó por mucho tiempo á Bernardo de Alburquerque, del que hemos hablado ya, y que habia ido á Méjico con Las Casas en el año 1545. La rigurosa observancia en que vivian los religiosos de la órden de Predicadores en Nueva-España, y el cuidado que tenian en hacer respetar sus predicaciones por medio de la santidad de sus obras, dilataron el corazon de Alburquerque, por procurársele allí desde su llegada un campo que cultivar y nobles ejemplos que seguir para lograr la conversion de los infieles. Destinósele al pais situado á lo largo del golfo de Méjico, en la provincia de Guajaca: luego de conocer la lengua y las costumbres de los feroces zapotecas, empezó á ejercer las funciones de su ministerio con tanto éxito, que en breve tuvo el mayor ascendiente sobre los indígenas. Comenzó por suavizar y corregir insensiblemente sus costumbres con la dulzura de las doctrinas cristianas, porque aunque el Evangelio habia sido predicado ya en aquel pais, los mas de sus habitantes estaban aun envueltos en la idolatría, ó bien no profesaban religion alguna. Agustin Dávila, citado por Turon, dice que era el santo misionero, un hombre verdaderamente apostólico, celoso, penitente, incansable, siempre dispuesto á ir en busca de cualquiera oveja descarriada, por espinosa que fuese la senda que habia de conducirle á ella; deseaba Alburquerque con mas ardor conquistar un alma para Jesucristo, que el con que desea el avaro acumular inmensos tesoros. Cualesquiera que fuesen las fatigas que hubiese debido soportar durante el dia para instruir á los indígenas, pasaba la mayor parte de la noche en oracion, por ser esta el tierno objeto de todas sus delicias; cuando le faltaban á Alburquerque el alimento y las fuerzas, realizábanse en él estas palabras del Salvador: «El hombre no vive solo de pan, sino de toda palabra que salga de la boca de Dios.» Los religiosos del convento de Guajaca, que fué mas tarde el principal de todos los de la provincia de San Hipólito, eligieron unánimemente al P. Bernardo de Alburquerque por su superior, seguros de que teniendo á su frente á un hombre tan poseido del espíritu de Dios, recibirian sus misiones un nuevo impulso. La sabiduría, piedad y discrecion con que desempeñó su nuevo cargo, hicieron resaltar mas su mérito, por lo que se le nombró provincial en el año 1553, á pesar de todos cuantos esfuerzos hizo para evitarlo; su modestia, talento y virtud, le valieron la admiracion y el respeto de todos los hombres mas eminentes de su órden, muchos de los cuales fueron al poco tiempo elevados á la prelacía. Siempre atento á procurar el adelanto espiritual de los misioneros y la propagacion de la fé por medio de la instruccion de los pueblos evangelizados, dió á unos y á otros el mas bello ejemplo de solicitud pastoral y de piedad cristiana. Al compartir el trabajo entre los operarios apostólicos, lo hacia de tal modo, que no quedaba ni un solo pueblo en aquella vasta provincia, que se viese privado de oir la pa-

[illegible] daban abrigo en la época á que se refiere el autor, á un pueblo tan feroz como cruel. (Nota del Trad.)

labra de Dios ni de recibir los sacramentos; nada encargaba tanto á los misioneros como el desinterés, el celo, la dulzura, la paciencia y la caridad, por ser estos los medios mas eficaces para hacer conversiones; diciéndoles que cuando la palabra santa era anunciada por hombres que observasen las reglas del Evangelio, ni aun los mas feroces y supersticiosos idólatras podian resistir por mucho tiempo á la influencia de su virtud. Todo el tiempo de que le permitia disponer el cargo que le estaba confiado, lo empleaba Alburquerque en llamar á los idólatras á la fé, ocupacion favorita á que se entregaba siempre con el mayor gusto, y para lo cual se habia decidido á atravesar los mares; así que, nada deseaba tan ardientemente como recobrar su dichosa libertad para entregarse á ella constantemente. La Providencia, empero, habia destinado al P. Bernardo á ocupar aun mas altos empleos: tan pronto como se vió libre del cargo de provincial, se le confió por segunda vez la direccion de la comunidad de Guajaca; y mientras que llenaba los deberes de prior sin descuidar los de misionero, se le nombró obispo de aquella provincia. Era Las Casas uno de sus mas íntimos amigos, y como tal habia hecho presentes á la corte de España los méritos y servicios de Alburquerque, y logrado, segun este decia, atraer sobre su cabeza una tormenta espantosa, puesto que fué para aquel hombre modesto su encumbramiento el mas rudo polpe que se le podia dirigir. En el año 1559, recibió Bernardo de Alburquerque las bulas de Pio VI junto con las órdenes de sus superiores que le mandaban acatar las disposiciones del Papa; con todo, pidió que se le permitiese escribir á España y á Roma, y aguardar la contestacion, antes de obligársele á aceptar el alto cargo para el que acababa de nombrársele. Pedro de la Penna, provincial á la sazon, y que fué despues obispo de Quito en el Perú, creyó poder vencer el obstáculo presentado por Bernardo, obligándole á someterse; pero el religioso le contestó respetuosamente que el poder del provincial no podia obligarle á ello: «Debo obedeceros, le dijo, en todo lo concerniente á los deberes religiosos, pero no en aceptar un obispado que me haria separar de la obediencia á la órden.» Apelóse entonces á las observaciones y á las súplicas; se dijo al obispo electo que en vano aguardaria á que su nombramiento fuese revocado, y que si su obediencia al provincial no le obligaba á hacerse consagrar, la caridad, que es la primera de las virtudes y la regla de todas ellas, le exigia que recibiese la consagracion episcopal; lo que debia hacer tanto mas, cuanto que, poseyendo muy bien la lengua del pais, y siendo en él muy querido, podia ser mucho mas útil á aquellos pueblos, de lo que lo seria ningun otro prelado, aunque le superase en mérito, por carecer de estas ventajas. Tambien se le hizo presente que, si amaba á su órden, no podia renunciar á una dignidad que la honraba, y que ponia á su titular en el caso de poder proteger su instituto. Si bien todas estas consideraciones no bastaron á determinar ó resolver al P. Bernardo, su humildad se inclinó ante la de que tal vez Dios le llamaba al episcopado, valiéndose de sus superiores para hacerle acatar su voluntad divina, y accedió entonces á lo que de él se exigia. Alfonso de Montufar consagró al nuevo obispo, y fué testigo de las lágrimas que aquel sacrificio le hacia derramar. Convencido el nuevo obispo, de que, nada como la regla á que se veia obligado en su instituto, podia predisponerle tanto para el cumplimiento de las funciones de su divino monasterio, se consideró mas bien que príncipe de la iglesia, pobre de Jesucristo, y continuó observando estrictamente todos los puntos de su regla que no eran incompatibles con el cargo episcopal. Pidió á los superiores de la órden que le concediesen un compañero fiel para que dirigiese su conciencia y alentase su fervor con piadosos ejemplos; siendo el P. Pedro de Castilla el encargado de llenar aquellos deberes, por lo que el obispo, ocupado únicamente en la salvacion de sus diocesanos, solo se reservó el derecho de distribuir las limosnas, que eran tanto mas cuantiosas, cuanto que eran insignificantes los gastos

de su casa. Amaba Alburquerque tan tiernamente á los pobres, que no paraba hasta procurarles todos los consuelos; visitaba á los indígenas y á los enfermos en sus chozas, sin mas compañía que la del religioso de su órden, ó de la de un jóven indígena. Eran las virtudes del prelado tan conocidas y respetadas, que nunca su natural sencillez desprestigió en lo mas mínimo el sagrado carácter de que estaba revestido; sin embargo, hubo algunos eclesiásticos que criticaban su esceso de humildad, diciendo: «El P. Bernardo sabe ser santo, pero nunca sabrá ser obispo,» á los que se podia contestar, añadió Dávila, que los que usaban aquel lenguaje podrian ser muy bien bachilleres, pero que no llegarian nunca á ser humildes. Sin embargo, la humildad del obispo de Guajaca, tan necesaria en un sucesor de los apóstoles, no le impidió nunca obrar con energía, por mas que al verse obligado á ello, tuviese que hacer un esfuerzo sobre sí mismo y reprimir su carácter dulce y pacífico. Aunque íntimamente unidos por la amistad mas sincera con Las Casas, eran sus caractéres tan distintos como era igual su virtud, pudiéndose decir de ambos obispos que llegaron á un mismo fin por distintos caminos. El carácter del obispo de Chiapa, era vivo, ardiente, lo que hacia que no pudiese nunca Las Casas disimular cosa alguna que le pareciese contraria á la justicia, y que se viese muchas veces espuesto á los mayores peligros; al paso que, reguló siempre el celo del obispo de Guaja un admirable espíritu de moderacion y de dulzura. Sin aprobar nunca lo que habia de reprensible, en la conducta de ciertos hombres, procuraba no herir su susceptibilidad, sino que les advertia en secreto y con benevolencia para hacerles notar sus faltas, manifestándoles lo contrarias que eran á los intereses de la religion, del estado, y sobre todo, de sí mismos; logrando no pocas veces por medio de la dulzura, lo que nunca habria obtenido á fuerza de amenazas y de violentas quejas. Puede decirse que todas sus visitas eran una mision contínua, puesto que despues de haber cumplido sus deberes de prelado, se entregaba el P. Bernardo con el mayor placer á su suspirada vida de misionero, yendo á evangelizar á los indígenas que vivian en las mas ásperas montañas. Los saludables efectos de sus predicaciones fueron incalculables, á causa del respeto y veneracion de que era objeto el santo obispo: los españoles querian y respetaban en él al ilustre prelado que era la gloria de su nacion, y los indígenas le amaban como padre y como apóstol. Como no hubiese aun ningun convento de religiosas, intentó Alburquerque fundar uno en su ciudad episcopal, tan pronto como hubo aprobado el Papa su designio; fueron tales los progresos del convento de religiosas dominicanas, que en breve contó en su seno á mas de setenta vírgenes consagradas al Señor, y cuya regularidad fué la admiracion del pais. Tal fué la última accion piadosa con que coronó su vida aquel virtuoso prelado, muerto á 23 de julio del año 1579, despues de haber gobernado santamente su iglesia por espacio de veinte años.

Puede decirse que fué la muerte del P. Matias de la Paz, la estincion de una de las primeras antorchas de la caridad, tan tierno fué el amor que este ilustre varon profesó siempre á los pobres. Nació Matias en Méjico, de padres ilustres y antiguos cristianos; desde su juventud se le destinó al comercio y se pensó en casarle; pero como en el mismo dia que habia de celebrarse la boda, se sintiese el jóven llamado á otra clase de vida, se retiró al convento de Santo Domingo. Algun tiempo despues, salió el jóven profeso con Pedro de Angulo para Guatemala, donde ejerció con los pobres indígenas una caridad sin límites; no contento con compartir con ellos su escaso alimento, acudia á la liberalidad de los ricos, siendo tan ingeniosos siempre los medios á que recurria para obligarles á socorrer al infortunio, que hasta los que mas apego tenian al interés, le procuraban recursos para los indígenas. Construyó Matias en Guatemala una pequeña iglesia en honor de la Vírgen, en la que acostumbraba el apóstol reunir á los na-

turales para catequizarles, enseñarles á adorar á Dios y para administrarles los sacramentos. Como con frecuencia habia algunos de los enfermos ó ancianos que no podian despues de la instruccion dirigirse á sus casas por no permitírselo la postracion de sus fuerzas, construyó Matias una pequeña cabaña junto á la capilla para que pudiese servirles de albergue. Tan pronto como sabia el celoso misionero haber algun indígena enfermo ó pobre que no contase con ningun recurso, salia inmediatamente en su busca, y caso de que no pudiese andar le llevaba en hombros á su cabaña (Pl. LXXXVI, n.º 1.), donde le servia á la vez de médico espiritual y temporal. Merced á la inagotable caridad de Matias, aquella cabaña se convirtió mas tarde en el hospital de San Alejo, á cuyo servicio se consagró enteramente el misionero, sin que le desalentáran nunca el esceso de la fatiga, la infeccion de las llagas, ni las privaciones y molestias de toda clase que tenia que sufrir, y que iban siempre en aumento. Al ver á algun enfermo en la santa disposicion que él deseaba, sentia un placer tan vivo, que no solo lograba olvidar todas sus penas, sino que hasta le hacia considerar su posicion dichosa y envidiable. Además, eran tan vivos los sentimientos de fé y de gratitud que notaba en el corazon de aquellos hombres poco antes idólatras, y entonces cristianos fervientes por su mediacion, que no podia menos de bendecir á la Providencia, que le habia destinado á él á ser el mediador de aquellas almas que arrancó de la abyeccion del pecado, para conducirlas á la vida eterna Durante un espantoso terremoto, cuyas sacudidas violentas destruian hasta los mas sólidos edificios, obligando á los habitantes á salir de la ciudad, vió el P. Matias dirigirse hácia él un indígena, al que habia bautizado poco antes; y como le viese el religioso con aire tranquilo, en medio del espanto general que reinaba, se le acercó y le dijo: «¿A dónde vais? — Padre mio, contestó el nuevo cristiano, voy á la iglesia, á fin de ver si junto al Santísimo Sacramento, encontraré un refugio que me salve del terremoto que parece ha de sepultarnos á todos.» La fé del neófito escitó la del religioso, y penetraron ambos en la Iglesia con los pocos que se atrevieron á seguirles; y luego de haber empezado á orar fervorosamente, cesó el terremoto, con gran asombro de todos los indígenas. Los pocos edificios que quedaron en pié, todos fueron agrietados escepto la iglesia, circunstancia que produjo muchas conversiones. Aquella catástrofe procuró al P. Matias la ocasion de mostrar una vez mas toda la ternura que profesaba á sus indígenas; si bien no fué considerado Matias como un gran sábio, se le colocó no obstante entre los misioneros mas celosos por la salvacion de las almas: aquel varon recto, amable, pacífico y caritativo, terminó su carrera en el convento de Guatemala, el dia 22 de agosto del año 1579.

Turbóse la paz en aquella diócesis, por la imprudente conducta de su nuevo obispo, Bernardino de Villapando, quien despues de haberse indispuesto con los españoles y los indígenas, y exigido á todos los fieles onerosos presentes, turbó tambien la paz que reinaba entre los religiosos Menores y Predicadores, llegando á tal punto las vejaciones del prelado, que todos ellos habian resuelto retirarse é ir á evangelizar otra mision. Pero las lágrimas de los indígenas, y sobre todo, la firmeza del P. Tomás de Cárdenas, provincial á la sazon de los Dominicos, lograron hacerles desistir de su propósito. Tan pronto como Pio V y Felipe II tuvieron noticia de lo ocurrido en la provincia de Guatemala, adoptaron enérgicas medidas; espidió el Papa un breve, en el que reprendia severamente al obispo, por haber puesto obstáculos á la predicacion del Evangelio, y ofrecia varios privilegios á los apóstoles de la fé. Al tratar Fontana del interés que mostró siempre Pio V por la salvacion de los americanos, refiere que escribió el pontífice á Felipe II, diciéndole: que seria conveniente formar un catecismo para los indígenas, á fin de lograr mas



Face



fácilmente que abrazasen el cristianismo, y que se obligase á los que hubiesen recibido ya el bautismo, á reunirse en las poblaciones que habia santuarios, para que pudiesen ser instruidos en la fé que apenas conocian. La iglesia de Guatemala, turbada por la conducta poco digna de Bernardino de Villapando, estuvo por mucho tiempo sin pastor despues de la muerte de este último prelado; pero el talento y las eminentes virtudes de su nuevo obispo Gomez Fernandez, la indemnizaron al fin de cuantos males pesáran hasta entonces sobre ella. Su primer cuidado fué corregir los abusos procedentes de la anterior administracion; pero lo hizo con tal prudencia, que no escitó ni una queja, ni un murmullo siquiera; acabó el nuevo obispo con el lujo de ciertos beneficiados que parecia insultar la miseria pública, y que solo podia escandalizar á los nuevos convertidos, por no poder menos de notar estos el contraste que ofrecia el Evangelio que se les anunciaba, y el fausto de los que vivian del altar, como ministros de aquel mismo Evangelio. Fué tal la impresion que produjeron las palabras del virtuoso Gomez en uno de aquellos beneficiados, que no solo no se limitó á abandonar el lujo, sino que llegó á ser en breve uno de los eclesiásticos mas edificantes. Muchos eran los felices resultados que habia dado ya la sábia y prudente administracion de Gomez Fernandez, cuando fué llamado al concilio general que acababa de convocar en Méjico Pedro de Moya, sucesor de Alfonso de Montufar.

Era aquel ilustre personage natural de Córdoba, como el obispo de Guatemala; habia sido catedrático en Salamanca, y era inquisidor de Murcia, cuando fué enviado por Felipe II á Méjico, en el año 1572, con el cargo de visitador y presidente de la real audiencia de aquella ciudad. Las frecuentes visitas y las muchas limosnas que repartió entre los indígenas en todos los puntos de su vasta diócesis, favorecieron en gran manera los progresos de la fé; durante su gobierno pasaron á Méjico once carmelitas reformados, bajo la direccion de Juan de la Madre de Dios, á quienes se destinó á la ermita de San Sebastian, donde se edificó al poco tiempo un convento magnífico. Felipe II, á cuyas instancias habian partido aquellos carmelitas, no tardó en fundar además en Méjico el convento de *Jesus María*, destinado para recibir en su seno á ochenta y cuatro pobres jovenes, hijas de los conquistadores ó primeros colonos de Nueva-España, que no habian podido dejar á sus descendientes bienes de fortuna para vivir con desahogo. En el primer concilio provincial celebrado en Méjico por Alfonso de Montufar, se habia resuelto para la mayor pujanza de la Iglesia y del pais, dictar cuantas medidas puede sugerir la dulzura evangélica; pero habian trascurrido ya treinta años desde la celebracion de aquel concilio, y era por lo tanto preciso renovar sus decretos, y tomar otras providencias. Pedro de Moya, reunió pues, hácia fines de setiembre del año 1585 un segundo concilio provincial, cuyo principal objeto fué cimentar la paz entre los pueblos sometidos á la dominacion española; todos los prelados estuvieron unánimemente en favor de la libertad de los americanos, y la ejecucion de sus decretos debia encontrar tanto menos obstáculos en Méjico, cuanto que, despues de la muerte del conde de Corona, virey de aquella region, gobernó el arzobispo á Nueva-España, desde el mes de enero del año 1587 hasta 1591. En este año, Pedro de Moya, á pesar de su avanzada edad, no titubeó en atravesar los mares para ir á dar cuenta á su soberano, del estado en que se hallaba el pais que se le habia confiado; pero murió en Madrid en el mes de diciembre, sin dejar siquiera con que pagar sus funerales.

Gomez Fernandez, digno émulo de su metropolitano, y no menos solícito que él en aliviar á los indígenas que formaban la mayor parte de su rebaño, procuró cumplir estrictamente los decretos del concilio. Pero como empezasen á faltar ya las fuerzas al virtuoso prelado, y se viese por lo mismo en la imposibilidad de cumplir como antes con el ejerci-

cio de sus funciones, creyó deber pedir un coadjutor, y proponer como tal á uno de sus súbditos, cuyo mérito le era bien conocido; sin embargo, apesar de que la corte de España no queria introducir la costumbre de nombrar coadjutores para los obispos de América, atendió á la peticion de Gomez, si bien no nombró al mismo que él propusiera. Luego de haberse accedido á su demanda, se retiró el virtuoso prelado á una pobre ermita que habia hecho edificar, y en la que los indígenas, como verdaderos hijos, no cesaron de visitarle, presentándole á sus hijos para que les diese su bendicion; contribuyendo no poco su ternura á endulzar los últimos dias del venerable anciano. Su pobre lecho, siempre rodeado de una multitud de indígenas, era como un púlpito, desde el cual les instruia y encargaba la perseverancia en la fé, sin que sus hijos pudiesen contestarle sino con las lágrimas ó con las preces que dirigian á Dios para su conservacion. Cuando ya la enfermedad no dejó esperanza alguna, llevaron los indígenas á Santiago al virtuoso prelado, donde murió el año 1598, siendo enterrado en la capilla del Rosario en la iglesia de Santo Domingo, en la que la piedad de los fieles y la gratitud le alzaron un hermoso monumento.

El agustino Francisco Juan de Medina habia asistido tambien, como el dominico Gomez Fernandez, al concilio provincial de Méjico, en calidad de obispo de Mechoacan. Nació Francisco hácia el año 1530 en Segovia, y pasó á América desde su mas temprana edad, recibiendo el hábito de San Agustin en Méjico el año 1542, ó sea á los doce años, por no haber fijado aun el concilio de Trento la edad para la profesion religiosa. Despues de haberse penetrado el jóven novicio de las santas verdades que habia de anunciar un dia, aprendió las lenguas mejicana y otomita, cuyas circunstancias le valieron el justo título de elocuente orador y el ser considerado como uno de los primeros ministros del Evangelio. En el capítulo reunido el año 1566, en el convento de Alotonilco, pidió, al ver que por unanimidad se le iba á nombrar superior, que se le oyese antes de proceder á la votacion; y si bien espuso algunas razones para que la comunidad renunciase á su propósito, fué no obstante nombrado provincial de la órden. Luego empero de haber recobrado Francisco de Medina su preciosa libertad, solo pensó en acudir á todos los puntos en que la salvacion de las almas reclamase su presencia; era tan grande el amor que tenia á los indígenas, que nada le complacia tanto como el poder procurarles todos los consuelos, así en lo espiritual como en lo temporal. Cuando supo en el año 1573 que Pio V le habia nombrado obispo de Mechoacan, tuvo Medina un gran disgusto, pero al fin se vió obligado á someterse; fué consagrado en Méjico por Pedro de Moya, su metropolitano, con asistencia de Antonio de Morales, obispo de Angelópolis, y de un canónigo dignatario, por haber autorizado la Santa Sede esta costumbre respecto de las consagraciones hechas en América, donde no siempre era posible la reunion de tres obispos. Al tomar Medina posesion de su iglesia, su primer cuidado fué formar una lista de todos los pobres de su diócesis, á los cuales hizo anunciar que todas las rentas del obispado les pertenecian, y que por lo mismo serian empleadas ó se consagrarian al socorro de sus necesidades. Limitó sus gastos personales á lo estrictamente indispensable á un religioso encerrado en su modesta celda; nunca quiso Medina tener coche, por no creer pudiese un obispo mantener caballos mientras hubiese indigentes en su diócesis. Las puertas de su palacio estuvieron siempre abiertas para el indígena ó para el desgraciado que iba á buscar cerca de su padre los consejos ó socorros que le fuesen necesarios. En el concilio celebrado en Méjico el año 1585, tuvo mucha parte en el decreto que se dió contra el lujo de los eclesiásticos, y el cual hizo cumplir despues estrictamente en su diócesis. Apesar de la severidad con que hizo el virtuoso obispo observar á cada cual sus deberes, fué su muerte considerada como una verdadera calamidad

y generalmente sentida, por ser considerado como un pastor lleno del espíritu de Jesucristo, como un padre tierno para los pobres y los afligidos; su caridad inagotable llamó á un gran número de indígenas á la fé: ocurrió su muerte en el año 1588.

En el propio año, murió tambien Pedro de Feria, prelado igualmente célebre: era natural de la diócesis de Badajoz, é hijo de Gonzalo Martinez y de Juana Fernandez, cuyos virtuosos padres desenvolvieron en él los primeros gérmenes de la piedad. Antes de que el contagio del siglo empañase la inocencia de sus costumbres, llamó el virtuoso jóven á las puertas del convento de PP. Predicadores de San Estéban en Salamanca, donde le concedió el hábito el célebre Domingo Soto, haciendo su profesion solemne en el mes de febrero del año 1545. Estaba Pedro desempeñando el cargo de predicador general en su provincia, cuando por medio de sus superiores, solicitó la mision de América los esfuerzos y el poder de su celo: por grande que fuese ya en el Nuevo-Mundo el número de los cristianos, era mucho mas considerable aun el de los idólatras; y era menor el obstáculo que ofrecian á los misioneros consagrados á su conversion, la dificultad de sus escursiones apostólicas al través de los bosques y montañas, torrentes y lagunas, que la de la infinita variedad de lenguas que se hablaban en el estenso pais que habian de recorrer, por ser la palabra el único medio con que habia de trasmitirse la fé á los idólatras. No tardó Pedro de Feria en hallarse en el caso de ejercer con provecho su ministerio entre los naturales mas salvajes; así que, procurando seguir incansable, á ejemplo del buen Pastor, á las ovejas descarriadas, cuyos dialectos hablaba con maravillosa facilidad, logró atraer á muchas de ellas al pacífico rebaño. Cuando por su mérito se vió nombrado sucesivamente prior del convento de Méjico, superior de la provincia de Santiago y procurador general de la mision, solo le consoló al verse privado de la dicha de catequizar á los idólatras, la idea de que sus nuevos cargos, aunque menos directamente, podian procurarles tambien muchas ventajas. Como los intereses de su mision le llamáran á España, tan pronto como hubo espuesto al Consejo de Indias las causas que le obligaron á emprender su viage, fué á encerrarse en el convento de Salamanca, en el que se le nombró maestro de novicios; cuando por la muerte de Tomás de Casillas quedó vacante la silla episcopal de Chiapa en 1567, nombróse para ocuparla á Pedro de Feria. En vano quiso declinar el religioso la dignidad que se le conferia, alegando las enfermedades que le aquejaban, pues tuvo al fin que resignarse á cumplir la órden recibida: entrególe el dominico Alfonso de Norenna la direccion de la iglesia de Chiapa, que como vicario general capitular estaba desempeñando desde la muerte de su último obispo, y se consagró nuevamente el religioso con el mayor placer á la evangelizacion de los zoques (1), que tuvo en breve que volver á interrumpir por habérsele nombrado provincial de la órden en San Vicente, el dia 16 de enero del año 1580. Escribió de Norenna diferentes obras de reconocida utilidad, y entre ellas, un tratado acerca del gobierno de los fieles en la India; murió Alfonso el 24 de julio del año 1590, despues de haber ejercido el apostolado por espacio de cuarenta y seis años. La administracion provisional del sábio dominico abrió el camino á Pedro de Feria, cuya dignidad episcopal parecia haber reparado en él sus fuerzas decaidas, puesto que giró diferentes visitas en su vasta diócesis; el primer cuidado del nuevo obispo fué aumentar el número de los misioneros, por no creerle nunca escesivo, mientras hubiese idólatras que reclamasen sus desvelos. Coronó una santa muerte en 1588 su episcopado de catorce años.

Creemos deber continuar aquí la vida de Juan de Castro, natural de la ciudad de Bur-

(1) Este celoso apóstol no solo evangelizó los zoques, pueblo indio de Guatemala, en el territorio de Chiapa sino que tambien prosiguió su mision en el valle de Copanabastla ya comenzada con gran fruto anteriormente. (Nota del Trad.)

gos, é hijo de padres nobles y virtuosos. En su niñez perdió Juan á su madre, y como se viese su padre libre de los vínculos del matrimonio, confió la educacion de su hijo á personas de reconocida virtud, y tomó el hábito de Santo Domingo en la misma ciudad de Burgos, en cuyo retiro fué á reunírsele Juan, tan pronto como le permitió su edad abrazar la vida religiosa; uniendo de este modo la gracia á dos personas, que estaban ya tan estrechamente unidas por la naturaleza. Pero como mas tarde llamase Dios á Juan á las regiones de América para cristianizar á los idólatras, tuvo que resignarse su padre á una nueva separacion. Habia obtenido ya el jóven misionero grandes triunfos apostólicos en diferentes puntos de Méjico, cuando en el año de 1572, fué nombrado por un capítulo celebrado en Guatemala, superior de la provincia de San Vicente; el acierto con que desempeñó aquel cargo, tanto en el interés espiritual de los indígenas, como en el de los religiosos, le valió ser reelegido en un capítulo celebrado en Chiapa el año 1584, durante el episcopado de Pedro de Feria. Al ver este prelado los grandes triunfos que habian procurado los dominicos á la religion de Jesucristo, no pudo menos de manifestarles su gratitud en estos términos: « Veo con placer que á costa de muchos trabajos, y hasta de su propia sangre, han logrado los Padres de nuestra órden abolir la idolatría, estirpar criminales supersticiones, y desplegar la bandera del Redentor en estos vastos paises; dignándose Dios valerse de su ministerio, de sus predicaciones, y de la santidad de su ejemplo, para llamar á tantos pueblos á la profesion sincera y pública del cristianismo. Veo así mismo con la mayor satisfaccion, el empeño con que continuais regando con vuestro sudor el campo que empezaron á desbrozar nuestros dignos predecesores, poca, ó casi ninguna, es la parte que he podido tener en el feliz resultado de vuestras misiones, en el corto tiempo que me ha sido posible consagrarme á ellas en medio de vosotros; pero vestimos el mismo hábito, y esto basta para indicaros cuanto me habrán conmovido, y cuales son los sentimientos de afecto y simpatía que á vosotros me unen. Así pues, os suplico no tomeis á mal lo que voy á proponeros: solo me guia el deseo de lograr la gloria de Dios, y el mayor bien de la Iglesia. Ya veis que los obispos, cuyo número, conviene tanto aumentar en el Nuevo-Mundo, no pueden colocar á los eclesiásticos que han de ser sus cooperadores, por estar ya ocupados todos los puestos á que del eria destinarseles; y que al verse algunos prelados en tan grave apuro, han acudido á nuestro soberano, el cual se ha dignado mandar que los religiosos cedan sus iglesias y capillas donde no residan en comunidad, á aquellos eclesiásticos, para que puedan dedicarse en ellas al ejercicio de su ministerio. No se me oculta lo sensible que ha de seros abandonar á un rebaño que habeis reunido, ni lo mas doloroso que será quizás aun á los nuevos cristianos, el verse privados de los padres que les han instruido, y en los que tienen la mayor confianza; pero tampoco se os ocultan á vosotros las necesidades de mi Iglesia; así que, os suplico, queridos hermanos, que os digneis cederme algunos pueblos para mis sacerdotes, á fin de que puedan ejercer en ellos el cargo parroquial, y procurarse su sustento. Por este medio se logrará multiplicar los ministros en el pais, y será mas fácil procurar mayores triunfos á la religion cristiana; además, son aun por desgracia muchos los pueblos que están sumidos en las tinieblas del paganismo, y entre los que podrán continuar los religiosos ejerciendo su celo. » Terminado su discurso, abrazó el obispo á los definidores, y se retiró para que pudiesen deliberar con mas libertad acerca de la proposicion que acababa de hacerles; su decision fué digna de los hombres que debian darla, y á quienes no guiaba otra idea que el interés de la religion, y la paz de la Iglesia. He aquí lo que resolvieron los dominicos: acceder por de pronto á los deseos del piadoso obispo, y enviar un religioso, en calidad de procurador

de la provincia, á la corte de España, para hacerla presente las ventajas y los inconvenientes de la medida que se queria generalizar. Habia en la provincia de Chiapa tres grandes pueblos de indígenas, que el P. Antonio de Pamplona, uno de los definidores del capítulo, habia logrado reunir de diferentes puntos, y á los que habia convertido en otras tantas cristiandades florecientes. El P. Pedro Fernandez, párroco á la sazon del mayor de aquellos pueblos, estaba construyendo en él una hermosa iglesia. Como no tenia el obispo mas que tres eclesiásticos para colocar, destinóles á los tres pueblos que acababan de cederle los dominicos; pero cansados en breve los nuevos párrocos de las inmensas obligaciones que pesaban sobre ellos, dimitieron sus respectivos cargos. Es innegable que si todos los religiosos de las diferentes órdenes se hubiesen retirado de las iglesias, capillas y casas-doctrina que habian construido en una estension de muchos miles de leguas, la mayor parte de los pueblos nuevamente convertidos, se habrian visto privados de todos los ausilios espirituales, por hallarse los obispos en la imposibilidad de procurarles el número necesario de eclesiásticos seglares que conociesen su lengua, sus costumbres, y que estuviesen, como los misioneros, en el caso de poder dirigirles. Era aquella medida de tanta importancia, que resolvieron los religiosos enviar á España á Juan de Castro, á fin de que hiciese presente al gobierno el desamparo en que iba á verse la nueva Iglesia, desde el momento en que se separasen de ella, los celosos misioneros que á costa de tantos sacrificios la habian planteado; y el gobierno, despues de haberse hecho cargo de las consideraciones manifestadas por Juan de Castro, dispuso que continuasen los misioneros al frente de las iglesias que habian logrado levantar en el Nuevo-Mundo, con la condicion empero, de colocar en algunas de ellas á los eclesiásticos que no pudiesen serlo en las iglesias de sus respectivas diócesis, á juicio de los obispos. Tal fué el orígen de los curatos y demas beneficios esclesiásticos que hay hoy dia en América. No eran únicamente los frailes Predicadores los que habian edificado iglesias y casas de instruccion, sino que tambien los PP. Menores, los eremitas de San Agustin, los PP. de la Merced, los Carmelitas y otros, habian hecho fundaciones semejantes en las Antillas, en Méjico y en el Perú. Hay aun algunas de aquellas iglesias que están en poder de los religiosos, si bien las mas de ellas han pasado á la jurisdiccion de los obispos, y que están servidas por sacerdotes seculares. Por mas que haya habido muchos sacerdotes seculares que han continuado con celo los trabajos de sus predecesores, es preciso reconocer que solo las órdenes monásticas, pudieron producir aquel gran número de hombres apostólicos, á quienes debió la América su fé y su civilizacion; así como es tambien innegable, que salieron del seno de aquellas mismas órdenes, los mas de los obispos que dirigieron las nacientes iglesias de Ultramar. El P. Juan de Castro, fué tambien juzgado á su vez digno del episcopado, siendo destinado á la diócesis de Vera-Paz, cuyos titulares, desde el año 1556, época de su fundacion, habian imitado la vida de los apóstoles. El siervo de Dios rehusó empero con humilde firmeza aquel obispado, que aceptó Juan Fernandez Rozillo en perjuicio de toda la diócesis; no solo se apoderó el nuevo obispo de la iglesia de los dominicos, la primera que se habia levantado en aquella provincia en honra y gloria de Dios, y que llegó á ser catedral de la misma, si no que hasta espulsó á los religiosos de su convento, para convertirle en palacio episcopal. Los indígenas, tratados hasta entonces con la mayor dulzura, se sublevaron contra el imprudente prelado; siendo preciso que los dominicos que les habian convertido y civilizado, olvidando la injuria que habian sido los primeros en recibir, moderasen el ardor de aquellos nuevos cristianos. Mandó el rey de España que fuese el convento del Coban devuelto á los dominicos, así como les fué restituida tambien su iglesia, cuando la diócesis de Ve-

ra-Paz fué unida á la de Guatemala, y fué trasladado Rozillo á otro obispado. El P. Juan de Castro, cuya renuncia fué causa de aquellos tristes acontecimientos, solo retrocedió ante el episcopado para seguir la gloriosa senda del martirio, cuya palma confiaba alcanzar en el archipiélago de las islas Filipinas, ó en las regiones de la China.

CAPÍTULO XIII.

Misiones de los agustinos, franciscanos, jesuitas y dominicos en las islas Filipinas y en la China.

El P. Andrés de Urdaneta, que habia sido un escelente marino antes de abrazar el estado religioso en la órden de San Agustin, hizo concebir á Felipe II la idea de conquistar las islas Filipinas, término de los viages y hasta de la vida del célebre Magallanes. En su consecuencia, mandó aquel príncipe al virey de Nueva-España, que enviase contra ellas una espedicion al mando de Miguel Lopez de Legaspi, natural de Méjico, y que formasen parte de la misma Andrés de Urdaneta y sus cuatro compañeros y hermanos en religion: Jacobo de Herrera, Martin de Errada, Pedro de Gomboa y Andrés de Aguirre. Llegó la flota española á la isla de Zebu el año 1555; y en 1.º de junio del mismo año regresó el P. Andrés de Urdaneta á Nueva-España; en 1556 fundó Legaspi la ciudad de Zebu, en la que tuvieron los agustinos un convento que era el punto de partida de todas sus misiones. Prosiguiendo los españoles sus conquistas, llegaron el año 1571 á la isla de Luzon, que es la mayor de aquel archipiélago, y en la que fundó Legaspi la ciudad de Manila.

Apenas se habia dado comienzo á la obra regeneradora de la evangelizacion, cuando empezaron á infestar la isla los malayos de Borneo y Mindanao. Sobrado astutos aquellos corsarios para esponerse á los azares de una lucha en campo abierto, se limitaban á desembarcar de improviso en un punto del litoral, en el que degollaban á los misioneros ó les exigian un fuerte rescate, y se llevaban á los naturales para venderles despues como á esclavos. En el año 1574 fué la isla de Luzon objeto de un ataque mucho mas serio, por haberse presentado para conquistarla un pirata chino, llamado el rey Limahon, al frente de dos mil aventureros, en el momento en que Lopez de Legaspi acababa de ser reconocido como gobernador general de las islas Filipinas. Marchaban los corsarios hácia la capital con ánimo de sorprenderla; pero habiendo tenido tiempo los españoles para reunirse, merced á la resistencia obstinada del pequeño cuerpo de avanzada que mandaba el capitan Velazquez, empeñaron desde luego una batalla general en la que fueron los chinos completamente derrotados (1). Con aquel motivo tuvo el gobernador español una entrevista con un capitan chino, y como concibiese aquel la esperanza de hacer penetrar la luz del Evangelio en la China, invitó á Alfonso de Alvarado, provincial de los agustinos, anciano venerable y santo, á quien confiára Cárlos V el descubrimiento de la Nueva-Guinea, á que nombrase algunos misioneros para la conquista del Celeste Imperio. Ofrecióse el anciano provincial á formar parte de la mision proyectada, pero como no lo permitiese el gobernador, recayó la eleccion en Martin de Errada, en el cual eran tantos los deseos que tenia de convertir á los chinos, que despues de haber estudiado su lengua, habia propuesto á unos mercaderes de aquella nacion que se le llevasen á su patria en clase de esclavo, pensando poder de aquel modo realizar sus cristianas aspiraciones. Nombróse así mismo á Gerónimo Marin, religioso de mucha piedad é instruccion, y á dos soldados para

(1) Desde que desembarcaron primero los españoles en la isla de Cebú ó Zebu, segun algunos historiadores en el año citado por Henrion, y segun otros en el año 1565, y despues en la de Salú, los idólatras y piratas de aquellas regiones han sido el mas cruel azote de las Filipinas. Por otra parte, desde los primeros tiempos de la conquista, y por espacio de mas de medio siglo, tuvieron tambien que luchar contra los envidiosos holandeses que veian con mal ojo que la España se posesionase de aquellas fecundas islas, y mas tarde contra los ingleses que á mediados del pasado siglo se apoderaron violentamente de Manila; pero cuyas tropas fueron derrotadas dos años mas tarde (1762), por los españoles que les arrojaron definitivamente de las Filipinas. (N. del Trad.)

acompañarles y dar despues noticias de su embajada; además de muchos otros presentes, el gobernador entregó al capitan chino todos los esclavos de su nacion que los españoles habian hecho prisioneros á Limahon. El dia 5 de julio del año 1575 desembarcaron los religiosos en Tansuso, siendo perfectamente acogidos por el mandarin de Chincheo; pero como no eran enviados por el rey de España, sino por uno de sus generales, les exigió que le hablasen de rodillas; luego fueron presentados los religiosos al *tutan* ó virey en Aucheo, donde se les hicieron muchos presentes; con respeto á la alianza propuesta entre España y China, y á la autorizacion pedida por los misioneros para ejercer el ministerio apostólico, pidió el virey instrucciones al emperador. Interin aguardaban la contestacion de Pekin, visitaron los religiosos las pagodas, en la mayor de las cuales encontraron ciento once ídolos, tres de los cuales les llamaron vivamente la atencion: figuraba el primero un cuerpo humano con tres cabezas que se miraban una á otra, y en el que creyeron ver un símbolo confuso del misterio de la Trinidad. Era el segundo una muger que llevaba un niño en brazos, que les recordó á la Vírgen madre y al divino niño, y tenia el tercer ídolo el verdadero aspecto de un apóstol. Como los chinos manifestasen á los religiosos el deseo de ver alguno de sus escritos, les presentaron escritos de su mano la Oracion Dominical, el Ave-María y los Mandamientos de la ley de Dios, teniendo buen cuidado de poner la traduccion china junto al texto español, lo que leyó el virey con avidez. Finalmente, llegó el enviado del emperador, el cual despues de haber hecho á los misioneros muchos presentes para sí y para el gobernador español de Filipinas, les dijo que solo accederia su soberano á las proposiciones que le habian sido hechas, cuando le presentasen á Limahon muerto ó vivo. Despues de haberse hecho grandes fiestas con motivo de su partida, se embarcaron los misioneros el dia 14 de setiembre del año 1575 para Manila, en el mismo buque del capitan chino que les habia conducido; durante el viage supieron que Limahon, cercado por los españoles, habia logrado escapar con algunos de los suyos y retirádose á la isla de Formosa. Los demás chinos que formaban parte de su espedicion se retiraron á las montañas, donde confundidos despues con los indígenas independientes, formaron la raza conocida hoy dia con el nombre de mestizos *sang-layos*, la cual es muy fácil de conocer por sus ojos pardos y su color mas blanco que el de los tagales y los ilocos. La fuga de Limahon desconcertó en gran manera al capitan chino por creer inevitable su desgracia cerca de su gobierno, al que habia hecho concebir tantas esperanzas de que pronto caeria aquel en su poder; con este motivo hizo presente á los misioneros que les seria muy fácil convertir los chinos al cristianismo, si lograban interesar al emperador en su causa por medio de una embajada que le dirigiese el rey de España. Informado Felipe II por la relacion que le hizo el P. Martin de Errada, nombró en calidad de embajador al P. Juan Gonzalez de Mendoza, religioso agustino, pero como luego tuvo este que dirigirse á España, quedó aplazado el cumplimiento de la mision que le confió el soberano.

En el año 1575, Gutierrez de Vera-Cruz, religioso agustino, cuya santidad igualaba á su saber, se habia dirigido con veinte y cuatro religiosos mas de su órden á las islas Filipinas para predicar el Evangelio, á invitacion del rey y del consejo de Indias. Fué Alfonso Gutierrez considerado por sus superiores como uno de los mas elocuentes oradores de su órden, y muy querido de Antonio de Mendoza y Luis de Velasco, vireyes de Méjico, mereciendo que le consultasen repetidas veces acerca del modo con que debian uno y otro gobernar á sus súbditos.

No fueron solamente los agustinos los que evangelizaron el archipiélago filipino, sino que tambien fueron enviados á él los franciscanos de la provincia de San José en España, entre los que habia el bienaventurado Pedro de Alfaro, superior de los religiosos destinados á

aquella mision, que no tardó en construir una iglesia en la capital de Filipinas. El primer cuidado de los franciscanos al llegar á aquel archipiélago, fué aprender el idioma del pais para predicar la fé á los idólatras, de los que habian de convertir y bautizar doscientos cincuenta mil en el término de nueve años. Tan pronto como supo Pedro de Alfaro la mision que habia sido confiada á Martin de Errada cerca de la corte de la China, formó el proyecto de penetrar en aquel casi inaccesible imperio. Un chino, bonzo poco antes, que habia sido convertido al cristianismo por los religiosos de San Francisco, acabó de enardecer los santos deseos del P. Alfaro; así que, pidió este al gobernador de Filipinas en el mes de agosto del año 1575, permiso para pasar á la China; pero como temiese el gobernador comprometer las buenas relaciones que existian entre España y aquella corte, no creyó prudente acceder á la peticion del misionero. Nada empero debia contener el celo del apóstol; al ver que no se habia atendido á su demanda, se embarcó con los religiosos de su órden Juan Bautista de Pizarro, Agustin de Tordesilla y Sebastian de Becocia, á los cuales se unieron tambien tres soldados españoles, cuatro naturales de Filipinas y un jóven chino, cogido á Limahon, que debia servirles de intérprete. Despues de haber logrado pasar entre la numerosa flota que guardaba la costa, llegaron aquellos hombres resueltos al puerto de Canton, en el que desembarcaron, no sin llamar su trage vivamente la atencion de los naturales, á pesar de creérseles portugueses pertenecientes á la colonia de Macao (Plancha LXXXVI, n.º 2.), ocupada en virtud de una concesion hecha por el emperador Khang-Hi, en recompensa de los servicios que habian prestado los portugueses contra los piratas que infestaban aquel mar. Como el pais cedido por el emperador era insignificante, pues consistia únicamente en un pequeño islote, situado en la punta oriental de la isla de Negao-Men, no podia aquella triste posesion infundir ningun recelo al imperio chino; además, se habia adoptado la precaucion de vigilar contínuamente aquella costa, y se castigaba con la mayor severidad á todo el que saliese de ella. Pocos eran los portugueses que al abandonar su islote se librasen del *tcha*, instrumento de tortura, al que han dado los europeos el nombre de canga: forman este instrumento dos planchas de madera en el centro de las cuales hay un agujero semicircular, que se juntan estrechamente entre sí, tan pronto como tiene el paciente su cuello dentro de aquel rodete. Hay tambien otros dos agujeros iguales practicados en los estremos de aquella máquina, en los que sufren las manos la misma presion; el peso de aquellos instrumentos atroces es de sesenta á doscientas libras, imponiéndose aquel mayor ó menor segun la gravedad del delito que quiere castigarse. El juez debe designar el modo que ha de llevarse la canga, así como tambien el tiempo que han de llevarla en hombros los culpables, cuyo tiempo no baja regularmente de un mes, ni escede de cuatro. Todas las mañanas van los agentes de policía á buscar á los penados que desean salir de la cárcel para tomar el aire, y les conducen con la cadena hacia las puertas de la ciudad ó á las plazas públicas, permitiéndoles algunas veces sentarse y apoyar en una pared ó en el tronco de un árbol el instrumento fatal para aliviarles un tanto de su enorme peso. En su triste paseo no cesa el penado de implorar la caridad pública, por tener que alimentarse aquel dia de lo poco que le ponen en la boca, (Pl. LXXXVII, n.º 1.) pero entre mil personas que insultan su desgracia, apenas encuentra una que le ofrezca un puñado de arroz. Apesar del completo aislamiento en que vivian los portugueses en Macao, del resto del imperio chino, llegó á ser en breve aquel islote rico y floreciente, merced á las flotas que procedentes de Malaca, Goa y Lisboa, le transformaron en una hermosa colonia comercial y atestaron sus almacenes de toda clase de géneros, destinados á dar gran impulso al comercio del Japon: llegó Macao á ser tan rica, que todas sus calles habrian podido empedrarse



Pena de l



de plata. La proximidad de aquella colonia esplica la causa de que hubiese en Canton chinos cristianos que hablasen el portugués; habiendo preguntado uno de ellos á los franciscanos qué motivo les habia inducido á dirigirse á aquel pais, le contestaron, que el deseo de enseñar el camino del cielo á los habitantes de la China; entonces les aconsejó el cristiano que se volviesen á bordo, y que aguardasen en el buque la órden del gobernador para saltar en tierra. Invitados luego á comparecer ante un mandarin, se les mandó caer de rodillas; sirviéndoles de intérprete el chino cristiano que les habia hablado anteriormente, declararon que eran españoles, que iban resueltos á hacer conocer á los chinos el verdadero Dios, creador del cielo y de la tierra, y que era aquel mismo Dios el que les habia conducido á su puerto, cuyo nombre ignoraban. La primera y tercera de sus respuestas fueron traducidas fielmente, pero no sucedió así con la tercera, por temer el intérprete que si llegaba á saber el mandarin que iban aquellos hombres á predicar una nueva religion, les obligaria á partir desde luego, privándole á él de lo que se proponia ganar con los misioneros; así pues, se limitó á decir que los viageros estaban consagrados al servicio de Dios, como los bonzos chinos, y que al dirigirse de la isla de Luzon á otra mas apartada, habian naufragado, pudiendo llegar á duras penas á aquel puerto, despues de haber perdido á varios de sus compañeros. Preguntados los religiosos acerca de los objetos que contenia su buque, dijeron no traer mas que algunos libros, y los ornamentos necesarios para celebrar la misa; y como despues de haberse informado por sí mismo el mandarin, viese que en realidad no llevaban los franciscanos oro, plata, ni armas ofensivas ni defensivas, informó favorablemente al gobernador, quien les autorizó para permanecer en Canton. Fueron á hospedarse en la casa del cristiano chino, en la que levantaron una capilla, celebrando en ella su primera misa el dia de S. Juan Bautista; á los pocos dias les mandó llamar otro mandarin, el cual se asombró al ver que eran sus hábitos de una lana tan tosca; y como le dijese el intérprete que los frailes Menores querian permanecer en China, para cuidar los enfermos y enterrar los muertos, se dirigió el magistrado á sus colegas, diciéndoles con admiracion: «He ahí á unos hombres de bien y quisiera que dependiese de mí el concederles lo que piden: pero la ley se opone formalmente á ello.» Como viese el cristiano chino que los religiosos no contaban con ningun recurso, cerróles á los pocos dias la puerta de su casa, por lo que se vieron obligados á salir de dos en dos á pedir limosna, cosa no vista hasta entonces en China; pero informado el hay-tao ó gobernador de Canton (1), de la triste situacion á que se veian reducidos, les procuró una suma bastante, que les sacó de apuros por algunos dias; además, los portugueses acudieron tambien en su ausilio. Algun tiempo despues se les comunicó la órden de partir, por lo que les aconsejó el intérprete que pidiesen un plazo de cuatro meses, fundándose en lo malo de la estacion para embarcarse, y pidiendo al propio tiempo un asilo en que albergarse; el mandarin á quien presentaron su peticion les dijo en que contaban ocuparse, caso de que fuese su peticion atendida, á lo que contestaron los religiosos, que en el interin aprenderian la lengua del pais, á fin de poder predicar la fé de Jesucristo; pero tambien esta vez se abstuvo el intérprete de traducir sus últimas palabras. Por último, pidieron que se les permitiese al menos aguardar la llegada de los mercaderes portugueses, quienes les conducirian á su patria; el *hay-tao*, ó el virey, al recibir aquella segunda peticion, manifestó deseos de conocer á los religiosos, los cuales se vieron obligados á hacer un trayecto de cuarenta leguas, para serle presentados. Muchas fueron las cosas notables que presenciaron en los cuatro dias que duró su viage; una

(1) El hay-tao es mas bien un comisario general del puerto ó comandante de marina, revestido al propio tiempo de altas funciones judiciales. (Nota del Trad.)

de las que mas les llamó la atencion, fué la de ver á los búfalos arando los campos; cada carreta iba tirada por uno solo de aquellos animales, debiendo llevar además á su conductor, que le dirigia por medio de una cuerda atada á un anillo de hierro que le atravesaba la ventanas de las narices. El virey, recibió muy bien á los religiosos, y vió con sumo gusto los varios objetos que traian, particularmente una piedra de jaspe negro que les servia de mesa para el altar, y diferentes imágenes hechas con plumas de varios colores tan habilmente entrelazadas, que parecian obra del mas acreditado pincel. Sin reparo concedió á los religiosos el permiso de vivir en el pais, no todo el tiempo que quisiesen, como les dijo el intérprete, sino hasta que volviesen á salir para su patria los mercaderes portugueses; á su regreso á Canton, se les destinó una casa en los arrabales prohibiéndoseles salir de ella y entrar en la ciudad, sin recibir antes autorizacion para ello. Semejante providencia les admiró tanto mas, cuanto que no podian comprender los religiosos, el que despues de habérseles autorizado para permanecer en el pais, no solo no se les permitiera construir un convento, si no que hasta se les privase del derecho de entrar y salir de la ciudad; finalmente, llegaron á saber la falsedad del intérprete. En vano procuraron manifestar entonces sus verdaderas intenciones al gobernador, pues no encontraron ningun chino que se atreviese á comunicárselas; por lo que, viendo que estaba pronto á espirar el plazo concedido, resolvieron tomar una determinacion. Pedro de Alfaro, fué de opinion de retirarse á Macao, punto situado á treinta leguas de Canton, donde podrian aprender fácilmente la lengua del pais, y aguardar luego la primera ocasion que se ofreciera para introducirse nuevamente en la China; los soldados, empero, prefirieron volverse á Filipinas, cuyo partido tomaron tambien dos de los religiosos, por estar convencidos de que no queria Dios abrir aun las puertas de la China á los ministros de la fé. Uno de estos murió ya en Canton, llegando el otro con los soldados españoles á la ciudad de Manila, el dia 2 de febrero del año 1580. Pedro de Alfaro y su compañero, se dirigieron á Macao, donde construyeron un convento de su órden, con la autorizacion del obispo Melchor Arias y de los magistrados portugueses; siendo consagrado aquel nuevo templo, en el mes de noviembre del año 1579. La vida edificante de los dos misioneros, les valió muy pronto el afecto y veneracion de los chinos, muchos de los cuales abjuraron la idolatria para abrazar el cristianismo; pero no bastando aquellas conversiones debidas á los cuidados y oraciones de Pedro de Alfaro, á satisfacer su ardiente celo, abandonó á Macao para llevar el Evangelio al interior de la China. Pronto empero, cayó el generoso apóstol gravemente enfermo á consecuencia de sus fatigas, y entregó el alma á su Creador en 2 de abril, ignorándose el nombre de la poblacion en que falleció. Tampoco hacen los anales franciscanos, mencion del año en que aconteció su muerte, pero como la custodia de San Gregorio en Filipinas, fué erigida en provincia el 15 de noviembre del año 1586, es de presumir que murió el bienaventurado Pedro de Alfaro, á principios de aquel año, ó bien á fines del anterior. Cita Ferot entre los primeros misioneros de Filipinas, á Francisco de Montilla, descendiente de una noble familia española, que tomó el hábito en el convento de Reformados de la provincia de San José, dando á conocer ya desde un principio, los gérmenes de la perfeccion cristiana á que habia de llegar un dia. La oracion y la lectura de obras piadosas le ocupaban las mas de las horas, pasando las restantes en la soledad y el silencio, entregado á las profundas meditaciones, que adornaron mas tarde su espíritu con conocimientos sublimes, acerca de nuestros divinos misterios. Las principales virtudes que adornaron á Francisco de Montilla, fueron, un desprendimiento completo de todos los bienes de la tierra, una paciencia á toda prueba en las adversidades, y una cari-

dad ardiente para con los pobres; por conservar su pureza, apeló al ayuno, á los cilicios y á toda clase de mortificaciones que pudiesen satisfacer las miras que se proponia. Dotado de todas las bellezas físicas, pedia sin cesar á Dios que le enviase una deformidad, por temer que causasen aquellas su caida, mientras que hacia por su parte todo lo posible para ocultar y hasta destruir sus gracias naturales. Al verse Francisco asaz seguro en el camino de la virtud, trató de trabajar por la salvacion de los demás, por lo que pidió ser destinado á las misiones, y formó parte de los treinta religiosos reformados de S. Francisco, que envió el rey Felipe II á Filipinas. Si bien fueron muchos los obstáculos que tuvo que vencer el religioso durante su apostolado, no fueron menores los triunfos que alcanzó en él, puesto que á su voz conquistaron mas de cinco mil idólatras la libertad de los hijos de Dios. Despues de haber contribuido Francisco de este modo á cimentar la fé en el archipiélago de las Filipinas, se dirigió al continente del Asia; desembarcó en una isla situada en la costa de Cochinchina, donde fué reducido á prision en el momento de predicar el Evangelio, y presentado al soberano, que, despues de haberle oido, condenó al destierro á aquel enemigo de los ídolos. Francisco de Montilla, pudo, no obstante, embarcarse de nuevo, logrando penetrar en la China y hasta en el mismo Japon, segun Ferot; de todos modos, es lo cierto que sus escursiones apostólicas le acarrearon las fatigas, la persecucion y toda clase de peligros A su regreso á Manila, se le nombró custodio para asistir al capítulo general que debia celebrarse en Roma el año 1587, y despues del cual se dirigió á Madrid, y desde allí á su antigua provincia de San José; por último, cayó Montilla enfermo en la provincia de Toledo, donde despues de haber recibido los últimos sacramentos, entregó su alma á Dios el dia 31 de diciembre del año 1590. Juan de Santa Maria, religioso de la propia órden, escribió las virtudes y las acciones de Montilla.

Solo hemos hablado hasta ahora de los agustinos y franciscanos, al tratar de los misioneros de Filipinas; pero, segun Fontana, fueron allí tambien cinco hermanos Menores, tres dominicos y tres jesuitas, con Domingo de Salazar, al ser este nombrado primer obispo de Manila, en el año 1579. Aquellos nuevos misioneros, como los anteriores, fijaron sus miradas en el Celeste Imperio, para conquistarle á la fé; siendo un jesuita residente en Macao, el primero que abrió á los misioneros de su Compañía las puertas de aquella vasta region.

Desde que S. Francisco Javier habia tomado posesion de la China por medio de su muerte en la isla de Sancian; desde que Melchor Carnero, obispo de Nicea, habia renovado aquella toma de posesion solemne espirando en Macao; y que Melchor Nuñez Barreto habia discutido en el año 1556 con los mandarines de Canton, debian necesariamente caer tarde ó temprano las barreras del Celeste Imperio ante el celo apostólico de los misioneros. Tres eran los jesuitas que en el año 1563 se habian unido á una embajada portuguesa que iba á ofrecer ricos presentes al gefe de aquel inaccesible imperio; y si bien recibieron los chinos con entusiasmo los dones del rey de Portugal, no por ello adelantaron mucho las relaciones diplomáticas entre ambos paises, siendo por lo mismo preciso á los jesuitas aguardar aun otra ocasion mas oportuna para realizar sus planes. En una de las diferentes escursiones que hicieron á Canton los jesuitas residentes en Macao, trabaron relaciones con un jóven bonzo, al que despues de haber dado á conocer la escelencia de las doctrinas cristianas, bautizaron mas tarde en Macao, haciéndole pasar luego al Japon para que acabase de instruírsele en la nueva religion que habia abrazado. Al saber el padre del bonzo su conversion, se quejó á los mandarines de que los portugueses le habian arrebatado á su hijo, y obligádole á hacerse cristiano; los magistrados chinos se apoderaron inmediatamente de los géneros que tenian los europeos

en la ciudad de Canton, y se dirigieron al gobernador de Macao, previniéndole que lo hiciese presente desde luego al bonzo convertido. Pero temiendo los jesuitas que no estuviese el neófito aun bastante impuesto en la fé para arrostrar el martirio, le pusieron á disposicion del obispo de Macao, el cual declaró al gobernador portugués que no podia de ningun modo esponer al nuevo cristiano á que cayese otra vez en la idolatría. Informado empero el jóven chino del debate de que era objeto, se presentó al prelado, diciéndole que deseaba ser presentado á los mandarines, en la esperanza de que le daria Dios la fuerza necesaria para confesar su santo nombre, por mas que debiese costarle la vida. Fueron tan vivas sus instancias, que al fin consintió el prelado en que regresára á Canton, queriendo él empero acompañarle; así que estuvo el animoso neófito en poder de los mandarines, le mandaron estos azotar (Pl. LXXXVII, n.º 2.); el mismo castigo habria sido impuesto tambien al obispo, á no haberle ocultado los portugueses. Mientras que se veia el jóven confesor de la fé cruelmente azotado, continuaba con gran asombro de los mandarines, invocando con ardor creciente el dulce nombre de Jesus, y repitiendo que nunca abandonaria el cristianismo cualesquiera que fuesen los tormentos á que se le condenase por su constancia. Como viesen los mandarines la inutilidad de sus esfuerzos para hacer apostatar al jóven catecúmeno, decidieron despues de haberle tenido por mucho tiempo encerrado y de haberle hecho sufrir cuantos tormentos puede inventar la barbarie, desterrarle perpétuamente; prohibiendo al propio tiempo á los jesuitas permanecer en Canton ni en ningun otro punto del imperio. Pero como ya el año siguiente fué cambiado el *hay-tao* que habia dado aquella última disposicion, se espuso el P. Ruggieri á dirigirse á Canton con los mercaderes portugueses, en cuya ciudad presentó una instancia al nuevo *hay-tao* ó gobernador, pidiéndole que puesto que debia celebrar diariamente el santo sacrificio de la misa y no le era posible hacerlo en el buque, se sirviese destinarle una casa en la ciudad, á fin de que pudiese cumplir con los ejercicios de su ministerio. No creyó el gobernador deber oponerse á los justos deseos del religioso, por lo que accedió á ellos designándole una casita en las inmediaciones de la ciudad, en la que dispuso el jesuita una capilla y levantó un altar, decorado con el mayor gusto; todos los chinos, sin distincion, fueron á visitar la pequeña iglesia, en la que eran recibidos por el padre con las mayores muestras de afecto. De tal modo supo el religioso cautivar á los chinos y hasta á los mismos mandarines, que todos vieron con dolor llegar la época en que debia aquel dirigirse nuevamente á Macao. Mientras que el P. Ruggieri procuraba sembrar de este modo la primera semilla evangélica en aquellas regiones, el gobernador y el obispo de Manila, á fin de disponer á la colonia portuguesa de Macao á que aceptase la reunion de las dos coronas de Portugal y de España en las sienes de Felipe II, enviaron á la China al P. jesuita Alfonso Sanchez, con cartas para el hay-tao de Canton, á fin de que protegiese este el viage de su embajador. La fragata en que iba el P. Sanchez partió de Manila el dia 14 de marzo del año 1582, y vióse envuelta al llegar á las aguas de la China por las numerosas flotas que estaban guardando sus costas; al descubrir el buque estrangero, empezaron todas las embarcaciones chinas á tocar el tambor y las campanas, produciendo un espantoso ruido que se oia de una gran distancia. Luego la mayor de aquellas embarcaciones disparó dos cañonazos para obligar la fragata á detenerse, y descendió el religioso en un esquife que le condujo al buque del supi ó almirante, al cual entregó su pasaporte escrito en caractéres chinos, y concebido en estos términos: « Capitanes y guardias de la China, si encontrais á ese Padre, permitidle el paso sin causarle daño alguno, por ser enviado del gran mandarin de la isla de Luzon al hay-tao; y por ser además un personage que enseña á profesar la ley divina: todos los que le acompañan son hom-

bres honrados que no llevan armas ni quieren haceros ningun daño.» Despues de haberse puesto el supi su uniforme de mandarin, consistente en una especie de bata de seda encarnada, en la que habia algunos leones bordados en el pecho, se sentó gravemente delante de una mesa, cubierta de un tapete de seda bordado con franjas; luego entraron los gefes de los demás buques en la sala de audiencia y se arrodillaron, teniendo el P. Sanchez que seguir su ejemplo. Sufrió entonces el religioso un interrogatorio, terminado el cual, se le condujo nuevamente á su fragata, no sin adoptar antes grandes precauciones, si bien tratándole siempre con la mayor consideracion Una hora despues, se presentaron tres capitanes chinos para tomar inventario de todo cuanto habia en la fragata, cuya medida es para la mayor seguridad de los estranjeros, pues solo tiende á evitar que se les robe efecto alguno mientras permanezcan en los dominios del imperio. Curiosas en estremo fueron las fiestas que presenciaron el religioso y sus compañeros el dia del Domingo de Ramos: todas las embarcaciones chinas aparecieron desde el amanecer lujosamente empavesadas, y todos los soldados se presentaron ostentando su uniforme de gala, que consistia en túnica amarilla, y saltaron en tierra para pasar revista y hacer ejercicio de fuego, para dar sin duda á los europeos una alta idea de su instruccion militar. Fué el P. Sanchez conducido al puerto de Chincheo, desde el que pasó á la residencia del tchang-pan ó gran almirante de la China; desde el puerto hasta la fortaleza habia dos filas de soldados armados de picas y arcabuces, que se tuvo la precaucion de descargar mientras iban acercándose el padre y sus compañeros. Al entrar la comitiva en la primera plaza de la fortaleza, empezaron los upis ó ejecutores de la justicia á gritar desaforadamente, como lo hacen cuantas veces se presenta algun estranjero para hablar á los grandes mandarines; despues de haber atravesado otras dos plazas, fueron los españoles presentados al gran almirante que les estaba ya aguardando en trage de ceremonia. Al entrar en la sala, los chinos que acompañaban á los europeos, cayeron de rodillas y de faz contra el suelo, y dijeron al tchang-pan que aquellos estranjeros deseaban hablarle, á lo que dijo él que se acercasen, obligándoles á arrodillarse cuando estuvieron como á unos veinte pasos del gran almirante. La ignorancia del intérprete fué causa de algunas equivocaciones que habrian podido tener para los europeos funestas consecuencias, á no haber sido la presencia de ánimo del P. Sanchez, á quien hizo el gran mandarin diferentes regalos. Luego fué conducido el religioso al puerto de Auchéo, donde dejó á la tripulacion de la fragata, continuando él solo su viage con tres de sus compañeros Encontrábase el hay-tao en Tang-Kouen, arsenal en que se construian diferentes buques, paseándose en una lujosa embarcacion al son de una música, cuando se le dió aviso de la llegada del P. Sanchez; el religioso se arrodilló, segun costumbre al estar en su presencia, y le dirigió la palabra sin verle, por impedírselo una cortina de seda encarnada, tras la cual se colocára el hay-tao. Luego se descorrió bruscamente la cortina, descubriendo al gran mandarin, vestido de una túnica de púrpura, y sentado en una estancia ricamente adornada. Presentóle el religioso la carta del gobernador español de Filipinas, que recibió el hay-tao con benevolencia, encargando luego á un mandarin que presentase el religioso al gan-cha-fou ó juez de Canton. Al poco tiempo dijo el mandarin al P. Sanchez que habian llegado al puerto algunos viageros portugueses, y que en uno de los arrabales de la ciudad vivia un religioso como él, al que se ofreció presentarle el mandarin mediante una retribucion; así que, no tardaron los dos religiosos Sanchez y Ruggieri en estar uno en brazos de otro. Trascurridos algunos dias, dió el gan-cha-fou la providencia siguiente: «Ya que son esos hombres religiosos que van á Macao para visitar á otros padres de su órden, y no llevan armas ni hacen mal á nadie, se les permitirá pasar libremente; solo merecerian

ser castigados por haber presentado al hay-tao una carta escrita en un papel demasiado corto, pero se les absuelve por ser estranjeros y no conocer las leyes de nuestro pais.» El hay-tao confirmó esta sentencia que fué mandada á la aprobacion del tutan (1), ó virey de la provincia. Entonces se presentaron los religiosos al virey, ofreciéndole ricos presentes de parte del obispo y del gobernador de Macao; y como declarasen al propio tiempo reconocer la soberanía del emperador, se les autorizó para entrar y salir libremente del imperio, para tener en la ciudad misma de Canton una casa cuya capilla fuese pública, y por último, se les permitió pasar de Canton á Tchao-Khing, cuantas veces lo deseasen. El P. Ruggieri logró además que aprobase el virey en todas sus partes la providencia dada por el gan-cha-fou, á fin de que los dos jesuitas pudiesen dirigirse juntos á Macao, donde llegaron á fines del mes de mayo del año 1582; el P. Valignani que se encontraba tambien allí y que era aun visitador de la Compañía de Jesus en la India, vió cumplido el mas ardiente de todos sus deseos. Colocado aquel religioso pocos dias antes en el alfeizar de una ventana del colegio de Macao, miraba tristemente el continente de la China, esclamando: «¡Cuando se nos abrirán tus puertas! ¡Cuándo brotará de tu agostado suelo un manantial purísimo!» La piedad del P. Ruggieri acababa de abrir aquellas puertas, y merced á ella iba tambien pronto á brotar el deseado manantial de agua viva. El P. Sanchez, cuyo viage fué causa de aquellas concesiones importantes, regresó á Filipinas tan pronto como hubo cumplido la mision política que le habia sido confiada; el P. Ruggieri cayó entonces enfermo, por lo que no pudo acompañar al auditor de Macao, encargado de ofrecer en nombre de esta ciudad un presente al virey chino, en justo reconocimiento de las concesiones obtenidas. Sin embargo, encargó el religioso al auditor que regalase de su parte al virey unos anteojos, objeto de gran precio entre los chinos, diciéndole así mismo que contaba además poderle entregar un reloj luego que el estado de su salud le permitiese visitarle: agradecido el virey á la espresion y finos recuerdos del religioso, le envió un salvo-conducto ó pasaporte, escrito en una plancha de plata; y hasta le mandó algun tiempo despues un buque chino en el que se embarcó el misionero á 18 de diciembre del año 1582 con el P. Francisco Pasio, otro religioso que no era aun sacerdote, y algunos chinos. Como el secretario del virey se admirase al ver su acompañamiento, le dijo el religioso que no tenia la costumbre de ir solo, y que por lo mismo se llevaba á dos miembros de su órden, uno para que le acompañase cuando iria á ver al virey, y para que se quedase el otro guardando la casa durante su ausencia. El virey dispensó á Ruggieri una magnífica acogida; sorprendióle en gran manera el reloj que le presentó el misionero, al que quiso hacer á su vez magníficos regalos que no admitió el religioso diciéndole, que solo deseaba vivir en el imperio, para estudiar las leyes y costumbres del pais, á cuyo único objeto habian hecho él y sus compañeros un viaje de tres años.

Satisfecho el virey, al ver que semejantes hombres habian ido de tan lejos á su pais, solo para vivir entre los chinos y estudiar sus leyes; y como por otra parte se preciaba de cultivar la filosofía y las matemáticas, en cuyas ciencias estaban los jesuitas tan versados, les destinó una magnífica casa en Tchao-Khing, y hasta les permitió que fuesen á vivir con ellos otros dos religiosos de su órden. El P. Mateo Ricci, se dirigió entonces á Tchao-Khing desde Macao, en compañía de otro religioso que no era aun sacerdote, siendo por lo tanto ya cinco los jesuitas residentes en aquella ciudad, habiendo entre ellos tres sacerdotes, á saber: Miguel Ruggieri, Francisco Pasio y Mateo Ricci, procedentes los tres del colegio de Roma. El último de ellos, ó sea Ricci, nació el año 1552 en Macerata,

(1) «Tutan» es la palabra que emplea Henrion, trasladando á Jarric, pero la verdadera espresion es «Tsong-to,» que significa gobernador general mas bien que virey. (Nota del Trad.)



poblacion situada en la Marca de Ancona, y entró en la Compañía en el año 1571, despues de haber empezado la carrera del foro; dirigido en su noviciado por el P. Valignani, resolvió el jóven novicio seguirle á las Indias, llegando á Goa, donde terminó la teologia. «Un celo ardoroso y prudente, infatigable y resignado, dice el P. de Orleans, debia formar una de las primeras cualidades de aquel á quien Dios habia destinado á ser el apóstol de un pueblo receloso y naturalmente enemigo de todo cuanto no perteneciese á su pais. Con efecto, preciso era tener un corazon verdaderamente magnánimo, para empezar tantas veces de nuevo una obra que no habia dado resultado alguno; preciso era tener un carácter superior y un conocimiento profundo del corazon humano, para hacerse respetar de hombres acostumbrados á no respetarse mas que á sí mismos, y para enseñar una nueva ley á los que nunca habian creido hasta entonces que nadie pudiese enseñarles algo. Precisas eran tambien una humildad y una modestia ejemplares, para hacer soportar á aquel pueblo orgulloso, el yugo de la superioridad del espíritu, que solo puede ser impuesto cuando no es notado; precisas eran, en fin, una virtud á toda prueba y una contínua union con Dios, como las del misionero, para resistir una vida tan trabajosa y llena de peligros, y á la que habria evitado tantos sufrimientos un largo martirio.» Pocos dias despues de haberse reunido el P. Ricci con los demás religiosos que le habian precedido en Tchao-Khing, hizo el virey publicar un edicto, por el cual mandaba que fuesen reconocidos los jesuitas como ciudadanos chinos, dignándose además el mismo virey visitarles, á fin de que fuesen tenidos por todos sus súbditos en la mayor consideracion. El gran almirante, al llegar á Tchao-Khing, fué tambien á visitar los jesuitas, á quienes dió repetidas muestras de aprecio; los mandarines, insiguiendo el ejemplo de los primeros gefes, les dieron á su vez grandes pruebas de consideracion y afecto: uno de los principales de entre ellos les invitó á comer, y despues de haberles hecho ocupar asientos iguales á los de sus colegas (Pl. LXXXVIII, n.º 1.), entregó á cada jesuita un abanico dorado, segun la costumbre del pais. El primer cuidado de los jesuitas fué aprender la lengua mandarina, á fin de poder mas facilmente atraerse á los grandes; el P. Ruggieri escribió un Catecismo en lengua china, y para hacer comprender mejor á aquel pueblo la escelencia práctica del cristianismo, tradujo la *Vida de los Santos*. En el momento, empero, que iban los jesuitas á predicar públicamente el Evangelio á Tchao-Khing, el virey, á cuyo favor debian su permanencia en el pais, y el cual iba á ser relevado, les aconsejó en su propio interés, que se fuesen á vivir por algun tiempo en Macao. Es costumbre entre los vireyes de la China, antes de dejar el mando, hacer consignar en los anales de la provincia, todos los actos notables que han tenido lugar durante su administracion, siendo el primer cuidado del que les sucede, leer lo que ha acontecido á su predecesor, á fin de ponerse al corriente de los negocios. El protector de los religiosos, que sabia que su sucesor, asombrado de encontrar á aquellos estrangeros en Tchao-Khing, les haria salir inmediatamente del reino por espíritu de contradiccion, recurrió á la astucia de hacer constar en los anales, que algunos hombres de santa vida y de profundo saber, por estar muy versados en las ciencias divinas y humanas, habian llegado de Occidente, solo para estudiar las leyes y costumbres de la China que por algun tiempo les habia permitido vivir en Tchao-Khing, pero que despues les habia hecho salir, por no permitir las leyes la permanencia de los estrangeros en aquel imperio. La estratagema del virey produjo el efecto deseado: apenas los religiosos acababan de llegar á Macao con ánimo contristado por haber tenido que abandonar un pais en el que se prometian tantos triunfos, cuando el nuevo virey, en vista de los elogios que leyó en los anales, y los que los mandarines le hicieron de los padres, quiso á su vez conocerles; así pues,

les envió un buque y les hizo advertir, que, si su antecesor les habia despedido, él estaba resuelto á admitirles, ofreciéndoles además una iglesia y una casa. Los PP. Miguel Ruggieri y Mateo Ricci se embarcaron desde luego con el mayor placer, siendo á su llegada benévolamente acogidos; el virey les destinó una habitacion, les cedió un terreno para construir una iglesia, y les autorizó para viajar como regnícolas por toda la China. Al ser relevado de su cargo aquel funcionario, confirmó su sucesor todas las disposiciones favorables que habia dado aquel acerca de los jesuitas, merced á la decidida proteccion que les dispensó un mandarin por haberle educado el mayor de sus hijos. Este nuevo protector hizo construirles además á sus expensas una iglesia y una casa que fueron á habitar junto á la ciudad, plantada de árboles, y en cuyos paseos habia diferentes cascadas que convertian aquella mansion en un verdadero eden. Habia además unida al edificio, una hermosa torre que dominaba toda la campiña y las márgenes del rio á una larga distancia. La iglesia formaba un edificio separado; luego de terminada la casa y la iglesia, hizo el mandarin poner esta inscripcion china en el frontispicio de la primera: *Aquí habitan unos santos varones que han venido de Occidente*; y la siguiente en el de la iglesia: *Aquí se predica la verdadera ley del Dios de los cielos*. Continuaron visitando á los jesuitas todas las personas mas notables; habia entre estas un letrado, doctor de la universidad de Pekin, el cual deseaba hablar siempre con los padres acerca de la religion, particularmente con el P. Ruggieri, autor de un Catecismo en lengua china, que quiso el letrado vertir despues en estilo mas elevado, á fin de que fuese leido con mas gusto por las personas instruidas. Mientras se estaba dedicando á aquel trabajo, le comunicó de tal modo Dios la luz de la gracia, que comprendió claramente el chino todas las verdades contenidas en el Catecismo. Dotado de un juicio claro y de una elocuencia fácil, manifestaba aquellas verdades con una exactitud y un fuego, que admiraba á los jesuitas, y apoyaba los misterios de la fé en irrefutables argumentos que nadie le habia sugerido; no tardó el letrado en pedir el bautismo, pero como era el primer catecúmeno que se presentaba, creyeron los religiosos no deber acceder á sus deseos, hasta ver si continuaria sustentando las mismas ideas; como por otra parte, la conversion de un hombre tan eminente habia de causar una gran sensacion en todo el pais, no se juzgó prudente bautizarle hasta que los mandarines y las clases elevadas tuviesen ya algun conocimiento de las verdades de la fé, contenidas en el Catecismo. Fueron ofrecidos dos de sus ejemplares á los principales mandarines, y se repartieron profusamente los Mandamientos de la ley de Dios, continuados en una hoja suelta; halláronles los mandarines tan conformes á la razon, que declararon no poder ser aquella ley obra de los hombres, sino del mismo cielo. Despues de haber preparado así los ánimos, empezaron los padres á esponer públicamente las verdades del cristianismo en su iglesia, mediante la autorizacion competente; y como el ilustrado neófito se espresase con mucha mas facilidad que ellos en su lengua natural, le encargaron que hiciese algunas pláticas, que dieron por resultado la conversion de muchos de sus oyentes, que, junto con los demás catecúmenos, no tardaron en ser bautizados. Hasta los chinos que continuaban en la idolatría, se inclinaban al ver la cruz colocada en el techo de la casa de los jesuitas; habia otros idólatras que al entrar en la iglesia tomaban agua bendita; porque segun una tradicion referente á los trabajos apostólicos de antiguos misioneros, que, como hemos dicho, debian de haber evangelizado el pais, perpetuaba el recuerdo de un piadoso personage que al recorrer la China, daba un agua santa, con la que curaba los enfermos, y hacia otros muchos milagros. Cualquiera que fuese la seguridad que la proteccion del virey ofreciese á los jesuitas, no se ocultaba al P. Ruggieri, que era indispensable la autorizacion del empera-

dor, para poder predicar libremente el cristianismo en sus Estados; así que, escribió al gobernador español de Filipinas y al obispo de Manila, á fin de que hiciesen presente al rey de España, lo necesario que era enviar á aquel objeto una embajada á Pekin. Con motivo de reclamar algunos criminales que se habian refugiado en Macao, hizo embarcar el gobernador de Filipinas, en el mismo buque encargado de hacer sus reclamaciones, al P. Alfonso Sanchez, á fin de que se pusiese de acuerdo con los jesuitas de Tchao-Khing, y concertasen los medios que debiesen adoptarse para propagar la fé en China; pero como el mandarin de Macao se opusiese á que penetrase el religioso en el Celeste Imperio, tuvo el P. Ruggieri que dirigirse á la colonia portuguesa para conferenciar con él acerca de un punto de tanta importancia. Como se presentase Ruggieri al *lan-si-tao*, para que permitiese al P. Francisco Cabral, provincial de la India, permanecer en Tchao-Khing, le dijo el mandarin: «Aunque declaraste al principio, que venias para aprender la lengua y las costumbres chinas, y que yo, á mi vez, lo haya dicho tambien á los demás mandarines, sé que es tu único designio el predicar la ley divina, cuya propagacion deseo; á fin pues de convencerte de que no debes ocultarte de mí, te permito desde ahora bautizar al ilustrado catecúmeno que tienes en casa, y á todos los demás que quieran hacerse cristianos. Así mismo autorizo á ese religioso de quien me has hablado, para que permanezca entre nosotros, y celebraré que juntos divulgueis vuestra ley por toda la China, puesto que no es contraria á nuestra policía ni á nuestro gobierno.» Luego de haber conferenciado el P. Ruggieri con Alfonso Sanchez, partió este nuevamente á Manila, á cuyo punto tardó cuatro meses en llegar, por haber tenido que detenerse á causa del mal tiempo, y por tener que reparar el buque. A su llegada á Tchao-Khing, el P. Francisco Cabral, provincial de la India, bautizó el 18 de noviembre del año 1584 con toda la magnificencia, al letrado chino que de tanto tiempo estaba aguardando aquella gracia, al que se dió el nombre de Pablo; otro jóven chino en cuya casa habian ido á parar los religiosos á su llegada, recibió tambien aquel beneficio. Terminada su visita, se dirigió el provincial nuevamente á Macao, mientras que Pablo se iba al pueblo de su naturaleza con la esperanza de convertir á su esposa, á sus hijos y á sus compatriotas. Los PP. Eduardo de Sande y Antonio de Almeida, pasaron desde Macao á Tchao-Khing, para tomar parte en todas las escursiones que hiciesen sus hermanos al interior de la China; Almeida y Ruggieri, recorrieron la provincia de Tche-Kiang, y salieron despues de Canton con el hermano del Lan-si-tao el dia 20 de noviembre del año de 1585, llegando en el mes de enero del año siguiente á Hang-Tcheou, ciudad situada en las orillas del lago Sihu (1); es una plaza fuerte y comercial, que cuenta seiscientos mil habitantes; tiene monumentos notables, entre los que figuran cuatro grandes torres de nueve pisos, y diferentes arcos de triunfo: Ruggieri la comparó con Venecia, y Almeida dijo que era Hang-Tcheou, una ciudad mucho mas grande que las de Portugal, esceptuando Lisboa. El padre del lan-si-tao hospedó á los dos misioneros, que no tardaron en ser invitados á la mesa de los principales mandarines; uno de ellos rogó al P. Ruggieri, á que asistiera á los funerales de su madre, pero el religioso se escusó diciendo que de ningun provecho servian las oraciones de los cristianos, á los que durante su vida no hubiesen adorado al Creador del mundo; valiéndose de aquella circunstancia para manifestar que la ley de Dios, era indispensable al hombre para su salvacion, y que superaba á todas las demás leyes en santidad. Los bonzos, dieron tambien por su parte las mayores muestras de consideracion á los religiosos, pidiéndoles agua bendita, á causa de la tradicion de que hemos hablado antes, si bien los misioneros dejaron de dár-

(1) Hang-Tcheou es el antiguo Quinsay de Marco Polo. (Nota del Trad.)

sela por temor de que profanasen una cosa santa. Como los misioneros no tenian intencion de detenerse en aquella ciudad, dejaron de conferir el bautismo á los que se lo pedian, por no estar aun suficientemente instruidos; únicamente lo administraron al padre del lan-si-tao, anciano de setenta años, dotado de mucho saber y de diferentes virtudes morales, y al que habian catequizado por espacio de cuatro meses; teniendo lugar aquella imponente ceremonia el dia ó fiesta de Pascua. Tambien fué bautizado el hijo de un letrado chino, que estaba casi sin esperanzas de vida, y que sanó completamente á los pocos dias de haber sido regenerado por medio del bautismo. Desde Hang-Tcheou, regresaron los dos misioneros á Tchao-Khing, donde encontraron cuatro nuevos cristianos; al saber el visitador y el provincial de la Compañía de Jesus en la India, la buena acogida que se habia hecho á los dos religiosos en todos los puntos que habian recorrido, creyeron no deber por mas tiempo permitir que dependiese la admision de los misioneros en el Celeste Imperio, de la voluntad de los vireyes ó de otros mandarines; sino que hicieron de modo que el Pontífice romano y el rey de España obtuviesen del emperador que les abriera las puertas de sus Estados. El P. Ruggieri, que conocia mucho mas á fondo las costumbres chinas, por hacer ya mucho tiempo que vivia en aquel pais, les pareció el hombre mas á propósito para decidir á las cortes de Roma y Madrid á dar aquel paso tan necesario; en su virtud, se le confió aquella importante mision, que tan bien habia de desempeñar cerca del rey Felipe II y del papa Sixto V.

Preciso nos es interrumpir aquí la historia de los misioneros jesuitas en el archipiélago de Filipinas y en la China, para referir los servicios que prestaron allí los religiosos de la órden de Predicadores.

Deseosas la Santa Sede y la corte de España de proteger el celo de los religiosos de Santo Domingo por la conversion de los infieles, nombraron al P. Juan Crisóstomo de Sevilla, que habia ejercido ya en Méjico con gran fruto el ministerio apostólico, para que reuniese operarios evangélicos que se consagrasen á la evangelizacion de las islas Filipinas. Así pues, debidamente autorizado por el papa Gregorio XIII y por el rey Felipe II, escribió Juan Crisóstomo á todos los conventos de su órden, invitando á los religiosos á que se le uniesen para dar cima á la grande obra que acababa de serle confiada. Numerosos fueron los misioneros que de todos los puntos de España acudieron desde luego á aquel llamamiento cristiano; hé ahí los nombres de algunos de ellos que nos cita Fontana: Juan de Castro, nombrado vicario general de la mision, Francisco de Toro, Andrés Almaguer, Antonio de Arcedian, Pedro Bolaños, Alberto Gimenez, Juan de Luperdi, Juan Cobo, Bartolomé Lopez, Miguel de Barriaca, Gregorio de Ochoa, Juan Maldonat, Ambrosio Rodriguez, Juan Ojeda, Jacobo de Soria, Miguel Benavides, Luis García, Pedro de Soto, José Mondana, Francisco Navarro, Juan de Urieta, Domingo de Nieva, Pedro Flores, Luis Gandulto y Domingo de Salazar, al que no debe confundirse con el primer obispo de Manila. Hácia el año 1576 llegaron aquellos misioneros al archipiélago, segun Fontana, pero es de creer, como supone con mas fundamento Turon, que no seria hasta el año 1586, por hallarse aun Juan de Castro en América el año 1584, y haberse dirigido á España, donde permaneció algun tiempo antes de hacerse á la vela para Filipinas.

Miguel Benavides, otro de los misioneros, era natural del reino de Leon, y solo contaba quince años cuando recibió el hábito en el convento de San Pablo en Valladolid el año 1567; admirado de su talento el célebre Bannes, uno de los primeros maestros de la órden en teología, decia con frecuencia que habia Benavides de sucederle en su cátedra, pero era muy distinto el ministerio á que tenia la Providencia destinado al jóven profeso. Ni el hambre, ni la sed, ni las persecuciones, ni cuan-

tos obstáculos en fin, tuvieron que vencer los dominicos para la realizacion de su obra, bastaron á entibiar nunca el celo de que estaban poseidos; como verdaderos atletas de la fé siguieron incansables la senda del sacrificio; conquistaron numerosos pueblos á la religion, y supieron con sus virtudes recordar al mundo el fervor de los venturosos tiempos de su glorioso padre Sto. Domingo. El obispo de Manila confió á Miguel Benavides la instruccion de los mercaderes chinos, tarea tanto mas árdua, cuanto que era entonces preciso aprender su lengua, la mas difícil de cuantas se conocen; sin embargo, nunca dejó que desear el religioso en el cumplimiento de su nueva mision. Luego de conocer el idioma chino y de haber esplicado á los mercaderes las principales verdades del cristianismo, procuró atraer á sus neófitos por medio de la caridad, á cuyo fin propuso al obispo la fundacion de un hospital, en el que encontrasen los pobres chinos un asilo seguro en sus enfermedades. Así que estuvo terminado aquel establecimiento benéfico, se instaló Benavides en él, á fin de cuidar por sí mismo á los enfermos, de los que era á la vez director espiritual y temporal, pues curaba á un tiempo su alma y su cuerpo. Al ver las inmensas dificultades que ofrecia la lengua china, lo que habia de ser precisamente una gran rémora para la propagacion de la fé en aquel vasto imperio, adoptó Benavides un método sencillo para aprenderla, que facilitó en gran manera su estudio, procurando de este modo á la religion inmensas ventajas.

Despues de haberse visto obligado á partir el P. Gaspar de la Cruz, procuraron sucesivamente varios dominicos evangelizar al pueblo chino, á cuyo fin los PP. Bartolomé Lopez, Antonio de Arcedian y Alfonso de Santo Domingo edificaron un convento en Macao; siendo Benavides el primer religioso que, en compañía de Juan de Castro, logró penetrar en aquel imperio, por medio de dos chinos que habia convertido en Manila. Segun Fontana, predicaron los dominicos el Evangelio en aquellas regiones con bastante éxito, fundaron una iglesia parroquial bajo la invocacion de San Gabriel, y hasta crearon un colegio para instruir á la juventud en la religion cristiana; pero, segun Turon, no pudo obrar Benavides en China muchas conversiones, por haber sido junto con su compañero, denunciado y detenido en Hay-Teng, donde sufrió muchísimo por haber confesado profesar la religion de Jesucristo ante los tribunales, y no recobrar su libertad sino bajo la condicion de que saldria inmediatamente del imperio.

El P. Juan de Castro, despues de haber dado cima á empresas gloriosas, murió en olor de santidad el 9 de junio de 1592, segun Turon, y mucho mas tarde, en opinion de Fontana, el cual se espresa de esta manera: «Murió el P. Juan de Castro en Filipinas hácia el año 1609; fué fundador de la provincia del Santo Rosario en aquellas regiones; hombre poseido del espíritu de caridad, soportó con resignacion todas las fatigas del apostolado, no menos que los tormentos que le fueron impuestos en China; renunció el episcopado que le ofrecia el rey de España, y voló al cielo envuelto en el manto de la pobreza.» Al verse espulsado del Celeste Imperio, regresó Benavides á Manila, donde fué por algunos años el íntimo consejero del obispo, sin dejar por ello de continuar con ardor la conversion de los idólatras, ni de observar una vida austera y penitente. Los PP. Juan Maldonat y Miguel Benavides, recibieron de un gefe que habian convertido riquísimos presentes, pero solo aceptaron las limosnas necesarias para construir una iglesia y una casa para los misioneros.

A los pocos años de su permanencia en Filipinas, dieron los dominicos cuenta á su maestro general, Hipólito María Beccaria, del resultado de su mision, del número y estado de sus conventos, del de los seminarios de operarios evangélicos siempre dispuestos á cultivar y estender la semilla que sus predecesores habian sembrado y regado con sus sudores y su sangre; alegrando con tan faustas nuevas el corazon del anciano que, en la efu-

sion de su caridad, les amaba á todos como verdaderos hijos de Santo Domingo, y fieles imitadores de su paciencia y su celo. Despues de comunicarles que en el capítulo general, celebrado en Venecia, habian sido aceptados todos sus conventos para formar la nueva provincia del Santo Rosario, les felicitaba por reparar con sus trabajos en la Oceanía las pérdidas que venia la iglesia sufriendo en Europa, causadas por el mortal veneno de las nuevas heregías. Finalmente, les alentaba á perseverar, puesto que debia ser su recompensa la corona del martirio que ya tantos de sus hermanos habian recibido. Escribió Beccaria aquella carta en Milan á 3 de noviembre de 1592.

El interés de la nueva iglesia establecida en Filipinas, llamó á Benavides á España en calidad de procurador general de los dominicos del archipiélago, é hizo que Felipe II pudiese apreciar debidamente su celo, su sabiduría y su prudencia; por lo que no solo accedió aquel príncipe á todo cuanto le pidió el misionero, sino que hasta le propuso, sin decírselo, para la silla episcopal de Segovia la Nueva. Clemente VIII espidió las bulas á 31 de agosto del año 1595, y al remitirlas el rey á Benavides le declaró que su renuncia le ofenderia en gran manera, y que un misionero despues de haberse dedicado generosamente á la conversion de los infieles sin mas interés que el de la gloria de Dios, debia aceptar siempre el puesto á que se le destinase, por haberse creido ser su ministerio el mas ventajoso á la religion. Preciso fué por lo tanto al discípulo de Jesucristo someterse, por lo que solo procuró reunir apóstoles que pudiesen trabajar útilmente con él para formar un pueblo nuevo. Así que, seguido de veinte religiosos de su propia órden, se embarcó para Manila, y despues de haber dado cuenta al obispo de aquella ciudad del resultado de su viage á Europa, se fué directamente á Segovia la Nueva.

Estaba aun aquel pais lleno de idólatras, puesto que, á escepcion de los españoles, apenas habia doscientas personas que perteneciesen á la comunion de la iglesia, ó que los dominicos hubiesen bautizado. Los historiadores han querido darnos una alta idea del celo apostólico de Miguel Benavides, al decirnos que, no obstante de ser muy estensa su diócesis, puesto que comprendia tres grandes provincias, logró hacerla en su mayor parte cristiana; dos provincias casi enteras renunciaron á sus antiguas supersticiones para abrazar la fé, y no fueron en pequeño número las conversiones que obró el prelado en la tercera por medio de sus fervientes preces, por la santidad de su vida y por sus contínuas predicaciones. Insiguiendo la máxima del apóstol, no se cansó Benavides de anunciar la palabra de Dios, ni de instar, seguir, amenazar, tolerar é instruir á sus ovejas: la conversion de muchos miles de idólatras, fué el triunfo que coronó aquel celo tan puro y tan ardiente.

Muerto Domingo de Salazar, obispo de Manila, fué su iglesia erigida en metrópoli, de la que fué nombrado Benavides su primer arzobispo, obteniendo Felipe III las bulas de Clemente VIII á 15 de abril del año 1602. Como supiese aquel príncipe que la caridad sin límites del prelado le habia hecho vivir siempre en la mayor pobreza, quiso corriesen de su cuenta todos los gastos que fuesen necesarios; al darle el rey aquella muestra de su aprecio, solo le pidió por la gloria de la iglesia y del nombre español, que procurase en lo posible prolongar sus dias, para hacer en la capital de Filipinas lo mismo que habia hecho en Segovia la Nueva. El arzobispo contaba á la sazon cincuenta años; pero sus fuerzas estaban estenuadas y su salud quebrantada, á causa de sus grandes mortificaciones y de sus contínuas fatigas; solo su celo continuaba resistiendo á los años, al trabajo y á las privaciones. El cielo derramó sus bendiciones sobre un prelado que solo buscó en todo el interés de la iglesia de Jesucristo, y que gustoso habria dado siempre su vida por la salvacion de su rebaño. Lopez, citado por Fontana, dice que obró Benavides diferentes milagros, y que celebrándose cierto dia una fiesta solemne en

la iglesia de PP. Predicadores, vieron los indígenas descender de lo alto una luz sobre el convento y la iglesia, y que habia en medio de sus rayos una brillante escala por la que subian al cielo los nuevos bautizados. Atraidos por aquella vision se presentaron los indígenas al arzobispo, diciéndole: « Dignaos bautizarnos lo mas pronto posible, á fin de que adorando el nombre de Dios, podamos á nuestra vez subir al cielo. »

Murió Miguel Benavides en Manila á los 26 de junio del año 1607, en olor de santidad.

Todo lo que acabamos de decir acerca de las islas Filipinas, prueba lo bastante la importancia de su situacion, como centro de los misioneros entre la China y la América. Manila (Pl. LXXXVIII, n.° 2) tenia sus principales relaciones, con Acapulco, puerto de Méjico, situado al oeste del continente americano.

CAPÍTULO XIV.

Continuacion de las misiones de los dominicos y de los jesuitas en Méjico y en Haiti.

Al dirigir nuestras miradas desde el archipiélago de Filipinas al reino de Méjico, no podemos menos que fijar una de ellas en la tumba de Pedro de Pravia, muerto en el año 1589. Era Pravia natural de Asturias, y habia abrazado en la edad mas temprana la regla de Sto. Domingo; los brillantes estudios que hizo el jóven en Salamanca, le valieron la honra de ser nombrado profesor en el colegio de Santo Tomás de la ciudad de Avila; pero como tuviese luego la predicacion mas encantos que la cátedra para el alma ardiente del profesor, resolvió este pasar á Méjico para consagrarse á la evangelizacion de los indígenas. A su llegada, le confiaron los dominicos sucesivamente las cátedras de filosofía y teología, obligándosele luego á ocupar otra cátedra en la universidad de Méjico, á cuyo cargo habria preferido Pravia el de convertir á los idólatras; solo despues de haber formado un gran número de aventajados discípulos, entre los que hubo escritores eminentes y muchos prelados que dirigieron mas tarde las diócesis de Nueva-España, le fué permitido abandonar su cátedra para entregarse á las funciones del apostolado. Inmensos fueron los triunfos que en pocos años alcanzó Pravia en su carrera predilecta, apesar de los diferentes cargos que se vió obligado á aceptar, los cuales por mas que contribuyesen, merced á su celo y prevision, á perfeccionar las costumbres de los antiguos y de los nuevos cristianos, no dejaban de distraer en gran manera al misionero de sus tareas apostólicas. Despues de haberse dedicado por espacio de muchos años á la predicacion, y de haber desempeñado los mas altos destinos, puesto que en la época á que nos referimos, era Pravia vicario general y administrador de la diócesis, fué nombrado obispo de Panamá. «¡Ah! dijo, al saberlo, hace cuarenta años que estoy trabajando para mejorar mis costumbres y las de los demás, y de seguro que no siempre han sido del agrado de Dios los medios que para lograrlo he empleado. ¿Cómo es posible que pueda en la vejez vencer los nuevos obstáculos que se me presentan? ¿No seria mucho mas acertado prescindir de todos los cargos por no pensar ya mas que en Dios y en mí mismo?» La constancia con que renunció siempre la dignidad episcopal, le permitió pasar sus últimos años en la meditacion de las verdades que habian sido objeto de sus predicaciones y de sus estudios; en sus postreros dias contrajo Pravia una santa amistad con el piadoso solitario Gregorio Lopez, y se durmió en el seno de Dios á 6 de enero del año 1589.

Murió en el propio año Juan de San Estéban, que habia tomado el hábito en Salamanca; fué uno de los oradores mas elocuentes de su tiempo, pero sus predicaciones fueron aun de mucho mas fruto en Méjico, á donde llegó á mediados del siglo XVI. Enviado Juan de San Estéban con algunos otros misioneros hácia la costa del mar del Sud, en el pais de Zacatula (1), aprendió la lengua del pais con una

(1) El pais de Zacatula está fecundado por el rio del mismo

prontitud que era mas efecto de la gracia que de su memoria, conquistando con no menor rapidez el corazon de los indígenas, á los que civilizó por medio de la religion cristiana, haciéndoles renunciar para siempre á sus ídolos. Aquella mision, que era considerada como un escollo para la paciencia de los operarios evangélicos, era para él objeto de todas las delicias, por lo que le daba el nombre de *paraiso*; en ella habria pasado gustoso el resto de sus dias, á no obligarle la obediencia á aceptar el gobierno ó direccion de diferentes conventos, y el cargo de vicario general en la provincia de San Vicente. Lo mismo que en Zacatula, continuó el misionero trabajando con ardor en la region de Vera-Paz y en la provincia de Guatemala hasta su muerte, acontecida el dia 24 de julio del año 1590.

El órden de los tiempos nos conduce otra vez hácia el camino recorrido por el P. Domingo de la Anunciacion, viva luz que se estinguió al año siguiente; preciso nos es anunciar aquí uno de los hechos mas notables de su vida, por mas que ignoremos el año en que tuvo lugar. Estaba evangelizando el misionero una de las regiones de Méjico, designada por Dávila con el nombre de reino de Cocim, y cuyo gobernador habia causado con sus violencias una viva exaltacion en los ánimos, que podia ser muy funesta á toda la colonia. Despues de haber intentado inútilmente calmarla, apeló Domingo por una inspiracion del cielo, al mismo medio que empleó en otro tiempo S. Bernardo, para convencer á Guillermo, duque de Aquitania. Estando el religioso celebrando la misa el Domingo de Ramos, se volvió hácia el gobernador despues del *Agnus Dei*, y teniendo el cuerpo de Jesucristo en sus manos, le invitó á acercarse; el gobernador fué á arrodillarse á los piés del celebrante, el cual le preguntó en alta voz: (Pl. LXXXIX, n.° 1.) «¿Creeis que la hostia consagrada que tengo en mis manos, sea el cuerpo de Jesucristo, verdadero Dios y hombre? — Sí, padre mio, lo creo. — ¿Creeis que ese mismo Dios, vendrá un dia á juzgar á los vivos y á los muertos, y que premiará á los justos y castigará á los impenitentes con las penas eternas? — Lo creo firmemente. — Si lo creeis, repuso el sacerdote, ¿por qué no temeis la cuenta terrible que habreis de dar de los crímenes y desgracias que con tanta razon se os atribuyen? ¿Por qué no haceis cesar esa agitacion que reina entre el pueblo hambriento, á causa de vuestras injustas medidas? Obedeced á Dios que os habla por mi boca, y os prometo en su nombre que antes de tres dias llegarán á este puerto buques cargados de víveres, que aliviarán en gran parte nuestros males: pero si os mostrais rebelde á la voluntad del Señor, sufrireis en breve un castigo terrible.» Terminadas estas palabras, volvió el sacerdote á continuar la misa, mientras que el pueblo, poseido de un santo terror, prorumpia en lágrimas; despues de la misa, detuvo el gobernador á los fieles por medio de una señal, y les dijo: «Pronto cesarán los males que afligen al pais por mi causa: perdono de todo corazon á los que me han ofendido, y á mi vez espero ser tambien perdonado: unid vuestras preces á las mias para que cese la cólera de Dios, que nos castiga segun nuestros pecados.» Aquel repentino cambio, con razon considerado como milagroso, enterneció vivamente á todos los espectadores, y dió lugar á una sincera reconciliacion. A los tres dias, llegaron los buques anunciados, por lo que llegó á su colmo la satisfaccion del pueblo, llevando provisiones de toda clase. Cual otro Tobias, vióse el autor de aquellos portentos privado de la vista; pero no por ello lo fué de instruir al pueblo, hasta que las enfermedades y la decrepitud le obligaron á retirarse al convento de Méjico, en el que la oracion y la penitencia santificaron su retiro; para mortificar su cuerpo, llevaba siempre una cadena y un rudo cilicio. Habiéndose quitado aquellos instrumentos el

nombre que nace en la gran cordillera de Anahuac en Méjico, al S. E de Cuernavaca y desagua en el grande Océano equinoccial, inmediato á la villa de su nombre, despues de un curso de unos cuatrocientos kilómetros. (Nota del Trad.)





dia de Navidad, les ocultó en la cabecera de su cama; pero como era ciego, no pudo notar que solo los ocultaba en parte; al poco rato se presentaron algunos religiosos para edificarse con su conversacion, y como viesen aquellos instrumentos, le preguntaron que era lo que pretendia hacer con tan enorme cadena: « Me sirve contestó Domingo, para atar un perro furioso, al que ha sido hoy preciso dar alguna libertad en celebracion de este dia.» Domingo de la Anunciacion, terminó su penitencia y su vida á 14 de marzo del año 1591. Escribió Domingo la *Historia de los primeros fundadores de la provincia de Méjico*, y tradujo del español al latin, un opúsculo de Las Casas en favor de los indígenas.

Aquel gran misionero, poco antes testigo de los esfuerzos de los jesuitas para fecundizar la Florida, regada con su sangre generosa, habia seguido tambien los progresos de sus nacientes misiones en el reino de Méjico. Entre los mas animosos apóstoles de la Compañía, debe citarse á Gonzalo de Tapia, hijo de una noble familia de Leon, que entró en la sociedad de Jesus el año 1576, y llegó en el de 1585 á Nueva-España (1). Despues de haber desempeñado Gonzalo las cátedras de filosofía y teología, vió realizados sus deseos de evangelizar á los idólatras; siendo destinado al pais de los tarascas, cuya difícil lengua aprendió en quince dias; despues de haber procurado un consuelo á cada choza, y hecho nacer una esperanza en cada corazon, se dirigió al pais de los chichimecas para anunciarles la palabra de Dios, y derramar sobre ellos los mismos consuelos; otro tanto hizo en la provincia de Topia, comprendida en la Nueva-Vizcaya, á pesar de lo escabroso del pais, y de hacer en ella un frio insoportable durante el invierno. Era este último un pueblo bárbaro que Gonzalo fué el primero en evangelizar, logrando trasformarle en poco tiempo; destruyó durante su permanencia en él, mas de quinientos ídolos, y regeneró por medio del bautismo á mas de cinco mil almas. En el año 1591 pasó Gonzalo de Tapia á la provincia de Cinaloa, en compañía del P. Martinez, que la describe de esta manera: « Dista Cinaloa tres cientas leguas de la ciudad de Méjico, y está situada hácia el norte; fecundízanla diferentes rios, en cuyas orillas habitan por tribus los naturales para poder dedicarse mas fácilmente á la pesca; la fertilidad de su suelo hace que haya en ella toda clase de frutas; su aire es puro y sano. Es el algodon, una de las principales producciones del pais, con el que se visten, siendo su trage muy parecido al de los mejicanos; sus naturales son mucho mas altos y fornidos que los españoles; son en estremo belicosos y sus principales armas son las flechas envenenadas.» A la natural desconfianza de aquellos salvages, sucedieron en breve el afecto y el respeto que profesaron á los religiosos; al saber el provincial de Méjico, la acogida benévola que habian hecho á los dos misioneros, envió á otros dos, cuyo refuerzo permitió internarse mas en las montañas y prolongar sus conquistas. Pero como en breve no bastasen su solicitud y su celo, para atender á las diferentes tribus que le pedian el bautismo, vióse obligado á dirigirse á Méjico para procurarse nuevos ausiliares; á su regreso se le presentaron los gefes de todas las tribus esparcidas en un radio de mas de treinta leguas, pidiéndole que no volviese á separarse ya de ellos hasta que estuviesen instruidos en la religion que tanto deseaban abrazar, como si hubiesen tenido el triste presentimiento de que iban á perderle en breve. Tenia Gonzalo la costumbre de visitar con frecuencia á los fieles de Deboropa, donde se habia construido una cabaña junto á la misma capilla; su principal objeto era hacer cambiar de vida á un anciano llamado Nacabeba, cuya desarreglada conducta estaba muy lejos de ser digna de un nuevo cristiano. Insensible empero aquel desgraciado, á las santas amonestaciones del misionero, lejos de enmendarse,

(1) Uno de los cronistas contemporáneos, al hacer mencion de este famoso misionero, se espresa con estas notables palabras: (*Societas Jesu usque ad sanguinis et vitæ profusionem militans*) su valor era igual á su virtud. Hacen tambien de este mártir grandes elogios Tanner, y otros historiadores. (N. del T.)

resolvió dar muerte al hombre apostólico, que solo por su bien le reprendia con tanta ternura; así que, mientras estaba el religioso rezando en su humilde cabaña, entró Nacabeba en ella, y al inclinarse como para besarle la mano, asestó uno de sus cómplices un hachazo en la cabeza de Gonzalo, el cual iba aun á dirigirse á la iglesia, cuando cayó en poder de otros asesinos apostados en la puerta de su habitacion, que le derribaron al suelo, le decapitaron y huyeron, llevándose parte de sus restos ensangrentados y los ornamentos del templo. Tuvo lugar el martirio de Gonzalo de Tapia, el dia 10 de julio del año 1594; al recibir los españoles tan triste noticia, se dirigieron inmediatamente á Doboropa, donde dieron sepultura á su cadáver mutilado; en vano intentaron los asesinos cocer la cabeza y el brazo de Gonzalo, puesto que cuantas veces intentaron ponerles á la lumbre para comerlos despues, resistieron al efecto del calor, sin que bastase aquel milagro á abrirles los ojos acerca de su horroroso crímen. Sin embargo, no quedó este impune; los mas de los asesinos perecieron en los próximos combates, en uno de los cuales Nacabeba y uno de sus sobrinos fueron hechos prisioneros, teniendo al menos la dicha de confesar y arrepentirse de su crímen, antes de sufrir la última pena.

Mientras ceñia el jesuita Gonzalo de Tapia la corona del martirio, terminaba tambien su gloriosa carrera el dominico Lopez de Montoya. Desde que penetraron los españoles en América, solo pensó España en formar ministros capaces, á fin de que pudieran estos convertir mas fácilmente á sus habitantes idólatras; desde entonces dejó de ser la escolástica el único estudio de los teólogos españoles, particularmente de los que pensaban dedicarse á las misiones, los cuales se consagraban con preferencia á la teología dogmática y moral, por convenirles familiarizarse con las materias que debian tener mas presentes, para combatir con éxito el ateismo y el politeismo, demostrar la existencia y la unidad de un primer Ser, y dar en fin, todo el desenvolvimiento posible á la religion cristiana. La propia máxima siguieron todos los religiosos en el Nuevo-Mundo, donde era aun mucho mas conocida la necesidad que habia de buenos oradores y de escelentes misioneros. A su llegada á Méjico, confióse á Lopez de Montoya una cátedra de teología, en los conventos de la provincia dominicana de San Vicente, en la que fué á la vez profesor y misionero; puesto que se le vió diferentes veces en las regiones de Guatemala, Chiapa, Mechoacan y hasta en las riberas del Zacatula, buscar con infatigable solicitud á los indígenas, para hacerles renunciar á las prácticas de la idolatría, y darles á conocer el verdadero Dios. Compuso Lopez varios catecismos en lengua del pais, á fin de poner de un modo mas claro y patente la religion á los ojos de los pueblos salvages, quienes, aun así, podian á duras penas comprenderla. Preguntaba cierto dia el misionero á una anciana indígena, si sabia quien habia creado el cielo y la tierra; y á pesar de haber dirigido ya á otros en su presencia la misma pregunta, le respondió la anciana: « Padre mio, como el cielo y la tierra estaban ya hechos cuando yo vine al mundo, me es imposible deciros quien les ha creado. » Esta contestacion, que á no haber sido dada por una salvage, habria podido parecer maliciosa, era efecto de la sencillez, ó mejor, de la ignorancia de la persona que la daba; lo que confirmó mas al misionero la necesidad de insistir en la esplicacion de los primeros puntos de nuestra creencia, hasta haber logrado ponerlos al alcance de todas las inteligencias. Cuando sus neófitos estaban un poco instruidos, les procuraba por medio del Rosario, la facilidad de recordar los principales misterios del cristianismo, tales como el de nuestra redencion, y los de las acciones, sufrimientos y glorias de Jesucristo. El Rosario era el mejor libro que podia el religioso poner en manos de los que no sabian leer; á fuerza de oirle esplicar, lograron los mas inteligentes recordar una parte de él y enseñarla despues á los demás, por ser el Rosario en un princi-

pio el objeto de todas sus conversaciones. Para hacer observar á los indígenas la práctica de aquella religion que se les esplicaba, se les hacian tambien presentes las principales virtudes que corresponden á cada uno de los misterios, tales como la fé, la caridad, la humildad y la resignacion en todos los sufrimientos de la vida. Aquel medio del Rosario, empleado por todos los misioneros dominicos, produjo tan escelentes resultados, que fué seguido despues por todos los demás operarios evangélicos; de modo, que en todos los puntos de América donde fué predicado el cristianismo, llevaban hombres y mugeres constantemente el rosario en la mano, sin dejarle ni aun en sus ocupaciones mas precisas. La tierna caridad de Lopez para con los pobres, contribuyó en gran manera á perpetuar el efecto de sus predicaciones; imposible le era ver sufrir á un indígena, sin que su corazon se estremeciera, y sin que procurára por todos los medios endulzar su sufrimiento; cuando habia agotado ya todos sus recursos y los de sus amigos, servia á los enfermos, procurando consolarles con sus santas palabras. Aquella alma misericordiosa y tierna, recibió al fin la recompensa prometida á los justos, el dia 12 de marzo del año 1593.

Fecundos, en efecto, habian de ser los trabajos de los misioneros en la América septentrional, cuando eran los obispos los primeros en darles poderoso impulso; creemos deber citar aquí á algunos de aquellos prelados, insiguiendo el órden cronológico de su muerte.

Domingo de Ulloa, descendiente de la ilustre familia de los marqueses de La Mota, nació en el reino de Leon, entrando desde muy jóven en el instituto de Santo Domingo, en el que se hizo pronto notable por su talento y sus virtudes; desempeñó mas tarde con gloria diferentes cátedras de teología y los primeros cargos de su órden en la provincia de Castilla. Tan pronto como se supo en España la muerte de Antonio de Zaya, obispo de Nicaragua, se designó á Ulloa para sucederle, siendo su eleccion confirmada por las bulas de 4 de febrero del año 1585; su primer cuidado al llegar á su diócesis, fué aprender la lengua del pais y dedicarse á la conversion de los indígenas, muchos de los cuales entraron á su voz en el seno de la iglesia. Eran á la sazon muy frecuentes en América las traslaciones de los obispos, por tener que influir tanto las cualidades de los prelados en el definitivo arreglo de las diócesis nuevamente creadas; por lo que acostumbraba á suceder, que el obispo que con su prudencia y su celo obtenia grandes resultados en un punto, se le enviaba á otro, á fin de que le pusiese en el mismo estado próspero y feliz en que habia dejado al anterior. Por esto se vió destinar á la diócesis de Popayan (1) al P. Agustin de Caronio, que la gobernó con firmeza y caridad iguales á las de los generosos obispos de la primitiva iglesia, por mas que debiese su cristiano celo acarrearle un largo y penoso cautiverio. Era por desgracia el gobernador de Popayan tan déspota é injusto, como benévolo y generoso era su digno obispo; así que, pronto estuvieron ambas autoridades en abierta pugna, llegando las cosas á un punto tal, que no titubeó el gobernador en allanar el palacio del obispo, mientras se hallaba este ocupado en los divinos oficios, y en llevarse todo el dinero que habia para socorrer á los pobres. Al tener el obispo noticia de semejante atentado, apeló á todos los medios de conciliacion para inducir al gobernador á que restituyera el dinero que sabia muy bien pertenecia á los pobres; pero, como lejos de convenir en ello, se entregó aun á mayores escesos, fulminó el prelado la escomunion contra el culpable. Arrodillado estaba el obispo frente al altar á los pocos dias, cuando se presentó

(1) Cuando Sebastian de Belalcazar, por encargo de Pizarro, entró en el año de 1536 en la provincia de este nombre, la poblaban al decir del Ilmo. D. Lucas de Piedrabita, seiscientos mil habitantes que vivian dispersos por los bosques y hacian sus habitaciones en las copas de los árboles, formando una especie de tribus como los aduares de los árabes. Entre aquellos numerosos habitantes tan belicosos como ciegos en su idolatría, se contaban los Colazas, Guanbas, Paeces, Palaceos, Pijaos, Mahasaes, Tembas, Tembios y Jamundis. Mas tarde, merced á los esfuerzos, sufrimientos y martirios de los misioneros, logróse reunirlos en pueblos y parroquias. (Nota del Trad.)

el gobernador con alguna fuerza y le obligó á seguirle, dejándose Caronio prender y conducir, como su divino Maestro, sin proferir ni una amenaza, ni una queja contra sus perseguidores. (Pl. LXXXIX, n.° 2) Confió el prelado la direccion de su diócesis á Sebastian de San Estében, dean de aquella iglesia, al que encargó levantára el entredicho, por no ser justo que pagase todo un pueblo el delito que un solo hombre habia cometido. Su injusta de tencion debió de ser al prelado tanto mas sensible, cuanto que en el completo aislamiento que se le hizo sufrir, se vió privado de todo consuelo humano, y no recibió noticia alguna de lo ocurrido en su diócesis. Finalmente, recibióse una órden del rey en la que se mandaba poner en libertad al piadoso obispo, y que sufriese su perseguidor un ejemplar castigo. Agustin Caronio se dirigió inmediatamente á su diócesis, pero al llegar á Timiama, poblacion situada entre Quito y Popayan, terminó su santa vida, coronando su muerte, acontecida en el año 1590, diferentes prodigios. Domingo de Ulloa, trasladado entonces á la silla de Popayan, no podia llegar mas á tiempo para enjugar las lágrimas y hacer renacer las esperanzas de un rebaño consternado por la pérdida que acababa de sufrir, despues de haber esperimentado tantas desgracias. Lo mismo que habia hecho ya Ulloa en su primera diócesis, volvió á hacerlo con no menos resultados en la de Popayan, adoptando además las providencias tomadas ya antes en ella por su digno sucesor Agustin de Caronio. En el mes de febrero del año 1599, fué trasladado Domingo á la silla episcopal de Mechoacan, que solo rigió por espacio de cuatro años, siendo considerable el número de idólatras que convirtió el santo prelado en tan corto tiempo; luego los intereses de su iglesia lo llamaron á Méjico, donde murió el año 1602, queriendo ser enterrado en el convento de su órden.

El segundo obispo de quien debemos hacer mencion es Bartolomé de Ledesma, del que hemos tenido ya tantas veces ocasion de hablar á causa de sus eminentes servicios. Era aquel célebre dominico hijo de Bernardo de Ledesma y de Juana Martin; natural del pueblo de Nieva, en el reino de Leon, y habia profesado el año 1543 en el convento de Salamanca. Despues de haber predicado con gran fruto en diferentes provincias de España, se embarcó para América con Martin Henriquez, virey de Méjico, del que era confesor; y al llegar á Nueva-España, se le nombró para la primera cátedra de teología en Méjico. Apesar de ser su vocacion el convertir á los indígenas, unió el virey sus súplicas á las órdenes de los superiores de Ledesma para hacerle aceptar aquel destino, que debia obligarle á vivir por algun tiempo en la capital, donde creia el gobernador necesitar sus consejos; mientras desempeñaba el religioso la cátedra de teología, se dedicaba tambien con empeño al ministerio de la predicacion. Hácia aquella misma época prestó Ledesma un gran servicio al clero y á los misioneros, componiendo, como lo hemos dicho ya, á instancias de Alfonso de Montufar, á la sazon arzobispo en Méjico, un *Tratado* de los Sacramentos ó una *Suma* para régimen de las conciencias, obra impresa en Méjico el año 1560, y reimpresa en Salamanca en 1586. Habiendo sido nombrado obispo de Panamá, renunció aquella dignidad, por preferir dedicarse al profesorado en la universidad de Lima; pero las precauciones que en lo sucesivo tomó el rey de España cerca de Gregorio XIII, no permitieron á Bartolomé de Ledesma renunciar por segunda vez el episcopado que le fué ofrecido. Así pues, fué consagrado en la catedral de Lima el año 1583, y se embarcó luego para ir á tomar posesion de la iglesia de Guajaca. Tuvo el nuevo obispo en la travesía una violenta tempestad, durante la que perdió, entre otros papeles, diferentes tratados teológicos que habia compuesto; pero al menos llegó él sano y salvo á su diócesis. Por mas grande que hubiese sido el celo de Bernardo de Alburquerque por formar un pueblo santo y agradable al Señor, quedaba aun en él mucha cizaña entre el buen grano; los indígenas tenian casi en su mayor parte, bastante incli-

nacion á la idolatría, y habia otros muchos que aunque hubiesen renunciado enteramente á ella, distaban mucho de llevar una vida conforme á la religion que abrazáran. El celoso prelado, empero, remedió todos estos males por medio de la predicacion y el buen ejemplo en los veinte y un años que duró su episcopado; cuando sacerdote, se ejercitó en el ministerio de la palabra; cuando obispo, fué aquel ministerio su ocupacion principal. Como los desvelos de un solo hombre no podian atender á las necesidades de una diócesis que comprendia toda la provincia de Guajaca, apeló al ausilio de misioneros de diferentes órdenes; encargando á los de mas talento y virtud el cuidado de evangelizar á los paises mas distantes de la ciudad episcopal; pero por mas cierto que estuviese de las luces y probidad de aquellos operarios evangélicos, los reunia de vez en cuando, para informarse del modo con que desempeñaban sus funciones, de los progresos del Evangelio, del estado de los pueblos y de todo cuanto pudiese reclamar su presencia ó su autoridad. Hé ahí porque en pocos años tomó la diócesis un nuevo aspecto; como las rentas del obispo eran inmensas en un pais tan rico y fértil, y procuraba Bartolomé de Ledesma limitar en lo posible los gastos de su casa, se halló pronto en el caso de empezar varios establecimientos benéficos. Erigió en la capital de la provincia un colegio para la educacion é instruccion de la juventud, consagrando una renta anual de doce mil escudos para la asignacion de doce profesores, que debian ser de la misma provincia. Fundó además en su catedral un curso de teología moral, que debia ser dirigido constantemente por un doctor de su órden; protegió con una solicitud paternal á los religiosos de Santo Domingo, fundados por Bernardo de Alburquerque, que profesaron las virtudes cristianas en toda su pureza; é hizo partícipes á los hospitales y á todas las familias pobres de su piadosa liberalidad, hasta que vino á sorprenderle la muerte en estas prácticas de caridad y en el ejercicio de la oracion y de la penitencia, á últimos de febrero de 1604.

Tambien murió aquel mismo año en la silla mas importante de América, el dominico Agustin Dávila y Padilla, igualmente conocido bajo los dos nombres, por ser hijo de Pedro Dávila y de Isabel Padilla. Oriundo de España, nació en Méjico, donde sus abuelos, primeros conquistadores de aquella region, se habian establecido. Sin ningun apego á las inmensas riquezas de su familia que habian de pertenecerle, renunció Agustin voluntariamente á ellas para consagrarse al Señor en la órden de Santo Domingo, recibiendo el hábito en Méjico á 19 de noviembre del año 1579. Sus rápidos progresos en las ciencias y en la piedad, le valieron la honra de dirigir con utilidad una cátedra de teología, y de ser nombrado despues prior del convento de Tlascala; y á ejemplo de los PP. Predicadores que habian ido de España para anunciar la feliz nueva á los americanos, quiso ejercer Agustin el ministerio apostólico, siendo tal el fruto de sus predicaciones, que á centenares abrazaron los indígenas á su voz la religion de Jesucristo. Tenia Dávila sobre los demás religiosos la inmensa ventaja de conocer las costumbres y el espíritu de los indígenas, y de hablar perfectamente su idioma, sin que por ello dejase de conocer el español, por ser el que sus padres le habian enseñado; escribió en este último idioma la Historia de la conquista de aquel pais, á fin de trasmitir á la posteridad los altos hechos á que en ella los españoles dieron cima. El P. Andrés de Moguer, dominico español y misionero en América, muerto en Méjico en olor de santidad el año 1576, habia empezado la *Historia* de Nueva-España y de la Florida, cuya obra continuó Vicente de Las Casas, primer profeso que hubo en el convento de Méjico, muerto hácia el año de 1586 á la avanzada edad de ochenta y seis años, traduciéndola despues al latin el P. Tomás de Castellar. Agustin Dávila, en el capítulo de su provincia celebrado en Méjico el año 1589, fué encargado de revisar y de dar la última mano á los trabajos que fueron presentados, siendo tan activa su cooperacion que aumentó considerablemente aquella *His-*

toria de Nueva-España con una infinidad de hechos gloriosos, que sus padres, y hasta él, habian presenciado. Cuando vino á España el año 1596, hizo imprimir su obra en Madrid y la dedicó al infante D. Felipe, bajo el título de *Historia de la provincia de Santiago de la órden de Religiosos Predicadores.* La mayor parte de la obra estaba destinada á consignar las acciones de los misioneros dominicos, y las conversiones y los establecimientos que habian hecho en aquellas vastas regiones; la segunda edicion de la propia obra, publicada en Bruselas, conservó el mismo título, sin que fuese este alterado hasta la tercera edicion que se hizo en Valladolid el año 1634, que llevaba el de *Historia de Nueva-España y de la Florida.* No fué tan solo aquella obra la que valió á Agustin la estimacion y el respeto de la corte de España, sino tambien otros muchos escritos notables que revelaban su talento y sus virtudes: prendado Felipe III de la pureza y dulzura de sus costumbres, tenia frecuentes conversaciones familiares con el religioso; y desde que por primera vez le oyó predicar en la corte, quiso que continuase desempeñando en ella las funciones de predicador de la real familia. Sin embargo, convencido mas tarde de que Agustin Dávila podia aprovechar mas útilmente en América su elocuencia natural y su ardiente celo, le propuso el rey para la silla de Santo Domingo en Haiti, habiendo erigido Paulo III aquella iglesia en metrópoli el año 1547; á instancias de Cárlos V, se declaró á su arzobispo primado de todas las Indias, con jurisdiccion sobre todos los obispos que antes dependian de la real audiencia. Clemente VIII espidió las bulas en favor de Agustin Dávila á 28 de agosto de 1599, y solo se recibieron en España á últimos del mes de enero siguiente; entre tanto, se procuró el nuevo arzobispo diferentes dominicos que ardian en deseos de ir á evangelizar á los indígenas americanos, y con los que se embarcó para Santo Domingo, luego de su consagracion. A su llegada, destinó una parte de ellos á diferentes provincias, segun las necesidades de los pueblos, y ocupó no menos útilmente á los demás; dándoles á todos el mismo arzobispo el ejemplo del modo como debian anunciar la palabra de Dios. Para él no habia indígenas ni españoles, esclavos ni dueños; todos los hombres le eran igualmente hermanos; por esto aliviaba con igual solicitud todos sus infortunios, y estaban sus rentas destinadas á conservar los hospitales y á socorrer á los pobres. Cuando toda su grey se consideraba feliz bajo la direccion de tan buen pastor, voló el alma de este al cielo para gozar las bienaventuranzas eternas que debian coronar su vida de penitencia y de amor. Murió Agustin Dávila el año 1604, quinto de su episcopado.

Diego Romano, natural de Valladolid, y dignatario del capítulo de Granada, ocupó la silla episcopal de Tlascala y fué trasladado despues á Angelópolis, ó ciudad de los ángeles, recientemente construida por los españoles. Bernardo de Villagomez, primer obispo de aquella iglesia, tomó posesion de la misma en el mes de febrero del año 1559; y aunque despues de su muerte, acontecida en 3 de diciembre de 1570, pidió Angelópolis por primer pastor al franciscano Juan de Leon, misionero que estaba evangelizando aquel pais hacia veinte y seis años, y que era arcediano de la catedral, se nombró á Antonio de Morales, religioso de la real y militar órden de Santiago, visitador de la universidad de Osuna, y luego obispo de Pascuaro en Méjico, desde donde fué trasladado á Mechoacan. En el año de 1571, fué trasladado nuevamente Ruiz de Morales á la iglesia de Angelópolis, de la que tomó posesion en el mes de octubre del año 1573; ocupó aquella silla por espacio de cuatro años, siendo un gran prelado, no menos que su sucesor Romano, que fué consagrado en Europa por Diego de Espinosa, y nombrado luego visitador del virey de Méjico y de la audiencia de Guadalajara. Ya desde un principio se dió á conocer el nuevo obispo por su contínuo ejercicio en las funciones de su alto ministerio, distribuyendo con preferencia á los indígenas, parte principal de su rebaño, el

pan de la palabra santa y todos los socorros materiales que podian prometerse de su liberalidad. Romano, en su incansable celo, dió estatutos á su capítulo, enriqueció su catedral, estableció un colegio de señoritas nobles, contribuyó á fundar diferentes monasterios, y permitió á los carmelitas reformados construir dos conventos de su órden, uno en la ciudad bajo la invocacion de Ntra. Sra. del Remedio, y otro en la poblacion de Altisco. No fueron menores las dotes que desplegó Romano con respecto al gobierno civil, puesto que desempeñó con prudencia y firmeza la mision que le confiára su gobierno; restituyéndose luego á su diócesis, donde la sencillez de los indígenas convertidos, la vivacidad de su fé y la pureza de su conciencia, le procuraban los mas dulces consuelos. Mientras que los dominicos hacian construir su colegio de San Luis, fué admitido en la obra un indígena recien bautizado, que era un escelente cantero, y como muriese á los pocos dias sin haber podido hacer los jornales, cuyo importe se le habia adelantado para su sustento, se presentaron sus parientes para hacerlos por él; y si bien los religiosos no querian permitirlo, fuéles no obstante preciso admitir á uno de ellos hasta que hubiese hecho el trabajo que cobró el difunto. Esta rectitud de intenciones, no era patrimonio de un solo individuo sino de tribus enteras que habian sido regeneradas ya por los misioneros; así que, al ver Romano en su pueblo tan escelentes disposiciones, hizo los mayores esfuerzos por aumentar el número de los neófitos, procurando la conversion de los idólatras que habia aun en los apartados montes de Tlascala y en los últimos confines de su diócesis. Cincuenta años hacia que Julian Garcés habia empezado á desbrozar aquella region para plantar en ella la viña del Señor; Martin de Sarmiento y sus sucesores hasta Bernardo de Villagomez habian continuado su obra, á la que dió Romano nuevo impulso, buscando á los bárbaros errantes en los montes mas inaccesibles ó en lo mas espeso de los bosques. De este modo logró el santo prelado trasformar su vida salvage en una vida intelectual, reunirles en pueblos que no debian ya abandonar, y reglamentarles con la infatigable ternura de un verdadero padre. Cuatro de los principales indígenas propusieron al obispo el plan que habian concebido de dirigirse á Europa para tratar con la corte de España acerca de los intereses de aquella region, cuyo plan aprobó el prelado con tanto mayor gusto, cuanto que deseaba vivamente conociese la corte las escelentes disposiciones de los nuevos cristianos, á los que escuchó el rey con su natural bondad, sin negarles cosa alguna. Por último, pidieron al monarca aquellos piadosos indígenas que se dignára interceder cerca de Gregorio XIII para que concediera el Papa algunas indulgencias particulares á la catedral, á una cofradía y á uno ó dos hospitales, á todo lo que accedió benévolamente el pontífice romano por complacer á los americanos. Llamado Romano en el año 1585 al segundo concilio provincial de Méjico, fué uno de los defensores mas ardientes del decreto que se habia dado treinta años antes en favor de sus queridos indígenas. Cargado de años y de achaques, acabó el santo obispo por perder la vista, y si bien no se le nombró coadjutor por oponerse á ello el consejo de Indias, tuvo al menos el consuelo de ver que se designaba á su iglesia un digno pastor en el año 1606, poco antes de que descendiese al sepulcro.

No menos gloriosa que la de Romano, fué la carrera de Juan de Ramirez: descendiente de una noble familia de Castilla la Vieja, tomó el hábito de Santo Domingo en la ciudad de Logroño, y estudió en el colegio de San Estéban de Salamanca. Tan pronto como se ordenó de sacerdote, trocó las dulzuras de la patria por las privaciones del misionero en la América del norte; habiéndole destinado el superior de los dominicos de Méjico al pais de los mistecas, en el distrito de Guajaca, aprendió Gimenez con suma facilidad los dialectos de aquellos pueblos, y siguió con acierto las huellas de Benito Fernandez. Sin renunciar al apostolado, desempeñó por espacio de veinte y cuatro años, una cátedra de teología

moral en Méjico; desvelándose al propio tiempo para instruir á los negros y mulatos, despues de haber procurado en lo posible mejorar su suerte; reuníales cada dia despues de la primera misa, para enseñarles la práctica de la religion cristiana. Procuraba Ramirez que estuviese su enseñanza al alcance de las mas débiles inteligencias, siendo su paciencia y su dulzura estremas, para mejor atraer á aquellos desgraciados. El celo ardoroso que desplegó en sus predicaciones, la elocuencia de sus discursos y su claridad en la esposicion de las santas doctrinas, le hicieron considerar como uno de los primeros oradores de su tiempo. Hácia el año 1595, abandonó Ramirez á Méjico para dirigirse á España, á fin de pedir al gobierno hiciese algunas concesiones en favor de los indígenas; pero habiendo sido apresado el buque que le conducia por unos corsarios ingleses, vióse el religioso reducido á prision y conducido á Londres, donde el rey, informado del mérito de su ilustre prisionero, le restituyó la libertad, encargándole pidiese al rey de España, que soltase á un caballero inglés que se hallaba detenido en Sevilla. No solo accedió gustoso Felipe II á la gracia pedida por Ramirez, si que tambien recibió con placer una memoria que le presentó el misionero, referente al estado de los indígenas en Méjico; así mismo sometió al consejo de Indias una segunda memoria, en la que indicaba mas estensamente las causas que promovian el mal estado de los indios, y los medios que habian de emplearse para aliviar su suerte. El consejo, que en su ilustracion y rectitud, no podia menos de atender á las justas razones espuestas por el misionero, confirmó todos los privilegios concedidos anteriormente á los indígenas, y puso en vigor todos los reales decretos que habian sido dados en favor de los mismos. La satisfaccion que esperimentó Ramirez al ver que el gobierno español habia atendido á sus justas peticiones, fué calmada por la tristeza que esperimentó al saber, la víspera de su partida para Méjico, que Felipe III le habia nombrado el 16 de enero del año 1600, obispo de Guatemala. Partió el prelado de Madrid con su compañero, para dirigirse á Roma, cuyo largo viage hizo á pié, entregado al ayuno y á la penitencia, por ganar el jubileo y disponerse á cumplir los deberes del episcopado. El Pontífice romano le hizo una acogida tanto mas digna, cuanto que creyó reconocer en la pobreza y humildad de Ramirez, una viva imágen de la vida apostólica de los obispos de la primitiva Iglesia. Luego de haber sido consagrado en Madrid, partió el nuevo prelado para ir á ocupar la silla que le estaba destinada. Uno de sus primeros cuidados al llegar á su diócesis, fué hacer cumplir puntualmente todo lo que habia mandado el rey, por medio del consejo de Indias. «Ni un solo momento se vió á Ramirez ocioso en nueve años, dice el P. Echard, puesto que se le vió siempre ocupado en leer, orar ó fortalecer á sus ovejas con la palabra de Dios, dedicándose siempre con preferencia á catequizar á los indígenas mas salvages, para abrirles su corazon de padre, lleno de ternura y de amor.» Mientras que Ramirez visitaba por última vez la ciudad de San Salvador, le atacó una grave enfermedad, que ya desde el primer momento hizo temer por su vida; el santo obispo, que solo deseaba morir tan pobre como habia vivido, dió á los indígenas su anillo y su cruz, y mandó al propio tiempo á su mayordomo, que distribuyese entre los pobres de Guatemala todo cuanto habia de su propiedad en el palacio episcopal. Como un repentino desmayo hubiese hecho creer á los circunstantes que habia ya espirado, les dijo el piadoso prelado con la mayor conviccion: «No moriré hasta el dia de Nuestra Señora de marzo.» Y con efecto, espiró el 24 de marzo del año 1609; siendo su cuerpo sepultado en la iglesia de San Salvador. Echard hace mencion de las diferentes obras que publicó Ramirez antes de su episcopado, unas en defensa de los indígenas, y las restantes para instruirles en la religion y regular sus costumbres.

Entre los célebres obispos coetáneos de Ra-



mirez, solo citarémos á Alfonso de la Mota, nacido en Méjico de padres cristianos, el cual fué sucesivamente dean de las iglesias de Mechoacan, Tlascala y Méjico, fundando en cada ciudad de su residencia un hospital, como monumento de su tierno amor por los pobres; así es que, difícilmente podia Felipe II presentar al Vicario de Jesucristo, un súbdito mas digno para la silla de Guadalajara, capital de Nueva-Galicia. La prudencia y dulzura del obispo, de las que no tardó en dar una relevante prueba, evitaron en su diócesis grandes desastres: subleváronse á principios del año 1601 los indígenas de la montaña de Topia, jurando en su ciego furor dar muerte á todas las familias españolas de los alrededores. Como eran los insurrectos mas numerosos, y no podia la religion ejercer en ellos gran influencia, por ser aun idólatras la mayor parte de los caciques que estaban á su frente, era no solo inminente, sino hasta casi inevitable una catástrofe. Los españoles, entre tanto, tomaban sus medidas para la defensa, resueltos á resistirse hasta el último trance, y á morir, si preciso era, antes que caer en poder de los salvages: las cosas habian llegado ya á un punto tal, que nadie habria creido pudiese aun evitarse la efusion de sangre. Informado Alfonso de la Mota de la sublevacion de los indígenas, y de los inmensos preparativos de defensa hechos por los gefes españoles, hizo advertir á los indígenas que si consentian en deponer las armas, no solo lograria él que quedase sin castigo la falta que habian cometido, sino hasta hacerles conceder nuevos privilegios, ofreciéndoles en garantía de su palabra, su anillo y su mitra. Al ver los salvages aquellas prendas de ternura paternal, suspendieron desde luego sus correrías, y contestaron que ya darian á conocer el partido que adoptasen en la próxima luna; porque como es sabido, en todos los asuntos importantes de los indios, debe trascurrir un mes antes de poner en ejecucion el plan ó proyecto resuelto. Mientras duraba aquella especie de tregua, debida á la mediacion del obispo, la repentina aparicion de dos compañías españolas, sembró la confusion y la alarma entre los insurrectos; al ver el espanto que causaba en ellos la presencia de los soldados españoles, les dijo uno de sus compañeros: « No os alarmeis de este modo; ¿por ventura no tenemos en nuestro poder la mitra del obispo? Sea pues ella nuestra bandera, y agrupados en su derredor, salgamos al encuentro de nuestros enemigos. » A tan prudentes observaciones, renació la confianza y la calma entre los indígenas, quienes se adelantaron sin mostrar ningun recelo; tan pronto como el gefe español vió la mitra que servia de enseña á los indígenas, se apeó, hincó la rodilla y la besó con el mayor respeto (Pl. XC, n.° 1.); los soldados siguieron su ejemplo, sin que nadie profiera ni una sola queja contra los insurrectos. Aquellos hombres que pocos dias antes se habrian devorado entre sí, tanta era la sed de sangre que les abrasaba, permanecieron entonces juntos, ofreciéndose unos á otros todo cuanto tenian; ambos partidos resolvieron por último, nombrar al virtuoso prelado árbitro en sus diferencias, ó lo que es lo mismo, le autorizaron uno y otro, para que estendiese las bases á que debian ambos someterse. Cual padre bondadoso, Alfonso de la Mota, hizo prometer á los indígenas, que no se separarian en lo sucesivo de la obediencia legítima; y á los españoles, que tratarian á los indígenas como hermanos, cumpliendo así con las órdenes que habian recibido de su soberano. El consejo real de Topia, confirmó aquel tratado, reinando desde entonces una verdadera paz entre los españoles y los naturales. En justa gratitud á la proteccion que acababa á unos y otros de dispensarles el cielo, dispuso el obispo se celebrase una gran fiesta religiosa, en la que predicó á los indígenas en lengua mejicana, y que se hiciese despues una procesion solemne. Animado de un nuevo celo por la conversion de los idólatras, procuró en gran manera atraerse á los caciques, por deber su ejemplo arrastrar necesariamente á las masas; cinco de los mas

influyentes de entre ellos, entraron á su voz en el seno de la Iglesia, siendo bautizados por el mismo prelado, que les invitó despues á sentarse á su mesa. La Nueva-Galicia, que le debia la paz de que gozaba, perdió á su sábio pastor, por reclamar su ausilio la iglesia de Angelópolis, cuya direccion acababa de dejar Diego Romano; luego de haber entrado Alfonso de la Mota en su nueva diócesis, el año 1606, fundó un colegio para la Compañía de Jesus, y murió á 16 de marzo del año 1625, siendo sepultado en el colegio debido á su liberalidad.

Dignos, muy dignos eran los jesuitas de aquella proteccion de los obispos, ya que con tanto celo procuraban en sus casas de educacion, preservar á la juventud mejicana de los vicios de las generaciones anteriores, y civilizar por medio de las misiones, la naturaleza salvage del hombre degenerado hasta la idolatría. En el año 1604, llamaron á Méjico á los religiosos de San Juan de Dios, á fin de compartirse con ellos el vasto campo que habian empezado á desbrozar; merced á su asombrosa actividad, que podia competir con la de los misioneros de las órdenes mas antiguas, la mitad de los habitantes de Méjico eran ya cristianos cuatro años despues, ó sea en el año 1608. Como sufriese el pais aquel mismo año el azote de la peste, se dirigieron sus habitantes con fervor á la Virgen, prometiéndola una ofrenda; y habiendo cesado á los pocos dias los estragos del contagio, presentaron como *ex-voto* en Loreto, un cuadro de la Vírgen, hecho con las hermosas plumas de las aves mas raras. Si el árbol, empero del cristianismo, era cada dia mas frondoso y ufano en el pais de la mision, era porque los jesuitas no dejaban de regarle con su sangre, semilla fecunda de nuevos cristianos que habian de sucederles en la evangelizacion; diferentes fueron los mártires de la Compañía de Jesus, que alcanzaron la inmortal palma en el mes de noviembre del año 1616.

Fernando de los Rios, hijo único de Luis y de Isabel de Guzman y Tobar, pariente del cardenal duque de Lerma, habia nacido en Nueva-España, siendo la ciudad de Culiacan su patria. Los misioneros de la Compañía de Jesus, que iban ó venian de Cinaloa, recibian de la familia de Fernando en Culiacan la mas generosa hospitalidad, lo que dió lugar á que tomase aquel tierno niño mucha aficion á los jesuitas, y á que se edificase con su ejemplo; era tanto el gusto con que les servia, que habiendo pasado el P. Fernando de Santaren una grave enfermedad en su casa, quiso por si solo cuidar siempre al enfermo. Desde su mas tierna edad, tuvo ya el niño un presentimiento de que habia de alcanzar el martirio; puesto que, como se hallase cierto dia en su casa un religioso de la Compañía, que llevaba á Méjico la cabeza de Gonzalo de Tapia, y quisiese su madre Isabel adornar aquella preciosa reliquia con una de sus joyas, le dijo el piadoso niño: « Vuestra joya es sobrado pequeña para esa cabeza; reservadla para la mia, porque yo tambien moriré mártir. » Pasó Fernando á estudiar á Méjico, donde acabó de avivarse el fuego de su piedad, tomando en el año 1598 el hábito de San Ignacio; su claro talento y la proteccion del cardenal duque de Lerma, habrian podido encumbrarle fácilmente hasta las mas altas dignidades eclesiásticas, á no haber cifrado el jóven toda su ambicion en convertir á los indígenas idólatras. Fué Fernando destinado mas allá de Nueva-Vizcaya, junto á la region montuosa de Topia, poblada de tribus tan conocidas por su ferocidad, como por la inconstancia de su carácter (1); diferentes eran ya los jesuitas que trabajaban con éxito en aquel pais, donde ya muchos miles de indígenas habian recibi-

(1) Forman la sierra de Topia unas elevadas montañas de Méjico que corren del norte al sur mas de 750 kil desde el Nuevo-Méjico hasta la ciudad de Guadalajara y tienen de ancho por término medio unos 200 kil. Por su elevacion puede compararse con los Andes del Perú, y aunque forman quebradas y valles tan inaccesibles, cuando penetraron en ella los españoles, la encontraron habitada por muchas naciones bárbaras. Con ellos entraron los jesuitas en 1590 y siguieron los misioneros con tanto fruto sus conquistas espirituales, que en 1640 tenian en aquellas regiones mas de 50.000 almas convertidas al cristianismo, segun el P. Andrés de Rivas que estuvo allí muchos años y escribió su historia. (Nota del Trad.)

do el bautismo, y en el que se habian formado varios centros de poblacion. El primero de estos, situado á orillas de un gran rio, estaba á treinta leguas de la ciudad de Durango, y llevaba el nombre de Santiago; luego habia otro llamado San Ignacio, y otros de menos importancia, tales como los de Tenerapa y Santa Catalina. El cristianismo se propagaba felizmente en aquella region, cuando de repente logró un impostor contener sus progresos: titulóse hijo del sol, y como tal, dios del cielo y de la tierra, y supremo dispensador de todos los bienes. A fuerza de promesas y amenazas, logró impresionar á los indígenas, hasta el punto de hacerles sacudir el suave yugo del Evangelio, de inducirles á dar muerte á los misioneros, y de hacerles poner de acuerdo con otras muchas tribus, para una rebelion general contra los españoles, prometiéndoles que todos los que muriesen en aquella guerra nacional, resucitarian por el efecto de su poder. El dia 21 de noviembre del año 1616, fiesta de la Presentacion de la Santísima Vírgen, fué el destinado para el degüello de los jesuitas, puesto que los padres, que ignoraban la conspiracion, habian dispuesto para aquel dia en el arrabal de San Ignacio, una procesion solemne, en la que debian llevar en triunfo, y esponer á la veneracion pública, una hermosa imágen de María, que acababan de recibir de Méjico. Entre tanto, Isabel, madre del P. Fernando, que despues de la muerte de su esposo se habia retirado en un convento, deseando ver á su hijo por última vez, habia obtenido que le llamase el provincial á la ciudad de Méjico. ¡Pobre madre! ¡Cuán lejos estaba de creer que iba aquel deseo de su corazon á anticipar la muerte á su hijo! Inmediatamente se dispuso el P. Fernando á dar cumplimiento á la órden de su superior; despues de haber pasado en Méjico algunos dias, y logrado consolar á su madre acerca de su partida, tomó otra vez el camino de Nueva-Vizcaya, teniendo que atravesar despues el pais de los tepeguanos, para dirigirse á su destino. El dia 16 de noviembre llegó al pueblo de Santa Catalina, y aunque no era aquel el dia destinado para asesinar á los jesuitas, ni habian tomado aun los insurrectos las armas, decidieron dar muerte al religioso. Despues de haber descansado el P. Fernando algunas horas en Santa Catalina, salió de la poblacion, y se alejaba al paso de su mula en direccion á su destino, cuando viendo el mozo que le acompañaba acercarse un grupo de indígenas armados con gran tumulto, gritó al padre que diese de espuelas á su mula para librarse de su furor. A su voz, vuelve el P. Fernando la cabeza, vé á los furiosos que se arrojan sobre él, y con acento tranquilo esclama: «No es este el momento de huir, sino el de prepararse á morir cristianamente por Jesucristo, ya que nos dispensa la gracia de enviarnos la muerte.» Luego se adelanta el religioso con intrepidez hácia los bárbaros, sin que le detengan las flechas que le arrojan; al llegar á pocos pasos, les habla de las promesas que han hecho á su Dios, y les exhorta á cumplirlas, hasta que uno de ellos, derribándole de la mula, le atraviesa el pecho de una lanzada, mientras que otros esclaman: «¿Creeis, sacrificadores, que hemos de estar siempre rezando vuestro Padre nuestro! Ya verémos si resucitará Dios á su ministro.» Por toda contestacion, implora Fernando al Padre de las misericordias, en favor de sus verdugos, é invocando los dulces nombres de Jesus y de María, entrega su alma al Creador, á 16 de noviembre del año 1616. Segun Taner, se apareció Fernando luego al P. Francisco Arista, superior de su mision, que al ver su palidez mortal, esclamó con asombro: «¿Qué es lo que hay, P. Fernando?» Un rayo divino iluminó de repente aquel lívido semblante; y á su vez Fernando respondió: «Mi dicha es completa, puesto que estoy gozando en el cielo de la eterna bienaventuranza;» y desapareció la vision en aquel mismo instante. Su madre supo tambien por la aparicion de un religioso venerable, que habia muerto su hijo gloriosamente por Jesucristo, cuando aun era en Méjico su muerte ignorada.

Así que supieron los tepeguanos que habia sido el P. Fernando asesinado en las inmediaciones del pueblo de Santa Catalina, acudieron inmediatamente á las armas para dar á su vez muerte á los demás jesuitas, aunque no fuese aquel el dia prefijado. Los PP. Bernardo de Cisneros y Didacio de Orosco dirigian la cristiandad de Santiago; español de nacion el primero, habia entrado en la Compañía á la edad de diez y siete años; terminada la filosofía se dirigió á Méjico, y estaba trabajando en la difícil mision de los tepeguanos desde que habia recibido órdenes sagradas. Sin límites fué siempre la paciencia de que dió pruebas en su apostolado; como un indígena obstinado en su superstición hubiese levantado un templo á los ídolos, se lo derribó el misionero, haciendo otro tanto con el que construyó nuevamente el idólatra en Otinapa. Furioso el obcecado indígena al ver la constancia del P. Cisneros, se arrojó sobre él clavándole por tres veces el puñal en su pecho; pero á pesar de haberse creido en un principio que eran las heridas mortales, curó Bernardo de ellas, sin que quisiese descubrir nunca á su asesino. Didacio de Orosco, su compañero, era natural de Placencia, y ya desde su mas tierna edad no habia aspirado mas que á la gloria del sacerdocio y del martirio. Entró en la Compañía el año 1602, y apenas terminó el noviciado en 1605, pidió ser destinado á las misiones de América, no obstante la oposicion de toda su familia, y particularmente de Rodrigo de Orosco, marqués de Mortara; llegando con Bernardo de Cisneros y Gerónimo de Moranta á Méjico, donde hizo con brillantez los cursos de filosofía y teología. Pero viendo que no habia ninguna probabilidad de alcanzar el martirio en América, solicitó Didacio pasar al Japon, cuando sus superiores le encargaron que fuese á evangelizar á los tepeguanos. Al notar Didacio de Orosco y Bernardo de Cisneros el estraordinario movimiento y escitacion de los naturales, hicieron entrar al convento á los españoles y á los indígenas fieles que habia en la iglesia cuando empezó el motin, por mas que no hubiese en él provisiones ni tuviesen los españoles armas bastantes para rechazar los ataques de los bárbaros, pues contaban tan solo con la volubilidad y el arrepentimiento de estos últimos. En lugar empero de abandonar su designio, procuraron los salvajes reunir muchas materias inflamables en torno del edificio sitiado, para incendiarle, caso de que no pudiesen tomarlo por asalto. La impetuosidad de su ataque, y sobre todo, los escasos medios de defensa con que podian contar los sitiados, hizo pensar á estos en rendirse; antes empero de apelarse á este último medio, intentó el P. Bernardo dirigir á los rebeldes una alocucion paternal, á fin de ver si podia hacerles renunciar á su depravado intento. Así pues, hizo el intrépido misionero abrir las puertas del templo, se dirigió hácia los infieles y les recordó la fé que poco antes profesaban; pero lejos de atender su voz arrojaron contra él una nube de flechas que le habrian dejado muerto en el acto, á no haber tenido los españoles que le acompañaban la precaucion de llevársele herido. En la imposibilidad de recibir socorro y de resistirse por mas tiempo, propusieron los sitiados entregarse, con tal que se les permitiese salir libremente de la poblacion dejando las pocas armas que tenian; y como fuese aceptada por los salvajes su proposicion, se adelantaron con el P. Didacio, que llevaba el Santísimo Sacramento, y el P. Bernardo la imágen de María. Al llegar al centro del cementerio se arrodillaron los bárbaros ante el Santísimo, pareciendo estar resueltos á adorar nuevamente á Dios; un rayo de esperanza penetró desde luego en el corazon de Didacio, quien se paró y exhortó á los infieles á que volvieran á abrazar la fé, si es que aspirasen á la dicha de la inmortalidad y á evitar el castigo eterno reservado á los réprobos. Su furor hasta entonces hipócritamente reprimido, estalló de nuevo, y á voz en grito dijeron que mentia el misionero y que el Dios de los cristianos era mudo; luego dieron muerte á los infelices que se habian refugiado en el templo, y se apoderaron de los misioneros para condenarles á un suplicio mas lento y ter-

rible. Despues de haber hecho á los dos padres objeto de todos los insultos y burlas, atravesó uno de los salvajes el pecho de Didacio, le derribó en el suelo, le hizo poner los brazos en forma de cruz, mientras que otro salvaje, armado de una hacha, separó en dos partes, desde la cabeza hasta los piés, el cuerpo del mártir, que dirigia entre tanto á sus verdugos estas dulces palabras: «Haced de mí cuanto gusteis; sé que muero por Dios, y en ello consiste mi dicha.» Al terminar el mártir estas palabras, exhaló su postrer suspiro, y empezó el P. Bernardo su glorioso sacrificio: murieron los dos apóstoles el dia 18 de noviembre del año 1616.

Mientras tenian lugar aquellos tristes acontecimientos en la colonia de Santiago, se dirigia otra turba salvaje al pueblo de San Ignacio, en el que habian logrado ya reunirse muchos españoles con sus siervos y sus esclavos negros, procedentes de Africa; siendo dos religiosos de la Compañía de Jesus los pastores de aquella cristiandad. El primero de estos, Juan del Valle, natural de Victoria, habia sido admitido en la Sociedad el año 1594, el cual como hubiese deseado siempre ardientemente pasar á las misiones de América, se le destinó á Méjico; llamado á evangelizar á los tepeguanos, se le vió constituirse á la vez en su siervo y su apóstol. Cultivaba Juan las tierras, cortaba la leña en los bosques, construia los templos, preparaba la comida para los operarios, á los que cedia su modesta pension de misionero, por no necesitar para su sustento mas que un poco de maiz y las yerbas de los campos. Les dirigia no solo en la fé, si que tambien en todos los oficios, mostrando ser para ellos en todas ocasiones un padre tierno que les trataba como hijos queridos; y, sin embargo, casi siempre se correspondia con ingratitud á sus inmensos favores. Cierto dia al descender del altar le dió un indígena un bofeton; y como preguntase que era lo que habia dado lugar á semejante violencia: «No hay mas causa que la del sacrificio que acabas de hacer,» le contestó el culpable. «En este caso, repuso el Padre he ahí mi otra megilla, hiere.» Sus esfuerzos para hacer renunciar á los tepeguanos al adulterio y al robo, le valieron tambien muchas veces iguales ultrages, preservándole sin embargo la Providencia del ciego furor de los que habian jurado asesinarle; un indígena, al cual queria separar de la cómplice de sus escesos, entró armado por tres veces en la cabaña que habitaba el religioso, y como lo ocultase Dios á sus miradas, confesó al fin que iba con la intencion de matarle, sin que viese hasta entonces á Juan del Valle, que estaba á muy pocos pasos de distancia Y como si no bastasen aun las violencias de que habia sido constante objeto, añadia á ellos el misionero todos los rigores de la penitencia, acostándose en el duro suelo, y sin abrigo alguno, para que sufriesen todos sus miembros el rigor del frio. Hundiase durante ocho meses del año en el fondo de los mas espesos bosques para ir en busca de los indígenas que queria convertir á la civilizacion y á la fé, sin que en todo aquel tiempo se quitase nunca el cilicio ni renunciase á ninguna de las mortificaciones con que torturaba sin cesar su cuerpo. De este modo pasó Juan del Valle doce años entre los tepeguanos, destruyendo sus ídolos, entre los que habia particularmente uno de piedra, que era indigno objeto de una gran veneracion, por lo que fué uno de los primeros que procuró destruir; como hombre verdaderamente conciliador, procuró siempre calmar los ódios, mereciendo que por su mansedumbre se le diese el nombre de Juan de la Paz. Siervo fiel de María, recibió de ella la seguridad de que el martirio coronaria al fin su vida de sufrimiento y de pena; por lo que escribió, despues de aquella revelacion, á diferentes de sus amigos, que, moriria antes de tres meses en manos de los tepeguanos. El P. Luis de Alabes, su compañero, habia nacido en Guaxaca, ciudad de Nueva-España, y entrado en el noviciado de los jesuitas en Méjico el año 1607; una vez promovido al sacerdocio, fué á continuar el P. Luis su vida angelical en Nueva-Vizcaya, haciéndole su caridad y su amor al sufrimiento

en un todo digno de ser asociado á Juan del Valle. Fuéle igualmente revelado su martirio, puesto que quince dias antes de acontecer, se le oyeron pronunciar en el altar las siguientes palabras: «¿Es esa, Señor, la clase de muerte que se nos destina? ¿Y debemos morir todos de ella? ¡Que vuestra voluntad se cumpla!» Luego preguntó á un niño si tendria valor para sufrir el martirio, á lo que contestó aquel afirmativamente; y, en efecto, tuvo despues el niño aquella dicha. Además, Luis de Alabes anunció al dominico Sebastian del Monte que uno y otro moririan por la fé; hízole aquella prediccion de un modo tan solemne, que escribió el dominico á sus superiores una carta de despedida. Tales eran los dos jesuitas que dirigian la colonia de San Ignacio, y sobre la que se arrojaron los tepeguanos por sorpresa el dia 18 de noviembre de 1616, pasándolo todo á sangre y fuego, siendo asesinados los dos jesuitas en el momento en que iban á celebrar los divinos misterios.

Al dia siguiente del en que fueron los cuatro sacerdotes residentes en San Ignacio, víctimas de un cruel parricidio, hubo otros dos religiosos que al dirigirse al mismo pueblo para celebrar la fiesta del 21 de noviembre, fueron tambien atacados antes de llegar á dicha colonia. Juan de Fuente, español de nacion, habia pasado á Méjico, y luego al pais de los tepeguanos bajo la direccion del P. Gerónimo Ramirez, al que debia suceder en el apostolado. No hubo sacrificio que no hiciese con gusto este celoso misionero por levantar de la abyeccion en que yacia aquel pueblo salvaje, que debia en cambio hacerle sufrir todos los tormentos antes de quitarle la vida. Era el P. Juan de Fuente superior de todos los jesuitas de la mision de los tepeguanos, y hacia ya diez y seis años que estaba evangelizando aquel pais, dando el ejemplo de todas las virtudes. El venerable hermano coadjutor Alfonso Rodriguez, fué el que aconsejó á Gerónimo de Moranta, colaborador del P. de Fuente, que entrase en el instituto de San Ignacio, y que luego se dirigiese á América, donde recibiria la corona del martirio. A su llegada á Méjico, se le destinó al lado de Juan de Fuente, con el que compartió ya desde el primer dia los trabajos apostólicos; asocióse así mismo á sus privaciones y generosos esfuerzos, llegando á sobrepujar su austeridad á la de los solitarios de los primeros siglos. Era tal el ardor que abrasaba á Gerónimo de Moranta por convertir á los indígenas, que no cesaba de pedir á Dios con las lágrimas en los ojos que diese á su palabra la fuerza necesaria para ablandar el corazon de los tepeguanos; y con efecto, accedió el Señor de tal modo á las oraciones de su siervo, que en una sola ocasion convirtió este á mas de quinientos indígenas, y formó despues florecientes colonias con los naturales que en todos los puntos atrajo á la fé. Entre todos los misioneros consagrados á la evangelizacion de los tepeguanos, era Gerónimo de Moranta el que gozaba dè mas reputacion de santidad: dice Tanner, que celebrando Gerónimo los divinos misterios en el pueblo de San José, le fué nuevamente revelado su próximo martirio. De todos modos, es lo cierto que, mientras este religioso y el P. Juan de Fuente, su superior, se dirigian á la colonia de San Ignacio, empezaron los indígenas sublevados á arrojarles flechas desde lejos, no parando hasta darles una muerte cruel.

Cuando Gaspar de Alvear, gobernador de Nueva-Vizcaya, recorrió al frente de algunas tropas el pais que acababa de ser teatro de tan sangrientas escenas, al objeto de restablecer el órden, encontró los cuerpos de los cuatro jesuitas antes citados en un estado tal de conservacion, á pesar de los tres meses que habian trascurrido desde su muerte, que parecian haber dejado de existir en aquel mismo instante. El P. Juan del Valle y Luis de Alabes fueron hallados en el interior del pueblo de Santiago junto á la iglesia; los cuerpos de Juan de Fuente y de Gerónimo de Moranta estaban guardados por dos perros, cuyos ladridos atrajeron á los españoles á aquel sitio. El gobernador llevó á Durango aquellas preciosas reliquias, de las que se encargó desde luego el vicario general

con imponente solemnidad, siendo sepultadas en la iglesia de los jesuitas junto al altar mayor de la misma; y habiendo sido algunos años despues abierta su tumba, se vió que lejos de sufrir los restos de aquellos dos mártires la ley de destruccion, despedian un olor suavísimo.

Fué el P. Fernando de Santaren, el octavo mártir sacrificado por el furor de los tepeguanos. Era Santaren, hijo de una ilustre familia que podia ofrecerle todas las comodidades de la vida, pero como habia nacido para el sacrificio, renunció á ellas desde su edad mas tierna. A los quince años entró en la Compañía de Jesus, y terminada la filosofía abandonó á España, su patria, para dirigirse á América; su piedad angélica, la dulzura de su carácter, y todas las demás virtudes de que estaba poseido, causaron la admiracion y el encanto de todos los pasageros que hicieron con él la travesía, siendo general la influencia que ejerció en los ánimos. Mientras cursaba teología en Méjico, iba á catequizar á los indígenas, á cuya salvacion se consagró esclusivamente luego de haber llegado al sacerdocio; habiéndosele enviado á Cinaloa, compartió en aquel pais con el P. Gonzalo de Tapia, todas las fatigas y peligros. Destinósele mas tarde á la mas difícil de todas las misiones, ó sea al pais de Topia, cuyos pueblos evangelizó durante su vida; completamente solo en los primeros años, predicaba todos los domingos tres veces en el pueblo de San Andrés, por tener que anunciar en él la palabra divina á los españoles, á los esclavos y á los indígenas idólatras. Despues de haber repetido todos los miércoles su predicacion, se dirigia á las mas ásperas montañas, y luego á la poblacion española de Topia, teniendo que sufrir en aquel viage de muchas millas, todas las privaciones y peligros que ofrecia la escabrosidad de un pais intransitable. Durante la cuaresma eran aun mas frecuentes sus escursiones, pues recorria Santaren sin cesar aquella region en todas direcciones para anunciar el Evangelio; llegó á abrazar su caridad tal estension de pais, que apenas bastaron despues catorce ausiliares á cultivar la viña que plantára él solo. Formó el misionero mas de cuarenta colonias con los indígenas que habia civilizado, administró el bautismo á mas de cincuenta mil idólatras, destruyó un número infinito de ídolos, y desterró las mas groseras supersticiones, entregándose por espacio de muchos años á todos los sufrimientos, privaciones y fatigas. Tan triste y salvage era el pais que habitaba Santaren, que habiendo ido á visitarle el P. Andrés Tutin, por estar aquel enfermo, dijo, que si él hubiese sido destinado á aquel pais, y tenido la desgracia de morir en sus escarpadas rocas, habria dispuesto en su testamento que se le sacase de aquel espantoso retiro, cuya desnudez sombría era como la imágen terrible del infierno. Sin embargo, el P. Fernando de Santaren, vivia en él tan contento y feliz, como habria podido serlo en Madrid ó en Toledo; diciendo que era aquel pais su Méjico, la dichosa region en que gozaba de todas las delicias. Nuevamente sublevados los indígenas de Topia en el año 1603, incendiaron los pueblos de los alrededores y mas de cuarenta iglesias; al recibir el P. de Santaren la noticia de los escesos cometidos, se fué á encontrar á aquellos furiosos sedientos de sangre, y sin pensar siquiera en el inminente peligro á que se esponia, se presentó en sus filas ofreciéndoles la paz que rechazaron por haber olvidado ya la paternal ternura del misionero. «Retírate, le gritaron, porque no querémos ya reconocerte por padre.» Con todo, el dulce encanto de aquella voz antes tan querida, logró al fin conmover á los salvages, quienes acabaron por sentirse subyugados ante la resignacion angelical, con que soportó el religioso sus insultos; y fué por último la paz el resultado de su mediacion benéfica. Poco tiempo despues se sublevó en un pueblo de cerca de Topia, un anciano que escitaba á sus compatriotas á la rebelion, diciéndoles, que él era tambien obispo y príncipe de los apóstoles, y que por lo tanto, sabria como los españoles, predicarles la ley de Jesucristo: tenia además á sus órdenes dos falsos apóstoles,

llamados Juan y Jacobo, que empezaron á administrar los sacramentos. Sin pensar siquiera en el peligro, se dirigió el P. de Santaren hácia aquel pueblo crédulo, siendo tan convincente su palabra, que descendieron inmediatamente aquellos indígenas de sus escarpadas rocas, para irse con él á cultivar las llanuras. Habiendo sido el impostor y sus cómplices cogidos por los españoles y condenados á muerte, logró el misionero despertar en sus corazones el arrepentimiento, y abrirles por aquel medio el camino del cielo. Habia, con efecto, en el P. Fernando, una dulzura tan persuasiva, y una caridad tan tierna, que era imposible dejar á su vista de sentirse atraido; cuando hacia algun tiempo que no habia visto á los indígenas, se dirigian estos corriendo hácia él, y en su efusion les estrechaba dulcemente en sus brazos, contestaba con amor á todas sus preguntas, y hasta á sus instancias, y tenia que decirles las causas que le habian obligado á permanecer lejes de ellos. Los enfermos y los pobres eran, sobre todo, particular objeto de su prediieccion; no solo socorria las miserias con la suma que le estaba señalada para su manutencion, si que tambien con las limosnas que recogia y hasta con sus propios vestidos. El rigor de la penitencia llegó á ser para Fernando de Santaren un manantial de delicias, á causa de su íntima y contínua union con Dios, al que adoraba noche y dia, y cuyo amor le inflamaba hasta tal punto, que cuando exhortaba á los indígenas á la virtud, parecia brotar de sus ojos el fuego de la caridad mas pura. En vano le escribian sus superiores de Méjico, que tomase algun descanso: « Nadie puede figurarse, les contestaba el misionero, la suave uncion, la íntima alegria que Dios concede al alma de los que emprenden estas misiones. » Proseguia con el acostumbrado ardor sus trabajos, cuando habiendo sabido los jesuitas del pueblo de San Ignacio que se dirigia á Durango, le suplicaron que se sirviese asistir á la ceremonia del 11 de noviembre del año 1616, que iba á celebrarse en su iglesia. Deseoso de acceder á los deseos de sus queridos hermanos, se fué Fernando al pais de los tepeguanos; llegó el 20 de noviembre á Tenerapa, donde resolvió celebrar los santos misterios; despues de haber llamado en vano al portero por medio de la campana, penetró en la iglesia, en la que encontró destruido el altar y profanadas las santas imágenes. Adivinando entonces los tristes sucesos que habian tenido lugar, iba á dirigirse á Durango; pero como habia sido ya descubierto por los indígenas, corrieron tras él y le alcanzaron junto á un rio, al que arrojaron el cuerpo del apóstol, despues de haberle hecho sufrir todos los tormentos. Murió Fernando de Santaren á los cincuenta y un años, de los que pasó veinte y tres en la difícil mision de Topia, que dirigió por espacio de catorce. Hueta, su pueblo natal, obtuvo una parte de sus restos, ó mejor, de sus santas reliquias, que las mugeres de los tepeguanos lograron recoger, despues de haber llorado la muerte de aquel hombre inocente, y de haberlas causado horror las crueldades ejercidas por los indígenas contra los jesuitas.

CAPÍTULO XV.

Mision de los Jesuitas en la Acadia (Nueva-Escocia) y de los Recoletos en el Canadá.

Independientemente de las misiones de las fronteras de Méjico, la Compañía de Jesus las estableció en el Canadá, vasta comarca de la América septentrional, de la que ya hemos hablado anteriormente (1). Despues de cincuenta años de guerras civiles, la Francia habia podido hallar su tranquilidad, merced á los esfuerzos y prudencia de Enrique IV, y ya entonces pudo ocuparse de los asuntos esteriores. Por real cédula fechada en el mes de enero del año 1598, el marqués de La Roche fué investido de los poderes que Francisco I habia dado á Roberval, para procurar ante todo el establecimiento de la fé

(1) Véase Lib. II. Cap. VI.

católica. El comendador de Chates, gobernador de Diepa, que le sucedió en el vireinato y comandancia general del Canadá, dió á su vez y al propio efecto, amplios poderes á Samuel de Champlain, distinguido oficial de marina, que debia ser el verdadero fundador de la colonia, y el padre de la Nueva-Francia. El caballero de Monts, gentilhombre de Saintonge, que mas tarde reemplazó en la regencia al citado comendador, no solo admitió el concurso de Champlain, sino que le agregó á Juan de Biencourt, señor de Poutraincourt, gentil-hombre picardo. Este último era calvinista, lo que sorprenderá sin duda que se encargára á un protestante de establecer entre los idólatras la religion católica. Habiendo confirmado el rey en el año 1607, la concesion que de Monts habia hecho á Poutraincourt de Puerto-Real, en la Acadia (Nueva-Escocia), le advirtió que estaba obligado á trabajar para la conversion de los indígenas, y le mandó que enviára á buscar á algunos jesuitas. Al llamamiento de los superiores de la Compañía, á quienes el P. Cotton, confesor del rey, hizo conocer la voluntad de aquel príncipe, se presentaron varios religiosos; pero únicamente se aceptaron dos, que fueron el P. Pedro Biard, profesor de teología en Lion, y el P. Enemundo Massé, compañero del P. Cotton. Poutraincourt, que seducido por las calumnias de los calvinistas, abrigaba alguna prevencion contra su órden, se embarcó sin ellos, y, á fin de persuadir á la corte que el ministerio de los jesuitas no era necesario para la conversion de los infieles, apenas hubo llegado á Nueva-Escocia, envió al rey una lista de veinte y cinco indígenas, que un sacerdote llamado José Flesche, por otro nombre el patriarca, habia bautizado apresuradamente. A ruego del P. Cotton, apoyado por la marquesa de Guercheville, que se habia declarado la protectora de las misiones francesas en América, Biencourt, hijo de Poutrancourt, se determinó á embarcar los dos jesuitas. La reina madre, viuda de Enrique IV, dió á aquellos religiosos quinientos escudos; la señora de Verneuil, les hizo su capilla; la de Sourdis, les proporcionó la ropa blanca, y la de Guercheville, se encargó del resto. Dos calvinistas, partidarios de Biencourt, habiéndose negado en el puerto de Diepa á recibir á los religiosos, que se retiraron entonces á su colegio de la ciudad de Eu, su celosa protectora hizo entonces una cuesta en la corte cuyo producto sirvió para interesar á aquellos mercaderes. Compró además todos los derechos que de Monts habia obtenido de Enrique IV, y despues firmó con Biencourt una escritura de sociedad, en virtud de la cual los fondos necesarios para el sosten de los misioneros, debian sacarse de lo que produjera la pesca y comercio de pieles. Los PP. Biard y Massé, llegaron á Puerto-Real, el 12 de junio del año 1611, y quisieron aprender en seguida la lengua del pais; pero ninguno de sus compatriotas se prestó para facilitarles su estudio.

Afortunadamente el sagamo (jefe de burgo, ó como si dijéramos alcalde), llamado Membertu, que sabia un poco de francés, se hizo su amigo. Aquel jefe, muy respetado entre los suyos, habia querido saber en que consistia el cristianismo, antes de recibir el bautismo; y, lo que hasta entonces habia podido comprender respecto á la verdadera religion, le habia inspirado vivos deseos de conocerla á fondo. Las relaciones de los jesuitas con Membertu, que recibió el nombre de Enrique en el bautismo, fueron tanto mas útiles á los misioneros, cuanto que antes habia sido juglar entre los suyos. El P. Biard le preguntó un dia, si el demonio, al que decia, habia invocado muy á menudo, se le habia aparecido alguna vez. Contestóle que habia acontecido algunas veces; «pero, añadió, lo que me decidió á renunciar á mi profesion, fué el que el espíritu de las tinieblas siempre me aconsejaba hacer mal.» Habiendo caido enfermo Membertu, fué acojido en Puerto-Real por el P. Massé, pero apenas lo supo el P. Biard, que se hallaba ausente, acudió para prestarle todos los ausilios necesarios; pero ningun remedio pudo salvar al indígena. Despues de haber pe-

dido y recibido con gran devocion los últimos sacramentos de la iglesia, el moribundo manifestó á Biencourt su deseo de ser enterrado con sus padres en su pueblo. El P. Biard hizo presente al gobernador francés que aquel propósito, en el que consentia, no podia verificarse mientras no se desenterrasen antes los restos de los infieles enterrados en el mismo lugar; lo que nunca permitirian los indígenas, y que tampoco se hallaba en la intencion del enfermo. Obstinado Biencourt en hacerlo, los jesuitas declararon que no se encargarian de los obsequios; pero la firmeza y caridad del misionero habiendo abierto los ojos á Membertu, éste pidió perdon de su indocilidad, dijo que no queria quedar privado de los sufragios de la iglesia y dejó dueños á los jesuitas de darle la sepultura que juzgasen mas á propósito. Aquel jefe murió poco despues, abrigando los mas puros sentimientos de fé y confianza en Dios.

Algunos dias despues, el P. Biard partió con Biencourt para ir á visitar toda la costa hasta el Kinibeki, cuyo curso fueron subiendo hasta muy lejos. Fueron muy bien recibidos por los canibas, tribu abnakisa, á la cual el misionero, ayudado de un intérprete, anunció el Evangelio. Aquel dócil pueblo le escuchó con respeto, y no le pareció muy distante del reino de los cielos. Por su parte el P. Mussé quiso reconocer el pais, y estudiar las disposiciones de sus habitantes en favor de la religion. Un hijo de Membertu, que era cristiano y se llamaba Luis, le servia de guia; pero su escursion no dió ningun resultado favorable. Por otra parte, el triste estado de Puerto-Real, era causa de que los franceses fuesen mirados con desprecio por los indígenas, de modo que los misioneros se vieron reducidos á bautizar únicamente los niños moribundos. Contribuyó no poco á aquel precario estado, la mala inteligencia que reinaba entre los gefes de la colonia y los jesuitas, la que habiendo llegado á noticia de la señora de Guercheville, procuró que fuesen trasladados aquellos religiosos á otro lugar donde pudiesen ejercer su ministerio sin ninguna clase de obstáculos.

Una nave fletada á costas de la marquesa y de la reina madre, y mandada por Saussaye, salió de Honfleur, el 12 de marzo del año 1613, tomó á su bordo á los PP. Biard y Massé en Puerto-Real, y fué á desembarcarles en la orilla septentrional del rio de Pentagoet, donde se formó la colonia de San Salvador. Acompañado de La-Motte, teniente de Saussaye, el P. Biard hizo enseguida una escursion por el pais. Al pasar cerca de un pueblo, llegaron á sus oidos unos gritos espantosos, y creyéronse que lloraban algun muerto; pero un indígena les dijo que era un niño que se moria. El misionero voló enseguida al lugar de donde partian los lamentos, y encontró á los habitantes que formaban un círculo; en medio de él veíase al padre del niño enfermo que le sostenia en sus brazos, y á cada suspiro que exhalaba el moribundo, lanzaba aquel unos gritos mas propios para asustar que para escitar compasion; los demás indígenas formaban coro, y de ahí el rumor que repetian los ecos de las vecinas selvas. Compadecido de aquel espectáculo, el sacerdote se acercó al padre, y le dijo si queria permitirle bautizar á su hijo. Aquel pobre hombre le entregó enseguida el niño; Biard lo colocó en brazos de La-Motte, el misionero se hizo traer agua y bautizó aquella inocente criatura. El mas profundo silencio reinó durante la ceremonia, y parecia que los indígenas aguardaban un acontecimiento estraordinario. Notólo el servidor de Dios, y, lleno de una confianza verdaderamente apostólica, suplicó en alta voz al Señor, que en su gran misericordia, se compadeciera de aquel pueblo ciego pero dócil. Terminada su oracion, volvió á tomar el infante, lo puso en brazos de su madre y le dijo que le diese de mamar. Obedeció la muger, el niño aspiró la leche, y apareció enseguida tan sano, como si jamás hubiese estado enfermo. A la vista de aquella repentina curacion, los indígenas permanecieron durante algun tiempo inmóviles de sorpresa; el misionero, considerado como

un hombre bajado del cielo, sacó todo el fruto que se podia esperar entonces de aquel maravilloso suceso, que andando el tiempo habria dado muchos mayores resultados, si los ingleses procedentes de la Virginia no hubieran ido á destrozar la colonia de San Salvador. Un religioso jesuita llamado Gilberto del Thet, fué mortalmente herido por los protestantes; pero segun refiere el P. Biard, antes de espirar pudo confesarse bendiciendo y alabando al Dios justo y misericordioso, que le permitia morir en brazos de sus hermanos, despues de haber hecho cuanto habia estado de su parte, por la conquista de las almas y salvacion de los salvages. Una vez dueños del fuerte, el primer acto de los hereges, fué derribar la cruz que los misioneros habian plantado, para reunir en torno de ella á los fieles durante las oraciones públicas, mientras que se procuraban una iglesia. El P. Massé y una parte de los colonos, partieron en un buque francés para San-Malo, donde llegaron sin novedad, al paso que el P. Biard y otros dos jesuitas, que habian llegado con Saussaye, tuvieron forzosamente que presenciar con los demás colonos, desde la escuadra inglesa, la ruina de todos los establecimientos que tenia la Francia en la Nueva-Escocia. En el momento en que el comodoro inglés, salia de Puerto-Real, un francés le advirtió que desconfiase de un jesuita español llamado Biard. Aquel religioso era de Grenoble; pero uno de los medios de que se valian entonces en Francia, para hacer odiosos á los jesuitas, consistia en hacerlos pasar por partidarios secretos de la casa de Austria. Engañado el comandante por aquella calumnia, se hubiera desprendido de los tres misioneros á su regreso á Virginia, si una tempestad no hubiese alejado del resto de la escuadra al buque en que iban aquellos. El huracan llevó aquella nave hasta las islas Azores, donde los jesuitas solo tenian que darse á conocer para ser vengados; pero aunque el capitan del buque, les habia tratado muy mal, tuvo bastante confianza en su virtud, para proponerles que permanecieran escondidos cuando fuesen á visitar el buque, y ellos consintieron sin replicar. Llegados á Inglaterra le prestaron otro servicio, porque si bien el capitan aseguraba que la tempestad le habia separado de su comandante, se le reputó como desertor de la Virginia, y no salió de la cárcel hasta haber declarado los jesuitas en su favor, de modo que fueron dos veces sus libertadores. En fin, el embajador de Francia en Londres, habiendo reclamado aquellos dos religiosos, pudieron pasar á Calais. El P. Biard murió en Aviñon, en noviembre del año 1622.

En el Canadá propiamente dicho, Samuel de Champlain habia fundado en 1608 la ciudad de Quebec, en el mismo sitio de una poblacion de indígenas, llamada de Stadaconé, en la cima del Cabo Diamante, que se eleva á mas de trescientos noventa y seis piés sobre el nivel de San Lorenzo. En este lugar en que el rio se ensancha y divide para abrazar la isla de Orleans, sus aguas, violentamente rechazadas por la marea, que sube hasta Tres-Rios, muchas veces se hallan en un estado de turbulencia que les dá el aspecto de un mar. Esta agitacion armoniza con la severa fisonomía de la capital del Bajo Canadá, cuyas casas, confusamente hacinadas en la pendiente del monte, dominan el cauce del rio y los mástiles de los buques que parecen estar anclados á su pié. (Pl. XC, n.º 2.) Quebec, que con el tiempo ha llegado á ser tan grande, en un principio no contaba mas que con cincuenta habitantes (1).

(1) Quebec es hoy dia cabeza de distrito y de condado, sede de un obispo católico, bajo la inmediata dependencia del Papa, y de otro anglicano. Esta ciudad que tiene tres cuartos de legua de circuito, puede considerarse como una fortaleza de la mayor importancia, tanto á causa de las fortificaciones que la defienden, como con respeto á su ciudadela. Entre sus mas bellos edificios públicos merecen citarse sus dos magnificas catedrales, una católica y otra anglicana; las iglesias de las Ursulinas y Escoceses, el hospicio, el seminario, el convento de Jesuitas, convertido en cuartel, y el antiguo palacio episcopal, aunque está muy deteriorado y ocupado por las oficinas del gobernador. Su poblacion consta de unos 24 000 habitantes, las dos terceras partes católicos, descendientes de franceses. Segun algunos historiadores, el nombre Quebec, deriva de la palabra algonquina que significa *contraccion*, y que designa la primitiva angostura que se observa en el rio San Lorenzo cuando se remonta, otros suponen que este nombre procede de la esclamacion francesa *¡Quel bec!* que indicaria la punta sobre la cual esta fundada la ciudad. (Nota del Trad.)

A fin de sentar la colonia sobre sólidos fundamentos, Samuel de Champlain se propuso dos cosas: en primer lugar, formar una compañía aprobada por el rey, que la sostuviera y desarrollára bajo el aspecto temporal; y en segundo lugar, procurarse algunos misioneros que le prestasen los ausilios espirituales de que habia estado privada enteramente hasta entonces. Considerando los inmensos servicios que habian prestado los franciscanos, apóstoles de la América, determinó dirigirse al P. Garnier de Chapouin, provincial de San Dionisio, mereciendo citarse la cédula que Luis XIII espidió en 20 de marzo del año 1615 á favor de aquellos religiosos. «Los difuntos reyes, nuestros predecesores, obtuvieron y gozaron del título de Cristianísimos, procurando la exaltacion de la santa fé católica, apostólica, romana, y defendiéndola de toda suerte de opresiones; manteniendo á los eclesiásticos en sus derechos y admitiendo en su reino todas las órdenes religiosas, que con pureza de vida, se consagraban á la enseñanza de los pueblos y á adoctrinarlos tanto de viva voz como por el ejemplo. Así es que, abrigamos un vivo deseo de mantener y conservar dicho título de Cristianísimo, como el mas rico floron de nuestra corona, y con el cual confiamos que prosperarán todas nuestras acciones; queriendo no solamente imitar en todo lo que nos sea posible á nuestros predecesores, sino hasta aventajarles en deseos de establecer dicha fé católica, y hacerla anunciar en lejanas, bárbaras y estrañas tierras, donde el santo nombre de Dios no ha sido aun invocado por nuestro amado y piadoso predicador, el padre provincial de la provincia de San Dionisio, en Francia, de los religiosos franciscanos de la estricta observancia, vulgarmente llamados Recoletos. Y como este, anticipándose y secundando nuestros deseos, haya enviado al pais del Canadá para predicar en sus tierras el santo Evangelio, y conducir á la santa fé las almas de sus habitantes, presos en sus errores y estravagancias, careciendo de todo conocimiento del verdadero Dios, haya enviado decimos, un buen número de religiosos, no solo sus trabajos apostólicos no han sido inútiles, sino por el contrario, algunos de dichos habitantes del Canadá, reconociendo sus antiguos errores, han abrazado la santa fé y recibido el sacramento del bautismo, lo que ha sido para Nos sumamente grato, cumple ahora á nuestro deber asegurar lo que ha sido comenzado por dichos religiosos, á cuyo efecto les autorizamos para que continuen viviendo en comunidad en dicho pais, construian en él tantos conventos como juzguen ser necesarios, segun los tiempos y lugares, poniéndose todas esas casas, monasterios y religion bajo la obediencia del citado padre provincial, á fin de impedir la confusion que podria resultar si cada religioso, llevado por su propia voluntad, se dirigiese al citado pais del Canadá. Deseando que así conste en lo sucesivo, hemos declarado y declaramos por la presente, firmada de nuestro propio puño y letra, nuestra intencion y voluntad de que el padre provincial de la citada provincia de San Dionisio en Francia, sea el único que cuando juzgue conveniente, pueda enviar al mencionado pais del Canadá tantos religiosos recoletos cuantos crea necesarios; permitiendo que dichos religiosos residan en aquellas tierras y construyan y hagan construir en ellas uno ó varios conventos y monasterios, cuando consideren que sean necesarios, etc.»

Resulta de esta real cédula que anteriormente al 20 de marzo del año 1615, dia en que fué espedida, ya habian sido enviados los recoletos al Canadá y tambien obrado en él algunas conversiones. No obstante, el P. Cristian Le-Clercq califica de primeros misioneros de aquel pais á cuatro recoletos que se embarcaron en Honfleur, el 24 de abril del año 1615, y que llegaron á Tadoussac á últimos del mes siguiente. «Hasta el año 1615, dice el citado cronista, no se fundó el primer establecimiento de la fé en el Canadá, eligiendo el P. provincial de recoletos de Paris al P. Dionisio Jamay por primer comisario de la mision; al P. Juan de Olbeau para sucederle en caso de fallecimiento de aquel; al P. José Le-Caron y

hermano Pacífico Plessis para ser los primeros fundamentos del cristianismo en la Nueva-Francia. Con fecha del 20 de julio del mismo año, el P. de Olbeau escribia desde Quebec al P. Didacio David. «Los vivos deseos que habeis manifestado por la salvacion de las almas de este pais de la Nueva-Francia, lo que nos ha hecho desear y aun buscar los medios para asistirlas personalmente, me obliga á enviaros algunas noticias de nuestra mision. Partimos de Honfleur el 24 de abril por la tarde, y llegamos el 25 de mayo á un puerto donde se detienen los buques que se dirigen aquí. Este puerto se llama Tadoussac, y está situado á unas ochenta leguas del gran rio del Canadá. A treinta y cinco leguas mas arriba se halla la poblacion de los franceses, siendo yo el único de los religiosos que llegué á ella el 2 de junio. Los demás vinieron despues, segun su comodidad. El P. Comisario y el P. José no se detuvieron en ella, sino que fueron subiendo el rio hasta unas cuarenta ó cincuenta leguas, á fin de reconocer la bondad del pais y ver los salvajes que acudian en gran número para tratar con los franceses. El 25 de junio, en ausencia del R. P. Comisario, celebré la santa misa *la primera que se ha dicho en este pais*, cuyos habitantes son verdaderamente salvajes de nombre y de hecho. No tienen morada fija, sino que levantan sus cabañas donde saben que hallarán caza ó pesca, que es su alimento ordinario; hombres y mugeres van cubiertos con pieles de animales, llevan los cabellos largos y sueltos, se pintan el semblante de negro y rojo, y generalmente son de buena estatura. Respecto á sus facultades intelectuales, no puedo hablar todavía de ellas, porque hasta el presente solo he tenido ocasion de tratar con algunos particulares. En la estacion actual, la temperatura que aquí reina es muy parecida á la de Francia; el clima me parece bueno, pero es preciso pasar aquí el invierno para poder juzgar debidamente.» Esta carta que dá cuenta de las primeras impresiones del misionero, no dice que la casa y capillita de los recoletos hubiesen sido construidas ya con una sencillez y pobreza verdaderamente evangélicas, en el lugar donde se halla hoy dia la ciudad baja de Quebec. El P. Le-Caron, que el comisario habia dejado en Tres-Rios para administrar los sacramentos á los franceses é iniciarse en el idioma de los indígenas, construyó en aquel sitio una casa y capilla, á fin de dar comienzo á la mision sedentaria, celebrando la primera misa el 26 de julio. Habiéndose reunido mas tarde los recoletos en Quebec, en una especie de asamblea capitular, con el objeto de dividirse entre sí el vasto territorio que querian conquistar á Jesucristo, acordóse que el comisario permaneceria en aquella ciudad, como centro del pais, para atender á las necesidades espirituales de los franceses de la colonia, formar una mision para los indígenas, estender sus cuidados hasta Tres-Rios, y establecer mas abajo del rio otros centros del cristianismo que podria vigilar. El P. Olbeau destinado para convertir los montañeses, debia establecerse en Tadoussac, y dirigirse desde allí á la embocadura del San Lorenzo; el P. Le-Caron á quien tocaron los hurones y otras naciones de poniente, siguiendo el curso inverso del rio, habla así de su penoso viaje. «Imposible seria pintaros la fatiga que he tenido que soportar, habiéndome visto obligado á tener todo el dia el remo en la mano y remar con todas mis fuerzas con los salvajes. Mas de cien veces he tenido que atravesar por entre canalizos peligrosos, trepar por entre agudas rocas que me abrian los piés, sumergirme en el fango y atravesar los bosques, llevando la canoa y mi reducido equipage á fin de evitar los remolinos del rio y los saltos de agua que nos cerraban el paso. Nada os diré del penoso ayuno que nos puso en graves apuros, no poseyendo mas que un poco de *sagamité*, que es una especie de palmenta (*pulmentum*) ó masa, compuesta de agua y harina y trigo de la India, que nos daban mañana y tarde en muy corta cantidad. Sin embargo, es preciso que os confiese, que en medio de mis penas, esperimentaba mucho consuelo al ver un número tan grande de infieles para

quienes bastaba una sola gota de agua para hacerles hijos de Dios. Su presencia hace olvidar todas las fatigas é infunde un santo ardor para trabajar en su conversion, sacrificando el reposo y hasta si es necesario la vida.» Los hurones acojieron al misionero con cordialidad en su principal burgo llamado Carraguha, el cual estaba cercado de una triple empalizada de treinta y seis piés de altura para protegerle de los ataques de sus enemigos. Construyeron para el misionero con troncos de árboles y cortezas, una cabaña separada del pueblo, en la que el religioso levantó un altar, reuniendo en torno de ella á los indígenas que acudian para instruirse en las verdades del cristianismo. Habiendo penetrado el apóstol de los hurones hasta el pais de los perunos y otras comarcas vecinas, fué maltratado á instigacion de los juglares; pero tuvo el consuelo de bautizar algunos infantes y á varios ancianos moribundos. De regreso á Carraguha, dedicóse á escribir un diccionario de la lengua hurona y á civilizar á los indígenas. Por otra parte, aquellas primeras escursiones de los misioneros, no tenian mas objeto que reconocer las probabilidades que pudiera ofrecer en lo sucesivo la conversion de los naturales de las diversas comarcas del Canadá. Reunidos los recoletos en Quebec en el mes de julio del año 1616, se comunicaron recíprocamente sus observaciones, y en vista de ellas, resolvióse que el P. Olbeau y el hermano Pacífico permanecieran entre los indígenas y los PP. Jamay y Le-Caron fuesen á abogar en Francia por la causa de la mision. Al siguiente año, este último regresó al Canadá en calidad de comisario, con el P. Pablo Huet, al que colocó en Tadoussac, pero el P. Olbeau pasó á su vez á Europa. Por lo que hace al hermano Pacífico que evangelizaba á Tres-Rios, prestó en el año 1617 un gran servicio á la Nueva-Francia. Temerosos los indígenas de que Samuel de Champlain quisiera vengar cruelmente la muerte de dos franceses que habian asesinado para aprovecharse de sus despojos, se reunieron en número de ochocientos en Tres-Rios y resolvieron ir á degollar á todos los colonos de Quebec. Sabedor de su propósito por uno de ellos, Fr. Pacífico, ganó á muchos otros y poco á poco condujo el resto para procurar una reconciliacion que se encargó de negociar con el comandante. No obstante Champlain quiso que le entregasen los asesinos y le mandaron uno, que no era el mas culpable, con muchas pieles *para cubrir los muertos*, lo que el P. Le-Clercq esplica de este modo: «Presentaron el culpable á los franceses, con un gran número de pieles de castor que dieron *para enjugar sus lágrimas*, segun la habitual costumbre de aquellos bárbaros que tratan de este modo los negocios importantes. En efecto, enjugan las lágrimas por medio de presentes, apaciguan la cólera, declaran la guerra á las naciones, estipulan sus tratados de paz, entregan los prisioneros, resucitan los muertos, no preguntan en fin ni contestan, sino valiéndose de presentes. Así es que en sus arengas, los presentes hacen las veces de palabras. Los que se hacen por la muerte de un hombre, que ha sido degollado, son en gran número; pero generalmente no es el asesino ó matador el que los hace; la costumbre exige que sean sus padres, familia ó pueblo ó hasta toda la nacion, segun la calidad ó condicion del que ha sido muerto; de modo, que si el culpable es habido por algun individuo de la familia del difunto, antes de haberla satisfecho, es muerto enseguida. Siguiendo, pues, esta costumbre, antes que los prohombres y capitanes de los salvages hubiesen empezado á hablar, hicieron un presente de doce pieles de ante para captarse la benevolencia y á fin de que acojiesen favorablemente lo que iban á decir. Al llegar hicieron otro regalo que arrojaron á los piés de los franceses diciendo que era para limpiar el sangriento lugar en donde se habian cometido los asesinatos, protestando de su inocencia, manifestando que únicamente habian tenido conocimiento de ellos despues de consumados y que todos los gefes de su nacion habian condenado aquel atentado. El tercer presente era para dar robustez á los brazos de aquellos que, habiendo

encontrado los cadáveres en la costa, los habian llevado á los bosques: los salvajes añadieron á aquel presente dos pieles de castor para que descansáran sobre ellas de la fatiga que habian sufrido enterrándolos. El cuarto era para lavar y limpiar á los que se habian manchado con aquellas muertes y para devolverles el juicio que habian perdido cuando habian cometido aquella lamentable accion. El quinto para borrar el resentimiento que pudiese abrigar el corazon de los franceses. El sexto para cimentar una paz inviolable, manifestando que su hacha de armas quedaria suspendida en el aire sin descargar el golpe, y que la arrojarian tan lejos que ningun hombre del mundo pudiese volverla á encontrar jamás; es decir, que su nacion, estando en paz con los franceses, los salvajes no tendrian mas armas que las de la caza. El séptimo era para manifestar que deseaban que los franceses tuviesen los oidos abiertos á las dulzuras de la paz para poder perdonar á los dos asesinos. Ofrecieron además un gran número de collares formados con la madera de un arbusto del pais para encender un *fuego de consejo* en Tres-Rios y otro en Quebec, y añadieron al propio tiempo otro presente de dos mil granos del citado arbusto para servir de base y alimento á aquellos dos fuegos. Debe observarse que los salvajes casi siempre tienen la pipa en la boca durante sus asambleas, y como el fuego les es necesario para encender el tabaco, regularmente vese siempre una hoguera en sus reuniones; de modo que entre ellos es una misma cosa, encender un fuego de consejo, ó reunirse parientes ó amigos cuando quieren hablar ó decidir algun negocio de importancia. El octavo era para pedir la proteccion de los franceses, y añadieron á él un gran collar, con diez pieles de castor y de danta á fin de confirmar todo cuanto acababan de manifestar. » Fué preciso contentarse con esta especie de satisfaccion; se hicieron las paces y los indígenas dieron dos rehenes que el P. Le-Caron se encargó de instruir.

Entretanto, el P. Juan Olbeau, habiendo obtenido del Papa un jubileo durante su permanencia en Francia, de donde trajo a Fr. Modesto Guines, publicóle, y fué el primero que se anunció en el Canadá, en la capilla de Quebec el 29 de julio del año 1618. Sucitóse entonces una edificante competencia entre los PP. Le-Caron y Olbeau, suplicando el primero al segundo, que le aliviase del cargo de superior, que le obligaba á permanecer casi siempre en Quebec, cuando él ardia en deseos de ir á evangelizar á los indígenas. El P. Olbeau, á quien se hizo presente que sus ojos no podrian soportar el contínuo humo de las cabañas, tuvo que permitir que el ardiente apóstol volviese, no á Carrahuga, en el pais de los hurones, sino á Tadoussac. Habiendo llegado á su mision el P. Le-Caron, el gefe de los montañeses le adoptó por hermano, haciéndole respetar por los naturales. « Tal es, dice el P. Le-Clercq, el santo artificio de que se valen los misioneros que quieren permanecer entre los salvages: buscan al gefe mas considerado y amigo de los europeos; aquel salvage se los ahija (segun la espresion aproximada que emplean aquellos pueblos), en medio de un festin que se celebra espresamente; el gefe adopta al misionero por hijo ó hermano, segun la edad ó calidad de la persona, de modo, que toda la nacion le considera como si fuese en efecto natural de su pais y pariente de su gefe, entrando por medio de esta ceremonia en la alianza de toda su familia y en el mismo grado, ya sea hermano, tio, sobrino, etc. » El gefe que habia adoptado á Le-Caron por hermano, se llamaba Chumin, es decir, Racimo, porque era aficionado á los licores; y era tan grande el afecto que profesaba al misionero, que el hijo que tuvo de su compañera, quiso que fuese bautizado y llamado José. El buen religioso tratando de persuadirle que era preferible que su hijo se llamára Samuel de Champlain, « Quiero absolutamente, contestó Chumin, que se llame José como tú; y cuando será grande te lo daré para que lo instruyas, porque deseo de todo corazon, que siga enteramente tus hue-

llas y vista como tú. » Fué preciso complacer á aquel gefe, su hijo fué llamado José, pero murió á la edad de quince años. Chumin dió otra prueba de amistad al misionero, trabajando con sus propias manos en reconstruir de un modo mas sólido, la casa que los recoletos tenian en Tadoussac, y en la que Le-Caron habia establecido una escuela. Este religioso al dar cuenta de sus trabajos al provincial de Paris, le decia: « Estando un dia con dos ó tres ancianos de los mas capaces, versó la conversacion sobre quien habia hecho el cielo y la tierra; díjeles lo que creian los cristianos, y ellos me contestaron: « Si hubiésemos estado, podríamos saber alguna cosa. » Respecto de la tierra, me nombraron un cierto Michaboche, y empezaron á referirme mil fábulas, algunas de las cuales tenian alguna semejanza con el diluvio. En fin, despues de haberles esplicado la verdadera historia del diluvio, contestaron que bien podria ser como yo les decia. Creen que hay ciertos espíritus aéreos que tienen el poder de predecir las cosas futuras, y otros la facultad de poder curar toda especie de enfermedades, lo que contribuye á que estos pueblos sean muy supersticiosos, y consulten muy atentamente esos oráculos. Ví á un maestro juglar que hizo construir una cabaña con diez gruesas estacas que hundió profundamente en el suelo. Terminada esta, hizo un espantoso ruido para llamar y consultar á los espíritus, á fin de saber si pronto nevaria en abundancia para poder hacer una buena caceria de castores y orignales. Dijo que veia muchos de aquellos animales que estaban todavía muy lejos; pero que se acercarian á unas siete ú ocho leguas de sus cabañas, lo que causó gran júbilo á aquellos pobres ciegos. Díjeles que Dios era el soberano dispensador de todas las mercedes, y que únicamente debiamos pedir á él las cosas de que tuviéramos necesidad. Me contestaron que no le conocian, y que estarian muy contentos si supieran que pudiese darles castores y orignales. Les hice comprender que teniamos la inteligencia necesaria para saber como todo habia sido hecho y por quien, y por toda respuesta me manifestaron, que si fuésemos á habitar con ellos, darian voluntariamente sus hijos, para que los educáramos en nuestras creencias. »

El P. José Le-Caron, habia preparado á ciento cuarenta neófitos para recibir las aguas del bautismo, cuando regresó el 15 de julio del año 1618, á la capital del Bajo-Canadá. En aquella época, algunas misiones sedentarias se hallaban establecidas en Quebec, Tres-Rios, los Hurones y Tadoussac, y los religiosos habian dejado en las dos últimas, algunos jóvenes piadosos, que habiéndoseles ofrecido en Francia, para soportar con ellos todas las fatigas del ministerio apostólico, trabajaban bajo sus auspicios en la conversion y civilizacion de los indígenas. Los recoletos hubieran querido fundar en cada una de las cuatro misiones, un colegio para admitir á los niños que sus padres presentasen espontáneamente; pero la compañía de mercaderes que esplotaba el Canadá, absorta en los cálculos de su comercio, no pensaba mas que en cubrir los gastos de sus factorías, sin cuidarse de los establecimientos religiosos. Fué preciso pues, que los misioneros acudieran á otras personas mas desinteresadas, y al efecto enviaron á Francia al P. Huet, cuyo religioso se encargó además de consultar á los mejores teólogos de su provincia, y á los doctores de la universidad de Paris, acerca de los inconvenientes que se ofrecian respecto á la administracion del sacramento del bautismo á los indígenas, duda que el P. Leclercq, espone así: « Tal es aun hoy dia la disposicion de estas naciones, las cuales, no profesando ninguna religion, parecen incapaces de los razonamientos mas sencillos, que conducen á los demás hombres al conocimiento de una divinidad verdadera ó falsa. Estos pobres ciegos, escuchan como por puro entretenimiento, lo que se les dice respecto de nuestros misterios, fijándose únicamente en lo que es material ó sensible. Tienen sus vicios naturales, y unas supersticiones que nada significan; maneras y hábitos

salvages, brutales y bárbaros; consentirian en hacerse bautizar diez veces al dia, por un vaso de aguardiente ó una pipa de tabaco, y si bien nos ofrecen sus hijos y desean que los bautizemos, lo hacen sin ningun sentimiento religioso, de modo, que los que hemos instruido durante todo un invierno, si ahora se les interroga, apenas saben que contestar sobre las cosas mas sencillas de la fé. Pocos son los que no estén sumidos en esta profunda insensibilidad, lo que alarma la conciencia de nuestros compañeros religiosos, conociendo que el corto número de adultos á quienes han administrado el sacramento, despues de haberles dado las instrucciones necesarias, vuelven á caer en su ordinario indiferentismo por las cosas del alma; que los hijos bautizados siguen el ejemplo de sus padres, lo que es profanar el carácter y el sacramento que se les confiere.» El caso fué espuesto mas ampliamente, y discutido con mucho detenimiento; ocupóse tambien de él la universidad de la Sorbona, y fué resuelto, que, respecto de los adultos é infantes moribundos y sin esperanza de vida, se les podia administrar el sacramento, cuando lo pidieran, presumiendo que, en aquel caso estremo, Dios concederia á los adultos algun rayo de luz, como se habia creido vislumbrar en algunos; y que tocante á los demás salvages, en ningun modo se les debia conceder el sacramento, como no fuese á aquellos que la esperiencia hubiese enseñado que por los consejos é instruccion recibida de los misioneros, habian abandonado sus hábitos de barbarie, y vivian de mucho tiempo como buenos cristianos. Despues de haberse ocupado el P. Huet de aquella grave cuestion, se procuró las limosnas, y solicitó los poderes necesarios para establecer en Quebec un convento regular, con título de seminario, donde pudiesen ser instruidos y educados los hijos de los indígenas. El P. Dionisio Jamay, primer comisario de las misiones del Canadá, cuyo procurador era entonces en Francia, obró de concierto con él, y los poderes fueron espedidos en debida forma. El príncipe de Condè, virey de Nueva-Francia, dió una suma de mil quinientas libras; Cárlos de Bouis, vicario general de Pontoise, que aceptó el título de síndico de aquellas misiones, dió seiscientas libras, y otras personas celosas por su prosperidad, hicieron cuanto sus facultades les permitieron. El P. Huet, regresó pues muy satisfecho á Quebec, acompañado del P. Guillermo Poulain y de varios piadosos artesanos, cuya industria era preciosa para la naciente colonia. Llegaron en el mes de junio del año 1619, y el 23 de agosto siguiente murió Fr. Pacífico, primer tributo que las misiones franciscanas del Canadá satisfacieron al cielo. Aquel hombre de Dios cuya modestia, sencillez y buen celo tanto habian contribuido en favor del bien temporal y espiritual de la colonia, murió colmado de bendiciones. Tres-Rios, teatro de su generosa actividad, tuvo por pastor al P. Poulain, mientras que el P. Le-Caron se ocupaba en evangelizar á los naturales de Tadoussac. El número de los obreros apostólicos, creció en el año 1620 con el regreso del P. Jamay, superior y comisario provincial, así como por la llegada de Fr. Buenaventura y del P. Jorge Le-Baillif, quienes encontraron empezado el convento regular, con título de seminario; habiendo sido fijado su asiento á una media legua del fuerte de Quebec, al este del rio San Lorenzo y al mediodia de un riachuelo, que recibió el nombre de San Cárlos, en honor de Cárlos de Bouis, bienhechor del establecimiento. El título de Nuestra Señora de los Angeles, con que fué consagrada la primera casa de toda la órden seráfica, fué naturalmente el que se dió á aquel primer convento de franciscanos en la Nueva-Francia, cuando se bendijo la iglesia, que fué el 25 de mayo del año 1621, aniversario de la llegada de los hijos de San Francisco en 1615. El mariscal de Montmorency, cuñado del príncipe de Condè, le habia sucedido entonces en calidad de virey; pero Samuel Champlain continuaba ejerciendo su destino de gobernador en la colonia.

CAPÍTULO XVI.

Misiones de los religiosos de la Merced, de San Francisco, de Santo Domingo y de San Ignacio en el Paraguay, Tucuman, el Chaco y Chile.

A diferencia de la América septentrional, en donde las misiones no habian hecho mas que salpicar, por decirlo así, su vasta estension, la América meridional se hallaba poblada de apóstoles de la fé, quienes desde su circunferencia, adelantaban progresivamente hácia su centro.

Hemos visto aparecer la aurora del cristianismo en el inmenso territorio que el uso ha dado por mucho tiempo, y por estension el nombre de Paraguay, aunque este tenga por límites al norte el lago de Xarayés, la provincia de Santa Cruz de la Sierra y la de los Charcas; al mediodia el estrecho de Magallanes; al occidente Chile y el Perú y al oriente el Brasil. Hemos consignado tambien (1) la llegada de los religiosos franciscanos de la Observancia regular, á orillas del rio de la Plata, formado de las aguas del Parana y del Paraguay reunidos, y de las de sus innumerables afluyentes. Un fuerte construido en el año 1538, habia dado orígen á la ciudad de la Asuncion, situada en la orilla oriental del Paraguay, y en un principio única capital de todos los establecimientos españoles de aquellas comarcas. El capitan general D. Alvaro Nuñez de Vera Cabeza de Vaca, persuadido de que no se conservaria la alianza de los indígenas con los españoles, sino reuniendo á los dos pueblos con los lazos de una misma religion, convocó en el año 1541 á todos los eclesiásticos que se hallaban en Asuncion, para declararles, en nombre de Cárlos V, que este príncipe tomaba bajo su cargo todo lo relativo á la propagacion de la fé en aquellas tierras infieles, y al efecto les distribuyó los ornamentos del altar y vasos sagrados, prometiendo sostenerles con toda su autoridad en el ejercicio de su ministerio. La accion de los misioneros se ejercia principalmente en los Guaranis. Aquellos pueblos que se estendian desde el sud, en las inmediaciones de Buenos-Aires, hasta los 30 grados de latitud norte, confinando con los Chiquitos, y por las vertientes de la gran cordillera de los Andes, parecian constituir una sola nacion, pero fraccionada en hordas independientes y tomando diversos nombres, lo que esplica la confusion que reina respecto de su número, en las primeras historias de América. Los guarines libres, dice Orbigny, vivian generalmente en los bosques, en donde se alimentaban de miel, frutas silvestres, aves, monos y otros animales, así como de maiz, judias, patatas, yuca ó casabe, arbusto, como es sabido, de cuya raiz se hace pan; diferenciándose en esto de las demás naciones, que, en vez de ser nómadas, como ellas, formaban en los paises que habitaban campamentos permanentes. Su idioma, muy diverso de los de las demás naciones americanas, si bien el mismo por todas sus ramas, se habla en todo el Brasil, el Paraguay, el Perú y en muchas otras regiones, lo que es la mejor prueba de la casi universalidad de su imperio en el continente de la América meridional. Comparados con los demás indígenas bajo el aspecto físico, parecen mas pequeños y de mas carnes, y tambien mas feos, distinguiéndose de ellos en que tienen un poco de pelo y barba. Generalmente son sombríos y taciturnos, si bien algunos pocos acostumbran á veces mostrarse algun tanto festivos. Aunque armados con arcos de seis piés de largo, y con flechas de cuatro y medio, de la *macana*, especie de maza, y del *bodoqué*, especie de honda, les daban miedo las demás naciones y huian de ellas, pasando generalmente por poco belicosos entre sus vecinos mas turbulentos. Pronto, no obstante, debian demostrar aquellos hombres antes tan tímidos, merced á la saludable influencia de los misioneros, cuanto puede la religion, principio del verdadero honor, y la disciplina, madre de los hábitos varoniles. Habiendo convo-

(1) Véase lib I. cap. XXXIX.

cado el capitan general á los caciques de los guaranis, á una asamblea de notables, á la que concurrieron con sus maestros espirituales, les declaró que Cárlos V exigia que los indígenas tuviesen en gran respeto á los que habian tenido á bien renunciar á su patria, conformándose á vivir con ellos, para mostrarles el camino del cielo; que les tratáran con dulzura, que otro tanto debian hacer con los españoles, y sobre todo, que renunciáran á la horrible costumbre de alimentarse con carne humana. Los indígenas contestaron á D. Alvaro, que seria obedecido, y se retiraron satisfechos de la acojida que se les habia hecho. El celo del capitan general se manifestó tambien en una espedicion que llevó á cabo al norte de la Asuncion para acercarse en lo posible al Perú. Llegado al fuerte de los Reyes, en la orilla occidental del lago de Xarayes, en frente de la isla de los Orejones, supo que se adoraban allí los ídolos. No solamente recomendó á los eclesiásticos y religiosos que le acompañaban que instruyesen á los infieles, sino que les habló él mismo de la impotencia de aquellas divinidades sordas y ciegas, obligándoles á quemarlas, despues de lo cual, construyóse en aquel mismo lugar una capilla, en la que se cantó una misa solemne. Corriéndose hácia el occidente, no lejos de las fronteras del Perú, encontró D. Alvaro una poblacion compuesta de ocho mil cabañas, en medio de las cuales se alzaba una torre construida con grandes maderos y terminada en pirámide. «Era aquella torre, dice el P. Charlevoix, la morada y templo de una monstruosa serpiente, que adoraban aquellas gentes como una divinidad, y alimentaban con carne humana. Tenia veinte y seis piés de largo y en su enorme cabeza, provista de dos hileras de dientes en forma de garabato, brillaban dos ojos espantosos. Al matarla á arcabuzazos, lanzó un grito parecido al rugido de un leon.» Desde allí regresaron los españoles al punto de su partida, y en el año 1545 fué llamado á Europa el bondadoso capitan general. El P. Juan de Salazar, religioso de la Merced, volvió allí al poco tiempo, lo que demuestra que los apóstoles de aquella órden, ya evangelizaban entonces el Paraguay. Tambien fué del convento de Nuestra Señora de la Merced en la Asuncion, de donde partió la espedicion dirigida al noroeste, mandada por el capitan Fernando de Ribera.

«Entretanto, dice el P. de Charlevoix, el emperador trabajaba asíduamente para procurar en la provincia de la Plata una ventaja de sumo interés para las colonias. Sus deseos se vieron cumplidos en el consistorio celebrado en Roma por Paulo III, en 1.º de julio del año 1547. La ciudad de la Asuncion fué erigida en obispado bajo el título de *Oppidum seu pagus* de Rio de la Plata. El P. Juan de Barros ó de los Barrios, religioso franciscano, fué nombrado para ocupar aquella sede, sin que nos sean conocidos los motivos que impidieron que la aceptase; pero es lo cierto que en el consistorio del 27 de agosto de 1554, el P. Pedro de la Torre, religioso de la Observancia de la misma órden, fué preconizado para aquel obispado, vacante por traslacion del citado P. Juan de los Barrios al obispado de Santa Marta en el nuevo reino de Granada (1). Partió al año siguiente para el Paraguay, haciendo aquel prelado su entrada á la capital el domingo de Ramos del año 1555, en medio de las aclamaciones de todos sus habitantes que esperaban de él un grande alivio en los males que sufrian la mayor parte de ellos. El clero secular que no era numeroso, los religiosos de San Francisco y dos padres de la Merced salieron á recibirle, apenas tuvieron noticia de su llegada, y lo encontraron que iba acompañado, conforme á los deseos del emperador, de un distinguido cortejo compuesto de sacerdotes, pajes y familiares. El gobernador se hallaba ausente al primer aviso de su llegada, pero acudió en seguida á su encuentro y le pidió de rodillas su bendicion.» El prelado acompañado de catorce sacerdotes tanto seculares como regulares, se trasladó de su ciudad episcopal al Perú, desde donde regresó al Paraguay, pasando por Santa

(1) Véase lib II. cap. V.

Cruz que se acababa de fundar. Los españoles, atacados impensadamente durante el camino por los Itatinos, en el año 1568, desconfiaban ya de poder librarse de sus numerosos enemigos, á pesar de las exhortaciones del obispo que les decia que pusieran toda su confianza en Dios, cuando los indígenas tomaron precipitadamente la fuga. « Se asegura, dice Charlevoix, que ellos mismos dijeron despues, que si habian huido, fué por haber aparecido un caballero muy resplandeciente que los dispersó tanto por la fuerza de su brazo, como por la insoportable luz que despedia toda su persona. Las historias de España abundan en semejantes maravillas, y la religiosidad de esta nacion, cuyo valor de sus naturales es universalmente reconocido, atribuyendo al socorro del cielo muchas victorias que podria considerar como fruto de su arrojo, dice mucho en favor de sus bellos sentimientos. Por lo que hace al celestial libertador que en esta ocasion acudió al socorro de los españoles, no se tienen mas que conjeturas, porque al parecer solo fué visto de los Itatinos, de modo que fueron encontrados los pareceres, pues así como los unos creyeron que era el apóstol Santiago, otros juzgaron ser San Blas, uno de los protectores del Paraguay, á quien creian ser ya deudores de un favor parecido á este. » Como quiera, al regresar los españoles á la Asuncion, una mala inteligencia suscitada entre el comandante y el obispo, motivó que este último juzgase deber conducir á su adversario prisionero á España, y ni uno ni otro volvieron al Paraguay.

Hasta aquí no hemos hablado todavía del Tucuman, pais que confina al nor-este con la provincia de Santa Cruz de la Sierra; al norte y nor-este, con la de los Charcas; al oeste con la de Cuyo, que depende de Chile, y con las montañas del Perú; y al este con el Chaco, vasta comarca, todavía al presente muy mal conocida, y cuya exploracion hace muy dificultosa la poca sociabilidad de sus numerosas naciones indígenas, generalmente conocidas con el nombre de Guaycurus. Los PP. Alfonso Trueno y Gaspar de Caravaca, de la órden de la Merced, fueron en el año 1549 á predicar el Evangelio en el Tucuman, secundados por el gobernador Juan Nuñez de Prado, quien, haciendo plantar algunas cruces, las revestia del derecho de asilo, de lo que se siguió que los indígenas concibieron tanta veneracion por el signo de salvacion, que levantaron cruces parecidas en todas sus poblaciones. Entre los misioneros de la órden de la Merced, cita Turon, á Diego de Porras, Juan de Salazar y Francisco Ruiz, hijo de la Rioja. Salazar hizo abandonar el culto de los ídolos á un gran número de indígenas, y el cacique principal, al recibir el bautismo de sus manos, quiso llevar su nombre y se hizo llamar despues Juan de Salazar Zupirata. Ruiz bañó el teatro de su apostolado no solo con sus sudores, sino tambien con su sangre: predicando un dia en Santa Cruz de la Sierra, fué derribado violentamente, y mientras que rogaba á Dios por sus matadores, estos le hicieron pedazos y le devoraron. Este religioso mercenario sufrió el mismo martirio que el dominico Valverde, primer obispo de Cuzco. Si bien los hombres feroces que despues de haberle descuartizado y devorado su carne, no tardaron en morir de un modo horrible, por otra parte la sangre de Ruiz fué causa de que abrazáran el cristianismo un gran número de infieles, por manera que la órden de la Merced contó en poco tiempo nueve casas en aquel pais.

Los dominicos evangelizaron tambien el Tucuman, entre otros el P. Gaspar de la ilustre familia de los Carvajales, enviado á las misiones del Perú. Este religioso habia acompañado á Gonzalo Pizarro en la penosa y atrevida espedicion que le condujo hasta el rio de las Amazonas; hizo allí numerosas conquistas espirituales, y cuando se separó de Pizarro, á causa de su rebelion, los dominicos de Lima le pusieron al frente de su convento. Empleado como mediador durante la guerra civil, volvió á emprender mas tarde los trabajos del apostolado. Pedro de la Gasca le envió al Tucuman con el título de « Protector real de los Indios, » de cuya defensa estuvo encargado mientras los

evangelizaba. Concedióle Dios la gracia de hacer entrar á muchos miles de aquellos idólatras en el seno de la iglesia, y á fin de asegurar los primeros resultados de su mision, mandó construir en la capital, llamada San Miguel, el convento de Santo Domingo. Las actas de un capítulo celebrado en el año 1553 le califican de fundador de aquella casa y le llaman al propio tiempo vicario general de todas las demás casas de la órden en el Tucuman. Siempre celoso por el bien de los nuevos cristianos, los religiosos que hizo venir secundaron sus nobles propósitos, y pronto vió el pais tres ciudades llenas de fieles, llamadas San Miguel, Santiago y Córdoba la Nueva, además de otras seis colonias españolas. Gaspar de Carvajal, nombrado provincial de los dominicos del Perú en el año 1557, aceptó aquel cargo para atender mas fácilmente á las necesidades espirituales de los indígenas y en particular á las de Tucuman, donde era considerado como su apóstol. A este objeto dispuso que los superiores de los colegios enviasen sus novicios á uno de los tres conventos de Cuzco, de Lima ó Arequipa, á fin de que la regularidad se conservase con mas vigor y saliesen consiguientemente misioneros mas celosos é instruidos. Este apóstol dominico del Tucuman llegó á una edad muy avanzada y murió en Lima el dia 12 de junio del año 1584. Turon habla tambien de Agustin de Formisedo, dominico de la provincia de Santa Cruz, en Haiti, enviado al Perú, y encargado de evangelizar un territorio llamado Chacuytu, situado en las inmediaciones de Chaco. Los naturales, menos feroces que sus vecinos, aunque con supersticiones no menos groseras, pero de costumbres menos corrompidas, fueron convertidos por la dulzura del misionero y tambien por la curiosidad de oir lo que les referia respecto de una otra vida. Formisedo reunió aquellas familias errantes, admitió á varios indígenas al bautismo y empezó á ver desaparecer la antigua corrupcion que hasta entonces habia esclavizado á aquellos pueblos. Levantáronse algunas capillas en honor del verdadero Dios, fijando en ellas el signo glorioso de la cruz. Sin embargo, uno de los indígenas que parecia ayudar con mas celo al apóstol en la construccion de aquellos santos edificios, fué el instrumento de que se valió el espíritu de las tinieblas para atacar á la naciente cristiandad, deshonrando á sus ojos á su fundador. Mientras que durante la noche, el misionero descansaba de sus fatigas, aquel infeliz tomó sus vestidos y su sombrero y con ellos fué á comprometer el hábito religioso en las cabañas mas mal reputadas. Al verle de lejos, varios indígenas se felicitaron de poder sorprender al dominico en el delito que mas vituperaba; acercáronsele, recordando con tono burlon los consejos del apóstol; pero cuando hubieron reconocido al falso misionero, su maligna alegría se trocó en indignacion, y condujeron al impostor en presencia de Formisedo á quien pidieron perdon por sus juicios temerarios; rogáronle al mismo tiempo que les permitiese castigar al culpable como se merecia; pero la dulzura del apóstol salvó la vida de aquel infeliz, que creyó bastante castigado con la confusion de que le veia cubierto. Aprovechó aquella ocasion para predicar el perdon de las injurias en aquellos hombres vengativos y su caridad dió el fruto apetecido. El indígena reparó su falta con la penitencia que él mismo se impuso y confesando humilde y repetidas veces su culpa. La reputacion del misionero fué cada vez mas en aumento, y murió octogenario en el convento del Rosario de Lima donde se retiró, en el mes de junio de 1590.

En aquella época, la ciudad de San Miguel se hallaba trasformada en una tierra que se hubiera podido decir de promision, si se hubiese visto libre de los tigres que infestaban sus alrededores. Antes de la llegada de los españoles, los indígenas se vanagloriaban de dar caza á aquellas fieras. Al efecto se armaban de un largo palo que sujetaban por los estremos con ambas manos, presentándolo de través al tigre que se arrojaba sobre ellos. El animal abria la gola para arrancarlo, y cuando lo habia cojido, mientras que con sus dientes y sus

garras, procuraba romperlo, el cazador, volviéndose rápidamente de derecha á izquierda derribaba al tigre, y sin darle tiempo de volverse á levantar, le hundia la cuchilla en el vientre rajándole hasta el cuello. (Pl. XCI, n.º 1.) Este ejercicio exigia tanta destreza como presencia de ánimo; y, como el aprecio entre los indígenas, era proporcionado al número de tigres muertos, el deseo de distinguirse hacia cerrar los ojos al peligro que se corria en aquella caza. La nueva ciudad de San Miguel poseia una sede episcopal y una catedral edificada bajo la advocacion de los santos Pedro y Pablo apóstoles. Gerónimo de Loaysa, arzobispo de Lima, fué el encargado por el Papa, á contar desde el año 1570, de nombrar el obispo que debia ocupar aquella sede. Fué el primer prelado Gerónimo de Villacarillo, de la órden de San Francisco, comisario general del Perú, quien tuvo por sucesor á Gerónimo de Albornoz, religioso de la misma órden; pero como el P. de Techo, al hablar del dominico Francisco Victoria, cuarto obispo de San Miguel, preconizado en Roma el 13 de enero del año 1578, dice haber sido el primer titular de aquella sede, es de creer que sus tres predecesores no llegaron á tomar posesion de ella.

La órden seráfica que dió los primeros obispos de San Miguel, suministró tambien ilustres apóstoles en el Tucuman. El mas grande de todos es S. Francisco Solano, cuya mision no fué sin embargo, sino como una de esas nubes pasageras que fertilizan por algun tiempo los campos que riegan, y les dejan enseguida caer en su primera esterilidad. Nacido en una aldea de la diócesis de Córdoba en el año 1549, hizo sus primeros estudios con los jesuitas, y á la edad de veinte y un años vistió el hábito de San Francisco en el convento de Montilla, en Andalucía. Su humildad, obediencia, dulzura y amor al retiro, unido á la contínua oracion y mortificacion de su cuerpo, pronto causaron la admiracion de sus hermanos. Frecuentemente pasaba las noches enteras en la contemplacion del Santísimo Sacramento, y apenas fué ordenado sacerdote, compartió el tiempo entre la meditacion y el ministerio de la predicacion. Sus sermones, aunque desprovistos de las galas oratorias, tenian una elocuencia natural para persuadir á los oyentes y hacerles amar la virtud. Atendidos sus méritos, fué elegido por dos veces maestro de novicios y mas tarde guardian, y se disponia para ir á continuar en Ultramar el ministerio apostólico, cuando una terrible epidemiä se declaró en Andalucía. Entonces se le vió acudir solícito do quiera los enfermos quedaban abandonados. Con gran dificultad pudo lograr que se le permitiera ausiliar á los enfermos de Montoro, poblacion situada á dos leguas de Córdoba, donde la enfermedad reinante causaba grandes estragos. Encargado del hospital, el servidor de Dios hacia él mismo la cama á los enfermos, preparábales su alimento y medicinas é inspiraba á todos una completa resignacion á la voluntad de Dios. «Su providencia, decia, os ha enviado este jubileo para salvaros;» porque llamaba jubileo el azote que contenia el curso de los pecados. La muerte del compañero que se le habia dado, arrebatado en el ejercicio de su caridad, no le desanimó: por el contrario, redobló su actividad á medida que el trabajo era mayor. Habiendo enfermado, continuó exhortando á los enfermos para que pusieran toda su confianza en Dios, cuya omnipotencia le devolvió la salud porque su misericordia le reservaba para otros trabajos. Durante su convalecencia, el santo se retiró en el monasterio de San Luis, en las inmediaciones de Granada, y entonces las cárceles públicas y el hospital de San Juan de Dios fueron testigos de su acendrado amor al prójimo; pero como á los presos y enfermos no les faltase por otra parte toda suerte de socorros corporales y espirituales, solicitó el permiso para ir á llevar la antorcha de la fé á las naciones infieles. El deseo del martirio le hacia preferir la mision de Africa en medio de los mahometanos ó de los idólatras; pero únicamente se le autorizó para pasar á América, donde las necesidades eran mas imperiosas y el número de





misioneros poco proporcionados á la estension del pais. Embarcóse, pues, en el año 1589 en Sevilla con varios religiosos de su órden para la América meridional. Durante el viage que fué largo y frecuentemente agitado, se dedicó constantemente á sus ejercicios espirituales, en una nave llena de soldados, con la misma exactitud que en el silencio del claustro. En cada punto en que tocó la embarcacion como Haiti, Cartagena y Porto-Bello, dió relevantes muestras de su celo, caridad y mansedumbre. Quiso ir descalzo de Porto-Bello á Panamá: á su llegada entró en el servicio de los hospitales, y mientras que sus compañeros descansaban, consoló á los enfermos ó edificó al prójimo. Cuando volvió á embarcarse para ir al Perú, donde debia ser llamado «El Nuevo Sol,» una tempestad hizo encallar el buque en un banco de arena cercano á la isla Gorgona. Obligado á entrar en una chalupa para llegar á tierra, no lo hizo sino hasta despues de haber bautizado á algunos negros á quienes habia instruido, y dispuesto á los demás á hacer á Dios el sacrificio de su vida en expiacion de sus pecados. Cuando todos hubieron recibido la absolucion sacramental, Solano puso el pié en el esquife; pero salian de un peligro para caer en otro mayor; porque una terrible oleada y el furor del vendabal, abrió la chalupa pereciendo ahogados algunos de los que iban en ella y salvándose milagrosamente con otro el servidor de Dios, despues de haber luchado por mucho tiempo entre la vida y la muerte. Por último llegaron postrados y hambrientos á la suspirada playa, y el primer cuidado del santo varon, fué construir una especie de oratorio que consagró con sus oraciones y rudas penitencias. Levantó un altarcito en el que colocó la imágen de la Santísima Vírgen, como un monumento del manifiesto ausilio que Dios les habia concedido por su intercesion, y despues con los demás misioneros, se dirigieron por tierra á Lima donde se detuvieron poco tiempo, pues estaban deseosos de llegar al Tucuman, que recorrió Francisco Solano de un estremo á otro. Penetró hasta en el Chaco, sembrando en todas partes la semilla de la divina palabra con maravilloso éxito, debido á la escelencia de sus virtudes y al don de los milagros. Mas de una vez, aunque Solano no conocia entonces todavía mas que el español, los indígenas le comprendieron perfectamente; esta circunstancia y la facilidad con que hablaba sin intérprete á diversos pueblos, que si bien vecinos, diferian de lenguaje y no siempre se entendian, admiró á unos é hizo que otros le reputasen por mágico. La santidad de su vida les convenció de que era un enviado de Dios para apartarles de sus antiguas supersticiones y para darles á conocer el Criador. Un hecho particular acabó por ganarle toda su confianza. Un indígena obstinado en la idolatría, se hallaba en grave peligro de muerte; sabedor de ello el ministro de Jesucristo, fué á encontrarle, y le habló de una cosa que aquel moribundo guardaba secreta en el fondo de su corazon y que le atormentaba; al punto el enfermo, recobrando la palabra, pidió con humildad que se le instruyera y se le administrára el sacramento del bautismo. Solano le esplicó en breves palabras nuestros principales misterios, y como Jesucristo derramó su preciosa sangre por la salvacion de los que verdaderamente creyesen en él; hizo que el agonizante recitase algunos actos de fé, de contricion y de amor á Dios, lo regeneró con el agua bautismal y le vió morir en santa paz. El repentino cambio de aquel hombre tan obstinado en sus erróneas creencias y cuya elevada posicion daba un malísimo ejemplo, produjo tan buena impresion, que fueron muchísimos los que solicitaron ser instruidos por el apóstol. Los ministros de Satan, derrotados por las conquistas espirituales del misionero, lograron sublevar contra él y contra los nuevos cristianos á los idólatras de las comarcas vecinas. Reuniéndose en gran número, se arrojaron de repente un jueves santo sobre los neófitos que se preparaban con la mayor devocion á recibir los sacramentos. Pero los ruegos de Solano, las palabras que el Espíritu Santo puso en sus lábios y la cruz que levantó en alto,

contuvieron la primera embestida de los agresores. Inmóviles y pensativos en un principio, acabaron por arrojar las armas, despues de haber escuchado la palabra del apóstol y nueve mil de entre ellos, pidieron con las lágrimas en los ojos el bautismo, que les fué concedido cuando la sinceridad de su conversion se hubo manifestado con pruebas suficientes. Durante el curso de sus misiones, logró tambien Solano reconciliar algunas tribus que se entregaban frecuentemente á las mayores violencias y devolvió de repente la salud á muchos enfermos que se hallaban en el borde del sepulcro; y como si no bastasen tantas maravillas, atravesó á pié enjuto las corrientes y trasformó en mansos corderos á las fieras. Algunos toros bravíos habian aterrorizado una comarca: llegó allí lleno de confianza en Dios su santo apóstol, y á una simple señal de la cruz vinieron á lamer sus manos y su hábito, huyendo despues al monte. Una prolongada sequia habia estinguido los manantiales de un vasto territorio, cuyos habitantes perecian á consecuencia de la sed que les devoraba; enternecido el misionero, invocó á Dios, hundió su palo en el árido suelo, y brotó al instante un manantial de cristalina y saludable agua, llamado aun hoy dia la *Fuente de San Solano* (Pl. XCI, n.º 2.) Despues de haber recorrido todavía por algun tiempo el Chaco y el Tucuman, convirtiendo á un gran número de infieles, el apóstol fué llamado al Perú por sus superiores á fin de ofrecer á sus hermanos en aquel reino, un perfecto modelo de virtudes religiosas y cristianas. En vano hizo observar que se le arrancaba á su verdadera vocacion; por entonces no fueron atendidos sus ruegos; y solo despues de haber permanecido por espacio de algunos meses al frente del convento de Lima, pudo consagrarse al ejercicio de su ministerio en las inmediaciones de aquella ciudad.

Fray Luis de Bolanos, uno de sus discípulos, predicó con feliz éxito la fé entre los guaranies del Paraguay, permaneció entre ellos por mucho tiempo, tradujo un catecismo en su lengua, y cuando á causa de su edad y enfermedades, fué llamado por sus superiores, encargáronse de su rebaño los jesuitas, por no haber podido ser reemplazado por ningun hermano de su órden. La influencia pasagera ejercida por aquellos ilustres hijos de San Francisco, preparó el terreno que los discípulos de San Ignacio debian fecundar con sus constantes trabajos. Antes de la llegada del franciscano S. Francisco Solano en el Tucuman, el dominico Francisco Victoria, obispo de San Miguel, no teniendo á su disposicion ningun sacerdote secular, ni casi ningun religioso que pudiera hacerse comprender de los indígenas, tambien habia llamado en su ayuda á los jesuitas, que hacia ya algun tiempo que se hallaban en el Perú. En el año 1567, Francisco de Borja habia concedido á Felipe II, ocho padres que se hallaban disponibles, habiendo nombrado por superior de ellos á Gerónimo Portillo. La nave en que se embarcaron aquellos misioneros, pudo librarse de los cruceros calvinistas, y llegó á fines del año de 1568 á la rada de Callao, á seis leguas de Lima. Acojidos en un principio con cordialidad los jesuitas por los dominicos, en cuyo convento fueron á hospedarse, mas tarde debieron á la munificencia del rey de España y á la caridad de los habitantes de Lima, una iglesia y un colegio construidos con toda magnificencia (1). El P. Santiago Bracamonte fué el primer rector. Aquellos buenos religiosos atendian á las necesidades de todas las clases de la sociedad; la administracion de los sacramentos, la visita de los hospitales y casas de beneficencia, la enseñanza en fin, ocuparon su prodigiosa actividad. La elocuencia del P. Portillo, tuvo el don de atraer á Lima un considerable número de habitantes de las poblaciones vecinas; el P. Luis Lopez evangelizó á los negros, y otros catequizaron á los indígenas. En fin, los jesuitas preparando el porvenir con la educacion de la infancia, fun-

(1) Este convento, que despues del de San Francisco, es uno de los edificios mas bellos y espaciosos de Lima, muy bien situado y de escelente arquitectura, sirve en el dia de casa de espósitos. (Nota del Trad.)

daron una congregacion compuesta de jóvenes de la nobleza, á fin de que la religion inculcada desde la aurora de la vida en los futuros señores del pais, guiára constantemente sus pasos en la senda que debian recorrer. Otros doce padres destinados por Borja á la mision del Perú, llegaron en el año 1569, habiendo utilizado la larga duracion de su viage, aprendiendo el idioma de los que iban á evangelizar. Al siguiente dia de haber desembarcado Alfonso Barcena, anunció á los indígenas, sorprendidos de comprenderle, que iba á revelarles las verdades de la fé. Así como desde Méjico, los jesuitas llegaron á las fronteras de Nueva-España, desde Lima pasaron al estremo del Perú, colocando así, como entre dos radios, las tierras del centro. En el año 1571, Cuzco les ofreció un palacio llamado Amarocana, esto es, la casa de las serpientes, donde fué establecido un colegio, y queriendo poseer otro la Paz, ó mas bien todas las diócesis, por el órgano de sus obispos, llamaron á estos religiosos, maestros tan sábios, como elocuentes predicadores. A fin de poder hacer frente á todas las necesidades, el P. Portillo admitió en la Compañía á nuevos miembros que envió sin estudios suficientes al combate; y á riesgo de ver revivir con los jesuitas, las disidencias que habian tenido lugar entre los obispos y otros religiosos, porque investidos de funciones curiales, declinaban la autoridad del ordinario, el provincial permitió que se nombrasen curas entre los profesos de la órden. El imprudente superior fué relevado; pero el movimiento dado por los primeros jesuitas del Perú, se sostuvo y se propagó.

El P. Juan Atiensa era provincial, cuando el obispo de Tucuman manifestó el deseo de que ese movimiento se estendiera á su diócesis. Atiensa mandó al punto á los PP. Alfonso Barcena y Francisco Angulo, que se hallaban en la provincia de los Charcas, que fuesen con Fr. Juan Villegas á ausiliar al prelado. Los misioneros llegaron en el año 1586 á Salta, donde no habian visto todavía á ningun sacerdote, á pesar de que ya hacia cuatro años que estaba edificada aquella ciudad. Al atravesarla, dispertaron el fervor de los españoles, y hablaron de Jesucristo á los indígenas, cuyos corazones parecieron abrirse al dulce influjo de la religion. Los de Esteco mostraron las mismas benévolas disposiciones; Francisco Solano habia bautizado á muchos de entre ellos, y las huellas del santo no se habian borrado aun. La entrada de los jesuitas en Santiago, fué un verdadero triunfo, pues les levantaron arcos y cubrieron de flores las calles de la carrera; el gobernador salió á recibirles á larga distancia; el obispo al verles prosternados á sus piés, les hizo levantar, abrazóles cariñosamente y les condujo procesionalmente á la iglesia, donde se cantó un *Te-Deum*. Todas estas circunstancias, hicieron presagiar una fecunda y afortunada mision. Cuando los padres hubieron evangelizado á los españoles y naturales, Francisco Angulo, de regreso á Esteco con un sacerdote que iba destinado allí en calidad de cura, se encargó de los indígenas del distrito, divididos en cincuenta poblaciones separadas por montañas y pantanos, que hacian muy difíciles las comunicaciones. Un monge apóstata y vagabundo las habia recorrido en otro tiempo, bautizando al acaso á los idólatras que se decian cristianos sin saber lo que era el cristianismo. Francisco Angulo, asistido de Fr. Villegas, visitando á su vez aquellas poblaciones, durante nueve meses, no solamente hizo de sus habitantes unos verdaderos fieles, sino que aumentó su número de unos siete mil neófitos instruidos y fervientes. Hubiese llevado indudablemente mucho mas allá sus conquistas, si el obispo no le hubiese llamado para enviarle á Córdoba la Nueva.

No se habia limitado el obispo de San Miguel á pedir jesuitas al provincial del Perú; se los habia pedido tambien al P. José Anchieta, que llenaba el Brasil con el perfume de su santidad, y la fama de sus milagros. Anchieta gobernó hasta el año 1576 la casa de San Vicente; pero, nombrado provincial

en 1578, desempeñó por espacio de siete años aquel cargo con tanta prudencia como integridad, sucediéndole el P. Miguel Beliartes. Aquel grande hombre muerto en Reritiba el 5 de junio del año 1597, justificó el elogio que hacia de él Pedro Leitan, primer obispo del Brasil, cuando, comparando la Compañía de Jesus á un precioso anillo, decia que Anchieta, era el diamante. El P. Leonardo Arminio, italiano, fué el superior de la cohorte apostólica enviada del Brasil al Tucuman, compuesta de los PP. Juan Salonio, valenciano; Tomás Filds, escocés; Estéban de Grao y Manuel Ortega, portugueses. Como estos misioneros que viajaban por mar, llegaron á la bahía de Rio de la Plata, un buque de guerra inglés se apoderó de su nave. El capitan desembarcó primero á los cinco jesuitas en una isla desierta para dejarles morir de hambre, luego, cambiando de parecer, les hizo volver á subir al buque para ahorcarles en el palo mayor. En aquel momento, un inglés esparcia por el puente algunos *Agnus Dei*, que habia sacado del equipage de los religiosos; el P. Ortega apartó el pié del herege que iba á aplastarlos; tropezó el inglés, y furioso por una ligera contusion que sufrió, la tripulacion arrojó al jesuita al mar; pero Ortega que era buen nadador, volvió á subir al buque, donde le recibieron, para imponerle, segun manifestaron, un castigo mas cruel. Mientras que estaban deliberando acerca de su suplicio, el pié que el sacrílego habia puesto sobre el *Agnus Dei*, se gangrenó de repente; en vano se hizo la amputacion; el enfermo murió el mismo dia. Desde entonces ya no se habló de suplicio. El capitan hizo bajar á los jesuitas en un bote, pero sin provisiones ni remos. Conducido por la mano invisible de la Providencia, aquel barquichuelo fué á parar al puerto de Buenos-Aires, en donde los jesuitas encontraron al dominico Alfonso de Guerra, arzobispo de la Asuncion, que estaba haciendo la visita. Alfonso habia profesado el 16 de abril del año 1547, en el convento de Lima, del que llegó á ser prior. Habiendo agotado sus fuerzas el trabajo, le enviaron al de Santa Ana de Guamanga, donde se respiraba el aire puro y mas templado del Perú; siguióle allí la reputacion, y en el año 1577, recibió las bulas que le instituian obispo del Paraguay. El estado en que aquella iglesia se hallaba, tanto en lo espiritual como en lo temporal, no le dejó la libertad, ni de rehusar el obispado, ni de diferir su partida. Apenas fué consagrado en Lima, dirigióse á su diócesis, donde así el clero como el pueblo tenian gran necesidad de una reforma. Algunas desidencias habidas con el gobernador, le obligaron á embarcarse, llegando algunos meses despues á Buenos-Aires, desde donde el prelado septuagenario, envió al Papa la dimision de su sede, ansioso como se hallaba de encontrar el reposo en su celda de Lima; pero Clemente VIII le nombró para suceder á Juan de Medina, muerto obispo de Mechoacan en el año 1588. El santo anciano gobernó durante seis años aquella nueva diócesis, donde murió el dia 28 de julio del año 1598. Cuando la llegada de los cinco jesuitas, Alfonso de Guerra insistió en que aquellos misioneros le siguiesen de Buenos-Aires á la Asuncion, puesto que habiendo aprendido la lengua guarania en el Brasil, se encontraban en estado de trabajar con provecho en el Paraguay, donde aquella lengua se habla comunmente; pero las órdenes de su provincial, les imponian el deber de pasar al Tucuman. Partieron pues, para Córdoba la Nueva, viage de ciento veinte leguas á través de sabanas desiertas, que se atravesaban entonces en carromatos cubiertos, tirados por bueyes, y provistos de toda clase de provisiones, sobre todo de agua, porque no la habia en todo el camino. Al llegar á Córdoba, supo el P. Arminio que ya habia en el Tucuman algunos religiosos de su Compañía, y que podian ir á aquel pais con mucha mas facilidad desde el Perú que del Brasil. Temiendo que la reunion de jesuitas españoles y portugueses, no seria del agrado de Madrid ó de Lisboa, aunque los dos reinos obedecian entonces á un mismo soberano, resolvió regre-

sar al Brasil dejando no obstante á sus compañeros la libertad de seguirle ó de permanecer en el Tucuman. El P. de Grao, fué el único que no quiso separarse de él; los otros tres padres, juzgaron deber aguardar una órden de su provincial para regresar á su antigua mision. Francisco Angulo condujo á dos de ellos á Santiago, y el P. Ortega permaneció con Alfonso Barcena en Córdoba. Un solo invierno bastó á aquellos dos misioneros para cambiar el aspecto de la ciudad y de las comarcas vecinas, por manera, que resolvieron llevar muy lejos sus conquistas, sin tener en cuenta la esterilidad del pais, ni la ferocidad de los pueblos que debian encontrar. El mismo cielo autorizó con prodigios su mision. No obstante, sabedor el obispo del Tucuman de lo que habian sufrido y temiendo perderles, si les abandonaba al ardor de su celo, les llamó á Santiago. El P. Ortega, y los otros dos jesuitas procedentes del Brasil, fueron enviados enseguida á los indígenas de las inmediaciones del Rio-Colorado. El P. Barcena, nombrado vicario general del obispo, obtuvo el permiso de acompañarles; pero al aspecto de la multitud de idólatras que vió reunidos, su ardor apostólico le llevó al punto de enfermar, y temiendo las funestas consecuencias que semejante estado podia acarrearle, se le trasladó á Santiago. Los tres jesuitas, compañeros suyos, que habian contado con él para aprender el idioma de aquellos naturales, viéndose privados de su concurso, pidieron la autorizacion de utilizar los conocimientos que tenian de la lengua guaránica, en provecho de los idólatras del Paraguay.

Un dominico, vicario general de Alfonso de Guerra, les recibió con júbilo y gratitud en la Asuncion, donde permaneció el P. Salonio, mientras que los PP. Filds y Ortega, se encaminaron en busca de los guaranies orientales. Despues de haber andado á pié á lo largo del rio en sentido contrario á su corriente, se detuvieron á unas cincuenta leguas antes de llegar á los primeros burgos de los guaranies de las provincias de Guayra, á la cual aquellos indígenas, frecuentemente llamados guayranies, parece dieron su nombre. Un historiador dice de su religion: « No reconocen mas que un solo Dios; y si muestran cierta veneracion por los restos de sus mágicos que ejercen la medicina supersticiosa y esplican los presagios y sueños, no los reputan como divinidades, aunque les rinden cierto culto parecido al que otras naciones tributan á sus ídolos. Por otra parte, no ofrecen ningun sacrificio á Dios y no se ha observado entre ellos ningun culto religioso uniforme. La provincia de Guayra confina al norte con un pais pantanoso y cubierto de malezas; al mediodia con el Uruguay; al occidente con el Paraguay y al oriente con el Brasil. Su territorio es húmedo, su clima desigual, el aire generalmente mal sano ocasionando muchas calenturas; es un pais poblado de serpientes, víboras y caimanes. Las tierras bajas son bastante fértiles en legumbres, raices, maiz y otras plantas que exijen poco cultivo; tambien abundan ciertas frutas tales como el guembo, la granadilla y los dátiles muy amargos. Son comunes los cedros, así como todas las variedades del pino, en el hueco de cuyas cortezas se recoje mucha miel y cera. De un gran número de árboles destila una goma balsámica muy propia para ciertas preparaciones medicinales. » Tal era el pais en que los PP. Ortega y Filds emprendieron su predicacion. Recorrieron las poblaciones sin ser molestados, siguieron á los guaranies errantes en sus selvas y montañas y volvieron á la Asuncion para decir al P. Salonio, su superior, que habian visto doscientos mil indígenas que se podian evangelizar con buen éxito. La peste ocasionaba entonces grandes estragos; los jesuitas siguieron el azote paso á paso, para confesar ó bautizar á los moribundos, que arrebataron á millares al espíritu de las tinieblas. Reconocidos los españoles por tanto zelo y desprendimiento, y de cuyos sentimientos participaron tambien los indígenas, les construyeron una casa y una capilla en Villarica.

Los jesuitas del Tucuman no solo contri-

buian á la propagacion de la fé, sino tambien á la seguridad de aquella provincia. Algunos calcaguis que habian sido trasportados de un valle de las montañas del Perú á las fronteras del Chaco para cuidar de las tierras de los europeos, se sublevaron contra estos y huyeron al monte amenazando á los españoles. El P. Barcena mas fuerte el solo que todos los soldados que les perseguian, penetró en las selvas donde se habian atrincherado, sorprendióles con su osadía, persuadióles con su dulzura y logró volverles al deber. Aquellos pueblos feroces á quienes la embriaguez hace intratables, escucharon con respeto las palabras del misionero, y este no se apartó de su lado, hasta haber sembrado en sus corazones los gérmenes que el tiempo debia desarrollar. Tambien S. Francisco Solano, apóstol del Chaco, habia logrado convertir á la fé con su elocuente palabra á los fieros indios llamados lullios. Los de este pueblo que se hallaban en las inmediaciones de Esteco, sometidos á los españoles despues de bautizados, abandonaron las tierras que cultivaban para volver á vivir en los bosques; pero no queriendo el P Barcena que aquellos fugitivos fuesen perdidos por la iglesia, corrió en su busca para salvar sus almas, mas como circulase el rumor de que los lullios amenazaban su existencia, muy á pesar suyo, fué llamado del Chaco al Tucuman. La órden de su regreso, le fué dada en el año 1590, por el P. Juan Fonte llegado del Perú en calidad de superior de toda la mision, con el P. Juan Bautista Añasco. El nuevo superior acompañado del P. Angulo, su antecesor, eligió un sitio cercano al rio Colorado, en el distrito de la Concepcion, en cuyas inmediaciones se proponia reunir, en cuanto fuese posible, á los indígenas del Chaco, para formar algunos burgos á fin de evangelizarles con mas facilidad. Los naturales mas cercanos de la Concepcion, eran los frontones, llamados así porque se arrancaban los cabellos de sobre la frente que entonces parecia mucho mas grande. Los mataras, subdivision de los frontones, ya bautizados por S. Francisco Solano ó por alguno de sus compañeros de apostolado, debian servir de lazo entre el resto de la nacion y los españoles. Reunidos los PP. Fonte y Angulo con los PP. Añasco y Barcena, en menos de un año, una parte del cual fué empleada en aprender la lengua de aquellos pueblos, los cuatro misioneros hicieron numerosas conversiones. Animados por tan buen éxito, resolvieron ir mas adelante. Los PP. Añasco y Barcena partieron con una escolta; pero los mogosnas, tribu la mas salvaje de los frontones, habiendo degollado á todos los soldados, la guerra que se originó con este motivo, obligó á los dos misioneros á ir á buscar un alimento á su zelo en las cercanias de San Juan de Corrientes, ciudad recientemente fundada en la confluencia del Paraguay y del Paraná.

Entretanto, habiendo sido llamado á Lima el P. Fonte, dióle el provincial por sucesor al P. Juan Romero con quien vinieron los PP. Gaspar de Monroy, Juan Viana y Marcelo Lorenzana. Romero dispuso que los PP. Filds y Ortega, permanecieran con los guaranies, envió á los PP. Barcena y Lorenzana á la Asuncion, destinó á los PP. Angulo y Viana á Santiago y encargó á los PP. Añasco y Monroy que fuesen á convertir á los omaguacas que vivian en las fronteras del Tucuman y del Perú; pero aquellos pueblos qne habian renunciado á Jesucristo, dado muerte á sus misioneros y sacudido el yugo de los españoles, no estaban todavía bastante sometidos por el gobernador del Tucuman para que los dos jesuitas se entregasen á su discrecion. En cuanto á Romero no se fijó en ninguna parte, deseando estar dispuesto siempre á acudir donde su presencia fuese mas necesaria. Del Tucuman pasó á la provincia del Rio de la Plata, donde, merced á su pacífica intervencion, hizo cesar una desavenencia que traia dividido al clero de la diócesis de la Asuncion, y luego á instancias de la ciudad que ansiaba tener un colegio de jesuitas, aceptó en ella un lugar donde se edificó una casa y una iglesia. Hasta las mujeres quisieron tomar parte en la obra, y como Romero insistiese para que moderasen

el gasto, le contestaron: « Trabajamos por Jesucristo y por él nunca se hace demasiado. » Aquella casa colegio quedó terminada en el año 1595, no siéndolo hasta mas tarde la iglesia.

Hemos dicho que el P. Barcena habia sido enviado á la Asuncion con el P. Lorenzana. A causa de su avanzada edad y de sus achaques, dispuso el provincial del Perú, que se trasladase á Cuzco, donde le aguardaba una conquista que debia coronar su vida apostólica. Cuando llegó el misionero, el último Inca que habia sobrevivido, se hallaba enfermo en la antigua capital; el apóstol le habló del Dios de los cristianos con irresistible fervor; regeneróle con el agua del bautismo y recojió el último suspiro de aquel príncipe, desheredado segun el mundo, pero llamado á ocupar en el cielo un trono mucho mas glorioso que el de sus padres. Barcena, que le habia convertido, no tardó en seguirle á la morada de eterna gloria, y dos años despues, el P. Salonio murió víctima de la caridad en la Asuncion, donde quedó solo el P. Lorenzana, agobiado por un gran trabajo.

A fuerza de constancia y buena voluntad, el P. Monroy logró entrar en el pais de los omaguaras, con un hermano jesuita llamado Juan de Toledo. A su voz, las ovejas descarriadas volvieron á entrar poco á poco en el redil; pero Piltipicon, uno de los principales gefes, á quien el espíritu de independencia habia llevado á cometer terribles excesos, continuaba manchando su bautismo con nuevos crímenes. Desafiando su ferocidad con gran riesgo de su existencia, el P. Monroy se presentó al cruel apóstata y le dijo: « Escasa gloria reportarás dando muerte á un hombre desarmado; si por el contrario, consientes en escucharme, todo el fruto de nuestra conversacion será para tí; pero si muero á tus manos, una corona inmortal me está reservada en el cielo. » Mas sorprendido Piltipicon, que movido de las palabras del religioso, suspendió su crueldad y le ofreció una copa de una bebida que las mugeres de su tribu componian con maiz, despues de haberlo mascado entre dientes. Por repugnante que fuese aquella bebida al misionero, llevó la copa á sus lábios, y con su razonamiento no solo logró captarse la voluntad del cacique, permitiendo este que penetrase en el pais, sino que al regresar el P. Monroy estableció con él un tratado de paz que se encargó de hacer sancionar por el gobernador del Tucuman. Piltipicon habia arruinado dos veces la poblacion de Jujuy. Sabedor el comandante de la provincia, de que el cacique á pesar del tratado de paz, habia entrado y saqueado por tercera vez aquel pueblo, fué en su busca, logró sorprenderle, y con otro gefe igualmente apóstata le hizo prisionero. Pero apenas supo el P. Monroy aquel suceso, que podia borrar de nuevo la buena disposicion en que habia dejado á los omaguaras, acudió al gobernador, de quien obtuvo la libertad de los cautivos y cuya sincera conversion recompensó su celo. Mas tarde, separando los dos misioneros aquel pueblo que se habia hecho cristiano, de sus vecinos idólatras que habian sido tal vez causa de su ruina, le acercaron al Tucuman, donde fué puesto bajo la direccion espiritual de un sacerdote familiarizado con su idioma.

La mision de los PP. Ortega y Filds en la Guayra, ofrece incidentes todavía mas estraordinarios. Un solo hecho nos hará juzgar de los peligros que corrian aquellos famosos cazadores de almas, si se nos permite valernos de esta espresion, que pinta á la vez el santo ardor, el carácter peligroso y el asombroso éxito de sus escursiones. El P. Ortega atravesaba con un buen número de neófitos una llanura que separaba dos rios, uno de los cuales desagua en el Paraguay, y el otro en el Paraná. Aquellos dos rios crecieron de repente de un modo tan estraordinario, que desbordándose, penetraron en la llanura que pronto se convirtió en un vasto mar. El misionero, á quien no podia sorprender ninguna de aquellas súbitas inundaciones cuyos ejemplos son muy frecuentes en el pais, creyó en un principio que saldrian del paso andando con agua hasta la cintura. No obstante, viendo que el agua iba cada vez

mas subiendo, tuvo que refugiarse á un árbol que por su elevacion y corpulencia ofrecia alguna seguridad. Los neófitos que le acompañaban hicieron otro tanto; pero como no habian tomado la precaucion de elegir los árboles mas robustos y elevados, no tardó el agua en alcanzarles, y de modo que los lamentos de aquellos desgraciados, rendidos por la fatiga y arrastrados por la corriente, partian el corazon del P. Ortega que se hallaba en seguridad con su catequista. Al peligro de morir ahogado, se unia el de perecer de hambre, porque los viageros no traian ninguna provision. Una fuerte lluvia acompañada de truenos espantosos é impetuoso viento, hacia muy horrible aquella situacion, y tanto mas espantosa, cuanto los tigres, leones y una multitud de fieras sorprendidas por la inundacion, y hasta las mismas serpientes y víboras, arrastradas por la corriente, cubrian la superficie de las aguas. Uno de aquellos reptiles de un enorme grandor, se cojió á una de las ramas del árbol en el que se habia refugiado el P. Ortega, quien durante algunos instantes creyó que iba á ser devorado; pero afortunadamente el peso del animal habiendo desgajado la rama en que se apoyaba, volvió á caer en el agua que le llevó lejos de aquel sitio. (Pl. XCII, n.° 1.) Hacia dos dias que los viageros se hallaban entre la vida y la muerte; la tempestad no calmaba; el agua iba siempre en aumento, cuando en medio de la noche, el misionero vislumbró al resplandor de los rayos á uno de los indígenas que venia nadando hácia el sitio en que se hallaba. Cuando aquel hombre conoció que podia ser oido, gritó al padre que tres catecúmenos y tres cristianos que estaban á punto de espirar, pedian, los unos el bautismo, y los otros la absolucion. No titubeó un momento aquel varon apostólico: empezó por sujetar como mejor pudo en el árbol al jóven catequista cuyas fuerzas se hallaban casi agotadas, y despues de haberle confesado, se arrojó al agua para seguir al indígena que le llamaba; y á pesar de la impetuosidad de la corriente, á pesar de las ramas de los árboles, la mayor parte herizadas de espinas, una de las cuales le atravesó el muslo de parte á parte, llegó al sitio donde se hallaban los catecúmenos que ya no se sostenian sino con los brazos; bautizóles, y un momento despues les vió caer al agua sin que le fuese posible salvarles. Entonces se dirigió al lugar donde se habian refugiado los neófitos, á quienes les hizo rezar el acto de contricion, y despues de haberles dado la absolucion, dos de ellos entregaron su alma al Criador. Volviendo á su árbol, llegó á tiempo para salvar al catequista á quien cubria el agua hasta el cuello: desatóle y le ayudó á subir á la rama mas alta. Por la tarde del siguiente dia el agua empezó á bajar, y apenas el P. Ortega pudo poner el pié en el suelo, quiso ir á visitar los indígenas que habia dejado con vida; pero se le habia hinchado de tal modo el muslo en que se habia clavado la espina, que despues de haber dado algunos pasos tuvo que detenerse. Fué preciso trasladarle en brazos á Villarica, para poder curarle; mas como la herida era muy grave y el remedio fué tardío, durante los veinte y dos años que vivió todavía, jamás pudo lograr verla cicatrizada, sufriendo constantemente agudos dolores. A pesar de esto, siguió en sus funciones apostólicas, y no tardó en ser llamado con el P. Filds á la Asuncion, donde el P. Lorenzana tenia necesidad de algunos colaboradores.

Afortunadamente llegaron al P. Romero algunos refuerzos del Perú. Acompañado del P. Juan Dario y del hermano Juan Rodriguez, empezó una mision en Córdoba donde se construyó una hermosa iglesia. El español Juan de Abreu, establecido en aquella ciudad, ofreció á los PP. Romero y Monroy acompañarles á la extremidad meridional del Tucuman donde moraban los diaguitas. Aquellos indígenas adoraban el sol y le consagraban las plumas de las aves que bañaban de vez en cuando en la sangre de los animales. Creian que las almas de los caciques se trocaban en planetas al desprenderse de sus cuerpos, y las de los particulares en estrellas. Tenian algunos templos consagrados al astro del dia. Los misioneros,





en un principio, fueron escuchados con atencion por aquellos pueblos: pero corrieron gran peligro de perecer precisamente en un burgo cuyos habitantes les habian recibido con los brazos abiertos. El mismo dia de su recibimiento, una banda de salvajes se presentó con el aparato usado en las ejecuciones sangrientas; y Romero salió á su encuentro sin hacer caso de su ademan feroz y amenazador. Con la seguridad que dá el desprecio de la muerte, les manda que tributen al verdadero Dios que les acaba de dar á conocer, el homenage que le deben todos los hombres. Al oir aquellas palabras, interrumpiéndole uno de los indígenas, le dice que no permitirá que los diaguistas se deshonren descubriéndose como lo hacen los españoles, cuando ruegan á su Dios; sino que él y los suyos continuarán viviendo segun sus antiguos hábitos. El orgulloso indígena se retiró entonces, dejando á los misioneros y á Juan de Abreu temerosos de una sublevacion general, de la que iban á ser infaliblemente las víctimas. Pasaron la mayor parte de la noche rezando, y al dia siguiente vieron con agradable sorpresa que el fiero orador de la víspera venia á pedirles perdon por la falta que en un momento de estravío habia cometido. A los pocos dias, los misioneros lograron convertir á mas de mil diaguitas, quienes sumisos á las órdenes del P. Romero, demolieron los templos del Sol y plantaron varias cruces en sus ruinas; pero como el obispo del Tucuman no pudo enviar un pastor á aquellos nuevos cristianos, la iglesia naciente no se sostuvo por mucho tiempo en el estado en que los jesuitas la habian dejado.

Entretanto, el general de la Compañía de Jesus, nombró al P. Estéban Paez, visitador de todas las casas que poseia en el Perú y de las que dependian de ella en las provincias vecinas. El P. Paez, despues de haber desempeñado su comision en el Perú, se dirigió á Salta, donde reunió á todos los misioneros de su órden que se hallaban en la provincia del Tucuman y en la del Rio de la Plata, de la que formaba parte entonces el Paraguay. Díjoles que desaprobaba las misiones ambulantes y las contínuas idas y venidas de un estremo á otro de aquellas provincias; que daban muy poco resultado las conversiones rápidas, obra de un primer impulso; que hasta el mismo S. Francisco Solano, que vivia entonces, despues de haber recorrido todo el Tucuman y una gran parte del Chaco, donde habia convertido un gran número de infieles, no habiendo formado ningun establecimiento fijo, no habia dejado sino débiles huellas de su apostolado; que acontece con la semilla de la palabra lo que con la que se arroja á la tierra, que no basta sembrarla, sino que es preciso cultivar el terreno para que germine y dé en la cosecha el fruto apetecido. Los misioneros contestaron al P. Paez que no habian podido dejar de obedecer á los obispos y vicarios generales que administraban la sede vacante, pasando á los puntos que les habian designado; que sus correrías, lejos de ser inútiles, les habian proporcionado el conocimiento tan necesario del pais y del carácter de los diferentes pueblos á los cuales debian anunciar el Evangelio; que las escursiones de S. Francisco Solano habian dado una utilidad espiritual, y que abundando en las mismas ideas del superior, en las que ellos habian verificado, habian procurado en lo posible preparar establecimientos durables para mas adelante, ó bien que ya se habian fijado en algunos puntos.

Entre los misioneros reunidos en Salta, se encontraba el P. Ortega, á quien, una calumniosa denuncia de un habitante de Villarica, hizo comparecer entonces ante el tribunal de la Inquisicion del Perú. Aunque sus dolores se habian aumentado estraordinariamente con un viage de trescientas leguas que acababa de hacer, y que tuviese que andar todavía otras quinientas leguas para llegar á Lima, partió sin dilacion. Ni su pronta obediencia, ni la consideracion de sus trabajos apostólicos en el Brasil y en el Paraguay, fueron títulos suficientes para dejar de encarcelar en las prisiones del Santo Oficio, á aquel hombre que habia llevado á cabo algunas empresas muy he-

róicas, y en favor de quien el cielo se habia declarado por mas de un milagro. Hasta al cabo de cinco meses de cautiverio, no fué devuelto á sus superiores. Dos años despues, el denunciador que le habia acusado de haber revelado su confesion, hallándose en el lecho de muerte, retractóse de su calumnia en presencia de algunos testigos, y confesó que la resolucion de aquel santo varon en no querer absolverle, le habia inducido á vengarse de él acusándole maliciosamente. Reconocida la inocencia del P. Ortega, el conde de Monterey, virey del Perú, trató de utilizar su celo para la conversion de los chiriguanes, colonia de los guaranies, que desde las montañas en que habitaba, iba á saquear el Tucuman. Por lo comun los chiriguanes, no tenian mas que una muger; pero elegian frecuentemente de entre sus cautivas algunas jóvenes, que asociaban á su compañera. Razonables y de apacible trato, pasaban de repente á la ferocidad del tigre. Tomándoles por el interés, todo se obtenia de aquellos hombres ávidos que consideraban como enemigos, á aquellos de quienes nada podian esperar; por otra parte, la frecuente embriaguez que los dominaba, habia llevado hasta el estremo la disolucion de sus costumbres. Su depravacion era tal, que cuando manifestándoles las grandes verdades del cristianismo, se les hablaba del fuego del infierno, contestaban friamente, que ya hallarian el medio de apagarlo. Jamás habian dado muestras de querer reconciliarse con los españoles, y únicamente les pedian misioneros, cuando se les hacia pesada la guerra que tenian que sostener entre sí. Los apóstoles no se engañaban; pero como hay momentos señalados por la Providencia, para triunfar de los corazones mas rebeldes á la gracia, los cuales deben saberse aprovechar, el P. Ortega aceptó gustoso la invitacion que le hiciera el virey del Perú. Partió en el año 1601 con el P. Gerónimo de Villarnao, para las cordilleras chiriguanas, donde, si bien en un principio fueron bien acogidos los dos jesuitas, no tardaron en conocer que los indígenas no querian abrazar el cristianismo. Despues de haber desplegado por espacio de dos años todo el zelo que les sugerió su ardiente caridad y amor al prójimo para ablandar aquellos endurecidos corazones, se convencieron por último, que no habia llegado aun el afortunado dia para poder alcanzarlo. Por otra parte, hallándose sumamente quebrantada la salud del P. Ortega, su compañero recibió la órden de acompañarle á la Plata, donde murió en el año 1622, en una edad muy adelantada. Algunos franciscanos quisieron probar si serian mas afortunados que los jesuitas en aquella comarca; y Agustin Fabio acompañado de otro religioso, entró por el valle de Tarija en la Cordillera, donde operó algunas conversiones, y hasta llegó á edificar una iglesia.

La vejez del P. Filds no le habia permitido ir á Salta. Era ya tiempo de que algunos religiosos de su órden se le agregasen en la Asuncion, donde habia corrido el rumor de que no volverian los jesuitas, á quienes decian, no gustaban las colonias pobres. El nuevo obispo de la Asuncion, Martin Ignacio de Loyola, sobrino del fundador de la Compañía, escribió al P. Romero, que, si hubiese sabido que los jesuitas habian abandonado su diócesis, no hubiera aceptado su gobierno. Pero aquel rumor calumniosamente difundido, no era cierto; únicamente el visitador Paez habia pensado dejar á los jesuitas de la provincia del Brasil, el cuidado de cristianizar el pais situado al este del Paraguay y del Rio de la Plata, por la razon de que aquella provincia estaba muy al alcance y mas en estado que la del Perú, de enviar algunos misioneros que llegarian á ella ya instruidos en la lengua que se habla mas comunmente; pero el P. Paez no reflexionó sin duda, que la corte de Lisboa no se encargaria de proporcionar apóstoles á una comarca que no pertenecia á la corona de Portugal, y que el consejo real de Indias no permitiria por otra parte, que entrasen en las colonias españolas otros misioneros que los naturales del rey de España. Si bien las coronas de España y Portugal ceñian entonces una misma

cabeza, las dos monarquias se hallaban siempre opuestas respecto á costumbres é intereses. El P. Romero, que no aprobaba el sistema seguido por el visitador, recibió con satisfaccion de Roma y del provincial del Perú, la órden de enviar á la Asuncion al P. Lorenzana, al que acompañó el P. José Cataldino. Ambos jesuitas habiéndose embarcado en Buenos-Aires, naufragaron; pero felizmente pudieron ganar la playa, y con los ausilios que les prestó el obispo de la Asuncion, que se dirigia á Buenos-Aires, pudieron pasar á su ciudad episcopal, donde lograron captarse el aprecio general, consagrándose con celo á la conversion é instruccion de los indígenas.

Reunidos los jesuitas del Paraguay con los de Chile, en una sola provincia, el P. Diego de Torres, que antes estaba encargado del gobierno de la vice-provincia de Quito, pasó á ser provincial de Chile y del Paraguay. Hallándose en Quito en el año 1605, supo que todos los años desembarcaban en Cartagena algunos miles de esclavos negros, procedentes la mayor parte de Angola, para ser distribuidos en las colonias españolas. Torres encargó al P. Alfonso de Sandoval, la instruccion de los que se destinaban á aquella parte del Perú Aquel religioso se ocupó con mucho celo de aquel encargo, y se conservan dos buenas obras que escribió sobre el particular. Empezó por examinar si los esclavos habian recibido el bautismo antes de partir de Angola, y juzgando, segun sus informes, que debian ser bautizados bajo condicion, espuso por escrito al arzobispo de Sevilla las razones que tenia para dudar de la validez del bautismo, de los que se decia habian recibido ya aquel sacramento. El arzobispo comunicó su memoria a varios teólogos, que fueron de la misma opinion; y en consecuencia dispuso que en todos los lugares de su jurisdiccion (que abrazaba entonces toda la América), se nombrasen personas aptas para examinar á los negros, y que se bautizára con condicion á todos los que se hallaren en el caso de que hablaba el P. Sandoval en su escrito. Los obispos de Méjico, del Perú y del nuevo reino de Granada, se conformaron con aquella disposicion, que el P. Torres hizo prevalecer tambien en la nueva provincia que iba á gobernar. En el año 1607, partió de Lima con quince religiosos, una parte de los cuales pasaron á Chile, y condujo la otra al Tucuman. Habiendo llegado á Santiago, presentó sus compañeros al obispo Francisco de Treco, diciéndole que el general de la Compañía deseaba que los jesuitas que permanecieran en su diócesis, estuvieran enteramente á sus órdenes. Enternecido el prelado viéndoles arrodillados á sus piés, les abrazó cariñosamente y condújoles á la catedral que estaba llena de españoles é indígenas. Allí de pié en su sólio, manifestó que no se consideraba capaz de poder llenar sin su ausilio las obligaciones que le imponia el obispado, y que si los jesuitas hubiesen tenido que abandonar la diócesis, él habria renunciado la mitra por no tener el sentimiento de ver perderse una infinidad de almas rescatadas á costa de la sangre de Jesucristo. Despues de haber restablecido el noviciado en Córdoba, el provincial pasó á Chile, cuyo suelo acababa de bañar la sangre de algunos mártires dominicos.

Desde que Chile habia sido descubierto por Almagro y conquistado en parte por Pedro de Valdivia (1), los religiosos de Santo Domingo, de San Francisco y de la Merced, no habian cesado de evangelizarle. Los de la Compañía de Jesus participaron tambien mas tarde de sus trabajos. En el año 1593, Felipe II logró que ocho jesuitas partieran para Chile, bajo la direccion del P. Luis Valdivia, y este refuerzo reanimó las esperanzas de los obispos de Santiago y de la Concepcion que se hallaban en los puntos opuestos de aquella laboriosa mision. Merced á los desvelos del P. Valdivia, fundóse un colegio de la Compañía en la ciudad de la Concepcion, y estableció además en los principales fuertes que ocupaban los españoles, dos padres de la sociedad para recorrer las poblaciones y paises vecinos. La

(1) Véase tom. I, lib. II, cap. V

ferocidad de los araucanos y la creencia en que estaban de que el agua derramada sobre su cabeza, hacia la muerte inevitable, multiplicaban los peligros de los misioneros á quienes odiaban aquellos pueblos. El dominico Cristóbal Ruisa, que cultivaba con gran ardor aquel ingrato suelo, fué víctima de su celo: en el momento en que estaba predicando, los indígenas se arrojaron sobre él, para vengar, dijeron, á sus dioses, con la muerte del que se declaraba su enemigo. Turon dice que tuvo lugar este suceso en el año 1600, y habla de otros mártires que probablemente derramaron su sangre por la fé en aquellos dias. Fontana dice, que habiendo tomado las armas una multitud de indígenas en el año 1605, fueron saqueadas cinco poblaciones españolas y cinco conventos de dominicos con sus iglesias completamente destruidas. Los religiosos que moraban en ellos y que se consagraban á la conversion de los idólatras y á la enseñanza de los neófitos, en parte fueron degollados y en parte hechos cautivos. En la ciudad de Valdivia, Pedro Pezoa, prior del convento, habiendo reprendido á unos bárbaros que querian violentar á una vírjen cristiana, desahogaron su furor contra esta hiriéndola mortalmente á hachazos. El generoso confesor la consoló y exhortó en sus últimos momentos, muriendo santamente en sus brazos. El converso Juan de Vega, sucumbió gloriosamente en la misma ciudad en defensa de las santas imágenes, que intentaba destrozar con su lanza un indígena. Murió bendiciendo misericordiosamente á su matador. Tambien los dominicos continuaban en el año 1606, derramando su sangre para la propagacion de la fé. Poseian un pequeño convento y una iglesia en Villarica de Chile, cuyos habitantes indígenas, escitados por los sacerdotes de los ídolos, los degollaron á todos, á saber, al P. Pablo de Bustamante, superior del convento, al P. Fernando Ovando, á un novicio converso y cuatro otros misioneros. La llegada de los nuevos jesuitas, que envió Diego de Torres, fortificó la milicia apostólica diezmada por el martirio de aquellos dominicos, en cuya sangre debia mezclarse en el año 1612, la de tres hijos de San Ignacio. Parecia no obstante, que el calor con que los jesuitas abrazaban la causa de los indígenas, debiese garantirles de su furor. Aquellos religiosos empezaron por dar libertad á los esclavos araucanos que tenian en su colegio, y el mismo P. Luis Valdivia, fué á llevar á los piés del trono la cuestion de la libertad de los indígenas, alcanzando un decreto favorable. Aquel prudente acuerdo hizo que muchos indígenas abrazáran el cristianismo. Tres mugeres de un cacique llamado Anganomon, habiendo huido de su morada con los hijos que todavía amamantaban, fueron á pedir el bautismo á los españoles, que les fué concedido despues de haberlas instruido. Anganomon las reclamó con amenazas; pero como ellas se negasen á volver bajo su yugo, el P. Valdivia no quiso violentar su voluntad, sobretodo considerando que si lo hacia, quedaban igualmente espuestas su fé y su creencia. Observando todos los demás gefes la paz establecida, el cacique disimuló su cólera, y esperó la ocasion favorable para poder vengarse. Mientras tanto, el P. Luis Valdivia encargó á su pariente, Martin de Aranda Valdivia y á Horacio de Vecchi, que con el coadjutor Diego de Montalvan, hijo de Méjico, fuesen á evangelizar el burgo de los elicúreos. Aranda habia nacido en Villarica de Chile, de padres españoles; en el año 1561 habia servido como oficial de caballería; nombrado gobernador de una provincia, hizo los ejercicios espirituales para prepararse á ejercer dignamente sus importantes funciones; pero en el retiro, Dios habló á su corazon y le llamó á la Compañía, en la que entró enseguida, á pesar de los esfuerzos que hizo el virey para disuadirle: tenia entonces treinta y un años. Vecchi habia nacido en Siena de Italia, y era fama de que los elicúreos no se convertian sino con la sangre de los mártires. Sabedor Anganomon de que estaban en camino los misioneros, siguió sus huellas acompañado de doscientos ginetes, y se arrojó sobre ellos en

el momento en que repartian por vez primera el pan de la vida á los elicúreos. Los tres jesuitas murieron á manos de los salvages, despues de haber visto sus cuerpos cubiertos de flechas, el dia 14 de diciembre del año 1612. Algunos autores suponen que fueron atados á un árbol, y en aquel estado les arrancaron la piel y el corazon, no cesando los mártires de alabar á Dios hasta su último momento. En el año 1656 se grabó en Europa el retrato del P. Horacio de Vecchi, el cual fué dedicado al papa Alejandro VII, con motivo de los lazos de parentesco que existian entre la familia de este pontifice y la del mártir.

Volviendo ahora al P. Diego de Torres, diremos que siguió perfectamente de acuerdo con el animoso P. Luis Valdivia, tomando ambos muy á pechos la felicidad moral de los chilenos. Al regresar del Tucuman, un grande aguacero inundó la ciudad, y arruinó una parte de sus edificios; un terrible huracan destruyó en pocos dias todas las plantaciones, y la peste sembró la muerte por do quiera. La miseria que siguió fué espantosa, y aunque los jesuitas se vieron privados casi enteramente de lo mas preciso para su subsistencia, no por esto desmayaron, confiando en la Providencia que no les abandonó. Refiere un historiador del Paraguay, que al salir el provincial de Córdoba, para girar una visita á las demás casas de la Compañía, dejó únicamente ciento ochenta escudos al procurador, para atender á las necesidades de una numerosa comunidad; y que al cabo de ocho meses, este último habia gastado mas de ochocientos, sin que hubiese tomado nada prestado, ni se pudiera decir de donde habia venido el escedente. No dando los resultados apetecidos la mision de Santiago, los jesuitas tomaron el partido de abandonar aquel punto, y aceptaron un colegio en San Miguel, desde donde hicieron fructuosas espediciones á los paises habitados por los diaguistas, los lullos y los calcaguies.

Habiendo escrito el rey de España á Fernando Arias Saavedra, gobernador del Paraguay, que deseaba que subyugára únicamente por la palabra á los naturales, á menos de que hicieran armas contra los españoles, en conformidad con la voluntad del soberano, el gobernador y el obispo de la Asuncion, rogaron á Diego de Torres que se encargára tanto de los guaranies, vecinos de la ciudad episcopal, en otro tiempo evangelizados por el franciscano Luis de Bolanos, como de los que habian convertido al cristianismo los jesuitas Filds y Ortega en la Guayra. Muy necesario era en efecto, que el obispo se hallára en estado de poder dar algunos pastores á las parroquias de la ciudad episcopal, y sobre todo, á las poblaciones cercanas. El P. Lorenzana, rector del colegio de la Asuncion, suplia, segun sus fuerzas, en la capital, en defecto de curas, y enviaba algunos de sus religiosos donde mas apremiaba la necesidad. Resultaba de esta escasez de obreros evangélicos, una profunda ignorancia de la religion, un gran desórden en los casamientos, que casi se limitaban á la avenencia de las partes, una corrupcion de costumbres muy parecida á la de los infieles y en muchos lugares el abandono completo de todo culto externo. La Guayra no tenia mas que dos sacerdotes, el uno cura de Ciudad-Real y el otro de Villarica. El primero era tan ignorante que se dudaba supiese lo que era necesario para la validez de los sacramentos; y el segundo era un religioso que ya no vestia el hábito de su órden, diciendo que unos ladrones se lo habian quitado, y le habian dado una sotana á la cual no honraba debidamente. El cuidado de su parroquia era lo que menos le ocupaba: recorria las aldeas de los indígenas; bautizaba á cuantos se le presentaban sin tomarse la pena de instruirles; pero quizás no sabia bien su lengua para poder hacerlo con provecho. Diego de Torres habiendo destinado á aquella mision á los PP. José Cataldino y Simon Maceta, italiano este último, no quisieron encargarse de ella aquellos apóstoles, hasta que el obispo y el gobernador les hubieron conferido un ámplio poder para reunir á todos sus cristianos en burgos, gobernarlos sin ninguna dependencia de las ciudades ó fortalezas inmediatas á los

lugares en que se establecieran y construir iglesias donde juzgasen ser necesarias. Partieron de la Asuncion en el mes de setiembre del año 1609, se detuvieron en Ciudad-Real en el mes de febrero de 1610, y despues cayeron enfermos de fatiga en Villarica. Habiendo corrido el rumor de que los jesuitas habian obtenido del rey la facultad de emancipar á los guaranies, á fin de disipar el mal efecto que aquella idea podia causar en el ánimo de los colonos españoles, manifestaron á estos que lejos de pretender turbar el órden de cosas establecido, de acuerdo con el soberano, y en provecho mútuo, su propósito era que los guaranies reconocieran primero su dignidad de hombres para que luego pudieran ser buenos cristianos. Procurarémos, añadieron, que por consideracion á sus propios intereses, se sometan de buena voluntad á nuestro gefe supremo, y abrigamos la confianza de que lo lograrémos con la ayuda de Dios. Les harémos comprender que el abuso que hacen de su libertad, les es muy perjudicial y les enseñarémos á contenerla en sus justos límites. Nos lisonjeamos de hacerles conocer las grandes ventajas que reportan de la dependencia en que viven todos los pueblos civilizados, y que llegará un dia en que bendicirán el instante feliz en que presten obediencia á un príncipe que desea ser su padre y protector, procurándoles el conocimiento del verdadero Dios.

Los dos misioneros habiendo solicitado en vano algunos guias en Villarica, los pidieron al cacique del lugar, donde querian formar su primer establecimiento. Vino el mismo cacique en su busca; pero como mediáran entre él y los españoles algunas cuestiones de obediencia, regresó solo á su pueblo. Entonces los padres fueron á embarcarse en el Paranapanéma (1), subiendo rio arriba hasta la confluencia del Pirapó. En aquel lugar encontraron á doscientas familias guaranies, bautizadas por los PP. Filds y Ortega, y formaron con ellas un pueblo que llamaron *Loreto*. Mas tarde se dieron á aquellas iglesias indígenas el nombre de *Reducciones*, y esta fué la primera que lo llevó. El nombre de Loreto convenia perfectamente al burgo, que habia sido la cuna de la república cristiana de los guaranies, que andando el tiempo llegó á ser muy floreciente. Internándose todavía en el pais unas ochenta leguas, los religiosos encontraron otras veinte y tres aldeas, cuyos habitantes, en parte cristianos, en parte dispuestos á serlo, fueron agrupados tanto por su propio interés, como por recibir mas fácilmente la instruccion moral que les era necesaria. Un suceso inesperado puso en grave peligro de turbar la paz y armonía que reinaban en aquella naciente colonia. Los jesuitas iban acompañados de un intérprete natural del pais, habitante en Ciudad-Real, quien mostraba un grande interés por el buen éxito de la mision; pero se observaba que jamás volvia sin que le faltase algo de su maleta ó de su vestido, hasta que un dia vino simplemente cubierto de un taparabo. Interrogado por los religiosos sobre el uso que habia hecho de sus vestidos, les contestó: «Vosotros predicais á vuestro modo y yo al mio; vosotros teneis el don de la palabra y yo procuro suplirlo con mis obras. Al efecto, distribuyo cuanto poseo entre los principales indígenas de esta comarca, persuadido de que cuando habré ganado á los gefes con mi generosidad, será mas fácil ganar la voluntad de los demás, y creo que con este proceder os adelanto mucho trabajo.» Convencidos los religiosos de que habia distribuido sus vestidos para cubrir la desnudez de los indígenas, no solo aplaudieron su caritativo comportamiento, sino que en cuanto se lo permitia su pobreza, procuraron ponerle en estado de repetir aquella buena accion. Pero

(1) Rio del Brasil provincia de San Pablo. Este rio que en el idioma del pais significa *Rio de la desgracia*, es algunas veces muy caudaloso, y saliendo de madre causa grandes inundaciones. Nace en la vertiente septentrional de la Sierra Geral, cerca de la villa de su nombre, corre generalmente al O. N. O. y desagua en el Paraná despues de un curso de unos seiscientos kilómetros. El Pirapó que es su tributario, corre al N. N. O. de la provincia de Rio-Janeiro, y en sus orillas estaba el pueblo de las misiones de Loreto que destruyeron los portugueses de San Pablo. (Nota del Trad.)

su error no duró mucho tiempo; habiéndose despedido el indígena de ellos, diciéndoles que ya no tenian necesidad de su concurso, por cuanto se esplicaban fácilmente en el idioma del pais, no tardaron en descubrir que por medio de lo que aquel infeliz pretendia haber dado, logró llevarse algunas mugeres indias, seducidas por sus regalos. Sabedores los jesuitas de que los indígenas suponian que ellos habian tomado parte en aquella seduccion, les costó mucho trabajo desengañarles; pero por fin lo lograron hasta el punto de que la mayor parte se trasladaron á Loreto. Siendo ya demasiado numerosos los habitantes de aquel pueblo, un cacique llamado Aticaya, propuso que se formase otra Reduccion á una legua y media mas lejos, lo que efectivamente se hizo, llamándosela *San Ignacio*. Otras dos se formaron algun tiempo despues, pero en un principio no fueron mas que unas sucursales para recibir á los prosélitos. Aquel rápido progreso, sugirió á los dos jesuitas la idea de establecer una república cristiana que hizo renacer, en medio de aquella barbarie, los mas hermosos dias del naciente cristianismo. Las primeras medidas que tomaron los misioneros, fueron aprobadas en el año 1610, por el comisario régio que mandó allí el soberano español, quien publicó en la Guayra unas ordenanzas, merced á las cuales, los nuevos cristianos pudieron disfrutar por mucho tiempo de toda la plenitud de sus derechos de hombres libres.

Entretanto otros guaranies establecidos entre la Asuncion y el Paraná, pidieron un misionero al gobernador del Paraguay, quien se lo hizo saber al dominico Reginaldo de Lizarraga, obispo de la Asuncion. El prelado contestó que ninguno de sus sacerdotes queria ponerse á merced de aquellos antropófagos, y que por otra parte, en la escasez en que se hallaba de obreros evangélicos, no le parecia prudente quitárselos á los fieles, para dárselos á unos bárbaros con quienes no se podia contar. Sabedor de aquella contestacion el P. Torres, provincial de los jesuitas, uniéndose con el gobernador, sorprendido de aquella negativa, representó al obispo que convenia aprovechar una ocasion que tal vez no se presentaria mas, de librar la provincia de las hostilidades de los guaranies, y que bien merecia la obtencion de tan buen resultado, hacer el sacrificio de privarse de uno ó dos sacerdotes, máxime cuando el rey de España queria que antes de apelar á las armas, se intentase por todos los medios civilizar ó convertir á los indígenas. El prelado escuchó tranquilamente aquellas observaciones, y luego preguntó al gobernador, si podia disponer de una buena escolta para acompañar á aquellos sacerdotes, porque no queria esponerlos á ir solos. Viendo el gobernador la inflexibilidad del obispo, dijo al provincial, que no quedaba otro recurso que apelar al celo y valor de sus religiosos. Torres replicó que no podia contar sino con el rector del colegio de la Asuncion, cuya contestacion no tardaria en darle á conocer. En efecto, tomada aquella resolucion dirigióse al colegio, reunió á todos los sacerdotes, de los cuales sabia que salvo el rector, ninguno podia ausentarse, les espuso en breves palabras lo que habia pasado en casa del obispo, y mirando al P. Lorenzana: « Padre mio, le dijo, como en otro tiempo el Señor á Isaias, ¿á quién enviaré? ¿quién irá? » Entonces el rector arrojándose á sus piés, le dió la contestacion del profeta: « Héme aquí, enviadme á mí. » El provincial le abrazó con trasporte, y al punto fué á llevar aquella nueva al gobernador, que la recibió con indecible contento. Toda la ciudad celebró la abnegacion de aquel anciano, á quien el provincial halló al fin un compañero, jóven misionero recien llegado á la Asuncion, llamado Francisco de San Martin. Los dos apóstoles partieron para su peligrosa mision, donde construyeron una capilla que cubrieron de ramas, pasando despues á recorrer todo el territorio ocupado por aquellos guaranies, que supersticiosos y dados á la embriaguez, mas de una vez resolvieron darles muerte. Dios salvó á los misioneros,

pero todos sus esfuerzos fueron estériles durante el primer año. Mas al fin, el ejemplo de dos caciques que abrazaron el cristianismo, decidió á muchos indígenas á hacer otro tanto. En medio de aquel favorable movimiento, una muger cuyo marido no quizo bautizarse, se refugió con su hija en el burgo en que moraban los jesuitas. El esposo irritado reunió á varios idólatras amigos suyos para vengarse; pero no atreviéndose á atacar el burgo, sorprendió á los mahomas, aliados de los españoles, y les hizo algunos prisioneros. Los caciques convertidos, que, á instancias del P. Lorenzana, reclamaron aquellos cautivos, recibieron por contestacion que no se darian por satisfechos, hasta haber bebido la sangre del último mahoma, con el cráneo del mas viejo de los dos misioneros. No quedó mas recurso que combatir, pero afortunadamente quedaron vencedores los mahomas, y libres sus prisioneros. Viendo entonces los jesuitas que su rebaño iba en aumento, se trasladaron á un lugar mas cómodo, donde construyeron una iglesia, siendo aquel lugar llamado San Ignacio Gaza, el primero que existió estable en el Paraná. Pero el enemigo mas bien disperso que abatido, no tardó en volver á aparecer; Dios permitió que para ejemplo de los misioneros, el terror turbase la razon del jóven P. San Martin, á quien fué preciso enviar á la Asuncion y separarle despues de la Compañía. Por el contrario el P. Lorenzana, con su presencia de ánimo, su firmeza y paciencia, logró salvar la poblacion que vió crecer cada dia mas y mas.

Mientras se proseguia la obra de la civilizacion en la Guayra y en el Paraná, en el este del Paraguay, los guaycurus, establecidos al oeste de aquel rio, ocupaban la atencion del provincial de los jesuitas. Acababa de agregar á la compañía, Roque Gonzalez de Santa Cruz, hijo de la Asuncion y pariente del gobernador; asocióle el P. Griffi, y ambos misioneros fueron á establecerse resueltamente en el burgo de los Guaycurus, procurando aprender su lengua. Estos, que les veian sin cesar hacer preguntas á su intérprete y escribir sus contestaciones, creyeron que levantaban el plano de su pais en provecho de los españoles. Estaba ya resuelta la muerte de los pretendidos espías, cuando el P. Gonzalez que presentia una catástrofe, se apresuró á leer públicamente lo que habia escrito, que consistia en los elementos de la doctrina cristiana traducidos al idioma local. Aquella lectura calmó algun tanto los ánimos irritados; pero la mision de los jesuitas no dió mas resultado que abrir las puertas del cielo á un cierto número de niños que bautizaron en el artículo de muerte.

Francisco Alvaro, que recorrió aquellas comarcas en calidad de visitador, declaró en nombre del rey de España, que los guaranies y guaycurus, permanecerian constantemente hombres libres; que los padres de la Compañía de Jesus serian los únicos encargados de instruirles, civilizarles y disponerles para reconocer la soberanía del rey; y que en fin, los misioneros recibirian para su gasto los mismos honorarios que los curas de los indígenas del Perú. Pero el provincial rogó al visitador que redujera aquella cantidad á la cuarta parte, manifestándole que les bastaba á unos religiosos, cuyas necesidades eran muy limitadas. El desinterés del P. Torres, edificó al pueblo de la Asuncion. Merced á los buenos oficios del mismo visitador, se logró que la Compañía volviera á Santiago en el Tucuman.

El P. Torres envió al P. Antonio Ruiz de Montoya á la Guayra, para ayudar á los PP. Maceta y Cataldino, quienes no solo procuraban cimentar la fé de los guaranies de las cuatro poblaciones que se habian ya formado, sino que iban en busca de los indígenas hasta en sus mas recónditos retiros. Despues de haber andado todo el dia bajo un sol abrasador, al llegar la noche era turbado su reposo por una multitud de insectos alados que destrozaban su semblante; y cuando postrados por el calor, rendidos por el cansancio, el insomnio, el hambre y la sed, caian enfermos, se hallaban privados absolutamente de todo socorro humano. Lo que habia pasado al P. Ortega,

les acontecia á ellos frecuentemente, sobre todo en la estacion de las lluvias, que desbordándose los rios, é inundando repentinamente una considerable estension de terreno, no les quedaba mas recurso por no perecer ahogados, que subirse al primer árbol que la casualidad les deparaba. Casi nunca encontraban un terreno bastante elevado para poder pasar en él la noche, sin tener que dormir sobre el barro. A parte de estos inconvenientes, casi siempre tenian que abrirse paso con el hacha en la mano, á fin de poder penetrar en los bosques, y abandonados muchas veces por los indígenas en medio de enmarañadas selvas, á merced de las fieras ó de los bárbaros, no les quedaba otro recurso que desandar el camino que habian hecho. Sin tener en consideracion tanto sufrimiento, algunos habitantes de Villarica, movidos por malas pasiones, hicieron correr el rumor de que los trabajos de los misioneros eran estériles, á fin de que el superior les llamase de un pais que se creia rebelde á los esfuerzos de su celo; y aquella fábula se acreditó hasta el punto que, el P. Montoya tuvo que hacer un viage á la Asuncion, para desengañar al provincial. No fué aquella la única prueba impuesta á los jesuitas de la Guayra.

La Reduccion de los guaranies, fundada bajo el nombre de San Ignacio Guazu, en las inmediaciones del Paraná, habia perdido al P. Lorenzana, que se habia encargado de nuevo de la direccion del colegio de la Asuncion; pero el P. Gonzalez sucedió á aquel venerable apóstol, yendo á sembrar la santa palabra hasta el rio Xejuy, que desagua en el Panamá. Como los indígenas errantes de aquellas comarcas, donde aun no habia penetrado ningun español, se sorprendieran de su atrevimiento viéndole adelantar tanto sin escolta, contestó que no ignoraba que los pueblos en medio de los cuales se hallaba, se habian hecho muy formidables á los europeos; «pero ha llegado el tiempo, añadió, de someteros al suave yugo del verdadero Dios, que es el de los cristianos. Esta cruz que veis en mis manos, mas poderosa que las armas de los españoles, es mi defensa, y me basta para someteros á su imperio. Lleno de confianza en su virtud, vengo á exhortaros para que reconozcais al Dios creador del cielo y la tierra. Escuchadme; vengo á intimaros los mandatos del que, sin efusion de sangre, ha subyugado las mas poderosas naciones; yo soy su enviado, y solo tengo que dirigiros palabras de paz y de amor.» Los bárbaros escucharon al siervo de Dios; le admiraron mas y mas, y hasta le sirvieron de guias. El P. Gonzalez, despues de haber recorrido mas de cien leguas, volvió á Guazu, cuya poblacion fué cada vez mas en aumento.

Hacia siete años que el P. Torres habia fundado aquella provincia con siete religiosos, y en el año 1615, dejó ciento diez y nueve á su sucesor Pedro de Oñate, hombre de mérito, profesor de teología en la universidad de Lima, y que habia tomado parte en las mas penosas misiones del Perú. Durante su provincialato, el P. Luis Valdivia pasó á España, para defenderse de algunas falsas acusaciones que se le hicieron. Examinada su conducta, se le colmó de elogios, pero como el general de la Compañía no le permitiese volver á América, despues de haber rehusado con mucha modestia un lugar que se le ofreció en el consejo real de Indias, se retiró á Valladolid, donde se dedicó á la direccion de las almas, y escribió varias obras. Poseia tan bien tres de las lenguas que se hablaban en Chile, que publicó sus reglas elementales; muriendo en santa paz en dicha ciudad el año 1644.

Uno de los mas ilustres misioneros que tuvo bajo su direccion el nuevo provincial, fué el P. Gonzalez, del que ya hemos hablado anteriormente. Prosiguiendo sus viages apostólicos, se hizo querer tanto de los indígenas que habitaban en las inmediaciones de los pantanos de Santa Ana, rio que desagua en el Panamá, que aquellos infieles le rogaron que los reuniese en una Reduccion; pero como algunos franciscanos habian evangelizado ya la comarca, el misionero fué á Corrientes para ponerse de acuerdo sobre el particular, con los reli-

giosos de San Francisco, quienes le autorizaron para cultivar aquella viña, si ninguno de los suyos comparecia durante los seis meses siguientes. Costeando el Paraná, no tardó el P. Gonzalez en encontrar algunos indígenas armados de mazas y flechas, y cuyos cuerpos estaban enteramente pintados. Su gefe que se hacia pasar por un Dios, le preguntó como se atrevia á penetrar en un pais que no habian pisado todavía los españoles: «El europeo que hasta ahora lo ha intentado, ha sido castigado con la muerte por su osadía; si tú pretendes anunciarnos un nuevo Dios, ten entendido que aquí no hay mas Dios que yo.» Los aplausos con que fueron acogidas aquellas palabras, no arredraron al misionero. «No creas amedrentarme con tus amenazas, contestóle, porque yo soy el enviado del verdadero Dios, á quien todos los mortales deben rendir homenage; ese Dios tomó un cuerpo visible, sufrió la muerte para salvar á los hombres, resucitó despues por su propia voluntad, y ahora se halla en el reino de los cielos. Sus ministros están persuadidos de que la mayor dicha que les es dado alcanzar, es poder derramar su sangre por él. Si hubiese venido aquí para causaros daño, me veriais bien armado y acompañado; pero yo no llevo otro objeto que enseñaros á vivir como hombres, y daros á conocer los preceptos de un Dios que os hará gozar de una dicha sin fin, si le prestais la obediencia que le debeis como hijos suyos.» Tanta firmeza sorprendió á los indígenas, quienes entraron en conversacion con el misionero que les cautivó con su dulzura, de modo que muchos se hicieron sus amigos, y nadie se opuso á que prosiguiera su camino. Despues de haber prolongado por algun tiempo su escursion, regresó al punto de partida. Cuatro caciques, reunidos con sus tribus en un lugar llamado Itapua, y que en un principio le habian acogido muy mal, le abrieron despues sus brazos, y para evangelizarlos fué á pedir ausiliares á la Asuncion. Aquellos indígenas, atacados durante su ausencia por unos vecinos mal contentos, porque aceptaban la direccion del misionero, invocaron al Dios que el P. Gonzalez les habia hecho conocer, y obtuvieron una victoria que les afirmó mas y mas en su fé. Cuando aquel hombre apostólico llegó á la Asuncion, sus habitantes le recibieron con júbilo, y le dieron grandes pruebas de su admiracion y respeto, porque no podian comprender, como solo, y sin mas armas que su crucifijo, habia podido salvar unas barreras que hasta entonces habian sido consideradas insuperables. De regreso á Itapua, situado á unas sesenta leguas de la Asuncion, logró formar un numeroso pueblo; y pasando despues á los pantanos de Santa Ana, en donde los franciscanos no habian vuelto durante los seis meses que se habian prefijado, fundó allí una tercera Reduccion; pero habiéndola revindicado aunque tarde los hijos de San Francisco, se la cedió sin la menor oposicion. El gobernador del Paraguay que era cuñado del P. Gonzalez, visitó los nuevos pueblos, acompañado del servidor de Dios, y confesando que los misioneros eran mejores que los soldados para conquistar á los pueblos del Nuevo-Mundo. El P. Gonzalez logró fundar todavía otro pueblo, á cuatro leguas de Itapua; pero poco faltó que la apostasía de un cacique causára la ruina del de San Ignacio Guazu. El P. Juan Salas, encargado de aquella iglesia, no dió lugar á que el mal se hiciera incurable, sino que al dia siguiente de la desercion del cacique, sintiéndose inspirado al salir del altar, fué en busca del fugitivo, á quien habló con tanta fuerza, que el apóstata acabó por pedirle perdon de su infidelidad, y volvió al pueblo con todos los que le habian seguido.

La vida de los misioneros se pasaba así en contínuas alternativas, pero en ninguna parte eran mas frecuentes que entre los guaycurus. Los PP. Romero y Moranta, aunque protegidos por dos caciques que habian abrazado el cristianismo, mas de una vez se vieron en peligro de ser degollados. Espulsados y vueltos á llamar despues á ruegos del cacique Martin, pasaron al burgo de este gefe. Moranta fijó en él su residencia para consagrarse á la educa-

cion de los niños y de los prosélitos si se presentaba alguno. Romero penetró muy adentro en el pais, donde se granjeó de tal modo el afecto de los habitantes, que un gran número de ellos propusieron adoptarle, dándole el nombre de un antiguo cacique cuya memoria era muy venerada. Prestóse el misionero á aquella adopcion que le ponia en estado de poder asegurar la salvacion de muchos indígenas, y los milagros con que el cielo autorizaba su mision, contribuyeron por otra parte al feliz éxito de su empresa. Aquellos indígenas habian llegado á persuadirse de que el bautismo exponia á la muerte á los que lo recibian; opinion fundada entre ellos, como en varias otras comarcas americanas, en que al principio los misioneros no bautizaban sino á los moribundos, y aunque se les hacia observar que la esperiencia enseñaba lo contrario, era muy difícil desarraigar en su ánimo aquel error; pero el P. Romero obtuvo del cielo la curacion de algunos enfermos á quienes bautizó, y aquel resultado fué muy favorable al cristianismo. Otro error mas añejo y mas general todavía, era el de que las almas de los que habian llevado una mala vida, pasaban, despues de la muerte, al cuerpo de un animal venenoso ó dañino; de modo que habiéndose convertido una muger reputada hechicera, y habiendo pedido ser bautizada, muchos se opusieron á que el P. Romero le administrase el sacramento, so pretesto de que si moria cristiana y se la enterraba con los demás, su alma pasaria quizás en el cuerpo de algun tigre que desolaria el burgo; prevencion que le costó mucho trabajo al misionero poder desvanecer.

Entretanto, la necesidad cada vez mayor que tenia de apóstoles el Paraguay, habia sido espuesta á Roma por el P. Viana, hijo de una poblacion de Navarra, que lleva el mismo nombre. En vista de aquella instancia, el P. Mucio Vittelleschi, general de la Compañía, dirigió una circular á todas las casas para invitar á los jesuitas á que fuesen á compartir con sus hermanos del Paraguay los trabajos apostólicos de aquella mision, por lo que se ofrecieron muchos mas de los que se podian admitir. Treinta y siete fueron los que eligió el general, los cuales se unieron con el P. Viana, quien, siguiendo el ejemplo de S. Francisco Javier, que al partir para las Indias, se habia negado á visitar á su madre, se embarcó sin entrar en su pueblo, aunque pasó con sus compañeros por muy cerca de él. Cuando llegó al puerto de Buenos-Aires, donde ya en el año de 1608 habian desembarcado ocho jesuitas, el P. Oñate utilizó los nuevos obreros, nombrando á algunos de ellos profesores de los colegios de Buenos-Aires, Santa Fé y San Miguel; destinando dos sacerdotes á la ciudad de Esteco, muy bien situada para la comunicacion entre el Chaco y el Tucuman, y encargando á cuatro misioneros que fuesen á evangelizar á los calcaguies, que por temor á los españoles recibieron bien á los apóstoles, pero cuyo corazon permaneció cerrado al celeste rocío.

Los jesuitas del Guayra hallaban menos resistencia por parte de los indígenas; pero tenian que luchar con tres especies de enemigos. El menos temible era una enfermedad epidémica que diezmaba de vez en cuando las poblaciones; pero, si mataba los cuerpos, en cambio daba tiempo á muchas almas para convertirse. Mas sério era el peligro que se corria con los indígenas que moraban en las cercanías de Villarica, quienes abandonaban fácilmente la fé que una vez habian abrazado á causa de su roce con los estranjeros, cuyas exigencias temian. Habíase creido sustraerles de aquel funesto influjo, estableciéndoles mas allá del Paranapanè y del Pirapè, pero para huir de un mal habíase caido en otro mayor, por hallarse harto cercanos á los mamelucos de San Pablo de Piratiningua. La colonia portuguesa de San Pablo en la que los jesuitas brasileños habian fundado en un principio grandes esperanzas, habiendo sido arrastrada por el ejemplo de una colonia vecina en la que la sangre europea se habia mezclado con la de los naturales, tomaron en ella asiento las malas pasiones, siguiéndose de ello el desórden y la corrupcion de las costumbres. A los mestizos, que llamaron mame-

lucos, por alusion á los antiguos esclavos de los soldanes de Egipto, se agregaron algunos malhechores, escoria de diversas naciones, que hallaban un refugio contra la justicia en una poblacion, situada como el nido del águila en la cima de un escarpado peñasco, donde solo el hambre hubiese podido rendirles. Las coronas de Portugal reunidas entonces en una misma cabeza, estaban igualmente interesadas en destruir aquella guarida de bandoleros; pero ni el Brasil, ni el Paraguay se hallaban en estado de proporcionar las tropas necesarias para establecer un riguroso bloqueo. Por su parte los mamelucos, sin alejarse de su retiro, tenian á su alcance todas las comodidades de la vida. Respirábase en San Pablo un aire muy puro bajo un cielo siempre sereno y un clima templado; todas las tierras son allí fértiles y producen escelente trigo; abunda la caña dulce y se hallan escelentes pastos. El espíritu de libertinage y las seducciones del latrocinio, fueron pues los únicos móviles que impulsaron á los mamelucos á recorrer, como azotes devastadores, arrostrando increibles fatigas y contínuos peligros, una inmensa estension de terreno que despoblaron de dos millones de hombres. Un número considerable de entre ellos pereció en aquellas correrías que se prolongaron muchas veces por espacio de algunos años, al fin de los cuales, los que sobrevivian, hallaban muchas veces á sus compañeras unidas con otros esposos; reemplazando á los que no volvian al punto de partida, los cautivos que habian sido hechos en sus lejanas escursiones ó los indígenas que se agrupaban voluntariamente á aquella estraña república. Las Reducciones del Guayra, situadas entre los mamelucos y los españoles del Paraguay, hubieran protegido á estos, si á su vez hubiesen sido sostenidas; pero el interés cegó á los europeos, y no reconocieron las ventajas que hubieron podido sacar de aquellas, hasta que vieron despoblada toda la frontera. Los aventureros de San Pablo, encontrando por parte de los nuevos cristianos una resistencia que no esperaban, y no queriendo debilitarse á fuerza de vencer, recurrian á las mas singulares astucias; por ejemplo, en los lugares donde sabian que los jesuitas trataban de hacer prosélitos, se dejaban ver de vez en cuando en corto número precedidos por sus gefes vestidos como aquellos religiosos; plantaban cruces, hacian algunos regalillos á los indígenas que encontraban, suministraban medicinas á los enfermos, y como hablaban con facilidad la lengua del pais, les exhortaban á abrazar el cristianismo, cuyos principales artículos les esplicaban en breves palabras. Cuando por medio de sus artificios, habian logrado reunir un número regular, les proponian que fuesen á establecerse con ellos en un lugar cómodo donde nada les faltaria; la mayor parte seguian, aquellos lobos disfrazados con piel de oveja, hasta que los raptores juzgaban á propósito arrancarse la máscara. Los mamelucos ataban entonces á sus víctimas, degollaban á los que intentaban escaparse y se llevaban prisioneros á los demás; y como algunos de estos lograban librarse de la esclavitud apelando á la fuga, esparcian la alarma entre los suyos; y antes de poder hacer constar quienes eran los verdaderos culpables, muchos indígenas estaban en la creencia de que sus raptores eran los jesuitas, de modo que eran grandes los peligros que corrian aquellos religiosos en sus escursiones, ó bien les costaba mucho trabajo lograr que les siguieran los naturales. Al número de los enemigos con quienes tuvieron que luchar los fundadores de aquella república cristiana, deben añadirse además los impostores que abusaban de la sencillez de un pueblo dominado por las mas estravagantes supersticiones para seducirle y esclavizarle. Entre estos debemos citar á un indígena de la frontera brasileña, quien acompañado de un muchacho que le hacia de criado, y de una muger que le seguia, se dirigió á la Guayra, vendiendo por el camino objetos de poco valor, y á los cuales atribuia grandes virtudes. Habiendo llegado á Loreto, donde residia entonces el P. Cataldino, empezó por reunir en las márgenes del rio á un número considerable de habitan-

tes indígenas, luego se revistió con una especie de capa, formada con un tegido de plumas, y sosteniendo con una mano el cráneo de una cabra llena de guijarros, que agitaba sin cesar, se puso á cantar acompañado de aquel estraño instrumento. De vez en cuando parecia estar agitado por movimientos convulsivos, y gritaba con acento entusiasta, que era árbitro de la vida y de la muerte; que presidia á la siembra y á la cosecha, que con un soplo de sus lábios podia destruir este universo y crear otro; que era un solo Dios en tres personas, que con el fulgor de su rostro habia engendrado al muchacho que le acompañaba, y que la muger que les seguia debia su ser á uno y otro. Su semblante, el tono de su voz y sus gestos amedrentaron á los neófitos, lo que conocido por el embaucador, resuelto á llevarlos al sitio que queria, les ordenó, con las mas terribles amenazas que le siguieran. Habiendo comparecido en aquel momento el P. Cataldino, levantó mas y mas la voz, declarando que si alguno se atrevia á tocarle, haria perecer á todo el pueblo (Pl. XCII, n.º 2); pero el misionero sin darle oidos, dispuso que lo arrestasen. Al punto algunos cristianos se apoderaron de él, le quitaron sus ropas y le aplicaron algunos latigazos, los cuales bastaron para que declarase que no era Dios. Al siguiente dia se le administró la misma correccion, para obligarle á abjurar su pretendida trinidad; se encerró á la muger y al muchacho separadamente, y despues se desterró al impostor á un lugar con guardas de vista. Cuando pareció que habia abandonado sus locas ideas, se le volvió á acompañar á Loreto donde se le instruyó, y despues de largas pruebas, le fué concedido el bautismo que solicitaba con vivas instancias, y del que se mostró digno hasta la muerte por su fervor y buenas costumbres. Otros impostores parecidos al citado, imperaban fácilmente en el ánimo de los indígenas que formaban el feroz pueblo que fué encontrado en medio de intrincadas selvas por los neófitos de los PP. Montoya y Diego de Salazar. Aquellos hombres se agujereaban los lábios para introducir en ellos algunas piedrecitas que creian les iban muy bien; sus cabañas eran tan bajas, que no podian estar en ellas de pié; no tenian ninguna palabra para espresar la divinidad y solo adoraban al trueno. Los cristianos lograron ganar á setenta y tres, que los siguieron en sus burgos; pero el cambio de alimento les causó algunas enfermedades de que murieron, á escepcion de cuatro, en menos de un año, dando gracias á Dios por la merced que les habia concedido. Hasta entonces no se admitia en la santa mesa de la iglesia de Guayra á los neófitos, sino por causa de muerte; pero despues fueron admitidos los que habian sufrido siete años de prueba á contar desde el dia de su bautizo. Se juzgó necesario aquel largo intérvalo, á fin de asegurarse de su constancia y ponerles en estado de formarse una grande idea de la dignidad del augusto sacramento, inspirándoles un vivísimo deseo por aquel celeste alimento. Muchísimos hicieron acciones heróicas para que cesase aquella privacion. Como lo mas costoso para aquellos pueblos era la humillacion, se echaba mano de aquel flaco para esperimentarles, y casi todos los verdaderos creyentes resistian aquella prueba con un valor que no era dado esperar. Cuando se les advertia que se preparasen para recibir el pan de la vida, se disponian á verificarlo con todos los ejercicios de piedad y penitencia que se puede imaginar, sobre todo, por medio de ayunos, de modo que algunos de ellos llegaban al estremo de pasar dos dias sin tomar nada. Conocida su voracidad y la facilidad con que dijieren, se puede apreciar cual era su ardiente deseo de poder recibir el maná eucarístico. Así es que, los frutos que sacaron con tan laudable proceder llegaron á hacerles desconocidos á sus propios pastores.

Despues de haber permanecido algun tiempo en las tierras cercanas al Paraná, el P. Romero, acompañado del P. Santacruz, fué á fundar la Reduccion de Yaguapua, que dejó al cuidado del P. Urvenia, mientras que él evangelizaba á los indios de cien leguas á la redonda. Por su parte, el P. Gonzalez, emprendió una nueva mision en el Uruguay, autorizado por

el P. Oñate. Al llegar, acompañado de algunos neófitos escojidos al rio Aracana, un gran número de indígenas, que iban desnudos de piés á cabeza, salieron á su encuentro, gritándole de lejos que no pasára adelante, pues de lo contrario le costaria la vida. Contestó el apóstol que no habia andado un camino tan largo para volverse de aquel modo; que venia de parte del Creador de cielo y tierra, y que seria indigno de llevar el título de su enviado, si el temor de la muerte le impidiese ejecutar las órdenes que habia recibido. (Pl. XCIII, n.° 1.) Aquellas breves palabras, y el ánimo resuelto de Gonzalez sorprendieron á los bárbaros, quienes permanecieron inmóviles. Acercóse á ellos, expúsoles los principales puntos del cristianismo, y si no logró persuadirles, calmó al menos su furor, retirándose los bárbaros, profiriendo únicamente algunas amenazas. Cuando hubieron desaparecido, los neófitos hicieron presente al misionero que yendo mas lejos se esponia sin utilidad á una muerte segura, y le suplicaron que no aguardára para retirarse cuando le hubiesen cerrado el paso. Por toda respuesta Gonzalez les despidió á todos, quedándose únicamente con dos niños que no quisieron abandonarle. Pasó la noche con ellos en un bosquecillo, en donde al siguiente dia ofreció los divinos misterios para la salvacion de los infieles cuya escursion iba á emprender. En aquel mismo dia recibió la visita de un cacique que prometió protegerle contra cualquiera que quisiera insultarle, y aquel gefe, habiendo ido á encontrar á otros, les invitó á que fuesen con él á escuchar un hombre estraordinario, cuyas miras parecian enteramente pacíficas. Cuando se hubieron reunido al lado del servidor de Dios, éste les esplicó el objeto de su viage, y el mas poderoso de aquellos gefes, llamado Niezu, le invitó á que le acompañára hasta su burgo, situado á dos leguas del Uruguay. Gonzalez, á quien escucharon con respeto, plantó allí una cruz al pié de la cual todos se prosternaron siguiendo su ejemplo; despues adelantó hasta un lugar llamado Ibitaragua en donde el dia 8 de diciembre del año 1620, echó los fundamentos de un pueblo que fué llamado la Concepcion. Habiendo sabido que Niezu estaba amenazado á causa de él, y que la cruz plantada en su burgo habia sido quemada, fué á encontrar al autor de aquel atentado, quien, dominado por su ascendiente prometió permanecer tranquilo. Mas tarde fué tambien en busca de otros indígenas que habian declarado la guerra á Niezu; su sola presencia logró dispersarles, y entonces regresó á la Concepcion donde consolidó su naciente establecimiento.

En aquel año tuvo lugar la division de dos provincias del Paraguay y del Rio de la Plata, separadas por el Tebiquari, y la creacion de la sede episcopal de la ciudad de Buenos-Aires, declarada capital de la segunda de dichas provincias. El rey de España presentó para ocupar la nueva sede á Pedro de Carranza, hijo de Sevilla, religioso carmelita, doctor en la universidad de Osuna y célebre predicador; pero este prelado, preconizado en 6 de abril del año 1620, no pudo tomar en seguida posesion de su obispado. Dispúsose mas tarde que las nuevas poblaciones del Uruguay dependerian en lo espiritual del obispo de Buenos-Aires, al paso que las del Guayra y del Paraná perteneceriаn á la diócesis de la Asuncion. Esta última ciudad, molestada incesantemente por los guaycurus, solo veia en la religion el modo de llevar á buen camino á aquellos bárbaros; así es que, obtuvo del provincial de los jesuitas que le enviase al P. Orighi en reemplazo del P. Romero, ocupado útilmente en otra parte; pero el único consuelo que tuvo el misionero fué poder bautizar en sus últimos momentos de existencia al cacique Martin, que siempre se habia mostrado rebelde á la gracia. Aunque su hijo, del mismo nombre, y buen cristiano, le sucedió, no bastó su buen ejemplo para convertir á sus súbditos, de modo que, viendo el P. Orighi que eran infructuosos todos sus esfuerzos, resolvió ir en busca de corazones menos empedernidos. Tambien los calcaguies continuaban mostrándose rebeldes á la gracia.





CAPÍTULO XVII.

Misiones de los religiosos de Santo Domingo, de la Merced, de San Francisco, de San Agustin y de San Ignacio en el Peru. Santo Toribio y Santa Rosa de Lima.

El vasto teatro en el que hemos visto desplegar el celo de los misioneros de diferentes órdenes religiosas, pertenecia á la América española. Para completar el cuadro de la propagacion de la fé entre los indígenas á quienes tambien la España llevaba los beneficios de la civilizacion, nos falta hablar del Perú y del nuevo reino de Granada.

Conforme á las sábias previsiones del santo padre Pio V en favor de los peruanos, aquellos indígenas cristianos ó todavía infieles, debian ser conservados en una libertad natural, siendo una obligacion por parte de los ministros del Evangelio de protegerles contra toda violencia que pudiese apartarles del cristianismo. Pio V dispuso que los misioneros procurasen reunir en burgos á las familias errantes ó dispersas por bosques y montañas, á fin de que fuese menos difícil civilizarlos é instruirlos en el dogma; pero prohibió que se empleasen las amenazas ó la violencia para obtener aquel resultado, lográndolo únicamente por medio de los ruegos, la predicacion y la penitencia que tarde ó temprano da sus frutos. Respecto á aquellos que, mas endurecidos en las antiguas supersticiones, persistieran en rehusar la divina palabra, el pontífice autorizó á los obispos y demás depositarios de la autoridad, que les obligasen al menos á vivir conforme á la ley natural, evitando todo lo que degrada la humanidad y deshonra la razon, como los sangrientos sacrificios de víctimas humanas, que se veian perpetuar en las mas apartadas y menos conocidas comarcas, mas allá de la línea equinoccial. Felipe II para hacer observar aquellos reglamentos de Pio V y los suyos propios, en favor de los indígenas, renovó de una parte, la prohibicion de molestar ó de permitir que molestáran á los peruanos, y eligió de otra, algunos misioneros, á quienes confirió el título y los poderes de *protectores reales de los indios*. Tal fué, además de Gaspar de Carvajal, el dominico Francisco de San Miguel misionero en Haiti y Méjico, antes de ser llamado al Perú, en donde ausilió admirablemente á Pedro de La Gasca. Le aconteció en aquella época una aventura que merece ser referida. Portador de despachos del presidente, fué arrestado en el puerto de Piura; pero pudo burlar la vigilancia de los rebeldes y se refugió en el valle de los Olmos, situado en las cercanias. Huyendo asi de la muerte de un lado, se esponia á recibirla de otro, porque la ferocidad de los naturales, no era menos peligrosa que la animosidad de los europeos; mas Dios que velaba por su siervo, permitió que un indígena que cazaba en el valle, viese al estrangero y se acercase á él. Algunas palabras benévolas que le dirigió el misionero, bastaron para inspirarle el sentimiento de la humanidad, y el salvage ofreció al desconocido agua y maiz y le convidó á abrigarse bajo su techo. Aquella buena acojida, decidió al P. Francisco de San Miguel á confesar á su huésped que se veia obligado á ocultarse, y el caritativo indio se comprometió á darle hospitalidad todo el tiempo que le fuese necesario. En recompensa de tan noble accion, tuvo la dicha de abjurar el culto del Sol y reconocer á Jesucristo. Al cabo de un año, todos los miembros de la familia, instruidos en las verdades de la fé, recibieron el bautismo de manos del religioso, y despues de la pacificacion, obtuvo del presidente La Gasca, que, el indígena y sus hijos quedasen libres de ciertos impuestos que tenian que satisfacer los demás peruanos. Declarado « protector real de los indios » en el Perú, no siempre sus esfuerzos en defenderles lograron un cumplido éxito; pero su buen celo le mereció la confianza de los naturales que empleó en la propagacion de la fé. Testigos de los grandes frutos de sus predicaciones, sus hermanos en religion del convento de Lima, lo agregaron á su casa en el año 1548, á fin de fijarle en el pais, donde llenó sucesivamente todos los cargos de la

provincia dominicana de San Juan Bautista, que en un capítulo de la órden, propuso dividir en tres provincias, cuyos superiores podrian apreciar mas fácilmente las necesidades del pueblo. Desmembráronse en efecto las dos terceras partes de los conventos, y con una parte se formó la provincia de Quito y con la otra la de Chile. El mismo capítulo á propuesta del P. Francisco de San Miguel, cimentó la union ya establecida entre los religiosos de Santo Domingo, San Francisco y San Agustin, dependiendo en mucho la conversion de los indígenas, de la concordia que veian reinar entre los ministros encargados de su instruccion. Francisco de San Miguel, pasó á mejor vida en el mes de junio del año 1577.

Una vez establecidos los monasterios, universidades y escuelas en el Perú, preparábanse en ellos los misioneros con mucho mas provecho que en Europa, atendida la facilidad de poder aprender la lengua de los naturales, y conocer la índole y carácter de los indígenas, á quienes debian convertir. El dominico Antonio de Figueroa, hijo del Perú, contribuyó poderosamente á la propagacion de la fé con los escelentes discípulos que sacó, en calidad de prior ó maestro de novicios del convento del Rosario de Lima. Un obispo de la Concepcion, en Chile, decia de este religioso, muerto en Cartagena en el año 1569, que le estaba tan obligado por la educacion que habia recibido de él, como á sus propios padres á quienes debia la vida. Alfonso de La-Cerda, hijo de Cáceres, en Estremadura, que habia ido al Perú impulsado por su deseo de viajar, y que vistió el hábito de Santo Domingo en el convento del Rosario en el año 1545, debia seguir una carrera mas dilatada. Despues de haber ejercido su celo en nombre de Dios, no lejos de Panamá y en Arequipa, donde se hallaba en los años 1557 y 1561, gobernó el convento donde habia profesado, y en donde la mayor parte de los misioneros, postrados por las fatigas de su apostolado, iban á terminar sus dias, fundando allí una hermandad para atender á las necesidades de aquellos veteranos de las misiones. Fué elegido provincial en el capítulo del año 1569, célebre no solamente porque se acordó en él que los monasterios y casas de doctrina ó instruccion, situados en el nuevo reino de Granada, formarian, bajo el nombre de San Antonino, una provincia independiente de la de San Juan Bautista, sino porque se redactaron en el mismo algunos reglamentos muy sábios para la eleccion de los misioneros. Dispúsose que todos los dominicos que quisiesen entrar en aquella carrera, tendrian que sujetarse á exámenes rigurosos, semejantes á los que varios prelados del Perú ya habian prescrito en sus diócesis, cuando se trataba de conferir un curato á los indígenas. Como la mayor parte de los nuevos convertidos, hallándose apartados de toda iglesia, no podian recibir ni la santa palabra, ni los sacramentos, Gerónimo de Loaysa, arzobispo de Lima, fundó otras nueve casas de instruccion, que el P. La-Cerda aceptó y confió á ministros de reconocida capacidad; el mismo visitó hasta las mas pequeñas casas de doctrina, donde desempeñaba las funciones de catequista para asegurarse del grado de instruccion de los neófitos. Al propio tiempo reanimó de aquel modo el celo de los misioneros, renovó el amor á la sencillez evangélica, manifestando su complacencia en ver las casas de su órden sin supérfluo y sin rentas, pero convenientemente dispuestas y adornadas las iglesias. Nombrado en el año de 1573, definidor general del capítulo de la órden convocado en Roma, y procurador de su provincia, fué un constante protector de los indígenas así con el Papa como con el rey de España, Felipe II que le apreciaba, le propuso entonces para la sede de Honduras, establecida en el año 1539 y que habia tenido por titulares á Juan de Talavera, Cristóbal de Pedraza, y Gerónimo de Corella, el primero y último religiosos gerónimos. Lo mucho que hizo Alfonso de La-Cerda en esta diócesis, fué causa de que se le trasladára á la sede de la Plata de los Charcas, como verémos mas adelante.

Tomás Garcia de Toledo, hijo de Oropesa, en Castilla la Nueva, llegado á Méjico en el

año 1535, con el virey Antonio de Mendoza, habia tomado en la ciudad de Méjico el hábito de Santo Domingo que como Alfonso de La-Cerda debia honrar al Perú. A instancias de su familia, en un principio fué vuelto á enviar á España en donde fué el director de Sta. Teresa. Las frecuentes conversaciones que tuvo con la sierva de Dios hasta 1569 y la vida penitente que llevaba en el convento de Talavera, centro de una naciente reforma, le dispusieron á recibir nuevas gracias para la salvacion de los indígenas de América. Francisco de Toledo, su primo hermano, habiendo sido nombrado virey del Perú, volvió á conducirle allí, y quiso que le acompañase en la visita que hizo á varias provincias de aquel imperio. El P. Garcia, ausiliado de algunos misioneros, reunió entonces á varios indígenas recientemente convertidos, á cuarenta leguas de Lima, en un lugar donde el virey construyó una villa que llamó Oropesa, en memoria de la que habia visto nacer al siervo de Dios (1). En el año 1577, la provincia de San Juan Bautista, habiendo elegido provincial al P. Garcia, su nuevo ministerio le impuso el deber de proseguir sus viages, aprovechándolos muy bien para mantener el espíritu de las misiones entre sus hermanos. A fin de quitarles toda tentacion de codicia, hizo leer en el mismo capítulo que le habia elegido, un breve de Pio V, disponiendo que los religiosos que regresasen del Perú á España, no pudiesen llevar mas dinero que la suma fijada para el viage por el P. provincial, conforme al espíritu de la pobreza religiosa. Su principal ocupacion fué atender á las necesidades espirituales de los indígenas. El solo convento del Rosario, en Lima, proporcionaba, independientemente de los profesores de la Universidad, un gran número de obreros evangélicos á todos los pueblos de la diócesis; de modo, que sin hablar de los que en diferentes localidades, continuaban instruyendo á los nuevos convertidos, se contaban otros doscientos, especialmente destinados á combatir la idolatría. El deseo de multiplicar los misioneros, hizo que el P. Garcia fundase algunos nuevos conventos y reparase otros antiguos. Merced tambien á su intervencion, la universidad de Lima que ocupaba una parte del convento del Rosario, turbando el concurso de los estudiantes el silencio del claustro, fué trasladado á otro edificio, sin que el superior del convento perdiera las prerogativas que se le habian concedido cuando la fundacion de la universidad, estableciendo además algunos profesores especiales para los jóvenes religiosos. En el año 1581, época en que acababa su provincialato, regresó con Francisco de Toledo á España, donde fué á aguardar en el convento de Talavera, la muerte que debia coronar su útil carrera.

Francisco de Sanabria, de la misma órden, y uno de los compañeros de S. Luis Bertran, habiendo ejercido primero las funciones del misionero en el nuevo reino de Granada, donde evangelizó á los idólatras de la provincia de Tunja (1), pasó al Perú en el año 1569, multiplicó las conversiones en Lima con su elocuencia, y consagró sus últimos años á la dió-

(1) Esta villa que andando el tiempo llegó á ser capital de la provincia de Cochabamba, está situada á unos 120 kil. S. E. de la Paz á orillas de un pequeño afluente del Guapey en un ameno y fértil valle. Entre sus habitantes, que se cuentan hoy dia unos 18,000, se encuentran todavía á muchos descendientes de los primeros conquistadores del Perú. En la provincia de Quispicanchi y cerca de una laguna llamada la Mohina, existe en el Alto Perú otro pueblo que lleva el mismo nombre de Oropesa. Ignoramos si debió su nombre al propio P. Garcia ó á su primo el virey en recuerdo de su familia; pero es indudable que su fundacion data de los primeros tiempos de la conquista, á juzgar por algunos restos de antiguas construcciones. Este pueblo es famoso por hallarse en sus inmediaciones, al pié de un cerro llamado Rumicolca, las ruinas del palacio del 14° Inca del Perú llamado Huascar, hijo de Huayna-Capac, que empezó á reinar en el año 1526 y fué depuesto por su hermano Atahualpa en 1532 y muerto al fin del mismo año, de edad de 31 años. Es fama, entre los naturales del pais, que en el centro de aquel monte quedaron ocultos los inmensos tesoros de los monarcas del Perú, cuando los españoles lo conquistaron; pero cuantas pesquizas se han hecho hasta el presente no han dado ningun resultado. (Nota del Trad.)

(1) La provincia de Tunja, asi como su capital, que lo fué del departamento de Boyaca (Colombia) tenian muchas riquezas, cuando Quesada, uno de sus conquistadores, entró en ella. En la capital ha habido hasta estos últimos tiempos cuatro conventos y un colegio, la mayor parte de sus habitantes adolecen desde tiempo inmemorial de la enfermedad de paperas y tiene en sus inmediaciones unas fuentes muy celebradas por dar agua caliente durante la noche y sumamente fria durante el dia. (Nota del Trad.)

cesis de Panamá, donde murió en el año 1588. En el mismo año terminó tambien su carrera Juan de Villalobos, á quien Cárlos V habia nombrado obispo de Cartagena, aunque no tuvo efecto aquel nombramiento; entrando en la órden de San Francisco de la que pasó á la de Santo Domingo. Enviado á las misiones del Perú, fué destinado, sobre el año 1553, á la ciudad de Guamangua, en los límites de cuyo territorio ejerció el apostolado por espacio de treinta y tres años. Algunas revelaciones proféticas ilustraron á las veces su ministerio. Un dia que predicaba en la iglesia de Santa Ana, sobre la necesidad de la caridad fraternal, viendo sordos á sus oyentes á la voz del Espíritu Santo, esclamó: «Grande es vuestra culpa y no quedará sin castigo: procurad al menos que sirva á vuestra penitencia el azote que Dios os enviará. Hoy mismo, esta tarde, á las cinco descargará sobre esta poblacion una tempestad tan violenta, como no haya memoria de otra igual.» En efecto, á la hora señalada, el fuego del cielo sembró el luto en la poblacion, un diluvio de agua se precipitó sobre las casas que pronto fueron inundadas; las iglesias se llenaron de gentes implorando misericordia; catástrofe espantosa, pero eficaz, que acreditó la palabra del predicador, cuya muerte, acontecida en el año 1586, fué muy llorada por los habitantes de Guamangua. La misma provincia fué teatro de los esfuerzos de Domingo de Montenegro, español, que en sus mocedades llegó al Perú, y fué admitido en la profesion religiosa en el convento del Rosario de Lima. Aunque los habitantes de aquel pais de un natural muelle y perezoso, eran capaces de desanimar á los ministros de Jesucristo, Montenegro sostuvo, con el ejemplo de su paciencia, el ánimo de los que evangelizaban con él. A diez leguas de Guamangua está la poblacion de Guancavilca en la que los dominicos tenian un convento, pero sin iglesia. El misionero estuvo encargado de construir una; y aunque agobiado bajo el peso de la vejez y de las enfermedades, fué á recojer las limosnas necesarias y puso en seguida mano á la obra, porque segun dijo, el tiempo apremiaba, ya para preparar un tabernáculo al sacramento de nuestros altares, ya para disponer su propia sepultura. En efecto, al siguiente dia de haber sido depositado el pan eucarístico en la nueva iglesia, Montenegro entregó su alma al Criador. Era el 8 de julio del año 1596. El dominico Bartolomé de Vargas, ejerció tambien por mucho tiempo el ministerio apostólico de la parte septentrional del Perú, particularmente en la ciudad de Trujillo y en el valle de Chicama (1). Su natural bondadoso le ganaba todos los corazones, y tuvo la dicha de regenerar un gran número de infieles con las aguas del bautismo. Postrado por una grave enfermedad, y conociendo que se acercaba su fin, se puso en camino, aunque sumamente débil, para dirigirse al convento, que distaba cinco leguas del lugar en que se hallaba. A ejemplo de su bienaventurado patriarca, y por órden del superior que recibió su confesion general, declaró en presencia de todos sus hermanos que, por una misericordia especial de Dios, le habia sido dado poder conservar el tesoro de su virginidad hasta aquel último momento. Dió de nuevo gracias al Autor de tantas mercedes y se durmió en el sueño de los justos el dia 28 de julio del año 1598.

Este misionero tuvo por émulo en una comarca vecina, á Juan Ocampo, hijo de padres nobles españoles, que habia vestido el hábito de Nuestra Señora de las Mercedes. Este apóstol de Jesucristo, tenia el don de cautivar los corazones con los bellos sentimientos de que rebosaba el suyo; lloraba amargamente por los que mas endurecidos estaban en el pecado, y cuando su dulzura lograba cautivarles, se encargaba de satisfacer por ellos la penitencia que reclamaban sus graves culpas.

(1) Este fértil, estenso y hermoso valle del Perú, situado á unos 32 kil. de Trujillo, era uno de los mas poblados de indios cuando la conquista por los españoles. El convento de dominicos, que mas tarde fué priorato y casa de novicios, que en el año 1540 fundó Fr. Domingo de Sto. Tomás, y en el que se formaron tantos famosos apóstoles de Jesucristo, con las viscisitudes de los tiempos fué abandonado y hoy dia está completamente arruinado. (Nota del Trad.)

Semejante caridad ablandaba los corazones mas empedernidos, y con la gracia, que solo puede moverlos, Ocampo esperaba admirables conversiones. El espíritu de las tinieblas sucitó la calumnia contra él; pero únicamente opuso la paciencia. Mal informados ó intimidados sus superiores, le prohibieron salir del convento, y predicar por algun tiempo; pero no tardó el cielo en tomar su defensa; su inocencia fué reconocida y le fué permitido que fuese con su compañero á anunciar el Evangelio á los indígenas de toda la provincia. Este religioso terminó santamente su existencia en el convento del Cuzco, en el año 1599. Otro religioso de la Merced, Juan de Vargas, nacido en Jerez de Andalucia, habia sido destinado por el provincial de Castilla, á evangelizar la Tierra-Firme. En su primer viage, fué puesto á dura prueba su valor. A la vista de una isla que parecia cercana á Panamá, una tempestad dispersó la flotilla; el buque en que iba Vargas tuvo tronchados los mástiles, desgarradas las velas y rotas las cuerdas; los marineros y pasageros en el momento del naufragio, se cogieron de todos aquellos objetos que consideraron les librarian de ir á fondo, aconsejando al misionero que á su vez cogiese una tabla, y se quitase el hábito cuyo peso contribuiria á su perdicion; pero el religioso sin atender á aquellos consejos, prefirió entregarse en manos de la Providencia. Habiéndose sumergido el buque con todos los que no habian tomado ninguna precaucion, otro buque que cruzaba cercano pudo recoger á los náufragos, que se sostenian con los cofres, tablas, etc.; pero como no pareciese Juan de Vargas, creyósele sumergido y se vituperó su conducta por no haber querido despojarse de sus hábitos religiosos. Mas no tardaron en cambiar de lenguaje, porque cuando se acercaron á tierra, se le vió arrodillado en la playa, fijos los ojos al cielo, y teniendo en la mano el crucifijo que abrazaba en el momento supremo del peligro. La tripulacion no dudó que el Todopoderoso para recompensar su fé, habia consolidado las aguas, y el escribano del buque estendió un testimonio del milagro, que admirados suscribieron todos los pasageros. Este estraordinario prodigio, verificado á la vista de los indígenas, todavía infieles, abrió un ancho campo al misionero; no obstante, su modestia se alarmó por los honores que se le prodigaron en Panamá y paises vecinos; pero se aprovechó de su ascendiente para operar numerosas conversiones. Dios le reservaba una mision especialísima. Los españoles habian hecho venir del Cabo Verde y del resto de Africa, un gran número de negros para emplearlos en las minas y otros trabajos penosos; pero seducidos por los estrangeros que miraban con envidia la prosperidad de España, abandonaron sus trabajos y huyeron con sus mugeres é hijos á los bosques y montañas, renunciando muchos de ellos á la fé que acababan de abrazar. Una buena parte de ellos se agregó á sus seductores, que se les conocia con el nombre de corsarios ingleses é irlandeses, acostumbrados, como aves de rapiña, á saquear las costas de las posesiones españolas. En vano se les ofreció con el olvido de lo pasado, una plena y entera libertad: continuaron con sus pérfidos maestros sus robos, saqueos y asesinatos. Creyóse entonces en España y en Panamá, que el misionero Juan de Vargas era el único capaz de hacer entrar en el deber, á unos rebeldes que conocian su santidad, y que mas de una vez habian sido objeto de su ardiente caridad. Provisto de ámplios poderes, y acompañado de un solo español, fué á encontrarles en las montañas de Vallano. El mismo dia de su llegada celebró los divinos misterios; al sonido de la campana, algunos negros que habian permanecido fieles al cristianismo, se reunieron en la capilla, y quedaron agradablemente sorprendidos al volver á ver á un hombre á quien siempre habian respetado. Terminada la misa le rodearon no sin otro objeto que de renovar los testimonios de la veneracion que profesaban á su persona: Juan de Vargas, por su parte, obró con prudencia, puesto que sin hablarles de su rebelion, manifestóles que su

mayor satisfaccion seria poder contribuir á su salvacion. En los siguientes dias, los negros acudieron en mayor número; escucharon sus sermones, y mostráronse movidos por sus palabras, por manera, que en pocas semanas les preparó no solo para volver á abrazar los ejercicios espirituales que habian practicado desde su bautismo, sino para entrar de nuevo en el servicio de sus amos, de cuyo buen trato les salió garante. No faltaba mas que señalar el dia y el modo como se llevaria á cabo aquella prudente resolucion, cuando, durante la celebracion de los santos misterios, una partida de tropa española, que ignoraba sin duda ó la comision del religioso, ó la disposicion en que se hallaban los fugitivos, les hizo fuego, matando á algunos é hiriendo á otros, retirándose apresuradamente para no verse envuelta por la multitud de los negros de las inmediaciones, que al oir el fuego acudió al ausilio de sus compañeros. Aquel hecho costó la vida al bondadoso misionero; porque creidos los negros de que el que veneraban como á un amigo de Dios y á su apóstol, era un emisario de los españoles, encargado de cautivarles con sus predicaciones para hacerles caer en el lazo, se arrojaron furiosos sobre él, le ataron al tronco de un árbol, y le hicieron servir de blanco á sus envenenadas flechas. (Pl. XCIII, n.º 2.) Como si aquel suplicio no hubiese sido bastante rápido para satisfacer su venganza, le ahorcaron, no separándose de su lado hasta que le hubieron visto espirar. Treinta dias despues de aquella cruel ejecucion, el consejo de Panamá, ansioso por saber el resultado de la comision dada al P. Vargas, envió una compañía de soldados en su busca, permitiendo Dios que fuese hallado el cuerpo del mártir colgado aun del árbol, sin ninguna señal de descomposicion y como si hubiese muerto el mismo dia. Fué trasladado á la ciudad de Panamá, en donde se le recibió con pompa, invocando á Juan de Vargas como un mártir de Jesucristo, por los muchos milagros que despues se operaron junto á su tumba. Lo mas admirable es, que sabedores mas tarde los esclavos fugitivos, de que el misionero era inocente de la traicion por la que le habian condenado á muerte, regresaron de motu propio á las casas de sus antiguos dueños, á quienes sirvieron en adelante con la mayor fidelidad. Este tierno episodio, tuvo lugar segun los cronistas, á fines del siglo XVI.

Férot coloca en el año 1599, la muerte del bienaventurado Juan Bernardo, que habia abrazado la órden de San Francisco, en calidad de hermano lego, y que por su gran celo por la fé, fué destinado por sus superiores á las misiones peruanas. Acompañando algunos sacerdotes de su órden que recorrian el territorio de Charcas, unos indígenas idólatras le prendieron, y le hicieron sufrir un martirio que el cielo ha hecho para siempre memorable por el prodigio que le siguió. Los salvages lejos de mostrarse agradecidos al ministerio pacífico que ejercia el hermano Bernardo, é irritados porque combatia sus supersticiones, le ahorcaron en un árbol, y como el nudo corredizo no cegase enteramente su garganta, continuó predicándoles el cristianismo por espacio de tres dias y tres noches. Aquel sorprendente espectáculo hubiese debido abrir los ojos á los indígenas; pero lejos de esto, acrecentóse su furor, viendo que aun en aquel estado vituperaba sus groseros errores, indicándoles los medios de aprovecharse de la redencion, y para reducir al silencio al apóstol de Jesucristo, le descolgaron del árbol y arrancaron el corazon del mártir, cuyo cuerpo fué abandonado en aquel mismo lugar. Férot admite que aquellas preciosas reliquias fueron recogidas y custodiadas en la ciudad de la Plata.

Entre todos estos misioneros, cuyos trabajos indicamos rápidamente, el hombre apostólico por escelencia, se nos aparece en la misma sede de la capital del Perú. Privada la iglesia de Lima desde el año 1575, de su primer arzobispo, vióse al cabo de seis años indemnizada de aquella viudedad, por la eminente santidad del sucesor de Gerónimo Loaysa, S. Toribio Alfonso de Mogrobejo, nacido en el año 1538, en un pueblo de la diócesis

de Leon. Desde su infancia habia mostrado una decidida aficion á la virtud, y un estremo horror al pecado. Refiérese que siendo todavía muy jóven, un dia encontró á una pobre muger dominada por la cólera, con motivo de haber sufrido una pérdida, y despues de haberle hecho presente con cariño la falta que cometia, para apaciguarla le dió el valor de la cosa perdida. Tenia una gran devocion á la Santísima Vírgen; todos los dias rezaba su oficio y rosario, y en su honor ayunaba todos los sábados. Mientras frecuentó las escuelas públicas, se privaba de una parte de su comida, aunque era muy frugal, para dársela á los pobres, y mortificaba de tal modo su cuerpo, que fué preciso que sus maestros le ordenasen la moderacion. Entró en estudios mayores en Valladolid, y fué á terminarlos en Salamanca. Felipe II que le conoció en edad temprana, hacia mucho caso de él, y le nombró primer magistrado de Granada, cuyo cargo desempeñó Toribio por espacio de cinco años con una integridad, prudencia y virtud, que le valieron el aprecio general, preparando Dios de este modo, las sendas que debian conducirle á los mas altos puestos de la iglesia. El Perú pedia un primer pastor verdaderamente animado del espíritu de los apóstoles, y viendo que la gracia lo habia formado en la persona de Toribio, único capaz de procurar la rápida conversion de los infieles, el rey le nombró arzobispo de Lima. Consternado Toribio cuando supo aquella resolucion, se arrojó á los piés de un crucifijo, y derramando copiosas lágrimas, rogó á Dios que le librase del enorme peso que querian imponerle, y que no podria resistir; escribió al consejo real para manifestar su incapacidad con los mas vivos colores, y recordar que los cánones de la iglesia prohiben espresamente que los laicos puedan ser revestidos de la dignidad episcopal; pero fueron inútiles todos sus ruegos, y fué preciso que su humildad consintiese en acceder á la voluntad del rey. Toribio quiso recibir las cuatro órdenes menores en cuatro diferentes domingos, á fin de tener tiempo para prepararse por medio de los egercicios; despues recibió las otras órdenes, y fué consagrado obispo en Sevila, en el mes de agosto del año 1580, embarcándose el año siguiente para el Perú, y llegó á Lima cuando contaba cuarenta y tres años. Una diócesis cuyas costas tenian una estension de ciento treinta leguas, y que contenia además de muchas ciudades, un número considerable de pueblos y aldeas, dispersos en ambas vertientes de los Andes, ofrecia un ancho campo á su infatigable celo. Apenas reposado de su largo viage, empezó la visita, y viósele trepar por las escarpadas montañas cubiertas de hielo y nieve, á fin de llevar la santa palabra á las humildes cabañas de los indígenas. Casi siempre viajaba á pié, y como los trabajos apostólicos fructifican tanto mas, cuanto mas secundados están por Dios, oraba y ayunaba incesantemente para alcanzar la divina misericordia á favor de las almas que le habian sido confiadas. El fervor de sus predicaciones estaba sostenido con la fama de sus milagros y el don de las lenguas; porque si bien no hablaba comunmente mas que español, dirigiéndose á pueblos tan diversos, todos le entendian tan perfectamente como si les hablára en su propio idioma. En todas partes ponia pastores prudentes y celosos, y procuraba el socorro de la instruccion y de los sacramentos, hasta á los que moraban entre los mas inaccesibles peñascos. Persuadido de que la conservacion de la disciplina influye muchísimo en las buenas costumbres, puso todo su ahinco en mantenerla en su diócesis, á cuyo efecto dispuso que cada dos años se celebrasen en lo sucesivo sínodos diocesanos, y cada siete sínodos provinciales. En efecto, si la celebracion de los concilios provinciales, que como un deber impusieron los padres del de Trento á todos los metropolitanos, siempre es útil en la iglesia católica, su necesidad es mucho mas evidente en los paises donde la religion comienza á echar sus raices. Sobre todo en aquellas nacientes iglesias era de suma urgencia, que los primeros pastores pusieran de comun acuerdo todos los medios que les

sugeriera su prudencia, para estirpar los restos que pudiesen quedar de antiguas supersticiones y costumbres paganas; á esa prudencia debian unir su autoridad para suprimir los escándalos, y corregir los abusos tolerados ó permitidos por los ministros del error, y para establecer la uniformidad en la administracion de los sacramentos á los cristianos. Abrazando las diócesis americanas inmensas comarcas, las sedes episcopales se hallaban muy apartadas las unas de las otras, y aquella distancia ponia á los obispos en la imposibilidad de consultarse en caso necesario; motivo de mas para que los sufragáneos pasasen voluntariamente á Lima, á ruegos de su metropolitano, para resolver los casos raros y establecer reglas comunes de práctica é instruccion. Santo Toribio no pudo reunir á sus sufragáneos mas que tres veces, esto es: en los años 1582, 1591 y 1601; pero reunió catorce veces á los ministros de segunda órden en otros tantos sínodos diocesanos. Las decretales de los tres concilios provinciales, son consideradas como oráculos, no solamente en el Nuevo-Mundo, sino tambien en Europa y hasta en la misma Roma. Toribio para perpetuar su celo y caridad, fundó algunos seminarios, iglesias y hospitales, sin permitir no obstante, que su nombre fuese continuado en las actas de fundacion. Habiendo atacado la peste á una parte de su diócesis, se privó de lo necesario, á fin, de poder atender á las necesidades de los desgraciados; encargó la penitencia como único medio de apaciguar la cólera celeste, asistió á las rogativas derramando abundantes lagrimas y con los ojos fijos en el Crucifijo, se ofreció á Dios para la conservacion de su rebaño. A estos actos religiosos añadió las rogativas, los ejercicios espirituales y los ayunos estraordinarios que continuó mientras duró la peste. Despreciaba los mas grandes peligros, cuando se trataba de procurar á un alma el mas pequeño consuelo espiritual, y entonces veíasele recorrer sin temor las mas espantosas soledades, habitadas por tigres y leones. Si se le hacian presentes los riesgos á que esponia su existencia, contestaba que, habiéndose dignado Jesucristo descender de su trono celestial para la salvacion de los hombres, bien debia un simple pastor estar dispuesto á sufrirlo todo para su mayor gloria. Por tres veces hizo la visita de su diócesis, durando la primera siete años, cinco la segunda y la tercera un poco menos. Asegúrase que administró el sacramento de la confirmacion á mas de un millon de neófitos, pero todavía fué mucho mas considerable el número de los infieles que abrazaron la fé por conducto de su ministerio ó por los buenos oficios de sus misioneros. Cuando iba de viaje siempre rezaba ó bien se ocupaba en cosas espirituales; su primer cuidado al llegar á una poblacion, era ir á la iglesia y postrarse en presencia del Todopoderoso. La instruccion de los pobres, le detenia algunas veces dos ó tres dias en un mismo sitio, aunque le faltasen las cosas mas indispensables para la subsistencia; todos los dias celebraba el santo sacrificio de la misa con una devocion angélica, entregándose á una larga meditacion antes y despues de aquel santo acto, y tambien todas las mañanas, si le era posible, se confesaba para purificarse de las menores faltas que pudiese haber cometido. La gloria de Dios era el objeto de sus palabras y acciones, lo que hacia su oracion continuada, sin que por esto dejase de consagrar algunas horas á la meditacion, á cuyo efecto se retiraba á un lugar solitario para ocuparse con Dios de sus necesidades y de las del rebaño que le estaba confiado, y es fama que en aquellos momentos su semblante se revestia de un resplandor celestial. Su humildad correspondia á sus demas virtudes, procurando ocultar siempre sus mortificaciones y sus buenas obras. Era tan grande su caridad, que en el curso de sus visitas pastorales, distribuyó mas de doscientos mil pesos; su liberalidad se hacia estensiva á toda clase de pobres, sin distincion alguna, aunque tenia una especial predileccion para los pobres vergonzantes. Santo Toribio, tuvo la gloria de cambiar la faz de la iglesia del Perú, y

si no fué su primer apóstol, al menos puede considerársele como el restaurador de la religiosidad, que habia sufrido gran quebranto en los tiempos anteriores. Habiendo caido enfermo en Santa (1), predijo su muerte y prometió una recompensa al primero que le dijera que los médicos desesperaban de salvarle la vida. Dió á sus domésticos todo lo que servia para su uso y el resto lo legó á los pobres. Quiso que lo llevasen á la iglesia para recibir en ella el santo Viático, pero se le tuvo que administrar la extremauncion en su cama. Repetia sin cesar aquellas palabras de S. Pablo: « Deseo verme libre de los lazos del cuerpo, para poderme reunir con Jesucristo. » En sus últimos momentos, hizo cantar por los que le rodeaban estas otras palabras: « Me he alegrado al saber lo que se me ha dicho; juntos irémos á la casa del Señor. » Murió el dia 23 de marzo del año 1606, diciendo como el profeta: « Señor, en tus manos encomiendo mi alma. » Al siguiente año, trasladaron su cuerpo á Lima encontrándolo en estado incorrupto, y las actas de su canonizacion refieren, que durante su vida resucitó á un muerto y restituyó la salud á muchos enfermos; así como despues de finado, se operaron muchos milagros por la virtud de su intercesion. Toribio beatificado en el año 1679 por Inocencio XI, fué canonizado en 1726, por Benedicto XIII.

Siguiendo á un respetable cronista, continuarémos en este lugar los nombres de los prelados que concurrieron con el santo arzobispo al primer concilio de Lima. El dominico Pedro de la Penna, trasladado de la iglesia de la Vera-Paz, entonces reunida á la de Guatemala, á la sede de Quito, desplegó en ella una solicitud verdaderamente episcopal, desde el año 1563 hasta el de 1583 en que murió; Sebastian de Lartaun, tercer obispo de Cuzco, murió en el mismo año; el dominico Francisco de Victoria, obispo de San Miguel de Tucuman, habiendo sido llamado á Madrid por los intereses de su iglesia, murió allí en el año 1592; el franciscano Antonio de San Miguel, obispo de la Concepcion, en Chile, habia sido trasladado á Quito, sede vacante despues de la muerte de Pedro de la Penna, cuando murió tambien en el año 1592; y Diego de Medellin, tambien religioso de San Francisco, obispo de Santiago de Chile, cesó de existir al mismo tiempo. Ya hemos hablado anteriormente del dominico Alfonso de Guerra, obispo de la Asuncion, en el Paraguay, que murió en la sede de Mechoacan en el año 1598. Alfonso Granero de Avalos era obispo de la Plata de los Charcas, sede á la cual fué trasladado, en el año 1588, el dominico Alfonso de La-Cerda, obispo de Honduras, cuyo regreso al Perú causó una grande alegría. Este prelado, al pasar por Lima, no quiso admitir el palacio que se le habia preparado, prefiriendo hospedarse en la reducida celda que habitaba en otro tiempo, en donde fué visitado por el virey y por Santo Toribio, satisfecho al ver á uno de sus sufragáneos modelo de todas las virtudes pastorales. Cuando llegó á la Plata, en donde los dominicos no tenian mas que un hospicio, les edificó un convento. Mientras fué provincial de la provincia de San Juan Bautista, habiendo modificado el virey del Perú, que lo era entonces Francisco de Toledo, los límites administrativos, resultando de ello algunos cambios en la reparticion, entre los diversos misioneros de las doctrinas ó casas de instruccion, lejos de oponerse Alfonso de La-Cerda á aquellas órdenes, escribió á los dominicos que estaban evangelizando el territorio de Chacuytu, que se retirasen á la primera indicacion del virey para trasladarse á donde fuese mas conveniente. Cuando fué obispo de la Plata, volvió á llamar, de acuerdo con el nuevo virey Luis

(1) Santa ó Parrilla es una villa del Perú, situada á unos 100 k. l. S. S. E. de Trujillo y á unos 550 kil. de Lima, á orillas del rio del mismo nombre. En su iglesia parroquial se venera una milagrosa imágen de Cristo crucificado, dádiva del emperador Cárlos V. En tiempo de Sto. Toribio era una poblacion muy floreciente y tenia un grandioso convento de franciscanos; pero á últimos del siglo XVII fué asaltada y saqueada por el pirata Eduardo David, quedando enteramente arruinada. Los habitantes que pudieron librarse de la matanza, abandonaron el sitio cercano á la costa en que los españoles habian fundado la villa, y empezaron á construir otra un poco mas al interior, que es la que hoy existe. (Nota del Trad.)

de Velasco, á los religiosos de su órden para establecerse de nuevo en los mismos sitios que habian dejado, sobre todo en el distrito llamado Pomata, siéndole asegurada la posesion de las Doctrinas por decreto del rey. Este prelado solo pudo gobernar cuatro años la diócesis de la Plata, porque murió el 25 de junio del año 1592.

Touron, hablando del segundo concilio de Lima, dice, que el dominico Gregorio de Montalvo, sucesivamente obispo de Yucatan, de Nicaragua y de Popayan, asistió á él como obispo de Cuzco, y hace observar que Montalvo, muerto en el año 1593, protejió singularmente á los misioneros de la Compañía de Jesus. Antes de la llegada de Antonio de la Raya, su sucesor, esta Compañía tuvo algunos mártires en el Perú: el P. Antonio Lopez murió envenenado en el año 1596, y el P. Miguel de Urrea, fué asesinado el 28 de agosto de 1597. Antonio Lopez, hijo de Segovia, apenas fué admitido en la sociedad, solicitó la autorizacion de pasar al Perú; pero en vez de consagrarse á las misiones, como deseaba, fué encargado en un principio, de enseñar la teología moral. No tardaron en proponerle por rector entre sus hermanos de religion; pero no cesó de suplicar á los mas ancianos que aceptasen su dimision, á fin de que pudiese trabajar en empresas que aunque llenas de penalidades y peligros, tenian por objeto la salvacion de los indígenas. La ciudad de Cuzco en donde, en el año 1585, habia hecho su solemne profesion, fué el teatro de sus trabajos apostólicos, ocupándose en la instruccion de los indígenas mas incultos y de los niños, animado por los ejemplos de misericordia que la divina Providencia multiplicaba para la salvacion de los idólatras y para animar á los misioneros. Tanner refiere sobre el particular un hecho muy notable. Un indígena cristiano, abandonando, no se sabe porque motivo, el territorio ocupado por los españoles, llegó, despues de quince dias de marcha, á una comarca muy poblada. Como mostrase su crucifijo, la nueva se divulgó entre los habitantes y llegó hasta oidos del cacique, que aquel estrangero era portador del Dios de los cristianos célebre por tantas victorias. Habiéndole hecho comparecer el príncipe, le pidió en presencia de unos trescientos notables de su tribu, que le hicieron ver á Jesucristo, y cuando el cacique tuvo delante de sus ojos la sagrada imágen. «¿Es este, dijo, el Dios con cuyo ausilio los españoles han destruido el imperio de los Incas, y sometido el Perú á su autoridad?» Al oir la respuesta afirmativa del cristiano, replicó: «Pero esta es la imágen de un hombre enfermo y miserable,» y al propio tiempo escupiendo al crucifijo, lo arrojó con desprecio al estranjero quien le recibió respetuosamente en sus brazos. Todas las miradas que estaban clavadas en aquel momento en el crucifijo, vieron entonces que su cabeza, inclinada á la derecha, se volvió á la izquierda, y sus ojos se fijaron en el cacique y en los idólatras, á quienes el terror hizo caer al suelo como heridos de muerte. Un violento tumulto estalló entonces en la tribu, y el cacique, que no volvió en sí hasta tres horas mas tarde, esclamó: «¡Grande es en verdad el Dios de los cristianos!» Prohibió, bajo pena de muerte, insultar aquel poderoso Dios é hizo disponer, al lado de su morada, una capilla en la que el crucifijo honrosamente colocado, recibió su adoracion y la de todo su pueblo. Informóse enseguida con el estranjero y otros tránsfugas del Perú que iban á aquel pais, de todo lo que sabian del Dios de los cristianos, y de que modo se le debia honrar. Dijéronle que habia en Cuzco algunos sacerdotes europeos llenos de benevolencia que podrian instruirle sobre aquel particular, y movido por la gracia, partió el cacique inmediatamente, guiado por dos tránsfugas, con su hijo único, de edad de diez y seis años y seis notables de la tribu, tomando las precauciones necesarias á fin de no ser conocido durante el viage. A su llegada, rogó al rector del colegio, á quien se confió en secreto, que le diese algunos jesuitas para establecer el cristianismo entre sus súbditos; pero el rector se escusó diciéndole que era muy limitado el número de religiosos que tenia, y que

hallándose muy apartado el provincial, pues residia á mas de cuatrocientas millas de aquel sitio, tardaria al menos dos meses antes de poder recibir la contestacion. Como el príncipe no podia prolongar su permanencia en Cuzco, temeroso de que en su ausencia se turbase la paz en su pueblo, dejó á su hijo en el colegio de jesuitas, para que entretanto le instruyeran y bautizáran, é instruido él mismo, en cuanto pudo serlo en el corto tiempo que permaneció entre los religiosos, regresó á su pais. La respuesta del provincial, llegada dos meses despues, no correspondió á sus deseos: el número de misioneros era tan desproporcionado al de los pueblos que debian convertirse, que no se pudo disponer ni de uno solo en favor de su tribu. En consecuencia, el cacique tomó el partido de llamar á su hijo, ya bautizado, volver á Cuzco y procurarse en la ciudad cristiana, á la vez, la salud del alma y la del cuerpo, porque se hallaba peligrosamente enfermo. Mientras se fortificaba en la morada de los jesuitas en el conocimiento del cristianismo, agravóse su enfermedad hasta el punto que se tuvo que administrarle el bautismo en el lecho de muerte en el año 1582.

Aquellos repetidos rasgos de la misericordia divina, estimularon el celo de Antonio Lopez por el ministerio apostólico, que por fin fué á ejercerlo, con peligro de su vida, en las regiones mas incultas, en donde encontró á un pueblo dado particularmente á dos vicios que revelaban en él la mas profunda degradacion. Era desconocido entre aquellos salvajes el lazo conyugal, por manera que tan pronto formados como rotos los enlaces entre los individuos de diferente sexo, no tenian mas ley para conservarlos que su capricho ó la voz de las pasiones. Por otra parte, aquellos indígenas eran muy dados á fumar las hojas secas de cierta planta que no solamente turbaba su inteligencia, sino que las mas veces les sumia en una espantosa postracion. El apóstol combatió aquellos feos vicios, pero escitó contra él la animosidad de unos hombres cuyas costumbres queria correjir, por manera que lo envenenaron en el año 1596, cuando contaba cincuenta y tres años, de los cuales habia pasado treinta y dos en la Compañía de Jesus. El sentimiento que por su crímen esperimentaron mas tarde los culpables fué grande; de modo que, ya poco despues de haberlo cometido, se arrepintieron y empezaron á hablar favorablemente de aquel apóstol considerándolo como un mártir. Habiendo acudido algunos sacerdotes de las inmediaciones sabedores de su muerte, entre quienes gozaba el misionero de reputacion y de santidad, dijeron que exhalaba su cuerpo un agradable perfume, y los funerales de aquel amigo de Dios fueron un verdadero triunfo. Miguel de Urrea, de quien nos queda que hablar, habia nacido en Fuentes de España, y ya era sacerdote y doctor en filosofía, cuando llegó á Lima en el año 1585. Se aplicó enseguida á estudiar el idioma de los quicivanes y de los aymaranes á fin de poder predicar á aquellos naturales, y destinado á las misiones, adelantó sucesivamente entre aquellos pueblos mas bárbaros el uno que el otro, sin que le amedrentáran los peligros, ni le detuvieran las privaciones y las mas árduas dificultades. Era tan grande su amor á la mortificacion, que en el colegio de la Paz, donde tenian los jesuitas un cierto número de cómodas celdas, nunca quiso habitar en ninguna de ellas; por espacio de mas de un año, moró voluntariamente en una especie de armario tan angosto, que apenas podia estender en él los brazos, y tan bajo, que era imposible permanecer de pié. Sabiendo que se trataba de nombrarle rector de aquel colegio, alcanzó á fuerza de lágrimas y de súplicas, que en vez de confiársele aquel cargo, se le enviase á la difícil mision de los ciuncianos, pueblos aislados entre inaccesibles montañas y profundos torrentes, de modo que era imposible poder penetrar en aquel pais á caballo; sus sendas eran tan enmarañadas y angostas, que no podian recorrerlas dos personas de frente. La suma dificultad de poder penetrar en aquellas silvestres comarcas, y los hábitos guerreros de sus moradores, habian cerrado hasta entonces el paso á los españoles;

pero el ardiente celo de los jesuitas venció aquellos obstáculos. Habiendo llegado el P. Miguel de Urrea á Camata, último pueblo del Perú, cercano á la region de los ciuncianos, preparóse allí por medio de una rigorosa penitencia, á evangelizar los pueblos cuyo idioma iba estudiando; alimentábase con yerbas y raices, se acostaba sobre sarmientos y se disciplinaba diariamente. El dia de Santiago partió de Camata, acompañado de dos caciques de los ciuncianos, y despues de haber trepado por entre escarpadas peñas, atravesando á nado caudalosos torrentes y abriéndose paso á través de espesos bosques, llegó por fin al territorio al que deseaba esparcir la luz de la fé. Entonces despidió y envió á Lima al hermano Benavides que le habia acompañado, para participar á sus superiores la toma de posesion de aquel pais, y quedó solo á discrecion de aquel pueblo indómito. Empezó su mision instruyendo á los niños, visitando á los caciques y dando á conocer á todos la escelencia de la religion cristiana y sus frutos de salvacion. La moral de la religion del Crucificado que escluye la pluralidad de las mugeres, pareció dura á aquellos hombres en quienes dominaba enteramente la materia; luego habiendo ordenado Miguel de Urrea que se quitase de un templo cierto ídolo en forma de ave revestida de pintado plumaje, tomólo muy á mal un cacique y amenazó al misionero; pero sus principales enemigos eran los sacerdotes de los falsos dioses, que buscaban con avidez y hallaron ocasion de perderlo. Habiendo sido atacado de unas calenturas malignas el hijo de un cacique, rogaron al P. Miguel que le administrase algun remedio, quien se limitó á darle como refrescante, un poco de agua azucarada, pero habiendo sucumbido á la violencia de la calentura el jóven indígena, al punto imputaron al apóstol su muerte, diciendo que lo habia envenenado. Dos hermanos del difunto, armados de arcos y mazas y acompañados de un gran número de indígenas, fueron á sorprender al confiado misionero, ocasionándole en la cabeza dos mortales heridas. El cacique de Torapo, en donde pereció de este modo el dia 28 de agosto del año 1597 á la edad de cuarenta y dos años, rogando á Dios que perdonára á sus verdugos, sintió en extremo su muerte y revistiendo el santo cuerpo con sus hábitos sacerdotales, le enterró con el mayor respeto. La venganza divina no tardó en herir á los asesinos, al propio tiempo que Dios honró á su servidor con algunos milagros. Informado de aquellos hechos el provincial de los jesuitas del Perú, obtuvo por conducto del comandante español de Camata, que le fuesen entregadas las reliquias, que recibieron los dominicos en su iglesia y desde donde fueron trasladadas al año siguiente al colegio que la Compañía tenia en la ciudad de la Paz.

Si admirable era el celo que desplegaban los jesuitas para convertir á la fé á los idólatras, no lo era menos el que ponian para el lustre de la religion y la instruccion de los indígenas. En Cuzco, trasformaron en catequistas á los ciegos y mudos, que abundaban en aquella poblacion. Enseñaron á los primeros los dogmas y preceptos del cristianismo, y grabaron en su memoria las historias del antiguo y nuevo Testamento, enviándoles despues á las casas para que repitieran á los artesanos, obreros y criados, las enseñanzas de la fé. Aquellos nuevos maestros, que no veian en su auditorio, y que únicamente por los ojos del alma contemplaban todas las bellezas del cristianismo, fueron muy bien acogidos; se escucharon con avidez sus lecciones, y la semilla que los ciegos esparcieron por las almas, germinó y no tardó en dar copiosos frutos, bajo la accion mas directa de los misioneros. A los mudos (problema mas difícil de resolver), los hijos de San Ignacio revelaron la inteligencia del gesto y de la accion, y los mudos á su vez, llegaron á ser apóstoles de la verdad. La Compañía de Jesus, adquirió gran favor á Cuzco, en donde el jesuita Fernando de Mendoza, segun se refiere en la «Historia general de América», hijo de Salamanca, sucedió á Antonio de la Raya en su sede episcopal. Al entrar en su catedral, declaró públicamente que

legaba á aquella iglesia todos los muebles que poseia procedentes de España, y que pudiesen contribuir á su ornato, porque seria impropio, dijo, que la casa del obispo estuviera mas ricamente adornada que la del Señor. Los actos de la vida de aquel prelado, correspondieron á aquel hermoso comienzo. Fernando de Mendoza, murió el 23 de enero del año 1612, cerca de un año despues del martirio del P. Rafael Ferrer, glorioso hijo de la Compañía de Jesus. Natural el P. Ferrer del antiguo principado de Cataluña, entró en la Sociedad en el año 1587, cuando apenas contaba veinte años. Dotado ya de todas las virtudes cristianas, pasó diez años despues al Perú, resuelto á sacrificar su vida para la propagacion de la fé. El P. Rafael Ferrer, dice uno de los cronistas de la órden, meditaba sin cesar la pasion del Salvador, así es, que nunca celebraba los santos misterios sin derramar abundantes lágrimas, lo que patentizaba cuan penetrado estaba del amor divino, y cuan presente tenia á Aquel que aceptó la muerte de la cruz, á fin de salvarnos. Sus misiones abrazaban diferentes pueblos del Perú, cuyos vicios procuró estirpar, persuadido de que si desaparecia la corrupcion del corazon de donde procede la incredulidad, los ídolos caerian por sí mismos del pedestal que le habian levantado las malas pasiones. Este misionero dió una patente muestra de su acendrado celo en Cali, ciudad de la provincia de Popayan, en ocasion de estarse representando un drama, en un dia solemne, en una iglesia que habian convertido los habitantes en teatro, por no poder disponer de un local mas vasto ni mas cómodo á su intento. Viendo el P. Rafael Ferrer, que sus amonestaciones no daban ningun resultado, contestándole los vecinos de Cali, que no llevaban en ello ninguna mala intencion, ni creian cometer reverencia, armóse de un crucifijo, subió de improviso en el teatro, y desde allí dirigió al auditorio una alocucion tan patética, que los espectadores se separaron profundamente conmovidos, y desde entonces aquella costumbre abusiva quedó enteramente abolida. Quito era comunmente el punto central desde donde irradiaba el celo de los misioneros. A sesenta leguas de aquella ciudad, existia en medio de ásperas montañas, la bárbara nacion de los cofanes, que el citado misionero empezó á evangelizar en el año 1609. Durante aquel año y el siguiente, bautizó á cuatrocientos indígenas, y reunió en tres distintos burgos á numerosas familias que vivian perdidas y errantes. Aquella naciente mision prometia mucho, cuando algunos indígenas, echando á menos los groseros desórdenes que autorizaba la idolatría, aguardaron al misionero al pasar un puente, cuando iba solo y fatigado de un burgo á otro. Al verlos, creyó que por un obsequio amistoso salian á recibirle; pero los asesinos se arrojaron sobre el P. Rafael Ferrer, y le precipitaron al torrente, donde murió ahogado en el mes de marzo del año 1611.

En el tercer concilio de Lima, asistió Agustin Luis Lopez de Solis, quien, despues de haber sido consagrado en el año 1591 por Sto. Toribio, obispo de la Asuncion, gobernaba desde el año 1593 la diócesis de Quito, donde completó el bien operado por el dominico Pedro de la Penna, y por el franciscano Antonio de San Miguel, sus inmediatos predecesores. Durante su episcopado reunió dos sínodos diocesanos; cuando fué, en el año 1601 al citado concilio, procuró que su viage fuese útil á los pueblos por donde debia pasar, porque siendo muy considerable la estension de las diócesis del Perú, el uso habia establecido que los obispos se ausiliasen mútuamente, de modo, que si uno de ellos pasaba por las tierras de la jurisdiccion del otro, cumplia á su deber llenar las funciones episcopales del propio obispo. Hé aquí como Luis Lopez de Solis consagró doscientos y tres altares, y administró la confirmacion á una multitud de neófitos, tanto en su diócesis de Quito, como en las de Trujillo y Lima. Trasladado mas tarde á la sede de la Plata de los Charcas, murió durante el viage. Acompañó á este prelado en el tercer concilio de Lima, Antonio Calde-

ron, primer dean de la iglesia de Santa Fé en el nuevo reino de Granada, promovido en el año 1592 al obispado de Puerto-Rico, y trasladado en el año 1599 al de Panamá, que debia dejar para ser primer obispo de Santa Cruz de la Sierra, sede erigida en el año 1605. Este prelado era mas que centenario cuando murió haciendo la visita de su diócesis en Salinas, donde fué su cuerpo sepultado en el convento de los agustinos de aquella ciudad.

La mejor prueba de los grandes resultados obtenidos por los misioneros, fué la necesidad en que se vió el Pontífice romano de tener que dar nuevos sufragáneos al arzobispo de Lima, creando las sedes de Guamanga, Trujillo y Arequipa. Estas últimas hijas de la iglesia de Lima alcanzaron, como sus hermanas mayores, el raro privilegio que tambien tuvo la metrópoli, de poseer al mismo tiempo tres ilustres amigos de Dios y tres taumaturgos, que merecieron los honores de la canonizacion, esto es: Sto. Toribio, cuya vida hemos resumido anteriormente, S. Francisco Solano y Sta. Rosa de Lima.

Por grande que hubiese sido el celo apostólico de Tiburcio, y la esquisita vigilancia de sus ausiliares y cooperadores, la pureza de costumbres no habia alcanzado todavía el grado de bondad apetecido, cometiéndose aun algunos escesos en Lima. Verdad es que las iglesias eran frecuentadas; pero no lo es menos que lo eran tambien los espectáculos profanos, y la abundancia de los ricos no disminuia á proporcion de las necesidades de los pobres. El celo de Francisco Solano, remedió en gran parte aquel desórden: fervientes oraciones, penitencias rigorosos, predicaciones contínuas en las iglesias ó en las plazas públicas, y hasta milagros, todo lo puso en obra para la correccion del pueblo, al cual, desde su regreso del Chaco y Tucuman (1), consagró el resto de su vida y de sus fuerzas. En el año 1604, vióse reproducir en Lima todo lo que la amenaza del profeta Jonás, habia aterrorizado en otro tiempo á Ninive penitente. El apóstol franciscano, habiendo orado por mucho tiempo en su solitaria celda, y reflexionado sobre aquellas palabras de San Juan: «Todo lo que existe en el mundo es ó concupiscencia de la carne, ó concupiscencia de los ojos ú orgullo de la vida,» salió de repente al caer de una tarde como un hombre inflamado por el Espíritu Santo, y penetró en una de las principales calles de la ciudad con un crucifijo en la mano. En presencia de una inmensa multitud, clamó contra los placeres sensuales, el amor desordenado de las riquezas y el de los honores, permitiendo Dios que lo que dijo en el calor de la improvisacion, sobre la perdicion de las almas por el pecado, fuese interpretado como un pronóstico de la próxima ruina de Lima, como un terrible azote, tal como un terremoto, calamidad muy frecuente en el Nuevo-Mundo. Del auditorio abatido y consternado, el pretendido anuncio se divulgó exagerado y amenazador por los barrios mas apartados; el temor de verse tragada por la tierra con las iglesias y las casas, hizo emigrar á una gran parte de la poblacion, y apoderóse un pánico terrible tanto de los ricos como de los pobres. Informado de la agitacion que reinaba en la capital, el virey reunió aquella misma noche su consejo, interrogó á Sto. Toribio, y ordenó en consecuencia, que se presentase sin temor el predicador para repetir fielmente lo que dijo. Rogósele que escribiera y firmára su declaracion, y despues que fuese á leerla al pueblo, que en el colmo de la agitacion recorria fugitivo las calles. Obedeció el santo varon; pero los ánimos estaban tan conmovidos, que difícilmente pudo tranquilizarles. Aquel terror fué saludable; jamás se vieron tan públicos actos de conversion: los enemigos se reconciliaban; restitúyanse los bienes mal adquiridos; los acreedores daban libertad á los deudores que habian hecho encarcelar; las limosnas eran abundantes; el pueblo reunido en frecuentes procesiones, manifestaba el amargo dolor que sentia por sus pecados, con la profunda humillacion impresa

(1) Véase el cap. XVI de este segundo libro.

en su semblante ; noche y dia los confesionarios estaban rodeados de penitentes, y los que no podian acercarse á ellos, confesaban en alta voz sus faltas mas secretas, sus mas enormes pecados, sin temer la confusion y algunas veces hasta con mucha indiscrecion. Aquel fervor duró por mucho tiempo, tanto como el temor, lo que dió motivo para que el virey dijera á sus consejeros: « Veo en todo esto la mano de Dios. La divina magestad, por tanto tiempo ofendida por multitud de crímenes, ha infundido el terror entre nosotros, para ablandar la dureza de nuestros corazones y disponerlos á una saludable penitencia. » S. Francisco Solano vivió todavía seis años, considerándose como el último de los hombres, y no apareciendo en público sino cuando el interés ó la gloria de Dios reclamaban su presencia. El fuego sagrado que consumia su corazon, manifestábase esteriormente á pesar suyo, pero siempre de un modo maravilloso. Viendo un dia hervir un caldero lleno de agua, esclamó trasportado: « ¿ Quién puede impedir, que, como este caldero, hiervan nuestras almas en el fuego de la divina caridad ? ¿ Por qué su llama no debe encenderse en todos nosotros ? » Si veia alguna persona, poseida de un gran fervor, le decia: « Probemos quien de los dos podrá amar con mas ardor á Jesucristo, esposo de nuestras almas, y quien le dará durante esta semana, pruebas mas patentes y mas grandes de su amor. » Dios acabó de purificar su alma con una enfermedad de desfallecimiento; en sus últimos momentos, muchas veces se le oia repetir, como á otros santos varones: « Me complazco en recordar las cosas que me han dicho: se acerca el instante en que nos será dado entrar en la casa del Señor. » Murió en Lima el dia 14 de julio del año 1610, pronunciando esta esclamacion que le era familiar: « ¡ Alabado sea Dios ! » Se le hicieron unas magníficas exequias, á las que asistieron el virey y el nuevo arzobispo de Lima. Beatificado por Clemente X, S Francisco Solano fué canonizado en el año 1726, por Benedicto XIII, al propio tiempo que Sto. Toribio, que habia sido testigo de las heróicas virtudes de aquel apóstol de la América meridional. Fijóse su fiesta el dia 24 de julio.

Al perder las iglesias de América á uno de sus mas santos predicadores, no por esto quedaron huérfanas de consuelo, porque conservaron un ángel tutelar, en la persona de una vírgen ya ilustre por su santidad y sus virtudes. Esta vírgen, hija de padres españoles, nació en Lima en el año 1586 y recibió en las fuentes bautismales el nombre de Isabel; pero el delicado tinte de su rostro hizo que mas tarde se la llamára Rosa, como así lo escriben los historiadores de su tiempo. Desde su mas tierna infancia, mostró una gran resignacion en el sufrimiento y un amor estraordinario para la mortificacion. Siendo todavía niña, ayunaba tres veces por semana á pan y agua y se alimentaba los demas dias con yerbas ó raices mal condimentadas. Santa Catalina de Sena, fué el modelo que se propuso seguir en sus ejercicios y prácticas espirituales, y en consecuencia, aborrecia todo lo que podia inducirla á orgullo ó despertar en ella la sensualidad, transformando en un instrumento de penitencia, todas aquellas cosas que hubieran podido comunicar á su alma el veneno de aquellos vicios. Los elogios que sin cesar se hacian de su hermosura física, hacíanla temer que fuese para los demas un motivo de pecado, así es que cuando debia salir en público, se frotaba el rostro y manos con la corteza y polvo del pimiento índico, el cual por su accion corrosiva, alteraba la frescura de su cútis. No satisfecha de tomar aquellas precauciones contra los enemigos esteriores y contra el temible imperio de los sentidos, quiso triunfar de ella misma, sacrificando el amor propio que es el oríjen de todas las malas pasiones, y logrólo cumplidamente por medio de una humildad profunda y renunciando en un todo á su propia voluntad. Obedecia á sus padres en las cosas mas insignificantes, sorprendiendo á todo el mundo aquella rara docilidad. De ricos que eran estos, habiendo caido en una gran miseria, conformóse á la voluntad divina y entró

en clase de sirvienta en casa del tesorero Gonzalvo, trabajando noche y dia para atender á sus necesidades sin interrumpir no obstante su comercio con Dios. Quizás no hubiese pensado en cambiar de estado, si no se la hubiera instado vivamente para casarse; pero para librarse de aquellas instancias, y cumplir el voto que habia hecho de permanecer vírjen, abrazó el instituto de las religiosas de la tercera órden de Santo Domingo. Su amor á la soledad, le hizo elegir una pequeña celda apartada, en donde se entregó á la mas rigorosa penitencia. Acostumbraba llevar ceñida la cabeza con una especie de cerco revestido interiormente de agudas puntas á imitacion de una corona de espinas, recordándole aquel instrumento de penitencia el misterio de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo, que no queria perder de vista jamás. Al oirla hablar de ella misma, no era mas que una miserable pecadora, que no merecia respirar el aire que le daba vida, ni ver la luz del dia, ni pisar la tierra, alabando sin cesar la divina misericordia, que le concedia aquellas cosas que era indigna de gozar. Cuando hablaba de Dios, se hallaba como fuera de sí, y el fuego que la abrasaba interiormente, brillaba hasta en su semblante. Pensando en aquella multitud de idólatras que no conocian todavía á Jesucristo, en aquellos pueblos infieles de la América meridional, separados de los peruanos civilizados por grandes montes casi inaccesibles, la compasion se apoderaba de su alma, y sentia que se despedazaban sus entrañas; no contenta con ofrecer por ellos sus oraciones, sus lágrimas y penitencias, rogaba ardientemente á los hombres apostólicos que reanimáran su zelo, que se revistieran de valor para vencer los peligros, que tuvieran una firme confianza en Jesucristo que estaria con ellos, y que, merced á aquel poderosísimo ausilio, tendrian la gloria de conquistarle un gran reino. Algunas veces se atrevia á añadir á aquellas vivas exhortaciones, la promesa de unir sus oraciones y trabajos, por el feliz éxito de la mision, promesa que animó á muchos ministros de la santa palabra para hacerse superiores al temor y á las mas graves dificultades, entregándose en manos de la Providencia. Rosa fué puesta á prueba por espacio de quince años por las violentas persecuciones de que fué objeto para que renunciase al claustro, por parte de muchas personas que la solicitaron por esposa, así como por varios motivos de desconsuelo y muchas otras penas interiores; pero Dios que si permitia aquellas pruebas, era para acrisolar su virtud, la sostenia y consolaba con la uncion de su gracia Una larga y dolorosa enfermedad, le dió nueva ocasion de practicar la penitencia. « Señor, decia entonces muchas veces, aumentad mis sufrimientos, mientras que al mismo tiempo acrecenteis vuestro amor en mi corazon. » Por último entró en la eternidad el dia 24 de agosto del año 1617, á la edad de treinta y un años. El arzobispo de Lima asistió á sus funerales y el cabildo, la audiencia real y las corporaciones mas distinguidas de la ciudad, tuvieron en mucho honor llevar alternativamente su cuerpo al sepulcro. Si los frutos de los bellos ejemplos de la santa, no se estendieron al parecer durante su vida mas allá de la ciudad ó diócesis de Lima, no fué así al menos, luego despues de su muerte. Los milagros sin número que plugo al Señor operar en las almas y en los cuerpos, por la intercesion de su sierva, fueron tan famosos en ambas Américas, que motivaron una saludable regeneracion moral. El perfeccionamiento de las costumbres y el número de conversiones fué desde entonces prodigioso y casi increible hasta para los mismos que lo estaban presenciando. Habiendo sido examinados jurídicamente por los comisarios apostólicos, y declarados por mas de cien testigos varios milagros que obtuvo la intercesion de Rosa, Clemente X la canonizó en el año 1671, y señaló el dia 30 de agosto para la fiesta de aquella protectora y patrona principal de todas las iglesias del Nuevo-Mundo (1).

(1) La ciudad de Lima conserva entre otros, dos bellos monumentos levantados á la memoria de su ilustre hija. Uno de ellos está en el convento de Santo Domingo, el mas rico sino el

Santa Rosa tuvo por director y guia espiritual al P. Juan de Lorenzana, dominico español, profeso en el convento de San Estévan de Salamanca, que llegó á Lima á fines del siglo XVI y perteneció desde entonces á la provincia de San Juan Bautista. Fué regente de estudios en el convento del Rosario y profesor de teología en la Universidad desde el año 1590 hasta 1602, época en que fué elegido provincial. Revestido de aquella dignidad cuyas funciones le obligaban á recorrer todas las comarcas del Perú, reunió al interés de un vigilante superior, todo el celo de un misionero. En el mismo capítulo del año 1602, hizo aceptar algunos sábios reglamentos que tenian por objeto desarrollar y dar mas solidez á las misiones. Persuadido de que no se formarian verdaderos apóstoles, sino formando perfectos religiosos, emprendió en 1606 la fundacion en Lima de una nueva comunidad, cuyos individuos se ejercitáran de un modo escepcional, en la práctica de la penitencia, de la pobreza y oracion, de modo que fuesen una regla viviente en la que pudiesen modelarse todos los que quisieran llegar á ser hombres verdaderamente apostólicos. El convento del Rosario, primera casa religiosa que se estableció en Lima, se declaró patrono de aquella nueva comunidad, bajo la advocacion de Santa Magdalena, compuesta de personas escogidas. Después de aquella fundacion, Juan de Lorenzana, vivió todavía quince años, no muriendo el piadoso director de Santa Rosa, hasta el año 1619.

Otro dominico se hizo famoso en aquellos tiempos en el Perú, y merece que consignemos en este lugar algunos detalles de su vida. Vicente Vernedo, nació en el año 1562 en La-Puente, en el reino de Navarra, hijo de Juan Vernedo y de Isabel de Alvistan, siendo confiada su primera educacion al abad Saula de Pamplona, á quien respetaba como á su propio padre. Al llegar á la edad de doce años, hizo voto de guardar castidad el resto de su vida y consagrarse enteramente al Señor, entrando en una órden religiosa. Durante los seis años que pasó todavía en Pamplona ó en las aulas de Alcalá, no olvidando nunca la promesa que habia hecho á Dios, guardó escrupulosamente una conducta ejemplar, y apenas hubo cumplido los diez y ocho años, abrazó en el convento de la última de dichas ciudades, la regla del P. Sto. Domingo. Su anhelo por la salvacion de las almas, le hacia pensar ya en las misiones de la América, en la época en que el P. Francisco de Toro, visitador general de algunas provincias dominicanas del Nuevo-Mundo, se ocupaba en Madrid de reunir algunos misioneros capaces de reemplazar á los que el trabajo habia agotado sus fuerzas ó abreviado la carrera de la vida. Aquel visitador favoreció pues, los deseos del jóven religioso á quien hizo partir sin aguardar siquiera el embarque general. Habiendo llegado aquel apóstol á últimos del año 1594 á Cartagena de las Indias, confuso por los aplausos que su mérito precoz le habia valido en España, ocultó sus títulos para tomar únicamente el humilde nombre de Fr. Vicente Vernedo. Fué desde luego á buscar á los idólatras en el fondo de las selvas ó en la cima de los montes, y cultivó durante cuatro años aquella parte de la diócesis de Cartagena. Habiendo dispuesto el P. Alberto Pedrera que fuese reemplazado en su mision, le envió á Santa Fé, en donde fué agregado á la provincia dominicana de San Antonino; pro-

mas hermoso de los conventos de Lima. En la iglesia, á la derecha del coro, se vé un altar dedicado á Sta. Rosa en el cual una bellisima estátua de mármol blanco, labrada en Italia, representa á la Santa en el instante en que entrega su alma á Dios. Un ángel con las alas desplegadas rozando apenas el suelo, levanta el velo que cubre su semblante, é inmediato á la figura, vése la rama rota de un rosal con una rosa blanca marchita. La muger y la flor, devuelven al cielo la una su último suspiro, la otra su último perfume. El relicario ocupa la parte superior del altar y está cubierto de delicadas cinceladuras, incrustaciones y piedras preciosas. En el santuario de Sta. Rosa, construido en el solar de la casa donde nació « Rosa de Sta. María », se conservan, entre otras reliquias, la cruz de madera que la santa llevaba á cuestas, como Cristo en el Calvario, por espacio de muchas horas; la cruz erizada de agudos clavos que ponia sobre su seno; su anillo ó « esposa », algunos bucles de sus cabellos, sus dos tibias y un par de dados, que le servian, segun una piadosa tradicion, para jugar con el divino Jesus. Los cuadros que decoran esta capilla representan escenas de la vida de la santa y el del retablo es un bellisimo retrato de la Santísima Vírgen María. (Nota del Trad.)

fesó la teología en el colegio de Santo Tomás, y fué escuchado con mucho aprecio en la cátedra de la verdad; pero el P. Francisco de Toro, que en un principio le habia destinado al Perú, exigió que siguiera aquel primer destino, por manera que Vicente Vernedo, pasó á la provincia dominicana de San Juan Bautista. Trasladóse á pié desde Cartagena á Lima, desde donde se le destinó á la mas delicada de todas las misiones, esto es á la del Potosí, ciudad imperial (1), situada al pié del famoso cerro argentífero, que tiene sobre unas tres leguas de circunferencia en su base, y cuya cima domina la ciudad en mas de dos mil piés (Pl. XCIV, n.º 1). Segun la crónica local, un indígena, llamado Hualca ó Gualca, persiguiendo, en el año 1545, un guanaco por un escarpado sendero, se cojió de un arbusto para trepar mas fácilmente; pero desarraigado el arbolillo con el peso de su cuerpo, quedó en descubierto una masa de plata de gran riqueza. Despues de las minas de Guanajuato en Méjico, las del Potosí eran en otro tiempo las primeras en importancia, de modo que andando el tiempo han sido abiertos en el cerro mas de cinco mil pozos ó galerías, cada una de las cuales tiene dos ó tres entradas. Para la esplotacion, dice Orbigny, se emplean tantos indígenas cuantos puede contener la mina para la estraccion del mineral de los filones. Los mineros emplean la pólvora para ausiliar sus trabajos, y la fuerza de las máquinas que hay destinadas al efecto. Cuando se ha logrado desprender un trozo de mineral, se trasporta á la entrada de la mina, en donde se reduce á pequeños fracmentos, y luego se cargan con ellos los mulos ó llamas para trasladarlos al laboratorio para la amalgama. La carga de un mulo es de ciento veinte y cinco libras y de una mitad la del llama; cuarenta cargas de mulo forman un cajon que es de cinco mil libras. Sujetado el mineral á la accion de la muela, queda reducido á polvo, pasándolo despues por unas cribas de alambre, operacion muy peligrosa, durante la cual los operarios se cubren el semblante con una especie de máscara, y se tapan las ventanas de la nariz y los oidos con algodon. Luego tiene lugar la amalgama del mineral pulverizado con una cierta cantidad de agua y sal, amasándola con los piés hasta que toma la consistencia de un barro espeso, al cual se añade, segun las circunstancias, una cantidad de caparrosa, plomo, estaño ó mercurio. La amalgama dura aproximadamente unos quince dias, y sigue á esta la lavadura que se verifica en una especie de pozos. Terminada esta, resultan unas masas, que despues de haber pasado por el horno, se llaman «piñas,» que se llevan á la tesorería donde se compran por cuenta del gobierno. En 1611, Potosí contaba ciento cincuenta mil habitantes, consistiendo en *mitayos* de todas las tribus que existian entre esta ciudad y Cuzco, en un espacio de mas de trescientas leguas. Aquellos indígenas, iban en general acompañados de sus mugeres é hijos, y venian con ellos mas bien para cuidarles y acompañarles mientras se ocupaban en la esplotacion de las minas, que para establecerse en las áridas montañas del Potosí. Un gran número de familias habitaban en chozas, cabañas ó cuevas cerca del cerro, no bajando á la ciudad hasta el sábado para recibir su paga y comprar las provisiones de la semana; pero muchos se quedaban á beber y á jugarse el fruto de su trabajo, y pasaban una parte de la noche tocando la guitarra ó cantando en la puerta de las tabernas. Atendidas estas costumbres perversas, en ninguna parte era tan necesaria la presencia y el concurso de los ministros de la religion, para encaminar por el buen sendero á aquellos hombres corrompidos. Vernedo comprendió que seria mucho mas eficaz el ejemplo que la amonestacion en aquellos séres, para quienes la vil materia era su dios tutelar, y en efecto, no tardó su

(1) Es considerada esta ciudad de la América del Sud (Bolivia) como la mas elevada de la tierra. El cerro de que habla el autor tiene 26 kil. de circunferencia y una altura de 4888 met, y las minas se explotan hasta una elevacion de 4850 met. La cima está coronada por un lecho de pórfido. Cuéntanse sobre 300 minas y la primera fué abierta en el año 1545. Diego Hualca fué el primero que descubrió los inmensos tesoros que encerraba aquel cerro sin igual. (Nota del Trad.)

penitencia en llamar la atencion de cristianos é idólatras. No tenia ni habitacion ni cama para su uso; un pedazo de pan y un poco de agua fria, formaban la comida que tomaba cada veinte y cuatro horas, y despues del trabajo del dia, iba á la iglesia pasando la noche al pié del altar cuando se hallaba en la ciudad, y en medio del campo ó al pié de una roca, cuando iba en busca de las ovejas descarriadas por los valles y montañas de los Charcas. Aconteció que en invierno se le encontró mas de una vez de rodillas sobre el hielo, enteramente absorto en la contemplacion de Dios ó entregado á la oracion. Despues de haber operado algunas conversiones en las orillas del Óróncota y en las fronteras de Tomina (1), hubiera despreciado indudablemente la ferocidad de los chiriguanes, si no se hubiese limitado su accion al gobierno del Potosí, y á la vasta provincia de Charcas. Dios, acreditando su mision por medio de algunos prodigios, le concedió la prediccion de lo porvenir, que pudiese penetrar los mas recónditos pensamientos, curar á los enfermos y hasta volver á la vida á los difuntos. Pero el hecho mas estraordinario, es la trasformacion moral de los mineros del Potosí y del Porco, en donde se inmolaban literalmente al ídolo del oro y de la plata, víctimas humanas, perdidas en cuerpo y alma por las malas pasiones. Vicente Vernedo logró que aquellos hombres sin olvidar sus intereses temporales, tributasen á Dios el culto que le es debido. El misionero sucumbiendo al fin á su ruda penitencia, á su grande austeridad y fatiga, parecia tener ya un pié en la tumba, cuando en presencia de la peste, que en el año 1615 empezó á diezmar el Potosí, volvió á levantarse para preparar al pueblo á sufrir el azote con cristiana resignacion. Cuando el contagio hubo desaparecido en el año 1617 en la diócesis de la Plata, á pesar de la postracion de sus fuerzas, el apóstol de Cristo prosiguió su mision hasta el dia 19 de agosto del año 1619, fecha de su muerte. Apenas hubo espirado, todas las bocas se abrieron para proclamar á la una la escelencia de sus virtudes. Pocos hombres apostólicos han obtenido una alabanza mas general. Antonio de Castro, despues obispo de Chuquinabo, manifestó al superior de su monasterio, el deseo de que se pusiera una palma en manos de Vernedo y que se le sepultára con aquel emblema de las victorias que la gracia divina le habia concedido, triunfando de los enemigos de la eterna salvacion. Bernardino de Cárdenas, entonces guardian de los franciscanos del Potosí, y despues obispo del Paraguay, pronunció su oracion fúnebre. Al trasladar al sepulcro su santo cuerpo, al cual la multitud prodigaba los mas vivos testimonios de veneracion, algunas personas, besando su mano, trataron de cortarle un dedo con los dientes, y vióse con grande admiracion que brotó la sangre en tanta abundancia y tan viva y encarnada, como la de un hombre vivo. Aquella efusion de sangre encarnada, se repitió en los años 1624 y 1629 cuando la traslacion del santo cuerpo ordenado para satisfacer la devocion de los fieles.

(1) Provincia de la América del Sud, república de Bolivia en el departamento de Charcas de una estension de N. á S. de 106 kil. El clima es sumamente caloroso y el pais está cubierto de bosques. Sus naturales, la mayor parte indios, se dedican á la cria de ganados y sobre todo de caballos. (Nota del Trad.)

CAPÍTULO XVIII.

Misiones de los Dominicos, Franciscanos, Agustinos y Jesuitas en el nuevo reino de Granada.

Antes de que llegase S. Luis Bertran al nuevo reino de Granada, habia dado ya á conocerse en él Andrés de Santo Tomás, religioso dominico, por sus trabajos apostólicos; no habia peligros ni fatigas que bastasen á entibiar el celo del ardiente apóstol. Por mas que fuese en estremo arriesgada y difícil la mision de los moxos, pueblo tan feroz como supersticioso, resolvió acometer Andrés aquella árdua empresa; y la palabra divina triunfó por su medio, y por el de los demás misioneros escogidos que le acompañaban, de la impiedad de una gran parte de aquellos pueblos idólatras. Así mismo anunció el reino de Dios

á los panchas, yalcones, paez y á todos los pueblos que habitaban el valle de las Lanzas y el de Neiba, sostenido por el ausilio de la Providencia, cuya mano invisible no dejaba de interponerse siempre entre el misionero, y los bárbaros que amenazaban su vida. Cuando murió Andrés en el año 1569, habia logrado levantar ya una iglesia en medio de aquellos idólatras, y reunir una pequeña comunion cristiana. Los dominicos Antonio de la Penna y Lopez de Acuña, que habian llegado con Alfonso Luis de Lugo, y acompañado á aquel gefe cuando descubrió el pais, y fundó la poblacion de Tocayma, fueron los primeros en evangelizar á los panchas y los utagaos, erigiendo, además de su convento en Tocayma, otro en Pamplona la Nueva, ciudad fundada el año 1549, del cual salieron mas tarde numerosos misioneros que cristianizaron los valles de Surata, Camera, Capueho, los Locos, Arboledas, Guacamayas, Suzacon, y á los pueblos que habia en las riberas del Chicamocha; indígenas tan dóciles, sobre todo estos últimos, que con solo instruirles se logró su conversion. No habia penetrado aun en aquel pais ningun cuerpo de tropas españolas, y sin embargo, estaban ya todos aquellos pueblos sometidos al cetro de Felipe II, merced á la predicacion que les habia hecho entrar en el seno de la iglesia. Sin embargo, no tardaron los misioneros en hallar otros dos pueblos menos dóciles, cuyas costumbres eran mas propias del bruto que del hombre: su ignorancia era tal, que ni profesaban ningun culto religioso, ni tenian el menor conocimiento acerca de la inmortalidad del alma. La fertilidad de su suelo, tenia á aquellos indígenas en una inaccion y sopor, que puede decirse que morian sin haber vivido; por mas que sus minas contuviesen el oro mas puro que se encontró en América, hacian del precioso metal tan poco caso, que algunos de ellos ni siquiera se habian parado en él, y solo le consideraban los demás como una tierra amarilla. La dificultad que habia en despertar aquellas inteligencias adormecidas, y sobre todo, lo penoso que era evangelizar á los cabiras, los vehemas, los camias y los bocalenas, por ser preciso recorrer tan pronto paises estremadamente cálidos, como atravesar ásperas montañas en las que reinaba de contínuo un frio glacial, teniendo que sufrir además el hambre y la sed, lejos de desalentar, contribuyeron á enardecer mas el celo de los misioneros, quienes vieron en todas partes recompensados sus afanes por los abundantes frutos que producia su divino ministerio. Los hijos de Santo Domingo, que acababan de tomar posesion de un convento en Pamplona la Nueva, el año 1563, pasaron á ocupar otro en Mariquita dos años despues, siendo los PP. Juan de Chaves, Gonzalo Mendez y Juan de Osio sus primeros moradores; en él murió á la edad de cien años el P. Bartolomé de Ojeda, despues de haber ejercido el apostolado por espacio de setenta, y de haber bautizado á mas de doscientos mil indígenas. Tambien murieron en él los PP. Juan de la Penna y Diego Verdugo, naturales de Mariquita y de Tunja, y Andrés Jadraco, hermano lego, cuya laboriosa vida pasó de cien años. En el propio año 1565, el obispo de Santa Marta consagró en aquella ciudad al dominico Pedro de Agreda, nombrado obispo de Venezuela. La circunstancia de haberse instalado los franciscanos veinte años mas tarde en la propia ciudad de Mariquita, contribuyó poderosamente á la evangelizacion de las diferentes tribus que vivian en las dos riberas del Magdalena, ó sean los pantágores, los camaneos, los guarinoes y los qualies. A fines del año 1565, los dominicos Juan de Tordecillas, Andrés de la Asuncion, Gaspar Coronel y Lucas de Osuna, fundaron en Hagua una casa de su órden, casa que en vano intentó la guerrera tribu de los picaos destruir, y en la que se formaron los PP. Baltasar de Boca-Negra, Alfonso de Menesses, Gabriel Tellez y Bernardino de Luna, muriendo todos ellos á la edad de cien años, despues de haber ejercido el apostolado por espacio de setenta. Por real cédula de 5 de diciembre del año 1565, se mandó aumentar en aquella re-

gion los conventos ; así que , la provincia dominicana de San Antonino , erigida , como lo hemos dicho ya , en el año 1569 , celebró un capítulo en Tocayma , que resolvió establecer nuevos conventos en los valles de Guatavita , Ubaca y Tocarema , así como tambien en las ciudades de Tolu , Muro y otras : el P. Francisco Venegas , nombrado provincial en aquel capítulo , procuró que fuesen los religiosos de los nuevos conventos , como los del resto de la mision , virtuosos é instruidos. Por otra real cédula del año 1571 , se dispuso á favor de los religiosos de San Francisco y de San Agustin , lo mismo que habia sido prescrito con respecto á los PP. de Santo Domingo; y el nuevo aumento que recibieron desde luego aquellas dos órdenes religiosas , hizo que se propagase rápidamente el cristianismo por todos los pueblos conocidos de aquellas regiones. Flores de Ocaris , secretario de Estado , que tenia en su poder todos los datos referentes á las misiones, asegura que en su tiempo habian sido ya construidas por diferentes pueblos indígenas , trescientas iglesias en el solo reino de Granada , y que , añadiendo á estas las de los conventos erigidos en diferentes ciudades , ascendia su número á cuatrocientas. Segun la biografía de Antonio de Penna , despues de haber cristianizado este religioso los pueblos de Chia y de Coxica , fué nombrado prior del convento del Rosario en Santa Fé , y envió á la provincia de Chaco á los PP. Martin Medrano y Juan Blasquez, los cuales fundaron en el año 1573 , en la nueva ciudad de Toro , un convento bajo la invocacion de San Pedro Mártir. A pesar de los disturbios que sobrevinieron en el pais , continuaron los franciscanos evangelizando la belicosa tribu de los chacos. Al dirigirse á España el presidente Andrés Venero de Leiba , cuyo mando de doce años en aquellas regiones , habia sido tan útil á la religion como á la patria , llevóse consigo al P. Antonio de la Penna , su amigo , cuyo apostolado de treinta y cuatro años , dejaba en América un recuerdo indeleble.

En el mes de agosto del año 1578 , Luis Zapata de Cárdenas , religioso de San Francisco , ocupó la silla metropolitana de Santa Fé , desplegando una actividad y celo que dieron á conocer muy pronto lo acertada que habia sido su eleccion. Uno de los primeros cuidados del nuevo arzobispo , fué restablecer la disciplina eclesiástica á cuyo objeto convocó un sínodo provincial , compuesto de los obispos de Santa Marta , Cartagena y Papayan. En el año 1575 , el dominico Juan Mendez , á quien debia Nueva Granada cuarenta misioneros de diferentes órdenes que habia ido á buscar á Europa , fué consagrado obispo de Santa Marta , si bien no desempeñó por mucho tiempo el episcopado por haber muerto en el año 1580 , despues de cincuenta años de apostolado , durante los cuales fué el primero que dió á conocer la ley de Jesucristo en el nuevo reino de Granada ; sucedióle en el episcopado el franciscano Sebastian de Ocando. El dominico Juan de Montalvo , fué nombrado obispo de Cartagena en el año 1579 , el cual asistió tambien con Ocando al concilio provincial que se celebró en el año 1582. La persecucion dirigida contra Agustin de Coronio , obispo de Popayan , no le permitió asistir á la reunion celebrada por los demás prelados ; pero con el ausilio de su asesor, Miguel de Espejo , restableció la disciplina en su diócesis. Fué tan inagotable la caridad del arzobispo Zapata de Cárdenas durante una epidemia que diezmó á los indígenas , que llegó á distribuir entre los apestados mas de veinte mil monedas de oro, logrando por este medio salvar la vida á un gran número de ellos. Los misioneros encargados de distribuir sus considerables limosnas , se granjearon fácilmente la confianza de los nuevos cristianos y de los idólatras , quienes prestaron desde entonces mas atento oido á sus instrucciones , así que , no tardaron en ser destruidos mas de ocho mil ídolos que fueron quemados públicamente en Santa Fé , en presencia del prelado. Como la peste habia arrebatado á la mayor parte de los sacrificadores , cuya sórdida avaricia les obligaba á tener al pueblo en el error , escucharon

los indígenas mas fácilmente la palabra divina, y hasta poblaciones enteras llegaron á pedir ser admitidas en el seno de la Iglesia; los conventos, los templos, las casas de instruccion y los hospitales, que los infieles con sus sublevaciones habian reducido á escombros, fueron reedificados con la cooperacion de los mismos bárbaros que los habian destruido. Sabiendo empero el arzobispo que existian aun en las gargantas y en las cumbres de algunas montañas, un gran número de idólatras obstinados, dispuso que se hiciesen rogativas públicas para aplacar la justicia de Dios, y atraer una mirada de misericordia sobre aquellos infortunados. Hizo al propio tiempo componer un catecismo que estuviese al alcance de todas las inteligencias, á fin de que pudiesen aprender los primeros elementos del cristianismo; escrito en español, y traducido luego por los antiguos misioneros dominicos, á todas las lenguas que se hablaban en el pais, facilitó aquel catecismo en gran manera la propagacion de las doctrinas cristianas. Por último, procuró el piadoso arzobispo multiplicar los ministros de la palabra santa, á fin de que no hubiese ningun punto en el que no fuese anunciado el Evangelio; y, merced á la emulacion que despertó en los colegios ya establecidos, procuraron los españoles y los indígenas colocar sus hijos en ellos, donde recibieron una educacion esmeradísima bajo el doble punto de vista religioso y social. El P. Diego de Godoy, antiguo misionero en Nueva-Granada, fué nombrado en el año 1585 gefe de la provincia dominicana de San Antonino, el cual despues de haber puesto al frente de las comunidades, á los religiosos mas esperimentados, y de haber colocado en cada casa de instruccion, á algunos jóvenes misioneros al lado de los antiguos, que ejercian el ministerio apostólico, á fin de que se formasen por el ejemplo y la práctica, eligió el sábio provincial por profesores, á los religiosos mas doctos y piadosos, señaló las materias que deberian tratarse con respecto al dogma y á la moral, escluyó todas las cuestiones mas propias para satisfacer la curiosidad, que para edificar, instituyó escuelas en las que se enseñasen las diferentes lenguas de los indígenas, á fin de vencer los obstáculos que la ignorancia ó malicia de los intérpretes oponian incesantemente á la predicacion del Evangelio. Empezóse por regular aquellos diferentes idiomas, merced á la cooperacion de los dominicos indígenas mas hábiles, y en breve hubo un gran número de jóvenes, que, impuestos en todas las lenguas del pais, fueron destinados no solo á la predicacion, si que tambien á ejercer las funciones de examinadores sinodales y de intérpretes, siempre que habian de acudir los indígenas á los tribunales eclesiásticos ó civiles. Independientemente de los colegios en que se enseñaban las ciencias, deseó el arzobispo tener otras casas, en las que fuesen aun mas estrictamente observadas las virtudes cristianas y eclesiásticas: así pues, fundó en su ciudad metropolitana el seminario de San Luis, que tomó en tiempo de su sucesor el nombre de San Bartolomé.

El celo de los regulares por la conversion de los idólatras, les valió en Nueva-Granada el nombre de *conquistadores espirituales*, nombre que nadie mereció mas que el dominico Luis Vero, segun lo demuestra Piedrahita, citado por Turon: « Para colmo de la felicidad de que gozaban entonces los indios, dice aquel autor, vióse llegar al nuevo reino de Granada los dos misioneros apostólicos, san Luis Bertran y Fr. Luis Vero, cuya santidad es tan conocida y sus trabajos tan gloriosos. » Los vastos confines de la provincia de Santa Marta, sin esceptuar el lago Maracaibo (1), fueron

(1) Este lago de la América del Sur (república de Venezuela) abraza un perimetro de unos 400 kilómetros y la marea se hace sentir en él con mas fuerza que en las costas vecinas; recibe el tributo de varios rios y desagua en el golfo de su nombre por un canal de 13 kilómetros de ancho. Cuando el descubrimiento de la América por los españoles, llamó vivamente la atencion de los primeros esploradores una especie de fuegos fátuos que durante la noche, sobre todo en la estacion calurosa, se ven correr por la superficie de las aguas. Este fenómeno quedó demostrado, cuando se descubrió en la costa N. E. un lugar, que llamaron Meria, donde existe un abundante manantial de asfalto cuyos vapores bituminosos se estienden sobre el lago y se inflaman frecuente y espontáneamente con el calor. (N. del Trad.)

regularmente el teatro de su celo, así que, la tribu guerrera de los cosinos, los diferentes pueblos que habia á lo largo del Hacha y del Magdalena, los indígenas del interior del pais que se habian estendido por las riberas del lago de Zapotoza, ocupando las márgenes del Cesare, del Zulia ó las montañas de Aconna, oyeron con frecuencia la voz del infatigable ministro de Jesucristo, y fueron testigos de sus grandes prodigios. Tanto si empleaba su lengua materna para anunciar la palabra de salvacion á tantos pueblos diferentes, como si usaba uno de los muchos idiomas conocidos en aquel pais, es lo cierto que todos lo comprendian perfectamente. Basta una palabra de S. Luis Bertran para dar á conocer la virtud de Luis Vero. Instado vivamente el santo por uno de sus hijos espirituales, que pidiese á Dios el logro de una cosa que le interesaba en gran manera, le contestó: «Encargadlo á mi compañero Luis Vero, cuya intercesion es mucho mas poderosa cerca de Dios.» Hé ahí como reasume Alfonso de Zamora el apostolado de aquel gran misionero: «Una evangelizacion piadosa, soportada sin interrupcion por espacio de veinte y seis años, no bastó á disminuir las austeridades acostumbradas, ni á entibiar en lo mas mínimo el espíritu de aquel santo misionero penitente y celoso: en cambio, sus trabajos apostólicos merecieron siempre las gracias y las bendiciones del cielo. Iluminó con sus predicaciones á los pueblos mas feroces de aquel nuevo reino, é hizo entrar en el seno de la iglesia á una multitud de indios que recibieron el bautismo, despues de haber abjurado sus antiguas supersticiones y abandonado sus criminales prácticas. Unos, á ejemplo de sus antepasados, se alimentaban con carne humana, al paso que los demás se entregaban públicamente al pecado infame que atrajo el fuego del cielo sobre la ciudad de Sodoma. La Providencia se dignó al fin dirigir una mirada de misericordia á aquellas almas estraviadas, y se sirvió del ministerio de nuestro santo misionero para darles á conocer el Evangelio, así como tambien el amor y la práctica de la virtud.» Cuando la muerte del justo coronó las gloriosas acciones de Luis Vero en el año 1588, fué enterrado el misionero en el convento de Upar, del que habia sido uno de los fundadores y su primer superior, haciendo Dios célebre su sepulcro por medio de diferentes milagros. Tuvo aquel humilde siervo cristiano por ausiliar á Pedro de Palencia, el cual llegó de Castilla la Vieja con el gefe Garcia de Lerma, al que ayudó á someter diferentes provincias. En recompensa de sus servicios, se le cedieron algunas tierras en el fértil valle de Upar; pero el amor á los bienes celestes triunfó en su corazon del apego á las riquezas perecederas: abrazó la religion dominicana en Santa Marta, donde fué ordenado de sacerdote, y entró en el valle de Upar para hacer en él, con la virtud de la palabra divina, conquistas mas sólidas que las que antes hiciera con la punta de su espada. Como quisiesen los españoles y los indígenas convertidos una comunidad religiosa que les procurase en su colonia de los Reyes todos los ausilios espirituales, envió el obispo de Santa Marta al P. Luis Vero, para que fundase el convento tan vivamente deseado, secundándole Pedro de Palencia en su obra con su crédito y su fortuna. Mientras que su padre espiritual Luis Vero iba á llevar la antorcha de la fé hasta las lejanas riberas del Zapotoza, se quedaba Pedro entre sus hermanos, á los que procuraba perfeccionar con el ejemplo de todas las virtudes: el nuevo convento y hasta la misma ciudad de los Reyes le debieron su conservacion en dos distintas circunstancias. Habiendo sido atacada la ciudad de los Reyes por un cacique de las tribus inmediatas, iba á verse ya envuelta en todos los horrores por no poder resistir, á causa de sus escasas fuerzas, al terrible ataque de sus enemigos, resueltos á pasarlo todo á sangre y fuego, cuando despertado Pedro de Palencia por el tumulto empuñó nuevamente la espada, por creer que su profesion religiosa, no le prohibia consagrarse á la defensa de millares de inocentes que iban á perecer sin su apoyo. En el mismo instante en que Pedro, llevado de su generoso ardor

acudia á los puntos de mayor peligro, salió tambien á la calle Antonio Flores, y cargando juntos al enemigo lograron hacerle retirar en desórden, por haber infundido temor á los indígenas los gritos que daba Flores llamando á las armas á sus compañeros, y las voces de mando que figuraba dirigir á su tropa á pesar de estar solo. Viendo empero los sitiadores al poco rato que nadie les perseguia, y habiendo recibido además algun refuerzo, empezaron nuevamente el ataque; pero como Pedro de Palencia hubiese logrado ya reunir algunos hombres, no solo logró con su arrojo y su pericia resistir á los salvajes, sino que hasta les obligó á retirarse causándoles grandes pérdidas. El gobernador de Santa Marta penetró algun tiempo despues en el pais de los dos caciques invasores, haciendo en él un ejemplar castigo. Tan pronto como la poblacion se vió sin peligro, depuso Pedro de Palencia sus armas, y no pensó ya mas que en esgrimir la espada de la divina palabra, la que empleó con mucha gloria para convertir á los indígenas por espacio de muchos años, precediendo de cinco en el sepulcro al taumaturgo Luis Vero. Como una parte de los indígenas tupes abrazase la fé, á su demanda se fundó en su pais una casa de instruccion, para continuar catequizándoles y para atraer al cristianismo á los que continuaban aun en la idolatría. Al poco tiempo empero de haberse establecido aquella casa, hubo una insurreccion en algunos pueblos de la tribu, unidos con los chimilas, durante la cual solo tuvo el misionero el tiempo preciso de esconder los vasos sagrados para evitar una profanacion, y fué la casa reducida á escombros. Aquella rebelion, que no se habia querido reprimir por medio de las armas, duraba aun cuando el dominico Cristóbal Franco se dirigió al pais de los tupes con ánimo de evangelizarle, logrando con su actividad y celo atraer nuevamente á muchos al buen camino y á bautizar familias enteras que habian desconocido siempre la ley de Jesucristo. En cierta ocasion que estaban los indígenas abriendo una zanja para reconstruir la iglesia que poco antes derribaron, hallaron los vasos sagrados que habia escondido el misionero anterior, y como los presentasen al obispo de Santa Marta, les hizo este entregar á su sucesor. El P. Cristóbal Franco evangelizó, además de los tupes, á los indígenas de Omoco, y de Orejones; estableció en el pais de estos últimos dos casas de instruccion, procurándoles un eclesiástico, llamado Juan Blasco, que ejerció las veces de cura; luego se dirigió el misionero á otros paises, en los que no habia sentado aun su huella ningun discípulo de los apóstoles sin regar el pais con su sangre. Pero aquellos pueblos feroces, cuyas flechas envenenadas habian hecho perecer á tantos misioneros, y que no estaban sometidos ni al cristianismo ni al gobierno del reino de España, apelaron nuevamente á la insurreccion, tomando por pretesto la partida del P. Cristóbal Franco.

Cita tambien Turon entre los *conquistadores espirituales,* al agustino Francisco Romero. Entró este hombre apostólico en la provincia de Timana, que era en su mayor parte idólatra, recorrió el valle de Upar, evangelizó las montañas de Santa Marta, operando en todas partes grandes conversiones; y como conociese que serian inmensos los frutos que se recogerian en aquellos paises, si pudiesen mandarse á ellos un número suficiente de misioneros, se dirigió á Madrid y á Roma, donde se procuró diferentes religiosos de San Agustin, con los que acudió de nuevo al socorro de los indígenas de América, á cuya salvacion queria sacrificar su reposo y su vida.

Los azotes con que continuó Dios castigando á Nueva Granada, tenian á los pueblos en una contínua alarma, y estaban por lo mismo mucho mas dispuestos á abrazar el cristianismo. Los volcanes arrojaban á lo lejos sus llamas y torrentes de lava, produciendo un espantoso ruido; las tempestades, tan frecuentes en aquel pais, arrojaban de su seno numerosos rayos que causaban siempre grandes desastres; los rios y torrentes salian de madre; las nieves que coronaban las montañas se der-

ritian repentinamente, produciendo impetuosas corrientes que inundaban las campiñas desoladas; el Guali, el Guarino, el Sabandija, se precipitaban impetuosamente en el Magdalena (1), causando la muerte á una multitud prodigiosa de peces, que arrojados despues á la tierra, infestaban el aire y producian la peste. Los indígenas, que en aquella série de calamidades no podian menos de reconocer el brazo del Omnipotente, acudieron á la oracion, y se mostraron mucho mas morigerados en sus costumbres. Además el año mismo en que murió Luis Zapata de Cárdenas, arrebatado á su metrópoli de Santa Fé el dia 24 de Enero de 1590, recibió la idolatría un golpe terrible. La tribu de Ramiriqui, en la provincia de Tunja, evangelizada poco antes por el dominico Pedro Durán, estaba á la sazon confiada á los cuidados del P. Diego Mancera, cuyo misionero se gloriaba de haber hecho renunciar á aquel pueblo las fábulas de la idolatría; pero no tardó en conocer su error. Informado el misionero de que acostumbraban reunirse los indígenas principales para adorar en secreto á sus ídolos y presentarles ricas ofrendas de oro, esmeraldas y otros objetos de gran precio, y que hasta llegaban á inmolarles víctimas humanas, fué á consultar á su provincial en Tunja, á fin de poder con mas acierto apoderarse de los autores de aquel crímen. El superior encargó al P. Diego que fuese por sí mismo á enterarse de la verdad del hecho estraordinario que le revelaba, y despues de haber hecho poner en oracion á toda la comunidad por el buen éxito de la empresa, despidió al misionero, encargándole obrase con la mayor prudencia. En conformidad á las órdenes que habia recibido, se dirigió el P. Mancera de noche al lugar solitario en que acostumbraban reunirse los indígenas para entregarse á sus sangrientos sacrificios, contando poder retirarse despues de presenciarlo todo, sin ser conocido, por favorecerle en su arriesgada empresa su disfraz, la multitud y la oscuridad de la noche. Habia presenciado ya una gran parte de las ceremonias, de los sacrificios profanos y otras abominaciones, cuando permitió Dios que profiriese el demonio por boca del ídolo estas palabras: «¡Arrojad al fraile de aquí!» Sorprendidos y furiosos á un tiempo los indígenas, empezaron á dar grandes gritos, preguntándose entre sí donde estaba el religioso á fin de inmolarle; pero la misma turbacion en que estaba la asamblea, facilitó al P. Diego Mancera, hábilmente secundado por su jóven guia, el medio de alejarse. Acompañado al dia siguiente de otros misioneros y de la fuerza armada, regresó el P. Diego al peñasco fatal, en cuya enorme concavidad se celebraban los horrendos sacrificios; y despues de varias investigaciones, dió con la piedra que ocultaba su entrada. Los soldados se apoderaron inmediatamente del ídolo, que tenia la forma de un ave, y de otros ídolos mucho mas pequeños que tenia en torno suyo; siendo todos ellos llevados á la plaza de Ramiriqui, donde fueron quemados. Al ver el modo con que eran tratados sus falsos dioses, no reconoció límites el furor de los apóstatas; unos prorumpieron en amenazas, otros apelaron á las armas, si bien el aspecto imponente de las tropas, llegó á contener al mayor número. Intimidados al fin los rebeldes, acordaron deponer las armas, y vengar en secreto con la sangre del P. Mancera la ofensa hecha á sus falsos dioses; el religioso, no obstante el plan fraguado contra su vida, continuó presentándose en público sin el menor recelo. Fueron en lo sucesivo sus palabras tan tiernas y persuasivas, que hasta los mas obstinados de entre los indígenas se convencieron de la estravagancia ó impiedad de la idolatría, de que solo era digno de oracion el verdadero Dios, y lloraron amargamente sus pasados estravíos. La vida del P. Diego Mancera, ofrece todavía otro episo-

(1) Este rio de la Nueva Granada que tiene su origen en el lago de los Pampas y desagua en el mar de las Antillas, formando en aquel sitio varios brazos, tiene un curso de cerca de 1,330 kilómetros y recibe durante él varios tributarios, entre ellos el caudaloso Sogamoza y el Cauca. Numerosas cataratas interrumpen su navegacion, y su cauce tiene un plano inclinado de 35 centimetros por kilómetro. En las grandes avenidas sale algunas veces de madre é inunda las comarcas vecinas. (Nota del Trad.)

dio análogo al que acabamos de describir. Regocijábase aquel dominico de las conquistas espirituales que habia hecho en la tribu de Guacheta, cuando un eclesiástico le dijo que en ciertas épocas del año, los guacholanos y otra tribu vecina, se dirigian á un punto, para entregarse en él á un juego llamado *Moma*, que consistia en una especie de combate, y en el que vencedores y vencidos derramaban mucha sangre; y que luego terminaban aquella sangrienta ceremonia con un abominable sacrificio del que el mismo religioso habia sido testigo ocular. Obligado el P. Diego á ir á bautizar un niño que estaba en peligro de muerte, suplicó al sacerdote amigo que le acompañase; y despues de haber bautizado al niño, se paseaban los dos misioneros, cuando descubrieron á las dos tribus que estaban á la sazon peleando en la llanura. Siguiendo el camino que conducia al campo de batalla, hallaron un ídolo gigantesco y monstruoso, colocado en un pedestal ensangrentado, lo que les dió á conocer que aquellos ciegos idólatras continuaban inmolando aun al espíritu de las tinieblas víctimas humanas. Lejos de arrojarse inútilmente en medio de los encarnizados combatientes, con el corazon traspasado de dolor, se dirigió Mancera inmediatamente á Guacheta, donde tronó contra la impiedad de la idolatría, esponiendo todo cuanto acababa de presenciar. Sus oyentes profundamente conmovidos, no solo confesaron su crímen, sino que hasta añadieron que era semanalmente sacrificado en el funesto pedestal un niño de catorce años, por considerársele aun inocente y sin mancha. Aprovechando entonces el misionero la feliz disposicion en que estaba su auditorio, mandó que los que quisiesen ser considerados como cristianos, le siguiesen desde luego y que ejecutasen lo que les mandaria. Llegados al pedestal, hizo el misionero derribar al ídolo y llevarle á la plaza de Guacheta; pero advertidos los combatientes que habia en la llanura de la profanacion hecha á su dios, acudieron inmediatamente resueltos á vengarla. Lejos de mostrar el P. Diego ningun temor al acercarse aquellos furiosos, pronunció un discurso mas enérgico y elocuente aun que el anterior, contra los escesos de la idolatría, siendo tal la impresion de terror que produjeron sus palabras en el ánimo de los oyentes, que sin que estos se atreviesen á oponerse á ello, insultó, derribó y pegó fuego al ídolo. Confusos al ver la impotencia de su falsa divinidad, declararon en alta voz los indígenas que habian sido engañados, al igual que sus antepasados, renunciaron á sus prácticas detestables, y abrazaron sinceramente el cristianismo. Sin embargo, no por ello dejaron los sacrificadores de hacer todos los esfuerzos por entorpecer la obra de Dios, ora figurando tener un comercio familiar con los génios tutelares del pais, ora vaticinando en su nombre la ruina total de la nacion, si continuaba esta desconociendo por mas tiempo á las divinidades á que habia tributado culto durante diez siglos. La multitud empezaba ya á titubear ante las terribles amenazas de los sacrificadores; pero como el P. Diego Mancera arrancase públicamente la máscara á los sacerdotes egoistas de los falsos dioses, logró desvanecer el temor que empezaban á abrigar los indígenas, y arraigar mas y mas en su corazon las eternas verdades de la fé. Lo propio sucedió al dominico Reinaldo Galindez, que estaba evangelizando al parecer con gran fruto la provincia de Tunja, cuyos indígenas al renunciar públicamente á la idolatría, habia ocultado una parte de sus ídolos, á los que iban á adorar en secreto. Por un general acuerdo de la tribu, conservaba aun el gefe de los sacrificadores el poder y los honores del sacrificio, procuraba conservar los falsos dioses y facilitaba á los apóstatas el medio de practicar clandestinamente las antiguas supersticiones. Pero como el que estaba encargado de la custodia de los ídolos abrazase sinceramente la religion católica, fué á confesar su crímen al P. Galindez, y hasta le entregó los ídolos que hizo el misionero quemar públicamente. Cuando al fin se vió que para evitar á los indígenas cristianos una segunda caida, procuraba Galindez descubrir los santuarios de la idolatría, se pre-

sentaron nuevos convertidos para indicárselos, entregándole además todos los ídolos que encontraban. La mayor parte de aquellas falsas imágenes eran de madera ó de piedra, siendo muy reducido el número de las que eran de oro ú plata; sin embargo, todas ellas sin distincion fueron condenadas á las llamas; á pesar de que el misionero dijo al pueblo que se apoderase de las barras de oro ú plata que resultarian para pagar su tributo al rey de España, no hubo un solo indígena que quisiese aceptar el precioso metal, limitándose á pedir á Galindez que emplease su importe en la conservacion y ornato de los templos. Las piezas de tela y de algodon que cubrian las estátuas y las paredes de los santuarios, fueron cedidas á los pobres por el misionero, previniéndoles que debian vestirse con ellas; los ricos por su parte hicieron tambien algunas dádivas, con las que fué desapareciendo insensiblemente la desnudez en bien de la moral y las costumbres. Fué tanto mas acertada aquella medida del misionero, cuanto que los sacrificadores habian asegurado que moriria repentinamente el profano que osase tocar aquellas telas consagradas á los dioses; y como no se realizase su amenaza, acabó de convencerse el pueblo de la impotencia de sus divinidades. Hasta los mas obstinados de entre los indígenas, despues de haber sido idólatras durante su vida, quisieron morir en el seno de la religion católica. El dominico Gonzalo Mendez, que estaba cristianizando el reino de Nueva-Granada desde el año 1555, adquirió un triunfo mucho mas señalado aun sobre la idolatría: estaba Mendez evangelizando á los fuquenos, tribu esparcida por las montañas que dominan el lago y la isla de Tinjaca. Esta isla célebre á la sazon por la grandiosidad y riqueza de su templo dedicado al sol, servido por cien sacerdotes ó sacrificadores, escitaba la admiracion y era frecuentemente visitada por todos los pueblos vecinos. Además del ídolo del sol, habia otros muchos que figuraban osos, tigres, culebras, aves y otros muchos animales, que eran tenidos en una veneracion profunda, conforme lo indicaba la gran parte de riquezas que les ofrecian anualmente en sacrificio. En vano los primeros apóstoles que llevaron la antorcha de la fé en aquellas regiones, quisieron destruir aquel monumento sacrílego, puesto que todos sus esfuerzos no lograron desvanecer la ceguedad y supersticion de los idólatras. El P. Gonzalo Mendez que predicaba tan pronto en las montañas como en la isla misma de Tinjaca, en la que residian los principales sacrificadores, era el que debia con la elocuencia de su palabra, la santidad de su ejemplo y el fervor de sus oraciones, obligar á los mismos sacerdotes de los ídolos á pegar fuego al templo. Grandes fueron las persecuciones que atrajo sobre el siervo de Dios el señalado triunfo que por su mediacion alcanzó el cristianismo, pero no por eso dejó de continuar el misionero con el mismo ardor la obra regeneradora y santa que habia de valerle eterna gloria, basada en cincuenta y tres años de contínuos trabajos apostólicos. Murió el P. Gonzalo Mendez en el convento de Tunja, despues de haber dirigido la provincia dominicana de San Antonino.

Zamora, citado por Turon, habla tambien de otra conquista importante, hecha en los pueblos de Suezca. Habia un mulato, llamado Martin Caballero, que dijo al dominico Pedro Martir de Cárdenas, haber una ancha caverna en la que enterraban sus muertos los indígenas idólatras, con todas las ceremonias supersticiosas que su falsa religion les prescribia. Trasladados el misionero y su guia al punto indicado, encontraron en él mas de ciento cincuenta cadáveres, sentados todos ellos formando círculo: el del cacique colocado en medio, se distinguia por una especie de turbante que cubria su cabeza, por los adornos que llevaba en el brazo y el cuello, y por diferentes piezas de algodon que tenia á su lado para servirse de ellas en la otra vida, ó para interesar á los dioses en su favor. El P. Cárdenas hizo trasladar aquellos cuerpos á la plaza de la villa, donde fueron quemados en presencia de todo el pueblo; aquella medida, vivamente aplaudida por los indígenas cristia-

nos, empezó á escitar un murmullo general entre los idólatras; pero el misionero pronunció entonces un tierno discurso, que apaciguó de tal modo los ánimos, que hasta los que mas reprobaban poco antes su conducta, acudieron á atizar el fuego hasta que quedaron los cadáveres reducidos enteramente á pavesas, acabando de este modo para siempre con la supersticion del pueblo de Suezca. Cuando el dominico Juan de Ladrada, despues de haber ejercido su celo apostólico entre los indígenas de Bogotá y de Guatavita, hubo tomado en el año 1596 posesion de la silla de Cartagena, se hizo tambien un descubrimiento importantísimo. Habiendo permitido el prelado, no solo á los religiosos reformados de San Francisco, sí que tambien á los agustinos descalzos, establecer conventos, el P. Alfonso de la Cruz, ermitaño de San Agustin, deseó que fuese construido el suyo en forma de ermita, en una colina cubierta de árboles. Al abrir una zanja para echar los cimientos del edificio, se encontró un subterráneo lleno de ídolos, en el que celebraban aun los indígenas sus reuniones clandestinas, para ofrecer un culto á Satan; todos los ídolos fueron inmediatamente quemados ó destruidos, y la capilla que el P. Alfonso de la Cruz levantó en el mismo sitio, que por tanto tiempo habia sido profanado, fué célebre por la devocion que inspiró á los fieles.

Turon pretende que un hermano de Juan de Ladrada, obispo de Cartagena, fué el primer apóstol de los musos; pero confunde Rodrigo de Ladrada, hermano del prelado, y uno de los primeros misioneros dominicos en el Perú, con otro Rodrigo de Andrada, igualmente religioso de Santo Domingo, y uno de los compañeros de Tomás Ortiz, obispo de Santa Marta en Nueva-Granada. De todos modos, es lo cierto, que desde la aparicion de los españoles en el pais que formaba la diócesis de Santa Marta, se dieron á conocer los musos, tribus tan feroces como corrompidas, que solo se alimentaban de carne humana; aquellos séres tan degradados vivian en los bosques, y en algunas montañas situadas entre el pais de Venezuela, el gran lago de Maracibo, y las fronteras del nuevo reino de Granada. No habia entre aquellos antropófagos ni templos, ni altares, ni ídolos; no adoraban, como sus vecinos, ni el sol ni la luna, porque esos astros, decian ser menos antiguos que su raza, la cual se remontaba al primitivo orígen de los americanos. Dos pirámides, colocadas á larga distancia una de otra, eran el único objeto de su culto; eran ambas tan altas que se perdian en las nubes, ocupando su base un círculo de mas de un cuarto de legua. En el siglo XVII, se conservaba aun una de ellas en el mas perfecto estado, habiendo derribado el rayo la parte superior de la otra; lo que leemos en el *Génesis* respecto de la torre de Babel, parece tener alguna relacion con las masas enormes de los musos. Daban aquellos pueblos á la una de las pirámides el nombre de *Diosa madre*, y á la otra el de *Diosa hija*; sacrificando al pié de tan ridículas divinidades las víctimas humanas, de las que derramaban la sangre, y comian algunos pedazos antes de que hubiesen exhalado las víctimas su postrer suspiro. Así como los demás idólatras deseaban que los pueblos vecinos fuesen á visitar sus templos, y á ofrecer sacrificios á sus dioses, los musos, por el contrario, trataban como enemigos á todos los estrangeros que osasen tributar un culto á sus pirámides, á las que daban el nombre de divinidades tutelares. Y sin embargo, los mas supersticiosos de entre los muyscas, se esponian aun algunas veces á hacer aquella peligrosa peregrinacion, adoptando todas las precauciones, por no ignorar que en el caso de ser sorprendidos, sufririan irremisiblemente el castigo de ser devorados vivos. El orgullo de los musos igualaba su ignorancia y su depravacion; puesto que degradados hasta la mas repugnante abyeccion, se creian los mas sábios, los mas nobles, los mas felices de los hombres: de ahí el desprecio á todo el que intentase instruirles. Su loca presuncion, unida á la mas brutal ferocidad, habria hecho desesperar de su conversion, sin la consola-

dora certeza de que nada hay que no ceda á la gracia de Jesucristo, y de que lo que es imposible en ciertas épocas, se realiza cuando llega el momento señalado por la Providencia. Al P. Domingo de Andrada, que osó el primero recorrer las montañas, y penetrar en los bosques de los musos, sucedieron los dominicos Luis de Maldonado, Pedro de Castro, Fernando de Angulo, cuya mortificacion y oraciones, fecundizaron el apostolado. El P. Juan de Santa María, que empezó por evangelizar la provincia de Velez, en la que los chauchones, los opones, los guanos y los chalalaes, se mostraron tan dóciles á su voz, estaba predicando la fé á los indígenas de Fuquena, Susa y Simaja, cuando se le destinó al pais de los musos. Conocia ya el misionero la índole de aquellos pueblos, por haber acompañado al capitan Pedro de Ursua, cuando fué á levantar en su territorio la ciudad de Tudela, que tan pronto habia de ser reducida á escombros; y en cuya época habiendo caido el dominico Pedro de Guzman en poder de los nauras, aliados de los musos, fué devorado vivo. A la sazon acompañaba Juan de Santa María al capitan Perez de Quesada, encargado de rechazar á los musos, que, orgullosos por sus anteriores triunfos, querian conquistar el distrito de Ubate. Despues de haber logrado los españoles derrotarles en todos los encuentros, levantaron junto á las ruinas de Tudela, la poblacion de la Trinidad, en la que Juan de Santa María dijo la primera misa que se celebró en el pais de aquellos bárbaros. Juan de los Barrios, obispo á la sazon de Santa Marta, erigió en ella una parroquia, cuya direccion confió al misionero, y en la que murió Juan de Santa María, despues de haber hecho entrar un gran número de infieles en el redil de Jesucristo. Los PP. Juan de Ortega, Antonio Ramirez y Gaspar de Orellana, que acababan de ayudarle á fundar un convento de su órden, fueron los que le sucedieron en el apostolado, mereciendo por sus virtudes una particular proteccion de la Real audiencia y del obispo de Santa Marta, del cual fué nombrado uno de ellos vicario general. Fueron estableciéndose sucesivamente varias casas de instruccion en los paises de Toco, Ibama, Maripi y Sarbe, sin que bastasen á contener aquella obra de civilizacion, ni la escabrosidad del pais, ni los rigores del clima, ni las privaciones de toda clase, ni los inminentes peligros que aumentaba á cada paso la ferocidad de aquellos bárbaros, cuyas armas estaban siempre empapadas en el veneno mortal del áspid. No solo mojaban sus flechas en aquel veneno, sino tambien los espinos que sembraban ó esparcian por todos los puntos á que lograban atraer á los españoles; cualquiera de estos que recibiese la menor herida, no tardaba en caérsele la carne á pedazos. Los mas de los misioneros encargados de la conversion de los musos, sucumbieron al veneno de sus flechas; pero no por esto dejaron los operarios apostólicos de reunir en doce cristiandades á aquellos hombres feroces, á quienes elevaron del último grado de barbarie á la dignidad de la condicion humana, y al carácter del cristiano. Como hubiese disminuido despues el número de los musos, fueron sus doce tribus reducidas á nueve, hácia el año de 1610; cuatro de ellas fueron confiadas al cuidado de algunos eclesiásticos; los ermitaños de San Agustin, se encargaron de la direccion de otras dos, y fueron dirigidas tres restantes por los religiosos dominicos. El P. José Solis, uno de ellos, instruia el pueblo de Aricagua, cuando en el año 1619 los indígenas llamados giriaros ó giros, se insurreccionaron repentinamente, obligando al misionero á retirarse junto al rio Chama, donde continuó dirigiendo al rebaño fiel que le habia seguido. Las conquistas que hizo en breve en las tribus vecinas, aumentaron considerablemente el número de los hijos de aquella pequeña iglesia, á la que diez y nueve años mas tarde, habia de dar tanta estension el P. Francisco de Achuri.

Mucha era la relacion que habia entre las costumbres de los musos y de los picaos, que, como aquellos eran antropófagos, llevando su

brutal ferocidad hasta el punto de vender públicamente carne humana (1). Además de sus flechas envenenadas, tenian otras por medio de las cuales incendiaban todas las materias inflamables, armas funestas con las que lograron llevar el terror al valle de las Lanzas, á las ciudades de Ibague y de Leyba, y hasta al mismo pais de Popayan. Cuando por poner fin á una guerra de veinte y dos años, fué el presidente Juan de Borgia, en el año 1605, á atacar á los picaos en su propio territorio, llegaron las flechas de aquellos salvages á quemar las tiendas, bagajes y víveres, en el campo de los españoles, obligándoles á permanecer espuestos al frio de la noche y al calor del dia, sin mas recurso que el de la sombra de los árboles que algunos de ellos podian procurarse. Sin embargo, no por ello dejaron los españoles de vencer á sus terribles enemigos. Hé ahí los nombres de los misioneros dominicos que tuvieron una parte mas gloriosa en la evangelizacion de aquellos pueblos salvages: Tomás de Acuña, Angel Serafin, quien resucitó un muerto entre los indígenas de Chipazaque; Luis Colmenares, ó sea el Crisóstomo del reino de Nueva-Granada; Alfonso Ronquillo, Juan Martinez Melo, Pedro Bedon, Bernardino Ulloa y José Perez de Ugarte.

Tan pronto como se logró formar un reino con las ricas provincias de Nueva-Granada, y erigir una audiencia en Santa Fé, su capital, no habia galeon español que no llevase á Cartagena y Santa Marta, un número mas ó menos considerable de misioneros, que eran inmediatamente destinados á las cuatro diócesis. Por otra parte, los obispos y los superiores regulares, sabian poder admitir indígenas en el clero secular, y en los institutos religiosos, y por lo mismo no titubeaban en admitir en el seno de la iglesia, á aquellas primicias del gentilismo, que habian de ser los segundos apóstoles de su patria. Bartolomé Lobo Guerrero, que tomó posesion de la sede metropolitana de Santa Fé, el dia 28 de marzo del año 1599, instituyó á 28 de julio de 1601, en su diócesis las tres fiestas de San Agustin, Santo Domingo y San Francisco, por honrar en aquellos patriarcas el celo tan eficaz de sus hijos, que, habian sido los primeros en combatir la idolatría en el reino de Nueva-Granada.

Los primeros jesuitas que se presentaron en la capital de Nueva-Granada, fueron los cuatro que acompañaban el año 1590 al presidente Antonio Gonzalez, cuya proteccion no bastó á asegurarles un establecimiento: así pues, dos de ellos regresaron á España, mientras que los PP. Francisco de Victoria y Antonio Martinez se dirigian á Lima. En el año 1598, los PP. Alfonso de Medrano y Francisco de Figueroa, despues de haber predicado la caridad en Santa Fé, se dirigieron á los desiertos en busca de los naturales; el primer cuidado de los jesuitas fué reducir á una sola las diferentes lenguas, siendo el P. José Dadey el que escribió el diccionario del único idioma que debia en lo sucesivo hablarse. Al poco tiempo fundaron los propios religiosos un colegio en Santa Fé, merced á la decidida proteccion que les dispensó el arzobispo Bartolomé Lobo Guerrero; los rápidos progresos que hizo en breve aquel colegio, fueron en gran parte debidos á la admirable caridad de Alfonso de Sandoval. Hijo de una familia tan ilustre por su piedad como por su nobleza, fué educado Alfonso en el seminario de los jesuitas de Lima, siendo admitido en la Compañía de Jesus tan pronto como hubo terminado sus estudios; ya desde el primer dia del noviciado se vieron brillar en él todas las virtudes, y mostrar sobre todo un deseo insaciable de sufrir por Jesucristo. Habiendo sido elevado algunos años despues á la dignidad del sacerdocio, á pesar de cuantos obstáculos opuso su humildad por no permi-

(1) No se contentaban los picaos con dar muerte y comerse á los infelices que caian en su poder durante las sangrientas guerras que sostenian casi continuamente contra las tribus vecinas, sino que llevaban su barbarie hasta el punto de abastecer las carnicerias públicas, no solo con los prisioneros de guerra, si que tambien por medio de los pobres estranjeros que por cualquier motivo fuesen detenidos. Y sin embargo, aquellas hordas feroces cuyo solo nombre aterraba á las demás tribus, llegaron, merced á la santidad y heróica constancia de los misioneros encargados de regenerarlas, á ser un pueblo laborioso y digno, tan pronto como se logró hacer comprender á aquellos salvajes la celestial doctrina del Crucificado. (Nota del Trad.)

tirle aspirar mas que al cargo de hermano coadjutor, se le destinó á las misiones de Cartagena, donde los jesuitas acababan de establecerse, en cuya virtud salió de Cuzco para dirigirse nuevamente á Lima. Dedicóse allí durante la cuaresma á salvar las almas, consagrándose á confesar á los pobres, y particularmente á los negros, que se les presentaban en tropel, seguros de encontrar en él siempre un consuelo para todas sus necesidades. Luego emprendió Sandoval un viage á Cartagena, el cual fué tanto mas largo, peligroso y difícil, cuanto que le emprendió á pié sin mas recursos que su breviario y algunas obras ascéticas; regocijándose á su llegada de encontrar una casa en la que faltaba todo, escepto el trabajo, las privaciones y el sufrimiento. Solo habia á la sazon en ella tres sacerdotes, que para subsistir se veian obligados á pedir limosna, humilde y laborioso cargo que ya desde el dia de su llegada desempeñó el P. de Sandoval durante tres años; luego, á peticion suya, se le nombró portero, en cuyo nuevo destino se consagró al servicio de los demás religiosos con la humildad de un esclavo y la ternura de una madre. Todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones domésticas, lo empleaba en confesar, enseñar la doctrina y socorrer al prójimo; pudo decirse que no hacia mas que variar de trabajo, sin entregarse casi nunca al descanso. La llegada de algunos caciques de Darien y de Uraba para ofrecer ricos presentes al gobernador y al obispo, hizo nacer en el provincial la idea de enviar á uno de sus religiosos, al objeto de que evangelizase á los idólatras de aquellos paises. El P. Alfonso de Sandoval, que no ignoraba lo espinoso del nuevo cargo que habia de confiarse á uno de sus hermanos, se presentó al superior pidiéndole para sí con tan vivas instancias que se accedió al fin á su demanda; pero como no recogiese otro fruto que el de muchos sufrimientos, y se viese contínuamente espuesto á ser devorado por aquellos bárbaros, vióse el provincial obligado á destinarle á otras misiones. El resultado que obtuvo Sandoval en el nuevo campo, confiado á su salud apostólica, fué digno de su ardiente celo; sus mortificaciones y fatigas le acarrearon empero una enfermedad mortal, de la que estaba ya próximo á espirar, cuando fué milagrosamente curado por la intercesion de S. Ignacio, á quien Dios reveló tener destinado aquel escelente operario para la evangelizacion de los negros. Tan pronto como supo Alfonso el destino que Dios le tenia reservado, sintió el amor mas tierno por aquellos desgraciados que ya en las inmediaciones de Cartagena habian sido objeto de su predileccion, no bastándole ya tratarles con dulzura, instruirles con celo, consolarles cariñosamente en todos sus quebrantos y cuidarles en sus enfermedades, sino que le fué preciso acudir en su ausilio en el momento de desembarcar en Cartagena, por ser cuando se veian en el mayor desamparo. Así que, apenas llegaba un buque que llevase á algunos de aquellos infelices, se veia ya al P. Alfonso dirigirse al puerto, acompañado de un intérprete; sus primeros desvelos eran para los enfermos, á quienes procuraba toda clase de consuelos, pensando luego en salvar sus almas. Bautizaba á unos, confesaba á otros y les exhortaba á todos á vivir y morir cristianamente: muchos eran los desgraciados negros que parecian aguardar aquel momento de gracia para morir dulcemente en la paz del Señor. Ocupado dia y noche Sandoval en el cuidado de sus queridos esclavos, ni sentia el rigor de las estaciones, ni las fatigas, ni las enfermedades, tanta era la fuerza y robustez que le infundia su generoso celo: además, se creia estrictamente obligado á prodigar una vida que solo le habia sido conservada para que la consagrase á la caridad. Tenia Alfonso la precaucion de notar el nombre de los negros, así como tambien el de sus dueños, á fin de poder, de vez en cuando, visitarles, interesarse por ellos y ejercer en interés de sus almas todas las funciones de su sagrado ministerio. Cuantas veces se le presentaba algun negro á la vista consultaba inmediatamente su lista, y caso de que no estuviese continuado

en ella, le conferia el bautismo, á cuyo objeto llevaba siempre encima un frasco lleno de agua, llegando en siete años á regenerar mas de treinta mil negros. Muchos fueron los misioneros que pudieron ser destinados al lado de Sandoval, cuyas virtudes y trabajos apostólicos le valieron la admiracion y el aprecio de todos los hombres notables de su tiempo; el P. Claver, del que en breve tendremos ocasion de hablar, tuvo la dicha de que se le destinase á la mision del P. Alfonso, encargándose de ella, cuando tuvo Sandoval que dirigirse á Lima; como viese á su regreso el apóstol de los negros lo bien que desempeñára Claver su cometido, le confió la cristiandad de Cartagena. Alfonso recorrió entonces las costas y el continente en una estension de mas de cuatrocientas leguas, dando en todas partes relevantes pruebas de su celo, y recogiendo en todas ellas frutos proporcionados a su increible actividad. A su regreso, desempeñó en la casa convento de Cartagena, diferentes destinos, hasta que rendido de fatiga y cubierto de úlceras, pasó Alfonso los dos últimos años de su vida en un pobre lecho, casi enteramente abandonado, por no poder los pocos jesuitas que habia en el colegio cuidarle con esmero, á causa de las muchas ocupaciones que pesaban sobre ellos. Siempre le hallaban sus hermanos en la misma actitud, esto es, con la vista levantada al cielo y las manos plegadas, ofreciendo á Dios el doble sacrificio de sus alabanzas y de su vida. Murió Alfonso de Sandoval el dia de Navidad á los setenta y seis años, habiendo poseido todas las virtudes en el mas alto grado: tal fué el gran maestro, á cuyo lado aprendió Pedro Claver aquella sublime caridad cristiana, que le habia de hacer enjugar tantas lágrimas y salvar tantas almas.

Nació Claver en Verdúa el ño 1581; y renunciando á todas las comodidades que podia ofrecerle su opulenta familia, entró en Tarragona en el noviciado de los jesuitas, el dia 7 de agosto del año 1602. Habiendo ido Claver á continuar sus estudios en el colegio de Mallorca, conoció allí al bienaventurado Alfonso Rodriguez, el cual dijo en cierta ocasion de Claver y de uno de sus compañeros: «¿Veis á esos dos religiosos? Irán ambos á la India, donde salvarán muchas almas.» Como supiese pues Rodriguez el alto destino que Dios reservaba á Claver en el apostolado, le dijo en una de aquellas dulces espansiones de las almas cristianas: «Mi querido hermano, imposible me es espresaros el dolor que me causa el triste espectáculo que ofrece la mayor parte de la tierra envuelta en las tinieblas de la idolatría, por ignorar la existencia del verdadero Dios, á causa de no haber misioneros que le den á conocer su santo nombre. ¡Triste, tristísimo es en efecto, ver que tantos pueblos perecen, no porque quieran perderse, sino porque no se hace ningun esfuerzo por salvarles! ¡Cuántos ministros del altar que sirven tal vez de muy poco en Europa, podrian salvar en América innumerables almas! Temen el trabajo y las privaciones que hay que sufrir para ir en su busca, y dejan de temer el peligro y el crímen que hay en abandonarlas. ¡Hermano mio! si amais á Jesucristo, no renuncieis al cultivo del vasto campo abierto á vuestro celo; si la gloria de la casa de Dios os interesa, id á recoger la sangre preciosa que derramó Jesucristo por las naciones, y dádsela á conocer; trabajad con él hasta la muerte por la salvacion de los hombres, ya que sois uno de los soldados de su Compañía. Manifestad á los superiores de la órden vuestros deseos, y no ceseis de pedirles que os destinen á las Indias, donde el deber y vuestra vocacion os llaman: las instancias reiteradas no son contrarias á la obediencia, cuando el superior no accede á ellas para mejor probar nuestra constancia.» Antes de destinársele á América, se obligó al P. Claver á terminar sus cursos de teología en Barcelona; y cuando en el año 1609 mandó el general Aquaviva, que cada provincia de España enviase uno de sus mas ilustres súbditos á la que habia sido establecida siete años antes en el nuevo reino de Granada, fué Claver nombrado misionero por la provincia de Aragon. Imitando el ejemplo de S. Francisco

Javier, partió sin despedirse de sus padres; renunció por humildad en Sevilla al sacerdocio, y se embarcó en el mes de abril del año **1610**, bajo la direccion del P. Mejía, superior de aquella cohorte apostólica, olvidando desde aquel mismo dia enteramente á la Europa, sin que ni siquiera se le oyese hablar nunca de España, durante los cuarenta y cuatro años que vivió en América. Al desembarcar en Cartagena, besó aquella suspirada tierra que habia de regar con tantos sudores, y luego fué enviado á Santa Fé para acabar de completar sus estudios teológicos. Despues de haber pasado en Tunja el tercer año de noviciado que se exige á los jesuitas antes de pronunciar sus últimos votos, regresó Claver á Cartagena, donde fué ordenado de sacerdote por el obispo de aquella diócesis, siendo el primer jesuita que celebró el santo sacrificio de la misa en Cartagena. Si bien su caridad ardiente alcanzó siempre á todos los desgraciados, se consagró Pedro con preferencia al servicio de los negros, pobres séres que carecian de todo apoyo, y por los cuales llegó su celo á sobrepujar al del mismo Alfonso de Sandoval. Ninguna de las dificultades del ministerio apostólico, llegó nunca á arredrar en lo mas mínimo al intrépido misionero que, con la mayor serenidad supo arrostrar siempre todos los peligros y el escesivo rigor de la mortificacion. Era tal la costumbre que tenia de dormir en el duro suelo, que cuando estando enfermo se le hacia guardar cama, se salia de ella para acostarse en tierra; y si alguna vez se le reprendia su indiscrecion, se escusaba diciendo que lo hacia por descansar con mas comodidad. Además de los azotes con que mortificaba contínuamente su cuerpo, llevaba un rudo cilicio lleno de clavos para que le enconase mas las llagas ó heridas abiertas por su piadosa crueldad. A pesar del escesivo calor, llevaba siempre una camisa de tosca lana, en la que solo el cuello era de tela para mejor ocultar á sus hermanos aquella nueva mortificacion. Lo que era aun mas prodigioso en aquel verdader mártir cristiano, es que cuantas veces habia de acudirse al socorro del prójimo, nadie se mostraba mas solícito para ir á enjugar las lágrimas de los desgraciados, ni salvaba con mas rapidez la distancia que le separaba de la cabaña abandonada ó del lecho del moribundo. Atacado Claver en cierta ocasion de una fiebre violenta, mandóle el médico acostarse enseguida; pero como necesitase del ausilio de uno de sus hermanos para desnudarse, y no queria que este viese el cilicio que desgarraba sus carnes, se resistió hasta que el provincial le obligó á cumplir las órdenes del médico. Al ver este los instrumentos de penitencia que martirizaban al misionero, cayó de rodillas, esclamando: «¡Ah! querido padre, ¿por qué os maltratais de este modo? ¿Por qué así atentais contra vuestra existencia?» Una de las mortificaciones mas terribles que sufrió aquel santo varon, fué sin duda la de las picaduras de los mosquitos y demás insectos tan comunes en aquellos climas, como lo indica el haber habido tantos tiranos que, despues de haber empleado los mas crueles suplicios por triunfar de la constancia de los mártires, apelaron á las picaduras de las moscas y avispas para hacer desfallecer su valor. Y, sin embargo, durante los muchos años que permaneció el P. Claver en Cartagena, estuvo siempre espuesto á la picadura de los mosquitos y de los tábanos, sin que nunca hiciese movimiento alguno, ni aun involuntario, para librarse de ellos, por mas que le cubriesen de sangre el rostro y las manos. Al verle algunos de sus compañeros en aquel triste estado, le decian que arrojase á aquellos insectos, á lo que contestaba Claver sonriendo, que eran para él aquellos insectos de la mayor utilidad, puesto que le sangraban sin lanceta. Tales fueron los sufrimientos de toda clase á que por espacio de cuarenta años se condenó el apóstol cristiano. Cartagena era el punto á que acudian á la sazon todos los pueblos de la tierra; su misionero, por lo mismo, debia mostrarse digno de evangelizar todo un mundo.

Solo parecia vivir y rejuvenecerse Claver cuando se le anunciaba la llegada de un buque

cargado de negros; su primer cuidado, despues de haber dado gracias á Dios por aquel favor señalado, era informarse del idioma que hablaban los nuevos esclavos, á fin de procurarse los intérpretes necesarios; y luego se dirigia al puerto, provisto de vizcochos, aguardiente, tabaco, limones y de cuantas provisiones apetecian aquellos pobres africanos. Tan pronto como habia logrado satisfacer sus primeras necesidades, procuraba conculcarles la consoladora idea de que desde aquel dia iban á verse libres de la esclavitud moral en que sus almas habian gemido hasta entonces, y de que en lo sucesivo seria la dicha eterna su esclusivo patrimonio. Cuando por medio de la dulzura de su carácter y la benevolencia de sus palabras, habia logrado el santo misionero captarse la confianza de los negros, se informaba de los niños que habian nacido durante el viaje para conferirles el bautismo, y de los que estaban gravemente enfermos para disponerles á recibir aquel sacramento, ó bien el de la penitencia, caso de que fuesen ya cristianos. Los mas de ellos morian luego de haber recibido aquella gracia, como si la Providencia les hubiese conservado hasta entonces, solo por procurar á su siervo el consuelo de haberles salvado. El dia en que habian de desembarcar, se presentaba otra vez Claver, con algunos esclavos de la misma nacion cargados de provisiones, y recibia en sus brazos á los enfermos que no podian tenerse de pié, y á los que colocaba en los carros que su tierna solicitud habia hecho disponer, y despues de haber dado á todos y á cada uno de ellos pruebas inequívocas de la bondad de su corazon, les conducia en triunfo hasta sus habitaciones, mostrándose mas satisfecho al entrar en Cartagena en medio de sus negros, de lo que lo estaban en otro tiempo los conquistadores romanos cuando entraban en su capital en medio de un imponente cortejo. Cuando los africanos habian llegado al punto que se les destinaba, se despedia de ellos el santo misionero, prometiendo no tardar en volver á verles, y sin descuidarse de recomendarles eficazmente á sus dueños. Precisa fué toda la constancia de su caridad para poder reunir y pagar á los diferentes intérpretes de que necesitaba para dedicarse á la evangelizacion de los negros, puesto que como carecia de recursos, y eran muchos los que necesitaba para socorrer tantas miserias, vióse no pocas veces obligado á pedir limosna por poder continuar su obra de verdadera regeneracion. El cielo, en fin, se dignó acceder á sus ardientes votos, deparándole almas generosas, cuya liberalidad no solo le permitió pagar á sus intérpretes, sino que hasta le procuró medios para rescatar ó redimir á diferentes esclavos. Su primera visita era siempre á los enfermos, á los que empezaba por lavarles la cara y las manos, caso de permitírselo su estado, y por distribuirles una parte de sus provisiones, administrándoles luego los sacramentos, si estaban en disposicion de recibirlos. Despues se dirigia al establecimiento de los que trabajaban, los reunia en un patio ú otro lugar espacioso en el que levantaba un altar, colocando en él algunos cuadros que diesen á aquellas débiles inteligencias una idea de nuestros misterios. El mas imponente de todos ellos, representaba á Jesucristo en la cruz, brotando sangre de todas sus heridas, la cual recogia piadosamente un sacerdote para bautizar á un negro que estaba aguardando de rodillas aquel augusto sacramento; habia además un papa, algunos reyes y varios cardenales que asistian á aquella ceremonia, adorando todos ellos con placer la misericordia de un Dios salvador que de tal modo derramaba su sangre por la raza humana. En un ángulo del cuadro se veia á algunos negros ricamente vestidos y como radiantes de gloria, que figuraban ser los que habian recibido ya el bautismo; los que se habian negado á aceptarlo, figuraban en el lado opuesto con una espantosa deformidad y rodeados de mónstruos horrendos, que tenian abierta la boca para devorarlos. Esta clase de pinturas, seguidas de algunas máximas animadas por su celo, tenian casi siempre mas fuerza y producian mejor resultado que los mas elocuentes discursos. Luego de haber dispuesto el altar,

preparaba el P. Claver los asientos que habian de ocupar los intérpretes; y á fin de que los negros pudiesen oir mas cómodamente la palabra divina, iba él mismo á buscar bancos y esteras, arreglándolos con tanta satisfaccion y cuidado, que no sabian los pobres esclavos como manifestarle su agradecimiento. Colocaba los hombres á un lado y las mujeres á otro, á fin de que guardasen todos mayor compostura; si notaba á algun negro cuyas úlceras pudiesen repugnar á sus compañeros, le cubria con su manteo, sobre el cual tenia tambien la costumbre de hacer sentar los enfermos. Antes de empezar el catecismo, preguntaba el P. Claver á cada negro si habia sido bautizado, y separando á los que contestaban afirmativamente, les pendia del cuello una medalla de plomo, en la que estaban grabados los nombres de Jesus y María; haciendo á los demas una señal diferente. Luego tomaba su baston en forma de cruz, se arrodillaba en medio de los negros, y con una voz conmovida y tierna, capaz de arrancar lágrimas hasta á los corazones mas empedernidos, repetia dos ó tres veces cada una de sus palabras, á fin de que pudiesen todos fácilmente seguirle. Seguido de sus intérpretes, se acercaba despues á cada negro, para hacerle repetir la señal de la cruz, elogiando á los que la recordaban, y reprendiendo con dulzura á los que la habian olvidado, sin que se separase de estos hasta que lo hubiesen aprendido. El mismo método seguia tambien en la esplicacion de los santos misterios, empleando al efecto de hacérselos comprender mejor, comparaciones proporcionadas á la rusticidad de sus oyentes; á la esplicacion de cada misterio seguia un acto de fé, que procuraba el misionero grabar profundamente en la memoria de los negros, procurando luego avivar la esperanza de su corazon, por medio de la dicha que la sangre de Jesucristo habia de procurar á todos los cristianos. A fin de que comprendiesen mejor la eficácia de la regeneracion bautismal, les decia: «Es preciso, hijos mios, hacer como la serpiente, que, se despoja de su antigua piel, por tomar otra que sea mas hermosa y mas brillante.» Los pobres esclavos indicaban con gestos haberle comprendido, y que deseaban despojarse de sus antiguas supersticiones, á fin de ser enteramente regenerados por las aguas del bautismo. Durante estas instrucciones, estaba el misionero siempre de pié ó de rodillas, al paso que los intérpretes y los negros estaban sentados, por haberles dispuesto el misionero de antemano sus asientos. Cuando juzgaba el P. Claver que estaban los negros suficientemente instruidos, fijaba el dia en que debian ser bautizados, y les separaba en grupos de diez, dando á todos los de cada grupo un mismo nombre, á fin de que pudiesen recordarlo mejor los neófitos. Empezaba siempre por bautizar á los niños, luego á los hombres y despues á las mugeres y á las niñas; seguido del intérprete y de un negro y una negra, ya cristianos, que debian servir de padrinos, se acercaba al catecúmeno, que estaba arrodillado con las manos plegadas, y mostrándole el agua que debia regenerarle, contenida en un vaso de plata, les decia, por medio del intérprete: «Hé ahí el agua saludable, que en virtud de los méritos de Jesucristo, lava, purifica y hace al alma radiante como el sol; hé ahí el manantial de la gracia que forma á los verdaderos hijos de Dios, y les dá derecho al reino de su gloria: pero, es preciso para obtener tan señalado favor, arrepentirse de todos los pecados, y renunciar para siempre al demonio y á las máximas del mundo. ¿No es verdad que estais firmemente resueltos á hacer todo esto? ¿Creéis en Jesucristo? ¿Queréis entrar en su iglesia y recibir el bautismo?» Repetia estas preguntas por dos ó tres veces, ó mejor, hasta que el negro habia contestado á cada una de ellas distintamente, en cuyo caso pasaba á bautizarle, suspendiéndole luego al cuello una medalla, en la que habia grabados los nombres de Jesus y de María. Si se le advertia durante aquella ceremonia que hubiese alguno de los enfermos en inminente peligro, se dirigia inmediatamente á su lecho para procurarle los últimos consuelos que dá la religion al

hombre, para conducirle al cielo, y solo despues de haber cumplido con aquel deber sagrado, volvia á continuar el misionero su obra interrumpida. Terminada la ceremonia, dirigia á los recien bautizados una exhortacion patética; y, considerándolos purificados por la sangre del Cordero sin mancha, les abrazaba con tal trasporte de alegría, que los pobres esclavos, animados del nuevo espíritu que dá el bautismo, no sabian como corresponder á tan vivo amor. Solo sabian levantar los ojos al cielo, batir palmas ó arrojarse á los piés del misionero para besar sus hábitos, lanzando gritos de alegría, mil veces y en diferentes idiomas repetidos, pidiendo al cielo que le colmase de bendiciones. En todas partes en que despues le hallasen, repetian los negros las mismas demostraciones de amor y de profundo respeto; en todas partes acudian á él en tropel, llamándole su maestro, su protector, su padre, sin dejar de darle nunca las mismas pruebas de reconocimiento. Los negros que dieron al P. Claver mas trabajo para su conversion, fueron los de las costas de Guinea, por ser naturalmente orgullosos é indómitos, y por estar además aferrados á mil supersticiones procedentes del islamismo; solo accediendo á todos sus caprichos y soportando todos sus defectos, les vió el misionero conceder á su paciencia, su dulzura y sus súplicas, lo que nunca sus dueños pudieron alcanzar de ellos por medio de las amenazas y el castigo. Además de los negros inscritos, habia buques que llevaban otros, que eran desembarcados ocultamente, por no pagar los derechos, en las costas vecinas, siendo luego destinados á los ingenios del esterior de la ciudad, donde pasaban por cristianos sin haber sido bautizados, ni tener ningun conocimiento de la religion cristiana. El P. Claver, empero, que sabia abrirse paso al través de todos los obstáculos, merced á su inagotable caridad y á su heróica constancia, no paraba hasta penetrar en aquellos establecimientos, y ejercer libremente en ellos su santo ministerio acerca de los esclavos. Nunca faltaba el siervo de Dios todos los domingos y demás dias festivos al lado de sus protegidos, á quienes conducia él mismo á la iglesia, para que asistiesen á los divinos oficios, terminados los cuales les daba cuantas provisiones habia podido reunir su paternal solicitud. Como tienen los negros una verdadera pasion por el baile, no se oponia el religioso á que se entregasen á ella, persuadido de que aquellos hombres, dedicados contínuamente á rudos trabajos, necesitaban un momento de espansion para entregarse á inocentes diversiones; pero si notaba la menor actitud impropia ó gesto indecoroso durante los bailes, se presentaba con un crucifijo en una mano y un látigo en la otra, empezando á repartir azotes entre los danzantes y los músicos, hasta que lograba dispersarles enteramente. Así mismo perseguia sin cesar á los blasfemos, á los cuales obligaba, despues de haberles reprendido severamente su enorme pecado, á besar el suelo diciéndoles: «¡Miserables! ¿Quiénes sois vosotros para atacar al cielo, y ultrajar así á la Magestad divina?» Uno de los abusos que mas difícil le fué corregir, fué el de una fiesta que acostumbraban celebrar los negros, denominada el *Llanto para los difuntos*, en la que, despues de haberse entregado á varias ceremonias supersticiosas, acababan por embriagarse y cometer todos los desórdenes; pero incansable Claver en la obra del bien, no paró hasta lograr que por mediacion de las autoridades eclesiástica y civil, cesase aquella fiesta odiosa. Cuanto mayor era el celo desplegado por el misionero para contener á los esclavos en el círculo de todos sus deberes, mayor era tambien el afecto que estos le profesaban, por ver que si bien les imponia algun castigo cada vez que faltaban á los preceptos de la religion cristiana, se interesaba por ellos vivamente cada vez que intentaban sus dueños castigarles. En efecto, si oia alguna vez los gritos de un esclavo castigado, acudia inmediatamente con el corazon desgarrado y los brazos tendidos para hacer cesar los golpes; si algun negro, por temor al castigo habia abandonado

la casa de su dueño, imploraba el P. Claver su perdon, se obligaba á acompañarle de nuevo, con tal que no se le castigase, y á amonestarle para que en lo sucesivo procurase cumplir puntualmente. Visitaba en la cárcel á los que por sus faltas habian sido detenidos, les procuraba las provisiones necesarias, y despues de haber pasado algunas horas en su compañía, prodigándoles todos los consuelos, se dirigia á la casa de sus amos para inducirles á que mitigasen su rigor, á fin de no reducir á aquellos infelices á la desesperacion. En medio de la difícil carrera que le hizo seguir su caridad, recibió el P. Claver en el año 1622, la órden de hacer sus últimos votos. Como solo se exige esta formalidad á los religiosos á quienes juzga la Compañía dignos de ella, por su ciencia y su virtud, alarmóse en tal manera la humildad de Pedro, que solo la aceptó bajo la condicion, de que se le permitiria hacer además un voto, firmado de su propio puño, que era el de consagrarse para siempre al servicio de los negros. Luego pronunció el voto de profeso que se le exigia, y que firmó de este modo: « Pedro, esclavo de los negros para siempre. » Despues de los primeros votos, solo se habia considerado Claver esclavo de su Dios; pero despues de los segundos, quiso ser esclavo de los mismos esclavos. Para mejor terminar aquí la biografía del generoso apóstol catalan, veamos lo que dice el P. Fleuriau (1), en su historia de las virtudes y milagros de aquel misionero: « Unicamente en el seno de la iglesia católica, á la que solo es dado santificar á las criaturas, puede hallarse un hombre semejante. Del seno de la misma iglesia romana salió un Javier, que llevó la luz al Asia y á las Indias orientales, y del seno de la misma iglesia salió posteriormente un Claver (2), que hizo brillar la antorcha de la fé en las Indias occidentales y en América. En cualquiera de las regiones conocidas se encontrarán hombres que saben cumplir con los deberes de su estado; que serán generosos para con los desgraciados, modestos en la prosperidad, resignados en el infortunio, y morigerados en sus costumbres y en su conducta; en una palabra, que serán buenos padres, escelentes amigos, buenos ciudadanos. ¿Hay por ventura ninguna nacion idólatra, algo civilizada, que no haya producido alguno de esos hombres? Pero, ¿se encontrará, ni aun en las sectas ni en las sociedades que mas ensalzan la probidad y la reforma, un hombre unido inviolablemente á Dios; un hombre pobre, humilde y mortificado, hasta el punto de encontrar su riqueza

(1) Vida del venerable P. Pedro Claver.

(2) A los detalles dados por el autor sobre la vida y merecimientos de este ilustre español, gloria de su patria y de la Compañía de Jesus, creemos deber añadir los siguientes que hallamos en una reseña histórica de su vida, publicada hace algunos años en un periódico religioso: «Fueron los padres del beato Claver D. Pedro y D.ª Ana Sobocano de ilustre linaje. Viendo D. Pedro la religiosa vocacion que ya desde su mas tierna infancia manifestaba su hijo, confiólo á la direccion de un hermano suyo, venerable canónigo de la santa iglesia de Solsona. Claver reunia á un bello natural, una docilidad admirable, siendo su inclinacion favorita acudir á las iglesias y adorar con fé y ternura á Dios. Al efecto de que se perfeccionase en los estudios, le mandaron sus padres á Barcelona, distinguiéndose en aquellas aulas con tanto celo, que mereció justos elogios del obispo de Barcelona D. Ildefonso de Coloma, cuando éste le confirió las órdenes menores. A instancias suyas, y garantido por sus propias virtudes, fué admitido en 1602 en la Compañía de Jesus por el P. Rector del colegio de jesuitas de Barcelona, que en aquella época lo era el edificio que es hoy casa de Retiro, en la calle de Xuclá y de allí pasó al noviciado de Tarragona donde vistió la sotana jesuítica que tanto deseaba. Su prontitud admirable para obedecer á sus superiores, y su celo para servir á sus hermanos, fueron tan grandes, que el maestro de novicios quiso que permaneciese allí dos meses mas para que con su ejemplo adelantasen los otros novicios. Despues de haber visitado Nuestra Señora de Monserrat, hecho sus votos en Tarragona y haber estudiado humanidades en Gerona, pasó á Mallorca, donde estudió filosofía y mas tarde teología en Barcelona.... Infatigable misionista, despreciando toda clase de insultos, convirtió á los mas desesperados pecadores y herejes, haciendo entre otras la prodigiosa conversion de un prelado anglicano y de muchos mahometanos y turcos. Obró algunas maravillas, como la de apagar por medio de sus oraciones, rociándolo con agua bendita y fijar en él la cruz, un volcan que á mas de exhalar un mal hedor, amenazaba á los moradores de una posesion de Don Pedro de Estrada. Consiguió tambien con sus preces sobreviniese una lluvia de tres dias y tres noches, terminándose la estrema sequía que pesaba sobre la villa de Tola y vaticinó la próxima llegada de dos espediciones piratescas inglesas en aquellas costas, librando de esta manera á los habitantes de los puntos asaltados del degüello y la muerte. Modelo de virtudes, de caridad evangélica é infatigable propagador de la santa ley del Crucificado, murió el P. Claver á la edad de setenta y cuatro años el dia 8 de octubre del año 1654 (Vide lib. III cap. XXXIV) en el colegio de PP. Jesuitas de la ciudad de Cartagena de Indias. Las gentes se atropellaban para poder poseer una reliquia de aquel santo varon. (Nota del Trad.)

en la indigencia, su gloria en las humillaciones, su placer en las aflicciones y en la cruz; un hombre caritativo hasta despojarse de todo por enriquecer á los estraños; generoso hasta sacrificar su propia dicha por socorrer las miserias de los demás; paciente hasta desear sus penas y querer á los que se las hacen sufrir; desinteresado hasta el punto de no pensar mas que en la felicidad de los demás hombres, á los que considera como sus conciudadanos, como sus hermanos? ¿Puede encontrarse, repetimos, un hombre de esta suerte, fuera de la iglesia romana.?»

CAPÍTULO XIX.

Misiones de los capuchinos y de los jes itas en el Brasil, y de la órden de la Merced en el rio de las Amazonas.

No fueron menos notables los ejemplos de caridad y celo que ofrecieron los jesuitas en sus misiones del Brasil, puesto que en todas partes se consagraron con el mismo ardor á la salvacion de las colonias portuguesas, á la de sus esclavos negros, procedentes de Angola ó de Guinea, y á los de los indígenas, ora fuesen reunidos en tribus, ora dispersos en los bosques y en las ásperas montañas.

El rey D. Sebastian de Portugal, que no podia dejar de ver con interés los progresos del catolicismo en aquellas regiones, dotó los colegios de Bahía, Rio-Janeiro y Fernambuco, principales centros de que dependian todas las residencias de los misioneros.

El colegio de Bahía estaba encargado de atender á las necesidades espirituales de tres tribus de indígenas, establecidas en las inmediaciones de la poblacion, y en cada una de las cuales habia ya dos religiosos de la Compañía. Del propio colegio salieron tambien aquellas cohortes apostólicas que tantas almas habian de conquistar en el interior del pais, llevando la luz del Evangelio hasta los pueblo mas remotos; de él salieron tambien, en el año 1581, los dos jesuitas que cristianizaron la tribu de los rarianos, pueblo situado á la distancia de ciento veinte leguas de Bahía, y al que fué preciso otros siete misioneros en los años 1590 y 1594. Del colegio de Bahía dependian igualmente las residencias de los Ilheos y de Porto-Seguro, á los cuales la tribu cruel de los aymores no cesó de molestar hasta la pacificacion alcanzada por la constancia de los misioneros de la Compañía. Además del colegio de los jesuitas, habia en la ciudad de Bahía un convento de PP. capuchinos.

Cincuenta fueron los misioneros jesuitas que poblaron el colegio de Rio-Janeiro y las residencias que de él dependian; cuatro de ellos estaban encargados de dirigir las dos tribus indígenas que habia en las inmediaciones de la ciudad, las cuales no tardaron en corresponder dignamente á los tiernos cuidados de que eran constante objeto, como lo demuestra el hecho siguiente, citado por Du-Jarric: «Como fuese preciso en cierta ocasion hacer cambiar de domicilio á una parte de aquellos indígenas, á fin de que estuviesen con mas comodidad, preguntaron al religioso si estaba aun construida la iglesia en el punto á que se les destinaba; y habiéndoseles contestado que ya la levantarian despues de tener del todo dispuestas sus habitaciones, dijeron que ninguno de ellos emprenderia obra alguna en su habitacion, hasta que quedase enteramente terminada la casa del Señor. Hubo entre ellos un buen anciano, que era de los principales de la tribu, que hasta hizo cooperar á un nieto suyo de tres años á la construccion del templo, obligándole á llevar al efecto puñados de tierra. «Trabaja, hijo mio, le decia aquel buen anciano, ya que debe servir para tí este templo, por haberte dispensado Dios la gracia de hacerte nacer en los tiempos presentes, á fin de que no vieses las bárbaras costumbres de tus antepasados.» La residencia de S. Vicente, procedente del colegio de Rio-Janeiro, no cesaba de enviar misioneros al pais de los carijos, situado en la costa, los cuales habian dado ya muerte á Pedro Correa y Juan Suza. Habiéndose apoderado un buque portugués de sesenta carijos, entre los que habia Cayobig,

hermano del gefe Farancaba, mandó el gobernador de San Vicente que fuesen los cautivos nuevamente conducidos á sus casas, nombrando al propio tiempo una escolta para que les acompañase hasta sus playas. El superior de la residencia, que conoció desde luego todo el interés que podia reportar á la religion y al pais aquel acto de reconocida justicia, encargó al P. Agustin de Matos y al P. custodio Pirez, que formasen parte de la escolta, á fin de prevenir á los indígenas que dispensasen á los portugueses una acogida favorable. Así pues, salieron los dos religiosos de San Vicente el dia 4 de diciembre de 1596, y al llegar al puerto de Patos, plantaron una gran cruz en la playa, en la que mientras iba á darse aviso á Farancaba, levantaron sobre ramas y follage un altar para la celebracion de los santos misterios. En gran manera temian los portugueses la venganza de los carijos, pero en breve se tranquilizaron al ver el modo afectuoso con que los indígenas recibieron á los jesuitas. Farancaba, seguido de una numerosa fuerza, no tardó en presentarse, vistiendo una larga túnica azul, ostentando una cruz roja y ciñendo una ancha espada. Los padres le recibieron con distincion, y le acompañaron á la capillita que acababan de levantar, donde se sentó en medio de ellos, y despues de abrazarlos empezó á llorar, poseido de una tierna afeccion; luego espuso sus quejas acerca de la conducta observada por los portugueses, si bien dijo que lo olvidaba todo por el respeto y el amor que tenia á los jesuitas; y hasta añadió: « Quiero hacerme cristiano, y quiero que toda mi familia tambien lo sea. » Su hermano Cayobig y los demás cautivos desembarcaron y fué la paz definitivamente firmada; los jesuitas, á los que Farancaba confió su sobrino para que lo educáran en S. Vicente, anunciaron á su partida que no tardarian en volver para cultivar aquella viña que tantos frutos ofrecia; si bien su escaso número no les permitió cumplir inmediatamente su promesa. Continuaron los carijos mostrándose dispuestos á recibir el bautismo; habiendo ido uno de ellos á San Vicente, entró en la iglesia de los jesuitas, dedicada á San Pablo, en el momento de regenerar á algunos neófitos; y como al regresar á su tribu refiriese cuanto habia visto sobre el particular, se le presentaron muchos de sus compatriotas pidiendo que los bautizase. Pero como él se limitaba á echarles el agua á la cabeza sin pronunciar las palabras sacramentales, por ignorarlas, no tenia aquel acto efecto espiritual. Admirados los jesuitas del ardor con que deseaban los carijos abrazar el cristianismo, resolvieron enviar á su tribu al P. Sebastian Gomez; y mas tarde, mientras dirigia la provincia el P. Fernando Cardin, fueron tambien destinados á aquella mision los PP. Juan Lobat y Gerónimo Rodriguez, de la que dió este tantos detalles en sus dos cartas de 26 de noviembre del año 1605 y de 11 de agosto de 1606. La segunda residencia, procedente del colegio de Rio-Janeiro, era la de Piratiningua, de la que salió un jesuita en el año 1587 para ir á predicar á los miramoninos, que eran como unos gitanos de la América meridional, cuyo funesto ejemplo corrompia á las tribus vecinas. Antes de que pasase á ser piratiningua la guarida de los mamelucos, murió el P. Manuel de Chaves á los ochenta años de su edad; misionero de una caridad infatigable, puesto que ni su avanzada edad ni sus achaques le impedian visitar diariamente descalzo dos tribus indígenas que vivian en las inmediaciones de la ciudad, y que formaban las dos unas ocho mil almas, parece que quiso Dios llamarle á sí, á fin de que no presenciase el luto y la desolacion que tan pronto habian de envolver á aquel desgraciado pais. Era la ciudad de los Santos la tercera residencia, y la del Espíritu Santo la cuarta, en la que ocho jesuitas dirigian seis tribus que contenian mas de diez mil cristianos. Habiendo visitado el provincial en el año 1589 la poblacion de Espíritu Santo, fué á pedirle misioneros un gefe idólatra, llamado Tujupaluco; y como se le contestase que podia acompañar á la residencia á todos cuantos quisieran ser instruidos en la fé, no tardó en presentar mas de trescientos,

que recibieron al poco tiempo el bautismo. Los principales cristianos del pueblo de los Tres Reyes, inmediato al de Espíritu Santo, obtuvieron permiso del provincial para hacer un viage al interior del pais, para atraer á sus parientes y amigos al redil de Jesucristo. Embarcóse con ellos el P. Domingo Gracia, y cuando despues de haberles acompañado algunos dias, tuvo el religioso que separarse de ellos, quisieron aquellos buenos indígenas que les administrase antes de la separacion los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía. Como los tapoyas atacasen sus canoas á los pocos dias, hubo un cristiano herido mortalmente, que entregó el alma á su Criador, despues de preferir las siguientes palabras: «Jesus, tened piedad de mí!» Finalmente, llegaron los viajeros, sin mas percance á su destino, donde supieron que el indígena Jaguabara habia ocasionado ya una emigracion; pero que los apiapetanguas habian cerrado el paso á los emigrados, y causado la muerte á muchos de ellos. Tomóse entonces el partido de avistarse con los apiapetanguas, y pedirles que les dejasen libre el paso; pero orgullosos estos por su primer triunfo, recibieron á flechazos á los parlamentarios. Manuel Mascarenhas, uno de ellos, herido en el corazon, murió á las pocas horas, dice Du-Jarric, «exhortando á sus compañeros á que fuesen siempre buenos cristianos, á proseguir en la santa empresa que habian acometido juntos, á fin de conducir á sus parientes y amigos al lado de los jesuitas. Muero contento en defensa de tan noble causa; así pues, no quiero que nadie se aflija por mi muerte, ni aun mis propios hijos, á los que he dejado con los PP., y á los que por lo mismo sé que nada ha de faltar.» Despues de haber pedido á Dios el perdon de sus pecados, espiró invocando el nombre de Jesus; siendo enterrado por sus compañeros en un sitio oculto, por temor de que se le comiesen sus enemigos, caso de encontrarle.» Sin embargo, no entibió aquel nuevo golpe en lo mas mínimo el celo de los cristianos. Antonio Diaz, al que habian enseñado los jesuitas á administrar el bautismo, tuvo el consuelo de regenerar á Jaguabara, que murió durante aquellos disturbios; luego reunió un gran número de emigrados, y se decidió á forzar el paso, obstinadamente guardado por los apiapetanguas. Piraguasu, uno de aquellos emigrados, entró con sus cuatro hijos en el pueblo de los Tres Reyes, pronunciando un discurso, segun la costumbre de los indígenas, en el que manifestaba el placer que sentia por su feliz llegada. Luego se dirigió á la iglesia, acompañado de sus cuatro hijos, y despues al colegio de los jesuitas, á los que abrazó con grandes trasportes de alegría. Al poco rato se presentó la viuda de Jaguabara, seguida de su numerosa familia y de un gran cortejo: llevaba un rosario al cuello, y esclamó al entrar en el pueblo: «Nadie estrañe que tome la palabra, aunque débil muger; porque habiendo muerto mi esposo, á mí me toca ocupar su puesto.» Cuando se hubo retirado á su habitacion, todos los indígenas del pueblo fueron á llorar en su presencia; las mugeres le hicieron ricos presentes, así como tambien los jesuitas, á los que fué á visitar al dia siguiente con toda su familia. ¡Con qué pura satisfaccion veian los jesuitas aumentarse aquella grey cristiana! A los cuatro dias de su permanencia en el pueblo, cayó la pobre viuda enferma; y conociendo que iba á morir, pidió que se la bautizára, lo que no se habia hecho ya desde el primer dia de su llegada, por no estar aun suficientemente instruida. Como su estado no le permitiese ir á la iglesia, se le propuso bautizarla en casa, á lo que contestó resueltamente: «No, he venido de tan lejos para ser bautizada en la iglesia y en la presencia de Dios: no quiero serlo en otra parte.» Y como el religioso le hiciera presente que Dios estaba en todas partes, contestó: «Lo sé; pero quiero ser bautizada en su casa, y no en la de los hombres.» Por complacerla, se la trasladó á la iglesia, donde fué regenerada con gran satisfaccion suya y de todo el pueblo; despues de haber sido bautizada, exhaló un profundo suspiro,

y dijo: «Ahora mi alma es feliz; ya no temo la muerte, pues veo cumplidos mis ardientes deseos de ser hija de Dios.» Todavía vivió cerca de dos meses; pidiendo el sacramento de la Extremauncion pocos dias antes de su muerte. El jesuita que la ausiliaba, la dijo por probarla, que, puesto que hacia tan poco tiempo que habia recibido el bautismo, no era necesario aplicarla el óleo santo; sin embargo, la moribunda no se tranquilizó hasta que á los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía, se hubo añadido el de la extremauncion. Encargó muy particularmente á su familia que no llorára su muerte, puesto que iba á reinar con Jesucristo en el paraiso, y exhaló su alma pronunciando el dulce nombre del Salvador.

Hallábase el colegio de Rio-Janeiro al sur del de Bahía, y el de Fernambuco al norte: contenia veinte y cinco jesuitas, que trabajaban de contínuo por la salvacion de las almas en el Parahiba y en la tribu de los petiguares. Despues de haber abandonado los franceses á Rio-Janeiro, se apoderaron de él los portugueses, retirándose los primeros al Parahiba, con cuyos habitantes habian tenido relaciones comerciales; pero como eran los franceses en su mayor parte calvinistas, retaron con doble motivo á los portugueses. Así que, se sucedieron las espediciones desde el año 1585, hasta que los calvinistas fueron espulsados y los parahibas sometidos. A estos últimos se les diseminó en tribus que, los jesuitas, poco antes limosneros de los cuerpos de ejército, evangelizaron con tal fruto, que en poco tiempo fueron bautizados mas de mil doscientos indígenas. El celo generoso con que los hijos de San Ignacio defendieron á los parahibas vencidos contra la opresion de los conquistadores, decidió á estos últimos á hacerles reemplazar por misioneros de las órdenes de San Francisco y San Benito, que, como no sabian el idioma del pais, no pudieron hacer grandes progresos en la instruccion de los naturales. Los petiguares, vecinos de los parahibas, eran unos diez y seis mil, y estaban divididos en diez y seis tribus; llamábase Abresech el gefe de una de ellas, compuesta de tres mil almas; levantóse en ella la primera iglesia, y no tardaron los demás pueblos en imitarla construyendo tambien su templo. Hé ahí lo que con este motivo dice Du-Jarric: «Aun antes de haber sido bautizados, tenian ya los petiguares su iglesia, con imágenes, campanas y todos los ornamentos necesarios. Era tan vivo el deseo que tenian de ser cristianos, que antes de haber salido de las tinieblas de la idolatría, habian adoptado ya todas las prácticas religiosas, que observaban mas estrictamente que muchos de los antiguos creyentes; mas como careciesen de recursos para comprar las campanas y los demás ornamentos de la iglesia, iban á trabajar por cuenta de los portugueses, y se procuraban con el dinero que ganaban, todos los objetos necesarios para adornar sus templos. Por esto decian los jesuitas, que no habian encontrado en el Brasil ningun pueblo que desease tan ardientemente su salvacion, ni tan inclinado á la piedad.» Luego añade el mismo autor: «Cordialísima era siempre la acogida que en todas partes dispensaban los petiaguares á los jesuitas; siendo siempre los jóvenes los primeros que les salian al encuentro, tocando alegremente pífanos y tambores; luego acudian los hombres de alguna edad, y al llegar al centro de la poblacion, se presentaban los principales de ella á darles á su vez la bienvenida; hasta las mugeres salian de sus casas para saludarles á su modo con señaladas muestras de alegría; la animacion que reinaba en todas partes, unida al repique general de campanas, daba á aquella sencilla fiesta que tambien demostraba la alegría del corazon, un indecible encanto. Despues de haber permanecido por algun tiempo en oracion, se dirigia uno de los padres á la multitud apiñada en su derredor, y les daba las gracias por haber edificado su iglesia, y por el deseo que tenian de ser cristianos, añadiendo que iban desde aquel dia á predicarles la fé de Jesucristo.» Si bien habia habido otros religiosos encargados de instruir á los petiaguares, como no poseian aquellos

su idioma, fueron casi del todo estériles sus trabajos; así que hacia mas de tres años que no habia sido predicado el Evangelio á aquellos pueblos que, solo habian permanecido en la fé sostenidos por su buen deseo. Tal era la situacion de los petiaguares, cuando Pedro Rodriguez, entonces provincial, se decidió á penetrar otra vez en aquel pais, acompañado de algunos otros religiosos; fué tan grande el placer de los indígenas al saber su llegada, que les salieron al encuentro á mas de dos leguas de distancia. El gefe Metarouba, que conoció á uno de los religiosos, le habló, segun Du-Jarric, de esta manera: «Recuerdo muy bien el dia en que vinisteis á verme á mi pais, así como recuerdo tambien vuestras palabras que, procuré grabar en mi mente por no olvidarlas, en mi lengua por pronunciarlas, y en todos mis miembros y mi ser por cumplirlas.» A fin de no dar á los franciscanos ningun motivo de queja, se limitaron los jesuitas á bautizar á sesenta y cuatro indígenas gravemente enfermos; por otra parte, como no les era posible detenerse en aquel pais, y dirigir por lo mismo á los petiaguares, no creyeron útil bautizar á los demás.

Desde Fernambuco, situado á ocho grados de elevacion austral, hasta el rio de las Amazonas, cuya embocadura está en la línea equinoccial, se estiende una costa de doscientas leguas, habitada por pueblos que gemian aun en la idolatría, por no haber resonado aun en ellos la voz de la religion. El P. Francisco Pinto, nacido en el año 1552, curado milagrosamente por la intercesion de Anchieta, y misionero de una caridad tan ardiente que habria deseado conquistar á la fé el mundo todo, aprendió en sus escursiones la lengua de aquellos pueblos, obteniendo luego de sus superiores el permiso para evangelizarles y levantar en ellos todas las iglesias necesarias. Diósele por compañero al P. Luis Figueira que, aunque mucho mas jóven, no era menos virtuoso. Salieron ambos de Fernambuco en el mes de enero del año 1607, haciendo por mar una travesía de ciento veinte leguas, despues de la cual continuaron por tierra su camino, al través de muchas lagunas y de espesos bosques, en los que solo encontraban algunas yerbas que fueron por muchos dias su único alimento. Por fin, llegaron á una montaña llamada Ibigapaba, situada á la distancia de cien leguas del rio de las Amazonas, y desde la cual hicieron pedir á los tapoyas el permiso para seguir adelante, ó continuar su viage; pero despues de recibir aquellos salvajes los presentes que les habian hecho ofrecer los jesuitas, asesinaron bárbaramente á los indígenas cristianos que se los presentaron. Los religiosos, al ver lo mucho que tardaban en recibir la contestacion, empezaron á temer por sus compañeros, sin que por esto se alejáran de la cabaña que ocupaban junto á un espeso bosque. Así pasaron muchos dias entre el temor y la esperanza, cuando de repente el dia 8 de enero del año 1608, se arrojaron los tapoyas sobre el resto de su escolta. Al tumulto que causó aquel inesperado ataque, salió el P. Francisco Pinto de su cabaña, en la que estaba rezando horas; y al ver los cristianos el inminente peligro del religioso, hicieron heróicos esfuerzos por salvarle, sin que pudiesen no obstante lograrlo, por no haberles sido posible resistir á las numerosas fuerzas de sus enemigos. En vano al retirarse gritaban á los tapoyas que respetasen á aquel sacerdote que iba á enseñarles el camino del cielo: furiosos los salvages se arrojaron sobre el misionero, haciéndole morir en medio de horrorosos tormentos. El P. Luis Figueira, que estaba fuera de la cabaña, pudo salvarse, por haberle anunciado un niño la llegada de los salvages; internóse pues en el bosque del que salió despues del desórden. Habiéndose alejado los tapoyas despues de haber saqueado la cabaña de los religiosos, se reunió Figueira con los indígenas de su escolta, y juntos fueron á sepultar los ensangrentados restos de Pinto, y á pagar un justo tributo de lágrimas á su santa memoria. Informado el religioso de que iba á espirar un catecúmeno, fué á administrarle el bautismo, terminado el cual entre-

gó el nuevo cristiano su alma al Creador. El cuerpo del martir, el del generoso indígena que murió en su defensa y el del nuevo cristiano, fueron enterrados juntos al pié de la montaña de Ibigapaba.

Escasos fueron los progresos de la colonizacion intentada por los franceses en la isla Maranhao, para indemnizarse de las derrotas sufridas en Rio-Janeiro y en el Parahiba, así como le fueron tambien los resultados que dió la mision intentada en favor de los nuevos colonos, que fué escrita por los capuchinos Claudio d'Abbeville é Ivo d'Evreux.

Durante el reinado de Enrique IV, partió á 15 de mayo de 1594 el capitan Riffault con tres buques para el Brasil, al objeto de conquistar una de aquellas posesiones; pero no correspondió el resultado á sus esperanzas. Al verse el capitan reducido á un solo buque, tuvo que abandonar la América dejando parte de su gente. Habia entre los franceses que se quedaron un jóven noble, llamado Des Vaux, natural de San Mauro en Turena, que no tardó en hacerse querer por los indígenas á causa de su valor, y en poseer su idioma; recibiendo de ellos la formal promesa de que abrazarian el cristianismo y se pondrian bajo la proteccion de la Francia. Al regresar Des Vaux á su patria, manifestó la feliz disposicion de los indígenas á Enrique IV, cuyo soberano nombró á Mr. de La Ravardiere, marino esperimentado é inteligente, para que se dirigiese al Brasil y á la isla Maranhao, á fin de ver si podia establecerse allí una colonia sin que permitiese el rey á Des Vaux, por ser calvinista, que tomase parte en aquella espedicion, hasta que hubo abrazado la religion católica. Luego de haberse informado La Ravardiere de la exactitud de los informes dados por Des Vaux, partió nuevamente para Francia; pero la muerte de Enrique IV, no permitió se realizase aquel plan de colonizacion hasta el año de 1611. Durante aquel plazo, se unió La Ravardiere con el baron de Sancy y Mr. de Rasilly, al objeto de realizar antes su comun deseo de propagar la fé en aquella region; además, suplicó el marino á la reina regente, que le diese algunos misioneros capuchinos, religiosos que le eran muy queridos desde su infancia. La reina, que solo deseaba la conversion de los idólatras, y dar cima á una empresa iniciada por Enrique IV, no solo nombró á Rasilly y La Ravardiere, lugar-tenientes del rey en Maranhao, sino que les permitió además llevarse un gran número de religiosos capuchinos para plantear la fé en aquellos paises (1). Hé aquí lo que escribia la propia reina el dia 26 de abril de 1611, al P. Leonardo de Paris, provincial de la órden: «P. Leonardo, el Señor de Rasilly, lugarteniente del rey mi hijo en las Indias Occidentales, me ha hecho concebir la esperanza de que podria plantearse la fé católica en aquellos paises; y de que por lograrlo, convendria enviar allí á algunos religiosos de vuestra órden, que contribuyesen con sus predicaciones á fomentar la fé cristiana. Como la presente no tiene otro objeto, que el de suplicaros envieis á las referidas Indias hasta cuatro de los religiosos que juzgueis mas dignos y capaces, á los que prevendreis se entreguen con confianza á la persona que se les enviará para conducirles á su destino, espero que serán hombres de saber, y de tierna piedad, que sabrán contribuir al aumento de la gloria de Dios, y al de la reputacion de su órden. Ruego á Dios, P. Leonardo, os tenga siempre bajo su santa guarda.» Gustosos aceptaron los capuchinos aquella mision, prévia la autorizacion del P. Gerónimo de Castelferreti, ministro general de la órden; recayendo la eleccion en los PP. Claudio d'Abbeville, Ivo d'Evreux, Arsenio de Paris y Ambrosio de Amiens, quienes se embarcaron á 19 de marzo de 1612 en el puerto de Cancale en Bretaña. Habiendo llegado la flotilla el dia 26 de julio á un islote situado en la embocadura del rio, y á la distancia de doce leguas de la gran isla Maranhao, se comisionó á Des

(1) *Historia de la mision de los PP. capuchinos en la isla de Marañon y sus alrededores*, en la que se trata de las admirables singularidades y maravillosas costumbres de los indios que viven en aquellos paises, y otros datos no menos interesantes, escrita por el P. Claudio d'Abbeville, predicador y uno de los religiosos que formó parte de aquella mision.

Vaux para que fuese á encontrar á los indígenas, á fin de enterarse de si estaban aun dispuestos á abrazar el cristianismo y á recibir á los franceses como amigos. Durante su ausencia, fué plantada, el domingo 29 de julio, una gran cruz en el islote, de que acababan de tomar posesion en nombre de Jesucristo. Rasilly, al que Des Vaux fué á buscar, se dirigió á su vez á la isla Maranhao, desde la cual previno á los misioneros que fuesen á reunírsele, y á 6 de agosto, dice Claudio d'Abbeville, en su referida *Historia*, dia de la gloriosa Trasfiguracion de nuestro Salvador Jesucristo, llegamos con el ausilio de Dios á Jevireo, poblacion situada en la gran isla de Marañan, que habitaban los indios y salvajes tupinambas, únicos tesoros y piedras preciosas que buscábamos, y por los cuales habiamos atravesado los mares y arrostrado tantos peligros.... Revestidos los cuatro con sobrepelliz, y llevando el baston de peregrino que terminaba en forma de cruz, pasamos de nuestro barco á una de las canoas que nos aguardaban.... Tan pronto como empezaron á remar nuestros conductores en direccion á la playa, vimos con el mayor placer á muchos de los indios y salvajes que habia en la orilla lanzarse á nado por venir á felicitarnos, sin que nos dejasen ya hasta llegar á aquella suspirada tierra. Al asentar el pié en la orilla, el señor Rasilly y todos los demás franceses cayeron de rodillas; y despues de habernos estrechado mútuamente en nuestros brazos, entoné el *Te-Deum*, y nos dirigimos procesionalmente á la ciudad, seguidos de los franceses y de una multitud de indios, derramando todos abundantes lágrimas, por poder tomar tan fácilmente posesion de una tierra infiel, en nombre del Rey de los reyes, del Redentor del mundo, de nuestro Salvador Jesucristo.» En la cima de una colina, fué levantado el altar portátil de los misioneros, celebrando los cuatro religiosos en él la misa, el domingo 12 de agosto, fiesta de Santa Clara. Escusado es decir, añade Claudio d'Abbeville, que contemplaron los indios con gran satisfaccion las hermosas ceremonias que se observan en la celebracion de nuestros santos misterios, así como los ornamentos de que estabamos revestidos en el altar, despues de haber dicho ya el modo afectuoso y tierno con que nos habian recibido. Al llegar al ofertorio, se corrió la cortina de la tienda en que estaba el altar, insiguiendo en ello las prescripciones de la iglesia que, no admite en aquel divino misterio mas que á los cristianos, de lo que quedaron los indios en estremo admirados, y hasta algun tanto resentidos, tanto por verse privados del contento que les causaba al vernos, como por la afrenta que creian sufrir. Hasta hubo algunos católicos que, poco enterados de aquella disposicion de la iglesia para separar á los infieles, se mostraron tambien descontentos de aquella medida indispensable. Pero como manifestásemos despues á los infieles la causa que nos obligaba á obrar de aquel modo, todos ellos desearon ser bautizados y admitidos en el número de los hijos del gran *Tupan*, á fin de poder gozar de las gracias y de los admirables beneficios que habia dispensado á los cristianos el Salvador del mundo, que se hallaba presente en aquel santísimo Sacramento.» Hubo una conferencia entre Rasilly y Japy Uasu, principal gefe de la isla Maranhao, el cual, segun Claudio d'Abbeville, pronunció en ella el siguiente discurso, reflejo evidentemente de las luces derramadas por antiguos misioneros entre los tupinambas, antes de que aquellos pueblos abandonasen el litoral del Brasil central, para retirarse al noroeste, al empezar los portugueses su conquista: «Te agradezco mucho el que nos hayas llevado á esos *Pay*, profetas, porque cuando los malditos *Pero*, (portugueses) ejercian en nosotros tantas crueldades, trataban de justificar sus actos diciendo, que nos trataban de aquel modo porque desconociamos á su Dios. ¡Desgraciados! ¿Cómo no habiamos de desconocerle, si nadie nos habia dado á conocer y á adorar su nombre? Sabemos tan bien como ellos que hay un Dios que ha creado todas las cosas, que es infinitamente bueno, y que nos ha dado un alma inmortal; creemos, así mis-

mo, que, por la maldad de los hombres, envió Dios el diluvio, preservando tan solo de él á un buen padre y una buena madre, de los que descendemos todos, debiéndonos por lo mismo considerar como hermanos. Pero Dios, algun tiempo despues del diluvio, envió sus profetas, hombres de largas barbas, á fin de que nos instruyesen en su santa ley; aquellos profetas presentaron al padre de quien descendemos, dos espadas, una de madera y otra de hierro, diciéndole que escogiera. Como hallase la espada de hierro harto pesada, eligió la de madera; entonces el padre de quien descendeis vosotros, tomó la de hierro; y de cuya época data nuestra desgracia, puesto que, viendo los profetas que no queriamos creerles, se fueron al cielo, dejando como indicio ó recuerdo de su paso, varias cruces en la peña que hay cerca de Potiu. Despues de esto, vino á confundirnos la diversidad de lenguas, sin que nos entendiésemos ya, ni aun con los mas de los que hasta entonces habiamos hablado el único idioma conocido, lo que produjo entre nosotros sangrientas guerras que nos han aniquilado enteramente, con gran satisfaccion del diablo Jeropary. Y despues de tantas miserias, para colmo de nuestras desgracias, ha venido esa maldita raza de *Pero* á apoderarse de nuestro pais, y á reducir á nuestra nacion al humilde estado en que la ves hoy dia.» A invitacion de Rasilly, contestó el P. Ivo d'Evreux á Japy Uasu en estos términos: «Todo cuanto has dicho acerca de Dios, Creador del aire, la tierra, el mar, y todo cuanto existe aqui abajo, es una verdad incontestable. Su justa cólera contra los pecadores, ingratos á sus beneficios; su venganza manifestada por medio del diluvio; los profetas que os envió para que os predicasen su ley; las señales que has visto de ellos en las peñas de Potiu; la division de lenguas entre vosotros; las guerras y la persecucion de los *Pero*, todo es igualmente cierto. Estas desgracias y estos castigos son los que están reservados á los que no quieren oir la palabra de Dios por boca de sus profetas, y que prefieren dar oidos á los pérfidos consejos de Jeropary, enemigo mortal de los hombres. Pero, cuando Dios, que es todo bondad y amor, ha castigado por bastante tiempo á los pecadores; al verles humillados y reducidos casi á la nada, oye siempre la voz de los que acuden á él, los levanta de su postracion y procúrales una felicidad mayor aun que la que gozaban antes del castigo. El ejemplo de vuestros padres debe preservaros de imitar su conducta; ya que Dios nos ha enviado aquí por última vez, á fin de ver si queriais entrar en el número de sus hijos, sed prudentes y oid nuestros consejos, si no quereis veros nuevamente espuestos á todas las miserias, y que sea vuestra nacion enteramente arruinada. Pero, si por el contrario, os entregais á la voluntad de Dios, ois su palabra y observais sus mandamientos, lejos de que nosotros os abandonemos nunca, sabremos morir con placer en vuestra defensa, ni tampoco os abandonarán los franceses, quienes permanecerán siempre á vuestro lado.» Grande era la admiracion que causaba á Japy Uasu el ver que los misioneros no tenian compañeras: «¿Habeis descendido del cielo? les decia. ¿Sois, como nosotros, hijos de padre y madre? ¡Pues, que! ¿Sois tambien mortales como nosotros?» Tambien se admiraba, y, hasta se resentia aquel gefe, de que los franceses no se uniesen, como los portugueses, por mas ó menos tiempo con las jóvenes del pais, las cuales tenian á mucha honra el llegar por aquel medio á la maternidad. El P. Ivo d'Evreux rectificó acerca de muchos puntos las ideas del gefe de los tupinambas, al que no pudo menos de admirar, en gran manera la castidad de los ministros de Jesucristo. Hízose comprender á los naturales que, como prueba de su reconciliacion con Dios y de su alianza con los franceses, habian de enarbolar la bandera de la cruz, cuyo glorioso símbolo fué levantado el dia 8 de setiembre, fiesta del nacimiento de la santísima Vírgen, siendo en todo el pais objeto de la veneracion mas profunda. «Los principales, dice Claudio d'Abbeville, fueron los primeros en mostrar su devocion, dando así ejemplo á los

demás; vestian hermosos trajes azules, en los que habia diferentes cruces blancas, las cuales les habian sido dadas por los gefes franceses, á fin de que las usáran en todas las solemnidades. En pos de ellos seguian los ancianos y luego los demás indios con la mayor compostura, postrándose todos ante la cruz, y besándola con tanta reverencia, humildad y devocion, como si hubiesen sido siempre cristianos. Grande era el consuelo que esperimentaba el alma cristiana al ver á aquellos pobres salvages, sumidos poco antes en la mayor degradacion, manifestar entonces la virtud cristiana en todo su fervor y pureza, merced al espíritu divino que les disponia por la influencia de su gracia á abrazar la religion verdadera. No podiamos menos que derramar abundantes lágrimas de gozo, al ver el tierno espectáculo que ofrecian aquellos ancianos y niños, hombres y mugeres, postrados al pié de la cruz. ¡Qué fervor el de aquel pueblo, al ayudar á nuestros franceses á plantar la gloriosa enseña de la Redencion en las playas de su patria! Disputábanse entre sí la gloria de levantarla, sin que los ancianos cediesen en el trabajo su puesto á los jóvenes, sin que las mugeres y los niños dejasen de contribuir al igual que los hombres á aquella obra de regeneracion verdadera, contribuyendo todos con sin igual ardor á arrojar para siempre de su pais al pérfido Jeropary, para establecer en él á Jesucristo, Rey de reyes, Señor de cielo y tierra. » (Pl. XCIV, n.° 2.) El dia 28 de setiembre, partieron los PP. Claudio y Arsenio con Rasilly para recorrer las diferentes poblaciones de la isla, mientras que los PP. Ivo y Ambrosio permanecian en el fuerte de San Luis, en el que habian levantado los franceses algunas obras de defensa. Fué Juniparán, residencia de Japy Uasu, el primer pueblo en que empezaron los dos misioneros á enseñar públicamente la doctrina cristiana á los tupinambas quienes les escuchaban con la boca abierta, sentados en el suelo, segun su costumbre. Terminado el discurso religioso que les fué dirigido, se levantaron de repente todos los indígeras, y como inflamados por el espíritu de Dios, unánimemente esclamaron: «¡Creo en Dios Padre!» Tucan Uasu, hijo primogénito de Japy, corrió hácia los dos apóstoles, les abrazó tiernamente y con los ojos arrasados de lágrimas, les dijo: «Ah! Profetas, creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo, creo en Dios Espíritu-Santo! Bautizadme, padres, bautizadme.» Luego que estuvo Tucan suficientemente instruido en la religion cristiana, se le bautizó con toda solemnidad, poniéndosele el nombre de Luis, en honor de Luis XIII. La triste noticia, empero, de la muerte del P. Ambrosio, que tuvo lugar á 9 de octubre, fué á turbar la alegría que causaba á los misioneros la conversion de una multitud de indígenas, la cual debia aumentar aun considerablemente en virtud de las leyes fundamentales establecidas en el pais por los lugar-tenientes del rey, con fecha de 30 de noviembre del año 1612. He ahí el preámbulo que las precedia. «Reconociendo la gracia, bondad y misericordia con que Dios nos ha permitido llegar tan felizmente á puerto seguro, nos creemos en el deber de promulgar con preferencia las órdenes ó leyes que tiendan á fomentar su gloria. Así pues, mandamos espresa y terminantemente á todas las personas, de cualquier clase ó condicion que sean, que teman, sirvan y honren á Dios, observando sus santos mandamientos; manifestando incurrir en nuestra desgracia y no confiar jamás cargo alguno á los que no demuestren en un todo principios rectos y santos. Mandamos asimismo que no se blasfeme, bajo la pena de una multa pecuniaria que será destinada al socorro de los pobres de Francia, la cual deberá ser impuesta y fijada por nuestro consejo, segun la posicion de las personas que incurran en aquella falta hasta tercera vez; debiendo ser el blasfemo la cuarta vez castigado corporalmente, segun la enormidad de la blasfemia proferida. Mandamos tambien á todas las personas, de cualquiera condicion que sean, que honren y respeten á los Rdos. PP. capuchinos que S. M. ha destinado á estas regiones, para que en-

señen y propaguen entre los indios, la religion católica, apostólica, romana, so pena de ser consideradas las que no lo hagan, como infractores de nuestras órdenes, y de ser castigadas segun las circunstancias del acto, por el desprecio ó insulto hecho á sus personas. Así mismo ordenamos á todos, cualquiera que sea su clase ó condicion, que se abstengan de turbar á los religiosos en el ejercicio de la religion, ni mientras se consagran á sus misiones y á la conversion de las almas, imponiendo pena de la vida al que faltare á esta última disposicion.» Sin embargo, necesitaba la colonia de los socorros de la madre patria para sostenerse, por lo que se suplicó á Rasilly que se dirigiese á Francia, al objeto de pedirlos y poderlos lograr mas fácilmente; «y con gran pesar mio, dice Claudio d'Abbeville, se dispuso que yo le acompañase, para hacer presente á S. M. todo cuanto habia pasado, y manifestar á nuestros superiores cuan fácil seria lograr en aquel pais el acrecentamiento de la iglesia, á fin de que se sirviesen disponer lo que creyesen necesario.» Al propio tiempo, resolvieron los indios principales nombrar á seis de entre ellos, para que fuesen á felicitar y ofrecer su homenage al rey Cristianísimo, y á implorar su proteccion en favor de los súbditos que tenia en aquella Francia equinoccial. El P. Claudio d'Abbeville se embarcó para el Havre á principios de diciembre, y á cuyo punto llegó en el mes de marzo del año 1613. El dia 12 de abril, los capuchinos del convento de Paris, y los del convento de Meudon, dirigidos por el P. Arcángel de Pembroch, comisario á la sazon de la provincia de Paris, fueron á recibir en procesion al misionero y á los seis indígenas de Maranhao, conduciéndolos á la iglesia del convento, donde estaban ya aguardándoles una multitud de fieles, deseosos de ver á aquellos pobres salvages, cubiertos de ricas plumas, y con su maraca en la mano; y mas deseosos aun, segun dice el propio Claudio d'Abbeville, «de verles trocar su trage por la túnica nupcial, ó sea, por la de la inocencia de los hijos de Dios, por medio del santo bautismo que iban á reclamar, y que deseaban tan ardientemente. Despues de varias oraciones que se rezaron ante el altar mayor en accion de gracias, hice rezar en alta voz á los indios el *Padre nuestro* y el *Ave-María* en su idioma. Era tal la multitud de fieles que ocupaba el templo, que nos vimos obligados á retirarnos al convento, á fin de que pudiesen los religiosos, verles, saludarles é instruirles. Luego de nuestra llegada, el P. Comisario, acompañado del señor de Rasilly, y de mi insignificante persona, acompañó los indios al Louvre, donde segun las antiguas ceremonias de la corte de Francia, prestaron homenage á nuestro Rey Cristianísimo, al que dirigió uno de ellos el siguiente discurso: «Gran monarca, te agradecemos el haberte dignado enviarnos algunos grandes personages y varios profetas, para que nos enseñáran la ley de Dios, y nos defendieran contra nuestros enemigos. Te estamos por ello tanto mas reconocidos, cuanto que hasta el presente habiamos llevado una vida miserable, estábamos sin ley y sin fé, y nos devorábamos unos á otros. Admiro tu grandeza, al verte monarca de tal nacion y de tan rico pais; y casi me avergüenzo de parecer ante tí, al ver la diferencia que hay entre vosotros, hijos de Dios, y nosotros, miserables hijos de Jeropary. Cuanto debes gloriarte de habernos enviado tales profetas, y tan grandes hombres; has hecho bien, pues nos han sido muy útiles. En justa gratitud, los principales de nuestro pais nos envian, en nombre de toda nuestra nacion, para prestar homenage á tu grandeza, y suplicarte nos dés algunos profetas mas para que podamos ser mas pronto todos hijos de Dios, y guerreros capaces de defendernos, prometiéndote ser siempre fieles súbditos tuyos, y fieles amigos de todos los franceses.» Grandísima fué la satisfaccion que causó al papa Paulo V, á Luis XIII y á María de Médicis, el brillante resultado de la mision de los capuchinos en la isla Maranhao, á la que se resolvió enviar doce religiosos mas de la propia

órden. Los tres tupinambas Caripira, Patua y Manen, despues de haber sido bautizados en su lecho de muerte, recibiendo los nombres de Francisco, Jacobo y Antonio, espiraron en Paris, despues de haber manifestado durante su enfermedad una resignacion verdaderamente cristiana. Itapucu, Ovaroyo y Japuay, que les sobrevivieron, fueron bautizados con gran pompa el dia 24 de junio por el arzobispo de Paris, en la iglesia de los capuchinos del arrabal de San Honorato, apadrinándolos SS. MM. el rey y la reina.» Púsose á los tres el nombre de Luis, á peticion del arzobispo de Paris, á fin de que fuese aquel nombre mas conocido y respetado entre los bárbaros. A los ocho dias, se procuró que llevasen los nuevos cristianos la fé de su maestro, no *in oculto*, como los judios, sino escrita en la frente, á cuyo fin, el arzobispo de Paris, ocupado en asuntos de alta importancia, suplicó al obispo d'Auxerre, que se dignase administrarles el sacramento de la confirmacion, en cuyo acto se les pusieron tres nuevos nombres, al objeto de que fuese conocido tambien el de la reina en Marañan; y para que pudiesen distinguirse uno de otro; así que fué llamado el primero Luis María, el segundo Luis Enrique y Luis de San Juan el tercero, en conmemoracion del señalado beneficio que habia recibido el dia de aquel glorioso precursor.» Un indígena de doce años, de la nacion de los tapuyos llamado Pyravava, fué bautizado por Claudio d'Abbeville, á la llegada de los capuchinos en Maranhao, donde estaba en clase de esclavo, siendo despues confirmado por el obispo de Rennes. Habia escrito el P. Ivo d'Evreux desde la colonia, al provincial de Paris, que, si debiesen bautizar á todos los tupinambas que lo deseaban, habria ya en la isla y en el vecino continente, mas de cien mil indígenas que hubieran recibido el sacramento de la regeneracion.

Ya que hemos analizado la relacion del P. Claudio d'Abbeville, séanos permitido hacer lo propio con la del P. Ivo d'Evreux, que es aun mucho mas importante y detallada, por haber permanecido este dos años en aquella mision, mientras que solo estuvo el primero en ella cuatro meses. A fin de que sus neófitos pudiesen entenderle mas fácilmente, servíase Ivo de sencillas, á la par que ingeniosas comparaciones, valiéndose al efecto de los árboles ó plantas que formaban una verde y dilatada alfombra á lo largo del Océano. Además, era Ivo tan bueno é indulgente para los indígenas, que ya desde los primeros dias se atrajo su confianza y su aprecio, lo que hizo que fuesen mucho mas fructíferas sus palabras, y que llegasen á comprender en breve aquellos salvajes las principales doctrinas del cristianismo. Era el P. Ivo d'Evreux, segun el célebre viajero Fernando Denis, uno de los europeos que comprendió mejor el carácter de los brasileños, y el que mejor escribió su índole, usos y costumbres. Despues de haber esplicado la vida activa de sus queridos tupinambas (1), pintaba con los mas vivos colores, la pereza voluptuosa que sucede en ellos á la agitacion, presentando á uno de sus guerreros balanceándose muellemente en su hamaca bajo un techo de verdor y flores, prefiriendo sufrir hambre por algunas horas á cambiar de posicion. A la distancia de algunos pasos, dice el P. Ivo, tenia el salvaje muchas provisiones y algunos trozos de venado asados. «Los franceses, añade el religioso, dispuestos á hacer los honores á aquella mesa tan bien provista, le preguntaron, si estaba enfermo, á lo que contestó que sí. ¿Qué teneis? le dijeron con el mayor interés. — Mi muger, contestó, está desde esta mañana en el jardin, y aun no he comido. En vano le dijeron sus huéspedes que con solo bajar de la hamaca podia satisfacer su apetito, pues se limitó á contestarles que no se sentia con fuerzas para levantarse; y como los franceses deseaban que empezase cuanto antes el alegre festin para

(1) Los descendientes de estos mismos tupinambas, dueños del país cuando la llegada de los portugueses, merced á la accion civilizadora del cristianismo, confundidos hoy dia con la poblacion brasileña, son activos, emprendedores, llevando una vida bien diversa en goces espirituales y morales de la que conocian sus antepasados. (Tota del Trad.)

aplacar el hambre que les devoraba, se decidieron á servirle.» Y luego como si el P. Ivo creyese con esta relacion calumniar á sus queridos catecúmenos, se apresura á añadir: «A pesar de estas malas inclinaciones, que no siempre procuran vencer los indígenas, tienen en su mayor parte un buen corazon y otras escelentes calidades que les hacen recomendables bajo todos conceptos; la liberalidad, es en ellos una de las primeras virtudes; tambien es en ellos muy comun la buena fé, pues raramente se engañan uno á otro. Además, son compasivos, respetan la virtud y la ancianidad, saben en sus desgracias mostrar una resignacion á toda prueba; resisten por mucho tiempo al rigor del hambre, por haberse acostumbrado á comer tierra, ya desde muy niños. He visto á muchos de estos comer una pelota de tierra, con el mismo gusto que comen los niños en Francia una manzana ó una pera.» Luego continua el P. Ivo dando una exacta idea de aquellas tribus por medio de los detalles de la vida privada: «Visité, en cierto dia, dice, al gran Thion; pregunté por él al llegar, y me condujo una de sus mugeres hasta el pié de un árbol frondoso que habia en el jardin, y á cuya sombra estaba tejiendo aquel gefe para preservarse de los rayos del sol. Al verle ocupado en un trabajo tan humilde para un hombre de su clase, le dije vivamente admirado: ¿Cómo es posible que os entregueis á semejante trabajo?» A lo que me contestó: «Todos los jóvenes de la tribu contemplan mis acciones, y lo que es mas aun, las imitan. Si permanecia en mi lecho fumando el *petun* (tabaco), ellos harian tambien lo propio; pero como me ven ir al bosque con el hacha en el hombro y la podadera en la mano, no se desdeñan por su parte de hacer otro tanto.» Despues de haber discurrido el P. Ivo acerca de todas estas costumbres, dice Fernando Denis, su pensamiento se eleva, su lenguaje es mucho mas grave, y compendia y refiere toda la poesía tradicional de aquel pueblo con las siguientes palabras: «Lo que mas me admiró en ellos, fué la claridad y precision con que citaban todos los acontecimientos que habian tenido lugar en su tribu desde los tiempos mas remotos, por medio de la tradicion, por tener los ancianos la costumbre de referir con frecuencia á los jóvenes todos los hechos notables de sus antepasados. Tienen además al visitarse la costumbre, despues de haberse abrazado llorando tiernamente, de referirse unos á otros los altos hechos de sus mayores, y todo cuanto de mas estraordinario ha tenido lugar en los pasados siglos.» Si se compara la relacion de Ivo d'Evreux con la de Lery, que le precedió de ochenta años, se verán las mismas costumbres raras y la misma pompa salvage con que tanto escitaron las tribus de Rio-Janeiro la admiracion de los franceses. En aquella antigua relacion se encuentran además, referidos con sencillez, ciertos hechos que el escepticismo del siglo XVIII procuró rechazar, y que, segun Fernando Denis, merecian, cuando menos, los honores de un severo exámen. Todo el mundo sabe la tradicion poética que impuso al rio de las Amazonas el nombre que aun conserva hoy dia; mas de veinte son las *Relaciónes*, verdaderas ó fantásticas, que hablan de aquellas intrépidas guerreras; el génio de los españoles reprodujo el mito de la antigüedad bajo todas sus formas; acumuláronse relaciones maravillosas en todas las épocas, y solo á la nuestra pareció mas sencillo rechazar aquellos hechos calificándolos de fábulas, que pararse un momento en su exámen. Solo Alejandro de Humboldt admite que los indios, cansados tal vez del yugo que les oprimia, habrian podido separarse y formar una tribu independiente como esos negros que huyen á las montañas ó se ocultan en los bosques. El autor de los *Antiguos viages franceses*, tambien viagero y hombre profundamente observador, añade que basta recorrer una poblacion americana, y observar en ella las miserias de la muger, para convencerse de que puede haber una gran parte de verdad en lo que se ha dicho respecto de las Amazonas; viniendo el mismo P. Ivo á confirmar esta opinion, cuando dice: «Creo deber repetir aquí lo que me han dicho los

salvages acerca de la existencia de las Amazonas; sobre todo, cuando hay tan vivos deseos de saber, si las hay en aquellas regiones, y si son como las de que nos hablan los historiógrafos. Desde el primer gefe hasta el último de los salvages, todos creen en la existencia de las Amazonas, las cuales viven en una isla muy grande, que pertenecieron estas á la tribu de los tupinambas, de los que se separaron á instancias de una de ellas, siguiendo á lo largo del rio que lleva su nombre, hasta que descubrieron una hermosa isla, en la que resolvieron establecerse. En ciertas estaciones del año, esto es en la que florecen los anacardos (1), admitian en su compañía á los hombres que vivian en las costas vecinas; caso de tener hijos varones, debian llevárselos sus padres despues de la lactancia, pero si eran hembras, se quedaban para siempre al lado de sus madres. Tal era la opinion general que habia en el pais respecto á la existencia de las Amazonas.» Y en apoyo de esta tradicion, cita luego el mismo P. Ivo, el testimonio de un gefe que vivia en el interior del pais, y que le aseguró haber visitado la isla en que se retiraron aquellas intrépidas mugeres. «Segun aquel gefe, añade el misionero, diéronles los portugueses y franceses el nombre de *Amazonas*, por haberse separado estas mugeres, como las antiguas Amazonas, de los hombres de su tribu; pero ni se cortan la teta derecha, ni imitan el valor de aquellas grandes guerreras. Solo viven como las demás mugeres salvages, si bien son algo mas diestras en tirar el arco, con el que se defienden al verse atacadas por sus enemigos.» Hé ahí lo que en vista de estas relaciones, dice Fernando Denis: «Nada mas probable, sencillo y natural se habia dicho acerca de esa estraña tribu femenil, que ha dado su nombre no solo al rio, sí que tambien á uno de los mas vastos paises de la América meridional. Tal vez se habrá dado sobrada importancia á la tradicion resumida de un modo tan claro y preciso por un antiguo misionero; pero una vez admitida la discusion, es sumamente curioso el ver como el P. Ivo d'Evreux lo aclara con algunas palabras, y como su opinion sencilla y natural está conforme con la del ilustre viagero que ha procurado aclarar todas las dudas de la ciencia (1).» Otro de los hechos mas singulares que nos han sido trasmitidos respecto de los indígenas de aquellas regiones, y uno de los que mas han contribuido á poner en duda la veracidad de los antiguos viageros ingleses, es la existencia de las tribus antropófagas en el seno de algunas lagunas, ó en cabañas bañadas por el mar. A principios del presente siglo, una de aquellas curiosas tribus que viven en la embocadura del Orinoco, conocida bajo el nombre de Guarraones, fué visitada por un viagero francés que quedó maravillado de sus hermosas habitaciones y de la abundancia que reinaba en ellas, merced á la palmera que crece frondosa y lozana en el seno de las aguas. Otra tribu semejante existia tambien en el año 1615 en las riberas de las Amazonas; pudiéndose decir otro tanto de la de los camarapinos del Para, contra los que dirigió La-Ravardiere una espedicion. «Aquel pequeño cuerpo de ejército, compuesto de mas de mil doscientos hombres, entre franceses y tupinambas, atravesó los rios de los Pacayares y Parisop, cayendo por fin sobre sus enemigos, fortificados en sus *iuras*, especies de casas hechas en forma de puentes, y asentadas sobre robustos árboles plantados en el agua. Al verse cercados en sus *iuras* por

(1) Con el fruto del anacardo, los antiguos habitantes del pais y aun hoy dia muchos de sus descendientes brasileños fabrican una especie de licor fermentado que, como todos los de su clase, causa una funesta embriaguez. (Nota del Trad.)

(1) Segun algunos historiadores imparciales, fundándose en la realidad de los hechos y descartando de ellos las fábulas ó suposiciones mas ó menos ingeniosas que la imaginacion se complace en amontonar cuando se trata de sucesos que se apartan del curso regular y comun, el nombre que lleva el rio de las Amazonas le fué dado en 1539 por el navegante español Francisco Orellana, quien lo recorrió en una estension de mas de 2,600 kilómetros. Tan salvajes y osadas las mujeres como los hombres que en diversas tribus habitaban en ambas orillas de aquel rio, y habiendo visto combatir á las veces á algunas de aquellas, recordando sin duda lo que los antiguos historiadores nos refieren de unas mujeres guerreras que habitaban en las orillas del Mar de Azoff (Palus Meotides) dióles dicho español el nombre con que aquellas son conocidas y este nombre se hizo estensivo al rio. (Nota del Trad.)

los franceses, hicieron una resistencia obstinada, causando á los sitiadores un gran número de heridos, si bien lo fueron todos levemente. En lo mas empeñado del combate, apelaron los salvages á un ardid sin igual, que desconcertó á sus enemigos; colgaron los sesenta ó setenta muertos que tuvieron de resultas del incendio de tres *iuras*, en los parapetos de las restantes que continuaban defendiéndose, y habiéndoles atado una cuerda á los piés les hacian mover de una á otra parte, dando así á entender á los franceses, que eran nuevos salvages que acudian donde era mas inminente el peligro. » En medio del estruendo de los mosquetes, y de las llamas que empezaban á devorar aquella poblacion aérea, hizo una india señal de que queria hablar; manifestando, dice Fernando Denis, en la terrible energía de su discurso, la facilidad de que poblasen los bosques las mugeres guerreras de su raza. Tan pronto como hubo cesado el fuego, gritó la india: «Vuac-Uasu, Vuac-Uasu, ¿por qué has venido con esas bocas de fuego? (designando con este nombre á los franceses) ¿piensas por esto poder talar nuestras tierras y reducirnos al número de tus esclavos? Mira, cruel, los huesos de tus amigos.» Como se le intimase la rendicion, contestó: «Nunca nos rendirémos á los tupinambas, miserables traidores, que se han unido á los estrangeros para dar muerte á nuestros hermanos y causar nuestra ruina. Si debemos morir, morirémos como dignos hijos de una nacion heróica.... » Además de ser misionero celoso, viagero lleno de originalidad y gracia, historiador interesante, fué el P. Ivo d'Evreux un hombre estraordinario que aventajó á los mejores naturalistas de su tiempo. Fuese á las orillas del Océano, dice Fernando Denis, y contempló con ojo investigador todos aquellos productos del mar que tanto brillan despues del reflujo; penetró en los frondosos bosques americanos, y contempló en ellos horas enteras su imponente magestad, ocupándole tan pronto los brillantes colores de un insecto, como el melodioso canto de un ave. ¡Cuántas veces debió sentirse profundamente admirado al aspirar el grato aroma de una flor, despues de haberla sometido al profundo exámen de la ciencia! Por esto describió el rumor sonoro de la cigarra de América, con la misma perfeccion que lo haria un entomólogo de nuestros dias; por esto interrumpió mas de una vez sus oraciones por discernir una ley de la naturaleza y esplicarla con santa emocion. Sus cuadros, eran por lo regular completos, aunque limitados, sin que faltára nunca en ellos grandiosidad y exactitud por estar sacados del natural, ó mejor, estar basados en la misma naturaleza. Veamos como pinta la vida furtiva de los monos, y las astucias de que se valen para no ser sorprendidos por sus enemigos. «Se reunen á veces mas de tres cientos, se agarran uno á la cola del otro, y siguen todos el movimiento del que está en la cabeza, saltando así de rama en rama y de uno á otro árbol, como si tuvieran alas.» No es menor la gracia con que refiere el misionero la astucia de aquellos animales al ir á apagar su sed en los bosques. «El grueso del ejército se para como á unos trescientos pasos del manantial, y envia sus esploradores, los cuales se adelantan con gran cautela, mirando á todas partes si hay algun objeto que se mueva, y si se oculta tras él un enemigo que esté en asecho. Caso de que lleguen á descubrirle, dan un chillido agudo y se retiran precipitadamente hácia el centro de las fuerzas. Si no se ven atacados, vuelven algunos de los monos á esplorar el terreno, y si ven que no hay ningun peligro, gritan y vocean para que los demás les sigan; teniendo siempre la precaucion de beber uno en pos de otro, pasando á ocupar el que ha bebido la copa de uno de los árboles inmediatos, á fin de evitar toda sorpresa.» Bastan estas citas, dirémos con Fernando Denis, para demostrar que el P. Ivo d'Evreux pertenecia al número de esos admirables escritores de fácil inspiracion y de ideas sencillas y puras, y que debia por lo mismo pasar desapercibido y quedar ahogada su voz por el estruendo y la pompa del *gran siglo*. Los hombres que pensaban en

el *Tratado de lo sublime* de Longin, á la sombra de los árboles del parque de Versalles, no podian apreciar debidamente, ni las descripciones de los antiguos bosques de América, ni las de las costumbres de sus naturales, ni nada en fin, que respirase sentimiento y poesía. No es estraño, pues, que desapareciese el libro del misionero; hasta el mismo ejemplar que habia en la Biblioteca del reino, era incompleto, como lo indica claramente Rasilly con las siguientes observaciones, escritas en la primera página de la citada obra: « Señor, es cuanto he podido procurarme de los escritos del R. P. Ivo d'Evreux, suprimidos por el fraude y la impiedad, y mediante una suma que se entregó al impresor Francisco Huby; los que tengo la honra de ofrecer á V. M., dos años despues de haberse publicado y desaparecido, á lo que es lo mismo, de haber muerto al nacer. Los que han hecho desaparecer esta obra, se han propuesto hacer perder insensiblemente á V. M. el título de Rey Cristianísimo, y por haceros renunciar á los sacrificios hechos en favor de los indios, y perder la inmensa gloria y provecho que debia reportar á vuestro reinado la posesion de aquel rico pais. »

Con efecto, habiendo reunido los portugueses todas sus fuerzas en aquel punto, estrecharon de tal modo á la pequeña guarnicion francesa, que al fin se vió obligada en el año de 1614 á abandonar la isla Maranhao, y á dejar todo el Brasil en poder de sus primeros conquistadores. Solo quedó, despues de tantos esfuerzos, la poblacion de San Luis, fundada por los franceses en la costa occidental de la isla, entre dos golfos, llamados, el del norte, rio de San Francisco y rio de Bacanga, el del sud.

Mientras que se aumentaba de este modo el poder de los portugueses en las costas del Brasil, se estendia tambien el de los españoles por las orillas del rio de las Amazonas. Este rio que nace en las montañas del Perú, tiene un curso rápido, producido en gran parte por una multitud de pequeñas islas que aumentan considerablemente su velocidad; forman estas islas en el lecho del rio como un archipiélago, que se prolonga hasta tres ó cuatrocientas leguas, dejando descubrir apenas sus orillas. Bartolomé Lobo Guerrero, poco antes obispo de Santa Fé de Bogotá, ocupaba desde el año 1609 la silla episcopal de Lima, en cuya época Francisco de Borja, virey del Perú, confió á Diego Vaca de Vega una espedicion, que fué mas bien que una guerra, una mision; siendo nombrado limosnero de ella el P. Francisco Ponce de Leon, religioso mercenario. Fueron tan rápidos los progresos de aquella espedicion, así en lo espiritual como en lo temporal, que todos los consideraron como un favor especial del cielo, pues en menos de tres meses se construyó una iglesia, y luego se levantaron mas de veinte en otros tantos pueblos.

CAPÍTULO XX.

Misiones de los Jesuitas en los reinos de Angola, Cacongo, Loango, en Guinea y en el Congo, y de los Carmelitas en Guinea.

Desde el Nuevo-Mundo, en el que iba sucesivamente el cristianismo iluminando todas las regiones, nos conduce el órden de los hechos á esa parte del Mundo-Antiguo, que era ya tributario de América, por procurarla los negros, que en tal alto grado escitaban la ternura del P. Claver.

Pablo Diaz de Novaes, regresó de Portugal al reino de Angola, en el año 1574, llevando con él tres jesuitas, de los que era superior el P. Baltasar Barreira, los cuales, en union con los demás misioneros que habian quedado en rehenes en el pais, evangelizaron á sus habitantes. Al objeto de que Diaz pudiese en lo sucesivo preservarse mas fácilmente de la perfidia de los indígenas, fundó en el año 1578, bajo el reinado de Angola-Quiloanga, la ciudad de San Pablo de Loanda, que no tardó en ser la capital de las posesiones portuguesas en aquella parte del Africa. Situada junto á la embocadura del Zenza, llamado Bengo por los portugueses, se estendia aquella ciudad por

una parte hasta el mar, y por otra hasta la cima de una colina, al norte de la cual se alzaba una montaña llamada Morro de San Paolo, y en cuya cumbre, á pesar de su casi imposible ascension, edificaron los jesuitas una casa. Las habitaciones de los blancos eran de piedra y cubiertas de tejas, y las cabañas en que vivian los negros, eran de madera, y estaban cubiertas de paja. Notables fueron las conversiones que recompensaron los esfuerzos de los jesuitas; siendo la mayor de todas la del *soca* de Banzan, el primero de todos los sovas de Angola que abrazó el cristianismo. Recibió en el bautismo el nombre de Pablo, puesto por Diaz de Novaes, su padrino; diósele al nuevo cristiano el derecho de poder sentarse en presencia de los lugar-tenientes del rey de Portugal; su conversion decidió la de otros diferentes gefes, é imitando su ejemplo, hubo muchos negros que pidieron el bautismo. Por otra parte, la señalada proteccion que el cielo dispensó á los portugueses, debia tambien contribuir poderosamente á despertar la fé en el corazon de los idólatras. En la fiesta de la Purificacion del año 1583, despues de haber recibido los sacramentos todo el pequeño ejército cristiano, y adoptado por grito de guerra el nombre de María, reina de la Victoria, se empeñó una batalla memorable, durante la cual el P. Bartolomé Barreira estuvo en oracion, con las manos elevadas al cielo, y segun el mayor ó menor ardor con que oraba, era mas ó menos probable la victoria, en favor de los portugueses. Con solo trescientos europeos y unos quince mil indígenas, atacó Diaz de Novaes al ejército de Angola, compuesto de mas de un millon de negros, derrotándolo enteramente. Por mas que se haya querido suponer que el ejército de Angola estaba desnudo, y que no tenian los negros mas armas que sus arcos y sus puñales, al paso que los portugueses estaban armados de picas, espadas y fusiles, cuyas armas aterraban á los negros, es innegable que sin una proteccion directa de la Providencia, no habrian podido los portugueses, á pesar de todas sus ventajas, vencer y derrotar tan completamente á sus numerosísimos y aguerridos enemigos. Con solo decir que cada portugués tuvo que hacer frente á cien negros, queda mas que probada la gran desproporcion numérica que habia de decidir la contienda en favor de los soldados de Angola, á no ser el milagro patente que dió el triunfo á las armas portuguesas. Hé ahí, segun Du-Jarric, la relacion que hizo uno de los gefes del ejército vencido, despues de la batalla. «No temiamos en manera alguna á los portugueses, por saber que sin esfuerzo alguno podiamos destruirles; pero nos llenó de espanto la vista de una muger, dotada de singular belleza, en medio de un círculo de luz, y la de un anciano que la acompañaba, empuñando una espada flamígera, los cuales iban al frente de vuestras tropas: ellos, y solo ellos, fueron los que sembraron el terror en nuestras filas, obligándonos á huir.» Una cruz, que apareció en el aire al ponerse el sol, fué la señal de aquella gran victoria, que solo debia costar siete hombres á los portugueses, y en conmemoracion de la cual se levantó un monumento religioso en el mismo campo de batalla. El rey de España, que lo era tambien á la sazon de Portugal, se mostró tan satisfecho de la prudencia y celo del P. Barreira, que previno no se emprendiese en aquellas regiones cosa de algun peso, sin consultar antes al humilde misionero. No fué menos útil en el campo de Diaz el P. Alfonso Baltasar, religioso de la misma órden de Barreira; puesto que habiendo causado la peste una revuelta en el campamento de Loanda, logró el humilde religioso apaciguarla; y salvó además á los desgraciados que respetó aquel azote de una destruccion total, evitando con su prevision una acometida, en que los bárbaros lo habrian pasado todo á sangre y fuego. Fué tan profunda la impresion que produjeron en el ánimo de los infieles aquellos prósperos acontecimientos, que muchos de ellos resolvieron abrazar la religion católica, llegando ya á mas de veinte mil las almas que se habian sometido á Jesucristo en el año 1590.

Terrible era el golpe que acababan de recibir los fetiches y los gangas, cuya impotencia patentizó mas y mas á los ojos de los naturales, el siguiente suceso. Habia en el año 1587 una sequía que talaba los campos, cuando un ganga, que decia imponer sus órdenes al mismo cielo, se empeñó en procurar el agua tan vivamente deseada. Reunióse el pueblo por mandato del ganga, en una llanura inmediata al campo de los portugueses, y en la que el impostor, empezó á cantar y bailar, llevando varios fetiches (dioses de los negros), y muchas campanillas. Media hora habria transcurrido apenas, desde que habia empezado el ganga su baile, cuando empezaron á formarse en el horizonte negros nubarrones, y á relampaguear con fuerza, indicando todas las señales que iba á caer cuanto antes una lluvia copiosa. En silencio estaban aguardando los portugueses, mientras que los negros en su tumultuosa alegría ensalzaban al ganga, que, orgulloso por el triunfo que se creia próximo á alcanzar, no cesaba de despreciar á los cristianos. Pero he ahí que no tardaron las cosas en cambiar de aspecto. En el momento en que el rayo desgarraba con mayor fuerza el seno de las nubes, y que retumbaba el trueno con mas estruendo sobre las cabezas de los espectadores, se desprende, cae y hiere el rayo al miserable ganga, con terror de todos los circunstantes, y lo decapita, dejando su tronco carbonizado. Desde entonces comprendieron los indígenas el efímero poder de sus gangas y de sus fetiches, y que nadie puede burlarse impunemente de su Dios. Vivia aun Pablo Diaz, cuando tuvo lugar aquel notable acontecimiento, puesto que murió aquel piadoso gefe el año 1589, esto es, algun tiempo despues de haber ocurrido tan ejemplar castigo. Dió el héroe cristiano señaladas muestras de aprecio á los jesuitas establecidos en San Pablo de Loanda y en Masangano, entre los rios Coanza y Lucala. Su muerte ocasionó una revuelta, que no tuvo funestas consecuencias, por haber pedido en el año 1599 el rey de Angola la paz al lugar-teniente del rey de Portugal, declarando que queria abrazar el cristianismo; y hasta entregó como prenda de la fé de su palabra, diferentes niños de ilustre cuna, que fueron catequizados por los jesuitas residentes en San Pablo de Loanda. Seis eran los religiosos de la Compañía residentes en aquella posesion portuguesa, por haber sucumbido los demás de sus hermanos á las fatigas del apostolado. En el mes de mayo del año 1602, murió aun en ella el P. Jacobo Ferreira, cuya pérdida fué tanto mas sensible, cuanto que hablaba con perfeccion la lengua de los indígenas, y ejercia por lo mismo un gran ascendiente en ellos. Al objeto de reforzar aquella mision, partieron de Portugal en el año 1608, los PP. Francisco Goiz y Eduardo Vaz, con el hermano coadjutor Antonio Barros; hallábanse ya estos religiosos á la vista del puerto de Loanda, cuando se vieron acometidos por dos buques holandeses mucho mayores, y en la imposibilidad de huir, tuvieron que rendirse. Despues de haberse apoderado los holandeses de su fácil presa, amontonaron á todos los pasageros en una frágil lancha, que, combatida por el viento y las olas, estuvo varias veces á punto de zozobrar, y que solo fué salvada, en concepto de los muchos pasageros que contenia, por el fervor con que oraron los jesuitas. Su llegada á San Pablo, permitió al fin hacer algunas escursiones apostólicas al interior del pais que ocupaban los sovas cristianos. El P. Gaspar de Acevedo y el hermano Antonio de Sequeira, lograron que los gefes de una tribu cristiana entregasen á las llamas á sus antiguos ídolos, cuyo culto profesaban aun en medio de las prácticas del cristianismo, confiándoles además el sova la educacion de uno de sus hijos. Otro sova, que tenia á sus órdenes á cuatro de los gefes inferiores, y que á pesar de llevar el nombre de cristiano, se entregaba á todos los placeres, y tenia en su haren trescientas mugeres, prueba inequívoca del poder de que gozaba entre aquellos pobres pueblos, solo quiso prometer á los misioneros, que no reedificaria los derruidos templos de sus falsos dioses, y que

permitiria la ereccion de una cruz, que procuraron los religiosos levantar, como un signo de esperanza para las generaciones venideras. Existia ya á la sazon un obispo en San Pablo de Loanda, al cual los reyes de Cacongo y Loango, reinos situados al norte del rio Zaire, pidieron que les enviase algunos misioneros; en cuya virtud, destinó el rector del colegio de los jesuitas al reino de Cacongo, á los PP. Francisco Goiz y Gaspar de Acevedo.

Estiéndese al norte de los reinos de Cacongo y Loango el alta Guinea, donde habia ido en el año 1491 una mision portuguesa que quedó por mucho tiempo ignorada, por haber absorvido las Indias toda su solicitud y sus medios de accion. Como Sta. Teresa, animada de celo por la salvacion de las almas, no cesaba de pedir que se emprendiesen viages apostólicos, los carmelitas descalzos, á instancias de Felipe II, rey á la vez de España y Portugal, resolvieron empezar en Guinea la obra de conversion que estaba tan en armonía con su instituto de humildad y pobreza. El primer apóstol nombrado para aquel pais fué el P. Antonio de Santa María, antes gerónimo, y luego carmelita descalzo; siendo sus compañeros en aquel apostolado los PP. Francisco de la Cruz, Juan de los Angeles y Francisco de la Ascension; y cuyos religiosos perecieron en el mar, á los pocos dias de haberse hecho á la vela el 20 de marzo del año 1582. Hé ahí lo que dice el P. Francisco de Santa María (1) con este motivo: « Si no son las aguas menos fértiles en producir peces y aves, de lo que lo es la tierra en engendrar la diversidad de animales que alimenta, debemos piadosamente creer que aquella sangre piadosa, que se confundió con el agua del mar, ha sido una semilla divina que ha dado desde entonces su fruto, y que no ha cesado, ni cesará de darlo continuamente, como lo indica ese gran número de misioneros que tenemos en Irlanda, en Inglaterra, en Polonia, en Persia, en las Indias orientales y occidentales, donde los religiosos se van multiplicando aun cada dia, iluminando por medio de un contínuo trabajo y de un raro ejemplo á los hereges y gentiles que desconocian al verdadero Dios. Lejos de moderar el celo del rey y de nuestro provincial, contribuirá el triste acontecimiento que todos lamentamos, á proseguir con mas empeño su buen designio. » En efecto, en el propio año 1582, segun Du-Jarric, permanecieron algunos carmelitas descalzos durante seis meses en el pais de los beafares, mostrando con el buen resultado de su mision que, si el Evangelio hubiese sido predicado constantemente en Guinea, no habrian dejado aquellos infelices pueblos de agruparse bajo el glorioso lábaro de la salvacion. Siempre solícito Felipe II por aquellas almas abandonadas, pidió el año 1604 al P. Claudio Aguaviva, general de la Compañía de Jesus, que le enviase algunos apóstoles; en aquella misma época, el P. Baltasar Barreira, poco antes superior en el reino de Angola, donde habia permanecido catorce años, reparaba en la casa de Evora paulatinamente sus fuerzas, decaidas á consecuencia de sus muchas fatigas y de su avanzada edad. El P. Antonio Mascarenhas, provincial de la Compañía en Portugal, no se atrevió á imponer á aquel venerable septuagenario el peso del apostolado, sino que se limitó á consultarle acerca de los religiosos, que serian en su concepto mas á propósito para ser destinados á la difícil mision de Guinea. No se limitó Barreira á indicar á su superior los nombres de los religiosos que eran en su concepto mas aptos para evangelizar el Africa, sino que fué el primero en decidirse á partir, diciendo que puesto que aun se lo permitian sus fuerzas, se dirigiria inmediatamente á Lisboa, para poder pasar á Guinea en el primer buque que se hiciera á la vela para aquellas costas. Los PP. Baltasar Barreira, Manuel de Barros, Manuel Fernandez y un hermano coadjutor, se embarcaron en Lisboa en el año 1604, llegando en breves dias á la isla de Santiago, la principal del archipiélago del Cabo-Verde, donde eran conducidos todos los esclavos ne-

(1) *Historia general de los carmelitas descalzos*, escrita en español por el Rdo. P. Francisco de Santa María, y traducida al francés por el Rdo. P. Gabriel de la Cruz, religioso de la propia órden.

gros de Guinea, para ser trasladados de allí á los lejanos puntos á que se les destinaba. El primer beneficio que dispensaron los religiosos á los pobres negros, fué el de hacerles abrir los ojos acerca de las falaces promesas de sus adivinos que, so pretesto de restituir la salud á los enfermos, dañaban á la vez sus cuerpos y sus almas. Otro de los males que tambien evitaron los misioneros, fué el de evitar que los agentes del tráfico bautizáran aquellos infelices en número de seis ú ochocientos á la vez, y antes de que estuviesen suficientemente instruidos, por poder así enviarles mas pronto á las diferentes regiones de América, y percibir antes el oro que les valia semejante comercio. No solamente obtuvieron los PP. la libertad de un gran número de aquellos desgraciados, á quienes violentamente se arrancaba de su patria, sino que obtuvieron para todos el plazo que necesitaban para instruirse en la ley divina que se les hacia abrazar (1). El aire fétido que respiraban en las cuadras de los negros, y la asiduidad con que se entregaban los misioneros á todos los trabajos, troncharon en flor la vida del Rdo. P. Manuel Fernandez; quedando de este modo reducidos á dos los misioneros, y luego á uno, por haber tenido el P. Barreira que dirigirse al continente. El P. Barros, que fué el único misionero que quedó en la isla, concibió la grata esperanza de poder convertir á la fé al anciano rey de Bisan; por lo que se dirigió inmediatamente á Quinala el 7 de enero del año 1605, pero no pudo ver el soberano, por estar enfermo de mucha gravedad. Sin embargo, obtuvo del primer ministro y de los grandes del reino toda la proteccion para el cristianismo; así como tambien la formal promesa de que no se derramaria sangre humana despues de la muerte del rey, por tener aquellos pueblos la bárbara costumbre de sacrificar sobre la tumba del príncipe, á sus mugeres, á sus mas fieles servidores y hasta su mismo caballo, á fin de que pudiese en el otro mundo presentarse con un cortejo real. Al llegar el P. Barreira á Biguba, pais de los beafares, se consagró desde luego al cuidado de los indígenas y al de los portugueses, produciendo con sus desvelos una cosecha abundante. A 13 de julio partió el misionero para aquella region de Guinea que lleva el nombre de Montañas de los Leones, por la inmensa cadena de montes que la ciñe; pero habiendo sido arrojado por una tempestad á un puerto del reino de Pagono, procuró en él los socorros de la religion á los portugueses, é instruyó al rey en la doctrina del catolicismo. Construyó el nuevo monarca cristiano una capilla al verdadero Dios; mas como oyese luego los consejos de uno de sus aliados, dejó de practicar públicamente la religion cristiana. La escelente disposicion en que encontró Barreira al rey de las Montañas de los Leones, le hizo concebir desde luego las mas halagüeñas esperanzas; puesto que luego de su llegada dió el rey órden á los albañiles de la ciudad de que levantasen un templo, en el que fué celebrado el santo sacrificio de la misa el dia de San Miguel. Terminada la misa, pronunció el apóstol un elocuente discurso que inflamó mas y mas el corazon del príncipe, el cual prometió solemnemente renunciar á la poligamia, falta capital de aquellos pueblos. Hallábase en efecto el rey dispuesto hacia ya algun tiempo á despedir todas sus mugeres, para unirse indisolublemente con la hija de un rey vecino,

(1) Verdaderos ministros de Aquel que murió en la cruz por redimir á la especie humana, no se contentaban los misioneros con ir á predicar el Evangelio á las tribus salvajes que vagaban por los ardientes arenales del Africa, sino que les hacia su tierna piedad buscar con maternal solicitud á aquellos mismos salvajes en su última postracion, esto es, cuando se veian lejos de su patria, sin consuelo, sin esperanza, sin que llegase nunca á sus oidos la voz cariñosa de una esposa ó de una madre, y cuando en fin, por decirlo de una vez, habrian considerado la muerte como el mayor de todos los beneficios. Entonces se presentaban aquellos angeles de paz á los pobres negros, no solo por saciar en ellos el hambre que los devoraba y hacer bajar el látigo que crujia sobre sus cabezas, sino por hacer brillar con perseverancia ante sus ojos una luz divina que habia de llenarles de benéfico consuelo, y hacerles entrever al resplandor de sus rayos el cielo á que se dirigian por el camino del sufrimiento. Cosa rara, aquellos hombres que poco antes invocaban la muerte, y que reducidos á la desesperacion procuraban escitar la cólera de sus capataces, por buscar en el mismo dolor una tregua á sus crueles sufrimientos, vivian despues resignados y felices, merced al conocimiento de las eternas verdades que les enseñára el humilde misionero, siempre dispuesto á consagrarse al ausilio de todos sus hermanos. (Nota del Trad.)

que le fué ofrecida en matrimonio; procediendo su feliz disposicion del conocimiento del cristianismo y de sus leyes, debido á la mas querida de sus compañeras, la cual habia sido educada entre los portugueses, y era por lo mismo cristiana. Como desgarrasen los remordimientos el corazon de la esclava, procuraba esta calmar su dolor por medio de las reflexiones que hacia al rey sobre la escelencia de la religion cristiana, con la esperanza de poder un dia romper sus cadenas, y vivir nuevamente en el seno de Jesucristo. La sinceridad de los religiosos sentimientos del rey, iba á ser puesta á prueba: acababa de llegar á su corte la princesa prometida con un numeroso séquito; pero todos sus parientes, y particularmente su madre, se opusieron á que se hiciese cristiana. Lejos, empero, de fluctuar en lo mas mínimo el real catecúmeno, hizo partir de la ciudad á la jóven princesa, y fué bautizado desde luego en la nueva iglesia, adornada con toda pompa y solemnidad acostumbradas en el bautismo de los reyes. No impidió al nuevo monarca cristiano el haber cambiado de religion, el que encontrase una esposa digna, y nacida como él en un trono, por haber ofrecido otro soberano la mano de su hija al rey Felipe, (nombre del real catecúmeno). La noble conducta que observó el convertido, fué en un todo digna de un cristiano, puesto que habiendo muerto su padre, prohibió que se inmolase víctima alguna sobre su tumba, y perdonó además los agravios que le habia hecho el hijo de un rey vecino: ¡Solo el cristianismo puede trasformar de esta suerte á los hombres! La conversion de aquel poderoso príncipe escitó la admiracion general; siendo aprobada por el de Tora, al que todos los gefes de la Guinea consultaban como un oráculo, á causa de su saber y prudencia. Como llegase á noticia de este príncipe la vida ejemplar de Barreira, lo llamó á su corte; pero como estuviese el religioso celebrando las fiestas de Navidad en un puerto inmediato que pertenecia á los portugueses, contestó que iria á la corte despues de las fiestas; deseoso empero el monarca de ver por sus propios ojos todo lo que se le habia referido respecto de Barreira, propuso ir en persona con toda su corte al puerto europeo, siendo su proposicion inmediatamente aceptada. Las decoraciones del templo, los cuadros, el efecto que producian sus luces, la modestia de las personas en él congregadas, los ornamentos, la piedad de los sacerdotes y aquella imponente magestad en fin, que solo se nota en las funciones religiosas, dejaron al príncipe vivamente admirado y conmovido, que pidió al dia siguiente el bautismo. A fin de administrárselo con mas solemnidad y provecho, se dispuso que seria bautizado en una de sus islas, advirtiéndole que era necesario levantar en ella un templo á este objeto. Inmediatamente dispuso el rey su construccion sin omitir gasto alguno, y luego de quedar terminado el nuevo templo, juró el rey de Tora en él fidelidad á Jesucristo, recibiendo el nombre de Pedro, casándose luego con la hermana mayor del rey Felipe. Este príncipe, siguiendo los consejos de aquel, á quien despues de Dios, debia su incomparable dicha, escribió el dia 25 de enero de 1606 al rey de España y Portugal la carta siguiente: «No ceso de dar gracias al Dios omnipotente, creador del universo, por haber iluminado mi espíritu, dándome á conocer su santa ley. Tambien á vos, príncipe, debo daros las gracias, por haberme enviado un hombre capaz, que me ha hecho renunciar á la vanidad de los ídolos, y me ha puesto en el número de los hijos de Dios: honor y dicha que he compartido con mis hermanos, con mis hijos, con todo mi pueblo, poco antes, como yo mismo, vil esclavo del demonio. Es tanto lo que quiero al padre Barreira, y me es su compañía tan indispensable, que cuando me deja para ir á ilustrar otros reyes, me sucede lo que al viagero que se vé abandonado por el sol poniente en medio de un espeso bosque. No basta un solo doctor para tantos reinos: así pues, os suplico me envieis otros hombres de la misma compañía, á fin de que le ayuden á propagar ese fuego divino que ha sabido encender en

mi corazon, para que todos conozcan y adoren al verdadero Dios. Mi reino es estenso, su suelo fértil y su aire purísimo; así que, nada faltará en él á los hombres que nos envie el Portugal; prometo además fortificar mi puerto para ponerles al abrigo de los piratas, enemigos eternos de Dios y de los hombres, que desembarcan frecuentemente en nuestras costas, para espiar y caer desde ellas sobre vuestros buques. Pido al Dios, único y verdadero, que por mi dicha he llegado á conocer, que conceda á V. M. tantos años de feliz reinado, como granos de arena tiene el mar y estrellas la bóveda del cielo.» Poco tiempo despues el rey de Tora encargó al misionero que instruyese y bautizase á sus dos hijos, el menor de los cuales tenia ya diez años; así pues procuró Barreira grabar profundamente en aquellos tiernos corazones las sublimes máximas del cristianismo, seguro de que tiene siempre el hombre cariño á lo que con gusto aprendió en la infancia. A peticion del rey de España, admirado y confundido por la carta del rey Felipe, envió el general de la Compañía, como ausiliares de Barreira, á los PP. Manuel Almeida, Pedro Netto y Manuel Alvarez; muriendo los dos primeros á los pocos meses de su apostolado en la isla Santiago. Alvarez se internó en el pais, donde procuró con incansable celo, morigerar las costumbres de sus naturales, y no tardó el misionero en lograr la supresion de los sacrificios humanos con los cuales pretendian los negros honrar la memoria de sus príncipes. El rey de Quinala no se limitó á abolir aquella bárbara costumbre, sino que además pidió el bautismo, cuyo noble ejemplo siguieron todos los grandes de su corte, y algunos de los reyes vecinos; pero no creyó Alvarez deber acceder inmediatamente á sus deseos, tanto por no estar aun bastante instruidos, como por probar si era su conversion verdadera. Entre tanto el rey de Bena, príncipe poderoso, del que dependian seis ú ocho reyezuelos, envió uno de sus hijos al P. Barreira, á fin de decirle que pasase con él á su reino. Presentóse el hijo primogénito del rey al apóstol, seguido de una numerosa comitiva de negros, y le abrazó con efusion, derramando copiosas lágrimas; al ver el religioso las pruebas de tierno afecto que le daba el príncipe, determinó seguirle. Grande era el fruto que habian producido ya las palabras de Barreira en el ánimo del rey y en el de todos los magnates de su corte, cuando un impostor musulman, que divertia con sus sandeces al príncipe en sus momentos de ócio, logró cambiar la escelente disposicion del rey, haciéndole temer la cólera de los bejerinos, especie de sacerdotes musulmanes que predicaban la ley de Mahoma, y que habian logrado con su mágia embaucar y hacerse temer de los pueblos. Así que, por mas que continuase el rey queriendo á Barreira, siguió, sin embargo, en el error; permitiendo únicamente al misionero llevarse á su hijo segundo que, consintió con el mayor gusto en ser discípulo del doctor cristiano. La conducta del soberano de Bena contrastó con la de Pedro, rey de Tora, quien, hasta en los mismos estados de los príncipes vecinos, profesaba públicamente el cristianismo; observaba con escrupulosidad los ayunos y demás prescripciones de la iglesia; mostraba su error por todo cuanto habia de cruel y supersticioso en las ceremonias fúnebres; entregaba á las llamas los ídolos y sus templos, sin respetar ni aun los altares levantados en las costas de las islas á Tamasú, el mas venerado y temido de todos los falsos dioses; siendo muchos los reyes que al ver la impunidad de sus actos, se retiraban á sus respectivas cortes con sentimientos mas favorables á la religion cristiana. Felipe, rey de las Montañas de los Leones, que entró con Pedro en el redil de Jesucristo, rivalizaba tambien con él en cristiano celo; por su órden se construyó una magnífica y vasta iglesia en el puerto de San Salvador, que era el mas importante de su reino; luego hizo edificar junto á ella una casa para los jesuitas, y un palacio para él, que quiso habitar con toda su familia y parte de su corte, á fin de estar mas cerca de Jesucristo y de los padres. Cual nuevo Heraclio, prestó sus hombros para

llevar una gran cruz en un punto elevado que domina al puerto, y á fin de dar mas esplendor é importancia á la ereccion de aquel signo sagrado, hizo desaparecer enteramente de aquel sitio los restos de los antiguos templos en que eran antes adorados los falsos dioses. La conversion de toda la familia real habia de ser precisamente el resultado de tan bello ejemplo; así pues, tuvo Pedro el dulce consuelo de asistir al bautismo de una hermana, princesa célebre por su prudencia; al de su hermano, al de su presunto heredero, á quien se le puso el nombre de Juan, al de otros dos hermanos, que habian sido hasta entonces muy obstinados en la idolatría, y á los que fueron puestos los nombres de Bartolomé y Sebastian; estando dotado el primero de una gran capacidad y de una elocuencia irresistible. El bautismo del príncipe Juan fué el golpe de gracia para el hijo primogénito del buen rey de Tora, á quien habia causado grandes disgustos desde su conversion; iracundo y blasfemo hasta que pidió ser instruido, fué despues un modelo de todas las virtudes; recibió el hijo del rey de Tora el nombre de Miguel, dejando el nombre bárbaro de Yata que hasta entonces llevára. Hasta el mismo rey Fatima, defensor ardiente de la infidelidad, pareció vacilar al ver el cambio notable que se operó en el jóven príncipe de Tora; grande fué el terror que se apoderó de los infieles, que, no cesaban de repetir asombrados: «¡Yata, Yata es tambien cristiano!» Inmenso fué el beneficio que dispensó el cielo al príncipe Miguel poco tiempo despues de su conversion: tuvo, mientras fué idólatra, una úlcera infecta y repugnante, que no solo ponia su vida en inminente peligro, sino que hasta le hacia objeto de horror, obligándole á vivir en el aislamiento mas completo; pero, cual nuevo Constantino, recibió con el agua del bautismo la salud del cuerpo y la del alma. Habiendo caido el rey de Tora, su padre, gravemente enfermo, esperimentó tambien una curacion momentánea, desde que el sacerdote rezó por aquel soberano el santo Evangelio; y como hiciere concebir al propio tiempo la esperanza de curarse, á otro príncipe infiel, que estaba tambien gravemente enfermo, se hizo este cristiano, y recobró á los pocos dias su salud. El príncipe Miguel, enviado cerca del rey Fatima, para tratar con este soberano algunos asuntos de importancia, fué acogido con la mayor benevolencia, lo que indicaba el alto concepto en que aquel príncipe tenia á los cristianos: además, no solo consintió en que recibiese uno de sus hijos el bautismo, sino que hasta prometió hacer él mismo otro tanto, ofreciendo á Barreira como prueba de su feliz disposicion, un gran brazalete de oro que no quiso aceptar el misionero, so pretesto de que solo deseaba la salvacion del rey. Aquel ejemplo de desinterés, dispuso mas y mas á los infieles en favor del cristianismo, á lo que contribuyó tambien no poco la conversion de un mágico famoso, que abjuró públicamente sus errores: era tal la influencia de que gozaba en aquellos paises el antiguo mágico, que era considerado como un oráculo, al que no se desdeñaban de consultar los mismos reyes. Mas afortunado que Elymas, el mágico del proconsul Paulo, fué vencido por las armas de la verdad, y se sometió á Jesucristo, siendo su milagrosa conversion seguida de otras muchas. Al dirigirse nuevamente Barreira á la isla Santiago, fué arrojado por una tempestad á la costa de Africa, donde la Providencia le llamaba para que llevase los consuelos de la religion á dos puertos que habia muy frecuentados por los europeos, siendo uno de ellos el de Cacheo, del que no se le permitió salir sin que prometiese antes enviar á él nuevos operarios evangélicos que terminasen la obra de renovacion tan felizmente empezada. Su primer cuidado al llegar á la isla Santiago, fué cumplir la promesa hecha, disponiendo la partida de cuatro misioneros para el puerto de Cacheo; luego se entregó como siempre al cuidado de las almas, encargándose además, de enseñar el latin á los jóvenes. A medida que iban los años debilitando á Barreira, aumentaba en él la solicitud por su querida mision de Guinea. Convencido de que cuantas

mas serian las relaciones que mediasen entre el reino de Portugal y el Africa, mayor seria el número de misioneros que se dirigian á esta última region, hizo presente á los mercaderes portugueses que podian en veinte dias hacer aquel viage, que el suelo era fértil y el clima saludable; que segun los indígenas, los vientos eran menos fuertes y las tempestades mas raras, desde que imperaba en aquellas costas la religion cristiana; que abundaba el pais en ricas minas de oro, plata, y cobre; que podia cultivarse en él con provecho la caña de azúcar; que abundaban en el mar el ámbar y las perlas; y, por último, que ofrecian sus frondosos bosques todo el maderamen necesario para la construccion de los buques. Además, escribió á sus hermanos que el campo abierto á su celo era vasto y estaba en el mejor estado para recibir la semilla evangélica: «¿Seriamos, les decia luego, menos esforzados que los mercaderes que acuden á estas regiones?» Hacia tambien presente que habia muchos esclavos que, por falta de misioneros eran arrancados de aquellas costas sin haber recibido antes la libertad de los hijos de Dios, para endulzar la esclavitud perpétua á que se veian condenados por los hombres; que los mahometanos procuraban con empeño hacerse prosélitos, lo que lograban tanto mas fácilmente, cuanto que no habia operarios evangélicos que pudiesen oponerse á los progresos del islamismo. Y si bien esponia aun otras muchas razones para inducir á sus hermanos á que no olvidasen aquella mision que le era tan querida, ninguna habia tan convincente como el ejemplo de todas las virtudes que estuvo dando Barreira hasta el año 1612, en el que el Señor le llamó á sí para recompensarle todos sus trabajos. Magníficas fueron las exequias que se celebraron por el misionero: los magistrados, el gobernador y todas las personas mas notables asistieron á ellas vistiendo de luto, y besaron con respeto el féretro del generoso apóstol. Atribúyense al P. Barreira diferentes milagros, obrados antes y despues de su muerte, y de los que solo citarémos uno: esperimentó uno de los buques en que se habia embarcado varias veces el apóstol, una horrorosa tempestad que amenazaba sumergirle, cuando uno de los marinos que conservaba un hábito viejo del misionero, lo estendió en la proa, invocando su intercesion poderosa, y en aquel mismo instante quedó el mar tranquilo. Manuel Alvarez, digno émulo de Barreira, estaba hacia nueve años evangelizando la Guinea, cuando murió á su vez en un pueblecito llamado el Salto de la Leona. Continuaron los jesuitas portugueses, regando con sus sudores aquella parte del Africa, que correspondia á sus afanes con los mas abundantes frutos. Las islas vecinas, sembradas por la mano de Dios en el Océano, contenian muchos cristianos que, instruidos por Barreira algunos años antes, cumplian estrictamente con todos los preceptos de la Iglesia; pero que á causa de su frecuente comercio con los idólatras y los musulmanes, habian acabado por olvidar casi enteramente aquellos santos preceptos. Hacer revivir aquella fé casi estinguida en sus corazones, fué el primer cuidado de los misioneros.

Entre el reino de Angola, en el que empezó á ejercitarse el celo de Barreira, y la Guinea, teatro de sus últimas misiones, hay el reino de Congo, de cuya historia vamos á ocuparnos nuevamente. Luego de haber sabido Alvaro I el advenimiento del cardenal Enrique, al trono de Portugal, escribió á este príncipe, á fin de que le procurase misioneros; pero como muriese el cardenal á los pocos meses, no dió la carta de Alvaro resultado alguno. Felipe II, empero, que reunió entonces las dos coronas de España y Portugal, prometió al rey de Congo los socorros espirituales que tan vivamente reclamaba; en cuya virtud nombró Alvaro embajador cerca de Felipe II á Sebastian de Costa, que murió antes de llegar á su destino en las costas de Portugal. Nombró el fiel Alvaro entonces para desempeñar aquel cargo cerca del rey y el Papa, á Eduardo Lopez, hombre de inteligencia y de celo, y sobre todo, de una piedad á toda

prueba. Como no diesen las gestiones de Lopez en Madrid el resultado apetecido, trocó el embajador su uniforme por un tosco sayal, y resolvió dirigirse á Roma, despues de haber hecho voto de emplear todas sus riquezas en construir una casa de instruccion para la juventud del Congo, y un hospital para todos los pobres enfermos cristianos. Sixto V hizo á Lopez una escelente acogida; pero como el Congo procediese del reino de Portugal, dijo no poder él inmiscuirse en aquel negocio, por ser el rey de España el que debia decidirle. Así que, tuvo Lopez que dirigirse nuevamente á España, regresando el año 1589 al Congo, donde al parecer murió poco tiempo despues de su llegada. En los últimos años de Alvaro I, muerto en el año de 1587, viéronse los habitantes del Congo, privados del ausilio de los misioneros, puesto que solo contaban con doce sacerdotes para la direccion de treinta mil tribus mas ó menos numerosas; sin embargo, tendiéronles en su desamparo una mano protectora, los jesuitas residentes en San Pablo de Loanda. Uno de estos religiosos prestó el mayor de los servicios á Alvaro II, en el momento de ser llamado al trono; en cambio, dió el nuevo monarca un decreto á 7 de julio del año 1587, facilitando el ejercicio de su ministerio en sus Estados. Mientras ocupó el trono Alvaro II, ó sea hasta el año 1614, floreció en gran manera la religion en el Congo, merced á la ereccion de la diócesis que debia procurarle los misioneros necesarios. Despues de haber sido coronado Alvaro III, en el año 1615, envió una embajada á Paulo V, al que prestó sumision como gefe supremo de la iglesia. No solo recibió el Papa con las mayores muestras de aprecio al nuevo embajador, sino que, habiendo caido este enfermo, fué á visitarle diferentes veces, le ofreció el mismo Papa algunos alimentos, y cuando murió, le hizo enterrar con toda solemnidad en Santa María la Mayor. El principal objeto que habia llevado á Roma al difunto embajador, era pedir cierto número de religiosos capuchinos para el Congo; por lo que se dispuso saliese para aquel pais una mision de la propia órden, en el año 1618, dando el Papa con aquel motivo, un breve el dia 2 de enero del año 1621; sin embargo, no pudo aquella mision llevarse á cabo. En cambio, llegó al Congo una segunda mision de jesuitas, durante el reinado de Alvaro III, la cual produjo grandes resultados, merced al celo del rey, cuya muerte, acontecida á 4 de mayo del año 1622, hizo tan corto su feliz reinado.

CAPÍTULO XXI.

Mision de los Jesuitas en el imperio del Mogol, China; y de los Jesuitas y Dominicos en el Africa oriental.

Todos los misioneros que evangelizaron la costa oriental del Africa, eran procedentes de la India; así pues, Goa, foco del que partian los luminosos rayos que iban á sacar de las tinieblas á los reinos vecinos, es el punto que debe llamar nuestra atencion.

Hemos dicho ya que un descendiente de Tamerlan, habia fundado en la India el imperio del Mogol, del que era Akbar el gefe, cuando dos jesuitas, enviados en el año 1576 á Bengala, dieron comienzo á sus trabajos apostólicos. Habiendo llegado á oidos del príncipe la fama de sus virtudes, mostró deseos de conocer el cristianismo; por lo que Antonio Cabral, á quien el virey de Goa habia nombrado embajador cerca del gran Mogol, y el portugués Pedro Tavero, llamaron á uno de los misioneros de Bengala. Al fin de poder Akbar relacionarse libremente con el misionero, aprendió la lengua portuguesa, haciendo en breve en ella rapidísimos progresos. No fueron menores los que hizo en la fé cristiana, puesto que no paró hasta lograr que fuesen las puertas de sus Estados abiertas de par en par á los jesuitas. Hé ahí la carta que al efecto escribió á Goa: « Akbar, el gran emperador del mundo, á los venerables PP. de San Pablo. Os envio á Ebadola, acompañado de un intérprete, para que os manifieste en mi

nombre el afecto que os profeso, y os pida que os digneis enviar á mi corte á algunos de los religiosos de vuestra órden, que estén versados en los libros santos, á fin de que me espliquen los profundos misterios de vuestra religion. ¡No podeis figuraros cuanto deseo conocerla y abrazarla! Todos los padres que envieis, serán magníficamente acogidos, permitiéndoseles, siempre que lo deseen, regresar á Goa: vengan pues, nada teman, antes bien, cuenten siempre con mi proteccion decidida.» Grandísima fué la satisfaccion que causó á los jesuitas la carta trascrita. El provincial, accediendo á los deseos del emperador del Mogol, nombró para aquella mision á los PP. Rodolfo Aquaviva, Antonio Monserrat y Francisco Henriquez; el primero de ellos, que fué nombrado superior, era hijo del duque de Atri y sobrino del P. Claudio Aquaviva, célebre general de la Compañía de Jesus. Akbar, que estaba ya aguardando á los jesuitas en Fetipur, les recibió con los brazos abiertos, y con trasportes de alegría; pasó toda la noche con ellos, y so pretesto de atender á sus necesidades, les ofreció una cuantiosa suma; pero los apóstoles le dijeron no poder aceptarla por haber hecho voto de pobreza, siendo su voto una barrera insuperable que nunca pudo salvar la liberalidad del príncipe. Semejante desinterés, tan poco comun en los ministros del islamismo, produjo inmensas ventajas á la religion cristiana. Los padres ofrecieron sus presentes al emperador: consistian estos en una biblia escrita en cuatro idiomas, y en dos cuadros, uno de Jesucristo y otro de la Vírgen María. Akbar tomó la Biblia, que se puso sobre la cabeza en señal de respeto, y luego besó las imágenes, haciendo que sus hijos tambien las besáran (Pl. XCV, n.º 1). En las demás visitas que le hicieron los misioneros, quiso el emperador que le esplicasen la falsedad del Alcoran y los principios que contenia el Evangelio. Dispúsose en su virtud, que habria todos los sábados en el palacio una discusion religiosa con los doctores mahometanos; habian traido los jesuitas un Alcoran de Goa, y el P. Henriquez, persa de nacion, era el intérprete de sus compañeros. Insistieron los jesuitas en las primeras discusiones acerca la especie de beatitud que Mahoma estableció en la otra vida para los musulmanes, demostrando la infamia de las promesas que el seductor habia hecho á los hombres, á fin de atraérseles por medio de la innoble satisfaccion de las pasiones. Akbar convino tambien sobre este punto en la imperfeccion del Alcoran, con solo comparar el espíritu de orgullo y de sensualidad, que en él se nota, con el espíritu de humildad y de mortificacion que contiene el Evangelio: «Los cristianos, dijo, han estendido por toda la tierra sus doctrinas, derramando su sangre; y solo haciendo correr la sangre agena, ha podido prevalecer el islamismo en Oriente.» Aunque cada vez mas vivas las demostraciones de amistad con que eran los jesuitas recibidos en palacio, como conocian los religiosos el carácter de los orientales, en los que, no siempre corresponden las protestas á los verdaderos sentimientos del corazon, no se atrevian á abrir enteramente su corazon á la esperanza. Finalmente, para salir de dudas, y conocer de una vez la buena fé de Akbar, le habló el P. Aquaviva en estos términos: «Príncipe, ya sabeis las condiciones bajo las cuales renunciamos á una abundante cosecha, por venir á anunciaros la ley de Jesucristo. Tenemos la formal promesa de que nadie se opondrá á nuestra partida, si es la semilla de la palabra estéril en vuestro corazon; así pues, me atrevo á fijaros un plazo, para que os declareis en favor de las doctrinas de Jesucristo ó de las de Mahoma.» No ofendió al emperador en lo mas mínimo el enérgico lenguaje del misionero, al que contestó de esta manera; «Un cambio tan trascendental como el que me exigís, solo puede proceder de Dios: por mi parte, os prometo, que no cesaré de implorar sus luces y su ausilio.» Habiendo sabido el emperador que estaba la casa en que vivian los religiosos, espuesta al rumor de los transeuntes, les destinó otra habitacion





en el recinto de su palacio; pudiendo ver entonces los jesuitas por vez primera, un altar erigido á Jesucristo, en el centro de un patio de los mahometanos. Confióse entonces á los religiosos la educacion de una parte de la familia imperial; puesto que Pahari, hijo segundo de Akbar, fué confiado á la edad de trece años á la direccion del P. Monserrat, quien le instruyó en las ciencias humanas, y en la ciencia mas sublime de la religion. Habiendo empezado cierto dia el jóven príncipe á dar la leccion, que empezaba con estas palabras: « En honor del Dios Todopoderoso. » — Añadid, hijo mio, dijo Akbar, y *de Jesucristo, el verdadero profeta.* Entró luego el emperador en la capilla de los religiosos, y se postró con el mayor respeto; sentándose despues en el suelo, segun la costumbre del pais, empezó con los misioneros una conversacion, en la que no paró hasta descubrirles enteramente su pecho: « Sabeis, les dijo, el sentimiento de respeto y veneracion que me inspira la religion que me habeis enseñado; todo me habla en su favor: los milagros del Mesías, atestiguados por el mismo Alcoran, la sana moral del Evangelio, su propagacion por medio de los sufrimientos, son otras tantas causas poderosas que me inducen á reconocer en Jesucristo á un profeta enviado de Dios. Pero, cuando elevais mi espíritu sobre lo que parece haber de sensible en la persona del Mesías, me pierdo en la sublimidad de vuestros misterios. Mostradme, añadió, la generacion eterna del verbo en el seno de su padre, y su encarnacion milagrosa en el tiempo, y creeré sin titubear, todos los artículos que me prescribís. » Los misioneros, sacaron de los mismos principios de que estaba convencido Akbar, consecuencias las mas favorables á nuestros sublimes misterios. « Jesucristo, le dijeron, os parece haber probado suficientemente su mision por medio de los milagros que el mismo Alcoran reconoce; la santidad de su moral atestigua la verdad de su religion: luego es un profeta autorizado. Preciso será, por lo tanto, creer su palabra. Además, Jesucristo nos asegura que existia antes que Abrahan; y todos los monumentos que nos restan de este patriarca, confirman la trinidad de personas en Dios; evidentemente los milagros en que creeis, afirman los misterios que él nos ha revelado y que vos no podeis comprender. » Penetrado Akbar de la fuerza de aquel argumento, esclamó, con los ojos arrasados de lágrimas: « Hacerse cristiano, cambiar la religion de sus padres, ¡qué peligro para un emperador! ¡qué suplicio para un hombre educado en la molicie y en la libertad del Alcoran! » Sin embargo, bien convencido de la falsedad de Mahoma, se complacia Akbar en confundir á los doctores del islamismo. « Si los libros de Moisés, así como tambien el de los *Salmos*, les decia, han sido inspirados por Dios, segun confesion de Mahoma, ¿por qué nos prohibe su lectura? Se dice en el Alcoran que el Evangelio de Jesucristo es la Escritura verdadera; y sin embargo, cuan distinta es en su fondo la doctrina de uno y otra. Convienen las dos religiones en que el Evangelio es santo; pero no consienten los cristianos en que el Alcoran sea obra de Dios: luego la prudencia me prescribe seguir la opinion mas segura, esto es, la de abandonar el Alcoran que los cristianos reprueban, y seguir el Evangelio que los mahometanos admiten. » Así dispuesto Akbar en favor del cristianismo, no solo permitió que fuese predicado en todo su imperio, sino que hasta quiso se diese á las ceremonias religiosas toda la pompa posible. Como muriese un portugués y quisiese el emperador que se le enterrára con toda la imponente magestad religiosa, fué la cruz llevada públicamente por las calles de Fetipur, con gran asombro de los musulmanes que la veian por vez primera. Sin embargo, la semilla evangélica no acababa de fructificar aun en el endurecido corazon del monarca, cuando la ambicion de un doctor musulman llegó casi á realizar lo que no habia podido obtener el celo de los jesuitas. Abul-Fazl, que solo veia en la unidad de creencias un nuevo lazo político, hizo presente al emperador que el islamismo,

religion de los vencedores, no seria nunca aceptado por los indos, aconsejándole, por lo tanto, que hiciese predicar el cristianismo en el Indostan, por ver si triunfaba en él del mahometismo y de la idolatría; hablóle además de Jesucristo, sin olvidarse de hacer resaltar á los ojos del monarca los absurdos del Alcoran, para mejor decidirle á seguir sus consejos. Vacilante Akbar, se contentaba con hacer entrever á los jesuitas las probabilidades de su conversion, cuando vino la adversidad á combatir en él su fé naciente. Sublevados los patanos por un hermano mismo del emperador, atribuyeron los doctores musulmanes aquella sublevacion á un castigo providencial por el abandono y postracion en que Akbar habia sumido al islamismo. Desde entonces empezó á entibiarse el sentimiento católico en el corazon del monarca, si bien continuó por esto permitiendo á los jesuitas predicar el Evangelio, que no debia hacer ya muchos prosélitos en un pais, en el que solo la proteccion del príncipe ó un notable cambio político, podian cambiar la religion que le habia sido impuesta por la violencia. Viendo pues los jesuitas paralizado el ministerio apostólico, iban á dirigirse á Goa, á no haberles Abul-Fazl detenido. «El emperador, les dijo, os admite con placer en su palacio; y creed que solo la razon de estado le impide abrazar la religion que le habeis predicado. Ayer mismo le vi ponerse el Evangelio sobre su cabeza con el mayor respeto, lo que no ha hecho con el Coran cuantas veces le ha sido presentado: quedaos pues, y dejad obrar al tiempo una conversion que tiene ya vuestro celo muy adelantado.» Advertido por Abul-Fazl, trató aun Akbar á los jesuitas con mas benevolencia, volvió á hablarles de la religion, y les encargó que enseñasen á su hijo mayor las ciencias europeas. Con todo, no creyendo el P. Aquaviva poder dejar en la inaccion á aquellos operarios evangélicos, sobre todo cuando tanta falta estaban haciendo en las Indias, habia escrito á sus superiores que bastaba allí un solo misionero para dirigir á los cristianos y estar á la mira de la disposicion del emperador que, no tardó en declarar á los religiosos que estaba su conversion aun muy lejana. «Me siento unido al islamismo por lazos que no puedo romper, les dijo. «Los *mollahs* del palacio y mi madre, la sultana, no cesan de clamar contra la religion que protejo; siendo mas violentos aun los ataques que dirigen contra ella las mugeres de mi haren, por temor de ser despedidas desde el momento que el cristianismo me obligue á limitarme á una sola muger; así que, nada omiten, y apelan á todas las caricias por borrar en mi corazon la imágen del Salvador divino. En una palabra, es el Evangelio tan santo y sublime, que no me es su observancia posible á causa de mis costumbres corrompidas.» El P. Aquaviva, al oir esta confesion, pidió permiso para retirarse inmediatamente á Goa, lo que dió lugar al débil príncipe á arrepentirse de su franqueza. «¿Ignorais, padre mio, le dijo, cuán necesaria me es vuestra presencia? Cuanto mas escabroso es el camino que debo seguir, tanto mas necesito un amigo fiel que me guie. ¿Es posible que me abandoneis en este trance?» Vencido Aquaviva por tan tiernas súplicas, dejó que partiesen sus dos compañeros, el P. Henriquez para Goa, y el P. Monserrat, para Agra, acompañado del príncipe su discípulo, quedándose él en Felipur, cerca de Akbar para fortalecerle y dirigirle. Las nuevas consideraciones que tuvo el emperador con el religioso, le valieron muchos émulos, algunos de los cuales atentaron varias veces contra la vida del jesuita: y como quisiese Akbar con este motivo hacerle aceptar algunos guardias, contestóle el religioso: «No, príncipe, el hombre apostólico no necesita mas defensa que la de la confianza en su Dios; mas le valdria morir que perderla.» Mientras el emperador permaneció en Felipur, ocupábase el misionero en hacer los estudios necesarios para sostener la controversía contra los doctores musulmanes; y cuando la guerra obligó á Akbar á ponerse al frente de sus tropas, aprovechó el jesuita aquel intervalo para entregarse á la oracion, á la penitencia y á la práctica de todas las virtudes,

venciendo la austeridad en él mas de una vez las fuerzas de la naturaleza. Los señalados triunfos que alcanzó Akbar en todos los combates, hincharon su corazon de orgullo; ya no deseaba cimentar, por medio de los jesuitas, sus relaciones con los portugueses, ni estudiar las ciencias de Europa. Gefe de un vasto imperio poblado de idólatras, mahometanos y cristianos, solo pensó en fundir en un solo culto el bracmanismo, el islamismo y la religion cristiana; y erigiéndose en Dios, aquel inventor de una nueva secta, tomó el nombre de Cha-Geladin, ó sea, el *poderoso rey de la ley soberana.* Tan pronto como supo Aquaviva el notable cambio de Akbar, fué á encontrarle en Lahora: «Príncipe, le dijo, con las lágrimas en los ojos, ha llegado el momento de mi partida; ya no necesitais de mí, ni puedo yo permanecer por mas tiempo en vuestra corte. Solo habeis empleado el conocimiento del cristianismo en su daño, en su profanacion, confundiéndole con la idolatría y la impiedad mahometana. El escándalo de esta innovacion recae en parte sobre mí, por considerárseme su autor; mi deber, por lo tanto, es protestar públicamente y partir desde luego; de este modo sabrá todo el imperio del Mogol que no han sido mis doctrinas las que han preparado la revolucion que acabais de empezar. No, mis ojos, no os verán por mucho tiempo ocupar el puesto de Dios, y recibir un culto que no corresponde mas que al Eterno, al que suplicaré, sin embargo, se digne suspender sobre vos su justa venganza, á fin de que tengais tiempo para conocer vuestra falta y repararla.» Akbar, en el colmo del entusiasmo que le causaba el incienso de los pueblos, no esperimentó, al oir aquellas palabras, enternecimiento ni cólera; solo trató de impedir la partida del religioso porque le amaba; pero este se mostró inmutable. Al ver el emperador que habia llegado el momento de separarse, quiso dar al P. Aquaviva una prueba de la ternura con que le amaba. La sultana, madre de Akbar, tenia en su servicio una esclava polaca, casada con un esclavo ruso, la cual gozaba de la mayor confianza cerca de la princesa; y sin embargo, á instancias del P. Aquaviva, el emperador obtuvo de su madre la libertad del marido y de la muger esclavos, así como tambien la de sus dos hijos. Tales fueron las únicas riquezas que se llevó el misionero del pais mas opulento del mundo. Emprendió el misionero el camino de Goa con aquellos pobres séres que acababa de restituir á la libertad; siendo nombrado á su llegada rector del colegio que tenian los jesuitas en la isla de Salceta. El camino de Salceta, debia ser para Aquaviva la via dolorosa del martirio, cuya inmortal palma recogió el dia 15 de julio del año 1583, esto es, á los pocos meses de haber regresado del imperio del Mogol. Los PP. Alfonso Pacheco, Antonio Francisco y Pedro Berna, y el hermano coadjutor Francisco Araña, sacrificados tambien por los idólatras, alcanzaron casi al mismo tiempo la gloria del martirio.

El P. Monserrat, compañero de Aquaviva en el imperio del Mogol, indujo á Akbar á que le confiase una mision cerca de Felipe II, dueño de todas las posesiones portuguesas del Asia, á consecuencia de la muerte del cardenal Enrique. Mas tarde fué aquel religioso destinado con el P. Paez á la mision de Abisinia, por el provincial de Goa, cuya ciudad abandonaron ambos misioneros el dia 2 de febrero del año 1589. Mientras se dirigian hácia Zela, punto situado en el golfo de Arabia, fueron apresados por los piratas y presentados á Omar, gobernador de aquella region, quien les hizo gemir por espacio de cuatro meses en el cautiverio, del que les arrancó una órden de Hasan, gobernador de toda la Arábia, previniendo que le fuesen presentados los dos jesuitas. Despues de haber contestado á cuantas preguntas les dirigió el gobernador mahometano, fueron los dos religiosos agregados á una miserable banda de esclavos que hacia trabajar Hasan en sus jardines. Durante los pocos momentos de reposo concedidos á aquellos infortunados, se dedicaban los jesuitas á procurar los socorros de la religion á los veinte y seis portugueses y á los indos católicos que por su

triste suerte se habian visto arrojados en la misma mazmorra. Dos años habian trascurrido de aquel modo, cuando la primera muger de Hasan, hija de una familia católica, y que favorecia secretamente á los cristianos, se sintió conmovida al ver el sufrimiento de los jesuitas. Deseando salvarles, les hizo advertir por un eunuco, tambien cristiano, que cuando á la tarde de aquel mismo dia fuese Hasan al jardin, en el que estaria tambien ella con su hijo, niño de seis años, ofreciesen á este alguna fruta ó flores, para que pudiese el niño presentarlas á su padre. Los misioneros formaron en seguida una corona de flores y frutas, que regalaron al niño á la hora indicada, y que lleno de gozo fué aquel á presentarla al feroz Hasan. Al dia siguiente, presentó el tierno y gracioso abogado una instancia á su padre, pidiendo la libertad de los cautivos; y deseando Hasan complacer á su hermosa compañera, declaró libres á los dos religiosos. Sin embargo, debia la codicia dejar aun sin efecto aquel primer sentimiento de generosidad; habiendo observado un mercader turco que tenia el P. Monserrat entre sus pobres vestidos algunos ornamentos sacerdotales, advirtió al gobernador que seria aquel portugués probablemente un obispo, y que seria por lo mismo una falta imperdonable soltar á un cautivo, que podia pagar un gran rescate. Así pues, destinóse nuevamente á los jesuitas á los mismos trabajos, tratándoseles aun con mucho mas rigor que antes á fin de que se procurasen el rescate que debia salvarles. Rendido ya al peso de los sufrimientos y fatigas, casi habia llegado Monserrat á su última hora, cuando se presentó un mercader mahometano, agente secreto de Matías de Alburquerque, virey de las Indias, para redimir á todo trance á los dos jesuitas. Procurando, pues, ocultar su mision á los turcos, ofreció con aire indiferente mil escudos por los dos esclavos, cuyo triste estado ofrecia pocas probabilidades de vida; siendo su proposicion prontamente aceptada, por no ocultarse á la sórdida avaricia de Hasan, lo muy fundados que eran los temores del mahometano. Despues de haber recobrado su libertad, se dirigieron los PP. Antonio Monserrat y Pedro Paez nuevamente á Goa, donde llegaron en el mes de diciembre del año 1596, menos felices que Abrahan Jorge que acababa de regar con su sangre la tierra de Abisinia. Descendiente Abrahan Jorge de una familia maronita del monte Líbano, habia nacido en Alepo, y pasado luego á Roma, donde fué educado en el colegio de los Maronitas, dirigido por los PP. de la Compañía de Jesus. En el año 1582 abrazó el instituto de San Ignacio, y fué elevado al sacerdocio á los veinte años de su edad, partiendo inmediatamente para las Indias, en cuyo pais ejerció Abrahan por algun tiempo un útil y penoso ministerio que produjo inmensas ventajas á los cristianos de Santo Tomás. En el mes de enero del año 1595, se embarcó para la Abisinia, disfrazado de mercader turco con tal propiedad, que sorprendió agradablemente al virey cuando se le descubrió, despues de un buen rato de haber estado hablando con él sin conocerle. A causa de una prolongada tempestad, tocó el misionero en la isla de Masauah, en la que un jóven abisinio que le acompañaba, despues de comprometerle con su imprudencia, acabó por perderle con su debilidad, bastando una amenaza para hacerle confesar no solo que él y su amo eran cristianos, si que tambien por hacerle apostatar. Interrogado el P. Abrahan Jorge, declaró que era sirio, cristiano, sacerdote y misionero. «¿Cómo te has atrevido á engañarnos de este modo? le preguntó el gobernador turco; mereces la muerte. Así pues, decídete: la muerte, ó la ley de Mahoma: ¿qué es lo que prefieres?— La muerte.» Asombrado el turco, se contentó con hacer cargar de cadenas al intrépido defensor de la cruz. Cuando algunos dias despues fué el P. Jorge presentado nuevamente á su juez, recibióle este con benevolencia, haciendo además por tentarle todas las promesas. «Adora interiormente á Jesucristo, si quieres, al que yo mismo adoré tambien en otro tiempo; pero, al menos de boca, con-

fiesa á Mahoma. Mañana haré celebrar una fiesta religiosa, en la que cantarémos un himno en su honor: une tu voz á las nuestras.—¿Queréis que haga traicion á mi Maestro divino, que fué tambien el vuestro? ¿Cuál es la razon que me asiste para abandonar una religion tan santa, confirmada por tantos milagros, sostenida por tantos sacrificios? ¡Qué locura la mia, si me privase de los bienes de la vida eterna, que la religion cristiana asegura á los que le son fieles! Porque no pensais mas bien en vos mismo, y no procurais por medio de un arrepentimiento.... » El renegado interrumpió al misionero con una desdeñosa carcajada, y le hizo conducir nuevamente á su cárcel. Hé ahí las palabras del confesor de la fé en su último interrogatorio, ante los jueces reunidos: «Sabedlo de una sola vez, adoro á Jesucristo, Hijo de Dios, y Dios tambien como él. A ese Mahoma, al que llamais profeta y grande hombre, le considero y le aborrezco como impostor.... » Al oir estas palabras, el gobernador se levantó furioso, desenvainó su cimitarra y se arrojó sobre el misionero; pero antes de llegar á él se detuvo é hizo un gesto al verdugo para que se acercase. Por dos veces descargó el verdugo su cuchilla sobre la cerviz del misionero, sin lograr mas que romper una á cada golpe sin herirle; solo al tercer golpe que descargó el verdugo, cayó la cabeza de la generosa víctima. Solo tenia el P. Abrahan Jorge treinta y dos años; tuvo lugar su martirio en el mes de abril del año 1595. Obró el cielo despues de su muerte, diferentes milagros: arrojado el cuerpo del mártir á un muladar, viósele por espacio de cuarenta dias ceñir una corona de luz celestial, sin que pudiesen acercársele á él las aves carnívoras, por guardarle otras aves de deslumbrante blancura Torturado el gobernador por el remordimiento del crímen cometido, pretendió achacarlo á los demás, y como si encontrase un consuelo en repetirlo, decia á cada instante no ser él el que habia vertido la sangre del justo. Todos los autores de aquella muerte, que coronó una vida de raras virtudes, murieron miserablemente en un breve plazo.

La primera mision del Mogol nos ha obligado á continuar las biografías de sus primeros apóstoles, los PP. Aquaviva y Monserrat, y á los que hemos creido deber tambien unir la del P. Abrahan Jorge; pero ya que hemos cumplido con nuestro deber de historiadores, continuemos ahora nuestra relacion interrumpida.

Luego de haber renunciado Akbar á su nuevo culto, hizo llamar á instancias de Abul-Fazl, á otros misioneros; siendo un diácono armenio que se encontraba en la corte del Mogol, el encargado de aquella negociacion cerca del virey de las Indias, llevando además al provincial de los jesuitas, la carta siguiente: « En nombre del Señor: El poderosísimo é invencible emperador Akbar, saluda á los PP. de San Pablo, que poseen la gracia de Dios, que gozan del don del Espíritu-Santo, que obedecen las leyes del Mesías, y que conducen los hombres al conocimiento de la verdad. A vosotros me dirijo, venerables padres, que habeis abandonado al siglo, y despreciais los honores y las riquezas. He estudiado con detenimiento todas las religiones del mundo; y, sin embargo, me parece que no estoy aun bien impuesto en los misterios de la religion cristiana. Por medio de vuestros padres, á los que amo mucho, y cuya conversacion me es muy grata, deseo adquirir un conocimiento mas perfecto. El armenio Grimon que os entregará mi carta, me ha asegurado que hallaré entre vosotros hombres sábios y capaces, que sabrán resolver todas mis dudas. Venid pues, á confundir aquí á todos los doctores de la ley mahometana, y estad seguros de que seré el primero en aplaudir vuestros triunfos. Si los misioneros que me enviais quieren hacerse construir una casa en mi capital, yo les procuraré todo lo necesario, dándoles aun otros privilegios mucho mayores, que los que dí á los que les precedieron; si prefieren regresar á Goa, les daré la autorizacion debida, por mas que les vea partir con dolor. » Acompañaba á esta carta una suma

considerable, que el diácono armenio debia distribuir entre los pobres de Goa. A juzgar de los sentimientos de Akbar por sus palabras, nadie podia dudar de su conversion; todas las mugeres de su haren se habian casado, y solo habia quedado la sultana. Además veneraba públicamente á la Virgen María, habiendo hecho erigirla un trono, para que fuese tambien del culto y veneracion de los demás. Los sacerdotes Eduardo Leiton y Cristóbal de Vega, sucesores del P. Aquaviva, partieron de Goa para dirigirse al Mogol, recibiéndoles Akbar dignamente en Lahora, el año 1591. Permitióles abrir una escuela, para enseñar á los indios á leer y escribir el idioma portugués; púsoles en sus íntimas conversaciones algunos argumentos contra el cristianismo, quedando muy satisfechos de las respuestas de los misioneros. Pero como continuase el emperador alabando siempre la religion cristiana, sin abrazarla nunca, dominados los misioneros por la impaciencia de su ardiente celo, se volvieron á Goa; pero Roma desaprobó su conducta, y mandó al general de los jesuitas que se enviasen al Mogol otros dos misioneros. Eligióse entonces al P. Gerónimo Javier, sobrino del gran apóstol de las Indias, y superior de la casa de Goa, el cual partió á 3 de diciembre del año 1594, con el P. Manuel Pinneiro. Cuando el dia 5 de mayo llegaron los jesuitas á Lahora, se les destinó una habitacion inmediata al palacio, en las orillas del rio, sin que se permitiese al pueblo acercarse á ella. Desde la primera audiencia que les fué concedida, no cesó el emperador de hablar á los padres de las imágenes de Jesucristo y de María, que conservaba aun en su poder, estrechándolas contra su corazon y besándolas con la mayor ternura, cada vez que se las presentaba. Como los niños imitan fácilmente lo que ven hacer, un jóven mogol, nieto de Akbar, é hijo del presunto heredero de la corona, se arrodilló y juntó las manos, como los misioneros, ante aquellas dos santas imágenes. « Hijo mio, le dijo el emperador, esos sacerdotes serán en lo sucesivo vuestros padres: imitadles, seguid sus instrucciones, y sereis digno de gobernar un dia los grandes reinos que os he conquistado. » Nunca se acercaban los misioneros al trono de Akbar, sin que éste les saludase respetuosamente, y no les hiciese sentar á la europea, distincion que aquel príncipe no concedia ni á los embajadores, ni aun á los mismos reyes que iban á visitarle en su corte. Ya no se limitaba últimamente á rezar arrodillado con los padres, sino que prometió hacer construir una iglesia á sus espensas; pero cuando estaba ya á punto de recibir el bautismo, como ya habia sucedido varias veces, sostenia públicamente por orgullo ideas contrarias á la religion, y que en su interior rechazaba. Sus vacilaciones, empero, fueron al fin castigadas por el cielo. Celebraba Akbar con sus hijos en el dia de Pascua, del año 1597, una fiesta en honor del sol, en el centro de una azotea, donde habia hecho levantar dos tiendas, y un altar en forma de trono al astro del dia, representado por medio de piedras preciosas que deslumbraban, cuando á pesar de estar el cielo sereno, cayó de repente un rayo que destruyó el altar, é incendió las tiendas y la ciudad entera, en la que fueron consumidos por el incendio los inmensos tesoros de Akbar. Obligado á abandonar un punto en el que todo le recordaba su impiedad, se retiró el emperador al reino de Kachemira, acompañado del P. Gerónimo Javier y del P. Benito de Goes, á la sazon su compañero, por haberse quedado el P. Pinneiro en Lahora, ocupado en convertir á los mahometanos y á los idólatras. Muchos fueron en breve los nuevos convertidos, pero pocos los que merecian la gracia del bautismo, escepto los moribundos, á causa de la inconstancia natural de los indios. Tampoco faltaron mártires en aquella cristiandad naciente. Habiendo logrado una madre mahometana con sus instancias, que se le bautizase á un niño de teta, y fuese despues por ello objeto de las burlas y amenazas de sus vecinas, llevó su barbarie hasta el punto de envenenar á su hijo. No fué empero inútil





la intercesion del infante en bien de la nueva iglesia. El número de los catecúmenos fué siempre en aumento; su virtud creciente inspiró al misionero la mayor confianza, por lo que se dispuso que en el dia de Pentecostés del año 1599, se les administraria el bautismo, cuya ceremonia fué imponente y magnífica. Los catecúmenos recorrieron en procesion las calles de Lahora, cubiertas de ramas que les preservaban del ardor del sol; precediendo á los neófitos un gran número de músicos. El P. Pinneiro los recibió en la puerta de la iglesia, bautizándolos luego ante un inmenso pueblo, atraido por la novedad de aquel religioso y tierno espectáculo. Mientras que se derramaba el agua santa sobre la cabeza de los convertidos, manifestó una jóven de diez y seis años tan vivamente su fé, que dejó enternecidos á todos los espectadores. « *¡El bautismo!* gritó, *¡el bautismo!* » Y como le observase el misionero, que solo se conferia aquel sacramento á las personas que estaban perfectamente instruidas en los misterios del cristianismo, contestóle: « Yo tambien lo estoy, pues he asistido siempre á todas las funciones sin declararme. » Y, en efecto, contestó satisfactoriamente á todas las preguntas, por lo que fué desde luego bautizada; mostrándose por su fervor y su virtud, digna del nuevo nombre cristiano que llevó con gloria desde aquel dia. Perseguida la hermosa jóven por un rico musulman que queria hacerla entrar en su haren, supo con su constancia frustrar todos los planes del seductor, y procurar con su firmeza un nuevo triunfo á la iglesia. Unióse la jóven mas tarde á un cristiano que la amaba desde el primer dia en que le vió pedir con tanto ardor el bautismo, siendo buena esposa y buena madre. De este modo recogió el P. Pinneiro, en union con el P. Francisco Corsi, que habia ido á compartir sus trabajos, los primeros frutos de la semilla evangélica, sembrada por sus predecesores. Recibió Akbar un nuevo golpe, que le hizo renunciar para siempre á sus falsos dioses, así como tambien al culto de que queria él ser objeto: murió su hijo Pahari en el campo de batalla, desgarrando aquella pérdida su corazon de padre. Como no pudiese menos de considerar su desgracia como un nuevo aviso del cielo, buscó en el seno de Dios un lenitivo á su dolor, y hasta encontró en él la dicha de que hasta entonces habia carecido. El P. Gerónimo Javier, que tanto habia contribuido con sus amonestaciones á aumentar los efectos de la gracia en el corazon de Akbar, no se separó ya mas de su lado, hasta que murió aquel príncipe en Agra, á 13 de octubre del año 1605. Fué sepultado en un panteon que se habia hecho construir (Pl. XCV, n.° 2.) en Skandery, junto al camino de Delhi (Plancha XCVI, n.° 1.), á una legua y media de Agra. (Pl. XCVI, n.° 2.) Corona aquel fúnebre monumento de mármol una hermosa cúpula, de esquisito gusto y riqueza. La estátua de la Santísima Vírgen y la de San Ignacio, que vió Manuchi en el panteon imperial, le hicieron creer que habia abrazado Akbar el cristianismo. Pero era tambien muy fácil que aquellas estátuas hubiesen sido colocadas allí como preciosidades de Europa, para adornar el fúnebre monumento, sin que se pretendiese manifestar con ellas la religion que el monarca habia profesado.

Durante el reinado de Akbar, habia oido decir el P. Gerónimo Javier, el año 1598, á un mercader musulman que venia de Kan-Balikh, capital del pais que designaba Marco Polo con el nombre de Kathai, que en él habia muchos cristianos. Como el misionero comunicase al provincial la relacion hecha por el mercader, nombróse al P. Benito de Goes que se dirigiese á aquel punto, á fin de informarse de si era ó no cierta la noticia dada por el musulman. No solamente se limitó Akbar á aprobar el plan concebido, sino que dió cartas al jesuita para todos los reyezuelos de los paises que debia atravesar, procurándole además una suma para atender á los gastos del viage. Era el P. Goes tanto mas á propósito para aquella mision, cuanto que hablaba perfectamente la lengua persa y conocia las costum-

bres mahometanas. Al llegar á Lahora en 8 de setiembre, se reunió á una caravana de mercaderes persas que, cada cinco años se dirigian á la China, tomando el título de embajadores de su soberano, á fin de poder dedicarse mas fácilmente á su comercio. Habia adoptado Goes el trage armenio, y tomado el nombre de Branda-Abedula (siervo de Dios) que le indicó el P. Gerónimo Javier. Merced á su disfraz, tenia el P. Goes libre el paso, que no se le habria permitido á saberse que era portugués; habia comprado además diferentes objetos de la India, á fin de procurarse en cambio todo lo que pudiese necesitar durante el camino. A los cinco meses de su viage llegó á Cabul, donde habia una princesa, hermana del rey de Kaschgar, que venia en peregrinacion de la Meca; como empezase á faltarle dinero, se lo procuró el religioso sin admitir interés alguno. Agradecida la princesa, le recomendó eficazmente, y le entregó en mármol, el objeto mas precioso para los habitantes de Katai, el importe de la cantidad tan generosamente prestada. Despues de haberse visto atacada la caravana por los salteadores, y de haber perdido Goes seis caballos durante el viage, y de haberse visto espuesto á los mas inminentes peligros, entró al fin en Hiarkan, capital de Kaschgar, en el mes de noviembre del año 1603. El rey le recibió con benevolencia, y le autorizó para quedarse en su corte, en la que permaneció cerca de un año, saliendo de ella con una nueva caravana, compuesta de habitantes del pais, y en los que sabia no poder confiar mucho. En Chalis, ciudad del Khan de Kaschgar, gobernada por uno de sus hijos, vió llegar el misionero una caravana procedente del Kathai, y cuyos mercaderes le refirieron haber tomado tambien el título de embajadores, á fin de poder entrar en la capital, donde le dijeron haber permanecido tres meses con algunos cristianos estranjeros que habian llegado recientemente á Kan-Balikh, conociendo el P. Benito de Goes por los informes que le daban, ser todos ellos religiosos de su Compañía. En efecto, á medida que se acercaba á la muralla de la China, iba convenciéndose de que era el Kathai la parte septentrional del Celeste Imperio, y de que acababan los hijos de San Ignacio de establecerse en él. Habiendo sido cambiados los gobernadores de la provincia de Canton, vióse Tchao-King, donde el P. Ruggieri dejó á los PP. Mateo Ricci y Antonio de Almeida, privado de la presencia de los jesuitas. Logró entonces Ricci permanecer en Tchao-tcheu, donde el chino Tchin-tai-so le pidió que se dignase enseñarle la química y las matemáticas, á lo que accedió gustoso el misionero; y como llegase á ser en breve su discípulo uno de los mas celosos catecúmenos, fué bautizado en el mes de setiembre del año 1594. Convencido el apóstol de que las conversiones obtenidas en la corte serian mucho mas útiles á la religion que todos los esfuerzos que pudieran hacerse en las provincias, solo pensó en dirigirse á Pekin; si bien no se le presentó una ocasion favorable para realizar su viage hasta el mes de abril del año 1595. Habia uno de los principales mandarines del imperio que iba á dirigirse á la capital, que deseó ver á los jesuitas para consultarles acerca de la enfermedad de uno de sus hijos; el P. Mateo Ricci, que vió llegado el momento de la ejecucion de su plan, dijo al mandarin ser imposible la curacion de su hijo durante su corta permanencia en la ciudad, pero que le acompañaria con el mayor gusto, á fin de continuar prodigándole sus cuidados. Fué su ofrecimiento aceptado; por lo que confió el religioso la direccion de sus neófitos al P. Lázaro Cataneo, religioso enviado á aquella region para reemplazar á los PP. de Almeida y de Pelvi que habian sucumbido en ella. A los pocos dias de haber emprendido Ricci el viage en compañía del mandarin, ocurriósele un accidente que indujo á hacer creer al gefe chino serle fatal la presencia del sacerdote estranjero, al que por lo mismo despidió, haciéndole acompañar hasta Nanking ó Kiangning, segunda capital del imperio, situada en la costa meridional del Kiang, y cuya circunferencia es aun



mucho mas vasta que la del mismo Pekin. En la imposibilidad de permanecer en aquella ciudad, se dirigió Ricci á la de Nan-tchang-fu, capital de la provincia de Kiang-si, en la que habia una poblacion de trescientas mil almas, siendo una de sus industrias la fabricacion de ídolos. El virey, los mandarines y todos los hombres mas notables acogieron benévolamente al misionero; de modo que desde el año 1597, puede decirse que contaron ya los jesuitas con dos residencias en China, á saber: una en Tchao-tcheu, provincia de Canton, donde habia los PP. Lázaro Cataneo, Nicolás Lombardo, y otro, que no era sacerdote, y dos postulantes chinos, y otra en Nan-tchang-fu, provincia de Kiang-si, en la que se encontraban Ricci, superior de toda la mision de la China, el P. Juan Soerio, otro religioso que no era aun sacerdote, y dos discípulos indígenas del colegio de Macao. Hasta entonces habian usado los misioneros el trage de los bonzos; pero, como Luis Sequeira, obispo de Macao, y el P. visitador, les demostrasen la inconveniencia de aquel trage, le trocaron por el de letrados: cambio indispensable en un imperio, en el que solo gozaban de consideracion los hombres de letras. Así que, no tardó en ser el P. Mateo Ricci objeto de todas las atenciones, por haber escrito un *Tratado de la memoria artificial*, y un *Diálogo* sobre la amistad, á imitacion del de Ciceron, obra considerada por los chinos como un modelo que difícilmente habrian compuesto los literatos que gozaban entre ellos de mas celebridad. A fin de propagar el cristianismo, hizo imprimir además un compendio de la doctrina cristiana en lengua china, y luego otro Catecismo mucho mas fácil, para que estuviese al alcance de todos los indígenas. Así como el fuego del cielo derribó y redujo á escombros las tiendas, el altar y hasta toda la poblacion en que Akbar celebraba una fiesta en honor del sol, se declaró tambien en el mes de mayo del año 1597, un voraz incendio que consumió en dos dias el vasto palacio de Chin-tsong (1).

Como debiese un gran mandarin judicial, amigo de los jesuitas, dirigirse á Pekin, hizo el P. Lázaro Cataneo presente al P. Ricci la ocasion propicia que se le presentaba con aquel motivo para pasar á la capital del imperio; y en efecto, al llegar el mandarin á Tchao-tcheu, se le presentó el superior de la mision, pidiéndole que le permitiese acompañarle. Sin embargo, no pudo el misionero ver al emperador durante su permanencia en la corte; la única ventaja que le procuró aquel primer viage fué el adquirir la certeza de que era Pekin la célebre Kan-Balikh de Marco Polo, y la China aquel reino de Kathai, del que se hablaba tanto en Europa sin conocer su verdadera situacion. A su regreso se detuvo Ricci en Nanking, donde compraron los jesuitas una casa, que se les permitió poseer perpétuamente; inmensos fueron los frutos de salvacion que produjo el celo del misionero en el corto tiempo que permaneció en aquella ciudad. Tres fueron ya las residencias de los jesuitas en el interior del Celeste Imperio, sin contar su colegio de Macao, situado tambien en el suelo de China, que tantos misioneros habia de procurar mas tarde al Japon. Persuadido el P. Ricci, de que únicamente la autorizacion del emperador podria desvanecer la desconfianza con que miraban los chinos su permanencia en el imperio, resolvió dirigirse nuevamente á Pekin para lograrla. Despues de haber dejado en Nanking al P. Lázaro Cataneo, partió á 20 de mayo del año 1600 con el P. Jacobo Pantoja, natural de Valdemoro, diócesis de Toledo, y el hermano coadjutor Sebastian Fernandez, jóven chino educado en Macao. Para ser admitido en la capital, era preciso hacer ricos presentes que diesen una alta idea de las ciencias y artes que se cultivaban en Europa;

(1) Tal era el nombre del emperador que regia á la sazon los destinos de la China. Por mas que, como todo hombre, tuviese el monarca grabada en su corazon la idea de un Ser Supremo, se entregó, observando las supersticiones de su pais, al culto de los falsos dioses, hasta el momento en que hizo el Dios verdadero estallar su justa cólera. Fué tal empero el terror que se apoderó entonces de Chin-tsong, segun un historiador de su tiempo, que hizo arrodillar al jóven príncipe, su hijo, que debia sucederle en el trono, y pedir al cielo la gracia de que suspendiera su castigo. (Nota del Trad.)

así es que, se procuró ya de antemano el P. Mateo Ricci raras curiosidades que debian escitar la admiracion de los chinos. Sin embargo, ningun medio habia de ser para él tan seguro como aquella vida de oracion y penitencia que constituye la fuerza y el poder del hombre apostólico. En efecto, ¿quién, sino un misionero lleno de confianza en su Dios, no habria retrocedido ante los largos y espuestos viages que habian de hacerle sufrir tantas pruebas? Finalmente, entró Ricci en Pekin el dia 4 de enero de 1601, siendo admitido en el palacio del emperador al poco tiempo de su llegada; entre los presentes que ofreció á Chin-tsong, los que mas llamaron su atencion fueron dos relojes, entre los que habia uno de repeticion, objetos que eran aun en China desconocidos. No solo se permitió á Ricci permanecer en la ciudad, sino que hasta se le autorizó para entrar cuatro veces al año con sus compañeros en una cerca del palacio, cuya entrada solo se permitia á los oficiales de la casa del emperador Al favor imperial de que gozaban los misioneros, siguió muy pronto la estimacion de los mandarines por el sábio europeo, en cuya escuela reformaban sus falsas ideas acerca de las ciencias. Los físicos chinos admitian cinco elementos, sin contar en ellos el aire, y consideraban el espacio que el aire ocupa como un gran vacío: en cambio, contaban en el número de los elementos el metal y la madera. Sus sistemas de astrología, al estudio de cuya ciencia se dedicaban con empeño, no les habian hecho conocer que los eclipses de luna son producidos por la interposicion de la tierra entre aquel planeta y el sol. El pueblo, pensaba cosas tan raras acerca de este fenómeno tan natural, que casi habria sido imperdonable su ignorancia en los indígenas mas degradados de América. Los mas hábiles geógrafos chinos tenian como principio indudable, el que la tierra era cuadrada, sin que concibieran que pudiese haber antípodas. Al refutar Ricci estos crasísimos errores, era escuchado como un oráculo, siendo muy bien recibido en Pekin su mapa universal, por mas que fuese en él mucho menor la estension de la China, de lo que generalmente creian sus naturales. Se ha querido suponer, pero sin dar prueba alguna, que dispuso Ricci su mapa de modo que la China se hallase en el centro del mundo, á fin de halagar el amor propio del emperador y de sus súbditos. De todos modos, es lo cierto que los chinos colocaban su pais en el centro de sus mapas, pretendiendo que solo consistia el resto del mundo en un conjunto de pequeñas islas; por lo que daban á la China el nombre de reino del centro. Pero basta dar una mirada al mapamundi de Ricci, para convencerse de la falsedad de sus detractores: rectificó las ideas sobre las cosas naturales, empleó luego el ascendiente que le daban la superioridad de su talento y la admiracion de sus oyentes, para hacer aceptar las cosas sobrenaturales que la religion nos enseña, y que los misioneros no dejaron de desenvolver en sus conversaciones, sus discursos y sus obras. Ricci compuso un Catecismo, que un mandarin letrado lo tradujo con tanta elegancia como exactitud, cuya obrita dió por resultado el que ya en el año 1602, ó sea en el mismo de su publicacion, fuesen regeneradas por el bautismo seis personas de la mas elevada gerarquía, entre las que habia un juez imperial, un cuñado del emperador, y el tercer hijo del médico de cámara. Establecieron los jesuitas la costumbre de que hiciesen los catecúmenos arrodillados ante el altar una profesion de fé, antes de recibir el sacramento del bautismo; siendo muchos los convertidos, particularmente los letrados, que la escribian en sus casas para leerla despues públicamente, Trigault (1) nos cita la siguiente, que hizo el letrado Ly, bautizado bajo el nombre de Pablo (Pl. LXVI, n.° 1), la cual leyó con la mas viva efusion: «Yo, discípulo Pablo, deseo sinceramente recibir la santa ley de Jesucristo. Por esto levanto en lo posible los ojos de mi alma al Moderador del cielo, y le suplico se digne aten-

(1) En su obra titulada, «Viaje hecho al reino de la China por los PP. de la Compañia de Jesus.»





der benigno á mis súplicas. Confieso que desde mi nacimiento en esta real corte de Pekin, no habia oido hablar hasta ahora de la ley divina, ni hallado á ninguno de los hombres perfectos y santos que la anuncian y publican; por esto erraba en todas mis obras y palabras, en todas las horas del dia y de la noche, como hombre insensato y ciego. Poco ha que por la misericordia y bondad divinas, he encontrado felizmente para mí, hombres famosos y eminentes en perfeccion, procedentes de Europa, tales como Mateo Ricci y Didacio Pantoya; de ellos he aprendido la santísima ley de Jesucristo, y por ellos he sido admitido á ver y venerar su imágen divina. Luego empezé á conocer á mi padre celestial y su ley que dió para salvar el mundo; ¿por qué pues no he de procurar con todas las fuerzas de mi alma acercarme á esa ley, observarla y seguirla? Al considerar que desde mi nacimiento hasta el presente, que tengo ya cuarenta y tres años, he vivido siempre en la ignorancia de esa ley, sin que pudiese evitar diferentes caidas, no puedo menos de suplicar al Padre soberano que me mire con ojos de piedad y clemencia, y que me borre y perdone todos mis pecados. Por mi parte solo puedo prometer que en lo sucesivo, y sobre todo, despues de haber recibido el agua santa del bautismo, procuraré cumplir su santa ley, creer firmemente todo cuanto me enseñe y observar, en lo posible, sus diez mandamientos, sin faltar nunca á ninguno de ellos. Renuncio para siempre á los errores del mundo, y condeno todo cuanto no esté conforme con la ley divina, que prometo siempre seguir: solo os pido, piadoso Padre y misericordioso Creador de todas las cosas, que os sirvais iluminar mi espíritu, á fin de que sean mas seguros los primeros pasos que dé en la vida mejor que he emprendido y que debe conducirme hasta vos para gozar eternamente en el cielo de vuestra presencia. Así mismo os suplico, Padre mio, que despues de haber recibido esa ley, me deis valor para publicarla, como lo hacen vuestros siervos, en toda la redondez de la tierra, y fuerza para convencer á todos los hombres y decidirles á abrazarla. Dignaos, Señor, aceptar el voto que os ofrezco desde el fondo de mi corazon, por mas indigno que sea de vuestra majestad divina. Reino de Tamin, año trigésimo del reinado de Van-lie (Chin-tsong), en el sexto dia de la octava luna.» Luego de haberse convertido Pablo Ly en apóstol, hizo abrazar con la santidad del ejemplo y la fuerza de la palabra, el catolicismo á su madre, su esposa, sus hijos y sus criados. Uno de estos, instado vivamente en cierta ocasion para que se hiciese cristiano, juró que nunca lo haria, y hasta llegó á cortarse un dedo que arrojó al fuego para dar mas fuerza á su juramento, y sin embargo, triunfó de su obstinacion la caridad ardiente de su amo. No se limitó el celo de Pablo Ly á convertir á su familia, sino que atrajo tambien al redil de Jesucristo á todos sus amigos. Obligados los jesuitas á adoptar los casos y costumbres del imperio, solo despues de muchas precauciones, lograron hacer conocer la religion á las mugeres chinas, por tener que recibir estas las primeras nociones de la fé, de sus esposos y de sus hermanos, convertidos al cristianismo. Las primeras que conocieron nuestra religion, fueron despues las catequistas de sus parientas y amigas, puesto que los apóstoles procuraron respetar siempre la ley que separaba á los dos sexos, por no chocar abiertamente con las preocupaciones de aquel pueblo desconfiado, que hacia pesar un riguroso yugo sobre la muger cualquiera que fuese la clase á que pertenecia. Cuando la catecúmena estaba suficientemente instruida, iba el misionero á su casa, le preguntaba acerca de la doctrina cristiana, en presencia de su esposo ó de los parientes mas inmediatos y luego le conferia el bautismo. La facilidad con que las mugeres chinas vencieron el rubor que las causaba la vista de un hombre, sobre todo, si era este estranjero, era una prueba evidente de la cooperacion divina. Convencidos al fin los indígenas de la virtud de los jesuitas, permitieron que fuesen sus mugeres á la iglesia para oir misa, y consultar á los religio-

sos acerca del interés de su salvacion. Una circunstancia especial favoreció en gran manera el año 1604, la propagacion del Catecismo, publicado por el P. Mateo Ricci: acudieron á la ciudad de Pekin mas de treinta mil letrados, procedentes de las quince provincias de la China, para el concurso trienal, que debia preceder á la reparticion de los cargos públicos. Diferentes de aquellos letrados visitaron á los misioneros, quienes supieron atraerse de tal modo sus simpatías y su afecto, que no abandonaron los mas de aquellos letrados la capital, sin llevarse el catecismo y otros libros escritos por los padres. Solo el P. Ricci escribió en chino quince obras, entre ellas el *Thien-tchu-chi-ly*, ó la *Verdadera doctrina de Dios*, la cual fué comprendida en la gran coleccion de las mejores obras chinas; igual honor alcanzaron tambien otras dos obras, compuestas por los PP. Jacobo Pantoja y Fernando Verbiest, lo que demuestra claramente el alto aprecio en que tenian los letrados chinos á aquellos escritores eminentes. Imposible parece que pudiesen los europeos en tan pocos años conocer á fondo una lengua tan difícil, y sobre todo, escribir en ella obras que adoptaron despues los mismos letrados del pais como modelos de lenguaje: difícilmente habrá escritor alguno que logre alcanzar tanta gloria en pais estranjero. Los jesuitas habian vivido hasta entonces en una casa alquilada; pero una vez fueron considerados como regnícolas, merced á la benevolencia del emperador, pudieron comprar una, en la que se instalaron á 27 de agosto del año 1605, y en cuya vasta capilla no tardaron en reunirse todos los hombres mas notables del pais, deseosos de oir la palabra divina. Tal era el estado de la mision en China, cuando el P. Benito de Goes llegó del imperio del Mogol y tuvo que detenerse junto á la gran muralla, donde aguardó por espacio de veinticinco dias el permiso del virey de la provincia de Chen-si, para penetrar en el imperio, anunciando desde So-cheo á fines del año 1605, su llegada al P. Ricci. Los indígenas que se encargaron de presentar la carta, cuya direccion ó sobre estaba escrito en europeo, no pudieron entregarla por ignorar los nombres chinos que habian tomado los jesuitas. El P. Ricci, habia tomado el nombre de Ly, sin cambiar el de pila, por lo que se le llama *Ly-ma-teu* en los anales del imperio. Dábasele tambien el nombre de *Si-thai*. Los demas misioneros tomaron tambien nombres chinos, formados regularmente del mismo modo, esto es, tomando la primera sílaba de su apellido, á la que seguia su nombre de pila. Al año siguiente escribió Goes otra carta, que fué recibida en Pekin en el mes de noviembre; luego de haberla recibido, la envió Ricci á Juan Fernando, jóven chino, que no habia empezado aun su noviciado, el cual habiendo sido robado por el camino, no pudo llegar hasta el mes de marzo del año 1607, á So-cheo, donde encontró á Goes moribundo. Al recibir el buen misionero las cartas de sus hermanos, las besó con piadoso transporte, y entonó el cántico del anciano Simeon. A los 11 de abril del propio año, segun Du Jarric, sucumbió Goes al rigor de su enfermedad, originada en gran parte por las fatigas del apostolado. Sin embargo, se creyó que los musulmanes le habian envenenado en sus últimos momentos, para apoderarse mas fácilmente de lo poco que el pobre apóstol poseia; y sobre todo, por haber hecho encarcelar al armenio Isaac que le acompañaba. Despues de haber recogido una parte insignificante de los papeles de Goes, por haberse apoderado los musulmanes de los restantes, regresaron Isaac y Juan Fernando á Pekin, para reunirse con sus hermanos. Lo que refirió el jóven armenio respecto del viaje de Goes, procuró al P. Ricci datos suficientes para escribir una Relacion tanto mas interesante, cuanto que ningun viajero europeo habia visitado aun los paises recorridos por el esforzado misionero. Nada mas interesante que los detalles de su peregrinacion larga y peligrosa, en los que hay una naturalidad encantadora, procurando datos curiosos sobre varias tribus y diferentes paises de la gran Tartaria. Despues de haber perma-

necido un mes en Pekin, fué Isaac destinado á Macao, donde se embarcó para la India. La noticia de la muerte de su esposa, hizo renunciar á Isaac para siempre volver al imperio del Mogol, donde reinaba desde 22 de octubre del año 1605, Djihan-Guyr, hijo de Akbar.

Nada anunciaba en aquel jóven príncipe la intencion de abrazar el cristianismo; puesto que, no tenia para él la religion verdadera mas encantos que el de permitirle beber vino y comer toda clase de aves; ¡como si el espíritu de mortificacion, de amor, de caridad y de templanza, no fuesen la esencia de nuestra religion sacrosanta! La política le obligó al principio de su reinado á proteger el islamismo, hasta el punto de hacer circuncidar á viva fuerza dos niños cristianos, y de obligarles por medio del látigo, á adorar el falso profeta; sin embargo, no tardó en declararse abiertamente contra el mahometismo. Prosiguieron los misioneros su obra de conversion en Agra y Lahora, como si se hubiesen encontrado en las ciudades mas cristianas de Europa: y por mas que un principio protegiese el emperador á los musulmanes, y causase á estos horror la sola vista de las santas imágenes, habia dispuesto Djihan-Guyr, que se colocase un gran número de ellas en su palacio de Agra. En la sala en que acostumbraba dar audiencia á su pueblo, habia los cuadros de San Juan Bautista, San Antonio, San Bernardino de Siena, San Pablo, San Gregorio y San Ambrosio; habia además, entre otros muchos cuadros, uno que habia sido enviado de Roma por el P. Juan Alvarez, figurando la Adoracion de los magos. Tambien tenia el emperador en su sello, grabadas las sagradas imágenes del Salvador y de su Santísima Madre; y en todas las discusiones de los jesuitas con los *mollahs*, ó doctores mahometanos, se declaraba el príncipe en favor del Evangelio. Mandó el emperador cierto dia al P. José de Acosta, superior de la Compañía en Agra, que presentase fuertes objeciones contra el Alcoran, en lo que le complació el jesuita, confundiendo á todos los mahometanos; mas como hubiese uno de ellos que llevó su audacia hasta el punto de suponer que era la Biblia un libro falso, contestóle de Acosta: «Que se encienda una hoguera, y entre en ella el gefe de los mahometanos con el Alcoran en la mano, y yo me lanzaré tambien á ella llevando el Evangelio, á fin de ver si se declara el cielo en favor de Jesucristo ó de Mahoma.» Al oir semejantes palabras, volvió el emperador la vista hácia el musulman consternado, pero apiadándose de él, no quiso obligarle á una prueba tan peligrosa; respecto del jesuita, limitóse á darle desde entonces el nombre de P. *Ataxe*, esto es, *Padre del fuego*. El protestante Tomás Bhoe refiere el hecho siguiente, que nos limitamos á trascribir aquí, bajo la responsabilidad del referido autor: «Habia un charlatan, dice Bhoe, citado por Catrou (1), que tenia un mono dotado de una sagacidad sorprendente, para descubrir todos los secretos. El emperador mandó que le fuese presentado el mono, teniendo la precaucion de ocultar antes un anillo en el bolsillo de uno de sus pages, al que separó el mono de entre los demás para quitarle el anillo que tenia en su poder; luego hizo escribir el emperador en doce papeles separados, el nombre de los doce principales legisladores, ó sea, el de Moisés, Jesucristo, Mahoma, Brahma, etc., y poniendo todos aquellos nombres en una urna, se mandó al mono que sacase aquel cuya religion fuese la verdadera. Obediente el animal, se acercó á la urna, y sacó el nombre de Jesucristo. El emperador quedó admirado, pero no convencido, por haberse atribuido el hecho á la casualidad, ó á la astucia del charlatan. Djihan-Guyr, mandó que se escribiesen por segunda vez aquellos nombres, pero que fuese por medio de los signos ó números con que acostumbraba dar él las órdenes á sus embajadores; pero tambien entonces sacó el mono el nombre del Dios de los cristianos, besando el papel en que estaba escrito. Grande fué la sorpresa que causó aquella segunda prueba, si bien no llegó aun la admiracion á

(1) *Historia general del imperio del Mogol*, por Catrou.

su colmo, hasta despues de haberse hecho la tercera. Colocó el rey, sin que nadie lo viera, el nombre de Jesucristo en la mano de uno de los cortesanos, dejando en la urna los once nombres restantes; llegó el mono, tocó todos los nombres sin sacar ninguno, y dirigiéndose luego hácia el cortesano, le hizo abrir los dedos, y le quitó el papel que contenia el de Jesucristo. Por mas que se ponga en duda este milagro, dice el citado autor protestante, es incontestable.» El conocimiento que tuvo Djihan-Guyr, del cristianismo, solo contribuyó á hacerle aun mas culpable; si bien permitió que dos de sus sobrinos abrazasen la fé cristiana, fué tan solo, porque debia ser su conversion un obstáculo para llegar al trono, ó bien por la vergonzosa mira de llenar su haren de portuguesas, tan pronto como se supiese en Goa la proteccion que dispensaba á los cristianos. Además, el temor de que se le sublevára el imperio, debió contribuir tambien á que no abrazára el cristianismo, por mas convencido que estuviese de la verdad de nuestros misterios. Ora fuese por esta conviccion, ora por el amor que profesaba á las ciencias, es lo cierto que tuvo siempre en mucho á los jesuitas, para los que hizo construir una iglesia y una casa en Lahora.

Tanto Djihan, como su padre Akbar, confirieron el cargo de embajadores á varios jesuitas, á fin de conservar sus relaciones con los vireyes portugueses de Goa.

Uno de los jesuitas, del que hemos hablado ya anteriormente, y al que se ha visto sostener durante seis años la mas dura esclavitud, habia llevado su celo á Cambaye, á Bazaim, á Diu, sin perder nunca de vista á la Abisinia. Merced á las noticias dadas por Melchor Sylva, abrióse de nuevo aquella region á los hijos de San Ignacio, haciéndose Paez á la vela en Diu para dirigirse á ella, el dia 22 de marzo del año 1603. Era el solo cristiano, y aun disfrazado de armenio, que se hallaba en el buque; mas dichoso que la vez primera, llegó sin percance alguno á Masauah, y entró en la Abisinia en el mes de mayo. Llegado á Fremona, ciudad en la que los portugueses poseian una iglesia, se presentó á los fieles revestido con todos los adornos sacerdotales, y les felicitó por su constancia en la fé, en medio de una nacion entregada al cisma y á la heregía. Estudió con empeño el *gheez* y luego de haber logrado aprender con perfeccion aquella lengua, instruyó á la juventud, y abrió una escuela para los hijos de los portugueses y los de los abisinios, llegando en breve los progresos de los discípulos á estender á lo léjos la reputacion del maestro. A fin de producir aun un bien mas sólido y general, procuró Paez prolongar sus escursiones, á cuyo objeto hizo hablar por un oficial portugués á Jacob, que reinaba á la sazon, cuyo príncipe hizo prevenir á Paez que fuese á visitarle despues de la estacion de las lluvias. En el mes de junio del año de 1604, el apóstol, acompañado de dos de sus jóvenes discípulos, se presentó á Za-Denghel sucesor de Jacob, en la ciudad de Dancas, donde fué recibido con todos los honores propios á las personas del mas alto rango. El Negus le hizo sentar junto á su trono de oro, con gran despecho de los monges cismáticos, que se veian obligados á permanecer de pié, y despues de una larga é íntima conversacion acerca del rey de Portugal, de las costumbres europeas, de los sacerdotes y de la religion católica, se fijó la hora en que habia de sostener el jesuita dentro tres dias una conferencia pública con los monges del pais. Las ceremonias de la antigua ley, cuya supresion atribuian aquellos religiosos á la iglesia católica, y las dos naturalezas en Jesucristo, eran las materias que habian de ser discutidas. La Escritura, los santos Padres, las razones teológicas, fueron tan acertadamente citados por Paez, y espuso sus doctrinas con tanta claridad y tanta lógica, que los monges cismáticos, poseidos de admiracion y asombro, se retiraron confundidos, sin atreverse á impugnar sus doctrinas. El hermano político del Negus, príncipe muy instruido y de una gran penetracion, pidió al padre que le diese por escrito todo lo que acababa

de proferir en alta voz. Habiendo oido el monarca á los discípulos del misionero recitar el Catecismo. «¿Por qué disputar con el doctor europeo, dijo, si nuestros monges no sabrian siquiera contestar á lo que dicen esos niños? Preciso es confesarlo: solo hemos sido hasta ahora cristianos de nombre. ¿Podriais darnos por escrito lo que acaban de recitar esos niños?» El padre le entregó entonces un hermoso ejemplar del Catecismo, que traia ya á aquel fin, y recordó al propio tiempo á Za-Denghel, los inmensos favores concedidos á Josafat, en recompensa del cuidado con que habia hecho instruir á su pueblo en la ley de Dios. Por repetidas veces habló horas enteras en presencia del Negus quien, admirado de su elocuencia, le encargaba que prolongase su discurso. El dia de los santos apóstoles Pedro y Pablo, la reina, deseosa tambien de instruirse, asistió al sermon; mas como al principio del discurso notase el rey que el orador estaba de pié, descendió de la especie de trono que ocupaba, y con gran asombro de la corte, hizo sentar en él al religioso. Terminado el sermon felicitó á Paez, y luego dijo en voz alta al obispo cismático que todo lo que habia probado el orador le parecia cierto é indudable. En virtud de las satisfactorias noticias que Paez trasmitió á Goa, fueron nombrados los PP. Antonio Fernandez y Francisco Antonio de Angelis, para la mision de Abisinia. Despues de haberse dispuesto por medio del retiro y la mortificacion, tomaron el trage de armenios, se postraron ante el Santísimo Sacramento, y se despidieron de sus hermanos llorando de gozo. Tan pronto como se supo en Goa su feliz llegada, se embarcaron á su vez los PP. Luis de Acevedo y Luis Romano, y como los demás misioneros que les habian precedido, encontraron gobernadores turcos mucho mas humanos que antes. Fueron custodiados por cuarenta soldados infieles hasta las fronteras de Abisinia; pero al llegar á Fremona, se vieron ya rodeados de católicos que besaban con trasporte aquellas manos que iban á administrarles los santos sacramentos. Una revolucion sangrienta pareció desvanecer las fundadas esperanzas de los misioneros: Za-Selasse, esplotando por ambicion la cólera de los monges abisinios contra Za-Denghel, por la proteccion que dispensaba á los católicos, y secundado por una parte de los grandes, se presentó el dia 13 de octubre del año 1604 en la provincia de Gojam, y fué á atacar al Negus, al que logró derrotar completamente causándole la muerte. El encumbramiento de Socinios ó Melec-Segued, cuyo reinado no debia terminar hasta el año 1632, reanimó la esperanza de los jesuitas, por haber llamado á Paez á la corte desde los primeros dias de su reinado. «En la costa meridional del lago de Dembea, dice Bruce (1), se levanta un peñasco, no muy alto, en forma de promontorio, que se interna bastante en el lago. Nada hay tan bello y pintoresco como aquel sitio, rodeado de agua, escepto por la parte del sud; el clima es en él delicioso; nunca se ha hecho sentir la fiebre ni ninguna enfermedad contagiosa; la perspectiva que ofrece allí el lago, y el aspecto de las montañas que ciñen en lontananza á la riente llanura, son de una magnificencia que no puede concebir la imaginacion de los europeos: parece que la naturaleza haya creado allí una eterna morada para la salud, la soledad y la dicha. Tal fué el promontorio que Paez pidió al rey, y del que le concedió este la posesion perpétua. Grande fué la admiracion de los abisinios al ver edificar un convento con piedra y cal; pero aun subió de punto su sorpresa, cuando Paez emprendió la construccion de un palacio que le pidió el rey, empleando en ello los mismos materiales. Levantó aquel palacio en la parte meridional de la península, en un punto llamado *Górgora*; los abisinios contemplaban con admiracion y terror el modo con que se iba alzando el edificio, y que se iba construyendo una casa sobre otra, segun decian ellos, á cada nuevo piso ó habitacion que se subia. Paez desplegó en aquella ocasion toda su actividad y talento, siendo á la vez arquitecto, albañil, carpintero

(1) En su *Viaje á las márgenes del Nilo.*

y cerrajero, puesto que disponia todos los trabajos correspondientes á estos cuatro oficios. Al ceder el rey á los jesuitas la residencia de Górgora, aumentó tambien el territorio que poseian ya en Fremona. Luego declaró á Paez que estaba resuelto á abrazar la religion católica, y á cuyo fin escribió al Papa y al rey de Portugal, á 14 de octubre y 10 de diciembre del año 1607. Lamentábase en sus cartas de las turbulencias que habia frecuentemente en su imperio, de las invasiones de los gallas, y pedia algunas fuerzas portuguesas para librar á la Abisinia del yugo de sus opresores, como la habian librado ya los guerreros de Cristóbal de Gama del yugo de los moros. Ya un hermano del Negus, Sela Cristos, (Imágen de Cristo), tan versado en la ciencia de las letras como en el arte de la guerra, habia querido abjurar el error ante el P. Angelis, la víspera de la batalla que se dió contra los gallas. Despues de la victoria alcanzada sobre sus enemigos, cedió el príncipe en Collela, un terreno á los jesuitas para que se construyesen una casa, que fué la tercera que poseyeron en Abisinia. El placer que causó al Negus la conversion de varios ilustres personages de su reino, subió de punto al recibir las cartas de Felipe II y Paulo V, fechadas en Madrid el 15 de marzo del año 1609, y en Roma en el año 1611. Por causas independientes de la voluntad de Melec-Segued, dejaron de recibir el Papa y el rey una contestacion satisfactoria y pronta; porque hizo el emperador partir inmediatamente en calidad de embajador á Fecur-Egzie (el muy amado del Señor) uno de los primeros abisinios convertidos á la fé católica, en la que perseveró hasta su muerte, junto con el P. Antonio Fernandez. Los dos enviados tomaron el camino mas largo, á fin de no verse espuestos á tantos peligros, de modo que se dirigieron á Narea y á las regiones meridionales, habitadas por idólatras y mahometanos, para trasladarse á Melinda, y embarcarse para Goa en las orillas del Océano indio; pero despues de dos años de marcha y de haber sufrido toda clase de afrentas, se vieron obligados á entrar nuevamente en Abisinia, donde la verdadera fé acababa de multiplicar sus conquistas. El Negus presidió diferentes conferencias, en las que los cismáticos fueron enteramente confundidos, que dieron por resultado hacer proclamar el dogma católico de las dos naturalezas en Jesucristo. El abuna, que en vista de aquella disposicion, elevó al soberano sentidas quejas, recibió por toda contestacion, que fuese él á sostener la controversía, por lo que se presentó con un gran número de sacerdotes cismáticos. En falta de razones para combatir la doctrina católica, apeló á las injurias y quiso retirarse; pero el Negus le obligó á oir hasta el fin la refutacion de sus errores. Al ver la disposicion en que se hallaba Melec-Segued, solo por complacerle, confesó el abuna el dogma católico; pero no tardó el pastor mercenario en usar un lenguaje distinto, y en emplear el terror de la escomunion para decidir mas de una apostasía en la provincia de Gojam, sostenido por Emana Cristos, hermano mayor del Negus, investido de la dignidad de ras. Esta conducta del príncipe contrastaba con la de su hermano Sela Cristos, jóven y ardiente campeon del catolicismo, que hacia imprimir bajo la direccion de los jesuitas, diferentes obras de los doctores católicos, traducidas al abisinio. Tales eran los *Comentarios* del cardenal Tolet sobre la Epístola á los romanos, de Ribera, sobre la Epístola á los hebreos, de Maldonat sobre los Evangelios, y otros escritos de esta clase destinados á combatir las falsas interpretaciones del error. A fin de castigar Melec la obstinacion de Emana Cristos, le despojó de la dignidad de ras para conferirla á Sela Cristos, cuyos gloriosos hechos de armas le decidieron á profesar abiertamente la fé católica, predicada por el P. Paez. Los pocos momentos que le dejaba libres el ejercicio del apostolado, los empleaba el sábio misionero en visitar las curiosidades del pais; creyéndose ser él quien descubrió ya en el año 1618 el orígen del Nilo, reconocido en estos últimos años por el español Badia. Tambien se dedicaba Paez á escribir al-

gunas obras en el idioma del pais, entre las que habia un *Tratado de las costumbres de los abisinios*. En el año 1618, fueron á reunírsele los PP. Diego de Matos y Antonio Bruni de Sicilia; si bien perdió la cooperacion del P. Lorenzo Romano, que murió en el mes de enero del año 1621. Durante el año que le sobrevivió Paez, tuvo el consuelo de recibir la abjuracion de Melec-Segued, y de administrarle el sacramento de la penitencia; y como si debiese ser aquel el último acto de su apostolado, se durmió Paez en el seno de Dios, á los pocos dias de haberle dado gloriosa cima, ó sea á 22 de mayo del año 1622. Tambien murió el P. Angelis en el mes de noviembre del propio año; pero la Providencia, para reparar las pérdidas que acababa de sufrir la mision de Abisinia, la procuró los PP. Lameira de Estremos, Tomás Barreto de Evora y Jacinto Franco de Florencia, los cuales precedieron á los PP. Antonio de Almeida de Viseu, nombrado visitador por el P. general Vitelleschi, Manuel Baradas de Monfort, Luis Gardeira y Gaspar Paez, que no llegaron hasta el año 1623. Hé aquí lo que dice Bruce, al hablar de Pedro Paez: « Tanto en los siete años que fué cautivo de los moros de Arabia, como durante los diez y nueve que evangelizó la Abisinia, supo hacer frente á todos los peligros y hacer brillar á todos los ojos la purísima luz de la fé. Era el misionero de alta talla y de constitucion robusta, pero en estremo flaco, á causa de su abstinencia y de su contínuo trabajo, revelando su fisonomía el ardiente celo que abrasaba su alma. Además del latin, que poseia con toda perfeccion, sabia Paez el griego y el árabe. La amabilidad de su trato y la nobleza de sus sentimientos, le valian ya á primera vista las simpatías de todos los indígenas y hasta de los mismos sacerdotes cismáticos: estaba siempre de buen humor y dispuesto á escitar el de los abisinios por medio de chistes inocentes. Las cualidades, empero, que mas brillaron en el misionero, fueron su paciencia y su celo en instruir la juventud, y á ellos fué debido el que la mayor parte de sus discípulos muriesen durante la persecucion que no tardó en sobrevenir, defendiendo con ardor aquella religion que su preceptor les habia enseñado. Escasos eran los frutos que habia producido la religion cristiana en Abisinia, por no haber sido predicada hacia mas de cien años, cuando llegó Paez á aquel hermoso reino; pero fueron tales los progresos que hizo allí el cristianismo en los diez y nueve años que el misionero se consagró al apostolado, que hasta el mismo monarca lo abrazó públicamente. » Este testimonio de un autor anglicano en favor de un jesuita, es la prueba mas incontestable de la virtud del apóstol cristiano.

El sudeste de Africa, en el que los embajadores de Melec-Segued contaban embarcarse para Goa, continuaba siendo objeto del celo de los misioneros. Diferentes eran los dominicos que procuraban con laudable actividad evangelizar la costa y las islas vecinas, y que habian logrado ya levantar en ellas algunas iglesias. Segun Fontana, los religiosos á que estaba confiada aquella parte de Africa, en el año 1584, eran los PP. Gerónimo Couto, Pedro Ususmaris, Manuel Pantoja, Juan Madeira y Juan de Sanctis, y cuyos hechos refiere el propio autor en su Historia de Etiopía. Luego habla tambien Fontana, refiriéndose al año siguiente, del P. Juan de Santo Tomás, misionero en Madagascar, que fué envenenado por sus habitantes. En el año 1585, naufragó en los bancos de aquellas islas un buque, que llevaba dos dominicos y seis jesuitas á las Indias orientales. El P. Juan Santos, religioso de Santo Domingo, partió de Lisboa en el mes de abril del año 1586, con otros trece misioneros de su órden para Mozambique, á cuyo punto llegaron sin percance alguno. A los pocos dias, ó sea en el mes de agosto, fué Santos destinado por sus superiores á Sofala, principal punto de partida de las escursiones evangélicas, donde continuó por espacio de once años, penetrando hasta lo mas interior del pais, á pesar de los contínuos é inminentes peligros á que se veia espuesto. Hizo aquel misionero imprimir en Evora, su

Etiopía oriental, obra relativa á los usos y costumbres de los etiopes, y á todo cuanto de mas notable habia tenido ocasion de admirar en sus misiones. Tres años despues de la llegada del dominico Juan Santos, en el sudeste de Africa, aparecieron tambien los jesuitas en aquella region, aunque tan solo como capellanes de una espedicion dirigida por los portugueses en el año 1589, contra los mahometanos. Por espacio de mucho tiempo continuaron los dominicos solos evangelizando aquella region, que llegaron á regar mas de una vez con su sangre; puesto que, segun Fontana, el P. Juan de la Piedad, del convento de Mozambique, que trataba en las riberas del Zambezo de conquistar á la fé un gefe infiel, fué bárbaramente asesinado. Tambien el P. Nicolás del Rosario, que estaba evangelizando el Monomotapa, fué preso en las inmediaciones de Sena, y muerto y devorado por aquellos antropófagos, en 1592 (1). Recordando los cristianos del Monomotapa el apostolado dulce y fecundo de los jesuitas, se dirigieron en el año 1604, al provincial de Goa, al objeto de que les enviase á algunos misioneros de la Compañía; pero las continuas correrías de los holandeses, y el sitio que pusieron despues á Mozambique, no permitieron acceder á los deseos de aquellos habitantes. El emperador del Monomotapa, imploró tambien en el año 1608 el socorro de los portugueses sus aliados, á fin de sofocar la rebelion en que se habia declarado una gran parte de sus súbditos; y en justa gratitud, cedió el rey á los que habian apaciguado su imperio, algunas ricas minas de plata, que no tardaron en esplotar los portugueses. Muy distintas eran por cierto las miras de la cohorte de misioneros que fué con ellos á aquel pais, puesto que solo deseaba la libertad de predicar el Evangelio, y procurar los progresos del catolicismo. En el año 1610, atrajo el comercio á aquellas regiones, á una nueva flota portuguesa, en la que se encontraban tambien seis jesuitas, entre los que habia el P. Alejo. Este sacerdote, que ya desde su mas tierna edad, habia resuelto abandonar el mundo para entrar en la Compañía de Jesus, vió su vocacion contrariada por sus padres, que, no querian consentir en separarse de la única esperanza de su noble familia; un dia, empero, encontró el jóven en la calle á un niño cubierto de andrajos, y dándole la mano le presentó á sus padres, diciéndoles: «Jesucristo me llama á su Compañía; adoptad á este niño que será desde hoy vuestro hijo.» Al ver sus padres una vocacion tan decidida, adoptaron al niño desconocido, y cedieron á Dios su propio hijo. El religioso que bajo tales auspicios empezaba su carrera, debia necesariamente ser con el tiempo un modelo de todas las virtudes. En el rostro de Alejo, en sus palabras, en su actitud, en toda su persona en fin, se revelaba aquella pureza angelical que encanta y cautiva todos los corazones; pero como sabia muy bien Alejo que solo entre espinas puede crecer la hermosa flor de la pureza, se entregaba á todas las mortificaciones, á la oracion, á la mas austera penitencia. De acuerdo con sus superiores, resolvió en Goa con otros dos de sus hermanos que aspiraban igualmente llegar á toda la perfeccion posible, que cada semana cumpliria uno de los tres, á voluntad de los otros dos, todos los actos de mortificacion y humildad que estos le exigiesen, fuese secretamente ó en público. Para poder ser mas útil en su mision, aprendió el P. Alejo las lenguas árabe, persa, caldea y abisinia, partiendo luego para su destino con tal ardor, que no cesó durante la travesía de escitar la admiracion de todos los pasageros. Como cayese un jóven al mar, iba ya el generoso misionero, cual otro S. Mauro, á arrojarse tras él por

(1) No fueron aquellos dos los únicos religiosos dominicos que murieron gloriosamente en manos de los salvajes africanos á quienes trataban de regenerar, sino que hubo otros muchos que alcanzaron tambien la palma del martirio, unos al asentar su planta en aquellas solitarias playas, y otros despues de haber ejercido con bastante fruto las tareas del apostolado. Véase sino la obra titulada *Monumenta Dominicana*, y en ella, así tambien como en algunas otras de la propia órden, se hallarán numerosos mártires que fueron á plantar en Africa el árbol santo de la cruz, y que acabaron luego por regarle con sus sudores y hasta con su propia sangre. (Nota del Trad.)

salvarle, á no haberle dado su superior una órden contraria, á la que recibió aquel del superior de San Benito. Por descuido del piloto, dió en otra ocasion el buque contra un banco de arena, quedando encallado, despues de haber sufrido una fuerte avería, que obligó á arrojar los efectos al mar, y á fijar la última esperanza en el cielo. Solo pensaron todos los pasageros en lanzarse al agua para salvar sus vidas; porque en aquellos graves momentos de apuro, parecen concentrarse todas las voluntades por no cooperar mas que á un fin, al de la propia conservacion. Para el que conoce empero el precio de un alma, el salvarla, aun que sea á espensas de su vida, es el mas ardiente de todos sus deseos: así pues, mientras que los demás solo pensaban en sí, el P. Alejo se cargó en hombros á un pobre y jóven esclavo cafre, que no podia desembarcar por hallarse gravemente enfermo. Al saber los cafres la noticia del naufragio, acudieron á la costa; pero los jesuitas lograron atraérselos por medio de algunos regalos, y que les procurasen un barco, con el que pudieron salvar á muchos de los pasageros. El P. Alejo, á pesar del profundo abatimiento que le causó su accion heróica, tuvo aun fuerzas bastantes para llegar á la capital del Monomotapa, de donde no tardó el Señor en llamarle á la eterna Sion. El P. Suarez, que llegó algunos dias despues de la muerte de aquel santo sacerdote, con cuatro de sus compañeros, fomentó la religion en aquellos paises, edificó iglesias en diferentes puntos, bautizó en menos de un año á trescientos infieles, é hizo modificar las costumbres á muchos cristianos, que habian olvidado ya la práctica de las máximas evangélicas. Hablaba aquel misionero en sus cartas, con la mayor ternura de un anciano de ciento veinte años, que habia sido bautizado por el P. Gonzalo Silveira, y que referia aun con acento conmovido el martirio que sufrió el santo apóstol.

CAPÍTULO XXII.

Misiones de los Dominicos, Jesuitas, Franciscanos y Agustinos en el Indostan, Ceylan, Bengala, Pegú, Camboge, Siam, Solor, y las islas Molucas: Diego Advarte.

Los dominicos que habian precedido á los jesuitas en el Indostan, continuaban prestando en él útiles servicios: bastará nombrar á algunos de sus misioneros, para demostrar su perseverancia y su abnegacion. Pedro de la Magdalena, habia entrado como lego en la congregacion dominicana de las Indias orientales, con el P. Didacio Belmaz su fundador, en el año 1548, el vicario general lo colocó en el convento de la ciudad de Daman, en la que ejercieron sus virtudes una influencia tal sobre los habitantes, que le amaban como á un padre y le obedecian ciegamente. Habiendo cercado los mahometanos la ciudad con un poderoso ejército, no se atrevia el gobernador de la plaza á librarles batalla, cuando Pedro le aconsejó que saliese sin demora, seguro de que daria Dios el triunfo á sus armas. Y á fin de infundir mas aliento al soldado, se puso Pedro á su frente, siendo uno de los primeros que sucumbió en aquella tan gloriosa como sangrienta batalla dada á 15 de febrero del año 1580. El P. Juan Lopez de Aguerro, que formó parte de la segunda mision dirigida por los dominicos al Indostan, tenia, como José, las gracias esteriores que tan viva impresion hicieron en la esposa de Putifar, sin que nada omitiese la que fijó en él sus culpables miradas por triunfar de su pureza. Habiendo pretestado una enfermedad, llamó al hombre apóstolico para confesarse con él, fingióle al principio una voz debilitada por el sufrimiento, pero animándose repentinamente, le incitó al crímen. Mudo de asombro el religioso huyó sin decir palabra, y dejando confundida á la muger que en su despecho le juró eterna venganza: y, con efecto, mártir de la castidad, murió Lopez de Aguerro envenenado, en el año 1590. Omite Fontana los nombres de los cuatro PP. Predicadores de la congre-

gacion de las Indias orientales, que entraron hácia el año 1605 en el reino de Camboje, para evangelizar á los idólatras. La cosecha cristiana que recogieron aquellos religiosos sobrepujó todas las esperanzas: hasta el rey en persona asistió á sus predicaciones, y no se opuso en lo mas mínimo á que elevasen templos al verdadero Dios. Pero rendidos de fatiga sucumbieron al fin todos ellos, y como no hubiesen recibido ausiliares en todo el tiempo que permanecieron en aquella region, volvió la viña que plantaron á quedar sin fruto. El P. Antonio de la Visitacion, encargado de las funciones de inquisidor en Goa, bautizó muchos idólatras, segun Fontana, muriendo á 6 de febrero de 1605. Preciso es tambien unir á esos apóstoles los que procuraban las órdenes de San Francisco, de San Agustin, San Ignacio, y el clero secular, para formarse segun el número de los operarios evangélicos, una idea exacta y acertada de la importancia de los resultados obtenidos.

Goa, centro de las posesiones portuguesas y metrópoli católica de las Indias, continuaba siendo edificada por importantes conversiones. Un príncipe, sobrino de Meale, cuya hija habia abrazado ya el cristianismo en el año 1557, recibió el bautismo en 1587; imitando al año siguiente su ejemplo la nuera del mismo Meale. Cada dia iba en aumento el número de los cristianos, merced á los nuevos refuerzos de operarios evangélicos que fueron llegando á las Indias, puesto que solo el P. Alberto Laercio, enviado á Roma como procurador de la provincia de Goa, condujo en el año 1602 á sesenta y dos misioneros de su Compañía; llegando además al año siguiente otros quince. Apóstoles intrépidos, todos aquellos dignos hijos de San Ignacio, habrian ambicionado la suerte del P. Vicente Alvarez, que fué aprehendido por los corsarios mahometanos de la costa de Malabar, decapitado en el entrepuente del buque y arrojado á las olas, mientras se dirigia de Bazaim á Goa el año 1606.

Tres eran las residencias que dependian del colegio de los jesuitas de Cochin; á saber: la de Santiago, situada á una legua de la ciudad, y en la que habia dos religiosos que estaban encargados de la direccion de tres iglesias; la de Mutertre, á cinco leguas de Cochin, en la que no pudo levantarse una iglesia hasta el año 1581; y, finalmente, la de Vaipicota, que distaba cinco leguas de Cochin, y una de Cranganor, en medio de las cristiandades de Santo Tomás, que Miguel Carnero, obispo de Nicea, intentó sustraer á las sugestiones de un obispo nestoriano. Y como se obstinasen los cristianos en seguir el cisma que les enseñaban sus falsos prelados, se resolvió que fuesen estos reemplazados por otros que fuesen ortodoxos; pero temiendo disgustar á los pueblos si se les destinaban obispos estranjeros, se prefirió atraer á Mar-José que entonces les dirigia, é inculcarle las verdaderas reglas de la fé. Cuando regresó aquel prelado al centro de su grey, despues de haber permanecido algun tiempo entre los portugueses, y de estar ya suficientemente instruido, hizo algunas reformas; sin embargo, continuó, como sus predecesores, profesando los errores de Nestoriano. En su virtud, fué arrestado en Cochin y enviado á Goa para que diese cuenta de su fé, y luego se le hizo embarcar para Roma; pero como prometiese en Portugal seguir en un todo las prescripciones de la Iglesia, se le permitió regresar á las Indias, y vivir en paz en medio de su rebaño. Durante su ausencia, los cismáticos habian alcanzado del patriarca nestoriano de Babilonia, que les diese por obispo á Mar-Abrahan, quien se hallaba al frente de la diócesis cuando regresó de Portugal Mar José. Obligado este por el arzobispo de Goa á tomar algunos misioneros que instruyesen á su pueblo en la fé católica, dijo haber tenido una revelacion divina en la que se le prohibia acceder á los deseos del arzobispo. «Y yo, le contestó este, tengo otra revelacion hecha por la sagrada Escritura, en la que se me dice que no sois vos el pastor que Dios quiere para su rebaño, sino un lobo con piel de oveja. Ya se convencerá la corte de Lisboa de cuanto se ha equivocado con respecto á vuestras intencio-

nes.» Los cristianos de Santo Tomás, ó mejor, su diócesis, fué dividida en dos, que dirigieron Mar-José y Mar-Abrahan, hasta que se apoderaron de ellos los portugueses. Embarcado á su vez Mar-Abrahan para Europa, logró escaparse en Mozambique; pero como no se le ocultase que nunca podria gozar en paz de la dignidad que tanto ambicionaba, mientras no se la confiriese el Papa, se dirigió á Roma, donde abjuró el nestorianismo, confesó no haber recibido ninguna órden sacerdotal, por lo que tuvo que procederse á su ordenacion; siendo luego consagrado obispo de Angamalé, ciudad de la costa de Malabar, situada en la cumbre de una montaña que hay junto al rio Aicotta, á diez leguas de Cranganor y á quince de Cochin. Entre tanto, á instancias del arzobispo de Goa, y en virtud de un breve de 15 de enero de 1567, se procedió nuevamente al arresto de Mar-José, haciéndole pasar á Roma, donde murió al poco tiempo de su llegada. Habia partido ya este falso pastor, cuando por la via de Ormuz, Mar-Abrahan llegó á Goa con las bulas que le constituian obispo de Angamalé. Como se temió que hubiese dado informes inexactos á la Santa Sede, y que como Mar-José, volviese á abrazar el nestorianismo, se le detuvo provisionalmente en el convento de los dominicos de Goa; pero habiéndose escapado nuevamente, se dirigió á Malabar, donde volvió á predicar los errores de Nestoriano á los cristianos de Santo Tomás, mientras protestaba de su ortodoxia en sus cartas al virey y á los prelados apostólicos de la India. Habiendo recibido un breve de 28 de noviembre del año 1578, en el que se le prevenia asistir á los concilios provinciales que debian celebrarse en Goa, se presentó, provisto de un salvo conducto, al tercero de ellos, y abjuró una vez mas el nestorianismo, y prometió cumplir los decretos adoptados para la reforma de su rebaño. Conocióse que la estincion del cisma debia depender de la creacion de un clero indígena: así que, establecieron los jesuitas el año 1587 un seminario en el Vaipicota, en el cual se enseñaban, junto con el latin, las lenguas siríaca y caldea, á fin de que imbuidos los nuevos sacerdotes en la pura doctrina que se les enseñaba en el colegio, pudiesen despues con sus discursos atraer á los pueblos del rito sirio cismático al rito sirio católico. Uno de los jóvenes seminaristas del colegio de Vaipicota, natural del reino de Porca, que se estiende á lo largo de la costa de Malabar, al mediodia del reino de Cochin, fué el instrumento de que se sirvió la Providencia en el año 1590, para plantear el cristianismo en su pais natal. No menos celosos que él los demás alumnos de aquel colegio, habrian sido poderosos ausiliares de Mar-Abrahan, caso de haber sido este sincero; pero como á pesar de declararse públicamente ortodoxo, estaba en relaciones secretas con el patriarca nestoriano de Babilonia, no utilizó debidamente sus servicios. A pesar de todas sus simpatías por el cisma, no pudo evitar Mar-Abrahan tener un rival en Mar-Simeon, ni que estableciese este su silla en Caturté; pero como, no obstante, sus ideas habia sido Mar-Abrahan, promovido por el Papa, y era por lo mismo legítimo pastor, se apoderaron los portugueses de su competidor por ser á la vez nestoriano y obispo intruso. Los franciscanos, á los que Mar-Simeon suponia consultar, le hicieron presente que no podia estar en posesion de su dignidad sin la suprema sancion del Papa; en su virtud, se dirigió el obispo intruso á Goa, desde donde se le envió á Roma, sin que se accediese á su demanda, por no ser siquiera sacerdote. Luego se le encerró en el convento de franciscanos de Lisboa, desde donde escribió al sacerdote Jacobo, su vicario general. Mar-Abrahan, que se negó á asistir en el año 1590 al cuarto concilio provincial de Goa, acabó por declararse abiertamente á favor del cisma; en su virtud, recibió Alejo de Meneses, arzobispo de Goa, un breve fechado á 27 de enero del año 1595, en el que se le prevenia que informase acerca de los errores del arzobispo sirio de Angamalé, y que caso de ser culpable, le tuviese detenido en Goa, y nombrase para su iglesia un vicario apostólico del rito latino,

no permitiendo, si llegaba á morir Mar-Abrahan, que ningun caldeo ni armenio, ocupase sin la intervencion del Papa, la silla de Angamalé. Tal fué la vigilancia de Alejo de Meneses, que á pesar de las intrigas y ocultos manejos de los falsos pastores, ninguno de ellos logró introducirse entre los cristianos de Santo Tomás. El sacerdote Jacobo murió en el error del cisma; Mar-Abrahan murió á su vez, si bien declarando antes al arcediano Jorge y al superior del colegio de Vaipicota, que dejaba su rebaño confiado al Pontífice romano; despues de su muerte, Alejo de Meneses nombró en 16 de febrero del año 1597, vicario apostólico de la iglesia de Angamalé al P. Francisco Ros, jesuita, natural de la ciudad de Gerona, el cual estaba muy versado en la lengua caldea y en la del Malabar y mereció por su saber y sus virtudes, las simpatías de todos los cristianos de Santo Tomás (1).

Grandes eran los servicios que acababa de prestar el P. Ros en el reino de Calicut en las circunstancias difíciles que habia atravesado, y que no podemos menos de citar aquí. Entre el temor que le inspiraban los portugueses y el que le causaba la rebelion de un corsario mahometano que se estableció en el rio Cunahal, del que tomó su nombre, suplicó el Samorin al jesuita Francisco Acosta, que ofreciera en su nombre la paz á Matías de Alburquerque, á la sazon virey de Goa. No solo accedió este á los deseos de Samorin, sino que le envió además al P. Acosta y al P. Francisco Ros, que estaba entonces evangelizando á los cristianos en las montañas de Santo Tomás. Recibióse á los dos misioneros con todas las consideraciones debidas, y hasta se les permitió predicar libremente el Evangelio. Para demostrar lo fructífera que debió de ser su palabra en aquel pais, basta decir que se presentaron al poco tiempo dos embajadores del Samorin al provincial de Goa, pidiéndole que fuese una colonia de jesuitas á establecerse en Calicut. Tan pronto como se supo haberse accedido á su demanda, se construyó una iglesia en las inmediaciones de la ciudad y se levantó una cruz, ante la cual el Samorin se postró el primero, para dar ejemplo á su pueblo. Todos estos hechos fueron anteriores al año 1597, en que llegó Francisco de Gama, nuevo virey de Goa. Este, que sin motivo alguno, dudó infundadamente de la buena del Samorin, dijo á los jesuitas que se retirasen del reino de Calicut, antes que fuese atacado por los portugueses. La misma noche en que partieron los jesuitas bautizaron un pariente del Samorin; Francisco de Gama, que no tardó en conocer su falta, dispuso que volviesen los misioneros á Calicut para cuidar en él la viña que antes plantáran, y cuyos verdes pámpanos deseaban tambien los reyes de Tanor y de Chale ver crecer en sus dominios. Las tropas del Samorin, junto con sus aliados los portugueses, asaltaron la plaza de Cunahal el año 1598, pero fueron rechazados con gran pérdida; pero habiendo cercado nuevamente la plaza en 1600, no solo lograron apoderarse de ella, si que tambien de su gefe Cunahal, que fué decapitado en Goa. Desde aquella época, permaneció el P. Jacobo Fenicio en la corte del Samorin, en la que refutando las absurdas fábulas á que se daba crédito, confundió constantemente á todos los gentiles, y contribuyó así mismo con sus escursiones evangélicas al pais de los cristianos de Santo Tomás, á hacerles permanecer en la ortodoxía. En el año 1606, secundado Jacobo por otro jesuita enviado de Co-

(1) Nieremberg (*De viris sui ordinis*) hace grandes elogios de este hijo de San Ignacio y le designa con el nombre de varon de gran doctrina, prudencia y virtud, peritísimo en las lenguas siriaca, caldea y malabárica. Dice el propio autor, que fué enviado á las Indias orientales, y se confió á su celo toda aquella provincia la cual comprende las islas Malabares. Encargado por el rey de Portugal de una embajada á Zamorin, rey de Calcuta, concertó la paz entre las dos naciones, firmándose por ambas partes. Por su gran virtud y sabiduría fué nombrado por el Ilmo. Sr. Alejo de Meneses, del órden de San Agustin y arzobispo de Goa, administrador de la iglesia y diócesis de Angamala, y (Angamalé) despues, Felipe III, á peticion del pueblo, le nombró arzobispo de la misma, eleccion que confirmó Clemente VIII suprimiendo el nombre de arzobispo quedándole el de obispo. Fué consagrado en Goa en el año 1601. Despues Paulo V en 1605 habiéndose mudado la catedral desde Angamala á Cangranor, le dió el título de arzobispo de esta ciudad por muerte de su arzobispo Abrahan. Escribió un catecismo en lengua malabárica, que tradujo despues en siriaco para uso de los párrocos de Angamala. Arregló tambien el uso romano un misal, un breviario y un ritual, segun Marcillo Crisi, pág. 319. (Nota del Trad.)

chin, fundó una nueva mision en el reino de Tanor, que como hemos visto ya, estaba tan dispuesto á recibir la escelencia de la nueva doctrina. Volvamos empero al P. Ros, nombrado por Alejo de Meneses, gobernador eclesiástico de la silla vacante de Angamalé.

El arcediano Jorge, nombrado administrador de la misma, por Mar-Abrahan, estaba ya en posesion de aquel cargo, del que creyeron los jesuitas no deber privarle, conforme lo hicieron presente al arzobispo de Goa. Lejos empero Jorge, de mostrarse agradecido por aquel acto de deferencia, aplazó la profesion de fé ortodoxa, que se le habia exigido, como encargado de la direccion de las almas; y hasta convocó en Angamalé un sínodo, en el que se protestó contra la abolicion de la ley de Santo Tomás (nombre que se daba al nestorianismo), y contra la aceptacion de todo obispo que no fuese nombrado por el patriarca nestoriano de Babilonia. En su consecuencia, todas las iglesias del pais fueron cerradas á los sacerdotes latinos; y habiéndose dirigido dos misioneros á Caturté, se llegó al estremo de arrojar á su cuarto dos serpientes venenosas, para que fuesen mordidos. En una palabra, se encontró la iglesia de Angamalé en un estado mucho mas triste que antes. Al recibir Alejo de Meneses tan tristes noticias, salió de Goa el dia 28 de diciembre del año de 1598, para visitar á los cristianos de Santo Tomás, en cuyo arriesgado viage desplegó el prelado una heróica firmeza y una tierna piedad. Pero Dios, en justa recompensa, ablandó el corazon de los sacerdotes cismáticos, quienes reconocieron que no podia haber las dos leyes de San Pedro y de Santo Tomás, sino la única ley de Jesucristo, predicada por sus apóstoles en todo el universo; hasta el mismo arcediano Jorge, se arrojó á los piés del arzobispo de Goa en la iglesia de los jesuitas, y se convocó un sínodo en Diamper, para el 20 de junio del año 1599, que acabó de llevar á efecto la union deseada. En el último del sínodo se cantó un *Te-Deum*, y cuando la procesion se disponia á salir de la iglesia, entonando las alabanzas del Señor en tres distintas lenguas, la latina, la caldea y la malabar, órganos todas de una misma fé, empezó á caer á torrentes la lluvia, impidiendo que la procesion saliese de la iglesia. Inmediatamente empezaron los nestorianos á decir que era aquella tempestad obra de Santo Tomás, en señal de desaprobacion por haber sustituido la ley de San Pedro á la suya; pero el arzobispo mandó en seguida que la cruz saliera, por preferir que se mojáran los ornamentos sagrados, á que continuase por un instante mas la murmuracion de los descontentos. Apenas acababa de darse cumplimiento á la órden del prelado, puesto que solo habia salido del templo el que llevaba la cruz, cuando cesó como por encanto la lluvia, se serenó el cielo y brilló la alegría en todos los semblantes; pudiendo ver los murmuradores en aquel hecho estraordinario, la consagracion de las medidas adoptadas por el sínodo.

Despues de haber declarado al arcediano Jorge, administrador de la iglesia de Angamalé, en union con los dos jesuitas Francisco Ros y Estéban Brito, rector del colegio de Vaipicota, se dirigió Alejo de Meneses á los sacerdotes y á todas las personas mas notables, para que le dijesen cual era la persona que preferian para su diócesis, á lo que se le contestó unánimemente que, mientras Alejo viviese, no querian otro obispo. Al ver el prelado aquella prueba de confianza y de aprecio, renunció al arzobispado de Goa, pidiendo en cambio la silla de Angamalé, á todo lo cual accedió gustoso el Papa. Los mismos cristianos de Santo Tomás manifestaron tambien deseos de que se nombrase al P. Francisco Ros, para la silla que iba á quedar vacante, y como esta manifestacion fuese conforme con las intenciones del prelado, instituyó Clemente VIII al humilde jesuita, primer pastor de aquella cristiandad, con el título de simple obispo. Pero como se juzgase despues mas útil trasladar su silla á un punto en que pudiesen los portugueses protegerle, se le destinó á Cranganor, cuya nueva diócesis depen-

dia tambien de Goa. Alejo de Meneses salió de aquella ciudad á 27 de diciembre del año de 1598, á recorrer los pueblos de su diócesis, sin que volviese á ella hasta el 9 de noviembre del año siguiente. Como último beneficio, habia enviado los misioneros á anunciar la fé á los malleanes, pueblos idólatras que vivian en las cumbres de las montañas del Malabar, y que solo se dedicaban á la caza de los elefantes, que tratarémos de describir aquí en pocas palabras. Los cazadores montados en elefantes domesticados y acostumbrados ya á aquel ejercicio, se tendian á lo largo sobre aquellos animales, penetrando de aquel modo sin ser notados, en medio de la manada salvage ó montaraz. Entonces aguardaban la ocasion de poder arrojar una cuerda con un nudo escorredizo al elefante de que se querian apoderar; teniendo el cabo opuesto de la cuerda, atado al cuerpo del elefante domesticado, que, derribaba desde luego al que estaba atado. Empeñábase desde luego entre ambos un rudo combate, en el que triunfaba siempre el primero, merced al ausilio de sus camaradas, al paso que se veia el elefante salvage abandonado por todos los suyos (Pl. XCVII, n.º 1); siendo luego fuertemente atado á dos de sus vencedores, mientras que uno le servia de guia y le empujaba otro por detrás. Son tan eficaces los medios que se emplean por domarles, que en pocas semanas se amansa el animal enteramente, como si conociese no caberle otro medio que el de resignarse con su suerte. Regularmente el grito de las hembras atrae los elefantes machos á una especie de cerco, de la que no pueden salir, por lo que se les coge con mucha facilidad.

Los reyes de Cochin, aunque eran los mas antiguos aliados de los portugueses, no habian logrado aun abrir los ojos á la fé católica; por el contrario, el que reinaba en el año de 1600, llegó hasta perseguir con rigor á los pocos de sus súbditos que adoraban á Jesucristo. Desde su capital hasta Colam, y desde Colam al cabo Comorin, habia en la costa diferentes iglesias que dependian de la diócesis de Cochin, siendo servidas todas ellas por franciscanos ó jesuitas, segun eran los religiosos que habian arrancado á aquellos pueblos del islamismo ó de la idolatría. El P. Manuel de Vega, del que hablarémos aun mas adelante, al tratar de los jesuitas que evangelizaban aquellas regiones meridionales, y el P. Andrés Bucciro, se distinguieron por su constante laboriosidad é infatigable celo en el reino de Travancora, cuyo soberano, favorable en un principio á los misioneros, persiguió despues cruelmente á los cristianos en el año 1604, obligando á emigrar á mas de veinte mil de ellos. En el año 1607, el P. Nicolás Spinola, rector del colegio de Colam, logró modificar de tal modo las ideas de aquel príncipe, que no solo volvieron á abrirse las iglesias, sino que hasta aumentó el rey á sus espensas considerablemente su número.

En la costa de la Pesquería, continuaba la piedad de los paravas demostrando el celo perseverante de los sucesores de San Francisco Javier: Tutucurin, principal ciudad de aquella costa, y la poblacion de Punical, contaban ya con un hospital, cuyas puertas estaban siempre abiertas para recibir indistintamente á los infelices y á los cristianos. Como casi toda la poblacion profesaba el cristianismo, solo tenian los misioneros que convertir á la fé los estrangeros que se dirigian á ella, y cuyo número era bastante crecido, puesto que solo en el año 1586, se administraron mil setecientos bautismos. Los diez y ocho jesuitas que dirigian aquellas cristiandades, tenian á su cargo veinte y siete iglesias, y se hallaban divididos entre las seis residencias de Tutucurin, Munical, Manapar, Bembar, Trecandur y la isla de Manar. La primera, habitada por el superior de la mision, tenia un colegio en que se enseñaba el latin, y á dirigir las conciencias. Segun Du Jarric, era aquella poblacion tan devota, que mas bien parecia una casa religiosa que una comunion política. Las maravillas hechas en la costa de la Pesquería, por el gran apóstol de las Indias, fueron continuadas por el P.







Henriquez, que evangelizó á los paravas por espacio de cincuenta y tres años; muriendo en Punical, á 6 de febrero del año 1600; á su muerte hubo en la poblacion un luto general, puesto que al igual de los cristianos, interrumpieron los idólatras y los musulmanes sus trabajos. Habiendo sido trasladado el cuerpo del misionero á Tutucurin por mar, se arrojaron en tropel los paravas sobre el buque que contenia las reliquias, para hacer tocar á ellas sus rosarios, y acompañaron el fúnebre cortejo á una larga distancia. No tardó la persecucion en turbar el reposo de aquella cristiandad, obligándola á retirarse cerca de la isla de los Reyes, donde se fortificó para hacer frente á sus perseguidores. Como era aquel punto un refugio seguro contra las persecuciones de los pequeños gefes del continente, condujo Dios allí á muchos idólatras, para que abriesen los ojos á la luz de la fé, lo que hizo que el número de los cristianos residentes en la costa de la Pesquería, y sus dependencias, se elevase en el año 1607 á ciento treinta y cinco mil.

La jurisdiccion de la costa de la Pesquería pertenecia al soberano del Maduré, reino contiguo que se estendia por el interior de sus tierras. So pretesto de ponerse de acuerdo con aquel soberano acerca de los paravas, se dirigió el P. Gonzalo Fernandez á su corte en el año 1595, aun que en realidad no llevaba mas objeto que el de regenerar á los badages, habitantes de aquel reino, por medio de las doctrinas evangélicas. Secundado el misionero por un brama que habia convertido, edificó una casa y una iglesia, fundó un hospicio y abrió una escuela, en la que enseñó á los niños á leer y escribir en tamul. Los badages, aunque admirados de la santidad y pureza del misionero, apenas se paraban en la ley que predicaba, por considerar que era el catolicismo una religion observada tan solo por hombres degradados y abyectos, por verla seguir á los paravas, objeto de su profundo desprecio; y si bien admiraban las conquistas, las riquezas y hasta la actitud imponente de los portugueses, veian tambien por otra parte con horror que bebian vino, comian carne de buey, y estaban en contínuas relaciones con los parias. Tal fué la principal causa que impidió al P. Gonzalo Fernandez hacer muchas conversiones en aquel pais; y al ver los superiores la avanzada edad del misionero, resolvieron enviarle al P. Roberto de Nobilis, sobrino de Marcelo II y del célebre cardenal Bellarmino. Brillante era la carrera eclesiástica que ya desde su ordenacion tenia abierta el P. Roberto, y en la que querian hacerle entrar sus padres; pero como fuese muy distinta la que él ambicionaba, y á la que Dios le llamaba, entró en el noviciado de los jesuitas en Nápoles, y fué formado por el historiador Orlandini, á la sazon maestro de novicios, el cual le predijo que estaba destinado á hacer en las Indias grandes maravillas en honra y gloria de Dios. Así que, terminados sus estudios, pidió el P. Roberto ser destinado á aquella mision; y sus superiores, no obstante la ciega oposicion de sus padres, no creyeron deber oponerse á sus deseos, por ser manifiesta la voluntad de Dios, que le impulsaba hácia la carrera del apostolado. Dirigióse pues á Goa, desde donde fué enviado á la costa de Malabar, y luego al reino de Maduré, donde debia, por espacio de cuarenta años evangelizar á sus habitantes idólatras. La cruz es la igualdad ante Dios; por esto al ver Roberto que el orgullo de los bramas les hacia alejar de una religion adoptada por los parias, comprendió que habia de poner en práctica un nuevo medio de accion; pues no bastaba ya ofrecer el madero del Calvario á la clase proscrita que le aceptaba á la vez como emblema de su proscripcion, y como manantial de nuevas esperanzas, sino que era preciso despertar en aquellos hombres encorvados hacia tantos siglos, bajo el peso de un anatema universal, el sentimiento de la dignidad humana, y hacer penetrar la fé en el corazon de las clases privilegiadas, á fin de mejorar la condicion de los parias convertidos. Así pues, adoptó Roberto la forma de

la mision á los gustos y á las ideas de los indios, á fin de decidir á las clases elevadas á abrazar el cristianismo. Se presentó como descendiente de una raza ilustre, igual á la de los kchatrias ó rajahs, se abstuvo de comer carne y pescado y de usar ninguna bebida espirituosa; evitó en lo posible el roce con las clases inferiores; tomó el trage de los bramas penitentes, por ser estos los personages mas considerados en el Indostan; y se sujetó á todos los demás usos y reglas practicados en el pais por las personas de distincion. Así como los bramas llevaban una especie de collar compuesto de varios hilos de color, para indicar la ley que profesaban, pendian tambien del cuello del jesuita, un cordon compuesto de cinco hilos, entre los que habia tres de oro y dos de blancos, con una cruz que le descendia hasta el pecho: los tres hilos de oro simbolizaban á la vez las tres personas divinas y la unidad de Dios, los dos hilos blancos representaban el alma y el cuerpo de Jecristo, y la cruz, su pasion y su muerte. De este modo profesó Roberto esteriormente los tres principales misterios del cristianismo, esto es, el de la Trinidad, el de la Encarnacion y el de la Redencion. Como la humilde casa del P. Gonzalo Fernandez, no fuese la mas á propósito para sus designios, fué Roberto á instalarse en el barrio de Maduré, habitado por las mas opulentas familias, en el que procuró con su retraimiento escitar la curiosidad, y acabar de instruirse en la lengua, ceremonias y costumbres del pais. El soberano manifestó deseos de verle, pero se le contestó que era el *sanniasi* del norte, un hombre tan casto, que por no ver á las mugeres, permanecia siempre en su retiro, lo que escitó vivamente la admiracion del príncipe, porque aquellos pueblos cuanto mas admiran la castidad, tanto menos la practican. Un año estuvo Roberto sin hacer visita alguna, y recibiendo únicamente las de que no podia prescindir, lo que acababa de aumentar su reputacion de hombre sábio y virtuoso. Insiguiendo la costumbre del pais, solo eran admitidos los estraños en la presencia del misionero, despues de muchas formalidades, y les recibia en un estrado cubierto de un paño colorado, y frente al cual habia otro paño del mismo color precedido de una estera. Hasta las personas mas encumbradas, al acercarse al penitente del norte, le saludaban con profundo respeto, levantando las manos hasta ponérselas á la cabeza, é inclinándose humildemente. Los que deseaban ser sus discípulos, repetian por tres veces aquel saludo, y luego caian de rodillas; dándole todos los indios el nombre de *Tatva Podagar Swami*, el cual espresaba la alta idea que se tenia de su mérito; llamábanle tambien *Iromei Biramaner*, esto es, el brama de Roma.

Solo despues de haber adoptado todas estas precauciones, pudo ver al P. Roberto de Nobilis el aumento de su rebaño, objeto de su mas tierna solicitud. Envió el misionero á dos de sus neófitos al colegio de los jesuitas de Cochin, para que el arzobispo de Cranganor les confirmase en la fé, y á fin de que su presencia escitase á otros operarios evangélicos á ir á cultivar con él la viña naciente del Maduré. A su regreso iban ya acompañados del P. Manuel de Leytan, al que no tuvo Roberto el consuelo de abrazar hasta el dia 26 de agosto del año 1609. Imposible nos es fijar el número de las conversiones, que recompensaron el celo del P. Roberto de Nobilis; pero citarémos un hecho notable referente á Bangara Tirumali Naiakken, soberano del Maduré, al que debió en gran parte su capital el Maal ó Aramanei (Pl. XCVII, n.º 2), palacio cuyas ruinas son el asombro de todos los viageros. Circuia aquel vasto monumento un muro de cincuenta piés de altura; y formaba su entrada un pórtico sostenido por diez columnas que subsisten aun, á pesar de haber desaparecido enteramente las cornisas y las bóvedas. Así mismo se vé entre las ruinas un pórtico bien conservado, construido por Tirumali, que lleva el nombre de Pudumandoga, ó sea, pórtico nuevo. Un poco mas lejos, hácia la parte del sud, hay un inmenso patio, rodeado de columnas de treinta

y cinco á cuarenta piés de elevacion, que sostienen bóvedas enormes; en el fondo del patio hay la sala de justicia, cuyas bóvedas sostienen aun cinco ó seis cúpulas muy bien conservadas, sin mas apoyo que el de algunas columnas colocadas á cincuenta pasos de distancia. Su arquitectura no es enteramente gótica, puesto que se nota en muchas partes de ella el gusto árabe. Apesar de haber destruido la accion del tiempo las pinturas de las bóvedas, brillan aun en ellas colores vivísimos. Tampoco es el interior del teatro menos digno de atencion, segun Nataga, pues se vé en él una construccion digna de ios mejores tiempos del arte arquitectónico. En una palabra, nada hay comparable con aquel hermoso y vasto edificio en el antiguo reino de Maduré; puesto que los palacios de Trichinópoli, Tanjaur y Puducottey, no llegan, ni de mucho, á la magnificencia y riqueza del Aramenei de Bangara Tirumali Naiakken. Merece tambien particular mencion la gran pagoda de Maduré, inmenso círculo patio de altas murallas, en las que hay cuatro puertas abiertas en los cuatro puntos cardinales, que sostienen otras tantas torres que se levantan en forma piramidal hasta perderse de vista; es esta obra un conjunto de esquisito gusto arquitectónico. El templo de Minatchi, en cuyo interior hay la estátua de la diosa que se venera en la pagoda, es tambien en su clase una obra de gran mérito: los profanos no pueden internarse en él ni mucho menos acercarse á la diosa, por ser esto tan solo permitido á los bramas y á los indos de pura raza, únicos que pueden presentarle sus ofrendas y hacerle su «namascara» ó adoracion. A una milla hácia al oeste de Maduré, hay una pequeña pagoda construida en medio de un estanque, en la que se dá en tamul el nombre de Teppakola, esto es, el estanque del paseo, á causa del que se hace dar por él todos los años á la diosa Minatchi y á su esposo Sokalinga; hay plantados en derredor del templo un gran número de árboles frutales. Tal es el estado en que se ven hoy dia los principales monumentos del Maduré. Veamos ahora lo que sucedió en la época á que nos referimos, segun voz pública, al soberano Bangara Tirumali. Presentábase el espíritu maligno, bajo las formas mas terribles, todas las noches á aquel príncipe, sin dejarle descansar ni un solo momento, por llevarle sin cesar de una á otra parte de su palacio. En tan triste situacion, hizo el príncipe llamar al P. Roberto de Nobilis, que se encontraba á la sazon en las inmediaciones de Maduré, á fin de que le procurase un medio para librarse de la contínua persecucion del espíritu de las tinieblas. Al llegar el misionero al palacio, halló al príncipe rodeado de bramas; y despues de haberse enterado de las cuitas del monarca, le prometió arrojar á los demonios, con tal que se le permitiese celebrar la misa en el Aramanei; en lo que consintió el príncipe, haciendo retirar desde luego á todos los que le rodeaban. «Esa precaucion es inútil, dijo entonces Roberto; porque no hay en la misa ningun secreto.» El apóstol pidió agua, la bendijo, regó con ella la sala, y empezó sus oraciones, mientras que los catequistas le disponian el altar, y luego celebró los divinos misterios en presencia de los bramas y del soberano, haciendo despues una aspersion general por todo el palacio. Vivamente satisfecho Tirumali, hizo ricos presentes al misionero, del que se separó con dolor, despues de haberle dado muchas pruebas de afecto y simpatía. A los pocos dias le hizo llamar nuevamente, y le dijo que no se habia visto atormentado como antes, por lo que estaba resuelto á abrazar el cristianismo. Roberto le contestó que era preciso despedir antes á las mugeres que tenia en su palacio, de todas las que no podia conservar mas que una, y que debia luego ser instruido en la nueva ley que trataba de seguir. Tirumali consintió en todo lo propuesto por el misionero; pero aterrados los bramas al saber la resolucion del monarca, le invitaron á ofrecer un sacrificio á Minatchi; y mientras estaba el príncipe ocupado en hacer su ofrenda, se le encerró en una habitacion retirada, de la que no volvió á salir; ó lo que es aun mas probable, le decapitaron, por no

esperimentar los efectos de su conversion. Luego hicieron los bramas creer al pueblo que la diosa Minatchi, satisfecha de las virtudes de Tirumali, le habia llamado á la mansion de la dicha Entretanto, los europeos, sospechando de la conducta del P. Roberto de Nobilis, atribuyeron sus triunfos á su observancia de ciertas prácticas de la idolatría, mientras que, como hemos visto, se habia limitado el religioso á adoptar ciertos usos inocentes, para atraer mas fácilmente los indígenas al cristianismo. Aquella falsa interpretacion, causó vivísimos debates en el año 1618. Habiendo sido llamado á Goa por sus superiores, el P. Palmerio, visitador de las Indias, y los demás jesuitas, vieron al principio con la mayor indignacion el nuevo trage de Roberto: pero en breve cambiaron de parecer. El tribunal del arzobispo de Goa, que no acogió tan favorablemente su defensa, remitió á la Santa Sede la causa formada al misionero, y en la que se le acusaba de fomentar la idolatría. El cardenal Bellarmino, tio de Roberto, al oir que su sobrino se habia hecho idólatra, le escribió para hacerle renunciar á sus designios; pero el apóstol, escudado con sus rectas intenciones, contestó á su tio justificándose cumplidamente. El arzobispo de Cranganor, el dominico Almeida, inquisidor de Goa, y el arzobispo de esta última ciudad, fueron otros tantos defensores de Roberto, por haberse convencido de que era el medio seguido por el religioso, el mas á propósito para plantear el cristianismo entre los bramas. En 30 de enero de 1623, Gregorio XV autorizó al misionero para que prosiguiese en la ejecucion de su plan, permitiendo así mismo á los bramas convertidos conservar ciertos usos, que en un principio se habian creido supersticiosos, y que solo conservaban los nuevos cristianos como distintivo de nobleza. Despues de cinco años de debates, pudo al fin el misionero continuar la obra tan gloriosamente empezada, sin temor de que volviese á alarmar las conciencias.

La isla de Manar, dirigida por los jesuitas de la costa de la Pesquería, está contigua á la gran isla de Ceylan, en la que aquellos religiosos habian evitado siempre establecerse, por no hacer sombra á los misioneros franciscanos, á pesar de las reiteradas instancias de los portugueses de Colombo. Pero como en el año 1602, girase su visita el obispo de Cochin religioso de la órden franciscana, y viese que no podian los misioneros franciscanos atender por si solos al cuidado y direccion de la nueva cristiandad de Ceylan, se creyó obligado á enviarles por cooperadores algunos jesuitas, á cuyo fin se entendió con el virey y con el arzobispo de Goa. Los PP. Alejandro Hunner, Jacobo de Guzman, Antonio de Mendoza y Pedro Euticio fueron entonces enviados á Ceylan, donde fueron perfectamente acogidos por su gobernador Gerónimo de Azevedo, hermano del glorioso mártir de este nombre. A sus espensas hízoles construir el gobernador una casa en Colombo, y les dispuso un colegio, en el que aprendieron los jesuitas la lengua del pais, por poder con mas fruto dedicarse luego á evangelizar á los indígenas. A fin de evitar toda rivalidad entre los franciscanos y los jesuitas, dividió el obispo de Cochin la mision en dos partes, señalando la del norte á los hijos de San Ignacio y la del mediodía á los de San Francisco. Luego de haberse procedido á aquella division, empezaron los jesuitas á construir iglesias en todos los puntos mas importantes; tres eran las que habian logrado ya construir el año 1603 en las poblaciones de Caymel, Mandopé y Chilao. En esta última, en la que habian hallado los misioneros siete cristianos, habia al poco tiempo mas de cinco mil; cuando fueron los jesuitas en número de diez, plantearon la fé en la pequeña isla de Carediva, en el año 1606. Insensiblemente fué aumentando aquella nueva cristiandad, merced á los contínuos desvelos y á la sangre que supieron los jesuitas derramar por ella, siendo sus primeros mártires los PP. Juan Metella y Luis Pelingotti, que fueron muertos á lanzadas por los indígenas en el mes de diciembre del año 1616.

Elévase en la parte superior de la costa de





la Pesquería, la ciudad de Chandegry, capital del reino de Narsinga, situado entre Poliokate, al oriente de la costa de Coromandel, y Mangalor, que está al occidente de la costa de Malabar. El P. Nicolás Pimenta, visitador de la Compañía en la India, mandó á Simon Sá, rector del colegio de Meliapur, que procurase por todos los medios hacer penetrar la luz de la fé en aquella region, por lo que ocurrió Sá á un mercader de Meliapur, oriundo de Chandegry, que habia abrazado el cristianismo. Como tuviese el mercader un pariente que servia al príncipe Obo, suegro del rey de Narsinga, obtuvo por su mediacion que pidiese el príncipe misioneros para cristianizar sus estados. En su virtud, partieron de Meliapur á 10 de octubre del año 1598 los PP. Simon Sá y Francisco Ricci y el mercader Crisóstomo. A una legua de Chandegry, hallaron el templo de Tripetti, considerado como el mas célebre de cuantos hay en el sud del Krichna, visitado anualmente por un gran número de peregrinos de todas las regiones de la India. Despues de haber hecho Obo una recepcion magnífica á los jesuitas, les presentó al rey, quien les hizo varias preguntas acerca del cristianismo, diciendo luego á los bramas que le parecia ser aquella la religion verdadera. A los pocos dias autorizó á los jesuitas para que construyesen una iglesia en la capital, y dió á Simon Sá una silla dorada en que debia hacerse llevar, por considerarse ser impropio el que los *gurus* (sacerdotes), recorriesen á pié las calles de la poblacion. El príncipe Obo, prometió por su parte, hacer construir una iglesia á sus espensas en la ciudad de Condur, á la que Simon Sá habia enviado á Antonio Gonzalvo para que empezase á predicar la ley divina. Informado Nicolás Pimenta de los felices auspicios con que habian dado los religiosos comienzo á sus tareas, envió á aquella mision á los PP. Manuel de Veiga, superior de la casa de Goa, Gaspar Estienne, Juan de Costa, Melchor Cotiño y Francisco Ricci, al que debia Gonzalo Monteiro reemplazar en Meliapur. Manuel de Veiga y Francisco Ricci construyeron el año 1599 una iglesia en Chandegry, por haberles procurado la reina el terreno necesario; y el rey á su vez en 1601 señaló una renta para la manutencion de los religiosos. La primera ventaja que bajo el punto de vista temporal reportó el pais de la presencia de los jesuitas, fué la de estrechar mas la alianza formada poco antes por el franciscano Luis, entre el rey de Narsinga y la corona de Portugal; y cuya ventaja acabó de granjearles la confianza y el aprecio del soberano. Al visitar el provincial de la India los establecimientos que dependian del colegio de Meliapur, se dirigió á Chandegry, donde le recibió el rey con mas consideracion que al gran sacerdote de los ídolos. La reina hizo tambien construir á sus espensas una iglesia en Paliakata, é hizo otras muchas dádivas de consideracion que contribuyeron á embellecer los templos y á fomentar la fé entre sus súbditos. Entre las residencias que poseian los jesuitas en el reino de Narsinga, habia la de Negapatan, puerto marítimo en que murió el P. Francisco Perez el año 1583 en olor de santidad, cuando se dirigia de Meliapur á la costa de Pesquería: los PP. Nicolás Levanto y Juan de Costa, fundadores de aquella residencia, trasladaron á su iglesia los restos de Juan Perez, en el año 1602.

Dos eran los jesuitas, como hemos visto ya, que estaban evangelizando el Bengala, pais situado en el Indostan, al sudeste del imperio del Mogol, y de las riberas del Ganges. Este rio (Pl. XCVIII, n.º 1) el mas caudaloso de la India, se forma en el Gherwal por la union de sus dos brazos, el Bhagirathy en el oeste, y el Alaknanda en el este: el Bhagirathy, considerado como el verdadero Ganges, nace en una ladera del Himalaya sobre el Gangotri, á la altura de 13,800 piés sobre el nivel del mar; pero siendo el Dauli mas considerable y viniendo de mas léjos, deberia ser considerado como el principal brazo, y dar su nombre al rio de que forma parte. El Bhagirathy y el Alaknanda se unen en un sitio llamado Devaprayaga, en el que se levanta un templo,

considerado por los indios como el mas célebre de sus santuarios. Mas allá de Hardwar, entra el Ganges en la vasta llanura del Indostan, y forma en el Bengala un Delta inmenso, compuesto de un gran número de brazos. Los portugueses establecidos en aquella region, reclamaron los socorros espirituales, que á fin de hacer igualmente estensivos á los idólatras, les procuró el visitador Nicolás Pimenta, enviando á ella desde Cochin el año 1598, á los PP. Francisco Fernandez y Domingo Sosa (1), quienes ejercieron su celo en Goli, Chandekan, Siripur y Chattigang ó Islamabad *Morada de la fé*). La facilidad con que lograron propagar el Evangelio, decidió á Pimenta á enviarles en el año 1599, á los PP. Melchor de Fonseca y Juan Andrés Boves. Construyóse la primera iglesia que tuvieron allí los jesuitas en el reino de Chandekan, de la que tomaron posesion el dia 1.° de enero del año de 1600. Las amarguras de la persecucion por las que tanto suspiraban los misioneros, al fin llegaron: la iglesia y la casa de los jesuitas fueron saqueadas; el P. Francisco Fernandez murió en un calabozo, á 14 de noviembre del año 1602, despues de haber sufrido toda clase de vejaciones; teniendo los restantes de sus hermanos que esconderse, ó apelar á la fuga por salvar sus vidas. Dos de ellos se dirigieron al Pegú.

En el año 1598, el visitador Nicolás Pimenta habia designado para aquel reino, que tan rebelde se mostrára al celo del franciscano Bonfer, á los jesuitas Baltasar de Segueyra y Juan de Acosta, los cuales no pudieron por de pronto embarcarse á causa de los disturbios que estaban agitando al Pegú. Felipe de Brito, el mas celoso de todos los portugueses establecidos en el Bengala, intervino en aquellas guerras, como ausiliar del rey de Arrakan, y merced al cual, empezó el cristianismo á echar raices en Siriam, puesto principal del Pegú. Al regresar de Goa, donde fué Brito á dar cuenta al virey de la situacion del pais conquistado, obtuvo aquel gefe que le permitiese el provincial de los jesuitas, llevarse á los dos religiosos de que hemos hablado anteriormente, y á los que recibió la colonia portuguesa como ángeles descendidos del cielo. El P. Manuel Pirez permaneció en la fortaleza, mientras que el P. Salerno tomó parte en las espediciones, en una de las que murió en alta mar, enviándose al Indostan para reemplazarle al P. Juan de María.

El nuevo campo del Bengala abierto á la piedad de los jesuitas, continuaba siendo aun cultivado por los dominicos. Segun Fontana, habia entre los religiosos de aquella órden el P. Gaspar de la Asuncion, el cual fué asesinado en el Malabar, al dirigirse del Bengala á Goa, el año 1597; así mismo Pedro Ususmaris y Simon de la Piedad, como él hijos de Santo Domingo, coronaron su apostolado en el propio año, con la palma del martirio. Tambien el hermano Pablo, que exhortaba á los portugueses á saber morir por Jesucristo, recibió con ellos la muerte en el reino de Arrakan, el año 1598. El P. Gaspar Sá predicó la ley de Jesucristo en el Bengala, obrando grandes conversiones; supónese por algunos historiadores que murió Sá, al dirigirse de Bengala á Goa, asesinado por uno de los indígenas á quienes trataba de convertir; al paso que suponen otros, haber muerto mientras iba á evangelizar la isla de Solor, junto con el P. Manuel de Lambuano, sacrificados ambos por los mahometanos, en el año 1601. De todos modos, es lo cierto que alcanzó Gaspar Sá la palma del martirio. En el año de 1598, llamó el portugués Jacobo Velose, á los jesuitas al reino de Camboge; pero como era aquella una mision confiada á los religiosos de Santo Domingo y San Francisco, se abstuvieron los jesuitas de dirigirse á ella.

Los dominicos continuaban además cristianizando el reino de Siam, en el que en medio de sus triunfos, se veian á menudo espuestos á todos los peligros. El P. Luis de Fonseca, despues de haber convertido en él á muchos indígenas, fué asesinado mientras estaba celebrando los santos misterios, en el año 1600,

(1) Du-Jarric. *Historia de las cosas mas notables*. Tomo I

uniendo así su sacrificio al de la celeste víctima. En el propio año los PP. Juan Maldonat y Alfonso Gimenez, ambos españoles, fueron aprehendidos al dirigirse de Filipinas á Camboge, por órden del rey de Siam, y asesinados bárbaramente á las pocas horas. Una feliz circunstancia facilitó el establecimiento de la Compañía de Jesus, en el reino de Siam. Al enviar el nuevo monarca una embajada al virey de la India, escribió á diferentes mercaderes que habia conocido cuando era príncipe, invitándoles á que continuasen haciendo su tráfico en todos los puertos de su reino. Tristan Golayo, mercader de Meliapur, propuso al provincial de los jesuitas llevarse un misionero, para presentarlo al rey, á fin de que pudiesen por aquel medio, ver los misioneros realizados sus deseos. Baltasar de Sequeyra, que debia partir ya para el Pegú, en el año 1598, fué el designado para el reino de Siam, á cuya corte llegó durante las fiestas de la Semana Santa, con viva satisfaccion de todos los cristianos que habian acudido á aquel pais para hacer su comercio. El obispo de Malaca, cuya jurisdiccion comprendia á Siam, escribió al P. Baltasar de Sequeyra, felicitándole por la tierna piedad de que estaba animado, y trasfiriéndole todos sus poderes.

Floreciente era en estremo, segun Du-Jarric, la cristiandad de Solor, á cuyo frente se hallaban los religiosos dominicos. El P. Antonio de la Cruz y el hermano Alejo, que llegaron á la India con el P. Gregorio de Santa Lucía, obispo da Malaca, y que fueron enviados por este prelado á la isla de Solor, deben ser considerados como los primeros apóstoles que dieron comienzo en aquel pais á la obra regeneradora que habia de procurar á la naciente iglesia tantos consuelos. Antonio se dedicaba á la predicacion y administraba los sacramentos, mientras que Alejo enseñaba á los convertidos á rezar el Rosario y otras oraciones y modificar su conducta. Despues de haber hecho abrazar el cristianismo á una multitud de idólatras, y de haber levantado veinte y seis iglesias que subsistieron hasta la invasion de los holandeses, cayeron ambos religiosos enfermos en el mismo año, desprendiéndose uno y otro de los lazos terrenos á 17 de febrero del año 1590, sin que pudiese en ellos, ni aun la misma muerte, romper la union que habian contraido durante su vida. Llegó á la isla procedente de Goa, el P. Francisco Galassa, quien bautizó á los indígenas de Trapobella; pero no pudiendo al fin soportar aquellos isleños antropófagos el suave yugo de la ley cristiana, asaetearon al religioso, digno sucesor del P. Antonio de la Cruz y del hermano Alejo, despues de haberles evangelizado durante ocho años. No fué menor la crueldad que ejercieron aquellos indígenas al año siguiente con el P. Travazos y el lego Melchor, asesinados bárbaramente por órden de los sacerdotes de los ídolos. En el propio dia, dos jóvenes del seminario de los PP. Predicadores, que se negaron á renunciar al cristianismo, fueron igualmente víctimas de la crueldad de los idólatras, que no pararon hasta arrancarles los ojos y cortarles la lengua. El P. Pablo de Mesquita, fué cogido por los piratas holandeses al dirigirse de la isla de Solor á Malaca; y como conociesen aquellos bárbaros que era dominico, le asesinaron desde luego, por vengarse de la órden dominicana, que con tanta constancia combatia á la heregía; los demás católicos que habia en el buque lograron salvar sus vidas. La isla de Pagua, no muy distante de la de Solor, correspondió tambien, como esta, al celo de sus misioneros, procurándoles el martirio; siendo sacrificado en ella por los idólatras en el año 1602 el P. Gerónimo Mascarenhas. Los habitantes de Flores, que no tributaban culto á Dios, al sol, ni á ningun ídolo, ni observaban tampoco ninguna práctica supersticiosa, fueron evangelizados por los PP. Luis de Andrada y Juan de la Anunciacion. Despues de haber logrado los misioneros con su benevolencia atraerse al gefe de la tribu que habitaba en Larentuka, poblacion situada en el estremo occidental de la isla, edificaron dos iglesias en Flores y anunciaron

públicamente la palabra divina. En los últimos meses del año 1620, el P. Gaspar del Espíritu Santo, fué encargado á su vez de evangelizar aquella isla, y el P. Juan de la Anunciacion, entonces prefecto de las misiones, le envió como ausiliares á los PP. Simon de la Madre de Dios, y Juan Bautista de Laforteza. Fueron estos dos religiosos arrojados por la tempestad á una costa habitada por los mahometanos, quienes despues de haberles hecho sufrir todos los tormentos, acabaron por devorarles; terminando de este modo á 20 de enero del año 1621 su carrera apostólica, aquellos gloriosos atletas de Jesucristo. Grande fué el milagro, segun Fontana (1), que obró el cielo á los pocos dias de aquel sangriento sacrificio: mientras estaba el pueblo reunido en la plaza pública, se le aparecieron Simon de la Madre de Dios, Juan Bautista de Laforteza, y con ellos Agustin de la Magdalena, condenado á muerte en el año 1618, vistiendo todos ellos el hábito de su órden, y dejando deslumbrados con su resplandor á todos los espectadores. Entonces se arrojaron los mahometanos en pos de ellos para verles mas de cerca é informarse de si eran realmente aquellos mismos religiosos que habian asesinado pocos dias antes; pero fué tal su estupor que no se atrevieron á dirigirles la palabra, durante los breves instantes que permanecieron los mártires en su presencia.

La fé católica planteada á costa de tantos sacrificios en las islas Molucas, sufrió un golpe terrible que casi la desarraigó del todo. La celebridad de aquellas islas en la especieria, escitó la ambicion de los ingleses y de los holandeses, quienes se dirigieron inmediatamente á ellas, los primeros por el estrecho de Magallanes, y doblando los otros el cabo de Buena-Esperanza; y como á la rivalidad comercial no tardase en unirse al antagonismo religioso, armaron unos y otros á los idólatras y á los mahometanos contra las colonias portuguesas. Los jesuitas poseian en Ternate un colegio, del que dependian todas las residencias que habian logrado establecer en diferentes puntos de aquellas islas, en las que continuaban conservando la fé entre los cristianos y procurando convertir á los indígenas; hasta que en el año 1580, Bab-Ulla, rey de Ternate, logró arrojar á los portugueses de las dos plazas fuertes de Amboine y Tidor, en la primera de las cuales residia el superior de las islas Molucas. «Dice Du-Jarric, que los holandeses é ingleses alentaron de tal modo á los idólatras, que en las solas islas sometidas al rey de Ternate, hubo al principio de la rebelion mas de sesenta mil mártires cristianos. Los misioneros que habia entre ellos durante la persecucion, añade el propio autor, no solo derramaron generosamente su sangre, sino que sucumbieron de dolor muchos de ellos al ver desaparecer aquella religion que habian logrado plantear á costa de tantos trabajos.... Tales fueron los frutos que dió el nuevo Evangelio de Lutero, de Calvino y de los demás hereges de su tiempo.» El virey de las Indias, envió desde Goa una escuadra á las islas Molucas; pero como luego se retirase esta á Malaca, se apoderaron los holandeses de los fuertes de Amboine y de Tidor. Solo cuando el gobernador de Filipinas, haciendo un noble esfuerzo el año 1606 en favor de las dos coronas reunidas de España y Portugal, se apoderó nuevamente de Ternate, volvieron los jesuitas á tomar posesion de su colegio. Sin embargo, las Molucas, que acababan de entrar de nuevo bajo la dominacion del rey católico, debian serle disputadas; no siendo menores los embates que iba á sufrir el cristianismo en medio de las vicisitudes de la guerra, y de los nuevos golpes que contra él iba á asestar la heregía.

La sangre de un jesuita enrojeció la fundacion de Batavia, (Pl. XCVIII, n.º 2) establecida el año 1616 en la isla de Java, en el mismo sitio que ocupaba la ciudad india de Jaccatra, á orillas del Tjiliwang; siendo el P. Egido de Abre, la víctima que espirando el año 1622, á consecuencia de sus heridas, en los calabozos de Batavia, fundó la creacion

(1) *Monumenta Dominicana*, año 1599.

de aquella metrópoli, centro del comercio de los holandeses con la China, el Japon, la India y todas las islas de la Malesia (1).

El fanatismo de los musulmanes rivalizaba con el ódio de los hereges, como lo prueba claramente el martirio del bienaventurado Sebastian de San José. Hijo este santo varon de una noble familia de Medina del Campo, tomó en su juventud el hábito de San Francisco; su vida edificante y su celo le valieron el ser enviado por sus superiores á la provincia franciscana de San Jorge de Filipinas, destinada á procurar á aquel archipiélago los misioneros necesarios. Habiendo pasado despues á las islas Molucas, bautizó Sebastian en ellas á cinco de sus mas poderosos gefes, y procuró el conocimiento del verdadero Dios á una multitud de infieles. Capturado por un corsario holandés en el momento en que iba el religioso á proseguir su mision, fué abandonado en una isla desierta, despues de haber sufrido muchos tormentos, y trasladado milagrosamente á la de Togolanda, en la que manifestó la estravagancia del Alcoran y la escelencia del cristianismo á los musulmanes que la poblaban. En su virtud los infieles le presentaron á su juez, el cual mandó que fuese el apóstol decapitado, y que su cuerpo fuese arrojado al mar, sentencia que procuró á Sebastian la palma del martirio el dia 28 de junio de 1610. Dos milagros, á cual mas patente, se obraron en el dia mismo de su martirio, á saber: el cuerpo del bienaventurado, á pesar de todos los esfuerzos, permaneció sobre las aguas, y apareció una cruz milagrosa en el sitio mismo en que fué decapitado el mártir cristiano. Háse empezado ya en Roma el proceso de su canonizacion.

Dependian las islas Molucas del gobierno de Filipinas, en cuyo archipiélago vivia aun el recuerdo de Diego Advarte que, despues de un largo apostolado, ocupó con tanta gloria la silla que antes que él dirigió Benavides.

Nació aquel noble aragonés en Zaragoza, hácia el año 1556, al que se envió desde su juventud á la universidad de Alcalá, donde los rápidos progresos que hizo en los estudios, y su rara prudencia en la eleccion de sus amigos, no tardaron en demostrar su talento y su prevision. Así que, unióse en santa amistad con un jóven religioso, cuya tierna piedad y amables costumbres fueron objeto de todas sus delicias; era tal la simpatía que reinaba entre aquellos dos corazones, que solo vivian al estar reunidos, lo que no es estraño, si se atiende á que reunian ambos jóvenes el mismo talento, el mismo candor, la misma virtud. El uno, por su fidelidad á la gracia de la vocacion, esperimentaba ya lo que ha dicho Jesucristo, esto es, que su yugo es dulce y suave; mientras que el otro, nada deseaba con tanto ardor como el saber la voluntad de Dios por seguirla; era tal el fervor con que pedia á Dios el conocimiento de su voluntad divina, que al fin se dignó revelársela. Hé ahí porque al tomar el hábito de Santo Domingo en el convento de Alcalá á 29 de abril del año 1586, renunció Advante con tanto placer á los goces y á las esperanzas de la tierra, y se mostró mucho mas feliz de lo que puede serlo el hombre que aspira y alcanza la posesion de los bienes y honores de esta vida.

La ciudad de Alcalá, edificada al ver su piedad, empezaba á aprovecharse de sus primeras predicaciones, cuando el deseo de estender el reino de Jesucristo, decidió al misionero á ir á continuar su ministerio entre los habitantes de América. La Providencia se sirvió del ejemplo de un hombre apostólico para acabar de resolver á Diego Advarte: el P. Alfonso Delgado, uno de los primeros fundadores de la provincia del Rosario en Filipinas, se habia dirigido á España, para procurarse nuevos operarios evangélicos que le siguiesen á aquel archipiélago, para continuar la obra empezada en él, ó ser destinados á la India ó al Japon, segun las necesidades de la nueva iglesia. El P. Francisco Blancas, se ofreció desde luego á seguirle; pero como evangelizaba hacia muchos años con gran fruto las provincias

(1) Tanner, «Societas Jesu usque ad sanguinis et vitæ profusionem militans.»

de España, se opusieron á su partida los dominicos de Alcalá, quienes encargaron á Diego de Advarte, su amigo, que procurase hacerle renunciar á su propósito. Contaba la comunidad, ó que Advarte disuadiria á Blancas, ó bien que persuadiria al P. Delgado de que no era útil privar á España de las inmensas ventajas que reportaba del ministerio y del ejemplo de aquel hombre apostólico. Todo fué empero inútil: espuso el P. Delgado de un modo tan patético los abundantes frutos que la palabra de Dios habia producido ya en aquellas regiones, y los mucho mayores que aun podia producir cuando fuese mas conocido en ellas el nombre de Jesucristo, que el mismo Diego de Advarte se sintió animado de contribuir á la conversion de los infieles, por mas que debiese su cristiana determinacion costarle la vida. Bañado, pues, en lágrimas de gozo, abrazó tiernamente á Blancas, diciéndole: «Vámonos, vámonos á donde nos llama la voz del Omnipotente. Al oponerme á vuestra resolucion, me oponia, sin saberlo, á los designios de la Providencia; si hubiese tenido la desgracia de retraeros de ella, habria creido ser la causa de la pérdida de todas las almas que quiere Dios salvar por vuestro ministerio. Ofrézcome desde ahora por compañero de vuestros trabajos, cumpliendo con ellos la voluntad que me fué inspirada cuando pedí el hábito de Santo Domingo.» Diego de Advarte y Francisco Blancas se dirigieron á Toledo, y luego á Sevilla, donde se embarcaron el 1.º de julio de 1594.

El P. Alfonso Delgado, vicario general de la mision, pensaba dirigirse primeramente á Méjico, donde debia dejar algunos de los quince misioneros que llevaba, y encaminarse luego con los demás á Filipinas; pero el cielo lo habia dispuesto de otro modo. El buque en que iban los misioneros se habia convertido en un verdadero templo, tanta era su oracion y penitencia; en él se cantaban las alabanzas del Señor, se rezaban los divinos oficios, y se practicaban noche y dia los ejercicios del claustro con la misma exactitud con que eran observados en el convento mas austero. Los fieles que se encontraban en el mismo buque, edificados ya por una conducta tan santa, escuchaban con mas respeto y fruto la instruccion que se les hacia regularmente una vez al dia, cuando era el tiempo bueno. Las tempestades, empero, fueron tan frecuentes y violentas, que se vió el buque obligado á detenerse en las islas Canarias, para atender á su seguridad, y por exigirlo tambien así el estado de muchos religiosos, que no les permitia continuar su viage. Diego de Advarte, que era tambien uno de ellos, se paró con sus compañeros en aquellas islas para cuidar su salud y conducirles despues á Méjico. El deseo de reunirse con sus hermanos y de trabajar cuanto antes en el campo del Señor, les obligó á hacerse prontamente á la mar; y como durante la navegacion fuese su vida mas que como enfermos, como penitentes, no tardaron en terminar su sacrificio. Llegados á Tlascala los tres jóvenes religiosos, entre los que habia dos primos hermanos, murieron santamente en el mes de setiembre: Diego Advarte, despues de haberles servido hasta su postrer suspiro con la ternura de un hermano, se dirigió á Méjico, donde esperimentó otra sensible pérdida; puesto que el P. Alfonso Delgado terminó allí su gloriosa carrera á 25 de diciembre, feliz por ver á su lado á aquellos jóvenes apóstoles, que solo deseaban llamar, como él, muchos infieles á la fé é infinitos pecadores á la penitencia. El P. Miguel de San Jacinto, nombrado superior de la mision en reemplazo de Alfonso Delgado, se dispuso á llevar á la Oceanía el refuerzo que estaba aguardando con tanta impaciencia. A este fin se embarcó el dia 23 de marzo del año 1595 en el golfo de Méjico, volviendo los misioneros á adoptar el género de vida que se habian prescrito al salir de Sevilla. Tocaron en Acapulco, ciudad de Nueva-España en el mar del Sud, y luego dirigieron su rumbo hácia el mar Pacífico, llegando el 2 de junio al puerto de Manila.

Fué Advarte destinado á evangelizar á los chinos *sangleyes*, que como todos aquellos isleños, habian recibido la fé de Jesucristo,

desde el establecimiento del colegio de Santo Tomás en la ciudad de Manila. Las relaciones que tuvo con ellos Diego de Advarte le facilitaron el conocimiento de la lengua, por lo que estuvo muy pronto en el caso de poder cumplir con todas las funciones de su ministerio. Al trabajar por la salvacion de aquel pequeño rebaño, se proponia estender un dia su mision hasta el Celeste Imperio; así que no solo procuró estudiar la lengua, si que tambien los usos y costumbres del pueblo chino.

En aquella época, hizo el rey de Camboge pedir á Luis Perez de Marinas, gobernador de Filipinas, ausilio contra el rey de Siam, y algunos misioneros que enseñasen al propio tiempo á sus pueblos las verdades de la salvacion. No obstante las pocas tropas con que contaba el gobernador y el reducido número de misioneros que tenia el provincial de los dominicos Alfonso Gimenez, fué atendida en todas sus partes la peticion del rey. Los tres dominicos portugueses Silvestre de Acevedo, Lopez Cardoso y Juan Madeyra, eran los que evangelizaban ya á la sazon sus estados, obrando grandes conversiones; Acevedo, sobre todo, amado del rey y de sus súbditos, habia arrancado un gran número de idólatras de las tinieblas del paganismo, edificado diferentes iglesias; siendo una de sus mayores conquistas la de un sacerdote de los ídolos, que por no renunciar á la fé que abrazára, se dejó sacrificar por los demás ministros de los falsos dioses. A fin de sostener una mision tan felizmente empezada, enviaron los dominicos de Filipinas nuevos apóstoles, siendo destinados Alfonso Gimenez y Diego Advarte á la nueva mision de Camboge.

Despues de haber esperimentado los misioneros y las tropas que se dirigian á aquel reino fuertes tempestades, llegaban ya casi al mismo puerto, cuando fueron azotados y casi sumergidos por un terrible huracan que les arrojó á gran distancia de las costas de Camboge. Era tanta el agua que hacia el buque, que no bastaba á arrojarla la tripulacion y los pasageros, viéndose por lo mismo espuestos á ser sepultados en los abismos del mar; los misioneros, á quienes sostenia el ardor de su fé, eran el único consuelo que les deparaba la Providencia en aquellas críticas circunstancias. Durante el viage, habian procurado los dos apóstoles mejorar las costumbres de la tripulacion y enseñar á los idólatras que se encontraban en el buque, las verdades del cristianismo; por lo que, desearon unos ser purificados por medio de la penitencia y otros por el bautismo; siendo veinte y dos los que recibieron la gracia de la regeneracion de manos de Diego Advarte. Por fin, oyó el cielo benigno las súplicas de sus hijos, y pasó la tempestad, y pudo repararse el buque; pero las provisiones habian disminuido en gran manera, empezaba ya á faltar el agua potable, y aunque menos fuerte el viento, continuaba alejando al buque de su destino. La posicion de los pasageros, al verse en la zona tórrida, abrasados por el ardor del sol y sin poder apagar su sed, era desconsoladora, cuando notaron junto á un brazo de mar, al que la tempestad les arrojára, diferentes cabañas. Llenos de esperanza saltaron inmediatamente á tierra; pero solo encontraron en ellas á algunos esclavos que tenia allí su dueño para hacerles trabajar, por lo que no pudieron ofrecerles mas que agua medio corrompida que hacia dos años guardaban en sus cisternas. Por muy bien empleados habrian tenido los misioneros sus peligros y fatigas, á haber podido comunicar á aquellos pobres infieles las riquezas de la salvacion; pero no les fué esto posible, por haber tenido que reembarcarse antes de haberles instruido. Algunos dias despues, se descubrió Pulo-Ubi, isla de las indias en el golfo de Siam, que se halla á la parte meridional del reino de Camboge. Por fin llegó el buque á uno de los puertos del reino á que se dirigia, siendo la alegría de los pasajeros tan viva como corta. El rey de Siam habia logrado ya apoderarse del pais, por no haber podido llegar á tiempo el refuerzo de los españoles; por lo que no quedó en tan triste situacion mas recurso, que el de enviar un comisionado al conquistador,

para que le hiciese presente que se habian dirigido allí en clase de embajadores del gobernador de Filipinas. El rey de Siam, que solo deseaba hacer perecer á todos los españoles, acogió con benevolencia aparente al enviado, y puso á disposicion de los españoles todos sus medios de trasporte para que se dirigiesen inmediatamente á su corte. Pero habiéndoles dicho algunos nuevos cristianos que era aquel príncipe fanático por sus ídolos, y que de ningun modo permitiria la predicacion del Evangelio en sus estados, se reembarcaron los españoles inmediatamente junto con los misioneros. Al poco tiempo de haber salido del puerto, viéronse los españoles atacados por todas direcciones, siendo numerosas las fuerzas de los bárbaros que se arrojaron sobre ellos; la intrepidez empero de los españoles, triunfó del número de sus enemigos, á los que derrotaron completamente, volviendo luego el buque á seguir su rumbo.

No habiendo sido posible evangelizar el reino de Camboge, regresó Diego Advarte hácia el de Ciampa y penetró luego en Cochinchina. La vista de una cruz plantada en una altura, y la acogida que le dispensó el virey, llenaron su corazon de esperanza; disponíase á ejercer ya su apostolado entre aquellos idólatras, cuando la presencia de algunos estranjeros en el pais hizo concebir sospechas á los naturales, y fracasar los planes del misionero. Viéronse pues obligados los españoles, y hasta el mismo Diego Advarte á reembarcarse por no caer en poder del virey; siendo su buque atacado durante la travesía por cuatro corsarios cochinchinos. Por mas que se batieran los españoles con sin igual arrojo, no pudieron evitar sensibles pérdidas, aunque lograsen derrotar á sus contrarios; hasta el mismo Diego, ocupado en confesar los enfermos y exhortar los moribundos, recibió dos flechazos, uno en el rostro y otro en el pecho, sin que fuese mortal ninguno de ellos.

Despues de haber pasado, no sin peligro, el estrecho de Singapur, llegaron los dos misioneros á Malaca, donde los religiosos portugueses les prodigaron todos los consuelos. Durante los dos meses que estuvieron con los dominicos de aquella ciudad, edificó Diego Advarte toda la comunidad con su modestia, su regularidad y su espíritu de penitencia; cuando el estado de sus heridas le permitió continuar la marcha, se embarcó para Manila, donde llegó á últimos de junio del año 1597.

Habiendo caido el gobernador español de Filipinas en poder de los portugueses, fué conducido á Macao, ciudad de la China que poseian como feudatarios del emperador; el consejo de Manila y los superiores de Diego Advarte, confiaron á este la delicada mision de lograr su libertad, y en cuyo desempeño tuvo que desplegar toda su inteligencia y su celo para triunfar de la política de los portugueses y de la codicia de los mandarines chinos. Por penoso, empero, que le fuese el desempeño de su cometido, no lo fué tanto para él como la muerte del P. Alfonso Gimenez, muerto en Macao, á 25 de diciembre de 1597; sin embargo, tuvo tambien que resignarse, como lo habia hecho ya, al ser separado de su amigo el P. Francisco Blancas, por destinársele á predicar el Evangelio en otras regiones.

Al salir de la China tomó la direccion de Malaca, desde donde se dirigió despues á Goa; iban con él tres religiosos portugueses que no se separaron hasta la isla de Ceylan. Por mas débil que estuviese el siervo de Dios, á causa de sus viages y de sus austeridades, se dedicó con ardor á la conversion de los isleños, haciéndole su caridad soportables todas las fatigas en un clima en estremo cálido.

En interés de la propagacion de la fé, partió de Ceylan para España, donde pensaba reunir algunos ministros que le secundasen en el cuidado de su mision; teniendo en los ocho meses que duró su travesía varias tempestades que pusieron su vida en el mas inminente peligro, particularmente la última que sufrieron en las costas de Portugal. Finalmente, llegó Advarte á Vigo, el dia 16 de setiembre del año 1603; y como informase á Felipe III del

estado de las misiones que habia en sus vastos estados del nuevo mundo, encargóle el monarca que escribiese una memoria, á fin de que pudiesen darse con mas acierto las disposiciones necesarias para fomentarlas. Durante los dos años que permaneció Advarte en España, se procuró los religiosos necesarios para dar impulso á los trabajos del apostolado, y con los que partió en el mes de junio de 1605 para procurarse tal vez la corona del martirio; puesto que, la suerte de los PP. Gaspar de Sá, Pablo de Mesquita y Silvestre Figuereto, solo habia contribuido á inflamar mas el celo de los compañeros de Advarte. El rey Felipe III sufragó todos los gastos del viage, y quiso que se dirigiesen los misioneros á Filipinas, para que pudiesen en la provincia del Rosario, que era sin duda la mejor organizada que tenia la órden de Predicadores, aprender la lengua y las costumbres de los diferentes pueblos de Asia, antes de ser destinados á aquellas naciones infieles, de aquende ó de allende el Ganges. Fueron tales los sufrimientos de los misioneros, en su larga travesía, que sucumbieron ya algunos de ellos antes de llegar á su destino. La provincia del Rosario acogió con tanto mas gozo á sus hermanos, cuanto que era muy reducido el número de los que contaba en su seno, y que podian consagrarse á las tareas del apostolado; los mas jóvenes de entre los recien llegados permanecieron algun tiempo en Manila para acabar de imponérseles en el colegio de Santo Tomás en todas las obligaciones del misionero.

Diego Advarte, nombrado superior de aquel colegio y de la comunidad, vióse tambien obligado á permanecer en la capital de Filipinas: su ejemplo, su vigilancia y su celo conservaron el espíritu de regularidad y de fervor en la comunidad, hizo florecer los estudios en el colegio y procuró á los fieles todos los socorros espirituales de que necesitaban.

Aun no hacia tres años que estaba desempeñando aquel empleo, cuando habiendo muerto el P. Domingo de Nieva, procurador de la provincia dominicana del Rosario en la corte de España, fué nombrado Advarte para reemplazarle. Espuesto nuevamente á los peligros del mar, tuvo el misionero ocasion sobrada para demostrar una vez mas su caridad y su abnegacion en las diferentes tempestades que por varias veces amenazaron á la tripulacion y á los pasageros con un inminente naufragio. Hubo momentos en que fué tan terrible la ansiedad y tan general el desaliento, que ni si quiera se pensó en la maniobra que podia aun salvar el buque; pero en todos ellos hizo el caritativo apóstol, lo que San Pablo en una ocasion semejante. Su esfuerzo y su confianza inspiraron á la tripulacion el valor necesario; y sus preces y sus tiernas exhortaciones lograron reanimar las agotadas fuerzas, y que todos los brazos se dedicasen nuevamente al trabajo. Tan pronto como menguó la tempestad, volvió á emprenderse el viage; pero se declaró entonces una terrible enfermedad que arrebató en pocos dias al capitan, al contramaestre, á un rico mercader portugués y á otros pasageros, de todos los que fué Diego Advarte el ángel consolador hasta que exhalaron su postrer suspiro. El mercader le entregó todo su dinero, que ascendia á la suma de sesenta mil escudos, con el encargo de distribuir una parte á su familia, y de emplear lo restante en obras piadosas. Solo quiso Diego encargarse de aquel dinero en presencia de varios dominicos y otras personas; y su primer cuidado, al llegar á Portugal, fué reunir la familia del mercader, á la que entregó toda la suma, sin reservarse cosa alguna, ni para sí, ni para su comunidad. Limitóse á observar á los miembros de aquella familia, que, la piedad y el reconocimiento les obligaban á orar por su bienhechor y á hacer algunas limosnas, por ser este su deseo.

Despues de haberse puesto de acuerdo con el provincial de España para enviar á Filipinas nuevos misioneros, se dirigió Diego Advarte á Paris, donde el P. Agustin Galamini, maestro general de la órden de Predicadores, habia anunciado un capítulo para el mes de mayo del año 1611. Como diferentes de los miem-

bros de aquel capítulo general habian trabajado con gloria en las Indias orientales, pudieron dar exacta cuenta de los progresos de la predicacion evangélica en las naciones infieles (1). Diego Advarte, en calidad de definidor de la provincia del Santo Rosario, dió un brillante testimonio del celo de los dominicos de Filipinas, é hizo además leer una carta que los PP. Alfonso de Mena y Tomás del Espíritu Santo le habian escrito desde el Japon en 10 de marzo del año 1608.

CAPÍTULO XXIII.

Misiones de los jesuitas, franciscanos, dominicos y agustinos en el Japon y en Corea.

La presencia de misioneros, además de los jesuitas, en el Japon, es un hecho harto notable, para que ponderemos su importancia ni insistamos en lo que dijimos ya anteriormente. Bastará que sigamos el curso histórico de estas misiones, desde el punto en que lo dejamos anteriormente.

En el año 1579, el P. Alejandro Valignani, habiendo ido al Japon en calidad de visitador general, esperimentó un gran sentimiento al ver á un número considerable de pueblos cristianos, privados de pastores espirituales, y para poner un pronto remedio á aquel mal, propuso á los superiores locales de la mision, y á los mas antiguos coadyutores, que llamasen en su ausilio á algunos religiosos de las demas órdenes. Como aquel acuerdo encontrase opuestos pareceres, juzgóse del caso someter la definitiva resolucion de tan delicado asunto, al P. Aquaviva, general de la Compañía, y este á su vez creyó que la prudencia aconsejaba consultarlo con el papa Gregorio XIII, con el cardenal Enrique, protector de las misiones y con el rey de Portugal. Habiendo muerto durante este tiempo el citado cardenal, y reuniendo Felipe II, rey de España, las dos coronas, sometió á la deliberacion de un consejo aquel importantísimo asunto. Despues de muchos debates luminosos, se acordó por unanimidad, que no solamente los jesuitas del Japon no debian llamar á otros religiosos para asociarles en sus trabajos apostólicos en aquel imperio, sino que tampoco debia permitirse que fuesen allí otros sacerdotes ó religiosos que no perteneciesen á dicha sociedad. Del propio parecer fué Gregorio XIII, quien sin duda tenia presente aquella máxima de San Pablo: «que siempre habia puesto gran cuidado en no predicar el Evangelio en los lugares en donde ya era conocido el nombre de Jesucristo, temeroso de edificar sobre fundamentos agenos; y á fin de que el Salvador del mundo fuese conocido por mayor número de gentes.» Aunque los jesuitas, por el paso que habian dado pidiendo ausiliares, hubiesen renunciado al derecho que parecia darles la primera de estas dos reglas, el soberano Pontífice, persuadido por la segunda, procedió indudablemente como padre comun, cuando cerró las puertas del Japon á un gran número de escelentes operarios, para obligarles á esparcirse por otras regiones que les ofrecian ópimas y abundantísimas cosechas. El dia 28 de enero del año 1585, Gregorio XIII espidió una bula, de la cual estractamos el siguiente pasage: «Aunque aquel pais sea muy estenso, y tenga necesidad de un gran número, ó para decirlo mejor, de un grandísimo número de obreros evangélicos; sin embargo, como el bien que puede reportar, depende mucho menos de la multitud de ministros de Dios, que del modo de portarse con aquellos pueblos, del sistema de instruirlos y del conocimiento del génio é índole de los naturales, debe tenerse sumo cuidado en no permitir que se introduzcan entre aquellos insulares, otras personas que los que ya les conocen debidamente, porque de lo contrario, la novedad y variedad les podria sorprender y causar en su ánimo muy mal efecto é impedir quizás, ó al menos perturbar la obra de Dios. Considerando pues que hasta al presente ningun sacerdote, como no haya pertenecido á la Compañía de Jesus, ha pe-

(1) Fontana, *Monumenta Dominicana*, año 1614. Turon, Historia de los hombres ilustres de la órden de Santo Domingo.

netrado en las islas y reinos del Japon; que únicamente estos religiosos han dado á conocer á los japoneses nuestros sagrados misterios, haciéndoles abrazar con conviccion el cristianismo; que son los maestros y en cierto modo los padres de estos nuevos fieles, quienes, por su parte, son muy adictos y profesan mucho respeto y amor á la Sociedad, y á cuantos á ella pertenecen: Nos, que deseamos que esta buena inteligencia, este lazo de amor y caridad, sea permanente y no sufra ningun quebranto, anhelando únicamente la salvacion eterna de esta nacion; de propio motu, segun así lo entendemos, y por nuestra autoridad, prohibimos á todos los patriarcas, arzobispos y obispos, inclusos los de las provincias de la China y del Japon (1), bajo pena de interdicto eclesiástico, suspension de entrada á la iglesia y del ejercicio de las funciones pontificales; y á los demás sacerdotes, clérigos y ministros eclesiásticos, tanto seculares como regulares, escepto los religiosos de la Compañía de Jesus, bajo pena de excomunion mayor (censura de que no podrán ser absueltos sino por la Santa Sede, como no sea en artículo de muerte), que entren en las islas y reinos del Japon, para predicar en este pais el Evangelio, ó para enseñar la doctrina cristiana y administrar los sacramentos, ó ejercer alguna funcion eclesiástica, cualquiera que esta sea, sin un permiso espreso de Nos ó de la Santa Sede apostólica, etc. »

Esta bula es anterior de dos meses á la llegada de los embajadores japoneses á la capital del mundo cristiano, en donde Gregorio XIII y Sixto V su sucesor, les colmaron de atenciones, dándoles irrefragables muestras de amor y respeto. En la coronacion del nuevo Papa, figuraron entre los embajadores; Sixto V les hizo caballeros en presencia de toda la nobleza romana y el senado y municipio romanos, los recibieron en calidad de patricios. En fin, partieron el dia 3 de julio del año 1585, pasaron por Venecia y Mantua, se embarcaron en Génova para España, y mas tarde en Lisboa para su patria, acompañados de diez y siete jesuitas. Pero durante su ausencia, todo habia cambiado de aspecto en el Japon.

Nobunanga que se burlaba de los honores divinos que se tributaban á los «kamies», fué arrastrado por su ambicion hasta el punto de hacerse adorar él mismo como un dios. Construyó un soberbio templo en una colina inmediata á Anzuquiama, en donde reunió los mas bellos ídolos que pudo hallar en el Japon; colocó en el sitio mas visible una piedra en la que estaban grabadas sus armas con varias divisas, y obligó á los japoneses, bajo severas penas, que fuesen á adorar á aquella piedra ó *Xantai* (1), suspendiendo al efecto todo otro culto exterior religioso en el imperio. El hijo mayor de Nobunanga fué su primer adorador, y el temor del castigo atrajo por otra parte un concurso extraordinario á contar desde el dia 6 de febrero del año 1582; pero los cristianos se abstuvieron de concurrir. Dios no dejó por mucho tiempo sin castigo semejante impiedad: la traicion rodeó al príncipe idólatra, quien fué muerto con su hijo mayor en el palacio en que habitaban, el dia 20 de junio del siguiente año. El gefe de la revolucion trató de captarse la voluntad de los misioneros, imaginando que podrian servirle para ganar á los japoneses cristianos; pero el P. Gnecchi, escribió á Justo Ucondono, que solo atendiera á su deber. Aquella guerra, desfavorable al rebelde, abrió el camino del trono á Faxiba, quien, bajo pretesto de ejercer la tutela de un nieto de Nobunanga, se apoderó del poder. Justo Ucondono y algunos otros que eran las columnas de la iglesia del Japon, fueron agregados al gobierno administrativo, persuadido el príncipe de que podria servirle de mucho la amistad de los cris-

(1) Habiendo muerto Melchor Carnero, como dijimos anteriormente, que habia llevado el título de obispo del Japon, no habia ninguno otro todavia que estuviese revestido de aquella dignidad: pero Gregorio XIII se espresaba así, porque los arzobispos de Goa y de Manila, pretendian ejercer su jurisdiccion en aquel archipiélago, y porque aquellos prelados, y el obispo de la China, con residencia en Macao, hubieran podido suponer que aquella bula no les incluya á ellos. (Nota del Aut.)

(1) El Xantai, segun la mitologia del Japon, equivale á divinidad. (Nota del Trad.)

tianos para sostener su dignidad, favoreciendo al propio tiempo su religion, apartando de su lado á los bonzos, y destruyendo una gran parte de los templos de estos y sus casas. Las provincias del dominio imperial, aunque directamente sujetas á un príncipe idólatra, se mostraron tan propicias á los obreros evangélicos, como las que estaban gobernadas por algunos dai-mios cristianos. La conversion del médico Dosam, discípulo de una de las mas célebres escuelas de la China y del Japon, aceleró sobre todo aquel favorable movimiento. Habiendo ido á consultarle el P. de Fighcredo en su residencia de Miyako, y habiéndole manifestado que si bien deseaba curar de la enfermedad que le molestaba, no por esto le afligia la perspectiva de la muerte, por cuanto le pondria en posesion de una vida incomparablemente mejor y mas dichosa, Dosam, que no admitia la inmortalidad del alma, obligó con sus objeciones á que el misionero le probase que siendo puramente espirituales las funciones del alma, tales como nuestros pensamientos ó deseos, necesariamente tiene que ser un puro espíritu; que no conteniendo en sí ningun principio de corrupcion, es inmortal por su propia naturaleza; y que siendo así, el alma ha sido creada para un fin que le es propio y del que solamente es una preparacion y paso la vida presente. El apóstol condujo entonces por grados á Dosam, al conocimiento de un Dios creador y salvador de los hombres, remunerador liberal de la virtud, y severo vengador del crímen. Como el sábio japonés, en lugar de rebelarse contra la gracia, se humillase y mostrára deseos de instruirse á fondo en los misterios del cristianismo, sus deseos fueron cumplidamente satisfechos; la verdad que amaba sinceramente, apareció á sus ojos con toda su hermosura, y por último, fuéle conferido el bautismo en el mes de diciembre del año 1584. Ochocientos jóvenes que asiduamente concurrian á sus lecciones, siguieron aquel ejemplo que tuvo muchísimos imitadores en todas las clases de la sociedad. «El sábio, decian, ha abrazado la religion de los europeos; es preciso que sea la única verdadera.» Faxiba, léjos de mostrarse receloso por aquellos progresos del cristianismo, veíalos con agrado, y rodeábase de cristianos á quienes confiaba los mas importantes destinos del estado. El gefe de sus guardias era Justo Ucondono; Tsucamidono, gefe de la flota, era hijo de Joaquin Riusa, gobernador cristiano de Sakai, quien habia recibido el nombre de Agustin; Condera gefe de la caballería, acababa de ser bautizado con el nombre de Simon. El regente interesado mas que nunca, en conservar adictos los discípulos de Jesucristo á su persona, hizo trasladar entonces á Osaka el seminario, establecido en un principio en Anzuquiama, y los misioneros establecieron otro en Sakai. Aquellos semilleros no podian ser en mucho número, á fin de reemplazar con nuevas plantas las que ya en su desarrollo iban desapareciendo; de modo que el P. Luis Almeyda, tres años despues de haber ido á recibir las órdenes sagradas á Macao, habia terminado su laboriosa carrera en el mes de octubre del año 1583, en la isla Amakusa. Veinte y ocho años de increibles fatigas en las islas del Japon, abreviaron su vida que terminó á la edad de 59 años.

En aquellos dias, el regente Faxiba consolidado su poder con la victoria, obligó al dairio que le diese el título de cambacu (*Arca del Tesoro*) ó cambacundono, denominacion de un funcionario superior al Kubo ó seugun, antes que aquel comandante del ejército hubiese empezado á reinar de hecho. Su benevolencia respecto de los misioneros, pareció aumentar á medida de su poder, porque acogió con gran magnificencia al P. Gaspar Coello, vice-provincial de los jesuitas cuando fué de Nangasaki á Osaka, constituida en sede del imperio, para solicitar tres cosas; la primera que el camba-cundono permitiese á los misioneros predicar libremente el Evangelio en todas las tierras sujetas á su obediencia y que todos sus súbditos pudiesen abrazarlo sin obstáculo; la segunda, que las casas de los predicadores del Evangelio no estuviesen sujetos al alojamiento

de las tropas, como lo estaban las de los bonzos; tercera, que en razon de ser estranjeros en su mayor parte los religiosos cristianos, fuesen exemptos del pago de ciertas gabelas impuestas por los gefes particulares á sus inferiores regnícolas. El camba-cundono accediendo á aquella peticion que le fué presentada por la emperatriz, quiso firmar dos copias, la una para el Japon, la otra para enviarla á Europa, á fin de que los príncipes de esta parte del mundo, conociesen el aprecio que hacia de su religion y de los que la enseñaban en su imperio. Los PP. Coello y Gnecchi comieron en palacio, y, mientras se hallaban en la mesa, la emperatriz les envió los frutos mas esquisitos que pudieron encontrarse en Osaka. Los honores y consideraciones de que fué objeto el superior general de los religiosos europeos, tuvieron las mas felices consecuencias para la religion cristiana. Agustin Tsucamidono aprovechóse de ello para decidir al dai-mio de Buzen que le diese entrada en su provincia, y Simon Condera obtuvo de Morindono, dai-mio de Nangato, el restablecimiento de los misioneros en Amanguchi. En fin, la satisfaccion de los obreros del Evangelio hubiese sido completa, si la isla de Kiusiu no se hubiese visto turbada por algunas guerras que comprometieron en ella la suerte de la religion. Despues de haber afianzado el poder de Joscimon, dai-mio de Bungo, Francisco, su padre, no deseaba mas que santificarse en el retiro; pero el ingrato hijo, entregándose entonces á la persecucion de los fieles, redujo á su hermano Sebastian, á morir de miseria, si es que no empleó el veneno, y Dios permitió que el dai-mio de Satsuma conquistase su provincia. El cambacundono habiendo enviado en su ausilio á Simon Cordera, logró restablecer al príncipe desposeido, abriéndole al propio tiempo los ojos sobre las faltas que acababan de atraerle la cólera celeste. El P. Pedro Gomez recordó á Joscimon las instrucciones que habia recibido, y por fin, fuéle conferido el bautismo con el nombre de Constantino el dia 27 de abril del año 1587. Toda la familia del jóven dai-mio que el temor de desagradarle habia impedido declararse antes, participó de su dicha. Mientras estos hechos tenian lugar, el cambacundono al frente de un ejército mandado por Justo Ucondono, secundado por una flota que dirigia Agustin Tsucamidono, intervino personalmente en la isla de Kiusiu, á cuyo dai-mio redujo á un estado de estrecha dependencia que debia ser funesta al cristianismo, porque bajo el pié en que se hallaban las cosas antes de esta conquista, por mas que los seugunes hubiesen publicado edictos contra la religion, siempre la grande isla de Kiusiu hubiera sido un seguro refugio para los misioneros y un pais de libertad para los cristianos. Amenazada de esta suerte la iglesia del Japon en un porvenir mas ó menos remoto, perdió desde entonces dos de sus mas sólidas y brillantes columnas: Bartolomé Sumitanda, príncipe de Omura, quien murió el dia 24 de mayo del año 1587 en brazos del P. Alfonso Lucena, y Francisco, antiguo dai-mio de Bungo que murió el 6 de junio siguiente, edificando al P. Francisco Laguna por los sentimientos que caracterizan á los héroes del cristianismo. Las maravillas que cubrieron de gloria su tumba, hicieron pensar en su canonizacion; pero el estado de agitacion en que casi de contínuo se encontró el Bungo, no permitió dar cumplimiento á aquel designio. Si bien el cambacundono pareció querer dispensar á los misioneros el mismo favor y proteccion que les concediera su predecesor Nobunanga, y como este confiára á cristianos el gobierno de casi todas las provincias sucesivamente conquistadas, por manera que todo el Japon parecia estar en vísperas de adorar á Jesucristo, los jesuitas no dejaron de conocer lo que debian temer de aquel receloso príncipe, á quien un dia se le escapó decir que sospechaba que la virtud de los religiosos de Europa fuese una máscara que ocultaba ambiciosos proyectos contra el imperio. Los bellos sentimientos de los cristianos de Arima que no permitieron dejarse conducir por el antiguo bonzo Jacuin Tocun al puerto de Fakata, donde les aguardaba el

cambacundono, irritó la pasion del orgullo en aquel príncipe desenfrenado. Sabiendo por otra parte Tocun que la locura de su señor consistia en querer ser colocado en el rango de los dioses, despues de su muerte, le hizo observar que aquella apoteosis era incompatible con los progresos de una religion que degradaba los kamies, cuyo culto estaba á punto de ser abolido. Bajo la triple influencia de una ambicion desordenada, de un desenfreno reprimido y del orgullo ofendido, el cambacundono firmó en la noche del 24 al 25 de julio del año 1587 el destierro de los misioneros, haciéndoselo saber al P. Coello, su vice-provincial, que se hallaba en Fakata. Al propio tiempo, Justo Ucondono, colocado en la alternativa de la apostasía ó del destierro, eligió sin titubear este último partido; resolucion tanto mas noble, cuanto el destierro de un gefe de familia motivando la confiscacion de todos los bienes del desterrado y de las personas que de él dependen, queda aquel reducido de repente á la mas espantosa miseria, sin saber donde retirarse, porque nadie puede ausiliarle, ni darle acojida sin un especial permiso del soberano. Sin embargo, á pesar de esta costumbre del pais, los parientes y servidores no iban comprendidos en las condenas de destierro ó muerte fulminados contra los cristianos, sino cuando no querian renunciar al cristianismo, llevando los seugunes en ello sin duda la mira, de atraer á sus súbditos al culto de los ídolos. Justo fué él mismo á anunciar la desgracia comun á Dario Tacayama, quien quedó mas satisfecho de ver á su hijo confesar á Jesucristo, que si le hubiesen nombrado emperador. Toda la familia, inclusos los servidores y amigos, asociándose á aquel dichoso infortunio, solo pidieron á Dios que les concediera la merced de poder patentizar su fé aunque fuese á costa de su sangre.

Entretanto el P. Coello dispuso que los jesuitas que se hallaban establecidos en las cinco provincias interiores de la corte del imperio ó Gokinai, sin demora hicieran entrega de sus casas é iglesias á los gefes del cambacundono, despues de haber retirado y puesto en lugar seguro los ornamentos y vasos sagrados. Habiéndose mandado que todos los misioneros se reuniesen en un breve plazo en el puerto de Firando, bajo pena de ser decapitados, cumpliendo aquella órden llegaron allí, antes de fines de agosto en número de ciento veinte, á escepcion del P. Gnecchi, que permaneció oculto en Osaka, y de un hermano que se quedó en el Bungo. Los jesuitas de Osaka llevaron con ellos á todos los seminaristas, habiéndose negado á volver con sus familias, á las cuales renunciaron por medio de un escrito solemne firmado de su propia mano. Es digno de observarse en este lugar, que si bien los idólatras aplaudieron la desgracia de Justo Ucondono, y el destierro de los apóstoles, de otra revindicaban públicamente y en alta voz, para cada una la autigua y entera libertad de profesar la religion que mejor les pareciese, no reconociendo en el cambacundono el derecho de comprometer el honor nacional á los ojos de los pueblos estrangeros, quienes no podrian menos de saber con gran sorpresa, que se arrojaban del Japon á unos hombres virtuosos y de mérito, únicamente porque predicaban una doctrina á la cual no habian podido oponer aun ningun argumento razonable. Reflexionando el cambacundono á sangre fria, confesaba que efectivamente era cierto lo que se decia; pero impidiéndole el amor propio borrar una resolucion adoptada, léjos de aminorar su rigor, instó para que se llevase á pronto cumplimiento su decreto; y como la provincia de Arima y el distrito de Omura, eran territorios donde habia mas cristianos, envió allí algunas tropas para derribar las iglesias, suprimir los signos públicos del cristianismo, y arruinar los seminarios. Aquel rigor no impidió que los príncipes cristianos de la isla de Kiusiu, ofrecieran un asilo en sus dominios á los jesuitas, quienes, viendo que su pronta obediencia en reunirse en Firando, no habia desarmado al cambacundono, como esperaban, tomaron la resolucion de no abandonar la mision del Japon, y arrostrar todos los pe-

ligros para velar por la salvacion del rebaño que les estaba confiado. Un buque portugués que partia entonces de Firando, recibió únicamente á algunos misioneros que el vice-provincial destinaba á la China; los demás jesuitas se dispersaron disfrazados, por los estados de los príncipes que les habian ofrecido hospitalidad. Cuatro se quedaron en la provincia de Firando, en las tierras de Gerónimo y Baltasar, herederos de las virtudes de su padre el príncipe Antonio; el príncipe de Omura obtuvo doce; cinco pasaron al Bungo; Majencia, hermana de Constantino Joscimon, casada con el dai-mio de Chicungo, quiso tener dos; nueve fueron á la isla de Amakusa, y los demás en número de mas de setenta, permanecieron en la provincia de Arima, cuyo dai-mio, les hizo construir dos casas, una para ellos y otra para los jóvenes seminaristas. Los príncipes de la grande isla de Kiusiu, que protegieron tambien á los misioneros, tenian en su apoyo al almirante Agustin Tsucamidono, y al gefe de la caballeria Simon Condera, á quienes el cambacundono no se habia atrevido á envolver en la desgracia que pesaba sobre Justo, que se habia retirado con el P. Gnecchi á la isla de Junogima, propiedad de Agustin. Esta pequeña isla donde el almirante no permitia que penetrase ningun idólatra, se hizo célebre por el concurso de las personas mas ilustres; y muchos quedaron tan prendados de la paz que disfrutaban los desterrados, que renunciaron á sus empleos para establecerse en ella y poder vivir con aquellos. Jamás se habian visto tantas conversiones, las cuales se hicieron estensivas á Osaka, lo que con dificultad se hubiera podido esperar antes del decreto del cambacundono. Pero la que mas sorprendió fué la de la hija del asesino de Nobunanga, casada con Fecundono, dai-mio de Tango, quien prendado de su rara belleza, y temeroso de los escollos del mundo, la tenia siempre encerrada en uno de sus palacios, ya en Tango ya en Osaka. Insensible al acendrado cariño que al parecer le profesaba su esposo, y libre de los afectos apasionados, generalmente muy vivos entre los japoneses, ocupaba las horas de su retiro en el estudio de las ciencias y de la historia. A los veinte y cuatro años, poseyó toda la teología japonesa, con mas perfeccion que la mayor parte de sus maestros. Despues de haber estudiado, comprobado y seguido todas las sectas que mas en boga estaban en su tiempo, se fijó en la de los ateos, que creen que todo ha salido del caos, que todo vuelve á él, y que nuestra alma no es mas que un soplo que se estingue instantáneamente. Por mas que hubiese hecho para tranquilizar su espíritu acerca de lo que pudiera acontecerle despues de la muerte, quedáronle algunas dudas y estas crecieron muchísimo mas cuando su marido, amigo de Justo Ucondono, le habló del cristianismo. Su penetracion le hacia comprender muchas mas cosas de las que le decia el príncipe, y como la inocencia de su vida hubiese dispuesto su corazon al influjo de la gracia, sintióse arrastrada por una fuerza desconocida é irresistible hácia la verdad que empezaba á entrever. Una jóven, parienta de su marido, que le habian dado por compañera de su soledad, le facilitó el medio de salir, sin ser vista, de su palacio de Osaka, ciudad en donde el P. de Cespedes cultivaba con perseverancia y buen éxito el floreciente cristianismo. Ambas jóvenes se dirigieron á la iglesia de los cristianos, y á peticion suya, el misionero encargó á un religioso japonés, llamado Vicente, que resolviera todas las dificultades que le propusiera la esposa de Jecundono. La jóven parienta, mas libre en sus actos, sirvió de intermediaria entre su amiga y el P. de Cespedes; pero trabajando de aquel modo para otra, ella fué la primera que se convirtió, pidió el bautismo y recibió el nombre de María. Las mugeres que estaban al servicio de la princesa, y que fueron sucesivamente á conferenciar con los misioneros, á su vez se hicieron tambien cristianas, y por último, movida por su ejemplo aquella muger que habia procurado á tantas almas la libertad de los hijos de Dios, declaró que no podia

permanecer por mas tiempo esclava del demonio, y resolvió ingresar á toda costa en el seno de la iglesia cristiana. Tales eran sus buenas disposiciones cuando fué decretado el destierro de los jesuitas. El P. de Cespedes, antes de partir para Firando, instruyó á María acerca del modo que debia proceder para administrarle el bautismo; la neófita fué llamada Engracia, y su conversion fué el primer fruto de la persecucion. Considerándose María, despues de haber ejercido aquel santo ministerio, como una persona consagrada al Señor, fué á encontrar al P. Cespedes, hizo en su presencia voto de castidad perpétua, y desde aquel dia apareció en Osaka con un trage que revelaba haber renunciado al siglo. El dai-mio de Tango, en cuya ausencia se habian realizado aquellos prodigios de la gracia divina, creyó que aquello solo bastaba para perderlo cuando fuese sabido por el cambacundono, y echó mano de toda clase de violencias á fin de lograr que su jóven esposa apostatase. Cuando la amenazaba con el puñal, Engracia lo desarmaba con el contento que brillaba en su semblante; si la rodeaba de otras mugeres, trasformaba á las idólatras en siervas de Jesucristo. Preparada antes del bautismo para sufrir con resignacion todos los efectos de la cólera humana, reveló mas tarde con su tranquilidad en medio de la persecucion, y con la serenidad de su semblante, que Dios le habia concedido la fortaleza para vencer los dolores y luchar con sus enemigos. En fin, bautizó ella misma á sus propios hijos, y durante los trece años que vivió todavía, dióles una santa educacion.

Esta conversion tan notable, amenguó algun tanto el sentimiento que tuvieron los jesuitas con la caida de Constantino Joscimon, á quien la debilidad y la inconstancia condujeron otra vez á la idolatría. No tan solo obligó á los misioneros de Bungo que se retirasen á la provincia de Arima, sino que condenó, ó permitió que condenasen á muerte, á algunos japoneses, de modo que, Joram Macama y Joaquin, primeros mártires que la persecucion del Japon dió á la Iglesia, fueron decapitados por órden de un rey cristiano. Dios castigó al delator de que se habian servido para perder á Macama, con una úlcera en la lengua, que habiéndosela roido y consumido hasta la raiz, hizo espirar á aquel desgraciado en medio de los mas agudos dolores. Muy diferente fué el destino de otro idólatra á quien habia aprovechado la confiscacion de los bienes del mártir; apenas hubo tomado posesion de la casa en que moraba Macama, se hizo instruir, recibió el bautismo y trasformó en oratorio la casa del santo. No tardó Constantino Joscimon en conocer que no lograria suprimir el cristianismo en su provincia, porque una japonesa de alto rango no titubeó en presentarse delante de él con los rosarios en el cuello. Manifestándole el príncipe su sorpresa por aquel atrevimiento, contestóle la cristiana: « Estos rosarios son un regalo con que me honrasteis en otro tiempo, y creeria cometer una falta, si me presentase sin esta muestra de vuestra antigua benevolencia. » Cuando se vió que los cristianos estaban dispuestos á arrostrar todos los peligros en defensa de su fé, cesaron sus enemigos de animar contra ellos al débil príncipe. Estos sucesos tuvieron lugar en los últimos dias de la existencia del P. Gaspar Coello, superior general de las misiones en el Japon, muerto el dia 7 de mayo del año 1590. Hombre piadoso y elocuente, pero superior harto pagado de sus propias ideas para admitir los consejos agenos, le indujo su carácter, si bien que involuntariamente, á cometer algunas faltas. El P. Pedro Gomez, su sucesor, tuvo todas sus buenas cualidades sin ninguno de sus defectos.

Los embajadores japoneses, embarcados en Lisboa el dia 13 de abril del año 1586, supieron al llegar á Goa, que el cristianismo estaba proscrito en su patria. El P. Valignani, provincial de los jesuitas, que debia regresar al Japon, en calidad de visitador general, añadió entonces á aquel título, el de embajador de Eduardo de Menesez, virey de las Indias, á fin de que el diplomático salvase al

apóstol. Desde Macao, hizo participar su llegada al cambacundono, por conducto del idólatra Asonadario, amigo de los dai-mios cristianos de la isla de Kiusiu, y del almirante Agustin Tsucamidono. Habiendo recibido la contestacion de que el virey de las Indias seria bien acogido, el P. Valignani y los cuatro embajadores japoneses entraron el dia 20 de julio del año 1590 en el puerto de Nangasaki. El visitador llevaba un séquito considerable de obreros apostólicos, y se contaron entonces en el Japon hasta el número de ciento cuarenta, repartidos en veinte y tres casas, de las cuales, las mas importantes eran el noviciado, trasladado hacia poco tiempo al distrito de Omura, el colegio, situado en Conzusa, en la provincia de Arima, y el seminario que se hallaba muy cerca del colegio. En los lugares donde los jesuitas no tenian establecimientos fijos, los suplian con frecuentes escursiones, que verificaban en secreto y disfrazados, y en todas partes tenian algunos catequistas, tan hábiles como celosos, que conservaban un gran fervor entre los cristianos. El cambucondono no habia dispuesto todavía de las casas que los religiosos ocupaban en otro tiempo en Miyako, Osaka y Sakai. Joaquin Riusa, gobernador de este último punto, á quien habló de la partida de los doctores estrangeros, habiéndole preguntado si exigia el destierro del japonés Lorenzo, el primero de su nacion que hubiese abrazado la regla de S. Ignacio, contestó que aquel jesuita, en consideracion á su edad muy adelantada, no podia alejarse del suelo natal. Durante el curso de la conversacion, llegó á decir, respecto del destierro de los misioneros «que era cierto que habia procedido quizás con sobrada precipitacion.» Pero como aquel príncipe no tenia bastante grandeza de alma para permitir que desaprobáran su conducta, añadió bruscamente: «De todos modos, he hecho lo que debia hacer.» El fausto con que recibió en Miyako el dia 3 de marzo del año 1591 al P. Valignani, embajador del virey de las Indias, demostró como sus disposiciones cambiaban de un momento á otro. Permitió á Valignani que residiera donde mejor acomodára á aquel misionero, entretanto que se preparaba la contestacion que debia darse al virey; y agregó á su corte, en calidad de intérprete, al P. Rodriguez, cuyo destino le facilitó los medios de poder prestar grandes servicios á la religion. El visitador, protegido por su carácter diplomático, ejerció el ministerio con una libertad de la que no habia ejemplo desde que empezó la persecucion. En Miyako, donde acudió Constantino Joscimon arrepentido y penitente, reconcilió á aquel príncipe con la Iglesia. Fué enseguida á Arima, á Omura y al Bungo, para hacer entrega de los breves y presentes del Santo Padre á los soberanos, cuyos enviados acababan de visitarle en Roma. Estos, despues de haber sido los embajadores de los príncipes de la tierra cerca del Vicario de Jesucristo, no ambicionaban ya mas que ser los enviados del Salvador, cerca de los príncipes y pueblos que no le conocian aun, y derramar hasta la última gota de su sangre para procurarle adoradores. Realizando un voto que habian hecho en la misma Roma, en presencia del general Aquaviva, Valignani les admitió en el noviciado, trasladado hacia poco, lo propio que el colegio, á la isla de Amakusa; pero Miguel de Cingiva, uno de ellos, debia rechazar un dia el yugo del Señor, que admitia entonces con tanta satisfaccion.

Mientras estos hechos tenian lugar, los enemigos del cristianismo trataron de persuadir al cambacundono, valiéndose del antiguo bonzo Jacuin Tocun, su médico, de que la embajada portuguesa era supuesta, y que Valignani, si se presentaba como enviado del virey de las Indias, era para obligarle á que dispensára sus favores á los misioneros, en virtud de la costumbre japonesa, segun la cual todo hombre condenado á muerte ó destierro, que tiene la fortuna de comparecer delante del seugun, queda desde aquel momento libre de toda condena. Aquellas malévolas insinuaciones fueron confirmadas por el falso testimonio de dos eu-

ropeos, y esto sin duda, porque como los portugueses, segun anteriores convenios con el emperador, eran los únicos que gozaban del derecho de comerciar en aquellas regiones, las demás naciones veian con envidia el fruto que reportaban de semejante privilegio. Aquellos europeos, pues, no solo negaron el carácter diplomático del P. Valignani, sino que además denunciaron á los príncipes japoneses que acojian á los misioneros. No obstante, el P. Rodriguez, que en su calidad de intérprete, podia hablar á todas horas al cambacundono, hízole observar que no era posible que un simple religioso hubiese podido atender con sus escasos recursos á los gastos de un viage tan largo, adquirir tan preciosos regalos y mantener un séquito tan numeroso; además, que ningun hombre de sano juicio, querria correr el riesgo de ser descubierto en todos los puertos en que tenia necesidad de tocar, llevando un falso título, é incurrir en el desagrado del virey, cuyo nombre comprometiera. Añadió que entretanto que se tomáran nuevos informes, podia mandarse que los jesuitas del acompañamiento del embajador, quedasen en rehenes en Nanga-Saki. El cambacundono aceptó aquella medida; de modo, que por una disposicion admirable de la Providencia, la desconfianza de aquel príncipe contribuyó á que fuese mucho mayor el número de obreros apostólicos en estado de ejercer libremente sus funciones. Sin embargo, la respuesta que hizo entregar al P. Valignani para el virey de las Indias, contenia esta declaracion respecto del cristianismo: « Por lo que toca á la religion, el Japon es el reino de los kamies, es decir del Zi (1), que es el principio de todas las cosas. El buen órden del gobierno, que está establecido en él desde su orígen, depende del exacto cumplimiento de las leyes en que está fundado y cuyos autores son los mismos kamies. No es dado apartarse de ellas, sin ver desaparecer la diferencia que debe existir entre el soberano y sus súbditos, así como la subordinacion entre los esposos, entre los padres y sus hijos, entre los gefes y sus dependientes, entre los señores y sus criados; en una palabra, estas leyes son necesarias para mantener el buen órden en el interior y para asegurar la tranquilidad esterior. Los padres, que llaman de la Compañía, han venido á estas islas para enseñar en ellas otra religion; pero como la de los kamies está sobrado bien fundada para ser abolida, esta nueva ley únicamente serviria para introducir en el Japon una diversidad de cultos, perjudicial al bien del estado. Hé aquí el motivo porque he prohibido por un decreto imperial, que continuasen predicando su doctrina esos doctores estrangeros. Al propio tiempo les he ordenado que salieran del Japon, y estoy firmemente resuelto á no permitir que venga aquí, quien quiera que sea, á propagar nuevas opiniones. »

En esta carta, el cambacundono hablaba al virey de las Indias del proyecto que habia formado de conquistar la China. Como muchos de los grandes señores del imperio no se ocultaban de profesar el cristianismo, acreditando á su pesar, esta religion; y como no estaba ni en su interés ni en su carácter, emplear la violencia, ya para obligarles á apostatar, ya para perderles, tomaba el partido de alejarles, bajo el simulado pretesto de una guerra lejana. Dando á los príncipes cristianos la parte principal de la espedicion, esperaba alcanzar una de estas dos cosas: ó bien la empresa saldria fallida, y en este caso todos cuantos le hacian sombra perecerian en ella; ó bien aquellos príncipes realizarian algunas conquistas, y entonces les abandonaria el fruto de sus victorias, en cambio de las provincias del Japon, que les quitaria para dárselas á los idólatras. Para dar mayor impulso á su plan, se propuso en un principio mandar él en persona la expedicion, á cuyo efecto asoció á su sobrino

(1) Los *kamies* o *camis*, como dijimos ya en otro lugar, son segun la mitologia japonesa unos semidioses, objetos los mas antiguos del culto de aquella nacion. Sus templos se llaman *Mia* ó mansion de las almas. Sus adoradores se abstienen de toda oracion, persuadidos de que la divinidad, llamada tambien Zi, Zan, Zen ó Zes, descubre y vé los pensamientos en el fondo del alma. (Nota del Trad.)

Dainangandono al poder supremo, para que en su ausencia el imperio no careciera de gefe. Hízolo conferir por el dairio el título de cambacundono, y adoptó entonces el nombre de Tayco-sama (muy alto y soberano señor) que le darémos en adelante. El llamamiento de Justo Ucondono, que hacia algun tiempo que habia salido de la isla de Junogima de la que se habia apoderado Tayco-sama, fué el primer resultado de las ventajas obtenidas por los príncipes cristianos del Japon en Corea. A ruego de aquellos príncipes, el P. Gomez, vice-provincial de los jesuitas, no tardó en enviar al pais conquistado al P. de Cespedes, que pronto fué seguido por varios de sus cofrades. Muchos habitantes de Corea abrazaron entonces el cristianismo, « mas prendados, dice un historiador del Japon, de los ejemplos de virtud que les daban sus vencedores, que persuadidos por los discursos de los ministros del Evangelio. Hallándose reunida en aquella gran península toda la flor de la nobleza cristiana del Japon, y no teniendo ya mas conquistas que hacer para su soberano, trató de hacerlas para su Dios, y lo logró. »

Al propio tiempo que Tayco-sama, procuraba penetrar en la China, engañado por Faranda, mal cristiano, que le dió falsos informes acerca de las intenciones de Gomez Perez de Mariñas, gobernador español de Filipinas, pretendió someter aquel archipiélago á su imperio. Diputó al efecto al citado Faranda para que se entendiese con el gobernador, y este rogó al P. Valignani que le escribiera, lo propio que á los jesuitas de Manila, diciéndoles que no se negasen á acceder á lo que deseaba Tayco-sama, pues estaba resuelto á recompensar á unos y otros, favoreciendo á su religion. El visitador le contestó que los jesuitas de aquellas islas no estaban bajo su jurisdiccion, y al propio tiempo les previno en secreto y les sujerió los medios de entretener á Tayco-Sama, á fin de que no volviese á empezar la persecucion contra los cristianos. Pero Gomez Perez de Mariñas, á cuya noticia llegó aquella intriga, sin atender á los consejos que el P. Valignani le daba por conducto de los jesuitas de Manila, rompió abiertamente con Tayco-sama; y los enemigos del cristianismo atribuyeron aquella conducta á las sugestiones de los jesuitas amigos de los españoles. « Pues bien, esclamó el príncipe, yo tomaré medidas para que esos estranjeros proscritos no turben en adelante mi política ni pongan mas obstáculos á mis planes. » Y en seguida dispuso que fuese demolida en Nanga-saki la iglesia y la casa de los jesuitas, quienes tuvieron que refugiarse en el hospital de la Misericordia. La iglesia era magnífica y estaba dedicada á la Santísima Vírgen bajo el título de su Asuncion. Los fieles manifestaron con una seguridad que parecia inspirada por Dios, que el Salvador de los hombres no tardaria en castigar el agravio inferido al honor de María, y en efecto, pronto se supo el fallecimiento de la madre de Tayco-sama, acaecida en Miyako, el mismo dia en que habia sido dada la órden de la destruccion del templo y casa de los religiosos. Aquella coincidencia produjo tan grande impresion en el ánimo del daimio de Iga, á quien el P. Valignani catequizaba á la sazon, que quiso recibir el bautismo inmediatamente. Parece que el gobernador de Filipinas mandó en aquellos tiempos al Japon á uno de sus agentes, acompañado del dominico Juan Cobos, á fin de interceder á favor de los misioneros; y que á su regreso á Manila, la nave en que iban naufragó pereciendo todos. Otros dicen que el buque español habiendo sido arrojado por una tempestad á las costas de la isla Formosa, el P. Cobos fué muerto por los insulares. Por lo que toca á los jesuitas de Nanga-saki, habiendo interesado al gobernador de la ciudad la resignacion con que sufrian aquellos religiosos la persecucion decretada contra ellos, representó á Tayco-sama y le hizo presente que si deseaba mantener el comercio con los portugueses, era indispensable que les dejase algunos religiosos, y que no habia ningun inconveniente en que aquellos misioneros volviesen á levantar su casa y su iglesia; lo que no tardó en verificarse. No se limitaban siempre los idólatras á poner á

prueba por medio de contradicciones, la paciencia de los hijos de San Ignacio; en la provincia de Firanda, apelaron mas de una vez al veneno, para estinguir su celo con su vida. De este modo pereció el P. Francisco Carrion, español, en el mes de agosto del año 1590; y los PP. Jorge Caravajal y José Furnaletti, portugués el uno y veneciano el otro, tuvieron la misma suerte en el año 1592. Reconocióse que los tres mártires habian sido envenenados, porque despues de muertos arrojaban mucha sangre, efecto ordinario de una especie de veneno que es muy conocido en el pais. El P. Teodoro Mantels, hijo de Liega, compañero del P. Carrion, pero mas robusto que él, no sucumbió tan pronto, pero cayó en un estado completo de postracion, acompañado de agudísimos dolores, falleciendo al fin al cabo de tres años de sufrimientos en Malaca.

El P. Valignani se habia embarcado en el mes de octubre de 1592 con el P. Luis Froes, que condujo á Macao, y el P. Gil de la Mata, que enviaba á Roma, cuando Faranda probó otra vez fortuna con el gobernador de Filipinas. Habiéndose dicho que los agentes que mandára Gomez Perez de Mariñas, habian perecido en el camino, se dresentó á él, como embajador de Tayco-Sama, en nombre del cual le invitó simplemente á establecer relaciones comerciales con el Japon, mientras lisonjeaba al monarca japonés con la esperanza de que su soberanía iba á ser reconocida en Manila: doble intriga que prometia buenos resultados á la codicia y ambicion de su autor. Esta vez buscó Faranda un punto de apoyo en los franciscanos de la Reforma de San Pedro de Alcántara, que supuso eran vivamente deseados por Tayco-sama, el cual dijo habia oido hablar de su santidad y del desprecio con que miraban las cosas de este mundo. Por una parte los buenos religiosos ardian en deseos de ir á predicar el Evangelio á los japoneses; y por otra, Gomez Perez de Mariñas no confiaba poder establecer relaciones comerciales con el Japon, en tanto que no penetráran en aquel archipiélago otros religiosos, además de los jesuitas, que favorecian demasiado, segun él, el monopolio comercial de los portugueses. El breve de Gregorio XIII, notificado por órden del rey de España al gobernador de Filipinas, se oponia á aquel proyecto; pero se consultó á un gran número de teólogos, quienes contestaron que el interés general del Japon en las circunstancias aquellas, reclamaba la entrada de nuevos misioneros; que la ley positiva pierde la fuerza de obligar, cuando las leyes natural y divina obligan; que por otra parte, la órden de San Francisco habia recibido hacia poco tiempo, otro breve de Sixto V, posterior al de Gregorio, en virtud del cual todos los franciscanos podian ir libremente á predicar el Evangelio por todas las Indias, denominacion bajo la cual se comprendia ordinariamente todo lo que está al oriente y al mediodía del rio *Indus* (1). Esta contestacion disipó los escrúpulos de Fr. Pedro Bautista, comisario de los religiosos de San Francisco. Embarcóse el dia 20 de mayo del año 1593, con Bartolomé Ruiz, Francisco de San Miguel ó de la Piraglia y Gonzalez Garcia. Un agente del gobernador y Faranda acompañaron á los cuatro religiosos, á quienes el P. Gomez, vice-provincial de los jesuitas, dió una cordial hospitalidad en Nanga-saki. Admitidos en presencia de Tayco-sama, los franciscanos le hablaron acerca de la competencia comercial entre españoles y portugueses, al paso que el emperador se limitó á reclamar la soberanía de las Filipinas. Fr. Gonzalez Garcia, que habia sido en otro tiempo mercader, y

(1) Este gran rio del Asia meridional, llamado en sanscrito *Sindhu*, en chino *Singhe-Tschu*, y en persa *Ciub*, forma durante la mayor parte de su curso, el límite N. O. del Indostan. Su orígen no es conocido exactamente; se sabe únicamente que nace en la vertiente del norte del Himalaya, conocida con el nombre de Cailan, en la frontera china, cerca del lago Mansurura; atraviesa el pequeño Tibet, se abre paso al través de la gran cordillera del Himalaya, sigue una inmensa llanura hasta Harrabab, y despues de haber cruzado sus montañas, vuelve á penetrar en otra llanura, y continua su curso hasta el mar. Se calcula que desde su nacimiento hasta el océano, recorre una estension de 2700 kil. Este rio, célebre entre los antiguos, pero que les era muy poco conocido, ha servido de límite á las conquistas de todos los reyes que han querido someter el Asia á su cetro; asi es que Nino, Semirámide y Sesostris se detuvieron en sus orillas. Ha dado su nombre á la India. (N. del T.)

que habiendo comerciado con el Japon, entendia bastante bien la lengua del pais, no tardó en conocer el doble papel que estaba representando Faranda. Vió este además con sobresalto, que los franciscanos trataban de estudiar el idioma local, y como conociendo la lengua se pondria en claro su intriga, ya solo discurrió el medio de perderlos. No obstante, Tayco-sama permitió que aquellos religiosos pudiesen permanecer en el Japon durante el tiempo que les fuese necesario para visitar sus magníficos palacios de Miyako, Osaka y Fucimi, pero con la condicion espresa de que no habian de predicar á los japoneses. Escudados los religiosos franciscanos con el carácter diplomático de enviados del gobernador de Filipinas, del que efectivamente estaban revestidos, ejercieron, por el contrario de un modo ostensible las funciones del ministerio apostólico; de modo que construyeron en Miyako una iglesia que quedó terminada en el año 1594 por la fiesta de la Porciúncula, cuyo nombre le dieron; celebraron aquella fiesta con tanto aparato como si se hubiesen hallado en España ó en Italia, y continuaron desde aquel dia cantando en el coro y predicando públicamente en su iglesia (1). A últimos del mismo año, otros tres franciscanos, llamados Agustin Rodriguez, Melchor de Ribadeneyra y Gerónimo de Jesus, llegaron á Miyako, habiendo fallecido durante la travesía otro compañero de religion que con ellos habia partido de Manila. Fr. Pedro Bautista aprovechó aquel refuerzo para comprar en Osaka una casa que trasformó en convento, dándole el nombre de Belen, y además se aventuró á establecer una colonia en Nanga-saki. Despues del edicto del Tayco-sama, no se celebraba ningun ejercicio público de religion en una pequeña iglesia construida fuera de la poblacion, llamada de San Lázaro, y anexa á dos hospitales, aunque los fieles continuaban visitando aquel lugar de devocion sin llamar, en cuanto les era posible, la atencion de los oficiales imperiales. Pero dos religiosos franciscanos sin consultar á los directores de la cofradía de la Misericordia, á la que pertenecia la iglesia, y cuya prudencia hubiese contenido su celo, resolvieron ejercer en ella el culto de un modo tan público como en Miyako y Osaka; pero inmediatamente el gobernador mandó cerrar el santuario y prohibió, hasta bajo pena de la vida, que nadie se acercase á una cruz que habia allí cerca, destinada en otro tiempo para punto de reunion de los cristianos. Los dos franciscanos se volvieron entonces á Miyako, donde no se habia inquietado á los religiosos de San Francisco, porque toda la atencion de Tayco-sama se concentraba entonces en la persona del cambacundono, su sobrino, al que no tardó en hacer perecer. En aquella época tambien fué prohibido bajo pena de muerte, frecuentar la iglesia y casa de los franciscanos de Miyako, quienes en vez de atribuir aquel rigor al esceso de su celo, hicieron responsables de él á los jesuitas, cuya prudencia hubiesen debido imitar para obtener los mismos felices resultados. En efecto, varias conversiones recompensaron en diversos puntos, el juicioso proceder de los hijos de San Ignacio, y limitándonos á dos ejemplos, dirémos que Terezaba, gobernador de Nanga-saki, recibió en secreto el bautismo del P. Gomez en 1595, época en la que Sam-

(1) En la «Historia del Archipiélago lib. IV cap. 7 y 8» citada por el cronista general de la órden de S. Francisco (lib. II cap. LXII) se afirma que si los religiosos franciscanos edificaron casa y templo, fué por espresa voluntad y permiso del emperador, cuyo gobernador fué á buscar al santo comisario y le dijo que escogiese el sitio que quisiese y le señaló uno capaz para iglesia, casa y huerto, y que la obra fué costeada por el emperador y por las muchas limosnas que cristianos y gentiles ofrecieron para llevarla á efecto. Y á propósito de esta iglesia, el historiador Guzman en su obra «De los reinos del Japon» (part. II, lib. 12, cap. 26) de que tambien hace mencion el citado cronista, refiere que no léjos del lugar donde los santos frailes fundaron su templo habia otro de idólatras, y en él una campana muy grande y nombrada por todas partes del Japon, de tan estraordinario sonido que se oia de algunas leguas, y que entonces enmudeció totalmente; de suerte que aunque la tocaban muy recio, no sonaba ni se oia poco ni mucho. Añade el mismo historiador, que léjos de estorbar el emperador el culto cristiano, una noche fué á oir cantar á los frailes de que volvió muy edificado y contento. Otra maravilla se obró en aquella iglesia y fué la aparicion de unas misteriosas letras escritas en un retablo de Nuestra Señora que decian: *Filiæ, Jerusalem, ne suscitetis, neque evigilare faciatis dilectam donec ipsa velit*, esto es, Hijas de Jerusalen, no inquieteis á la Esposa, ni la estorbeis la quietud de su sueño hasta que ella quiera despertar. Entendió el comisario por esta letra ser la voluntad de Dios que procediese con pausa en la edificacion de la Iglesia, y que dia llegaria en que el Japon despertára de su sueño del error. (Nota del Trad.)

burandono, dai-mio de Mino y nieto de Nobunanga, abrazó tambien el cristianismo. El P. Gnecchi que se desvelaba por la prosperidad de su religion en Miyako, sin hacer inútiles alardes, y dejándose ver muy raras veces en público, sentia en el alma que los franciscanos no aprobasen una conducta que Dios bendecia tan visiblemente. En este estado de cosas, los jesuitas creyeron deber recordarles las prescripciones de la bula de Gregorio XIII, pero ya hemos dicho, que en opinion de aquellos religiosos, dicha bula no les prohibia ejercer el apostolado en aquellos paises.

Jamás hubiese sido mas necesaria la presencia de un obispo en el Japon, como en aquellas difíciles circunstancias; pero ni Andrés Oviedo ni Miguel Carnero, designados por la Santa Sede, como hemos visto anteriormente, habian ido á desplegar el carácter episcopal en aquel archipiélago. Sixto V, á quien los embajadores japoneses pidieron con vivas instancias un pastor, habia dejado al rey de España, Felipe II, en su calidad de rey de Portugal, el cuidado de proponérselo. Aquel soberano nombró en el año 1587 al P. Sebastian de Morales, entonces provincial de los jesuitas de Portugal, á quien el Papa instituyó, pero que murió por el camino al llegar á Mozambique. El P. Pedro Martinez, hijo de Coimbra, hábil teólogo y gran predicador, que habia acompañado al rey D. Sebastian en su desgraciada espedicion á Africa, donde habia sido hecho esclavo, fué la persona en la que recayó la eleccion del rey, y esto con tanto mas motivo, cuanto que despues de su rescate, se habia embarcado en el año 1585 para las Indias, de donde era provincial. Nombrósele obispo del Japon en el año 1591, siendo al propio tiempo instituido su coadyutor el P. Luis Serqueyra, hijo de Alvito, y profesor de teología en la universidad de Evora. Este último, consagrado en Lisboa, partió para la India en el año 1594; Pedro Martinez, fué consagrado en Goa el año siguiente, llegando á Nanga-saki en el mes de agosto del año 1596. El P. Juan Rodriguez, á quien confirió el sacerdocio, y el almirante Agustin Tsucamindono, lograron que Tayco-sama le acogiese dignamente en Fucimi, donde tenia su residencia.

Este príncipe, que entonces hizo dar por el dairio á su hijo Fide Jori, de edad de tres años, el título de cambacundono, se hallaba en el colmo de la prosperidad; pero dijérase que Dios solo lo habia elevado tan alto, para hacerle sentir con mas rigor los azotes que descargaron contra él, y recordarle que habia un Todopoderoso que acoje ó rechaza, segun su voluntad, los proyectos de los hombres. Entre tantos infortunios, la proteccion que dispensó el cielo á los cristianos, salvando sus bienes y personas, hubiese debido abrir los ojos de Tayco-sama; pero desgraciadamente su corazon se habia endurecido como el de Faraon. Ya descontento por la publicidad con que los franciscanos ejercian un ministerio proscrito, su ódio contra los predicadores del Evangelio, creció de punto, al saber las imprudentes palabras, que supusieron haber dicho el piloto de un galeon español que habia varado en la costa del Japon. Dijeron que al ver aquel piloto que el comisario imperial procedia al secuestro del cargamento, creyó intimidar á los japoneses, manifestándoles el poderío y las inmensas posesiones del rey de España en ambos mundos; y que habiéndole preguntado el comisario de que medios se habia valido para formar tan vasta monarquía, contestóle aquel: « Muy sencillamente; nuestros reyes empiezan por enviar al pais que quieren conquistar á algunos religiosos que comprometen á los pueblos á abrazar nuestra religion; el cristianismo abre el campo á nuestras armas, y con el ausilio de los nuevos cristianos, la conquista no pasa de ser un juego para nosotros. » Habiendo hecho llegar los enemigos del cristianismo aquella contestacion á oidos de Tayco-sama, temeroso este de que fuesen ciertas las palabras del piloto, juró al punto que no habia de dejar con vida á ningun misionero, pero se limitó en un principio á hacer poner guardias de vista á los

que se hallaban en el convento de los franciscanos de Osaka, donde residia entonces la corte. Habia en el galeon, además de los franciscanos, que sus correligionarios hicieron quedar en el Japon, cuatro agustinos y un dominico, cuyo regreso á las Filipinas, procuró el P. Gomez, vice-provincial de los jesuitas. Los agustinos refirieron lo que habia pasado con fiel exactitud, y su relacion manifestó la falsedad de los hechos, y como eran supuestas las imprudentes palabras atribuidas al piloto español. No obstante, el mal estaba hecho, y el gobernador de Osaka, encargado de poner guardias de vista á los franciscanos, se las puso tambien á los jesuitas, si bien no se encontró mas que un solo religioso, llamado Pablo Miki, con dos prosélitos llamados Juan Soan y Jacobo Kisai, los tres japoneses. En Miyako se adoptaron las mismas medidas respecto de los religiosos de las dos órdenes; pero tambien los jesuitas se hallaban ausentes de su casa, á escepcion del P. Gnecchi, á quien los fieles lograron ocultar. Por el contrario, fueron arrestados seis franciscanos en las dos ciudades: los tres sacerdotes, Pedro Bautista, Martin de Aguirre ó de la Asuncion, y Francisco Blanco; un tonsurado, Felipe de las Casas ó de Jesus, y dos legos llamados Francisco de la Piraglia ó de San Miguel y Gonzalez Garcia. Como Tayco-sama habia ordenado además, que se formase una lista de todos los cristianos que frecuentaban las iglesias de Miyako y de Osaka, la esperanza del martirio escitó la mas admirable emulacion entre los discípulos de Jesucristo. Justo Ucondono hubiese sido tal vez el primero en reclamar la palma, si el dai-mio de Kanga, en cuya provincia residia, no le hubiese detenido. Encontraron á Engracia, aquella ilustre compañera del dai-mio de Tango, que trabajaba con sus hijas por hacerse magníficos trages, para aparecer con mas pompa el dia de su triunfo, como ellos lo llamaban. Los medios de procurarse el honor del martirio, tenian preocupados á los fieles de todas edades, sexos y condiciones; y muchas veces el júbilo y tranquilidad con que se disponian para la muerte, inspiraban los mismos sentimientos á aquellos á quienes la gracia no habia obrado en un principio tan poderosamente. Entre estos, es digno de referirse el comportamiento admirable de un octogenario, en otro tiempo uno de los mas esforzados guerreros del Japon, quien, bautizado hacia seis meses, no sabia aun que cuando se muere por su Dios, se debe aceptar la muerte sin resistencia, y se preparaba para defender á toda costa su vida, cuando entrando en casa de su nuera, vió á los criados y hasta los niños que disponian los unos sus relicarios y los otros sus rosarios ó su crucifijo. Preguntó la causa de aquel movimiento, y le contestaron que se preparaban para el combate. « ¡Qué armas y que especie de combate es este! esclamó; y luego acercándose á su nuera, añadió: « ¿Qué estás haciendo aquí, hija mia? — Arreglo mi vestido, á fin de que esté mas ajustado y mas decente, cuando me crucifiquen; porque se dice que todos los cristianos debemos ser crucificados. » La dulzura y tranquilidad con que pronunció aquellas palabras, desconcertaron al anciano; contemplóla algun tiempo en silencio, y luego, como si saliera de un profundo letargo, arrojó sus armas, sacó sus rosarios y estrechándolos entre sus manos, esclamó con entusiasmo: — « Estoy resuelto; tambien quiero dejarme crucificar con vosotros. » Aprovechándose de la persecucion que pesaba sobre los hijos de Jesucristo, un idólatra condujo á su muger y esclava cristianas, en medio de un solitario bosque para hacerlas apostatar. Viendo que eran vanas sus amenazas, desenvainó su sable, y fingiendo entonces querer cortar la cabeza de su muger, de un revés derribó al suelo la de la esclava. La animosa cristiana se arrojó entonces á sus piés, é inclinó su cabeza para que tambien fuese cortada, pero venciendo el amor conyugal en el corazon del idólatra, levantó á su compañera, y tomó el partido de disimular lo que no podia impedir. No obstante, los malos tratos de que fué objeto, obligaron á aquella muger á refu-

giarse en Nanga-saki, fuera del alcance del idólatra, quien, furioso por no haber podido lograr la apostasía de su muger, se abrió el vientre. El padre de un niño de diez años, despues de haberse infamado, abjurando la fé, quiso que su hijo le imitase: «Un hombre de honor, contestó este último, debe tener en mucha estima porque es su deber, guiar á sus hijos por el sendero de la virtud; de modo, que me sorprende muy mucho, que despues de haber tenido la debilidad de renunciar al culto del verdadero Dios, trateis de hacerme cómplice de vuestra infidelidad. Mas bien debierais tratar de volver á entrar en el seno de la iglesia, que no hacerme salir á mí. Cualquiera que sea vuestra conducta sobre el particular, entended que ninguna ley ordena á un hijo que imite la perfidia de su padre, y yo espero que Dios me concederá la gracia de permanecer fiel hasta el último instante de mi vida, á pesar de todos vuestros esfuerzos.» Arrojado el hijo de la casa paterna, halló un nuevo padre en un misionero que se encargó de él. Un gran número de otros indígenas, mostraron la misma firmeza y ardor, no titubeando un momento en hacerse inscribir en las listas de los cristianos, cuya conducta causó la admiracion de todo el mundo. Pero de repente circuló la noticia de que únicamente serian condenados á muetre los religiosos entonces presos en Osaka y Miyako, con algunos cristianos que habian encontrado en sus casas; y aun los que creian conocer las intenciones de Tayco-sama, decian que las únicas víctimas serian los religiosos de San Francisco. Fundábanse los que tal decian en estas palabras significativas que habia dirigido el príncipe idólatra á sus favoritos: «Me he informado de la conducta de esos hombres que han venido de Filipinas, y he sabido que esos religiosos han logrado someter á la obediencia de su rey, no solo esas islas, sino tambien el reino de Méjico. Ahora pretenden hacer otro tanto con el Japon; pero han contado sin mi voluntad. Si yo hallase buena su religion, permitiria al P. Rodriguez, mi intérprete, y á sus compañeros, que la predicasen en el imperio, mas bien que esos nuevos venidos, que se han introducido en el Japon, únicamente para sublevar mis súbditos contra mi persona (1). Enviad al punto una ligera embarcacion al P. Rodriguez, que debe estar muy afligido, para decirle de mi parte que no tenga ningun cuidado; participad tambien al obispo que perdono asimismo á todos los que están con él, y no perdais tiempo en decírselo igualmente al buen anciano Gnecchi.» A las víctimas designadas, despues de habérseles cortado la nariz y orejas, les estaba reservado el último suplicio. Antes empero de sufrirlo, debian ser paseadas por las calles de Miyako, Osaka y Sakai, en carretas, delante de las cuales, escrita en grandes caractéres, llevárian la sentencia de muerte concebida en estos términos: «Tayco-sama. He mandado

(1) El R. P. Fr. Antonio Daza, cronista general de la órden de S. Francisco, al señalar el motivo del repentino rencor de Tayco sama contra los franciscanos, se espresa en estos términos (Lib. II. cap. LXIV. pág. 262.) «Las riquisimas mercancias que llevaba el galeon español que naufragó en las costas del Japon y á las que se aficionó el emperador, fueron por decirlo así la leña en que se prendió el fuego de su desordenada codicia. Aprovecharon aquella ocasion sus parciales para aumentar mas el fuego, de modo que el emperador comenzó á quejarse de los frailes, diciendo que despues que estaban en su reino, con haber hecho tanto por ellos, no le habian sido de provecho, antes eran tan desagradecidos, que viniéndoles á las manos aquel navio, que por justo derecho era suyo, se lo querian quitar y dar á los españoles que venian en el, solo por ser de su ley y cristianos como ellos. No me quejo yo tanto (decia aquel bárbaro emperador) de estos, cuanto de Faranda que me los trujo y de Farcegava que me decia eran hombres buenos y muy mis amigos, y que por su respeto se me habia de seguir mucho bien. Hallóse presente á estas palabras un hijo de Farcegava, que viéndole indignado contra su padre, le dijo: — Tiene vuestra alteza razon de estar quejoso de estos bonzos de Luzon (que así llamaban á los misioneros de Filipinas.) Mi padre tambien está muy sentido de ellos, porque son de tan poco respeto, que aunque les ha avisado que no prediquen, y que V. A. lo tiene mandado, no entienden en otra cosa; y si con tiempo no se remedia, todos serémos unos muy presto. ¡Cómo! dijo el tirano; ¿esto hay y no me han avisado? — No ha osado mi padre, respondió el desatinado mozo, por lo mucho que V. A. los favorecia. — Segun esto, razon tengo yo, dijo el emperador, y bastante ocasion me han dado para que todos mueran, pues en tanto desprecio y menoscabo de mi ley, enseñan la suya contra toda mi voluntad. — Y furioso, encendido en colera y codicia, dijo al insolente mozo. — Esta misma noche, en pareciendo la luna sobre el horizonte, irás á Meako y harás que se ponga en ejecucion mi voluntad. Y así mandó luego prender á los frailes y á todos los cristianos que se hallaron ser de su ley, en todos los reinos del Japon.» (Nota del Trad.)

que tratáran así á estos estrangeros, porque han venido de las Filipinas al Japon, diciéndose embajadores aunque no lo son; porque han permanecido por mucho tiempo sin permiso en mi imperio, y porque, á pesar de mi espresa prohibicion, han construido algunas iglesias, predicado su religion, y cometido grandes desórdenes. Es mi voluntad, que despues de haber sido espuestos á la burla del pueblo, sean crucificados en Nanga-saki.»

En Miyako habia diez y siete nombres en la lista: cinco franciscanos y doce seculares, la mayor parte servidores suyos ó catequistas. Cuando se les llamó faltó uno, porque no estaban todos encerrados en el convento de los franciscanos, sino que presos bajo palabra, iban y venian cuando les era necesario. El ausente que era el proveedor de la casa y que habia salido para compras, se llamaba Matías. Un artesano de la vecindad, que llevaba el mismo nombre, al oir gritar: «¿Dónde está Matías?» se acercó y dijo: «Yo me llamo Matías, y aunque probablemente no soy el que buscais, como tambien soy cristiano como él, me hallo muy dispuesto á morir por el Dios á quien adoro.— Esto basta, le contestaron; poco importa que seais vos ú otro, mientras se llene la lista.» El artesano lleno de júbilo, se agregó al número de los confesores, felicitándose de que por un favor especial de la Providencia, se viese favorecido con una merced por la que tantos miles de cristianos habian anhelado en vano, pudiendo decir como su glorioso patron «que formaba parte de los once» (1). En Osaka, la lista comprendia siete nombres: tres seculares, un franciscano y tres jesuitas (Pablo Miki y sus dos compañeros) á quienes el gobernador hubiera podido librar, pero que se negó á soltar, so pretesto de que habiendo sido continuados sus nombres en una lista que habia leido Tayco-sama, no se les podia eliminar á título de jesuitas, sin dar á conocer al emperador que se habian quedado religiosos de aquella órden en Osaka, á pesar de su prohibicion. Habiendo reclamado el P. Gnecchi, se le contestó que era preciso sacrificar algunos miembros para salvar el cuerpo. En el número de los cristianos condenados á muerte, habia tres niños, Antonio y Tomás, de edad de quince años, monacillos de los franciscanos, y Luis, de edad de doce años, que á fuerza de lágrimas habia logrado que le continuasen en la lista y que despues se negaron á borrar. Los tres mostraron hasta el fin de la carrera, el gran valor que les animaba y cuán dignos eran del nombre de cristianos. Reunidos los veinte y cuatro presos en Miyako, les condujeron á pié el dia 3 de enero de 1597 á una plaza de la ciudad alta, en donde Xibunojo, encargado de la ejecucion, se limitó á hacer cortar á cada uno un pedazo de la oreja izquierda, en vez de desfigurarles como prevenia el decreto. Subieron en seguida de tres en tres enl as carretas tiradas de un solo buey, y se les paseó de calle en calle, siguiendo la costumbre establecida para los grandes criminales que se exponen á los oprobios de la multitud, tormento muchas veces mas sensible que la misma muerte; pero esta vez las simpatías del pueblo reemplazaron las acostumbradas injurias. La alegría de los tres niños cuya sangre inundaba sus mejillas, enternecia á los idólatras, quienes se sublevaban contra tanta injusticia y crueldad, preguntando que crímen habian cometido aquellos niños y aquellos hombres de bien para ser castigados como unos malhechores. Algunos cristianos que seguian á la escolta de los presos, suplicaban á su comandante que les permitiese subir tambien en las carretas. Por su parte los mártires, rogaban á Dios con fervor que les ausiliase en aquel estado, mientras que Fr. Bautista, digno gefe de aquella gloriosa cohorte, les exhortaba á la perserverancia y predicaba á la multitud la ley de Jesucristo crucificado. Despues que los confesores hubieron recorrido casi toda la poblacion, se les volvió á conducir á la cárcel, y al dia siguiente partieron para Sakai,

(1) Alude aquí el autor á la eleccion hecha á la suerte por Pedro, entre José y Matías, en quienes concurrian las cualidades necesarias para ser elevados al apostolado «y les echaron suertes y cayó la suerte sobre Matías y fué contado con los once apóstoles.» (*Hech. de los Apost. Cap. I. v. 26.*) (Nota del Trad.)

donde sufrieron con resignacion el mismo trato. El dia 9 de enero salieron de esta ciudad, y en el camino, el gefe de la escolta les agregó, de su propia autoridad, á Francisco Dauto y Pedro Cosaqui, que iban siguiendo á la comitiva para atender á las necesidades de los cautivos; y que habiendo sido interrogados si eran cristianos, contestaron que detestaban á los dioses del Japon. Informado Tayco-sama de aquel incidente, no pudo menos de esclamar: «Es preciso confesar que los cristianos, tienen verdaderamente valor, y que todo lo arrostran por socorrerse unos á otros.»

El celo de los mártires igualaba á su intrepidez, porque iban proclamando el Evangelio por todo el camino, sobre todo Pablo Miki, jesuita japonés, y Fr. de la Asuncion, franciscano, familiarizado con el idioma del pais. Habiendo enviado el obispo al encuentro de los confesores á los jesuitas Pasio y Rodriguez, Fr. Bautista, comisario de los franciscanos, á quien un rayo de la luz celestial en el seno de la cual iba á volar su alma, disipaba las prevenciones, dijo con noble sencillez á Rodriguez: «Querido padre, podrá muy bien acontecer que nuestro sacrificio sea tan pronto, que nos veamos privados de hacer todo lo que deseáramos. En este caso, os suplico que hagais presentes mis humildes respetos al digno prelado que gobierna esta iglesia, y asegureis al R. P. vice-provincial y á los demás PP. de la Compañía, que siento muy mucho los disgustos que tal vez les he ocasionado, y que les ruego muy encarecidamente que tengan á bien perdonármelos.» Rodriguez contestó que ningun jesuita habia dudado jamás de la rectitud de las intenciones de los franciscanos, y que él á su vez, le rogaba en nombre de la Compañía, que olvidase por su parte los motivos de sentimiento que hubiesen podido darle. Despues de haberse dado aquellas esplicaciones, los religiosos se abrazaron derramando muchas lágrimas. Entretanto, veinte y seis cruces se levantaban mirando al mar, en una de las colinas ó montecillos de que casi está rodeada la poblacion de Nanga-saki; y como muchos otros misioneros y fieles la bañaron mas tarde con su sangre, fué llamada la *Santa Montaña* ó el *Monte de los Mártires*. El dia 5 de febrero llegaron los mártires á la ermita de San Lázaro, en donde el P. Pasio recibió la confesion general de Pablo Miki, y los votos de devocion de sus dos compañeros, honrados con el título de novicios. El P. Rodriguez se ocupó en preparar á los seculares para el combate, y los franciscanos se confesaron entre sí. Avisados los mártires de que los aguardaban en la colina, dirigiéronse á aquel sitio, seguidos de una inmensa multitud: los cristianos se prosternaban á su paso y les rogaban con las lágrimas en los ojos que no les olvidasen en sus oraciones. Habiendo llegado al pié del montecillo, luego que vieron las cruces corrieron á abrazarlas, lo que causó una nueva y general sorpresa entre los infieles. Las cruces del Japon, tienen en la parte inferior una pieza de madera colocada de través, en la que los pacientes apoyan los piés, y en el centro otro pedazo de zoquete que sale del madero principal, en el que está como sentado el que ha de ser crucificado. Se les sujetan los brazos por medio de cuerdas, y otro tanto se hace con el cuerpo, muslos y piés, que están un poco separados. A estos mártires se les añadió un collar de hierro, que les hacia levantar la cabeza. Cuando los pacientes quedan sujetados á la cruz del modo referido, se levanta esta en alto y se coloca en el hoyo que le está destinado; enseguida el verdugo empuña una especie de lanza á modo de cuchilla ó partesana, y atraviesa al crucificado, de modo que se la hace entrar por el costado y salir por la espalda; algunas veces lo atraviesa por ambas partes al mismo tiempo, y si el paciente respira aun, lo repite nuevamente, á fin de que no desfallezca en aquel suplicio. Iban á empezar la ejecucion, cuando Juan, uno de los santos, vió á su padre que habia venido para despedirse por última vez de él. «Ya veis, amado padre, dijo el noble jóven, que no hay nada que no deba sacrificar el hombre para asegurar su salvacion. — Ya lo sé,





hijo mio, contestóle el virtuoso japonés; doy gracias á Dios por la merced que os ha concedido, y le ruego de todo corazon que os dé hasta el fin la fuerza de ánimo necesaria para luchar y vencer. Estad bien persuadido, que tanto vuestra madre como yo, estamos muy dispuestos á imitar semejante ejemplo, y ojalá que hubiésemos tenido ocasion de demostrároslo!» En seguida ataron con sogas al mártir en la cruz, al pié de la cual tuvo su padre el valor de permanecer, recibiendo una parte de la sangre de su hijo, y dando á conocer por la alegría que brillaba en su semblante, que estaba mas satisfecho contemplando á su hijo mártir, que de verle elevado á la mas alta dignidad. Casi todos estaban atados á su cruz, y dispuestos á recibir el golpe mortal, cuando el P. Bautista, que se hallaba colocado en el centro de la santa cohorte formando una misma línea (1), entonó el cántico de Zacarías, que todos siguieron y acabaron con tanto ánimo y devocion, que electrizaron á los espectadores cristianos y enternecieron á los infieles. Cuando el P. Bautista hubo terminado, el niño Antonio, crucificado al lado del comisario de los franciscanos, le invitó á cantar con él el salmo *Laudate pueri Dominum*: (Alabad, jóvenes, al Señor, alabad el nombre del Señor. Salm. CXII. 1.); pero como el religioso estuviese absorto en una profunda meditacion, y nada contestase, empezó él solo; atravesado de un lanzazo pocos instantes despues, fué á terminarlo en el cielo con los ángeles. El primero que murió fué Felipe de Jesus; el P. Bautista fué el último. Pablo Miki predicó desde lo alto de su cruz con una elocuencia enteramente divina, y acabó con una ferviente plegaria pidiendo perdon por sus verdugos. (Pl. XCIX, n.° 1.) Todos los confesores dieron grandes muestras de fervor y de contento, y aquellos grandes ejemplos, escitaron en el corazon de los infieles que fueron testigos de ello, un maravilloso ardor por el martirio. Apenas los confesores hubieron espirado, las guardas tuvieron que ceder á los esfuerzos de

(1) Fueron todos veinte y seis mártires puestos en las cruces casi á un mismo tiempo, dice el cronista de la órden antes citado: los diez venturosos japoneses á un lado y los diez al otro, computando los tres de la Compañía y los seis frailes en medio, todos en hilera, los rostros hácia la ciudad al mediodía, apartados como cuatro pasos uno de otro, de modo que hacian una muy concertada y devota procesion de crucificados. Junto á las cruces estaba la sentencia que el emperador habia dado, que declaraba la causa porque morian, y en cada cruz el nombre del crucificado por el órden siguiente, comenzando en la parte del poniente:

1 Pablo Suziqui, hospitalero, natural de Oain, predicador intérprete de los frailes. 2 Gabriel, del reino de Isze, *doxicu* de los frailes, de edad de 19 años. 3 Juan Quizaya, natural de Meau (Myako), vecino y allegado de los frailes. 4 Tomé Ixe Danqui, intérprete de los frailes, vecino de Meaco. 5 Francisco, ciudadano de Meaco, médico é intérprete de los frailes. 6 Tomé Cosaqui, *doxicu* que ayudaba la misa á los frailes de edad de 12 años, hijo de Miguel Cosaqui, mártir. 7 Joaquin Soquier, natural de Osaka, cocinero de los frailes. 8 Ventura, natural de Meaco, que habiendo recibido el bautismo cuando niño, y despues quedando huérfano, habia vuelto á la idolatria y héchose bonzo, mas al fin tocándole Dios le reconcilió con la Santa Iglesia por medio de los frailes y se quedó con ellos, y despues merecio tan buena ventura como ser mártir en su compañia. 9 Leon Carasuma, natural de Oari, el principal intérprete de los frailes, grandemente dado á las obras de caridad, particularmente en la cura de los leprosos incurables, hermano menor de Pablo Ibariqui y tio del santo niño Luis; en la cruz, dicen testigos de vista, que por espacio de cuarenta dias quedó con el rostro hermoso y encendido como cuando murió. 10 Matías, natural de Meaco, que entró en lugar de él otro Matías, que se halló ausente cuando llevaron á los santos mártires á la cárcel. 11 Fr. Francisco de la Parrilla ó de San Miguel, religioso lego, natural del lugar de la Parrilla del obispado de Valladolid. 12 Fr. Francisco Blanco, sacerdote y predicador del condado de Monterrey, obispado de Orense en Galicia, de edad de 26 años. 13 Fr. Gonzalo Garcia Layco, natural de Bazain en la India oriental, hijo de padre portugués y de madre natural de la misma India. 14 Fr. Felipe de Jesus ó de las Casas, corista, natural de Méjico, hijo de españoles. 15 Fr. Martin de la Asuncion, por otro nombre de Aguirre, sacerdote y predicador, lector en teologia, natural de Vergara en la provincia de Guipúzcoa. 16 Fr. Pedro Bautista, sacerdote y predicador, comisario, natural de Santisteban, obispado de Avila. 17 Antonio, *doxicu* de los frailes, natural de Nanga-saki, que ayudaba á misa al santo comisario, de edad de 10 años, hijo de padre chino y de madre japona. 18 Luis, *doxicu* de los frailes, sobrino de los mártires Leon y Pablo Ibariqui, natural de Oari, de edad de 10 años. 19 Pablo Ibariqui, de Oari, vecino de Meaco. 20 Juan de Goto, natural de la isla de Goto, *doxicu* de los padres de la Compañía, de edad de 19 años, y recibido en ella el dia del martirio. 21 Pablo Miki, hermano de la Compañía de Jesus, y su predicador, japonés, que hacia nueve años que estaba en compañía de los PP. 22 Diego Quizay, morador de Osaka, *doxicu* de los PP. de la Compañía, recibido en ella el mismo dia de su dichoso martirio. 23 Miguel Cozaqui, padre del niño Tomé, natural del reino de Isze, vecino y muy allegado de los frailes. 24 Pedro Suquexiro Adaucto, que yendo á acompañar á los santos le pusieron los guardas en cadena y fué crucificado con ellos. 25 Cosme Taquia, natural del reino de Oari, morador en Meaco y ocupado en servir á los pobres del hospital de los frailes. 26 Francisco Carpintero Adaucto, que saliendo con el dicho Pedro en compañia de los santos de Meaco con bastimento para el camino, fué puesto en cadena y crucificado con ellos. (Nota del Trad.)

la multitud ávida de recojer la sangre de que estaba empapada la tierra. Al caer la tarde, el obispo, á quien no se habia permitido asistir á los mártires en el trance de la muerte, pero que les habia visto morir desde su ventana, acudió con todos los jesuitas de Nanga-saki á prosternarse al pié de las cruces. El cielo dió á conocer por medio de señales sensibles. la gloria con que habia recompensado á aquellos invencibles soldados de Jesucristo. El viernes que siguió al de su triunfo, así como los sucesivos, aparecieron sobre la santa montaña unas como antorchas ó luces, á manera de columnas de fuego: todas salian como en procesion; de la cuesta bajaban al hospital de San Lázaro, que era la casa donde los santos mártires habian morado, y de allí iban á una ermita de Nuestra Señora donde desaprecian. El tercer dia despues de la muerte del P. Bautista, llegó un hombre para severenciarle como todos hacian y besarle los piés, y asiéndole un dedo con los dientes se lo cortó saliendo de él la sangre tan fresca como si estuviese vivo. Pasados mas de dos meses despues de crucificado, derramó el mismo santo sangre fresca y reciente por una de las heridas, como si entonces se las acabáran de hacer; el santo cuerpo se estremeció y tembló tres veces una tras otra, con tanto vigor y fuerza, que parecia estar vivo y querer dar en tierra juntamente con la cruz, saliéndole en esta ocasion gran copia de sangre, que bañó la cruz y regó la tierra, de cuya sangre y tierra recogieron algunos devotos y guardaron con reverencia. Un soldado italiano que en un buque portugués habia llegado al Japon, y que asistió á aquel martirio, habiendo recojido con su sombrero una cierta cantidad de sangre del mismo P. Bautista, del P. de la Asuncion, de Pablo Miki y de un cuarto confesor, y trasladadola despues á un vaso de porcelana, la llevó á Macao y fué vista por el vicario general en presencia de seis franciscanos, un dominico, dos jesuitas, un médico, un corro de varios otros testigos, y la encontraron líquida y tan encarnada como si acabase de salir de las heridas. Omitimos la relacion de muchas otras maravillas, para añadir únicamente que Urbano VIII, treinta años despues, otorgó á los veinte y seis confesores de Jesucristo, los honores de los santos mártires que la iglesia venera (1), y permitió hacer mencion de aquellos bienaventurados en las preces de todas las iglesias de la Compañía de Jesus, por lo que hace á los tres jesuitas, y en las de la órden de San Francisco respecto de los veinte y tres restantes, porque los seculares pertenecian á aquella órden.

A mediados del mes de marzo de 1597, sabedor Tayco-sama de que la isla de Kiusiu, estaba todavía llena de misioneros, mandó que fuesen embarcados á escepcion del P. Rodriguez, su intérprete, y dos ó tres jesuitas cuya presencia en Nanga-Saki reclamaba el interés espiritual de los portugueses. El obispo del Japon, Pedro Martinez, que tenia necesidad de ir á conferenciar con el virey de las Indias, se hizo entonces á la vela para Goa, pero murió por el camino; y en el mes de octubre algunos portugueses disfrazados de jesuitas, aparentaron embarcarse en un buque que estaba en vísperas de partir, para que se creyeran las autoridades japonesas que se llevaba á efecto la órden del soberano, pero la mayor parte de los ciento veinte y cinco verdaderos apóstoles, esparcidos por el archipiélago, continuaron sus trabajos con igual fé y perseverancia. Aquella inocente estratagema del P. Gomez salvó su mision, la cual fué espuesta á un nuevo peligro en el año 1598 por la llegada de los franciscanos Gerónimo de Jesus y Gomez de San Luis. Este último, preso al poco tiempo de su llegada, fué embarcado y conducido á Manila; pero Gerónimo de Jesus que conocia el Japon, en donde ya habia estado otra vez, logró escapar á la persecucion de los idólatras.

La noticia de la muerte de Tayco-sama,

(1) Beatificados los veinte y seis mártires en Roma en los dias 14 y 15 de setiembre del año 1627, acaban de ser canonizados solemnemente por Su Santidad Pio IX en la capital del mundo cristiano el dia 8 de junio del presente año de 1862 en que traducimos esta obra; y por una notable coincidencia, en el mismo dia en que trasladamos al español este interesantisimo capitulo (Nota del Trad.)

acontecida el dia 16 de setiembre de 1598, sin que el P. Rodriguez, que se hallaba al lado de aquel príncipe en sus últimos momentos, hubiese podido lograr su conversion, apartó en un principio la atencion que estaba hasta entonces fijada en los misioneros y cristianos, á quienes consolaba la presencia de Luis Serqueira, coadjutor del obispo y la del P. Valignani. Habiendo terminado en fin en el año 1599 la guerra de Corea, y regresado las tropas adictas á los príncipes cristianos que las habian conducido á la victoria, fué aquel hecho un nuevo motivo de seguridad para los discípulos de Jesucristo. Restableciéronse poco á poco las iglesias, colegios y seminarios, y las cosas volvieron á ser puestas casi bajo el mismo pié en que se hallaban antes del primer edicto de Tayco-sama contra los cristianos. Tan feliz reaccion, que solo sufrió un quebranto á causa de una persecucion que hubo en el Firando, dulcificó los últimos instantes de la existencia del P. Pedro Gomez, á quien sucedió, en calidad de vice-provincial, el P. Francisco Pasio de Bolonia. Por último, la apoteosis de Tayco-sama, celebrada con estraordinaria pompa, motivando un nuevo desprecio por las sectas del Japon, consolidó y propagó por el contrario el aprecio hácia la religion cristiana hasta tal punto, que en el año 1599 se operaron setenta mil conversiones, de las cuales las veinte y cinco mil pertenecian á la provincia de Firando. No menos fecundo en buenos resultados fué el siguiente año 1600; pero los jesuitas no recogieron con una satisfaccion libre de todo sobresalto lo que habian sembrado con tanto trabajo, porque abrigaban el presentimiento de que la tranquilidad que se les habia concedido temporalmente, era á fin de que se preparasen para nuevos combates.

Como Dayfu-sama (1) gefe de la regencia, durante la menor edad del hijo de Tayco-sama, aspirase á apoderarse del poder supremo, formóse una liga contra él, en la que entró Agustin Tsucamidono, entonces dai-mio de Figo. Jecundono, dai-mio de Tango, adicto al partido del regente, previendo el caso de que sus adversarios asaltaran la ciudad de Osaka, en la que dejaba á Engracia, mandó á su mayordomo que sustrajera aquella princesa al enemigo, decapitándola y poniendo fuego á su palacio. La prevision de Jecundono se realizó en efecto; y habiendo ido el mayordomo á arrojarse á los piés de Engracia, le comunicó la órden de su esposo; manifestándole al propio tiempo que ninguno de los servidores le sobreviria. La princesa le escuchó con sangre fria y le dijo: «Ya sabeis que soy cristiana, y que la muerte no tiene nada de espantoso para los discípulos de la verdadera religion. Esta santa ley me manda obedecer al que nuestras costumbres le han hecho árbitro de mi vida; pero no puedo pensar sin estremecerme, en lo que será de vos por toda una eternidad, si persistís en vuestra ciega idolatría. No me negueis la gracia que os pido y que será la última que os pediré en mi vida: contentaos con ejecutar las órdenes del príncipe por lo que toca á mi persona; pero no atenteis contra vuestra existencia. Prescribiendo el suicidio, las leyes del Japon son injustas, y no podrian escusaros ante el tribunal del Señor de la vida y de la muerte.» Despues entró en su oratorio, donde, prosternada delante de su crucifijo, se ofreció en sacrificio á la magestad divina, aceptando la muerte en expiacion de sus pecados. Enseguida llamó á las mugeres de su servidumbre, á todas las cuales abrazó con ternura y les dijo: que puesto que no habia órden de que muriesen, y siendo todas cristianas, su conciencia les obligaba á salir del palacio antes de que se prendiera fuego á él. En medio de tan general desolacion, la princesa fué la única que se mostró con aire sereno, disponiéndose á la muerte como si arreglase los preparativos para un viage de recreo. Despues de haber entrado por última vez en el oratorio, no tardó en hacer avisar al mayordomo de que podia ejecutar las órdenes de su dueño cuando mejor le pareciese. Habiendo acudido el servidor, contestóle que solo aguar-

(1) Dayfu-sama equivale en idioma del Japon á gran gobernador. (Nota del Trad.)

da balas suyas, y arrojándose á sus piés le suplicó otra vez que le perdonase su muerte. Concedido el perdon, Engracia se arrodilló, inclinó resignada la cabeza, y pronunciando los sagrados nombres de Jesus y María, recibió el golpe que le separó la cabeza del cuerpo. Así murió la mas cumplida princesa, y quizás la mas ferviente cristiana del Japon. Cubrieron su cuerpo con un paño de oro; los servidores que no eran cristianos se encerraron en un aposento vecino y todos se abrieron el vientre; y uno de ellos habiendo prendido fuego á un gran reguero de pólvora, el palacio que estaba lleno de materias combustibles, no tardó en quedar reducido á cenizas; pero los cristianos pudieron descubrir los huesos de Engracia, que depositaron en poder del P. Gnecchi, que residia entonces en Osaka. Hizo celebrar un solemne oficio para el eterno descanso del alma de la princesa, quedándole muy agradecido por aquella honra fúnebre el dai-mio de Tango, cuyo príncipe habiendo vuelto á entrar en Osaka, á consecuencia de la guerra, dispuso que á sus costas, se celebrára otro oficio solemne, al cual asistió en persona. Habiendo sabido que las honras fúnebres habian sido acompañadas de abundantes limosnas: «Es preciso confesar, dijo, que estos religiosos estrangeros son unos hombres muy diversos de nuestros bonzos.» Agustin de Tsucamidono á quien hizo prisionero Dayfu-sama, terminó con una muerte no menos cristiana, una vida ilustrada con la conquista de la Corea. Encontróse en una faltriquera de su vestido una carta dirigida á su familia, en la cual la exhortaba á conformarse con la voluntad de Dios y á permanecer fiel á su servicio, cualesquiera que fuesen las tribulaciones que tuviese que soportar.

Si bien Dayfu-sama no queria á los cristianos, por política, en un principio, se mostró favorable á sus padres espirituales, y por medio de un edicto permitió que los jesuitas pudiesen establecerse en Osaka, Miyako y Nanga-saki. En semejante estado de cosas, nada podia venir mas á propósito que un refuerzo de obreros evangélicos, si todos hubiesen obrado de concierto. El refuerzo llegó efectivamente en el año 1601, y este se componia de algunos franciscanos, agustinos y dominicos procedentes todos de las Filipinas. Los primeros fueron á morar en su antiguo establecimiento de Miyako; los segundos pasaron al Bungo y se establecieron en Usuki; los terceros, es decir, el P. Francisco Morales, vice-provincial, con los PP. Tomás Hernandez, Alfonso de Mena, Tomás de Zumarraga y el lego Juan, se detuvieron en la pequeña isla de Coxiqui, dependiente del Satsuma. En las témporas de setiembre del año 1601, Serqueira promovió al sacerdocio á los primeros religiosos seculares del Japon, empezando de este modo á organizar un clero indígena; pero la imposibilidad de establecer algunos seminarios, hizo que no llegase á ser numeroso. El siguiente año 1602 se hizo notable, por la llegada de una ilustre cohorte de misioneros jesuitas, al frente de los cuales se hallaban los PP. Cárlos Spinola, genovés, y Gerónimo de los Angelis, siciliano.

Aquellos celosos varones encontraron al cristianismo floreciente bajo el cetro del gefe de la regencia que se habia hecho dar por el dairio, el título de kubosama ó seugun. Unicamente causó la persecucion graves males en Figo. Cinco jesuitas expiaron con un duro cautiverio, el valor con que habian prodigado los socorros espirituales en la ciudad de Udo, donde residia Canzugedono, nuevo dai-mio de la provincia; y el P. Alfonso Gonzalez, su superior, á quien mas de la mitad de Figo era deudora de su conversion, habia muerto, postrado por las fatigas y sufrimientos, en el mes de marzo del año 1601. Canzugedono sectario de Fo (1) trató de obli-

(1) Fo ó Foé, segun la mitología china, es uno de sus principales dioses, fundador de una secta muy estendida en aquel imperio. Nació en la India mas de mil años antes de Jesucristo. A los treinta años se sintió inspirado del espíritu divino, tomó entonces el nombre de Fo, y empezó á predicar por todas partes su doctrina, deslumbrando al pueblo con prestigios, honrados con el nombre de milagros, que los bonzos han recojido en muchos volúmenes. Sus partidarios se multiplicaron tan prodigiosamente, que se cuenta haber sido ochenta mil los discípulos que le ayuda-

gar á todas las personas notables de Yatsu siro á que abrazáran su secta, empezando por Juan Minami Gorozaimon y Simon Gifioye Taquenda, cuyos amigos se valieron de todos los medios para obtener de ellos al menos una muestra equívoca de su sumision á la voluntad del dai-mio. Lo que mas les admiró fué ver á las mugeres de los dos cristianos y á la madre de Simon exhortarles con valor á perseverar en la fé, de lo que habiendo hecho sabedor de ello al príncipe, mandó al punto que fuesen conducidos Juan y Simon á un pueblecillo vecino, llamado Cumamoto, donde debian ser decapitadas y crucificadas las tres mugeres. Apenas Juan Minami conoció aquella órden, que sin aguardar á que se la notificáran, partió para Cumamoto, y fué á encontrar al gobernador que era amigo suyo; pero este último trató en vano de vencer su constancia. Hízole finalmente sentar á su mesa y procuró persuadirle una vez mas de que era indispensable obedecer al gefe superior, hasta que habiendo llegado á los postres y conociendo que era inútil insistir por mas tiempo, mostróle la sentencia de muerte firmada por el mismo dai-mio. Despues de haber manifestado el confesor que hubiese deseado que el príncipe, por quien estaba dispuesto á sacrificar sus bienes y su existencia, pusiera á prueba de otro modo su fidelidad, dijo que ante todo era Dios, y que se consideraba dichoso en poder derramar su sangre en testimonio de su creencia; el gobernador le hizo conducir á otro aposento donde fué decapitado el dia 8 de diciembre del año 1602, á la edad de treinta y cinco años. El mismo dia, habiendo hecho prevenir el gobernador á Simon Taquenda que deseaba tener una entrevista con él, en presencia de su madre y de su esposa, partió para Yatsu-siro. Al entrar en casa de su amigo las lágrimas se le agolparon en los ojos, y enternecido Taquenda no pudo contener las suyas; habiendo acudido en esto, Juana, madre del cristiano, díjole el gobernador: «Tengo que ir á dar cuenta al dai-mio de la disposicion en que habré dejado á vuestro hijo, y espero de vuestra prudencia los consejos saludables de que tiene necesidad para no obstinarse en unos sentimientos que el príncipe reprueba. — Nada tengo que decir á mi hijo, contestó la virtuosa madre, sino que todo sacrificio es poco para alcanzar una dicha eterna. — Pero sabed que si no obedece al dai-mio, tendreis el sentimiento de verle decapitar. — ¡Quiera el Dios á quien adoro, que me sea dado mezclar mi sangre con la suya! Si vos consentís en procurarme este favor, me concedereis la mas grande merced que pueda esperar del mejor de mis amigos.» Creyendo el gobernador de que obtendria mas fácilmente la apostasía de Taquenda, si lo separaba de aquella valerosa cristiana, le hizo conducir á casa de un idólatra, donde con grande esfuerzo se trató de persuadirle de que renunciase al cristianismo; pero todo fué en vano. Por último, al llegar la noche envióle el gobernador á uno de sus parientes, para darle á conocer y para llevar á cabo al propio tiempo la sentencia de muerte. Taquenda lo recibió como un favor esperado y con muestras de impaciencia; retiróse un momento para orar, y fuese enseguida á participar la feliz nueva á su madre Juana y á su esposa Inés. Las dos heroinas, que ya estaban entregadas al descanso en aquella hora, se levantaron enseguida sin manifestar la menor emocion, é hicieron ellas mismas los preparativos de la ejecucion, á la que debian asistir segun lo dispuesto en la sentencia. Taquenda, por su parte, ponia en órden con la misma tranquilidad sus negocios domésticos, y cuando todo estuvo ya arreglado, Inés se arrojó á los piés de su esposo suplicándole que le cortase los cabellos, porque queria renunciar al mundo, sino se la condenaba á muerte. Dudaba Taquenda si haria lo que Inés le pe-

ron á propagar sus dogmas por el Oriente. Murió á los 73 años, declarando que el vacío y la nada son el principio de todo lo que existe. Los bonzos aseguran que Fo nació ocho mil veces y que pasó sucesivamente al cuerpo de un gran número de animales antes de ser elevado á la categoría de divinidad, y por esto se halla representado este impostor en las pagodas bajo la figura de un dragon, de un elefante, de un mono, etc. Los sacerdotes de este mentido Dios, dicen que recibieron de Fo cinco mandamientos que consisten en no matar, no robar, guardar la castidad, no mentir, y en fin, no beber vino. (Nota del Trad.)

dia; pero habiéndole rogado su madre que diese aquella última satisfaccion á su compañera, lo hizo enseguida. Habiendo entrado en esto en casa de Taquenda un apóstata llamado Figida, á cuya noticia habia llegado la condenacion del cristiano, quedó sorprendido de que una casa donde esperaba encontrar el luto y las lágrimas, todo fuese contento y satisfaccion. No pudo ver sin conmoverse á las mugeres entregadas á la oracion, á los criados santamente ocupados, y á algunos cristianos consolando á los que creian haber perdido la esperanza de morir por Jesucristo, felicitando á Taquenda por su triunfo. Figida corrió á abrazar el confesor, alabó su valor, acusóse de su propia infidelidad y prometió repararla por mas que le costára la vida. El mártir despues de haber dado gracias á Dios por aquel último consuelo, abrazó á su madre y á su esposa, recompensó y despidió á sus criados, se recojió un momento al pié de un crucifijo, y presentó su cabeza al ejecutor que se la separó del tronco de un solo golpe, el dia 9 de diciembre, á las dos de la madrugada. Las dos cristianas recojieron entonces la cabeza del confesor, la besaron con amor y respeto y ofreciéndola al cielo, suplicaron al Señor, por los méritos de una muerte tan preciosa, que se dignase tambien aceptar el sacrificio de su vida. Todo el dia siguiente lo consagraron á la oracion para obtener de Dios la gracia del martirio; y al llegar la noche, quedaron agradablemente sorprendidos al ver entrar á Magdalena, viuda de Juan Minami, con su sobrino Luis, de edad de ocho años. Al anunciarles Magdalena que todas tres serian crucificadas aquella misma noche, fué tan grande su alegría, que no cabian en sí de contento, y despues de haber puesto término á la espresion de su júbilo, se arrodillaron para dar gracias á Dios por haberlas concedido la gloria del martirio. El niño Luis, cuya alegría veíase impresa en su semblante, y en quien la gracia suplia á la razon, habló con delicia del honor de derramar su sangre por Jesucristo. Sus verdugos aguardaron para conducirlas al suplicio á que la noche hubiese cerrado enteramente, y á fin de evitarlas la fatiga del camino y la vergüenza de verse espuestas á los insultos del populacho, se las condujo en litera al lugar de la ejecucion. Quizás era la vez primera que se imponia aquel género de suplicio á unas personas de su clase; pero las siervas de Jesucristo no se quejaron sino de los miramientos que se tenian por ellas. La madre de Simon pidió con vivas instancias que se la clavase en su cruz, por mas asemejarse, decia ella, á su divino Salvador. Los verdugos contestaron que no tenian órden de hacerlo y se contentaron con atarla por medio de sogas, segun costumbre, levantándola despues. La ilustre japonesa viendo delante de ella una gran multitud que habia acudido á presenciar el espectáculo, á pesar de la oscuridad de la noche, habló con mucho esfuerzo de la falsedad de las sectas del Japon; pero aun no habia terminado, cuando fué herida, si bien que ligeramente, de un lanzazo; un momento despues otro lanzazo le atravesó el corazon espirando enseguida. Luis y su tia fueron entonces agarrotados en sus cruces que levantaron una enfrente de la otra. Mientras que Magdalena exhortaba á su hijo adoptivo, en quien no se notaba otro sentimiento que el de una angélica piedad, un verdugo que quiso atravesarle, erró el golpe, abriéndole el corte de la cuchilla únicamente la superficie de la carne, y temiendo Magdalena que no se asustára, le gritó que invocase á Jesus y María. Luis, tan tranquilo como si nada hubiese sucedido, hizo lo que la voz maternal le sujeria, y un instante despues recibió un segundo golpe al que espiró; apenas el soldado hubo retirado la lanza del cuerpo del hijo, fué á hundirla en el seno de su madre Inés que quedaba sola: su juventud, su extrema belleza, su dulzura y candor, habian enternecido hasta los ejecutores. Rogaba arrodillada el pié de su cruz y nadie se presentaba para atarla en ella; notólo la esposa cristiana, y á fin de decidir á los soldados á que le prestasen aquel servicio, se ató ella misma en el leño fatal lo mejor que le fué posible.

La gracia y la modestia de sus movimientos acabaron de cautivar los corazones mas insensibles; pero, por último, algunos miserables impulsados por la esperanza del lucro, se ofrecieron á servirla de verdugos; mas como no sabian manejar la lanza, acribillaron su cuerpo de heridas sin causarle la muerte. Todo el mundo sufria en presencia de aquella carnicería, y poco faltó de que no fuesen despedazados aquellos infelices por los irritados espectadores. Unicamente Inés se mostraba insensible y no cesó de bendecir al cielo y de pronunciar los sagrados nombres de Jesus y María, hasta el momento en que lograron atravesarle el corazon.

Aquellas sangrientas ejecuciones en vez de disponer á los cristianos del Figo para la apostasía, les confirmaron mas y mas en su fé. Canzugedono supo sobre todo con despecho que el pariente de Simon Taquenda, que habia degollado á aquel mártir, movido por lo que habia visto, acababa de pedir y recibir el bautismo, llevando despues al obispo del Japon el sable tinto en sangre del confesor, protestando que su único deseo era sufrir igual suerte. Pidióse al dai-mio permiso para enterrar los cuatro cuerpos que habian quedado espuestos en las cruces; pero lo negó, de modo que fué preciso recojer los huesos á medida que iban cayendo. Se pusieron aquellos santos restos en cajas separadas, enviándose á Nangasaki, donde recibieron, por órden del obispo, todos los honores que les eran debidos; y el prelado hizo redactar al propio tiempo un acta formal de aquel martirio para ser enviada á Roma. La persecucion continuada en el Figo, no parecia deber estenderse en las provincias vecinas cuyos dai-mios eran ó cristianos ó favorables al cristianismo. Habiendo hecho burla Canzugedono de que Jecundono, entonces dai-mio de Buzen, no se olvidase jamás en el dia del aniversario de la muerte de Engracia, de hacer celebrar un oficio para el descanso de su alma y de que fuese á comer despues con los jesuitas, é irritado el citado dai-mio por sus invectivas contra la religion cristiana, le afeó públicamente su conducta, retóle en presencia de sus amigos y desenvainó su espada; pero afortunadamente aquellos lograron separarles y evitar un funesto lance. Terazaba, apóstata del cristianismo y señor de la isla de Amakusa, mandó derribar todas las iglesias, pero se estrelló contra la invencible fidelidad de los cristianos en su fé. Al dai-mio de Satsuma, cuyo puerto frecuentaban los portugueses y españoles, no le tenia á cuenta apelar á la violencia; pero el de Naugato se dejó llevar de su carácter iracundo, de modo que habiéndose negado á abjurar el cristianismo Melchor Bugendono, le condenó á ser decapitado. Sabedor de aquella resolucion, pidió el confesor como una merced que fuese conducido antes por las calles de Amanguchi, á fin de participar de aquel modo de las ignominias que habia sufrido el Salvador de los hombres; pero el príncipe en vez de dar publicidad á la ejecucion, quiso, por temor, que se verificase en casa de Melchor, cuya esposa, hijos, yerno y sobrinos, obtuvieron la misma palma. Un ciego, llamado Damian, obligado por la necesidad á tener que mendigar de puerta en puerta, y quien en ausencia de los misioneros, habia operado admirables conversiones, fué tambien condenado á ser decapitado á instancias de los bonzos, cuya mala fé confundia. Aquellos falsos sacerdotes, dominados por el rencor, se cebaron hasta en el cadáver del infeliz mendigo que fué despedazado y arrojado al rio; pero los cristianos lograron salvar los brazos y la cabeza, que dieron al obispo del Japon. Aunque contrariada en algunos puntos, la religion cristiana florecia en la mayor parte de las grandes ciudades que estaban bajo la inmediata obediencia del seugun, quien, en aquella época, hizo dar por el dairio el título de xogun-sama á su hijo mayor; prueba evidente de la intencion que abrigaba de perpetuar el poder supremo en su familia, en perjuicio de su pupilo Fide-Jori. Unicamente la imprudencia de un europeo indispuso al seugun contra los religiosos procedentes de Filipinas, porque habiendo hablado aquel en presencia del princi-

pe de la conquista de las Molucas, á cuyo efecto se estaban reuniendo entonces las armas y municiones en Manila, receloso el monarca japonés de sus emprendedores vecinos, juzgó que debia tomar algunas medidas para evitar cualquiera sorpresa; y la primera que se le ocurrió fué á expulsar del Japon á todos los religiosos españoles, á fin de que no pudiesen favorecer á sus compatriotas; pero á pesar de las pesquisas practicadas á consecuencia de esta órden, no se pudo descubrir ninguno. Por lo demás, si la desconfianza del seugun era grande para con los misioneros procedentes de Filipinas, parecia que no era menor su benevolencia para con los que los buques portugueses conducian de Macao; por manera que fué entonces cuando los jesuitas restablecieron con todo su lustre en Nanga-saki el antiguo seminario de los nobles. Se contaban en el Japon, á últimos del año 1605, muchos miles de cristianos y su número aumentaba todos los dias.

Si el cristianismo se mantenia en la isla de Kiu-siu, la gloria, despues de Dios, era debida mas que á ningun otro á Sancho, príncipe de Omura. La defeccion de aquel príncipe, motivada por una injusta prevencion contra los jesuitas Francisco Pasio y Juan Rodriguez, que creyó haber sido contrarios á sus intereses en las cuestiones que hubo con el seugun, empañaron el brillo de su vida anterior. Por el contrario Constantino Joscimon, que quizás de todos los japoneses era el que mas habia deshonrado el carácter de cristiano, hizo olvidar su doble apostasía y sus persecuciones, aceptando con una resignacion admirable, las duras pruebas que tuvo que sufrir en los últimos dias de su existencia; pruebas tales, que despojado de todo cuanto tenia, muchas veces habria carecido hasta de lo mas indispensable, sin el ausilio que le prestaba el P. Gnecchi. Desde entonces, si bien el cristianismo se propagó entre las clases inferiores, se vió raras veces á los príncipes del Japon abrazar la ley de Jesucristo, y en esto se reconoció que en el fondo el seugun no le era favorable. Despues de haber acogido con distincion á Luis Serqueira, obispo del Japon, á quien aquella lisonjera recepcion le animó para visitar las provincias, espidió á instancias de la madre de Fide Jori, su pupilo, un edicto que prohibia abrazar la religion de los europeos, y mandaba á todos los japoneses convertidos que renunciasen á ella. Verdad es que aquel edicto únicamente fué publicado en Osaka, residencia de Fide-Jori, cuya madre, por otra parte, no tardó en cambiar de sentimientos; no lo es menos tambien que el seugun quiso que el P. Pasio, vice-provincial de los jesuitas, fuese á verle en Suruga y que visitó á su hijo el xogun-sama en Yedo; pero los jesuitas no se hacian ilusiones acerca del estado real de la iglesia del Japon, y comprendian que si el seugun les tenia algunos miramientos y no se declaraba abiertamente contra los cristianos, era porque su número era mas considerable ya para secundar eficazmente, ó bien para hacer fracasar el proyecto que abrigaba de hacerse dueño absoluto del imperio. Así es que no disfrutaban sino á medias de la dulzura de aquellos dias de otoño en vísperas de un triste invierno. No obstante, el obispo se aprovechó de aquella calma para visitar á los cristianos de la isla de Kiu-siu.

Independientemente de los jesuitas, los dominicos evangelizaban las islas que dependen del Satsuma y la parte del Fizen, donde se halla el principado de Isafay. El P. Moreno, del convento de Segovia, y otros cinco frailes predicadores, ya se habian hecho á la vela para reunirse con ellos y ayudarles, cuando al llegar cerca de Guadalupe, fueron alcanzados por las flechas de los idólatras, y sucumbieron gloriosamente en el año 1604. Aunque privados de aquel refuerzo, los apóstoles dominicos llevaron á cabo muchas conversiones, logrando además la proteccion del príncipe Tono, en la isla Coxiqui, quien les señaló doscientos sacos de arroz anuales para su manutencion; pero el P. Morales, así como sus compañeros, consecuentes al voto de pobreza, se negaron á aceptar aquella dádiva. Fontana, dice, que en

el año 1607, un oficial de ilustre cuna, á quien estimaba mucho el dai-mio de Satsuma, fué á encontrarles; y que habiéndole instruido en la fé, pidió el bautismo; pero que los religiosos se abstuvieron de concedérselo, porque segun un decreto del príncipe incurria en la pena capital cualquier militar que abandonase la religion del país; no obstante, acabaron por acceder á sus ruegos y le regeneraron con el agua bautismal en las fuentes sagradas, poniéndole el nombre de Leon. Sabedor de ello el dai-mio, dió al nuevo cristiano el plazo de tres dias para que optase entre la abjuracion ó la muerte; mas como aquel oficial no habia sido preso, partió en busca de un ministro del Evangelio, y habiendo encontrado á un fraile dominico, lego, le fortificó este en la fé, le enseñó á despreciar la muerte y le dió el rosario de la Santa Vírgen y una imágen del Crucificado. Despues de haber recibido la bendicion del lego, Leon fué á avistarse con el dai-mio á quien dijo que no podia abjurar la fé cristiana, y que por consiguiente estaba dispuesto á morir. Habiendo ordenado el príncipe que lo decapitasen, se arrodilló, sacó de su seno los rosarios y la imágen del Salvador, é hizo un rato de oracion besando repetidas veces aquellos sagrados símbolos; luego volvió á guardar el crucifijo en el seno, ató los rosarios en el brazo derecho, y volviéndose al ejecutor le dijo: «Dame la muerte temporal, á fin de que reciba la vida eterna.» Aquel mártir entregó su alma á Dios el dia 17 de noviembre del año 1607, y su sangre fué recogida con veneracion por los fieles que estuvieron presentes en su suplicio.

No tardaron los dominicos en poseer tres iglesias en el Fizen, desde donde los PP. Alfonso de Mena y Tomás del Espíritu Santo, escribieron el dia 10 de marzo del año 1608, la carta que el ilustre Diego Advarte hizo leer en el capítulo general de su órden, en el año 1610. Como este documento arroja mucha luz sobre el estado de aquella mision, creemos oportuno trasladarle en este lugar. «Despues de nuestra partida de ese pais, el rey (dai-mio) del Fizen, no ha cesado de favorecernos. En el último año, nos concedió un sitio en las tierras de su propiedad, para construir en él una iglesia, que hemos dedicado y puesto bajo la proteccion de Nuestra Señora del Rosario. Desde entonces han crecido nuestras esperanzas de poder estender la religion, porque agradecidos los japoneses á la solicitud de que para su dicha hemos dado constantes pruebas, nos piden todos los dias que les hagamos cristianos. El rey, no se opone á sus deseos; por el contrario, los secunda, puesto que tambien este año, nos ha cedido unos terrenos muy estensos en dos de las principales ciudades de su reino, en una de las cuales reside ordinariamente dicho príncipe, y uno de sus tios habita en la otra. Este último, que estuvo algunos dias en Fizen, vino á visitarnos con la reina, y conversó familiarmente con los religiosos, ocupándose de los medios de poder establecer de un modo sólido la fé en el pais; de modo que el cristianismo, va haciendo muchos progresos, merced á la proteccion que le dispensa este príncipe. En el momento que estoy escribiendo, nos traen mucha madera para poder construir nuestra casa, y llevo mucha prisa porque hay varias personas que me están aguardando para ser bautizadas. Ya sabeis, R. P., que este pais es bueno, y el aire es mucho mas sano que en el resto del Japon; los habitantes, por lo comun, bondadosos y honrados, tienen mucho dicernimiento, lo que nos hace esperar que se les podrá inculcar fácilmente las verdades de nuestra fé, y que con el ausilio de Dios, todos los dias haremos nuevas conversiones, sin estar expuestos á las contrariedades que hemos sufrido en el reino de Satsuma. Por lo demás, como no ignorais R. P. cual es la vida penitente de nuestros religiosos de la provincia del Santo Rosario, tanto por lo que toca á los hábitos y alimento, como por la asistencia al coro, las predicaciones y los viages contínuos que nos vemos obligados á hacer, á fin de visitar y animar á los cristianos dispersos en diversos territorios, bastará que os

diga que seguimos aquí como en Europa, las prácticas de nuestra religion; y si bien no hay mas que dos religiosos en cada casa del Japon, se levantan exactamente á media noche para recitar maitines ó entregarse á la oracion. Ahora nos dedicamos con tanto mas cuidado á aprender la lengua del pais, cuanto confiamos que su conocimiento ha de darnos muy copiosos frutos. Tampoco debo pasar en silencio, que el aprecio en que tienen los grandes de este reino la ciencia y santidad de nuestros religiosos, y el motivo que ha inducido al rey á darnos una casa en su capital, están principalmente fundados en la idea que tienen de nuestro desinterés. El príncipe ha creido hacer nuestro elogio llamándonos *Xaxinofin*, esto es, hombres que desprecian las cosas de este mundo, y que no tienen otro deseo que trabajar por la salvacion de las almas. En tanto que los misioneros obrarán de modo que convenzan á los que evangelicen, que no tienen para ellos ninguna estimacion los bienes terrenales, recogerán copiosos frutos, porque es el medio mas eficaz para obtener la confianza de los japoneses. Por este mismo medio, los religiosos de San Francisco han alcanzado del emperador del Japon el permiso para construir un convento en la ciudad de Nanga-saki, en donde un habitante de Manila les ha comprado una casa. Confiamos que dentro de poco tiempo obtendremos igual permiso, porque tanto los portugueses como los japoneses, en la citada ciudad, muestran el mismo afecto á nuestros religiosos.»

Tanto el general como todo el capítulo, animados de un mismo celo, tomaron nuevas disposiciones para el acrecentamiento de las misiones entre los gentiles; y fué ordenado que en cada provincia de la órden, y sobre todo en los estados del rey de España, se estableciera oportunamente el estudio de las lenguas orientales. A los provinciales encargados de la ejecucion de este acuerdo, se les encargó al propio tiempo que redoblasen su atencion en la eleccion de los misioneros que debiesen pasar á las Indias, á fin de no destinar á ellos mas que á aquellos religiosos cuya capacidad y costumbres pudiesen hacer esperar el buen éxito que se proponian obtener. En el mismo año en que Advarte regresó á España, hizo partir á varios misioneros, siendo de aquel número el P. Alfonso Navarrete, que el mismo Diego Advarte habia agregado á aquella santa milicia, y cuya vida y martirio escribió mas tarde.

CAPÍTULO XXIV.

Medidas tomadas por Sicco para la propagacion de la fé. — Misiones de las diversas órdenes en el Japon.

El capítulo celebrado en Paris en el año 1611, presidido por Galamini, fué seguido en 1612, por otro capítulo congregado en Roma y presidido por el nuevo general Serafin Sicco. La presencia de los superiores de las provincias dominicanas, recientemente establecidas ya en América, ya en Filipinas y en otras partes de las Indias, permitió á Sicco enterarse exactamente del estado de aquellas lejanas misiones, y de lo que importaba hacer para el acrecentamiento de la fé en los pueblos del Japon, donde la palabra de Dios habia sido anunciada con fruto, aunque muchas veces á costa de terribles persecuciones. Despues de haber alabado el celo de los misioneros presentes y de haberles exhortado á la perseverancia, el sábio general les dió varios consejos que debian comunicar á sus coloboradores presentes y futuros. Sus recomendaciones tuvieron principalmente por objeto, el modo de establecer el cristianismo, y la conducta que debian guardar con los misioneros de las demás órdenes religiosas. Entre los nuevos cristianos que vivian bajo la dominacion de los príncipes infieles, no era raro encontrar algunos que poco instruidos ó poco moderados en sus costumbres, sucumbian á la primera persecucion; por manera, que se les veia sucesivamente idólatras, cristianos y apóstatas, deshonrando con la mancha de su desercion, la santidad del cristianismo. Con el fin de prevenir seme-

jantes escándalos, Sicco encargó á los dominicos que no se apresurasen á admitir en las pilas bautismales, á todos los infieles que solicitáran ser bautizados; sino que pusieran á prueba á los neófitos, tanto como las circunstancias lo permitieran; que los instruyeran tanto en las máximas del Evangelio, como en los misterios de la fé; que se asegurasen de la sinceridad de su voluntad y de su conversion, y que jamás tolerasen la vergonzosa mezcla de las supersticiones paganas con la religion de Jesucristo. Animado del mismo espíritu, del mismo celo y prevision, Sicco recomendó á los misioneros de su órden, que conservasen constantemente la paz y la caridad con los demás ministros de la palabra, cualquiera que fuese el instituto á que pertenecieran. Estaba persuadido de que si los hombres apostólicos no combaten de concierto y con las mismas armas la idolatría y el pecado, jamás lograrán establecer de un modo sólido el reino del Salvador, porque no podrán edificar templos, ni hacerles respetar las máximas de la religion, que no verán puestas en práctica en su conducta. Antes de despedirse de los provinciales del Perú y de las Filipinas, manifestóles Sicco que no t rdaria en enviarles nuevos obreros evangélicos, y eligió en efecto cierto número de ellos, que partieron para las misiones estrangeras con los poderes y privilegios que Paulo V les habia concedido en su bula: *Cœlestium munerum thesauros*.

En el capítulo reunido en el año 1615 en Bolonia, el P. Sicco, presentó un acuerdo para establecer en la ciudad de Manila, capital de las islas Filipinas, un colegio que fuese como un seminario de teología y de misioneros aplicados al estudio de las lenguas estrangeras, y siempre dispuestos para ir á anunciar á Jesucristo do quiera fuese necesaria su presencia; es decir, que el colegio de Sto. Tomás, que ya existia, recibió de este modo una nueva aprobacion y un gran desarrollo: medida tanto mas oportuna, cuanto que el provincial de las Filipinas, estaba encargado de hacer pasar á los misioneros de su reino a los reinos vecinos, cuyos habitantes eran todavía idólatras. El primer cuidado del general, en el capítulo celebrado en Lisboa, en el mes de junio del año 1618, fué asegurarse de la ejecucion de aquel acuerdo, y del estado en que se hallaba el colegio de Manila.

La España y Portugal, desde sus conquistas en las Indias occidentales y orientales, estaban en posesion de enviar á ellas los ministros del Evangelio; y es preciso hacerles la justicia de decir, que, ellos solos han dado mayor número de obreros evangélicos para la conversacion de los americanos, asiáticos, chinos y japoneses, que todos los demás reinos cristianos juntos. En Lisboa quiso el P. Sicco que los provinciales de España, Aragon y Portugal, le diesen cuenta del número, edad, conducta, capacidad y demás cualidades de los religiosos con quienes se podia contar para socorrer las misiones. Este socorro era necesario y debia ser tanto mas pronto, cuanto se acababa de saber que la persecucion, en tierra de infieles, habia sido muy violenta en los últimos años, y que la mayor parte de los antiguos misioneros, habian sido víctimas de ella con casi todos sus catequistas y muchos de los nuevos cristianos. Pero antes de seguir adelante, es preciso que entremos en algunos pormenores respecto del Japon.

El fuego de la persecucion habia consumido en la provincia de Figo algunas ilustres víctimas. Joaquin Girozayemon, Faciemon, Miguel Mizuisci y Juan Tingoro, directores de una cofradía de la Misericordia, formada bajo el modelo de la de Nanga-saki, fueron encarcelados, pereciendo Joaquin en el abandono en que le dejaron. Habiendo mandado Canzugedono que decapitasen á los que hubiesen sobrevivido, así como á sus hijos, condujeron á los tres confesores con la soga al cuello fuera de la ciudad de Yatsu-siro, mientras que los soldados iban en busca de sus tres hijos. Tomás, de edad de doce años, hijo de Faciemon, corrió en busca de los guardias, vestido con su mas hermoso trage; luego habiendo

encontrado á su padre en la puerta de la ciudad, se arrojó en sus brazos y le abrazó con los mayores trasportes de alegría. Pedro, hijo de Juan Tingoro, no tenia mas que siete años. Al llegar los confesores al lugar del suplicio, aguardaron por mucho tiempo al tercer niño, pero como tardase mucho, los decapitaron. Aquel niño que llegó algunos momentos despues, le habian encontrado dormido en casa de su abuelo. Dispertáronle para decirle que era preciso ir á morir con su padre, cuya cabeza iban á cortar por el nombre de Jesucristo; y aquella noticia en vez de afligirle, le causó la mas viva alegría. Vistiéronle con esmero y lo entregaron á un soldado que lo tomó por la mano y le condujo al lugar de la ejecucion. El pueblo les seguia atropelladamente y la mayor parte de los espectadores no podian reprimir sus lágrimas. Al llegar, sin dar muestras de sorprenderle el sangriento espectáculo que se ofrecia á su vista, se arrodilló al lado del cuerpo de su padre, desabrochóse él mismo, cruzó sus manecitas y aguardó tranquilamente el golpe mortal. En vista de tanta resignacion, se elevó un confuso rumor, mezclado de sollozos y suspiros; enternecido el verdugo, arrojó su sable y se retiró llorando; otros dos que intentaron reemplazarle se retiraron del mismo modo, de manera que fué necesario recorrer á un esclavo de Corea, quien despues de haber descargado varios golpes en la cabeza y espaldas de aquel corderito, que no lanzó un solo grito, le hizo pedazos antes de decapitarle. Tambien hubo algunos mártires en la provincia de Firando; pero aquellas tempestades no impidieron que la iglesia gozára de una gran tranquilidad en el resto del imperio. En Osaka, residencia de Fide-Jori, los jesuitas cautivaron á los japoneses por medio de la ciencia y de la religion. Construyeron en aquel punto un observatorio, y los indígenas, poco versados en la astronomía, se sorprendian al verles predecir los eclipses y esplicar varios fenómenos naturales que consideraban como otros tantos secretos reservados al solo Autor de la naturaleza; de modo que todos los dias crecia la concurrencia en casa de los misioneros para oirles disertar sobre el curso de los astros y aprender el uso de muchos instrumentos desconocidos hasta entonces en el Japon. Los jesuitas, sin abusar de sus conocimientos dando una apariencia maravillosa á sus operaciones astronómicas, lo que no creian permitido, ni aun para acreditar el cristianismo, se aprovechaban, no obstante, de la sorpresa y de la curiosidad de los japoneses para los fines de su mision; y era muy frecuente oir entre los mas sábios de los indígenas, que no era verosímil que con tantos conocimientos y humildad, con unas costumbres tan puras y tan raro desinterés, pudiesen aquellos hombres estar cegados en materias de religion. Dos niños de unos doce años, entraron un dia en la iglesia de los jesuitas de Osaka, pidiendo el bautismo. Despues de haber demostrado que estaban debidamente instruidos, manifestaron que sus familias consentian en que se hicieran cristianos, y arrodillándose, protestaron de que no se levantarian sin haber visto satisfecho su mas vivo deseo. Enternecido el misionero regeneró á los dos niños con el agua bautismal. A los pocos dias el padre de uno de aquellos niños, habiendo notado en el dormitorio de su hijo una imágen sagrada, le preguntó encolerizado si era cristiano: «Lo soy, contestóle, y si no me engaño, vos me permitísteis que lo fuese. —¡Cómo! esclamó aquel hombre, ¿es posible que yo te hubiese permitido abandonar nuestros dioses? Si no los adoras al instante, te aplasto la cabeza.» Negándose terminantemente á hacerlo el niño, arrancóle los vestidos, suspendióle enteramente desnudo por debajo de los sobacos y á fuerza de latigazos cubrió todo su cuerpo de sangre, sin debilitar su constancia. En fin, enteramente llagado el cuerpo de la admirable criatura, el bárbaro padre, descolgó á su hijo y le dejó con una simple túnica, expuesto á un frio agudísimo, á los reproches de su familia y á los insultos de los criados. La angélica dulzura y la invencible paciencia del mártir acabaron de exasperar á su padre, quien supo por un cristiano de la vecin-

dad de que su hijo se habia hecho bautizar. Aquel idólatra hubiera acabado por dar muerte á su hijo sin la intervencion del gobernador de Osaka, reclamada por los jesuitas. La aficion que la corte de Osaka habia manifestado por el estudio de las matemáticas, hizo creer á los jesuitas de Miyako, y sobre todo al P. Spinola, que habia enseñado con lucimiento aquella ciencia en Italia, que su cultivo podria ser en su residencia de algun provecho á la religion. Al efecto, establecieron una especie de academia, compuesta de las personas mas distinguidas por su mérito ó su dignidad que habia en Miyako; reuníanlas frecuentemente, y esplicándoles el curso de los astros y dándoles á conocer los mas hermosos secretos de la naturaleza, tuvieron buen cuidado de elevar sus almas al Ser invisible que ha creado el cielo y la tierra, conservador de su admirable armonía. No se tardó en decir en Miyako, como se decia ya en Osaka, que unos hombres tan instruidos en las maravillas de la naturaleza, no podian ser acusados, sin una manifiesta prevencion, de ignorancia ó error en materia de religion. Durante el poco tiempo que duró aquella academia, muchos grandes recibieron el bautismo; el pueblo siguió su ejemplo y se contaron hasta ocho mil adultos bautizados en un solo año en Miyako.

El jesuita Organtin Gnecchi, fundador de un gran número de hospitales de leprosos, en donde se sanaban las almas aliviando la miseria corporal, terminó su largo apostolado en el año 1609, época memorable del primer establecimiento de los holandeses en el Japon. En el año 1610 murió el P. Melchor Ito, uno de los cuatro embajadores japoneses que habian ido á Roma; y al propio tiempo siete jesuitas destinados para llenar los vacíos que habia ocasionado la muerte, cayeron en manos de los corsarios chinos que los degollaron. En aquel mismo año de 1610, se recibió en el Japon un breve de Paulo V, quien á peticion de las coronas reunidas de España y Portugal, autorizaba á todas las religiones, de cualquier órden que fuesen, para pasar al Japon indiferentemente por las dos vias de Macao ó de Manila. Desde que el comercio era libre por ambas partes, y que se atendia de mas cerca á las gestiones de los portugueses, este permiso habia llegado á ser necesario hasta por los mismos jesuitas; y por lo que toca á los demás institutos, correspondia á la prudencia del pontífice romano, tolerar que continuasen haciendo lo que hacian sin su permiso, á fin de evitar el escándalo y la desobediencia.

Cuando la Santa Sede abria la puerta del Japon á un número mayor de misioneros, la conducta de Protasio, dai-mio de Arima, no solamente hizo perder al seugun todo el aprecio que habia abrigado por el cristianismo, sino que le hizo concebir tal horror por esta religion, que se le oyó declarar que no habia en el mundo una secta mas mala ni mas perniciosa que la de los cristianos; que no hacia mas que malvados; que tendia á la destruccion de los estados, y que queria librar de ella al imperio. Con un poco mas de lógica, hubiera comprendido que la perdicion de Protasio consistia en haberse dejado llevar de una loca ambicion que precisamente condenaba la religion que habia abrazado. El dai-mio de Arima faltó manifiestamente al cristianismo, permitiendo, por un interés puramente particular, y en provecho de su hijo Miguel, un adulterio que arrastró á este último, primero á la apostasía y despues al parricidio. Por lo demás, si se perdió cesando de ser cristiano prácticamente, rehabilitóse con el heroismo y la resignacion de su muerte enteramente cristiana. Al propio tiempo que por una injusticia tan antigua como el mundo, el seugun hacia responsable al partido de la justicia y de la verdad, de las faltas individuales, los ingleses que habian obtenido el permiso de comerciar con el Japon, exasperaron el ánimo del monarca por conducto de un piloto de aquella nacion, llamado Guillermo Adams, confirmando en el año 1613 lo que algunos años antes habia dicho otro europeo (1).

(1) Véase el lib. II, cap. XXIII.

Dicho inglés pintó á los misioneros como unos emisarios, que bajo una apariencia de celo por la salvacion de los pueblos, los separaban de la obediencia debida al soberano indígena, á fin de someterlos á un yugo estrangero; añadiendo que por este motivo les habian desterrado de Inglaterra, Suecia, Dinamarca y Holanda; é hizo observar que los portugueses y españoles estaban entonces sometidos al mismo príncipe, y que por consiguiente, era preciso desconfiar tanto de los unos como de los otros (1). «Puesto que es así, esclamó el seugun, nadie se admirará si yo, que pertenezco á otra religion diferente de la de los europeos, arrojo de mi imperio á unos falsos amigos, que no toleran en Europa, y á quienes los que adoran el mismo Dios que ellos, consideran como sugetos peligrosos.» Resuelto á no tolerar por mas tiempo el ejercicio de la religion cristiana, empezó por exigir á catorce nobles japoneses que volviesen á la idolatría, y como se negasen á hacerlo, les desterró. Tres de los mas ilustres japoneses, prefirieron como ellos la miseria y alejamiento de sus parientes y amigos antes que apostatar.

Ciento treinta jesuitas, de los cuales la mitad eran sacerdotes, treinta religiosos de San Francisco, de Santo Domingo y de San Agustin, y algunos eclesiásticos seculares, militaban entonces en el campo de batalla del Japon. De todas las provincias de la isla de Kiusiu, la de Arima, donde reinaba Miguel, hijo adúltero y parricida de Protasio, era la que mayor número contaba, circunstancia tanto mas favorable, cuanto que aquel príncipe, cuyo trono estaba cimentado únicamente en los crímenes, y cuya voluntad dirigia Safioya, gobernador de Nanga-saki, hizo mayor número de mártires. Citaremos, entre otros, á los dos hermanos Tomás Ferboya y Matias Xocuro. Algunos amigos de Tomas le aconsejaban que se ocultase; pero él contestóles, que léjos de hacerlo, en ninguna parte se hallarian mejor, tanto él como sus hijos, que bajo la cuchilla que les inmolaria al Señor. Sabedor de que el gobernador de Arima queria hablarle, fué a implorar la bendicion de su madre Marta, bendijo á sus hijos, y se fué á casa del gobernador que le convidó á comer con él. Mientras que al parecer se hacian los preparativos para la comida, este último se hizo traer un sable, lo desenvainó, y enseñándoselo á su huésped, le preguntó lo que pensaba de él. Tomás lo tomó, examinóle atentamente y devolviéndoselo al gobernador, le dijo: «Hé aquí un sable muy bueno para cortar la cabeza de un hombre, que está en la íntima conviccion de que será el único plato que le ofrecereis.» Nada contestó el gobernador; pero aprovechándose un instante en que Tomás, habia desviado la vista, le descargó en la cabeza tan recio sablazo, que le dejó muerto á sus piés. Habiendo sido mandado á buscar Matías por otro oficial casi al mismo tiempo, fué bendecido por su madre, y encontró lo que su hermano habia encontrado en casa del gobernador de Arima. Advertida Marta de que pereceria á su vez, lo propio que sus nietos Diego y Justo, les anunció con sumo gozo que iban á reunirse con su padre y su tio. «¿Entonces moriremos como ellos? preguntaron aquellos inocentes niños. — En efecto, les contestó su abuela. — ¡Oh! que contentos estamos de poder morir mártires!» No obstante la sentencia que se notificó entonces á Marta, no hacia mencion de ella, lo que le ocasionó un gran desconsuelo y lloró amargamente; pero al ver á sus piés á los niños vestidos con sus túnicas blancas que iban á teñir con su sangre, pedirle su bendicion y el socorro de sus oraciones, enjugó de repente sus lágrimas para inspirarles todo el valor de que se sentia animada. Proclamándose cristiana, se la admitió vestida de blanco como ellos, en la litera en que se los llevaron, rodeados de un

(1) No es este el primer ejemplo que ofrece la historia de lo funestos que han sido los ingleses á la Iglesia de Jesucristo y á sus verdaderos ministros, desde que el cisma ocasionado por la desobediencia de Enrique VIII, promovió un divorcio con la Santa Sede, y puso en hostilidad mas ó menos abierta á sus súbditos y á sus descendientes con los católicos, apostólicos romanos, cualquiera que fuese su nacionalidad. (Nota del Trad.)

inmenso pueblo ávido de contemplarles. Al salir de la litera, los niños vieron a un soldado con un sable desnudo en la mano: corrieron á arrodillarse á su lado, cruzaron las manos, y pronunciaron en alta voz los nombres de Jesus y María, aguardando con una tranquilidad admirable el golpe que debia darles la muerte (Pl. XCIX, n.º 2.) El soldado empezó por el mayor, cuya cabeza, despues de haber dado varios saltos, fué á caer cerca del mas jóven; pero léjos de mostrarse asustado aquel niño, pareció mostrar mayor alegría, y se puso á rogar con nuevo fervor, de modo, que temiendo el soldado no poder dominar su emocion, se apresuró á inmolar aquella segunda víctima. Marta, puesta de rodillas, en medio de la plaza pública, conservaba toda su dignidad, y parecia mas contenta por ver desaparecer de la tierra á su familia, que si la hubiese visto encumbrada á las mas altas dignidades de este mundo. A su vez presentó su cabeza al verdugo, con una firmeza digna de su virtud y de la causa por la cual sufria el martirio. Tenia entonces sesenta y un años; Tomás contaba cuarenta y uno, Matías veinte y ocho, Diego doce y Justo diez. Su martirio fué consumado el dia 28 de enero del año 1613.

Miguel, dai-mio de Arima, tenia dos hermanos: Francisco, de edad de ocho años, y Mateo, de seis, hijo del segundo matrimonio de Protasio. A instigacion de Safioya, el parricida fué tambien fratricida. Habiendo secuestrado el gobernador de Arima, por órden del dai-mio, á los dos pequeños príncipes en un aposento retirado, donde únicamente podia penetrar el cristiano Ignacio, no dudaron que sufririan una muerte violenta, y se prepararon á ella con tanto cuidado, como hubiesen podido hacerlo unos hombres consumados en la virtud. El dia 27 de abril del año 1613, Ignacio fué advertido que serian degollados aquellos niños en la noche inmediata. Por la tarde, les dijo, como de costumbre, que comiesen; pero Francisco contestó, que habiendo dado sin quererlo, un motivo de disgusto á uno de sus guardas, queria expiar aquella falta involuntaria por medio de la abstinencia, y fueron precisas todas las instancias de Ignacio para que quisiera asistir á la comida de su hermano. Mientras que este último se acostaba, entró en su oratorio, donde tuvo que ir á buscarle Ignacio para advertirle que se hacia tarde. «¡Ah! querido Ignacio, contestó el santo niño, estaba pensando en la pasion de nuestro adorable Redentor, y no podia reprimir mis lágrimas! ¡Qué bondad tan grande por parte de un Dios, querer morir por unos miserables esclavos! ¡Dignos son de compasion, los que no conocen tan bondadoso Salvador!» Sus actos de devocion edificaron á Ignacio, quien despues de haber rociado su cama con agua bendita, se retiró á un aposento inmediato para hacer oracion. A media noche, un soldado penetró en el que dormian los príncipes, hundió su puñal en el seno del mas jóven, luego en la garganta del mayor, y les dejó bañados en su sangre. El fratricida Miguel, viendo consternados á los cristianos, encargó al bonzo Banzui, que volviese á conducirles á la idolatría; pero su firmeza resistió todos los esfuerzos, como puede juzgarse por el siguiente hecho. El mismo dai-mio habiendo querido dar á un niño de nueve años, una especie de rosarios que el bonzo distribuia, «Príncipe, le dijo el niño, mejor harias en volver á tomar los de los cristianos de que os habeis servido por tanto tiempo, en vez de intentar hacernos cómplices de vuestra apostasía.» Hostigado mas que nunca por Safioya, á fin de que destruyera el cristianismo en la provincia de Arima, Miguel trató de lograr de los principales cristianos, que disimulasen su religion, protestando que él mismo no habia cesado de ser cristiano en el fondo del corazon. Su hipocresía engañó á algunos, y Safioya le aconsejó que venciera la perseverancia de los otros, condenándoles á las llamas con sus mugeres é hijos; género de suplicio que el dai-mio de Fizen habia sido el primero en aplicar á los discípulos de Jesucristo. Aquel príncipe, en un principio favorable á los frailes predicadores, habia en-

trado despues en las miras del seugun, y los dominicos Alfonso de Mena, Juan de Rueda y Jacinto Orfanelli, que acudieron al socorro de los fieles perseguidos, tuvieron la dicha de verles bendecir al cielo, en medio de las llamas que los consumian. Como se presentasen en descubierto con los hábitos de su órden, se les castigó con el destierro, que les honró sin duda con el glorioso título de confesores de Jesucristo, pero que les privó por algun tiempo de los medios de consolar á los fieles, en los momentos en que mas necesidad tenian de su presencia. Habiéndolo comprendido así, dejaron, como los jesuitas, el hábito de su órden, y vistieron como los letrados japoneses, pudiendo de aquel modo ejercer con mas seguridad el ministerio apostólico.

La pena del fuego, empleada en el Fizen, fué aplicada en primer lugar en la provincia de Arima, contra los cristianos Adriano Tacafati Mondo, Leon Faiuxida Luguyemon y Leon Taquendomi Caniemon. La muger de Mondo se llamaba Juana, su hija, Magdalena, y Diego su hijo, de edad de doce años. La muger de Faiuxida se llamaba Marta, y el hijo de Caniemon, de edad de veinte años, Pablo. Por consideracion á la clase distinguida de los cautivos, en vez de conducírseles á la cárcel pública, se les arrestó en una casa particular donde la muger de Caniemon trató de reunirse con ellos. Cuando se divulgó la nueva de su próximo martirio, mas de veinte mil cristianos acudieron de todas partes, aunque desarmados, á Arima, pidiendo que fuesen todos degollados, espectáculo tan conmovedor, que condujo de la apostasía á la profesion manifiesta del cristianismo, á casi todos los que por complacer al dai-mio, habian creido poder disimular su religion. El dia 7 de octubre del año 1613, señalado para la ejecucion, dos jesuitas lograron ponerse en contacto con los mártires, á quienes confesaron y dieron la comunion; luego á una señal convenida, los veinte mil cristianos del campo penetraron con órden en la poblacion, con la cabeza coronada de guirnaldas y los rosarios en la mano. Los de Arima, en número casi igual, ceñidos tambien de flores y llevando cirios les aguardaban, y cuando los ocho confesores salieron á la calle, formóse el cortejo. Los mártires, colocados en el centro, no iban atados; únicamente seguíanles los verdugos con una compañía de soldados, débil defensa contra cuarenta mil hombres, é inútil precaucion contra cuarenta mil cristianos, cuyo único sentimiento era no poder morir con los que acompañaban á la hoguera. Al llegar al lugar en que esta se hallaba, cada uno ocupó su puesto sin confusion y con una prontitud que se hubiera admirado en la tropa mas bien disciplinada. Por lo que hace á los mártires, apenas divisaron los postes, corrieron á abrazarlos. Consistian estos en ocho columnas que sostenian un techo de madera, especie de edificio levantado en medio de una espaciosa esplanada, en frente de las ventanas del palacio. Mientras que todo se disponia para el último acto de aquella sangrienta tragedia, Caniemon subió sobre el techo que sostenian las columnas, el cual no era muy elevado, y habiendo reclamado el silencio con la mano, dijo con acento tranquilo: « Hermanos mios, admirad la fuerza de la fé en unas débiles criaturas; los preparativos de un suplicio espantoso solo nos inspiran alegría, y confio que esta alegría redoblará en medio de las llamas; que consideren pues los infieles cual debe ser la santidad y superioridad de una religion que nos hace superiores á las flaquezas humanas. Tampoco á vosotros, hermanos en Jesucristo, deben asustaros estas llamas; su actividad no hará mas que acelerar nuestra victoria, ó mas bien la de la gracia quo nos hace combatir, y algunos momentos de dolor nos producirán un tesoro inmenso de gloria por toda una eternidad. » Interrumpido por los aplausos de los fieles, bajó y volvió á dirigirse á la columna en la que fué atado, habiéndolo sido ya los demás, y se prendió enseguida fuego á la leña que se habia amontonado á tres piés de distancia de los mártires. Un cristiano, que se habia colocado espresamente cerca de la hoguera, les dirigió entonces una corta, pero pa-

tética exhortacion, y levantando en seguida un estandarte que representaba al Salvador de los hombres, atado como ellos á la columna, les encargó que levantasen frecuentemente los ojos hácia aquel divino modelo, y recordasen que Jesucristo habia hecho primero por ellos, lo que ellos iban á hacer por él. Una nube de denso humo rodeó en un principio la hoguera, y cuando se hubo disipado algun tanto, admiróse con el mas profundo silencio, la heróica constancia de los mártires, porque ninguno de ellos dió la menor muestra de debilidad. La mayor parte estaban muertos ó á punto de espirar, cuando dos incidentes excitaron una admiracion general. El fuego habia consumido las ligaduras de Diego, hijo de Adriano Mondo, y parecia respetar todavía á aquel niño que se arrojó al través de las llamas y de las brasas. En un principio se creyó que no pudiendo ya soportar el ardor de aquel horrible horno, probaba de escaparse, y le gritaron que tuviese valor; pero pronto conocieron que se habian engañado, al verle correr hácia su madre, á quien estrechó amorosamente en sus brazos para morir con ella. La piadosa Juana, que no daba ya ninguna señal de vida, pareció revivir en aquel momento; olvidó sus propios dolores para exhortar á su hijo á consumar su sacrificio con la misma firmeza que habia mostrado desde un principio, hasta que por último el niño cayó á sus piés, desplomándose ella un instante despues, confundiendo su último suspiro con el de su hijo. Magdalena, hija de aquella heroina, era la única que quedaba de pié, y aunque enteramente abrasada, parecia todavía llena de vida y de vigor. Al ver su inmovilidad con los ojos clavados en el cielo, hubiérase dicho que era enteramente insensible, ó que se hallaba en un éxtasis que la aislaba de los sentidos, cuando de repente vióse que recojia algunas ascuas encendidas, las colocaba sobre su cabeza, formando con ellas una especie de corona, como si sintiendo acercarse su fin, quisiera adornarse para salir al encuentro de su celestial Esposo. No obstante, consumíase poco á poco; pero á medida que su cuerpo se debilitaba, su fervor parecia reanimarse, y sin cesar se la oyó alabar las misericordias del Señor, hasta que se la vió deslizar lentamente de la columna y tenderse sobre los carbones ardientes con tanta tranquilidad como hubiera podido hacerlo en su cama, y exhalar el último suspiro. Entonces los soldados que guardaban una especie de barrera alrededor de la hoguera, no pudieron dominar el ímpetu de la multitud de cristianos que se apoderaron sin resistencia de los cuerpos de los mártires, que fueron encontrados enteros y sin despedir mal olor. Hasta se llevaron los carbones en que habian descansado aquellas reliquias y el resto de las columnas en que habian sido atados. Los cuerpos fueron depositados en unas cajas de una madera preciosa, interiormente forradas de terciopelo y trasportados á Nanga-saki, donde el obispo del Japon les hizo tributar todos los honores que les eran debidos. Tomás Cavacami, decapitado en su propia casa el dia 29 de octubre del año 1613, siguió de cerca á la gloria aquellos ilustres confesores.

Hasta entonces los misioneros únicamente habian tenido establecimientos pasageros en el norte del Japon, y muchas provincias septentrionales no habian recibido todavía la simiente de la divina palabra. Fr. Luis Sotelo, hijo de una ilustre casa de Sevilla, religioso franciscano de la antigua Observancia, pero que habia ido al Japon, bajo los auspicios de los Reformados, cuyo hábito habia vestido, aconsejó á Dato Mazamoney, el mas poderoso de los príncipes que poseian la region de Oxu, en la isla Nifon, que enviase una embajada al Papa y al rey de España, para obtener del primero algunos misioneros, y del segundo las relaciones de comercio entre Méjico y su provincia. Aquel religioso habiendo ido á Yedo, procuró tambien hacer entrar al xogun-sama en negociaciones comerciales, que debian ser el pase del cristianismo y de la civilizacion europea. Los franciscanos reformados, á los cuales se habia sometido entrando en la mision del Japon, y que le habian nombrado comisario en aquellas apartadas regiones, supieron con

sentimiento que queria llamar allí algunos observantes, y le mandaron comparecer en Nanga-saki; pero Fr. Luis Sotelo, persuadido de que el éxito de las negociaciones daria por resultado la conversion de la mayor parte del imperio japonés, se creyó en derecho de suponer que los superiores, mejor informados del estado de las cosas, no le habrian llamado; asi es que, no solo continuó ejerciendo su ministerio en Yedo, sino que construyó en Osakusa, cerca de aquella, una pequeña iglesia. Pero faltó poco para que su celo le perdiese, y con él á toda la cristiandad de la ciudad imperial. Varios japoneses pagaron con su cabeza su fidelidad á la ley de Jesucristo; pero la pena de muerte, fulminada contra Fr. Luis Sotelo fué conmutada por la de destierro, de modo que pudo embarcarse con el embajador que Mazamoney enviaba á Europa en el año 1614, fecha en la que Luis Serqueira, obispo del Japon, fué arrebatado por la muerte á su rebaño.

En virtud de un breve apostólico, el P. Vicente Carvaglio, provincial de los jesuitas, se encargó de la administracion de la diócesis, la que le fué muy disputada. Un fallo dado por el arzobispo de Goa en calidad de primado, confirmado por Paulo V en el año 1618 y por Urbano VIII en 1632, declaró, contra los disidentes, al provincial de los jesuitas y sus sucesores, únicos administradores del Japon, cuantas veces quedase la sede vacante.

Otro error ocasionó en aquellos dias una terrible persecucion en el Japon. Un cristiano, habitante en Nanga-saki, convicto de haber hecho circular por la isla de Kiu-siu moneda que no llevaba la marca real, fué condenado al suplicio de la cruz en Moyako, lugar en que fué preso. Otros cristianos que le acompañaron para animarle en sus últimos momentos, se arrodillaron cuando el verdugo iba á atravesarle con su lanza, á fin de pedir á Dios que le concediese la gracia de una buena muerte; pero algunos idólatras se aprovecharon de aquel hecho tan sencillo, para publicar que los cristianos, en desprecio de las leyes, adoraban á los reos condenados por sus crímenes. Safioya haciendo creer aquella calumnia al seugun, le hizo dar en el mes de enero del año 1614 un edicto, por el que ordenaba que todos los sacerdotes y religiosos de la creencia de los portugueses, cualquiera que fuese la nacion á que pertenecieran, saliesen inmediatamente del Japon; y que todos los japoneses que habian abrazado su doctrina renunciáran á ella en seguida, bajo pena de muerte, debiendo además ser demolidas todas las casas de los primeros y todas las iglesias que habian sido construidas en el imperio. En Miyako se publicó que los que no abjurasen la religion de los europeos, serian quemados vivos; y el pregonero, habiendo añadido, sin duda por burla, que los refractarios, no tenian mas recurso que preparar sus postes ó vigas para ser quemados, con gran admiracion de los idólatras, vióse al siguiente dia delante de las casas de los cristianos, tantas vigas cuantos eran los fieles que encerraban; de modo que para poder seguir aquel bello ejemplo, y comprar sus vigas, un pobre hombre llegó á vender sus vestidos, y una muger su cinturon. La firmeza de los fieles indujo á un agente del tirano á elegir veinte y siete de los principales, entre hombres, mugeres y niños, á quienes se despojó á los unos enteramente de sus vestidos dejándolos desnudos y á los otros á medias, encerrándolos en sacos hechos de un tejido de esparto, cuyos cabos estaban todos en la parte interior, y despues de haberles frotado con mucha violencia con aquellos envoltorios llenos de agudas puntas, se amontonaron los sacos, los unos sobre los otros, como si estuviesen llenos de trigo. Temiendo que los que estaban encerrados en ellos no se ahogasen, puesto que los habia que ni siquiera sacaban la cabeza fuera, no se les dejó por mucho tiempo en aquel estado, sino que se les puso en línea, permaneciendo en un mismo sitio por espacio de veinte y cinco horas, sin tomar ningun alimento, y espuestos á todo el rigor de la estacion que era muy fria. Durante aquel intervalo, algunos bonzos, acompañados de

los parientes y amigos de los confesores, no cesaron de exhortarles á que se sometiesen á los mandatos del seugun, en tanto que, por un tierno contraste, un número considerable de niños que habian acudido para participar de sus sufrimientos, lloraban amargamente porque les habian negado aquella gracia. La invencible constancia de los mártires, que fueron entregados á idólatras fanáticos, no impidió que se divulgase la falsa nueva de que habian obedecido la órden imperial. Algunas japonesas, asociadas á una princesa llamada Julia, con el objeto de catequizar á las mugeres en cuyas casas no podian entrar los misioneros, fueron igualmente presas, desnudadas y encerradas hasta el cuello en espuertas de esparto que suspendieron en unas vigas. Despues de haber permanecido durante algun tiempo de aquel modo, descolgaron las espuertas, algunos soldados se las cargaron á cuestas y las pasearon por las principales calles de Miyako en medio del escarnio de los infieles. Un vecino logró que le entregasen á una de aquellas magnánimas cristianas que acompañó á casa de su padre idólatra; las demás fueron conducidas á la plaza, donde ajusticiaban á los criminales, y puestas en hileras, permanecieron en el mismo sitio hasta el dia siguiente, bendiciendo al cielo por aquella ignominia. Lo que puso el colmo á su consuelo, fué ver que regresaba la compañera que habian separado de su gloriosa cohorte, llevando ella misma la espuerta en la que la volvieron á meter los guardias.

El seugun, en vez de derramar sangre, se limitó á mandar que un gran número de las mas notables familias cristianas de Miyako, Sakai y Osaka fuesen desterradas á las provincias del norte, con setenta y tres de entre los mas ilustres japoneses. El número de los proscritos aumentó de tal modo en los meses siguientes, que el distrito de Tsugaru (1), que hasta entonces habia sido un espantoso desierto, quedó poblado por ellos. Justo Ucondono que residia en la provincia de Kanga; Juan Naytandono, antiguo dai-mio de Tanba; su hijo Tomás, su hermana Julia, de cuya fidelidad hemos hecho mencion, y muchos otros cristianos, condenados á la deportacion, fueron conducidos á Nanga-saki, para ser embarcados para Tifon. Al ver que el seugun adoptaba semejantes medidas, los príncipes idólatras juzgaron que nada favorable podia esperar ya de él la religion de los cristianos, y siguieron mas bien por lisonjearle que por fanatismo, su impulsion contra los amantes de Jesucristo. Si el monarca retrocedia ante la efusion de sangre, persuadido que unas ejecuciones de aquella naturaleza encenderian la fé en vez de apagarla, y que despues de la partida de todos los misioneros, el fervor de sus discípulos no tardaria en enfriarse, toleraba que sus emisarios sometieran á los fieles á pruebas mucho mas peligrosas que la cuchilla y la hoguera. Así es que en Miyako, eligieron de entre las mugeres de los cristianos á doce de las mas jóvenes y hermosas, á las que encerraron en los lugares públicos de prostitucion. Apenas aquellas fervientes cristianas se vieron en aquel horrible lugar, bajo pretexto de cortarse los cabellos, pidieron unas tijeras y con ellas se desfiguraron hasta el punto de que los que hubiesen podido tentar á su virtud, retrocediesen espantados. Se las devolvió entonces á sus maridos, en quienes su deformidad no hizo mas que aumentar el amor que las profesaban, y cuyos cuidados apresuraron su curacion, quedándoles empero las cicatrices, testigos gloriosos de su castidad. En Kokura, capital del Buzen, aquel medio diabólico tuvo mejor éxito: los hombres que la presencia de horribles suplicios no hubiese podido vencer, cedieron ante el temor de ver á sus madres, esposas é hijas espuestas desnudas y entregadas á los ultrajes del pueblo, caida deplorable con la que contrastó la constancia de pobres leprosos, quienes habiendo sido amenazados de que serian quemados vivos en su hospital, sino abjuraban el cristianismo, protestaron que no saldrian de él aunque sa-

(1) Corresponde este distrito á la provincia de Simodsuck en la isla de Tifon. (Nota del Trad.)

nasen, temerosos de que tomasen su salida como un acto de apostasía. En la provincia de Arima, encarnizado Miguel contra los cristianos, y resuelto á extirpar su religion á toda costa, resolvió atacar á los fieles condenando á la prostitucion á sus mugeres é hijas. Dirijiéronle una diputacion para rogarle que se atuviese á los decretos del seugun, y que aun añadiese á la pena del destierro y confiscacion de bienes, la de la cruz, del fuego y otros suplicios; pero que no se cubriese de eterno oprobio persistiendo en satisfacer la brutal pasion de los que le aconsejaban el infame propósito de que se hablaba. El apóstata se avergonzó de sí mismo, y por otra parte recibió entonces la pequeña provincia de Fiuga en cambio de la de Arima que fué dada á Safioya, gobernador de Nanga-saki, entonces muy ocupado en la próxima partida de los desterrados. Dos juncos chinos condujeron á Macao á setenta y tres jesuitas y á una multitud de japoneses de todas clases. Otro junco trasportó á Filipinas veinte y tres jesuitas, así como los religiosos de San Francisco, de Santo Domingo, de San Agustin, á Justo Ucondono, al dai-mio y al príncipe de Tanba con sus familias. Juan de Silva, gobernador de Manila, acogió respetuosamente á aquellos ilustres confesores, quienes, considerando la pobreza á que se hallaban reducidos, como infinitamente mas preciosa que todo lo que habian sacrificado, quisieron pasar el resto de sus dias en el destierro. «A nadie recomiendo los mios, dijo Justo Ucondono en su lecho de muerte; como yo mismo, tienen el honor de estar proscritos por la religion, y esta lo suple todo.» Cuando aquel héroe hubo entregado su alma á Dios, no se oyeron por las calles de Manila mas que alabanzas de aquel santo varon, que hubiera sido la gloria de su patria, si la idolatría no hubiese cegado á los japoneses.

No obstante, un buen número de misioneros se habian quedado en el Japon, á los que se agregaban de vez en cuando algunos otros, ya procedentes de Europa, ya de las Indias; y los que acababan de salir con el hábito de su órden, no tardaron en volver disfrazados de mercaderes, soldados, marineros ó esclavos; de modo, que nunca aquel archipiélago estuvo menos desprovisto de socorros espirituales que durante los seis primeros años que siguieron al destierro de sus ministros. La provincia de Arima, sometida entonces á Safioya, y en la que diez mil hombres, divididos en tres cuerpos, penetraron por tres diferentes puntos, reclamaba sobre todo el consuelo de los misioneros. Luego de haber llegado la fuerza armada á una localidad, los comisarios nombrados por el dai-mio, hacian constituir el tribunal en medio de la plaza principal, rodeándole de una estacada, y eran citados ante él los cristianos mas conocidos, quienes á medida que iban llegando al cercado, les cojian por las orejas por medio de garfios de hierro, les arrastraban por los cabellos, les arrojaban al suelo y les pateaban; otras veces les azotaban con tal violencia, que permanecian mucho tiempo como muertos, ó les rompian las piernas ó brazos, metiéndoselos y oprimiéndoselos entre dos maderos. Condenaron á muerte á algunos de los mas intrépidos, cuyas cabezas fueron expuestas en las empalizadas, y los cuerpos hechos pedazos quedaron abandonados en mitad de la plaza para que fuesen presa de los buitres ó de los perros. Fingieron perdonar á otros que dijeron haber abjurado la fé; pero que habiendo protestado contra aquella calumnia, fueron despues decapitados. En Cochinotzu, sesenta cristianos, sin haber sido llamados, se dirigieron el dia 22 de noviembre del año 1614 á la plaza que se creyó destinada para la ejecucion, provistos muchos de ellos de cuerdas, creyendo que los verdugos no tendrian bastantes para atarles á todos, y aguardaron con impaciencia á que fuesen á atormentarlos. Encolerizado Safioya al saber aquella noticia, cercó la plaza con una triple hilera de soldados, y luego se presentaron los verdugos armados de toda especie de instrumentos de tortura. Cuando el comisario Gozoimon, subió á un tribunal muy elevado, se dió comienzo á la sangrienta escena.

Hicieron subir á los cristianos de cinco en cinco, con los brazos atados en la espalda, y á medida que iban declarando su fé, les arrojaban desde lo alto del tribunal, de modo, que los unos quedaron gravemente heridos, y los otros tuvieron algunos músculos ó huesos rotos, derramando la mayor parte la sangre por los ojos, orejas ó boca, pareciendo imposible que uno solo hubiese podido sobrevivir á la caida. Despues de algun descanso, volvieron á apoderarse de ellos, los desnudaron, atáronles otra vez manos y brazos, hicieron pasar por su cuerpo instrumentos punzantes, arrojóseles de nuevo al suelo y les hollaron el rostro; pero se vió entonces á los mártires reunir las pocas fuerzas que les quedaban, y besar los piés de los que les trataban con tanta ignominia é inhumanidad. Despues de haberles levantado, el comisario fingiendo una tierna compasion, trató de persuadirles á que renunciasen á un Dios que les abandonaba, dijo, en poder de sus enemigos. Furioso por no haber logrado nada, sometióles á nuevos tormentos: tendiéronles en el suelo, boca arriba, atáronles en la cintura una gruesa piedra que cuatro hombres apenas podian llevar, y luego por medio de una polea les levantaron en el aire con unas cuerdas, que cogiéndoles por piés y brazos les doblaban de modo, que no podian menos de tener en un momento dislocados todos los miembros y el cuerpo fracturado; pero viendo que el dolor les habia hecho desmayar, volvieron á desatarles. Habiendo vuelto á recobrar los sentidos, les rompieron las piernas entre dos gruesas vigas octógonas cubiertas de puntas de hierro, que les penetraban hasta el interior de la carne; cortáronles los dedos de los piés y manos, y por fin, les imprimieron en la frente una cruz con un hierro incandecente. Marcados de aquel modo con el sello de los elegidos, manifestaron una alegría que desconcertó á sus verdugos, y les escitó mas y mas su despecho y furor. A medida que les iban marcando, les preguntaban si persistian en su obstinacion, y como contestasen que perderian mas bien mil vidas si tuviesen que cometer la menor bajeza, los verdugos les hicieron saltar con gruesas piedras todos los dientes. A algunos les arrancaron los ojos, habiendo perdido ya la vista otros, porque sus ojos habian salido de sus órbitas en la horrible postura de que hemos hablado. Por último, decapitaron á diez y ocho, cuatro espiraron á consecuencia del tormento, y cortaron los jarretes á los demás que abandonaron, pero que sin duda no vivirian mucho tiempo. Lo propio que tuvo lugar en Cochinotzu, en donde el dai-mio se hallaba presente, hicieron sus lugar-tenientes en Aria, Obama, Sima-bara, Sucuta y en la capital, sin que ninguno de los que comparecieron ante los tribunales, manifestase la menor debilidad. La persecucion no cesó hasta el momento en que Safioya, favorito del seugun, fué á reunirse con este para combatir al cambacundono Fide-Jori, cuya muerte dejó el trono sin disputa á la posteridad de su vencedor. Victorioso el seugun, decretó que cualquiera que diese asilo á los doctores cristianos, seria condenado á muerte sin remision, lo propio que toda su familia; y los misioneros por no exponer á los fieles, se retiraron por algun tiempo en los bosques y en las cavernas de los montes mas inaccesibles. Al morir en el mes de junio del año 1616 el emperador, encargó al xogun-sama, su hijo, que arrancase del Japon hasta las raices del cristianismo, y que procurase, sobre todo, que no quedase en el imperio ningun doctor europeo.

Las precauciones tomadas por los misioneros, les permitieron no solamente conservar el bien que habian hecho, sino adelantar la obra de Dios. En aquel momento se hallaban en el Japon treinta y tres jesuitas, diez y seis religiosos de las tres órdenes de San Francisco, Santo Domingo y San Agustin, y siete sacerdotes seculares, á quienes secundaban numerosos y escelentes catequistas. Los sacerdotes seculares, siete jesuitas y todos los demás religiosos, escepto el franciscano de Santa Marta, permanecian en Nanga-saki ó

en sus alrededores; algunos jesuitas residian en otras ciudades imperiales y los demás recorrian las provincias. Vestidos á la portuguesa en Nanga-saki, los misioneros no podian ser conocidos bajo aquel disfraz de mercaderes, quienes gozaban de toda libertad para poder residir en la poblacion. En el centro del imperio habian adoptado el trage que usan los japoneses cuando han renunciado al mundo, esto es, una vestidura talar, sin armas y con la cabeza afeitada. En el norte y en los demás confines del Japon, iban vestidos á la japonesa, de diversos modos, segun fuese su propósito de relacionarse con los grandes ó con el pueblo. La confianza con que muchos misioneros volvieron á usar el hábito de su órden, y empezaron á predicar en público, fué causa de que el xogun-sama turbase la calma que parecia renacer. Encargó á Bartolomé, hijo de Sancho y príncipe de Omura, que hiciera arrestar á todos los sacerdotes que descubriera en el Fizen. Luego aquel príncipe, que adoraba en secreto á Jesucristo, pero que perseguia abiertamente á sus discípulos, hizo decapitar el dia 9 de abril del año 1617 á Pedro de la Asuncion, religioso franciscano español, y á Juan de Tavora Machado, jesuita portugués. Apenas el dominico Alfonso Navarrete, y el agustino Fernando de Avala, llamado de San José, supieron aquel doble martirio, poseidos de una santa emulacion, trocaron su trage japonés por el hábito de sus órdenes, recorrieron el pais evangelizándolo, fueron á presentarse á los guardas del príncipe de Omura que los buscaban, y por último, fueron conducidos á las islas Tacaxima ó de las Espinas, donde fueron decapitados con el indígena Leon Tonaca, el dia 1.° de junio del año 1617. Fray Apolinario, comisario general de los franciscanos, preso en Arima, fué decapitado en el mes de octubre en la isla de Tacabuco, y Fr. Juan de Santa Marta, de la misma órden, al que hizo prender Safioya, sobrevivió á aquel feroz perseguidor, y fué decapitado en Miyako el dia 14 de agosto del año 1618. Gonzoco, nuevo gobernador de Nanga-saki, dispuso que fuesen empadronados todos los cristianos, y uno de sus agentes al entrar en una casa, pidió que le diesen papel para escribir los nombres de los que no querian obedecer los decretos del soberano. Una niña de ocho años se lo dió enseguida con tintero y un pincelito, rogándole que encabezára la lista con su nombre, y su madre que lo oyó solicitó el mismo favor. Ya el comisario habia salido de la casa, cuando aquella madre cristiana corrió á su encuentro llevando un hijo suyo en brazos, y le dijo: « Me habia olvidado de este niño; hacedme el favor de tomar tambien su nombre. » Gonzoco ordenó que fuesen quemados vivos todos los fieles que se hallaban en las cárceles de Nanga-saki, sin esceptuar de aquel horrible suplicio, ni á los niños de dos ó tres años ni á una muger que estaba en el último período de su embarazo. El concurso de los cristianos alrededor de las cárceles de Nanga-saki era tan grande, que habiendo sido presos el jesuita Spinola con el hermano Ambrosio Fernandez, su compañero, no fué posible reunirles con los demás presos, y les enviaron, junto con dos dominicos á Suzuta, cerca de Omura, donde se hallaban ya cautivos un franciscano, un dominico y algunos seculares. La apostasía de Tomás Araqui, japonés, que habia ido á Roma á recibir órdenes sagradas, aumentó los peligros de los apóstoles, porque aquel renegado dió á conocer á Gonzoco los nombres de todos los misioneros que conocia, y los de los fieles que les daban habitualmente hospitalidad. Por el contrario, Antonio Iscida Pinto y Leonardo Kimura, japoneses tambien, honraron con su firmeza á la Compañía de Jesus, cuya regla habian adoptado; acababan de ser arrestados en el Bungo, donde el P. Iscida quedó preso, al paso que el P. Kimura fué trasladado á Nanga-saki, su ciudad natal. La sola idea del martirio hacia estremecer de gozo á aquel siervo de Dios. « Hé aquí, decia, tomando en sus manos ascuas encendidas, hé aquí lo que debe reducir mi cuerpo á cenizas por la confesion del nombre de Je-

sucristo. ¿Puede darse en el mundo mayor dicha que la mia?» El celo de Kimura alcanzó la primera recompensa, porque logró bautizar en su cárcel á ochenta idólatras. Cuatro japoneses que participaban de su cautiverio, habiendo sido condenados á ser quemados vivos, les animaba á la constanciá, cuando vinieron á decirles que se habian formado cinco hogueras en la plaza, y que una de ellas era mas elevada que las otras. «Esta hoguera es la que está destinada para mí, queridos hermanos, esclamó con entusiasmo. ¡Dios de mi alma, no permitais que sea vana esta esperanza!» En efecto, condujéronle con los cuatro condenados á presencia de Gonzoco, quien le anunció que seria quemado aquel mismo dia como predicador del cristianismo. Al oir aquellas palabras el santo religioso, volvióse hácia el auditorio con el rostro radiante de gozo diciendo: «Vosotros todos sois testigos, de que se me condena á muerte porque soy ministro del Dios vivo.» Cuando estuvo en la hoguera, el fuego sagrado que abrasaba su corazon, le hizo mirar al que consumia su cuerpo, como un suave rocío, y protestó hasta el fin que no sentia ningun dolor. Habiéndose quemado sus ataduras, se le vió como á Magdalena Mondo, coronarse con ascuas ardientes. Sus compañeros consumaron su martirio con él, el 18 de noviembre del año 1619, sin haber manifestado la menor debilidad. Nueve dias despues, once cristianos, entre los que se hallaba Vicente Kimura, de la misma familia de Leonardo, fueron decapitados en Nanga-saki. Tambien la llama de la persecucion se estendió á la isla de Kiusiu, en donde los cristianos eran conducidos al suplicio de veinte en veinte, ó en mayor número.

La sorpresa de los idólatras, en presencia del valor sobrenatural de los mártires, crecia al propio tiempo que la firmeza de los fieles, que multiplicaban las oraciones y las austeridades para aplacar al cielo. Las madres no daban de mamar á sus hijos sino una sola vez al dia, confiando que Dios, se dejaria enternecer por la abstinencia y las lágrimas de aquellas inocentes criaturas y concederia al fin la paz á su iglesia; pero el ejemplo del xogun-sama que condenó al fuego en Miyako á cincuenta cristianos, solo podia estimular la persecucion. El dia destinado para el suplicio, despues de haber atado á los confesores, les hicieron subir en nueve carretas, los hombres en la primera y última, y las mugeres y criaturas, algunas de las cuales eran de teta, en las del centro. Precedíales un pregonero anunciando en cada esquina, que el emperador habia mandado quemarles vivos, porque eran cristianos. «Es verdad, dijeron repetidas veces los mártires, vamos á morir por Aquel que dió su propia vida por nuestra salvacion,» y de vez en cuando, gritaban juntos: «¡Viva Jesus!» Al llegar á la plaza donde habian plantado algunas cruces, en torno de las cuales estaba amontonada mucha leña, su prontitud en bajar de las carretas, patentizó el gozo que sentian. Atáronles de dos en dos en las cruces por medio del cuerpo con el rostro pegado el uno al otro; los hombres estaban reunidos, lo propio que las mugeres, y á los niños y criaturitas les colocaron al lado de sus madres. Pero por órden del gobernador de Miyako, que tenia un corazon menos perverso que su señor, fué colocada la leña de modo que los pacientes fuesen mas bien ahogados por el humo y el calor que quemados por el fuego. Durante esta operacion, algunos cristianos tuvieron el valor de dar un poco de agua á los confesores, y el gobernador aparentó no notarlo. En fin, se encendió la leña, y cuando el humo que precedió á la llama se hubo disipado, vióse á los mártires con los ojos fijos al cielo, los cuerpos inmóviles, disfrutando en medio de aquella grande y ardiente hoguera de todos los goces del paraiso; luego se les oyó cantar juntos las alabanzas del Señor, y su canto, unido á los gritos de los espectadores y á las vociferaciones de los verdugos, formaba en mitad de la noche, alumbrada por el siniestro resplandor de las hogueras, un rumor confuso, que ya inspiraba terror, ya compasion. Lo que enternecia á los mas insensibles, era ver á las pobres madres ocupadas en sus hijos, olvidar

sus propios dolores para aliviar los sufrimientos de aquellos seres inocentes, pasar contínuamente la mano por su rostro, para que sintiesen menos el ardor del fuego, acariciarles, besarles, enjugar sus lágrimas, reprimir sus gritos y animarles con palabras tiernas para que suportasen todavía por algunos momentos un suplicio que iba á acabar y que les procuraria una felicidad sin límites y sin fin. Espiraron todos, unos en pos de otros, y á medida que entregaban su alma á Dios, los suspiros y los sollozos redoblaban en la multitud, que presenciaba aquel martirio. Santa muerte, mil veces preferible á la del apóstata Sancho, príncipe de Omura, ó de su hijo Bartolomé, en quien se estinguió en el año 1620 la raza degenerada de Bartolomé Sumitanda, primer príncipe cristiano del Japon.

Parecia que la fé, perseguida en la isla de Kiusiu y en el mediodia de la isla de Nifon, se hubiese refugiado en las provincias del Norte que evangelizaban los jesuitas de Angelis, Mateo Adami y Diego Carvailho. Este último, desterrado del Japon en 1614, habia acompañado al P. Francisco Buzoni, de Macao á Cochinchina, en donde estos dos grandes obreros echaron los fundamentos de una de las mas hermosas cristiandades del oriente. El P. Buzoni, á quien los PP. Francisco Barret, Francisco de Pina y Manuel Porgez, fueron á secundar, trabajó durante mas de veinte años en Cochinchina, de la que fué el verdadero apóstol (1); pero el P. Diego Carvailho regresó al Japon en el año 1615, gobernó durante un año la iglesia de Omura y fué en seguida destinado á las provincias del norte. Recordará se que Mazamoney, príncipe de Oxu, habia enviado un embajador á Europa, quien fué bautizado en Madrid con el nombre de Felipe; el franciscano Luis Sotelo, que le acompañaba, fué instituido por el Papa obispo de la parte septentrional y oriental del Japon, y legado apostólico en aquellas provincias; pero el rey de España, manifestando que aquel nombramiento habia sido hecho en perjuicio de su derecho de patronato, se opuso á la consagracion del prelado. Por otra parte, creyendo Mazamoney incurrir en el desagrado del xogunsama, si continuaba favoreciendo á los cristianos, empezó por perseguirles; no permitió á su embajador Felipe que penetrase en su provincia, sino bajo condicion de que abjuraria el cristianismo; y en fin, intimó á sus súbditos la órden de volver á abrazar la idolatría, de denunciar á los discípulos de Jesucristo, y decretó la espulsion de los misioneros. Mientras esto tenia lugar, la isla de Jeso, que fué visitada en el año 1613 por el jesuita Camilo de Constansó, fué deudora en 1620, al P. de Angelis de la organizacion de una cristiandad que el P. Carvailho desarrolló mas tarde con buen éxito.

Entretanto, informado el Vicario de Jesucristo de la situacion crítica en que se hallaba la iglesia del Japon, no descuidó de proporcionar á los fieles perseguidos las armas espirituales de que tenian tan urgente necesidad. Una bula de Paulo V, fechada en el año 1617 y llegada al Japon el 20 de agosto de 1620, adelantó de tres años, en favor de los japoneses, el jubileo del año santo de 1625. Algunos indígenas, á quienes era menos dificil disfrazarse, la publicaron en aquellas partes del imperio donde era mas viva la persecucion. El P. Sebastian Kimura, uno de ellos, habiendo sido preso el dia 3 de junio del año 1621, fué enviado por Gonzoco, gobernador de Nangasaki, á la cárcel de Suzuta que consistia en un reducido espacio, rodeado por cuatro robustos muros, sin techo que protegiera á los cautivos de las injurias del aire; estaba rodeada de un campo cercado, por el cual los confesores tuvieron en un principio la libertad de pasearse, pero privados mas tarde de aquel desahogo y habiendo aumentado considerablemente el número de presos, apenas les quedó espacio para poder acostarse. A pesar de tantos sufrimientos, se disciplinaban diariamente despues

(1) Asi se lee en la obra titulada «Diversos viages y misiones del P. Alejandro de Rodas en China y otros reinos del Oriente, con su regreso á Europa, por Persia y Armenia.» Pág. 67. (Nota del Trad.)

de las oraciones, y el P. Spinola no dejó el cilicio, ni aun durante la grave enfermedad que sufrió en la cárcel. Los sacerdotes eran alternativamente superiores durante una semana; cada dia ofrecian los santos misterios y el oficio se recitaba á dos coros. Dios recompensó aquellas virtudes con tan gran abundancia de delicias espirituales, que pasaba el tiempo sin que lo notasen los cautivos. Sin embargo, no todos pudieron soportar hasta el fin un género de vida tan terrible: el P. Juan de Sto. Domingo, religioso dominico, murió en 1619, y Fr. Ambrosio Fernandez, compañero del jesuita Spinola le siguió de cerca al sepulcro. El P. Spinola no salió sino durante cortos momentos de la espantosa cárcel en que se hallaba, por el motivo que vamos á referir. Joaquin Firayama, japonés, establecido en Manila, habiendo resuelto pasar al Japon, recibió en su junco, en el que no admitia sino á cristianos, al español Pedro de Zuñiga, agustino, y al flamenco Luis Florez, dominico, ambos disfrazados de mercaderes. Un buque inglés ú holandés, capturó el junco, en el que se encontraron los hábitos y las licencias de los dos religiosos, lo que decidió á los malvados hereges á conducir su presa á Firando, donde declararon que sabiendo que se hallaban á bordo dos misioneros, habian creido que el buque iba dirijido contra los intereses del xogun-sama, y en consecuencia se habian apoderado de él. A fin de conocer, entre los hombres que componian la tripulacion del buque capturado, cuales eran los religiosos á quienes protegia su disfraz, trasladaron el dia 3 de noviembre del año 1621 de la cárcel de Suzuta á Firando, á un miembro de cada órden; esto es: á Fr. Pedro de Avila, franciscano, al P. Francisco de Morales, dominico, y al P. Cárlos Spinola, jesuita, con el japonés Pedro Antonio, sacerdote apóstata, que habia aceptado el vergonzoso destino de espía. El triste estado en que Spinola y sus dos compañeros estaban reducidos, movió el corazon hasta de los mismos enemigos de la religion. «Hubo de ser un espectáculo terrible para los herejes de Europa, dice el historiador Charlevoix, la presencia de un hombre de aquel ilustre apellido, hijo único de uno de los primeros dignatarios del emperador de Alemania (1), por cuyas venas corria la sangre de tantos héroes, en la postura de un criminal, sin mas que piel y huesos, con esposas en las manos y grillos en los piés, cubierto con una sotana toda agujereada y pudriéndose meses y meses en una hedionda cárcel que no habria querido admitir el menos mirado para establo de sus caballos.» Habiéndose franqueado imprudentemente el P. Zuñiga con unos ingleses, cesó de ocultar, por consejo del P. Spinola, su estado religioso, y mientras que se instruia su proceso, logró evadirse el P. Flores del poder de los hereges á quienes se habia devuelto por no haber encontrado prueba alguna contra él; pero no tardaron en prenderle otra vez, y cuando fué conducido de nuevo á Firando, los piratas europeos manifestaron su contento por medio de una salva que hicieron con toda la artillería de su buque, y entonces el dominico declaró á su vez que era misionero. El xogun-sama tomó tanto mas á pecho aquel negocio, cuanto se le habia hecho creer que el P. Zuñiga era un hijo natural del rey de España, que habia ido para ponerse al frente de los cristianos indígenas para someter el Japon á los españoles. En su consecuencia, condenó al fuego á los dos religiosos, así como á Firayama, y no satisfecho aun con esto, mandó decapitar á todos los individuos de la tripulacion, sentencia que fué ejecutada el dia 10 de agosto de 1622 en la plaza mayor de Nanga-saki. Algun tiempo despues Gonzoco, gobernador de aquella ciudad, condenó á treinta cristianos, hombres, mugeres y niños, á ser decapitados; pero al ver su alegría cuando salieron del tribunal, hubiérase dicho que acababan de absolverlos. Las mugeres, algunas de las cuales acompañaban criaturas menores de cuatro años, formaron un grupo á parte, y una de ellas abrió

(1) El P. Spinola era hijo de Octavio Spinola, conde de Tassarola, escudero mayor y favorito del emperador Rodolfo II. (Nota del Trad.)

la marcha, con un crucifijo en la mano, entonando un cántico que fué seguido por sus compañeras. De aquel modo llegaron á la cárcel con otros condenados, donde permanecieron hasta la llegada de treinta y dos confesores, casi todos religiosos, procedentes de Suzuta, para ser quemados vivos. Entre estos últimos, habia dos sacerdotes de la Compañía de Jesus, Cárlos Spinola y Sebastian Kimura, con siete novicios; seis sacerdotes de la órden de Santo Domingo, llamados Francisco Morales, Alfonso de Mena, Angel Orsucci, José de San Jacinto, Jacinto Orfanelli y Tomás del Rosario, con un lego llamado Alejo, y Juan de la Orden Tercera; y por último, dos sacerdotes de la órden de San Francisco, Pedro de Avila y Ricardo de Santa Ana, y dos legos del mismo instituto, llamados Leon y Vicente. Un jungo trasportó los treinta y dos cautivos de Suzuta á Nankoya, donde montaron á caballo, cada uno con una soga al cuello que tenia por un estremo el verdugo. El P. Spinola vió en Voracam á su catequista, á quien entregó algunas cartas, muchas de las cuales estaban firmadas así: « Cárlos, condenado á muerte por el nombre de Jesucristo. » Habia predicho á aquel hombre que no le sucederia ningun mal, y aunque corriendo gran peligro pudo acercarse á los cautivos, por lo que la profecía se cumplió. Continuando los confesores su viage, encontraron los caminos ocupados por una multitud de cristianos que al verles se arrodillaban para recibir su bendicion. No les dejaron entrar en Nanga-saki; pero aguardaron á los condenados de aquella ciudad en el lugar del suplicio, que era una pequeña colina muy cerca de la orilla del mar, distante unos cincuenta pasos del sitio en que veinte y cinco años antes, los veinte y seis mártires beatificados por Urbano VIII habian sido crucificados. Cuando en presencia de treinta mil cristianos al menos, además de los idólatras, las dos cuerdas de presos de Suzuta y Nanga-saki se hubieron reunido, el oficial encargado de presidir aquel sangriento drama, se sentó en una especie de tribunal cubierto de un hermoso tapiz de la China, é hizo seña de que empezára la ejecucion. Los que debian ser decapitados lo fueron enseguida, mientras que ataban á los demás en los postes de la hoguera. El P. Spinola dirigiéndose á algunos europeos que se hallaban al alcance de su voz, les dijo que no esperasen ver cesar la persecucion; que por el contrario creceria de dia en dia; exhortóles á dar buenos consejos á los japoneses, y les aconsejó que se volviesen á Europa, porque dentro de poco ya no serian libres de salir del Japon. Habiendo visto á Isabel Fernandez, viuda del huésped en cuya casa habia sido preso, y cuyo hijo llamado Ignacio habia bautizado la víspera de su arresto, estrañó mucho no ver al niño de quien se refieren rasgos maravillosos. Apenas hubo nacido, sus padres le ofrecieron al Señor, para servirle en la Compañía de Jesus. Cuando supo la muerte de Domingo Jorge, su padre, esclamó que él tambien seria mártir. « Sí, seré mártir, repuso con acento de conviccion; y tambien lo sereis vos, madre mia; pero no lo será mi hermana; » prediccion que se cumplió exactamente. No podia ver una cimitarra sin estremecerse de gozo; y cuando hacia un regalillo á alguna persona, le decia: « Guardad bien esto, porque yo seré mártir. » No obstante, el P. Spinola temia le hubiesen escondido para librarle de la muerte: » ¿Dónde está mi Ignacito? preguntó á la madre ¿qué habeis hecho de él? — Hélo aquí contestó Isabel, tomándole en sus brazos; me he guardado muy bien de privarle de la única dicha que puedo proporcionarle. Hijo mio, dijo enseguida al niño, he aquí á tu Padre espiritual, ruégale que te bendiga. » En seguida la inocente criatura se puso de rodillas, cruzó sus manecitas y pidió al religioso su bendicion; pero lo hizo de un modo tan tierno, que entre los espectadores, á quienes la accion de la madre habia llamado la atencion, se alzó de repente un confuso rumor de gritos y sollozos. (Pl. LXIII n.° 1.) Temiendo que el pueblo se sublevase, se apresuraron á poner fin á la primera parte de la ejecucion; y al instante se vieron volar dos ó tres cabezas que



fueron á caer á los piés del niño Ignacio, sin que mostrase este la menor sorpresa; tampoco cambió de color cuando vió cortar la cabeza de su madre, y con la misma intrepidez recibió el golpe mortal. El primer grupo habiendo consumado su sacrificio bajo la cuchilla, colocaron los verdugos sus cabezas enfrente de los que debian ser quemados y encendieron el fuego. Estaba distante unos diez ó doce pasos de los postes, y la leña dispuesta de modo, que la llama no pudiese llegar á formarse, teniendo además cuidado de apagarla cuantas veces vieron que tomaba pié. El P. Spinola, despues de haber dado por última vez la absolucion á una muger llamada Lucía Fraitez, que habia manifestado el deseo de morir á su lado, dijo con voz bastante robusta al presidente que, ya estaba viendo lo que los religiosos de Europa iban á buscar al Japon, y que su júbilo en medio de tan espantoso suplicio, debia disipar para siempre las sospechas que tan injustamente habian abrigado hasta entonces contra ellos. Por fin, el fuego se acercó sobre todo del lado del P. Spinola que era de donde soplaba el viento, y la llama no tardó en consumir los vestidos de Lucía Fraitez, quien, medio asada, contaba por nada su dolor, pero á la que casi desesperaba su desnudez. El P. Espinola la riñó, exhortándola á sufrir aquella confusion por el amor de Aquel á quien habia ofrecido de todo corazon sus sufrimientos y su muerte (Pl. LXIII, n.° 2.) Al cabo de media hora quedaron quemados los cordeles que sujetaban al P. Spinola; pero apagaron sin duda el fuego del que parecia enteramente rodeado, porque lo propio que el P. Kimura y algunos otros, colocados en el estremo opuesto, murió del solo ardor de la llama. Despues de muerto se le encontró todo entero con su sotana, que el fuego con el agua que le habian echado, habia pegado á su cuerpo. Contaba cincuenta y ocho años, de los cuales treinta y ocho habia pasado en la milicia cristiana, obteniendo los primeros honores tales como el apostolado y el martirio. Nada hubiese faltado á la gloria del cristianismo, si dos jóvenes japoneses, que habian vestido en la cárcel el hábito religioso, no hubiesen tenido un momento de debilidad. Pablo Nangaxi, que les vió dominados por la violencia del dolor, no omitió nada para animarles; y cuando abandonaron su sitio, el confesor les siguió para volver á conducirles á él; pero como corrian mas aprisa que su compatriota, este se volvió al suyo, donde murió con una heróica constancia. Los jóvenes religiosos fueron á arrojarse á los piés de los soldados, para pedirles que les decapitasen y pusieran fin con una pronta muerte, á un suplicio que no podian suportar; pero como no quisieron dar ninguna muestra de apostasía, volvieron á arrojarles al brasero, donde no tardaron en espirar. Esta ejecucion, que fué llamada el gran martirio, tuvo lugar el sábado 10 de setiembre de 1622; los cuerpos permanecieron espuestos durante tres dias en el mismo sitio para inspirar terror á los fieles, cuya presencia, por el contrario, no hizo mas que reanimar su fervor. Habiendo intentado Leon Fracuzayemon, aprovechando la oscuridad de la noche, cortar la mano de uno de los mártires, fué preso, y habiéndose negado á apostatar, fué condenado á ser quemado vivo. Al cabo de tres dias consumieron todos los cuerpos en un gran fuego; amontonaron enseguida las cenizas y hasta la tierra que habia sido regada con su sangre, metiéronlo todo en sacos y fueron á vaciarlos mar adentro unos soldados enteramente desnudos, á fin de que no pudiesen ocultar ninguna reliquia. Pero la gloria de los confesores, cuyos restos destruian, fué revelada por medio de prodigios, de los cuales el mas patente fué sin duda la muerte del oficial que presidió la ejecucion, quien á los breves dias estando sentado á la mesa, quedó de repente exánime, y cuando recogieron su cuerpo observaron que estaba enteramente carbonizado como si acabase de salir de un horno. Desde entonces los perseguidores, que no habian podido inquietar á los cristianos á causa de su religion sin despoblar provincias enteras, pusieron todo su conato en esterminar á los obreros evan-

gélicos que quedaban en el Japon, é impidiendo que viniesen otros para ocupar su lugar. El dia 12 de setiembre quemaron vivos en Omura á Fr. Apolinario Franco, comisario de los franciscanos, al P. Tomás de Zumarraga, dominico, que estaba preso hacia cuatro ó cinco años, y al P. Apolinario, agustino. El P. Constansó, jesuita, sufrió el mismo martirio el 15 de setiembre en Firando, y sus catequistas Gaspar Contenda y Agustin Ota, presos con él, fueron decapitados. El P. Pedro Pablo Navarro, otro hijo de San Ignacio, preso hacia un año en Simabara, habiendo sabido por revelacion, que celebraria en el cielo la fiesta de Todos los Santos, fué en efecto quemado el dia 1.° de noviembre. Breves fueron los momentos que disfrutó de tranquilidad la iglesia del Japon, porque si bien el emperador tomando para su persona el título de kubo-sama ó seugun, obligó al dairio á dar el de xogun-sama á su hijo, en quien confió el cuidado de los negocios políticos y religiosos, este no tardó en probar que era todavía mas hostil que su predecesor á la religion de Jesucristo.

Si el martirio ocasionaba vacíos en la órden de Santo Domingo, lo propio que en la de San Francisco, San Agustin y San Ignacio, el general Serafin Sicco, consideraba aquellas pérdidas como una ganancia que enriquecia su órden, sabiendo que, segun la sentencia de un santo Padre, la sangre de los mártires es una simiente de cristianos. Nada omitió á fin de que los obreros apostólicos que ya habian recibido su recompensa, fuesen reemplazados por otros á quienes igual vocacion llamase al mismo trabajo. Sus visitas á las provincias de España, en las que empleó dos años enteros, le dieron ocasion de examinar por sí mismo las disposiciones de los dominicos que, con el consentimiento de los provinciales, se destinaban á las misiones estranjeras. Hizo diferir la partida de algunos demasiado jóvenes quizás, ó poco adelantados, y apresuró la de otros mas ejercitados en los trabajos de la penitencia y del santo ministerio.

Habiéndose reunido en Milan el año 1622 el capítulo general de los dominicos, el P. Sicco hizo leer en él las relaciones que se le habian mandado de las Filipinas, para anunciar la muerte de muchos religiosos, que habian alcanzado el martirio de manos de los infieles, los unos en algunas provincias del Japon, los otros en diferentes islas, sobre todo en las de Java, Timor y Flores (1), llamada mas comunmente Enda. Difícil seria poder espresar el efecto que causó la lectura de aquellas relaciones en el ánimo de todos los superiores de provincia que se hallaban congregados en el capítulo de Milan; el celo apostólico pareció reanimarse en los corazones de los que estaban todavía en estado de poder llevar á lo léjos la antorcha de la fé. El patético y circunstanciado relato de los trabajos y combates de tantos santos misioneros y su fin glorioso, causó mas impresion en los ánimos, de lo que hubieran podido hacerlo las mas vivas exhortaciones del general. Fácilmente se comprenderá que los dignos sucesores de Santo Domingo, tales como el P. Sicco, á pesar de la actividad de su celo por la propagacion de la fé, no hubiera logrado adelantar en la obra del Señor, si los superiores de las provincias, no les hubiesen secundado de un modo eficaz. El provincial de España, era, sobre todo, el cooperador mas apreciable, tanto por el gran número de conventos y de religiosos que se hallaban bajo su jurisdiccion, como por la facilidad que tenia siempre de hacer pasar los misioneros á Filipinas, y desde allí al imperio del Japon, al de la China y al Indostan, la mayor de las tres grandes regiones de la India, sujeta al gran Mogol. Por espacio de mas de cincuenta años, todas las provincias de España, habian considerado como un deber, proporcionar algunos obreros evangélicos para aquellos diversos paises, y el P. Domingo Pimentel, que tenia entonces aquel cargo, siguió en un todo

(1) Esta isla, una de las de la Sonda en la Malesia, muy rica en productos animales y vejetales, es conocida con tres nombres; con el de *Madgerai*, que le dán los indígenas, con el de *Flores*, que le dieron los portugueses, que fueron los primeros que se establecieron en ella, y con el de *Enda*, que la llamaron los holandeses que siguieron, como casi siempre, en pos de los portugueses. (Nota del Trad.)

la conducta de sus predecesores; por manera que no trascurrió un solo año de su gobierno, sin que enviára algun socorro considerable á las misiones dominicanas de Asia ó América. En el año 1621 ó 1623, sobre todo, hizo partir á la vez treinta misioneros, bajo la direccion del célebre Diego Advarte, quien, durante los diez años que habia pasado en Europa, en calidad de procurador general de la provincia del Santo Rosario, habia procurado él mismo muchos medios de salvacion á un gran número de pueblos. No habian sido tan solo las islas Filipinas las que se habian aprovechado de su celo; tambien la provincia de Méjico, que le habia dado muestras de su confianza, habia recibido de este religioso los mismos servicios. Por otra parte, al propio tiempo que Diego Advarte se ocupaba sin descanso en el envio de misioneros, preparaba para la posteridad un precioso documento. Las observaciones que habia hecho en sus diversos viages, y las exactas relaciones que se le comunicaban, casi de año en año, sobre lo que pasaba en las misiones dominicanas de Oriente, le sugirieron la idea de perpetuar la memoria de una multitud de hechos que solo podian edificar á la Iglesia y honrar á la religion. Empezó pues una «Historia de la provincia del Santo Rosario,» y de todo lo que los frailes predicadores habian hecho hasta entonces por la conversion de los idólatras, tanto en las islas Filipinas, como en el Japon y en la China, pero no se apresuró á dar su obra á la estampa, esperando que un dia podria enriquecerla y perfeccionarla, despues de haber aclarado varios hechos, y héchose mas atento cargo de algunas cosas que deseaba examinar, en los mismos sitios en que habian tenido lugar. La Providencia le puso en el caso de poder realizar su propósito, porque habiendo pedido y obtenido que le relevâran de su destino de procurador general de las Filipinas, nombrósele por sucesor al P. Mateo de la Vella, quien condujo un buen número de religiosos españoles á Méjico, y despues á Manila. Merced á su esperiencia, distribuyó tan á propósito aquellos nuevos ministros de la palabra, que varias comarcas sacaron de ello un gran provecho; pues un gran número de infieles abrazaron el cristianismo, y despues de haber destruido ellos mismos sus ídolos, levantaron altares al verdadero Dios, y construyeron conventos para abrigar á sus padres espirituales. Por lo que es respecto á Diego Advarte, dividió en un principio su tiempo entre la oracion, el ministerio de la palabra y la continuacion de su «Historia;» despues los dominicos de Manila le eligieron por segunda vez superior, y mientras llenaba esta funcion, el rey de España le nombró obispo de Segovia la Nueva, de cuyo cargo no pudo escusarse por mas que hizo, porque la corte de España, ni escuchó sus ruegos ni atendió sus razones, y Urbano VIII, hizo espedir las bulas en el año 1632; pero no llegaron á las Filipinas hasta tres años mas tarde. La víspera de la consagracion, una persona muy rica y muy amiga del siervo de Dios, le presentó una hermosa cruz de oro, enriquecida de diamantes; pero como queria vivir pobre en el episcopado, como lo habia sido en el claustro, no pudieron hacérsela aceptar. En el poco tiempo que gobernó la diócesis confiada á sus cuidados, aumentó su rebaño con un gran número de conversiones. La primera parte de su «Historia de la provincia del Santo Rosario», habia visto la luz pública en Roma en el año 1632; publicó la segunda en Manila en 1633, y prometió el resto para 1635; pero las atenciones del episcopado, le hicieron interrumpir aquel trabajo, que fué despues continuado y publicado por el P. Domingo Gonzalez, superior de la misma provincia, y del colegio de Santo Tomás de Manila. No se sabe de fijo la época de la muerte del P. Diego Advarte; pero consta que Segovia la Nueva ó mas bien toda la isla de Manila, y en particular la capital, sintieron vivamente la pérdida de aquel famoso obispo. Los chinos y japoneses que habia en gran número en Filipinas, hasta los que no habian abrazado aun el cristianismo, mezclaron sus lágrimas con

las de los cristianos. El cuerpo del siervo de Dios, primero enterrado en la catedral, fué despues trasladado á la iglesia de su órden; y en el capítulo general de los religiosos dominicos, celebrado en Roma en el año 1644, se habló con elogio de Diego Advarte, al tratarse de los religiosos muertos en olor de santidad, en la provincia del Santo Rosario.

CAPÍTULO XXV.

Misiones de los jesuitas en China. — Tentativa de los dominicos para penetrar en aquel imperio.

Aunque el cristianismo no encontrase en la China la misma persecucion que en el Japon, tambien algunos confesores alcanzaron allí la palma del martirio. El P. Alejandro Valignani, á quien se ha visto ejercer las funciones de visitador en el archipiélago japonés, habiendo querido llenar los deberes de su cargo en el Celeste Imperio, envió allí á un religioso de la Compañía, natural de la China, llamado Francisco Miz, segun Du-Jarric, y Francisco Martinez, segun Tanner. El noble propósito del visitador, encontró un terrible obstáculo en la animosidad de algunos europeos harto conocidos, que se esforzaban en arruinar las misiones católicas. Aquellos malvados, fingieron divulgar á algunos chinos de Macao y Canton un secreto de la mayor importancia. Dijéronles que los jesuitas eran unos hombres ambiciosos, que so pretesto de anunciarles la religion cristiana, intentaban nada menos que apoderarse de todo el imperio; y para engañarles mas fácilmente, les hicieron notar con refinada malicia, la situacion geográfica de las residencias establecidas desde Macao hasta Pekin. Les aseguraron que una flota holandesa, que cruzaba hacia algun tiempo por las costas de la China, tenia por objeto favorecer su empresa; que el gobernador de Macao debia apoyarles con todas las tropas portuguesas; que los cristianos del Japon irian á aumentar el número de los invasores, y que el P. Lázaro Cattaneo, que se hallaba entonces en Macao, vistiendo el trage de letrado chino, era el destinado por aquellos religiosos conquistadores, á ceñir la corona imperial. Los que recibieron aquellas pérfidas insinuaciones, se apresuraron á participárselas á los mandarines de Canton, donde se tomaron tantas medidas de seguridad, como si las flotas holandesa y japonesa hubiesen estado amenazando la poblacion; los mismos rumores esparcidos por las provincias vecinas, motivaron igual fermentacion, y en las que se decia que el P. Ricci habia sido ejecutado en Pekin. Desgraciadamente Francisco Martinez volvia en aquellas circunstancias, á anunciar el resultado de su viage al P. Valignani, cuando supo en Canton, que aquel ilustre apóstol del Oriente habia muerto en Macao el dia 20 de enero del año 1606, á la edad de sesenta y nueve años. Aunque Martinez se ocultase con cuidado, fué descubierto y encarcelado como cómplice del P. Cattaneo; hundiéronle agudas espinas entre las uñas y la carne de los piés y manos, y despues le apalearon tan bárbaramente, que murió el 31 de marzo. La conspiracion de los misioneros era una fábula demasiado absurda, para que pudiese gozar de mucho crédito; la impostura no tardó en disiparse por sí misma; los chinos fueron los primeros en avergonzarse de sus ridículos temores, y el cristianismo continuó sus progresos en el Celeste Imperio. Los trabajos científicos ó literarios que el P. Mateo Ricci se habia visto obligado á emprender, al par de sus trabajos apostólicos, las penalidades que tenia que sufrir por conservar con un gran número de personages distinguidos las relaciones que los usos de la China hacen muy fatigosas, no tardaron en agotar sus fuerzas, y murió á la edad de cincuenta y ocho años, el dia 11 de mayo del año 1610. Los principales letrados que se hallaban en Pekin, creyeron de su deber contribuir, al menos con su presencia, á la pompa de sus exequias fúnebres. Los cristianos le llevaron procesionalmente y con cruz alta, por en medio de la capital, hasta una alquería de los arrabales, abusivamente trasformada en tem-



plo por un favorito, que habia perdido el favor, y la que el emperador concedió para servir de sepultura al hombre religioso. Aquel edificio fué consagrado al verdadero Dios, y los jesuitas dispusieron en él una habitacion, de la que el P. Dorleans decia en el año 1693, que aun en la China, era un santuario religioso. El P. Nicolás Longobardi, que habia nacido en Calatagirona de Sicilia, en el año 1565, hijo de una familia patricia, admitido á la edad de diez y siete años en la Compañía de Jesus, y embarcado en el año 1596 para la China, habia sido enviado por Ricci á la provincia de Kiang-si, donde permaneció muchos años, teniendo únicamente por ausiliar á un hermano coadjutor, encargado de procurar la manutencion de ambos, mientras el religioso evangelizaba las ciudades y aldeas. Como fuesen numerosas las conversiones que logró hacer, dispertaron los celos de los bonzos, quienes á fin de desacreditar sus doctrinas, le denunciaron como culpable de adulterio. Sabedor de ello el P. Longobardi, tuvo un empeño en que se instruyera por el mandarin del lugar un proceso, al efecto de ser conocida su inocencia; y resultando probada la calumnia, quedó perdonado aquel escelente misionero, á quien el P. Mateo Ricci, designó como sucesor suyo, en calidad de superior general de las misiones de la Compañía de Jesus en la China, cargo importantísimo que el P. Longobardi desempeñó con celo por espacio de doce años.

Aquel sucesor, elejido por el mismo Ricci, no aceptaba sin embargo los mismos principios que éste, porque apartándose de la creencia del fundador de la mision, declaró, despues de un detenido exámen de los libros clásicos de la China, que sus naturales jamás habian conocido una substancia espiritual distinta de la materia y que sus letrados eran todos ateos. El contraste de las dos opiniones, queda mucho mas demostrado por un escritor, del que trasladarémos algunas líneas. (1) «El P. Ricci, que llegó á la China en el año 1580, juzgó que el medio mas seguro de atacar las preocupaciones y conducir á los chinos por la senda de la verdad, era el participar en parte de los elogios que la nacion y el gobierno no cesan de tributar á Confucio, á quien tienen por el mayor de los sábios, el maestro de la gran ciencia y el legislador del imperio. Creyó haber descubierto que la doctrina de aquel filósofo sobre la naturaleza de Dios, se acercaba mucho y no diferia esencialmente de la del cristianismo; y que no era el cielo material y visible, sino el verdadero Dios, el Señor del cielo, el Ser Supremo invisible y espiritual en su esencia, infinito en sus perfecciones, creador y conservador de todas las cosas, el único Dios en fin, cuya adoracion y culto prescribia Confucio á sus discípulos. Por lo que es respecto á los honores tributados á los antepasados, las prosternaciones, hasta los mismos sacrificios que se ofrecian para honrar su memoria (Pl. C n.º 1.), el P. Ricci se persuadió y trató de persuadir á los demás que, en la doctrina de Confucio, bien entendida, aquellos homenajes eran ceremonias puramente civiles, manifestando aquel filósofo, que no debia verse en ellas nada religioso ó sagrado; que estaban basadas únicamente en el sentimiento de veneracion, respeto filial, reconocimiento y amor, que los chinos, desde los mas remotos siglos, han abrigado siempre por los autores de sus dias y por los sábios que los han instruido en las verdades de la ciencia; de modo que yendo á buscar el orígen de aquellas fiestas nacionales y sus ceremonias en los comienzos del imperio chino, veíase, segun aquel filósofo, que no eran un culto supersticioso é idólatra, sino un culto civil y político que podia permitirse, respecto de Confucio y sus antecesores, á los chinos convertidos al cristianismo. Tal habia sido, hasta su muerte acaecida en el año 1610, la opinion del P. Ricci; tal ha sido tambien la de un gran número de misioneros; pero el P. Longobardi que le sucedió, vió aquellas cos-

(1) «Coleccion de las Cartas edificantes escritas de las misiones estrangeras, precedida de algunas noticias geográficas, políticas, históricas, religiosas y literarias de los paises evangelizados.» Tomo I.

tumbres bajo un aspecto muy diferente. El respeto que le inspiraban el talento y la virtud del P. Ricci, habia suspendido su juicio y sus escrúpulos acerca del sistema y práctica de aquel hombre apostólico; pero al verse al frente de la mision, y responsable de todos los abusos que pudieran cometerse en ella, creyó de su deber examinar mas detenidamente aquellas importantes cuestiones; viéndose además obligado á hacerlo á instancias del P. Paria, visitador general, quien le manifestó que los misioneros del Japon no aprobaban el sistema de su predecesor. Entonces empezó á leer atentamente las obras de Confucio y de sus mas célebres comentadores, y consultó á los letrados que pudiesen prestarle algunas luces é inspirarle mayor confianza; al propio tiempo, varios otros misioneros jesuitas discutieron entre sí aquel tema de controversia, resultando pareceres muy encontrados. Algun tiempo despues el P. Longobardi escribió una obra en la que trataba muy á fondo aquella cuestion, sacando por consecuencia que la doctrina de Confucio y la de sus discípulos eran mas que sospechosas de materialismo y ateismo; que bien considerados, los chinos no reconocian otra divinidad que el cielo y su virtud natural esparcida entre todos los seres del universo; que en su sistema, el alma no era mas que una sustancia sutil y aérea; y que en fin, su opinion acerca de la inmortalidad del alma, se parecia mucho al absurdo sistema de la metemsícosis, que habian tomado de los filósofos de la India. Considerados bajo este punto de vista, los usos de la China parecieron al P. Longobardi y á los que pensaban como él, hijos de una manifiesta idolatría, y por consiguiente, fruto de una superstición abominable que no podia admitir en modo alguno la santidad del cristianismo. Considerada criminal aquella práctica, creyóse que se debia dar á conocer su impiedad á los chinos, que la gracia de Dios llamaba á la luz del Evangelio, y que era preciso prohibir rigurosamente á todos los cristianos, cualquiera que fuese su posicion ó empleo en el imperio, que la siguiesen en adelante. Los partidarios de aquella opinion no se contentaron aun con esto, sino que prohibieron á los nuevos cristianos que se sirvieran de las palabras *King*, *Tien y Xanté*, pretendiendo que no significaban el Señor del cielo, segun lo entendian los chinos, sino el cielo imperante; entendiendo por ello el cielo material, la única divinidad que reconocian hasta los mismos letrados y el único objeto de su culto.» Nos basta haber consignado que el antagonismo en estas graves cuestiones murió en el mismo seno de la Sociedad de Jesus, antes de la llegada á la China de misioneros pertenecientes á otros institutos. Ahora volverémos á la relacion de los hechos.

En el año 1612, que fué cuando empezó á ejercer su ministerio el P. Logobardi, cuyo nombre chino era Loung-hoa-min, el P. Juan de la Piedad, dominico español, obispo de Macao desde el año 1604, y vicario apostólico, envió á los PP. Tomás Mayor y Bartolomé Martinez, religiosos dominicos, al Celeste Imperio; pero hallaron la misma dificultad para establecerse en él que habia esperimentado el P. Diego Advarte que les habia precedido á fines del siglo XVI; por consiguiente, fueron los jesuitas los únicos que continuaron evangelizando aquel vasto pais. Citarémos entre otros, á Nicolás Trigaut, hijo de Douai, quien habiendo abrazado en el año 1594, á la edad de diez y siete años la regla de San Ignacio, cursó las humanidades en Gante, y mas tarde se dispuso con el estudio de las ciencias y de las lenguas orientales para la carrera de las misiones. En el año 1606, pasó á Lisboa, donde mientras aguardaba la partida del buque que debia conducirle á las Indias, trazó el retrato del perfecto misionero en la vida del P. Gaspar Barzeo, uno de los compañeros de San Francisco Javier. Habiéndose embarcado el dia 5 de febrero del año 1607, llegó el 10 de octubre á Goa; pero resentida su salud á causa de lo que habia padecido por mar, no pudo partir para Macao hasta el año 1610. Despues de haberse asociado al apostolado de

los misioneros de la China, se le encargó que fuese á Europa para dar cuenta del estado y de las necesidades de aquella viña espiritual. Llegado á la India, prosiguió su viage por tierra; y provisto de un saco de cuero que encerraba sus provisiones, atravesó, no sin correr graves riesgos, la Persia, la Arabia desierta y una parte del Egipto. Un buque mercante lo condujo del Cairo á Otranto, desde donde pasó á Roma. Sus superiores le presentaron á Paulo V, quien aceptó la dedicatoria de un libro titulado: «El viage hecho al reino de la China, por los PP. de la Compañía de Jesus.» Esta obra es á la vez una descripcion de la China, de las costumbres y hábitos de sus habitantes, y una historia del establecimiento de los jesuitas en aquel imperio, con una escelente biografía del P. Ricci. Trigaut volvió á partir de Lisboa en el año 1618 con cuarenta y cuatro misioneros de su órden, que todos habian solicitado por favor el permiso de acompañarle; muchos murieron en la travesía, y él mismo cayó gravemente enfermo en Goa; pero logrando restablecerse al fin, embarcóse con sus compañeros el 20 de mayo de 1620, llegó sin novedad á Macao, y desde allí entró en la China siete años despues de haber partido para Europa. Durante la ausencia de aquel misionero, una persecucion que databa del año 1615, habia tomado un funesto desarrollo. Segun Semedo (1), el mandarin Kio-tchin, enviado aquel año de Pekin á Nanking, fué escitado por los bonzos, á quienes disgustaba los progresos del cristianismo, para que se declarase contra sus apóstoles, y el presidente del tribunal de Lipu en Pekin, encargado de los asuntos religiosos, entró en sus miras, é hizo presente que convenia para la seguridad del imperio, que fuesen espulsados los jesuitas. Por último, el 20 de agosto del año 1616, fueron espedidos correos á todas las provincias, portadores de la órden de que fuesen presos aquellos religiosos. El dia 30 llegó á Nanking aquella órden, de la que sabedores los misioneros fueron enseguida á la iglesia para ofrecerse á Jesucristo en calidad de víctimas, y retiraron las imágenes y vasos sagrados que ocultaron en casa de un indígena cristiano. Los PP. Nicolás Longobardi, superior de la mision y Julio Levi, partieron para Pekin á fin de remediar, si posible era, aquella desgracia; los PP. Alfonso Vagnon y Alvarez Samedo aguardaron en la casa á que se presentasen los esbirros. Samedo, que se hallaba entonces enfermo, se quedó en un aposento bien cerrado; pero se llevaron al P. Vagnon en una litera, lo presentaron al tchin ó magistrado, y fué despues trasladado á la cárcel en medio de los gritos de la multitud idólatra. Los cristianos dieron grandes muestras de su fervor en aquellas tristes circunstancias. Juan Yao, entre otros, corrió á la casa de los jesuitas, llevando en la mano un cartel que resumia los principales puntos del cristianismo. Habiendo sido interpelado por los guardas, contestó: «Quiero morir como cristiano y derramar mi sangre con los religiosos por la fé de Jesucristo.» Al siguiente dia, por órden del tchin, el P. Samedo, el hermano Sebastian y algunos cristianos que vivian con ellos, fueron trasladados á la cárcel donde se hallaba el P. Vagnon, quedando á poco separados unos de otros. Mientras que el P. Longobardi, que habia llegado á Pekin, secundado por los PP. Jacobo Pantoja y Sebastian de Orsi, se esforzaba en vano para hacer llegar á manos del emperador una respetuosa esposicion, la persecucion tomó creces en Nanking. «No me detendré, dice Samedo, en referir detalladamente los insultos, afrentas y ultrajes que sufrimos pasando de un tribunal á otro; unas veces nos despedian á puntapiés, otras á empujones; aquí nos abofeteaban, allí nos hacian rodar por el suelo; ora nos escupian en el rostro, ora nos lo cubrian de fango; estos nos arrancaban la barba, aquellos nos asian de los cabellos, con mil otras insolencias que inevitablemente deben sufrir los criminales si no llevan la bolsa bien repleta para poder redimirse de aquellas vejaciones, y procurarse la

(1) «Historia Universal del gran reino de la China,» por Alvarez Semedo, pág. 304 y siguientes.

humanidad de los ministros de la justicia, lo que los cristianos no podian hacer á causa de su pobreza. » El P. Vagnon habia sido condenado ya á ser apaleado, y sufrido aquel tormento, cuando el tchin le preguntó como pretendia hacer adorar como Dios á un criminal condenado á muerte judicialmente. El misionero aprovechó aquella ocasion para esplicar el misterio de la Encarnacion; pero el tirano, refiere Samedo, no pudo sufrir que le hablase con aquella libertad, y mandó que le diesen otros veinte palos para amortiguar el fuego que le animaba. Como sus heridas no estaban todavía cicatrizadas, se abrieron todas, sufriendo el paciente terribles dolores, manando la sangre de ellas como de otros tantos caños y saltando hasta los piés del tchin. El estado de salud del P. Samedo le libró de verse apaleado.

Entretanto la órden de destierro, al pié de la cual habian hecho poner por sorpresa la firma del emperador, fué llevada á cumplimiento en todas partes, pero en ninguna con tanto rigor como en Nanking. En esta ciudad, el dia 6 de marzo del año 1616, los religiosos fueron conducidos con la soga al cuello en presencia del tchin, y como el P. Samedo no podia andar, le llevaron en andas. El perseguidor les dijo, que si bien habian incurrido en la pena capital por haber predicado una religion nueva en la China, no obstante, el emperador en su bondad, les concedia la vida, contentándose con hacerles dar á cada uno diez palos y acompañarles á la frontera. « La grave enfermedad del P. Samedo, le libró de aquel tormento, dice este historiador; pero al P. Vagnon le fué aplicado con tanta violencia, que estuvo enfermo por espacio de un mes, sin poder cicatrizar sus heridas. Despues de haber sido proferida esta sentencia, se apoderaron de nuestra casa, nuestros muebles y particularmente nuestros libros, diciendo los ejecutores que éramos indignos de llevar el nombre de letrados. Luego nos metieron en una especie de jaula de madera, muy angosta, de que se sirven para trasladar á los reos condenados á muerte de un lugar á otro, con una cadena al cuello, esposas en las manos, sueltos los cabellos, los hábitos desabrochados, para manifestar que éramos estranjeros y medio salvajes; y así encerrados como unas fieras, nos trasladaron, el dia 30 de abril, desde la cárcel á un tribunal para hacer sellar nuestras jaulas con el sello real.... Estraordinario era el estruendo que hacian con las cadenas de hierro que llevaban los soldados y otros agentes públicos que nos custodiaban. Delante de nosotros, en tres grandes tablas, habia escrito en gruesos caractéres la sentencia del rey, que prohibia á todos los chinos tener ninguna relacion con nosotros; salimos de Nankin encerrados del modo referido, empleando un mes para llegar á la primera ciudad de la provincia de Canton, donde fuímos presentados al *tutan*, quien, despues de habernos reprendido severamente por lo que habíamos hecho y por anunciar una nueva ley en la China, nos puso en manos de los mandarines, quienes nos llevaron por todos los tribunales acompañados de un inmenso gentío; y por último, nos hicieron salir de la ciudad para emprender la ruta de Macao, donde llegamos al cabo de algunos dias. » No logró sin embargo cumplidamente su objeto el perseguidor que habia logrado obtener la proscripcion general de los misioneros, porque esceptuando Nanking y Pekin, en todas partes encontraron los jesuitas asilo y socorro en casa de los indígenas convertidos. En la misma ciudad de Pekin, dos hermanos coadjutores, naturales de la China, y por consiguiente no comprendidos en la sentencia de destierro, continuaron habitando el local concedido por el emperador para sepultura de los misioneros, cuyo respetable destino salvó la casa y el jardin contra las codiciosas tentativas de los idólatras. La residencia de Ham-cheu, la última que los jesuitas habian fundado hasta entonces, fué para ellos el puerto mas seguro en medio de aquella tempestad: á fin de manifestar que obedecian la órden de destierro, partieron en mitad del dia acompañados de los principales

cristianos; pero volvieron á entrar en secreto al poco tiempo, y encontraron en casa del letrado Miguel una habitacion y una iglesia dispuesta preventivamente para el caso de una persecucion.

La dispersion de los jesuitas les obligó á establecer nuevas residencias, así como á reorganizar su academia ó colegio, lo que hicieron en Kia-tin en casa del letrado Ignacio, contando ya desde un principio con doce jóvenes chinos, número considerable, atendidas las circunstancias y lugares. Al cabo de tres años volvió á entrar el P. Samedo en la China protegido por un disfraz, siguiéndole dos años despues el P. Vagnon. La iglesia parecia haber recobrado su libertad, pero en el año 1622 volvió á declararse la persecucion por haber querido confundir á los cristianos con ciertos sectarios, que se habian sublevado en la provincia de Chan-toung, apoyándose para acreditar aquella calumnia, en el poco caso, decian, que los jesuitas hacian de las órdenes del emperador, permaneciendo en la China contra su voluntad. La prudencia obligó á los misioneros á ocultarse con mayor cuidado, hasta el momento en que el tchin, su encarnizado perseguidor, habiendo caido en desgracia, pudieron por fin respirar. Durante aquella persecucion, dice Samedo, los indígenas ambicionaron el martirio, pero Dios no lo concedió sino á un anciano, llamado Andrés, quien sucumbió á consecuencia de haberle apaleado violentamente por su heróica constancia. Las primeras insurrecciones de los tártaros mandchues (1), que el emperador Chin-tsong, muerto en el año 1620, habia despreciado, empezaron á alarmar á su sucesor, y los mandarines amigos del cristianismo se aprovecharon de aquella circunstancia para sacar un partido de ella en favor de la mision. Representaron que se habia cometido una gran falta proscribiendo á los jesuitas, matemáticos muy hábiles, cuya ciencia podia haber sido consultada con gran provecho en aquellas críticas circunstancias; y que como aquellos religiosos no habian podido tal vez salir todos del territorio del imperio, seria muy conveniente buscarles y llamarles á la córte para utilizar sus profundos conocimientos. Sabedores los jesuitas de aquellos pasos que se habian dado, objetaron á sus amigos que ellos no eran hombres guerreros; pero se les contestó que no debian alarmarse por el medio que se habia empleado para obtener que volviesen á ser llamados, pues una vez restablecidos en su primera posicion, no tendrian que representar otro papel que el de civilizadores y apóstoles. El nuevo emperador, segun el informe favorable del consejo de guerra, autorizó el regreso de los jesuitas, de modo que habiéndose dirijido á Pekin los PP. Nicolás Longobardi y Manuel Diaz, se instalaron de nuevo en su casa, donde volvieron á seguir sus antiguos ejercicios. La autorizacion imperial protejió tambien las diversas residencias de las provincias.

(1) Los tártaros mandchues, habitan una vasta region del imperio chino comprendida principalmente en el gran valle formado por el rio Amor y sus tributarios, confinando con la Rusia y la Tartaria. Cuentan una poblacion de cerca de dos millones de almas. Los mandchues tienen la nariz achatada, los ojos pequeños y de color amarillento; son de mediana estatura. Profesan el budismo. A fines del siglo XVI empezaron á formar una nacion, declarando la guerra á los chinos. En 1644 Psing, uno de sus príncipes, hizo la conquista de la China y empezó la dinastía imperial que reina hoy dia en aquel imperio; pero á pesar de una dominacion de cerca de dos siglos, los mandchues son considerados aun por los chinos como unos bárbaros cuyo yugo pretenden sacudir. (Nota del Trad.)

CAPÍTULO XXVI.

Misiones de los jesuitas, franciscanos, capuchinos, dominicos y carmelitas en Turquía, Armenia y Persia.

En su lecho de muerte, decia el P. Mateo Ricci á sus hermanos, segun Trigaut: «Amo singularmente en Nuestro Señor, al P. Pedro Cotton, que reside en la córte del rey de Francia. Habia resuelto escribirle este año, aunque no le conozco, para congratularme con él por lo que ha adelantado la gloria de Dios, y darle á conocer particularmente el estado de nuestra mision Ahora os suplico á vosotros, porque no me es dado á mi hacerlo, que me escuseis

con él.» El ilustre jesuita que asi ocupaba los últimos instantes de Ricci, no solamente habia abierto la Arcadia á los hijos de San Ignacio (1), sino que acababa de asegurar su mision de Constantinopla, cuyo orígen vamos á referir. Los católicos de Pera (arrabal de aquella ciudad) que en otro tiempo formaban cinco ó seis grandes parroquias, viéndose reducidos á diez y siete familias, se dirigieron al baron de Germiny, embajador de Enrique III en la Sublime Puerta, y le rogaron que emplease su valimiento para procurarles una mision de jesuitas. El embajador obtuvo de Gregorio XIII cinco religiosos de aquella órden, que estableció en la iglesia de San Benito, cedida por el sultan. El P. Julio Mancinelli, superior de la mision, era un varon ejemplar, á quien el Espíritu Santo revelaba las cosas futuras como á los profetas, segun refiere el P. Dorleans. El éxito que obtuvieron los esfuerzos de aquellos hombres apostólicos, fué extraordinario; pero habiendo obligado algunos asuntos al superior á volver á Italia, y habiendo estallado la guerra entre turcos y venecianos, la mision sufrió muchísimo; siguió la peste que hizo grandes estragos en Constantinopla, de la que perecieron todos los jesuitas, coronando su apostolado con el martirio de la caridad, sin que ni uno solo se salvára para escribir á Roma, de modo, que su casa quedó abandonada. Las cosas permanecieron en aquel estado, por espacio de mas de veinte años, hasta que el P. Cotton, sugirió á Enrique IV la idea de restablecer aquella mision, tan útil para hacer revivir la fé católica entre los cismáticos de Levante. El baron de Germiny, habia tenido por sucesor á M. de Breves, á quien sucedió á su vez el baron de Salignac, que queria mucho á la Compañía de Jesus, y en particular al P. Cotton. Consideraba como un gran consuelo para él, tener á los jesuitas cerca de su persona en un pais estrangero é infiel; así es, que, encargado por el rey de procurar su regreso á Constantinopla, negoció aquel asunto con tanto celo, que en breve el sultan escribió á Enrique IV, participándole su consentimiento. No queriendo diferir el P. Cotton la ejecucion de una empresa tan útil á la religion, empezó á tomar sus medidas; pero el rey creyó que M. de Breves, que habia sido veinte y dos años embajador en Constantinopla, podria informar debidamente; y como se hallaba en Levante, aguardóse su regreso. En aquel intervalo, los herejes de Francia pusieron todo su empeño en impedir el restablecimiento de la Compañía de Jesus en Turquía; sobornaron al monge griego Joasaph, que se hallaba en Paris, y le persuadieron que escribiese al patriarca de Constantinopla que los jesuitas iban á Oriente con el objeto de apoderarse de todos los antiguos manuscritos de los padres griegos, para corromperlos y hacer de ellos despues un arma contra los dogmas de la iglesia griega. Habiendo enseñado el patriarca la carta del monge al baron de Salignac, desengañóle tan completamente el embajador, que se la dejó en su poder. Como Joasaph, á fin de dar mas fuerza á sus palabras, citaba las personas de las cuales era eco, el rey les habria castigado, si los autores de la calumnia no hubiesen desmentido á su agente, que fué espulsado del reino. Cuando M. de Breves regresó á Paris, el P. Cotton eligió cinco jesuitas para ir á inaugurar el nuevo establecimiento, bajo la direccion del P. Francisco de Cavillac. El P. Guillermo Levesque, uno de ellos, es citado en el Menologio de su Compañía, como un religioso de una perfeccion consumada, y el P. Dorleans hasta le atribuye algunos milagros. Cuando los apóstoles llegaron á Constantinopla en el año 1609, se dedicaron á aprender el griego vulgar, y lo lograron tan cumplidamente, que al cabo de seis meses el P. Caudillac se halló en estado de predicar en griego, y oir la confesion de los cristianos de aquella nacion, cuyo concurso fué considerable en la Pascua del año 1610; porque apenas se supo que los misioneros empezaban á hablar el idioma del pais, cuando acudió á su casa tanta afluencia de pueblo, sacerdotes, obispos y metropolitanos, que no po-

(1) Véase libro II cap. 15.

dian dar el abasto á tanto trabajo. No hubo una sola persona, incluso el patriarca, que no les diese señaladas muestras de aprecio, y dejára de manifestarles sus vivos deseos de reunirse con el pontífice romano. Habiendo pasado por Constantinopla el patriarca de Jerusalen, quedó tan prendado de su conversacion, que al regresar á su diócesis les mandó á su hermano para que le instruyesen en su doctrina. Pero al paso que eran solicitados por los cismáticos, los jesuitas tenian el sentimiento de ver el bailío ó embajador de Venecia, muy diferente del ilustre Morosini, su antecesor, que buscaba todas las ocasiones para desacreditarles y humillarles, imaginando que agradaba con aquel proceder á su República, enojada entonces contra los jesuitas, con motivo del interdicto de que tanto ha hablado la historia. El celo y el crédito de que gozaba el baron de Salignac, apaciguaron aquella tempestad, contribuyeron á que fuese tranquila su permanencia en Constantinopla, y á que pudiesen restablecer todas las funciones de la mision en su antigua iglesia de San Benito. Sin embargo, otra peste aniquiló la segunda colonia, como lo habia hecho con la primera; pero merced á los nuevos obreros que le mandó el P. Cotton, tan celosísimo protector de las misiones católicas, pudo restablecerse la de Constantinopla, hasta que en el año 1616, el embajador veneciano, se declaró ostensiblemente enemigo de los jesuitas.

Dudaba tanto menos del rigor con que se trataria á los misioneros, cuanto que sabia las crueldades ejercidas en una época reciente en la persona de San José de Leonisa. Este santo, nacido en el año 1556 en el pueblo de Leonisa, cerca de Otricoli, que pertenece á los Estados pontificios, habia profesado á los diez y ocho años en el convento que tenian allí los Capuchinos, y trocado su nombre de Eufranio por el de José. Siempre fué un cumplido modelo de dulzura, humildad, paciencia, obediencia y castidad. La vivacidad de su fervor, hacia muy meritorias todas sus acciones, hasta las que parecian mas indiferentes á los ojos del mundo. Tres dias por semana ayunaba á pan y agua, y pasaba muchas cuaresmas del mismo modo. Dormia sobre una tarima y por almoada tenia un tronco de árbol. Nunca era mayor su alegría, que cuando tenia ocasion de sufrir algunas injurias ó desprecios; considerábase como el último de los pecadores y tenia por costumbre decir: «Es verdad que por la misericordia de Dios no me he manchado con enormes crímenes, pero he aprovechado tan mal la gracia, que he merecido mas que ninguna otra criatura ser abandonado por el que me la dispensó.» Su celo en estinguir en su corazon todos los deseos humanos, habia preparado su alma para recibir las mercedes estraordinarias que comunica el Espíritu Santo á los elejidos en el ejercicio de la oracion y la contemplacion. Tenia una singular devocion á Jesus crucificado, y los sufrimientos del Salvador eran el objeto mas ordinario de sus meditaciones. Habitualmente predicaba con el crucifijo en la mano, usando palabras de fuego que abrasaban en amor sagrado el corazon de sus oyentes. En el año 1587 sus superiores le enviaron á Turquía, para trabajar, en calidad de misionero, en la instruccion de los cristianos de Pera, arrabal de Constantinopla, del que hemos hablado anteriormente. Consagróse con una caridad verdaderamente heróica, al servicio de los galeotes, sobre todo mientras la peste hacia mayores estragos. Aquella cruel enfermedad le atacó á su vez, pero Dios le devolvió la salud para el bien de una multitud de almas. No contento con arraigar la fé en el corazon de los cristianos, quiso volver á conducir al seno de la religion á los que por temor ó por la esperanza del logro de bienes materiales, la habian abandonado vergonzosamente, y convirtió á varios apóstatas, entre ellos á un bajá. Furiosos los musulmanes por los resultados que daban sus predicaciones, le encarcelaron por dos veces y le condenaron á muerte. Le colgaron en lo alto de una horca atravesándole con unos garfíos de hierro la mano y el pié derechos, y encendieron debajo del mártir un brasero cuyo ardor y denso hu-

mo parecia que no debia tardar en sofocarle; no obstante, permitió Dios que soportase aquel terrible suplicio por espacio de tres dias, finidos los cuales le descolgaron. El sultan conmutó en destierro la pena de muerte que le habia impuesto, y entonces José se embarcó para Italia, llegó á Venecia y se trasladó á su convento despues de una ausencia de dos años. De regreso á su patria con el mérito del martirio, cuya consumacion no habia dependido de él, volvió á emprender sus trabajos apostólicos que Dios continuó protejiendo. Atormentado por un horrible cáncer que destruyó sus carnes, soportó por dos veces, en los últimos años de su vida, las operaciones de los cirujanos, sin lanzar el menor suspiro. Habiendo propuesto uno de los asistentes que le sujetasen durante la operacion, dijo mostrando el crucifijo: «Hé aquí el mas fuerte de todos los lazos, el cual me tendrá seguramente mas inmóvil qne todas las ataduras.» Le estrechó amorosamente entre sus brazos y únicamente se le oyeron pronunciar estas palabras: «Santa María, rogad á Dios por nosotros, miserables pecadores.» Murió el dia 4 de febrero del año 1612 como lo habia predicho. Su rostro desfigurado por sus trabajos y mortificaciones, volvió á tomar despues de su muerte una maravillosa hermosura; y su corazon que fué conservado sin marchitarse, despidiendo una suave fragancia, era el símbolo de la pureza en que habia vivido. Beatificado por Clemente XIII en el año 1737, José de Leonisa fué canonizado por Benedicto XIV en el año 1746.

El baile (1), para perder á los jesuitas «con mas seguridad» dice el P. Dorleans, y para encubrir al mundo una accion tan horrible, trató secretamente el asunto con el caimacan y algunos otros oficiales de la Puerta. A fin tambien de ocultar mejor su plan, envolvió en la causa de los jesuitas al P. Juan de San Gal, de la órden de S. Francisco, vicario apostólico. Habia nacido súbdito de la república; pero el embajador creyó que no le seria difícil salvarle en el borde del abismo, cuando habria arrastrado allí á los que tenia intencion de hacer perder. Tomadas aquellas medidas, sin que nada se trasluciese, los oficiales del caimacan fueron á prender, al mismo tiempo que al vicario, á todos los jesuitas de los cuales era entonces superior el P. Juan Bautista Joubert. Desgraciadamente para las intenciones del baile, los oficiales sorprendieron al vicario apostólico cuando iba á quemar algunas cédulas dispuestas para ser firmadas y entregadas á renegados convertidos, lo que hizo que no se le tratára mas favorablemente que á los demás, y habiendo sido conducido á Constantinopla con ellos, fueron todos encerrados en un mismo calabozo. Apenas el baron de Sancy, que entonces era embajador de Francia en la Puerta, supo la desgracia de los misioneros, hizo cuanto pudo por lograr su libertad, la que sin duda no hubiera obtenido si la Providencia no acudiera en su ausilio. Tambien á los jesuitas como al vicario de la Santa Sede, les habian sido ocupados algunos papeles concernientes á la religion que podian dar motivo para formarles un proceso, sobre todo deseándolo tan vivamente sus enemigos. El caimacan mandó llamar á un intérprete para traducirlos, esperando hallar en ellos motivo para hacer condenar á los PP. y contentar á la persona que lo deseaba, pero quiso Dios que el intérprete de que se sirvió fuese un hombre adicto á los jesuitas, por haber sido en otro tiempo discípulo del P. Maldonado. Era un judío llamado Jacob, hermano del mayordomo del caimacan, y por consiguiente nada sospechoso, á quien se le presentó la ocasion de servir á sus amigos, interpretando favorablemente los escritos que se les habian encontrado. Habiendo sido examinados jurídicamente aquellos papeles y declarados inocentes los PP., el embajador francés logró que al poco tiempo fuesen puestos en libertad. La única víctima de aquella persecucion fué el vicario apostólico, porque las cédulas que le fueron ocupadas, no habiendo podido recibir ninguna interpre-

(1) Nombre que daban los venecianos á su embajador en la Puerta Otomana. (Nota del trad.)

tacion favorable, fué condenado á ser ahorcado; mas afortunado alcanzando aquel martirio, que los demás con su libertad, si puede llamarse tal los padecimientos que tuvieron luego que soportar, porque el baile, mucho mas irritado que antes, á causa de la pérdida del que queria salvar y la justificacion de los que queria perder, ofreció nuevas sumas al caimacan para obligarle á volver á empezar el proceso. Aquel magistrado habia ordenado encarcelarles otra vez, cuando uno de sus oficiales, indignado al ver tal sin razon, descubrió á los misioneros los manejos del baile, lo que exitó de tal modo el celo y la indignacion del baron Sancy, que tomó aquel asunto con tanto interés, como si perteneciese á la iglesia y á la nacion. Sin esto, aquellas inocentes víctimas por último hubieran sido sacrificadas al implacable furor de su enemigo, quien, no guardando ya ningun miramiento cuando se vió descubierto, luchó abiertamente contra el embajador francés, logrando con sus intrigas que el caimacan partiese la diferencia. Despues de haber pasado los misioneros cuatro meses enteros en las cárceles de los Dardanelos, á donde fueron enviados en un principio, acordóse que de los seis que eran, se quedarian dos al lado del embajador, y los cuatro restantes serian embarcados para ser enviados á su pais. Estraordinarias fueron las contrariedades que sufrieron estos últimos durante su viage: su buque habiendo sido perseguido por un corsario, se refugiaron en las costas de Calabria donde naufragaron; habiendo logrado salvar sus vidas, apenas pusieron el pié en la playa, cuando los guardacostas dispararon contra ellos creyendo que eran piratas turcos, y solo despues de haber corrido grave riesgo, lograron darse á conocer. Desde allí fueron trasladados á un hospital, y merced á la proteccion del príncipe de Rochette, de la casa de Caraffa, pudieron pasar al mas próximo colegio de la Compañía, regresando por fin desde allí á Francia para confirmar las noticias que ya se tenian de la decadencia de su mision. El P. Cotton no habia aguardado su regreso para ocuparse en reparar las pérdidas y buscar los medios de enviar nuevos obreros á Constantinopla. En el tratado de tregua que el emperador Matías acababa de firmar con la Puerta, habia un artículo que decia: que los jesuitas podian permanecer y ejercer sus funciones en las ciudades de la dominacion otomana. El siervo de Dios, aprovechando aquella facultad y las buenas intenciones del baron de Sancy, hizo tanto para sí y sus amigos, que no tardó en presentársele la ocasion de poder enviar á Constantinopla nuevos socorros en obreros y limosnas. Desde entonces, aquella mision no tan solo ha sido muy permanente, sino que tambien se ha estendido por varios otros lugares del imperio otomano y del reino de Persia.»

Despues que el duque de Mercœur, uno de los principales gefes de la liga, se hubo sometido á Enrique IV, en el año 1598, el emperador Rodolfo II, atacado por los turcos, le ofreció el mando del ejército en el año 1601, y esta circunstancia favoreció el apostolado de los jesuitas, porque se hizo preceder por ellos en Hungría; y los hijos de San Ignacio continuaron desde entonces en aquellos paises, amparando á las almas contra el islamismo. El P. Francisco Zgoda, uno de ellos, manifestó de un modo notable que ningun sacrificio era superior á su celo. Su propósito era penetrar en Crimea; pero un embajador, enviado por el khan de la pequeña Tartaria al rey de Polonia, le hizo saber que no se podia entrar en aquel pais sin estar provisto de un firman ó con el título de esclavo. No por esto se desanimó Zgoda, pero fué preso por los tártaros. Regresando el embajador á su patria, le rescató, presentóle á sus compatriotas como un doctor de la ley católica, y el apóstol se estableció no lejos de Caffa, en uno de los puertos del mar Negro, predicando el Evangelio á los indígenas, muchos de los cuales abrazaron la religion cristiana.

Los dominicos, precursores de los jesuitas en Levante, alcanzaron el mismo éxito y corrieron los mismos peligros. La isla de Sira

(Pl. C, n.° 2) situada casi en el centro del archipiélago griego (1), recibió en 1607 al P. Andrés Garge, veneciano, revestido del carácter episcopal, encargado por el Pontífice romano de confirmar á los católicos en la fé: pero en cambio de su abnegacion, los cismáticos debian perderle en el año 1632. En Valaquia, el P. Andrés Bobbio, lombardo, del convento de Faenza, acompañado del P. Mateo de Ulonis, moravo, del convento de Leopol, estableció algunas iglesias del rito romano, y volvió á la unidad á varios cismáticos; pero algunos soldados hereges, enemigos de la fé católica y de la órden de los dominicos, tan celosa por su propagacion, le prendieron en el año 1610, haciéndole sufrir una horrible muerte. Su compañero, que escapó al través de espesos bosques, pudo librarse de sus manos, y desapareció de su vista, permitiéndolo Dios así, á fin de que el martirio del misionero no quedase oculto en las tinieblas del olvido. En fin, la Armenia, gracias á los esfuerzos de los dominicos, conservaba aun el depósito de la fé. Cuando la muerte de Azarias Fridonis, Paulo V habia propuesto para la iglesia católica de aquel pais al P. Márcos, armenio, que murió en Roma en el año 1607; el mismo Papa, á fin de que no estuviese por mas tiempo la sede vacante, instituyó enseguida arzobispo de Nakchivan al P. Mateo Erasmo, armenio, que se encontraba en Italia, y cuyo celo debia ser de mucho provecho para la salvacion de los cismáticos. Aquel prelado á quien acompañaban los dominicos Agustin y Pablo María, se encargó, en el año 1616, en union de varios religiosos del Carmelo y de San Agustin, de emprender una mision en Persia, de cuyas resultas Melquisedech, patriarca asiático, conoció la verdad; tambien lograron persuadir al rey de Persia, que dejára en completa libertad á los obreros evangélicos, y que enviase una embajada de honor al Pontífice romano. El dominico Pablo María, fué el encargado de ir á dar cuenta á Paulo V del estado de aquella mision en Persia. El Sumo Pontífice le recibió con mucha bondad; pero como se tratase, para utilizar sus talentos, de enviarle en calidad de obispo á los paises ocupados por los turcos, salió de Roma, se retiró á Nápoles sin consultar á sus superiores, y entró en la Cartuja, donde tomó el hábito. Apenas lo supo el general de los dominicos quejóse al Papa de que los cartujos, contra su voluntad, hubiesen admitido en su comunidad á Pablo María, y el Pontífice dispuso que le devolvieran á la órden de Santo Domingo. De regreso á Roma, permaneció aquel religioso durante algunos meses en el convento de San Sixto, y apenas habia trascurrido un año, cuando sabedor el Papa de que hablaba perfectamente el armenio, le nombró arzobispo de Myra y sufragáneo de la iglesia armenia de Nakchivan con futura sucesion. El prelado se trasladó á su iglesia de Myra, donde residió, llenando todos los deberes de un buen pastor para con su rebaño. Habiendo muerto en el año 1620 Mateo Erasmo, se apresuró á visitar las ovejas que le habian sido confiadas, llevando una vida apostólica hasta el año 1627, época de su muerte. Debemos añadir aquí, que sobre el año 1622, Gregorio XV, á ruegos del general Serafin Sicco, emprendió el establecimiento de un colegio en la provincia de Nakchivan para la instruccion de los cristianos armenios. El P. Gregorio Ursino, profeso en el convento de la Minerva, fué el designado para encargarse de la fundacion y direccion de aquel colegio; pero como fuese preso en el mar y cautivado por los infieles, ocupó su puesto el P. Juan Domingo Nazarius, natural de Armenia, quien fundó venturosamente el colegio, para cuya conservacion y gasto, la sagrada congregacion llamada *de Propaganda Fide*, le señaló una pension anual de quinientos escudos romanos.

Se ha visto que el espíritu de las misiones animaba á la congregacion de los carmelitas descalzos de España (1). « El P. Tomás de

(1) Monarquía de las Cicladas al S. O. de Tino. Tiene unos 15 kil. de longitud por 8 kil. de anchura. Su clima es dulcísimo, su suelo muy fértil, y la poblacion en su totalidad llega á unos 30,000 habitantes. (Nota del Trad.)

(1) Véase libro II cap. XX.

Jesus, dice el autor del *Viage á Oriente* (1), habiendo partido de España, de donde á su vez lo habian hecho tan gran número de misioneros, se dirigió á Roma, donde escribió aquel libro de oro de la conversion de todas las naciones, describiendo con mano maestra todos los errores de los infieles y sus soberanos remedios, el cual va acompañado de un tratadito que lleva por título *Aguijon de las misiones*, cuya sola lectura basta para despertar en los mas insensibles un vivo deseo de salvar las almas de tantos infieles que se pierden miserablemente todos los dias. El primero de nuestros padres que dió comienzo á las misiones orientales, fué N. V. P. Pedro de la Madre de Dios, natural de Aragon, hijo de la ciudad de Daroca, quien estableció nuestra congregacion en Italia, y fué el predicador ordinario de los papas Clemente VIII, Leon XI y Paulo V.» A contar del año 1604, se empezó la mision de Persia (2). Clemente VIII espidió en 12 de julio de dicho año, un breve á este efecto, y escribió al propio tiempo una carta al rey de Persia. Los misioneros se hallaban ya en camino, cuando Paulo V, sucesor de aquel Pontífice, les envió á su vez, fechado á 20 de julio del año 1605, otro breve en el que les conferia varias gracias. Aquellos religiosos se llamaban Pablo de Jesus María, genovés, de la familia de Rivarola, que fué nombrado tres veces general, y Juan de San Eliseo, natural de Calahorra en España, que andando el tiempo fué obispo de Ispahan y primado de toda la Persia. El Papa, cuando partieron, quiso que tomasen por patronos á los santos apóstoles de aquel pais, así es que se les llamó Pablo Simon, y Juan Tadeo. Llegaron á Persia acompañados del P. Vicente de San Francisco, valenciano, y fundaron en Ispahan, capital del imperio, un hospicio, que llegó á ser un convento en forma, en el que se practicaban todos los ejercicios de comunidad, como en los monasterios de los cristianos. El toque de campanas y la celebracion de misas y oficios, era tolerado por el soberano persa Abbas, quien tenia encargado á los carmelitas, que le avisasen si se les ocasionaba algun daño. Tenian entera libertad de predicar en lengua persa en su iglesia, cuya puerta estaba abierta dia y noche, manteniendo así en la fé á los antiguos católicos, y consolidándola en los nuevos convertidos. Tambien se permitia que anunciasen á Jesucristo por las plazas y calles, y manifestasen á los musulmanes engañados los desórdenes de Mahoma; pero los ciegos sectarios del islamismo contestaban á los misioneros que aunque hubiera sido mala su conducta, no por esto dejaba de ser un profeta á quien el ángel Gabriel, le habia confiado la ley, de modo que era preciso hacer lo que habia dejado escrito, sin cuidarse de lo que él habia hecho. Los religiosos penetraban en las casas particulares, donde les proponian algunas dudas que se complacian en resolver; y como los persas son muy curiosos, aquellas conferencias por lo general muy concurridas, les daba pié para esponer toda la doctrina de la religion católica, produciendo muy felices resultados. Muchos musulmanes recibieron secretamente el bautismo, y por prudencia se les envió en pais cristiano, porque si hubiesen sido descubiertos, habrian tenido que renegar de la fé ó sufrir el martirio, como aconteció en el mes de febrero del año 1622. Hacia tres meses que los carmelitas habian bautizado á cuatro persas, y les hicieron acompañar al superior de su convento de Ormuz, por otro persa igualmente bautizado. Descubiertos por el camino, los nuevos cristianos fueron conducidos á Ispahan, condenados á ser apedreados y quemados, cuyo cruel martirio soportaron con heróica constancia. Mucho sufrieron los religiosos en aquella ocasion, pero el rey no consintió en que atentasen contra su vida. Los carmelitas eran sobre todo muy útiles á la infancia; porque en caso de enfer-

(1) *Viage á Oriente*, por el R. P. Felipe de la Santisima Trinidad, carmelita descalzo. Pág. 406

(2) Véanse los *Anales de los carmelitas descalzos*, por el R. P. Luis de Santa Teresa, carmelita descalzo, visitador general. Tom. I pág. 332.

medad grave, los padres de las criaturas las llevaban al convento, ó hacian ir á su casa á los misioneros, para que rogasen á Dios que devolviera la salud á sus hijos, la mayor parte de los cuales eran bautizados. Aquellos religiosos trabajaban además en la conversion de los cismáticos, armenios, jacobitas y nestorianos, que habitaban en Ispahan y en sus inmediaciones. Los armenios comparando el desinterés de los carmelitas con la codicia de sus sacerdotes, profesaban á aquellos mucha estimacion. No contentos con fundar un convento en Ispahan, y un hospicio en Chiraz, junto al Roknabad, los carmelitas descalzos se procuraron para el establecimiento de su casa de Ormuz un lugar seguro, en donde, bajo la proteccion portuguesa, podian guardar limosnas para la mision persa, enviar los musulmanes convertidos, y retirarse ellos mismos en caso de destierro; pero aquel asilo fué destruido en el año 1622, cuando la isla de Ormuz cayó en poder de los persas, que arrojaron de ella á los cristianos. No obstante, Dios habia inspirado á los carmelitas otra idea feliz, procurándose un refugio muy estable y un centro de accion mas importante, cuando en el año 1620, el P. Leandro de la Anunciacion, fundador del convento de Ormuz, obtuvo del virey de las Indias y de Cristóbal de Lisboa, arzobispo de Goa, la autorizacion para edificar en aquella ciudad uno de los mas bellos establecimientos que el órden haya poseido. La iglesia fué consagrada bajo la advocacion de Nuestra Señora del Monte Carmelo. De aquel convento se originaron varios otros, entre ellos el de Santa Teresa, cerca de Goa, el de San José, en Diu, y otro en Mozambique. El colegio y noviciado, quedaron establecidos en el monasterio de Goa, destinado á procurar obreros apostólicos á las misiones orientales del instituto, tales como la de Tattá, á orillas del Indo, capital del Sindhy, establecida por el español P. Fr. Luis Francisco; y la de Bassorah, en la márgen derecha del Cha-el-Arab, fundada sobre el año 1623, por el portugués P. Basilio de San Francisco.



LIBRO TERCERO.

DESDE EL ESTABLECIMIENTO DE LA CONGREGACION DE LA PROPAGANDA, HASTA LA SUPRESION DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

CAPÍTULO I.

Orígen y objeto de la congregacion de la Propagacion de la Fé. — La Francia, ausiliar é instrumento de la Santa Sede para la obra de las misiones: el P. Cotton, el P. José y San Vicente de Paul.

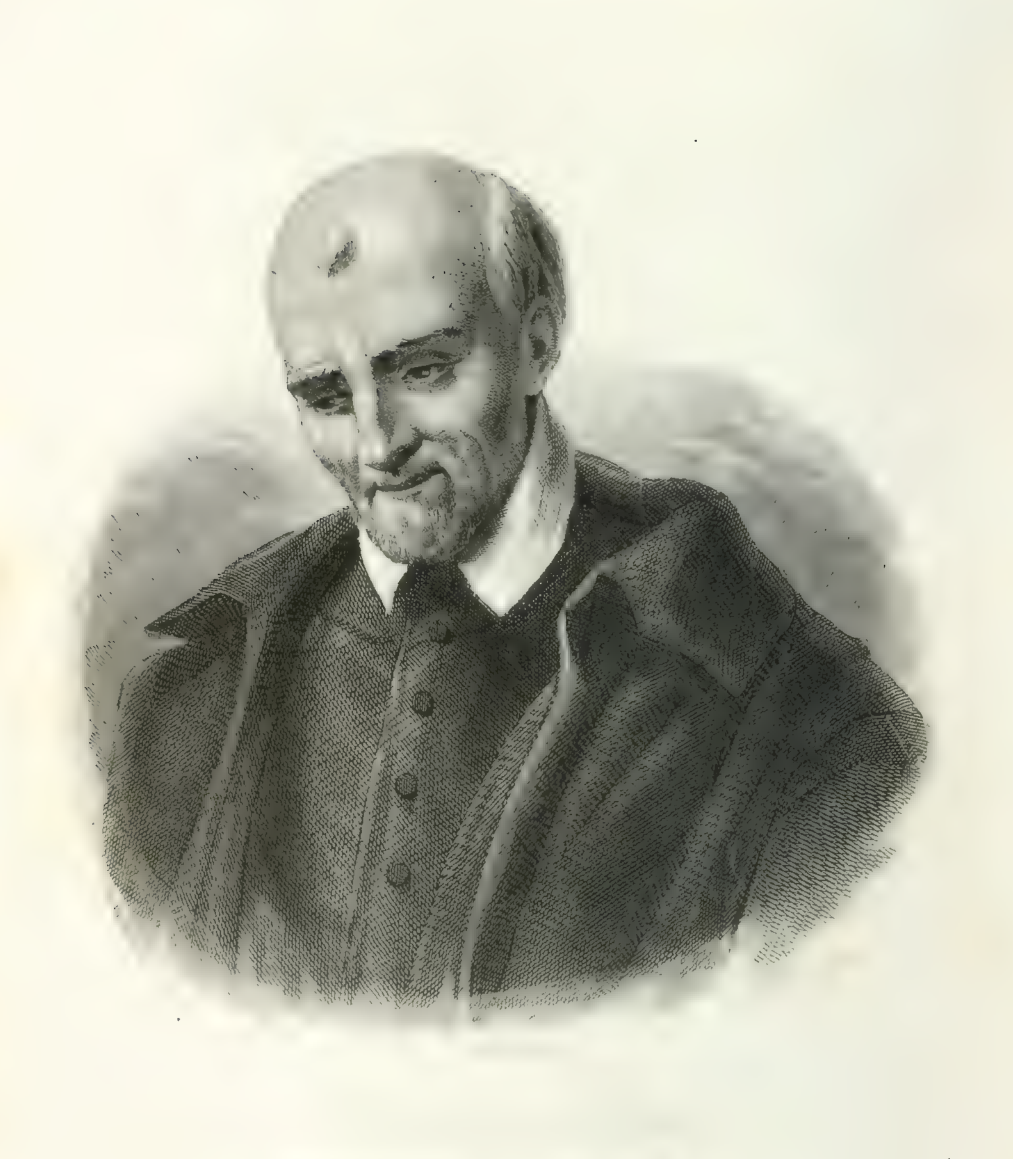
El carmelita Felipe de la Santísima Trinidad, segun dice el P. Pedro de la Madre de Dios, fué el varon eminente que intentó inducir á Clemente VIII á fundar la Congregacion de la Propagacion de la Fé.... Nuestro venerable padre Domingo de Jesus María, añade el propio autor, natural de Calatayud, llamado antes Bilbilis, universalmente conocido por la rara santidad de su vida y por los hechos milagrosos que habia practicado, dió gran impulso al establecimiento de aquella Congregacion durante el pontificado de Gregorio XV, á la que contribuyó tambien por su parte procurando crecidas limosnas, debidas á personas piadosas, para fundar las rentas destinadas á las misiones que habian de predicar la santa ley del verdadero Dios en tantos puntos del globo.

Véase de que modo describe Urbano Cerri, secretario de la Congregacion de la Propaganda, el orígen y el objeto de aquella santa institucion.

«Hay, dijo Cerri á Inocencio XI, cuatro congregaciones de cardenales, que son otras tantas columnas que sostienen el mundo cristiano, gobernado por el alto saber de Vuestra Santidad. La primera es la de *los Ritos*, á cuyo cuidado está la direccion del culto de Dios y de los Santos; la segunda es la de *los Obispos* y regulares, que cuidan de los ministros sagrados; la tercera, es la congregacion del *Santo Oficio*, que sana ó separa á los gangrenados miembros de la iglesia cristiana; y por último, es la cuarta la congregacion de *Propaganda Fide*, destinada á conservar y estender la religion en todas las partes del mundo. Debe esta su orígen al papa Gregorio XV, de santa memoria, que, animado por el celo del P. Narni, predicador apostólico, la erigió, disponiendo por una bula, que fuese erigida y compuesta de trece cardenales, dos sacerdotes, un religioso y un secretario, los cuales deberian reunirse al menos una vez al mes; dándole luego conocimiento de todas las resoluciones que adoptasen. Al propio tiempo destinó el Pontífice para su conservacion los emolumentos de los *anelli cardenalitii*, les cedió un palacio que valia diez mil escudos, y además un capital de otros quince mil escudos en metálico. Tan santo principio fué continuado aun despues con mas ardor bajo el pontificado de Urbano VIII, quien nombró diferentes teólogos y predicadores de las órdenes religiosas, para que fuesen en calidad de misioneros á diferentes partes del mundo, concediendo además grandes privilegios y sumas considerables á la referida congregacion. Escitadas diferentes personas por tan noble ejemplo, dejaron bienes considerables á aquella sociedad, por lo que se vió pronto en estado de hacer grandes progresos, y de construir el vasto colegio que lleva hoy dia el nombre de *Urbano* ó de *Propaganda Fide* (Pl. CI, n.º 1.) Hé ahí los prin-

cipales bienhechores de la *Propagacion*: el cardenal S. Onofrio, que la dejó al morir doscientos siete mil escudos; el cardenal Cornaro, treinta y cuatro mil quinientos; el cardenal de Galamina, cincuenta y cuatro mil cuatro cientos; el cardenal Capponi, ocho mil; el cardenal Giustiniani, doce mil quinientos; el cardenal Ubaldini, cuarenta mil; monseñor Vives, cuarenta y dos mil; y finalmente, sesenta y cuatro mil el piadoso Juan Savanier. Contó además la sociedad con algunas pequeñas sucesiones, legados y limosnas, que juntos ascendieron á la suma de un millon de libras. Las cantidades que le habian sido ofrecidas en diversas épocas por personas desconocidas, ascendian á veinte y dos mil seiscientas libras; deduciendo de estas cantidades, la de cien mil escudos invertidos en la construccion de la iglesia y del colegio, cuenta la Congregacion con un capital de seiscientos quince mil escudos, que le produce anualmente unos veinte mil. Esta renta, junto con alguna mas que producen varias casas de su pertenencia, es recogida por un empleado, al que se dá el título de agente, que debe colocarla en el *Monte della Pieta*, no pudiendo ser sacada de él sin una órden de la Congregacion, firmada por el cardenal prefecto, el secretario y el oidor de cuentas. Hay una oficina en la que se registran cuidadosamente todos los gastos, así como tambien las órdenes á que se ha dado cumplimiento en virtud de lo dispuesto por la Congregacion, de modo que es de todo punto imposible el malversar cantidad alguna. Al fin de cada año, son todas las cuentas examinadas por una congregacion particular, á la que se dá el nombre de congregacion *dello Stato temporale*. Además de todas estas precauciones, ha dispuesto Su Santidad nombrar al cardenal Spinola, á fin de que velase muy particularmente sobre los intereses de la Congregacion, á la que ha logrado ya S. E. procurar diferentes ventajas, estinguiendo algunas de las deudas que pesaban sobre ella. A fin de dar ahora á Vuestra Santidad una idea general de los gastos que la Sociedad se ve obligada á hacer, incluyo la relacion de las siguientes obligaciones á que ha de atender: para el sosten del colegio necesita anualmente cincuenta mil libras; para los empleados de la Congregacion, mil setecientas; para la imprenta, mil; para la dotacion de los obispos, de los misioneros y de los colegios que existen fuera de Roma, diez mil; por algunos legados y otras deudas, dos mil setecientas; por gastos estraordinarios, como limosnas, reparaciones de casas y otros gastos indispensables, tres mil. Veamos ahora el colegio *Urbano*, ó de *Propaganda Fide*.

«Fué eregido este colegio en el año 1627 por Urbano VIII. Debió su orígen á una fundacion considerable, hecha por monseñor Juan Bautista Vives para mantener diez jóvenes, cualquiera que fuese la nacion á que perteneciesen. Fué aquella fundacion confirmada por el Papa, que tomó desde luego el nuevo colegio bajo su proteccion, concediéndole todos los privilegios é inmunidades de que gozaban los colegios de los alemanes, ingleses, griegos, y todas las escuelas de Roma; nombró, al propio tiempo á tres canónigos de tres iglesias patriarcales para dirigir aquel colegio, conforme consta en el breve *Inmortalis* de 1.° de agosto del año 1627. Diez años despues, ó sea en 1637, el cardenal S. Onofrio hizo una fundacion para doce jóvenes naturales de seis reinos de Africa y Asia, á saber: de los de Georgia, Persia, Nestoria, Jacobita, Melchita y Coftica, á los que añadió el de Armenia, caso de que faltasen jóvenes de alguno de los reinos antes citados; siendo igualmente aquella fundacion aprobada por el breve *Altitudo*. El propio cardenal hizo en el año 1639 otra fundacion para trece etíopes y brachmanes, de la que obtuvo así mismo la aprobacion por el breve *Onerosa*. Aquellas dos fundaciones, que contenian diferentes cláusulas referentes á la edad, y á la eleccion, fueron unidas ó agregadas al colegio *Urbano* en 1641 por el breve *Romanus Pontifex*. Se quitó á los canónigos de las iglesias patriarcales la administracion de los dos primeros colegios para



conferirse esto á la Congregacion instituida por Gregorio XV. Pero como ha habido siempre gran dificultad en encontrar jóvenes de las naciones anteriormente citadas, la Congregacion, de acuerdo con la casa de los Barberini, y prévia la autorizacion del Papa, dispuso, y ha dispuesto varias veces de aquellas plazas *pro tempore*, en favor de otros jóvenes. El colegio Urbano está regido por un rector, que es sacerdote secular, bajo la inspeccion del secretario, el cual da cuenta cada cuatro meses al cardenal llamado *Mensario*, que tiene á su vez la obligacion de visitar el colegio y ver si los estudiantes están bien dirigidos. Puede decirse, para el consuelo de Vuestra Santidad, que aquellos alumnos son tratados, educados é instruidos mucho mejor de lo que lo son en ningun otro colegio ni seminario de Roma.... Los cursos de aquellos jóvenes están confiados á sábios lectores que les enseñan teología escolástica, controversia, moral, filosofía, humanidades, y las lenguas latina, griega, hebrea y árabe. El cardenal encargado de inspeccionar los estudios de aquellos novicios, asiste anualmente á sus exámenes con el secretario y los lectores.

Imprenta. — En el palacio de la Congregacion, hay una sala en la que abundan caractéres en cuarenta y ocho lenguas diferentes, teniendo á su frente un buen impresor y corrector; imprímense contínuamente en ella varias obras destinadas á conservar y propagar la fé católica, las cuales son luego distribuidas gratis entre los obispos, misioneros y otras personas piadosas, á fin de que á su vez las esparzan tambien gratis por toda la faz de la tierra.

Archivos. — Todas las memorias y cartas que la Congregacion recibe, así como tambien las copias de todas cuantas escribe, son cuidadosamente guardadas en los archivos, al igual que todos sus decretos y resoluciones; pero por mas exacto que sea el registro, son tan numerosas y diferentes las materias que contiene, que solo á costa de un gran trabajo pueden encontrarse en él las antiguas deliberaciones.

Despues de haber presentado á la Propaganda, como un foco, desde el cual los misioneros, cual otros tantos luminosos rayos, van á desvanecer las tinieblas de la infidelidad en todos los pueblos de la tierra, no podemos dejar de hacer mencion, de que la Francia parecia ser la destinada por la Providencia á secundar del modo mas eficaz la obra civilizadora y santa de aquella Congregacion. En tiempos de San Luis, el ascendiente del reino cristianísimo se hacia sentir en todas las partes del mundo conocido; y en la época presente va estendiéndose con simultaneidad en América, Asia y Africa; sin hablar de los reyes ni de sus ministros, de cuya proteccion decidida podríamos hacer mencion en el presente relato, limitarémonos á indicar tan solo tres nombres ilustres, los del P. Cotton, del P. José y de S. Vicente de Paul.

Sabida es ya la influencia benéfica que ejerció el P. Cotton, confesor de Enrique IV y de Luis XIII, en el interés de las misiones estrangeras; el P. Dorleans nos dice, que aun despues de haber abandonado la corte, no fué por ello menos decidida la proteccion que continuó el célebre jesuita dispensando á esta obra. « Hacia ya algunos años, dice aquel historiador, que los ingleses habian arrojado á los misioneros del Canadá, para hacerles dirigir nuevamente á Francia, lo que vió el P. Cotton con gran disgusto, por considerar aquel acto injusto como la ruina de su propia obra, ruina que de ningun modo le era posible evitar. Sin embargo, no debia tardar en verse nuevamente en el caso de poder prestar todo su apoyo á las misiones, objeto particular y constante de su predileccion. Dos jóvenes jesuitas que estaban cursando teología en la Fleche, se conferenciaban con el P. Mané, residente en aquella casa convento desde su regreso de Nueva-Francia, lo que hizo que aquellos dos jóvenes se sintiesen animados de un vivo celo por restablecer aquella mision. Habiéndose dirigido luego aquellos dos jóvenes á Paris para terminar su carrera, hablaron del celo de que estaban poseidos á un

gran siervo de Dios, llamado el P. de la Breteseche, y como en breve animase á este el mismo deseo, habló de ello al duque de Ventadour. Tomó el duque á su vez tan á pechos aquel importante asunto, que por llevarlo mas fácilmente á buen término, tuvo el celo de comprar á su tio el duque de Montmorenci, el gobierno del Canadá. Así las cosas, el duque de Ventadour se dirigió al P. Cotton, pidiéndole misioneros que le procurasen la realizacion de la mas grata de sus esperanzas. Á semejante peticion, el santo provincial bendijo la Providencia amorosa que por tales medios le procuraba el consuelo de restablecer por sí mismo una obra que habia empezado ya anteriormente para la mayor gloria de Dios y salvacion de las almas; así que, hizo el provincial por su parte todo lo posible en favor de aquella mision que le habia sido siempre tan querida. Los dos primeros autores de aquel plan, que eran los PP. Le Jeune y Vimond, no pudieron formar parte de la primera cohorte evangélica, por hallarse aun algo atrasados en su carrera; reservándoseles para la segunda espedicion que saliese para el Canadá. El P. Cárlos Lalemant, el P. Massé y el P. de Brebeuf, este hombre ilustre que habria sido un gran santo, á no haber logrado ser despues un gran mártir, fueron los primeros que partieron para aquellas regiones. Para dar mas fácilmente cima á aquella obra piadosa, Dios llamó á la Compañía á un hijo del marqués de Gamache, el cual teniendo á su entrada la devocion de formar un colegio en Quebec, no tardó en obtener de su padre el permiso y todo lo demás que era necesario para poder realizarlo. De este modo fué establecida sólidamente aquella mision, á la cual parece dispensó Dios una gracia especial para santificar á sus operarios.»

La direccion de las misiones del Canadá, de Levante y de Marruecos, fué ejercida por un personage ilustre, Francisco Le Clerc del Tremblay, tan conocido bajo el nombre de P. José, que habia tomado al hacerse capuchino, uno de los agentes mas fieles y activos del cardenal de Richelieu. Hé aquí lo que dice el abate Richard respecto á la mision que nos ocupa, y el celoso sacerdote que tanto se desveló por ella: «Todo lo puso aquel religioso en obra cuando se trató de la gloria de Dios, y de llevar su nombre á los paises mas lejanos; á fin de obrar con mas acierto, pidió permiso á Urbano VIII, que se lo dió con tanto mayor gusto, cuanto vió que el rey favorecia aquella empresa con sus liberalidades y con la proteccion que dispensó en todo al P. José. Fué nombrado éste superior de la gran mision de Oriente en el año 1625; inaugurando su cargo con la compra de varios hospicios para hospedar á los religiosos que envió con los ornamentos necesarios para la celebracion de los divinos oficios, y administrar los sacramentos. Como tenia la facultad de escoger en todos los conventos de su órden los religiosos que le pareciesen mas á propósito para las misiones, no tardó en tener á su disposicion mas de ciento que ardian en deseos de justificar su eleccion, llevando la ley de Jesucristo á todas las partes del mundo, y de mostrarse capaces de sufrir el martirio por la propagacion de su Evangelio. Todos ellos fueron destinados de dos en dos y de cuatro en cuatro, á Grecia, Palestina y Armenia; el rey de Georgia, que habia reconocido la autoridad espiritual del Papa, pidió el ausilio de alguno de aquellos misioneros, así como lo reclamaron tambien los habitantes de Scio, Esmirna, Alepo y los de otras grandes ciudades. Las conversiones que obraron en aquellos paises fueron tan numerosas y de tal consideracion algunas de ellas, que en breve llegaron á oidos del Papa y de la Congregacion de *Propaganda Fide.* Al ver los grandes triunfos que coronaban la obra del P. José, le pidieron uno y otra que enviase religiosos á Túnez, Argel, al gran Cairo y á Naxia, cuyo arzobispo los reclamaba con las mas vivas instancias. El embajador de Francia en la Puerta, obtuvo tambien del sultan, la autorizacion competente para establecer misiones católicas en todo su imperio; si bien no tardó el gran

visir en hacer anular aquella disposicion, ó al menos en hacer que quedase sin efecto en todos los puntos donde no habia cónsules franceses. Con todo, se permitió á los capuchinos establecer escuelas para la juventud en Constantinopla, con lo que se aumentó considerablemente en poco tiempo el número de los cristianos. Al ver el impulso que iba tomando el cristianismo en aquel imperio, acudieron á él religiosos de varios puntos de España y de Italia, para cooperar de consuno con los misioneros allí establecidos, á la propagacion de las doctrinas católicas; siendo particularmente la Persia, la Armenia, el Líbano y Babilonia, los principales puntos en que hizo brillar la pura luz de la fé, aquella nueva milicia evangélica. Los misioneros que se dirigieron á Ispahan, fueron á hospedarse en el palacio real, donde permanecieron por espacio de veinte años, y sin duda continuarian habitándole aun, si los holandeses, envidiosos de aquella alta honra dispensada á los súbditos del rey, no les hubiesen presentado como sospechosos á los ojos de los ministros del rey de Persia. El emir Fakardin, príncipe del monte Líbano. recibió á los misioneros mucho mejor aun que ningun otro soberano; manifestóles desear ardientemente que el príncipe de Orleans, ó cualquier otro de la familia real de Francia, emprendiese la conquista de Tierra Santa, y que para secundar tan grande empresa, gustoso ofrecería al rey todos sus estados, sus tropas y todas sus riquezas. El patriarca de los maronitas, el arzobispo de Heden, y todos los prelados que gemian bajo el yugo del sultan y de los demás príncipes mahometanos, se pusieron al frente de los misioneros, logrando obrar maravillosas conversiones; el arzobispo de Naxia, al dirigirse desde Roma á Francia en el año 1626, fué al poco tiempo de su llegada presentado al rey por el P. José, al que pidió su proteccion por los obispos y cristianos del archipiélago y de la isla de Andros, asegurándole que en las rogativas públicas se le nombraba despues del Papa, y que eran tantas las ventajas reportadas por las predicaciones de los capuchinos franceses, que no podia menos de considerárseles en todas partes como verdaderos apóstoles; que aquellos PP. habian restablecido en varios puntos la confesion auricular, confundido á los jacobitas y nestorianos, convertido á un gran número de turcos y de cismáticos griegos, é iniciado é instruido en las eternas verdades católicas, á un gran número de judíos que se dedicaban al comercio en Tesalónica. Increibles son los progresos que hicieron en dos años aquellos misioneros; es imposible que nuestra religion, objeto del ódio de todos los pueblos bárbaros, hubiese podido difundirse con tanta rapidez por todas las provincias de Levante, á no haber sido la decidida proteccion que dispensó el cielo á los trabajos de aquellos hombres apostólicos, y á no haber aunado el Papa y el rey sus esfuerzos para cooperar unánimemente á la realizacion de sus grandes designios. De este modo lograron vencerse todos los obstáculos: el Papa acordó al P. José todo cuanto podia desear para la ejecucion de su proyecto, y el rey atendió á las necesidades de los misioneros, procurando al ilustre capuchino sumas considerables, que empleaba este en la compra de todos los ornamentos necesarios para el culto, en limosnas y en el sosten de sus preclaros hijos, los cuales podian ejercer así mas libremente su ministerio, por no depender su sustento mas que del gefe del Estado. Desde que el cardenal de Richelieu hizo entrar al P. José en la direccion de los negocios públicos, no cesó de consagrarse con tierna solicitud á los de aquella mision, que habia sido siempre objeto principal de todos sus cuidados. Basta á demostrarlo lo que acababa de hacer una hora antes del ataque apoplético que le condujo al sepulcro, esto es: contestó á diferentes cartas de los misioneros de Constantinopla y del monte Líbano, y espidió nuevas órdenes que contribuyeron á conservar aquellas misiones despues de su muerte en el floreciente estado en que se hallaban. Hé aquí á lo que llamaba un emperador romano morir en la brecha.»

San Vicente de Paul, que habia estado cautivo en Túnez, y que habia visto por lo mismo de cerca las tinieblas y las inmorales consecuencias de la infidelidad, suspiraba sin cesar por aquellos pobres hermanos suyos, olvidados del resto de los hombres, que yacian en la idolatría y la barbárie. Así que, dice Collet, (1) « las alas de paloma, que el rey profeta pedia con tanto ardor para trasladarse á un punto separado del trato y de la injusticia de los hombres, Vicente de Paul las pedia para volar allende los mares y anunciar el Evangelio á los infieles, por mas que debiese su caridad costarle la vida. ¡Ah! miserable de mí, decia algunas veces en el esceso de su celo, me he hecho indigno, por mis pecados, de servir á Dios en los pueblos que le desconocen! — ¡Que feliz, decia otras veces, que feliz es la condicion de un misionero que, en sus trabajos por Jesucristo, no tiene otros límites que los de la tierra conocida! ¿Por qué, pues, fijarnos en un punto y prescribirnos límites, cuando nos ha concedido Dios toda la estension de la tierra para ejercer nuestro celo? » De estos sentimientos nacia en el corazon del hombre apostólico, aquella veneracion profunda en que tuvo siempre á S. Francisco Javier, y en general á todos los misioneros de las órdenes religiosas que se consagraron á evangelizar los paises estranjeros. Cuando el interés de sus respectivas misiones les llamaba á Francia, é iban á visitarle en San Lázaro, reunia Vicente la comunidad en su presencia, á fin de que viesen sus hermanos los bienes que Dios se habia dignado obrar por medio de aquellos santos varones, y se animasen para seguir sus huellas. Finalmente, deseando mas bien saber la cosecha prodigiosa que podia aun recojerse, que los frutos ya obtenidos, se ofreció con toda su comunidad á Jesucristo para desbrozar, como los demás, una parte del vasto campo del Padre de la familia humana. Sin embargo, como fué siempre su principal máxima, el no emprender cosa alguna sin una vocacion legítima, aguardó en paz aquella hora del Señor que no es dado anticipar, tan dispuesto á no partir jamás, como resuelto á hacerlo al primer llamamiento; aquella hora empero tan deseada no sonó para él, por unirle la Providencia á su patria con lazos que Vicente no pudo romper; con todo, sonó para diferentes de sus hijos, algunos de los cuales llevaron la luz de la fé á paises en que era desconocida, al paso que la conservaron otros en una region, en la que habria convertido en hombres libres á muchos mas esclavos, á no haber reprimido su generoso impulso los temores de la apostasía. Los primeros de los hijos de San Vicente de Paul predicaron la fé en Madagascar en medio de grandes sufrimientos, y los últimos la anunciaron en Berberia, donde sufrieron quizás aun mucho mas.

(1) Vida de S. Vicente de Paul, fundador de la Congregacion de las Misiones y de la órden de Hermanas de la Caridad.

De este modo fueron entonces Roma y Francia, como en tiempos de San Luis, inseparables, mereciendo á porfía el reconocimiento de los pueblos en que los misioneros anunciaron la purísima doctrina del Evangelio. Nos limitamos á hacer aquí estas indicaciones, por ser las que mas nos han de servir en el curso de la presente *Historia*, para continuar la relacion de los hechos, brevemente interrumpida.

CAPÍTULO II.

Celo por las misiones en la órden de Santo Domingo. — Los Frailes predicadores en Solo. — El P. Domingo de Santo Tomás.

Despues de haberse celebrado el capítulo de Milan en el año 1622, hizo el maestro general Serafin Sicco confirmar por la Santa Sede los privilegios anteriormente concedidos á los dominicos que se consagrarian á las funciones apostólicas en los paises infieles. (1) Y á fin de estender mas y mas el beneficio de las misiones, dispuso que se enseñáran en diferentes conventos de su órden, establecidos

(1) Turon, *Historia de los hombres ilustres de la órden de Santo Domingo.*

en Rusia, las lenguas armenia, valaca y tártara; por su parte, Urbano VIII favoreció la ejecucion de su proyecto, concediendo á los que estudiasen aquellos idiomas, así como tambien á sus profesores, los privilegios que Paulo V habia acordado á los frailes predicadores que se dedicaban al estudio de las lenguas griega, hebrea, caldea y árabe.

Tambien procuró el maestro general con el mismo empeño, sostener el convento de dominicos de Ragusa, junto con otros dos que habia empezado á hacer construir en aquel pais. Situados en las fronteras de Turquía, no solo eran aquellos establecimientos religiosos sumamente útiles, si que tambien indispensables para conservar la fé entre los pueblos tributarios de los musulmanes, y siempre espuestos á sus insultos. Así que, Urbano VIII, á instancias del P. Sicco, escribió á Felipe IV, rey de España, implorando su liberalidad en favor de aquellos conventos, á los que daba el nombre de baluartes del cristianismo.

En el año 1628 el capítulo general de los Dominicos se reunió en Tolosa, donde las relaciones enviadas por los superiores de Filipinas, acerca de los hechos ocurridos los años anteriores en el Japon, el pequeño reino de Solor, las islas Molucas y en algunos otros puntos de las Indias orientales, escitaron no menos vivamente el celo de los ministros apostólicos, de lo que habian logrado enardecerlo las relaciones comunicadas á los capítulos anteriores. Leyéronse con vivo placer en aquellas *Relaciones* los nombres, los inmensos trabajos y los gloriosos triunfos de un gran número de misioneros que en su mayor parte habian alcanzado ya la palma del martirio, y sobrellevado con resignacion por la gracia divina, todas las violencias y todos los tormentos. Así mismo se leyó con emocion profunda, que entre aquella multitud de isleños y otros gentiles que habian abandonado el culto de los ídolos para abrazar el Evangelio, habia habido muchos de entre ellos que se habian mostrado tan fervientes en la fé y tan constantes en los suplicios, como sus padres espirituales. Las mugeres, durante la persecucion, igualaron, y hasta sobrepujaron algunas veces en valor á los hombres; muchas fueron tambien las jóvenes y hasta los niños de la mas tierna edad, que sufrieron sin quejarse los tormentos y la muerte, antes que renunciar á Jesucristo y postrarse ante los falsos dioses. Hízose mencion de aquellos altos hechos de heroismo en las actas del capítulo general de Tolosa.

Nicolás Rodolfo, sucesor de Serafin Sicco, no desplegó menos solicitud por las misiones de los paises infieles; en el capítulo en que se procedió á su eleccion, celebrado en Roma el año 1629, mandó que todos los misioneros dominicos que estaban evangelizando las Indias orientales y occidentales, hiciesen uso del Catecismo romano para instruir á los neófitos. Sin entrar en los demás reglamentos adoptados para las misiones, solo dirémos que en el propio capítulo se destinó un fondo para atender á las necesidades mas apremiantes, que el sábio superior destinó en parte á la redencion de los cautivos; además, no trascurrió año alguno, sin que enviase apóstoles á Africa, América y Asia. Además de los españoles, acostumbrados hacia ya dos siglos á atravesar los mares, hubo tambien diferentes dominicos italianos y franceses que se consagraron generosamente á aquel apostolado; pudiéndose asegurar que no fueron sus trabajos menos difíciles y gloriosos de lo que lo habian sido los de los ilustres varones que les precedieron en su carrera, terminada por el martirio de los mas de ellos. Fontana ha consignado en sus *Monumentos* las relaciones exactas que fueron dirigidas anualmente, tan pronto á la congregacion de la Propaganda, como al maestro general y al Papa. Procurando Nicolás Rodolfo que tanto las misiones de Oriente como de Occidente, tuviesen siempre el número necesario de operarios evangélicos, logró que fuesen inmensas las conquistas hechas por la cruz en todos los puntos confiados á su ardiente celo. Tanto los superiores de las misiones establecidas en Filipinas y los reinos de Asia, como

los provinciales que residian en todos los puntos de Europa, debian comunicarle cada dos ó tres meses los adelantos hechos en sus respectivas provincias, debiendo además los últimos darle conocimiento del número de religiosos que habian partido ya, sin omitir los nombres de los que estaban dispuestos á hacerlo para ir á ejercer su santo ministerio allende los mares.

Las misiones de Levante, de las que querémos ocuparnos mas especialmente, contaban con Jacobo Goar, uno de los religiosos mas sábios y celosos de la familia de Santo Domingo. Nació Goar en Paris el año 1601; desde su infancia emprendió el estudio de la lengua griega, que le habia de procurar mas tarde la gloria de ser uno de los misioneros que con mas fruto trabajáran en la conversion de los cismáticos. Poco tiempo despues de haberse fundado el convento de San Honorato, época en que se habia emprendido con mas ardor la reforma, y en la que descollaron muchos sábios, entró Goar en el instituto de los frailes predicadores. Despues de haber terminado sus cursos de filosofía y teología, fué á enseñar una y otra ciencia en Toul, sin descuidar por esto la lengua griega, que habia de servirle de llave para abrir las puertas de Oriente á las doctrinas del catolicismo. En su decidido empeño, no paró Goar hasta conocer á fondo la doctrina de los orientales, sus ritos, sus ceremonias, su liturgia, y todo cuanto tenia relacion con su creencia, su moral, su disciplina y sus costumbres, ya fuese en la celebracion de los santos misterios, ya en la administracion de los demás sacramentos. Cuando en el año 1631 fué Nicolás Rodolfo á Paris, resolvió completar los conocimientos de Goar, por reconocer ya desde el primer dia en el jóven religioso, que solo contaba á la sazon treinta años, el talento y la virtud de que le dotára el cielo. Dióle en su virtud el título de misionero apóstolico, le nombró prior del convento de San Sebastian, en la isla de Scio, y se lo llevó á Roma, de donde no tardó en salir Goar para su destino. Su natural inclinacion por los griegos, el aprecio en que tenia á sus sábios y el conocimiento de su religion, bastaron á atraerle en breve su confianza y su amistad; así que, los mas hábiles de entre ellos, los sacerdotes y sus prelados, se complacieron en tratarle, recibirle en sus asambleas y en consultarle en todos los casos árduos, en los cuales seguian siempre su opinion. Los mas de entre ellos llegaron de tal modo á aprovecharse de sus lecciones, que en breve conocieron todos los dogmas de la iglesia latina, la conformidad en que estaba su doctrina con la de todos sus antiguos doctores, así como tambien lo frívolo de los pretestos que podian alegar los modernos para disculpar su separacion. En tanto no podian refutar los griegos sus raciocinios, cuanto que les atacaba Goar con sus propias armas; y, sobre todo, cuando á la ventaja de la lógica, va unida la facultad de cautivar á las personas que se quiere persuadir, es imposible dejar de obtener el objeto propuesto. Si la larga permanencia de ocho años que hizo el P. Goar en la isla de Scio, fué en gran manera útil á cierto número de griegos cismáticos que se reconciliaron con la iglesia romana, no lo fué menos al propio misionero, puesto que aprendió á fondo todo lo concerniente á las creencias y costumbres de la iglesia griega de nuestros dias, reuniendo además muchos conocimientos que utilizó despues en la mejor de sus obras. Al regresar á Roma á fines del año 1639, fué nombrado prior del convento de San Sixto, comunidad que habian empezado á reformar diferentes de sus antiguos amigos. En el retiro de su celda, le procuraron las bibliotecas de Roma nuevos datos para las obras que estaba meditando; pero nada le fué á la vez tan ventajoso y grato, como el trato frecuente que tuvo allí con los hombres mas eruditos y eminentes de su siglo. Su mérito le valió así mismo el aprecio de los cardenales Francisco y Antonio Barberini, sobrinos de Urbano VIII, que regia á la sazon los destinos del orbe cristiano; siendo empero mucho mas estrecha aun la amistad que le unió con el célebre Leon Alaz-

zi, conocido bajo el nombre de *Leo Allatio.*

Este sábio varon, nacido en la isla de Scio, de una familia de griegos cismáticos, y trasladado desde su infancia á Italia, habia empezado sus estudios en Calabria, perfeccionándolos luego en el colegio de los griegos de Roma. Colocado luego en el número de los profesores de aquella casa, dió grandes pruebas de su erudicion, de la pureza de su fé y de su celo ardiente por la conversion de sus compatriotas cismáticos; el deseo de reconciliarles con la iglesia romana, le hizo fundar diferentes colegios en la isla de Scio, á donde se dirigió él mismo pocos años despues. Cuando el P. Goar llegó por segunda vez á Roma, *Allatio*, que estaba tambien de regreso, gozaba de una justa y merecida reputacion en la capital del orbe católico. Las dos obras tituladas, la *Grecia ortodoxa* y la *Apología del concilio de Efeso*, le dieron mucha gloria, siendo empero el mas conocido y notable de sus escritos, su famoso tratado acerca del consentimiento perpétuo de la iglesia oriental y occidental. A fin de unir mas y mas á los griegos y latinos, intenta probar que ha sido siempre la misma fé la que ha regido á entrambas iglesias; demostrando que los griegos no solo están de acuerdo con los latinos en el dogma, si que tambien en los puntos mas esenciales de la disciplina, y que no han condenado menos que los mismos católicos, las innovaciones de los supuestos reformados. Pruébalo con el mal trato que acababa de recibir Cirilo Lucar, patriarca de Constantinopla, depuesto y anatematizado por sus cólegas, á causa de haberse unido con los calvinistas, y de haber querido introducir sus errores en la iglesia griega; así mismo cita en apoyo de su opinion *Leo Allatius*, todos los nombres de los ilustres prelados y otros grandes personages de aquella iglesia que han estado siempre unidos con la Santa Sede, sobre todo desde el concilio de Florencia y el pontificado de Eugenio IV. Demuestra tambien que las dos Iglesias, han cambiado en diferentes épocas muchas cosas en su antiguo rito; añadiendo, que únicamente la fé es inmutable, y que de ningun modo la diversidad de ceremonias debe causar la division. Además, contiene aquella obra una historia exacta de aquella iglesia griega, y da á conocer á los autores de la misma nacion que han escrito en pro ó en contra de la iglesia romana. Estaba Allatius escribiendo la obra que acabamos de analizar, cuando conoció al P. Goar, con el que la conformidad de sentimientos y de estudios le unió en breve estrechamente; comunicáronse ambos recíprocamente sus luces, de lo que reportaron uno y otro iguales ventajas. Allatius, era mucho mas profundo en la ciencia de los griegos, y mucho mas conocido por sus obras; pero las recientes investigaciones que Goar acababa de hacer en las iglesias de Scio, le sirvieron en gran manera para perfeccionar los escritos que no habia publicado aun. En su tratado sobre el *Consentimiento perpétuo de la iglesia oriental y occidental*, cita el testimonio del P. Goar, para probar que así entre los orientales, como en la iglesia romana, comulgan los fieles bajo una sola especie.

En el año 1642, regresó el P. Goar nuevamente á Paris, donde aceptó el cargo de maestro de novicios en el convento de San Honorato, teniendo al año siguiente que dirigirse otra vez á Roma, por reclamarlo así los intereses de la órden, si bien no tardó en volver á desempeñar su nuevo cargo. Como le dejase el profesorado algunas horas libres, resolvió publicar las obras que habia escrito anteriormente; siendo la primera que dió á la estampa en el año 1647 su *Eucólogo*, ó Ritual de los griegos, cuya obra comprende toda la liturgia sagrada de los orientales, todo lo perteneciente á las ceremonias y prácticas observadas por los antiguos y por los modernos griegos en sus solemnidades; esto es, en la celebracion de los divinos oficios, en la administracion de sacramentos, y ordenacion de los sacerdotes, consagraciones, bendiciones, funerales, rogativas públicas, etc. Luego esplica el autor, haciendo las observaciones mas sábias y acertadas, el orígen, la antigüedad

y el verdadero sentido de las santas ceremonias; y entre aquella diversidad de prácticas, modificadas algunas veces segun las épocas y las circunstancias locales, demuestra la fé constante de los pueblos con respecto á la verdad, unidad, perpetuidad y uniformidad del sacrificio, que es, y ha sido siempre el mismo, como en la iglesia cristiana. Tambien publicó el P. Goar diferentes traducciones de obras griegas, algunas de las cuales contenian una gran parte de la historia bizantina; dedicó una de ellas en el año 1648 al cardenal Mazarino, religioso de su órden, á la sazon arzobispo de Aix. Continuaba entregado incesantemente á sus tareas literarias, cuando fué nombrado vicario general de la congregacion de San Luis, cuyo nuevo destino aceptó como un sacrificio por privarle de sus estudios; pero como estaba ya su salud quebrantada, á causa de su trabajo nunca interrumpido, murió Goar el dia 23 de setiembre del año 1653.

Bajó al sepulcro tres años antes que Jacinto Subiani, celoso defensor de la fé en Oriente, y de cuya vida no podemos dejar de hacer mencion. Nació Subiani en la ciudad de Arezzo, en Toscana, el año 1593; y despues de haber tomado en su juventud el hábito de Santo Domingo, y de haber asombrado á la Italia con la elocuencia y santidad de su palabra, resolvió ir, con inminente peligro de su vida, á evangelizar las regiones de la infidelidad. Accediendo á los deseos de la congregacion de la Propaganda, le confirió Urbano VIII en el año 1640, el título de misionero apostólico de Oriente; en su virtud, recorrió las costas del archipiélago y otras diferentes regiones de Turquía, llamando á los cismáticos á la obediencia de la Iglesia romana, y predicando la ley de Jesucristo á los musulmanes. Inmensos fueron los triunfos que obtuvo en el apostolado; siendo no pocos los apóstatas que sacó del precipicio en que su desesperacion les lanzára, y los esclavos que alentó en la fé, ya que no le era dado romper sus cadenas Su constancia se vió á cada paso sujetada á las mas rudas pruebas; el hambre, la sed, el cansancio, la desnudez, probaron su paciencia; vióse rodeado de todos los peligros, pero todo fué inútil, nada bastó á entibiar el ardoroso celo de Subiani. En cumplimiento de los mandatos de la Santa Sede, despues de haber asistidc y alentado á los católicos que aun conservaban la pureza de su fé en varios puntos del Asia dominados por los infieles, regresó Subiani á Roma el año 1644, para dar cuenta á la congregacion de la Propaganda, del estado en que se hallaban en Oriente las iglesias cristianas; y en vista de sus recientes noticias, se adoptaron nuevas medidas para propagar el Evangelio en aquellas regiones. Así mismo se dispuso enviar nuevamente á Subiani al pais que acababa de recorrer, honrándole empero con un nuevo carácter que debia darle mas estensos poderes; nombróle, Urbano VIII, arzobispo de Edesa y coadjutor del arzobispo de Esmirna. Confióse además á Subiani la direccion de las iglesias metropolitanas de Efeso y Metelin, lo que probaba el triste estado en que se hallaban aquellas iglesias desamparadas, á las que nada quedaba de su esplendor pasado, puesto que no contaban á la sazon con otro apoyo que el de la caridad de algun esforzado ministro del Evangelio. Habiendo muerto Urbano VIII el dia 29 de julio del año 1644, sin haber declarado en un consistorio público el nombramiento del arzobispo de Edesa, ni hecho espedir las bulas, tuvieron que llenarse aquellas formalidades por su sucesor Inocencio X; luego partió el nuevo prelado para la isla de Scio, donde fué consagrado el dia 29 de setiembre por el dominico Pedro de Marchis, arzobispo de Esmirna, ante una gran multitud de cristianos y turcos. Las necesidades de la iglesia de Scio y las vivas instancias de aquellos isleños, detuvieron allí por algun tiempo á Subiani; mientras que entregado enteramente en la isla al ministerio apostólico, alentaba á los ortodoxos, confundia á los cismáticos é intentaba hacer brillar la fé á los ojos de los musulmanes, quiso la Providencia hacerle presenciar el martirio del P. Alejandro de Lugo, religioso de su órden, y uno de los compañeros de su apostolado.

Alejandro Baldrati, natural de Lugo, habia entrado á los diez y siete años en la órden de Predicadores, el dia 15 de enero del año 1612. Despues de haber estudiado en uno de los conventos de Nápoles, enseñó teología en el de Bolonia; era uno de los oradores que se dedicaba con mas fruto á la predicacion, cuando una grave enfermedad le interrumpió los triunfos que alcanzaba en su carrera evangélica. Dotado de un carácter vivísimo y de un celo sin igual, léjos de esperar á que el reposo y la eficacia de los remedios le curasen, se dirigió Alejandro á Venecia, desde donde salió luego en un buque que se hizo á la vela para Oriente, llegando á Scio antes que el arzobispo de Edesa, quien, á su llegada, lo asoció á su mision, despues de ver con asombro las conversiones obradas por el ministerio de aquel dominico. Pero como los enemigos de la iglesia no podian ver sin temor aquellos triunfos, procuraron impedirlos á toda costa, encargándose al efecto un apóstata, llamado Aga Cusaim, de hacer cundir la voz de que el P. Alejandro habia abrazado el islamismo; semejante calumnia, como era de esperar, desalentó á los débiles en la fé, por haber asegurado el apóstata ante el gobernador de la isla, que tenia pruebas incontestables para justificar su impostura. El gobernador, que era un musulman fanático, convencido de la realidad del hecho, hizo llamar al religioso, al que hizo grandes promesas, caso de que continuase mostrándose partidario de la ley de Mahoma. Poseido de una santa indignacion el discípulo de Jesucristo al oir semejante proposicion, no pudo menos de esclamar: «¡Yo, mahometano! qué impostura! Sabed que por la misericordia de Dios soy cristiano, y quiero vivir y morir como tal. Soy además sacerdote y predicador del Evangelio; así que, me vereis siempre dispuesto á dar mi vida y á derramar hasta la última gota de mi sangre, antes que renunciar á la fé de Jesucristo, Salvador de toda especie humana.» Como el gobernador le advirtiese estarle prohibido llamarse cristiano ni profesar el Evangelio, despues de haber reconocido la santidad del Alcoran, se inflamó de tal modo el celo del siervo de Dios, que manifestó en los términos mas enérgicos el horror que le inspiraban Mahoma y su secta. Entonces el gobernador y todos los que formaban la asamblea, esclamaron como el gran sacerdote de los judíos y su consejo: «Ese hombre merece la muerte por haber blasfemado.» El apóstata no tuvo ya que justificar la calumnia inventada contra el P. Alejandro, puesto que solo se trató de hacer retractar á este de lo que habia dicho en contra de la religion de los turcos, ó de hacerle morir en los tormentos. Pero como se hacia aquella proposicion á un hombre que ardia en deseos de morir por su fé, continuó el P. Alejandro predicando en voz alta la divinidad de Jesucristo y necesidad de creer para alcanzar la salvacion eterna. Al ver el gobernador tanta constancia, mandó que fuese conducido el P. Alejandro á la cárcel, y que fuese al dia siguiente presentado al cadí, ó juez de la ciudad, ante el cual le acusaron los turcos de haber blasfemado contra el gran profeta, y de haber hablado de su ley con el mas profundo desprecio. El divan reunido, repitió las exhortaciones, promesas y amenazas para triunfar del religioso; pero igualmente sordo á unas y otras el generoso confesor, dijo con la misma firmeza que el dia anterior, estar resuelto á sufrir todos los suplicios, antes que faltar en lo mas mínimo á su Dios. Mandóse entonces llamar al prior de los dominicos de Scio, al que recibió el cadí con furor, por haberse atrevido á admitir en su compañía á un traidor, y por haberle prohibido abrazar públicamente el islamismo. El P. Alejandro, sin dejar á su superior el tiempo necesario para contestar, dijo: que no habiendo tenido nunca la idea de hacerse musulman, eran sin fundamento los cargos que se hacian al superior por habérselo impedido; que solo se habia dirigido á aquella isla para predicar en ella el Evangelio, y que con el ausilio del cielo contaba dar á conocer al divan la constancia de que estaban dotados los ministros del Dios de los cristianos para defender las verdades que anuncian en su nom-

bre. Luego hizo el cadí llamar á Pedro de Marchis, arzobispo de Esmirna, al que preguntó cuál era su patria y su estado. «Soy natural de Florencia, contestó el prelado; soy cristiano, religioso de Santo Domingo, arzobispo y superior general de todos los dominicos que se encuentran en la isla de Scio.» — «Luego eres, replicó el cadí, el primero de los enemigos del Gran Señor, y mereces la muerte por haber predicado y hecho predicar tu religion en los dominios de Su Alteza.» El arzobispo presentó entonces el firman que le autorizaba, así como á todos los religiosos de su órden, para residir y predicar en los estados del sultan; en su virtud, tuvo que limitarse el cadí á preguntar al prelado, porque habia impedido que el P. Alejandro abrazase el islamismo. El generoso confesor, que hasta entonces habia guardado silencio, contestó lo mismo que habia dicho ya anteriormente, al dirigirse aquel infundado cargo á su superior. Justificados de este modo el superior y el arzobispo pudieron volverse al convento, prohibiéndoseles empero salir de él hasta nueva órden. De este modo quedó el P. Alejandro sin apoyo alguno, entregado al furor de los musulmanes, quienes, no omitieron promesa, amenaza ni tormento por triunfar de su heróica constancia, como si de su caida ó debilidad hubiesen dependido la gloria de los musulmanes y el honor de su falsa religion. Pero viendo que eran inútiles todas sus tentativas, el cadí despidió al confesor diciéndole que le señalaba aun tres dias para que se resolviese, ó bien á morir como un miserable criminal, ó á vivir respetado y feliz bajo la proteccion del profeta. He dicho ya, y repito nuevamente, contestó el religioso, que nada podrá hacerme renunciar á la fé de Jesucristo: la fidelidad que me ha concedido hasta aquí, y que espero me concederá su gracia divina hasta mi postrer suspiro, es la que puede únicamente asegurarme la dicha y la salvacion eterna. — ¡Pues qué! ¿crées que nosotros no podemos salvarnos observando nuestra ley? — Sí, contestó el religioso; no puede haber salvacion para los que no creen en Jesucristo.» Al ver el juez á los demás turcos estremecerse de ira, procuró aun aumentar su furor diciéndoles: «Vengad, pues, á nuestro profeta, y haced sentir á ese perro que blasfema contra nuestra ley, lo que pueden sus celosos defensores.» No tardó en ser esta órden cumplida; fueron tan terribles los azotes que recibió el generoso mártir, que es imposible les hubiese resistido, á no haber reservado el cielo otras pruebas aun mas crueles para aumentar la gloria de su martirio. Lleno de heridas y cubierto de sangre, fué conducido el P. Alejandro á su calabozo, desde cuya puerta se le empujó con violencia, haciéndole rodar las doce gradas que habia para descender á él, sin que exhalára el apóstol de Jesucristo ni una sola queja. En su ciego furor contra los dominicos, y particularmente contra los arzobispos de Esmirna y de Edesa, difundieron los turcos la voz de que iban á ser todos degollados; pero léjos de intimidarse ante el peligro que creian inevitable, no cesaron los dos prelados y los demás religiosos de predicar públicamente, y de pedir á Dios les diese la fuerza necesaria para continuar predicando su doctrina, cualesquiera que fuesen los tormentos y suplicios á que por ello estuviesen destinados. El arzobispo de Esmirna, además, sin imponerse en vista de la amenazadora actitud de los turcos, mandó hacer rogativas públicas, esponer el Santísimo Sacramento en las iglesias, y exhortar todos los cristianos á que pidiesen para el confesor la gracia de la perseverancia. El rigor con que era tratado el P. Alejandro, no permitió á ningun religioso penetrar hasta su calabozo; solo pudo lograrlo un carpintero católico, muy conocido entre los turcos por su habilidad en el oficio que ejercia, el cual le vió orando y bañado en su propia sangre; su carcelero, aunque infiel, declaró haberle visto siempre en oracion desde que estaba bajo su custodia, sin que se quejára nunca de nadie ni tomase alimento alguno. Luego añadió, que habiendo un judío en el mismo calabozo, que, compadecido de la triste situacion del misionero le dijo, que no

debia sufrir de aquel modo, cuando le era tan fácil librarse de todas sus penas profiriendo una sola palabra, á lo que contestó el religioso: «No creais, amigo, que sea el esceso de mis dolores ni el temor de los tormentos que me aguardan lo que me hace llorar; al contrario, todas estas penas me son tan agradables que quisiera fuesen aun mucho mayores las que me quedan aun por sufrir en defensa de la fé. Solo lloro mis pecados, y siento la obcecacion de los infieles, y particularmente la de los judíos: ¿queréis procurarme un gran consuelo? abrid hoy mismo los ojos á la luz del cristianismo; reconoced en la persona de Jesucristo al Mesías prometido á vuestros padres; y, si es preciso, morid por él conmigo. Si no pensais de este modo, dejadme, y no perdais el tiempo en procurarme inútiles consuelos.» Llegado el tercer dia señalado por el cadí para pronunciar la sentencia, procuraron los turcos dar á su tribunal un aspecto imponente, á fin de ver si lograban por este medio someter al misionero á su voluntad; antes de hacerle comparecer al tribunal le enviaron uno de sus jueces, hombre de reconocida elocuencia, para que le hiciese todas las promesas y ofrecimientos capaces de halagar la ambicion y la codicia; y por último, le pintó con los colores mas sombríos los tormentos y el suplicio á que iba á condenársele si continuaba perseverando en la fé, y en negarse á preferir el Alcoran al Evangelio. Vanos fueron empero, todos los esfuerzos del doctor musulman, por ser el P. Alejandro un hombre superior á todas las pasiones, un teólogo profundo que conocia todas las sólidas verdades de su religion, un confesor animoso y resuelto á sufrir con gusto todos los tormentos á que quisiese condenársele. Conducido el misionero por segunda vez ante el consejo, reveló su frente serena la paz de que disfrutaba su alma, á pesar de las fuertes cadenas que le sujetaban y de los insultos que le dirigian los verdugos encargados de su custodia. Preguntósele si continuaba siendo tenaz como antes, á lo que contestó, que continuaba siendo cristiano; entonces pronunció el cadí la sentencia que le condenaba á ser quemado vivo, y á sufrir palos de muerte en su cárcel hasta que estuviese dispuesta la hoguera. Despues de haber oido el P. Alejandro su sentencia con la mayor serenidad, se volvió hácia el juez y le dijo: «Gracias os doy por el beneficio que me dispensais hoy, puesto que al reducir mi cuerpo á cenizas, haréis volar mi alma al cielo para gozar en el de la gloria que la muerte de Jesucristo nos ha procurado.» Levantóse la hoguera en la plaza mayor de la ciudad de Scio, ante una numerosa multitud de turcos y cristianos, alentados unos por ver perecer al enemigo de su religion, y tristes, pero resignados los otros, por animarles la esperanza de que el triunfo del mártir de Jesucristo contribuiria á propagar el cristianismo. Los griegos, aunque cismáticos, participaban tambien de la misma esperanza que los cristianos; hubo uno de los primeros que al presentarse el P. Alejandro en la plaza, atravesó animoso la multitud y fué á arrojarse á los piés del mártir, pidiéndole se sirviese orar por él. «Ruego al Señor, le contestó el generoso apóstol, que os conceda todo cuanto deseais; si bien por alcanzar su misericordia, no debeis diferir el momento de reconciliaros con la verdadera iglesia.» En el momento en que iban á arrojársele al fuego, anuncióle un iman que aun podia salvársele, si consentia en levantar un dedo, en señal de que abrazaba la ley de Mahoma. «Detesto esa ley, repuso el misionero, y levantando tres dedos, dijo, con voz inteligible: *Sancta Trinitas, unus Deus.* Luego, subiendo á la hoguera continuó su profesion de fé, y repitió varias veces las siguientes palabras: *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus sancti.* Se asegura que Dios renovó en aquella ocasion el milagro obrado en favor de los tres israelitas arrojados en un horno encendido; puesto que las llamas respetaron al mártir, y mientras los cristianos levantaban los brazos al cielo bendiciendo las misericordias del Señor, furiosos los musulmanes, no cesaban de arrojar á la hoguera nuevos combusti-

bles. Al ver empero, la inutilidad de sus esfuerzos, resolvió un turco asestar un golpe en la cabeza del santo; otro le hundió su puñal en el pecho, y por último, arrojó un tercero á la hoguera un saco de pólvora, y el humo y el hierro hicieron lo que las llamas no habian podido hacer. Consumó el P. Alejandro su martirio el dia 10 de febrero del año 1645, en presencia de mas de cuarenta mil espectadores, segun lo afirma el arzobispo de Edesa. Todos los cristianos, añade el propio prelado, sintieron una santa alegría; siendo tambien muchos los griegos que se unieron á ellos para gritar: «¡Viva la fé romana, por la que se muere tan generosamente!» Si bien hubo algunos turcos que se entregaron á sérias reflexiones despues de lo que acababan de presenciar, los fanáticos musulmanes no se mostraron por ello menos endurecidos, retiraron el santo cuerpo de en medio de las brasas que no habian podido consumirle; y unos por saciar su furor, y otros su codicia, lo cortaron á pedazos, que vendieron los últimos despues como reliquias, y, en efecto, muchos fueron los cristianos griegos y latinos, que dieron sumas considerables por poseer un solo pedazo del cuerpo del mártir. Grandes fueron los milagros que obró en Scio y en Italia despues de su muerte el apóstol dominico, siendo invocado por los cristianos de aquella isla que regó con su preciosa sangre, en todas sus necesidades tanto espirituales como temporales.

Sin embargo, el triunfo de los cristianos solo contribuyó á aumentar mas el furor de los turcos; siendo desde entonces los dominicos mas y mas el blanco de sus iras; pues continuaron acusándoles de haber escitado al P. Alejandro á despreciar la ley de Mahoma, y de sostenerle en todas las pruebas hechas por el cadí para lograr su apostasía. Tambien el arzobispo de Edesa fué encerrado en una torre, donde estuvo por mucho tiempo privado de toda comunicacion, amenazándosele muchas veces con hacerle morir al fuego lento; al recobrar su libertad despues de un año de encierro, se trasladó á Esmirna, cuyo arzobispo titular estaba detenido tambien en Scio. En calidad de coadjutor, ejerció Subiani las funciones pastorales, atendió á las necesidades mas urgentes del clero; y dando luego las instrucciones necesarias al que nombró vicario general, se disponia á visitar las demás iglesias confiadas á su solicitud, cuando recibió del Papa el nombramiento de vicario apostólico de la iglesia patriarcal de Constantinopla, y la órden de trasladarse lo mas pronto posible á aquella ciudad imperial. Deseaba la Santa Sede con ardor que los patriarcas latinos, nombrados por el Papa para dirigir á los católicos establecidos en el patriarcado de Constantinopla, pudiesen residir en la capital del imperio; y á fin de solicitar la autorizacion competente, á la que se habian opuesto siempre los patriarcas griegos, se enviaba al arzobispo de Edesa á la corte del sultan. No se ocultaron al arzobispo las dificultades y peligros á que le esponia la mision confiada; pero acostumbrado á vencer todos los obstáculos con su sola confianza en Dios, solo pensó en dar cumplimiento á la órden recibida. A su llegada á Constantinopla, se presentó al embajador de Francia, que le acogió con toda la consideracion debida; pero léjos de prometerle intervenir en su favor cerca de la Puerta, le declaró que se veia su vida seriamente amenazada, y que procurase por lo mismo retirarse desde luego, por no permitirse á ningun obispo católico permanecer en Constantinopla. Léjos empero de imponer los temores del embajador en lo mas mínimo al celoso prelado, ejerció su ministerio públicamente, con gran asombro de los políticos, por haberse sabido grangear el afecto de muchos turcos en los primeros viages que hizo á Oriente. Por espacio de diez años, desempeñó públicamente, tan pronto en el arrabal de Pera, como en la misma Constantinopla, las funciones episcopales, instruyendo á los fieles, confiriendo órdenes, celebrando los santos misterios; mereciendo siempre el respeto de los católicos y de los musulmanes. Al esponer Subiani los dogmas de la fé católica y las reglas de la

moral cristiana, se abstenia de clamar contra los errores de los cismáticos, atacando tan solo abiertamente al islamismo. De este modo lograba el prudente arzobispo hacer ver á unos y otros lo que debian creer y practicar, con solo probarles la verdad y santidad de una religion opuesta á la que ellos profesaban. El patriarca de los griegos y los cismáticos mas ardientes, hubieran deseado guardase el arzobispo menos moderacion, á fin de tener un pretesto para oponerle obstáculos que le detuvieran en su camino; por fin, aquel patriarca, que gozaba de mas ó menos favor cerca de los ministros del sultan, segun eran mas ó menos crecidas las sumas de dinero que les ofrecia, se creyó en estado de poder obrar enérgicamente contra el arzobispo católico en el año 1655; así que, todo lo puso en juego para presentar al arzobispo de Edesa como enemigo de los intereses del sultan. Informado el siervo de Dios, de todos los ocultos manejos del patriarca que, derramaba el dinero á manos llenas para hacer triunfar sus intrigas, resolvió alejarse de Constantinopla, por creer que su presencia en aquella capital podia comprometer la seguridad de los fieles. En su virtud regresó á Roma el año 1655, cuando Alejandro VII acababa de ocupar el solio pontificio; como su avanzada edad no permitia ya á Subiani emprender nuevas misiones, consagró el resto de sus dias á la oracion y al retiro, primeramente en el convento de Santa Sabina, y luego en el de la Minerva, donde murió á 15 de octubre del año 1656. Fué enterrado en la iglesia de San Pablo, situada en el camino de Ostia. Segun Fontana, fué Subiani, de un carácter firme y emprendedor; se parecia mucho á Sixto V, no solo en la elevacion de carácter, si que hasta tambien en la fisonomía; solo quedaron de este prelado dos obras, una sobre el martirio del P. Alejandro, y otra acerca de sus misiones y viages á las provincias de Oriente.

No creemos separarnos de nuestro objeto, al unir á la historia de tantos mártires cristianos la de un príncipe de sangre otomana, que renunció á todos los goces de la vida para abrazar la cruz de Jesucristo. Príncipe, dice Turon (1), al que tal vez el mundo dará el nombre de desgraciado, por haber perdido ya en la infancia su libertad, y un gran imperio que debia regir por derecho de sucesion; pero al que la fé nos obliga á considerar como hombre verdaderamente feliz, puesto que fué llamado por el bautismo á gozar de la libertad de los hijos de Dios, y á participar de una gloria mucho mas esplendente y segura que la que puede dar á todos los monarcas de la tierra, todo el poder de sus cetros y coronas. El sultan Ibrahin habia prometido bajo juramento, considerar al primer hijo concedido á sus votos como un don del cielo, y que lo consagraria al profeta, haciéndolo conducir á la Meca junto con otros presentes dignos de un emperador. En el año 1642 tuvo Ibrahin dos príncipes que dieron á luz las sultanas Záfira y Elmina; el de la primera nació el dia 2 de enero, y recibió el nombre de Osman; el hijo de Elmina, nacido el 22 de marzo, fué el que reinó mas tarde bajo el nombre de Mahometo IV. Cuando trató Ibrahin de cumplir su voto, Záfira y Osman se embarcaron en Constantinopla para Alejandría; pero los caballeros de Malta se apoderaron de aquella rica presa el dia 28 de setiembre del año 1644, muriendo la sultana Záfira á 6 de enero del año siguiente en la ciudad de Malta. (Pl. CI, n.º 2.) Se mandó á Roma el informe verbal que contenia las declaraciones de los demás cautivos, los cuales acreditaban la cualidad del príncipe Osman, cuyo padre Ibrahin fué estrangulado en Constantinopla el año 1649, sucediéndole en el trono el jóven Mahometo. La conversion del ilustre prisionero habria sido mucho mas fácil, si luego de ocurrida la muerte de Záfira, no se hubiese permitido al jóven príncipe permanecer entre su servidumbre; pero en cambio, habria sido menos brillante y glorioso el triunfo de la gracia. Osman contaba ya trece años, cuando

(1) *Historia de los hombres ilustres de la Orden de Santo Domingo.*

fué su educacion confiada á los frailes Predicadores de Porto-Salvo, que residian en la ciudad de La Valette; entrando en el propio convento el dia 17 de noviembre del año 1654. A pesar de la docilidad de su carácter, como la servidumbre de la sultana habia inculcado á Osman las mas odiosas preocupaciones contra la religion cristiana, no podia hablársele de Jesucristo, ni en contra de las supersticiones musulmanas sin causársele un vivo dolor; bastaba una palabra contra el Alcoran, para afligirle hasta el punto de quitarle el apetito y el sueño. Así pues, el religioso encargado de obrar su conversion, vió por mucho tiempo perdido el fruto de sus afanes, de su solicitud y su paciencia; pero léjos de desalentar al religioso la obstinacion de su discípulo, continuó por el contrario dirigiéndole con creciente empeño sus santas amonestaciones, como si hubiese sabido de antemano que habia dispuesto el cielo convertir aquel obstinado mahometano en cristiano ardiente y celoso. Tan pronto como descendió la gracia del Señor al corazon de Osman, mostró ya este ser un hombre enteramente distinto; dócil en lo sucesivo á las instrucciones que se le daban, y reconocido al amor y caridad de los que querian salvar su alma, solo pensó ya en seguir sus consejos. Finalmente, persuadido de la verdad y santidad de nuestros misterios, pidió con fervor y humildad el bautismo, á fin de que pudiese ser admitido en el número de los cristianos; y trocando el nombre de Osman por el de Domingo, solo habló ya desde el dia de su regeneracion, de las misericordias del Señor, que habia dispuesto cayera su cuerpo en la esclavitud para que fuese su alma enteramente libre. Apenas hacia dos años que habia entrado en la grey cristiana, cuando manifestó vivos deseos de consagrarse enteramente á Dios por medio de la profesion religiosa, á los que accedieron gustosos sus directores, yendo siempre en aumento desde aquel dia el fervor del jóven postulante. El obispo de Malta, para escitar mas aun su piedad, le confirió el sacramento de la Confirmacion á 4 de agosto del año 1658; recibiendo el dia 20 de octubre del propio año el hábito de Santo Domingo. La modestia llena de gracia y magestad que guardó siempre el jóven Domingo, así como tambien la fé y el fervor que no se desmintieron nunca en él, le valieron la admiracion y el aprecio de toda la comunidad. Aunque de complexion delicada, y atacado de cuartanas en el año de su noviciado, no quiso faltar nunca á ninguna de sus obligaciones por mas que los superiores le relevasen de su cumplimiento, como si hubiese encontrado la fuerza de que necesitaba en su misma debilidad. Era verdaderamente admirable en el hijo de un sultan, cuya educacion primera habia sido tan contraria á las máximas del Evangelio, encontrar una piedad tan constante, un olvido tan completo de todas las grandezas terrenas, un amor tan decidido á la mortificacion cristiana, y finalmente aquella práctica contínua de todas las virtudes, que solo la secreta uncion del Espíritu-Santo puede procurar. Pronunció Domingo sus votos á 21 de octubre del año 1659, viéndose libre aquel mismo dia de las cuartanas que tanto le mortificaban desde que entró en el noviciado. Los caballeros de Malta se negaron constantemente á aceptar las crecidas sumas que ofrecia el sultan por el rescate del príncipe cautivo, mostrando con ello preferir la conquista de un alma á todas las riquezas; y para dar mayor prueba aun de su noble desprendimiento, tan pronto como vieron al hijo de Ibrahin consagrado enteramente á Jesucristo, renunciaron á todos los derechos que tenian sobre su persona, como esclavo suyo; deseando tan solo en lo sucesivo su perseverancia y su dicha. Habiendo resuelto despues el Papa que Domingo de Santo Tomás (modificacion que sufrió el nombre del jóven príncipe) prosiguiese sus estudios en Italia, fué conducido á Nápoles el año 1660, desde donde pasó despues á Roma; Alejandro VII, luego de su llegada, dió un breve especial declarándole hijo del convento de la Minerva; y el maestro general, quiso que en lo sucesi-

vo no dependiese Domingo mas que de él solo. Pero el modesto religioso, léjos de prevalecerse de aquel derecho, obedeció siempre puntualmente no solo á los superiores de los conventos en que se encontró, sino hasta al mismo religioso lego que se le destinó para servirle. En la esperanza de que no tardaria el rey de Francia en declarar la guerra á los turcos, y de que el cardenal Mazarino echaria mano del jóven príncipe para sembrar la discordia entre los infieles, el cardenal Antonio Barberin, protector de la órden de Predicadores, juzgó prudente llamar á Paris á Domingo de Santo Tomás. Durante el viage, recibió el siervo de Dios, los honores debidos al hijo del sultan, lo que le mortificó en gran manera, por ser su humildad sin límites; prosiguiendo empero su camino con otros dos dominicos, sorprendióle la noche en el paso de los Alpes, donde no halló otro abrigo que el de una pobre cabaña en la inmensidad del desierto. «Tiempo era ya, dijo el príncipe á sus compañeros al llegar á ella, que encontrásemos una morada digna, ó que estuviese en relacion con el estado de pobres religiosos: es mejor para nosotros esta cabaña que todo el esplendor de las córtes.» El rey Cristianísimo recibió á Domingo con todos los honores debidos á un príncipe de regia estirpe: los embajadores turcos se postraron á sus piés, y como llorasen amargamente al ver al hijo de su emperador vistiendo un tosco sayal, contestóles Domingo de Santo Tomás que mucho mas dolor le causaba á él contemplar su obcecacion; y que el hábito que creian tan despreciable, le preferia él en mucho á la púrpura de los reyes que no tenian la dicha de conocer á Jesucristo. Terminadas las diferencias que existian entre la Francia y la Puerta, recibió Domingo de Santo Tomás cartas de casi todos los patriarcas griegos y del hijo del príncipe de Valaquia, en las que le ofrecian el apoyo de diferentes naciones, caso de que intentase hacer valer sus derechos y empuñar las armas contra su hermano Mahometo IV. El embajador de Venecia, cuya república estaba en vísperas de verse arrebatar por el sultan la isla de Candia, instó vivamente á Domingo, para que aprovechase en bien de la cristiandad, la favorable disposicion de los pueblos. Si bien es cierto que en el estado en que la gracia le habia colocado, no tenia Domingo ningun deseo de reinar, no lo es menos el que no habia retrocedido ante ningun peligro para estender el imperio de Jesucristo y hacer brillar la luz de la fé en medio de las tinieblas de su reino. Animado pues de este cristiano celo, tuvo una entrevista con el dux y el senado de Venecia en el año 1667, en el que se acordó que se presentaria Domingo en la isla de Candia; bastando, en concepto del senado y del papa Clemente IX su sola presencia, para causar una sublevacion general. Dictáronse desde luego todas las disposiciones necesarias para llevar á cabo aquella arriesgada empresa, pero como fué la espedicion mal dirigida, no se alcanzó el triunfo deseado; dirigiéndose Domingo de Santo Tomás nuevamente á Italia, luego de haber abierto Candia sus puertas á los turcos. Altas razones de estado y de política, habian impedido hasta entonces á los superiores de Domingo, conferir las órdenes sagradas á un jóven á quien la Providencia destinaba tal vez á ocupar un trono; pero como todas aquellas razones dejaron de existir desde que los venecianos firmaron la paz con los turcos el 17 de setiembre del año 1669, se advirtió á Domingo que se dispusiera para recibir órdenes sagradas; lo que hizo por medio de la penitencia, el ayuno, la oracion y el retiro. Luego de haber recibido el sacerdocio, no se le vió mas que en el altar donde celebraba los santos misterios con un fervor angelical, ó bien haciendo algunos ejercicios de caridad; deseoso de la salvacion de las almas, se propuso establecer en Italia un convento en el cual serian recibidos todos los religiosos destinados á evangelizar á los mahometanos. Se dedicaba con el mas vivo afecto á instruir á los turcos catecúmenos que se encontraban en Roma; mas tarde pidió al maestro general que le permitiese dirigirse á Ar-

menia, para alentar á los cristianos en medio de la persecucion que sufrian, y atraer los infieles á la fé, aunque debiese esponer contínuamente su vida. Estaba ya á punto de ver cumplidos sus deseos, cuando el cardenal Altieri, protector entonces de la Órden de Santo Domingo, considerando su débil complexion y los inminentes peligros á que iba á verse espuesto, se opuso formalmente á que se le diese el permiso que solicitaba con tanto empeño. Sin embargo, por no privársele enteramente de ejercer su celo, se nombró á Domingo de Santo Tomás en el año 1675, doctor de la órden y vicario general de los conventos situados en la isla de Malta. Al poco tiempo de habérsele nombrado se declaró la peste en la isla, lo que le hizo volar mas pronto á ella, para socorrer al pueblo y á los religiosos, que empezaban á verse ya en los mas grandes apuros. Aquel acto de noble abnegacion debia costar la vida al hijo de Ibrahin, por haber dispuesto el cielo terminára su carrera en el mismo pais en que empezó á conocer á Jesucristo y á vivir en conformidad á su ley divina. Murió Domingo de Santo Tomás en Malta á 25 de octubre del año 1676, á la temprana edad de treinta y cinco años; las circunstancias que precedieron á su conversion, y las virtudes que practicó constantemente despues de haber abrazado el cristianismo, desmuestran que fué Domingo de Santo Tomás en un todo el elegido del Señor.

CAPÍTULO III.

Misiones de los jesuitas en Grecia.

Constantinopla, en cuya ciudad se albergaban mas de cien mil griegos, cuarenta mil armenios, un número casi igual de judíos, cerca de treinta mil esclavos de diferentes naciones, y un gran número de europeos de todas las religiones, contaba con muy pocos misioneros, cuando habria debido ser tan grande su número. La Compañía de Jesus, no tenia en ella mas que seis (1); pero su iglesia estaba siempre abierta y desempeñaban todas sus funciones con la misma libertad que en Francia. Sin embargo, habia una congregacion fundada bajo la invocacion de la Vírgen, cuyos cofrades desempeñaban el cargo de misioneros en las cárceles, en los hospitales y en las casas de los cristianos que evangelizaban con su ejemplo y sus palabras. La mas penosa y á la vez consoladora ocupacion de los jesuitas, era la mision que hacian dos de ellos en los presidios del sultan, nombre que daban los mahometanos á las cárceles en que encerraban á los esclavos comprados ó cogidos á los cristianos en tiempo de guerra. Las cárceles del Gran Señor contenian como unos tres mil de aquellos desgraciados, entre rusos, polacos, alemanes, franceses, etc.; nadie podia acercarse á aquellos inmensos depósitos, sin que se le oprimiera el corazon al oir el ruido de las cadenas que sujetaban á aquellos infelices, el de los golpes que recibian y los gritos que les arrancaba el dolor. Dábaseles por todo alimento pan y agua, y por lecho el duro suelo; iban medio desnudos; el aire corrompido que respiraban en aquellas fétidas mazmorras les acarreaba frecuentes enfermedades; siendo tratados, los que eran víctimas de ellas, con la misma crueldad que á los demás compañeros de infortunio, á quienes su robusta constitucion les obligaba á prolongar de algunos dias mas aquella agonía lenta y terrible. Los guardias no hablaban á aquellos desgraciados mas que con el palo en la mano y la injuria en la boca; castigábanles con tanto rigor la mas leve falta, que no pocas veces eran aquellos infelices presa de la mayor desesperacion. El único bien que les quedaba era la libertad de vivir y morir como cristianos; y haciéndoles conocer los misioneros todo el precio de aquel bien inestimable, lograron restablecer la paz cristiana en el fondo de aquellas lóbregas mazmorras.

A fines del año 1623, fueron los jesuitas

(1) «Estado de las misiones en Grecia, presentado á los ilustrísimos señores Arzobispos, Obispos, y á los deputados del clero de Francia, en el año 1695.»

enviados á Esmirna á instancia de Mr. de Cesy, embajador de Francia en Constantinopla. A los siete años de haber ejercido en aquella region un ministerio fecundo, sucedieron, por haber sido cambiado el cónsul, otros años de esterilidad y de zozobra, hasta que Jacobo, arzobispo griego de Esmirna, se dirigió el 20 de octubre del año 1632 á Luis XIII, pidiéndole hiciese ceder una casa á aquellos misioneros, y que se dignase mandarles algun socorro. Por su parte, Juan Xalepti, metropolitano de los armenios, escribió á Urbano VIII y á Luis XIII una carta concebida en estos términos: «Santísimo Padre, vos, que ocupais el lugar de Jesucristo en la tierra, y que estais sentado en la silla de San Pedro, príncipe de los apóstoles; y vos, rey de los reyes, césar de los césares, Luis, rey de Francia, que gobernais por la gracia de Dios, á vosotros nos dirigimos con las lágrimas en los ojos, ya que despues de Dios sois nuestra esperanza, y los únicos apoyos de los que adoramos la cruz. Nosotros, pobres sacerdotes armenios de Esmirna, todo el clero y todo el pueblo elevamos hasta vosotros la presente carta, pidiéndoos os digneis aliviar con vuestra liberalidad la miseria de los misioneros que nos enseñan el camino del cielo, y procurarles una casa en la que puedan habitar y esplicarnos los misterios sublimes de esa religion divina que profesamos todos. Son estos religiosos tan buenos, caritativos y humildes, que les invitamos á todas nuestras fiestas; ante ellos ofrecemos nuestro incienso, usamos nuestros ornamentos sacerdotales y celebramos todas nuestras ceremonias segun la costumbre armenia. Por su parte los francos, al celebrar sus fiestas, nos invitan tambien á ellas, nos acompañan á su iglesia, en la que celebran la santa misa, segun la costumbre de la iglesia romana; viviendo de este modo unos y otros en el mas perfecto acuerdo. Pero como los misioneros, por la malicia de sus enemigos y por el esceso de su pobreza, es probable se vean obligados á salir de esta ciudad, tememos con fundamento, el vernos privados de la amistad de que nos han dado tantas pruebas. Por esto nosotros, pobres pecadores armenios, os pedimos, Santísimo Padre, y vos, poderosísimo Rey, nos concedais la gracia que os pedimos por ellos con las mas vivas instancias. Desde las lejanas playas en que la Providencia nos ha colocado, continuarémos pidiendo con fervor á la Magestad Divina os ampare con su gracia, y que sea siempre el Señor con vosotros. Esmirna, año 1681 de los armenios, jueves, 5 de octubre.» A consecuencia de las dos cartas trascritas, recibió el embajador francés la instruccion siguiente de su soberano, la cual creemos deber continuar aquí, para manifestar el interés con que miraban los reyes cristianísimos la propagacion de la verdad católica: «El principal objeto del embajador del Rey cerca de la Puerta, debe ser el de proteger en nombre de Su Magestad, las diferentes misiones católicas, establecidas en varios puntos de Levante, así como tambien á todos los cristianos que van á visitar los Santos Lugares de Tierra Santa. Así pues, Su Magestad encarga á Mr. de Marcheville, su embajador en la Puerta, que procure sostener con empeño á los religiosos en la posesion de sus casas, en el completo goce de sus libertades y franquicias que les han sido concedidas en virtud de lo acordado entre el Rey y el Gran Señor; procurando, si es posible, el aumento de ellas, á fin de asegurar mas y mas á los referidos religiosos en sus establecimientos, y ponerles al abrigo de las persecuciones suscitadas contra ellos por los enemigos de nuestra religion. Pero como son los jesuitas, entre todos los religiosos, los que se han visto espuestos siempre á mas violencias y peligros, encargamos á Mr. de Marcheville que vele con preferencia sobre ellos, para impedir que se les turbe en el santo ejercicio de sus funciones, y evitar cualquier nuevo ataque que contra ellos sea dirigido. Si á pesar de su celo y vigilancia, llegasen á ser los jesuitas y los demás religiosos objeto de algun insulto, acudirá el embajador inmediatamente al sultan y á sus ministros, pidiendo se cumpla el tratado que asegura la libertad de los religiosos,

firmado por Su Alteza.» En cumplimiento de estas instrucciones, el embajador de Francia procuró á los siete jesuitas residentes en Esmirna, un establecimiento sólido y el libre ejercicio de su ministerio. Formóse luego una congregacion bajo el título de la Inmaculada Concepcion, que fué como un cuerpo ausiliar de los misioneros, cuyos miembros preparaban ó daban mayor impulso á los frutos de su apostolado. Cuando fué destruida la iglesia de los jesuitas, á consecuencia de un terremoto que arruinó en 10 de julio de 1688 las dos terceras partes de la ciudad de Esmirna, á pesar de la funesta política turca, logró la influencia francesa no solo la reconstruccion de la capilla que antes tenian los jesuitas, si que tambien levantar una vasta iglesia, que hizo construir á sus espensas la junta de comercio de Marsella, siendo la primera que llevó en Asia el glorioso nombre de San Luis. Así mismo fundaron los jesuitas en Esmirna un seminario, destinado no solo á iniciar á sus nuevos misioneros en la vida apostólica, si que tambien á procurarles el conocimiento de las lenguas y los dogmas de los orientales, y hasta á albergar además en su seno á los niños de las diferentes naciones de Levante, que estaban llamados á la dignidad eclesiástica, y que debian contribuir un dia á arrojar el cisma de su patria.

Uno de los primeros establecimientos que lograron fundar los jesuitas en las islas del Archipiélago, á los que llevaron sucesivamente la antorcha de la fé católica, fué el de la isla de Scio: llegó su nueva casa á sostener doce de ellos, naturales todos de la propia isla, que procuraron escelentes súbditos á la provincia de Sicilia. Su mision de Naxos, empezó el año 1627, á peticion del arzobispo de aquella ciudad, quien ofreció á los jesuitas la antigua capilla ducal, á la que se añadió despues una nave, que la convirtió en un hermoso y vasto templo. Coronello, primer cónsul de la nacion francesa, les cedió tambien su casa, inmediata á la capilla; tomando á la vez el P. Mateo Hardi posesion de una y otra; tambien llamó la propia familia Coronello algun tiempo despues á los capuchinos, cediéndoles un terreno conveniente para que pudiesen en él levantar su iglesia. En el año 1641, el arzobispo de Naxos envió los jesuitas á la isla de Paros, y obligó al P. Jacobo de Anjou á aceptar el título de vicario general; pasando además los misioneros de la propia órden anualmente á la isla de Santorin, hasta que al ver el obispo latino Andrés Sofiano el resultado de sus correrias apostólicas, quiso obtener en ella un establecimiento estable, á cuyo objeto se dirigió al superior general de las misiones de Grecia. Visto el buen deseo que animaba al virtuoso obispo, le envió el superior general al P. Fournier junto con otro religioso, á los cuales cedieron los habitantes de Scaro en 1642, una casa y la capilla ducal, á fin de que pudiesen ya desde el primer dia consagrarse al ejercicio de su ministerio. Sin embargo, despues de aquella digna acogida, sonó la hora de la persecucion para los jesuitas; con este motivo Mr. de La-Haye, embajador á la sazon en Constantinopla, habló en su favor á nombre de la Francia, y escribió además, á principios de febrero del año 1655, á los notables de Santarin, la carta siguiente: «Señores: Hé sabido que los RR. PP. Jesuitas que permanecen en vuestra isla, se ven perseguidos por algunas personas que les son poco afectas, sin que hayan dado los religiosos motivo alguno para obrar contra ellos de esta manera; así pues, me veo en el caso de escribiros la presente para advertiros que, siendo esos religiosos franceses, están bajo mi proteccion, y que por lo mismo me veré obligado á sostenerles y ampararles en todo, por habérmelo prevenido así el rey, mi augusto amo. Por esto, señores, os pido encarecidamente, que procureis defenderles contra la malicia de sus adversarios, y hacer que puedan permanecer en vuestra isla con toda seguridad, dedicándose como hasta aquí á la salvacion de las almas, único fin á que consagran todos sus esfuerzos. Obrando de este modo, señores, haréis una obra de caridad



que será sumamente grata á Su Magestad Cristianísima; y me obligaréis á mí á emplear siempre mi valía en vuestro provecho, á lo que desde ahora me ofrezco con el mayor gusto.» La contestacion de los notables fué conforme en un todo á los deseos del representante de Francia; dice así: «Monseñor: Nunca la lluvia benéfica que cae del cielo sobre nuestros agostados campos, ha sido por nosotros mejor recibida que vuestra amable carta. En ella V. E. nos manda proteger y conservar á los PP. jesuitas, y no permitir que sus enemigos los molesten ó aflijan; en verdad, no podia V. E. prevenirnos cosa que nos fuese mas grata, puesto que deseamos ardientemente ser en un todo útiles á esos buenos Padres, que son la luz de los ignorantes, la fuerza de los débiles, la salud de los enfermos, el consuelo de los afligidos, y la salvacion de todos nosotros, pobres pecadores, que sin ellos viviríamos aun en el embrutecimiento y la barbarie. Tres años ha que la Congregacion de *Propaganda Fide* queria quitarnos al R. P. Francisco Richard; pero reconociendo luego lo indispensable que nos era su apoyo, tanto para la salvacion de nuestras almas como por la de nuestros cuerpos, consintió aquella Congregacion en que continuára entre nosotros, con lo que cumplió el mas ardiente de todos nuestros deseos. ¿Quién, pues, se atreveria á hacer salir de aquí á los Padres Jesuitas, cuando son tan generalmente apreciados en toda la isla, no ofenden á nadie y viven con tan santa edificacion? ¿No sabemos además, que han obtenido por vuestra mediacion un firman y hasta varias recomendaciones del mismo emperador otomano? No lo dudeis, nadie se atreverá á molestar en lo mas mínimo á los jesuitas, tanto por las razones antes citadas, como por saber ahora que les protege eficazmente Su Magestad Cristianísima, cuyo inmenso poder, despues del amor profundo que les profesan la mayor parte de los habitantes de esta isla, será su mas segura salvaguardia.»

A estas misiones de los jesuitas franceses, deben unirse la que los jesuitas italianos cultivaron en la isla de Tina, perteneciente á los venecianos (1). Los brillantes resultados obtenidos por los hijos de San Ignacio, indujeron al obispo de Tina á pedir misioneros; siendo el P. Miguel Albertin, natural de la propia isla, el que le fué enviado junto con otro compañero en el año 1677, para que procurase aumentar en su patria los triunfos de la religion verdadera. La república de Venecia por su parte, procuró tambien mas tarde al piadoso obispo otros dos auxiliares, que unieron sus esfuerzos á los de Albertin y su amigo; despues de haber logrado aquellos cuatro ministros del Evangelio regenerar en gran parte la isla de Tina, suplicóles el obispo que recorriesen las de Termia, Zea, Miconi, Andro y Milo.

Es verdaderamente admirable el que fuesen los turcos los primeros que invitaron á la Compañía de Jesus á que fundára una colonia en Atenas (Pl. CII, n.º 1.) A su peticion el bajá escribió al embajador de Francia, y pidió á la Puerta que se permitiese á los jesuitas una casa en la ciudad de Atenas; tan pronto como se hubo alcanzado el permiso, fueron á instalarse en la casa que les habia sido destinada; pero la falta de operarios no permitió atender á la vez á tantas residencias diferentes, por lo que se vieron obligados á salir de Atenas, limitándose á hacer de vez en cuando en ella algunas misiones. De este modo evangelizaron tambien la isla de Negroponto, situada á dos jornadas de Atenas, y á cinco leguas de Tebas.

En una carta fechada á 4 de marzo de 1714 por el P. Tarillon, de la Compañía, espone este al conde de Pontchartrain el estado de las misiones de su órden en Grecia, é indica como principales residencias, las ciudades de Constantinopla, Esmirna y Tesalónica, en Tracia, Jonia y Macedonia, y las islas de Scio, Naxos y Santorin en el archipiélago.

Mision de Constantinopla. — Cita el P. Tarillon como superior eclesiástico de los católicos en aquella mision, al dominico Rai-

(1) «*Estado de las misiones de Grecia.*» «*Cartas edificantes.*»

mundo Galani, natural de Ragusa, arzobispo de Ancira, prelado de mucha virtud y saber. Hé ahí la descripcion que hace el mismo Tarillon de la casa que ocupaban los jesuitas: « Estamos, dice, casi en el centro de Galata, cerca del mar, y en el centro de la gran via que conduce al puerto. Nuestra iglesia es considerada como la mas hermosa y rara de Turquia; las columnas que sostienen su vestíbulo, y la balaustrada de la escalera que conduce á él, son de mármol blanco; las bovedas del templo y la cúpula estan cubiertas de plomo, de cuyo privilegio únicamente gozan las mezquitas. Adornan la nave diferentes sepulturas de embajadores de Francia, y la de la jóven princesa Tekeli; la de la princesa Ragotzki, su madre, casada en segundas nupcias con el príncipe Tekeli, está en una capilla separada. Murió aquella piadosa y esforzada princesa en Nicomedia, en la que los jesuitas mientras vivió, se creyeron en el deber de hacer por ella todo cuanto en otro tiempo habian hecho ya en Constantinopla. Con este motivo, empezaron en Nicomedia una pequeña mision, que quedó interrumpida por haber muerto la princesa, pues no quedaba ya entonces pretesto para continuarla, no pudiéndose repetir las visitas á la augusta princesa.... Se predica en griego, en turco, en italiano y en francés, por asistir sucesivamente á la iglesia personas que observan los ritos franco, griego y armenio. Los hombres y las mugeres ni siquiera pueden verse en la iglesia, por ocupar las últimas, insiguiendo la costumbre de Oriente, una tribuna separada, circuida de altas celosías.» Luego describe el mismo P. Tarillon el *baño* del Gran Señor en estos términos: « El baño, así llamado de la palabra italiana *bagno*, por tener los turcos un baño en aquel sitio, es un vasto local cerrado por altas y fuertes paredes, en el que hay una sola entrada cerrada por dos distintas puertas, habiendo en cada una de ellas una numerosa guardia. En el centro de aquel gran patio se elevan dos edificios, de forma casi cuadrada, pero de grandor desigual (son el grande y el pequeño baño).... En un ángulo de cada uno habia sido construida una doble capilla, parte de la cual era para los esclavos del rito franco, y la restante para los del rito griego ó moscovita; tenia cada capilla su altar y sus pobres ornamentos separados. Solo eran comunes sus hermosas y grandes campanas, hasta que se las quitaron los turcos cinco ó seis años atrás, por despertar segun decian, su sonido, á los ángeles que iban á dormir en el techo de una mezquita recientemente construida en las inmediaciones. Junto al pequeño baño se ha construido y adornado, con las limosnas de los fieles, una pequeña iglesia bajo la advocacion de San Antonio, en la que además de todos los ornamentos necesarios, hay algunas alhajas de bastante precio: es la iglesia de los empleados y de los enfermos. Todos los domingos y fiestas del año van dos jesuitas á uno y otro baño, en los que permanecen ya desde la víspera en medio de los esclavos, por mas que tenga cada religioso en la misma capilla un pequeño aposento separado. Cuando hay peste ó cualquiera otra enfermedad reinante, como es preciso socorrer á los que se vean atacados, y no hay aquí mas que cuatro ó cinco misioneros, no se puede enviar al baño mas que uno solo, el cual permanece allí todo el tiempo que dura la enfermedad. El que merece que se le nombre para el desempeño de aquel cargo espuesto y difícil, se dispone á su cumplimiento por medio de algunos dias de retiro, y luego se despide de todos sus hermanos, como si se hallase en el último trance de su vida; lo que no es estraño si se atiende á que las mas veces muere en el cumplimiento de aquel deber espuesto y penoso. El último jesuita que ha muerto en aquel ejercicio de sublime piedad, es el P. Vander Mans, flamenco, quien sucumbió al rigor de la enfermedad á los quince dias de asistir á los esclavos que se veian atacados; luego que se vió el religioso en algun peligro, lo comunicó al superior, pidiéndole la gracia de que le permitiese morir en medio de sus hermanos; por lo que se le condujo á una casita que hay

al estremo de nuestro jardin, donde murió contento y feliz por la gracia que acababa de dispensarle el cielo. Unicamente ha sido atacado, despues de Vander Mans, asistiendo á los esclavos, el P. Pedro Besnier, tan conocido por la dulzura de su carácter y por la superioridad de su talento, si bien no murió de aquella enfermedad. En el último período de su carrera, se consagró Besnier por segunda vez á la mision de Constantinopla, á la que habia prestado ya anteriormente tan importantes servicios, y en la que sucumbió del contagio que le atacó mientras estaba confesando á un enfermo. Otro de los jesuitas que hubiera debido tambien morir de la peste en esta mision á no haber sido la decidida proteccion del cielo, es sin duda el P. Jacobo Cachod. » Luego añade el P. Tarillon, que era aquel jesuita natural de Friburgo, en Suiza, y que habia desempeñado durante algunos años el cargo de misionero en Friburgo y Brisgau, antes de consagrarse á las misiones de Levante. Dábasele en Malta y en Constantinopla el nombre de padre de los esclavos. « Hace ocho ó diez años, dice el mismo Tarillon, que está casi incesantemente ocupado en las obras de caridad que ofrecen mas peligro, sea en el baño, sea en los buques ó en las galeras del Gran Señor. El año 1707, en el que fué víctima de la peste una tercera parte de la poblacion de Constantinopla, me escribió aquel Padre á Scio la carta siguiente: «Me hecho superior á todos los temores que causan generalmente las enfermedades contagiosas; puesto que, Dios mediante, no debo ya morir de esta enfermedad, despues de los peligros á que me he visto espuesto. Salgo del baño, en el que he administrado los últimos sacramentos y cerrado los ojos á ochenta y seis personas, las únicas que han muerto de quince dias á esta parte en aquellas horrendas mazmorras. Durante el dia no esperimentaba ningun temor; solo en las pocas horas que se me permitia descansar durante la noche, torturaban mi imaginacion espantosísimas ideas. El mayor peligro á que sin duda me he visto espuesto durante mi vida, ha sido en el fondo de una sultana (buque) que montaba ochenta y dos cañones, en la que los esclavos, de acuerdo con las guardias, me habian hecho entrar la víspera para confesarles durante la noche y celebrarles la misa al romper el dia. Entre los cincuenta y dos esclavos que confesé, hubo tres que murieron de la peste aquella misma noche: figuraos el aire que se respiraria en aquella estrecha cárcel que no tenia abertura alguna. Dios, que por su infinita bondad, me preservó de aquel inminente peligro, me librará sin duda aun de muchos otros. » Aquel jesuita, llamado el padre de los esclavos, lo era tambien de los armenios; solo en el año 1712, dice el P. Tarillon, convirtió á mas de cuatrocientos cismáticos, y confesó mas de tres mil personas; ascendiendo casi al mismo número de los primeros los que convirtió el año siguiente, ó sea en el año 1713. Tenia el P. Cachod cierto número de católicos celosos y prudentes, á los que destinaba á diferentes puntos con el encargo de que le presentáran todos los cismáticos que hubiesen empezado á catequizar, y que conociesen estar algo dispuestos á recibir la luz de la gracia. «Muchos son los sacerdotes ortodoxos dice, que han contribuido poderosamente á conservar la fé; siendo como los centinelas avanzados de su nacion, que han dado la voz de alarma al ver amenazadas las creencias de sus hermanos. Los armenios, por cuya salvacion se esmeró tanto el P. Cachod, dice el propio Tarillon, tienen un carácter mucho mas apacible que los griegos, y están mucho mas animados del deseo de conocer los misterios de nuestra religion sacrosanta. Para ellos las prácticas de piedad, forman por decirlo así, el objeto de todas sus delicias; despues de haber oido por espacio de dos ó tres horas la palabra divina con la mayor complacencia, se quejan de que haya sido tan corto el tiempo en que se les ha estado hablando de la sublimidad de los misterios cristianos que nunca se cansarian de oir. Muchas son las familias armenias cuyo fervor es en un todo digno de los primitivos

tiempos de la Iglesia. Cuando se trata de procurar algun consuelo, ó de compadecer siquiera, á alguna de aquellas familias ricas que se han arruinado en defensa de su fé, casi llegan á escandalizarse: «¿Pensais en ello? dicen á los amigos que intentan hacerlo; ya sabeis lo que dice Jesucristo: quien todo lo pierda por él, hasta su vida, todo lo encontrará en él.» Nada hay tan edificante como ver á aquellos buenos ancianos, rodeados de sus hijos y nietos, acercándose cada ocho dias á la sagrada mesa, siguiendo tras ellos sus esposas y sus hijas; al ver su modestia y su devocion profunda, no puede menos de regocijarse el alma cristiana. Aunque pudiésemos disponer de todas las horas del dia, y se las consagrásemos enteramente, no podríamos satisfacer la ávida piedad de aquel buen pueblo.» Véase cuan distinta es la pintura que hace el P. Tarillon de los griegos: «Conozco á un gran número de griegos en Constantinopla que están animados de buenos sentimientos; pero generalmente hablando, no debemos esperar de aquellos cismáticos grandes conversiones. La impresion que les causan los restos de su esplendor pasado, léjos de entristecerles y humillarles, les dá por el contrario cierto orgullo que les hace indóciles y hasta impertinentes. Diríase que toda aquella gran ciudad junto con el poder que encierra, no ha dejado aun de pertenecerles, al ver el orgullo con que tratan los griegos á los demás pueblos. Uno de sus mas claros talentos, hombre muy honrado y digno, me ha dicho varias veces que por poder ser el pueblo griego sólidamente convertido, deberia ser pobre y humilde: «Dios, añade, que nos conoce y quiere salvarnos, nos ha condenado á la desgracia hace mas de seis siglos; y á pesar de todo, no hemos podido olvidar aun el recuerdo de una pujanza que se desvaneció como el humo causando nuestra ruina.» Visitamos con frecuencia al patriarca griego que nos recibe con tierna solicitud, y nos colma de caricias; cuando versa la conversacion sobre materias religiosas, nos espone con franqueza sus ideas, así como nosotros le manifestamos las nuestras, sin faltarle nunca al respeto. Antes de dirigirme á Levante, me habia formado una escelente idea de aquel patriarca de la nueva Roma; la primera vez que fuí á visitarle, me quedé admirado al ver la sencillez en que vivia. Su cuarto era pobre y desmantelado; consistia toda su servidumbre en dos criados de miserable aspecto y dos otros humildes clérigos. En todas sus visitas iba siempre á pié, sin que le distinguiera su trage en lo mas mínimo de los demás religiosos griegos; solo se le conoce por acompañarle algunos prelados, vestidos tan sencillamente como él. Su única distincion consiste en precederle siempre de algunos pasos, un diácono ó sacerdote llevando una especie de muleta ó maza de madera adornada con figuras de márfil y nácar. Sin embargo, toma el título de patriarca universal, por lo que debe llamársele, no santísimo Padre, sino santísimo *Panosiotatos.* Cuando los griegos hablan de sus demás prelados, no dicen como nosotros el arzobispo ú obispo, sino el *Santo* de tal ciudad, como el *Santo de Heraclea*, el *Santo de Calcedonia*, etc. Las buenas relaciones en que procuramos estar con el patriarca y los demás prelados griegos, predispone mucho mas al pueblo á oir nuestra voz; contribuyendo asimismo á que los padres envien sin recelo sus hijos á nuestras escuelas.»

Misiones de Esmirna. — En aquel conjunto de misiones del archipiélago, segun las llama el P. Tarillon, no habia mas que cuatro jesuitas, dos de los cuales eran octogenarios; siendo su superior el P. Adriano Verseau, hombre dotado de una actividad poco comun. El P. Francisco Lestrigant que habia ejercido aquel cargo cuando ocurrió el terremoto de 10 de julio del año 1688, fué sacado medio muerto de entre las ruinas de la casa de los jesuitas, mientras estaba orando aun, rogó despues, á pesar de su avanzada edad, que se le permitiera hacer todos los años el sermon en el aniversario de aquella catástrofe, por no poder hacerlo nadie, decia, con mas conocimiento

de causa. No hay en Esmirna baño de esclavos; únicamente se destinaban cuatro galeras á aquella ciudad durante el invierno, cuyos jefes no querian por lo regular permitir que se administrasen los sacramentos á los esclavos cristianos. «Solo á costa de muchos sacrificios y por medio del poco dinero de que podian disponer, añade el P. Tarillon, lograban aquellos desgraciados poder frecuentar las iglesias, cargados de cadenas y sin que les perdiesen de vista sus guardias. En cambio, tenemos los buques franceses é italianos en el puerto, donde vamos á confesar é instruir á las tripulaciones que no pueden saltar en tierra, y á enseñar la doctrina á los grumetes que no han hecho aun su primera comunion, á pesar de tener aun en su mayor parte mas de quince años.»

Misiones de Tesalónica. — Cree el P. Tarillon que la Macedonia, esa hermosa parte de la Grecia, cuyo solo nombre despierta tantos recuerdos, no tardará en poseer una parte de aquel fervor cristiano, que San Pablo logró conservar con sus epístolas entre los tesalónicos. Como era Tesalónica en el año 1690 una de las ciudades mas populosas de la Turquía europea, la Compañía habia dispuesto enviar á ella una corta mision, que renovó despues de un modo mas estable, en el año 1706. El P. Juan Bautista Souciet (1), dice, que el P. Francisco Braconnier, fundador de la mision de Tesalónica, era hombre de un gran mérito, puesto que á una alma grande y generosa y á una irresistible inclinacion al bien, unia un valor á toda prueba. Como poseia el aleman, cuando fué á las misiones de la Grecia, prestó grandes beneficios á los esclavos de aquella nacion que habia á la sazon en Constantinopla: tales fueron los primeros actos ó ejercicios á que se dedicó el religioso. Nombrado Braconnier superior general de las misiones de Grecia, se atrajo la confianza y estimacion de todos cuantos estuvo obligado á tratar durante el desempeño de su cometido; uno de sus admiradores fué el famoso conde de Tekeli, cuya confianza se grangeó hasta el punto de hacerle abjurar el luteranismo. Sin embargo, en nada se mostró siempre tan solícito, como en procurar á los esclavos todos los consuelos que reclamaba su triste situacion, por mas que debiese esponerle su celo á morir de la enfermedad contagiosa que diezmaba á aquellos desgraciados.» Hé ahí como refiere el mismo Braconnier de que modo penetró en Tesalónica: «Animábame el deseo de recorrer la Galacia, la Capadocia y las provincias vecinas para consagrar mis cuidados á los armenios ó cismáticos, cuando un mercader europeo que desde Salónica se habia dirigido á Constantinopla, me aconsejó dirigirme á Macedonia. Díjome que la capital de esta última provincia y las islas vecinas ofrecerian mas vasto campo á mi celo, y que serian mucho mayores los frutos que podria mi mision dar en ellas. El mismo dia en que tuve aquella conversacion con el mercader cristiano, leí por casualidad las *Actas* de los apóstoles, llamándome muy particularmente la atencion el décimo sexto capítulo, donde consta que encontrándose San Pablo en el Asia menor, tuvo durante la noche un sueño milagroso, en el que un macedonio le hacia esta súplica: «Pensad en Macedonia, y socorrednos.» El efecto causado por esta lectura y la conversacion que tuve despues con el mercader, me parecieron un aviso del cielo, y no pensé ya mas que en seguir el camino que me habia trazado el apóstol. Nuestro embajador en la Puerta (el marqués de Feriol), tan celoso por los intereses de la religion como por el honor del rey y del nombre cristiano, favoreció mi empresa, y me procuró además cien piastras para hacer frente á las primeras necesidades del viage. Recibióme el cónsul de Francia bondadosamente á mi llegada; y juntos convenimos en que predicaria yo en su capilla todos los domingos, los miércoles y los viernes á los cristianos del rito latino, cualquiera que fuese la nacion á que perteneciesen. Inmensa era la multitud que asis-

(1) *Relacion del establecimiento* y *de los progresos de la mision de Tesalónica*, estraida de las Memorias del P. Braconnier, en las *Cartas edificantes*.

tia á aquellas funciones, á causa de no tener los armenios en Salónica iglesia ni sacerdote alguno; preparados ya de antemano durante la cuaresma, casi todos ellos confesaron y comulgaron devotamente al llegar la Pascua. Despues de haber conferenciado con algunos griegos acerca de la religion, pude convencerme de que no diferian mucho de nuestras creencias. Se me pidió encarecidamente que me quedase en aquella ciudad, ó que me decidiese al menos á permanecer un año en ella, diciéndome que mucha gente, y sobre todo, los armenios y los griegos, no comprendian el francés, por lo que necesitaban un misionero que poseyese sus diversas lenguas; así que resolví quedarme, por mas que fuese mi intencion recorrer otros puntos » Despues de haber hablado Braconnier de sus escursiones á las islas de Scopoli y Negroponto, y de las que hizo á los monasterios del monte Athos, cuyos monges cismáticos le parecieron tan buenos y sencillos como ignorantes, añade: « Recibí el breve del rey, por el cual Su Magestad se dignaba nombrar á los jesuitas capellanes de su cónsul en Salónica; lo que fué para mí un poderoso motivo para dirigirme nuevamente á la capital. A los dos dias de mi llegada se leyó aquel nombramiento en el consulado ante los principales negociantes de la ciudad, siendo recibido con general aplauso. Cuando en el mes de abril del año 1707 se me reunió el P. Mateo Piperi, convenimos con él en que se quedaria siempre uno de nosotros en Salónica, mientras continuaria recorriendo el otro los paises circunvecinos; consagramos todos nuestros esfuerzos á construir una capilla en la ciudad, lo que al fin logramos conseguir el año 1713, sin que los turcos ni los griegos cismáticos se opusiesen á la realizacion de nuestro proyecto; al contrario, la mayor parte de ellos se alegraban de que los Padres *Negros*, formasen un establecimiento sólido en aquella capital de la Macedonia. » El P. Souciet nos dice que el fundador de la mision Tesalónica, cayó gravemente enfermo al ser nombrado superior de las misiones de Persia; pero que triunfando de su misma naturaleza desfallecida, se embarcó para la capital del imperio otomano, halagado, decia, por la esperanza de morir en brazos de sus hermanos. Llegó medio muerto al castillo de los Dardanelos, en el que le administró el P. Recolet, limosnero del cónsul francés, los últimos sacramentos; despues de haber dispuesto sus funerales con una presencia de ánimo y una tranquilidad de alma admirables, espiró en la paz, la calma y la santa alegría que solo la religion puede procurar, á principios del año 1716. Fué Braconnier enterrado en el cementerio de los armenios (1). Una carta del P. Suciet, fechada á 20 de agosto del año 1734, refiere hechos gloriosos para la fé ocurridos en Macedonia. En la antigua ciudad de Berea, que los griegos llaman actualmente Veria, hubo un jóven francés, de diez y ocho años de edad, que tuvo la desgracia de renunciar á la religion cristiana; avergonzado de esta debilidad, confesó su crímen á un sacerdote griego, por no haber en Veria sacerdotes latinos, y recibió la comunion. Pero como no le pareciese el escándalo suficientemente reparado, indújole su fervor á clavarse en las piernas puntas agudísimas, á ponerse una corona de espinas en la cabeza, y á atarse por el cuello en una cruz; en cuyo estado se presentó al centro de la ciudad, desnudo hasta la cintura, azotándose con una cuerda y gritando: « Hé sido apóstata, pero ahora soy cristiano. » A fin de obligársele á apostatar por segunda vez fué reducido á prision; y á pesar de habérsele hecho todas las promesas,

(1) Despues de la muerte de aquel insigne varon cristiano que siguiendo las huellas de San Pablo, no omitió esfuerzo ni sacrificio para hacer brillar la luz de la fe en Macedonia, se pidió á la córte de Roma para mas honrar su memoria, que fuese erigida en curato la capilla que fundó en aquella provincia, objeto principal de su solicitud y de todos sus desvelos, durante los muchos años que la edificó con su ejemplo y su palabra. El arzobispo de Cartago, que conocia mejor que nadie lo acreedor que era el ilustre misionero á aquella gloria póstuma, hizo de su parte todo lo posible para que fuese aquella ereccion concedida; y la córte de Roma por su parte, deseosa de dar una prueba del interés que le inspiraba aquella mision, accedió gustosa á los deseos del ilustre prelado y de todo el pueblo en general. (Nota del Trad.)

y de recorrerse al ver su constancia á todas las amenazas, se mostró fiel á su fé hasta morir en el tormento. Otro hecho no menos glorioso ocurrió casi al mismo tiempo en la ciudad de Tesalónica: habia en ella un turco que concibió una violenta pasion por una jóven búlgara de quince años. Halagos, promesas, regalos, todo lo puso en juego para seducirla; pero todo fué igualmente inútil, por no querer la jóven de modo alguno corresponder á su amor. Al verse el turco desechado por la jóven inocente y pura, trocóse su amor en desesperacion y rabia, y juró vengarse cruelmente. En efecto, sobornó unos cuantos testigos, que declararon haberle dado la jóven en su presencia palabra de casamiento, y prometídole además que abrazaria la religion mahometana. Habiéndose procedido á su arresto, negó constantemente aquella doble promesa, pero no por ello dejó de ser conducida á la cárcel, en la que repitió sin cesar estas palabras: « Salvador mio, bien sabeis que sois vuestra; libradme, pues, del peligro que me amenaza, y llamadme á vos. » El cielo atendió á su súplica: á los dos dias de cautiverio dejó de existir. Como notasen los guardias un gran resplandor en su habitacion, entraron en ella, y hallaron á la jóven sin vida. Juan Bautista Souciet, que es el que nos ha trasmitido todos estos detalles, era el penúltimo de seis hermanos que abrazaron sucesivamente la regla de San Ignacio para consagrarse á Dios; al talento del hombre de letras útil á su patria, unia Souciet la virtud y todas las demás cualidades que hacen al hombre de celo útil á la religion. La gloria de Dios y la salvacion de las almas le condujeron á las misiones de Levante, donde no hubo obstáculo que no venciera, peligro que no despreciára, ni empresa á que no diera cima. Hé ahí un hecho que demuestra claramente la intrepidez de su carácter: habia dos esclavos, uno lituanio y otro italiano, que abjuraron la fé, y en los que el arrepentimiento siguió muy de cerca á su apostasía. Al ver los infieles que hacian penitencia pública para borrar su falta, juraron vengarse; en su virtud, fueron detenidos los dos esclavos y conducidos ante el juez, quien empleó para vencer su fé los azotes, el tormento y la amenaza del último suplicio. Los misioneros, que temian una nueva caida, resolvieron arrostrarlo todo para acudir en su ausilio; siendo el P. Souciet el que se ofreció á llegar hasta ellos, por mas que no se le ocultasen los peligros á que iba á esponerse. Animado, pues, del deseo de salvar á sus hermanos, aunque fuese esponiéndose él mismo á morir por la fé, penetró en la cárcel, habló á los dos confesores de Jesucristo, y despues de haberles procurado el sacramento de la penitencia, les animó tan vivamente con sus discursos, que derramaron generosamente su sangre por la religion que poco antes habian abjurado, y repararon la apostasía por medio del martirio. Tampoco descuidó el activo misionero la instruccion de las tripulaciones de los buques que se encontraban en el puerto; puesto que reunia á los marineros todos los domingos y fiestas en la casa de los jesuitas, é iba él los demás dias á visitarles en los buques, para esplicarles el catecismo y enseñarles todo lo demás que como cristianos tenian obligacion de saber. Durante estos penosos y cotidianos ejercicios, contrajo Souciet una fiebre violenta que le llevó al sepulcro el dia 23 de julio del año 1738.

Mision de Scio. — Los jesuitas, en número de ocho ó diez, poseian desde mucho tiempo en Scio una iglesia y un colegio, cuando aquella isla fué conquistada en el año 1694 por los venecianos que, no tardaron en dejarla otra vez á merced de los turcos. Como al acercarse la armada naval otomana se negasen los hijos de San Ignacio á alejarse, á pesar del ejemplo dado por los demás religiosos que residian en aquella isla, su iglesia y su casa fueron conservadas. El *seraskier* Misir Oglow alabó su constancia, y les destinó algunos soldados para que atendieran á su seguridad hasta que hubiese pasado el tumulto que causó la entrada en las filas turcas. Los griegos cismáticos en su despecho al ver la

conducta observada con los jesuitas, acusaron á los latinos de Scio de haber llamado á los venecianos, como lo demostraba, segun ellos, el haber secundado aquella empresa las galeras del Papa. Aquella acusacion indujo á los turcos á destruir las iglesias cristianas, ó á trasformarlas en mezquitas ó cederlas á los griegos; aquella injusta medida, alcanzó al fin hasta á los mismos jesuitas. « Los griegos cismáticos, dice el P. Tarillon, decididos á quitar todo recurso al rito latino que querian destruir, no pararon hasta lograr que fuese nuestra casa bruscamente saqueada. En un instante hundieron los turcos el techo de nuestra iglesia, sacaron á los padres con violencia de sus celdas, llegando á herir á algunos de ellos; cuando hubieron pasado á saco la iglesia y la casa, fueron ofrecidas en clase de regalo á un turco del pais, que no tardó en convertirlas en casas de alquiler. Al propio tiempo se dió una órden prohibiendo bajo severas penas profesar la religion romana, en las que incurriria cualquiera que practicase el menor ejercicio de piedad. Sin embargo, los jesuitas no pudieron resolverse á quitar aquella isla, por mas que se lo aconsejasen, por no abandonar á cuatro ó cinco mil católicos, de los que eran el único apoyo en aquellas críticas circunstancias; no pudiendo presentarse ya en público con el hábito religioso, tomaron otro trage, y empezaron á recorrer las casas de los latinos, para celebrar la misa, administrar los sacramentos é inducir á los fieles á sufrirlo todo antes que renunciar á la santa doctrina del Cordero inmaculado (1). Bastará un solo hecho, para demostrar lo resueltos que estaban los cristianos á sufrirlo todo antes que renunciar á sus creencias. A fin de desterrar para siempre el rito latino por medio del terror, procuraron lograr los cismáticos á fuerza de dinero, que fuesen condenados á muerte cuatro de los principales cristianos que habia en la isla, dos de los cuales pertenecian á la noble familia de los Justiniani. Aquellas cuatro ilustres víctimas, cuya sola falta, en concepto de los mismos infieles y cismáticos, consistia en profesar la religion cristiana, sufrieron con una resignacion sobrehumana el injusto suplicio á que fueron condenadas. Al dia siguiente de su muerte, sus esposas, no obstante la delicadeza y timidez de su sexo, se presentaron al *seraskier*, llevando de la mano á los tiernos hijos, y le dirigieron estas palabras: « Señor, ya que hicisteis morir ayer á nuestros esposos por ser católicos, haced otro tanto con nosotras y con estos inocentes que veis, ya que todos profesamos la misma religion, y que, como ellos, queremos conservarla hasta la muerte.» Enternecido el *seraskier* al ver semejante espectáculo, les regaló algunos pañuelos ricamente bordados de oro, y les dijo con voz conmovida: « No me imputeis la muerte de vuestros esposos; pues no soy yo el que les ha hecho morir; son aquellos, añadió luego, señalando con la mano á los primados griegos. » Con todo, siguió la persecucion contra los pobres latinos, hasta que Mr. de Castagneres, embajador de Francia en la Puerta, compadecido de la opresion en que gemian los fieles, y de los contínuos peligros á que estaban espuestos los misioneros para socorrerles, mandó al cónsul de Esmirna que enviase un vice-cónsul á Scio, asociándole al P. Martin, jesuita francés, en calidad de capellan. Solo se proponia el embajador al dar aquel paso, procurar á la religion un asilo seguro por medio de una capilla francesa, y hacer que los jesuitas pudiesen ejercer mas libremente su ministerio con el apoyo que les

(1) Terrible fué la persecucion que por espacio de un año enrojeció las calles de Scio con la sangre cristiana; pero si por una parte contrista el corazon el ver á un gran número de inocentes víctimas inmoladas en aras de su divinal doctrina, consuela por otra al alma católica el ver los triunfos continuados que alcanzaron en ella los inmortales hijos de la Iglesia. En vano los griegos cismáticos, en union con los infieles, intentaron entonces perseguirla; en vano los impios que siguieron despues su funesto camino, trataron de hacerla á su vez víctima de sus injustos ataques, en vano posteriormente, y hasta en nuestros dias, se ha pretendido y se pretende rodearla de nuevos dias de amargura: basada la Iglesia en un principio inmutable y eterno, continuará su marcha triunfante hasta la consumacion de los siglos, cualesquiera que sean los ataques que dirija la impiedad contra ella, por haberle dicho Aquel que no puede engañarse: Triunfarás, por mas que seas combatida. (N. del T

prestaria uno de sus hermanos que, no habia de temer la influencia y el poder de los griegos y los turcos, por estar agregado al cuerpo consular de Francia. Si bien contribuyó en gran parte aquella prudente medida á conservar la religion en Scio, no por esto cesó aun la persecucion que causára tantas víctimas. Incalculables son los trabajos, privaciones y disgustos que tuvieron que sufrir el P. Martin y los demás jesuitas, para atender solos á la direccion de tantos fieles durante aquella época de prueba tan larga y terrible. De los seis jesuitas que habia en la isla, sucumbieron dos, por no poder resistir tantas fatigas: fueron aquellas dos víctimas de su abnegacion, los PP. Ignacio Albertin y Francisco Ottaviani. Finalmente, á la tempestad sucedió la bonanza, y como todo fuese restableciéndose paulatinamente, empezaron á regresar todos los religiosos que se habian ausentado en los dias de la persecucion, á todos los que acogió el P. Martin con gozo en su capilla y en el otro templo católico. A fin de hacer menos sensibles los efectos de la destruccion del colegio, abrieron los PP. Antonio Grimaldi y Estanislao de Andria numerosas clases, á las que basta los griegos mas contrarios de los jesuitas enviaban sus hijos. Los beys de las cuatro galeras pertenecientes á la isla, miraron tambien á los jesuitas con mejores ojos, permitiéndoles en lo sucesivo administrar libremente los sacramentos á los esclavos que tenian bajo su dominio. Sorprendióme en gran manera, dice el P. Tarillon, el aviso que recibí cierta ocasion de parte de un bey, para que me dirigiera inmediatamente á su galera con el libro de que me servia para bendecir el agua, por haber visto sus esclavos algunos espíritus malignos que les quitaron el sueño durante la noche. Habia á la sazon en las galeras mas de mil doscientos esclavos, entre alemanes, españoles, italianos y franceses; habiéndose declarado la peste en las galeras en el momento en que debian salir para el Mar Negro en el año 1711, sucumbió el P. Ricardo Gorré en ellas ejerciendo el apostolado. Despues de pasar en ellas dias enteros, á fin de que pudiesen todos los esclavos cumplir con el precepto pascual, ya que tanto lo deseaban aquellas pobres almas que sin su generosa abnegacion habrian quedado enteramente abandonadas, sucumbió por último al rigor de la enfermedad reinante, que lo llevó al sepulcro en cuarenta y ocho horas. Todos los habitantes de Scio asistieron al entierro del P. Gorré, llorándole unos como padre, é invocándole otros como santo.

Mision de Naxos. — Observa el P. Tarillon que desde la toma de la isla de Rodas, (Pl. CII, n.º 2.) cuyo obispo era primado del mar Egeo, habia sido trasferida la primacia al arzobispo de Naxos, al que debieron los demás obispos considerar desde entonces como su metropolitano. « Vive en esta isla, dice el propio religioso, la principal nobleza del archipiélago, perteneciente en su mayor parte al rito latino; desciende aquella de las antiguas familias de Francia, España é Italia, que habian ido á establecerse en Grecia, con motivo de las conquistas hechas por nuestros príncipes occidentales. La iglesia catedral y el arzobispado están en el castillo; su clero capitular consiste en doce canónigos primitivos, á los cuales se han unido posteriormente algunos de nueva creacion; es aquel capítulo el mas antiguo de Turquía. » Asimismo supone aquel religioso, ser Naxos el centro de las misiones que hacian los jesuitas al recorrer todas las islas del archipiélago.

Mision de Santorin. — Despues de haber hablado de las persecuciones que el patriarca griego de Constantinopla ocasionó en el año 1704 á los latinos de Santorin, menta el P. Tarillon á dos misioneros de su Compañía que evangelizaron aquella isla: tales son, el P. Luis de Boissy, muerto el año 1705 en el ejercicio de su apostolado, del que los mismos griegos se disputaban sus hábitos que consideraban como reliquias, y el P. Jacobo Bourgnon, que utilizaba sus profundos conocimientos en la medicina para propagar la fé.

CAPÍTULO IV.

Misiones de los carmelitas y jesuitas en Siria y en Egipto.

Lo que vamos á referir sobre las misiones de Siria, probará que la proteccion del rey cristianísimo favoreció el establecimiento de todas las que tuvieron lugar en Levante.

El carmelita descalzo Próspero del Espíritu Santo, prior en un principio del convento de Ispahan, y luego llamado á Roma en el año 1624 para atender á los intereses de la mision de Grecia, fué encargado por la Congregacion de la Propaganda (1) de fundar en el año 1625 una residencia en Alepo, donde tuvo que vencer grandes obstáculos, opuestos por los turcos y hasta por los mismos cristianos, antes de ver realizado su proyecto. Unicamente su paciencia á toda prueba podia dar cima á aquella dificilísima empresa, no obstante de haberle secundado en ella, segun el P. Felipe de la Santísima Trinidad, el rey cristianísimo. El primer cuidado de Próspero fué escoger una casa en el khan, en el que vivian el cónsul de Francia y los principales mercaderes con numerosas guardias para atender á su seguridad; dedicó la iglesia á Nuestra Señora del Monte Carmelo; y aquella mision tan útil á los europeos que el comercio atraia á Alepo de las naciones de Francia y de Italia, fué un punto no menos grato que útil para los carmelitas de los conventos de Europa, que se dirigian contínuamente á Persia.

El P. Próspero del Espíritu Santo no tardó en conocer que los piadosos discípulos del profeta Elías, podrian tener el consuelo de ir á establecerse en la misma montaña del Carmelo. Así que, cuando le mandaron sus superiores en el año 1631, que realizára el mas vivo de todos sus deseos, se fué el P. Próspero á Genim, villorrio situado al pié de la montaña de Efraim en la campiña de Esdrelon, donde convino con el emir príncipe del Monte Carmelo en que mediante una retribucion anual de doscientos escudos, habitarian los carmelitas descalzos bajo su proteccion la santa montaña. Los franciscanos, que deseaban conservar solos la custodia de Tierra Santa, vieron con disgusto á los carmelitas descalzos apoderarse de una parte de ella; pero como intervino el Pontífice romano, no tardó en reinar la paz y la mas tierna union entre ambas órdenes. Algunos *derviches* que se habian establecido en la gruta de Elías, no contentos con suscitar sérias dificultades á los carmelitas, acudieron á Constantinopla; sin embargo, fueron rechazadas sus pretensiones, merced á la decidida proteccion que dispensó el emir á los carmelitas. « Aunque los religiosos de nuestra órden que habitan el Monte Carmelo, consideren la contemplacion como el ejercicio principal de su vida, dice el P. Felipe de la Santísima Trinidad, no desatienden por esto la salvacion de los demás hombres; puesto que procuran atraer á la fé de Jesucristo y ausiliar en todas sus necesidades á los habitantes del Carmelo, quienes, segun la tradicion, descienden de los primitivos cristianos que fueron á procurarse un retiro en aquella montaña que lograron santificar con sus piadosas obras. Su amor al prójimo, les obliga á dejar la apacible soledad del Carmelo (Plancha CIII, n.° 1), para ir en busca de los mercaderes franceses é italianos que ejercen su comercio en Tolemaida, llamada comunmente San Juan de Acre (Pl. CIII, n.° 2), los cuales, por falta de sacerdotes, no pueden asistir á los divinos oficios, y tienen gran necesidad de oir la palabra de Dios; por mas que diste el Carmelo tres leguas de la ciudad de Tolemaida, van los religiosos á pié diariamente á ella, solo por procurar á sus hermanos el dulce consuelo de la religion. »

Para conservar en su órden el ejercicio de las misiones, fundaron los carmelitas en Roma el seminario de San Pablo, dedicado al apóstol de los gentiles; siendo enviados á él dos religiosos de cada provincia, para aprender las lenguas estranjeras y acostumbrarse á la con-

(1) Luis de Santa Teresa. *Anales de los Carmelitas descalzos de Francia.*



troversia contra los infieles. El capítulo general convocado en Roma el año 1632, dió á 17 de mayo un decreto, en el que se prevenia estar aquella fundacion destinada á favorecer tambien el generoso proselitismo de los discípulos del profeta Elías. Habiendo entrado el cardenal Ginneti en la sala del capítulo el dia 22 de mayo, declaró en nombre de la Congregacion de la Propaganda, desear que abrazasen los carmelitas con ardor la carrera de las misiones; no tardando en convencerse del celo de que estaban los religiosos animados por la propagacion de la fé.

Las disposiciones que fueron en consecuencia dictadas, dieron orígen á la mision del Monte Líbano, de la que fué fundador en el año 1643 el P. Celestino de Santa Liduvina, uno de los religiosos que estaban evangelizando la ciudad de Alepo. Edificados los maronitas por las virtudes y la predicacion de los carmelitas, les cedieron una casa que poseian junto á los cedros (1).

Al ver la Propaganda cuan necesario era enviar misioneros á Siria lo mas prontamente posible para conservar la religion en aquel pais, en que el Hijo del Hombre la habia establecido, se dirigió á los discípulos de San Ignacio y á los del profeta Elías. En el año 1625, dice el jesuita Nacchi, superior de las misiones de la Compañía de Jesus en Siria y en Egipto, mandó Urbano VIII al P. Mucio Vittelleschi, general de la Compañía, que enviase á Siria algunos jesuitas de los mas celosos.

Mision de Nuestra Señora de Alepo. — En virtud de la órden recibida, llegaron aquel mismo año á la ciudad de Alepo los PP. Gaspar Manilier y Juan Stella, procedentes ambos de la provincia de Lion; obteniendo por desgracia, que fueran aquellos dos jesuitas espulsados de Alepo, un personage interesado en sostener el cisma. Puestos los dos misioneros á disposicion de un capitan inglés que debia conducirlos á Francia, consideraban ya poco menos que inútil su largo viage, cuando azotado por la tempestad el buque que les conducia tuvo que tocar en Malta, donde desembarcaron los dos religiosos, dirigiéndose hácia Constantinopla, donde el embajador francés les logró el permiso para residir en la ciudad de Alepo. Luis XIII, cuya proteccion acababan de implorar, previno á su cónsul que protegiera en un todo su establecimiento; y como el poderoso enemigo de los jesuitas instára al nuevo bajá que les espulsase otra vez de la ciudad, hizo llamar á los dos misioneros, y les dijo en presencia de sus acusadores: «Ya os conozco, por haber firmado yo mismo la órden que os autoriza para permanecer aquí y haberos visto en Constantinopla.» Luego volviéndose hácia los que pedian su espulsion, añadió: «Sois unos miserables impostores; sabed que castigaré con rigor al que moleste en lo mas mínimo á esos dos hombres, que por deber y por justicia estoy obligado á proteger.» El P. Estella, que habia sido enviado á Francia, al objeto de asegurar la subsistencia de los demás misioneros, murió en Aviñon; sucedióle en su apostolado el P. Gerónimo Queyrot, procedente de Esmirna, el cual, junto con el P. Manilier, ausilió á todos los enfermos durante la peste, granjeándose ambos jesuitas con su abnegacion el aprecio de sus antiguos adversarios. Los mercaderes franceses, que no sin fundamento temian perder á los dos sacerdotes de que tanto necesitaban, les obligaron al fin á retirarse con ellos á su khan; cuando hubo cesado el contagio, el metropolitano griego, que era tambien católico, les permitió enseñar en su casa el catecismo á los niños y celebrar conferencias para los eclesiásticos. El bien que obraban bajo la doble proteccion del bajá y del arzobispo, despertó nuevamente el ódio de los hereges, que no pararon, despues de haber sido cambiado el bajá, hasta hacer encarcelar á los PP. Gerónimo Queyrot y Amado Chezeaud, así como tambien á los hermanos coadjutores Fleuri Bechesnes y Raimundo Bourgeois; solo el P. Manilier, llamado á la sazon para ejercer las funciones de su ministerio, dejó de ser víctima de aquella injusta agresion. No tardaron

(1) Luis de Santa Teresa, *Anales de los Carmelitas descalzos de Francia.*

empero los jesuitas en recobrar su libertad, merced á la intervencion del cónsul de Francia y á la de los ricos mercaderes franceses y holandeses, con satisfaccion de todos los demás cónsules y de cuantas personas honradas habia en la ciudad. Entregados los jesuitas con mas ardor que nunca á sus misiones, abrieron una escuela para instruir á los niños, y organizaron tres congregaciones, la primera para los franceses, la segunda para los armenios y la última para los maronitas y los sirios. El esceso del trabajo abrevió al fin la existencia de aquellos primeros operarios cristianos, de los que fueron sucesores en diversas épocas, los PP. Juan Amieu, Guillermo Godet, Renato Clisson, Miguel Nau, Avril y José Besson que, habiendo nacido en Carpentrás (1), el año 1607, renunció al rectorado del colegio de Nimes para ir á consagrar el resto de sus dias á la mision de Siria. «Su vocacion, dice el P. Nacchi, y su obediencia, dignas de un profeso de nuestra compañía, le hicieron acudir siempre á la primera órden de su superior á cualquier punto que se le llamára, aunque fuese de uno á otro confin de la tierra, para atender á la salvacion de las almas.» Habiendo manifestado el provincial de Tolosa la necesidad que habia en Siria de obreros apostólicos, contestóle el P. Besson en estos términos: «Por mi parte, padre mio, estoy dispuesto á todo, hablad, y partiré desde luego.» Y como fuese aceptada su generosa proposicion, se dirigió inmediatamente á Siria. Un misionero, que tan bien comprendia el ejercicio de la caridad, no podia menos de producir un gran fruto en aquella mision lejana que exigia tanta abnegacion y celo, como así fué en efecto. Lo que habia de mas admirable en el P. Bresson, era la mortificacion contínua y terrible á que se entregaba en medio de su incesante trabajo; su cama se componia de dos tablas, y dos libros le servian de almohada; dormia muy poco, puesto que se acostaba tarde y se levantaba muy de mañana, á fin de pasar algunas horas en oracion. Su confesor aseguró haberle dispensado Dios insignes favores, entre otros, el de haber permitido le visitára con frecuencia su ángel custodio para darle saludables consejos; procurando siempre el humilde siervo ocultar á los hombres las gracias que recibia del cielo. No se limitó su celo á evangelizar la ciudad de Alepo, sino que procuró estender en lo posible el imperio de Jesucristo hasta los últimos confines de la mision de que formaba parte, sin que nunca le arredráran en lo mas mínimo los obstáculos y peligros á que se veia contínuamente espuesto. La conversion de los jacidias (kurdos) fué por algun tiempo el objeto principal de su celo; adoran los jacidias el sol y tributan un culto al demonio, como autor del mal. Habia resuelto ya el P. Besson llevar por sí mismo á aquellos pueblos el conocimiento del verdadero Dios, cuando habiendo sido nombrado superior de la mision tuvo que desistir de su empeño, y confiar á otros religiosos lo que él intentaba hacer por sí solo. Pero como no estaban aquellos pueblos dispuestos aun á recibir la luz de la gracia, tuvieron que retirarse los misioneros sin lograr su objeto, despues de haberse sacudido el polvo de sus sandalias. Nada deseaba tan ardientemente el generoso apóstol como consagrarse noche y dia al cuidado de los apestados, y morir, si posible era, al rigor del contagio en el ejercicio de su caridad, favor que al fin le dispensó el cielo. Habiendo afligido la peste á la ciudad de Alepo, se arrojó el misionero en medio del peligro, y despues de haber procurado una santa muerte á un gran número de personas que perecieron del contagio, murió á su vez de la peste el dia 17 de marzo del año 1691, dejando varios escritos notables, entre los que habia la *Siria* santa, obra de reconocido mérito. El P. Besson, y casi todos los demás misioneros de que hemos hecho ya mencion, terminaron santamente su carrera, por lo que fué preciso nombrarles otros sucesores que continuasen la obra por ellos empezada; siendo los PP. Deschamps y Gabriel de Clermont, de la provincia de Fran-

(1) Poblacion situada entre Avignon y Tarascon, en el mediodia de Francia. (Nota del Trad.)

cia, junto con el P. Sauvage y el P. Pagnon, los que merecieron aquella honra. En breve sonó la hora de la persecucion para esos nuevos hijos de Loyola: habiendo sido nombrado el P. Pagnon superior de Alepo, dispuso se hiciesen algunas reparaciones en la casa que les habia cedido el cónsul Lemaire, por lo que fué acusado de haber construido una capilla pública, y á pesar de la falsedad notoria de aquella acusacion, fué preso por órden del cadí y cargado de cadenas. Solo logró el religioso recobrar su libertad despues de haber sufrido todos los tormentos, merced á la mediacion del cónsul de Francia. Tambien el patriarca y el arzobispo de Alepo, fueron acusados de haber profesado públicamente la religion cristiana; por lo que se condenó al patriarca Ignacio Pedro á recibir ochenta azotes, y á ser luego encerrado en un oscuro calabozo junto con el arzobispo Dionisio Rezkallah, del que solo salieron para ser trasladados al castillo de Adané, donde fueron encerrados perpétuamente de órden del sultan. Fueron tantas la fatigas que sufrieron los dos ilustres presos durante el viage, que sucumbió el arzobispo al poco tiempo de haber llegado á su nueva cárcel. El patriarca murió á su vez despues de algunos meses, á consecuencia de las privaciones que sufrió durante su horroroso cautiverio. «Aquellos dos eminentes varones, dice Nacchi, á quienes la santidad de su vida valió la palma del martirio, son, en nuestro concepto, el mas firme apoyo de nuestra mision, y lo que nos ha inducido á creer que la union de los tres patriarcas de la iglesia griega de Alejandria, de Alepo y de Damasco á la iglesia romana, ha sido tambien efecto de su poderosa intercesion cerca de Dios.» Entre los misioneros de Alepo, no puede dejar de hacerse mencion del P. Bernardo Couder, de la provincia de Guyena; despues de haber dirigido á los novicios de aquella provincia, se dirigió Couder á Siria, á la edad de treinta y ocho años, valiéndole el celo que desplegó por espacio de treinta y cuatro, el glorioso nombre de apóstol de aquel pais. «Solo en Alepo, dice el P. Nacchi, convirtió á mas de nuevecientas familias, y á fin de que pudiese dirigirlas mas fácilmente, distribuyó la ciudad en siete barrios, uno de los cuales visitaba diariamente para atender al cuidado espiritual de sus habitantes. Llegó á ser tan grande su celo por la salvacion de las almas, que se le vió aguardar en el mismo sitio á un pecador por espacio de diez dias, solo para obligarle á cambiar de vida con la elocuencia de su palabra. La vida austera y penitente de aquel santo misionero, sus grandes trabajos y su avanzada edad, le causaron en sus últimos dias contínuas enfermedades que soportó siempre Couder con una paciencia y una resignacion heróicas. Al ver que se acercaba su última hora, hizo un supremo esfuerzo para visitar por última vez á sus discípulos queridos, procurarles sus saludables consejos y encargarles que no le olvidasen en sus oraciones; á su regreso, pidió que se le administrasen los últimos sacramentos, que recibió con una piedad angelical, y se durmió al fin sonriendo en el seno de Dios. A la muerte del P. Couder, siguió la de otros diferentes misioneros de la Compañia y de las demás órdenes religiosas; todos los cuales sucumbieron cuidando á los apestados en el año 1719.» El P. Ivo de Lerna, superior de la mision de Alepo, vió morir en sus brazos al P. Arnoudie, al hermano coadjutor Juan Martha, y al P. Manuel, carmelita descalzo, que durante cuatro meses habia procurado contínuos consuelos á los apestados. «Muchas veces me he visto obligado, escribia el P. Manuel á 7 de marzo del año 1720, á tener que echarme en medio de dos apestados para confesarles uno despues de otro, teniendo el oido junto á sus lábios á fin de oir su voz moribunda. Despues de haber procurado á sus almas todos los ausilios necesarios, han llevado algunos de nuestros misioneros su caridad hasta el punto de lavar sus cuerpos y vestidos cubiertos de horrible infeccion, y de besar sus manos y sus piés.» Terminarémos la reseña de la mision de Alepo, haciendo una observacion importante; á saber: Mr. Picquet, cónsul de Francia, habia cedi-

do su capilla á los jesuitas en calidad de capellanes, título que, al colocarles bajo la proteccion del rey de Francia, les permitia ejercer libremente su ministerio. El caballero de Arvieux, cónsul á su vez, obtuvo que los religiosos, á quienes solo el interés y el aprecio de los agentes consulares habia puesto en posesion de sus capillas, fuesen confirmados en su posesion por la real órden siguiente: «Hoy, 7 de junio del año 1679, encontrándose el rey en San German de Laye, y queriendo recompensar el celo de los PP. jesuitas franceses que se consagran á las misiones de Levante, por las ventajas que procuran á los súbditos franceses que residen y frecuentan aquellos puertos de escala, les nombra Su Magestad capellanes de la iglesia consular de Alepo, en Siria. Por tanto, quiere que sean los jesuitas reconocidos como tales en lo sucesivo, por todos los mercaderes que se encuentren en aquel pais; que se les confie la administracion de la referida iglesia ó capilla consular, y que hagan en ella todos los ejercicios que les prescribe su institucion. Y Su Magestad, en prueba de su deseo, me ha mandado estender el presente decreto, que ha querido firmar de su mano, y hacer refrendar por mí, su consejero secretario de Estado y de Hacienda. Firmado. = Luis. = Colbert. » Como aquel título de capellanes multiplicaba las ocupaciones de los misioneros, fué preciso aumentar tambien su número, á fin de que pudiesen unos dedicarse esclusivamente á las obras de piedad en la capilla consular y en las congregaciones, mientras iban los otros en busca de las ovejas descarriadas que habia en la ciudad y en sus alrededores.

Mision de San Pablo de Damasco. — Despues de la ruina de Antioquía (Pl. CIV, n.º 1) fué la silla patriarcal trasladada á la ciudad de Damasco (Pl. CIV, n.º 2). El arzobispo griego Eutimio, natural de Scio, llamado á ocupar aquella sede, fué causa de que se establecieran los jesuitas en aquella ciudad patriarcal, por haberse llevado consigo al P. Gerónimo Queyrot en el año 1643, á fin de que le ayudára con sus consejos, de que se encargase de la instruccion de su sobrino, destinado á la carrera eclesiástica, y para evangelizar á Damasco. Enteramente versado en las lenguas orientales y en el estudio de los padres griegos, cuya autoridad es mas decisiva entre los cismáticos de aquella nacion, que todas las razones mas sólidas é incontestables, debia Queyrot ser de suma utilidad al patriarca. Tenia además el religioso en su Compañía al hermano coadjutor Guillermo Volrad Bengen, que estaba dotado de un talento sin igual para el estudio de las lenguas, como lo indicaba el poseer ya admirablemente el árabe, el griego, el italiano, el aleman, el francés y el flamenco. Así que, mientras Queyrot se entregaba á sus controversias particulares ó públicas y á las demás funciones de su ministerio, el hermano enseñaba el catecismo á los niños. En su sed insaciable de oro, exigieron los turcos injustamente al patriarca griego y á los de su nacion, la suma de siete mil escudos, lo que obligó á Eutimio á abandonar su silla, yéndose con él su protegido Queyrot, al que no obstante volvió á llamarse luego, por haberse notado la gran falta que hacia su presencia en Damasco. A causa de la guerra suscitada algun tiempo despues entre los turcos y los venecianos, mandó la Puerta espulsar de Damasco á todos los venecianos y latinos, tanto mercaderes como religiosos; sin embargo, ningun turco pensó en hacer salir de la ciudad al hombre que era objeto de la veneracion pública, y continuó ejerciendo el P. Queyrot con toda libertad sus ejercicios cotidianos. El cristiano Miguel Condoleo, gefe de la artillería del sultan, que amaba tiernamente al jesuita, su director espiritual, quiso, á fin de asegurar mas su permanencia en la ciudad, hacerle adquirir una casa situada en un barrio libre, que fué la cuna de la mision de los jesuitas. Como llegó Queyrot á Damasco la víspera del dia del apóstol S. Pablo, pensó dar su nombre á la mision naciente á que iba á dar comienzo, y en la que no tardó en reunírsele el P. Cárlos Malval que, proce-



dente de las misiones de Grecia iba á secundarle en su empresa, por mas que debiesen en breve sus fatigas conducirle al sepulcro. A su vez Queyrot, despues de haber ejercido el ministerio apostólico por espacio de treinta y ocho años, dejó en Damasco un nombre imperecedero; los griegos lloraron su muerte como la de un padre querido; el mismo Miguel Condoleo quiso llevar el ataud del varon cristiano, del confesor, del amigo; y todo el clero de la iglesia parroquial asistió á sus funerales. Sucediéronle en la mision de que habia sido fundador, los PP. Parvilliers, Richelius, Resteau, Clisson y Nau; siendo estos dos últimos autores de varias obras contra los errores de los sirios. Clisson, que por espacio de treinta y cinco años se dedicó á las misiones de Siria, terminó gloriosamente su vida en el servicio de los apestados. Miguel Nau, nació el año 1631 en Paris, y á pesar de ser de ilustre cuna, fué destinado ya desde su juventud á las misiones, en las que trabajó sin cesar por espacio de diez y ocho años. «Habia recibido del cielo todas las cualidades de gran misionero, dice el P. Nacchi; puesto que, estaba dotado de un espíritu recto y sólido, de un corazon caritativo y tierno, de una gran inclinacion al trabajo, de una resolucion firme en la prosecucion de sus empresas y de una escrupulosidad sin límites en el cumplimiento de todos sus deberes. Su celo por establecer las misiones en los puntos en que las creia necesarias para la salvacion de las almas, fué causa de que sufriera en Meredin todos los horrores de un encierro que le hicieron perder la salud y que abreviaron considerablemente su vida. Murió el dia 8 de marzo del año 1683 en Paris, donde le llamaban los intereses de su mision; manifestando en sus últimos momentos el dolor que le causaba no poder morir en Siria, entregado á los deberes del apostolado que Dios le confiára; sin embargo, luego se conformó gustoso á los decretos de la Providencia que lo habia dispuesto de otro modo. Entre las varias obras que dejó el P. Nau, figuran *Un nuevo viage á Tierra Santa*, el *Verdadero retrato de las iglesias romana y griega* y el *Estado actual de la religion mahometana.* Entre los misioneros que prestaron mayores servicios en Damasco, cita luego Nacchi á los PP. José y Jacobo-José de la Thuillerie, Pedro de Maucolot y Pedro Blein, de cuyo último religioso refiere hechos de la caridad mas acendrada.

Mision de San Juan, en Trípoli. — Despues de haber evangelizado el P. Juan Amieu las ciudades de Alepo y Damasco, se dirigió en peregrinacion á Jerusalen, y al pasar á su regreso por Trípoli (Pl. CV, n.° 1), el dia 6 de mayo del año 1645, supo que habia en aquella ciudad y en sus alrededores un gran número de cristianos, maronitas, griegos y sirios, que carecian de la instruccion necesaria. Al ver Amieu lo muy útil que podia ser á sus hermanos, resolvió quedarse; pero habiendo declarado los turcos la guerra á los venecianos, mandó prender el sultan á todos los venecianos y francos que se encontraban en Trípoli. Como estaba el P. Amieu en la ciudad hacia ya dos dias, fué reducido á prision y encerrado en un calabozo con otros veinte y cinco franceses, en el que tomó orígen la nueva mision, por medio de las instrucciones que dió el apóstol durante veinte y dos dias á sus compañeros de cautiverio. Cuando recobraron los presos su libertad, les exhortó el misionero á que no olvidasen nunca las promesas que habian hecho á Dios, y despues de abrazarles tiernamente á todos, se fué á visitar á los católicos de la ciudad para procurarles los consejos de que tanto necesitaban. Habiendo llegado á Trípoli el dia en que la Iglesia celebra la fiesta del discípulo muy amado, puso la casa que le habian cedido los católicos bajo la proteccion de San Juan. Por muchas que fuesen sus ocupaciones, nunca dejó el misionero de recorrer los pueblos situados en las llanuras de Zaovia, Patron y Gebail, hácia la parte de Beirut, por necesitar las cabañas mucho mas que los palacios de la ciudad, los consuelos de la religion cristiana. Despues de haber empleado de este modo una gran parte del

dia, veíase obligado á regresar precipitadamente á Trípoli para dirigir la palabra divina á los fieles; empleando las restantes horas que le quedaban en asistir los enfermos. Una vida tan laboriosa no podia menos de minar su existencia; así es que, murió el P. Amieu mientras estaba haciendo una mision en Beirut, habiendo vaticinado ya antes su muerte á un amigo que enfermó con él; dijo además á su amigo, que no le diese su enfermedad ningun cuidado porque no habia llegado aun su última hora, y que hiciera un santo uso de la salud quo le seria restituida. Todo sucedió del mismo modo que habia predicho el P. Amieu: su amigo recobró la salud, y él, despues de treinta y cinco años de haber ejercido una vida de ferviente misionero, fué á recoger en el cielo la recompensa que Dios reserva á los justos. Murió en Beirut (Pl. CV, n.º 2), siendo enterrado en la puerta de la iglesia de los maronitas, dedicada á San Jorge, en la que tantas veces se habia hecho oir la voz del predicador del Evangelio. Todos los pueblos circunvecinos acudieron presurosos á prestar su último homenage al varon santo, al padre cariñoso, y al amigo verdadero que habia sacrificado generosamente su vida para enseñarles y hacerles perseverar en la fé. La pérdida de aquel digno misionero, la guerra que los griegos cismáticos hicieron á los turcos y á los cristianos, de los que son igualmente enemigos, y, sobre todo, la muerte de otros varios misioneros que cuidaban á los apestados, fueron otras tantas causas que contribuyeron á que quedase interrumpida la mision que bajo tan buenos auspicios habia empezado el P. Amieu en Beirut. Solo despues de haber cesado la guerra, pudieron enviarse á aquella ciudad nuevos misioneros que continuasen la obra regeneradora de Amieu; siendo los PP. Pillon, Bazire y Verseau los que siguieron el camino trazado por su generoso predecesor. El P. Nicolás Bazire, es el que despues de Amieu, merece ser llamado fundador de la mision de Trípoli, por haber pasado en ella diez y ocho años, durante los cuales su virtud, su prudencia y su caridad le valieron la confianza y la veneracion de todos los cristianos; hasta los mismos turcos le apreciaban y hacian de él los mayores elogios. Sus profundos conocimientos en medicina, contribuyeron en gran parte á que le amasen los infieles casi tanto como los cristianos; no habia nunca un enfermo sin que fuese el P. Nicolás inmediatamente llamado. Increible es el número de niños que bautizó, abriéndoles las puertas del reino de los cielos, que sin su solicitud, les habrian estado quizás para siempre cerradas. Era el P. Nicolás tan severo y amante de la mortificacion para sí mismo, como indulgente y compasivo para los demás; nunca brillaron tanto su caridad, su benevolencia y su profunda humildad, como despues de haberle puesto la Providencia al frente de la mision de Trípoli. La mayor parte de los superiores generales de los apóstoles de la Compañía de Jesus en Siria, permanecian regularmente en Trípoli, por poder allí recibir con mas facilidad noticias de las otras misiones, y trasmitir al propio tiempo sus órdenes. El P. Nacchi dice acerca del P. Bazire: «Todos los misioneros le honraban y querian como un padre; todos deseaban que su mando durase el mayor tiempo posible; pero las fatigas de su vida laboriosa habian debilitado sus fuerzas, y murió mientras estaba visitando á Saida. El P. Juan Barse, que sucedió á Nicolás Bazire en el cargo de superior general de nuestras misiones en Siria, abrió aquí hace algunos años una escuela parecida á la que tenemos en Damasco, y en la que enseñando á los niños, instruia al propio tiempo á sus familias. El tiempo que empleaba Barse en estas obras de caridad, no le impedia consagrar todas las horas necesarias para atender al cuidado de nuestras misiones; pero Dios, cuyas miras son muy distintas de las nuestras, llamó á sí al P. Barse el dia 7 de diciembre del año 1715, por mas que debiese causarnos su muerte una afliccion profunda. Entonces tuvo nuestra mision la ventaja de poseer por algun tiempo á los PP. Paulet y Grenier.» Finalmente, murió en esta

ciudad, despues de haber consagrado treinta y cinco años á las misiones de Levante, el P. Ivo de Lerna, jesuita de la provincia de Francia, quien resistió con una resignacion verdaderamente heróica, todas las persecuciones y trabajos que le acarreó su largo apostolado. Vióse encerrado varias veces en horribles calabozos; fué atacado del contagio mientras cuidaba á los apestados; vióse espuesto á todos los horrores del hambre, sin que nunca se le oyese proferir ni una queja. Pero nunca reveló tanto el P. Ivo su grandeza de alma como en su última hora; habia desafiado tantas veces la muerte, que de ningun modo podia ya temerla, así es, que la consideró como la entrada de la eternidad gloriosa en que iba á disfrutar de la presencia de Dios. Poseido de esta certeza, murió el P. Ivo contento y feliz en el mes de julio del año 1746; el cura y sus feligreses de Sgorta, villorrio poco distante de Trípoli, pidieron que fuese enterrado en su iglesia, y se accedió á su peticion confiándoseles aquel precioso depósito.

Mision de Nuestra Señora de Saida. — El P. Francisco Rigordy estaba desplegando toda su caridad y celo en favor de los apestados de Damasco en el año 1644 (1), cuando despues de haber desaparecido el contagio en esta última ciudad, se declaró en la poblacion de Saida haciendo grandes estragos; los franceses, que fueron en un principio los que mas sufrieron del terrible azote, pensaron en recorrer desde luego á los remedios espirituales. « En tan triste situacion, dice el P. Nacchi, llamaron á Francisco Rigordy que se encontraba en Damasco, y que no tardó en llegar para servir espiritual y temporalmente á todos los enfermos que gemian en el lecho del dolor. Por fortuna no fué el contagio de larga duracion, lo que dió lugar al P. Crasset, religioso de la Observancia, y comisario de Tierra Santa, á proponer al P. Rigordy que predicase la cuaresma en su iglesia. Fué tanta la impresion que produjeron los discursos de Rigordy en el ánimo de sus oyentes, que suplicaron al religioso se quedase en Saida para establecer allí una mision igual á la de Damasco; ofreciéndole una habitacion en una de las mejores casas, así como tambien todo lo necesario para su sustento y el de los otros dos religiosos que debia llamar el P. Rigordy, á fin de que compartiesen con él los cuidados y trabajos de la nueva mision. El primer cuidado del religioso fué fundar una congregacion igual á todas las demás que nuestra Compañía ha establecido en nuestras casas, para acostumbrar á las personas de todas las condiciones y edades á la práctica de los deberes de sus respectivos estados. Propúsolo á los mas antiguos y distinguidos de los mercaderes, asegurándoles al propio tiempo que una congregacion en honor de la Santísima Vírgen, les aseguraria la proteccion de la Reina de los cielos, la cual no podria menos de atraer sobre ellos, sus familias y su negocio las bendiciones del Eterno. Aquella promesa, hecha por un hombre que merecia toda su confianza y su aprecio, produjo todo el efecto que el P. Rigordy deseaba; no solo consintieron gustosos en que se fundára aquel establecimiento, sino que hasta se dedicaron junto con el Padre á levantar una capilla conveniente, á fin de que pudiesen empezarse desde luego los ejercicios de la congregacion. Las personas que mas secundaron al religioso fueron Mr. Andrés, que fué elegido luego patriarca de la nacion siriaca, y los señores Stoupans, Honorato Audifroy, Francisco Lambert y Picquet, los cuales empleaban gustosos en aquella grande obra todo el tiempo que les dejaba libre su negocio. Todos los demás franceses pidieron desde luego ser admitidos en aquella sociedad, tal fué el buen ejemplo que dieron los primeros cofrades que pertenecieron á ella; hasta los estranjeros, edificados por la práctica constante de la virtud, no pudieron menos de elogiar los saludables efectos que habia producido aquel nuevo establecimiento. La ciudad de Saida, continua Nacchi, habitada por un gran número de griegos y maronitas, nos acogió con la mayor benevolencia; por nuestra parte, procuramos

(1) Beson, *la Siria santa.*

instruir en lo posible á unos y otros, abrimos escuelas para los niños, cuidamos á los enfermos, anunciamos la palabra divina, previa la autorizacion de los PP de Tierra Santa, que son los curas natos de Siria y Palestina, y pusimos á los adultos en estado de recibir dignamente los sacramentos. Los habitantes del campo, sobre todo, eran los que mas llamaban nuestra atencion, por estar confundidos entre otros pueblos que profesaban religiones distintas, y que nos hacian temer corrompiesen sus costumbres y su fé; así pues, á fin de evitar estas desgracias, y de procurar á los maronitas todo el bien posible, preferian nuestros misioneros dirigirse á las montañas, á quedarse en las ciudades. Es preciso confesar en honor del pueblo maronita, que hay en él almas puras, inocentes y capaces de seguir ó practicar las mas grandes virtudes; bastará en prueba de ello referir lo que sucedió aquí hace algunos años. Habia una virtuosa viuda maronita, llamada Josefa Vonni, que por evitar las turbulencias que agitaban entonces el monte Líbano, se fué á vivir en un pueblo que hay cerca de Saida; era la pobre muger anciana y enfermiza, puesto que tenia su cuerpo cubierto de úlceras. Cuantas veces era preciso curárselas revelaba, á pesar del vivo dolor que sentia, una paciencia admirable. Entre las vecinas que la visitaban con mas frecuencia, habia una jóven de veinte años, que habia sido educada en la religion y los errores de su pueblo; admirada la jóven al ver la virtud de la enferma, le preguntó como era posible que sufriendo tanto no se quejase nunca, y estuviese siempre tan contenta y feliz. «Es porque no sufro sola, le contestó la virtuosa maronita; el Dios que yo adoro, único que es digno de adoracion, me ayuda á sufrir, siendo su gracia la que me da la fuerza necesaria para soportar mis males. Cuanto mas sufro, mas digna y agradable soy á sus ojos; porque él ha sufrido tambien mucho, muchísimo mas que todas las criaturas juntas, para salvar sus almas. Pero vos teneis la desgracia de ignorar, añadió la pobre enferma dirigiéndose á la jóven, que habeis tenido tanta parte como yo en sus sufrimientos. — ¿Qué es pues, lo que ese Dios ha sufrido por mí? preguntó la jóven: mucho desearia saberlo. — Yo os lo esplicaré cuando gusteis, contestó la maronita. Admirada la jóven de oir semejantes discursos, visitaba con frecuencia á la enferma, que procuraba instruirla en las principales verdades del cristianismo y de nuestros augustos misterios. Cuando habia empezado ya á fructificar la semilla cristiana en aquel jóven corazon, se presentó un maronita y pidió al padre la mano de su hija; como considerase el padre ventajoso el partido que acababa de ofrecérsele, dió su consentimiento, sin consultar antes siquiera la voluntad de su hija. Informada empero la jóven de que estaba ya decidida su suerte, se presentó á su padre suplicándole no la obligase á unirse con un hombre, á quien no amaba, y que dejase á su cuidado la eleccion de un esposo que pudiese labrar su ventura y su dicha. El padre, que tenia interés en que se realizase el proyectado enlace, desatendió las súplicas de su hija, y dispuso, á pesar de las lágrimas que no cesaba de derramar la jóven, que se celebrase inmediatamente el matrimonio, ó que fuese la jóven desde luego arrojada de su casa. Sin embargo, al ver la resistencia obstinada de su hija, dispuso que procurase uno de sus tios inducirla á que aceptase el ventajoso matrimonio que se le presentaba, manifestándole por una parte la posicion brillante en que iba á verse colocada, y por otra, lo mucho que tendria que sufrir si se esponia á la indignacion de un padre justamente irritado por verse desobedecido. Gustoso accedió el tio á lo que de él se exigia; pero no produjeron sus razones ningun efecto en el ánimo de su sobrina, la cual, lejos de dar su asentimiento, suplicó á su tio procurase hacer todo lo posible para que renunciase su padre á casarla contra su voluntad. Procuraba la jóven informar á su piadosa vecina de todo cuanto pasaba, y esta á su vez la asistia con sus consejos, y la consolaba en sus tribulaciones con la esperanza de la dicha eterna que concede Dios á los que su-

fren por su santo nombre. Trascurridos algunos dias, volvió el padre de María Teresa, tal era el nombre de la jóven, á insistir en su primera resolucion; pero como no fuesen sus nuevas órdenes mejor atendidas que antes, resolvió casar su hija segunda y deshacerse de la mayor, que solo era ya para él un objeto odioso. María Teresa, que no tardó en saber las intenciones de su padre, fué á ver á su amiga maronita, para comunicarle el temor de que estaba poseida y preguntarle que es lo que debia hacer en tales circunstancias; aconsejóle entonces la anciana que sufriera con resignacion los disgustos, segura de que tarde ó temprano alcanzaria el premio de sus sufrimientos. No contento aquel padre desnaturalizado con hacer sentir á su hija cada dia el peso de su injusta cólera, quiso á toda costa deshacerse de ella, envenenándola con una taza de café el mismo dia en que se celebró la boda de su segunda hermana. Poco tiempo despues, sufrió María Teresa una fiebre lenta, seguida de calofrios y de frecuentes desmayos, que le anunció su próxima muerte, y que era ya tiempo de poner en práctica las máximas que le habian sido inspiradas por la piadosa maronita; así pues, solo pensó ya la jóven en cumplir todos los preceptos de nuestra religion sublime, y en aguardar resignada la hora de ofrecer á Dios el sacrificio de su vida. Llegó en efecto para ella aquel momento supremo, y el alma de la jóven mártir, libre ya de los lazos que la sujetáran hasta entonces en este mundo de miseria, voló al cielo para gozar en él la eterna dicha que le estaba reservada. No dejó Dios impune aquel crímen horrendo, puesto que murió su autor repentinamente á los pocos dias de haber espirado su inocente víctima. Ocurrió el hecho citado á últimos del año 1697.»

Mision de San José de Antura. — Despues de haber hablado de la congregacion de Saida, refiere Nacchi lo que sucedió por disposicion del cielo á uno de sus principales protectores. «Francisco Lambert, dice el propio autor, era natural de Marsella, y uno de los mas acreditados negociantes que habia á la sazon en Siria, tanto por su brillante posicion, como por la regularidad de su vida. Las relaciones que trabó con los misioneros, la práctica constante de todas las virtudes que vió en ellos, y sobre todo, el haber sabido que se trataba de establecer una mision en Ispahan, capital del reino de Persia, donde se veia en inminente peligro la fé de los cristianos que vivian en aquella region, despertaron en Lambert el deseo de seguir las huellas de los apóstoles de la fé, y cual otro S. Mateo, dejó su comercio para volar á Persia, donde el Salvador le llamaba. Luego de haber dejado en regla todos sus negocios, partió de Saida para ir á reunirse con los misioneros que iban á dirigirse á Persia; pero la Providencia, que acababa de llamarle á su servicio lo dispuso de otro modo, puesto que lejos de guiarle á Persia, lo condujo á las costas de las Indias cerca de Meliapur. Asombrado nuestro viagero, al verse trasladado, por decirlo así, sobre el sepulcro del apóstol Santo Tomás, bendijo los designios de la Providencia que le destinaba á una nueva region; y para mejor disponerse á seguir con acierto el nuevo camino que acababa de trazársele, resolvió visitar el sepulcro del santo apóstol, confiando que le serian en él revelados los designios de Dios. Postróse Lambert ante la misma piedra en que fué atravesado de una lanzada el cuerpo de aquel gran santo, y permaneció largo rato en oracion, repitiendo luego sin cesar estas palabras del apóstol San Pablo: «Señor, ¿que queréis que haga?» Dios, que oye siempre benigno las súplicas de los que están dispuestos á seguir su voluntad, le inspiró el deseo de entrar en la Compañía de Jesus, y de ser uno de sus misioneros. Recordó entonces Lambert la vida y los trabajos de los operarios evangélicos que habia conocido en Siria; su celo infatigable por la salvacion de los que el cisma, el error y el desarreglo de su vida lanzan á su perdicion; el fruto que producian sus palabras; su vida irreprensible y pura, su desinterés en todo el bien que hacian; comprendiendo que de nin-

gun modo podia imitar tan fácilmente la vida que llevó el Salvador en la Judea, como entrando en el número de aquellos discípulos que procuraban en lo posible seguir sus huellas é imitar su ejemplo. Con todo, por no equivocarse en la resolucion que acababa de tomar, consultó á un religioso de San Agustin, hombre de mucho talento y de reconocida virtud, al cual, despues de haberle referido su vida, espuso las ideas que habia concebido junto al sepulcro del apóstol Santo Tomás, y acabó por suplicarle le dijera cuales eran, en su concepto, las miras que Dios tenia sobre él. Despues de haberse tomado el tiempo necesario para examinar su vocacion, le dijo el religioso que no le cabia duda de que estaba llamado á la vida apostólica para dedicarse á la salvacion de las almas en el pais en que la Providencia le habia conducido, y que todo cuanto le habia acontecido desde su salida de Saida, le parecian otros tantos medios que Dios habia empleado para hacerle abrazar la nueva vida que estaba entonces resuelto á seguir. Solo pensó ya desde entonces Lambert en cumplir la voluntad de Dios, entrando lo mas pronto posible en nuestra Compañía; pero como era su edad algo avanzada un obstáculo que podia impedir la realizacion de su proyecto, resolvió ir en peregrinacion á Roma para presentarse al general de los jesuitas y esponerle las poderosas causas que habian motivado su vocacion, no dudando que se serviria este admitirle. Poseido pues de esta grata esperanza, se embarcó para Italia; procuráronsele medios durante la travesía para redimir dos esclavos, á los que instruyó Lambert en la fé católica, antes de disponerles para recibir el santo bautismo. Al dia siguiente de su llegada á la capital del orbe católico, espuso al general de la Compañía el objeto de su viage, las diferentes circunstancias de su vida, los medios de que se valió por saber la voluntad de Dios, y las causas que le habian obligado á ir á pedirle la gracia de ser admitido en la órden de San Ignacio. El P. general, despues de haberle oido diferentes veces, no titubeó en recibirle, siendo él mismo quien lo presentó al noviciado, en el que fué Lambert un modelo de todas las virtudes. Terminados los dos años de su noviciado, se le destinó al estudio de las ciencias necesarias para ejercer las funciones apostólicas á que estaba destinado; disponiéndosele luego para recibir órdenes sagradas. El sacerdocio con que se vió en breve honrado, inflamó mas y mas en su corazon el deseo de ir á predicar el reino de Jesucristo en la Judea y en Palestina; así pues, tan pronto como estuvo enterado de todo lo que un misionero debe saber, obtuvo del P. General el permiso para ir á terminar sus dias en nuestras misiones de Siria. Salió Lambert de Roma con dos jóvenes jesuitas que deseaban seguirle, embarcándose los tres en un buque que salia para el puerto de Saida ó de Trípoli; pero la Providencia que habia conducido hasta entonces al P. Lambert, y que queria se dedicase al establecimiento de una mision entre los maronitas, permitió que fuese arrojado el buque por la tempestad en una de las costas inmediatas al pequeño pueblo de Antura. Los habitantes de aquel pais, al notar el buque que se acercaba á sus costas, le creyeron un buque corsario; por lo que se arrojaron sobre él, cogieron al P. Lambert, á sus dos amigos y á los demás pasageros, y los presentaron al gobernador de la provincia. Era el gobernador Abunaufel, maronita tan recomendable por su saber y sus virtudes, que el rey Luis XIV, de feliz memoria, le nombró, á pesar de ser súbdito del sultan, cónsul de la nacion francesa. Preguntados por Abunaufel el P. Lambert y los otros dos jesuitas, dijeron ser misioneros; y como no tuviese el gobernador ninguna duda acerca de la veracidad de sus palabras, les dispensó una digna acogida, por ver que los supuestos corsarios se habian convertido en dignos misioneros que el cielo le enviaba. La llegada de los tres misioneros y las conversaciones que tuvo con ellos, sugirieron á Abunaufel la idea de fundar una mision en su pais, á fin de procurar á los maronitas del monte Líbano los socorros espiri-

tuales de que se veian con frecuencia privados. No tardó en proponerlo al P. Lambert, ofreciéndole al propio tiempo un terreno de su propiedad, situado en el punto llamado Kesroan del monte Líbano; el P. Lambert, despues de haberlo consultado á los superiores de nuestras misiones de Siria, aceptó los ofrecimientos de Abunaufel. No solo se limitó este á ceder el terreno ofrecido, sino que hasta sufragó una gran parte de los gastos ocasionados por la construccion de la capilla y de la casa; quedando de este modo establecida la mision de Antura, en el año 1656, de la que debia ser el P. Lambert fundador por disposicion del cielo. Todos los pueblos circunvecinos acudieron solícitos á presenciar el acto solemne de la inauguracion, y asistieron gozosos á los primeros ejercicios de piedad que tuvieron lugar en la nueva capilla consagrada al Señor. Secundado por sus dos compañeros, continuó el P. Lambert hasta la muerte el apostolado á que Dios le llamára, con un celo verdaderamente cristiano; pudiendo ver Abunaufel con placer los brillantes resultados que daba su establecimiento, cuya fundacion no cesaban de ponderarle todos los maronitas. Pasados algunos años, descendió el P. Lambert al sepulcro, tal vez á causa de sus contínuos trabajos, ó quizás por haber querido Dios recompensar ya en la otra vida los sacrificios de su siervo. Despues de aquella pérdida, que causó en todo el pais una afliccion general, no ha cesado la mision de Antura de enviar sus obreros á diferentes puntos del monte Líbano.»

Era Abunaufel el Tobías de aquellos alrededores. Justo es que demos á conocer al Occidente á aquel cristiano incomparable, del que por tanto tiempo ha admirado el Oriente sus virtudes. «Aquel grande hombre, dice un jesuita (1), misionero en Siria, era el mas virtuoso y mas rico de los maronitas de nuestras montañas. Aunque no habia nacido en régia cuna, tenia sentimientos dignos de un hombre destinado á ocupar el trono: era noble en sus maneras, generoso hasta el desprendimiento; distinguiéndole siempre de los demás magnates una magnificencia sin fausto. Era además considerado en todo el pais como el hombre de mas talento entre todos los maronitas. El príncipe de los drusos, no obstante la diferencia de su religion, le honraba como á un padre y le consultaba como á un oráculo; permitiéndole recoger el tributo que debian pagar los cristianos, y ser el encargado de administrarles justicia. Nombrado, por eleccion del soberano, juez de su pueblo, era Abunaufel al propio tiempo su padre por la bondad de su corazon; su celo por todo lo que interesaba á la religion era infatigable; bastaba ser cristiano para tener ya un derecho á su ternura. No podia oir hablar de las persecuciones que sufrian los cristianos en las provincias turcas sin derramar abundantes lágrimas; y si alguna vez se le reprendia su ternura como un esceso de debilidad, contestaba: «Todos los cristianos son mis hermanos; ¿cómo quereis pues que deje de sentir sus penas? Sí, añadía; todos caben en mi corazon, y aunque retirado en mi casa, siento, á pesar de la distancia que me separa de ellos, todos los golpes que reciben en los baños de Constantinopla.» Nunca tuvieron los jesuitas un amigo mas síncero; entre los muchos beneficios que no cesó de dispensarnos, le debemos el de haber contribuido á aumentar el respeto con que oyen los naturales la palabra de Dios y con que miran á los que la anuncian, por ser el ejemplo de un hombre de su posicion y autoridad, una ley para todos. Vivia Abunaufel regularmente en Agelton, desde donde bajaba algunas veces á Antura, por gozar de la amable conversacion de los jesuitas, é informarse de los progresos de la religion; sus visitas habrian sido mucho mas frecuentes, á no haber temido caer en poder de los turcos que le habrian maltratado, por ser el protector decidido de los cristianos. Como gozaba en todo el pais de gran fama el nombre de Abunaufel, hubo un turco poderoso que vivia junto al pais ocupado por los drusos, que

(1) *Cartas edificantes acerca de una mision hecha en los alrededores del monte Líbano.* Tom. III.

mostró deseos de conocer á aquel hombre tan célebre entre los cristianos; á cuyo objeto, le envió un espreso suplicándole se sirviese acudir al punto que le señalaba para tener una entrevista. Pero como temiese Abunaufel que queria el turco tenderle un lazo, dejó de asistir á la cita, pero entregó en cambio al mensagero la siguiente carta, que nos creemos obligados á trascribir aquí, por revelarse en ella todo el poder de su genio y la dulzura de su carácter: «Señor, podeis desear verme, porque no me conoceis; pero yo, que me conozco, no tengo el menor deseo de ser visto, y os afirmo, además, no merecer de modo alguno el honor que quereis dispensarme. Con todo, me halaga tanto vuestro deseo, que me considero obligado á satisfacer en parte vuestra curiosidad, permitiéndoos ver al menos retratada la persona que tanto os han ponderado. Mi talla es algo mas que mediana; tengo la cabeza grande, los ojos salientes y de altiva mirada; tengo la frente ancha, la barba poblada, el color sano, y la nariz, aunque corta y gruesa, no sienta mal en mi rostro. Los que quieren halagarme, dicen que hay en mi fisonomía y en toda mi persona cierto aire de nobleza y dignidad que infunde respeto. Por mi parte, solo puedo asegurar que se parece bastante mi rostro al que se ve esculpido en esas antiguas medallas que dejaron los romanos en nuestras montañas, así como tambien al de esos antiguos reyes que he visto muchas veces pintados en los tapices. Ahí teneis mi retrato: juzgad ahora, señor, si puede tenerse la curiosidad de conocer á un hombre semejante, y si debe él tener la vanidad de ofrecerse en espectáculo. Creo dispensaros un obsequio al ahorraros un viage solo por ver un objeto igual, en lo que, ni vos, ni yo, ganaríamos cosa alguna.» De este modo supo evitar el prudente Abunaufel la entrevista, que sin duda en su daño, acababa de serle propuesta. Por desgracia de su pueblo, murió aquel hombre cuando estaba aun, á pesar de su avanzada edad, en el caso de continuar prestándole grandes servicios: su muerte, como su vida, fué la de un héroe cristiano. Si debemos creer las tradiciones del pais, fué su muerte anunciada por varios acontecimientos notables; pero sus virtudes y su religion le encomian aun mucho mas que todos esos dichos dudosos é inciertos, que propala sin razon, las mas veces, un pueblo crédulo. Desde que hubo espirado, todos sus parientes y criados lanzaron grandes gritos en el interior de la casa y fuera de ella, segun la costumbre del pais, é invitaron á sus funerales á todos los pueblos comarcanos. Todos los naturales se creyeron obligados á honrar la memoria de aquel ilustre finado, regando con sus lágrimas el sepulcro del que habia sido su amigo, su protector y su padre. Los pueblos vecinos, y todos los estrangeros que vivian en el pais acudieron tambien solícitos á pagar el último tributo al varon cristiano, y empezaron á lanzar grandes gritos, á los que contestaban los parientes del difunto que habian salido á recibirles, durando aquella triste escena hasta que fué enterrado el cuerpo de Abunaufel. Aquella lúgubre gritería despierta en el alma un sentimiento de horror y de ternura indefinible; cuando pertenece el finado á la clase noble, al presentarse las personas que van á dar el pésame á la familia y que no han asistido al entierro, se les presenta el escudero con el caballo que montaba el finado, y estendiendo su túnica sobre la cabeza y la grupa del noble animal, le hace dar algunas vueltas por la habitacion ó sala en que están aquellas reunidas, exhalando todos los asistentes á su vista hondos suspiros. Luego sigue un silencio triste y profundo en medio del cual se retiran los maronitas para gemir y orar.»

«Antura (*Manantial de la peña*), así llamada, dice Nacchi, por estar la poblacion inmediata á una montaña pedregosa, de la que mana una fuente abundante que cruza la ciudad, abasteciéndola de agua pura y cristalina. Es la ciudad de Antura por su templado clima y puros aires, la que procura por lo regular el restablecimiento de nuestros misioneros enfermos; siendo además el asilo seguro

en que vamos á refugiarnos todos cuando estalla la revolucion en los demás puntos, por reunir la circunstancia de ser los habitantes en su mayor parte cristianos. Es además Antura un punto céntrico, desde el cual podemos dirigir fácilmente nuestras escursiones apostólicas á los pueblos del Kesroan y hasta á los mas apartados montes del Líbano.» Como los primeros misioneros dedicaron su capilla á San José, recibió la mision el nombre de su poderoso protector, bajo cuyos auspicios empezaron sus trabajos los PP. Gravier, Cordier, Heuré, le Mole y Cárlos Neret, del que hay una obra interesante sobre la peregrinacion que hizo á Jerusalen el año 1713 (1). Tambien el P. Nicolás Trefons se dedicó al servicio de las misiones de las montañas que, segun Nacchi, fueron tan escabrosas como consoladoras: «Para llegar á ellas, dice el propio religioso, era preciso recorrer caminos escarpados, interrumpidos á menudo por enormes peñas, por las que nos era preciso trepar, muchas veces descalzos, á pesar de lastimarnos los piés las agudas puntas de las rocas. Añádase á esta y otras privaciones el tener que sufrir los rayos de un sol abrasador en verano, ó pisar la nieve y sufrir el rigor del frio en el invierno, con la capilla ó el altar á cuestas y el botiquin necesario para atender al cuidado de los enfermos, y fácilmente podrá comprenderse lo penosa que es aquella mision. En medio empero de aquellos sinsabores, tenemos el consuelo de que todos los sencillos montañeses nos reciben con los brazos abiertos, por ser un pueblo dócil que desea ardientemente oir la palabra de Dios y entregarse á la oracion. El tiempo de las misiones se pasa en instruir á los naturales, asistir sus enfermos y en confesiones, las cuales son en aquel pais tanto mas necesarias, cuanto que los curas en las grandes festividades, se limitan á preguntar á la multitud de penitentes que se les presentan, si tienen un verdader dolor de todos sus pecados, y sin mas exámen que el de su respuesta afirmativa, les dan la absolucion. No hacemos mas que una comida en todo el dia, al caer la tarde, y aun es esta muy frugal, particularmente en cuaresma; siendo aun debida á la generosidad de alguno de los vecinos del pueblo. Los platos que regularmente se nos sirven en aquel convite diario, consisten en aceitunas, un poco de trigo asado, algunas cebollas cocidas en el rescoldo, y en arroz muy espeso; cuando nuestros huéspedes quieren celebrar alguna fiesta ó regalarse en la mesa mas de lo regular, nos presentan un plato lleno de aceite, en el que moja cada cual su pan, comida de un gusto insípido por ser aquel de tan mala calidad, que mas bien parece carton que pan. Se colocan todos aquellos platos sobre una estera que se tiende en el suelo, y que sirve á la vez de mesa, de manteles y de servilleta. En nuestras conversaciones con aquellos sencillos montañeses, les referimos algunas historias del Antiguo Testamento y de la vida de los santos que les son conocidos, á fin de inculcarles mas las virtudes que deben practicar, segun sus respectivos estados. Hacemos juntos á última hora la oracion de la noche, terminada la cual nos retiramos todos á nuestro aposento, no sin que antes nos saluden los maronitas á la usanza del pais, esto es, llevándose la mano á la cabeza, besándonos la nuestra, y diciéndonos en estilo oriental: «Pedirémos al Señor que cierre tus párpados un dulce sueño, y que dé á tu cuerpo el reposo necesario; que tu ángel bueno te guarde durante la noche, y que salga mañana para iluminarte el sol mas bello que hayas visto nunca.» Por mas que la fatiga del dia exija el reposo de la noche, nos es casi siempre imposible conciliar el sueño, ya por consistir nuestra cama en una piel de cabra, ya por los gritos de los niños que no cesan de llorar en toda la noche, y sobre todo, por la nube de insectos que nos hacen una guerra incesante, siendo los enemigos mas obstinados de nuestro reposo. Añádanse á todas las incomo-

(1) *Carta del P. Neret, misionero de la Compañía de Jesus en Siria, dirigida al P. Fleuriau, de la propia Compañía, en las Cartas edificantes*, T. III.

didades citadas, la del humo que despide un fuego medio estinguido que inunda la habitacion por no tener salida, y nadie estrañará que aguardemos con impaciencia la próxima aurora. Sin embago, por penosas que estas misiones sean en las cuaresmas, puedo aseguraros, mi reverendo Padre, que la buena disposicion que vemos en todo el pueblo maronita, y los frutos abundantes que de ellas recogemos, nos las hacen no solo soportables, si que hasta tambien en estremo gratas y consoladoras.»

Gregorio XIII habia fundado ya un colegio en Roma para la educacion de la juventud maronita, que tan ardientemente deseaba abrazar el cristianismo; y el P. Nacchi habla tambien de una fundacion francesa en favor de los orientales. «Imitando el cristiano celo de Gregorio XIII por la conservacion de la fé, dice aquel misionero, tomó Luis XIV, de feliz memoria, la resolucion de llamar á Francia hace algunos años á doce jóvenes de diferentes pueblos de Levante, tales como armenios, griegos y sirios, para hacerlos educar en nuestro colegio de Paris. La intencion de Su Magestad era que fuesen instruidos aquellos jóvenes en la doctrina católica, al paso que se les enseñaban las ciencias humanas, á fin de que despues de haber recibido en Francia una escelente educacion, regresasen á su pais vivamente reconocidos al rey bienhechor y á la Francia hospitalaria que se la habian procurado. Pero lo que mas aun movió al rey á dar aquella prueba de su munificencia, fué el procurar á aquellos jóvenes el medio de infundir á sus compañeros los sentimientos de religion y piedad que habian concebido en el colegio de Luis el Grande. Tambien Monseñor el duque de Orleans por conformarse con las intenciones del difunto rey, habia protegido y sostenido en un principio aquel establecimiento, en el que despues, á instancias del marqués de Bonnac, embajador francés cerca de la Puerta otomana, acababan de hacerse cambios notables. Aquel sábio y celoso ministro, propuso á Su Magestad, que seria mucho mas útil á la religion y á su servicio, educar en el colegio de Paris á jóvenes franceses que podrian despues ser destinados á servir de intérpretes y drogmanes de los cónsules franceses en los pueblos de Levante; y Monseñor el duque de Orleans, insiguiendo la opinion del conde de Tolosa, gran almirante, ordenó: «que en lugar de doce orientales serian educados en el colegio de jesuitas de Paris diez jóvenes franceses, que serian nombrados por Su Magestad, y procedentes de las familias de sus súbditos que viviesen en Francia, y de las de los mercaderes, drogmanes ú otros franceses establecidos en los puntos de escala de Levante; los cuales serian instruidos en el referido colegio, debiéndoseles enseñar la lengua latina, así como tambien el turco y el árabe.» Casi todos los drogmanes educados en Paris por los jesuitas, se acostumbraban ya desde su mas temprana edad á halagar la idea de secundar en un dia en las tareas del apostolado á los directores de su infancia.

Ya hemos visto la carta del P. Nacchi acerca de las misiones de Siria; veamos lo que dice ahora acerca de los maronitas. «Tengo la ventaja de conocerles desde mi juventud, escribia al general de su órden; ya sabe Vuestra Paternidad que nací súbdito del dueño de aquel gran imperio, si bien me dispensó Dios el favor señalado de hacerme pertenecer al pueblo maronita que ha profesado siempre la religion cristiana, lo que me complazco en repetir aquí por mas que no lo ignore el orbe católico.» Aunque hayamos hecho mencion de las alteraciones que sufrieron en ciertas épocas las creencias de los maronitas, pretende el P. Fromage, lo mismo que Nacchi, que nunca el cisma y la heregía habian estinguido en ellos el sentimiento católico (1), por mas que se observasen algunos abusos hasta en el santuario. José Assemani, maronita de nacimiento, educado en Roma en el seminario de su nacion, fué

(1) *Carta del P. Fromage, misionero de la Compañía de Jesus, al P. Lecamus, de la propia órden, procurador de las misiones de Levante, en la que refiere el concilio nacional celebrado por los maronitas á* 30 *de setiembre del año* 1736, *Cartas edificantes*, T. III.

encargado de ir en calidad de legado apostólico á cooperar á la reforma de sus compatriotas; siendo el que presidió el concilio nacional celebrado el año 1736 en el convento de Louaisé. El P. Fromage, que pronunció el discurso de apertura, observa que todos los misioneros se colocaron por órden de antigüedad en el pais: esto es, los PP. de Tierra Santa despues de los obispos, luego los jesuitas, despues los capuchinos, á los que seguian los carmelitas, por ser los últimos que habian ido á evangelizar aquel pais. Esta observacion sirve para resolver las dudas cronológicas que podrian resultar del órden que hemos seguido al hablar del establecimiento de los tres últimos institutos establecidos en Siria. Nació Pedro Fromage en Laon á 12 de mayo de 1678; estuvo en el noviciado de Nanci, en el que demostró ya desde un principio un gusto especial por las misiones. En su ardiente celo, no se limitó á evangelizar de viva voz diferentes pueblos de Oriente; sino que para aumentar la piedad de aquellos naturales, estableció una imprenta árabe en el convento de San Juan Bautista, dice Chovair, en la montaña de los drusos, procurándose en Roma caractéres, prensas y operarios. Las obras que tradujo al árabe, segun dice él mismo en una carta al P. Oudin, ascendian á veinte y cinco; pero en las *Cartas edificantes* consta que enriqueció aquel siervo de Dios el Oriente con treinta y dos de las mejores obras francesas que tradujo al árabe. Dotó de catecismos á las tres iglesias de Alepo; enseñó la predicacion á los sacerdotes maronitas; erigió dos congregaciones que aun hoy dia conservan la fé en aquella gran ciudad, y contribuyó mas que nadie á la fundacion de un convento que será para siempre el asilo de la piedad y la inocencia. Con efecto, á peticion de los religiosos de Louaisé, fueron autorizadas doce mugeres piadosas para crear cerca de Antura un convento de la Visitacion, destinado á recibir ó á educar á las viudas y las hijas de los católicos. Al poco tiempo de haberse celebrado el concilio, murió Fromage en medio de las bendiciones y las lágrimas de un pueblo reconocido que no podia olvidar nunca sus beneficios; durante el curso de su última enfermedad, se le oyó esclamar varias veces: «¡Qué bueno es el Dios que servimos!» Enternecidos los que oian semejantes palabras, no podian menos de esclamar: «Es un santo.» Entregó el alma á su Creador el 15 de diciembre del año 1740, á la edad de sesenta y cinco años; pareciendo su entierro mas bien un triunfo que un acto fúnebre. «Perdemos mas que vosotros, decian los naturales á los jesuitas, á vosotros os ha arrebatado la muerte un hermano, y á nosotros un padre.»

Mision del Cairo. — El superior general de las misiones de Siria tuvo bajo su direccion un nuevo establecimiento, desde que Luis XIV, siempre atento á lo que podia procurar la gloria de Dios hasta en los paises mas distantes de sus estados, dispuso en el año 1698 enviar misioneros á Egipto, cuya region habia hecho Colbert visitar recientemente por el dominico Juan Miguel Wansleben, y que fué entonces comprendido en el número de las misiones que tenia la Compañía de Jesus en Levante. De Maillet, cónsul de Francia en el Cairo, recibió la órden de disponer una casa para los jesuitas, en la que tuviesen todos los medios necesarios para ejercer su ministerio. El jesuita Cárlos Francisco Javier Brevedent, fué uno de los primeros que tomó posesion de ella; hijo de una de las mas opulentas familias de Ruan, habia mostrado siempre Brevedent estar poseido de un vivo deseo por trabajar en la conversion de las almas, y de una resolucion capaz de arrostrarlo y sufrirlo todo por la gloria de Jesucristo; podia ser su celo tanto mas útil á la religion, cuanto que estaba dotado de un claro talento, y era además un profundo teólogo y matemático. Despues de haber publicado en el año 1685 una disertacion físico-matemática que le valió una justa reputacion entre los hombres mas eminentes de Francia, pidió á sus superiores algunos años despues el permiso para consagrarse á las misiones; y como no creyesen aquellos deber oponerse á una vo-

cacion tan santa, accedieron á los deseos del jóven jesuita. Durante diez años trabajó Brevedent en las islas del Archipiélago y en Siria, donde dió una alta idea de su virtud, siendo además objeto de algunas conversiones tan sorprendentes, que aun hoy dia es bendecida su memoria en aquellas regiones. Su dulzura y sus palabras llenas de uncion obligaban á los mas endurecidos á dejar su mala vida, y á los hereges mas obstinados á abjurar sus errores; considerábasele en todas partes como un verdadero apóstol; entregado á la mas austéra penitencia, apenas podia Brevedent llenar las funciones de su ministerio, hasta que por fin le obligaron sus superiores á moderar el rigor de su vida, por no perder á un hombre tan útil á su mision. Mientras que permaneció en el Cairo, y que la peste asoló el Egipto, se consagró al servicio de los apestados con un celo y abnegacion de que quedaron los infieles y los cristianos igualmente edificados. Cárlos Poncet (1), cirujano del Franco-condado que le conoció en el Cairo, dice que era tan grande la reputacion de Brevedent, que se le consideraba dotado del don de profecía y del de obrar milagros. «Lo que es lo cierto, añade Poncet, que hizo ante mí varias predicciones acerca de su muerte y de otros acontecimientos, y todas ellas fueron puntualmente cumplidas.» Uno de los mas ardientes deseos del P. Brevedent era el de derramar su sangre por Jesucristo, como otros muchos jesuitas que habian tenido la dicha de morir en Abisinia defendiendo la fé y la primacía de la iglesia de Roma; así que, entró con el mas vivo placer en una mision fecunda en mártires y cuya historia vamos á reasumir.

CAPÍTULO V.

Misiones de los Jesuitas, Capuchinos y Franciscanos reformados en Abisinia.

Habiendo pedido Melec Segued al Papa un patriarca, se consagró al jesuita Alfonso Mendez, hombre de mucho saber, dice Bruce (1), el dia 25 de mayo de 1624 en la ciudad de Lisboa, al que se dieron dos coadjutores: el primero, con el título de obispo de Nicea, que fué Jacobo Sicco, profesor de teología en el colegio Romano; y el segundo, que fué Juan de La Roca, tuvo el título de obispo de Hierapolis. Sin embargo, ninguno de los dos coadjutores llegó siquiera al país de Abisinia, por haber muerto Sicco durante el viage, y haberse visto obligado Juan de La Roca á quedarse en Goa; reemplazándoles el P. Apolinario Almeida, natural de Lisboa. A fin de que nadie estrañase los honores que el Negus se proponia tributar al patriarca, hizo publicar aquel príncipe poco tiempo despues de su conversion, los motivos que le obligaban á obrar de aquel modo. Tan pronto como Melec Segued y el *ras* Sela-Cristos, su hermano, supieron el nombramiento de Mendez, le escribieron pidiéndole que anticipára en lo posible su llegada, y que se llevase numerosos operarios; advertíale además el negus que podia entrar en sus Estados por Dankali; pero el secretario en lugar de Dankali escribió Zeila, equivocacion funesta que debia costar la vida á los PP. Francisco Machado y Bernardo Pereira (2). Eran tales las dificultades y peligros que tenian que vencer el patriarca y los suyos para entrar en Abisinia, así por mar como por tierra, que obligaron á Mendez á dividir su séquito en dos partidas, una de las cuales debia embarcarse, y continuar la otra su camino por tierra. Los cuatro jesuitas que se dirigieron por mar, llegaron sin mas percance que el de no haberles permitido el bajá de Massauah continuar su viage hasta que el negus le hubo enviado un «zeura» ó asno salvage, animal de gran precio en aquellas regiones, sobre todo cuando es procedente de Abisinia, por ser los mejores que se conocen. Los otros cuatro religiosos que seguian su viage por tierra, tuvieron que separarse de nuevo, por ignorar hasta el nombre de los pueblos á que debian dirigirse; tomando

(1) *Viage de Mr. Poncet, médico francés, á Etiopía en el año* 1698, 1699 *y* 1700, *en las Cartas edificantes.*

(1) *Viage á las riberas del Nilo.*

(2) Lobo, *Relacion histórica de Abisinia.*

dos de ellos el camino de Zeila, y los dos restantes el de Melinda. El rey de Zeila mandó encerrar á los PP. Francisco Machado y Bernardo Pereira en un calabozo, donde sufrieron por mucho tiempo todas las privaciones; por último, despues de haberse negado aquel déspota á aceptar ninguna de las ventajosas proposiciones que le hizo el negus por lograr su libertad, mandó decapitar á los dos religiosos. Despues de haberse dirigido los otros dos de sus compañeros hácia el interior del pais, se vieron al fin obligados á retroceder, y á ir á reunirse despues de muchos meses con el patriarca en Bazaim para desembarcar en Bailur, uno de los puertos del reino de Dankali. Por fin, despues de haber atravesado durante seis semanas ardientes arenales é inmensos desiertos, infestados por los gallas, llegaron el dia 17 de junio del año 1625 al pié de las montañas de Duan, donde les estaba aguardando ya hacia mucho tiempo el P. Manuel Baradas, un sobrino del negus, varios abisinios notables y algunos portugueses. El dia 21 de junio llegó el patriarca á Fremona, poblacion santificada por los sudores y la dichosa muerte de Andrés Oviedo.

Encontrábase á la sazon Melec Segued á una gran distancia empeñado en una guerra sangrienta y terrible; y como era por otra parte en aquella estacion imposible emprender un viage, á causa de las contínuas lluvias que hacen desbordar los rios y torrentes que es imposible pasar por falta de puentes y barcas, no pudo el negus ir á reunirse con sus deseados huéspedes. Por no permanecer en la inaccion, hicieron los apóstoles algunas misiones en los alrededores de Fremona, siendo abundante la primera cosecha cristiana con que se dignó la Providencia recompensar sus afanes. Iban de pueblo en pueblo, en los que alzaban su tienda y su altar portátil debajo de altos y frondosos árboles. « Allí mi compañero y yo, dice, el P. Gerónimo Lobo (1), empezábamos cada dia al salir el sol, á instruir y catequizar á los nuevos católicos, para hacerles abjurar sus errores; cuando ya nos faltaban las fuerzas para hablar, reuníamos en grupos á los que estaban ya en disposicion de recibir el bautismo, y despues de hacerles repetir los actos de fé y de contricion, los bautizábamos segun el modo y forma que prescribe la iglesia. Como era escesivo su número, les decíamos en voz alta: « Los de tal grupo se llaman Pedro, los del otro Antonio. » Lo propio hacíamos con las mugeres, á las que teníamos separadas de los hombres. Como les bautizábamos á todos bajo condicion, procurábamos antes confesarles, y luego despues de la misa, les ofrecíamos el pan eucarístico, que recibian con devocion profunda. Apenas teníamos á la noche tiempo para tomar un bocado, y eso que no hacíamos mas que una comida en todo el dia. » Los sacerdotes y religiosos cismáticos hicieron todos los esfuerzos posibles por contener el impulso que iba tomando la verdad católica, ya poniendo en ridículo á los misioneros, ya acusándoles de acarrear sobre los pueblos las maldiciones de Dios, conforme lo indicaban, segun ellos, las nubes de insectos voraces que devastaban la Abisinia. En un principio, dieron los naturales crédito á sus falsas palabras; pero no tardaron en convencerse de que léjos de aumentar las langostas iban disminuyendo á medida que el pueblo abisinio abria los ojos á la fé, por lo que se convencieron de la impostura de los cismáticos. Por otra parte, convocó Mendez un sínodo en Górgora, en el que se decidió conferir, lo mas pronto que fuese posible, órdenes sagradas á los indígenas que fuesen dignos de ello, y que se reiteraria bajo condicion la ordenacion de los que eran ya sacerdotes, á fin de disipar todas las dudas que pudiese haber acerca de su validez.

Despues de haber terminado gloriosamente la guerra, se dirigió el negus hácia el punto en que se encontraba el patriarca, y al llegar con su ejército á la poblacion mas inmediata de la en que estaba Mendez, le envió un cuerpo de quince mil hombres, junto con su hijo, su hermano, los vireyes y todos los gran-

(1) *Relacion histórica de Abisinia.*

des del reino, con órden de que le acompañáran tributándole los mas altos honores. Revestido con todos los ornamentos pontificales, montó el patriarca en un caballo blanco ricamente enjaezado, del que tenian las riendas los sobrinos del negus; seis vireyes llevaban desplegado un quitasol cubierto de oro y pedrería, mientras que Melec Segued estaba ya aguardando al prelado en una iglesia dedicada á la santísima Vírgen. Al entrar Mendez en el templo, se levantó el negus, le abrazó y se arrodilló ante el altar para dar gracias al Señor que acababa de dispensarle tan señalados beneficios. El patriarca dirigió despues una alocucion breve y patética á la multitud que ocupaba el templo; encaminándose luego al palacio del negus, donde le fijó este el dia en que reuniria su corte y toda la grandeza del reino, para reconocer públicamente la supremacía del Pontífice romano, y abrazar la fé de la iglesia católica. Fué aquel el dia mas solemne y feliz que ha presenciado el pueblo de Abisinia: veiase en una parte del vasto salon de palacio, al monarca, los príncipes, los gefes militares, los gobernadores de las ciudades, los monges con sus archimandritas y un inmenso pueblo; habiendo en la otra el patriarca, los misioneros y la nobleza portuguesa. Levantábase en el centro un trono magnífico que contenia dos asientos, uno de los cuales ocupó Mendez para esponer la causa que motivaba la reunion de aquella numerosa y brillante asamblea. Luego trató de los diferentes puntos en que los abisinios difieren de nuestras creencias; recordó el orígen de la iglesia de Abisinia, que reconoce por su apóstol á San Frumencio, enviado á aquel pais por San Atanasio en el año 327 de Jesucristo, del cual dijo: «Entonces creia y profesaba Frumencio lo mismo que Atanasio ha creido y enseñado en sus escritos.» Recordó así mismo las varias embajadas que en diferentes épocas habian enviado á Roma los soberanos de Abisinia; y terminó ensalzando la noble resolucion del monarca que con todo su pueblo iba á entrar desde aquel dia en el seno de la iglesia católica. Entonces uno de los notables de la asamblea contestó en nombre del segus, que iba aquel príncipe á abrazar la fé romana y á hacer pública profesion de ella en nombre de todo su pueblo; terminadas estas palabras, se levantó Melec Segued, y con la mano puesta sobre los Santos Evangelios, hizo el juramento siguiente: «Nos, sultan Segued, emperador de Etiopía, creemos y confesamos que Jesucristo instituyó á San Pedro príncipe de sus apóstoles y gefe de la iglesia universal, y que le dió la primacía sobre toda la tierra. Creemos y confesamos además que, el soberano Pontífice, legítimamente nombrado, es el verdadero sucesor de San Pedro, y que como tal, tiene el mismo poder, la misma dignidad, la misma primacía sobre la iglesia universal. Finalmente, prometemos y juramos obediencia y fidelidad sincera á nuestro santísimo padre y señor Urbano VIII, papa por la divina Providencia; poniendo á sus piés con entera sumision nuestra persona, nuestros sucesores y todo nuestro imperio. ¡Así nos sean Dios y los Santos Evangelios siempre en nuestra ayuda!» A su vez hicieron todos los príncipes el mismo juramento; Facilidas ó Basilidas, su hijo primogénito y sucesor presunto, puso el colmo al entusiasmo general, esclamando que perseveraria en la fé romana hasta su postrer suspiro. El ras Sela-Cristos, hermano del negus, desenvainando su espada y teniéndola en alto, juró que seria fiel á Melec Segued y á su hijo, con tal que supiesen aquellos príncipes cumplir fielmente sus solemnes promesas; pero que en el caso de que faltasen á ellas, seria el primero en declararse contra uno y otro. Prohibióse bajo severas penas el seguir otra religion que no fuese la católica, apostólica, romana.

La noticia del renacimiento de la iglesia católica en Abisinia, enardeció mas y mas al recibirse en Europa, el deseo de todos los jesuitas, siendo muchos los que pidieron ser destinados á aquella mision. Inmediatamente se dirigieron cuatro padres italianos al Cairo; pero tuvieron la desgracia de no llegar á su

destino, por haber caido durante la travesia en poder de los turcos. Partieron casi al mismo tiempo otros cinco de Lisboa, llevándose un pálio para el patriarca Mendez, al que Melec Segued acababa de ceder Enfraz con todo su territorio. Fundó además el monarca varias casas en diferentes provincias para los misioneros, y un seminario en la ciudad de Fremona, que no tardó en reunir la flor de la juventud abisinia. En su celo infatigable por la propagacion de la fé, no cesaba Mendez de publicar obras piadosas, escritas en idioma de Abisinia, el cual poseia ya perfectamente al poco tiempo de su llegada; las primeras que publicó fueron los seis primeros concilios con magníficas notas, en las que combatia de un modo incontestable todos los errores de los abisinios. Despues de haber dispuesto así los ánimos, empezó su visita pastoral, en la que le fué preciso emplear algunos años; empezó por recorrer la provincia de Woggara que contenia setenta iglesias y algunos conventos, confirmando en ella cuarenta mil cristianos. Aunque procuraban los misioneros seguir en todas partes el noble ejemplo de abnegacion que les ofrecia el patriarca, no podian recoger la abundante cosecha que ofrecia á sus desvelos aquella tierra vírgen; por lo que se vieron obligados á recurrir á algunos religiosos y á otros sacerdotes de reconocida virtud, á fin de que les secundasen en el apostolado. Su cualidad de indígenas y el perfecto conocimiento que tenian de la lengua del pais, hicieron obtener á aquellos sacerdotes señalados triunfos, procurándoles además la ventaja de ser acogidas sus misiones en todas partes con la mayor benevolencia. En la sola provincia de Dembea lograron hacer abjurar de sus errores á cuatro mil personas; en la de Woggara á veinte y dos mil; á treinta mil en el pais del Baharnagash y á un número mucho mayor todavía en el de los Agovos. Un solo religioso atrajo diez y siete mil hereges al redil del buen Pastor en una de las provincias del interior del imperio. No se crea sin embargo que no fuesen aquellos triunfos adquiridos á costa de grandes sacrificios, ni que dejasen algunos misioneros de derramar su sangre en diferentes de las provincias evangelizadas. Dos sacerdotes que habian sido destinados al distrito del Tigre, apenas empezaban á predicar, cuando fueron presos y decapitados á los pocos dias por órden del gobernador ó gefe que mandaba en él. Los monges y sacerdotes cismáticos que no se convertian al cristianismo, eran aun mucho mas enemigos que antes de la Iglesia católica; hubo sesenta monges de un convento en que se publicó el edicto del negus, que prefirieron arrojarse de lo alto de una peña antes que cumplir la órden de su soberano; además, hubo un choque entre los hereges y las tropas de Melec Segued, en el que iban al frente de los rebeldes seiscientos cismáticos. Fueron estos los primeros en marchar contra las tropas reales, llevando sobre su cabeza piedras de los altares, y asegurando á aquel pueblo crédulo que los católicos se desbandarian á la sola vista de aquellas piedras; pero como fueron los primeros en ser pasados al filo de la espada, contribuyó su muerte en gran manera á abrir los ojos á aquellas sencillas gentes.

La prosperidad de que gozaba la iglesia de Abisinia era harto grande para que pudiese ser duradera; el error, la supersticion y la disolucion de costumbres, habian echado hondas raices en el curso de los siglos, que no era posible quedasen estirpadas en tan corto tiempo; así que, á los años de paz y ventura de que hemos antes hablado, siguieron otros años de dolor y de luto. Una muger voluptuosa causó la ruina de la religion católica en Abisinia. Cuando nos remontamos hasta el orígen de los males que en diferentes épocas y en varias regiones del universo han afligido á la iglesia, siempre vemos que es aquella causa ú orígen indigno y detestable. Georgis, virey del Tigre habia casado con una hija del negus, cuya conducta era muy reprehensible; Georgis se quejó á Melec Segued que, en su amor de padre, la habia acogido en su palacio junto con el cómplice de sus desórdenes.

Viendo Georgis el ningun caso que habia hecho el negus de sus justas quejas, se entregó al mas vivo dolor, al que en breve sucedió la cólera; no contento con apostatar se declaró desde luego gefe de partido. Los monges que no se habian convertido aprovecharon aquella ocasion favorable para atizar mas el fuego de la civil discordia, y empezaron á recorrer las iglesias, predicando abiertamente contra Melec Segued y la religion católica. Una vez estuvo resuelto el degüello de todos los misioneros, se nombró á Georgis, gefe de la rebelion, obligándosele en cambio á dirigir el primer golpe contra la iglesia; pero advertidos los misioneros oportunamente del peligro que les amenazaba, lograron poner en salvo sus vidas. Ciego de furor entonces Georgis se dirigió contra Jacobo, su confesor, uno de los mejores sacerdotes indígenas que habia en Abisinia, y haciéndolo llevar á su campo atado de piés y manos, se convirtió el gefe rebelde en verdugo, pues derramó por sí mismo la sangre inocente del mártir. Alentados sus secuaces al ver el triste ejemplo que les ofrecia su bárbaro caudillo, juraron no deponer las armas hasta haber arrojado del imperio á la religion católica y haber dado muerte á cuantos la profesaban. Al ver el negus los rápidos progresos de los sublevados, conoció, aunque ya sobrado tarde, la falta que le habia hecho cometer su ternura por una hija que le deshonraba, y trató de repararla en lo posible, repeliendo la fuerza con la fuerza. Keba Cristos, católico celoso, fué nombrado virey del Tigre, al que se dirigió al frente de numerosas tropas para hacer respetar la autoridad de que estaba revestido. No tardaron en estar los dos ejércitos en presencia uno de otro, y en apelar á las armas; pero como fuese la suerte de estas propicia á los soldados de la buena causa, quedaron los rebeldes completamente derrotados; y habiendo sido Tecla Cristos, ó Georgis, hecho prisionero en la cueva en que habia ido á ocultar su derrota, fué conducido al campo del negus, y condenado á muerte. Pero en breve se vió la religion espuesta nuevamente á todos los peligros: la imprudencia del gobernador de la provincia de Lasta, pais erizado de altas montañas, y por lo mismo el mas favorable para los sediciosos, dió una órden severa imponiendo la pena de muerte á los que se negasen á abrazar el cristianismo. Aquel pueblo salvage y altivo que sin duda se habria dejado conducir al redil del buen Pastor por medios de suavidad y de dulzura, se sublevó indignado al ver la órden injusta que acababa de darse para someterle á la iglesia, atacó y derrotó en diferentes encuentros á las tropas del virey, y se declaró enemigo implacable de la fé católica. Animados los cismáticos en vista de las frecuentes victorias alcanzadas por los montañeses, instaron vivamente al negus que restableciera la antigua liturgia, suprimida por Mendez á causa de los muchos errores que entrañaba; y por complacer el príncipe á los muchos que la deseaban, la restableció despues de haberla hecho corregir por el patriarca. Seguro iba á ser ya el triunfo de los adversarios de Mendez, á no haber cambiado una circunstancia especial el curso de los acontecimientos. El P. Apolinario Almeida, nombrado coadjutor del patriarca, acababa de llegar á Abisinia á últimos de diciembre de 1630, despues de haber hecho un penosísimo viage de dos años; siendo portador de tres cartas de Urbano VIII, de las que habia una para el negus, otra para su hijo Basilidas y la tercera para Mendez. Enviaba Su Santidad al propio tiempo un breve concediendo al pueblo de Abisinia, para el año 1631, el jubileo publicado en Roma seis años antes, ó sea en el de 1625. Melec Segued recibió con vivo placer y veneracion profunda aquel testimonio de la solicitud y benevolencia del gefe de la iglesia; además, produjo el jubileo abundantes frutos de salvacion, puesto que muchas provincias que hasta entonces se habian mostrado indiferentes, abrazaron con ardor la fé, y se obraron en todas numerosas conversiones.

Entretanto Basilidas, de edad ya algo avanzada, suspiraba por la corona que debia ceñir despues de la muerte de su padre; y en

su impaciencia, desaprobaba siempre todo cuanto disponia Melec, dando no pocas veces órdenes contrarias ó que estaban en oposicion con las de su padre. Si habia abrazado Basilidas la religion católica, era mas bien por un acto de condescendencia, que por efecto de una conviccion profunda de la escelencia de nuestras doctrinas; muchos abisinios que habian obrado del mismo modo, solo aguardaban como él una ocasion favorable para profesar otra vez públicamente sus antiguos errores y reunirse de nuevo á la iglesia cismática de Alejandría. El que lo deseaba mas ardientemente era Serca Cristos, virey del Gojam, hombre solapado y cruel, que sabia las secretas intenciones de Basilidas, al que instó é hizo aceptar el título de gefe de la conspiracion que proyectaba, y que hizo fracasar por su impaciencia. Descubierta la conjuracion, fué Serca Cristos uno de los primeros presos; y habiendo sido interrogado por Melec Segued le descubrió á sus cómplices y hasta al mismo Basilidas, gefe del complot que acababa de fracasar. Consternado el negus al saber los pérfidos designios de su hijo, y temiendo exasperar mas aun á aquel jóven ambicioso y turbulento, léjos de desplegar el celo y actividad que las circunstancias exigian, dió pruebas del mayor desaliento. Dió un edicto por el que permitia observar de nuevo todos los antiguos ritos, sin que las reclamaciones del patriarca lograsen mas que el permiso de corregir los errores que se notase en ellos. Ocupado entonces el príncipe en someter á los fieros montañeses del Lasta, cuyo apoyo constituia la principal fuerza de los cismáticos, en breve alcanzó sobre ellos una señalada victoria que parecia deber anunciar el triunfo de la religion católica, por haber asegurado Melec Segued y los principales gefes que no pararian, caso de ser vencedores, hasta restablecer el cristianismo en toda la Abisinia. Pero léjos de cumplir aquella solemne promesa, dijeron á Melec algunos gefes al dia siguiente de la batalla: « Príncipe, los que veis tendidos á vuestros piés sin vida, aunque rebeldes, y dignos como tales del castigo sufrido, son vuestros súbditos. En esos montones de cadáveres, veis á numerosos servidores, antiguos amigos y hasta parientes vuestros; lo que ha causado su muerte es la nueva religion introducida, así como será tambien ella la que causará aun mas terribles y sangrientos conflictos. No vayais á creer que ponga nuestra victoria feliz término á la guerra; pensad, al contrario, que es solo el principio de mayores desastres; en todas partes el pueblo se agita y pide abrazar nuevamente la fé de Alejandría, trasmitida por sus padres. Ya conoceis, príncipe, la audacia y el furor de las masas: nada respetan, ni aun el trono de los mismos reyes, cuando se trata de atacar su religion; por nuestra parte, os juramos no abandonaros nunca, pero ¿de qué servirán nuestros esfuerzos para luchar contra todas las provincias? Muchos son ya los soldados y hasta los gefes que por desgracia han abandonado vuestra bandera; y, no lo dudeis, muchos serán aun los que la abandonarán si persistis en escuchar á los doctores estranjeros; no negarémos que sea la fé romana mas santa que la nuestra, ni que no deban de reformarse nuestras costumbres; pero es preciso aguardar á que los ánimos estén mas dispuestos á ello. Continuar por mas tiempo en la senda seguida hasta aquí, es correr á la ruina, es perderos, y perder vuestro imperio. » Como todos los neguses de Abisinia solo podian sostenerse por la fuerza de las armas, no habia ninguno de ellos que pudiese disgustar al ejército, sin esponerse á una caida inevitable; además, la alternativa de sacrificar su corona ó su religion, es para todo príncipe una prueba peligrosa y delicada: pocos son los que tienen una fé ardiente y una alma asaz generosa por preferir la religion al cetro. Así que, desconcertado Melec Segued por el discurso de sus gefes, y por las encubiertas amenazas de su hijo que les apoyaba, permitió que se reuniesen los cuerpos del estado, á fin de que discutiesen á su presencia aquella proposicion, que seria despues aceptada, caso de que optase por ella la mayoría de votos.

Como se tuvo buen cuidado de alejar de la asamblea al patriarca y á los misioneros, triunfaron los cismáticos, y fué proscrita la religion católica. Sin embargo, como en todas las épocas azarosas que ha atravesado la iglesia, tuvo en Abisinia dignos discípulos de los cristianos de los primeros siglos, y generosos defensores que ante la misma asamblea, en el interior de las ciudades y en las campiñas, juraron no abandonar la fé que habian abrazado. Acusado el patriarca Mendez como gefe de la sedicion, fué privado de predicar en lo sucesivo, y se destinó á los misioneros á un puerto marítimo, en el que debian aguardar la órden de embarque para dirigirse á las Indias. Nada mas triste y desconsolador que el espectáculo que ofrecian aquellos dignos apóstoles al separarse de la grey amada que tantos sacrificios les costaba. Basilidas dió el dia 14 de junio de 1632 un edicto por el que se declaraba la fé de Alejandría religion del estado; mientras que el infortunado Melec Segued, padre del apostolado, testigo de los escesos causados por su debilidad, y entregado á los remordimientos mas atroces, se veia privado del alimento y del descanso. Notando los rápidos progresos de su enfermedad, llamó al P. Diego de Matos, renovó ante él la promesa de restablecer el culto católico si recobraba la salud; pero espiró en sus brazos á 26 de setiembre del año 1632, diez años despues de su conversion. Murió á la edad de sesenta y un años, habiendo regido por espacio de veinte y ocho los destinos de su pueblo.

Desde entonces Basilidas, que tomó el nombre de sultan Segued, dió rienda suelta á todas sus malas pasiones. Su primer cuidado fué el de hacer encarcelar á sus hermanos, que eran en número de veinte y cinco, á los que hizo perecer por medio del veneno ó en manos del verdugo; luego como temiese el valor y el prestigio de Sela Cristos, su tio, lo desterró á un desierto, despues de haberle despojado de todo cuanto poseia. Nombró *abuna* á un aventurero egipcio, que dijo ser enviado del patriarca de Alejandría, el cual declaró que no podia permanecer en Abisinia, si continuaban los jesuitas en ella, por lo que fueron inmediatamente desterrados. Mendez dirigió con este motivo una carta á Basilidas, que era á la vez respetuosa y enérgica, preguntándole la causa que habia motivado el destierro de los jesuitas, á fin de poder comunicarlo al soberano Pontífice y á los príncipes católicos, que no dejarian de pedirle esplicaciones acerca de aquella disposicion. Luego le pedia la convocacion de una asamblea, en la que reuniese el negus sus sacerdotes, los monges mas sábios y los principales abisinios, á fin de examinar con los misioneros, en su presencia, la verdad de la religion católica. Pero conociendo los seides del cisma el talento y la erudicion de Mendez, indujeron á Basilidas á que no permitiese aquella controversia, por ser ya inútil, despues de haber sido reconocida en Abisinia la iglesia de Alejandría. Los cismáticos procuraron anticipar en lo posible la partida de los jesuitas, quienes recibieron en el mes de marzo del año 1633 la órden de dirigirse á Fremona; esceptuando únicamente de aquella disposicion al P. Luis Acevedo, anciano venerable, que habia pasado veinte y ocho años en aquella difícil mision, y que sucumbió á los pocos meses de haber partido sus hermanos. Despues de confiar la custodia de su rebaño á algunos sacerdotes celosos é inteligentes, se retiraron los jesuitas, no sin formar los mas de ellos la resolucion de no separarse de Abisinia, cualesquiera que fuesen los peligros á que debiesen esponerse. Sabedores luego de que querian los abisinios entregarlos á los turcos, se dirigieron los jesuitas al príncipe Juan Akay, que se habia proclamado independiente, y le pidieron una hospitalidad que les fué acordada. Tan pronto como supo el negus la noble conducta de Akay, envió contra él un cuerpo de tropas; pero como fuesen estas derrotadas en diferentes encuentros, y conociese aquel que era imposible dominarle por medio de la fuerza, recurrió á las súplicas y pidió á Akay que obligase á los jesuitas á partir para las

Indias. En vista de las súplicas del negus y de las instancias de algunos de sus allegados, accedió Akay á lo que se le pedia, por lo que no quedó ya á los jesuitas esperanza alguna de poder continuar por mas tiempo en Abisinia. El P. Apolinario Almeida, obispo de Nicea, fué designado para quedarse con seis de ellos: permanecieron además otros dos con Akay, debiendo partir los restantes, junto con el patriarca, para el punto á que se les destinaba. Sin embargo, les recomendó eficazmente Akay al gobernador turco de Massauah, puerto del mar Rojo, hasta el cual les hizo acompañar por una fuerza de seiscientos hombres. Como los cismáticos habian hecho creer á los turcos que se llevaban los jesuitas todo el oro de Abisinia, se les registró á todos escrupulosamente, sin que se les encontrára mas que algunos cálices y algunos otros objetos de escaso valor. El bajá, á cuyas órdenes estaba el gobernador de Massauah, hombre violento y avaro que contaba enriquecerse con el despojo de los jesuitas, se enfureció al ver que carecian estos de todo, y en la esperanza de que los portugueses pagarian su rescate, detuvo á los jesuitas, diciéndoles que si dentro breves dias no le entregaban quince mil escudos, les haria ahorcar á todos. Algunos de sus súbditos, que no podian dudar de su codicia ni de su brutal ferocidad, temiendo que si mataba á los jesuitas, se presentarian los buques portugueses para vengar su muerte, ofrecieron adelantar la suma exigida, con tal que los religiosos respondiesen de ella bajo su palabra. Por último, convino el bajá en dar libertad á los misioneros mediante la suma de cuatro mil quinientos escudos que le aprontaron los mercaderes portugueses, con la condicion de que debian embarcarse los religiosos en el término de dos horas; pero cambiando luego de resolucion, advirtió el bajá que queria los quince mil escudos que habia pedido en un principio, y que se quedaria en rehenes á tres de los principales misioneros, dando libertad á los demás para que se procurasen el rescate exigido. El patriarca, Diego de Matos y Antonio Fernandez, fueron los tres que designó el bajá para quedarse en rehenes; pero como fuese Fernandez de muy avanzada edad, pidió y obtuvo el P. Lobo quedarse en su lugar, por haber dicho al bajá que podia morir aquel de un momento á otro á consecuencia de sus achaques y de su ancianidad. Alentado el generoso misionero por el triunfo adquirido, procuró entonces salvar al patriarca, pero como le saliese ya mal el primer paso que dió al efecto cerca del odioso tirano, tuvo que desistir de su noble propósito. Pasó mas tarde el P. Lobo desde la India á Lisboa y á Roma, á fin de esponer el triste estado de la mision de Abisinia; apenas supo Vitelleschi, general de los jesuitas, el cautiverio del patriarca, se dirigió inmediatamente al embajador de Francia en Roma, y este á su vez al cónsul de su nacion en el Cairo, encargándole negociára la libertad de Mendez y sus compañeros. A la primera reclamacion del cónsul francés, mandó el bajá del Cairo al de Suakim que pusiese desde luego en libertad á los misioneros que tan injustamente habia detenido, lo que hizo el codicioso musulman, no sin que antes empero impusiese por el rescate á los mercaderes europeos la suma de seis mil cruzados. No era menos triste la situacion de los jesuitas que se habian quedado ocultos en Abisinia; obligados sin cesar á cambiar de morada por no ser descubiertos, veíanse espuestos cada dia á ser devorados por las fieras ó á perecer de miseria. Basilidas, que supo existian aun hijos de S. Ignacio en el reino de Tigre, hizo cargar de cadenas al virey Tecla Manuel que los protegia, y confió aquel gobierno á Melca Cristos, enemigo violento del catolicismo. Sabiendo el nuevo gobernador que habia tres jesuitas y algunos portugueses ocultos en un valle sombrío, envió tropas en su persecucion, y despues de haberse apoderado de los PP. Bruno de Santa Cruz, Gaspar Paez y Juan Pereira, les hizo asesinar barbaramente el dia 25 de abril de 1635 (1). Los por-

(1) Tanner, «Societas Jesu usque ad sanguinis et vitæ profusionem militans, p. 193.»

tugueses que iban á dar sepultura á los cuerpos de los mártires, notaron que Bruno y Pereira no habian sucumbido aun, en vista de lo cual les procuraron todos los ausilios, logrando salvar al primero y prolongar la vida á Paez hasta el 2 de mayo. A fin de apoderarse mas fácilmente del obispo de Nicea y de los demás jesuitas que habia aun en Abisinia, mandó el bárbaro Basilidas que nadie se atreviese á insultar los misioneros, á los que permitió regresar á sus antiguas casas, manifestando vivos deseos de volver á verles en su córte. Por mas que temiesen los jesuitas ser aquella proteccion un nuevo lazo que les tendia su perseguidor, y que hubiese algunas almas generosas, como Za-Mariam, virey del Temben, quien no cesó de repetirles que desconfiasen del negus, prefirieron no obstante esponerse á una muerte gloriosa, á continuar por mas tiempo ocultos, comprometiendo á los cristianos que les daban hospitalidad. Así pues, se dirigió Almeida á la capital con los PP. Jacinto Franceschi y Francisco Rodriguez, recibiendo durante el viage las mayores pruebas de afecto; pero apenas llegaron á la capital, fueron presos y cargados de cadenas por órden de Basilidas. Condenados mas tarde á muerte por un tribunal compuesto de los grandes del imperio, iban ya á sufrir la pena impuesta, cuando el tirano la conmutó, solo por prolongar sus sufrimientos y complacerse en su lenta agonía. Confió el negus su custodia á un herege inhumano que les hacia sufrir todos los horrores del hambre y la sed, y llevaba su barbarie hasta el punto de atarles á su carro; habiendo sido desterrados algun tiempo despues á una isla del lago de Dembea, poblada de monges fanáticos, tuvieron que sufrir los jesuitas nuevamente los tormentos mas atroces, hasta que por fin se vieron atados en las ramas de los árboles, pereciendo apedreados por aquellos monges cismáticos. (Pl. CVI, n.° 1) Alcanzaron la palma del martirio en el mes de junio del año 1638. Solo quedaron desde entonces en Abisinia los PP. Bruno y Cardeira, por no haber querido permitir nunca Za-Mariam que abandonasen el asilo seguro que les habia ofrecido; aquel generoso defensor del catolicismo, despues de haber alcanzado una victoria sobre el virey del Tigre, fué muerto por un destacamento enemigo. Privados los misioneros del apoyo que les prestaba aquel piadoso virey, no tardaron en ser presos por sus perseguidores y en alcanzar, como sus compañeros, la muerte gloriosa que debia poner término á sus sufrimientos: tuvo lugar su martirio el dia 12 de abril del año 1640. No quedaba ya ningun jesuita en toda la Abisinia; para administrar en ella los sacramentos á los católicos que habian permanecido fieles, quedaban cinco sacerdotes portugueses y cuatro religiosos abisinios. Los portugueses eran Bernardo Nogueira, vicario del patriarca, Alfonso Mendez, Juan Gabriel, Gregorio Pirez, Antonio Almanza y Cristóbal Gonzalez; siendo los abisinios Melca Cristos, superior del seminario de Górgora, Abala Melca Cristos, que lo era del monasterio de Selalo, Pablo de Santa Cruz y Orasi Cristos, abad del monasterio de Debraoré. Es imposible formarse idea de lo que sufrieron aquellos piadosos confesores; medio desnudos, muertos de hambre y faltos de todo, fueron en su mayor parte inmolados por sus bárbaros perseguidores.

Los capuchinos franceses que desde algunos años tenian una mision en Egipto, fueron encargados por el Pontífice romano de reanimar la fé en Abisinia. El P. Agatange, superior de aquella mision, al saber el estado deplorable á que se habia visto reducida la fé entre los abisinios, suplicó al patriarca de Alejandría que se apiadase de la triste suerte de aquellos católicos perseguidos, y que enviase á aquel pais un abuna cuya prudencia y caridad calmasen en él la efervescencia de los ánimos. Con efecto, el patriarca escribió al negus encargándole que tratase á los católicos con menos dureza, y nombró abuna al abate Márcos, amigo del P. Agatange, que en varias conferencias que tuvo con él, logró inspirarle sentimientos favorables á la unidad católica.



Mendez, á quien Márcos entregó una carta de Agatange en Suakim, vió que por desgracia se habia equivocado el buen capuchino acerca de los sentimientos del nuevo abuna, conforme tuvo ocasion de conocerlo despues el mismo Agatange. Cuando los misioneros de su órden se hubieron encargado de la mision de Abisinia, seis de entre ellos, á cuyo frente estaba el superior, intentaron penetrar en aquel imperio; el P. Agatange de Vendoma y fray Casiano de Nantes (1) partieron del Cairo á 23 de diciembre del año 1637, embarcándose con un bajá que el sultan enviaba á Suakim, quien les trató con la mayor benevolencia; pero apenas llegaron á Abisinia fueron inmediatamente presos y presentados al abuna Marcos. Este, sin ninguna consideracion á la amistad que le profesaba Agatange, declaró que eran este y su compañero dos sacerdotes romanos, enemigos de la iglesia de Alejandría, á la que iban á combatir. Como equivalian estas palabras á una sentencia de muerte, fueron apedreados los dos religiosos en el año 1638, merced á la perfidia é ingratitud del jacobita que les debia el destino que ocupaba. Los PP. Querubin y Francisco, que habian pertenecido por tanto tiempo á las misiones de Basorah, se embarcaron en Mascate, y fueron asesinados en Magadoxo; los PP. Antonio de Virgoleta y de Petra Santa, permanecieron en Massauah bajo la proteccion del bajá de Suakim, donde trabajaron con provecho en favor de los mercaderes abisinios que, por carecer de socorros espirituales, habian vuelto á profesar sus pasados errores. Murió Virgoleta á principios del año 1642, sucediéndole en aquel apostolado los PP. Felix de San Severino y José Tortulani de Altino, cuya llegada alarmó vivamente á toda la Abisinia. Basilidas envió desde luego al bajá ciento cincuenta onzas de oro y cincuenta esclavas, suplicándole al propio tiempo que le entregase aquellos religiosos, ó bien que les condenase á muerte. Como no era ya bajá el generoso turco que por espacio de tantos años habia tratado á los misioneros con sin igual ternura, hizo su bárbaro sucesor comparecer á Felix de San Severino y José Tortulani, á los que hizo decapitar en su presencia; respecto del P. Antonio de Petra Santa, se limitó el tirano á hacerse presentar su cabeza.

Alfonso Mendez, á pesar de encontrarse en la India, continuaba mirando á la iglesia católica de Abisinia como su verdadera esposa; solo pensaba en procurar socorros á tantos cristianos ortodoxos como habia amamantado en la fé de Jesucristo. Los jesuitas que le habian secundado en sus trabajos apostólicos, y que habian sido arrojados con él de aquel imperio, se ofrecieron á volver á Abisinia, para alcanzar la corona del martirio que hubieran logrado ya ceñir á haber permanecido por mas tiempo en ella. Damian Calaca, que habia evangelizado á Diu y merecido el aprecio de los banianos, fué el primero en presentarse para volver á Abisinia; y, dirigiéndose á Massauah, aguardó allí á que la Providencia le deparase una ocasion oportuna para entrar en el imperio del negus. El bajá empero le confió una mision cerca del virey de las Indias, al objeto decia, de lograr la libertad de comercio en el mar Rojo; por mas que el jesuita conociese el lazo que se le tendia, para hacer fracasar su propósito, no le fué dado evitarle. Tampoco pudieron lograr su objeto los PP. Antonio Almeida y Botelko, por no haberles permitido las circunstancias salir de Suakim; pero no se entibió por esto el ardiente celo del patriarca Mendez, quien recibió poco tiempo despues la carta siguiente, escrita en nombre del ras Sela Cristos, y que le dirigió Nogueira desde Massauah: «Ilustrísimos Sres. obispos de las Indias, el *ras* Sela Cristos á todos los católicos verdaderos hijos de Dios, paz y salud en Ntro. Sr. Jesucristo. No sé en que lengua debo escribiros ni cuales los términos que he de usar, por demostraros los peligros y sufrimientos de esta Iglesia, los cuales me afligen tanto mas, cuanto que me veo obligado á presenciarlos cada dia. En mi justo do-

(1) Ferrot, «Resumen histórico de la vida de los Santos de las tres órdenes de San Francisco,» t. III pag 376.

lor, solo puedo rogar á Jesucristo, clavado y muerto en cruz por su misericordia infinita, que permita lleguen á noticia de todos nuestros hermanos, los párrocos, obispos, arzobispos, reyes, vireyes, príncipes, gobernadores y á la de todos aquellos que tienen algun poder allende los mares. Siempre he creido que nos hubieran socorrido y arrancado del poder de nuestros enemigos que tanto abundan en esta nacion perversa, á no haberlo impedido hasta aquí la enormidad de mis pecados. Cuando no habia aun iglesia católica en este pais, cuando el nombre de cristiano nos era aun desconocido, se acudió en nuestro ausilio; y hoy dia que hay tan gran número de fieles, nadie piensa en socorrernos. ¿Por ventura el Pontífice romano, nuestro Padre, nuestro Pastor, al que tanto queremos, no existe ya en la eterna cátedra de Pedro, ó no quiere consolarnos? Ya que somos sus ovejas, y nos vemos espuestos cada dia á ser víctimas de la voracidad de los lobos que sin cesar nos persiguen, ¿no tendrémos la satisfaccion de saber algun dia que piensa en nosotros? ¿No tiene ya el Portugal príncipes que están animados del celo que inflamaba á Cristóbal de Gama? ¿No hay prelado que levante sus manos al cielo para implorar el ausilio de que tanto necesitamos? No puedo mas: la lengua se me seca y mis lágrimas no me permiten descubrir ningun objeto; solo me quedan fuerzas para suplicar á todos los fieles que nos socorran prontamente si no quieren vernos perecer. A cada instante se me hace mas pesada mi cadena: abrazad nuestro partido, me dicen los enemigos de nuestra comunion para que perezcan todos los católicos, y levantarémos vuestro destierro. Si hay pues cristianos allende los mares, dígnense reconocernos por hermanos en Jesucristo, ya que defendemos la verdad como ellos, y líbrennos de esta heregía, de este cautiverio de Egipto». — Aquí, añadió Nogueira, terminan las palabras de nuestro amigo Sela Cristos. Me las dictó llorando amargamente durante la visita que le hice en el mes de agosto último. A mi vez un torrente de lágrimas me hace caer la pluma de la mano; juzgad cuales serán mi tristeza y mi dolor: llegué á este puerto el 26 del corriente (enero de 1649), y despues de haber arrostrado todos los peligros y espuesto continuamente mi vida, no he podido procurarme aquí ningun socorro, por no haber enviado nada nuestros amigos de Portugal. Hé escrito diferentes cartas desde Dembea, sin haber recibido hasta ahora contestacion á ninguna de ellas; me vuelvo al lado de Sela Cristos, dejando aquí á Jacobo Xarem, que es tambien muy conocido de los banianos, para que reciba las cartas y me las remita sin demora. Mis compañeros Melca Cristos, Tensa Cristos, Juan Gabriel, Gregorio, Antonio de Almanza y Cristóbal, no son ya mas que unos esqueletos animados; arrastrados de cárcel en cárcel y azotados en todas ellas, han sufrido y sufren tormentos mas atroces que la misma muerte. El dia 21 de octubre del año 1647 fueron sacrificados en aras de nuestra santa religion Zara Cristos, discípulo del abad Keril, hermano del abad Gregorio, y el senador Ando, tan recomendable por su piedad; siendo otros muchos los que se ven cada dia reducidos á prision y espuestos á sufrir el martirio. Todos los portugueses de Fremona han apostatado, y despues de haberse entregado á todos los escesos, me han denunciado al infiel Emana Cristos, el mas cruel de nuestros enemigos, que tantos católicos ha hecho perecer. Parto de Massauah sin ninguna esperanza y falto de todo, por esponerme á caer en poder de los turcos si retardo mas mi partida; el año próximo volveré, si Dios lo permite. Ruego al Señor que permita llegue esta carta á vuestras manos, á fin de que puedan leerla todos nuestros prelados y demás eclesiásticos, y particularmente el patriarca y el P. Manuel de Almeida, si existen todavía, y cuya bendicion imploro de rodillas. Massauah, 30 de enero del año 1649. — Bernardo Nogueira. » Este vicario del patriarca, despues de haber visto perecer en defensa de la fé á todos sus compañeros, fué á su vez estrangulado en Gojam, el año 1653.

Tanner (1) le continua en el número de los mártires de la Compañía de Jesus, á la que no pertenecia. Alfonso Mendez murió en las Indias á la edad de setenta y seis años; por su piedad, su paciencia, su firmeza, su celo y su erudicion, merece ser considerado aquel patriarca como uno de los misioneros mas santos y sábios de su tiempo. Se le acusó de haber exigido á los abisinios que renunciasen á ciertos usos á que estaban acostumbrados desde muchos siglos, que la Iglesia no habia condenado; pero á fin de demostrar lo injusto de aquella acusacion, citarémos los abusos que trató de corregir el virtuoso Mendez. El vicio mas arraigado entre los abisinios era el de la pluralidad de mugeres, para la estincion del cual fueron inútiles todos los esfuerzos de los patriarcas de Alejandría; es cierto que las concubinas despedidas por los nuevos cristianos, contribuyeron en gran parte á preparar sordamente la triste revolucion de que nos hemos ocupado; pero es la ley del Evangelio tan terminante sobre este punto, que no puede hacerse ningun cargo á los misioneros por haberla predicado en toda su pureza. Pretender así mismo que hubiesen tolerado la circuncision, la observancia del sábado y otras prescripciones legales observadas por los judios, etc., habria sido llevar el laxismo hasta límites desconocidos, aun á los teólogos mas indulgentes de la Compañía de Jesus.

Urbano Cerri (2), hablando de los esfuerzos hechos para evangelizar la Abisinia despues de la espulsion de Mendez, se espresa de esta manera: « Los reformados y los capuchinos que intentaron establecerse en Etiopía posteriormente, fueron condenados á muerte en Suakim y otros puntos; y el obispo de Crisopoli, que fué enviado á aquel pais en calidad de vicario apostólico, no pudo llegar mas que hasta el Cairo. Luego un maronita que hacia treinta años estaba en Etiopía, llegó de Jerusalen el año 1665, y nos refirió lo siguiente: que el rey, que perseguia la religion habia muerto el 30 de setiembre de aquel mismo año; que su hijo Oelafe Segued, que le habia sucedido, demostraba ser favorable á los católicos, á los que permitia ejercer libremente su religion; que en una provincia inmediata al Egipto habia mas de treinta mil católicos, y que en la ciudad en que estaba con su familia, ascendia su número á unos seis mil; y finalmente, que podia convertirse á muchos cismáticos, con tal que los misioneros hiciesen de su parte todo lo posible por dar á conocer la gloria de Dios. Habiendo sido comunicadas todas estas noticias á una congregacion en 7 de diciembre del año 1666, se resolvió renovar aquella mision, y enviar allí á Antonio Andrada, al que se dió el título de vicario apostólico, y que fué nombrado posteriormente obispo de Calípoli. Al llegar los nuevos misioneros á Suez, comunicaron á la Congregacion en el año 1669, que continuaba reinando la persecucion en Abisinia, si bien era menos violenta que durante el reinado del último segus; y luego dos años mas tarde supo la Congregacion, que aquellos misioneros habian sido condenados á muerte por los tiranos abisinios que continuaban persiguiendo la religion católica. Abandonóse por entonces aquella mision, que fué despues unida á la de Egipto, á cuyo superior se previno enviase misioneros á Etiopía, procurándole al propio tiempo los recursos necesarios para que pudiese efectuarlo. »

He ahí lo que dice de Maillet acerca de los esfuerzos hechos por los misioneros para evangelizar la Abisinia: « Hace ocho ó diez años (1) que habia en el Cairo algunos misioneros italianos de la Reforma de S. Francisco, que no estaban á las órdenes del guardian de Jerusalen, á pesar de vivir en el mismo convento y á espensas de la custodia de Tierra Santa. Los gastos que importaba la manutencion de aquellos misioneros, y que tal vez no podia

(1) *Societas Jesu usque ad sanguinis et vitæ profusionem militans*. pag. 205.
(2) *Estado actual de la Iglesia romana*. pag. 218.

(1) *Relacion enviada por el cónsul del Cairo* (15 de Febrero de 1702) *á Mr. de Ferriol. embajador en Constantinopla, acerca de los planes de los misioneros para entrar en Abisinia.*

sostener el convento de Jerusalen, obligaron sin duda á su guardian á dirigirse á Roma y proponer que su comunidad se encargaría de la mision de Egipto, puesto que al poco tiempo le fué confiada aquella por la Congregacion de *Propaganda Fide*. Luego despidieron los franciscanos á los demás religiosos que habian pertenecido á aquella mision, quienes se presentaron al Papa á fin de que se les repusiera, entregando una relacion, segun la cual en el pais de Fungi, situado en los confines de Etiopía, existian numerosas familias cristianas que se habian retirado de Abisinia cuando empezó en el año 1641 la persecucion contra los católicos. Por último, decian que aquellas pobres almas carecian de todo ausilio espíritual, y se ofrecian aquellos religiosos para ir á socorrerlas y penetrar hasta en Etiopía, cuya Iglesia aseguraban estar dispuesta á unirse á la católica.... No solo se accedió á la peticion de aquellos religiosos, sino que convencido de la certeza de todo cuanto acababan de esponer acerca de la union de la iglesia etíope, creó el papa Inocencio XII los fondos necesarios para sostener un gran número de religiosos destinados á aquella mision llamada de Etiopía, y de la que se encargó á los reformados de San Francisco. Al propio tiempo se les permitió tener dos ó tres frailes de su órden en el Cairo en calidad de procuradores de aquella mision, y á los que se autorizaba para tener un convento en Achmin (la Panapolis de los antiguos), á fin de que nada faltase á los religiosos que irian ó vendrian de Etiopía. De este modo aquellos misioneros, escluidos en cierto modo de Egipto, hallaron un medio para establecerse nuevamente en él con mucha mas seguridad que la que antes tenian. Como solo se habló desde entonces en Roma y en todas las cortes católicas de aquella gran mision, creyeron los jesuitas no deber abstenerse de contribuir por su parte á dar cima á aquella gloriosa empresa en la que tenia fijos los ojos todo el orbe cristiano.... Antes pues de dirigirse á Su Santidad, creyeron prudente participar al rey la resolucion que habian tomado de enviar algunos de sus operarios á aquella mision de Etiopía, la cual aprobó en gran manera el soberano, prometiendo secundarla. Dado aquel primer paso, se dirigió el P. Verseau á Roma, desde donde pasó al Cairo en el año 1697, con órden de que se le diera toda la proteccion posible, la que le procuré gustoso, lo mismo que á todos los demás de sus hermanos que se me presentaron en lo sucesivo. Recibíle en mi propia casa, y luego insté á mi gobierno (el gobierno francés) y obtuve que le comprase una. Acerca de sus planes, sobre la Etiopía, dije francamente al P. Verseau mi opinion, esto es, que seria un milagro el poder penetrar en ella, y mucho mas aun el sostenerse allí y hacer algunos progresos; aseguréle que cuanto se decia respecto de los cristianos establecidos en los confines de Etiopía era una mera fábula; pero que no por ello dejaria de cooperar á todo lo que pudiese facilitarle la entrada en aquel imperio. Al poco tiempo se dirigió el P. Verseau á Siria, donde fijó su residencia en calidad de superior general de su Compañía; encontrábanse á la sazon en el Cairo dos religiosos de su instituto, uno de los cuales era el P. Brevedent, santo misionero que atesoraba todas las virtudes. En el año 1698 se presentó al Cairo un sugeto llamado Hadgi-Ali, mercader procedente de Etiopía, diciendo haberle encargado el negus (Yasus I) que le presentára todos los médicos que pudiese procurarse. Habiendo caido el mercader enfermo, procuróle el francés Cárlos Poncet, cirujano establecido en el Cairo, todos los ausilios del arte; y como curase el etíope á los pocos dias, propuso al cirujano si queria seguirle á su pais, en el que le prometió podria hacer en poco tiempo una fortuna considerable. Indeciso el señor Poncet me consultó acerca de lo que debia hacer, y yo le induje á que aceptára aquella proposicion, esperando lograr por su medio facilitar á los jesuitas su entrada en la corte de Abisinia. Participé á los jesuitas mi plan, que aprobaron en todas sus partes; y el P. Brevedent partió del Cairo el 10 de junio del año 1698

como criado del señor Poncet, sin permiso siquiera de su superior por estar este á la sazon ausente del Cairo. Obligada la caravana á detenerse por mucho tiempo en el alto Egipto por no caer en poder de los árabes, recibió allí Brevedent una órden de su superior para que renunciase á su viage; pero como viese luego aquel las acertadas disposiciones que habian sido tomadas, le autorizó á los pocos dias para que lo continuase. « Dice Poncet en su curiosa *Relacion*, que durante el trayecto de Moscho á Dongola encontró numerosos pueblos que, aunque profesaban la ley de Mahoma, no tenian ningun conocimiento de ella; luego añade el propio viagero: lo que mas contristaba al P. Brevedent, era el recuerdo de haber sido aquel pais cristiano y haber perdido su fé á falta de personas celosas que se consagrasen á la instruccion de aquel pobre pueblo abandonado. Asimismo encontramos durante el viage muchas ermitas é iglesias medio arruinadas. » A su paso por Sennaar, capital de la Nubia, presentaron á Poncet una niña mahometana de cinco ó seis meses para que la curára; pero como la criaturita estaba ya á punto de espirar, bautizóla el P. Brevedent so pretesto de procurarla un remedio, por lo que tuvo aquella niña la dicha de morir cristiana. Cuando se encontraba aquel misionero en la ciudad de Trípoli, en Siria, se le ministró un purgante violento de piñones de la India, *cataputia*, cuyo medicamento, en estremo peligroso, le procuró un flujo que ocultó siempre á Poncet por modestia; llegando á agravarse de tal modo su enfermedad en Barcos, que se vió en pocos dias reducido Brevedent al último apuro. « Tan pronto como supe su triste estado, dice Poncet (1), me dirigí á su cuarto, donde mis lágrimas, mejor que mis palabras, no tardaron en darle á conocer que desesperaba de su curacion y que habia llegado su última hora. La paz angelical que revelaba el rostro del misionero y sus santas palabras de amor y reconocimiento hácia Dios, hicieron en mí una impresion tan profunda, que no las olvidaré nunca. Murió el generoso apóstol en tierra estrangera, á la vista de la capital de Etiopía, como habia muerto en otro tiempo S. Francisco Javier, cuyo nombre llevaba, á la vista de la capital de la China, cuando iba á conquistar con la cruz de Jesucristo aquel vasto imperio. La muerte del P. Brevedent, acaecida á 9 de julio del año 1699, edificó á todos los religiosos de Etiopía que asistieron á ella; despues de habérsele hecho las acostumbradas preces, quisieron los mismos religiosos llevar el cuerpo del misionero á una iglesia dedicada á la Santísima Vírgen, en la que fué solemnemente enterrado. » A su llegada á Gondar (Pl. CVI, n.° 2), fué Poncet recibido por el emperador, quien le dijo haber sentido mucho la muerte de su compañero, por habérsele ponderado en gran manera su virtud, su talento y su mérito. Como no se recibiese noticia alguna del P. Brevedent ni de Poncet, partieron los jesuitas Grenier y Paulet para la mision de Abisinia; siendo recibidos por el rey de Sennaar como enviados de Francia, y recomendados por el mismo al embajador del negus, con el que acababa de firmar un tratado de paz. Acompañaron los dos misioneros al embajador hasta Abisinia, sin que desde entonces volviese á recibirse ya noticia alguna de ellos. Aunque tenian los franciscanos reformados un religioso de su órden que ejercia las veces de médico cerca del rey de Sennaar, menos favorecidos por este que los jesuitas, tuvieron que aguardar la contestacion del abuna y de los monges abisinios, antes de penetrar en Abisinia. El viage de Poncet tenia un doble objeto, á saber: curar al negus que se encontraba gravemente enfermo, lo que logró, y hacer que enviase Yasus un embajador al rey de Francia, lo que tambien consiguió, como lo indica el haberse presentado Poncet en el Cairo con un tal Mourad, á los cuales acompañó el P. Verseau hasta Paris. Cuando en el año 1703 regresaron Poncet y Mourad á Abisinia, fué el P. Bernado á aguardarles en Suez, para penetrar con ellos en aquel imperio; pasando á

(1) *Cartas edificantes*, p. 148.

su vez aquel jesuita por criado del médico; reunióse tambien con ellos Jacobo Cristóbal, mercader cipriota. Al llegar empero á Djedda, se vieron el P. Bernardo y Cristóbal obligados á regresar al Cairo, mientras que Mourad y Poncet continuaban siguiendo su destino errante: el primero de ellos murió en Maskate y el segundo pasó á Persia, donde terminó tambien su carrera, notable por el vasto campo que ofreció á la geografía con la descripcion de las diferentes regiones desconocidas que habia recorrido. El armenio Elías, súbdito de la nacion francesa, fué enviado á Abisinia por la via de Massauah, á fin de inducir á Yasus á que recibiera como embajador de Francia á Negro del Rule, vice-cónsul en Damieta; pero como desgraciadamente fué asesinado del Rule en Sennaar el dia 25 de noviembre del año 1705, quedaron cerradas á los jesuitas las puertas de aquel imperio. Bruce (1) atribuye calumniosamente aquella desgracia á los franciscanos reformados, residentes en Nubia, á quienes, segun supone, su odio á los jesuitas, hizo dar muerte al embajador que iba á abrirles el camino de Abisinia. La sórdida avaricia de los nubios, vivamente escitada por los ricos presentes que estaba encargado Rule de ofrecer al negus, fué la que motivó el asesinato de que fueron víctimas los enviados franceses; siendo la calumnia de Bruce tanto mas patente, cuanto que los franciscanos reformados no vivian en Sennaar, al cometerse el atentado. Por otra parte, solo se limita el autor anglicano á reproducir las odiosas acusaciones del consul de Maillet (2).

No obstante la desgracia de Rule en Sennaar, hubo en Atbara algunos misioneros esforzados que intentaron hacer un viaje á Abisinia, logrando penetrar en ella. Oustas, (que no descendia de la familia de Salomon), ocupaba el trono cuando llegaron á aquel imperio los PP. Liberato Weis, prefecto apostólico austríaco, Miguel Pio de Zerba, de la provincia de Padua, y Samuel de Bienno, milanés, religiosos de la órden San Francisco. Aquel príncipe, dice Bruce, se habia formado como Yasus, una idea ventajosa de la religion romana; por lo que les recibió dignamente, confiándolos al cuidado de Ain Egzié, antiguo oficial de Yasus, y gobernador del Walkayt. Les dió además por intérprete á un monge abisinio que habia estado en Jerusalen, y que era muy adicto á la comunion de Roma, al cual encargó estuviese constantemente á su lado, y veláse por sus intereses. No obstante de admirar la pobreza de los misioneros y su empeño en no aceptar nada de cuanto les ofrecia, no les permitió el sultan predicar públicamente, por temer que el pueblo se le sublevase. «La obra que vamos á emprender es difícil, les dijo; y es preciso obrar con mucho tino para llevarla á cabo; no creó Dios el mundo en un instante, pero sí en seis dias.» En breve se supieron en la córte las intenciones del soberano; sin embargo, nadie osó oponerse á ellas por temer la severidad del negus. La raza de Salomon volvió á apoderarse del trono de Abisinia en el mes de enero del año 1714, ocupándolo David, hijo de Yasus. El superior de los monges de Debra-Líbanos, declaró entonces ante el clero del reino que habia tres sacerdotes católicos con un intérprete abisinio en el Walkayt hacia ya algunos años, y que habian sido sostenidos y consultados por Oustas, quien acostumbraba asistir á la misa, celebrada segun el rito romano. Educado David en el cisma, mandó arrestar desde luego á los misioneros y al abbas Gregorio; y se obligó á los confesores á comparecer ante el mas parcial y bárbaro de los tribunales. Hé ahí la primera pregunta que les fué dirigida: «¿Reconoceis el concilio de Calcedonia, y creeis que fué legítimamente presidido por el Papa Leon?» Contestaron los confesores que lo reconocian como cuarto concilio general; que admitian

(1) *Viage á las márgenes del Nilo*, tomo IV, pag. 499.

(1) *Memorias sobre las circunstancias de la muerte de Mr. de Rule y los suyos, con una relacion circunstanciada de todo lo que ocurrió antes y despues de su nombramiento, de las personas que cometieron aquel atentado, de la inutilidad de las misiones en Egipto y Etiopía, de las suposiciones, miras y conducta de los misioneros italianos reformados*, á continuacion de la *Reseña histórica de Abisinia*, p. 436.

sus decisiones como reglas de fé, y que el Papa Leon le habia presidido legítimamente como gefe de la Iglesia católica y Vicario de Jesucristo en la tierra. A estas palabras contestó un grito de indignacion general: « ¡ Que sean apedreados! El que no les arroje tres piedras será enemigo de la Vírgen María. » Y fué inmediatamente cumplida aquella bárbara sentencia; solo un sacerdote distinguido por su saber y su piedad, declaró con vehemencia que eran los misioneros juzgados y condenados injustamente; pero su voz se perdió entre el clamor de aquellos hombres sedientos de sangre. Fueron conducidos los misioneros con la cuerda al cuello hasta el camino de Tedda, donde recibieron la muerte con una resignacion digna de los primitivos mártires. No contentos los sacerdotes cismáticos con aquel triple asesinato, querian inmolar aun al abbas Gregorio; pero David se limitó á desterrarle á su provincia.

CAPÍTULO VI.

Mision de los Jesuitas en Egipto.

Despues de haber demostrado que el establecimiento de los jesuitas en el Cairo fué con el objeto de poder dirigirse á Abisinia, creemos deber continuar la relacion de sus trabajos en Egipto.

Los primeros misioneros se dedicaron desde un principio á conocer el espíritu y las costumbres del pueblo que habian de instruir; no tardando en convencerse de que para la conversion de las almas habian de contar mas con la proteccion de Dios que, puede hasta de las mismas piedras hacer salir hijos de Abrahan, que con la favorable disposicion de aquellos hombres endurecidos. Obligados los misioneros á ser en escaso número por la falta de medios, no habrian podido resistir al peso de sus inmensas obligaciones, á no haber el cielo centuplicado sus fuerzas con los triunfos que les permitió alcanzar en aquella mision.

Véase lo que escribia el P. du Bernat (1) desde el Cairo á 20 de julio del año 1711, al religioso que estaba encargado en Francia de atender á las necesidades de las misiones de Levante: « El Egipto, visitado en otro tiempo por las personas que deseaban identificarse con la vida admirable de los santos que lo habitaban, ofrece hoy dia un triste espectáculo. Aquella floreciente Iglesia de Alejandría ya no existe, y no se levantan ya para el consuelo del alma cristiana en estos desiertos, ni los monasterios que acogian siempre benignos á los peregrinos, ni los anacoretas que solo huian de los demás hombres para orar por ellos. Me recuerda sin cesár su triste cambio estas palabras del profeta: *Cane lúgubre super multitudinem Ægypti*, llorad al ver el triste estado de Egipto. Cuando veo á esos pobres coptos, mis hermanos en la fé, que siguen con indiferencia el camino de la perdicion, se me parte el alma de dolor por no poder procurarles el consuelo de que tanto necesitan; pero ya veis que es insuficiente el número de operarios con que contamos para cultivar el vasto y fértil reino de Egipto. »

El apóstol mas ilustre que tuvo la Compañía de Jesus en Egipto fué el P. Claudio Sicard. Dotado por la Providencia de todas las cualidades que debe reunir un misionero, abandonó la Francia para dirigirse á Siria, obrando ya durante la travesía muchas conversiones. Llegó á la ciudad de Alepo en el mes de diciembre del año 1706, y sin repararse de las fatigas de su largo viage, se dedicó Claudio al estudio de la lengua árabe, en la que hizo rapidísimos progresos, por conocer lo mucho que debia servirle en la carrera del apostolado. Luego de conocer los usos y costumbres de aquel pueblo que estaba llamado á evangelizar, escribió dos obritas en árabe para convencer á los hereges y cismáticos, en las que refutaba todas las razones en que aquellos se fundan; disponiendo por órden didáctico las

(1) *Carta del P. du Bernat, misionero de la Compañía de Jesus en Egipto, al P. Fleuriau, de la propia compañía*, en las *Cartas edificantes*, t. VII, pag. 247.

autoridades sacadas de la Sagrada Escritura ó de los Padres de la iglesia, y todos los principales argumentos teológicos para combatir el dogma herético, y establecer las verdades católicas de un modo sólido. Terminadas sus dos obras, buscó á los pretendidos doctores de cada secta, y despues de haberles hecho esponer las interpretaciones erróneas que daban á la Sagrada Escritura y á la de los santos Padres, les entregaba sus dos obras, en las que eran tan completamente refutados todos sus errores, que los hereges y cismáticos de buena fé, no podian menos de acatar la verdad católica. Pero, como casi siempre los hombres, sea por orgullo, sea por terquedad, prefieren oponerse á la verdad á confesar haberse engañado, buscaba el misionero con preferencia á las familias oscuras que ignoraban la santidad de nuestros misterios y los deberes del cristianismo. Habia en el estremo de la ciudad de Alepo un arrabal que contenia mas de diez mil cristianos, que á pesar de honrarse con este nombre, ignoraban lo que es ser católico; inútil nos parece advertir que fué desde luego aquel pueblo objeto de la predileccion de Sicard. Dirigíase el misionero, todas las mañanas al arrabal citado, y despues de haber enseñado el catecismo á los niños y de haber visitado y socorrido á los enfermos, no volvia á dirigirse nunca á su convento sin haber logrado conquistar muchas almas; siendo cada vez su auditorio mas numeroso. En la imposibilidad de atender por sí solo á sus inmensas obligaciones, tuvo el misionero que compartir su trabajo con el P. de Maucolot, quien le secundó tan admirablemente, que en breve estuvo instruido aquel inmenso arrabal en las verdades de la fé cristiana; fueron tantos los afanes de estos dos misioneros, que á ellos fué debida la floreciente mision que tuvieron los jesuitas en Alepo. Continuaba el P. Sicard trabajando con empeño en la conversion de las almas, cuando la mision del Cairo perdió su superior; se le nombró á él para que fuese á dirigirla, y por mas sensible que le fuese el separarse de aquel rebaño querido que le costaba tantos sacrificios, se dispuso á partir para la capital de Egipto, desde el momento en que recibió la órden de sus superiores. Tratábase en su nuevo destino de procurar á los coptos todo el bien posible, y á ello se consagró Sicard con el mismo ardor que le hemos visto desplegar en el arrabal de Alepo; las numerosas dificultades que tuvo que vencer el misionero para convertir á aquellos cristianos degenerados, quedan demostradas por la siguiente carta que escribió Sicard al poco tiempo de estar al frente de aquella mision: «Inútiles han sido todos los medios que he empleado hasta aquí para atraerme á los coptos; antes de hacer brillar á sus ojos la pureza de la fé, me veo en el caso de hacerles conocer la dignidad del hombre. Es el pueblo mas ignorante y grosero que he visto en mi vida, inclusos sus sacerdotes, que, solo conocen de nombre la religion que profesan; en cambio, son tan orgullosos, que os vuelven la espalda así que tratais de instruirles.» Despues de haber estudiado Sicard el carácter de los coptos, empezó por visitar á los que vivian en las márgenes del Nilo; procurando captarse su benevolencia por todos los medios que sugiere la caridad cristiana. Adoptó sus costumbres, socorrió á los pobres, asistió á los enfermos; y sin embargo, trascurrieron muchos años, sin que el grano sembrado por el misionero en aquel campo de abrojos, produjera fruto alguno. Solo despues de haber sufrido todos los insultos por espacio de ocho ó nueve años, tocó Dios el corazon de una familia copta. Las atenciones que esta manifestó tener al misionero, y sobre todo, el respeto que infundia su posicion social, fué causa de que los demás coptos mirasen al religioso con buenos ojos, y que empezáran á obrarse algunas conversiones. Tal fué el principio de la obra regeneradora y santa que ejerció despues el P. Sicard con tanto éxito en toda la baja y alta Tebaida, y desde la desembocadura del Nilo en el Mediterráneo, hasta sus cataratas. Las primeras observaciones que trasmitió el célebre jesuita al P. Fleuriau de Armenonvi-

lle, encargado de atender en Francia al cuidado de las misiones, merecieron de tal modo la aprobacion de todos los hombres mas eminentes, que se encargó al misionero prosiguiera en sus investigaciones. El duque de Orleans, regente del reino, mandó al P. Sicard que le enviase planos de todos los antiguos monumentos de Egipto, á cuyo objeto prolongó sus misiones hasta Tebas, el Delta, el mar Rojo, el monte Sinaí y las cataratas; y despues de sus profundas investigaciones en todos aquellos vastos paises, compuso su *Descripcion del Egipto antiguo y moderno*; procurándole el ministro francés, conde de Maurepas, todos los elementos necesarios para dar cima á aquella importante obra que desapareció mas tarde en grave perjuicio de las letras. Solo ha quedado de ella el plan dividido en doce capítulos. Un discurso sobre el Egipto (1), descripcion breve y exacta de aquel pais, que dejó el misionero, dá una cabal idea de lo que debia ser su obra. Como supiese el misionero al regresar del alto Egipto en el año 1726 que estaba la peste diezmando la ciudad del Cairo, se dirigió inmediatamente á ella, donde se dedicó desde su llegada al cuidado de los apestados; cuando el superior de Tierra Santa, religioso de San Francisco, cayó enfermo del contagio fué á visitarle, y no tardó Sicard en sentirse á su vez atacado. Con todo, sin pararse en sus propios sufrimientos, procuró aun durante dos dias aliviar los de los demás enfermos, hasta que al fin tuvo que ceder á la violencia del mortal veneno que debia conducirle al sepulcro. Previendo el religioso la muerte que iba á coronar su vida de abnegacion y penitencia, pidió los últimos sacramentos, y murió en la paz del Señor á 12 de abril del año 1726. Hasta los mismos infieles manifestaron el dolor profundo que les causaba la pérdida de aquel hijo ilustre de Loyola. El superior general de las misiones de la Compañía de Jesus en Siria y en Egipto, escribió al P. Fleuriau con motivo de aquella sensible muerte: «Eran sus cualidades un don precioso del cielo; su celo por la gloria del Señor y la salvacion de los pueblos fué siempre ilimitado; solo podia moderarlo la esperanza, ó mejor la condescendencia, para atraerse una nueva alma. Su aliento supo vencer todas las dificultades y las mas crueles persecuciones; muchas veces le oíamos decir que cuando solo se buscaba á Dios se llegaba siempre al apetecido objeto, ó se hacia cuando menos la voluntad divina. ¡Gran manantial de dicha y de consuelo para un misionero! Su caridad en instruir á los niños y á los ignorantes, y en asistir á los pobres enfermos fué siempre imponderable, así como fué heróica su paciencia en todos los sufrimientos que buscó siempre con afan en su dichosa vida.» Despues de la muerte del P. Sicard, se procuró con empeño reunir sus Memorias; el P. Márcos Antonio Treffond, superior general de las Misiones de la Compañía en Siria y en Egipto, envió á uno de los mas antiguos misioneros para ponerlas en órden, y recorrer todos los puntos para comprobar los manuscritos y dibujos que habia hecho el P. Sicard por órden del rey. Como sus escritos, á causa de su muerte prematura, no habian recibido aun la última mano, revisólos uno de los misioneros antes de ser remitidos á Paris; despues de la desaparicion de su obra, solo quedan del P. Sicard algunos fragmentos que corroboran todo cuanto hemos dicho acerca de su instruccion, su virtud, su tacto y su celo infatigable. Sus observaciones sobre el Egipto han sido publicadas en las *Cartas edificantes*, de las que no forman en verdad la parte menos interesante; sus dos cartas mas notables las escribió el misionero al conde de Tolosa y al P. Fleuriau; en la primera, fechada en el Cairo á 1.° de mayo del año 1716, refiere el P. Sicard una escursion hecha al desierto de San Macario el año 1712, un viage al Delta, en mayo de 1714, y otro al alto Egipto, que empezó en el mes de setiembre del propio año. Subió en él por el Nilo hasta la poblacion de Abusia, junto á la cual copió un sacrificio hecho al sol, que está esculpido en la ladera

(1) *Cartas edificantes*, tom. VIII, p. 225.

de una montaña, y en cuyo viage hizo además los dibujos de varios monumentos antiguos. En la segunda carta trata de una escursion hecha con José Assemani á los monasterios del desierto de San Macario, donde el sábio maronita, bibliotecario del Vaticano, encontró un gran número de obras rarísimas; contiene así mismo la propia carta el viage que hicieron al desierto de la baja Tebaida el año 1716, en el que visitaron los conventos de San Antonio y de San Pablo y las orillas del mar Rojo. Tambien refiere en otras dos cartas escritas al propio religioso, que visitó el monte Sinaí, que evangelizó á Tebas el año 1708, y que luego volvió á ella trece años mas tarde con el abate Pincia, anticuario piamontés, que queria cotejar los mas bellos monumentos de Italia con los que el Egipto habia conservado; fueron juntos hasta la primera catarata, admirando los ricos monumentos de Elefantina y de Filea. Mientras el P. Sicard evangelizó el Delta en el año 1723, descubrió diferentes ciudades antiguas; tenemos además una *Disertacion* de aquel misionero acerca del paso del mar Rojo por los israelitas; una relacion sobre los diferentes modos de pescar en Egipto, y la *Contestacion* á una Memoria de los miembros de la Academia de ciencias sobre el *anatron*, el *amoníaco* y diferentes piedras y mármoles de Egipto. D'Anville adoptó un gran mapa de Egipto, hecho en el Cairo en 1722 por el P. Sicard; todos los escritores y viageros que se han ocupado del Egipto, han hecho justicia á la exactitud del P. Sicard; todo cuanto este misionero ha escrito sobre aquella region, está traducido al aleman en la *Recopilacion de los viages mas notables á Oriente*, publicada por Paulus en Jena, en el año 1798; y su *Discurso sobre el Egipto*, ha sido continuado en las *Reflecsiones históricas y políticas sobre el imperio otomano*.

Vamos á completar ahora el cuadro de las misiones de Levante, pasando de Egipto á las otras diferentes regiones en que fué ejercido el ministerio evangélico con la misma abnegacion.

CAPÍTULO VII.

Misiones de los jesuitas, teatinos, agustinos, capuchinos, dominicos y carmelitas en Georgia, Armenia y Persia. — Creacion del obispado de Babilonia.

Los jesuitas de Constantinopla habian enviado en el año 1606 algunos misioneros á Georgia; pero como murieron todos en breve tiempo, quedó aquella mision abandonada.

Pedro Avitable, clérigo regular teatino, fué enviado con algunos de sus compañeros á Georgia por Urbano VIII; y el relato que hizo á su regreso acerca del estado del cristianismo en los paises situados entre el mar Negro y el mar Caspio, mostró cuán necesario era fundar allí una mision permanente (1). La Congregacion de la Propaganda confió á cinco teatinos aquel apostolado, que fueron Celso de Nigro, Francisco Abril, Jacobo de Stefano, Jacobo Filomias y su superior Pedro Avitable (2); procurando Urbano VIII á aquellos misioneros cartas para tres príncipes de las regiones que iban á evangelizar. Lograron los teatinos en el año 1627 ser admitidos como médicos en la ciudad de Mingrelia, por haberse hecho presente al *Dadian* lo útil que seria al pais la permanencia de unos hombres versados en el arte de curar. Cuando en el año 1631 fué Pedro Avitable á Roma, para procurarse nuevos auxiliares, manifestó ya el proyecto que realizó despues, de fundar diferentes residencias de su órden en Mingrelia y Georgia. Fué mas tarde enviado Avitable á la India, donde rivalizaron los teatinos en celo con los demás institutos; muriendo aquel superior en Goa el año 1650. Clemente Galanus, sábio teatino, del que se conservan aun preciosas obras, fué á Georgia hácia el año 1636, y permaneció en aquellas regiones por espacio de doce años, cumpliendo con todos los deberes del aposto-

(1) *Clementis Galani, Surrentini, clerici regularis, theologi, et Sanctæ Sedis apostolicæ ad Armenos missionarii, Historia armena*, p. 112-145.

(2) *Historiarum clericorum regularium á congregatione condita pars altera, auctore Josepho Silos, Bituntino, ex eisdem clericis regularibus presbytero, t. II*, p. 570.



lado. No obstante las guerras que asolaban de continuo á varias de aquellas provincias, lograron los teatinos hacer progresar en ellas la religion católica; pero como tuviesen con aquel motivo que abandonar sus residencias en Tartaria, Circasia, Armenia y Georgia, fueron reemplazados por los capuchinos italianos que envió allí la Propaganda; establecièronse los misioneros capuchinos en la ciudad de Tiflis. (Pl. CVII, n.º 1) Tambien habrian abandonado la Mingrelia, al ver la esterilidad de sus esfuerzos, á no haber sido por el honor de la iglesia católica que procuraba tener apóstoles en todos los puntos de la tierra; casi todo el fruto que podian producir los teatinos en Mingrelia consistia en bautizar á algunos niños; sus habitantes solo acudian á ellos cuando se veian en algun grave apuro.

La Armenia, en la que continuaban los dominicos ejerciendo su celo, fué teatro de los trabajos apostólicos del P. Pablo Piromalli, hombre recomendable á la vez por su virtud, su abnegacion y su saber profundo; fué uno de los escritores mas eminentes de su órden (1). Abrazó Pablo el instituto dominicano con el deseo de procurar la conversion de los infieles, á cuyo fin aprendió desde luego las lenguas orientales; procurando antes de dirigirse á Oriente, ejercer, como por via de ensayo, el ministerio apostólico en algunas provincias de Nápoles. Despues de haber desempeñado varias cátedras, fué destinado Pablo á la Grande Armenia, y cual otro apóstol de los gentiles, cuyo nombre llevaba, fué en busca del cautiverio y de la muerte por el amor de Jesucristo, mostrando en todo el curso de su vida seguir puntualmente las huellas de San Pablo. A su llegada á Malta, catequizó á dos mahometanos de Berbería; y despues de haber sufrido dos terribles tempestades durante la travesía, llegó Piromalli con los demás religiosos á la ciudad de Alejandreta el dia mismo de la conversion de San Pablo, ó sea á 25 de enero del año 1632, de cuyo punto salieron inmediatamente para Alepo. Luego continuó el misionero su camino por la Mesopotamia ó Diarbekir, atravesó el Eufrates, y llegó á la ciudad de Harán, célebre por haber vivido en ella el patriarca Abrahan; trascurridos algunos dias entró en Armenia y se dirigió á la poblacion de Abaraner, en la que habia trescientas familias católicas bajo la obediencia del «sofy» de Persia. Tenian los dominicos un convento en la propia ciudad, en el que vivia el arzobispo de Nakchivan, religioso de la propia órden; despues de tantas fatigas, solo se detuvo Piromalli el domingo de Ramos en la ciudad, dirigiéndose al dia siguiente á Nakchivan, poblacion situada al pié del monte Ararat, cuyo pais debia ser el centro de su mision y el teatro de la guerra que iba á empezar contra el cisma y la heregía. Todos los armenios sin distincion recibieron al misionero con vivas muestras de aprecio, sobre todo al saber que le habia conferido Urbano VIII los mas estensos poderes, para perdonar los pecados, conceder indulgencias y hacer todo lo demás que en vista de las circunstancias le dictára su prudencia. Para mejor atraerse á los armenios, procuró el prudente misionero hacerles observar que los dogmas católicos, que les esplicaba segun la fé de la iglesia romana, eran los mismos que sus padres habian recibido de S. Gregorio, el obispo y el apostol de Armenia en el tercer siglo, y cuya autoridad era en aquel pais la mas respetable que podia citarse. Esto, unido á la pureza de sus costumbres, hizo que en breve se notase un cambio notable en las de un gran número de armenios; cada dia iba creciendo el rebaño de los fieles por las conversiones de los cismáticos y eutiquios. Como intentase el P. Piromalli convertir al arzobispo cismático, dió este aviso de ello á Ciriaco, patriarca de la Grande Armenia, el cual mandó prender al misionero, cargarle de cadenas y ponerle á pan y agua, siendo aquella órden puntualmente cumplida. La lectura del Nuevo Testamento fué el único consuelo que tuvo durante los veinti-

(1) Turon. *Historia de los hombres ilustres de la órden de Santo Domingo*, t. v p. 435, Fontana, *Monumenta dominicanos*, año 1634, 1639.

dos meses de su injusto cuanto cruel cautiverio; llegando al fin sus virtudes á ablandar un tanto el corazon de los dos prelados cismáticos. Cuando se le dió pues alguna mayor libertad, compuso Piromalli varias obras, si bien ninguna le ocupaba tanto como la de convertir á Ciríaco, cuyo corazon acababa de predisponer Dios en su favor, en el momento mismo en que Urbano VIII reclamaba con mas vigor la libertad de su ministro. No contento el patriarca de Armenia con restituir la libertad al misionero, le llamó á su convento de Echmiatzin, para enseñarle su comunidad compuesta de unos tres cientos religiosos que observaban la vida mas austera y penitente á pesar de haber alterado su fé el cisma y la heregía de Dioscoro. Si bien encomió Piromalli la piedad de Ciríaco y de sus monges, no por esto dejó de manifestarles que sin la fé no puede hacerse cosa alguna que sea grata á los ojos de Dios, y de reiterar lo mismo que le habia causado su largo cautiverio; luego pidió al patriarca, en nombre de Jesucristo, que le permitiese predicar ante la comunidad, pero se negó este último á ello, diciéndole airado que no volviese á hacerle nunca mas una peticion semejante. Animado del amor mas vivo por sus hermanos, se postró Piromalli á los piés del patriarca y le dijo: « Concededme la gracia que os pido: es innegable que vos ó yo estamos en un error, puesto que pensamos de un modo tan distinto en materias de fé; permitidme pues que esponga públicamente mis creencias. Si me engaño, vos me corregireis; pero desde ahora me ofrezco á sufrir la clase de muerte que querais imponerme, si no os pruebo que la fé romana que nosotros profesamos, es la misma que os predicó San Gregorio, ápostol de vuestra nacion. » La vehemencia apostólica del misionero desarmó á Ciríaco, quién no solo le permitió predicar, sino que hasta el mismo asistió á su sermon. El modo con que Piromalli trató el dogma de las dos voluntades en Jesucristo y las pruebas con que apoyó la doctrina católica, parecieron tan luminosas al patriarca, que no pudo menos de abrazar tiernamente al misionero, y dirigirle estas palabras que algunos senadores habian dirigido en otro tiempo á S. Pablo en el areópago de Atenas: « No será esta la última vez que os oirémos hablar acerca de esto mismo. » (1) Despues del segundo y tercer discurso, hizo llamar á uno de los religiosos mas sábios del pais, y le dijo el patriarca ser el misionero enviado del cielo, conforme lo indicaban claramente la pureza de su doctrina y la santidad de su vida. Acababa de abrir Ciríaco sus ojos á la luz de la fé. Sin embargo, antes de manifestar públicamente sus nuevas ideas acerca de los artículos que le habian obligado á vivir separado hasta entonces de la Iglesia romana, encargó á un doctor armenio que tuviese algunas conferencias con el P. Piromalli para proponerle todas las dificultades que se le ocurriesen; pero como fuesen todas ellas satisfactoriamente resueltas, abjuró el patriarca sus errores para unirse á la Iglesia católica, y el doctor armenio y casi todos los demás monges cismáticos siguieron su ejemplo (2). No solo se permitió desde entonces á Piromalli predicar las verdades católicas en toda la estension de la grande Armenia; sino que por una prueba de señalada confianza, le encargó Ciríaco la educacion de los jóvenes que habia en el convento de Echmiatzin, y la correccion de las obras pertenecientes á la secta que acababa de abjurar. El siervo de Dios utilizó todos los medios de que pudo disponer para enseñar en todas partes las reglas de la moral cristiana y establecer la fé en toda su pureza. Nada importaba al celoso misionero verse espuesto á inminentes peligros, con tal que pudiese, arrostrándolos, atraer nuevas almas al camino de la virtud y

(1) *Audiemus te de hoc iterum.*

(2) Conviene añadir que algunas personas, poco enteradas de aquel hecho, lo atribuyeron á Clemente Galanus; pero el doctor Tomás, nuevo patriarca de Armenia, quiso hacer á Piromalli la justicia que le era debida. Hé aquí sus palabras: « *Todo el Oriente sabe que el patriarca ciríaco fué convertido por el P. Pablo Piromalli, actual arzobispo de Nakchivan, así como tambien nadie ignora que antes de la llegada del P. Galanus á Constantinopla, habia sufrido ya aquel prelado las mayores persecuciones de parte de los cismáticos. Lo que declaro por haber sido testigo ocular de ello nos, Tomás, patriarca de Armenia. Viena*, 11 *de octubre de* 1656. » (Not. del Aut.)

de la gracia; algunas veces que se vió mal tratado por los cismáticos obstinados del pais, acudieron en su ausilio los turcos que, á pesar de no profesar su religion, respetaban su virtud. En la imposibilidad de procurarse los operarios evangélicos necesarios para atender al cuidado de su vasta mision, escogió entre sus discípulos á los de mas virtud y celo, y despues de haberles instruido suficientemente, les envió como catequistas á diferentes puntos, á fin de que por el ausilio de la gracia, hiciesen todo cuanto el mismo hacia en aquellas regiones. Luego se dirigió mas tarde á Georgia, confiada entonces á los teatinos, donde logró Piromalli abolir una antigua supersticion, con solo demostrar á los armenios ser aquella supersticion contraria á las doctrinas de su apóstol San Gregorio. Despues de haber permanecido algun tiempo en Mingrelia, situada en la parte septentrional de la Georgia á lo largo del mar Negro, se dirigió á Persia, con unas veinte personas de esta nacion, que habia logrado convertir; siendo á su llegada presentado al *sofy*, al que ofreció un pequeño *Tratado de la fé cristiana*, que habia escrito en lengua persa. Como le permitiese aquel príncipe predicar en sus estados, acababa de empezar en ellos el ejercicio de su ministerio, cuando le nombró Urbano VIII nuncio apostólico cerca de la córte de Polonia. A su paso por Constantinopla obró grandes conversiones; los armenios residentes en aquella capital, despues de haberle hecho una recepcion magnífica, suplicaron á Piromalli que predicase en su iglesia, cuya peticion no habian hecho sin duda nunca á ministro alguno de la Santa Sede. Sus predicaciones en ella dieron por resultado la entrada de toda aquella comunion en el seno de la iglesia romana. Sabedor de la division y animosidad que reinaban entre los armenios cismáticos y los que seguian la fé católica en Luvu, Lemburgo ó Leopol, capital de la Rusia Roja, no paró el misionero hasta haber calmado enteramente los ánimos y hacer renacer la paz en aquel pueblo hermano. Los que, insiguiendo el ejemplo de sus padres, habian abrazado hasta entonces el cisma, reconocieron dos naturalezas en Jesucristo, acataron las decisiones del concilio general de Calcedonia, celebrado en el siglo v para estirpar la heregía, y renunciaron para siempre al culto tributado á Dióscoro, autor de su cisma, anatematizado por aquel santo concilio. El rey de Polonia, á cuya peticion habia sido Piromalli nombrado nuncio en su córte, vió con tanta mayor satisfaccion el triunfo que acababa de alcanzar el nuncio, cuanto que deseaba ardientemente la union de los armenios, ricos mercaderes que se habria visto en el caso de espulsar de sus estados, á haber continuado turbando la paz en su reino. Los cardenales de la Propaganda, siempre atentos y dispuestos á procurar los progresos del Evangelio, aprovecharon la feliz disposicion del príncipe con respecto al nuncio, haciendo que este le pidiese el establecimiento de un nuevo colegio en Leopol para sostener y educar á doce jóvenes armenios que debian despues consagrarse á la instruccion y conversion de sus compatriotas. Hácia el año 1638 regresaba el P. Piromalli á Italia, para dar cuenta á la Congregacion de la Propaganda de lo ocurrido en Armenia y Polonia, cuando fué preso por los piratas musulmanes y conducido á Túnez. Mientras estuvo en las mazmorras africanas, reveló la misma paciencia y firmeza de que habia dado tantas pruebas; y despues de haber pagado su rescate el general de la órden, fué á Roma, donde Urbano VIII y toda la Congregacion encomiaron sus muchos servicios, encargándole revisára y corrigiera una traduccion de la Biblia en lengua armenia. Despues de permanecer algun tiempo en Roma, partió nuevamente para Armenia, siendo portador de varias cartas que el Papa dirigia al patriarca y á los obispos de aquella region, á la que llegó en el año 1642.

Además del colegio de Nakchivan, la órden de Santo Domingo habia establecido otro en Roma para los religiosos armenios. «Hé aquí, dice Turon, las sábias precauciones que se han tomado por procurar á aquellos pue-

blos dignos ministros de la fé. Los jóvenes católicos de Armenia, que por su piedad y su talento, dan alguna esperanza de poder con el tiempo ser útiles á la iglesia, son mantenidos y educados gratis en nuestros conventos; despues de su profesion religiosa, todos los que son considerados aptos para el santo ministerio, son enviados á Roma para que estudien filosofía y teología; y solo son restituidos á su pais, cuando por sus progresos en la virtud y en las ciencias, pueden desempeñar con fruto las obligaciones de su estado. Pero aunque pudiesen por sus conocimientos prestar grandes servicios á Italia ó á cualquier otro reino de Europa, está terminantemente prohibido que se queden allí, por considerarse que será su ministerio mucho mas útil en Armenia. Tales fueron las disposiciones adoptadas por el capítulo general celebrado en Roma el año 1644. Merced á aquellas disposiciones, ha podido conservarse en Armenia un clero católico bastante numeroso para atender á las necesidades de aquel pueblo. Mr de Tournefort, que habia viajado por mucho tiempo el Asia, nos dá una prueba de ello en su itinerario, en el que dice que, entre los religiosos armenios, hay muchos cismáticos que pertenecen á la órden de San Basilio, y otros católicos, que son de la de Santo Domingo. De lo que puede inferirse que el P. Bartolomé de Bolonia no tuvo el consuelo de ver que todos los monges de Armenia abrazasen la union y la reforma.»

Fué nombrado el P. Piromalli arzobispo de Nakchivan el año 1655; sin embargo, lo mismo siendo arzobispo que como cuando era misionero, se le vió siempre esponer los misterios del cristianismo, evangelizar á los pueblos y sostener las verdades ortodoxas contra los ataques de los cismáticos. A instancia del *sofy* de Persia escribió un tratado titulado *Economía de Nuestro Salvador*, *ó Esplicacion del misterio inefable de la Encarnacion por los solos oráculos de los profetas*. Además de sus obras de teología ó controversia, escribió otras muchas, tanto para facilitar á los misioneros europeos el modo de aprender las lenguas persa y armenia, como para poner á los persas y armenios en estado de entender las obras de los PP. latinos. Cuando á causa de sus achaques y de su avanzada edad no pudo continuar Piromalli la carrera del apostolado, pidió que se le nombrase un sucesor, á lo que accedió Alejandro VII, solo por oir de su boca cual era el estado de la iglesia de Oriente; trasladándole al propio tiempo á la sede de Bessignano en Calabria, la cual no dependia mas que de la de Roma; tomó Piromalli posesion de ella á 15 de diciembre de 1664, y murió á los tres años, ó sea á 28 de diciembre del año 1667.

Como las iglesias armenias no ortodoxas, se regian en materias de religion por su patriarca, los jesuitas no menos ardientes que los teatinos y los dominicos por la conversion de los cismáticos, pensaron que el regreso del patriarca á la fé católica causaria un feliz cambio en el pueblo; así que, se procuraron desde luego un establecimiento en Erivan, poblacion situada en las inmediaciones del convento de Echmiatzin, á fin de poder con sus frecuentes conversaciones modificar las ideas de los monges.

Madama Ricouart, viuda, dotada de aquel celo espansivo que abrasa al mundo todo en sus miras generosas, habia cedido poco antes sesenta y seis mil libras para la fundacion del obispado de Babilonia, pidiendo que fuese el primer obispo Juan Duval, profeso del convento de Carmelitas descalzos en el año 1615, bajo el nombre de Bernardo de Santa Teresa, y que debiesen ser franceses todos sus sucesores. Segun los deseos de la fundadora, fué nombrado aquel religioso obispo de Babilonia en el año 1638 por el Pontífice romano que le dió además el título de vicario apostólico de Ispahan (Pl. CVII, n.º 2) y el de visitador de Ctesifon. Tomó el nuevo obispo posesion de su diócesis el dia 7 de julio de 1640, empezando su apostolado bajo los auspicios mas favorables; pero en breve la traicion de un renegado le valió la gloria de verse maltratado por Jesucristo. Viendo el prelado la suma uti-

lidad que podia reportar á aquella mision el establecimiento de un seminario en Paris, se fué á Francia y compró en la capital un terreno á propósito, en el que no tardó en levantarse un colegio que fué mas tarde un semillero de apóstoles. El Papa dispensó á Juan Duval de residir en Babilonia á causa de sus enfermedades, y le nombró por coadjutor á Plácido Luis de Chemin, benedictino de la congregacion de San Mauro, el cual fué consagrado bajo el título de obispo de Neocesarea. Francisco Picquet, cónsul de Francia en Alepo el año 1652, debia ser el sucesor de Juan Duval; á él debieron una parte de los jacobitas de Alepo su regreso á la unidad; aunque laico á la sazon, todo indicaba ya estar Picquet destinado al sacerdocio. En efecto, dejó el consulado en el año 1660, recibió en Francia las sagradas órdenes, y fué nombrado quince años despues obispo de Cesaropla y coadjutor de Babilonia; Luis XIV le nombró al propio tiempo cónsul de la nacion francesa en Persia. «Los armenios católicos de la provincia de Nakchivan, mas oprimidos que nunca por los enemigos de la religion, creyeron hallar un remedio poniéndose bajo la proteccion de Luis el Grande, dice un escritor de la Compañía de Jesus (1), por haber oido decir que no paraba aquel poderoso monarca hasta proteger en todas partes la religion católica, haciendo que penetrára su voz hasta en los paises mas remotos. Sabian los armenios así mismo el alto aprecio en que el rey de Persia tenia á aquel soberano, del que contaba la fama tantas maravillas; así pues, resolvieron dirigirse á él, por medio del obispo de Cesaropla. La merecida fama de santidad de que gozaba el prelado, unida á los demás títulos de dignidad que le merecian la estimacion general, fueron otras tantas causas que determinaron á los católicos de Nakchivan á acudir al virtuoso obispo, suplicándole se dignase elevar sus súplicas hasta el trono de Francia. Compadecido el prelado de la triste suerte de aquellos católicos, víctimas de la avaricia y crueldad de los infieles, escribió al P. de La Chaise, pidiéndole que fuese cerca del rey el abogado y protector de aquellos fervientes cristianos.

«El P. de La Chaise, que conocia mejor que nadie el gran corazon de aquel príncipe, le presentó la instancia de los católicos armenios y la carta de su cónsul, lo que bastó para interesar vivamente al rey en favor de aquellos desgraciados. Desde luego el monarca francés se dirigió al príncipe de Persia recomendándole eficazmente á los armenios, y encargó al propio tiempo á uno de sus ministros que escribiese en el mismo sentido al primer ministro de aquel príncipe; y, á fin de lograr mas fácilmente su objeto, hizo magníficos presentes al rey de Persia. Consistian aquellos en unos hermosos relojes que indicaban á cada instante el movimiento ordinario del sol en su zodíaco y el de la luna; sus eclipses, el movimiento de los planetas y sus conjunciones, las horas, los meses y los años, todo en un órden sucesivo y natural. Eran aquellos relojes tan magníficos y raros que ni aun en Francia habian sido conocidos hasta entonces; y fueron confiados á los jesuitas Longeau y Pothier que debian partir para las misiones de Persia. Salieron de Paris el dia 5 de octubre del año 1682; y despues de muchos peligros y fatigas llegaron á Ispahan, capital del reino de Persia, precisamente en el mismo mes y dia que habian salido de Paris el año anterior. A su llegada, fueron á ofrecer sus respetos al obispo de Babilonia, (que era el mismo Picquet, poco antes su coadjutor) quien les recibió con aquel sincero afecto que profesó siempre á nuestra Compañía. Despues de haber descansado algunos dias, fueron los dos misioneros á ofrecer sus presentes al *sofy*; acompañándoles el obispo de Babilonia, encargado de presentarle las cartas de su soberano. Queriendo aquel gefe demostrar á sus súbditos el respeto que se debia al embajador de Francia, título conferido á Picquet, le recibió en audiencia, á la que obligó asistir á todos los grandes de

(1) *Memoria sobre la mision de Erivan* en las *Cartas edificantes*, t. VI, p. 4.

su imperio vestidos de gala. Despues de recibir al embajador y á los dos misioneros con la mayor benevolencia y consideracion, elogió en gran manera al rey de Francia, demostrando conocer á fondo las brillantes cualidades de aquel príncipe. El prelado le presentó luego los dos misioneros junto con los regalos de que eran portadores; vivamente admirado se quedó el príncipe al contemplar de cerca aquellos preciosos objetos, en los que se veia con toda exactitud el sistema planetario y la bóveda celeste. En su entusiasmo, hacia notar el *sofy* á cuantos le rodeaban la delicadeza y novedad de aquellas obras desconocidas á todos los persas, no sin encomiar al rey que contaba entre sus súbditos á hombres capaces de ejecutar aquellos grandes prodigios del arte. Por último, dirigió el rey palabras tan benevolas al obispo de Babilonia, que creyó el prelado deber aprovechar aquella circunstancia tan favorable para hacer al *sofy* una peticion, que contenia á la vez muchas suplicas. Pedíale entre otras cosas, de parte del rey de Francia, que se dignase autorizar á los dos misioneros para establecerse en Erivan, y egercer allí las funciones de su ministerio; luego le suplicaba tambien humildemente que amparase bajo el manto de su proteccion á sus fieles súbditos de la provincia de Nakchivan, que contra su soberana voluntad se veian tan cruelmente perseguidos. El rey, despues de haberse hecho traducir la peticion del embajador, le aseguró que la tendria en consideracion, y autorizó desde luego á los dos misioneros para permanecer en Erivan y dedicarse á todas las prácticas religiosas que les imponia su estado. Poco tiempo despues fueron los misioneros á despedirse del rey, y se dirigieron á Erivan, á cuya ciudad llegaron el dia 18 de julio de aquel mismo año; su primer cuidado fué presentarse al palacio del Khan (gobernador), y manifestar á este la órden ó mejor la autorizacion que les permitia instalarse en la ciudad é instruir libremente á los cristianos Despues de recibirles el Khan benevolamente, les dijo: « Escoged el sitio que os parezca mejor para vivir en él, y luego prohibiré que os molesten en lo mas mínimo. » Con todo, á pesar de la buena disposicion del Khan, no tardaron los misioneros en esperimentar graves contrariedades que ya habian previsto desde un principio. Tan pronto como supo el patriarca de Echmiatzin los primeros progresos que habia hecho el cristianismo en Erivan, prohibió á los misioneros que continuasen sus predicaciones; pero informado el Khan de aquella disposicion, aseguró á los jesuitas que podian continuar en el ejercicio de sus funciones, á pesar de la prohibicion del patriarca cismático. Otro acontecimiento inesperado y grave desvaneció en gran parte las esperanzas fundadas en aquella mision naciente, empezada bajo tan buenos auspicios: tal fué la sensible muerte del P. Longeau. Cayó de repente aquel religioso en unas convulsiones espantosas, seguidas de una sed abrasadora y de un hambre contínua; conociendo el misionero que era su enfermedad mortal, pidió los últimos sacramentos y murió santamente á la temprana edad de treinta y ocho años. Los que le asistieron en sus últimos momentos juzgaron que su muerte no habia sido natural, por haber aparecido algunas manchas en el cuerpo del religioso, al poco rato de haber este espirado. El P. Roux, superior de la mision de Ispahan, al recibir la triste noticia de la muerte de Longeau, acudió en ausilio de aquella mision naciente que acababa de sufrir tan sensible pérdida, para continuar la obra tan generosamente empezada; partió al efecto de Ispahan el dia 29 de noviembre del año 1684, llegando á Erivan el 16 de enero del año siguiente. De tal modo logró el misionero merecer la confianza del patriarca, que en breve se convirtió este en partidario acérrimo de los jesuitas, no obstante las intrigas y calumnias inventadas contra ellos por los cismáticos; en prueba de ello dirigió el prelado una carta al general de la Compañía de Jesus, en la que despues de manifestarle la satisfaccion con que habia visto al P. Roux, suplicaba al general le enviase nuevos misioneros, que podrian en

su mayor parte dedicarse á instruir al pueblo armenio, puesto que solo deseaba tener él uno ó dos á su lado para ausiliarle con sus consejos é instruir á la comunidad que le estaba confiada. Aquella carta llegada oportunamente á Roma, procuró á la Armenia y á la Persia operarios que repararon las pérdidas pasadas y las que debian sufrir aun proximamente aquellas misiones; porque el P. Roux, no pudiendo soportar ya mas las contínuas fatigas de su trabajosa vida, murió santamente el dia 11 de setiembre de 1686. El patriarca dispuso se hiciesen al P. Roux magníficas exequias, y no cesó de llorar su muerte el resto de sus dias; hablaba contínuamente de las admirables virtudes que habia hallado en aquel gran siervo de Dios, al que no cesaba de dar el nombre de padre. El superior general de nuestras misiones en Persia y Armenia, que regularmente reside en Ispahan, tan pronto como supo la muerte del P. Roux, nombró al P. Dupuis para sucederle en aquella mision. »

Las *Cartas edificantes* (1) nos dan á conocer el motivo por el cual se establecieron los jesuitas polacos en la mision de Erivan: «Despues de haber hecho Simon Petrowitz sus estudios en Roma y recibido allí órdenes sagradas, desempeñó varios cargos á satisfaccion del rey Juan Sobieski. El amor á su patria inspiró al buen sacerdote el deseo de regresar á Armenia, para anunciar á sus compatriotas la religion cristiana; y como participase al rey su designio, le nombró embajador cerca de la corte de Persia, recomendóle eficazmente al patriarca de Echmiatzin, suplicándole al propio tiempo que se sirviese entrar con toda su grey en el redil de Jesucristo. Por su parte el cardenal primado de Polonia escribió tambien al patriarca en el mismo sentido; pero ni una ni otra carta habian de llegar á su destino, por haber muerto Petrowitz en Erivan. Su muerte y la del rey Sobieski que no tardó en seguirle al sepulcro (1696) desvanecieron nuestras esperanzas; hoy dia empero las vemos renacer por haber llegado á Erivan algunos de nuestros padres polacos, animados del celo de Petrowitz para atender á la mision de Armenia. »

(1) T. VI pag 27.

Deseosos los jesuitas de acudir en ausilio de aquellos pueblos abandonados, resolvieron establecerse en Chamakhi para procurar á los naturales y á los rusos y polacos que se dirigiesen á Persia, todos los socorros espirituales. Hácia aquella misma época llegó á Ispahan el conde de Siri en calidad de embajador del rey de Polonia (1); consistiendo una de sus instrucciones en pedir al *sofy* una real cédula para el establecimiento de algunos misioneros en Chamakhi. No solo obtuvo el conde de Siri la autorizacion pedida, si que tambien el que le acompañára á aquella ciudad el P. Pothier, cuando el conde regresó á Polonia. El primer objeto del religioso fué procurar una capilla para poder celebrar los divinos misterios y empezar los ejercicios de la mision que en breve habia de procurar abundante frutos. Con todo, pronto se vió obligada aquella comunion cristiana á llorar la muerte de su piadoso fundador, víctima de un musulman fanático. Nombróse entonces al P. de La Maze para la mision de Chamakhi, secundándole el P. Champion, recien llegado de Francia, jóven de talento y ánimo esforzado. En el año 1698 se dirigió el P. de La Maze á Ispahan en compañía del embajador polaco, donde encontró un protector decidido en el arzobispo de Ancyre, Pedro Pablo Palma de Artois Pignatelli, pariente de Inocencio XII. « Aquel prelado dice La Maze en su «Diario», recibió del rey la mas grata acogida que se haya hecho nunca á embajador alguno, siendo objeto de todas las atenciones mientras permaneció en aquella córte. En su audiencia de despedida, pidió al rey que nos permitiese agrandar nuestra iglesia y egercer libremente el culto católico, á todo lo cual accedió el monarca gustoso, dando al efecto las oportunas órdenes. »

(1) *Memoria sobre la provincia de Shirvan* (Chirwan), en forma de carta dirigida al P. Fleuriau, en las Cartas edificantes, t. VI, p. 98

Estaba la Armenia dividida, aunque por partes iguales, entre los persas y los turcos. Erzerum, puerto comercial de ambos pueblos, y capital de la pequeña Armenia, pertenecia á los otomanos, y encerraba en su seno ocho mil armenios, cien familias griegas, además de muchos cristianos estrangeros que llegaban diariamente á ella en numerosas caravanas; por lo que trataron los jesuitas de establecer una mision en la propia ciudad. (1) Mr. de Guilleragues, embajador de Francia en la Puerta, obtuvo al efecto la autorizacion del sultan; dirigiéndose en su virtud los PP. Roche y Beauvoilier á Erzerum en el año 1688; la virtud, el saber y la dulzura de los misioneros fueron en breve la admiracion no solo de los católicos, si que tambien de todos los cismáticos. El obispo de Erzerum, que iba de buena fé en busca de la verdad católica, fué una de las primeras conquistas que hicieron los dos jesuitas, y á la que no tardaron en seguir otras de varios obispos y clerigos ó sacerdotes. El P. Beauvoilier que habia hecho voto de consagrarse á las misiones de la China, se dirigió al celeste imperio, á los pocos dias de haber llegado á Erzerum el jesuita que debia reemplazarle. Al poco tiempo de su partida sucumbió el P. Roche del contagio, despues de haber asistido á un gran número de enfermos que habrian carecido de todos los socorros espirituales y temporales, á no haber sido su caridad ardiente y pura. Dos hereges obstinados atribuyeron á los católicos ser la causa del contagio que estaba afligiendo al pais, por lo que se impusieron á los armenios fuertes multas, y fueron los jesuitas espulsados de Erzerum; sin embargo, pronto volvieron á hallarse al frente de su mision, en la que alcanzaron aun mayores triunfos, despues de haberse visto privados los pueblos de su paternal solicitud. Los PP. Ricard y Monier, encargados de su direccion, se vieron al fin obligados á dividir en dos partes aquella estensa mision, comprendiendo la primera las poblaciones de Torzon, Asemkalasi, Kars, Beazit, Arabkir y otros cuarenta pueblos; y la segunda las ciudades de Ispira, Baybourt, Akiska, Trebisonda, Gumichkane y otras veinte y siete poblaciones de menos importancia. En una escursion que hizo el P. Ricard á Trebisonda el año 1711, reconcilió con la Iglesia católica á un obispo cismático, veinte y dos sacerdotes y ocho cientas setenta y cinco personas mas que se habian separado de ella; por su parte el P. Monier recorrió el Kurdistan, donde alcanzó triunfos no menos señalados. Tantos progresos, empero, despertaron el odio del obispo de Kars y otros sacerdotes cismáticos que no pararon hasta acarrear á los misioneros una persecucion encarnizada; hasta los mismos PP. Ricard y Monier se vieron confundidos con los criminales en las cárceles de Erzerum y cargados de cadenas. Pasados aquellos dias de terrible prueba, volvieron á consagrarse los jesuitas á su apostólica tarea, merced al firman que obtuvo el P. Ricard en Constantinopla para continuar evangelizando á Erzerum, donde el rebaño católico se aumentó con mas de setecientos neófitos en el año 1714. El P. Ricard, uno de los mas virtuosos y esforzados misioneros que poseyó la Armenia, fué víctima de la peste en 6 de agosto del año 1719, por no haberse separado ni un momento del lado de los enfermos, hasta que á su vez se vió atacado. En aquella misma época fué el P. Monier destinado á las misiones de Persia, por lo que se dirigió á Ispahan, á fin de aprender el idioma del pais y disponerse á empezar su nuevo apostolado.

Conociendo el gobierno francés, lo útil que seria á los intereses católicos en Persia un consulado, nombró á Gardanne, cónsul de Ispahan, encargándosele que protegiese á los misioneros, lo que hizo en cuanto estuvo de su parte, durante su permanencia en la capital de Persia. Llevóse el nuevo cónsul á los PP. Bachoud y de La Garde, salvado milagrosamente este último por la intercesion de San Francisco de Regis, durante un espuesto viage que hizo al través de los desiertos de

(1) Memoria de la mision de Erzerum en las *Cartas edificantes*, t. VI, p. 30.

Asia. El P. de La Garde permaneció en Ispahan, y el P. Bachoud se dirigió á Chamakhi, en cuya mision le estaban reservados dias de terrible prueba. Estalló en aquella ciudad el año 1721 una rebelion contra el *sofy*. «Dueños los insurrectos de la ciudad, escribia aquel misionero al P. Fleuriau, parecian estar resueltos á acabar con todos los católicos, por lo que se dirigieron estos al templo para implorar á Dios que les librase de tan inminente peligro. Como siempre que se eleva al cielo una plegaria ardiente, fué oida la voz de los cristianos de Chamakhi, libres de la muerte que entreveian por la proteccion divina.» No fueron menores los peligros á que se vió espuesta aquella mision, cuando el famoso Nadir tomó á los turcos la ciudad de Chamakhi hácia el año 1734; como no se viese el P. Bachoud en estado de pagar la enorme suma que el vencedor acababa de exigirle, estaba ya á punto de recibir palos de muerte, cuando se vió de repente libre y autorizado para continuar evangelizando á los pueblos, merced á la proteccion del príncipe de Gallitzin. (1)

Un edicto de Nadir-Chah, nombre que tomó Thahmas al subir al trono, concedió la libertad de cultos, permitiendo libremente á los católicos y cismáticos profesar su religion, sin que nadie pudiese oponerse á ello; sin embargo, mientras Nadir emprendia la conquista del Indostan, intentaron los armenios cismáticos, menospreciando las órdenes del soberano, hacer espulsar á los misioneros. Vanos fueron empero los esfuerzos de los cismáticos para lograr el destierro de los jesuitas, por haber tenido estos el apoyo de las mas opulentas familias y de todo el pueblo en general, merced á las virtudes que no habian cesado de practicar durante su permanencia en Chamakhi. Completo fué el triunfo que obtuvo la fé sobre la heregía; y solo el desprecio y la animadversion reportaron los «vartabeds» y su patriarca, como premio de la persecucion que habian promovido tan injustamente contra los católicos, y sobre todo contra los jesuitas.

Entretanto Nadir-Chah, victorioso en el Indostan, habia entrado en la ciudad de Delhi, pasándola á sangre y fuego. «Nuestra Compañía, dice el P. Saignes, tenia en Delhi dos iglesias que fueron quemadas en aquel incendio, las cuales habian sido construidas por la liberalidad del emperador Djihan-Guyr.... Los dos jesuitas que permanecian en la ciudad, para atender á los cuidados espirituales de los setecientos cristianos que residian en ella, lograron salvarse durante aquella matanza espantosa.» Nadir-Chah salió de Delhi el 16 de mayo del año 1739 para regresar á Persia; haciendo á su llegada concebir á los misioneros la esperanza de su conversion por haber querido que le fuesen traducidos al persa las obras de Moisés, los Salmos de David y el Evangelio. Cuando fueron presentadas al monarca aquellas obras, dijo que creia que no habiendo mas que un Dios, no podia haber mas que un profeta. Estas palabras contristaron en gran manera á los misioneros, pues veian con ellas desvanecidas sus mas gratas esperanzas. Con efecto, no volvió á hablarse mas ni de la conversion de Nadir, ni de las referidas obras. No solo dejó de abrazar el Nadir la religion cristiana, sino que hasta persiguió cruelmente á los católicos que habian abjurado el cisma de los armenios, para hacerles entrar nuevamente bajo la jurisdiccion de su antiguo patriarca. Los capuchinos que regian la iglesia de Tiflis, fueron los primeros en sufrir los rigores de aquella injusta persecucion, suscitada por el patriarca cismático; siendo por último arrojados de la ciudad, despues de haber sufrido grandes privaciones. En medio de tantas violencias, dirigió el Señor una mirada de piedad á su atribulada Iglesia, y la permitió triunfar de sus encarnizados enemigos. El P. Damian, religioso distinguido por su saber y su virtud, fué el instrumento de que se sirvió Dios para abatir el orgullo de los enemigos de su religion santa. Como tenia el P. Damian

(1) *Relacion histórica de las revoluciones de Persia hasta la espedicion de Thahmas-Kouli-Kan á las Indias*, segun diferentes cartas de Persia, escritas por los misioneros jesuitas, *Cartas edificantes*, t. VI, p. 249.

profundos conocimientos en medicina, curó de una grave enfermedad á Ibrahim-Khan, hermano del rey, el cual no solamente le protegió durante la persecucion, si que no paró hasta hacer espulsar ignominiosamente de Tauriz al patriarca cismático. Por el mismo medio logró salvar tambien á los capuchinos de Tiflis cuando mas terrible rugia la tormenta sobre su cabeza. Atacado á su vez el rey de una grave enfermedad en el hígado, tuvo tambien el P. Damian la suerte de curarle, con lo que logró frustrar para siempre los ocultos manejos é intrigas del patriarca cismático que no cesaba por todos los medios de atacar á los católicos. Despues de haber recorrido el rey á la ciencia médica de un capuchino, que era el ángel tutelar de la mision de Tiflis, nombró Nadir en el año 1746 á un jesuita su primer médico de cámara. (1) Hé ahí como refiere aquel hecho el mismo hermano Bazin: « No tenia Nadir confianza en los médicos persas; y como habia oido ponderar mucho la ciencia de los médicos europeos, encargó á Mr. Pierson, que le procurase uno ó dos de ellos, prometiéndoles en su nombre grandes ventajas. Encontrábame yo á la sazon en Ispahan, cuidando á los enfermos, y como habia estudiado los principios de la medicina, y tenia además bastante práctica, veíame en el caso de poder seguir el curso de cualquier enfermedad ordinaria. Pierson, que no ignoraba lo difícil que le era cumplir su promesa, fijó la vista en mí; y como hiciese presente al superior las ventajas que podia reportar á nuestra mision, siempre espuesta á insultos y persecuciones, el desempeño del cargo que pensaba confiarme, me ofrecí, en cuanto pudiese, á complacerle en todo. Presentóme pues á Nadir, cuya enfermedad consistia en un principio de hidropesía. Me recibió muy bien, disponiendo se me preparase una habitacion junto al harem, privilegio que solo era concedido al primer médico de cámara. Luego de haberme instalado preparé los remedios que debia emplear, y luego me observó uno de los antiguos médicos que, insiguiendo la costumbre establecida por el rey, debia yo tomar primeramente aquellos remedios á presencia del príncipe, en lo que consentí gustoso. Hallándose Nadir mucho mejor luego de estar bajo mi cuidado, empezó á honrarme con su confianza, lo que escitó vivamente el ódio de los cuatro médicos; al propio tiempo cometió el rey una imprudencia que les facilitó el medio de dirigirse contra mí é intentar mi descrédito. Díle cierto dia un purgante, y le encargué que se abstuviera de salir de su palacio; pero como faltase él á la última prescripcion, el movimiento, el frio, y el esceso de la fatiga, causaron en él un trastorno que le alarmó en gran manera. Sus médicos, que solo trataban de deshacerse de mí, me acusaron de haberle dado un corrosivo que le quemaba los intestinos. «Pero, en fin, decidme cual es ese infernal remedio, » no cesaba de repetir el rey á sus médicos, á lo que solo le contestaban estos, que el que habia preparado el veneno podia conocer su antídoto. Entonces me hizo llamar el rey, y mirándome con desconfianza me dijo ser yo la causa del mal que le aquejaba. Hícele presente que habia hecho mal en esponerse al aire, y le preparé al propio tiempo un lenitivo que le calmó la irritacion que sentia, con lo cual recobró él la salud y yo su confianza. Algun tiempo despues me dió la suma de trescientos tomanes, esto es, unos tres mil quinientos duros, diciéndome pensaba hacerme aun otros regalos mas dignos de su persona y del aprecio que me profesaba. » Cuando fué Nadir asesinado en el mes de junio del año 1747, se vió envuelta la Persia en la mas completa anarquía. La misma ciudad de Ispahan vióse pasada á saco en el año 1750 por los pueblos que Dios envió contra ella para castigar á los persas. Véase lo que dice el P. Grimod sobre aquella catástrofe: « Tambien nosotros sufrimos mucho al ocurrir aquellos escesos; y si no perecimos todos fué por no haber llegado

(1) *Memoria sobre los últimos años del reinado de Thahmas-Kouly-Khan, y sobre su trágica muerte, cuya relacion contiene una carta del hermano Bazin, de la Compañia de Jesus, al P. Roger, procurador general de las misiones de Levante*, Cartas edificantes, t. VII, p. 69.

aun la hora de morir por Jesucristo. Hace dos ó tres meses que habiéndose fugado toda la gente del barrio en que vivimos, á causa de habérseles gravado con un nuevo impuesto, nos vimos en un inminente peligro; la tropa se entregó en el convento á todos los escesos; despues de habernos robado todo cuanto teníamos, maltrató de tal modo al P. Duban, nuestro superior, que murió á los ocho dias á consecuencia de los insultos sufridos. Era un misionero tan perfecto, que no solo los católicos si que tambien los hereges le consideraban como santo. Vémonos reducidos al mas triste estado, por habernos exigido nuevamente la feroz soldadesca toda la plata que habia en nuestra iglesia, pudiendo á duras penas salvar los vasos sagrados de manos de aquellos furiosos. Despues de haber vendido todo cuanto poseíamos para pagar las crecidas é injustas contribuciones que nos fueron impuestas, carecemos de medios hasta para comprar un poco de arroz, que es en este pais el principal alimento de los pobres. Teníamos aquí entre los ingleses y holandeses establecidos algunos protectores; pero como se retiraron al empezar la anarquía, no podemos contar ahora con ningun apoyo. Los PP. capuchinos y agustinos tambien se han retirado; solo quedan un carmelita y un dominico que viven con nosotros. Ha dispersado de tal modo la persecucion nuestra grey, y son por otra parte tantos los males que nos amenazan, que al fin tememos vernos tambien obligados á abandonar un pais en el que solo imperan el desórden, el terror y la muerte. Si logramos evitar los peligros que nos rodean para salir de Persia, irémos á llevar la luz del Evangelio á los pueblos de la India.»

CAPÍTULO VIII.

Nueva mision de los jesuitas en Crimea

Casi un siglo habia trascurrido desde que el jesuita Zgoda habia comprado con su esclavitud la dicha de evangelizar la Crimea, cuando logró la Compañía de Jesus establecer en aquel pais una nueva mision.

Era el francés Ferrand primer médico del Khan de la pequeña Tartaria, y el que acompañó á fines del año 1702 al hijo de aquel en su espedicion á Circasia (1). «Aquellos pueblos aman mucho á los cristianos, dice el citado autor; creen descender de los genoveses, quienes poseyeron por mucho tiempo una gran parte de aquel pais. En varios puntos se ven aun las ruinas de las poblaciones que levantaron los genoveses. Iba en trage francés y llevaba peluca, segun la órden del Khan; lo que escitó vivamente la curiosidad de los habitantes de Kabarda, pues todos corrian á agruparse en mi derredor solo por ver mi trage. La veneracion en que me tenian aquellos habitantes, subió de punto al saber que era primer médico del Khan; contribuyendo á aumentarla mas y mas el haberles yo dicho que era genovés. Admirado el bey de mi prudencia y saber, y sobre todo, de mi supuesta patria, se propuso casarme con una de sus sobrinas, á la que daria en dote treinta esclavas, con la condicion de que no podia ausentarme de Circasia mas que hasta Crimea, empeñando en ello mi palabra á presencia del Khan. Procuré librarme de sus ofrecimientos lo mejor que pude, costándome no poco trabajo el hacerle desistir de sus pretensiones. Al ver que tanto el bey como su familia eran escelentes personas, traté de bautizarles; pero como era antes preciso instruirles en los principales misterios de nuestra religion, y yo no poseia su idioma, resolví aguardar una ocasion mas oportuna.»

Dos años despues, obtuvo el médico Ferrand permiso para entrar en Crimea con un jesuita polaco, que, empezó á evangelizar desde luego á los esclavos de su nacion; á los diez meses empero de su llegada, ó sea á fines del año 1704, se declaró en Crimea una peste terrible que le llevó al sepulcro con mas de veinte mil de aquellos desgraciados.

(1) *Viage de Crimea á Circasia por el pais de los tártaros nogaes, hecho en el año* 1702 *por el señor Ferrand, médico francés*, en las *Cartas edificantes*, t. v. p. 85.

Contenia Crímea á la sazon una multitud de cristianos de todos sexos y edades, reducidos á la esclavitud, que carecian de todos los ausilios espirituales; sin que fueran menos dignos de lástima los demás católicos que vivian en aquel pais. Desde mucho tiempo los jesuitas de Constantinopla deseaban volar al lado de aquellos desgraciados; pero como no eran mas que cuatro, y no podian abandonar enteramente la mision que les estaba confiada, se dirigieron al marqués de Feriol, embajador de Francia en la Puerta, haciéndole presente la triste situacion de los cristianos de la pequeña Tartaria; y luego propusieron á Mr. de Feriol que enviase á uno de ellos en su ausilio, proposicion que fué inmediatamente aceptada.

« Quiso mi dicha, escribia el P. Duban al marqués de Torcy, ministro y secretario de Estado, en el año 1713, que fuese yo el nombrado para dirigirme á aquella mision. Embarquéme el dia 19 de agosto de aquel mismo año en compañía del médico Ferrand; luego que tomamos tierra, nos dirigimos lo mas pronto posible á Baktschisarai, capital del pais y córte del Khan, el cual nos dió audiencia luego de haber recibido las cartas y los ricos presentes que le hacia Mr. de Feriol. Como nos recibiese con las mayores muestras de afecto, aproveché aquella ocasion para pedirle me permitiese asistir á los esclavos y demás cristianos de sus Estados, á lo que accedió el Khan desde luego con el mayor gusto. Es imposible figurarse el triste estado en que se hallaba aquella pobre grey abandonada; las enfermedades contagiosas de los años anteriores habian hecho perecer á mas de cuarenta mil esclavos; y los que se habian salvado, en número de unos quince ó veinte mil, aguardaban sufrir la misma suerte de sus compañeros, sin pensar siquiera en los bienes ni males de otra vida. El rigor y la duracion de su esclavitud, los vicios y la infidelidad del pais en que habian envejecido sin ver un sacerdote, sin la palabra de Dios y sin los sacramentos, habian acabado por embrutecerles enteramente. Varios de ellos se habian hecho mahometanos, otros cismáticos, y los que habian conservado su religion habian llegado á olvidarla hasta el punto de no cumplir con ninguno de los deberes que impone. Los demás cristianos del pais, griegos y armenios, aunque eran libres y tenian sus iglesias y sus sacerdotes, se hallaban en el mismo estado, porque siendo los sacerdotes tan depravados como el pueblo que debian dirigir, léjos de edificarle, acababan de corromperle con su ejemplo; así que, solo dominaban la avaricia, la supersticion y el libertinage. En medio de aquella confusion horrible, pasé seis meses sin esperimentar ningun consuelo, sin columbrar una esperanza siquiera, tan inútiles habian sido mis esfuerzos en combatir el mal que tan arraigado estaba; á cualquier parte que dirigiera la vista, solo hallaba indiferencia y tibieza. Los armenios me cedieron una parte de su pobre iglesia, en la que empecé á reunir á algunos esclavos errantes para instruirles en las verdades de la salvacion eterna. La novedad de oir hablar de Dios y de predicar la penitencia en la iglesia armenia de Baktschisarai, hizo que se aumentára considerablemente el número de mis oyentes; teniendo por último el consuelo de ver que empezaban á fructificar en alguno de aquellos corazones las semillas evangélicas. Pronto tuvieron los esclavos que habia en el campo noticia de la llegada de un Padre franco, que era capellan de los católicos, y que como tal predicaba, decia misa y administraba los sacramentos en la iglesia de los armenios, debidamente autorizado por el Khan. Empezaron entonces á acudir esclavos de todos los puntos de Crimea, viéndome luego rodeado de hombres de siete ú ocho naciones distintas, puesto que eran mis nuevos oyentes, alemanes, polacos, húngaros, transilvanos, croatas, servios y rusos. Como notase que no todos ellos comprendian el aleman, en cuyo idioma habia predicado hasta entonces, resolví hablarles en lengua tártara que debian comprender todos por ser la de sus dueños, con lo que lograba al propio tiempo

atraerme mas y mas á los armenios. Algunas personas generosas, cuya caridad no cesaré de bendecir, me procuraron tres años há (1710) los recursos necesarios para comprar á los tártaros cuatro niños que iban á ser pervertidos; envié á dos de ellos léjos de su patria, y me quedé con los dos restantes, que empiezan á ser ya celosos catequistas. El cambio de soberano me ha obligado á ser mas circunspecto y reservado en el ejercicio de mis funciones, sin que por ello haya tenido que interrumpirlas. Mr. de Feriol, empero, allanó, como siempre, todas las dificultades cuando yo menos lo esperaba; puesto que el nuevo Khan me mandó llamar y me dijo que podia continuar ejerciendo libremente las funciones del apostolado. La mision continuó desde entonces en el estado mas floreciente, á pesar de haber sido alejado de Constantinopla Mr. de Feriol, su protector y su padre; despues de haber desempeñado aquel digno embajador durante dos años un cargo tan difícil como glorioso y útil á la religion y al Estado, fué reemplazado por el conde des Alleurs, en quien encontré el mismo apoyo y el mismo celo. Cada dia es mayor el impulso que va tomando esta mision, desconocida hasta á mis propios ojos; á aquel indiferentismo aterrador que se notaba en todas partes, han sucedido felizmente un celo y ardor, del que participan hasta los mismos protestantes, que son aquí en bastante número, y cuyo nombre, á su ver, solo significa que son cristianos de Occidente Mis buenos católicos, libres del peso de sus pecados, y poseidos del celo de repararlos, procuran atraer con empeño á su religion á los compañeros que por su desgracia pertenecen aun á la heregía. Ha llegado, procedente de Bender, un ministro protestante sueco, bien provisto de dinero, para hacer abjurar, segun dice, el catolicismo á los luteranos pervertidos, y evitar que sigan otros su funesto ejemplo; pero viendo al fin que ni con sus liberalidades ni con sus discursos ha podido lograr el objeto que se proponia, se ha dirigido al Khan diciendo que yo faltaba á la ley de Mahoma, al obligar á los cristianos á pasar de una á otra secta. Informado yo de aquella intriga por el señor Ferrand, que estaba curando á la sazon una fístula al príncipe, contesté que no me comprendia aquella ley, por no introducir ninguna nueva secta en Crimea; que solo me limitaba á llamar á los luteranos á la religion de los franceses, la cual habian abandonado para poder entregarse mas libremente al libertinage y á la disipacion. Satisfecho el Khan al oir mi respuesta, hizo advertir al ministro reformado, que él mismo habia mandado al Padre franco que enseñase á los esclavos, y que procurase en lo sucesivo no volver á ocuparse de aquel asunto. A pesar de los muchos cuidados que exige esta capital como centro de la mision, puedo aun á veces dirigirme á otros puntos, para sostener y aumentar en ellos la divinal doctrina. Tengo en Karasou y én Kuslow un buen número de ortodojos fervientes, que á cada visita me presentan algun nuevo neófito que han logrado atraer al camino de la verdad durante mi ausencia; en mi última escursion á Karasou supe la llegada del P. Curnillon, á quien al fin se dignaron enviarme despues de haberlo reclamado con tantas instancias. El deseo de abrazarle anticipó mi regreso á Baktschisarai, donde le hallé gozando de la salud mas perfecta; es un religioso de mucha virtud y mérito; posee muy bien la lengua turca, y pronto sabrá igualmente la tártara. En verdad me era su apoyo indispensable, como lo comprenderá cualquiera que haya esperimentado como yo el rigor de la soledad en un pais estrangero durante seis años. El embajador me ha remitido el nombramiento de cónsul, á fin de que bajo esta calidad pueda construir una capilla; pero me temo que á pesar de nuestros deseos no podamos conseguirlo, por ser el consulado una cosa enteramente desconocida en estas regiones, en las que no han flotado nunca las banderas de Occidente.»

Los jesuitas, segun lo indica la siguiente carta fechada á 20 de mayo del año 1713, tuvieron una capilla y una casa en Baktschisa-

rai. Hé ahí pues lo que escribia con este motivo el P. Stefan, misionero de la Compañía de Jesus en Crimea de Tartaria, al P. Fleuriau, de la propia Compañía: «El nuevo Khan se veia afectado de una úlcera en un brazo, sin que nadie hasta entonces hubiese podido curársela. Como supiese al poco tiempo de su llegada que los misioneros establecidos en aquella ciudad recibian á menudo remedios de Francia, que procuraban á los enfermos sin interés alguno, nos mandó llamar y nos suplicó le diésemos el medicamento que á nuestro entender pudiese curar su dolencia. El P. de La Tour, continuamente ocupado en obras de caridad al lado de los enfermos, fué el encargado de visitar al Khan, y de procurarle el remedio que creyese necesario, despues de haberle visto la úlcera á que debia aplicarse. Enseñóle el modo con que debia usarse el remedio, y se despidió con la confianza de que seria su úlcera completamente curada en un plazo mas ó menos largo. Trascurridas algunas semanas, llamó el Khan nuevamente al misionero, y despues de hacerle mil elogios del ungüento que le habia procurado, le señaló como muestra de gratitud, ochocientos dracmas de carne, tres panes y dos velas por dia. Aquella pension contribuyó poderosamente al sosten de nuestra casa, la cual, como sabeis muy bien, carecia hasta de lo mas indispensable; pero todavía fué mucho mas útil á nuestra mision, por haber prometido el Khan al verse enteramente curado, hacer por el religioso y la comunidad todo cuanto estuviese á su alcance. El P. de La Tour aprovechó la favorable ocasion que la Providencia acababa de ofrecerle, para pedir al Khan la única gracia de que le diese una órden escrita con la cual autorizase á la mision para ejercer libremente todas las funciones del apostolado, y poder consagrarse sin obstáculo ni recelo al cuidado de los enfermos, y de todos los desgraciados que por cualquier causa ó motivo acudiesen á los religiosos para procurarse un consuelo en sus necesidades. El Khan, vivamente admirado del celo y desprendimiento de los jesuitas, les dispensó con tanto mas gusto lo que le pedian, cuanto que habia de redundar en beneficio de sus mismos súbditos y no le costaba sacrificio alguno.»

Desde entonces hizo la fé en Crimea grandes progresos, puesto que casi todos los esclavos de las ocho diferentes naciones que gemian en sus mazmorras, buscaron un consuelo en la religion cristiana que ya muchos de ellos habian profesado. Fué tal la influencia que ejerció luego el cristianismo en aquel pais antes tan desgraciado, que en breve fué la Crimea considerada por sus vecinos como un pueblo próspero y feliz que gozaba de todas las dulzuras de la paz, merced á la morigeracion que se notaba en las costumbres de sus hijos y en las de todos los estrangeros que vivian en ella, aunque los mas de estos se viesen reducidos á la triste condicion de esclavos. Los católicos que se veian libres del peso enorme de sus pecados, se consideraban en el deber de instar continuamente á sus compañeros á que renunciasen á la heregía; y como en su incansable celo aprovechaban cuantas ocasiones oportunas se les presentaban para demostrarles la verdad de las doctrinas que ellos profesaban, lograron obrar en poco tiempo muchas conversiones. Despues de haber regenerado la capital de Baktschisarai y sus alrededores, se dirigian los jesuitas á los demás pueblos, donde no eran menores los triunfos que alcanzaban con el ejemplo de sus obras y la santidad de su palabra; tanto como era general la satisfaccion que esperimentaban aquellos sencillos habitantes el dia de su llegada, era vivo y vehemente el dolor que sentian el dia de su separacion. Ya que sois nuestros padres, les decian aquellas sencillas gentes, no deberiais separaros nunca de nosotros, pues ya veis que á cada paso necesitamos que nos fortalezcais con vuestras máximas santas y nos guieis con vuestros prudentes consejos. Por no aumentar mas su pena, veíanse obligados los misioneros á partir sin despedirse de ellos, y á prometerles que no tardarian en volver á

verles tan pronto como se lo permitiesen sus muchas ocupaciones. Parece increible que aquellos mismos hombres que consideraban poco antes á los cristianos como perros, y que no paraban hasta hacerles morir en la hediondez de sus mazmorras, despues de haberles hecho sufrir todos los tormentos, pudiesen considerarles luego como hermanos y amarles como á sus propios padres. Esto nos demuestra claramente que, por pervertido que sea el corazon del hombre nunca debe desesperarse de hacer penetrar en él la luz de la gracia; y sobre todo, puede tenerse la seguridad de que cuando se haya esto logrado, será tal su eficacia, que no parará hasta convertir en un dechado de virtudes aquel corazon que era antes un cúmulo de crímenes. Esta consoladora idea, ó mejor esta seguridad, es la que ha obligado á los misioneros de todos los tiempos á surcar los mares, á esponerse á todos los peligros, á arrostrar la misma muerte, cualquiera que haya sido la obstinacion de los hombres que han intentado convertir. Lo que en otros hombres podria ser considerado como una terquedad, es en los misioneros una virtud heróica. En su profundo conocimiento del corazon humano, saben que basta un albor de la gracia para convertir en foco de luz lo que era antes confusion y caos; y en su abnegacion y desprendimiento sin límites se han identificado, por decirlo así, con la vida del sacrificio, y prescinden para sí de lo terreno, para procurar á los demás la dicha eterna. Hé ahí descrito en pocas líneas la vida del misionero, el móvil de sus generosas acciones y el fin que se propone alcanzar aquí abajo. Por esto cuando les vemos llegar á un pais idólatra en el que han muerto ya los apóstoles que les han precedido, notamos en ellos la misma esperanza que vimos brillar en el semblante de aquellos que debian santificarlo con su sangre; por esto les vemos seguir paso á paso el camino que les trazaron sus hermanos, y adelantar en él por mas que esté sembrado de abrojos, y que deba al fin conducirlos á una tumba ignorada. Dignos imitadores del Mesías en esta vida de prueba, gustosos los misioneros se sacrifican por la especie humana, y aunque ingrata esta les dé en justa recompensa la muerte, la aceptan bendiciendo á sus verdugos, insiguiendo el ejemplo de su celeste Padre.

Cuando por primera vez recorrian los jesuitas el pequeño reino de Crimea, veíanse obligados á adoptar grandes pracauciones por no despertar el ódio de aquellos naturales; así es que, iban de noche á las habitaciones de los que les parecian mas dispuestos á abrazar la nueva ley, y empezaban siempre por socorrer sus necesidades, á fin de que les fuese despues mas fácil atraerlos á ella. A fuerza de beneficios fueron disponiendo los ánimos en su favor, y los que eran antes sus mas implacables enemigos, acabaron por ser sus admiradores. A medida que iba fructificando su palabra en aquel árido campo que acababa de sazonar por su mediacion el celestial rocío, no se contentaban ya los jesuitas con afirmar á los débiles en la fé por medio de sus frecuentes relaciones, sino que procuraban además conquistar cada dia nuevas almas que pertenecian al cisma y la heregía. Hácia el año de 1706 lograron los misioneros arrebatar á los idólatras dos jóvenes que se veian en el mas inminente peligro de perder sus almas, y que fueron despues dos modelos de perfeccion cristiana. Hubo tambien tres hermanos, pertenecientes á una de las mas opulentas familias del pais, que no se contentaron con renunciar al cisma y abrazar el cristianismo, sino que fundaron además una iglesia y procuraron propagar la fé con el ejemplo de sus virtudes y con la práctica de una caridad ardiente que preservó de los horrores de la miseria á un gran número de pobres. Sin embargo, el principal bien que obraron aquellos tres hermanos, fué el atraer á la religion de Jesucristo á toda su familia que, fué desde entonces para todo el pais una segunda providencia; procurando con su ejemplo otras muchas conversiones.

Los numerosos cristianos de todo sexo y edad que se veian reducidos á la esclavitud, vieron renacer en su corazon la esperanza y la

calma á medida que los misioneros fueron procurándoles los socorros espirituales de que habian carecido hasta entonces, y de que tanto necesitaban para soportar el rigor de su triste destino. No hay como la religion cristiana para endulzar los males por acerbos que sean; aquellos infelices, víctimas del egoismo y codicia de los tártaros, vivian contínuamente entregados á la desesperacion, y se deseaban sin cesar la muerte por considerarla como el término de sus sufrimientos; y sin embargo, al poco tiempo de haberse avivado en su corazon el fuego de sus antiguas creencias, sufrian resignados su desgraciada suerte, por haber encontrado en el fondo de la mazmorra, que era antes su suplicio, la dulce paz que sin la religion no habrian podido procurarse en parte alguna. A los dias de luto que pesaban sobre la pequeña Tartaria por hallarse aun envuelta en el negro manto de la idolatría, debian suceder otros dias de apacible calma, tan pronto como penetrase en ella un solo rayo de la luz divina que habia de disipar las densas sombras en que se veia sepultada. Cuantos mayores eran los triunfos alcanzados por la piedad del P. Duban en su nueva mision, mayor era tambien el celo que aquel desplegaba para aumentar cada dia el número de sus gloriosas conquistas; ya no era solo Bakstchisarai el teatro de sus hechos apostólicos, si no que fué ensanchándole sucesivamente hasta los últimos confines de todo el reino que abrasó en el fuego divino de su caridad. Cuando recibió el refuerzo del P. Curnillon, del que hemos hablado ya en el presente capítulo, puede decirse no habia ya pueblo ni cabaña tártara en que no hubiese penetrado el misionero para anunciar la divinal doctrina de Aquel que murió en la cruz por redimir á sus numerosos cuanto queridos hijos. Sin embargo, recibió Duban á su amigo con los brazos abiertos, pues no solo veia en él un nuevo apoyo que le deparaba la Providencia para asegurar la obra regeneradora que habia empezado bajo tan buenos auspicios, si que tambien para proseguirla y llevarla á feliz término, el dia que se dignase Dios llamarle á sí, ó que se viese Duban obligado á separarse de su comunion querida, por señalarle sus superiores un nuevo campo que desbrozar, y hacer brotar en él la fecunda semilla del Evangelio.

El Khan, que como hemos visto, debia á los conocimientos del P. La Tour el restablecimiento completo de su salud, no cesó de dispensar su proteccion á los misioneros, ya sufragando una parte de su manutencion, ya permitiéndoles que ejerciesen libremente en todos sus Estados el ejercicio del apostolado. Si aun en los paises en que se vé la religion mas cruelmente perseguida, logra tarde ó temprano establecerse y aumentarse, merced á la escelencia de sus doctrinas y á la sangre de sus mártires, ¿con cuánta mas razon no habia de hacer en la Tartaria grandes progresos, viéndose protegida por el Khan y aceptada por sus pueblos? Por algun tiempo creyeron los misioneros, con mas ó menos fundamento, que convencido el Khan de la verdad católica, abjuraria sus errores; pero por desgracia no se realizó aquella esperanza fundada en el buen deseo, mas bien que en las intenciones del soberano que la habia hecho nacer. Si bien continuó siempre el Khan mostrándose reconocido al favor señalado que recibió de los misioneros, no por ello manifestó nunca el designio de abrazar la religion cristiana que solo toleraba en sus Estados por la gratitud que debia á los apóstoles que la predicaban. Por otra parte, es tan difícil trocar un cetro por la pobreza de Jesucristo, y el poder por la obediencia, que es indispensable en el que tal hace una virtud sobrehumana.

Espuesta siempre á una contínua lucha, sufrió tambien la Iglesia de Jesucristo en Crimea sus dias de prueba y sus injustos ataques. El Catolicismo, que es en su esencia todo caridad y amor, si bien no podia en la Tartaria romper las cadenas que oprimian á tantos esclavos de todas sectas y razas, habia de procurar en lo posible aliviar á aquellos desgraciados de su enorme peso: esto fué lo que cabalmente hizo, y lo que le acarreó dias de amargura.

Interin la nueva ley no clamó contra la esclavitud, fué mirada hasta con complacencia por los bárbaros dueños que disponian á su capricho de los desgraciados que tenian en su poder; pero apenas tronó contra la esclavitud del hombre para con el hombre, cuando se vió aquella ley vivamente impugnada por cuantos vivian holgadamente á espensas del sudor y la sangre de sus hermanos. En vano los misioneros predicaban el respeto y la obediencia á los esclavos; en vano habian logrado hacerles su suerte mas llevadera por medio de la resignacion cristiana; en vano se entregaban aquellos hombres regenerados con mas ardor y constancia al trabajo á que se les destinaba, bastó clamar una sola vez contra la injusticia y la opresion, para que como un solo hombre, se alzasen todos los dueños de los esclavos contra la religion que tanto protegió sus intereses. Los misioneros, empero, continuaron su obra con aquella resolucion heróica que desafía todos los peligros, si bien procurando siempre no producir ningun conflicto, durante la injusta persecucion de que fueron víctimas. Por último, viendo sus mismos enemigos lo infundado de sus temores, cejaron un tanto en su funesto empeño, y pudieron los jesuitas entregarse mas libremente á sus tareas evangélicas. Pronto, sin embargo, esperimentaron los misioneros un nuevo azote, que fué para ellos aun mas terrible que el anterior: no fué ya la persecucion, sino la miseria la que llamó á su puerta. Obligada la Congregacion de Propoganda á enviar socorros á tantos y tan distantes puntos del globo, no se veia siempre en la posibilidad de atender á las necesidades de todas las misiones, por no permitírselo ni los socorros con que contaba, ni los medios de comunicacion de que habia de disponer para acudir con premura á todos los puntos que acudian á ella reclamando su ausilio. Además, habia misiones que por su importancia no podian ser desatendidas nunca, y esas eran las que con preferencia exigian todos los cuidados de la Congregacion, á fin de que pudiesen ser continuadas. Como los jesuitas han seguido siempre el sistema de no aceptar cosa alguna de los naturales en los paises que han evangelizado, á fin de que no crean aquellos que es el interés el móvil de sus generosas acciones, vióse al fin la mision de Tartaria en el mayor desamparo. Por las causas que hemos espuesto ya, no pudieron los misioneros recibir socorro alguno de Europa, viéndose por lo mismo obligados á vivir de la pension que el Khan señaló al P. de La Tour, despues de haberle curado; con todo, soportaron los religiosos aquel nuevo azote con la misma resignacion con que les hemos visto sobrellevar siempre todas sus desgracias. A medida que se les disminuian los recursos iba aumentándoseles el trabajo, por ser mayor cada dia la comunion de fieles que les estaba confiada; pero no por ello dejaron de cumplir sus santos deberes. Finalmente, compadecido el cónsul de Francia y algunos otros personages de su nacion, residentes en Constantinopla, de la triste suerte de los jesuitas que evangelizaban la Crimea, les procuraron algunos recursos para atender á sus necesidades, hasta que se vió la Congregacion de la Propaganda en el caso de prestarles su apoyo. Como siempre ha sido la vida para el misionero una contínua prueba, apenas se habia visto la mision de Tartaria libre de la miseria que la amenazaba, esperimentó ya un nuevo golpe que le fué mucho mas sensible aun, por ser sus ovejas las que iban á verse sériamente amenazadas. Se declaró la peste en las mazmorras de Tartaria, diezmando á sus esclavos: en poco tiempo perecieron mas de seis mil de aquellos desgraciados, no sin recibir antes empero los consuelos que procura la Iglesia á sus hijos en el duro trance de la muerte. Inútil nos parece observar que no se separaron los jesuitas ni un momento del lado de los moribundos; habríase dicho que la gravedad de la situacion centuplicaba sus fuerzas, al verse que solo seis hombres asistian noche y dia á mas de tres mil enfermos, procurándoles no solo los ausilios espirituales, sí que tambien todos los socorros temporales de que podian

disponer. Así como en las anteriores epidemias habian muerto los esclavos sin recibir los últimos sacramentos, y sin oir siquiera una palabra de esperanza y de consuelo en derredor de su lecho de muerte, viéronse asistidos entonces hasta su postrer aliento, gozando ya de la dicha anticipada de entrever el cielo que se abria ante sus casi estinguidos ojos, para recibirles en recompensa de los tormentos sufridos aquí abajo. ¡Cuán dulce habia de ser para aquellas pobres almas el volar de la mazmorra al cielo! Los esclavos que sobrevivieron no olvidaron nunca mas el generoso desprendimiento de los jesuitas; si bien tenian motivos sobrados para creer en su piedad, nunca habian llegado á imaginarse siquiera que no se separasen ni un momento de su lado durante el terrible contagio que condujo al sepulcro á una tercera parte de ellos.

El ministro protestante, que procedente de Bender, se habia presentado en Tartaria para contener los progresos de la mision é impedir á los de su secta que abrazasen la religion católica, tuvo que ausentarse al fin sin lograr su objeto, despues de haber gastado enormes sumas y de haber pasado algunos meses en Baktschisarai, empleando todas las intrigas para malquistar á los jesuitas. Insensato, creia al presentarse en la capital de Crimea con su oro y sus ponderadas ideas de reforma, abusar fácilmente de la credulidad y buena fé de los tártaros, como si ante el ejemplo de las virtudes cristianas que estaban dando á aquel pueblo los misioneros, pudiesen tener ninguna fuerza las falsas palabras de un ministro de la reforma. Todas las misiones emprendidas por los protestantes han dado siempre el mismo resultado, á saber: ó desengañados los pueblos les han espulsado ignominiosamente, ó al verse amenazados han abandonado el campo que figuraban querer cultivar. Retamos á los protestantes á que nos presenten un solo mártir de las doctrinas de su secta. Mientras que la Iglesia católica ha logrado cristianizar el mundo por medio de esa pléyada numerosa y brillante de mártires que han derramado gustosos su sangre en todas las partes del mundo en defensa de la fé, ni uno solo puede presentarnos la llamada iglesia reformada. Y ¿cómo presentarlos? ¿podrán tener nunca los hijos de Lutero la virtud y el temple necesarios para morir en defensa de una idea, de la que son los primeros en separarse? ¿Pueden nunca la falsedad y el engaño infundir el valor que se necesita para morir con gloria? Cuando las pomposas palabras de los protestantes sean precedidas por obras de verdadera piedad; cuando al lujo, al apego á las riquezas y á las comodidades de la vida, sucedan en ellos la humildad, la pobreza y la abnegacion; cuando el ejercicio de su ministerio no lleve otras miras que el desinterés y el sacrificio; y finalmente, cuando se sientan con las fuerzas necesarias para dar al mundo el ejemplo de todas las virtudes que solo hasta ahora conocen de nombre, podrán conquistarse mas fácilmente el aprecio y confianza de los pueblos. En vano, no obrando de este modo lanzarán su voz á los cuatro vientos: nadie creerá en sus doctrinas.

En cualquier parte en que hayamos visto arraigar el catolicismo, han tenido que sufrir sus apóstoles las privaciones, la persecucion y hasta la misma muerte; desde los antiguos fieles que se reunian en las criptas de Roma para adorar á su Dios, hasta los misioneros que procuran en nuestros tiempos cristianizar las regiones de la Oceanía, han tenido que recorrer los apóstoles el camino del sacrificio, por ser la religion como la flor que solo crece entre espinas. Nada importaba á la mision de Tartaria que la ambicion de los poderosos, la miseria, la peste y el protestantismo se alzasen contra ella, pues sabia que el noble y constante ardor de los inmortales hijos de Loyola habia de vencer todas las dificultades y triunfar de sus poderosos enemigos. Los nombres de Duban, Curnillon y La Tour, serán pronunciados siempre con respeto, no solo en Baktschisarai, si que tambien en todo el pequeño reino de Crimea.

CAPÍTULO IX.

Apostolado de los franciscanos, de los religiosos de la Merced y de los trinitarios en Berberia y Marruecos; y de los sacerdotes de la mision en Berberia y Madagascar.

Ocupándonos de las misiones del Levante, hemos hablado tambien de la Abisinia y Egipto; y ahora completarémos el cuadro del apostolado en Africa con la rápida relacion de las maravillas debidas al celo y caridad delos obreros evangélicos.

La mision de Fez y Marruecos, administrada despues de Fr. Lupo por varios ministros, acabó en el año 1630 por pertenecer á los franciscanos descalzos de la provincia de Didacio en la Bética, quienes restituyeron á la iglesia de Marruecos la forma de un simple convento, en el cual habitaron siempre en número de cinco, con un guardian, honrando á la religion cristiana, en medio de los musulmanes, con la santidad de su vida, y prestando servicios espirituales, tanto á los cristianos cautivos, como á los que el comercio llevaba á aquel pais. Citarémos con Frerot, al bienaventurado Juan de Prado, hijo de padres nobles y nacido en Morgobrosa en España; estudió en Salamanca, vistió el hábito de San Francisco en el convento de los descalzos en la provincia de San Gabriel, que practicaban la estrecha observancia, y se sintió abrasado, apenas entró en el noviciado, del deseo de ir á anunciar el Evangelio hasta los mas remotos confines de la tierra. Habiéndole manifestado su director que de mucho tiempo no podria participar del honor de ir á evangelizar á los infieles, se sometió humildemente á su voluntad; pero le fué dado anunciar la divina palabra en España. Elegido comisario general de la provincia de San Didacio, fué el primero que llevó aquella dignidad de la órden, y en medio de las ocupaciones de su ministerio, no perdió nunca de vista el apostolado entre los infieles; de modo que habiendo solicitado pasar á la Guadalupe, Urbano VIII, que conocia su talento y actividad, prefirió enviarle á Africa, provisto de estensos poderes. Despues de haber vencido muchísimas dificultades con su paciencia, llegó á Marruecos, donde empezó por socorrer á los cristianos cautivos en las cárceles y cuya fé estaba mas espuesta. Sabedor el soberano de que les consolaba y alentaba, le hizo prender, encadenar y encerrar en un oscuro calabozo; pero el siervo de Jesucristo léjos de desanimarse con aquel riguroso trato, besó sus cadenas, esclamando en el trasporte de su amor: «Ahora es, oh Dios mio, cuando veo que me amais, puesto que me colmais de beneficios.» Nada olvidaron para hacerle mas insoportable su cárcel: el que estaba encargado de hacerle moler la pólvora de cañon, centuplicaba con inauditos rigores, la fatiga de su trabajo; pero el siervo de Dios no oponia á tanta crueldad mas que la resignacion, rogando al propio tiempo que el Todopoderoso perdonase á sus perseguidores. Habiendo sido conducido á presencia del soberano, pareció que su esfuerzo aumentaba para poder esponer las verdades del cristianismo, lo que hizo con tanta elocuencia y claridad, que el príncipe no supo que contestar. Avergonzado de haber sido vencido por un simple religioso, mandó que le diesen tormento. Primero ataron á Juan de Prado en una columna donde su cuerpo fué casi despedazado á fuerza de golpes, recibiendo una profunda herida en la cabeza, y despues le arrojaron á un brasero ardiente. Reuniendo todas sus fuerzas para proclamar todavía á Jesucristo, no cesó de evangelizar hasta que habiéndole hundido el cráneo con un tronco, su alma abandonó el cuerpo el dia 24 de mayo del año de 1636 para ir á recibir la corona de la inmortalidad. La memoria de aquel mártir fué tenida en tanta veneracion, que los franciscanos autorizados por la Santa Sede, erigieron una provincia de su nombre. Sabedor Benedicto XIII, de los tormentos que habia sufrido y de los milagros obtenidos por su intercesion, le incluyó en el número de los bienaventurados, y permitió á la órden de San Francisco que hiciera mencion de él en sus rezos y oficios.

Se lee en la «Historia de la órden de Ntra. Sra. de la Merced»: El autor del libro titulado *Martyrologium hispanicum*, escribe y asegura.... que consta, por actas auténticas que le fueron enviadas, que desde el año 1218 hasta el de 1632, la órden de la Merced, rescató de la esclavitud en que los tenian los turcos, pagándoles al efecto sumas inmensas de muchos millones, á cuatro cientos noventa mil siete cientos treinta y seis cristianos (1). Desde entonces los religiosos de la misma órden han continuado con sumo celo en el ejercicio de su caridad para con los cautivos, rescatando un gran número de ellos.» En el año 1632 los mercenarios de España rescataron doscientos cincuenta cristianos en Argel, «el P. Juan Cabero se quedó en rehenes por algunos esclavos que querian renegar de su fé al ver partir á sus compañeros. Aquel caritativo padre sufrió espantosas crueldades de parte de los turcos por haber consolado á los cristianos en sus cárceles y hablado con celo contra las falsas doctrinas de Mahoma. Condenado á ser quemado vivo, lo ataron en unos maderos dispuestos en forma de cruz. Ya habian encendido el fuego sin que su valor desmayase, cuando un turco movido á compasion, ofreció seiscientos escudos para salvarle la vida, y los moros, siempre interesados, prefirieron aquella suma al ultrajado honor de su Mahoma. El P. Cabero se humilló ante Dios, no retrocedió ante el martirio; pero la Providencia quiso conservarle. El turco que le habia librado de aquel peligro, temiendo que su celo no le arrastrase á otro, lo guardó en su casa hasta la llegada del R. P. Juan Itaicoz, natural de Pamplona, que fué á pagar su rescate y los seiscientos escudos que habia dado el turco para salvarle la vida.» Los religiosos de Francia rivalizaron en desprendimiento con los de España: el P. Miguel Auvry, rescató y acompañó hasta Aix en Provenza en el año 1662 á varios cautivos, escribiendo despues la relacion de su viage con el título de «Espejo de la caridad ó viage de los PP. de la Merced en Argel.» En el año 1681, los PP. Bernardo Monnel, Ignacio Bernede y Fr. José Castel, visitaron las ciudades de Mequinez, Salé y Tetuan en Marruecos, rescatando los esclavos á fuerza de ruegos y sacrificios; pero habiendo sido ellos mismos encarcelados en la última de dichas ciudades, no obtuvieron su libertad sino pagando un fuerte rescate. Llegaron á Marsella el dia 26 de mayo del año 1681, con los cristianos que habian libertado, y recorrieron, segun costumbre, varias provincias, recojiendo las limosnas para pagar el rescate, tanto de los que habian redimido, como de los que aun se proponian redimir. Las redenciones obradas en los años 1704 y 1720, continuaron la série de esas obras caritativas, de cuyo honor participaron los trinitarios en union con los religiosos mercenarios.

«Las redenciones que hacen los religiosos mercenarios de España, dice un trinitario francés (1), son sin comparacion, mucho mas numerosas que las nuestras; nosotros solo rescatamos unos pocos cautivos y aun á costa de muchos años y fatiga, de modo que ellos son unos astros y nosotros sus rayos. Es preciso que hagamos un esfuerzo estraordinario para rescatar cien esclavos, y nunca se llevan ellos menos de tres á cuatrocientos. Como la España tiene una costa muy estensa vecina á la de Berbería, están mas en peligro sus naturales

(1) En tanto es así, que ya en el primer siglo de existencia de la órden, cuando su benéfica accion apenas se estendia mas allá de los límites de la España sarracena, fueron muchísimos miles de cautivos rescatados por los mercenarios. «En tiempo del supremo mercenario laico gobierno, dice el R. P. Maestro Fr. Manuel Mariano Ribera (*Centuria primera del Real y Militar instituto de la inclita religion de Ntra. Sra. de la Merced, redencion de cautivos cristianos.* Part. I. § LXIX n.º 134. p. 340), vió la religion el fruto de las redenciones en las cuales se rescataron del mahometano yugo, mas de veinte y seis mil cautivos cristianos, como puede leerse en los historiadores generales de la órden, en otros autores particulares, en historiales noticias y en el último bulario impreso en el año 1696, advirtiendo que la antigüedad, incuria y variedad de los tiempos, nos ocultan muchas redenciones de aquella primera centuria del órden.» (Not. del Trad.)

(1) «Las Victorias de la Caridad ó Relacion de los Viages hechos en Berbería por el R. P. Luciano Herault, para el rescate de los franceses esclavos, en los años 1643 y 1645, con la esplicacion de lo que le pasó durante su cautiverio y muerte, acontecida en Argel el dia 28 de enero del año 1646.»

de ser presos por los piratas; pero si numerosas son sus pérdidas, pronto les sigue el rescate; y nosotros aunque nos vanagloriamos de cristianísimos, no somos sin embargo los que mas hacemos en la redencion de cautivos cristianos. En esto España, que es nuestra victoriosa rival en la propagacion de la fé, nos vence y aventaja de mucho y la verdad me obliga á confesar esta derrota.» Cuando quedó establecida la reforma en Cerfroi, una de las mas ilustres casas de la órden, el primer capítulo provincial que se celebró en ellá, tuvo por objeto, volver á emprender la obra de las redenciones, descuidada hacia mas de treinta años. Enviáronse algunos encargados á Túnez, y el P. Cárlos de Arras, acompañó á Paris en el mes de mayo del año 1635, un buen número de cautivos. Los PP. Felipe Audruges y Atanasio Deshées, hicieron otro tanto, con algunos que rescataron en Túnez en noviembre del año 1638. Como los cautivos eran mas numerosos en Argel, envióse allí en el año 1642 al P. Luciano Herault con Fr. Bonifacio de Bois: el primero, despues de abrir las puertas de la patria á algunos desgraciados compatriotas, volvió en el año 1645 á Argel con el P. Guillermo Dreilhac, quien acompañó á los cautivos libertados, al paso que su generoso compañero, que se privó de la libertad para aumentar el número de los cautivos rescatados, se quedó á merced de sus acreedores musulmanes. La pluma se resiste á describir los tormentos que le hicieron sufrir. «La mayor parte del tiempo, le encerraban en un hediondo foso lleno de reptiles, en donde, dice su historiador, se hallaba mucho mejor por no oir renegar del santo nombre de su Dios; y aunque á cada paso aplastase un sapo ó lagarto, y tuviese los piés sumergidos en el asqueroso cieno, lo preferia antes que respirar el aire que despide la impiedad de los bárbaros. Le fué preciso abrirse con sus uñas un hueco en el muro de tierra que le rodeaba para poder descansar, y sin ningun socorro humano, y apenas sin alimento permaneció en aquel tristísimo estado durante seis semanas.» La imposibilidad en que se veia el P. Luciano Herault de poder desencadenar á tantos infortunados, contribuyó mas que el duro trato que se le daba, á acelerar su muerte. El franciscano Anselmo David recojió su último suspiro el dia 28 de enero del año 1646. «No contento aquel religioso, dice su biógrafo, con esponer por espacio de tres dias el cuerpo de su compañero a la vista de los turcos y esclavos, obtuvo con sus vivas instancias del divan, que vacasen por algun tiempo en sus trabajos los pobres cristianos, á fin de que pudiesen rendir con toda libertad sus últimos deberes á aquel que habia sufrido la muerte por devolverles la libertad; y segun se nos ha manifestado, vióse derramar lágrimas á los mismos turcos que estaban encargados de la custodia del cadáver, tanta era la compasion que les inspiraba el dolor que sentian los esclavos por la pérdida de su protector. Al escuchar sus ayes y sollozos, al ver sus ademanes de dolor, conocíase cuan profunda era su afliccion. Las mugeres, á quienes la desgracia habia precipitado á aquel funesto estado para compartir los sufrimientos y cautiverio de sus esposos, llevaban á sus hijos para que tocasen las manos, piés y hábito del religioso, que besaban unos y otros con igual respeto y veneracion á las de un santo Por último, dos sacerdotes precedidos de dos turcos y seguidos de mas de tres mil esclavos, acompañaron la traslacion de su cuerpo á la capilla de las cárceles de la Aduana, donde un religioso portugués pronunció su oracion fúnebre, y cuarenta sacerdotes, tanto seculares como regulares, celebraron misas para el descanso de su alma, cosa que jamás se habia practicado en aquel pais, al menos que se recordase. Despues fué enterrado en el cementerio de los cristianos esclavos, que está situado fuera de la puerta de Bab-el-Ued.» Existen curiosas relaciones de los rescates que sucesivamente verificaron los trinitarios durante el generalato del P. Claudio de Massac, redoblando cada nacion su ardor en aquella obra de misericordia espiritual y corporal, de modo que España, Portugal, Francia y Alemania,

obraron tan numerosas redenciones, que en el solo año de 1720, se pueden contar mas de mil cautivos rescatados, los unos en Constantinopla y en el resto del imperio otomano, y los demás en los reinos de Argel, Túnez, Trípoli, y Marruecos. Los PP. Francisco Comelin, Filemon de La-Motte y José Bernard, pasaron á Berbería, al propio tiempo que los PP. Ribera y de La-Casa, religiosos mercenarios, bajo la proteccion de M. de Sault, enviado estraordinario en aquellas potencias berberiscas. Cuando el Dey de Argel admitió á los dos primeros en su audiencia (Pl. LXVII, n.º 1 y 2), «se hallaba, dice su relacion (1), en su aposento, situado en la parte mas elevada de su casa, mirando al mar, sentado en un divan, con las piernas desnudas y cruzadas, los piés fuera de las babuchas, descansando en una gran alfombra de Persia en cuyos estremos habia dos grandes almohadones de damasco encarnado. Todo el aposento estaba alfombrado y las paredes casi cubiertas, de un lado con sables enriquecidos con piedras preciosas, de otro con pistolas muy ricas y pulidas, y de otro con varias armas de diversas clases.» Los PP. Comelin y de La-Motte regresaron á Marsella con los religiosos de la Merced, mientras que el P. Bernard, que habia ido á rescatar los esclavos franceses en Túnez, les acompañaba en triunfo á su patria. La condicion de los cautivos era mas dura en Marruecos que en Túnez y Argel; el soberano no acostumbraba conceder la libertad sino á los inválidos, y exigia además sumas exhorbitantes, segun se desprende de otra relacion de los Trinitarios (2); de modo que en 1704, por unos presentes que se le hicieron de mas de cuatro mil duros, no entregó mas que á doce cautivos, y en el año 1723, únicamente entregó quince cristianos por un valor de seis mil duros. «Este príncipe, dice la Relacion que estractamos, era de mediana estatura, rostro prolongado y un poco flaco, ojos negros y pequeños, barba áspera y blanca, tez sumamente morena por no decir negra, nariz casi aguileña, gran boca, lábios abultados en los que apoyaba la lengua cuando no hablaba, lo que le hacia babear contínuamente, y cabeza temblona. Por otra parte nos pareció ser de un temperamento robusto y poco gastado, aunque contaba cerca de noventa años. Su padre habia vivido ciento diez y ocho.... En aquella audiencia el rey se hallaba en el patio mas inmediato á sus habitaciones, cruzadas las piernas en una especie de carretoncillo de cuatro ruedas, muy bajo, sin cubierta ni respaldo; habia un moro detrás de él que sostenia un gran parasol; á su lado un guerrero empuñando una lanza de mas de seis piés de alto, y otros dos moros provistos de pañuelos para ahuyentar las moscas, y á su alrededor unos cincuenta soldados con el fusil al hombro. Notamos que cuando el rey queria escupir, sus moros favoritos se acercaban á él para recibir en sus pañuelos la saliva del soberano, y hubo uno de ellos que la recibió en sus manos y con ella se frotó el rostro como pudiera hacerlo con un licor precioso.» Los trinitarios enumerando los cautivos por naciones, añaden: «Los esclavos portugueses eran en número de ciento sesenta, entre los cuales habia un religioso de la Compañía de Jesus que celebraba diariamente la misa á las dos de la madrugada en una canoa, lo que era de un gran consuelo para aquellos esclavos que llevaban una vida mas cristiana que los otros, y habia un gran número que jamás dejaban de asistir á ella. Aquel sacerdote nos fué muy recomendado por un hijo del rey que le veneraba muchísimo, y nuestro deseo era poder rescatarle, si el rey hubiese querido darnos sus esclavos por dinero. Verdad es que aquel jesuita no parecia muy dispuesto á seguirnos, á causa de la necesidad que tenian de él los esclavos de su nacion.»

(1) «Viage para la redencion de cautivos en los reinos de Argel y Tunis, verificado en el año 1720,» pag. 133.

(2) «Relacion en forma de diario, del viage para la redencion de cautivos, verificado en los reinos de Marruecos y Argel en los años 1723, 24 y 1725 por los PP. Juan de la Faya, procurador general, ministro de la Casa de Berberia, Dionisio Mackar, ministro de la de Huy, pais de Liega; Agustin de Arcisas, ministro de Montpeller, Enrique Le Roy, ministro de la de Bourmont, diputados), de la órden de la Sma. Trinidad, llamada de los Maturinos» pag. 5 y siguientes.

Despues de haber hablado de los franciscanos, de los religiosos de la Merced y de los trinitarios, debemos indicar los trabajos del instituto, entonces muy reciente, de los sacerdotes de la mision ó Lazaristas. El estado en que San Vicente de Paul habia visto á los esclavos de Túnez, cuando compartió con ellos su cautiverio, le inducia á aligerar el peso de sus cadenas; por manera, que fué grande su alegría, cuando Luis XIII le manifestó su voluntad de enviar algunos de sus sacerdotes á Berbería, dando además el rey para el cumplimiento de aquella buena obra la suma de diez mil libras. Habiendo logrado el cónsul francés en Túnez que un sacerdote de la mision entrase en su casa en calidad de limosnero, Vicente hizo partir en el año 1645 á Luis Guerin, á quien fué á secundar tres años mas tarde Juan Le-Vacher, que habia nacido en Ecouen en el año 1619. Pronto la peste arrebató al primero, que siempre habia contado con la dicha de ser empalado ó quemado vivo por la gloria de Jesucristo. En el año 1647, aquel azote arrebató tambien en Argel á Noueli, jóven sacerdote de la mision, cuyos sucesores Le Sage y Dieppe que sucumbieron como él en los años 1648 y 1649, fueron reemplazados por Felipe Le-Vacher, hermano del misionero de Túnez. Cuando en el año 1661, Felipe regresó á Francia con el cónsul Barreau, tuvo el consuelo de acompañar á setenta esclavos que habia rescatado. Collet, biógrafo de Vicente de Paul, hace observar que entre los misioneros de Argel y Túnez, los habia siempre que se hallaban revestidos del título de vicarios apostólicos y vicarios generales del arzobispado de Cartago, del que dependian aquellas dos ciudades, y todos los sacerdotes ó religiosos esclavos estaban sometidos á su jurisdiccion. Como nada olvidaba la inmensa caridad de Vicente de Paul, logró que la duquesa de Aiguillon fundase un pequeño hospital en Argel para los esclavos abandonados por inhumanos dueños en sus enfermedades, y se encargó de recibir, á costas de su casa, todas las cartas que los cautivos escribian á sus familias. Por medio de esta oficina de correspondencia, se supo poco á poco, en todas las provincias de Francia, que los que creian muertos ó que habian llegado al fin de su viage, jemian bajo el peso de la opresion en Berbería; la caridad se hizo mas general, y á contar del año 1664, los misioneros pudieron rescatar un gran número de cautivos, los unos por comision y los otros por sus propios esfuerzos. Con el objeto de perpetuar aquella buena obra, Vicente deseaba que hubiese siempre en su instituto algunos miembros dispuestos á consagrarse á ella. « Esta accion, dijo un dia, es considerada tan meritoria y santa, que ha motivado la institucion de algunas órdenes en la iglesia de Dios; y habiendo sido establecidas estas órdenes para la redencion de cautivos, siempre han gozado de gran predicamento. Entre estas religiones figura en primer lugar la de los Mercenarios que hacen voto de rescatar á los esclavos cristianos. Y no se limitan á una obra tan escelente y tan santa, sino que muchos de ellos permanecen constantemente en Berbería para ausiliar á todas horas tanto corporal como espiritualmente, á aquellos afligidos, prestándoles toda clase de socorros y consolándoles en sus mayores miserias. Muy meritoria es semejante obra si se considera su grandeza, y bien mirado tiene muchos puntos de relacion con lo que hizo el Salvador de los hombres, cuando descendió de los cielos para libertarles del cautiverio del pecado é instruirles con su palabra y su ejemplo. »

Aunque las ciudades de Argel y Túnez, donde moraban de ordinario los primeros sacerdotes de la mision, les diesen mucha ocupacion, salian de ellas algunas veces para visitar á los esclavos que vivian en la costa ó en el interior del pais, y que mas necesidad tenian de sus servicios. Las visitas evangélicas mas difíciles, y tambien las mas frecuentes, tocaban á los misioneros de Túnez, quienes recorrian las granjas y habitaciones rurales, donde habia esclavos, situados á veces á muchas leguas de distancia de Túnez, ó bien tenian que

atravesar escabrosas montañas pobladas de fieras mas bien que de hombres. Muchos de aquellos cautivos escluidos por toda la vida del comercio de las ciudades, no se habian confesado hacia muchisimos años; y algunos privados de toda relacion religiosa y ejercicio esterior, habian perdido todo sentimiento cristiano. Juan Le-Vacher, mediante una retribucion dada unas veces á los amos y otras á los guardianes de los cautivos, alcanzó el permiso de reunirlos, instruirlos y oir sus confesiones; adornó despues con decencia un lugar para celebrar la misa, y todos comulgaron con un consuelo que no habian esperimentado desde que se hallaban encadenados. Prendado el religioso de ellos, como lo estaban de él, abrazóles, hízoles algunos regalillos, en tanto, dice, como su pobreza se lo permitia, y por último dió una moneda de plata á los mas necesitados. Enviado de Túnez á Argel, Juan Le-Vacher recogió en su casa en el año 1677 á los esclavos atacados de la peste. Cuando la escuadra de Du-Quesne apareció en el año 1683 á la vista del puerto, se le encargó que siguiese las negociaciones con el almirante francés, pero aquellas fueron rotas por los turcos á consecuencia de la sedicion que estalló en la ciudad. Quisieron obligar á aquel santo sacerdote que renunciára al cristianismo, pero como se negase á ello le colocaron delante de un cañon y la bala de que estaba cargado le destrozó el cuerpo. (Pl. CVIII, n.º 1.) De este modo murió el primero de los hijos de San Vicente de Paul que derramó su sangre por la fé de Jesucristo en aquel pais bárbaro é infiel. La misma clase de martirio estaba reservado á otro sacerdote de la mision, que en un principio evangelizó á los naturales de Madagascar.

En efecto, viendo la Congregacion de la Propaganda, el bien que hacian en Italia los sacerdotes de la mision, habian encargado al nuncio apostólico en Paris, que manifestase á Vicente la necesidad de enviar algunos apóstoles á aquella isla, en la que la Francia habia formado un establecimiento. Elijió el santo en el año 1648 á Nacquart de Champmartin, de la diócesis de Soissons y á Nicolás Gondré, de Amiens, quienes comenzaron su apostolado por la guarnicion del fuerte Delfin, cuyo violento comportamiento respecto de los malgaches, unido á la natural inconstancia de aquellos insulares, perjudicaban notablemente la propagacion del Evangelio. No obstante, los comienzos hicieron concebir algunas esperanzas de buen éxito. Nacquart, habiendo sabido que Andiam Ramach, uno de los jefes de la isla, habia morado en Goa, cuando jóven, fué á hacerle una visita, confesándole aquel jefe que habia sido bautizado y recitóle en portugués la oracion dominical, la salutacion angélica y el símbolo de los apóstoles. Desde entonces no solo permitió á los misioneros que evangelizasen á sus súbditos, sino que prometió asistir en persona á las funciones religiosas. Apenas Nacquart pudo espresarse en el idioma del pais, recorrió el campo, donde encontró mucha mas docilidad entre los negros que entre los blancos. Gondré, despues de haber seguido á pié á unos oficiales franceses que emprendieron un viage por la isla, sucumbió á una calentura violenta el dia 26 de mayo del año 1649 en brazos de su esforzado compañero. Bourdaise, hijo de Blois, uno de los que Vicente de Paul destinó enseguida para aquella mision, solo encontró las cenizas de Nacquart, en una tierra que devoraba, no á sus habitantes, sino á sus libertadores. Habiendo quedado solo en el año 1657, pidió refuerzo, y cinco misioneros de los que Madagascar tenia gran necesidad, pero que no habrian llegado sino despues de su muerte, naufragaron en el Cabo de Buena Esperanza, y una flota holandesa, volvió á conducirles á Europa. Renato Almeras, sucesor de Vicente de Paul en calidad de superior general, heredó los sentimientos de ternura y compasion que abrigaba su antecesor por los malgaches, á quienes envió algunos apóstoles, dando con ellos dos mártires al instituto. La mision de Madagascar subsistió hasta el año 1674, que fué cuando Luis XIV abandonó aquella isla,





prohibiendo á su marina que tocase á ella. De los cuatro misioneros que quedaban entonces, uno fué muerto por los negros, otro quemado vivo en su propia habitacion, y los dos restantes que eran sacerdotes regresaron á Francia. Miguel Montmasson, de Saboya, uno de ellos, reemplazó á Juan Le-Vacher, como vicario apostólico en Argel, sin que le intimidase la suerte de su ilustre cofrade. Cuando el mariscal de Estrées se dejó ver delante de la ciudad el dia 26 de junio del año 1688, aquel religioso fué arrestado con todos los franceses; colmáronle de oprobios y malos tratos, y por fin, en la noche del 5 de julio le pusieron delante de la boca de un cañon, lo propio que á otro hermano misionero, llamado Francisco Francillon, que habia pasado cuarenta años en Berbería, ocupado en servir á los esclavos.

Los vicarios apostólicos de Argel continuaron escogiéndose en el Instituto que se gloriaba de la muerte heróica de Le-Vacher y Montmasson. Los trinitarios Francisco Comelin y Filemon de La-Motte tributaron un particular homenage al celo y caridad de Duchesne, que reemplazó en el año 1720 á aquellos dos grandes hombres.

CAPÍTULO X.

Misiones de los capuchinos, dominicos, agustinos, jesuitas y franciscanos en la costa occidental de Africa.

En la relacion publicada por el dominico Labat, se vé que el trato de las compañías comerciales con la costa occidental de Africa, no se remonta mas allá del año 1626. Cinco años despues los capuchinos Alejo de San Lo y Bernardino Renouard, de la provincia de Normandia, acompañaron al capitan Emmery, de Caen, al cabo Verde, donde los colonos portugueses ó franceses y los negros convertidos debian acogerlos con tanto mas favor, cuanto hacia ocho años que se hallaban privados de socorros espirituales. El cabo Verde y las costas vecinas, estaban comprendidas en los límites del reino de Cayor, cuyo soberano, ó rey del interior, llevaba el título de *damel* y tenia por agentes algunos alcaides ó gobernadores locales. Desembarcaron en Rufisca (1) á últimos del año 1635, y un negro sorprendido al ver el hábito de los religiosos, preguntó si el P. Alejo era la muger del capitan, pero habiéndole dicho que era un padre, inclinóse y pareció avergonzarse de su engaño. El puerto de Rufisca ya era entonces un lugar de reunion para los comerciantes de todas las naciones y creencias, de modo que en un solo dia, los capuchinos vieron católicos, calvinistas, luteranos, discípulos de Bicherio, armenios, judíos y musulmanes. Los misioneros dispusieron una capilla en la casa de D.ª Felipa, señora portuguesa, y despues convirtieron y bautizaron á un cierto número de indígenas. Habiendo sabido que el alcalde del Cabo se llamaba Bernardo Gaspar y era cristiano, fueron á visitarle. Aquel gobernador, al verles, hizo la señal de la cruz y luego les enseñó los retratos de los reyes de España y Francia que tenia en su cabaña. « Aquel buen anciano, dice el P. Alejo, los respetaba, como si los prototipos estuviesen ya en el paraiso, causándonos suma admiracion tanta sencillez. » Uno de los hijos del alcalde habia vivido cinco ó seis años en Europa donde habia sido bautizado Los religiosos pasaron quince dias en el puerto de Joale, donde casi todos los negros hablaban portugués. Aquellos indígenas creian que cada individuo estaba provisto de un alma parecida á la del animal con el cual tenia mas semejanza. « Preguntamos á uno de ellos, escribe el P. Alejo, de que animal el recaudador ó receptor de impuestos del rey, tenia el alma, y nos contestó que de lobo; pero al dar aquella contestacion, bajó la voz como si temiese que otras personas pudiesen oirle. » Como la poblacion de Joale habia sido destruida por un reciente incendio, los capuchinos, celebraron el sacri-

(1) Rufisca, llamada tambien Tentaqueya ó Rio Fresco, es una ciudad y puerto de Senagambia en el reino de Cayor, en Africa, al E. S. E. del cabo Verde y al N. E de la isla de Corea. Al presente contiene unos 2500 habitantes que siguen un activo comercio con los europeos. (Not. del Trad.)

ficio de la misa en una capilla dispuesta con unas velas de embarcacion; desde allí pasaron á Portudale, donde el capitan Emmery ofreció algunos regalos al rey, quien no se mostró muy satisfecho. Estaba quejoso porque le daban de comer con un barreño pequeño, cuando sabia que el *damel* de Cayor comia siempre en un barreño grande. Los religiosos encontraron á aquel príncipe sentado á la mesa y vestido con un ancho saco de algodon blanco. Quiso dar á los viageros la diversion de una especie de funcion equestre, en la que figuraban asnos, camellos y caballos. Cuando recibió en audiencia á los *tubabes,* esto es, los blancos, estaba apoyado en una gran calabaza. Un moro de su comitiva hundió en su presencia en la arena dos puñales cruzados, cuya accion alarmó tanto mas á los religiosos, cuanto vieron al alcalde de Puerto Sereno, prosternarse ante el rey y tomar enseguida aquellos dos puñales. Pero sus dudas no tardaron en disiparse, al presenciar, con gran sorpresa, que el alcalde se servia de aquellos dos puñales para afeitar al soberano.

Los misioneros estaban de regreso en Rufisca por la fiesta de Pascua del año 1636, la cual celebraron con solemnidad, asistiendo los negros con gran devocion. Cuando no tenian cruces para venerar, cruzaban sus pulgares y besaban aquella cruz viva con respeto. Los capuchinos cuando volvieron á Joale encontraron la capilla que habian levantado, mucho mas adornada que cuando partieron; completaron en aquel lugar varias conversiones, y en particular la del negro Bur-Maroles, pariente del rey, que fué despues el protector de los franceses contra las intrigas del preceptor de impuestos. Partieron los religiosos de Joale el 15 de mayo del año 1636, con gran sentimiento de los portugueses, que les encargaron procurasen una mision permanente de su órden para cabo Verde, donde únicamente habian permanecido ocho meses. Es probable que regresasen al poco tiempo á Ruan, donde el P. Alejo de San Lo, autor de la « Relacion del viage al cabo Verde », murió en el año 1638. El libro de este religioso contiene interesantes detalles; rebosa sencillez y buena fé, pero algunas veces su estilo es prolijo y oscuro. En el año 1648, algunos capuchinos partieron de Italia para el reino de Benin bajo la direccion de Angel de Valencia, y muchas veces se vieron espuestos á perder la vida por querer correjir las bárbaras costumbres de aquel pueblo que acostumbra degollar á centenares de víctimas en la tumba de sus magnates. Sus tentativas tuvieron mas cumplido éxito en el reino de Overry, cuyo gefe despidiendo de palacio á todas las mugeres que la licencia y las costumbres de su pueblo habia reunido en él, se casó ante la Iglesia con una isleña de Sto. Tomas, de orijen europeo y educada en la córte. La confusa idea que tienen de un ser supremo los habitantes de Whida, hizo concebir tantas esperanzas á los franceses que se establecieron en el pais en el año 1666, que solicitaron el ausilio de dos religiosos capuchinos para convertirlos á la fé. Habiendo acudido los PP. á su llamamiento, aprendieron el idioma local y predicaron en un principio con tan feliz éxito que el mismo rey pidió ser bautizado. Indudablemente su conversion hubiese ido acompañada de la de todo su pueblo, si los protestantes que habia establecidos en la costa, temerosos de que semejante acontecimiento pudiese arruinar su comercio, no hubiesen conspirado poderosamente en contra. Ganaron á los sacerdotes de los negros con cuantiosos presentes, provocaron un levantamiento contra los capuchinos, y la víspera del dia en que el rey debia ser bautizado, incendiaron la capilla católica, cercaron tumultuosamente el palacio real, y de seguro que hubieran dado muerte á los dos religiosos, á no haberles protegido el soberano con todo su poder. No obstante, al ver que corria grave peligro su propia seguridad, prometió á los sacerdotes negros que no abandonaria la idolatría. De los dos misioneros, el uno murió de sentimiento ó envenenado á los pocos dias, y obligaron al otro á embarcarse.

En el año 1670, la misma compañia fran-

cesa, hizo partir á dos dominicos para renovar aquella tentativa, pero tambien los protestantes europeos hicieron la misma oposicion. Aquellos religiosos no pudieron obtener siquiera la menor audiencia ni del rey ni de sus grandes; el pueblo se negó á escucharles y ambos murieron, creyéndose generalmente envenenados como lo habia sido el religioso capuchino, su antecesor. Los franceses se limitaron entonces á tener un capellan para sus necesidades espirituales. El dia 28 de agosto del año 1687, el dominico Gonzalves, se embarcó en el puerto de la Rochela para las misiones de Guinea (1) y llegó al pais de Yssiny á últimos de diciembre, siendo muy bien recibido por el rey Zena, quien le confió la educacion de dos jóvenes negros llamados Aniaba y Banga que mas tarde pasaron á Francia. El P. Gonzalves dejando en Yssiny al P. Enrique Cerizier, cuya carrera apostólica abrevió una santa muerte, pasó con sus demás compañeros al reino de Whida, donde murieron casi todos al mismo tiempo, creyéndose que los enemigos de la religion habian apresurado su fin. La mision comenzada, quedó sin resultado hasta el año 1700, que fué del gran jubileo, con cuyo motivo habiendo ido á Roma el P. Godofredo Loyer para esponer las necesidades espirituales de aquel pais, la Congregacion de la Propaganda le nombró prefecto apostólico del mismo. El príncipe Luis Aniaba, que el rey de Francia volvió á enviar á su pais, dijo, abrazando al P. Loyer, que su satisfaccion era cumplida, porque despues de haber sido conducido idólatra á Francia por un dominico, veia que se hallaba dispuesto para acompañarle cristiano á su patria, otro misionero de la misma órden. El P. Villard fué el único compañero del prefecto á quien prometieron que le enviarian, si los pedia, algunos misioneros; pero no habiéndose podido arraigar en Yssiny el establecimiento que trataban de fundar allí los franceses, y viendo los PP. Loyer y Villard que no recibian de Europa ni recursos ni noticias, regresaron á Francia, donde el primero murió en el año 1715, poco tiempo despues de haber publicado una Relacion escrita con sencillez y candor, la mejor de aquel pais que se haya escrito en francés.

No cedia el celo de los portugueses al de los franceses. Refiere Bosman que hallándose en la costa de Whida en los años 1698 y 1699, desembarcó en aquel punto un religioso agustino procedente de Santo Tomás, con el objeto de convertir á los negros. Cuando el misionero hubo propuesto al rey que atendiera á sus instrucciones, Bosman preguntó á aquel príncipe que pensaba sobre aquella proposicion. «La considero muy laudable, contestó el rey, y este misionero me parece un hombre muy honrado; pero estoy resuelto á no abandonar el culto de mis mayores.» Habiendo dicho el agustino á uno de los mas notables indígenas, que si el pueblo de Whida persistia en sus falsas opiniones y en sus desarregladas costumbres, no se libraria de las penas eternas del infierno, el negro le contestó con frialdad: «No valemos nosotros mas que nuestros antepasados; ellos profesaron el mismo culto y llevaron la misma vida. Si se nos condena al fuego del infierno, al menos tendremos el consuelo de quemar con ellos.» Esta respuesta desvaneció todas las esperanzas del misionero, quien se despidió del rey y se hizo á la vela.

Segun el constante método observado por los reyes de España y Portugal, respecto á los gobernadores de las colonias, estos eran reemplazados cada tres ó cuatro años, y algunas veces mas frecuentemente, mandándoles enseguida á ejercer las mismas funciones en el Brasil, cuyos gobernadores iban á su vez á dirigir las posesiones de Angola. Juan Correa, de Souza, administraba esta colonia, cuando

(1) Tomamos estas noticias de la «Relacion del viage al reino de Yssiny, en la costa de Oro, pais de Guinea, en Africa; la descripcion del pais, las inclinaciones, costumbres y religion de sus habitantes, con lo mas notable que aconteció cuando se establecieron en él los franceses»; todo recogido exactamente en los mismos lugares por el P. Godofredo Loyer, prefecto apostólico de las misiones de los religiosos dominicos en las costas de Guinea, en Africa, religioso del convento de la Buena Nueva de Rennes en Bretaña.» (Nota del Aut.)

Zingha, hermana del feroz Ngolam-Bandi, rey de Matamba, recibió de su hermano el encargo de ir á negociar la paz con los portugueses. Admitida en la audiencia del virey, notó que Souza estaba sentado en un sillon de terciopelo con franja de oro, y que habian dispuesto para ella enfrente de aquel sillon, una rica alfombra, y sobre ella dos almohadones, único asiento de que podia disponer. Desagradándole aquel ceremonial, hizo seña á la mas jóven y hermosa de las mugeres que la acompañaban, y esta al punto se arrodilló, apoyóse en sus manos y codos, y presentó respetuosamente la espalda á su dueña, quien se sentó en ella, y permaneció en aquella actitud todo el tiempo que duró la audiencia, (Plancha CVIII, n.° 2.) El virey, al despedir á la princesa, le indicó la muger sobre cuyas espaldas se habia sentado, que permanecia inmóvil en la posicion que un ademan de su dueña le habia hecho tomar. Zingha contestó que no era propio de la embajadora de un gran rey servirse dos veces de un mismo asiento, y que ya no pudiéndole ser útil el que le indicaba, lo dejaba en el lugar en que se hallaba, abandonando aquella esclava al gobernador. No solamente los portugueses consintieron en el tratado de paz que pedia la princesa, sino que procuraron inculcarle las verdades del cristianismo, siendo por último bautizada en la catedral de San Pablo de Loanda, en el año 1622, á la edad de cuarenta años, dándosele el nombre de Ana. Deseando el virey que Ngolam-Bandi, hermano de la princesa, abrazase el cristianismo, le envió un sacerdote negro llamado Dionisio de Faria, á fin de que procurase su conversion; pero cuando á su vez iba á ser regenerado, de repente mudó el príncipe de parecer declarando, que no convenia á su dignidad humillarse ante un hombre que era hijo de uno de sus esclavos, y acabó por despedir al sacerdote; pero en el año 1625, envió á sus dos hermanas Cambia y Frangi á Loanda para que fuesen instruidas y bautizadas. Despues de la muerte de Ngolam-Bandi, envenenado en el año 1627, Zingha se apoderó de la corona, abjuró el cristianismo, bañó los templos y los ídolos en sangre humana, y se captó el aprecio de los belicosos jagas, esparcidos por el oriente de Matamba, quienes la reconocieron unánimemente por soberana.

En el año 1640, los capuchinos enviaron por primera vez al Congo una mision de su órden, compuesta de seis italianos y españoles, entre ellos cuatro sacerdotes y dos hermanos legos. Uno de estos últimos, Fr. Francisco de Pamplona, habia sido conocido en el siglo con el nombre de Tiburcio de Redin, caballero de Santiago y maestre de campo de los ejércitos de España. Embarcados los misioneros en Liorna, llegaron felizmente á Lisboa, pero no pudieron partir hasta el dia 20 de enero del año 1645. Al llegar al cabo Padron, que forma la estremidad meridional de la embocadura del Zaira, encontraron los restos de una cruz de piedra, levantada en otro tiempo por Diego Cam, pero recientemente derribada por los holandeses. La sustituyeron por otra de madera, junto á la cual edificaron una capilla. El P. Buenaventura, prefecto de la mision, envió entonces á Fr. Francisco de Pamplona á buscar refuerzo á Europa, y se encaminó hácia San Salvador, donde los capuchinos fueron visitados por el capítulo de la catedral, los jesuitas y todos los demás eclesiásticos. Destináronles la iglesia de Ntra. Sra. de la Victoria, y construyéronles un convento. Otros cuatro capuchinos á quienes los holandeses, entonces dueños de San Pablo de Loanda, habian hecho sufrir raras visicitudes, fueron reclamados por el rey de Congo. Cuando los portugueses volvieron á estar en posesion de San Pablo y de todo el resto del reino de Angola, aquel príncipe renovó la alianza del Congo con Portugal, valiéndose para ello de los buenos oficios de los jesuitas y capuchinos, cuyo prefecto murió en el año 1649.

Una segunda mision de aquella órden llegó al Congo el dia 6 de marzo del año 1648, bajo la direccion de Dionisio Mareschi. Las enfermedades diezmaron aquellos religiosos, quienes, por otra parte, no estando familiari-

zados con los dialectos del pais, hicieron pocos progresos. Sus intérpretes se aprovecharon de la veneracion que inspiraban los misionistas para procurarse muy ricas ofrendas; y aquellos presentes de que se aprovechaban unos intermediarios infieles, contribuian al descrédito del cristianismo y de sus ministros. Por último, fueron tambien vanos los esfuerzos que se hicieron para reformar las costumbres, sobre todo respecto á la pluralidad de mugeres, porque aquellos pueblos querian ser cristianos á su modo y sin perjuicio de sus costumbres, por mas distantes que se hallasen de la moral cristiana. Los PP. Buenaventura de Carriglio y Francisco de Veas, fueron enviados con el intérprete Calixto Zeloto á la mision de Ovando, cuyo territorio encontraron invadido por la reina Zingha. Presos y encadenados fueron conducidos á presencia de aquella princesa, que los recibió con distincion, y escuchó las exhortaciones que le hicieron para que volviese á abrazar el cristianismo. Permitióles que se volviesen á San Salvador, donde llegaron con las piernas destrozadas y tan cubiertas de profundas heridas, ocasionadas por los espinos del camino, que tardaron cuatro meses en poder curarse. Zingha se convirtió y pidió misioneros, de cuya peticion para con el Papa se encargó el P. Antonio de Monte Padrone.

En el año 1648 partieron de Italia cuarenta y cinco capuchinos, destinados al reino de Benin, bajo la direccion del P. Angel de Valencia, y al Congo, bajo la del P. Juan Francisco de Roma. Ya hemos hablado de los primeros; respecto á los segundos esperimentaron varias alternativas de proteccion y persecucion, habiendo sido muerto á palos el P. Jorge Gialla. Cuando el P. Bernardino, natural de Hungría, que evangelizaba el Loango, murió en el año de 1664, la multitud idólatra no permitió que lo enterrasen, y su cuerpo fué arrojado al mar.

Entretanto los deseos manifestados por Zingha de tener algunos misioneros se veian cumplidos. Partió de Europa en el año 1654 una cuarta mision de capuchinos, compuesta de doce sacerdotes y dos legos para atender á las necesidades espirituales de los reinos de Congo, Angola y Matamba, de cuyo último pais fué nombrado prefecto el P. Serafin de Cortona. La reina Zingha antes tan corrompida como feroz, solo conservó desde entonces un marido cuya union consagró la iglesia; pero aquel esposo no tuvo ninguna parte en el gobierno, y sí fué únicamente el primero de sus esclavos. La reina mandó construir en su capital una grande iglesia dedicada á la Santísima Virgen, que fué nombrada, lo propio que la ciudad de Cabazzo, Santa María de Matamba. En el mes de mayo del año 1659, edificó á orillas del rio Vamba, una nueva ciudad y otra iglesia bajo la advocacion de la vírgen María, mucho mas hermosa y mas grande que la primera, siendo su arquitecto el capuchino Fr. Ignacio. Las piedras fueron trasladadas de las montañas vecinas en hombros de los esclavos; la reina animaba con su presencia á los obreros, cuyo número llegó hasta diez y siete mil, de modo que tanto la ciudad como la iglesia quedaron terminadas en poco tiempo, y ya en el año 1660, Zingha comulgó en ella. Desde entonces pareció enteramente cambiada: así como antes era orgullosa, altanera y desapiadada, mostróse en adelante dulce, humilde, compasiva, afable, liberal y caritativa. El P. Cavazzi, uno de los capuchinos que permanecieron por mas tiempo á su lado, en los últimos años, dice que su córte era tan numerosa, como la de los principales soberanos de Europa. Unicamente los cargos y dignidades constituian la categoría de las personas. Trescientas mugeres estaban destinadas al servicio particular de la reina: diez de entre ellas no se apartaban jamás de su lado durante diez dias, finidos los cuales eran reemplazadas por otras diez. Zingha, que era muy amante del fausto y la esplendidez, se adornaba con tanto esmero en su vejez, como en los mejores dias de su juventud. Algunas veces cubria su cabeza con un ligero casco adornado de vistosas plumas, y su trage consistia entonces únicamente en dos ricos paños: con el uno se ceñia el cuer-

po desde la cintura hasta cerca de las rodillas, y con el otro, á modo de capa cruzada sobre el pecho, se cubria las espaldas. Hemos dicho que estos paños eran ricos, y lo eran en efecto, porque si bien estaban formados de algunos filamentos de cortezas de árboles del pais, eran tan finos, y tan variados en brillantísimos colores, que no podia compararse á su esquisito tejido el mas hermoso raso europeo. En los dias solemnes, cuando daba audiencia, vestia telas de Europa y encajes riquísimos; el oro, las perlas y diamantes, dispuestos en brazaletes, collares y cadenas, cubrian sus brazos, garganta y piés. La magnífica corona que ceñia estaba cuajada de brillantes, y por cetro tenia una varita forrada de terciopelo y cubierta de perlas y campanillas de plata. Era muy aficionada á la caza, y aunque cargada de años se entregaba á aquel ejercicio, del mismo modo que cuando era jóven. Despues de su conversion nada habia perdido de su carácter marcial, y tenia un gran cuidado en conservar la disciplina y buen órden en sus ejércitos, á los que revistaba frecuentemente, y entonces se la veia armada y vestida como una amazona. Queria que las mugeres de su palacio se ejercitasen en disparar el arco y arrojar el dardo, á fin de que pudiesen seguirla en los combates. No tenia caballerizas, porque en aquel pais no se sirven ni de caballos, ni de asnos, ni de mulos; únicamente habia algunos portugueses que los tenian en Loanda, mas bien por lujo que por necesidad. En vez de caballos, algunos esclavos robustos, alimentados convenientemente en chozas particulares, estaban siempre á disposicion de la córte, ya sea para llevar á las personas en una hamaca, ya para servir de correos; obedecian á un mayordomo que les distribuia por el camino como tiros de posta, y andaban hasta treinta leguas diarias con una rapidez que aventajaba la del mejor caballo. A menos que Zingha estuviese enferma, siempre comia en público: servíasele la comida bajo el pórtico de su palacio, donde daba tambien audiencia. Sobre el suelo de aquel pórtico estendian una grande alfombra ó rica estera, cubríanla con unos hermosos manteles de tela de Europa, ó bien con los lienzos de corteza, obra del pais; la reina se sentaba en un cojin ó se ponia en cuclillas, y, sin cuchara, ni cuchillo, ni tenedor, tomaba con las manos lo que habia en el plato, destrozándolo antes tambien con las manos, si era carne ó cosa semejante. Cuando bebia, todos los asistentes batian palmas ó hacian sonar sus dedos como castañuelas, y uno de los primeros oficiales le tocaba el dedo del pié izquierdo, para significar que sus súbditos deseaban que el alimento que tomaba, se esparciese por todo su cuerpo, desde la cabeza hasta las estremidades de los miembros. Gingo Mona, marido de su hermana, prosternado á sus piés, recojia los huesos, espinas y otros restos de su comida, y los iba á enterrar en un sitio oculto, por temor de que no fuesen encontrados y sirviesen para hacer algun maleficio contra la reina. Algunas veces, mientras comia, arrojaba algunos pedazos de carne á los oficiales ó mugeres de su acompañamiento, quienes los recibian con respeto y se los comian enseguida. Terminada la comida distribuia lo sobrante entre sus cortesanos, y habia siempre lo bastante para alimentar á un gran número de personas. El P. Cavazzi asegura que vió servir á la reina hasta veinte y cuatro platos, y quedó muy maravillado al contemplar que muchos de ellos estaban compuestos de pequeñas largartijas, langostas del campo, topogrillos y otros animales parecidos, y sobre todo un plato de ratoncillos asados con la piel y el pelo. No pasando desapercibida á la reina la sorpresa del religioso, rogóle que probase al menos uno de aquellos animalitos; pero escusándose de hacerlo el P. Cavazzi, dijo la reina dirigiéndose á sus cortesanos: « Los europeos, no saben lo que es un manjar delicado. » Cuando recibia á algunos estrangeros que estuviesen revestidos de cierta dignidad, entonces comia á la europea: sentábase en su trono, sus oficiales y mugeres le servian como en Europa empleando una vagilla de plata ó dorada; pero

esto sucedia pocas veces, porque le causaba suma molestia. Las Memorias de los misioneros nos pintan á esa muger singular, muy dispuesta en los últimos años de su vida á propagar el cristianismo en sus estados, publicando edictos para desarraigar la idolatría, haciendo venir de Loanda mugeres portuguesas para enseñar á las de su córte las artes europeas, muriendo despues de haberse confesado y haber recibido la estremauncion con un crucifijo en las manos y sin agonía, á la edad de ochenta y un años, el dia 17 de setiembre de 1663. Fué espuesta en un suntuoso túmulo, cubierto con un gran paño del pais de Gabon; pero en vez de estar tendida, estaba recostada en un rico cojin, que su paje de honor, inmóvil como una estátua, sostuvo durante muchas horas. Se la habia embalsamado, y por espacio de dos dias, se quemaron alrededor de su tumba una gran cantidad de perfumes; despues fué enterrada en la iglesia de Santa Ana, en el interior de un panteon cuyas paredes estaban revestidas de raso con galones de oro, y el suelo cubierto con hermosas esterillas, y sobre estas magníficas alfombras. Tambien se depositaron en su tumba, sus arcos, flechas y mas ricos trajes, así como sus muebles mas preciosos, y una suma de dinero que llegaba á diez y seis mil escudos romanos, todo conforme á las leyes del pais. Bárbara, hermana y heredera de Zingha, estuvo indecisa por mucho tiempo entre la idolatría y el cristianismo que habia abrazado, hasta que por último se declaró abiertamente por la idolatría, hasta su muerte, acontecida el dia 24 de marzo del año 1666. Entonces los *singhillas* ó sacerdotes del pais, recobraron su antiguo dominio; los grandes y el pueblo volvieron á abrazar con ardor sus funestas costumbres; numerosas víctimas humanas fueron degolladas en la tumba de las dos reinas, y por último, entregaron á las llamas la iglesia y la ciudad de Santa María de Matamba. Sin embargo, debemos observar que, cuando Francisco, próximo pariente de Ana y Bárbara, fué aclamado rey, procuró hacer renacer el cristianismo.

Ya que hemos hablado del capuchino Juan Antonio Cavazzi, conviene que resumamos su vida. Era natural de Montecuccolo, en el ducado de Módena, y uno de los doce sacerdotes de su órden que partieron de Europa en el año 1654 para ir á evangelizar aquella parte del Africa. Cuando fueron distribuidos los misioneros por diversas comarcas, el P. Cavazzi y Fr. Ignacio de Valsana recibieron la órden de dirigirse á Maopongo, uno de los lugares mas pintorescos del globo, segun Walckenaer, donde residia el rey Angola Aarii, hermano de Zingha. Los inmensos peñascos de aquel nombre, llamados por los portugueses la Fortaleza de las Rocas, son muy parecidos á esos grandes escollos que se levantan aislados en medio del Océano; y aunque aquellos están distantes mas de cien leguas de la costa, brotan de ellos y saltan como grandes surtidores, copiosos chorros de agua salada que alcanzan una altura de mas de setenta brazas sobre el nivel del suelo, aumentando esta cuando sube la marea, y disminuyendo cuando el reflujo. Aquellos chorros tan impregnados de sal, se hallan muy inmediatos á otros manantiales muy abundantes de agua escelente, ligera, dulce y muy propia para todos los usos de la vida. Aquella inmensa masa de rocas tiene veinte y siete millas de circunferencia, y escede en altura á las mas elevadas torres de Europa. Vista de léjos parece compacta y sin divisiones, pero al acercarse á ella, vése que está compuesta de un número infinito de rocas separadas, abriendose entre ellas profundos abismos y precipicios, dispuestos por la naturaleza de un modo tan variado y caprichoso, que segun Cavazzi, parecen una gran ciudad redonda de un alto y formidable muro, llena de torres, campanarios, obeliscos, arcos de triunfo, pórticos, mausoleos, pirámides, en fin, de cuanto el genio de la arquitectura puede imaginar. Al llegar á la altura de las rocas menos elevadas, hállase en los intervalos que las separan, un laberinto de sendas, orladas de árboles ó plantas espinosas; poco á poco va ensanchándose

el espacio, y se llega por fin á unos espaciosos valles y campos sembrados de bosquecillos constantemente frondosos, ofreciendo un suelo fértil y una vegetacion tan lozana como variada. Todavía á mayor altura, existe una vasta llanura que corona aquella grandiosa mole de rocas, en cuyo centro se levanta una especie de pirámide de granito, que tiene en su base un gran número de pequeñas cavernas naturales sin ninguna humedad. Estas cavernas comunican entre sí, y de su interior arrancan algunos senderos que van subiendo hasta el remate de aquella vasta pirámide, que está truncada y ofrece lá imágen de un pequeño Eden. Do quiera se despliega una rica vegetacion, árboles cargados de frutos y flores, fuentes bulliciosas y cristalinas, respirándose con placer un aire fresco y embalsamado, á pesar de hallarse situado el pais bajo la ardiente zona tórrida. Hay treinta y dos poblaciones al pié y en los intervalos de aquella vasta masa de rocas; sus habitantes, negros llamados jagas, son sumamente idolentes, y viven de un modo bastante miserable con un poco de grano que recogen, algunas raices y frutas que da la naturaleza abundantemente y casi sin cultivo. Las torrenteras, huecos de las rocas, cavernas naturales, bosques y bosquecillos cercanos, encierran un número prodigioso de serpientes, reptiles de todas clases, leones, leopardos, etc., que hallan en aquellos sitios, refugios cómodos y seguros; y aquel enorme amontonamiento de peñas recalentadas por los rayos solares, producen en los tiempos lluviosos, exhalaciones á manera de nieblas que se alzan lentamente del suelo, formando una atmósfera sofocante en la que se fraguan las tempestades, los truenos y los rayos: vistos entonces de léjos los caudalosos torrentes y caprichosas cascadas que saltan por entre las peñas, alumbradas unas y otras por la incesante luz de los relámpagos, penetrando hasta el interior de las cavernas y fragosidades mas recónditas, ofrecen un espectáculo tan terrible como sublime. En toda aquella comarca, los árboles alcanzan á una altura y corpulencia estraordinarias; sus frutos son escelentes, y en ningun lugar del mundo son mas azucaradas las naranjas, ni tienen un gusto mas delicado Los guayabas y dátiles, tienen tambien un sabor esquisito que no se halla en ninguna otra parte.

Destinados á aquella singular region, el P. Cavazzi y Fr. Valsana, encontraron á poca distancia de Maopongo á uno de los hijos de Angola Aarii que habia salido á su encuentro, quien les acompañó á pié hasta la poblacion, ó para hablar con mas propiedad, hasta el pié de los peñascos sobre los cuales estaba situada. La puerta que daba entrada á dicha poblacion, era un paso tan angosto y tan bajo, que para penetrar por él era preciso andar á gatas. El príncipe pasó delante para enseñarles el camino, y los religiosos le siguieron. Cuando hubieron atravesado aquella especie de exiguo corredor subtérraneo, entraron en un espantoso laberinto de rocas rodeadas de espinos y zarzales, que tiene cerca de un tercio de legua de estension, y termina al pié de una peña escarpada, rodeada de precipicios, por entre los cuales los negros trepan y saltan como cabras monteses, pero en donde los religiosos, despues de inútiles esfuerzos, tuvieron que pedir ausilio, porque les era imposible seguir adelante. Entonces algunos negros ágiles y robustos, se los cargaron á cuestas y saltando de roca en roca, llegaron por último á un lugar cercano á la cabaña ó palacio de Angola Aarii. Cavazzi desplegó todo su celo religioso en la Fortaleza de las Rocas, despues en la pequeña Ganghella, provincia central del reino de Matamba, gobernada por el jaga Cassangeo Coquingurii, quien, dócil á las instrucciones de los capuchinos Antonio de Sarraveza y Juan Antonio Cavazzi, fué bautizado el dia 9 de junio del año 1657. Pero, lo propio que Angola Aarii, aunque se complaciera en llamarse cristiano como los blancos, era con la condicion de conservar las prácticas de idolatría, la cómoda costumbre de la pluralidad de mugeres y sus sanguinarias inclinaciones. Cassangeo habia vencido

á diez y ocho sovas ó gefes de distrito, entre ellos á Guzambambé que se refugió á una isla de Coanza y á fin de recobrar sus dominios, resolvió ofrecérseles al rey de Portugal y abrazar el cristianismo. Cavazzi partió de Embacca, donde residia entonces, para ir á encontrar, por órden del prefecto de su órden, á Guzambambé, quien fué bautizado á la edad de setenta años, con el nombre de Luis Antonio. Enviósele en seguida, aunque muy postrado por las enfermedades y la edad, á la córte de la reina Zingha, pero habiéndose agravado sus males, tuvo que regresar á Embacca. Cavazzi evangelizó en el año 1661 las islas de Coanza, sometidas á la reina, á quien visitó despues de haber destruido los ídolos, y á la que entregó un breve de Alejandro VII. Honrado con toda su confianza, le administró los últimos sacramentos en el año 1663. La hermana de Zingha, queria tambien mucho al P. Cavazzi, pero la debilidad de su carácter la hacia esclava de su marido, enemigo irreconciliable de los misioneros, quien llegó al estremo de envenenar al capuchino, si bien se llegó á tiempo para administrarle un contraveneno. Viéndose forzado á abandonar un pais donde su vida corria sin cesar nuevos peligros, se despidió de la nueva reina, y á causa de su gran debilidad, se hizo trasladar á Loanda, donde ejerció su ministerio hasta el año 1666, en cuya época, por sus enfermedades y la necesidad que tenia de refuerzo, sus cofrades le condujeron á Europa, en donde llegó en el año 1668. La Congregacion de la Propaganda le encargó que escribiese una Relacion y que regresase á Africa con el título de prefecto: pero su humildad no le permitió aceptar el episcopado. Volvió pues al Congo en el año 1670, libróse una vez mas de los funestos efectos de aquel clima, permaneció allí algunos años, y de regreso á Europa, murió en Génova en el año 1692. Su prolongada permanencia en medio de naciones bárbaras, le habia hecho perder la costumbre de espresarse bien en italiano, así es que el capuchino Fortunato Alamandini, de Bolonia, fué encargado de redactar sus Memorias (1). Cavazzi habla con un acento de verdad que persuade; la mitad á poca diferencia de su libro está consagrado á la descripcion del pais, y la otra á la historia de las misiones; las nociones geográficas de que abunda esta obra, en general son exactas. «Creemos, dice Walckenaer, que los hechos tan espantosamente atroces que refiere Cavazzi, han hecho dudar á algunos de la veracidad de sus relaciones; pero los recientes viages de Pommogorge, Dalzel y Dupuis á aquellas regiones, han confirmado lo que Cavazzi refiere respecto de la estrema ferocidad de algunas razas africanas Cuando la especie humana se degrada, es muy difícil saber cuales son los límites que se pueden fijar á su perversidad.»

Habiendo sido enviados al Congo en el año 1666 por la Congregacion de la Propaganda, los PP. Miguel Angel Guattini, de Reggio, y Dionisio Carli, de Plasencia, en union con otros catorce capuchinos, se prepararon en el puerto de Loanda para emprender su carrera apostólica. El vicario del Congo resolvió utilizarlos en los paises de Sogno y de Bamba. Se ha sacado de las cartas de Guattini la primera parte de la Relacion de su viage, la cual completa de un modo interesante la relacion de Carli. Un solo hecho demostrará los peligros á que estaban espuestos los misioneros. Ambos capuchinos llegaron al anochecer á una aldea cercada por un muro de espinos, y cuya puerta compuesta tambien de plantas espinosas estaba cerrada. Abriéronla los habitantes de aquel lugar para recibir á los religiosos, á quienes el «macolento» ó alcalde, ofreció una cabaña. Como el calor era escesivo, prefirieron pasar la noche al aire libre acostados en unas hamacas que suspendieron de un lado al remate de una cabaña, y de otro á dos altas rocas que formaban una especie de pirámide. Sobre me-

(1) «Gi. Ant. Cavazzi, descrizione dei tre regni cioe Congo, Matamba é Angola, é delle missione apostoliche, essercitatevi da religiosi capuccini, é ne' presente stile r dotta dal P. Fortunato Alamandini.» El dominico Labat publicó una traduccion francesa de estas Memorias con el título de «Relacion histórica de la Etiopia occidental.» (Not. del Aut.)

dia noche dos leones se aproximaron al cercado, primero en silencio y despues rugiendo espantosamente; aquel rumor dispertó á Carli, quien levantando la cabeza pudo descubrir á la claridad de la luna á los monstruos que hacian grandes esfuerzos para salvar el cercado; afortunadamente este era bastante elevado y cruzado de agudas puntas, logrando salvarse los misioneros, no sin pasar una noche en el mayor sobresalto. Otro dia los negros de su escolta descubrieron una enorme serpiente cuya cabeza era monstruosa, y la totalidad del temible reptil media mas de veinte y cinco piés. En presencia de aquella horrible fiera, los negros lanzaron un gran grito, segun acostumbraban, é hicieron subir á los misioneros á un sitio mas elevado para darles tiempo de pasar adelante ó retroceder. Carli observó que á medida que el reptil adelantaba, se movia la alta yerba entre la que estaba medio oculto, como si andaran por ella veinte hombres, y tambien notaron los misioneros que los negros estaban tan asustados como ellos, y que muy poco debian esperar de su ausilio. Entonces se arrepintieron de no haberse provisto de uno ó dos fusiles de los que habrian sacado mas partido, que del número y conocimiento práctico de sus acompañantes. El único recurso que les quedaba era apelar desde luego á una rápida fuga ó poner fuego á la yerba; optaron por lo primero y lograron salvarse. Guattini habia bautizado trescientos sesenta indígenas cuando murió; Carli bautizó hasta dos mil siete cientos, consolándose con la abundancia de aquellos frutos espirituales, de su falta de salud y de las sumas dificultades de la mision. Pondrémos en este lugar dos curiosas anécdotas que se refieren á su persona. Durante la noche se hallaba atormentado por una multitud de grandes ratones que le mordian algunas veces los piés, no quedándole mas medio para librarse de aquellos nocturnos enemigos, que acostarse en el centro de la choza y hacer acostar á su alrededor algunos negros, pero aun así, no siempre se veia libre de aquellos roedores. Habiendo manifestado al soberano de Bamba cuanto sufria de noche por la importunidad de los ratones, y el hedor que despedia la piel de los negros de que se rodeaba, aquel príncipe le regaló un pequeño mono enseñado, advirtiéndole que era un remedio heróico para las dos penas que le afligian; puesto que el mono ahuyentaba á losratones con solo su aliento, y el olor natural de su piel parecido al del almizcle, disipaba el de los negros. Así fué en efecto y, además, aquel animalito limpiaba la cabeza del misionero, y le peinaba la barba con mucho mas esmero que los negros que le servian. Estos monos, hace observar Carli, son muy diferentes de los gatos de algalia, aunque despidan un gran olor de almizcle. Una noche que el buen religioso estaba entregado á un profundo sueño, fué dispertado por los saltos que daba el mono en torno suyo; al propio tiempo los negros se levantaron apresuradamente gritando todos á la vez: « ¡ En pié, padre, en pié ! » Preguntó lo que ocurria, y contestaron azorados: « Las hormigas se han abierto paso y no tenemos que perder un solo momento. » Cuando Carli salió de la cabaña para trasladarse á la huerta, ya las hormigas empezaban á correr por sus piernas, y en un abrir y cerrar de ojos, cubrieron el suelo de la cabaña en un espesor de mas de medio pié. El cobertizo y las calles de la huerta quedaron tambien cubiertas de aquellos animales, y no quedó otro recurso para librarse de ellos que amontonar paja y quemarla en los lugares que ocupaban. La llama destruyó las hormigas ó las ahuyentó, pero dejaron un olor tan fuerte y desagradable, que por mucho tiempo no se pudo penetrar en la cabaña. Carli dió gracias á Dios por haberle salvado de las hormigas, persuadido de que imposibilitado por su estado de debilidad, le hubieran devorado antes de terminar la noche; de lo cual son un testimonio las muchas vacas que sufren la misma suerte, y de las cuales no se hallan sino los huesos cuando amanece. No permitiéndole el mal estado de su salud continuar por mas tiempo el apostolado, regresó á Europa, y se hallaba en Génova, cuando llegó á aquella ciudad el P. Miguel de Or-

vietto, que regresaba del Congo, encargado por el superior de aquella mision de manifestar al Papa el miserable estado en que se hallaba reducida La mayor parte de los misioneros habian fallecido, y solo quedaban tres en todo el reino. El P. Galefia habia sido devorado por los negros en la provincia de Sundi, cuyas circunstancias refiere Carli del modo siguiente. Los notables habiendo obtenido permiso del rey para quemar á todos los hechiceros que pudiesen descubrir, se dirigieron á un sitio, donde imaginaban que estaban reunidos, y pegaron fuego á sus cabañas. Los que escaparon á las llamas, mientras huian encontraron al P. Galefia, y juzgando tal vez que habia contribuido á su persecucion, le dieron muerte é hicieron un festin con su carne. Los que los perseguian se convencieron de aquella bárbara ejecucion por las hogueras que vieron encender á lo léjos. Carli partió de Génova para pasar á Plasencia y desde allí fué á morar en el convento de Boloña, donde nunca pudo recobrar de la enfermedad que habia contraido en el Congo.

Queriendo conquistar los portugueses la provincia de Sogno, la espedicion que al efecto verificaron en el año 1680, aun que infructuosa, irritó de tal modo al príncipe, que resolvió deshacerse de los capuchinos por el solo motivo de que eran procedentes de Portugal. Aprovechó la ocasion de regresar á su patria algunos mercaderes de los Paises Bajos, para escribir al internuncio de Bruselas y pedirle otros misioneros. El internuncio le envió dos religiosos franciscanos, acompañados de un lego, pero con la órden de obedecer al superior de los capuchinos, si los habia todavía en aquellos lugares. Aquellos tres religiosos fueron recibidos con mucho contento, y acompañados al convento de los capuchinos, de donde se trataba de despedir á los dos antiguos posesores, cuyos derechos reconocia el internuncio en vez de pretender despojarles de ellos. Despues de haber buscado inútilmente varios pretestos, el príncipe apeló á un tratamiento digno de un bárbaro, porque mandó que los dos capuchinos fuesen arrastrados fuera de sus dominios durante el espacio de dos millas, y aquella odiosa órden fué ejecutada al pié de la letra, de modo que atados los dos confesores con los propios cordones de sus hábitos y con el rostro vuelto hácia el suelo, fueron arrastrados por los piés al través de los arenales del pais, abandonándoles en los confines de la provincia de Sogno, en una isla del Zaire. El cielo acudió en su ausilio durante dos ó tres dias. El P. Tomás de Sistola, que era el que estaba menos herido, pudo cazar algunas avecillas que les sirvieron de sustento. Habiendo acudido despues unos pescadores idólatras, les condujeron á Bomangoy, capital del reino de Angoy. Allí un negro infiel los recibió con humanidad, dióles de cenar, y les alojó en una casa donde dejó á tres mugeres del pais para servirles; pero como aquellos habitantes no inspirasen mucha confianza á los misioneros, despidieron á las mugeres despues de haber cenado, y Tomás cargando á cuestas con su compañero, se puso en marcha cuando la noche era muy cerrada. Despues de haber andado algun tiempo, detuviéronse al pié de un corpulento árbol, donde los dos religiosos pasaron el resto de la noche. Al amanecer, no hallándose con fuerzas para continuar el camino, y temiendo ser descubiertos, se esforzaron para trepar hasta la copa del árbol cuyo frondoso ramage podia ocultarles. Sorprendido su huésped de no encontrarles en su cabaña, siguió sus huellas que terminaban al pié del árbol. Como aquel pobre negro no les viese, imaginó que los viajeros hubiesen sido arrebatados al llegar á aquel sitio por un mal espíritu, y hablando para sí, aunque en voz alta, dijo: «Habrá querido privarme de la recompensa que podia esperar de mis servicios.» Estas palabras hicieron sonreir á los capuchinos, haciéndoles formar mejor opinion de su huésped, así es que sacando la cabeza fuera de las ramas, le dijeron con confianza: «Estamos aquí y no dudeis de nuestra gratitud.» Contentísimo el negro con volverles á ver, ofrecióles dos hamacas con las que se hicieron conducir al puerto de Cabinda, que está á dos

jornadas de Bomangoy; pero uno de los dos religiosos no tardó en morir, y Tomas de Sistola estuvo por mucho tiempo convaleciente. Por otra parte, uno de los sacerdotes franciscanos que habian quedado en posesion del convento de Sogno, dejó aquella casa para pasar á la de Angola; sabedor el otro de la barbarie del príncipe, díjole que la caridad le condenaba á ir en busca de los infelices capuchinos, y se guardó muy bien de volver á Sogno; y por lo que hace al hermano lego, pretestando que iba en busca de los dos sacerdotes, salió de la provincia; de modo, que solo quedó en el convento otro lego, llamado Leonardo, á quien el príncipe encerró bajo llave, temiendo que no siguiera el ejemplo de sus compañeros. Afligido el pueblo por la ausencia de los misioneros, se sublevó contra el perseguidor, encadenóle, y desterrándole á una isla del Zaire, proclamó un nuevo jefe. Luego habiéndose sabido que el príncipe desposeido solicitaba el ausilio de las naciones vecinas para recobrar su perdido trono, se apoderaron otra vez de su persona, le ataron de piés y manos, y colgándole una piedra al cuello le arrojaron al rio, con esta imprecacion: «Anda, mónstruo inhumano, vé á acabar tu vida en el mismo rio que has hecho atravesar á unos sacerdotes inocentes.» Algun tiempo despues el capuchino José Maria fué enviado de Loanda á Sogno, á fin de enterarse del estado de la mision. Al llegar al cabo Padron, en la embocadura del Zaire, hizo participar al nuevo príncipe el objeto de su viaje; este lo hizo saber al pueblo, y al punto una multitud de negros fueron á recibir al misionero. Los unos le refirieron la triste suerte de su predecesor; los otros le respondieron de las buenas intenciones del nuevo soberano, y todos juraron defender la religion y sus ministros hasta derramar la última gota de sangre; juramento que fué confirmado en lo sucesivo al pié de los altares. Instaron muchísimo al P. José para que se estableciese en el convento; al principio dijo que debia regresar á Loanda con el hermano Leonardo; pero fueron tan vivos los ruegos, así del príncipe como del pueblo, que no solamente consintió en permanecer en Sogno, sino que hizo volver tambien al P. Sistola, y desde aquel venturoso dia los capuchinos fueron respetados.

Francisco de Monteleone, capuchino de la provincia de Cerdeña, habiendo resuelto evangelizar el Congo, manifestó su intencion á la Congregacion de la Propaganda, la cual le permitió asociarse con Gerónimo Merolla, napolitano, y algunos otros religiosos de su órden; habiendo partido reunidos de Cagliari en el año 1682, y llegando á las costas de Africa al año siguiente. Quince dias despues de su desembarco en Loanda, el P. Merolla acompañó al P. José Maria Bassetto, capuchino de gran saber y de consumada esperiencia, á la mision de Sogno, la mas antigua y mejor del Congo, en la que quedó solo al segundo año de su permanencia, cuando el cardenal Cibo escribió á los misioneros capuchinos, quejándose de la trata de negros, cuya supresion deseaba vivamente la Congregacion de la Propaganda. Como el negocio del pais consistia únicamente en marfil y esclavos, los religiosos no vieron siquiera probabilidad de poder satisfacer los deseos de la Santa Sede; no obstante, se reunieron para mostrar su obediencia, y se dirigieron al rey del Congo y al príncipe de Sogno, de quienes obtuvieron que los hereges al menos, serian escluidos del segundo de aquellos negocios, sobre todo los ingleses, que lo ejercian en grande escala, y que trasportaban sus esclavos á las Barbudas, donde no podian menos de alejarles de la Iglesia romana. Merolla escogió despues un dia de fiesta para esplicar al pueblo las intenciones de la Propaganda, y para hacerle renunciar al comercio de esclavos; haciéndoles observar por último, que si les era absolutamente indispensable seguirle, valia mas que tratasen con los holandeses que se habian obligado á proveer anualmente de esclavos á los españoles, y mejor todavía con los portugueses que con los holandeses. Pero los habitantes de Sogno se mostraron sordos á aquellas amonestaciones, sin que esto impidiese que Merolla continuase evangelizando el Congo

y Cacongo. El soberano del primero de estos reinos, rogóle que pasara á su córte donde hacia algunos años no habia ido ningun capuchino; el religioso accedió a sus deseos; un secretario de Estado lo recibió á alguna distancia de la ciudad y le acompañó hasta la plaza principal, donde el pueblo dividido en coros, estaba rezando el rosario. Vestido el rey con un hermoso traje africano, esto es, con una túnica de raso con galones de plata y una gran capa de color de escarlata, estaba sentado en uno de los estremos de la plaza. Cuando se acercó el misionero, sacó de su seno un crucifijo de marfil que se lo presentó para que lo besára; luego habiéndose puesto de rodillas tanto él como su pueblo, rogóle humildemente que les diese la bendicion. En seguida todos se pusieson en marcha dirijiéndose ordenadamente a la iglesia; al llegar á ella rezaron algunos momentos, y desde las gradas del altar, satisfizo Merolla, con un largo sermon, la ansiedad de un inmenso número de cristianos, que estaban como hambrientos de la palabra de Dios. Por otra parte, la Congregacion de la Propaganda empleó al P. Francisco de Monteleone, antiguo compañero de aquel apóstol, para fundar un convento de capuchinos en la isla de Santo Tomás, á fin de que sirviese como de depósito á los misioneros de la órden que se destinaban al servicio espiritual del Congo, donde las conversiones se multiplicaban diariamente. Merolla refiere que bautizó unas trece mil personas, y que hizo entrar un gran número en los lazos de un matrimonio legítimo. Otro capuchino bautizó mas de cincuenta mil negros, y el P. Gerónimo de Montesarchio, en el espacio de veinte años, confirió el bautismo á mas de cien mil almas, entre las que se contaban el príncipe de Concobella, tributario del rey de Micocco, el sobrino del mismo príncipe, y varios personajes notables. El argumento mas vano que los negros incrédulos empleaban contra el bautismo, era el de que el elefante, sin ser bautizado, estaba siempre muy bueno y muy gordo, y envejecia muchisimo. Algunas graves enfermedades, á cuyo funesto influjo sucumbieron varios misioneros, obligaron á Merolla á abandonar el Africa, el sesto año de su mision, con el objeto de restablecerse en el Brasil y regresar otra vez al Congo; pero no habiéndolo logrado en Bahia, volvió á Europa. El rey de Portugal le recibió en su palacio de Lisboa con muestras del mayor respeto, besóle los hábitos y permaneció de pié con la cabeza descubierta, durante todo el tiempo que habló con él. Informóse del estado de las misiones, ponderóle el celo de su órden, y sobre todo la maravillosa caridad de los misioneros italianos que estimaba en mucho, y deseaba frecuentasen sus posesiones africanas. Desde Lisboa, Merolla se hizo á la vela para Génova (1).

Las misiones de los capuchinos en el Congo continuaron prosperando, y el gran número de aquellos religiosos que sucumbian á la influencia de un clima mortífero para la raza blanca, no impidió que se presentasen nuevos adalides, deseosos de arrostrar las mismas fatigas y peligros. La insalubridad del pais, la ferocidad de los pueblos que lo habitaban, y los sufrimientos que esperimentan los que se esponen á los abrasadores rayos del sol de la zona tórrida, determinaron precisamente á Antonio Zucchelli, de Gradisca, capuchino de la provincia de Stiria, á solicitar el permiso de evangelizar el Congo. Partió de Italia en el mes de setiembre del año 1696, y llegó en el mes de noviembre del año 1698 á Loanda, cuyo gobernador portugués, administraba los tres reinos de Angola, Benguella y las Piedras. El prefecto, P. Francisco de Pavia, dió asilo al misionero en el hospicio de los capuchinos, y el rector de los jesuitas y el prior de los carmelitas descalzos, que se hallaban establecidos en el pais desde el año 1659, le aconsejaron que permaneciese por algun tiempo en la ciudad á fin de acostumbrarse al clima. El hospicio ó convento de los capuchinos, dice Zucchelli, está situado en el centro de Loanda, en una posicion tan amena como sa-

(1) La Relacion de los viajes de este misionero que, probablemente no ha sido impresa en italiano, vió la luz pública por primera vez, traducida al inglés, en la coleccion de Churchill. (Nota del Trad.)

ludable, y es un edificio construido de silleria. A fin de mantener la buena armonía con el clero secular, los capuchinos se limitaban á confesar y predicar. La mision debia estender sus trabajos á los reinos de Angola, Congo y Ginga; pero el número de los obreros evangélicos era tan desproporcionado con la vasta estension de aquel territorio, que un gran número de *banzas* (poblaciones) y de *libatas* (aldeas) pasaban algunas veces, ocho ó diez años, sin ver á un sacerdote cristiano, quedando sometidas á la influencia de los sacerdotes de los ídolos. Por otra parte, bajo pena de la vida, los misioneros que recorrian los campos, se veian forzados á regresar al hospicio antes de las primeras lluvias, que empiezan en octubre, continuan en noviembre y diciembre, aunque sin gran copia de agua, cesan casi enteramente en enero y febrero, y vuelven otra vez con estraordinaria violencia en marzo y abril. Aquellos seis meses son los mas incómodos por el calor; durante los otros seis, esto es, desde principios de mayo hasta fines de octubre, reina una suave temperatura y apenas cae una gota de agua. No obstante, ni el corto número de religiosos, ni las influencias del clima eran el mayor obstáculo para el desarrollo del cristianismo en aquellos paises: Zucchelli dice, que la mas grande y real dificultad, es la relajacion de costumbres que admite la pluralidad de mugeres y maridos. Habla tambien de la indolencia de aquellos hombres que se contentan con los alimentos mas sencillos y groseros, que van desnudos, que carecen de necesidades y deseos; viven sin prevision como las aves del cielo, gózanse en el ócio y sin cuidarse de su desnudez y de lo que será de ellos al siguiente dia, por lo que siempre están contentos y tranquilos. Los capuchinos tenian ocho misiones en el Congo: la principal estaba en Loanda, residencia del superior general; las otras en Bengo, Masangano, Danda, Caenda y Ambuella; y otras dos en el interior del Congo, esto es, en Emcus (Incussu) y en Sogno. Para esta última mision se embarcó Zucchelli en el puerto de Loanda, en los primeros dias del año 1700. Léense con interés los diversos incidentes de su apostolado, que aunque dió algun fruto, abrevió desgraciadamente la enfermedad del misionero. Regresó á Europa, desembarcó en Venecia el dia 14 de setiembre del año 1704, y volvió á su convento de Gradisca, donde dió gracias á Dios por haberse librado de tantos peligros y vencido tantas contrariedades. En la narracion de su viage se limita á lo que él hizo ó vió, abrazando un plan menos vasto que el que se propuso Cavazzi, historiador de los apóstoles, sus predecesores y contemporáneos; pero hay mas órden en sus sencillas relaciones, y tambien su estilo es mas claro y menos prolijo. En Zuccharelli terminan las relaciones de los misioneros que, teniendo tan solo por objeto publicar los trabajos emprendidos por la propagacion de la fé, han sido los únicos viageros que nos han dado á conocer el estado del Congo, y las revoluciones que ese pais esperimentó durante el siglo XVII. Barbot, cuyo viage tuvo lugar antes del regreso de Zuccharelli, dice que los misioneros que gobernaban entonces la iglesia de Songo, eran los religiosos bernardos portugueses, y que su casa, mas grande y hermosa que la del príncipe, estaba rodeada de un jardin y huerto, en los que habia toda especie de árboles de Africa, formando dilatadas calles. En la iglesia, añade, se contaban tres campanas.

El órden de los tiempos nos obliga á hablar todavía del apostolado de algunos misioneros franceses en la costa occidental del Africa.

Habiendo sido cedidos á los ingleses por el tratado de paz del año 1763, la isla de San Luis y los establecimientos del Senegal, solo quedó á la Francia en aquellas regiones, la isla de Gorea y algunas insignificantes factorias en la costa vecina, en las inmediaciones de cabo Verde, y la factoria de Albreda en el rio de Gambia. El capellan Demanet, encargado de llevar los socorros espirituales á Gorea, llegó á aquel pais á mediados de setiembre; al siguiente año, esto es, en 1764, evangelizó el reino de Sin ó de Bur-Sin, don-

de, dice, bautizó á mas de mil personas de todas edades, y convirtió á varios mahometanos. «El rey, á quien llaman Barbezin, añade, quedó muy contento de su conversion, y cuando me permitió que hiciera estensiva la mision á todo su reino, declaróme que sus mejores súbditos eran los cristianos, y que deseaba muy de veras que todos lo fuesen. Está prendado del cristianismo, reconoce á un Ser supremo, habla con entusiasmo de la religion, examina las pruebas que se le dan; pero por falta de instruccion no puede comprender los misterios que nos da á conocer la fé por medio de la revelacion.» El mismo sacerdote trató de convertir al rey de Tin, quien le contestó: «No puedo abjurar la religion de Mahoma, sin cesar de ser rey; mis súbditos me negarian la obediencia; conviértalos antes á ellos, si te es posible; para esto quédate en mi reino, elige el lugar que mejor te acomode, te haré construir una habitacion y te daré cuanto te sea necesario.» El misionero no juzgó á propósito aceptar los ofrecimientos del príncipe negro, y como por otra parte enfermase, el estado de su salud le obligó á regresar á Francia en el año 1764 (1).

En el norte del Zaire, en aquellas comarcas donde los portugueses, soberanos en cierto modo de Angola, Benguella y Congo, no habian formado ningun establecimiento, donde sus misioneros solo habian penetrado de vez en cuando, sin obtener un éxito permanente; en aquellas costas de Loango, Cacongo y Angoy, donde otras naciones comerciaban con mas ó menos libertad, llegaron tambien algunos franceses animosos llevando la antorcha del Evangelio, y aunque sus misiones, preciso es confesarlo, fueron efímeras, no debemos pasar en silencio los esfuerzos que hicieron, y la gloria que en ello reportaron sus autores. Uno de aquellos adalides de la fé, fué Belgarde quien, embarcado desde muy jóven en un buque que hacia el comercio de esclavos en Loango, aprendió la lengua de los negros. Abandonando despues la carrera de marino, entregándose al estudio y abrazando á la edad de veinte y seis años el estado eclesiástico, formó la resolucion de consagrarse á la salvacion de los pueblos, cuyo idioma habia aprendido cuando era casi niño. Ordenado de sacerdote en el Seminario de las Misiones estrangeras, del que hablarémos mas adelante, parecia no obstante destinado para evangelizar la China, cuando una enfermedad le obligó á salir del Seminario. Belgarde interpretó aquel incidente providencial en el sentido de sus primeros proyectos; encontró en la Santa Sede, en la caridad de los fieles y sobre todo en el arzobispo de Paris, todos los medios que podia apetecer para su empresa, y la Congregacion de la Propaganda le nombró prefecto de la mision de Loango, Cacongo y otros reinos de aquende el Zaire. Embarcóse en Nantes en el mes de junio del año 1766, y tres meses despues entró en la rada de Loango con Astelain de Clais y Sibire, sacerdotes asociados á su celo. Instaláronles en Kibota, que por su inmediacion á los pantanos es un sitio muy insalubre, donde sucumbió Clais despues de una larga enfermedad. Entonces los otros dos misioneros aproximándose á las factorías europeas que se hallaban á orillas del mar, se fijaron en Lubu; pero no encontraron en sus habitantes la docilidad y buen trato que caracterizaban á los de la primera residencia. Mientras que su debilitada salud les obligaba á regresar á Francia, Descourvieres y Joli, embarcados en Nantes en el mes de marzo del año 1768, llegaban al reino de Cacongo en el mes de setiembre del mismo año, donde fueron muy bien recibidos, y el rey les hizo construir una capilla en Kinguelé, su capital. El conocimiento que adquirieron de la lengua de los indígenas, les permitió dar comienzo á la instruccion pública un año despues de su llegada. Uno de ellos convirtió en Malimba, á una tia del rey, lla-

(1) Creemos que Labat, autor de la *Nueva Historia del Africa francesa*, es deudor á Demanet, tan buen ciudadano como celoso misionero, de muchos datos que encierra su obra, publicada bajo una idea enteramente patriótica, creyendo haber encontrado los medios de hacer revivir el comercio casi estinguido á consecuencia del tratado del año 1763. (Nota del Autor.)

mada Mambeva, y preparó al gobernador de Kaia y á todo su pueblo para recibir el bautismo. Desgraciadamente las enfermedades les forzaron á alejarse de aquel suelo tan bien preparado, regresando á Europa en el año 1770. Cuando Belgarde, Sibire, Descourvieres y Joli, estuvieron reunidos en Francia, se ocuparon en los medios de organizar la mision de un modo mas permanente. Dos de ellos pasaron á la capital en el año 1772; los arzobispos de Paris y Tours alabaron su celo, y su proyecto atentamente examinado, se hizo público por medio de una Memoria impresa; el clero de Francia, entonces reunido, señaló un subsidio para facilitar la ejecucion, y el Papa lo autorizó con un rescripto. A principios del año 1773, seis eclesiásticos se hallaban dispuestos á partir con igual número de laicos que debian dedicarse al cultivo de la tierra; un negociante de Nantes tuvo la generosidad de ofrecerles pasage en su buque; embarcándose en Paimbœuf en el mes de marzo, y desembarcaron en el de junio en la costa de Mayomba, que confina con el reino de Loango. Si bien aquellos habitantes deseaban que los misioneros se quedasen con ellos, como estaban destinados al reino de Cacongo, no pudieron acceder á sus deseos, y prosiguiendo su viage llegaron felizmente á Kilonga, fijándose en una habitacion muy bien sitaada en una altura, que dominaba una grande estension de terreno. Hacia ya algun tiempo que se hallaban establecidos en Kilonga, cuando supieron que una poblacion del Sogno, de la comarca del Congo, en parte convertida á la fé católica, habia pasado el Zaire y fundado recientemente una colonia en una llanura inculta, en el territorio del Cacongo, donde formaba como una pequeña provincia, separada de las demás por su culto y sus costumbres. Su principal poblacion se llamaba Manguenzo, y la poblacion cristiana de todo el pueblo ascendia á unas cuatro mil almas. Descourvieres, entonces prefecto de la mision, y Quilliel d'Aubigny, fueron á visitar la colonia, siendo muy bien recibidos por su gefe llamado Juan. «Cuando estuvimos cerca de Manguenzo, escribia el prefecto á Belgarde, procurador de la mision, todos los negros que nos acompañaban se alinearon, y otro tanto hicieron los que habian salido de la poblacion para vernos llegar. Habiéndoles preguntado con que objeto lo hacian, nos contestaron que para acompañarnos procesionalmente á la iglesia. Dejamos hacer á aquellas buenas gentes, y empezaron á entonar algunos cánticos en lengua del pais. Al pasar por la plaza principal, vimos una cruz de ocho ó diez piés de altura, la primera que se ofrecia á nuestra vista en aquella tierra infiel. Al entrar en la iglesia (si puede darse este nombre á una cabaña muy parecida á las de los naturales del pais), vimos una especie de altar cubierto con unos manteles sobre los cuales habia un crucifijo.» Despues de la carta de Descourvieres, solo una vez se recibieron noticias de la mision francesa en el Congo. Bajo la deleterea influencia del clima, todos los misioneros cayeron enfermos y quedaron en un estado de postracion tal, que no les permitió ejercer ninguna de las funciones de su ministerio, de modo que quedaron frustradas todas las esperanzas que habia hecho concebir la escelente índole de aquellos africanos (1).

CAPÍTULO XI.

Mision de los jesuitas portugueses en Madura y de los carmelitas en el Malabar.

Despues de haber completado el cuadro del apostolado en Africa, debemos trazar la historia de las misiones en la parte meridional y oriental del Asia, empezando por las del Indostan.

«Hasta el presente, dice el jesuita Pedro Martin, á fines del siglo XVII, no hay entre los indios, sino tres clases de personas que hayan abrazado la religion cristiana, que les ha sido

(1) La historia de las misiones en los reinos de Loango y Cacongo, fué escrita por el abate Proyart en el año 1776 (Not. del Autor.)

enseñada por los misioneros de Europa, reconocidos por europeos. Los primeros son los que se consideran bajo la proteccion de los portugueses, para sustraerse al tiránico dominio de los moros; tales fueron los paravas, ó habitantes de la costa de la Pesqueria, que por dicho motivo, aun antes de la llegada de San Francisco Javier á las Indias, se decian cristianos, aunque no lo fuesen mas que de nombre; á fin de instruirles en la religion que habian abrazado sin conocerla, aquel grande apóstol tuvo que recorrer toda la parte meridional de la India, suportando increibles fatigas. En segundo lugar, los que los portugueses habian sometido en la costa con la fuerza de las armas; pero estos que eran los habitantes de Salceta y de los alrededores de Goa y demás lugares que conquistó Portugal en la costa occidental de la gran península de la India, profesaban exteriormente la religion de sus vencedores, y por obligárseles á renunciar á sus costumbres para adoptar las europeas, abrigaban un secreto ódio á sus dominadores. En fin, la última clase de indios que se hicieron cristianos en aquellos últimos tiempos, fueron, ó bien la hez del pueblo ó los esclavos que los portugueses compraban en sus tierras, ó bien aquellas personas que por su licencia ó mala conducta habian perdido el respeto al culto de sus padres. Principalmente á causa de estos últimos, que se acogian con bondad, como todos los demás que se querian hacer cristianos, los indios concibieron un gran desprecio por los europeos. Esto unido al ódio natural que lleva siempre consigo toda sujecion violenta, y quizás al recuerdo de algunos hechos militares en los que se mostró harto visible la crueldad, ha causado tan honda impresion en los ánimos que están todavía sobrecitados y es muy difícil borrarla enteramente. Tal vez algunos imaginarán que es por falta de obreros ó de celo en estos, que los gentiles de las Indias que viven en medio de sus tierras, no han abrazado todavía la fé; pero reconocerán su error si reflexionan sobre lo que voy á decir. Hay en la ciudad de Goa, casi tantos sacerdotes y religiosos como seculares europeos; todas las ceremonias de la religion se celebran en ella con tanta dignidad y pompa, como en las primeras catedrales de Europa; el cuerpo de San Francisco Javier, siempre entero, ha sido hasta hoy dia un milagro contínuo y una prueba auténtica de la verdad de nuestra santa religion; y no obstante, aunque se cuentan en esta gran ciudad mas de cincuenta mil idólatras, apenas se bautizan un centenar cada año, y aun la mayor parte de estos son huérfanos que se sacan por órden del virey del poder de sus parientes. No puede decirse que sea por falta de obreros ó por falta de conocimientos y de enseñanza en los gentiles, porque muchísimos de ellos oyen la verdad, la comprenden, y permanecen persuadidos segun su propia confesion; pero para ellos seria vergonzoso someterse á una nueva ley, mientras esa ley sea anunciada por unos órganos viles y manchados, segun estos desgraciados, de mil faltas ridículas y abominables. Esto es lo que los misioneros europeos en las Indias tardaron mucho tiempo en comprender, ó si lo comprendieron, se contentaron con deplorar tan estraña ceguedad, sin cuidarse de poner el remedio. No hay otro, y la esperiencia lo ha demostrado así á los mas obstinados, que renunciar á los hábitos europeos y abrazar los de los indios en todo lo que no se opongan á la pureza de la fé, y á las buenas costumbres, segun las sábias reglas que les han sido dadas por la sagrada Congregacion de la Propaganda de la fé. Unicamente llevando con ellos una vida austera y penitente, hablando su idioma, adoptando sus costumbres por estrañas que sean, connaturalizándose en fin, y no dejándoles ninguna sospecha de que el misionero pertenece á la raza de los *franquis*, es como se puede confiar que se introduzca solidamente y con buen éxito la religion cristiana en este vasto imperio de las Indias. No hablo aquí sino de los lugares en que no hay europeos; porque en las costas donde se hallan establecidos, este método es impracticable. No se debe esperar poder llevar el cristianismo desde las

costas al interior del imperio, como en vano se ha intentado por espacio de mas de un siglo y medio; por el contrario, en el centro y en el corazon del imperio es en donde debe establecerse solidamente para estenderlo despues hácia la circunferencia, y hasta las costas, donde solo hay una parte de la clase baja del pueblo que sea cristiano. El P. Roberto de Nobilis, ilustre por su nacimiento, próximo pariente del papa Marcelo II, y sobrino del cardenal Bellarmino, pero todavía mas ilustre por su talento, por su gran voluntad y celo para la salvacion de las almas, fué el primero que puso en planta el medio de que acabo de hablar.» Autorizado por Gregorio XV para adoptar la forma exterior de la mision á las costumbres de Maduré, logró convertir á mas de cien mil idólatras en cuarenta y cinco años de trabajos, cuando sus superiores le mandaron que se retirase á la edad de setenta y seis años y casi ciego, en el colegio de Djafanapatam, y despues en el de Meliapur, donde murió octogenario el dia 16 de enero del año 1656.

A fin de indemnizar al Maduré de una pérdida tan grande, Dios habia hecho nacer, en el año 1648, á Juan de Britto, hijo de un antiguo virey del Brasil. El religioso mancebo renunció á todos los honores que podia darle su nacimiento, abrazó la regla de San Ignacio, y se ofreció para la mision del Malabar, cuando el P. Baltasar de Acosta, fué de aquel pais á buscar apóstoles en Portugal. Era costumbre entre los jesuitas portugueses, que ninguno partia para las Indias, sin ir antes á besar la mano del rey, como muestra de gratitud por la proteccion que los soberanos de Portugal siempre habian dispensado á su Compañía. Algunos dias despues de haber cumplido con aquel deber, salian del colegio de San Antonio, acompañados de todos los demás jesuitas de la casa, atravesaban en buen órden la capital, y se encaminaban á las orillas del Tajo, atravesando por en medio de la multitud reunida en aquellos sitios, que reconocia á los misioneros por el crucifijo que llevaban sobre el pecho, como el símbolo de su alistamiento en la nueva milicia El acto de la despedida era sumamente tierno, derramando unos y otros abundantes lágrimas. Juan de Britto, que preveia la lucha que tendria que sostener con el cariño de su familia, procuró ocultarse en aquella pública despedida. Despues de haber pasado tres años en Goa, partió para el Malabar, hizo sus votos solemnes en presencia del P. Blas de Acevedo, provincial, en el mes de marzo del año 1682, y se consagró valerosamente á la mision del Maduré como la mas fatigosa; pero tuvo el consuelo de convertir en ella á mas de veinte mil idólatras, atraidos por la reputacion de su caridad y de su virtud, convencidos despues por la solidez de su enseñanza, y dominados mas de una vez por el ascendiente de los prodigios que Dios obraba á sus ruegos. Donde, sobre todo, el cielo le comunicó sus estraordinarios dones, fué en Tanjaur, Gingi, Colei, Maissur y Culturo. Hacia algunos años que estaba encargado de la laboriosa mision del Maduré, cuando aumentaron sus fatigas, nombrándosele superior de todas las del Malabar. De los diversos paises que debió recorrer, el de Marawa (1), primera conquista que hizo el Evangelio, fué el que mas vivamente dispertó su interés, y en menos de dos años, organizó en él, ausiliado por otros misioneros, una cristiandad floreciente. El provincial de la Compañía, P. Gaspar Alfonso, dióle por ausiliares á Gerónimo Tellez y Luis de Mello á quienes Juan de Britto encargó el distrito de Marawa, que tenia entonces un gobernador hostil al cristianismo. Este hizo prender á Mello, y sujetarle con cadenas en una columna expuesta á los ardores del sol, donde permaneció algunos dias sufriendo con resignacion los insultos del populacho, hasta que por último fué encerrado en un calabozo, donde el mártir terminó

(1) Es el Marawa un distrito ó principado del Indostan, presidencia del Madras, en la provincia del Carnata, al este del distrito de Madura y al oeste del golfo de Munaar, bañado por el Vayg-Aron. La tierra es buena y está bien cultivada, y sus principales ciudades que son Ramandaburan, su capital, Ramnad y Tondi, están en posesion de los ingleses desde el año 1792. (Nota del Trad.)

su existencia. A fin de dar tiempo para que se disipase la tempestad, Juan de Britto fué á evangelizar las comarcas vecinas; pero juzgando que una mision tan peligrosa debia desempeñarla mas bien el superior que sus subordinados, regresó al seno de su afligido rebaño; prendiéndole á su vez con seis neófitos, y entonces pusieron á prueba su constancia con los mas terribles tormentos. Un dia, por ejemplo, fueron conducidos los cautivos á orillas de un profundo estanque, y atándoles individualmente por la cintura con una larga soga, los sumergieron repetidas veces en el agua, no sacándoles de ella hasta el momento en que se creian que iban á morir ahogados. Dios permitió que uno de ellos cediese al rigor del suplicio y perdiese la fé, cuya defeccion fué mas dolorosa para los confesores, que los mas horribles tormentos. Juan de Britto fué tratado con inaudita crueldad; pero su fé en Dios le dió fuerzas estraordinarias, y solo por un milagro no murió asfixiado. Despues de haber apurado todo género de torturas con los cautivos, fueron estos conducidos á Ramandaburan, capital del Marawa. Tanta fué la admiracion que la constancia y valor de Britto inspiraron al soberano, que en vez de fulminar contra él una sentencia de muerte, le recibió con grande honor y le despidió diciéndole: «Id, que os aprecio como un síncero y verdadero maestro de vuestra religion.»

Habiendo recibido el P. Manuel Rodriguez, que se hallaba entonces al frente de la provincia de Cochin, la noticia del naufragio y muerte del P. Francisco Paes, diputado á Roma en calidad de procurador de la mision de las Indias, no pudo saber hasta mas tarde que el P. Britto, que era el confesor elejido para reemplazarle, se habia hecho á la vela para Europa, llegando felizmente al puerto de Lisboa, á fines del año 1688. Habia conservado su traje de *sanniasi*, que vestia debajo de la sotana, pero la austeridad de su vida, revelaba mas bien que otra cosa el carácter del verdadero apóstol. Durante el tiempo que permaneció en Portugal, solo comia arroz y legumbres, y dormia sobre el duro suelo. Merced á su celo, no solo reclutó entre los estudiantes de Coimbra y de Evora algunos misioneros que preparó para el apostolado, sino que logró que el rey de Portugal añadiese nuevas dádivas á las que habian hecho sus predecesores para el sosten de las misiones de las Indias en general, y de las de Maduré en particular. El buque que debia conducirle á Goa, y en el que tambien se embarcaron sus compañeros, se hizo á la vela á principios del año 1690. Nombrado visitador de todas las misiones del Maduré, bautizó en quince meses á ocho mil catecúmenos. Teriadeven, heredero legítimo del principado de Marawa, declaró espontáneamente que deseaba abrazar el cristianismo. Una de sus mugeres, sobrina de Rangadaneven, soberano del pais, sabedora de que el príncipe iba á abrazar una religion que probibe la poligamia, juró vengarse del misionero, instrumento de aquella conversion. Su tio, idólatra, satisfizo cruelmente la cólera de su sobrina, porque condenó á Juan de Britto á ser decapitado y descuartizado. Prosternado el mártir al lado del pilar en que debia ser atado, ofreció á Dios su vida, rogó por la salvacion de los indos, de los que en particular iban á inmolarle, y recomendó su alma á Jesus crucificado. Al presenciar su serenidad, «¡Qué religion, esclamaron asombrados los idólatras, será la de ese hombre, que le inspira tanto valor en presencia de lo que debiera aterrorizarle!» Cuando hubo terminado su plegaria, Juan de Britto abrazó á sus verdugos. «Cumplid con vuestro deber, les dijo, que ya estoy dispuesto.» Al punto los satélites despedazaron su vestido y le desnudaron. Uno de ellos, al ver un relicario suspendido del cuello del confesor, advirtió á sus compañeros que no le tocasen, temiendo que encerrase algun maleficio. Otro levantó su hacha y dejóla caer, pero solo hizo una ancha herida en la espalda del mártir; todos probaron cortarle la cabeza pero ninguno lo logró. Desesperados y avergonzados de su larga crueldad, ataron á la barba del siervo

de Dios una cuerda que, envolviéndola en seguida por medio del cuerpo, hizo inclinarle la cabeza sobre el pecho. Persuadidos de que una mágica influencia, habia embotado el filo de las hachas destinadas para el suplicio de los criminales, se armaron de las que servian para degollar á las víctimas en las pagodas. Uno de los verdugos se adelantó furioso, y descargó el golpe mortal que hizo rodar por el suelo la cabeza del P. Britto, cortándole por último los piés y manos, y empalando el tronco. Así murió el dia 4 de febrero de 1693, aquel grande apóstol, cuya sangre fecundó el Marawa (1).

Enlazándose la continuacion de la mision portuguesa del Maduré con la del establecimiento de las misiones francesas de la India, de las que no podemos hablar todavía, nos limitarémos por ahora á añadir, que, en el mismo año en que murió el P. Roberto de Nobilis, es decir, en el año 1656, Alejandro VII envió á Roma cuatro religiosos italianos de la órden de carmelitas descalzos, para comenzar en el Malabar una mision, que se ha perpetuado hasta nuestros dias. Los cristianos de Santo Tomás, poco firmes en la fé, se revolucionaron en el año 1653 contra el prelado católico que les gobernaba, y volviendo á sus errores, aclamaron un falso obispo de su rito. Unicamente cuatrocientas familias de aquella nacion, y las parroquias latinas en número de once, permanecieron fieles á la legítima autoridad. Como el cisma iba unido en el ánimo de los rebeldes con el ódio contra Portugal, hubiera sido muy imprudente emplear el clero de Cochin en su conversion; así es que el Papa destinó para aquella tarea á los carmelitas descalzos, quienes, afortunadamente, lograron apartar del cisma á un número considerable de sirios, y en menos de dos años devolvieron cuarenta parroquias al arzobispo de Cranganor. Entonces fué cuando resolvieron enviar á dos de entre ellos á Roma, para tratar con la Santa Sede de los medios de terminar la comenzada obra. Dejemos hablar aquí á Francisco Javier de Santa Ana, obispo de Amata, cuya relacion traza la historia de aquella mision hasta nuestros dias: « El P. José de Santa María, uno de los dos diputados, fué nombrado por el soberano Pontífice, obispo de Hierápolis, vicario apostólico del Malabar (1659). Revestido de estensos poderes y acompañado de algunos PP. de su órden, se trasladó á su destino. Con la ayuda de aquel útil refuerzo, estendióse la mision y prosiguióse con buen éxito la conversion de los cismáticos, cuyas dos terceras partes volvieron á la ortodoxia. Hasta entonces los obispos portugueses no habian visto con disgusto, ó al menos no lo habian manifestado, como aconteció en lo sucesivo, á los delegados inmediatos de la Sede apostólica. A principios del año 1663, los holandeses, enemigos de Portugal, y no menos enemigos del catolicismo, se apoderaron de Cochin y de otros establecimientos secundarios de la misma potencia en el Malabar. La mayor parte de los edificios consagrados al culto fueron destruidos, y los portugueses desterrados del territorio; Cochin y Cranganor, quedaron sin obispos y sin sacerdotes europeos, tolerándose únicamente la permanencia de algunos eclesiásticos estrangeros, pero hijos del pais. El vicario apostólico, llamado José, vióse obligado tambien á tener que abandonar el Malabar, y pasó á vivir en las comarcas de algunos príncipes indos; pero como estos estaban amedrentados por las victorias de los holandeses y no querian disgustarles, y por su parte veian los invasores con mal ojo la presencia de un obispo europeo en sus fronteras, tuvo el prelado que alejarse, dejando no obstante á sus religiosos en el pais para continuar la mision. Antes de partir, y en virtud de la autorizacion del Papa, quiso poner el Malabar bajo el cuidado de un obispo tolerado por los conquistadores, y al efecto, eligió á un sacerdote

(1) Es digna de ser leida la carta que con fecha del 10 de febrero del año 1693, escribió el P. Lainez, de la Compañía de Jesus, superior de la mision del Maduré, á los Padres de la Compañía que trabajaban en la misma mision, acerca de la muerte del venerable P. Juan de Britto (traducida del portugués) en las « Cartas edificantes » tomo XVII. Benito XIV ordenó que se instruyera el proceso de su canonizacion. (Nota del Trad.)

sirio, llamado Alejandro; consagróle obispo de Megara, y dióle la vicaría apostólica del Malabar. A contar de aquella época, hasta el año 1699, ambas diócesis no fueron visitadas por ningun obispo portugués; tampoco fué admitido ningun eclesiástico de aquella nacion, y los sacerdotes, naturales del pais, pero de orígen europeo, que no se espatriaron voluntariamente, tuvieron que jurar que no tendrian ninguna clase de relaciones con los enemigos de Holanda. En consecuencia, el nuevo vicario apostólico no fué molestado en el ejercicio de sus funciones; gobernó tranquilamente por espacio de cerca de doce años, siempre ausiliado por los misioneros carmelitas; y habiendo llegado á una edad avanzada, pidió un coadjutor. Cuatro misioneros, autorizados espresamente por el romano Pontífice, eligieron al efecto á Rafael Figueredo, sacerdote de Cochin, hijo del pais, pero de orígen portugués, quien fué consagrado obispo de Adrumeta. Aquel prelado, cuya vida privada honraba el carácter sacerdotal, no supo librarse de los defectos de su temperamento y de su educacion; así es, que apenas estuvo revestido de su nueva dignidad, entró en interminables discusiones con el venerable titular que no tardó en fallecer, y despues con los misioneros, á quienes debia su eleccion, y en fin, con varios otros eclesiásticos y láicos del pais. Un decreto de Roma le retiró el título de vicario apostólico; pero murió en el año 1695, antes de la ejecucion de aquel decreto.

En el año 1698 la Congregacion de la Propaganda, solicitó y obtuvo por la mediacion del emperador Leopoldo I, que los holandeses tolerasen perpétuamente la presencia de un obispo y vicario apostólico europeo, con un cierto número de misioneros tambien europeos. Un acuerdo del gobierno holandés autorizó la residencia en el Malabar de un obispo y de doce misioneros carmelitas descalzos, belgas, alemanes ó italianos; pero de ninguna otra órden religiosa, ni de otra nacion. Conforme á este decreto, en el año 1700, Inocencio XII ordenó que los vicarios apostólicos del Malabar, fuesen elegidos en adelante en la órden de carmelitas descalzos; y en el mes de febrero de aquel año, nombró á uno de los misioneros de entonces, llamado P. Francisco de Santa Teresa, obispo de Metellópolis, vicario apostólico de todo el Malabar, como todos sus predecesores. Pero ya acababa de aparecer en aquellas comarcas, en contra la voluntad de la Santa Sede, un nuevo obispo de Cochin, lo que no se habia visto desde la espulsion de los portugueses, esto es, durante el espacio de treinta y siete años. Apenas supo la institucion del nuevo vicario apostólico, reclamó con vivas instancias, lanzó el grito de alarma contra la Santa Sede, y fué el primero en declarar á los delegados del soberano Pontífice en el Malabar, aquella deplorable guerra que durante ciento treinta y ocho años ha estorbado la propagacion de la fé, y el acrecentamiento del cristianismo; que desgraciadamente ha modificado las disposiciones ya poco favorables de aquellos naturales, y que en nuestra opinion, dispuso á los portugueses al escandaloso cisma con que se han visto afligidas en nuestros dias tanto su patria, como sus antiguas posesiones en las Indias. No tardó tambien en presentarse un nuevo arzobispo portugués de Cranganor, quien, recorriendo en el año 1702 algunos puntos de su diócesis, se alió con su cólega de Cochin, para luchar contra el vicario apostólico. El primer efecto sensible de aquella oposicion de intereses, fué la obstinacion de los sirios cismáticos, cuyas conversiones se hicieron cada vez mas raras; otro tanto se observó con las de los gentiles, que hasta entonces habian sido muy numerosas, porque así á unos como á otros causaban grande escándalo las discordias de los católicos. El metropolitano de Goa no tardó en unirse con sus sufragáneos haciendo propia su querella contra el vicario apostólico, ó por mejor decir, contra el Papa. Las quejas de aquellos tres prelados movieron la susceptibilidad de la córte de Lisboa, la cual dirigió amargas quejas á Roma para obtener que fuese llamado el vicario apostólico y sus misione-

ros por el único motivo de que su presencia en el Malabar, constituia una violacion del derecho de patronazgo, por mas útil y necesario que pudiese ser, por otra parte, á unos pueblos que, segun las severas exigencias de la Holanda, no podia tener otros pastores. Aquellas vivas reclamaciones decidieron á Clemente XI á limitar la autoridad que su predecesor Inocencio XII habia concedido al vicario apostólico de todo el Malabar, y por un breve del año 1709, ordenó que aquel prelado ejerceria su jurisdiccion en los lugares únicamente donde, por un motivo cualquiera, los obispos portugueses no pudiesen ejercer la suya en toda su plenitud y completa libertad, sobre todo en las poblaciones amenazadas por el cisma. Aquellas órdenes del soberano Pontífice, tan prudentes como conciliadoras, fueron ejecutadas puntualmente por los vicarios apostólicos; pero los obispos portugueses, juzgando siempre sus derechos perjudicados y el del patronazgo comprometido, no cesaron un momento en inquietar á la Santa Sede, é irritar á la córte de Lisboa con sus injustas reclamaciones. Sin embargo, los pontífices romanos mantuvieron las disposiciones del breve de Clemente XI, de modo que al ver los obispos portugueses que eran inútiles las quejas dirigidas á los papas, hicieron sentir su descontento á los ministros inmediatos de la iglesia romana, esto es, á los vicarios y misioneros apostólicos (1).

«La residencia del vicario apostólico del Malabar es Verapolis, situado en una de esas innumerables islitas surcadas por mil canales que componen la mitad del Malabar. Esta oscura poblacion, que se halla á unas tres leguas al norte de Cochin, habia sido elejida para obedecer al gobierno holandés, que prohibia á los sacerdotes católicos que permanecieran en la ciudad y sus arrabales. Verapolis posee una iglesia de mediana capacidad, una casa conventual muy sencilla, un doble seminario latino y sirio, una casa para catecúmenos, un pequeño hospital de incurables, y una escuela de niños. Todos estos edificios han sido hechos paulatinamente por los PP. Carmelitas descalzos, con los fondos enviados de Roma ó de otros puntos de Europa en varias ocasiones, no habiendo contribuido en nada los habitantes del pais. El obispo y los misioneros, hasta fines del último siglo, época en que el azote de la guerra descargó tambien sobre los Estados Romanos, vivian segun la regla de su órden, con los subsidios anuales de la Propaganda, los escasos productos de algunas tierras, y las limosnas de sus misas. Los contratiempos de Roma hicieron suspender el envio que se les hacia de sus subsidios ordinarios, aunque por dos veces se les mandaron algunas cantidades. Tambien en otro tiempo los dos seminarios estaban á cargo de la Propaganda; pero despues de los deplorables acontecimientos de que acabamos de hablar, aquellas casas quedaron sin recurso, hasta que Dios quiso tocar el corazon de un estrangero, que tuvo á bien constituir un modesto capital para su sosten. La casa de los catecúmenos se sostenia en otro tiempo con la renta de un fondo aplicado á aquella obra por un cardenal húngaro; pero el emperador José II, al decretar la confiscacion de los bienes eclesiásticos, se apropió del capital depositado en Viena, y la casa de los catecúmenos quedó enteramente á cargo de los carmelitas de Verapolis, sucediendo lo propio con el hospital y la escuela. No podemos señalar de un modo cierto el número de parroquias sirias, cismáticas y cristianas que dependen de él; pero son como unas cuarenta iglesias esparcidas acá y acullá, particularmente en las inmediaciones de los montes. En los últimos tiempos, y á principios del año 1838, las parroquias sirias cató-

(1) Cuando el obispo de Amata habla de los obispos portugueses, no entiende decir que todos estuvieran revestidos del sagrado carácter del episcopado; las mas de las veces eran simples sacerdotes que ejercian la autoridad episcopal. Desde el siglo XVIII hasta nuestros dias, las cuatro Sedes de Cranganor, Cochin, Santo Tomás y Malaca, cuya provision corresponde al rey de Portugal, permanecen casi siempre vacantes. El metropolitano de Goa enviaba á dichos puntos un sacerdote con el título de administrador espiritual de la diócesis. Por lo demás, el arzobispo de Goa y el obispo de Meliapur, imitaron á sus cólegas del Malabar, en la guerra que hicieron á los vicarios apostólicos de Bombay, Pondichery y Madras. (Nota del Autor.)

licas, sometidas al vicario apostólico, eran en número de cuarenta y dos, y contaban unas treinta y dos mil almas; las que estaban bajo la obediencia del ordinario de Cranganor, eran en número de setenta y dos, con una poblacion de setenta y seis mil almas aproximadamente. El vicario apostólico tenia veinte y dos iglesias parroquiales latinas, y cuarenta y ocho mil fieles; ignoramos cuantas contaban los ordinarios portugueses, pero debian llegar á unas ochenta, con mas de cincuenta mil habitantes. Los protestantes tienen tres templos para unas seis cientas personas en su totalidad. El resto de la poblacion se compone de gentiles, mahometanos é israelitas, cuya mayor parte proceden de la dispersion; algunos son holandeses, polacos y alemanes de orijen. Desde el obispo de Hierapolis inclusive, hasta el obispo de Amata, hoy dia encargado de la administracion espiritual del pais, ha habido diez vicarios apostólicos efectivos, y tres interinos, á saber: un sirio malabar, un malabar portugués, siete italianos, un polaco, dos alemanes y un irlandés. Hubo durante un corto número de años, un obispo coadjutor aleman, que fué trasladado despues á Bombay, y otro italiano, consagrado en Pondichery, que murió poco tiempo despues en la misma ciudad. El irlandés fué nombrado vicario apostólico mucho tiempo despues de haber cesado la dominacion holandesa en el Malabar. »

CAPÍTULO XII.

Misiones de los Jesuitas, Dominicos, Franciscanos y Agustinos en el Japon.

Si fué Goa en Occidente el principal centro de las misiones, fueron en el Oriente Macao y Manila las que procuraron misioneros al imperio del Japon.

Una relacion fechada á 16 de marzo del año 1623, y firmada por doce jesuitas, nueve de los cuales murieron por la fé, (1) nos dice que en ausencia de Diego Valens, obispo del Japon, gobernaba aquella Iglesia Francisco Pacheco, provincial de la Compañía de Jesus en el archipiélago; que habia en el Japon veinte y ocho jesuitas, y algunos catequistas indígenas; que además de los jesuitas, se encontraban tambien en aquel pais once ó doce religiosos de diferentes institutos, entre los que habia el P. Bartolomé Gutierrez, de la órden de San Agustin, los PP. Domingo Castelet, y Pedro Vasquez, de la órden de Santo Domingo, siete ú ocho religiosos de la de San Francisco, con un clérigo japonés de la tercera Orden. Fr. Luis Sotelo, obispo de la parte oriental y septentrional del Japon, y legado apostólico en aquellas provincias, acababa de llegar á Nangasaki el año 1622, donde fué preso y conducido á la cárcel de Omura. Durante el año 1623, fué enviado á Roma el jesuita Sebastian Vieyra, á fin de hacer presentes al Sumo Pontífice las necesidades de la Iglesia del Japon, en cuyo reino lograron penetrar algunos religiosos al poco tiempo de su partida.

Entre tanto el nuevo xogun-sama, perseguia con tal encarnizamiento á los cristianos en las provincias inmediatas á Yedo, que no tardaron las cárceles en estar atestadas de hijos de la Iglesia. Juan Fara Mondo, unido con la familia imperial, fué espulsado del reino en el año 1612, por haberse negado á adorar los ídolos, y como al verse restituido algunos años despues nuevamente á su patria, manifestase la misma aversion á los falsos dioses, le fueron cortados los dedos de las manos y los piés, y se le marcó una cruz en el rostro con un hierro candente Sabedor el jesuita Gerónimo de Angelis, de que habia sido denunciado, se dirigió con el hermano Simon Jempo á casa del gobernador de Yedo, y le dijo con la mayor sangre fria: « Hace veinte y dos años que llegué á estas islas, para enseñar á los japoneses las eternas verdades; no ignoraba los peligros á que iba á esponerme al acometer esta empresa, pero como solo deseo morir por la religion que profeso, siempre

(1) Charlevoix, *Historia y descripcion general del Japon*, tomo II p. 500.

han tenido para mi aquellos peligros un indecible encanto.» Tambien Sebastian Galvez cayó en poder de los perseguidores; tanto él como el P. Angelis, y el hermano Jempo, fueron condenados á morir en la hoguera el año 1623, junto con otros cuarenta y siete cristianos, en su mayor parte japoneses, que sellaron con su sangre el triunfo de la fé. Angelis, Galvez y Fara Mondo tuvieron el consuelo de ver morir con gozo á todos sus compañeros en medio de las llamas, antes de verse á su vez atados al poste que debia conducirles al cielo. Desde entonces, la persecucion no tuvo límites, puesto que sin respetar la edad ni el sexo, fueron sucesivamente condenados á muerte muchos ancianos, mugeres y niños; diez y siete de estos últimos fueron sacrificados á presencia de sus mismos padres que, sufrieron despues la misma suerte. En la region de Oxu, mandada por Mazamoney, fué tambien inmolado el P. Diego Carvallo con otros varios cristianos, el dia 18 de febrero del año 1624. Despues de haberse hecho sufrir al misionero y á sus inocentes ovejas todos los tormentos para probar su constancia, sin que ninguno de los confesores diese la menor prueba de debilidad, á pesar de haber muerto dos de ellos en los tormentos, sufrieron al anochecer el último suplicio; siendo el alma del P. Carvallo la última que abandonó su cuerpo, para volar á la eterna mansion de la dicha. (Pl. CIX, n.º 1.) El gobernador de Filipinas, que para fomentar el comercio, habia enviado dos agentes al Japon, no tardó en convencerse de la inutilidad de sus esfuerzos, sobre todo al ver que no solo habian sido espulsados sus agentes, sino que hasta habia dado el emperador una órden cerrando á los mercaderes de Europa y de la India todos los puertos del reino, escepto los de Nangasaki y Firando, que continuaban abiertos á los portugueses y holandeses. En la imposibilidad de mandar los jesuitas jóvenes al Seminario japonés, que su general Mucio Vitelleschi habia hecho fundar en Macao, para que fuese un semillero de catequistas y apóstoles, por las dificultades que ofrecia la entrada de operarios evangélicos en el Japon, donde era la persecucion cada vez mas sangrienta, se temió con fundamento la ruina de aquella pobre iglesia. Todos los sentimientos de humanidad parecian haberse estinguido enteramente en el corazon de' los perseguidores; el gobernador de una ciudad inmediata á Omura, hizo llamar á un gran número de fieles, y como intentase hacerles abjurar por medio de amenazas, le contestó el mas jóven de los cristianos en nombre de todos, que serian vanos todos sus esfuerzos para hacerles apostatar. Asombrado el gobernador en vista de su atrevimiento, mandó que le llevasen un brasero encendido, y dirigiéndose al jóven cristiano, le dijo: «Quiero confundir tu orgullo, ¿podrias tener ni un momento siquiera el dedo dentro de este brasero?» Sin proferir ni una sola palabra, se abalanza el cristiano con resolucion hácia el brasero, pone el dedo en él y deja que se le queme el dedo y parte de la mano sin proferir ni una queja, como si no sintiese ningun dolor. (Pl. CIX, n.º 2.) Fué tal la admiracion del gobernador, que en su entusiasmo abrazó al generoso cristiano, y les permitió á todos practicar libremente su religion. Sin embargo, como hemos dicho antes, fué enteramente contraria la conducta observada por todos los gobernadores de las demás provincias. Los franciscanos Luis Sotello y Luis Sansandra, con su criado Luis, de la tercera órden, el dominico Pedro Vasquez y el jesuita Miguel Carvallo, detenidos en la cárcel de Omura, fueron sacados de ella el dia 24 de agosto del año 1624 (1), para ser condenados al dia siguiente á las llamas en la poblacion de Faco. Pocos momentos antes de espirar, dirigió Carvallo á los espectadores un discurso patético acerca de las eternas verdades; pero irritados los gefes al oir los ataques que dirigia Carvallo contra su secta, mandaron anticipar su suplicio. Deseoso uno de los ver-

(1) Fontana (*Monumenta dominicana*), supone equivocadamente que tuvo lugar el martirio de aquellos religiosos el año 1628. (Nota del Autor.)





dugos de aumentar en lo posible los tormentos de Vasquez, se le subió á los hombros, nuevo insulto que recibió el dominico con una paciencia que enterneció á los espectadores. El piadoso hermano Luis, del que la llama acababa de romper las cuerdas, fué á arrodillarse á los piés de los cuatro sacerdotes, y despues de recibir su bendicion y de besarles la mano, fué á colocarse nuevamente en su poste, donde terminó gloriosamente su sacrificio. Tambien Sasandra intentó ir á saludar á los compañeros de su martirio; pero el fuego le habia lastimado de tal modo los piés, que no le fué posible dar ni un solo paso. Despues de tres mortales horas de sufrimiento, espiraron todos los cristianos, admirando á los espectadores con su valor y su heróica constancia. Cuando á principios del año 1625, logró el xogun-sama dominar enteramente á los príncipes y dai-mio, que habian conservado una parte de su antigua independencia, empezó la persecucion con mas rigor que nunca, por no atreverse nadie á faltar en lo mas mínimo á las órdenes del tirano. La llegada de algunos religiosos procedentes de Filipinas, hizo adoptar tales precauciones, para impedir á los misioneros su entrada en el Japon, que Gerónimo Rodriguez y Andrés Palmeyro, enviados sucesivamente por el general de los jesuitas en calidad de visitadores, intentaron inútilmente penetrar en él por las vias de Macao, Siam y la isla Formosa. Tres años hacia que el P. Francisco Pacheco, provincial de los jesuitas y regente de la diócesis, gobernaba con prudencia la iglesia del Japon, cuando por órden de Bungondono, entonces daimio de Arisma, fué arrestado en Cochinotzu con Gaspar Sandatmazu, su compañero, sus huéspedes y todos sus catequistas. El P. Zola, al que el P. Juan Bautista de Baeza habia dicho en cierta ocasion: «Bendito seais por aquel en cuya honra moriréis en una hoguera,» fué preso tambien en Sima-bara, con Juan Naysen, su huésped y el coreo Vicente Caun, su catequista. La misma suerte cupo al P. Baltasar de Torres, en Nangasaki, siendo trasladado á la cárcel de Omura, en la que fueron á reunírsele Pacheco y Zola, para sufrir con él el suplicio de la hoguera. Al ver Torres á su provincial en el lugar de la ejecucion, el dia 20 de junio del año 1626, corrió á arrojarse en sus brazos, de los que solo pudo separarle la muerte. Pronto consumió la llama á aquellos esforzados trece mártires, entre los que habia nueve religiosos; y como ya el dia 8 de mayo anterior habia arrebatado la muerte á Juan Bautista de Baeza y Gaspar de Castro, fué aquel suplicio un golpe mortal para la atribulada iglesia del Japon. Juan Naysen, huésped del P. Zola, despues de haber despreciado todas las amenazas, faltó por un momento á su deber, para evitar que fuese su esposa Mónica puesta á disposicion de algunos libertinos. «Crueles, esclamó, no deshonreis á mi esposa; haré todo cuanto querais.» Sin embargo, el dia 12 de junio del año 1626, espió aquel momento de debilidad con una muerte heróica. El dominico Luis Xanch, murió quemado en Omura á 26 de julio del propio año. Como se viese el gobernador de la provincia de Arima amenazado de perder el destino, por haber sido descubiertos en su jurisdiccion algunos religiosos, resolvieron él y sus demás colegas perseguir á los cristianos con el mayor encarnizamiento. Testigos los holandeses de los escesos cometidos en Firando, trataron de ellos con horror diciendo, que se arrancaban las uñas á los cristianos, que se les atravesaban las piernas y los brazos con vilebrequies, y se les arrojaba en hoyos llenos de víboras, y que se les hacia espirar el humo del azufre por medio de tubos, en los que pegaban fuego. A fin de hacer mas cruel el suplicio de las madres cristianas, las azotaban con la cabeza de sus propios hijos; en el rigor del frio, se obligaba á los mártires, tanto hombres como mugeres, á permanecer desnudos, haciéndoles recorrer de aquel modo la ciudad para obligarles á la apostasía. Despues de haber hecho sufrir en Sima bara los tormentos mas atroces á cincuenta cristianos, fueron conducidos á una

esplanada, donde se les estuvo por espacio de cinco dias magullando las carnes, procurándoles al propio tiempo todos los ausilios para prolongar su martirio. Un agente de Bungondono, dai-mio de Arima, reunió un gran número de cristianos en una sala, cuyo techo estaba cubierto de ascuas, y despues de haberles hecho desnudar, les mandó que se tendiesen sobre ellas, advirtiéndoles que el menor movimiento que hiciesen seria considerado como una señal de apostasía. Todos los cristianos sufrieron aquel tormento inaudito, sin que les obligára el fuego que les consumia á hacer movimiento alguno; el propio suplicio sufrió tambien Leon Keisayemon, anciano de setenta y dos años, en la provincia de Aria. Toda su familia, inclusa una niña de cuatro años, tuvo que sufrir la misma prueba; teniendo Leon el consuelo de morir, despues de haber presenciado el glorioso triunfo de todas las personas que le eran mas queridas. Otro de los tormentos que se emplearon con mas frecuencia para abolir la fé cristiana, fué el del agua sulfúrea del monte Ungen, situado en el Fizen, entre Nangasaki y Sima-bara. Es una alta montaña de tristísimo aspecto; su cumbre blanquecina, puede decirse que es una enorme masa calcinada; despide un humo denso que se distingue á la distancia de tres leguas y ecsala su suelo un olor de azufre que no permite á las aves acercarse á aquel monte de algunas millas. Cuando llueve, vese hervir en seguida el agua, y parece convertirse todo el monte en un inmenso horno; forma diferentes simas entre las que hay profundos barrancos, en cuyo fondo está el agua hirviendo de contínuo; salen de uno de aquellos abismos exalaciones tan infectas, que se le ha dado el nombre de *Boca del infierno*. Está aquel abismo lleno de agua, que aunque no es caliente como la de los demás, se nota á veces en ella un hervidero producido por el mucho azufre y demás materias que contiene, cuya sola vista espanta. Nadie habia pensado siquiera en atormentar en aquel mar de azufre á los malhechores, como lo hacian en otros precipicios, cuando se le ocurrió al dai-mio de Arima, probar en él la constancia de los cristianos; así que, hizo conducir á aquel sitio á doce de ellos, entre los que habia Pablo Ucibory, natural de Simabara, el cual habia triunfado hasta entonces de todos los tormentos. Al llegar junto á la *Boca del infierno*, Luis Sinzaburo, otro de los cristianos, inspirado por la misma fé que impulsó en otro tiempo á Sta. Apolina á lanzarse á las llamas, se arrojó al abismo pronunciando los nombres de Jesus y María. Otros muchos cristianos, y tal vez casi todos, habrian seguido su ejemplo, á no haberles advertido Ucibory que prohibia la ley de Dios darse la muerte; así, pues, aguardaron todos á que se les torturase del modo mas cruel, despues de lo cual fueron arrojados al abismo. Luego se inventaron con aquella agua otros mil suplicios, consistiendo el mas frecuente en hacer tender al paciente desnudo sobre el borde del abismo, y arrojar gota á gota el agua sobre su cuerpo; como cada gota formaba una úlcera, en breve estaba el cuerpo de los mártires convertido en una horrorosa carnicería. A veces duraba quince dias aquella prueba terrible, pasados los cuales eran arrojadas las pobres víctimas, como los caballos en un muladar, sufriendo una agonía horrorosa y lenta. Tan crueles y variados suplicios dieron al fin por resultado algunas apostasías. Entre los mártires que sufrieron el tormento el año 1627 en Nangasaki, se cita al P. Francisco de Santa María, y al hermano Bartolomé, de la órden de San Francisco; tambien el P. Tomás Tzugi, jesuita portugués, fué quemado vivo el dia 6 de setiembre del propio año. Viendo empero el gobernador Cavacci que nada adelantaba con la muerte de los fieles, resolvió apurar su paciencia por medio de los tormentos, sin procurarles el consuelo de morir por Jesucristo, con lo que logró hacer apostatar á algunos. En cierta ocasion prohibió entrar en sus casas á los fieles que estaban fuera, y salir de ellas á los que estaban dentro; otra vez obligó á salir de la ciudad á mas de cuatrocientas personas sin mas vestido que el que llevaban pues-

to, prohibiéndoles hospedarse ni recibir el menor socorro en parte alguna. Como se hubiese vanagloriado el dai-mio de Arima de haber acabado con el cristianismo en su provincia, se previno á Cavacci que le enviase todos los cristianos que no le habia sido dado esterminar, y los cuales se vieron nuevamente espuestos á las persecuciones mas terribles, desde el momento que llegaron á la provincia del cruel Bungondono. El mas horroroso de todos los tormentos adoptados por aquel tirano, fué el llamado «surunga»: consistia en hacer desnudar al paciente, hacerle echar despues boca abajo y colocarle una piedra enorme sobre el espinazo; luego se le ataban fuertemente á ella las piernas y los brazos, se le levantaba despues á cierta altura y se le dejaba caer, causándole su violenta caida horribles dolores que le dejaban sin sentido. Entonces se le prodigaban todos los ausilios para hacérselo recobrar, y se le preguntaba despues de haber lo logrado, si estaba pronto á obedecer al xogun-sama; caso de que contestase el paciente negativamente, se le condenaba al mismo tormento hasta que hubiese apostatado ó muerto. Joaquin Iqueda, cuya constancia triunfó de la doble prueba del surunga y de la Boca de infierno, halló en cierta ocasion á un bárbaro japonés que le quitó el vestido; al ver el idólatra á aquel esqueleto en vida, cubierto de llagas, se apartó con horror llenando al mártir de injurias. Este se limitó á preguntarle sonriendo, si habia algun nuevo tormento que emplear contra él. «Qué es lo que mas puede hacérseos?» contestó el idólatra. — Abrírseme la espalda ó introducirme en las carnes fango abrasador del monte Ungen, y emplear otros mil tormentos que no puedo esplicar y que sabré sufrir. No fué menor el heroismo de Miguel Nagaxima, jesuita portugués, que sufrió los mismos tormentos que Iqueda. La órden seráfica tuvo tambien entonces tres mártires; la de la órden de Predicadores vió asi mismo morir á Domingo Castelet, provincial, y á dos religiosos legos. Todos los dominicos de Filipinas sin distincion ambicionaban alcanzar la palma del martirio, sobre todo desde el capítulo general celebrado en Tolosa el año de 1628, en el cual se resolvió encargar á aquella provincia dominicana que enviase al Japon el mayor número posible de sus hijos. Pero considerando Felipe IV que desde que habian entrado en aquel imperio religiosos de diferentes órdenes, no habia hecho la fé tantos progresos como cuando la evangelizaban los jesuitas solos, y que la rivalidad entre los diferentes institutos, habia causado en gran parte la espulsion de los apóstoles, mandó que por espacio de cinco años fuesen los jesuitas los únicos autorizados para pasar al archipiélago. En virtud de aquella órden solo entraron en el Japon los pocos jesuitas de quienes vamos á ocuparnos, y dos ó tres dominicos. Respecto de los agustinos, los PP. Bartolomé Gutierrez, Francisco de Jesus y Vicente de San Antonio, gimieron durante dos años en Omura con el jesuita japonés Antonio Iscida, en un calabozo que tenia á lo mas una toesa en cuadro. Hácia aquella época parecieron adelantar las creencias cristianas en el norte de la isla de Nifon, lo que perdian en la isla de Kiousiou, por recorrer los jesuitas Mateo Adami, Juan Bautista Porro, y otros dos de sus compañeros las regiones septentrionales con tanto fruto como celo; con todo, tambien diezmó por último la persecucion aquella cristiandad naciente, sin ser empero tan terrible como la que ejerció Unemondo, nuevo gobernador de Nangasaki, nombrado por el déspota que habia jurado borrar de sus estados hasta el recuerdo del nombre cristiano. Cuando habia logrado Unemondo por medio del tormento hacer apostatar á algunos fieles, obligaba á los renegados á firmar lo siguiente: «Creo y confieso que la ley de los cristianos es una invencion y una obra del demonio, y como tal la rechazo. Si algun religioso quiere obligarme á abrazarla de nuevo, juro no consentir en ello, renuncio no solo por mí, sí que tambien por mi muger y mis hijos á las creencias católicas, y si llego á faltar al juramento prestado, consiento en ser quemado vivo con

todos los mios. » Todavia llegó á ser aquella fórmula mucho mas horrible durante el mando de los sucesores de Unemondo : decíase en ella que era el cristianismo una industria para los religiosos europeos que, solo la predicaban para conquistar reinos ; contenia además horrendas blasfemias contra la Trinidad y nuestros santos misterios, así como tambien se decia en ella renunciar á los bienes eternos de que creian gozar observando el cristianismo. En su ciego furor, llegó acusar Unemondo al dai-mio de Arima de ser benigno para con los cristianos ; por lo que, temiendo Bungondono caer en desgracia, se entregó con mas ardor que nunca á la persecucion de los fieles, no parando hasta inventar nuevos suplicios que sobrepujasen en crueldad á todos los anteriores. Eran tan insoportables los nuevos tormentos, que contemplaba su bárbaro autor con orgullo su resultado, cuando se dignó Dios herirle como á Antíoco ; atacóle una fiebre que abrasaba su cuerpo, por lo que se hizo conducir á las aguas termales de Obama, las cuales solo podian tomarse temperadas; era tal empero el fuego que abrasaba al príncipe, que se hizo meter en el baño sin tomar aquella precaucion por hallarle frio, pero apenas estuvo en él, empezó á caerle la carne á pedazos. Murió aquel tirano sufriendo los tormentos mas atroces, en el mes de diciembre del año 1630 ; sin que aquel ejemplo de la justicia divina contribuyese á calmar en lo mas mínimo el furor de Unemondo, gobernador de Nangasaki.

La sílaba *to*, añadida al principio de un nombre, indica entre los japoneses celebridad y fama. Así que, habiendo muerto el xogun-sama á fines del año 1630, su hijo Jemitz, se hizo llamar to-xogun-sama, para indicar que era superior á todos sus antecesores, como lo habian sido estos respecto á los dai-mio. Al poco tiempo de ocupar el trono aquel nuevo monarca, empezó á notar los primeros síntomas de la lepra, de la que no tardó en verse cubierto ; aquel castigo que parecia deber contener al monstruo, aumentó mas y mas su ódio contra la Iglesia del Japon, que pereció gloriosamente entre sus garras. Murieron muchos mas cristianos durante su reinado, que no habian muerto desde que empezó la persecucion. Dirigió el nuevo déspota sus primeros golpes contra Yedo y Osaka, y no tardaron la provincia de Nangasaki y el monte Ungen en ser teatro de los mas sangrientos horrores. El agustino Gutierrez, sus dos hermanos en religion, y el jesuita Iscida, detenidos hacia dos años en las cárceles de Omura, fueron víctimas de Unemondo. « Si queréis causarme una verdadera pena, decia Iscida al feroz gobernador, amenazadme con quitarme la vida. » El 4 de diciembre del año 1631, fué conducido el mártir al monte Ungen, donde despues de haberle dislocado los huesos, se le tuvo suspendido en el aire por espacio de un mes, rociándole cada dia todo el cuerpo con el agua hirviente de la Boca del infierno, hasta que, cansados ya sus verdugos de torturarle, lo condujeron nuevamente á su cárcel, en la que permaneció hasta alcanzar la palma del martirio junto con los tres agustinos, el franciscano Gabriel, y algunos otros cristianos. La Iglesia del Japon, era entonces dirigida por el P. Mateo de Couros, consagrado hacia mas de treinta años á la conversion de aquellos isleños, el cual murió á 29 de octubre del año 1633, á la edad de setenta y cinco años, al ver los sufrimientos de la pobre grey que le estaba confiada. Tambien Francisco Buldrino, jesuita romano. no tardó en seguir á la gloria á su venerable provincial Couros. El jesuita japonés, Tomás Nikifori, fué quemado vivo en Nangasaki el dia 2 de julio del año 1633. Como hacia ya algunos años, que se deseaba mas bien la apostasía que la muerte de los cristianos, mandó el to-xogun-sama que el suplicio del fuego sucediese al del hoyo; he ahí en que consistia el nuevo suplicio (Pl. CX, n.° 1.) Se clavaban dos vigas en cada estremo del hoyo que sostenian otra viga transversal, á la que se ataba al paciente por los piés con una cuerda pasada por una polea, quedándole su cabeza suspendida y encerrada entre dos





tablas, que no le permitian distinguir objeto alguno. Despues se les dejó un brazo libre para que pudiesen hacer con él la señal de que renunciaban al cristianismo. Era tan terrible la posicion que hacia guardar á los mártires aquel horrendo suplicio, que no tardaban en arrojar sangre por la boca, y hasta por las orejas; con todo, habia cristianos que vivian en él ocho ó diez dias. Nicolás Keyan Fucunanga, natural de la provincia de Oomi, que vestia el hábito de San Ignacio hacia treinta y cinco años, fué el primero que murió en el suplicio del hoyo. Habiendo ofrecido los gobernadores de Nangasaki la suma de cuatro cientos escudos al que denunciase un misionero, lograron apoderarse en cuatro meses de diez y seis sacerdotes y otros varios religiosos, todos ellos jesuitas, escepto el dominico del Quitia y un lego japonés de la propia órden. En el mes de agosto del año 1633, condenaron los gobernadores de Nangasaki á las llamas, á cuarenta y dos cristianos; hicieron además decapitar á otros once, y morir en el hoyo á diez y siete, entre los que habia cinco jesuitas, á saber: Manuel Borges, Jacobo Antonio Giannone, ambos sacerdotes, y Juan Kidera, José Reomuy é Ignacio Kingo, coadjutores japoneses, cuatro dominicos y dos agustinos. No era tan solo en Nangasaki donde habia sido adoptado el tormento del hoyo, puesto que fué Juan Yama sacrificado en él en la provincia de Oxu, el dia 10 de setiembre del año 1633. Miguel Pineda, otro jesuita japonés, murió de miseria al dia siguiente en Nangasaki; Luis Cafuzu, Tomás Riocan y Dionisio Yamamoto, indígenas de la propia órden, fueron condenados á las llamas en Kokura, capital del Bouzen; tambien sufrió Jacobo Taxucima el mismo suplicio, á 30 de setiembre, en la isla de Amakusa. Los PP. Benito Fernandez, portugués, natural de Borba, y Pablo Saito, japonés de la provincia de Tanba, fueron presos, suspendidos en el hoyo, y muertos á 2 de octubre en el monte Ungen, santificado por la generosa sangre de tantos confesores. Tambien murieron en los horrores del mismo suplicio los jesuitas Juan de Acosta, Sixto Tocuun y Damian Fucaya, en los dias 8 y 9, precediendo á los PP. Antonio de Sousa, Mateo Adami, Julian de Nacaura, y otros cuatro jesuitas japoneses, que fueron á su vez suspendidos y muertos en el hoyo, á 18 del propio mes. Recuérdese que cuando Sebastian Vieyra fué enviado á Roma el año 1623, donde llegó cuatro años despues, estuvo un buen rato á los piés de Urbano VIII, sin poder proferir ni una sola palabra, por impedírselo las lágrimas que le hacia derramar la triste suerte de la iglesia del Japon. Despues de haber llorado con él Urbano VIII, contestó á las cartas de que era Vieyra portador, con cinco breves, en los cuales decia á los cristianos japoneses, que gustoso derramaria su sangre para asegurar su salvacion. «Id, dijo Urbano VIII al misionero, despues de haberle dado su bendicion; volveos al combate para continuar defendiendo la fé con peligro de vuestra existencia; si teneis la dicha de derramar vuestra sangre por una causa tan santa, os pondrémos solemnemente en el número de los santos mártires que la iglesia romana venera.» El siervo de Dios, en humilde trage de marinero chino, desembarcó en el mes de febrero del año 1632 en una costa desierta del Japon, y besando con respeto aquella tierra, dijo: «Hé ahí el punto en que debo reposar hasta la consumacion de los siglos.» El P. Cristóbal Ferreyra, que habia sucedido á Mateo de Couros, en el cargo de provincial de los jesuitas y regente de la diócesis, sufrió el tormento del hoyo en Nangasaki, donde hizo la señal de apostasía á las cinco horas que lo estaba sufriendo. Confióse entonces á Vieyra el cargo de director de la iglesia del Japon. Asombrado el que le asistia en el sacrificio del altar, de ver hervir el vino convertido en sangre del Redentor en el fondo del cáliz, interpretó aquel milagro como un presagio de la próxima muerte del siervo de Dios, el cual en efecto, fué preso al poco tiempo cerca de Osaka, y conducido con otros cinco jesuitas y el franciscano Luis Gomez á

la cárcel de Omura. Como le viesen sus carceleros hacer á los pocos dias sus preparativos de viage, preguntaron á Vieyra cual era el objeto que se proponia, á lo que les contestó, que se disponia á partir para la capital del imperio. Creian los carceleros que habia perdido el juicio, hasta que recibieron al dia siguiente la órden del to-xogun-sama para trasladarle con sus compañeros á la ciudad de Yedo. Por mas que desease verle el monarca, no se presentó á su vista, por haber una ley en el Japon que prohibe condenar á muerte al criminal que haya estado, aunque sea una sola vez, á presencia del soberano. Con todo, enviaba cada dia personas de su confianza á la cárcel, á fin de que los enterase el P. Vieyra de los usos y costumbres de Europa. Por último, se le intimó que debia renunciar á la religion que profesaba, ó bien disponerse á sufrir todos los tormentos, y á morir luego en un espantoso suplicio. El religioso se limitó á contestar que habia recibido infinitos bienes del Dios que adoraba; que las divinidades del Japon no podian dispensarle bien alguno, y que seria por lo tanto un ingrato y un necio en abandonar á un Dios omnipotente y benéfico, para tributar culto á falsos dioses de madera que no tenian ningun poder. Luego añadió que no tenian para él las promesas atractivo alguno, y que no le causaba la muerte ningun temor, por saber que era su alma inmortal. A los dos dias, recibió Vieyra la órden de esponer por escrito los principales artículos de nuestra fé, los cuales quiso tener el consuelo de firmar el franciscano Gomez. El to-xogun-sama, leyó aquel escrito con una atencion profunda, y dijo: « Es ese europeo un hombre de talento; á ser cierto lo que dice sobre la inmortalidad del alma, ¿qué será de nosotros? » Como temiesen los cortesanos al verle tan preocupado que abrazase la religion cristiana, procuraron hacerle firmar la sentencia lo mas pronto posible. Condenóse á Vieyra y á sus compañeros á ser suspendidos en el hoyo, hasta que exhalasen su postrer aliento; Vieyra, sin embargo, dijo á sus verdugos, que él no moriria en el hoyo, sino en la hoguera; y en efecto, cuando á los tres dias de sufrir el tormento se le encontró sano y salvo, fué condenado á las llamas el dia 6 de junio del año 1634. Cuando se recibió en Macao la noticia de aquel martirio, se celebró el triunfo de Vieyra con fiestas é iluminaciones que duraron trece dias; repitiendo los holandeses que miraban con horror las ideas de los sacerdotes romanos, sobre varios puntos esenciales del cristianismo, y que, por su parte no pararian hasta lograr su esterminio. Los buques que enviaron en el año 1635 desde Makao á Nangasaki, hallaron á la entrada del último puerto una especie de isla, en la que habia diferentes casas en forma de calle, que se unia á la ciudad por medio de un puente, cerrado por una puerta en la que habia un cuerpo de guardia. Cuando hubo bajado la marea, la isla de Desima (tal era su nombre) no estaba separada de la ciudad mas que por un simple foso. Los gobernadores de Nangasaki declaron á los portugueses que únicamente podrian habitar en lo sucesivo aquellas casas, prohibiéndoseles además, á instancias de los holandeses, el que levantáran fuera de aquella isla ninguna cruz ó imágen, que recordase á los indígenas la idea del cristianismo. Dióse al propio tiempo una órden previniendo que todos los japoneses llevasen un ídolo al pecho, ó cualquiera otra seña esterior que indicase la secta á que pertenecian. Para asegurar que no penetrase en el imperio ningun misionero ni otro cristiano alguno, se dispuso que todos los estrangeros que desembarcasen en el Japon, fuesen conducidos á un sitio llamado Xoga, ó inquisicion, donde se les obligaria á pisar la imágen del Salvador de los hombres, la de su Santísima Madre y otros santos; esceptuando únicamente á los mercaderes de Europa autorizados para hacer su comercio. Es incierto, dice Charlevoix, hubiesen cometido los holandeses aquella impiedad, por mas que creyesen poder hacerlo sin faltar, insiguiendo los principios de su supuesta reforma, atendido que opinan sobre esto como pensaban antes los

iconoclastas. No es estraño que despues de tantas precauciones, se viese la iglesia del Japon sin pastores; sobre todo cuando el martirio acababa de arrebatarle los últimos que le quedaban, siendo uno de ellos el jesuita Jacobo Yuki, suspendido en el hoyo de Osaka en el año 1936. Tambien la apostasía diezmó un tanto aquella milicia perseguida, puesto que, además del P. Cristobal Ferreyra, provincial de los jesuitas, renunció tambien al cristianismo Tomás Sama, sacerdote japonés, para salvar su vida. A ciento ascendia el número de los jesuitas muertos en el Japon en los mas espantosos suplicios, y al de mas de tres cientos los que habian sucumbido en las otras partes del mundo en menos de un siglo, borrando de antemano la mancha con que empañó mas tarde el P. Ferreyra, en concepto de algunos, el buen nombre de la Compañía. Somos por lo regular tan injustos los hombres, que bastó la falta de un solo jesuita para hacer olvidar el sacrificio de cuatrocientos de sus hermanos. « No sé, añade Charlevoix (1), si puede la Compañía dejar de esperimentar cierto gozo, al ver la viva impresion que han causado siempre en el mundo las faltas ciertas ó supuestas de algunos de sus hijos, lo que demuestra claramente ser aquellas faltas muy raras. A pesar de la fragilidad humana, se ha visto á la órden de San Ignacio esparcida por toda la faz de la tierra, y solo hasta ahora hemos visto entre sus hijos dos ó tres casos de debilidad, merced al heróico esfuerzo de que ha dotado á los mas de ellos la proteccion divina. Hé ahí porque aquellas raras faltas han exitado la admiracion del mundo. » De todos modos, es lo cierto que el apóstol del Japon dispuso una víctima para aplacar al cielo y pedirle el perdon del apóstata, en la persona de Marcelo Francisco Mastrilli, natural de Nápoles, hijo del marqués de San Marzano, duque de Monte Santo, y de Beatriz Caraccioli. Ya desde la niñez, fué Marcelo consagrado á Dios por sus padres; era aun novicio de la Compañía de Jesus, cuando aseguró que seria decapitado en el Japon; y hasta su madre, cuando hablaba de los mártires de aquella iglesia, contaba siempre en su número al hijo de su corazon. A los dos meses de haber apostatado Ferreyra en el año 1533, cayó sobre la cabeza de Marcelo un martillo desde la altura de veinte y cinco piés, como si la Providencia hubiese querido conducirle al borde del sepulcro, para verificar despues uno de los mas grandes milagros que jamás se hayan obrado. Desde el principio de la enfermedad de Marcelo, se le apareció el apóstol de Oriente, llevando un cirio en una mano y un bordon en la otra; y dijo al enfermo que escogiese entre el cirio, esto es, la muerte, y el bordon, ó sea el apostolado entre los infieles. El P. Mastrilli, contestó que solo deseaba el cumplimiento de la voluntad divina; satisfecho Javier, le hizo ver á un caballero de la órden de Alcántara, diciéndole que debia serle con el tiempo muy útil; conoció despues Mastrilli en aquel caballero á Hurtado de Corcuera, gobernador de Filipinas. Como fuese el enfermo debilitándose cada dia, obtuvo el permiso en 2 de enero del año 1634, para hacer el voto ante el provincial de pasar á las misiones de Indias, caso de que recobrase su salud. Habia recibido ya los últimos sacramentos, y parecia estar en la agonía, cuando dijo Mastrilli á un religioso, que al dia siguiente podria celebrar el santo sacrificio; durante la noche se le apareció San Francisco Javier, y despues de recordarle el voto que habia hecho la víspera, le hizo poner un relicario que contenia un pedazo de madera de la verdadera cruz, y repetir con él la oracion siguiente: « Leño sagrado, cruz preciosa; y vos, Salvador divino que la teñisteis con vuestra sangre, yo os saludo. Todo entero y para siempre me consagro á Dios, Redentor mio, suplicándoos me permitais morir en defensa de vuestro santo nombre; gracia que el apóstol de las Indias no pudo obtener despues de tantos trabajos. » Luego le hizo tambien repetir Javier estas palabras: « Renuncio á mi

(1) *Historia y descripcion general del Japon*, t. II. p. 392.

familia, á la casa paterna, á mis amigos, á la Italia y á todo lo que podria retardar ó entorpecer mi mision á las Indias, consagrándome enteramente á la salvacion de las almas, ante mi padre San Francisco Javier. » Curado casi instantáneamente, llamó á sus hermanos, y celebró al poco rato solemnemente ante toda la ciudad de Nápoles; no tardando en embarcarse en Lisboa con otros treinta y dos jesuitas. En el mes de julio del año 1636, visitó devotamente en la ciudad de Goa el sepulcro de San Francisco Javier, y desembarcó poco tiempo despues en Filpinas. Hurtado de Corcuera, que se disponia para conquistar la isla de Mindanaas, se llevó consigo al siervo de Dios, cuyos milagros, en concepto de toda el Asia, contribuyeron no menos que el heróico valor de los españoles á aquella gloriosa conquista. El gobernador de Filipinas que conocia toda la virtud del misionero, hizo el sacrificio de desprenderse de él para que fuese al Japon, por prever los señalados triunfos que habia de procurar á la religion cristiana. Embarcóse pues el P. Mastrilli á 10 de julio del año 1637, y llegó á Satsouma, siendo su designio dirigirse á Yedo, para anunciar el Evangelio á to-xogun-sama; habia penetrado ya en el interior de la gran isla de Kiousiou, cuando al verle los soldados japoneses enviados en su persecucion, en una actitud tan imponente y sublime, pues estaba orando en medio de un frondoso bosque, quedaron inmóviles. El siervo de Dios se levantó en seguida, y acercándose á ellos les dijo: « Yo soy el que buscais; ¿quién os impide prenderme? » En el momento en que los soldados se apoderaron de él, sintieron retemblarles el suelo bajo sus piés. Cuando el cinco de octubre fué presentado el P. Mastrilli ante los gobernadores de Nangasaki, vieron con asombro un círculo de luz en torno de la cabeza del misionero, y solo despues de haber desaparecido aquella brillante aureola, pudieron preguntarle acerca de la conquista de Mindanao, y del objeto de su viage. Como no satisfaciesen sus respuestas de modo alguno á sus verdugos, hicieron estos sufrir al misionero la prueba terrible del agua; atósele fuertemente, y despues de hacerle levantar la cabeza, se le obligó á tragar mas de un cántaro de agua por medio de un embudo. (Pl. CX, n.º 2.) Luego le pusieron una plancha sobre el vientre, y se sentaron en ella dos hombres para hacerle arrojar á la vez el agua y la sangre por diferentes partes de su cuerpo. Al ver que la constancia de sus compañeros de cautiverio se habia debilitado un tanto á consecuencia de aquellos tormentos atroces, les reprendió vivamente su debilidad, y sufrió mucho mas de lo que le habia hecho sufrir su largo martirio. Interrogado nuevamente Mastrilli por los gobernadores, se limitó á contestarles que habia ido al Japon por órden de San Francisco Javier; que si querian conducirle á presencia del emperador, él le curaria; que tenia una imágen del apóstol de Oriente que, con solo ponerla en un templo de los falsos dioses, obraria milagros que serian el asombro de todo el imperio. Aplicósele nuevamente el tormento, en el que mostró siempre la misma constancia; recobraba de tal modo sus fuerzas á las pocas horas de habérsele trasladado á su cárcel, que era visible en él la proteccion que le dispensaba el cielo. Habiéndosele advertido cierta noche que seria al dia siguiente suspendido en el hoyo: « No importa, dijo; la carne es débil, pero el espíritu es fuerte; no creais, sin embargo, que muera en este suplicio; solo el alfange podrá cortar el hilo de mis dias. » Retiróse luego en el fondo de su calabozo, donde le vieron á poco sus guardias absorto en una meditacion profunda, con el cuerpo levantado en el aire, rodeado de una luz vivísima. Informados los gobernadores de aquella maravilla, quisieron presenciarla, notando ademas del resplandor que circuia al mártir, un ancho rastro de luz desde el cielo á la cárcel; pero aunque asombrados, no revocaron su injusta sentencia, porque aunque los milagros puedan convencer el espíritu, raramente lograrán cambiar los corazones que el interés y la ambicion dominan. Una hora antes de ama-

necer el dia 14 de octubre de 1637, se obligó al confesor de Jesucristo á montar un mal caballo para ser conducido á la santa montaña, vistiendo una sotana raida que solo le llegaba á la rodilla. Se le afeitó una parte de la cabeza, frotándosela despues con una yerba rojiza, lo que es en el Japon una señal de ignominia, y despues de haberle atado las manos á la espalda, se le puso en ella un rótulo que contenia esta sentencia: «Los gobernadores de Nangasaki, condenan á muerte á ese insensato por haberse presentado en el Japon con el designio de predicar una ley contraria á la de los dioses del imperio. Audid todos; debe morir en el hoyo, á fin de que sirva su muerte de ejemplo á los que tratasen de imitarle.» Despues de haber sufrido por espacio de diez y siete dias aquel horrendo suplicio, vieron sus verdugos con asombro que estaba el misionero sano y salvo como antes; debiéndose celebrar al dia siguiente la fiesta de una de las divinidades del país, en cuya solemnidad no era permitido hacer sufrir á los criminales, mandaron los gobernadores que fuese el Padre Mastrilli decapitado. En su virtud, se le sacó del hoyo, cayó de rodillas el misionero, y descargó el verdugo su golpe sin resultado, hasta que dando con mas furia un nuevo golpe sin obtener tampoco su objeto, arrojó el alfanje y se alejó aterrado. Entre tanto continuaba el mártir absorto en una dulce contemplacion, y terminada su última plegaria, llamó al verdugo, le dijo que tomase otra vez su alfange, asegurándole que seria aquella vez su golpe seguro. Con efecto, derribó el ejecutor sin gran esfuerzo la cabeza del misionero, mientras pronunciaba este los nombres de Jesus y María. La tierra se estremeció, y se levantó de repente á la vista de todos una nube densísima que fué prolongándose hasta envolver enteramente el palacio de los gobernadores. Redújose desde luego á cenizas el cuerpo del mártir, cuya sangre acababa de borrar la mancha que la apostasía de Ferreyra habia hecho en la Iglesia y en la Compañía de Jesús.

El triste cuadro que nos presentan los autores dominicos acerca de aquella persecucion, no es menos sombrío que el que trazan de ella los historiadores de aquella ilustre Compañía. Dice Touron que el ardor que abrasaba á los hombres apostólicos por la salvacion de las almas, era tanto mas admirable, cuanto que se aumentaban cada dia la persecucion y los tormentos contra ellos, teniendo siempre á la vista una muerte mas inevitable y violenta. La docilidad de muchos miles de infieles, que merced á la voz de la gracia, renunciaban al sacrílego culto de los ídolos, recompensaba á los misioneros sus afanes, y les procuraba los mas dulces consuelos; no habia fatiga, peligro ni tormento que no soportasen con gusto los apóstoles por no abandonar á los nuevos cristianos, ó por aumentar su número. Cuando no podian ejercer públicamente su ministerio, en los antros, los bosques y montañas, prodigaban de noche á los fieles los cuidados que no podian procurarles de dia, por mas que fuesen cada vez mas terribles los edictos que daba el emperador contra ellos. En su virtud, los magistrados ó gobernadores procedian cada dia á ejecuciones sangrientas, unos por complacer al príncipe, otros por temor de desagradarle, ó por profesar ciegamente el culto de satan. Pero si eran los fieles tratados en una parte del Asia como lo fueron los primeros cristianos en tiempos de Neron y Diocleciano, la vivacidad de su fé, su constancia y su firmeza fueron en un todo dignas de los antiguos mártires. Muchos fueron los japoneses de todas condiciones, edad y sexo que derramaron generosamente su sangre, sin que la atrocidad y lentitud de los suplicios pudiese arrancarles una palabra, un signo siquiera, que la religion desaprobase; lo que no debe estrañarse si se atiende á que eran los fieles ministros del Evangelio los primeros en infundirles aliento en los suplicios, sellando con su sangre las verdades que les habian enseñado. Fontana habla de los dominicos Jordan de San Esteban y Tomás de San Jacinto, martirizados en el año 1636; tambien murieron por su fé los cuatro dominicos Guillermo Courtel, de nacion francés, los

españoles Antonio Gonzalez y Miquel de Ojaraza, y el japonés Vicente de la Cruz. Fué tal la intrepidez de aquellos cuatro campeones de Jesucristo, que inspiró á dos nuevos cristianos la heróica resolucion de seguirles en el camino del martirio; teniendo los seis la dicha de morir por Jesucristo en Nangasaki, á mediados de setiembre del año 1637. El general Nicolás Rodolfo, tan pronto como supo aquellas muertes gloriosas, las comunicó á todas las provincias de la órden de Santo Domingo, á fin de escitar una santa emulacion entre todos los religiosos, é inflamar mas y mas el ardor de los que estaban destinados á ejercer un dia aquel ministerio de caridad sublime. Y en efecto, hubo muchos dominicos que se ofrecieron para reemplazar á sus hermanos; pero no les fué posible penetrar en el Japon, á pesar de haberlo intentado repetidas veces.

La provincia de Arima era á la sazon gobernada con tanta dureza, que, exasperados al fin los cristianos, se sublevaron contra el daimio, logrando apoderarse de Sima-bara; pero, merced á la intervencion de la artillería holandesa, acabaron por perecer todos ellos. La sórdida codicia de aquellos bárbaros reformadores, indignos de llevar el nombre europeo, para librarse de toda competencia comercial, sugirieron al to-xogun-sama la idea de que los portugueses habian sido los instigadores de la rebelion, y que so pretesto de enseñarles la ley cristiana, inducian á los pueblos á la desobediencia. En virtud, pues, de aquella denuncia, dióse el año 1638 un edicto, prohibiendo bajo pena de la vida á los súbditos de las reunidas coronas de Portugal y España la entrada en el Japon, donde solo los holandeses podrian ejercer en lo sucesivo libremente su comercio. En vano la ciudad de Macao envió en el año 1640 una solemne embajada para que quedase sin efecto aquella injusta disposicion; puesto que no solo dejó de accederse á su demanda, sino que llevaron los japoneses su barbarie y su ódio al cristianismo hasta el punto de hacer decapitar á los cuatro enviados: Paez Pacheco, Sanchez de Paredes, Monteiro de Carvailho y Vaz de Pavia, por no haber querido estos cuatro ilustres varones renunciar á la ley de Jesucristo. Los pocos que salvó el furor japonés de los que formaban parte de la embajada, se vieron obligados á reconocer los cuerpos de sus compañeros martirizados, reunidos todos ellos en una gran caja, sobre la cual se leian estas palabras: «Mientras el sol vivifique y caliente la tierra, no se atreva ningun cristiano á penetrar en el Japon, sino quiere ser decapitado; el rey Felipe y hasta el mismo Dios de los cristianos sufrirán aquella pena, si llegasen á sentar el pié en estas regiones.» Muchas son las veces en que la justicia divina hace á los malos víctimas de sus mismas perfidias. Habian motivado los holandeses algunos años antes, que se encerrase á los portugueses en la isla de Desima, y era su triunfo completo desde que habian visto la espulsion de los que hacian como ellos el mas rico comercio del mundo; pero á su vez se vieron tambien encerrados en la vasta cárcel de Desima, viéndose obligados en el año 1640 á salir de la provincia de Firando, para ir á permanecer en la pequeña isla situada en el puerto de Nangasaki. Su comercio, además, que se habia aumentado considerablemente desde el año 1637, por haber podido entrar libremente en Persia y Bengala, y llenar los mercados del Japon de sedería y otros objetos de gran precio para los indígenas, empezó á decrecer en la época en que la espulsion de los portugueses les aseguraba el monopolio.

Hacia ya algunos años que no quedaban en el Japon mas que algunos jesuitas indígenas; siendo Pedro Cossui, natural de Omura, uno de los mas conocidos de entre ellos. Habiendo sido Cossui desterrado del Japon en 1614, atravesó á pié el imperio de la China, la gran península del Ganges, el Indostan, la Persia, Palestina y Turquía para dirigirse á Roma, donde abrazó la regla de San Ignacio. Así que hubo recibido las sagradas órdenes, quiso regresar á su patria, viéndose precisado, para verificarlo, á entrar como esclavo en los guarda costas de Nangasaki. Solo despues de dos

años de haber permanecido en aquel triste estado, logró Cassui pasar á las provincias del Norte, en las que obró muchas conversiones. A la edad de cincuenta y un años, se vió preso el misionero por los seides del to-xogun-sama, y conducido á la ciudad de Yedo, donde alcanzó la palma del martirio en el año 1639. Hácia la misma época, el P. Juan Bautista Porro, misionero el mas anciano del imperio, fué quemado junto con todos los habitantes del pueblecito en que vivió, al que pegaron fuego los japoneses sin permitir que saliese ninguno de sus moradores. Por grandes empero que fuesen los obstáculos opuestos por el gobierno japonés á la propagacion de la fé, nunca la Compañía de Jesus perdió de vista á los restos que quedaban del cristianismo en aquel desgraciado imperio. El P. Rubino, despues de haber cultivado provechosamente todas las iglesias fundadas por San Francisco Javier en las Indias, fué nombrado en el año 1639 visitador del Japon; y si bien se dispuso á partir en seguida para aquella region, no pudo sin embargo embarcarse en Manila hasta el dia 9 de julio de 1643. Llevóse con él á los cuatro jesuitas Alberto Mecinski, Diego de Morales, Antonio Capeci, Francisco Marquez, y tres sacerdotes seculares, resueltos todos ellos á seguir la gloriosa senda de los que los precedieron en el pais á que se dirigian. El 11 de agosto entraron los ocho misioneros en el puerto de Satsuma, en el que, habiendo sido descubiertos á los dos dias de su llegada, fueron presos y conducidos á la ciudad de Nangasaki; habiendo sido presentados á los gobernadores, les dirigieron estos por medio de un sacerdote apóstata, que se supuso ser el P. Ferreyra, la pregunta siguiente: «¿Por ventura ignorais los edictos del temible emperador del Japon? — Nó, contestaron los misioneros; pero el Dios de cielo y tierra, al que está súbdito el emperador del Japon como el último de los hombres, nos da órdenes contrarias, nos manda que vengamos á salvar los japoneses; y lo hacemos, por mas que nos espongamos á morir en los tormentos.» Sorprendidos los gobernadores al ver tanta firmeza, apelaron á todos los halagos para hacerles renunciar al cristianismo; pero sin aguardar Rubino á que el intérprete acabase de hablar, le reprendió con tanta energía el indigno cargo que estaba ejerciendo, que se retiró confuso, sin que volviese á presentarse mas durante su largo cautiverio. A los siete meses de sufrir los misioneros todos los tormentos con resignacion creciente, fueron condenados á morir en el hoyo, siendo tal la satisfaccion que les causó la lectura de su sentencia que, creyendo el gobernador no la habrian comprendido, mandó que les fuese comunicada por segunda vez. Aquel mismo dia fueron todos ellos conducidos al suplicio, en el que murieron en los dias 20, 22 y 24 de marzo, segun la fuerza vital con que resistieron el tormento cruel á que fueron condenados. Despues de haber espuesto sus cuerpos en la plaza pública, fueron quemados, y sus cenizas arrojadas al mar. Tan pronto como supo el P. Marquez el martirio del P. Rubino y de sus compañeros, tomó el partido de dirigirse á aquellas regiones para seguir las huellas de su digno predecesor en el provincialato de las Indias. Embarcóse, pues, en Filipinas con los PP. Francisco Casola, José Chiara, Alfonso Arrojo y el lego Andrés, desembarcando en las islas Lequios, pertenecientes á la jurisdiccion del dai-mio de Satsuma, en las que fueron tambien detenidos al poco tiempo de su llegada, y conducidos á la misma ciudad de Yedo. Algunos holandeses acudieron á su llegada, á fin de ver si conocerian á alguno de aquellos religiosos, para comunicarlo en seguida á los japoneses. «Los jesuitas, dice el baron Onno Swier de Haren (1), estaban sentados en una mala estera: su rostro era pálido y descarnado; sus ojos apagados y hundidos, sus manos purpúreas, á causa de los tormentos sufridos. Los holandeses, sentados tambien delante de ellos por órden de los jueces, oyeron que uno de ellos preguntó á los jesuitas, ¿por qué siendo su Dios omni-

(1) Observaciones históricas sobre el estado de la religion cristiana en el Japon, con respecto á la nacion holandesa, p. 66.

potente les abandonaba de aquel modo? A lo que contestó uno de ellos que, aunque el verdadero Dios parecia abandonarles en este mundo, les daba no obstante fortaleza para resistir en él todas las desgracias; y que aunque fuese su cuerpo sensible al dolor, gozaba su alma contemplaciones celestes, que les hacian soportables todos los tormentos. Descontentos los jueces de la respuesta del jesuita, hicieron entrar á Syovan (el P. Ferreyra) para que hablase á sus antiguos hermanos; pero no creemos deber repetir aquí los insultos que dirigió este mónstruo á aquellos hombres tan desgraciados como respetables, así como tampoco las horribles blasfemias que vomitó contra el Dios de los cristianos, y al que contestó con tanta energía como piedad el mas elocuente de aquellos jesuitas.» El to-xogun-sama hizo aserrar algunos miembros á los misioneros, de cuyas resultas murieron tres de ellos durante el tormento, y á los que sobrevivieron muy pocos dias los dos restantes.

Durante la minoría de Quane, despues que los regentes del imperio hubieron sofocado en el año 1651 la primera sublevacion de los príncipes japoneses, no fué tan violenta la persecucion que sufrieron los cristianos, y hasta llegó á vislumbrarse la esperanza de que cesase enteramente. Era esto debido á que, procurando el gobierno hacerse con un gran partido, temia escitar nuevas turbulencias tratando con severidad á los cristianos, los cuales eran ya en bastante número para infundirle respeto. Pero tan pronto como hubieron cesado aquellas circunstancias, y estuvo Quane en su mayor edad, volvió á ser la persecucion tan terrible como antes. El eclesiástico, de cuya apostasía hemos hablado al tratar de la del provincial de los jesuitas, acompañaba al suplicio á algunos mártires cuya resignacion volvió á despertar la fé en él, por lo que esclamó en voz alta ser injusta la muerte que se daba á aquellos inocentes. Procedióse inmediatamente á su arresto; y habiéndosele preguntado si habia vuelto á abrazar el cristianismo, contestó que detestaba á los dioses del Japon, y que nada deseaba tanto en el mundo como espiar su apostasía en el suplicio; luego manifestó públicamente en alta voz que era cristiano, por lo que se hizo ver que habia perdido la razon, y se le envenenó para que fuese su muerte ignorada. Tampoco el P. Ferreyra, continuó en la apostasía; viéndose al fin odiado, por creer los infieles que no queria descubrir el paradero de los misioneros que habian quedado en el imperio. Obligósele á casar con una japonesa, viuda de un platero chino, que habia sido condenado á muerte como autor de varios crímenes, si bien no llegó á consumarse el matrimonio, por inspirarse horror uno á otro los dos contrayentes. Yedo Tzua (nombre japonés del religioso apóstata, al que se llamaba tambien Syovan), no vivió con la muger á que se le obligó á unirse, ni quiso aceptar nunca de ella ningun recurso, á pesar de pertenecerle una parte de sus inmensas riquezas, y esto que debia ganar su sustento sirviendo de intérprete á los holandeses. Por último, obligado Yedo Tzua á guardar cama, minada su existencia por el remordimiento, la edad y sus enfermedades, manifestó que era cristiano; que habia hecho muy mal y se arrepentia de haberse separado de su Dios, al que estaba decidido á consagrar el resto de su vida, confiando alcanzar aun de su misericordia infinita, el perdon que apenas se atrevia á implorar. Cuando se le comunicó la sentencia de morir en el hoyo, pareció recobrar Ferreyra sus fuerzas, tanta fué la satisfaccion que le causó semejante noticia. En el dia señalado se le llevó á la Santa Montaña por no poder andar, y á la vista de aquel lugar santificado por la sangre de tantos mártires, se reanimaron sus fuerzas, y sufrió en él por espacio de cinco dias los tormentos que diez y nueve años antes no habia podido soportar cinco horas. Hasta su último suspiro no cesó de repetir su profesion de fé bendiciendo al Señor. Dice Wagenaar que aumentó considerablemente la persecucion de los cristianos en el año 1658 (1).

(1) Onno-Svier de Haren, *Estudios históricos sobre el estado*

Tambien Indyk refiere que en el año 1660, vió en Nangasaki conducir al suplicio á unos noventa cristianos, y Van Zelderen afirma á su vez, que vió posteriormente morir en Kagosima once japoneses y tres sacerdotes portugueses, clavados en una cruz, y á fuego lento. Consta así mismo, dice Kœmpfer, que habia en el año 1692 cincuenta cristianos en las cárceles de Nangasaki, procedentes de la provincia de Bungo, que fueron condenados sin duda á encierro perpétuo.

De todas las invenciones empero que el infierno sugirió á los emperadores del Japon para abolir el cristianismo, ninguna hubo tan eficaz como el *Jesumi*, nombre formado probablemente de los de Jesus y María. Hé ahí lo que dice Charlevoix respecto de aquella horrible y sacrílega ceremonia: « Con el mayor placer consigno; que no existe ninguna prueba de que fuesen los holandeses la causa de que se inventase aquel horrible medio; veamos de que modo fué llevado á efecto. A fines de año, se dispuso en Nangasaki, en el distrito de Omura y en la provincia de Bungo, únicos puntos en que se sospechaba hubiese cristianos, una lista exacta de todos sus habitantes, sin escepcion de sexo ni edad; y el segundo dia del primer mes del año siguiente, los *ottonas* (comisarios de policía), acompañados de sus dependientes y de un escribano, iban de casa en casa haciendo llevar dos imágenes, una de Nuestro Señor clavado en la cruz, y otra de su Santísima Madre, ó de cualquier otro santo. Hacian presentar á su llegada al gefe de la familia, su esposa, sus hijos, los criados de uno y otro sexo, los inquilinos y hasta los vecinos cuyas casas no bastasen á contener tanta gente; á medida que se presentaban, se les obligaba á pisar las imágenes colocadas al efecto en el suelo. Cuando se habian recorrido todos los barrios, los empleados á su vez hacian el *Jesumi*, en presencia de testigos, y luego sellaban el acta levantada. Formábase además desde el año 1666, de órden del emperador dairi Kinsen, una comision en todas las ciudades y pueblos, para averiguar á que secta pertenecia cada uno de sus habitantes. » Fontaney (1) habla tambien de este modo de una formalidad análoga, á que se sujetó á los chinos que hacian su comercio en el Japon. « Así que llegaba al puerto un buque de aquella nacion, se trasladaban inmediatamente á él los dependientes de la autoridad, y hacian un escrupuloso reconocimiento, arrojando al mar cuantos libros chinos encontraban, sin tomarse siquiera la molestia de examinarlos. Luego se preguntaba á cada cual su edad, y el negocio á que se dedicaba, y particularmente la religion á que pertenecia; despues de aquel exámen, ponian los japoneses en el puente una plancha de cobre, en la que habia grabada una imágen de Jesucristo crucificado, obligando á los chinos á pisarla con la cabeza descubierta y los piés descalzos. Por último, se les leia un escrito que contenia las mayores invectivas contra la religion cristiana, así como tambien los edictos que la proscribian en el Japon. » « El gobernador de Nangasaki, dice Haren, despues de haber hecho una estensa relacion de las persecuciones que habian sufrido los católicos en aquel imperio, y de su constancia en sufrir la muerte, antes que cometer un sacrilegio profanando los sagrados objetos de su religion, se hizo traer una plancha en la que habia grabada una imágen de la Vírgen María, y despues de dirigirse á los presos para saber cual era la religion que profesaban, les mandó escupir con desprecio y pisar la sagrada imágen, añadiendo que solo despues de haberlo hecho se convenceria de que no eran católicos Como aquellos seis miserables habian negado ya pertenecer á la comunion cristiana, hicieron sin vacilar lo que se les exigia: habia entre ellos dos holandeses, un flamenco, dos escoceses y un inglés; verificóse aquella apostasía en el año 1704. Por mas que la con-

de la religion cristiana en el Japon, respecto á la nacion holandesa, p. 97.

(1) *Carta del P. de Fontan y al R. P. de La-Chaise, de la propia Compañía de Jesus, confesor de S. M.*, en las *Cartas edificantes*, t. XXVII. p. 201.

ducta que observaron los holandeses en el Japon, conforme hemos tenido ocasion de verlo, no fuese siempre la mas digna, seria muy injusto achacar á toda una nacion las faltas de algunos de sus súbditos.» Fué tal la inquietud y la alarma que causó en Nangasaki la llegada de seis marineros en el año 1704, que dice Haren con motivo de lo ocurrido en aquella ciudad: «Siempre temian los japoneses verse complicados en los asuntos de los cristianos; la ley de las cinco casas subsistia aun, y la que por mas que no hubiese sido puesta en práctica, continuaba escitando un temor general, conforme lo indicaba el haber sido construidas algunas cabañas, desde que se supo la llegada á Nangasaki de los seis marineros antes citados, á fin de evitar todo trato con ellos.»

Las consideraciones de los cristianos que permanecerian sin duda en el Japon, y el deseo de convertir á aquellos indígenas idólatras, fueron causa de que procurasen varias veces algunos operarios evangélicos penetrar en aquel imperio. Hay acerca de una de aquellas tentativas curiosos detalles. Juan Bautista Sidotti, natural de Palermo, habia aprendido, cuando niño en Roma la lengua japonesa, y obtuvo mas tarde del Papa el permiso para ir á evangelizar aquel imperio, á cuyo objeto partió de Italia en el año 1702, con Cárlos Maillard de Tournon, patriarca de Antioquía, y luego cardenal; ya tendrémos ocasion de ver luego las causas que exigieron el viage de este prelado. Llegaron á Pondichery el año 1704 en un buque francés mandado por el caballero de Fontaney, en el que egerció Sidotti durante la travesía todas las funciones de un verdadero apóstol. En las Indias, se separó Sidotti del patriarca, y se dirigió el año 1707 á Manila, donde acabó de perfeccionarse en la lengua japonesa antes de penetrar en aquel imperio, que habia sido siempre objeto de sus mas ardientes deseos. El gobernador de Filipinas favoreció su empresa en cuanto pudo, haciendo otro tanto algunos particulares ricos, que le procuraron todos los fondos que pudiese necesitar. Equipóse pues un buque, que se ofreció á mandar Miguel de Eloriaga, capitan de gran mérito, prometiendo desembarcar al siervo cristiano en tierra del Japon. En el mes de agosto del año 1709, partió Sidotti de Manila, y descubrió á 9 de setiembre el archipiélago; tomábanse ya todas las medidas para el desembarque, cuando se divisó un barco pescador, al que enviaron á un japonés idólatra que habia prometido al gobernador de Filipinas dejar al misionero en un punto seguro. A su llegada hizo el japonés seña al buque de que no se acercase, á pesar de que los pescadores le indicasen que no debian temer cosa alguna; cuando el japonés volvió á reunirse con sus compañeros, dijo á Sidotti que renunciase á su proyecto, sino queria verse preso en el acto de desembarcar, y conducido á presencia del emperador, príncipe cruel, que le haria morir en un espantoso suplicio. El temor que revelaba su semblante, era el mas seguro indicio de que habia confiado á los pescadores el designio del misionero; recogióse entonces este, y pidió al Señor se dignase inspirarle lo que debia hacer en aquel momento supremo; despues de haber pasado el santo sacerdote algunas horas en oracion, se dirigió al anochecer al capitan del buque, y con ánimo resuelto le dijo: «Véome por fin al término de mis aspiraciones; estoy en el Japon, y no hay poder humano que pueda impedirme desembarcar en él. Ya que habeis tenido la generosidad de conducirme hasta aquí, sin temer esponeros á los escollos y borrascas de un mar que os era desconocido, y que es tristemente célebre por los muchos naufragios que han acontecido en él, terminad vuestra obra, dejándome en un pueblo que espero someter al suave yugo del Evangelio. No creais que cuente con mis propias fuerzas, no; me sostiene y alienta la gracia de Jesucristo, y la proteccion de los numerosos mártires que han regado con su sangre estas islas.» En vano le hizo presentes Miguel de Eloriaga todos los peligros á que iba á esponerse, desembarcando en una costa en la

que no podia tardar en ser descubierto, merced á los pescadores que no ignoraban su proyecto; contestóle Sidotti, que el viento era favorable y que debia por lo tanto aprovecharse la ocasion que se les presentaba; que cuanto mas se diferiria el desembarque, mayor seria el peligro que habria despues en verificarlo; y por último, que de ningun modo intentase oponerse á la obra de Dios. Al ver semejante resolucion, dispuso el capitan que se hiciese el desembarque durante la noche, dando al efecto las disposiciones necesarias; entre tanto Sidotti escribió algunas cartas, rezó el rosario con la tripulacion, segun la costumbre observada en los buques españoles, y dirigió luego una plática á los tripulantes, la cual terminó pidiéndoles perdon de las faltas que podia haber cometido, y en particular á los grumetes, por no haberles instruido con el cuidado necesario en los principios de la doctrina cristiana. Luego hizo Sidotti un acto de humildad que edificó á todos los marineros y besó los piés hasta á los mismos esclavos. Hácia media noche, descendió á la lancha con el capitan y otros siete españoles que quisieron acompañarle hasta la orilla; logrando al fin saltar á tierra con mucha dificultad, por ser la costa bastante escarpada. Al salir de la lancha, se postró para besar la tierra y dar gracias á Dios, por haberle conducido tan felizmente al pais que habia sido constante objeto de sus esperanzas. Los españoles quisieron acompañarle un buen trecho; D. Cárlos de Bonio, que llevaba su equipage, tuvo la curiosidad de mirar los objetos de que se componia, consistentes en una capilla, una cajita que encerraba el óleo santo, un breviario, la *Imitacion de Jesucristo*, algunos libros de piedad, dos gramáticas japonesas, un crucifijo que habia pertenecido al célebre jesuita Mastrilli, una imágen de la Vírgen y algunas estampas. En el momento de la separacion, el capitan obligó á Sidotti á aceptar algunas monedas de oro, que podian contribuir á grangearle el aprecio, ó al menos á hacerse favorables á los primeros japoneses que hallase. El buque llegó al puerto de Manila el dia 18 de octubre; y como lo previera el capitan, fué preso Sidotti al poco rato de haberse separado de los españoles. Fué el misionero conducido inmediatamente á Nangasaki, donde se mandó á los holandeses de aquella factoria que asistiesen á su interrogatorio. Véase lo que dice Haren: «El gefe de la factoria, llamado Mansdale, partió al efecto con uno de sus dependientes que hablaba el latin, y al que se pidió hiciese algunas preguntas á Sidotti; pero aquella precaucion era del todo inútil, puesto que el preso no solo comprendia el japonés, sino que hasta le hablaba con bastante facilidad para sostener una conversacion cualquiera. La persona que les fué designada con el nombre de Sidotti, era un hombre alto, flaco, tenia el pelo negro, y podia contar á lo mas cuarenta años. Vestia un trage de seda, segun la costumbre del pais, y llevaba una cadena de oro de la que pendia un crucifijo dorado; tenia un rosario en la mano y dos libros bajo el brazo. En un saco azul que se le habia ocupado, llevaba todo lo necesario para celebrar la misa; cuando se le preguntó si habia hablado aun de la religion cristiana á los japoneses, contestó: «Es claro que les he hablado de ella, puesto que este ha sido el objeto de mi viage.» — Preguntado acerca de lo que tenia intencion de hacer. — Dirigirme á Yedo para hablar al emperador, dijo, ó bien lo que los gobernadores dispongan. — Al preguntársele si sabia la ley rigorosa que prohibia á los sacerdotes católicos penetrar en el imperio, dijo: — Que no la ignoraba; pero que como aquella ley solo comprendia á los españoles y á los portugueses, no podia impedirle á él, que era italiano, penetrar en el pais. Habiendo notado durante el interrogatorio que se apoderaban los japoneses de algunos de los objetos contenidos en su saco, les encargó que se abstuviesen de tocar aquellas cosas sagradas, en lo que le complacieron desde luego. Además, tuvieron los gobernadores la generosidad de procurarle vestidos mas conformes á la rigorosa estacion

que se atravesaba, y luego se le envió á Yedo, donde estuvo encarcelado por espacio de algunos años, constantemente ocupado en la propagacion de la fé. Bautizó á muchos de los japoneses que iban á verle, lo cual habiendo llegado á noticia del gobierno, dispuso la muerte de todos los nuevos convertidos, y mandó que fuese Sidotti emparedado en una profundidad de cinco piés, sin dejar mas abertura que la necesaria para pasarle el alimento, hasta que al fin murió de infexion y podredumbre.»

Todo induce á creer que existieron por mucho tiempo cristianos en el Japon; véase en prueba de ello lo que dice el Jesuita de Entrecolles (1) en una estensa relacion que hace de las fábricas de porcelana de King-te-ching. «Entre los restos de una antigua fábrica habia un plato que me ha sido ofrecido, y que prefiero á todas las finas porcelanas del mundo, en cuyo fondo hay un crucifijo en medio de San Juan y de la Vírgen María. Se me ha dicho que los chinos hacian en otro tiempo esta clase de trabajo para el Japon; pero que hace al menos quince años que no se ha hecho ningun trabajo de aquella clase. Es probable que los cristianos japoneses hubiesen adoptado aquellos platos durante la persecucion para procurarse imágenes, hasta que descubrieron los enemigos de la religion su piadoso cuanto inocente medio, en cuya época dejarian probablemente los chinos de elaborar los referidos platos.»

Otra prueba mas patente, si cabe, es la que nos dá el jesuita Fouquet (2) al escribir desde Nimpo, puerto marítimo de la China, situado frente al Japon: «Nos parece este punto muy necesario, no solo por poder entrar desde él libremente en China, si que tambien por sernos desde él mucho mas fácil penetrar en el Japon, donde llegó á florecer tanto el cristianismo, y en cuyo imperio se dice subsiste aun, no obstante la sangrienta persecucion que de tanto tiempo acá está sufriendo aquella Iglesia.» Finalmente, cita Haren como un testimonio irrecusable de los muchos años que subsistió el cristianismo en el Japon, una Memoria remitida por el mandarin chino Tchin-Mao en el año 1717 al emperador Khang-hi. «Los europeos, dice en ella, empleaban la religion para corromper á los japoneses; lograron atraer un gran número de ellos á su partido, y luego atacaron el imperio con tal decision, que poco faltó para que llegasen á conquistarlo enteramente. Con todo, fueron al fin rechazados, teniendo que retirarse despues de haber sufrido grandes pérdidas. Aun hoy dia tienen la vista fija en aquel imperio, y no desconfian de someterle. He adquirido todas estas noticias en los diferentes viages que he hecho al Japon.» Pero, continua Haren, tambien habia estado el mandarin en Batavia, Manila, y recorrido toda la parte occidental de las Indias. Así pues, aunque dé como un hecho consumado la supuesta invasion de los portugueses, cuya falsa noticia se habia procurado difundir por todo el Oriente y la China, no debe suponerse que un ministro de Estado, que solo habia viajado al objeto de instruirse, pudiese creer en el año 1717, que un puñado de cristianos europeos pudiesen intentar algo contra el Japon, sin estar seguros, ó al menos sin contar fundadamente que habian de hallar un poderoso ausilio en el interior del mismo imperio. Obrar por sí solos, sin contar con algun apoyo en el pais que se proponian conquistar, habria sido ir en pos de una muerte segura, sin esperanza siquiera de lograr el objeto que se proponian.

CAPÍTULO XIII.

Misiones de los Jesuitas, Dominicos y Franciscanos en China.

Lo que hemos dicho ya anteriormente acerca de la mision de China, basta á demostrar las dificultades y peligros que tenian que vencer los que formaban parte de ella. Recuérdese

(1) *Carta al P. Orry, procurador de las misiones de China y de Indias*, en las *Cartas edificantes*, t. XXVII. p. 233.

(2) *Carta* (de fecha 26 de noviembre de 1702) *al duque de la Force, par de Francia*, en las *Cartas edificantes*.



que entre los jesuitas habia dos opiniones, á saber: la del P. Ricci, que consistia en tolerar algunas costumbres chinas, y cuya tolerancia habia dado por resultado aumentar el número de los discípulos en torno de los misioneros, y la del P. Longobardi que, veia un verdadero culto en el homenage prestado á Kong-fou-tse, y una supersticion en las ceremonias hechas en honor de los finados; por lo que prohibió severamente á los nuevos cristianos todas aquellas prácticas, por considerarlas contrarias á la santidad del cristianismo. En el año 1628, se reunieron los jesuitas mas sábios y esperimentados de una y otra opinion, para resolver el medio que debia emplearse al objeto de que desapareciesen las dificultades que se oponian al desenvolvimiento de la idea católica, sin que por esto lográran unir enteramente los ánimos. « La reunion del año 1628, dice el P. Cahour (1), léjos de unir á los misioneros de la China, contribuyó á separar á los que fuera de ella, solo habian pensado hasta entonces en la salvacion de las almas; así como despertó tambien la curiosidad de los operarios evangélicos que se dirigieron mas tarde al celeste imperio, los cuales léjos de adherirse á la opinion del padre Ricci, que era la generalmente admitida, siguieron la del P. Longobardi. »

En el propio año 1628, murió el P. Nicolás Trigaut en Nankin á 14 de noviembre; habian llegado con aquel laborioso misionero, los PP. Jacobo Rho y Juan Adam Schall. Era Jacobo Rho un gran matemático; habiéndose visto obligado á detenerse en Macao, á causa de la persecucion suscitada en China contra los cristianos, logró salvar á aquella ciudad en el año 1622 del furor de los holandeses, enseñando á sus habitantes á hacer uso de la artilleria, despues de haberles puesto la plaza en estado de defensa. Cuando hubo penetrado Rho en el celeste imperio, aprendió el chino con suma facilidad, y se dirigió el año 1627 á la provincia de Chan-si, para predicar en ella el Evangelio. Siete años despues se le envió á la córte, donde le fué confiada la redaccion del calendario imperial, á la que se dedicó con el P. Schall hasta su muerte, ocurrida en 16 de abril del año 1638. Los discursos y las obras de aquel sabio misionero, llamado en chino Lo-ya-kou, obraron asombrosas conversiones. Schall, nacido el año 1591 en Colonia, abrazó la regla de San Ignacio en Roma en el año 1611, penetró en China el año 1622, fué enviado á la provincia de Chan-si, y residió algun tiempo en Si-gan-fu, ocupándose á la vez en el ministerio apostólico, y en el estudio de las ciencias que tienen relacion con la astronomía, por ser la ciencia en China el mejor salvo conducto que podian los misioneros procurarse. Dirigió la construccion de una iglesia que en breve logró ver terminada, merced al ausilio de los indígenas convertidos, y al de los idólatras que habia sabido atraerse por medio de la ciencia; habiendo llegado su celebridad á noticia del emperador, fué llamado Schall á la córte, donde continuó, despues de la muerte de Rho, la redaccion del calendario imperial durante el reinado de tres emperadores. Esperimentó la China una gran revolucion política, por haber sublevado uno de sus magnates las tres provincias de Chan-si, Chen-si, y Pe-tche-li, apoderádose de Pekin, y ocupado el trono de sus señores. El último emperador de los Ming, al ver el rigor de su destino, dió muerte á su hija, y luego se estranguló junto al mismo cádaver. Los generales que habian permanecido fieles á su soberano, cometieron la imprudencia de llamar en su ausilio á los tártaros manchues, quienes despues de haber vencido y espulsado al usurpador, entraron en Pekin, donde proclamaron emperador á Chun-tche, sobrino de su último Khan, que habia muerto sin dejar sucesion. Tal fué el orígen de la revolucion acontecida en el año 1644, que dió por resultado el encumbramiento de los príncipes tártaros al trono de China. Chun-tche, solo contaba siete años en la época de su proclamacion; pero se formó un consejo de regencia, compuesto de cuatro príncipes, tios del nuevo monarca,

(1) *Los Jesuitas, por un jesuita*. t. II, p. 108.

siendo el presidente Tse-tching-uang, el cual supo con su moderacion contentar á los chinos y los tártaros. Con todo, no podia considerarse á Chan-tche mas que como dueño de la capital, porque los príncipes de la dinastía de Ming, luchaban con ventaja en las provincias meridionales de China. Jun-Lié, uno de ellos, fué proclamado emperador el año 1647 en el Quang-si, siendo su autoridad reconocida en el Kiang-si, el Honan, el Fo-kien, y en otras muchas provincias. Durante aquellas guerras civiles, los jesuitas, que representaban un interés mucho mas elevado que el de la política, observaron una prudente neutralidad, y toda la independencia que exigia su santo ministerio. Si el P. Schall merecia en Pekin la estimacion y el favor de los tártaros, en el mediodía los PP. Andrés Coffler y Miguel Boym, conquistaban para Jesucristo una parte de la familia imperial. Coffler, honrado con la benevolencia del gran kolao, fué admitido por su mediacion al lado de la emperatriz y de las princesas, á las que logró convertir y bautizar; la emperatriz tomó el nombre de Helena, y el hijo que dió á luz en el año 1650, fué bautizado, previo el consentimiento de Jun-Lié, recibiendo el nombre de Constantino. Animada Helena del deseo de dirigir al vicario de Jesucristo el homenage de su piedad filial, confió al P. Miguel Boym una carta para Alejandro VIII, y otra para el general de la Compañía de Jesus; pero apenas el misionero hubo salido de China en el año 1651, fué declarado Chan-tche mayor, tomó las riendas del gobierno; y los tártaros, impacientes por completar su conquista, se arrojaron con ímpetu sobre las provincias meridionales, logrando vencer y dar muerte á Jun-Lié y á su jóven hijo. La emperatriz Helena fué conducida cautiva á Pekin, donde buscó en la religion un consuelo que mitigára su desgracia, y que le procuró el P. Schall, apóstol respetadísimo en la capital del imperio. Chun-tche, protector y amigo de las ciencias, tenia un gusto particular por las de Europa; así que, le presentó Schall una estensa memoria sobre la astronomía europea, cuyo exámen fué confiado á una comision compuesta de los hombres mas eminentes del celeste imperio; sin que tardára en dar por resultado aquel exámen, la órden de que fuese la astronomía europea sustituida á la otomana, única que se seguia en China despues de tres siglos. El tribunal ó comision fué presidido por el P. Schall, al que se dió el título de *maestro de doctrinas sutiles*; el jóven emperador, no obstante, le daba otro nombre que demostraba aun mucho mejor el afecto que le profesaba: llamábale Miao-fu (respetable padre). Autorizó al misionero para que le presentase toda clase de escritos sin intervencion de los tribunales; y no solo le permitia entrar libremente á todas horas en sus habitaciones, sino que hasta iba á visitarle él cuatro veces al año. Hay en la China la costumbre de cubrir de amarillo el asiento que ha ocupado el emperador, sin que sea despues permitido á nadie el volver á ocupar aquel asiento. Un dia que Chun-tche, segun costumbre, fué á visitar al jesuita, y se sentase indistintamente en la primera silla que le venia á mano, le dijo el misionero, riendo: —¿Dónde quiere Vuestra Magestad que yo me siente en lo sucesivo? — Sentaos donde querais; ni vos ni yo debemos reparar en estas nimiedades. » En todas sus visitas, se complacia mucho en admirar la elegancia de la iglesia, y probar la fruta del jardin inmediato á ella; por lo que, procuraba siempre Schall aprovechar aquella benevolencia en interés de la propagacion de la fé. Merced á un decreto que obtuvo para el libre ejercicio del culto cristiano, bautizó en catorce años (desde 1650 á 1664) á mas de cien mil chinos. Ni aun en los tiempos que gozó Schall de mas favor en la córte, dejó de ejercer constantemente el ministerio del apostolado; era tal su celo, que para confesar cierto dia á dos reos condenados á muerte, se disfrazó de carbonero, y so pretesto de procurar á los dos presos el carbon necesario, penetró en la cárcel, y endulzó sus últimos momentos. El último período del reinado de Chun-tche no correspondió á

las esperanzas que se habian cifrado en su conversion; la vivacidad de sus pasiones y la influencia de una muger idólatra, le hicieron abrazar nuevamente las supersticiones de que habia logrado el P. Schall desprenderle. Se habia entregado Chun-tche enteramente á los bonzos, cuando murió de viruelas en 1661, á la temprana edad de veinte y cuatro años.

En el mes de diciembre del año 1655, se hicieron en Pekin á espensas del emperador los funerales del P. Longobardi, cuyo féretro acompañó la guardia imperial hasta el cementerio. Creemos deber unir el nombre de aquel ilustre jesuita á la historia de los misioneros dominicos y franciscanos, que vieron y apreciaron en su justo valor las costumbres chinas.

Por una gracia particular del cielo, los dominicos Angel Coqui y Tomás Serra entraron en la provincia de Fo-kien el año 1631; desde cuya época empezaron á regularizarse y florecer en el Celeste imperio las comuniones cristianas fundadas por los hijos de Santo Domingo. Todo lo que habia sido hecho hasta entonces no pasaba de un mero ensayo, comparado con los inmensos trabajos y la abundante cosecha que enriquecian aquellas regiones en los siglos XVII y siguientes.

Coqui y Serra á su llegada, hallaron á los jesuitas divididos acerca de las honras fúnebres que se tributaban á los finados y del culto á Kong-fut-se; creyendo los dominicos notar en aquellas ceremonias un carácter supersticioso, titubeaban tambien en tolerarlas á los cristianos, cuando el dominico Juan Bautista Morales, natural de Ecija, España, y el franciscano Antonio de Santa María, llegaron á su provincia de Fo-kien el año 1633. Instruidos ya en la lengua china antes de salir de Manila, examinaron los dos religiosos inmediatamente las prácticas que eran objeto de aquella controversia entre los jesuitas; y habiendo consultado además acerca de ellas á los letrados del pais convertidos, remitieron una relacion á los superiores de Manila, esponiendo las prácticas á que se entregaban los chinos, el fin que con ellas se proponian, y la necesidad de que se adoptase una pronta medida que pusiese fin á la controversia de que eran objeto. Los superiores de Manila á su vez, hicieron un escrito titulado, *Las quince dudas*, que contenia las dificultades propuestas, presentándolo luego á Hernando Guerrero, arzobispo de Manila, quien, de acuerdo con el obispo de Zebu, su sufragáneo, lo remitió al Sumo Pontífice. Sin embargo, despues de oido el parecer de la generalidad de los jesuitas, los dos obispos escribieron al Papa en sentido contrario el año 1637, en cuya época fué el Fo-kien teatro de violentas escenas. El P. Morales y su compañero, que no permitian á los cristianos asistir á los sacrificios hechos en honor de sus antepasados y de Kong-fu-tse, fueron encarcelados, azotados, y se les obligó á salir de China, prohibiéndoseles para siempre la entrada en aquel imperio. Manuel Diaz y Julio Alemi, misioneros de la Compañía de Jesus en el Fo-kien, donde habian levantado diez y siete templos al Señor, fueron tambien desterrados; sin que pudiera Alemi restituirse á su iglesia hasta el mes de julio de 1637; Diaz, visitador de los jesuitas, recibió del dominico Morales una Memoria compuesta de doce articulos, que contenia las dudas que habia inspirado la conducta seguida por los mas de los hijos de San Ignacio, respecto de las prácticas observadas por los chinos; y á lo que contestó Diaz que debia entenderse con el P. Hurtado, vice-provincial de la Compañía en China. Pero como los dominicos y franciscanos de Manila no recibiesen contestacion alguna, resolvieron que partiera Morales para Roma, al objeto de pedir al Sumo Pontífice que se dignase resolver la cuestion en el sentido que ellos deseaban. Habiendo sido empero Morales detenido en Macao, solo llegó en el año 1643 á la capital del mundo católico, el franciscano de Santa María. El papa Inocencio X, á 12 de setiembre del año 1645, decidió aquel asunto en conformidad á los deseos de los dominicos y franciscanos de Manila; y el mismo Morales notificó aquella decision al

provincial de los jesuitas en China el año 1549. A su vez los misioneros de la Compañía de Jesus en el Celeste Imperio, enviaron al P. Martini á Roma, á fin de hacer valer las razones en que se fundaban la mayor parte de ellos para considerar las ceremonias toleradas hasta entonces como puramente civiles; y como siendo debidamente consideradas, no debia condenárselas, como se hizo en virtud del informe presentado por el dominico Morales y el franciscano de Santa María, dió el papa Alejandro VII un decreto á 23 de marzo del año 1656, en virtud del nuevo informe espuesto por el jesuita Martini, declarando ser aquellas ceremonias lícitas, y que podian por lo mismo ser toleradas. Despues de haber dirigido Morales en el año 1661 una nueva *Memoria* á la Congregacion de la Propaganda, en nombre de los misioneros dominicos, murió en Fo-ning-tcheu á 17 de setiembre de 1664, sin haber obtenido ninguna decision; pero el P. Juan de Polanco, de la propia órden, fué á Roma, donde logró un decreto de Clemente IX, de fecha 20 de noviembre de 1669, en el que declaraba el Sumo Pontífice, que, suponiendo verdaderos los dos informes contradictorios sometidos anteriormente á sus predecesores, los decretos á que habian dado orígen, eran igualmente obligatorios segun su forma y tenor, sin que el del año 1656 derogase el que habia sido dado anteriormente. Véase lo que dijo tambien acerca de lo mismo el papa Benito XIV: «Habiendo sido dados aquellos decretos segun los diferentes informes presentados, léjos de terminar la controversia relativa á los ritos chinos, contribuyeron, por el contrario, á que fuese mucho mas apasionada y viva; porque separándose los operarios evangélicos, se notó con grave escándalo una diferencia en la predicacion, y en la enseñanza y disciplina de los nuevos cristianos.»

Dejemos empero estos tristes detalles, y fijemos complacidos nuestra vista en la accion evangélica de los misioneros.

La muerte del P. Francisco Fernandez de Capillas, fué el primero de los gloriosos triunfos que debian alcanzar los dominicos. Aquel ilustre español se habia consagrado á Dios haciendo profesion en el convento de San Pablo en Valladolid, donde aprendió á prescindir del mundo y de sí mismo, á amar la pobreza evangélica, á practicar la humildad, y á buscar sus castas delicias en el ejercicio de la oracion, ó en la lectura de las Sagradas escrituras. Aquella vida retirada y austera, unida á la inocencia de costumbres, y á una pureza angelical, abrió á Capillas el camino del ministerio apostólico, que ejerció en su provincia de España, hasta que le destinó la voluntad divina á atravesar los mares para ir á llevar la antorcha de la civilizacion y de la fé á remotos paises, que estaban aun envueltos en las negras sombras de la idolatría y la barbárie.

La Providencia le reunió en la isla de Formosa con el P. Francisco Diaz, religioso de su órden que le habia precedido, y juntos entraron en China el año 1642, deteniéndose Capillas en la provincia de Fo-gan. Despues de haber aprendido con suma facilidad la lengua mandarina, se dedicó Capillas á las funciones del apostolado, y recorrió á pié diferentes provincias del imperio, vestido con la mayor pobreza, sin mas objetos que un breviario y un crucifijo, y sin contar con otros medios que en la virtud de la cruz. En vano intentaríamos describir las fatigas que soportó, y los peligros á que se vió espuesto en un pais en que eran considerados los misioneros como los mas terribles criminales. Un gran número de infieles convertidos, la reconciliacion de muchos apóstatas con la Iglesia, la santidad de muchas vírgenes que se consagraron al Señor, y el buen ejemplo que se notó, en todos los puntos do penetró el misionero, fueron los frutos que concedió el cielo á sus afanes. Estaba el P. Capillas continuando con ardor su obra, cuando el mandarin de Fo-gan, á instancias del chino Chi-uuan-Hoei, empezó á perseguir cruelmente á todos los que profesaban el cristianismo, y á hacer todas las investigaciones posibles para descubrir á sus pastores.

Durante aquella persecucion empezada hácia el año 1645, menos prevenido el emperador de la China que la mayor parte de sus mandarines contra los discípulos de Jesucristo, envió un comisario general á la ciudad de Fo-gan con órden de que oyese las quejas de los idólatras, y se informase de las prohibiciones que habian sido hechas á los nuevos cristianos. El visitador mandó á estos y á los idólatras que escogieran á los hombres mas sábios de entre ellos para que defendiesen su ley; que seria la discusion pública y en su presencia, y que él formaria su juicio sin pasion alguna, en favor de los que alegáran razones mas sólidas. El dia señalado para la pública controversia, se presentó el sábio Pedro Chin, digno discípulo del P. Capillas, á defender la ley de Dios que profesaba. El letrado infiel que debia combatirle se quejó de que solo se reuniesen los cristianos en sus iglesias por despreciar públimente las sagradas leyes del imperio; de que se privase á los antepasados de los honores que les eran debidos; de que se hiciesen quemar las ofrendas que se les hacian con irreverencia sacrílega. El apologista de los cristianos contestó, que los fieles no se reunian en el templo sino para adorar á Dios, y ofrecerle sus sacrificios y oraciones, pedirle la conservacion del emperador, y la paz y la prosperidad de su imperio; que léjos de despreciar las leyes, las observaban con toda la escrupulosidad de súbditos fieles; que aunque en verdad no tributaban los cristianos honores sacrílegos á los finados, oraban no obstante por el reposo y la dicha eterna de los que habian pertenecido á su religion santa; y finalmente, que solo practicaban la ley de caridad que enseña por medio de la dulzura, y persuade por el de la razon. Pronunció el chino fiel su discurso con tanta erudicion y energía, y se apoyó en razones tan convincentes, que el comisario general no pudo menos que proclamar la escelencia de las doctrinas católicas que prevenian al hombre huir del mal y practicar el bien; imponiendo severas penas á los que turbasen en lo sucesivo el reposo de los discípulos de Jesucristo. Aquella justa sentencia que debia poner término á la persecucion, no hizo mas que suspenderla; porque los bonzos, enemigos acerrimos del cristianismo, lograron con sus falsedades exasperar nuevamente los mandarines, y se renovó la persecucion con mas violencia que antes. Se prendió al P. Capillas, mientras iba á ministrar los sacramentos á un enfermo en las inmediaciones de Fo-gan, se le cargó de cadenas, y fué conducido á la cárcel por los soldados tártaros el dia 13 de setiembre del año 1647. Consta en el acta de su martirio que, como le preguntase el mandarin en que casa era mantenido y hospedado, le contestó el misionero que su casa era el mundo, su lecho la tierra, sus provisiones las que la Providencia le procuraba cada dia, y su objeto trabajar y sufrir por la gloria de Jesucristo, y alcanzar la dicha eterna de los que creen en él. Estas respuestas, y sobre todo el cuidado con que procuró ante sus jueces demostrar las verdades de la salvacion, solo contribuyeron á aumentar mas el ódio de los idólatras, quienes le azotaron cruelmente antes de conducirle otra vez á la cárcel. Todos los que lograron visitarle durante su cautiverio, fuesen cristianos ó idólatras, esperimentaron lo que puede la palabra de salvacion en boca de un mártir; puesto que Capillas, con el ejemplo elocuente de sus obras y sus vivas exortaciones, continuó obrando en la cárcel grandes conversiones, que fueron para los jueces infieles otras tantas pruebas para condenar á muerte al hombre apostólico, que despreciaba de aquel modo las leyes y los dioses de su pais. En su virtud, pronunció el mandarin la pena de muerte contra él, llevándose á efecto aquella injusta sentencia ante un numeroso pueblo, el dia 15 de enero del año 1648. Desde que se le comunicó la sentencia, hasta que exhaló su postrer suspiro, mostró Capillas la sublime calma que solo la religion puede infundir en aquellos momentos supremos. La muerte preciosa del amigo de Dios, léjos de intimidar á los cristianos, infundió en ellos la generosa resolucion de conservar la fé que el mártir les habia enseñado. En Macao,

en Filipinas y en España, se honró aquel señalado triunfo con solemnes acciones de gracias; siendo la cabeza del mártir trasladada al convento de San Pablo en Valladolid; su cuerpo, despues de haber sido espuesto por espacio de dos meses sin corrromperse, fué depositado en la casa de una familia cristiana, salvándose milagrosamente de las llamas que consumieron al poco tiempo aquella casa. Otros dominicos, á los que estaba tambien reservada la palma del martirio, se ocuparon al llegar á Fo-gan en recoger los restos de Francisco Fernandez de Capillas, para enviarlos á España; siendo con este motivo procesados por los jueces infieles.

Entre los religiosos de la órden de Predicadores que cultivaron la viña del Señor en China, nombrarémos á Gregorio Lopez, natural de Fo-tcheu, capital de la provincia de Fokien, el cual habia sido educado en la religion de sus padres, esto es, en la idolatría. El Señor, empero, que reservaba á Lopez para sí, se dignó santificarle con su gracia, á fin de que fuese el instrumento de su misericordia. El franciscano Antonio de Santa María, que tanto habia trabajado en China con el dominico Morales, fué el primero en hacerle conocer la ley de Jesucristo; habiendo reconocido en Lopez un espíritu recto, un carácter apacible y una gran pureza de costumbres, no titubeó en enseñarle el camino del cielo. El jóven chino, conforme lo previera el sábio franciscano, sometió su inteligencia al yugo de la fé, creyendo humildemente las verdades reveladas, por parecerle estar en armonia con la santidad, el poder, la sabiduría y la bondad de Dios. Su alma se inflamaba mas cada dia en el amor de Jesucristo, al oir hablar de todo cuanto se habia dignado sufrir el Hombre-Dios, por salvar á la pobre especie humana. Solidamente instruido en las verdades de la religion, renunció Lopez en público á las vanas supersticiones y á las criminales prácticas de sus compatriotas, y pidió la gracia del bautismo, que le fué conferida, recibiendo el nombre de Gregorio. Lleno de reconocimiento por el don que se le habia dispensado, resolvió dar su vida, si era necesario, por la gloria de Aquel que habia querido morir para salvarle de la muerte eterna, y dedicarse á hacer conocer á sus compatriotas el nombre adorable, los misterios, los preceptos y los ejemplos de Jesucristo. Si no tuvo la dicha de convertir á sus padres y sus antiguos amigos, tuvo al menos el valor necesario para separarse de ellos, renunciando á todas las ventajas, á la fortuna y al amor de la familia, para reunirse con los santos ministros que le habian regenerado. Procuró Lopez á sus nuevos hermanos grandes ventajas, mientras estuvieron en Fo-tcheu; luego les siguió á Pekin, donde les sirvió como intérprete y como catequista; y cuando la persecucion sucitada en la capital contra los operarios evangélicos, se hizo estensiva á los que les procuraban un asilo, fueron presos con los misioneros todos los catequistas, á los que se desterró, despues de haberles hecho sufrir un largo encierro y todas las privaciones y tormentos. La invasion tártara que amenazaba á las provincias chinas, contribuyó á que se persiguiese con mas encarnizamiento á los cristianos; en su virtud, todos los misioneros tuvieron que esconderse ó gemir en los calabozos durante aquella época azarosa. Los apóstoles que por medio de la fuga se libraron del furor de los infieles, cuando hubo cesado un tanto la persecucion, fueron á continuar nuevamente su obra regeneradora, y á alentar á los fieles con su presencia; los misioneros que habian sido espulsados del imperio, se retiraron en su mayor parte á Macao, sin perder por esto la esperanza de regresar al lado de la amada grey, de que se habian visto separados. Habiéndose embarcado los franciscanos en Gaoxam para dirigirse á Cochinchina, siguió Lopez con ellos participando siempre de todos sus peligros, dando en cada uno de ellos pruebas de mayor firmeza. Despues de haberse librado de una horrorosa tempestad, llegaron al nuevo pais que iban á llamar á la fé, donde fueron tratados aun con mayor crueldad que en Pekin, sin





que por esto se entibiára en lo mas mínimo el celo del ardiente prosélito. Por el contrario, al verse Lopez en poder de sus perseguidores, consideró como un bien supremo el suplicio á que se le destinaba en una poblacion inmediata á Cochinchina, y entrevió sonriendo la muerte que le estaba reservada para el dia siguiente. La Providencia, empero, que le habia destinado á sufrir mas largos combates, le libró de aquel peligro, y le permitió llegar felizmente á Manila, donde continuó sus estudios, profundizó mas y mas las verdades de la religion, y acabó de perfeccionarse en la lengua española. Los dominicos del colegio de Santo Tomás fueron sus maestros, los cuales no tardaron en conocer el talento, y sobre todo la virtud, de que habia dotado el cielo á su jóven discípulo. Trascurrido algun tiempo, resolvió Lopez abrazar la vida religiosa, lo que no habia hecho aun ningun chino, aspirando al sacerdocio á fin de poder consagrarse á la conversion de sus compatriotas. La exacta regularidad, y el celo apostólico que habia en la provincia del Santo Rosario, indujeron á Lopez á abrazar la regla de Santo Domingo, persistiendo siempre en la misma idea durante la prolongada prueba á que se le sujetó antes de conferírsele el hábito que tanto deseaba. El P. Domingo Gonzalez, provincial de los dominicos en Filipinas, queriendo enviar socorros á los misioneros que, á pesar de la persecucion, continuaban ejerciendo el apostolado en China, ofrecióse Gregorio Lopez á llevarles aquellos socorros; y sin embargo de verse obligado á hacer por tierra quince largas jornadas, y seguir un camino rodeado de peligros, desempeñó su difícil cometido con una actividad increible. Su llegada fué un consuelo para el P. Juan García, dominico español, que despues de haber predicado con fruto el Evangelio en Méjico y Filipinas, habia penetrado en China el dia 7 de setiembre del año 1635. Aunque espuesto desde aquella época á la mas terrible prueba, habia desempeñado aquel hombre apostólico con invencible esfuerzo los deberes de su santo ministerio, y conquistado un gran número de almas para el reino de los cielos. Hallóle Lopez en el reino de Fo-kien, en el que se asoció desde luego á sus fatigas y á sus penas; encargándose de la instruccion de los niños, los catecúmenos y los neófitos; como su calidad y trage chino le permitian presentarse en todas partes, no tardó en obtener de sus compatriotas los recursos necesarios para fundar un hospicio y construir una pequeña iglesia en Ting-tcheu. Además, contribuyó Lopez á aquella obra piadosa, acarreando á cuestas el maderamen, las piedras, la arena, los cimientos y todo lo demás que se necesitaba para llevarla á cabo; merced á sus cuidados, quedó terminado el nuevo templo consagrado al verdadero Dios en medio de un pueblo idólatra, á últimos del año 1651. Solo á la sazon, que contaba ya la edad de treinta años, se accedió á los deseos vehementes de Lopez, confiriéndosele el hábito de Santo Domingo, y se le destinó á un convento de Manila, en el que estudió teología, y acabó de formarse para todos los ejercicios del estado religioso. Era tan viva su vocacion por el apostolado, que mereció se le confirieran las órdenes sagradas al poco tiempo de haber profesado; en el año 1654, se le permitió partir para la China con algunos otros dominicos que iban á evangelizarla.

Habiendo muerto Chan-tche, como hemos dicho ya, en el año 1661, los bonzos y los mahometanos indujeron á los regentes que gobernaban el imperio, durante la menor edad de Khang-hi, á ejercer una nueva persecucion contra los cristianos, de la que fué el jesuita Schall una de las primeras víctimas. Acusado de haber tenido la audacia de presentar un crucifijo al difunto emperador, fué preso y cargado de cadenas, junto con otros tres de sus compañeros, y condenado á ser estrangulado, por haber omitido algunos de los ritos prescritos cuando se verificó la inhumacion de un príncipe imperial. Este, venerable anciano, que en sus últimas amarguras halló un consuelo en el generoso desprendimiento del P. Fernando Verbiest, que habia llegado á China el

año 1659, fué la causa inocente de aquellas injustas muertes. En un principio evangelizó Verbiest la provincia de Chen-si; pero, como conociese Schall su talento, lo llamó á Pekin, para compartir con él sus trabajos astronómicos; en el momento de la persecucion, fué arrestado Verbiest con todos los demás jesuitas, y como ellos condenado al último suplicio. Un cometa, empero, que apareció en aquella época, un terremoto y un incendio que devoró cuatrocientas habitaciones del palacio, fueron por fortuna considerados como otras tantas pruebas evidentes de la cólera celeste, y se salvó á los jesuitas de la pena de muerte á que estaban condenados. Así, pues, todos los cautivos fueron puestos en libertad, escepto el P. Schall, que espiró aun en la cárcel cargado de cadenas el dia 15 de agosto del año 1666. Escepto los cuatro jesuitas detenidos en Pekin, todos los demás religiosos fueron desterrados á Canton, ascendiendo á veinte y cinco el número de los proscritos, á saber: veinte y un jesuitas, tres dominicos y un franciscano.

Mientras que desde Canton solo podian levantar las manos al cielo y orar por los nuevos cristianos, á los que por medio de la persecucion se queria hacer apostatar, recorrió el dominico Lopez con infatigable celo las provincias del imperio chino en que se veia mas oprimido el cristianismo, sosteniendo á los débiles en la fé por medio de la administracion de sacramentos, reconciliando á los apóstatas, y haciendo nuevas conquistas cada dia. En los dos años y medio que empleó recorriendo diez grandes provincias, bautizó á mas de dos mil quinientos idólatras, segun afirma Domingo Fernando Navarrete, ilustre español, del que vamos á ocuparnos.

Nació Navarrete en Peñafiel, Castilla la Vieja, donde tomó el hábito de Santo Domingo hácia el año 1630, siendo despues catedrático del colegio de San Gregorio en Valladolid. Despues de haber obtenido el P. Morales en Roma, que resolviese Inocencio X las dificultades suscitadas respecto del culto y prácticas de los chinos, regresó aquel religioso á España, donde reunió un gran número de operarios evangélicos para conducirlos á las misiones estrangeras. Animado tambien Navarrete del espíritu apostólico, se reunió con el siervo de Dios con otros veinte y siete religiosos de la misma órden y de la misma nacion, los cuales se embarcaron en el puerto de San Lúcar en el mes de junio del año 1646, llegando á Méjico en fines de aquel mismo año. Mientras que estaban aguardando los misioneros un tiempo favorable y un nuevo buque que les condujera á Filipinas, aprendió Navarrete la lengua de los pueblos en que queria anunciar el Evangelio; encontrándose ya en el caso de poder emprender una mision, cuando se embarcó en el Pacífico á 5 de abril del año 1648. El dia 29 de junio llegó á Filipinas; Morales, junto con algunos otros de sus compañeros, continuaba su viage para la China, donde se aguardaba con impaciencia su llegada; pero dijo á Navarrete que se quedase por algun tiempo en Manila para desempeñar una cátedra de teología en el colegio de Santo Tomás. Mientras estaba instruyendo á sus discípulos para que fuesen á llevar mas tarde la antorcha de la religion en medio de las tinieblas del Oriente, trabó relaciones con los chinos, los japoneses y los indios, quienes le informaron de los usos, costumbres y carácter de sus respectivos paises. Tan pronto como terminó Navarrete sus tareas escolásticas, se consagró enteramente á la vida apostólica, empezando por cristianizar la misma isla de Manila, desde la cual se dirigió despues al reino de Macasar. Predicó la cuaresma del año 1659 en Macao, y antes de terminar el año entró en el imperio de la China para continuar en él su obra civilizadora. Rapidísimos fueron los progresos que hizo el cristianismo en todas las provincias evangelizadas por Navarrete, merced á su incansable celo, y particularmente al profundo conocimiento que tenia de la lengua del pais, en la que se espresaba con una facilidad y correccion admirables. Nadie mejor que él conocia lo que debia tolerarse en los ritos, y lo

que debia rechazarse como contrario á la pureza del cristianismo; guiado pues de aquel conocimiento, prefirió, cualquiera que fuese su celo por la propagacion de la fé, multiplicar mucho el número de los cristianos en las provincias que habia de recorrer, y conferir únicamente el bautismo á aquellos que tuviesen la sincera resolucion de abandonar para siempre el culto y las ceremonias supersticiosas de sus antepasados. Viósele siempre constante en no tolerar muchas de aquellas prácticas, si bien no dejando nunca de conservar la caridad y la paz con los demás misioneros que creian poder tolerar los ritos chinos; así que, no impidió su firmeza que depositáran los pueblos en él su confianza, y que bendijera el Señor sus trabajos. Despues de haber ejercido durante dos años el santo ministerio en la provincia de Fo-kien, evangelizó Navarrete con el mismo fruto por espacio de un año la provincia de Tche-kiang; añadiendo á sus casi contínuas predicaciones otra ocupacion igualmente útil á los chinos y á los misioneros europeos, encargados de regenerarles. Compuso diferentes obras que fueron despues publicadas, en las que combatió sólidamente la supersticion y la idolatría, contribuyendo á sostener la fé entre los indígenas convertidos, y á facilitar á los operarios apostólicos la conversion de los demás. En aquellas circunstancias, el P. Morales, superior, y por mucho tiempo el principal apoyo de las misiones de los dominicos en China, murió en la provincia de Fo-kien, á 17 de setiembre del año 1664, acompañándole al sepulcro las lágrimas de todos los fieles que habia enjendrado en Jesucristo, y el dolor de todas las iglesias que habia fundado y edificado con sus virtudes y con su paciencia en los sufrimientos. Navarrete, que tenia la honra de ser su discípulo, le sucedió en el cargo de prefecto apostólico de las misiones de la órden de Predicadores en el Celeste Imperio; su talento y su caridad incesante, eran de tal modo reconocidos por los demás religiosos, que se le vió con placer ocupar un destino, del que él únicamente se consideraba indigno. El odio encarnizado de la infidelidad hizo que no tardára en rugir una nueva tormenta sobre los cristianos en diferentes puntos del imperio chino, por haber dado la córte imperial edictos severos contra todos los que predicasen ó abrazasen la ley de Jesucristo. Cualquiera que fuese el instituto á que los misioneros perteneciesen, recibieron la órden de trasladarse á Pekin, desde donde se les desterró á Macao; sin embargo, despues de mediar varias contestaciones sobre el particular entre los gobiernos portugués y chino, se arrestó á los misioneros en Canton. Durante aquel cautiverio de muchos años, los franciscanos, jesuitas y dominicos conferenciaron entre sí varias veces acerca de los intereses de la religion, sobre el modo de predicar el Evangelio, y respecto de lo que podia ó no tolerarse en los que pidiesen la gracia del bautismo; y si bien reinó en todas las conferencias aquella armonía propia de hombres ilustrados que se consagran generosamente al triunfo de una misma idea, no siempre fué dado, sobre todo, acerca del último punto, ponerse de acuerdo. El P. Navarrete, despues de aprovechar aquellas circunstancias para dar la última mano á sus importantes obras, resolvió dirigirse á Europa, por ver le era imposible continuar en China sus funciones apostólicas. Como pudiese su evasion perjudicar á los demás misioneros, el jesuita Grímaldi, por un acto de abnegacion heróica, fué á ocupar su puesto, á fin de que quedase el mismo número de cautivos. En el mes de mayo del año 1672, llegó Navarrete á Madrid, desde donde pasó á Roma á principios del año siguiente; presentando una relacion exacta de su mision, no solo al general de los dominicos Juan Tomás de Rocaberti, si que tambien al papa Clemente X y á la Congregacion de la Propaganda. Hacia mencion en ella de cuatro obras que habia escrito en lengua china, tituladas, « Esplicacion de las verdades católicas, con la refutacion de todos los errores mas comunes en China; » « Catecismo, ó instruccion sobre los nombres adorables de Dios; » « Apología de la religion

cristiana,» combatiendo al chino Jang-Kuang-Sien, que en 1659 habia publicado una obra contra los predicadores de la fé, y una «Recopilacion ó Estracto» de las mejores obras chinas. En vista de las razones que espuso, se convino en la necesidad de enviar á China un superior general que dirigiese todas aquellas misiones, obligando á las diferentes órdenes religiosas de que se componian, á observar las mismas prácticas. El cardenal Ottoboni, prefecto entonces de la Congregacion de la Propaganda, y Papa despues bajo el nombre de Alejandro VIII, propuso al P. Navarrete para el episcopado y la direccion de las misiones en el Celeste Imperio; pero el humilde religioso declinó aquella alta dignidad. Despues de haber sometido á la Congregacion del Santo Oficio diferentes dudas, cuya solucion deseaba, se dirigió Navarrete nuevamente á Madrid, donde escribió en español varias obras, entre las que habia algunas muy notables. La primera de estas, que contenia siete tratados, fué impresa en Madrid en el año 1676, y dedicada al príncipe D. Juan de Austria, bajo el título de *Tratados históricos políticos y morales;* contenia una descripcion del imperio de China, de la religion de aquellos pueblos, y de los hechos mas notables pertenecientes á la historia de sus emperadores, ó de sus mas célebres filósofos. El segundo tomo que trataba estensamente de la controversia suscitada entre las misiones de China y del Japon, fué prohibido por el Santo Oficio, cuando iba ya á darse á la estampa; entonces Cárlos II, propuso al autor para la silla metropolitana de Santo Domingo, y sin atender á la dimision presentada por el nuevo arzobispo, se le obligó á partir para su destino, á donde llegó á últimos del año 1678. Como quedase interrumpida la publicacion de su obra, dejó sus manuscritos en los archivos de la órden de Santo Domingo; á ellos se debe la relacion de los hechos gloriosos á que dieron cima los misioneros dominicos en el Celeste Imperio.

«Dios permitió, dice (1), que los religiosos de mi órden empezasen en el año 1631 el cultivo de aquel vasto campo que prometió tan rica cosecha, en el que han permanecido hasta el año 1677, y, Dios mediante, continuarán permaneciendo. Veinte son los operarios que han consagrado á él sus constantes afanes; poseyendo todos ellos perfectamente la lengua mandarina, la mas general en todo el imperio; hasta ha habido algunos misioneros que han sabido la lengua especial de cada provincia en que han permanecido. No diré que todos nuestros misioneros hayan sido sábios, prudentes y piadosos, como se dice de los de otras órdenes; pero sí puedo afirmar que eran todos ellos aptos para desempeñar el cargo que su superior les confiaba. Pero aun cuando se hubiesen equivocado alguna vez en su eleccion, como sucedió al nombrarme á mí para el cargo que he desempeñado, no deberia esto admirarnos, porque somos hombres, y todos estamos espuestos á cometer cualquier falta.

«Ha habido entre aquellos misioneros un santo mártir, el P. Francisco de Capillas, religioso del convento de Valladolid: las actas de su martirio constan actualmente en los archivos de la congregacion de los Ritos. El venerable P. Domingo Coronado, religioso del convento de San Estéban de Salamanca, murió mártir en Pekin, segun la relacion que me dieron por escrito seis jesuitas, la cual remití á los religiosos de nuestra provincia. Otros muchos de aquellos misioneros fueron presos y cruelmente azotados, tales como los PP. Juan Bautista Morales y Francisco Diaz. En el sexto tratado de mi primer tomo, he dicho ya algo acerca de la persecucion del año 1665; teníamos entonces once residencias, veinte iglesias y algunos oratorios en varios pueblos; cuando empezó la persecucion en el año 1664, contábamos con iglesia en cinco ciudades, tres pueblos y tres villorrios, en las tres provincias de Fo-kien, Tche-kiang y Kang-tung; pero todas aquellas iglesias fueron destruidas. Hácia el año 1668 habia ya como unos diez mil cristianos, y todo hacia presentir que seria aquel número conside-

(1) Navarrete, t. II, trat. I, prælud, p. 28.

rablemente aumentado; pero sembró el enemigo la zizaña é impidió el fruto que empezaba á nacer

«Aun cuando nuestra órden no hubiese logrado formar otra grey que la que reunió durante la persecucion, me parecian considerables sus trabajos. El religioso chino de nuestra órden, que quedó libre durante nuestro cautiverio en Canton, visitó las iglesias de la China, administró los sacramentos, reconcilió los apóstatas, y convirtió un gran número de infieles. Cuando faltas de todo, se veian las pobres ovejas perseguidas por los lobos con mas encarnizamiento, las depàró Dios el apoyo de aquel dominico chino. Puedo asegurar que en pocos años los PP. Antonio de Santa María y Buenaventura Ibañez, de la órden de San Francisco, convirtieron mas de cuatro mil almas en la ciudad metropolitana de Kantung, sin que permitiesen las ceremonias que practicaban los chinos en honor de los difuntos; fué tal la necesidad á que se vieron reducidos aquellos dos franciscanos, que se alimentaban con las yerbas que habia en los fosos de la ciudad.

«En cuanto á los progresos de nuestros cristianos, respecto de los cuales nos han sido dirigidos diferentes ataques, diré la verdad desnuda, por mas que no lo considere indispensable. Supongo que en el año 1649, han bautizado nuestros religiosos á mas de cinco mil cuatro cientos, sin poder fijar el número de los que lo han sido en los años anteriores, por haber sido quemados nuestros archivos; pero segun lo que he oido decir á los religiosos ancianos de nuestra órden, ascienden á un número mucho mayor que el que he citado antes. Entre los nuevos convertidos, hay cuatro mandarines militares, tres Kun-sing, ó doctores jubilados, que habrian podido llegar fácilmente al mandarinato; pero han renunciado á todos los honores para abrazar la religion católica. Pasan de setenta los bachilleres ó licenciados que abrieron tambien los ojos á la luz de la fé, y de los cuales vivian aun treinta y cuatro en el año 1671, segun lo afirmó el P. Francisco Varo; solo se notaba tibieza en cuatro de ellos, puesto que cumplian los demás todos los deberes cristianos con un fervor ejemplar. Teníamos además otro cristiano, Juan Mieu, mandarin, é hijo de una de las principales familias; la esposa de un virey, llamado Lieu-Chun-Zao; entre los letrados, teníamos uno llamado Antonio, que habia hecho voto de castidad, con gran asombro de los chinos, y que se negó á aceptar la mano de dos ricas herederas: era profeso de nuestra tercera órden, y despues de haber vivido de un modo ejemplar, murió á la edad de treinta y seis años. Conocí á otro cristiano llamado Pedro Chen, tambien profeso de nuestra tercera órden, que disputó con tanto celo y vigor en presencia de un visitador pagano, que llegó á convencer á sus adversarios, haciendo confesar al mismo visitador que era la ley de Dios verdadera y santa. Los infieles, empero, ciegos de furor se arrojaron, terminada la controversia, sobre el fiel soldado de Jesucristo, al que maltrataron de tal modo, que murió á los tres dias, despues de haber recibido los consuelos de la religion que habia defendido con tanta gloria. Otros cuatro convertidos perdieron tambien los altos puestos que ocupaban por haber defendido generosamente la fé en la capital; he conocido asi mismo á otro, llamado Lucas, hombre de raro talento, que confundió públicamente en Fogan á un bonzo que gozaba de gran fama.

«Habia tambien entre nuestros cristianos, doce señoritas de las principales familias, que ofrecieron su virginidad á Dios, venciendo con resolucion heróica cuantos obstáculos se opusieron á la realizacion de su deseo, y dando á los chinos el ejemplo de una virtud sin límites. Vivian aun todas en el año 1671.

«Pero la principal ventaja que reportaron á la Iglesia nuestros cristianos, fué el procurarle dos sacerdotes, uno de los cuales, llamado Nicolás, es actualmente párroco en la diócesis de Nuevas Carceres, donde se portó de un modo edificante. Es el otro el P. Gregorio Lopez, religioso de nuestra órden.»

Debemos hacer mencion del modo con que se portó el arzobispo de Santo Domingo respecto de los jesuitas. Hacia mas de treinta años que se habian establecido los jesuitas en aquella ciudad, sin haber podido lograr aun una casa en que instalarse, cuando Navarrete tomó posesion de su Iglesia. Resueltos estaban los hijos de San Ignacio á abandonar á aquella ciudad, cuando les invitó el arzobispo á que continuasen sus servicios en ella, prometiendo procurarles un establecimiento y fundarles un colegio, lo que cumplió fielmente. En todas las cartas que el arzobispo escribia al rey de España, le hacia presente lo útiles que eran los jesuitas para la educacion de la juventud y la edificacion de los fieles, y que convenia en gran manera se quedasen en la ciudad metropolitana. Grande fué siempre el afecto que profesó Navarrete á los jesuitas: «Los favores de que les colmó, dice Echard, demostraron al mundo que, si bien no pensaba como ellos respecto de las ceremonias chinas, conforme lo habia acreditado en las conferencias celebradas anteriormente en Canton, no estaba por ello menos dispuesto á protegerles en todo.» Murió Navarrete á últimos del año 1689.

Además, conviene hacer observar que, si la mayor parte de los dominicos pensaban en China de distinto modo que los jesuitas respecto de las ceremonias practicadas en aquel pais, no por ello dejaban de tener los hijos de San Ignacio algunos hombres eminentísimos, que pensaban como ellos, en la órden de Predicadores. Bastarános para demostrarlo citar un solo ejemplo. El dominico San Petri, ó de Saint-Pierre, uno de los cautivos de Canton, decia en uno de sus escritos lo siguiente: «Atendidas las creencias de las principales sectas de la China, es la opinion de los misioneros de la Compañía mas útil que la opinion contraria, puesto que abre mas fácilmente á los infieles las puertas del cielo.» Publicó el P. San Petri aquel escrito á 4 de agosto del año 1668 en Canton, durante su cautiverio.

Entre tanto, el calendario astronómico compuesto por el P. Schall, fué pasado para la revision á un chino ignorante; por lo que, fué preciso pasarlo nuevamente á los jesuitas detenidos en Canton, á fin de que corrigiesen las muchas faltas que acababa de cometer en él la persona designada para revisarlo. El P. Verbiest, conducido al objeto á presencia del emperador, manifestó la ignorancia del astrónomo chino; bastándole un esperimento gnomónico, para dar á conocer al emperador la superioridad de los procedimientos europeos. Consistió aquella prueba en anunciar la longitud de la sombra de un gnómono, lo que solo indicaba conocer los primeros elementos de astronomía; en su virtud, fué nombrado el P. Verbiest para ocupar el puesto de que tan injustamente habia sido separado Schall. Luego se vió, con gran sentimiento de los chinos, que un bonzo adoptó en Occidente aquel método, dejando el de los musulmanes que antes seguia. Así que se vió Verbiest en posesion de su destino, quiso procurar al observatorio nuevos instrumentos astronómicos; pero habiendo salido de Europa antes que los Casini, los Halley, los Piccard hiciesen dar tan gran paso á la ciencia, no pudo darles toda la perfeccion que era de desear. Las esplicaciones que el religioso dió al emperador, escitaron vivamente su curiosidad; así que, no tardó la gnómica en conducirle á la geometría, á la agrimensura y hasta á la música. A fin de poder el príncipe utilizar mas las lecciones del P. Verbiest, obligó á este á que aprendiese el tártaro, cuya lengua llegó á poseer en breve hasta el punto de escribir su gramática. El favor de que gozaba el jesuita en el año 1669, redundó en beneficio del cristianismo; á instancias del religioso, pidió el emperador un informe al tribunal de los Ritos acerca de la religion cristiana; y como este manifestase no haber hallado en ella cosa alguna que fuese contraria al bien del Estado, se rehabilitó la memoria del P. Schall por haberla predicado; los grandes que la habian abrazado fueron repuestos en sus destinos, y se permitió á los sacerdotes europeos regresar á sus iglesias y



practicar libremente el culto, prohibiéndoseles, empero, predicar la religion á los chinos, que no podian abrazarla por no ser la religion del Estado. No obstante aquella restriccion, fué anunciado el Evangelio en todas las provincias del imperio, haciendo cada dia en ellas nuevas y gloriosas conquistas; en el año 1672, recibieron el bautismo un tio materno del Khang-hi, y uno de los ocho generales que mandaban el ejército tártaro. En breve tuvo el P. Verbiest, sosten de aquella iglesia naciente, el consuelo de ver seguir al emperador el ejemplo de su tio. Habíase confiado el año 1636 al P. Schall la fundicion de artillería; y como las mejores piezas que tenian los chinos, eran las que habian sido fundidas en aquella época por los jesuitas, deseaba el emperador que el P. Verbiest se encargase nuevamente de ella. Pero como solo la fuerza de las circunstancias podia obligar á los jesuitas á dedicarse á una obra tan contraria á los intereses que iban á sostener en aquellas regiones, aceptó el P. Verbiest á su vez el cargo de director de la fundicion en el año 1681, por no comprometer los intereses de aquella mision. Al poco tiempo de estar el misionero ejerciendo su nuevo cargo, pudo, no obstante la poca inteligencia y mala voluntad de los operarios que tenia á sus órdenes, ofrecer al emperador un parque compuesto de trescientas piezas de artillería, formado de antiguas piezas, en su mayor parte inservibles. Khang-hi, despues de haber visto el alcance de la nueva artillería, regaló su riquísimo traje de martra al jesuita, para darle una prueba de la satisfaccion con que habia visto su obra. Algunos meses despues, quiso recompensar nuevamente sus servicios colmándole de honores, sin que fuera ninguno de ellos tan grato al siervo de Dios, como las siguientes palabras contenidas en un Breve de Inocencio X, fechado á 3 de diciembre del año 1681: «Vuestras cartas nos han causado un placer casi increible. Ha sido para Nos muy dulce y consolador el ver el modo con que empleais el uso de las ciencias humanas en el interés de la salvacion de los pueblos de la China, en el aumento y utilidad de la religion, rechazando por aquel medio las falsas acusaciones y calumnias que no cesan de dirigir algunos contra el nombre cristiano. Habeis sabido grangearos el aprecio del emperador y de sus consejeros, evitar la injusta persecucion que sufristeis con tanta grandeza de alma, romper las cadenas en que gemian los compañeros de vuestro apostolado, devolver á la religion su antigua libertad y gloria, y hacerla entrever cada dia mayores esperanzas; con la proteccion del cielo y con un hombre como vos, todo puede esperarlo la religion en ese imperio.» En el año 1683, el P. Verbiest presentó al emperador su «Cálculo sobre los eclipses del sol y la luna durante dos mil años», cuya preciosa obra le valió nuevos favores, que solo empleó en bien del catolicismo y en la propagacion de la fé.

Aquel hombre apostólico, vivamente penetrado del espíritu de su Compañía, no paró hasta formar un clero indígena, conforme lo hicieron los demás misioneros de su instituto en la India (1), la Abisinia y el Japon. El P. Trigaut escribió hácia el año 1618 una Memoria en apoyo de aquella idea de formar un clero indígena; observando en ella que, ni aun el martirio de todos los misioneros europeos causaria la ruina de las misiones que tuviesen un clero nacional, que reemplazase á sus fundadores estrangeros (2). Tambien el P. Rougemont publicó otra Memoria con el mismo objeto en el año 1667; probando á su vez el P. Verbiest en el año 1678 en un luminoso escrito, lo necesario que era la formacion de un clero indígena. «Cita en él, dice el P. Bertrand, que los misioneros se habian reunido en Canton el año 1666, al objeto de decidir si era ó no necesaria la creacion del clero indígena, y que se habian espuesto en

(1) *Historia de la Mision del Maduré segun las cartas de los misioneros*, tomo I (*Nociones sobre la India y las misiones*), p. 200.

(2) *Ut etiamsi europæi sacerdotes martyrio omnes afficerentur se ipsa* (misio) *stare posset.* El P. Bertran, *Historia de la mision del Maduré*, p. 212 y 346.

favor de aquella proposicion las razones siguientes : 1.ª, que tambien en el Japon nuestros padres habian establecido seminarios, y formado un clero indígena que prestó grandes servicios á la religion. 2.ª, que en virtud de las cartas del general, las cuales prevenian se procediese á formar un clero indígena, caso de que el P. Visitador y las dos terceras partes de los misioneros lo creyesen conveniente, debia procederse desde luego al cumplimiento de aquella disposicion, ya que no faltaba el requisito prescrito para llevarla á efecto. 3.ª, que juzgaban los religiosos en las circunstancias presentes ser necesario exigir á los indígenas los mismos votos que debian hacer los demás misioneros. Pidióse luego que no se exigiese á los indígenas el estudio de la lengua latina, puesto que habia un gran número de libros escritos en chino que contenian las principales verdades de nuestra religion, que atacaban con irresistible lógica las sectas paganas, y que eran edificantes por su piedad. Solo por causas independientes de su voluntad, tuvieron que empezar los jesuitas en China, la realizacion de su plan formando un clero indígena regular; pero no por ello dejaron de abrigar constantemente la idea de conferir mas tarde el sacerdocio á los indígenas seculares, y elevarles hasta el episcopado.» A continuacion el P. Bertrand añade: « Sin duda perdieron los misioneros de la China un tiempo precioso en vacilaciones y disputas; creian unos que era preciso aplicar en seguida el principio admitido por todos, y proceder á la formacion de un clero indígena; al paso que otros, sobre todo los religiosos portugueses, eran de parecer de que debia aguardarse algun tiempo mas, si no se queria arruinar la mision. Fundábanse estos últimos en los vicios de que adolece el carácter chino, en las costumbres del pais, y en el poco respeto que infundirian á los chinos los indígenas que llegasen al sacerdocio; por lo tanto, querian aguardar á que el cristianismo hubiese echado en China mas hondas raices, antes de conferir órdenes sagradas á aquellos de sus hijos que aspirasen al apostolado. Todas estas razones podian ser de un gran peso, y quizás merecian ser tenidas en consideracion; pero es tambien muy probable que, dominados los religiosos portugueses por el espíritu nacional, dejasen de apreciar en su justo valor las costumbres y disposiciones de los pueblos que su nacion habia conquistado, sin que fuese aquella la única vez en que influia el patriotismo en las decisiones tomadas por los misioneros. En la India, solo un misionero italiano, el P. Roberto de Nobilis, pudo adoptar las costumbres y usos del pais, y fundar la mision del Maduré; al paso que los religiosos portugueses, con la mejor intencion del mundo, fueron los primeros en combatir el nuevo método que siguieron despues con tanto heroismo, al ver sus resultados. El principio de conferir á los indígenas el sacerdocio y admitirles en la Compañía de Jesus, se habia adoptado ya en el Japon cuando lo estaba evangelizando S. Francisco Javier; pero los portugueses siempre les distinguieron de los demás misioneros, hasta que el P. Valignani hizo desaparecer enteramente aquella distincion, y fueron los japoneses considerados en todo como los misioneros europeos. El mismo espíritu nacional fué sin duda el que causó tambien en China la controversia que por tanto tiempo sostuvieron entre sí los misioneros; pero si en ella hubo falta ó error de parte de algunos, fué á impulsos del patriotismo escesivo que no les permitia considerar á los habitantes de aquel pais dominado como á los mismos europeos. Pero es de observar que solo intervino la Compañía de Jesus en la controversia empeñada entre los religiosos, para dar mayor desenvolvimiento á las misiones.» Mientras que el clero indígena se multiplicaba en China, pedia el P. Verbiest nuevos operarios al Sumo Pontífice, y acudian á su llamamiento los dominicos, franciscanos y agustinos, á los que no tardaron en seguir los sacerdotes de la Congregacion de las Misiones Estrangeras: nueva sociedad, cuyos principales móviles fueron dos jesuitas, el P. Alejandro de Rhodes y el P. Bagot.

CAPÍTULO XIV.

Misiones del P. Alejandro de Rhodes en la Cochinchina y el Tong-king. — Primeros apóstoles de la Congregacion de las Misiones estrangeras en aquellos paises, en Siam y en la China.— Primer obispo chino.

Nació Alejandro de Rhodes en Aviñon el dia 15 de marzo del año 1591, partiendo á los diez y ocho años para Roma, donde abrazó la regla de San Ignacio; particularmente las misiones del Japon, habian sido siempre objeto de todos sus deseos. Así que sus superiores accedieron á ellos, salió Rhodes de Roma y se embarcó en Lisboa á 4 de abril del año 1619. « Nuestro buque, dice (1), parecia ser un convento flotante, tal era la conducta que observaban en él todos los tripulantes y los demás pasageros; todos confesaban muy á menudo, y hubo cinco veces comunion general en los cinco meses que duró la travesía. El dia ó fiesta del *Corpus*, llevamos el Santísimo procesionalmente por toda la cubierta del buque, dando la bendicion desde el alcázar á todos los tripulantes; aquella procesion en la inmensidad del Océano fué para todos un acto consolador, imponente y sublime. Tocamos en Goa el dia 9 de octubre del año 1619, ó sea el dia de san Dionisio, apóstol de Francia, al que tomé desde aquel dia por protector en todos mis viages. » Mientras que la persecucion acababa de inmolar sus últimas víctimas en el Japon, se dedicó el P. Rhodes á aprender el canarin, lengua que se hablaba en Goa y sus alrededores. El dia 16 de abril del año 1622, salió el P. Alejandro de aquella ciudad, y se dirigió á la de Malaca, donde conoció á dos grandes misioneros: el P. Gaspar Ferreira, portugués, con el que bautizó á mas de dos mil idólatras, que murió en Bengala, y el P. Julio César Margico, del que dice: « Algun tiempo despues, fué el esforzado P. Margico al reino de Siam á predicar la santidad de nuestra fé, siendo tal la elocuencia de su palabra, que convirtió al rey, y fundó una hermosa iglesia. Acontecieron empero algunos trastornos causados por los díscolos, que fueron atribuidos injustamente á los cristianos, por lo que volvió el rey á declararse su enemigo. El P. Margico, sin embargo, continuó anunciando la ley de Jesucristo, hasta que un mal cristiano, al que muchas veces habia reprendido el misionero su desordenada vida, no contento con delatarle á los paganos, le envenenó, de cuyas resultas murió Margico á los pocos dias (año 1630), acabando á la vez con toda aquella comunion cristiana de que era único fundador y padre el generoso siervo de Dios. » Desde Malaca, se dirigió el P. Alejandro á Macao, donde desembarcó el dia 29 de mayo del año 1623; en menos de un año aprendió en aquella ciudad la lengua japonesa. « Nuestros superiores, añade el mismo religioso, viendo que las puertas del Japon nos estaban cerradas, creyeron que habia permitido Dios aquella desgracia para abrir las de Cochinchina al santo Evangelio, por lo que enviaron á aquella region al P. Gabriel de Mattos el año 1624, junto con otros cinco religiosos europeos, teniendo yo la honra de ser uno de ellos, y un japonés muy versado en las letras. Partimos de Macao en el mes de diciembre del año 1624, y en diez y nueve dias llegamos á Cochinchina, animados del deseo de cooperar cuanto antes á la propagacion de las santas doctrinas. Encontramos allí al P. Pino, quien poseia admirablemente la lengua del pais, que no tenia ninguna analogía con la china; se hablaba en los reinos de Tong-king, Caoban y Cochinchina, y era además comprendida en otras tres provincias ó reinos vecinos. De mí sé decir, que cuando oia á mi llegada á Cochinchina hablar á los naturales, y particularmente á las mugeres, creia oir el gorgeo de las aves, y desconfiaba de aprender nunca aquella lengua. » Sin embargo, llegó el P. Alejandro á aprenderla hasta el punto de predicar en ella á los seis meses de su llegada. Diez fueron los religiosos que evangelizaron el año 1625 aquel reino,

(1) *Diversos viajes y misiones del P. Alejandro de Rhodes á la China y otros reinos de Oriente*, par. I, p. 14.

en el que una persecucion repentina fué á reprimir sus esfuerzos; hé ahí lo que dice el propio P. de Rhodes con este motivo: «Habia permanecido como unos diez y ocho meses en Cochinchina, viendo con gran placer aumentarse cada dia el número de los hijos de Dios, cuando el P. Julian Baldinotti, natural de Pistoya en Toscana, religioso de la Compañía de Jesus, fué enviado desde Macao á un nuevo reino, en el que no habia penetrado hasta entonces ningun misionero, por haber sido el Japon el punto en que se fijaba la vista de todos los jesuitas. El hermoso reino de Tong-king, tal era el pais á que se dirigió Baldinotti en el año 1626; aquel buen misionero, cuyo celo no reconocia límites, veíase obligado con todo el dolor de su corazon á guardar silencio cuando podia ser tan fructífera su palabra, por no hablar ni comprender siquiera la lengua del pais. El rey, á quien hizo algunos regalos, le recibió con benevolencia; pero aquella misma recepcion que en otras circunstancias le habria colmado de gozo por abrirle el camino del apostolado, causaba entonces su mayor tormento, por no poder aprovechar de ella en bien de las almas. Solo tuvo el consuelo de bautizar cuatro niños en el momento de morir, los cuales fueron los abogados de aquella cristiandad, que fueron á defender la causa de su pueblo ante el trono del Eterno. Como se viese el celoso misionero obligado á permanecer en la inaccion, escribió á nuestros religiosos en Cochinchina, suplicándoles se apiadasen de un numeroso pueblo que gemia en la idolatría, por no haber quien le hiciese entrar en el buen camino; al propio tiempo se dirigió á Macao para pedir que le enviasen lo mas pronto posible á algunos misioneros que supiesen la lengua del Tong-king; permitiendo Dios que fuese yo uno de los designados para la conquista de aquel reino. Llegamos felizmente al puerto de Chovaban, en la provincia de Sinoa, el dia 9 de mayo del año 1627. La capital de Tong-king, llamada Checho, es una ciudad grande y hermosa; sus calles son anchas y rectas, y ocupa el recinto de sus muros una estension de seis leguas. El rey previno que hiciese construir desde luego una hermosa iglesia; tan pronto como se supo por todo el reino nuestra llegada, fué tan numeroso el gentío que acudió de todas las provincias, que me vi obligado á predicar cuatro y hasta seis veces al dia; increible era el triunfo de la verdad católica; una hermana del rey y otros diez y siete de sus mas próximos parientes fueron bautizados en un mismo dia, siguiendo luego su ejemplo diferentes gefes del ejército y un gran numero de soldados. En el primer año logré bautizar mil doscientas personas, al año siguiente dos mil, y tres mil quinientas el tercer año. Me admiraba en gran manera la facilidad con que lograba convertir á los sacerdotes de los ídolos, que son regularmente los mas obstinados en el error; bauticé á doscientos de ellos, que nos secundaron admirablemente en la conversion de los demás. Hubo uno que me presentó á doscientos de sus cólegas que habia logrado convencer con la verdad de la fé; todos fueron despues fervientes catequistas. Al verme solo para la predicacion, por no saber mi compañero la lengua del pais, reuní una porcion de jóvenes de reconocido talento y piedad, á fin de hacerles dedicar á la conversion de las almas; merced á aquel medio, sugerido por la necesidad, tuve luego un seminario en el que hubo mas de cien jóvenes destinados al apostolado. Todos los fieles contribuian al sosten de aquella fundacion, administrándosela ellos mismos, por no haber querido nunca aceptar nosotros ningun recurso: bastábanos la posesion de sus almas. Esta conducta, que observamos ya desde el primer dia, nos ha dado escelentes resultados; cuantas veces los paganos intentan desprestigiarnos á los ojos de los cristianos, les contestan estos: «¿Qué interés tendrian los misioneros en engañarnos? Además, vienen de léjos arrostrando todos los peligros, no admiten recompensa alguna, son hombres de talento y virtud, y no carecen de lo necesario: ¿qué es lo que podrian proponerse engañándonos? Así, pues, debemos

creer que es Dios quien les envia, y que es cierto todo cuanto nos dicen. » Muchos son los paganos que se han convertido ante estas razones. » El P. de Rhodes, despues de haber gozado aquella calma, durante la cual « veia con placer, son sus palabras, llenarse la barca de Pedro de peces que eran las delicias de Jesucristo, » oyó rugir tambien la tormenta sobre su cabeza. Las mugeres del rey, y los eunucos encargados de su custodia, temiendo que abrazase el soberano una ley que condenaba la poligamia, indujeron al soberano á que diera una órden prohibiendo á sus súbditos que siguiesen la nueva doctrina procedente de Europa, por oponerse á las costumbres del reino y poner el estado en peligro inminente. Persuadidos de que nada habia de contener tanto los progresos de la fé como el estrañamiento del misionero, digeron al rey que era aquel un nigromántico, que tenia el poder de decapitar á todos los que hablaba, sin que nadie pudiese impedírselo. « Desde entonces el rey, dice el propio religioso, empezó á desconfiar de la ley que yo anunciaba, y hasta de mí mismo, sin permitirme siquiera la entrada en su palacio cuantas veces intenté justificarme; si alguna vez llegué á penetrar hasta él, solo me concedió una audiencia corta, y aun no me permitia acercármele por temor de que le echizára con la vista. » El P. de Rhodes, desterrado del Tong-king en el mes de mayo del año 1630, pasó diez años en Macao, donde enseñó teología, haciendo diferentes escursiones á la provincia de Canton; sin embargo, á pesar de su destierro, ni el jesuita Antonio Marquez, su compañero (1), ni él abandonaron nunca la iglesia naciente que acababan de formar, puesto que en 18 de febrero de 1631, enviaron á ella á los PP. Gaspar de Amaral, Antonio de Fonte y Antonio Chardin, quienes fueron recibidos por los fieles con vivos trasportes de gozo. Lo que mas consoló á los nuevos apóstoles, fué el ver que durante la ausencia de sus primeros pastores, habian aumentado aquella comunion cristiana dos mil trescientos cuarenta neófitos, que tres catequistas estaban encargados de instruir, y á los que habian conferido ya el bautismo. En breve llegó á ser tan abundante la cosecha, que se vieron obligados los misioneros á trabajar noche y dia para recojerla; en el año 1639, se contaban ya en aquella mision ochenta y dos mil quinientos cristianos, y habia en la provincia de Ghean setenta y dos pueblos, en los que apenas quedaba un infiel. El número de los tongkineses que recibieron el bautismo en el año 1646, ascendian á ochenta mil, y existian en las cuatro provincias doscientas grandes iglesias, magnificamente adornadas, construidas por aquellos fervientes neófitos. No era menos consolador el espectáculo que ofrecia el vecino reino de Cochinchina, en el que tan pocos fieles habia encontrado el jesuita Francisco Buzoni al llegar á él en el año 1615; pero habia ya doce mil fieles, cuando despues de veinte y cuatro años de constantes afanes, fué Buzoni á recibir su recompensa en el cielo. Los PP. Benito de Mattos, Juan Leiria y otros, fueron destinados á aquella mision para continuar la obra tan gloriosamente empezada por su digno predecesor; tambien en 1640 fué enviado nuevamente á Cochinchina Alejandro de Rhodes, en cuyo reino logró la persecucion contener el esfuerzo de su celo, obligándole á retirarse á Filipinas, si bien no tardó en regresar á su apostolado. Al verse al poco tiempo obligado otra vez á alejarse, tuvo la precaucion de organizar á sus catequistas, como lo habia hecho con los de Tong-king, dividiéndolos en dos partidas que evangelizaron simultáneamente el norte y el mediodía del reino, mientras que estaba él aguardando en Macao un momento favorable para ir á reunirse con ellos. El quinto y último viage del P. de Rhodes á Cochinchina, fué señalado por numerosas conversiones; hasta entonces aquella iglesia, aunque cruelmente perseguida en distintas épocas, no habia tenido ningun mártir: un catequista, llamado Andrés, de diez y nueve años de edad, alcanzó la prime-

(1) *Reseña de la persecucion suscitada en el reino del Tong-King*, etc., en las *Cartas edificantes*, tomo XXV, p. 93.

ra palma del martirio en el mes de julio del año 1644. «Cuando me vió, despues de habérsele leido su sentencia de muerte, refiere el P. Rhodes, se entregó á los mayores trasportes de gozo; á todos los cristianos que iban á visitarle en tropel, les decia todo lo que habria podido decirles un San Lorenzo poco antes de su suplicio. Despues de haberse confesado, se despidió de todos, y siguió alegremente á la escolta de cuarenta soldados que le condujo á un campo que habia á media hora de la ciudad; al llegar al lugar destinado para su triunfo, cayó de rodillas en medio del círculo que formaban los soldados, y con la vista fija siempre en el cielo no cesó de pronunciar el nombre de Jesus. Cuando recibió por detrás la lanzada que le traspasó el corazon, me miró con ternura en señal de despedida; yo le contesté que no apartase la vista del cielo, donde le estaba aguardando su Dios. En efecto, levantó sus ojos sin que volviera á bajarlos ya mas; al recibir el pobre Andrés un nuevo golpe mortal, no hizo siquiera movimiento alguno, lo que me pareció admirable. Como hubiese recibido ya tres lanzadas, y continuase aun en la misma posicion, salió un soldado de la fila, y desenvainando su cimitarra le descargó un nuevo golpe, que no dió mas resultado que los anteriores. Ciego entonces de cólera, dió el infiel con tal furia á su víctima un segundo sablazo, que le separó enteramente la cabeza del cuerpo; entonces oí pronunciar el nombre de Jesus en el mismo instante en que era la cabeza separada del tronco, y el alma voló al cielo y el cuerpo cayó en tierra.» El mismo P. de Rhodes fué reducido á prision algun tiempo despues y condenado á muerte; pero luego se contentaron con desterrarle. «El dia 3 de julio del año 1645, añade el mismo religioso, abandoné á Cochinchina, pero como al separarme del Tong-king, dejé en ella una parte de mi corazon, dejándolo entero para siempre entre ambos paises. Cuando mis superiores vieron que era espulsado de Cochinchina, creyeron seria una temeridad enviarme nuevamente á ella, porque solo contribuiria á escitar mas la cólera del príncipe contra los cristianos; así que, resolvieron destinarme á Europa, á fin de que les procurára los socorros espirituales y temporales de que tanto necesitaban. Creyeron que conocia á fondo todas las necesidades de aquel pais, y que por lo mismo podria informar á Su Santidad del triste estado en que se hallaban aquellas cristiandades, por carecer de obispos que las dirigiesen.» Estas últimas palabras son tanto mas dignas de atencion, cuanto que revelan claramente la idea de procurar un obispo á cada comunion cristiana, y por consiguiente un clero indígena, así como tambien, que no era aquella idea propia del P. de Rhodes, sino emanada de sus superiores, quienes le enviaban á Roma en calidad de procurador de la provincia del Japon, para que espusiera el modo en que debia ser constituida aquella iglesia.

Observa el P. Bertran con razon que, habian reconocido un gran número de misioneros jesuitas la necesidad de constituir las misiones de Oriente bajo un plan mas vasto, á fin de que cesasen los obstáculos que oponia el derecho de patronato á los trabajos apostólicos. Veamos, segun aquel sábio misionero, lo que se entendia por patronato portugués.

« El Portugal, fué la primera, y por mucho tiempo la única potencia que ejerció su autoridad en las Indias Orientales. Si bien es verdad que prestó en ellas servicios eminentes á la religion y contribuyó poderosamente á propagarla; que dió muchas veces gran lustre y pompa á sus embajadas para introducirla en el seno de la idolatría, la autoridad de su nombre para sostenerla, y la fuerza de sus armas para defenderla; y que procuró con admirable liberalidad los recursos pecuniarios para el sustento de los misioneros y de cierto número de obispos; no es menos cierto que, como en todas épocas, pagó muy caro la Iglesia el ausilio y proteccion que le dispensára el Portugal, teniendo que allanarse á las condiciones que le fueron impuestas por aquella córte, y sufrir los inconvenientes que resultaron de

ellas. Podríamos citar en primer lugar las miras políticas que motivaron en gran parte aquella proteccion, que tanto contribuyó á arraigar en el espíritu de los pueblos la idea de que era la religion cristiana un medio para imponer á las naciones el yugo de los portugueses, idea que por desgracia contribuyó á arraigar mas y mas la conducta de los europeos. Fácil será á cualquiera comprender que semejante idea habia de ser un obstáculo para la propagacion de la fé; debiéndose las mas veces á ella la persecucion terrible que causó la ruina á varias cristiandades. Pero lo que mas afectó aun directamente á la Iglesia, fueron las condiciones impuestas por los reyes de Portugal, entre las que habia la llamada *derechos de patronato*, que autorizaba á aquella nacion para ejercer un monopolio en las misiones de las Indias. Segun los derechos señalados en ella, ningun obispo podia ser nombrado para las sedes existentes, ni podia crearse ninguna diócesis, sin el consentimiento del rey de Portugal, á quien pertenecia el derecho de presentar los candidatos; además, ningun misionero europeo podia pasar á las Indias sin su permiso, y sin que fuese en buques portugueses; y finalmente, ningun Breve ni bula de la Santa Sede, tenia en la India fuerza de ley hasta que habia sido comunicada, y merecido la aprobacion del rey de Portugal. Así pues, todas las misiones de la India eran misiones portuguesas; porque si bien se admitian en ellas religiosos de las demás naciones, debian estos, por decirlo así, perder su nacionalidad, lo que retraia á muchos de tomar parte en ellas. En cuanto á los socorros temporales, tan necesarios para el desenvolvimiento de las obras apostólicas, preciso era recibirlos del gobierno portugués, que no siempre estaba en disposicion de procurarlos. Sin embargo, todas estas condiciones eran en un principio compensadas por preciosas ventajas, que solo el reino de Portugal podia ofrecer, y sin las cuales habria sido la propagacion de la fé enteramente imposible; por otra parte, entrañaban, bien considerado, un principio de equidad y de garantía indispensable, porque siendo el Portugal la única potencia europea establecida en la India, era natural que procurase conservar su autoridad, y que impidiese á las demás naciones ejercer su influencia cerca de las misiones establecidas en un pais que le pertenecia. En consideracion á todas estas razones, aceptó la Santa Sede las condiciones impuestas por la córte portuguesa, y confirmó el derecho de patronato por medio de las correspondientes bulas. Lo que habia de mas notable segun se decia, es, que exigiese el rey una cláusula por la cual anulase el Santo Padre todas las bulas que pudiesen dar sus sucesores en contrario. Esta influencia del poder portugués produjo por mucho tiempo felices resultados, por permitir los recursos del gobierno sostener á los numerosos misioneros que se presentaban; pero fueron aumentándose las misiones, disminuyeron considerablemente los recursos, y no pudo ya el Portugal por sí solo procurar el número de obreros necesarios: ni aun los de las demás naciones que se presentaron, y esto que eran en bastante número, pudieron atender á todas aquellas nacientes misiones. Los jesuitas portugueses lograron por medio de los indígenas que cristianizaron, formar en las Indias orientales cinco grandes provincias de la Compañía, á saber: las de Goa, Malabar, el Japon, la China y Filipinas, cuyos religiosos eran indígenas, y descendientes de los europeos establecidos en las Indias. La falta de recursos pecuniarios que se hacia sentir mas y mas á medida que iban aumentándose las necesidades, fué siempre el principal obstáculo para el desenvolvimiento y progreso de las misiones nacientes. Tenian además aquellos recursos, por ser en especie, que convertirse en dinero para remitirlo á los misioneros, lo que hacia indispensable una procura que ofrecia muchas veces graves inconvenientes. Tal era, por ejemplo, la procura establecida en Macao para atender á las provincias del Japon y de la China: el público, siempre inclinado á pensar mal, no titubeaba en afirmar que los jesuitas hacian un gran co-

mercio y eran inmensamente ricos; al paso que, mientras circulaban en Europa aquellos falsos rumores en perjuicio de la Compañía, se veian los pobres misioneros reducidos las mas veces á la última miseria, y sin poder continuar su obra por falta de recursos. Otra consecuencia no menos funesta del patronato portugués, fué la dependencia en que se vieron los misioneros, respecto del gobierno y de los obispos nombrados por el rey. »

Convencidos de los gravísimos inconvenientes que acabamos de indicar, los superiores, de quienes fué intérprete el P. de Rhodes cerca del Papa, pensaron en librar á las misiones orientales del patronato portugués, y erigir en aquellas regiones diócesis independientes de la corona de Portugal, procurándolas títulos y rentas necesarios; y por último, en fundar un seminario que pudiese procurar hombres dignos y capaces para desempeñarlas. La Compañía acostumbraba aceptar en las Indias el peso del episcopado; la santa regla que prohibe á los jesuitas las dignidades eclesiásticas, y el voto acertadísimo por el que renuncian á ellas, contribuyen á demostrar evidentemente la necesidad que habia de la institucion de obispos en aquellas misiones; puesto que, á pesar de aquella regla y de aquel voto, han aceptado los jesuitas constantemente el episcopado, que no quieren ni pueden aceptar en ningun otro pais. Hé ahí porque todos los patriarcas y obispos de Abisinia fueron jesuitas, así como tambien los del Japon, Granganor, y los mas de Meliapur; solo se abstuvo la Compañía de tener obispos en el Tong-king, la Cochinchina y la China, por depender aquellas misiones del rey de Portugal, y no querer indisponerse con este; ocupando diócesis independientes de su corona. Así que, en interés de aquellas misiones, nombraron al P. Rhodes para que fuese á pedir la creacion de aquellos obispados, encargándole hiciese presente que no fuesen jesuitas los nuevos obispos que debian nombrarse.

Los PP. Metelo Sacano y Cárlos de Roca, reemplazaron á Alejandro de Rhodes en Cochinchina, cuando se embarcó en Macao el 20 de diciembre del año 1645; al tocar en Malaca, de cuya ciudad se habian apoderado los holandeses hacia seis años, dice: « Confieso que se me oprimió el corazon, al ver el cambio notable que observaba en aquella hermosa ciudad, que no habia visto hacia veinte y tres años. ¡Ah! nuestra iglesia, consagrada á la Madre del amor divino, en la que el gran San Francisco Javier habia predicado tantas veces y obrado tantos milagros, se habia convertido en templo protestante, en el que resonaban cada dia mil blasfemias contra la Vírgen y los santos. Habia visto tambien en la propia ciudad otras muchas iglesias magníficamente adornadas, que, ó habian sido destruidas, ó se veian profanadas. Nada me afectó empero tanto como el tañido de la antigua campana de nuestro colegio, cuando llamaba á los hereges para que fuesen á entregarse á sus detestables prácticas. Entre las muchas cosas indignas de hombres que se llaman cristianos, ví la de no permitirse á los católicos del pais ni la mas pequeña iglesia, mientras que se autorizaba á los idólatras para tener un templo en la entrada de la ciudad, y entregarse en él á los mas infames sacrificios. ¡Y aun se dirá que siguen esos señores hereges la ley de Jesucristo! » El mismo P. Alejandro fué conducido por los holandeses á la cárcel de Java, por haber dicho misa en una casa particular, permaneciendo preso hasta el momento de su embarque. En Surate, encontró al capuchino Francisco Zenon, oriundo del Anjou; desembarcó en la costa de Persia, atravesó aquel reino, encontró carmelitas descalzos en Chiraz, y se detuvo en Djoulfa, poblacion situada cerca de Ispahan, en la que habia tres hermosos conventos de agustinos, carmelitas y capuchinos. Desde Armenia, reino evangelizado á la sazon por misioneros de la órden de Predicadores, fué á embarcarse en Esmirna; y finalmente, llegó el P. Alejandro á Roma el dia 27 de junio del año 1649. A fin de no indisponer á la Compañía con el Portugal, presentó, de acuerdo con el general de la órden, una Me-

moria en su nombre, en la que esponia la necesidad de crear un clero indígena bastante numeroso y diferentes diócesis que no dependiesen del patronato portugués, probando que el estado de las nuevas iglesias exigia imperiosamente la derogacion de los antiguos derechos. « Procuré, luego de mi llegada, dice el P. Alejandro, dar á conocer el designio que me obligó á pasar á Roma desde uno de los confines del mundo; teniendo la dicha de hablar de él muchas veces á nuestro Santísimo Padre que, me manifestó en todas ellas un gran deseo de proteger en todo nuestras misiones. Llamaba cada dia á la puerta de los cardenales para hacerles presente que habia un gran número de indígenas allende los mares, que les tendian los brazos suplicándoles les enseñasen el camino del paraiso. Tres años tuve que permanecer en Roma, ya para asistir á los tres capítulos generales de nuestra órden, ya para sostener los intereses de nuestros reinos, pidiendo siempre obispos y misioneros para evitar la perdicion de un sin fin de pueblos. » En 7 de agosto del año 1651, los cardenales de la Congregacion de la Propaganda manifestaron al Papa se dignase adoptar medios eficaces para la creacion de obispos y sacerdotes indígenas en las diferentes iglesias del Asia superior, proponiéndole nombrar un patriarca, dos ó tres arzobispos y doce obispos que las dirigieran, elegidos de entre los sacerdotes seculares ó regulares, segun lo creyese el Pontífice mas conveniente y útil al bien de las almas: pero nunca se realizó enteramente aquel proyecto que tan fecundo habia de ser en resultados (1). Todo el mundo designaba ya al P. de Rhodes como primer obispo de la iglesia del Tong-king, tanto por su talento, como por haber sido ya hasta entonces su apóstol y su padre. « El Soberano Pontífice, dice el abate Sicard en su *Historia del establecimiento del cristianismo en las Indias orientales*, le instó varias veces para que aceptára aquella dignidad, tan temible para los humildes de corazon, y tan ansiada por los que son menos dignos de ella; pero aquel modesto jesuita, contento con su humilde estado, espuso tantas razones para evitar su eleccion, que no creyó el Sumo Pontífice deber nombrarle contra su voluntad. » Además de la causa que indica el abate Sicard, cedió el P. de Rhodes á la grave razon que no permitia á los jesuitas aceptar en las Indias sillas independientes ó libres del patronato portugués. Habiéndose encargado al propio misionero que propusiese hombres capaces para ocupar aquellas sillas, he creido, dijo, que siendo la Francia uno de los reinos mas católicos del mundo, me procurará bastantes soldados para emprender la conquista de todo el Oriente, y obispos necesarios para sujetarle al suave yugo de Jesucristo, que serán nuestros padres y los directores de aquellas iglesias. » Animado de esta esperanza, salió el P. Alejandro de Roma el 11 de setiembre del año 1652, dirigiéndose á Paris, donde publicó su cruzada contra los enemigos de la fé, recibiendo desde luego cartas de jesuitas de todas las provincias, en las que pedian partir para las Indias. Entre tantos aspirantes, solo veinte fueron admitidos por los superiores de la Compañía. Fácil era procurarse todos los misioneros necesarios; pero como era preciso que los obispos de las nuevas iglesias no fuesen jesuitas, consultó de Rhodes al P. Bagot, quien, á pesar de las instancias del cardenal Mazarin, se negó constantemente á ser confesor del rey, y que era entonces director de casi toda la Congregacion establecida en Paris entre los alumnos del colegio de la Compañía de Jesus, en la que habia algunos de entre ellos, que formaban todavía una asociacion mas íntima para ejercer nuevas obras de celo y caridad acerca de sus condiscípulos y de los pobres de la capital. Eran tantas las pruebas de virtud que daban aquellos jóvenes, que no titubeó el P. Alejandro en proponer á algunos de ellos para el episcopado. Los mas de aquellos jóvenes apóstoles manifestaron el deseo de pertenecer á la

(1) Luquet, *Cartas á monseñor el obispo de Langres sobre la congregacion de las Misiones estranjeras*, p. 6.

Compañía de Jesus; pero como se les destinaba al episcopado de Asia, tuvo que limitarse el Instituto á continuar protegiendo aquella Congregacion naciente con su maternal solicitud, á fin de que pudiesen ocupar las sillas para las que habian sido propuestos muchos de los que pertenecian á ella. Con todo, no tardó aquel proyecto en fracasar en Roma, ó al menos en ser entorpecido por el embajador de Portugal, quien pretendia que aquella mision francesa afectaba al derecho de patronato de su soberano; por otra parte, la muerte de Inocencio X, acontecida en el mes de enero del año 1655, acabó de aplazar su ejecucion; así que, como viese el P. Alejandro, que la oposicion del Portugal hacia aplazar la realizacion de sus planes, partió para la Persia, al objeto de establecer allí una nueva mision, segun el plan que habia concebido al pasar por aquel pais. En el estado á que habian llegado las cosas, no solo no era necesaria su presencia en el Tong-king, la Cochinchina y la China, sino que hasta se habria visto allí en una falsa posicion; puesto que los esfuerzos que acababa de hacer por espacio de cinco años para obtener la creacion de las nuevas sillas episcopales, habian disgustado en gran manera á las autoridades portuguesas. Antes empero de alejarse el siervo de Dios, aseguró á sus amigos que tarde ó temprano se realizaria el proyecto aplazado, y que la Providencia, que concedia cada dia nuevas gracias á las iglesias de las Indias, les procuraria los obispos de que tanto necesitaban. Aquel gran misionero murió en Persia á 5 de enero del año 1660, dejando diferentes obras que dan interesantes detalles sobre la Cochinchina y el Tong-king, á cuyos dos paises da el comun nombre de An-nam.

En ninguna parte podria repetirse mejor que aquí, lo que un poeta dijo de una famosa reina que fundó un trono en pais estrangero, segun el abate Sicard, respecto de la generosa duquesa de Aiguillon. Tratábase de fundar sólidamente el reino de Jesucristo en las Indias; y una muger fuerte, una muger de un valor y de una constancia heróicos, llevó á feliz término aquella grande obra (1). En sus cartas al cardenal Bagny que, durante su nunciatura en Francia, se habia interesado en la realizacion del plan propuesto por Alejandro de Rhodes, le pidió instase á Alejandro VII, sucesor de Inocencio X, y á los cardenales para que se llevase á efecto la mision francesa en Indias. Algunos eclesiásticos, destinados antes á ella, que habian ido á visitar los sepulcros de los santos apóstoles, recibieron en Roma cartas de la duquesa, encargándoles eficazmente que se pusiesen de acuerdo con el cardenal Bagny. «Me ví confundido, dice, al ver que tenia una muger mas celo que un sacerdote para el bien de la iglesia y la conversion de los infieles.» «El Papa, añade Francisco Pallu, canónigo de Tours, y uno de aquellos dos sacerdotes, despues de habernos acogido con su paternal bondad, y de haber aprobado nuestro designio, nos encargó que lo cumpliésemos sin temer los obstáculos que tuviésemos que vencer en ello, asegurándonos la proteccion de la Santa Sede, y descubriéndonos su corazon hasta el punto de decirnos, que tambien él habia pensado en otro tiempo consagrarse á aquellas misiones; pero, que ya que no habia podido ejecutarlo, se complacia mucho en que la Providencia le hubiese puesto en el caso de poder apoyar á los que habian formado el mismo designio. Díjonos asimismo Alejandro VII, que habia nombrado ya cinco cardenales para que trabajasen en aquel importante negocio, á fin de que quedase prontamente terminado. Con efecto, no tardó en quedar resuelto el establecimiento de las misiones de Indias.» Sin embargo, acabó por declararse á Pallu, que, ante todo, era preciso asegurar los fondos necesarios para el viage y manutencion de los obispos que serian enviados á Oriente. Pedro de La Mothe-Lambert, magistrado de la audiencia de Ruan, antes de abrazar el estado eclesiástico, no titubeó en responder con todos sus bienes y con la garantía de un rico ban-

(1) *Dux fœmina facti.*



quero, de los fondos que se necesitaban para los obispos que debian nombrarse. Ademas, como el prelado Alberici, secretario de la Congregacion de la Propaganda, y enemigo declarado de toda innovacion intempestiva, se negase á admitir aquella mision estraordinaria de obispos, hasta que se le hubiese hecho ver que era necesaria, La Mothe-Lambert logró ya en su primera conferencia con él, que fuese tan favorable, como contrario habia sido hasta entonces, á aquel establecimiento tan vivamente deseado. En el año 1658, fué nombrado Pallu vicario apostólico del Tong-king, bajo el título de obispo de Heliópolis; quedando además encargado de la direccion espiritual de las provincias de Yun-nan, Kouei-tcheou, Hou-Kouang, Sse-tchouan y Kouang-si, en China; y La Mothe-Lambert, bajo el título de obispo de Berithe, fué nombrado vicario apostólico de la Cochinchina, con la direccion de las provincias de Tche-kiang, Fo-kien, Kuang-tong, Kiang-si, el Hai-nan y otras islas vecinas; nombróse asimismo un tercer prelado á eleccion de los dos primeros, que fué Ignacio Cotolendi, cura párroco de Aix, el cual fué encargado bajo el título de obispo de Metellópolis, del vicariato apostólico de Nanking, junto con la administracion de las provincias de Peking, Chan-si, Chan-tong y de la Tartaria y la Corea « Parece, dice Sicard, habria sido mas natural nombrarles obispos titulares de los puntos á que se les enviaba, que nombrarles obispos *in partibus*, de donde era probable no residiesen jamás. Pero el Papa y los cardenales creyeron ser mejor dar á los nuevos obispos estensos poderes, á fin de que pudiesen acudir indistintamente á todas las iglesias de las Indias en que pudiese ser útil su presencia; además, se les tenia por aquel medio en mas íntimas relaciones con la Santa Sede, centro de unidad, del que debian recibir las mismas instrucciones, las mismas órdenes, los mismos poderes, y habia mas uniformidad en su conducta y en la disciplina de las iglesias que les estaban confiadas, y que erigiesen en lo sucesivo. Ni siquiera se les dió el poder de los ordinarios, para evitar las contestaciones que su uso habria podido ocasionar entre los vicarios apostólicos y los religiosos misioneros de diferentes naciones, por considerar la Santa Sede ser de aquel modo mas facil conservar el espíritu de paz, caridad y sumision entre ellos. En un breve de 9 de setiembre del año 1659, les dió una plena y entera jurisdiccion, no como la de los ordinarios de las diócesis, sino una jurisdiccion estraordinaria como delegados de la Santa Sede. Eran sus poderes tan claramente espresados en aquel breve, que no era probable hubiese misioneros, cualquiera que fuese la órden ó nacion á que perteneciesen, que no se sometiesen fácilmente á una forma de gobierno eclesiástico, autorizada por el superior legítimo, por el mismo Jesucristo. » Los holandeses y los ingleses evitaron y se negaron á llevar á los misioneros franceses, á fin de que por su mediacion no se estableciesen relaciones entre la Francia y el Asia superior; y como la compañía francesa que hacia su comercio en Madagascar, no podia engolfarse en los mares de la India, el obispo de Heliópolis fué el primero en concebir la idea de formar una compañía comercial, como las de Holanda é Inglaterra, para organizar independientemente de las demás naciones una correspondencia segura entre la Francia, la India y la China. Sin embargo, los prelados no aguardaron á que les procurase aquella compañía, establecida el 14 de setiembre del año 1660, los buques necesarios, sino que resolvieron dirigirse unos por el Mediterráneo y otros por la parte de Levante á su destino, á fin de que unos ú otros lograsen llegar á él, cualesquiera que fuesen los percances sufridos durante la travesía. Ni siquiera se les permitió aplazar su partida hasta haber fundado en Paris un seminario, cuyos directores rigiesen los negocios de los misioneros durante su ausencia, y les enviasen los socorros necesarios, siendo en lo espiritual y temporal los directores de aquellas misiones. Un establecimiento análogo habia

sido proyectado ya en Paris por Juan Duval, obispo de Babilonia, quien cedió á la Congregacion de las Misiones Estrangeras el local que al efecto se habia procurado, bajo la condicion de que fundaria aquella un seminario destinado á procurar religiosos á las misiones francesas de Oriente, y en particular á la de Persia, como en efecto así se hizo. Vicente de Meurs, Armando Poitevin y Miguel Gazil, sacerdotes seculares, se unieron para dar comienzo á aquel establecimiento, que fué debidamente autorizado el dia 27 de julio del año 1663; sancionando su ereccion el cardenal Chigi, nuncio apostólico, el arzobispo de Paris y el abad de San Germain de los Prados. La primera piedra de aquella iglesia fué puesta por Francisco de Harlay, arzobispo de Paris, el dia 4 de abril del año 1683, esto es, mucho tiempo despues de haber partido para Oriente los primeros vicarios apostólicos. La Mothe-Lambert, obispo de Berithe, fué el primero que partió en 18 de julio del año 1660, sabiendo en la travesía la órden dada por el rey de Portugal de prender á los prelados franceses y conducirles á Lisboa; sin embargo, logró llegar á la capital del reino de Siam á 22 de agosto del año 1662. Cotolendi, obispo de Metellópolis, que habia salido de Francia en el año 1661, no pasó de Pallacol, poblacion inmediata á Masulipatam, en el Indostan, donde murió el 16 de agosto del año 1662, á la temprana edad de treinta y dos años. Los señores Chevreuil y Hainqués, sus compañeros, fueron á reunirse en Siam con el obispo de Berithe. Pallu, obispo de Heliópolis, salió para su destino en el mes de enero del año 1662, con ocho misioneros, entre los que se hallaba M. Laneau; llegando á Siam el 27 de enero del año 1664. La Mothe-Lambert habia partido ya el año anterior de aquella ciudad y dirigídose á la China; pero habiendo naufragado al poco tiempo, se vió obligado á volverse á Siam, donde acabó por establecerse definitivamente; tampoco fué dado á Pallu penetrar en el Tong-king. La posicion de Siam, (Pl. CXI, n.° 1.) y la seguridad con que se practicaba en ella el cristianismo, determinaron á La Mothe Lambert y á Pallu, á convertirla en centro de las misiones francesas de Oriente, y á fundar en ella un seminario para el clero indígena, que debia procurar á las cristiandades sucesivamente establecidas, una forma estable y segura para el porvenir, apoyándolas en bases propias de aquel mismo suelo: es el carácter de nacionalidad, una condicion indispensable para todo clero que esté destinado á ser un dia la cabeza de una iglesia. El deseo de comunicar al Pontífice romano las disposiciones hostiles que habia dado el gobierno portugués respecto de los obispos franceses; así como tambien el de obtener que estendiese el Papa la administracion de los vicarios apostólicos hasta los reinos de Siam, Pegu, Camboge, Ciampa, Laos y otros; y finalmente, el de procurarse un refuerzo de operarios evangélicos, hicieron que Pallu se dirigiese á Roma en el año 1665. Desde Roma se dirigió á Paris, donde indicó lo que debia hacerse para la mayor pujanza de la compañía de las Indias, y espuso á Luis XIV el plan de las misiones francesas que se proponia estender por aquella parte del Asia. La presencia de los obispos y misioneros franceses, en unas regiones en que el nombre de la Francia era apenas aun conocido, tenia una alta importancia á los ojos de aquel gran príncipe, tan político como cristiano; así que, dispensó toda la proteccion posible á las misiones encargadas de la realizacion de tan noble idea. Despues de haberse fortalecido mas y mas en Italia al lado del vicario de Jesucristo, se embarcó Pallu en el año 1670 en un buque de la compañía de Indias, que dobló el Cabo de Buena-Esperanza.

Antes empero de que Pallu se dirigiese á Europa, La Mothe-Lambert habia hecho ya partir en el mes de junio del año 1664, en calidad de pro-vicario á Mr. Chevreuil, á quien profanaron los portugueses hasta conducirle á Macao; pero como contaba el misionero en aquella ciudad con la proteccion de un cristiano, llamado Juan de la Cruz, director de la

real maestranza, no sufrió vejacion alguna. Sin embargo, el rey, que temia una invasion portuguesa, desterró de Cochinchina á los misioneros franceses, tolerando únicamente la permanencia de Chevreuil, á fin de atraer el comercio de Francia á sus estados. Pero los cristianos cochinchinos, partidarios de los portugueses, prefirieron verse privados de los sacramentos, antes que recibirlos de un sacerdote francés, al que por último lograron hacer estrañar del reino. Fué enviado mas tarde Chevreuil á Camboge, cuyo pueblo evangelizó provechosamente hasta el año 1670, en cuya época fué preso por los portugueses, y presentado al tribunal de la inquisicion, establecido en Goa. Hainques continuó ejerciendo el apostolado en Cochinchina, sin que bastase á contener allí los progresos de la fé, la persecucion que sufrió el misionero en el año 1666; vivia este en la mayor miseria, consistiendo todo su alimento en un poco de arroz y en algunas amargas yerbas de los campos. Su vida austera impresionó de tal modo al pueblo, que en cinco años aumentó en dos terceras partes el número de los cristianos que habia á su llegada: murió Hainques en el mes de diciembre del año 1670, siguiéndole al sepulcro al cabo de un mes Brindeau, su compañero en aquel apostolado. Tan pronto como supo La Mothe-Lambert la muerte de los dos misioneros, fué á visitar la Cochinchina, en la que ejerció las augustas funciones episcopales, é hizo reconocer por los jesuitas, así como tambien por los catequistas y los fieles de sus cristiandades, las bulas relativas á los vicarios apostólicos. Cuando regresó á Siam en el mes de marzo del año 1672, llevaba dos jóvenes cochinchinos, á los que hizo educar en el seminario.

Mientras esto acontecia en Cochinchina, La Mothe-Lambert, bajo cuya direccion estaban todas las misiones, durante la ausencia de Pallu, veló con paternal solicitud sobre el Tong-king, en el que desde el destierro de los jesuitas, ocurrido en el año 1622, habian quedado los pobres catequistas privados de todos los consuelos espirituales. Habiéndoles enviado en el año 1666 á Deydier, fué reconocido por ellos como gran vicario del obispo de Heliópolis, y fueron á oir diariamente sus sermones en el buque que le habia conducido. «Los catequistas, dice el abate Sicard, dieron cuenta de sus trabajos y del estado en que se veian las iglesias del reino; declarando que desde el destierro de los jesuitas habian bautizado á unas cinco mil quinientas personas; que solo se habian librado del furor de los paganos unas setenta iglesias y doscientos oratorios de particulares; que entre los cristianos habia muchos que por temor ó por malicia habian abandonado el culto católico, contraido matrimonios ilícitos, y levantado el Tlan en sus casas como prueba de su idolatría. Luego presentaron á Deydier un inventario de todos los bienes, muebles é inmuebles que poseian, y que habian declarado comunes, insiguiendo el ejemplo de los primitivos cristianos; y casi todos renovaron, ante el Santísimo Sacramento, los votos de pobreza, castidad y obediencia que habian hecho bajo la direccion de los jesuitas; comulgando todos ellos despues de aquel acto imponente y sublime, á fin de que el pan de los ángeles les diese la gracia y la fuerza necesarias para cumplir su santa resolucion. Por mas que fuesen escasísimos los recursos de que disponian, se impusieron los catequistas el deber de redimir á un cristiano que gemia hacia tiempo en la cárcel, y el de aliviar á los que fuesen aun mas pobres que ellos. El testimonio de general aprecio que dieron todos ellos á la virtud y felices disposiciones de Benito Hien y Juan Vanhno, obligó á Dydier á tenerles á su lado, á fin de prepararles para el sacerdocio y confiarles la educacion de cinco de los mas jóvenes que componian el pequeño seminario flotante, establecido en el buque que servia de templo.» La revolucion ocurrida en el Tong-king, el año 1668, en la que tomaron parte muchos cristianos, acarreó nuevas persecuciones á los fieles inocentes; grandes fueron los servicios que prestó Deydier á la fé

en aquella época azarosa. En 19 de abril del año 1669, condujo un buque de Macao algunos jesuitas al Tong-king, donde llegaron felizmente los PP. Fuciti é Ignacio; cayendo en poder de los tonkineses los PP. Fieschi y Rocha, á los que hizo advertir al rey que por aquella vez les perdonaba; pero que en el caso de que volviesen á ser cogidos, les haria decapitar. No habia entonces en todo el reino mas que cuatro misioneros que, no obstante la persecucion, continuaron ejerciendo el apostolado; pero en aquel mismo año, La Mothe-Lambert, protegido por el pabellon francés, logró hacer penetrar en el Tong-king á los misioneros Bourges y de Bouchard, no sin adoptar antes grandes precauciones. Mientras permaneció el prelado en aquel reino, ordenó siete catequistas, y hasta celebró un sínodo, del que confirmó Clemente X los estatutos, y estableció una regla para las viudas y jóvenes cristianas que habian hecho voto de continencia, viviendo ya en comunidad, á las que dió el hermoso nombre de *Amantes de la Cruz.* Al poco tiempo de haberse despedido el prelado de la grey que le estaba confiada, fueron Deydier y de Bourges delatados por un apóstata, intérprete de los portugueses, y conducidos á la cárcel pública, en la que sufrieron toda clase de privaciones y tormentos. Cuando se les restituyó la libertad viéronse obligados á abstenerse del ejercicio del apostolado, dejándole á cargo del clero indígena, el cual logró la conversion de doce mil idólatras en los años 1671 y 1672.

En el mes de febrero de aquel último año, Pallu, procedente de Europa, desembarcó en Bantam, donde dejó un misionero, en virtud de haber sido puesta la isla de Java bajo la jurisdiccion de los vicarios apostólicos. «Era aquel, dice el obispo de Hesebon, un punto importantísimo para facilitar las relaciones con Francia; por esto el obispo de Heliópolis se habia apoderado de aquella y otras posesiones análogas para facilitar á los vicarios apostólicos sus relaciones con Francia, sin esponerles á la rivalidad de las demás potencias de Europa. Por esto le vimos tan solícito en consolidar el establecimiento de Siam, y en pedir mas tarde la jurisdiccion sobre los reinos del Pegu y de Ava, en la esperanza de establecer por aquel medio comunicaciones con las provincias occidentales de la China y con una gran parte del Tibet. Aquel vasto plan, empero, concebido en interés de toda la iglesia de Oriente, y que habia de producir tan gran des resultados, no pudo desgraciadamente ejecutarse por lo azaroso de los tiempos que entonces y despues se atravesaron.»

Desde que Pallu se hubo reunido en 27 de mayo del año 1673 con La Mothe-Lambert, procuraron los dos prelados nombrar un tercer vicario apostólico, en virtud de los poderes que le habian sido conferidos por el Pontífice romano. El obispo de Berythe nombró á Laneau, y el obispo de Heliópolis á Chevreuil que, al dejarle libre los inquisidores de Goa, habia ido á reunirse con el prelado en la ciudad de Surate; como viesen los dos prelados que disentian en la eleccion, creyeron deber seguir el ejemplo de los apóstoles, y consultar á Dios por medio de la suerte. «No ignoraban, dice Sicard, que no ha sido aquel medio generalmente admitido; pero juzgaron con razon hallarse en uno de aquellos casos especiales, en los que S. Agustin y S. Gregorio aprueban la eleccion por medio de la suerte; así pues, se arrodillaron, y levantando los ojos al cielo, «Señor, dijeron, vos que leeis en los corazones, indicadnos cual es de los dos el que habeis elegido para el ministerio episcopal.» Despues de aquella corta oracion, inscribieron los dos nombres de Chevreuil y Laneau en dos papeles enteramente iguales, y colocados ambos en una cajita, sacó uno de ellos el obispo de Heliópolis, recayendo la eleccion en favor de Laneau. Al ver Pallu la sorpresa de La Mothe-Lambert, le dijo que volviera á doblar el papel, y que por segunda vez se procediese al escrutinio; lo que hizo el obispo de Heliópolis, sacando el mismo nombre. Entonces cayó La Mothe Lambert de rodillas, y dando gracias al cielo por ha-

berse dignado manifestar su voluntad de un modo tan visible, reconoció á Laneau por vicario apostólico. Nombrado bajo el título de obispo de Metellópolis, debia fijar Laneau su residencia en el reino de Siam; porque Pallu y La Mothe-Lambert habian propuesto al Papa para el vicariato apostólico de Nanking al dominico chino de quien hemos hablado antes, y del que termina Turon de este modo su biografía:

Mientras que Navarrete se encontraba en Roma, manifestó el celo de Lopez, al que Dios concedió el poder de arrojar los demonios de los cuerpos con la sola señal de la cruz. Los sacerdotes de los ídolos, que presenciaron algunos de sus milagros, no pudieron menos de admirarle; segun Navarrete, convirtió Lopez en el año 1666 unos cien chinos en la ciudad de Fo-tcheu, y quinientos cincuenta y seis, en una isla situada á siete leguas del continente. Llegó á ser tan patente la virtud del dominico chino, que no solo escitó la admiracion de todas las provincias de China, si que tambien la de todos los reinos vecinos. Los obispos, ó vicarios apostólicos de Siam, Cochinchina y el Tong-king, escribieron al Papa, que cuanto mayor fuese la autoridad del humilde apóstol, mayores serian en aquel pais los efectos de la gracia; así que Clemente X elevó á Lopez á la dignidad de obispo y de vicario apostólico de diferentes provincias de China, segun consta en la carta autógrafa que le escribió el Papa á aquel objeto, el dia 4 de enero del año 1674. En ella le decia, despues de haber encomiado sus virtudes y trabajos apostólicos, que le nombraba obispo de Basilea, y vicario apostólico de las seis provincias de China, que habian estado á cargo de Ignacio Cotolendi, á quien Alejandro VII habia conferido la misma dignidad en aquella mision. No obstante el encumbramiento que tanto alarmó su modestia, continuó el dominico chino en calidad de simple misionero, ocupado en sostener las antiguas Iglesias, y en fundar otras nuevas. Pero Inocencio XI, que estaba animado de los mismos deseos que Clemente X, escribió nuevas cartas apostólicas en 12 de octubre del año 1679; y á su vez el general de los dominicos se dirigió tambien á Lopez, encargandole se sometiera á la voluntad del Vicario de Jesucristo. Al propio tiempo encargó al provincial de Filipinas que procurára al prelado un sábio teólogo que le dirigiese, ya porque las luces de Lopez y sus conocimientos teológicos no correspondian á la santidad de sus costumbres, ya porque al objeto de facilitar la conversion de sus queridos compatriotas, estaba casi dispuesto á tolerar los honores que los chinos tenian la costumbre de tributar á Kong-fu-tse, y á sus antepasados. Aunque de mucho tiempo fuesen aquellas ceremonias combatidas por los misioneros mas ilustrados de la órden de Santo Domingo, como la Santa Sede no se habia manifestado aun abiertamente en contra de aquellos ritos, la opinion de Lopez no contribuia á empañar en lo mas mínimo el brillo de sus eminentes virtudes. Con todo, se vió á la sazon en el obispo electo de Basilea un pálido reflejo de la debilidad inherente á todo hombre, puesto que al llegar á Manila creyó que los superiores de su órden querian desterrarle á la provincia de Cagayan, y hasta llegó á perder la esperanza de regresar un dia á su querida China. Las sospechas que concibió (de las que son los chinos muy susceptibles) entibiaron por algun tiempo sus relaciones con los dominicos, y nombró vicario general al franciscano Juan de Leonisa, quien tradujo al latin un opúsculo que publicó Lopez acerca del culto chino tributado á Kong-fu-tse y los difuntos. En aquel escrito confesaba Lopez: 1.°, que los letrados de la China eran ateos; 2.°, que se ofrecian á Kong-fu-tse en la primavera y el otoño, un lechon, una cabra, vino, frutos y telas de seda; que los gobernadores de las ciudades tenian que ir á visitar su templo dos veces al mes, y los mandarines cuando tomaban posesion de sus cargos, ofreciéndole cirios y perfumes; y que se disponian los chinos por medio de ayunos y mortificaciones, á la eleccion de los animales que debian ser sacrificados á aquel gran filósofo. Luego,

añade el propio autor, que los chinos ofrecen la sangre y el pelo de los animales a la memoria de sus antepasados; que conservan sus retratos, los cuales visitan diariamente haciéndoles profundas reverencias, y dándoles cuenta y razon de todos sus negocios; que cuando un niño ha nacido ó quieren casar á sus hijas, van á pedirles su consentimiento, y que disponen una mesa bien servida delante de sus retratos en los dias primero y quinto de cada luna. Finalmente, no niega Lopez que en el momento de hacer los chinos aquellas ofrendas, no rueguen á las almas que les libren de todo mal y les procuren todo el bien posible. Divide á los chinos en tres clases, á saber: la de los letrados de primer órden, la de los letrados comunes y familias medianamente educadas, y la del ínfimo pueblo. Los que pertenecen á la primera no admiten los errores que envuelven las ceremonias celebradas en conmemoracion de los finados, ni creen la presencia de las almas de estos en sus retratos; al paso que los demás chinos admiten todos estos errores, persuadidos de que los difuntos tienen mucho mas poder aun que durante su vida, y que pueden preservar de todos los males á sus descendientes. Véase como no ignoraba el obispo de Basilea ninguna de las ceremonias practicadas en su nacion; pero como no era un gran teólogo, no sucedia lo mismo respecto del derecho que asistia á aquella para practicarlas. Hé ahí porque despues de haber hablado de las ofrendas hechas á Kong-fou-tse, y del modo con que se disponian los chinos para aquella ceremonia, se limita Lopez á decir: « que parecian supersticiosas semejantes ceremonias. » Los mas sábios de entre los dominicos, aquellos á quienes un largo ejercicio del ministerio en China habia puesto en el caso de conocer á fondo aquellas prácticas, pensaban de muy distinto modo. Sin embargo, continuó Gregorio Lopez en los últimos seis años de su vida, ejerciendo el apostolado con la misma santidad y edificacion que lo ejerció en los treinta años que precedieron á su promocion al episcopado. Su muerte, acaecida en Nanking el dia 27 de febrero del año 1687, fué sentida por los misioneros de todas las órdenes; hé ahí lo que escribia un obispo franciscano: « El dia 27 de febrero, despues de una larga enfermedad en la que reveló una paciencia admirable, murió santamente el Ilmo. Sr. Fr. Gregorio Lopez, obispo de Basilea y vicario apostólico. Los eminentes servicios que ha prestado á la Iglesia en general, y á esta mision en particular, son incalculables; no es fácil que de muchos siglos tenga esta Iglesia un prelado igual en santidad; ha sido mucho mas útil aun á su patria despues de su muerte de lo que lo fué durante su vida. Siento que nos haya sido arrebatado en una época en que la viña del señor mas necesidad tenia de un hombre como él. Ya ha recibido, sin duda alguna, la recompensa en el cielo: sepa ahora la tierra honrar dignamente su memoria. »

La biografia de Gregorio Lopez honra mucho á los dos vicarios apostólicos, que lo propusieron á la Santa Sede para el episcopado, y de los que volverémos á continuar su historia.

La Mothe-Lambert conocia personalmente al rey de Siam, al cual habia esplicado en el año 1666 las principales doctrinas del cristianismo con tanta claridad y fuerza, que le pidió aquel príncipe la curacion de uno de sus hermanos que era paralítico, añadiendo: « Si nos demostrais de este modo la verdad de vuestra religion, la abrazarémos desde luego. — No tenemos bastante virtud para merecer que Dios oiga nuestras preces; pero, príncipe, ya que prometeis abrazar la religion cristiana si vuestro hermano logra su curacion, espero con humilde confianza, que Jesucristo se dignará repetir el milagro que en otro tiempo obró en Jerusalen, curando á un paralítico. » Durante tres dias y tres noches estuvieron el prelado y todos los cristianos postrados ante la divina Eucaristía para lograr aquel favor del cielo, cuando se les anunció que los brazos y las piernas del príncipe empezaban á moverse y á funcionar con alguna regularidad. Despues de las primeras efusiones del recono-

cimiento, contestó el prelado: «Decid al rey, que Dios ha concedido ya en parte á las preces de su iglesia lo que él tanto deseaba; que cumpla ahora lo que me prometió. No dudo que su hermano recobrará enteramente la salud, si él cumple su promesa; pero si deja de hacerlo, debe saber que la justicia de Dios omnipotente, dejará á su hermano sumido en la misma enfermedad.» El rey, vivamente admirado de lo que acababa de acontecer, dió á La Mothe-Lambert repetidas pruebas de admiracion hácia las doctrinas católicas que le habia enseñado; pero el temor de una revolucion, y quizás el imperio que aun ejercian en él las pasiones, le impidieron abrazarlas. La consideracion con que el rey de Siam recibió el dia 18 de octubre del año 1673 en audiencia solemne al obispo de Heliópolis, que le presentó un breve de Clemente X y una carta de Luis XIV, indujo á creer que seguia el rey en secreto el camino de la verdad. Véase el contenido de aquel breve apostólico, fechado en 24 de agosto del año 1669: «Serenísimo rey, salud y luz en la gracia divina. Hemos sabido con placer que vuestro reino, aunque siempre colmado de riquezas y de gloria, nunca ha sido tan floreciente como bajo el reinado de V. M. Lo que mas escita empero nuestra admiracion y nuestro afecto hácia vos, es la clemencia, la justicia y todas las demás virtudes que os adornan y os inducen á proteger los predicadores evangélicos que practican y enseñan á vuestros súbditos las leyes de la verdadera religion y de la sólida piedad. La fama ha publicado de uno á otro confin de Europa la grandeza de vuestro poder, la elevacion de vuestro talento, la sabiduría de vuestro gobierno y otras mil brillantes cualidades que reune vuestra augusta persona; pero nadie ha publicado tanto en esta ciudad vuestras virtudes como el obispo de Heliópolis. Por él hemos sabido la generosa proteccion que habeis dispensado á todos los misioneros, cediéndoles terrenos y materiales para construir casas y templos, y dispensándoles otras gracias señaladas que demuestran claramente la magnanimidad de vuestra alma. El obispo de Heliópolis, lleno de reconocimiento, y animado de un celo ardiente por la salvacion de las almas, nos pide volver á vuestro reino; lo que le permitimos con tanto mayor gusto, cuanto que sabemos le dispensaréis, al igual que á su hermano, el obispo de Berithe, toda la proteccion necesaria, y que libraréis á entrambos obispos y á todos los demás misioneros del ódio de los malos y de los insultos de sus enemigos, con vuestra autoridad, vuestra justicia y vuestra clemencia. Os ofrecerá aquel prelado algunos presentes de nuestra parte, que espero aceptaréis no por el escaso valor que en sí tengan, sino como una prueba de la benevolencia y del síncero afecto que os profesamos. Así mismo os dirá aquel prelado que pedimos sin cesar á Dios que se digne derramar sobre vos la luz de la verdad, y que despues de haberos hecho reinar por mucho tiempo en la tierra, os haga reinar eternamente en el cielo.» La carta de Luis XIV, estaba concebida en estos términos: «Poderosísimo príncipe y síncero amigo, sabiendo la favorable acogida que habeis dispensado á nuestros súbditos que, en alas de su ardiente celo por nuestra santa religion han llevado la luz de la fé y del Evangelio á vuestros estados, aprovechamos con placer el regreso del obispo de Heliópolis, para manifestaros nuestro reconocimiento por haberles cedido á él y al obispo de Berythe, todo lo necesario para la construccion de las iglesias y casas de que carecian. Y como incesantemente necesitarán vuestro apoyo, creemos debéroslo pedir en su nombre, asegurándoos que todos los favores que les dispenseis, os los agradecerémos tanto como si á Nos los dispensárais. Quiera Dios, poderosísimo príncipe y escelente amigo, prolongar vuestro reinado y procuraros al fin una muerte gloriosa en justa recompensa de vuestras virtudes.» El rey de Siam, mas resuelto cada dia á proteger los vicarios apostólicos, escogió el dia del año en que se presentaba á su pueblo con todo el esplendor de la magestad soberana (Pl. CXI, n.º 2) para visitar el ter-

reno que habia cedido para seminario; y como viese que no tenia la estension necesaria, añadió otra porcion mayor, en la que quiso hacer construir á sus espensas una hermosa iglesia. Laneau, obispo de Metellópolis, que formó bajo el nombre de la Inmaculada Concepcion, una parroquia en Tennasserim, obtuvo tambien del rey que le cediese un terreno para edificar en ella la iglesia y habitacion del misionero. Además, declaró el monarca ante toda su córte, que autorizaba á los vicarios apostólicos para predicar el cristianismo, y á sus súbditos para abrazarle; autorizacion verbal que se reservó confirmar por medio de un edicto solemne. Como solo faltasen entonces ausiliares para difundir la verdad católica, se dirigieron los vicarios apostólicos á las órdenes de Predicadores y Menores establecidas en Manila, y á su congregacion de San Sulpicio en Francia, cuyo fundador, el R. Olier, habia deseado tan ardientemente que le nombrára Alejandro de Rhodes para las misiones de la India, segun lo indican estas humildes palabras, proferidas por aquel siervo de Dios: «Hace ocho dias que revelé la soberbia de mi corazon, manifestando el deseo que tenia de seguir al generoso apóstol del Tong-king y Cochinchina; pero despues de haberle comunicado mi designio, aquel santo varon no me ha creido digno del apostolado.»

Laneau, obispo de Metellópolis, hizo algunas escursiones apostólicas al reino de Siam, en el que halló á sus habitantes asaz dispuestos á reconocer el Evangelio; de modo que, estableció dos residencias, una en Pourceluc, y otra en un campo habitado por cuatrocientos peguanos, situado á una jornada de la capital.

La Mothe-Lambert, obispo de Berythe, visitó en el año 1675 su vicariato de Cochinchina, por ser menos hostiles en aquella época las disposiciones del soberano, pero el estado de las misiones no le permitió establecerse definitivamente en él: fiel á la palabra que habia dado al rey de Siam, regresó La Mothe-Lambert á sus estados, donde murió á 15 de junio del año 1679. Era el primer obispo que habia ordenado sacerdotes indígenas para la Cochinchina y el Tong-king. Tan pronto como se supo su muerte, acudieron al seminario las personas mas distinguidas de todas las naciones, atraidas por el comercio á Siam, entre los que habia franceses, portugueses, holandeses, ingleses, armenios, mahometanos, idólatras japoneses y siameses, para pagar el último tributo á las virtudes del finado: hasta el gefe mismo de los talapones quiso asistir á sus funerales. Los cristianos de Cochinchina, que le eran deudores de la paz de que gozaban, por la consideracion en que le tenia el gefe de aquel estado, manifestaron públicamente el dolor de que estaban poseidos. Aunque corrió el rumor de que aquella muerte, y luego el incidente que vamos á referir, obligarian á la mision francesa á retirarse, y que no se nombrarian ya nuevos obispos para aquellas iglesias, continuó la mision en el mayor órden, merced á los cuidados del R. Courtaulin, pro-vicario de aquel pais, hasta la llegada de Laneau en el año 1682, portador de las bulas, por las cuales se nombraba á Mahot, obispo de Bide, y vicario apostólico de la Cochinchina. Los dos prelados celebraron un sínodo en Fayfo, antes de que el obispo de Metellópolis regresára á Siam.

Pallu, obispo de Heliópolis, que intentó en el mes de agosto del año 1674, dirigirse á su vicariato del Tong-King, fué arrojado por una tempestad al puerto de Manila. Hallábase entonces á punto de estallar la guerra entre España y Francia, por lo que fué el prelado detenido y enviado á España, por creérsele agente del gobierno francés. La emulacion que despertaba en las demás potencias europeas el establecimiento de las misiones francesas en el Asia superior, á causa de la influencia política y comercial que habia de asegurar indirectamente á la Francia, motivó la rivalidad que por mas ó menos tiempo se notó en todas ellas. Sin embargo, no solo se tuvieron al prelado todas las consideraciones debidas, sino que se le dejó libre al llegar á España (1),

(1) Por mas que haya querido suponerse que al restituir Es-

merced á la intervencion de Inocencio XI y de Luis XIV. Al obrar de aquel modo, supo conservarse España á la altura que le correspondia, y grangearse en bien de sus intereses, el aprecio de los misioneros franceses. Además, el consejo supremo de Indias, manifestó públicamente ser peligrosas las sospechas de los portugueses, y declaró que ni España ni Portugal tenian que ejercer derecho de patronato en las posesiones que no fuesen de su dominacion. Pallu se dirigió de Madrid á Roma en el año 1677, á fin de resolver las dificultades que el ejercicio de la jurisdiccion de los vicarios apostólicos tenia que vencer en las Indias, y obtener una nueva organizacion en los vicariatos, sobrado estensos para que pudiese ser su administracion confiada á un solo prelado. En vista, pues, de las razones que espuso, fué de Bourges nombrado obispo de Auren y vicario apostólico del Tong-King occidental, confiándose al propio tiempo á Deydier, bajo el título de obispo de Ascalon, la parte oriental de aquel reino. El Papa quiso que La Mothe-Lambert, cuya muerte aun no habia sabido, y Pallu, tuviesen una autoridad superior á la de los demás vicarios apostólicos, y que pasase aquella autoridad á ser patrimonio esclusivo del de los dos prelados que sobreviviese al otro. Cuando al salir de Roma se dirigió el prelado misionero á Francia, fué tan profunda la impresion que produjo en ella su presencia que hasta se revela en el hermoso discurso de Fenelon sobre la Epifanía: «Todos hemos visto á ese hombre humilde y magnanimo que ha dado la vuelta al globo terraqueo; todos hemos visto aquella vejez prematura é interesante, aquel cuerpo venerable encorvado al peso de los años, y mas aun de la penitencia y el trabajo; pareciendo decirnos á todos nosotros que no nos cansábamos de verle, oirle, bendecirle y gozar el olor de santidad que se respiraba en torno suyo:» «Miradme, ya que estoy entre vosotros, porque no volveréis á verme el dia en que vuelva á separarme.» Le hemos visto que venia de recorrer la faz de la tierra; pero su corazon mas grande aun que el mundo por él recorrido, estaba aun en aquellas lejanas regiones. El Espíritu Santo le llamaba á la China; y el Evangelio que habia de anunciar en aquel vasto imperio, era como un fuego abrasador que consumia sus entrañas y que no podia soportar por mas tiempo. Idos, pues, anciano santo y venerable, surcad una vez mas el Océano asombrado y sumiso: id en nombre de Dios. Pronto veréis la tierra prometida en la que os será dado sentar vuestra planta, solo por el fuego divino de vuestra esperanza, que ningun contratiempo ha podido moderar ni estinguir. La tempestad que debia causar vuestro naufragio os ha arrojado á la deseada orilla. Por espacio de ocho meses hará resonar vuestra voz el nombre de Jesucristo en las playas de la China, hasta que venga la muerte a arrebataros y á tronchar en flor las esperanzas que habias hecho nacer; pero basta: adorémos los designios de Dios.» Pallu abandonó á Francia en el año 1681; nombrado director espiritual de todo el imperio de la China, se embarcó en el año 1683, prévia la autorizacion del rey de Siam, para aquella tierra por él tan deseada. Acompañábale Cárlos Maigrot, doctor en teología de Sorbona, el cual habia entrado en el seminario de las Misiones Estrangeras, y acababa de abandonar á Francia con Pallu y otros diez y nueve misioneros. Obligado por la tempestad á desembarcar en la isla de Formosa, no llegó el obispo de Heliópolis á Chang-cheou, capital del Fo-kien, hasta el año 1684. «Los jesuitas y algunos otros religiosos, dice el P. Le-Comte, no solo reconocieron su autoridad, sino que hasta prestaron el nuevo juramento que la Sagrada Congregacion habia instituido,

paña la libertad al virtuoso prelado, cedió mas bien á una razon de politica que á una razon de equidad y de justicia, es completamente inexacto. España, la nacion magnánima é hidalga por escelencia, y la que con mas profusion habia derramado la noble sangre de sus hijos por difundir la luz del Evangelio en las regiones del antiguo y nuevo mundo, y por último. España, que habia sido bastante noble y generosa para dejar libre á un monarca francés hecho prisionero en el campo de batalla, no podia conservar en su poder á un inocente misionero, que ningun mal le habia hecho, sin faltar á su dignidad, y sin reprimir los sentimientos de religiosidad y nobleza de que ha dado siempre tantas pruebas. (Nota del Trad.)

por mas que el rey de Portugal lo hubiese prohibido terminantemente, por juzgar que aquel príncipe, en quien el amor á la religion habia triunfado siempre de todos los demás intereses, no lo tomaria á mal, al saber que negándose los jesuitas á aquel juramento, habrian podido causar en China la ruina del cristianismo, y tal vez la de todos los misioneros existentes en los demás puntos de Oriente. Fué sumamente grata á Monseñor de Heliópolis la conducta observada por los jesuitas; disponíase á dar nuevo impulso al cultivo de la viña del Señor, sin permitírselo Dios, por contentarse con el deseo de que le vió animado. » Poco antes de morir, en uso de los poderes que habia recibido, nombró á Maigrot, vice-administrador del imperio de la China, y vicario apostólico de cuatro provincias; terminó Pallu su gloriosa carrera en Moyang, en el mes de octubre del año 1684. Un solo dominico pudo asistir con Maigrot á sus funerales. « Ambos, dice este último, tuvimos que tributar á nuestro prelado los últimos deberes con la pobreza que las circunstancias exigian; vestido de pontifical, estuvo espuesto dos dias, durante los cuales no cesaron de visitarle los fieles llorando la pérdida de tan bondadoso padre. » Segun la costumbre china, se quedó Maigrot con el féretro, hasta que fué por último depositado en un sitio conocido ahora bajo el nombre de Santa Montaña. « Hay en aquel sitio numerosos sepulcros de cristianos, dice el santo mártir Perboyre, entre los que hay varios de sacerdotes y los de tres obispos, uno de los cuales fué otro de los fundadores del seminario de las Misiones Estrangeras, y uno de los primeros vicarios apostólicos en China. Junto á aquellos restos tan venerados, se apodera del alma un sentimiento profundamente religioso, y hasta se cree uno poseido del mismo aliento vital que les animó un dia. Tienen en aquella provincia los sepulcros una forma notable y verdaderamente monumental: encierran cada sepulcro cuatro altas paredes en forma circular, en las que hay en su parte interior diferentes esculturas; son magestuosos y sencillos, como deben serlo todos los monumentos fúnebres. »

La muerte de Pallu puede ser considerada como el principio de una nueva época, en la historia de la Congregacion de las Misiones Estrangeras. « La falta de autoridad en un centro único, dice el obispo de Hesebon, y el sucesivo desenvolvimiento de las misiones particulares, fueron causa de que tomase cada una de ellas una forma especial, una tendencia hácia el fin que cada cual se proponia. Cualquiera otra institucion se habria resentido mas ó menos del golpe terrible que sufrió su unidad, por ser esta la que constituye la fuerza de toda corporacion destinada á obrar en comun; pero no sucedió así en nuestra sociedad. Encargados de formar iglesias independientes de Europa, tenemos que variar de medios, á medida que varian las costumbres y las circunstancias locales; basando, por decirlo así, nuestra vida, en la vida de los pueblos en que nos encontramos. »

CAPÍTULO XV.

La Congregacion de las Misiones Estrangeras es el móvil de una alianza entre Siam y la Francia. — Jesuitas portugueses en Siam. — Seis jesuitas franceses son destinados á la China. — Catorce jesuitas franceses parten á Siam. — Revolucion en este pais.

Habiendo llegado la fama del rey Luis XIV por medio de los misioneros de las Indias, á oidos del rey de Siam, encargó este á Laneau, obispo de Metellópolis, que dispusiera una embajada para enviarla á aquel monarca. Un sacerdote llamado Gayme, que acompañó á los enviados siameses, murió por el camino en el año 1682, y regresaron aquellos á su pais. Dos años despues dispúsose otra embajada compuesta de dos sacerdotes de las Misiones Estrangeras, llamados Vachet y Pascot, quienes acompañados de tres embajadores y de seis jóvenes indígenas, que el rey queria hacer instruir en las ciencias europeas, llegaron felizmente á Paris y fueron presentados á

Luis XIV. (Pl. CXII, n.° 1.) Con este motivo Fenelon hizo un sermon sobre la Epifanía, en el que dijo: « Entre los diferentes reinos en donde la gracia toma diversas formas, segun la índole de los naturales, las costumbres ó los gobiernos, existe una que es la via del Evangelio para otras. Este pais es Siam, donde se reunen muchos hombres de Dios, donde se forma un clero numeroso que habla tantas lenguas cuantos son los pueblos á quienes debe comunicar la palabra de vida; en aquel pais, en fin, empiezan á elevarse hasta las nubes algunos templos donde deben resonar las alabanzas al Todopoderoso. No tardeis, oh gran rey, en consagrar al verdadero Dios vuestro propio corazon, que será el mas agradable y el mas augusto de todos los templos!» Se esperaba con tanto mas fundamento la conversion de aquel príncipe, cuanto se sabia el crédito que gozaba con él Constantino Phaulkon. Natural de la isla de Cefalonia, Constantino habia seguido desde su infancia al capitan de un buque mercante inglés con quien entró despues en tratos de comercio; las economías que procuró á la Compañía inglesa en la India, le permitieron fletar un buque por su propia cuenta; pero habiendo naufragado en la costa de Malabar, encontró allí á un embajador siamés, náufrago como él, á quien condujo á Siam en una barca que compró con los últimos recursos que le quedaban. La Mothe-Lambert, obispo de Berythe, dió asilo á Phaulkon en el seminario, y agradecido el embajador, lo presentó á la córte donde alcanzó algun favor. Educado en la heregía anglicana por los protectores de su infancia, atendió durante una enfermedad que le aquejó á las instrucciones del P. Tomás, jesuita portugués, y abjuró por último sus errores el dia 2 de mayo del año 1682 en la iglesia de la Compañía de Jesus. Desde entonces hizo cuanto pudo para favorecer la propagacion de la religion católica en Siam, Tong-king, Cochinchina y en la China; y Luis XIV podia confiar que determinaria al rey á convertirse, sobre todo, si la presencia de un embajador francés, añadia un nuevo peso á su influencia. A este objeto, designó al caballero de Chaumont, que acompañó al abate de Choisy, destinado á residir como embajador ordinario, en Siam, en caso que se convirtiera el rey. Tambien se ofreció de este modo la ocasion de realizar otro proyecto

« Se trabajaba entonces en Francia, de órden del rey, dice el jesuita Fontaney, para reformar la geografía. Los individuos de la Academia real de ciencias, á quienes estaba confiado aquel trabajo, habian enviado algunas personas hábiles de su seno á todos los puertos del Océano y del Mediterráneo, á Inglaterra, Dinamarca, Africa y á algunas islas de América para hacer algunas observaciones necesarias. La mayor dificultad se presentó para la eleccion de las personas que debian enviarse á las Indias y á la China para lograr que fuesen bien recibidas, y no despertasen recelos á los estrangeros en el desempeño de su cargo. Para subsanar este inconveniente reunióse á los jesuitas, misioneros en aquellos paises, y cuya vocacion les lleva do quiera pueden alcanzar algun fruto para la salvacion de las almas. El ministro Colbert me hizo el honor de mandarme á buscar en compañía de M. Cassini, y me dirigió las siguientes palabras que nunca olvidaré: « Las ciencias no merecen, Reverendo Padre, que os tomeis la molestia de cruzar los mares y desterraros á un pais lejano, separado de vuestra patria y amigos; pero como el deseo de convertir á los infieles y de ganar almas á Jesucristo, os hace emprender á menudo semejantes viages, desearia que vuestros hermanos en religion, aprovechasen los claros que pudiesen dejarles sus ocupaciones evangélicas, para hacer en aquellos paises algunas observaciones que nos faltan para la perfeccion de las ciencias y de las artes. » Aquel proyecto no dió por entonces ningun resultado, y casi quedó olvidado con la muerte de aquel famoso ministro; pero como dos años mas tarde resolviese el rey enviar un embajador estraordinario á Siam, el marqués de Louvois que

sucedió á Colbert en el cargo de director de las ciencias, artes y manufacturas de Francia, pidió á nuestros superiores seis jesuitas hábiles en matemáticas, para emplearlos al objeto dicho. Hacia ocho años que yo enseñaba matemáticas en nuestro colegio de Paris, y hacia mas de veinte que solicitaba con vivas instancias ser enviado á las misiones de la China y del Japon; pero, sea que se me juzgase indigno, ó que la Providencia me reservase para mejor ocasion, mis deseos no se veian satisfechos. Poniendo toda mi confianza en Dios, llegó un dia no obstante en que mis esperanzas se vieron cumplidas, porque habiéndose presentado la ocasion referida, fuí el primero que me ofrecí á nuestros superiores, quienes me concedieron por fin lo que tanto tiempo anhelaba, encargándome que buscase á los misioneros que debian acompañarme. No puedo manifestaros, R. Padre, el contento que esperimenté entonces; porque preferia mil veces mas ir á enseñar nuestras ciencias en los confines de la tierra, donde esperaba conquistar algunas almas á Dios, y hallar ocasion de sufrir por su amor y por la gloria de su santo nombre, que continuar enseñándolas en Paris en el primero de nuestros colegios. Apenas se supo que yo buscaba algunos misioneros para la China, se presentaron un gran número de escelentes operarios, habiendo sido preferidos á todos los demás, los PP. Tachard, Gerbillon Le-Comte, Visdelou y Bouvet.» El P. Tachard completa así su relacion: «Se nos avisó en secreto, que estuviésemos dispuestos para marchar á los dos meses lo mas tarde. Al dia siguiente fuímos juntos á Montmartre para dar gracias á Dios, por la intercesion de la Santísima Vírgen y de los santos mártires, por la gracia que nos habia concedido y para ofrecernos á Jesucristo, muy particularmente en aquel sitio, donde San Ignacio y sus compañeros hicieron sus primeros votos. Habiéndose hecho público en Paris el objeto de nuestro viage, los individuos de la Academia que tan interesados estaban en él, nos concedieron el honor de admitirnos en su seno, y asistimos á sus sesiones pocos dias antes de nuestra partida.»

Los seis jesuitas recibieron ademas los títulos de matemáticos de S. M. Habiéndose embarcado en Brest el 3 de marzo de 1665, encontraron en Batavia al jesuita Fuciti, de quien habla el P. Tachard en estos términos: «No se puede decir la alegría y satisfaccion que esperimentamos viendo á aquel santo varon, venerable por su ancianidad y por sus prolongados trabajos en las misiones de la Cochinchina y del Tong-king.... Permaneció ocho años en la Cochinchina, donde bautizó á mas de cuatro mil almas por sus propias manos; y diez y seis años en Tong king, donde bautizó á diez y ocho mil. Durante aquel largo apostolado, estuvo encarcelado varias veces; por espacio de ocho dias con sus noches estuvo oprimido con la argolla chinesca, que es una larga y pesada escalera que descansa sobre las espaldas; y por ocho ó nueve meses, llevó esposas y grillos en piés y manos. Fué condenado á muerte y mas de una vez se vió en vísperas de obtener la palma del martirio, que lo fué su vida entera. Hizo diez y seis viages por mar, y se halló cinco veces en grave peligro de ser muerto por los infieles. Permaneció diez ó doce años en Tong-king sin atreverse á dejarse ver, permaneciendo oculto durante el dia en un barquichuelo y consagrándose de noche al apostolado.... Habia partido de su iglesia el dia 29 de octubre del año 1684 con el P. Manuel Ferreyra, superior de la mision.... Aquellos dos padres, llegaron á Batavia el 23 de diciembre á bordo de un buque holandés que habia sido desviado por una tempestad del rumbo de Siam á donde se encaminaba.» Ferreyra habia partido para Macao, y Fuciti acompañó á los jesuitas franceses á Siam, donde no habia entonces mas que un solo religioso de su órden, llamado Suarez. A su llegada, el mandarin encargado de cumplimentar al caballero Chaumont, le dijo entre otras cosas lisonjeras que, «ya sabia que S. E. habia estado empleado otras veces en grandes negocios, y que hacia mas de mil años que habia



ido de Francia á Siam para renovar la amistad de los reyes que gobernaban entonces ambos estados » El embajador contestó, sonriéndose, á aquel partidario de la metempsícosis, que no se acordaba que nunca hubiese estado encargado de semejante comision, y que era la primera vez que pisaba el suelo de Siam. Díjole además, que lo que mas aseguraba la alianza entre los monarcas era la comunidad de religion, y conjuróle en nombre de su soberano, que desterrára las falsas divinidades que adoraba para no reconocer mas que á un solo Dios verdadero. A ruegos de Laneau, obispo de Metellópolis, el embajador pasó al seminario para hacer una visita al vicario apostólico. « Esta casa, dice el P. Tachard, hablando del seminario, es la mas hermosa de la ciudad y tambien de los barrios estramuros, habitados por los estrangeros. Tiene dos pisos, en cada uno de los cuales pueden vivir cómodamente veinte personas, y las habitaciones son grandes y espaciosas. Uno de los patios dá al jardin y el otro á una iglesia que hizo construir el rey de Siam, que todavía no está terminada, pero que será muy grande, y si se sigue el plan trazado al efecto, reunirá muchas bellezas. »

Phaulkon trataba de que se reunieran en Siam doce jesuitas matemáticos y hacer construir un observatorio por el estilo de los de Paris y de Pekin, confiando que la ciencia abriera paso al cristianismo. Aquel proyecto mereció la aprobacion del rey, cuyo interés fué vivamente estimulado por los esperimentos astronómicos de seis religiosos destinados á la China. El P. Fontaney, su superior, observó, como lo habia acordado con Cassini antes de su partida, un eclipse total de luna, que podia ser de suma utilidad para determinar exactamente las longitudes. Maravillado el rey del gran saber de los jesuitas, hízoles ofrecer en una gran bandeja de plata, seis sotanas y otras tantas capas de raso floreado; dirigiéndose despues al P. Tachard, encargado de ir á Francia en busca de doce matemáticos de su órden, le hizo presentar en un azafate de oro, dos ricos crucifijos (Pl. CXII, n.° 1.) El mas hermoso estaba destinado para el P. La-Chaise, confesor del rey, y «el otro, dijo al P. Tachard, os lo doy con gusto para que os sirva de fiel compañero durante todo el viage. » Unos crucifijos parecidos fueron enviados a los RR. Vachet y Artus de Leon, sacerdotes de la Congregacion de las Misiones Estrangeras, encargados de acompañar á Francia, dos nuevos embajadores siameses. Pero el rey no realizó las esperanzas que habia hecho concebir respecto de su conversion, de modo que el abate Choisi volvió á embarcarse el dia 14 de diciembre, con el caballero de Chaumont, cuyo viage no dió mas resultado que un tratado, segun el cual, no solo se concedia á los misioneros la facultad de predicar la fé en el reino de Siam, sino que se eximia además á los fieles de la jurisdiccion de los tribunales ordinarios y se les concedia diversos privilegios. La alianza entre Siam y la Francia, quedó cimentada en Versalles por un tratado de alianza, en virtud del cual, Mergui y Bangkok, principales fortalezas de los siameses, quedaban en poder de los franceses con la facultad de tener en ellas una guarnicion. Al propio tiempo, y por mandato de Luis XIV, el P. Le-Chaise escribió á los provinciales de las cinco provincias que los jesuitas tenian en Francia, que eligiesen algunos individuos para pasar á Siam, y al efecto fueron designados catorce. El P. Tachard, que habia ido á buscarles, les acompañó partiendo el dia 1.° de marzo del año 1687 con Mr. de Lyonne, nombrado obispo de Rosalia y vicario apostólico en China, y tres nuevos sacerdotes de la Congregacion de las Misiones estrangeras. Los Sres. Loubere y Ceberet, enviados estraordinarios del rey, y el comandante de las tropas que debian ocupar los fuertes antes citados, acompañaron á los embajadores siameses. Al llegar al término de su viage, supo el P. Tachard, que, en el mes de julio del año 1686, los cinco jesuitas franceses que habia dejado en Siam habian partido para Macao; pero que la impericia de su piloto y la dificultad de la navegacion en aquellos mares tempestuosos, no

les habian permitido llegar á donde se dirigian, habiendo regresado al punto de su partida; que habiendo sabido entonces que los portugueses se oponian al paso de los misioneros franceses de Macao á la China, habian emprendido otra ruta, embarcándose en el mes de julio del año 1687 en un buque chino que iba á Nimpo, en la provincia de Tche-kiang, en donde el emperador les mandó á llamar para que pasasen á Pekin.

« Se usan en Siam, dice el P. Tachard, dos lenguas muy diferentes: la lengua que emplea el pueblo, llamada en portugués « lengua de fora, » y la lengua de los mandarines y palaciegos llamada « lengua de dentro. » Como no habia mas que los talapuinos (1) que pudiesen enseñar la última, si bien los jesuitas no tenian gran interés en aprenderla, deseoso el rey de que la supiesen, mandó llamar á dos sancraes ó gefes de los talapuinos de los mas sábios de Siam y de Luvo, ordenando que enseñasen la lengua de palacio á los PP. de la Compañía que irian á alojarse en sus casas. Aquella órden no fué muy agradable á aquellos prelados de los talapuinos, pero preciso les fué obedecer sin réplica. La vida que llevan aquellos solitarios es sumamente austera, y á fin de no escandalizarles, fué preciso que los PP. que vivian con ellos se conformasen en las cosas lícitas. » Pasado algun tiempo el rey de Siam, mandó otros embajadores á Europa, y tambien esta vez estuvo encargado de acompañarles el P. Tachard, agregándose á la comitiva cinco jóvenes siameses, que deseaban que fuesen iniciados en las ciencias que se enseñaban en el colegio de la Compañía de Jesus en Paris. Como la Santa Sede habia dispuesto que los jesuitas no evangelizáran en adelante el Tong-king, cuyos primeros apóstoles habian sido, se aprovechó aquella ocasion para enviar á Italia á tres catequistas tongkineses, encargados de reclamar contra la esclusion de los jesuitas. Luis XIV antes de admitir en audiencia á los mandarines siameses, quiso que fuesen á entregar al Papa una carta que le dirigia su soberano, en contestacion al breve de que habia sido portador el obispo de Heliópolis. Al presentarlos el dia 23 de diciembre del año 1688, al Pontífice romano, Tachard le dijo: « Uno de los mas grandes reyes del Oriente, todavía pagano, sabedor y sumamente admirado, tanto del esplendor de vuestra dignidad, Santísimo Padre, y de vuestra preeminencia, como de la santidad de vuestra vida y de la grandeza de vuestras virtudes personales, ese gran rey, digo, me ha encargado que en su nombre viniera á ofrecer á Vuestra Santidad, su amistad, su profundo respeto y su real proteccion para todos los predicadores del Evangelio, y para todos los fieles; y esto, con toda la sinceridad de que puede ser capaz un príncipe cristiano. Este poderoso príncipe empieza ya á hacerse instruir, levanta altares é iglesias al verdadero Dios; pide misioneros sábios y celosos; les hace construir casas y colegios grandiosos; nos concede frecuentemente secretas y largas audiencias, y nos hace tributar honores que humillan á los principales ministros de su secta, para quienes abrigaba en otro tiempo una supersticiosa veneracion. » La carta estaba escrita en una lámina de oro rollada, ancha de medio pié y larga de unos dos piés Decia el rey al terminarla: « Dios, creador de todas las cosas, conserve á Vuestra Santidad para la defensa de la iglesia, de modo que pueda ver á esta misma iglesia, crecer y dilatarse con igual fertilidad en todos los ámbitos de la tierra. » El dia 7 de enero del año 1689, el P. Tachard, los mandarines siameses y los catequistas tongkineses, emprendieron el camino de Francia; pero á causa de haber estallado aquel mismo año una revolucion en Siam, quedaron frustradas las esperanzas del Pontífice romano. Celoso el mandarin Pitracha del favor de que gozaba Constantino Phaulkon, logró la pérdida de su rival enemistándolo con el rey. La guarnicion francesa de Mergui se embarcó, á pesar de la resistencia de los siameses, dirigiéndose á Pondichery, donde la compañía

(1) Sacerdotes idólatras de Siam y del Pegú, que están encargados de la educacion de las clases elevadas. (Nota del Trad.)

francesa de las Indias tenia un establecimiento, así como en la costa de Coromandel y en Bengala. Deseoso Pitracha de que le ausiliara en la realizacion de sus planes el comandante de la guarnicion de Bang-kok, encargó su logro al obispo de Rosalia, que no pudo alcanzarlo, y despues al obispo de Metellópolis, que supuso tendria mas ascendiente en el ánimo de los franceses. «Hízolo acompañar á Bang-kok, escoltado por una compañía de «Brazos-pintados,» que son los hujieres y ejecutores de la justicia, dice el autor de la «Historia de Siam.» Aquella milicia, tan indisciplinada como insolente; portóse de un modo indigno con los domésticos del prelado, á quienes atados de piés y manos pusieron al cepo, esponiéndolos casi desnudos á los rayos de un sol abrasador, á las picadas de los insectos y á los rigores de la sed y del hambre. Tambien fueron objeto de muchos ultrajes, tanto el obispo como el misionero Basset que le acompañaba. Quitáronles la mayor parte de sus vestidos, incluso el sombrero, y al llegar á un fuerte cercano al de Bang-kok, el comandante, que era un mandarin, les hizo subir á un terraplen batido por los proyectiles disparados por los cañones franceses, quienes cesaron de hacer fuego cuando reconocieron las víctimas que les ofrecian para ser inmoladas.» Pitracha acabó por conceder que se retirase la guarnicion á Pondichery, bajo condicion de que el obispo de Metellópolis y los misioneros, respondian con sus cabezas del regreso de los buques empleados en trasportarles; pero habiéndose negado los franceses, por no haberles cumplido las promesas que se les hicieran, á entregar á su partida los rehenes siameses, «arrebataron al obispo de Metellópolis de la nave en que se habia embarcado, dice el autor citado, le arrastraron ignominiosamente por el barro, dejándole espuesto por mucho tiempo á los ardores del sol y á las picadas de los insectos. Los unos le arrancaban los pelos de la barba, los otros le escupian el rostro y los que no podian acercársele para herirle, le arrojaban piedras y cieno.... Un resto de veneracion que no podia negarse á su virtud, enterneció á sus perseguidores; algunos siameses, mas sensibles que los otros, le condujeron á Bang-kok y le encerraron en una cabaña vecina á la casa de una muger cristiana, cuyas atenciones le volvieron á la vida. Cuando estuvo en estado de suportar las fatigas del viage, condujéronle á la capital, donde fué puesto bajo la vigilancia de una guardia cuyos individuos tan sórdidos como crueles, para arrancarle algun dinero se escedian de las severas órdenes de su gefe.... Una soldadesca brutal penetró tumultuosamente en el colegio sacando de él á los sacerdotes, escolares y criados. Sin respetar ni la inocencia de la juventud, ni las enfermedades de la vejez, todos fueron conducidos á la cárcel y confiados á un carcelero feroz, quien creyó contraer un mérito religioso haciéndoles sufrir los rigores del hambre y la intemperie.» Al cabo de algun tiempo, obtuvieron los cautivos el permiso de mendigar diariamente por espacio de una hora su sustento por la ciudad, hasta que habiendo devuelto el comandante francés los rehenes siameses, el obispo de Metellópolis recobró su libertad. «No nos pesa, escribia á Luis XIV en mayo del año 1690, haber procurado la libertad á los que han partido, esponiéndonos al cautiverio; otro tanto haríamos cuantas veces fuese necesario.» El seminario general, habia sido trasladado durante las revueltas á Pondichery, donde debia permanecer hasta que los holandeses se apoderasen de aquella ciudad; pero quedáronse con Laneau un corto número de jóvenes destinados al sacerdocio. El dia de la Asuncion trasladaron á los misioneros y á sus discípulos, desde la cárcel pública á una casa particular, en donde el prelado les hizo volver á seguir los ejercicios que tenian de costumbre antes de la persecucion. El P. Tachard, encargado de procurar la libertad á los cautivos, llegó á Mergui á fines del año 1690, y utilizó hábilmente á los mandarines que volvieron de Europa con él; por manera que las relaciones de la Francia con

Siam volvieron á seguir bajo un pié amistoso. El nuevo soberano puso al obispo de Metellópolis en estado de poder restablecer el seminario y el colegio que habian sido destruidos, y á la vez mas prendado de las virtudes del prelado, le hizo entregar algunas cantidades de su propio tesoro. Satisfecho Laneau por aquella resurreccion de la mision de Siam, tuvo tambien la satisfaccion de saber que dos miembros de su congregacion habian obtenido la palma del martirio en el Pegú; uno de aquellos sacerdotes se llamaba Genoud y era natural de Suiza, fué condenado á muerte en el mes de marzo del año 1693, y el otro, Joret, natural de Borgoña, inmolado un mes despues de su cofrade. El obispo de Metellópolis murió á principios del año 1696 de tal modo venerado por los idólatras, que el rey de Siam quiso costear los gastos de sus funerales.

Pero debemos decir cuál fué la muerte de los jesuitas franceses que fueron llamados á aquel reino, y por consiguiente fijar nuestra atencion en el Indostan.

CAPÍTULO XVI.

Apostolado de los jesuitas y de los Capuchinos en el Maduré, Tanjaur, Carnate y Bengala.— Legacion de Maillard de Tournon.

Despues de la revolucion de Siam, el P. Bouchet, pasó á la provincia de Malabar, en donde se consagró á la mision del Maduré. Cuando llegó allí, los jesuitas portugueses que eran los fundadores de la mision, no se atrevian á penetrar en las aldeas sino de noche; pero afortunadamente pronto las cosas cambiaron de aspecto. Establecióse en Aour, pequeña poblacion que contenia muy pocos cristianos; pero como conocia la índole de aquellos pueblos, que se dejan llevar por las apariencias, resolvió edificar en ella una iglesia bastante hermosa para escitar la curiosidad y llamar á los infieles. Construyóla en el centro de un grande espacio de terreno, y las paredes de distancia en distancia, fueron pintadas y adornadas en el interior con columnas empotradas, revestidas de una corniza que comprendia toda la columnata. El piso fué empedrado con mucho esmero, disimulandose de tal modo la union de las baldosas, que parecia revestido de una sola pieza de mármol blanco. El altar se hallaba en el centro de la nave, á fin de que se pudiese ver de todos lados, sosteniendo su remate, que consistia en una corona imperial, ocho elegantes columnas tambien de mármol. Habiase dorado las partes mas visibles y la arquitectura india mezclada con la de Europa, producian un efecto sumamente agradable. Apenas estuvo terminada aquella iglesia que fué dedicada á la Santísima Vírgen, cuando acudieron de todas partes, y sobre todo de la capital, para verla. Así el misionero tuvo ocasion de hablar de Dios á una multitud de personas, muchas de las cuales se convirtieron y se establecieron en Aour, que se trasformó en uno de los pueblos mas considerados del reino. El P. Bucher pudo decir de Aour lo que San Gregorio el Taumaturgo decia, al morir, de su ciudad episcopal: « No habia mas que diez y siete cristianos cuando vine; pero gracias á Dios, al presente no quedan mas que diez y siete infieles. » En efecto, no quedaron en aquel pueblo mas que dos ó tres familias de idólatras: Aour llegó á ser la mision mas considerable del Maduré, puesto que dependian de ella veinte y nueve iglesias, en las que se contaban mas de treinta mil cristianos. Fué nombrado el fundador de aquella hermosa cristiandad para ejercer las funciones de visitador en el Maduré. Cuando llegó á Tritchirapalli no habia en aquella ciudad sino algunas iglesias de parias, la última de todas castas, lo que daba á los idólatras una idea muy poco favorable del cristianismo; pero al poco tiempo se construyeron cuatro iglesias para las castas superiores, y aunque estuviesen formadas de arcilla y cubiertas de paja, no dejaban de estar muy adornadas en su interior. Con fecha de 1.° de diciembre del año 1700, el P. Bouchet escribia desde Maduré al P. Gobien: « Por lo que á mi hace, en estos últimos cinco años he bautizado á mas de

once mil personas, y mas de veinte mil desde que estoy en esta mision. Corren á mi cargo treinta pequeñas iglesias y cerca de treinta mil cristianos. Respecto á las confesiones me seria difícil poder fijar el número, pero creo haber confesado á mas de cien mil cristianos.» Añade en la misma carta: «Nuestra mision de Maduré está mas floreciente que nunca. En este año hemos tenido cuatro grandes persecuciones; en una de ellas hicieron saltar á palos los dientes de uno de nuestros misioneros (el P. Bernardo de Saa), y actualmente me hallo en la córte del príncipe de estas tierras para procurar la libertad al P. Borghese, que por espacio de cuarenta dias ha estado encerrado en las cárceles de Tritchirapalli, con cuatro de sus catequistas que han sido aherrojados. Pero estas persecuciones, no hacen mas que hacer progresar la religion; cuanto mas el infierno se opone á nuestros designios, tanto mas el cielo nos concede nuevas conquistas. La sangre de nuestros cristianos, derramada por Jesucristo, es como siempre la semilla de una infinidad de prosélitos.»

En el número de los misioneros del Maduré, que tuvieron la gloria de sufrir por Jesucristo, debemos continuar á Francisco Lainez y Simon Carvalho. Regresaba Lainez en el año 1699 de la mision de Ultramelur, última residencia de aquel reino, cuando fué condenado á un tormento tan doloroso como estraordinario. «Habia obtenido, dice el jesuita Dolu, del *durey* ó señor de Ultramelur, el permiso de construir una iglesia en sus tierras, hácia el Norte y cerca de la célebre ciudad de Cangiburam, en el reino de Carnate. Instigado por algunos gentiles, mandóle prender un gobernador y entrególe á merced de una soldadesca desenfrenada, causándole graves heridas, muchos soldados le mordieron hasta arrancarle la carne.» Libre y habiendo recobrado la salud, el P. Lainez fué en el año 1700 á socorrer á los cristianos de Marawa, en cuyo ejercicio habia sido martirizado Juan de Britto. «El P. Lainez, añade Dolu, ha pasado en aquel pais por espacio de cinco meses, en medio de los mayores peligros, acostándose bajo una enramada y aguardando á los naturales á orillas de algun estanque, donde acostumbran ir á bañarse. Cuando tenia reunido un buen número, les esplicaba los misterios de nuestra religion, y su palabra ha dado tan buenos frutos, que en un corto espacio de tiempo, ha logrado bautizar á cuatro ó cinco mil idólatras, sin hacer mencion de muchos miles de cristianos á quienes ha administrado los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía.»

Carvalho se encargó de la cristiandad de Taujaur, al oriente del reino de Maduré. «Este padre, dice el jesuita Martin, uno de los mas ilustres y celosos obreros, es natural de la provincia de Goa, donde gozaba de mucha fama por su talento. Desempeñaba la cátedra de teología con mucho aplauso, cuando apenas contaba treinta años y rayaba tan alto su virtud, que se le llamaba el «bendito Padre.» Aunque se ocupára muy útilmente al servicio del prójimo en la ciudad y en las cercanías de Goa y Malabar, concibió vivísimos deseos de consagrarse á la mision de Maduré. Comunicó su propósito á los provinciales de las provincias de Goa y Malabar, y estuvo tan persuasivo con ellos, que antes que nadie lo sospechase, ya estaba agregado á la mision de Maduré. Este varon es un grande ejemplo de celo, mortificacion, caridad y de todas las demás virtudes que son el patrimonio del hombre apostólico. Por lo que á mi hace, me parece una cosa prodigiosa que, estando casi siempre enfermo, pueda soportar las inmensas fatigas que sobre él pesan. Es tan grande su interés por los progresos de la mision, que cuando acontece cualquier desgracia en alguna de nuestras iglesias, su dolor no tiene límites; llora sin cesar y por dos ó tres dias está sin comer; así es que en cuanto se puede, se le ocultan todos los contratiempos, que no deja de haberlos en estas misiones. Pero no parece sino que Dios quiera poner á prueba á este santo varon; porque ningun apóstol sufre mas persecuciones que él en el lugar en que tra-

baja. En el año 1698, tuvo el sentimiento de ver derribar una hermosa iglesia que habia construido entre la ciudad de Tanjaur, y un famoso templo de idolos. Los sacerdotes de este templo, que con gran disgusto la habian visto edificar, resolvieron destruirla y hé aqui el artificio de que se valieron. Hicieron correr la voz entre el pueblo, de que los dioses de su templo querian que se destruyera la iglesia de los brahmas del norte, y que si así no se hiciera, abandonarian su morada, « porque cuando debian ir, al través de los aires, desde aquel templo á la ciudad de Tanjaur, encontraban en mitad del camino la iglesia de aquellos estrangeros, y siéndoles imposible pasar por encima, tenian que dar un gran rodeo, lo que les causaba mucha molestia y fatiga. » Por mas groseras que fuesen las quejas de aquellos dioses imaginarios, fueron atendidas por los idólatras, quienes se amotinaron y acabaron por destruir la iglesia, autorizados por un ministro de Estado que habian ganado, y que por otra parte era enemigo de nuestra religion. » El P. Carvalho, fué preso lo propio que Miguel Bartholdo, en una sangrienta persecucion que se alzó contra los cristianos; muriendo el 14 de noviembre del año 1701 de hambre en la cárcel de Tanjaur. El P. Bartholdo, despues de haber sido atormentado durante algunos dias, fué puesto en libertad.

Los capuchinos franceses establecidos en Madras desde el año 1642, habian sido llamados por los fundadores de la colonia de Pondichery en el año 1671, fecha del establecimiento de su factoría; pero su corto número les obligó á limitarse al litoral, ocupado por los franceses. Los hijos de San Ignacio suplieron á los de San Francisco, é hicieron, lo que estos no pudieron hacer. « Despues de haber quedado destruida nuestra mision de Siam, escribia el P. Tachard al conde de Crecy, la mayor parte de nuestros PP. se retiraron á Pondichery en la costa de Coromandel.... Al ver el gran número de idólatras que nos rodeaban de oeste á norte, nos decidimos á trabajar para su conversion Los grandes progresos que habian hecho los jesuitas en el Sud, donde habian formado una cristiandad de mas de doscientas mil almas, nos hizo creer que empleando los mismos medios para la conversion de los indios establecidos en el norte de Pondichery, podiamos, quizás con el tiempo, obtener de Ntro. Sr. Jesucristo las mismas bendiciones. Para alcanzar aquel logro, empezamos por establecernos en Pondichery; pero habiéndonos arrojado los holandeses en el año 1693, casi enseguida de haber empezado á celebrar nuestras primeras funciones de iglesia, en el templo que habíamos construido, nuestras esperanzas iban á quedar desvanecidas sin remedio, si la Providencia no hubiese puesto en vuestras manos la conclusion de la paz general. Merced, Señor, á vuestro celo, Pondichery fué devuelto á la real Compañía, y fuísteis al propio tiempo el restaurador de nuestra mision amenazada, como habiais sido ya otras veces su bienhechor, tanto en Levante como en las Indias orientales y en la China. »

Este punto será mejor dilucidado por medio del estracto de una carta del P. Pedro Martin. Este jesuita habia sido enviado en un principio á Persia, pero tenia para él mayor atractivo otra mision, en la que habia mas sufrimientos y trabajos. « He encontrado lo que buscaba, mas pronto de lo que creia, escribia el 30 de enero del año 1699 en Belasor de Bengala, al P. de Villette. Durante el viage fuí preso por los árabes y retenido prisionero por no haber querido abrazar la doctrina de Mahoma. Por mas que hicieron aquellos infieles para averiguar quienes éramos, el P. Beauvollier, mi compañero y yo, no lo pudieron lograr, sospechando siempre que éramos de Constantinopla, por vernos leer libros persas y turcos. Los dejamos en aquel error, hasta que á uno de ellos se le ocurrió exigirnos la profesion de su maldita sexta. Entonces nos declaramos abiertamente cristianos, pero sin decir de que pais éramos. Como tratásemos de manifestarles las imposturas de Mahoma, se

encolerizaron hasta el punto de apoderarse del buque en que íbamos, aunque perteneciese á unos moros (mahometanos). Despues de haber desembarcado, nos condujeron á la cárcel y nos hicieron comparecer varias veces tanto al padre como á mi, ante los magistrados, por ver si podrian seducirnos, pero encontrándonos siempre por la misericordia de Dios, firmes y constantes, cesaron por fin de atormentarnos y enviaron un espreso al gobernador de la provincia, para que les dijera lo que debian hacer de nosotros. Contestóles que nos pusieran en libertad, sin causarnos ningun daño, mientras no fuésemos *pranguis* (1), esto es, europeos. No sospecharon que lo fuésemos porque no siempre hablábamos en turco, el P. Beauvollier no leia mas que libros árabes y yo libros persas. De modo, que el Señor no nos juzgó dignos en esta ocasion, de sufrir la muerte por su santo nombre, quedando libres despues de algunos dias de cárcel y muchos malos tratos. Desde allí pasamos á Surate, donde se quedó el P. Beauvollier, por ser el superior de la mision que tenemos en aquel pais. Por lo que á mi haco, pasé á Bengala, estando varias veces á punto de caer en manos de los holandeses. Al momento que llegué á aquel hermoso reino, que está bajo el dominio de los mahometanos, aunque casi todo el pueblo es idólatra, me consagré al estudio del idioma del pais, y al cabo de cinco meses me encontré en estado de poderme disfrazar, y entrar en una famosa universidad de bramines, doctores de los indos. Como únicamente poseíamos muy escasas noticias de su religion, nuestros padres deseaban que permaneciera allí dos ó tres años para poderme instruir á fondo. Mi resolucion estaba tomada, y estaba dispuesto á llevarla á cabo, cuando de repente se alzó tan terrible guerra entre los gentiles y los mahometanos, que no habia seguridad en ningun parage, sobre todo para los europeos; pero Dios que nunca abandona, da en semejantes ocasiones una fortaleza que no se puede esplicar. Como apenas temia el peligro, nuestros superiores me permitieron entrar en un reino vecino, llamado Orixa, donde, en el espacio de diez y seis meses, tuve la dicha de bautizar cerca de cien personas, algunas de las cuales ya eran sexagenarias. Esperaba con la gracia de Dios, hacer una cosecha mas abundante andando el tiempo; pero todo lo que pudimos obtener fué encargarnos de una especie de parroquia erigida en la habitacion principal que la Compañía francesa tenia en Bengala. Como aquella mision tenia ya algunos obreros, nuestros superiores resolvieron enviarme con tres de nuestros PP. á Pondichery, la única plaza un poco fortificada que tenian los franceses en las Indias; pero ya hace cinco años que los holandeses se apoderaron de ella. Poseemos allí una hermosa iglesia, de la que volveremos á estar en posesion, luego que los franceses vuelvan á entrar en la plaza, estando entonces á la puerta de la mision del Maduré, la mas hermosa á mis ojos, que existe en el mundo. Hay en ella siete jesuitas, casi todos portugueses que trabajan infatigablemente con fruto pero con increibles penas. Estos PP., hace mas de diez y ocho meses, que me propusieron asociarme á sus trabajos, y si hubiese podido disponer de mi persona voluntariamente hubiera tomado aquel partido, pero nuestros superiores no lo han tenido por conveniente, porque desean que establezcamos de nuestra parte algunas misiones francesas, y que, en estas vastas regiones, ocupemos el pais que nuestros PP. portugueses no pueden cultivar á causa de su escaso número. Esto es lo que nuestro superior general P. de la Breuille, que se encuentra ahora en el reino de Siam, acaba de manifestarme en su última carta. Me encarga la mision de Pondichery, y me hace confiar que dentro de poco tiempo me permitirá penetrar en el pais.»

(1) Algunos etimologistas hacen derivar esta palabra de *Para-Angui* que significa *trage estrangero* Parece sin embargo mas verosimil que sea la misma palabra que *Franqui*; los indos, que no tienen la letra F, la reemplazan comunmente por la Q. *Pranqui* es el nombre que dan á los europeos en Constantinopla, y que indudablemente seria introducido por los musulmanes en el Indostan. (Nota del Trad.)

El mismo P. Martin escribió con fecha de 1.º de junio del año 1700 : « Mis superiores trataban de establecer una nueva mision en los reinos de Carnate, Gingi y Golconda, formándola bajo el modelo de la que nuestros PP. portugueses cultivan en Maduré, hace mas de veinte y cinco años con estraordinarias bendiciones del cielo. Para obtener un buen éxito en una empresa tan grata á Dios, como beneficiosa para la iglesia, era necesario enviar algunos de nuestros PP. franceses á aquella antigua mision, donde pudiesen aprender el idioma, instruirse en los usos y costumbres de aquellos pueblos, formar algunos catequistas, leer y transcribir los libros que el venerable P. Roberto de Nobilibus y otros de nuestros PP. han compuesto; en una palabra, recojer todo lo que merced al trabajo y la esperiencia de tantos años, habia sido atesorado por aquellos sábios obreros, y procurar aprovecharse de sus luces para la realizacion de una empresa tan parecida á la suya. Para su desempeño fuímos elegidos el P. Manduit y yo; pero se creyó conveniente que emprendiésemos dos rutas diferentes. El P. Manduit despues de haber ido á visitar la tumba del apóstol Sto. Tomás en Meliapur, recibió la órden de reunirse con el P. Francisco Laynez en Maduré, mientras que yo debia ir por mar á encontrar al P. Provincial de los jesuitas portugueses, que se hallaba entonces en el reino de Travancora, á fin de pedirle para mi compañero y para mí, el permiso para ir á trabajar por algun tiempo en la mision de Maduré.... Llegamos á la costa de Travancora.... y pasamos á Reytura, dirigiéndonos á casa del P. Manuel Lopez de nuestra Compañía.... Hace mas de cincuenta años que este misionero trabajaba con un celo infatigable por la salvacion de los malabares. Es el último jesuita que ha entrado en el Maduré con el hábito que usamos en Europa; porque si bien hace mas de ochenta años que el P. Roberto de Nobilibus fundó esta famosa mision, bajo el mismo pié en que se halla hoy dia, es decir, acomodándose á las costumbres del pais, ya respecto del trage, casa y comida, ya para los demás usos que no son contrarios á la fé y á las buenas costumbres, no obstante los portugueses no se resolvieron á abandonar el hábito europeo, hasta que una larga esperiencia les convenció de que aquella conducta era muy perjudicial á la religion y á la propagacion de la fé por la aversion y el desprecio que aquellos pueblos han concebido contra los europeos. Quedamos edificados de la hermosura y limpieza de la iglesia del P. Lopez; pero lo quedamos mucho mas del número y religiosidad de los fieles que están bajo su direccion y que se distinguen de todos los demás malabares por su docilidad y por su viva y ardiente fé; de modo que aquella cristiandad pasa por ser la mas floreciente del territorio de Travancora. El P. Lopez nos recibió con el mayor júbilo, lo que nos demostró su buen corazon; pero no pudo contener sus lágrimas ni reprimir algunos profundos suspiros, cuando le dije que iba á encontrar al P. Provincial para que me otorgase el permiso de entrar en la mision de Maduré. « ¡ Ah ! esclamó, ¡ cuán dichoso sois, querido Padre ! ¡ Ojalá pudiera acompañaros ! pero yo soy indigno de trabajar con esa compañía de santos varones que están empleados en ella. » Aunque este P. tenga mucho talento y un celo grande por la conversion de las almas, sus superiores no le han permitido formar parte de aquella mision, porque habiendo vestido durante muchos años el hábito europeo, tarde ó temprano le hubieran reconocido, siendo entonces inútiles sus esfuerzos para la conversion de aquellos pueblos, y quizás tambien hubiese hecho nacer sospechas acerca de la naturaleza de las demás misiones.... Al atravesar el reino de Travancora, donde está muy arraigada la idolatría, sirvióme de consuelo, ver en la costa algunas cruces plantadas en diversos sitios de la playa y un buen número de iglesias donde se adora á Jesucristo. Las principales están en Mampulaim, Reytura, Puduturey, Culechy, Cabripatan, Topo y Cavalan. Además de estas iglesias hay otras que son como otras tantas sufragáneas. En

Culechy encontré al P. Andrés Gomez, provincial de la provincia de Malabar, hombre de mucho mérito, y que era superior de la casa noviciado de Goa, cuando fué elegido para gobernar la provincia del Malabar... Nos acompañó á Topo, llamado el colegio de Travancora, donde reside de ordinario. Este colegio está situado en una pequeña poblacion de la costa y está construido de tierra amasada y cubierto con hojas de palmera silvestre. La iglesia dedicada á la Santísima Vírgen, es tan sencilla como la casa, y la vida que los PP. llevan corresponde á la pobreza de una y otra. Quedé edificado al ver aquellos hombres, tan venerables por su edad, como por sus merecimientos, que moraban en unas chozas tan miserables, con un desprendimiento completo de todos los goces de la vida. La presencia de Dios, única cosa que ambicionan, les conserva en una paz y tranquilidad perfectas, aunque estén espuestos sin cesar á los insultos de los idólatras del interior y á los saqueos de los piratas que infestan aquellos mares, y que mas de una vez han destruido sus cabañas y robado los pocos muebles que habia en ellas.

« Luego que el P. Provincial me hubo concedido la mision de Maduré que le habia ido á pedir, puse todo el ahinco en aprender las lenguas tamula y malabar, á fin de hallarme pronto en estado de poder llenar las funciones de misionero; porque segun una órden establecida muy prudentemente por los PP. de aquella provincia, no es permitido que nadie entre en la mision de Maduré, sin saber antes la lengua del pais. Sin esta precaucion no tardarian en averiguar quienes somos, y todo se perderia. El Topo no era un lugar á propósito para adelantar en la lengua, tanto como yo deseaba, porque como en toda la costa, habitada por gente pobre é incivilizada, se habla mal el idioma del pais. En su consecuencia, el P. Provincial tuvo la bondad de enviarme á Cotate, que es una poblacion bastante considerable situada al pié de la cordillera del cabo Comorin, donde debia hallar menos distraccion y mas aprovechamiento. Lo que me causó mas satisfaccion fué encontrar al P. Mainard á cuyo cargo corria la iglesia de la poblacion. Natural de las Indias, aunque hijo de padres franceses, posee perfectamente ambas lenguas.... La iglesia de Cotate no es notable sino por el sitio que ocupa, porque el santuario y el altar están situados en el mismo lugar que ocupaba la cabaña donde iba á descansar de noche San Francisco Javier, despues de haber evangelizado á estos pueblos durante el dia. Cierta noche los gentiles pegaron fuego á ella creyendo que el apóstol pereceria entre las llamas, y es fama que aunque quedó reducida á cenizas, el santo no sufrió el menor daño, absorto como estaba en la oracion.... Lo que mas llamó mi atencion en Cotate, durante mi permanencia en aquella poblacion, fué la presencia de un famoso penitente idólatra que recorria el pais hacia ocho ó nueve meses. Aquel hombre daba compasion el verlo: se habia hecho poner al cuello una especie de collar muy estraordinario, que consistia en una plancha de hierro de tres piés y medio en cuadro, doble á proporcion, en medio de la cual habia una abertura muy ancha. Despues de haber pasado la cabeza por aquel agujero, habia hecho colocar alrededor de la abertura un ribete de hierro que le cerraba la garganta y estaba sujeto á la plancha con buenos clavos bien ramachados, á fin de que no fuese libre de desembarazarse cuando quisiera de aquella carga tan pesada como incómoda. Aquella plancha, á guisa de golilla levantada, le impedia poderse acostar ó apoyar la cabeza en parte alguna, de modo que cuando queria descansar un poco, era preciso disponer unos puntales para sostener aquel vasto collar por ambos lados. De propia voluntad se habia impuesto aquella penitencia, para reunir, mostrándose en público, una suma de dinero que destinaba para abrir un *tarpaculam* (1) en

(1) Esta palabra en lengua malabar significa un estanque revestido de piedras en un sitio donde falta el agua. Es una devocion de aquel pueblo, un modo de honrar á sus dioses y una obra de las mas meritorias, hacer depósitos de agua ó abrir cisternas junto á las grandes vias de comunicacion, y mantener algunas personas que ofrezcan agua á los viageros. Otros cons-

una llanura árida donde los viageros sufren mucho á causa de la sed, y juzgó que de ningun modo podria lograr mas limosnas, sino mostrándose del modo que acabo de esplicar... Al verle me sentí inspirado y rogué á Nuestro Señor que tuviese piedad de aquel desgraciado que seria capaz de sufrir mucho por su amor, si supiese la obligacion que tienen todos los hombres de amar y servir á él únicamente. No se si Dios escuchó mis pobres oraciones, pero al cabo de ocho dias, fué grande mi sorpresa al ver en la puerta de nuestra iglesia al penitente del collar que deseaba hablar con el *guru* (con el Padre)... se lo advertí al P. Maynard, quien acercándose al penitente le dijo: «¿Qué venís á buscar á la iglesia de los cristianos, donde se honra al verdadero Dios, vos que adorais á unos ídolos y que sois el esclavo de los demonios?» El penitente contestó modestamente: «Vengo aquí precisamente porque me han dicho que esta era la casa del verdadero Dios, á fin de ver si hallo en él mas consuelo del que he encontrado en los dioses que adoro, y de los cuales no estoy muy satisfecho despues de todo lo que veis que hago para agradarles. Vengo, pues, á informarme de vuestro Dios y aprender á conocerlo, para poner en tranquilidad mi ánimo, que hace mucho tiempo está muy agitado. ¿No es este, añadió, el templo del Ser soberano, creador de cielo y tierra, que recompensa á los que le sirven y que castiga eternamente á los que adoran á otros dioses? Si hasta aquí he adorado y servido á mis dioses, es porque no he conocido otro mas grande que ellos; pero si vos me podeis hacer ver que el vuestro vale mas que todos, renuncio á ellos y los abandono para siempre.» Estas palabras nos movieron vivamente, y habríamos derramado lágrimas de contento sino hubiésemos temido que podia engañarnos. Para poner á prueba su sinceridad por la parte que juzgamos debia serle mas sensible, le dijimos: «Si quereis conocer al soberano Señor y saber de nuestra boca las infinitas bondades que le distinguen de vuestras pretendidas divinidades, es preciso que empeceis por quitaros este instrumento de mortificacion por vos deseada, que os tiene postrado y que solo llevais para distinguiros y honrar al enemigo del Ser soberano; porque mientras vayais cargado con él, la divina palabra no entrará en vuestro corazon ó bien no podreis esperimentar su dulce consuelo.... «Estoy dispuesto, nos contestó, á abandonarlo todo si es preciso para conocer al soberano bien; pero no me puedo quitar este collar sin el ausilio de un cerrajero.» Ciertamente que el famoso Simeon Stilita (si nos es permitido comparar tan gran santo, con un hombre que todavía era idólatra), no mostró mas sumision, ni con mas prontitud bajo de su columna, de lo que lo hizo aquel hombre, desprendiéndose del aparato de penitencia con que se honraba entre los gentiles. Vino el cerrajero, y despues de mucho trabajo y tiempo logró levantar los clavos que tenian sujeto el pequeño collar al grande. El que los habia puesto es de creer que juzgaria que no se habian de quitar nunca. En la misma iglesia de San Francisco Javier libertamos á aquel pobre esclavo de Satanás del yugo que le habia impuesto su temible enemigo. La plancha era tan pesada, que solo haciendo un esfuerzo pude levantarla del suelo. La suspendimos en una de las paredes de la iglesia como un despojo arrebatado al infierno y una de las mas preciosas ofrendas que pudieran hacerse al santo apóstol. Apenas se vió libre el penitente, brilló la alegría en su semblante, quizás por el alivio que sentia, quizás por la esperanza que abrigaba de que habiendo obedecido, íbamos á instruirle en la ciencia de la salvacion. Aunque se mostró satisfecho de nuestras instrucciones, y quedó sobretodo, maravillado de la grandeza de Dios y de su amor á los hombres, leímos mas de una vez en sus ojos que bullian en su cerebro algunas ideas desconsoladoras. Los que le habian conocido en la ciudad, le dirigian amar-

truyen grandes hospederías ó salas abrigadas, para que los estrangeros puedan retirarse á ellas ó ponerse á cubierto durante la noche. Estas costumbres patriarcales son muy comunes en la India. (Nota del Trad.)

gos reproches, no precisamente porque habia cambiado de religion, sino porque se hacia discípulo de los Pranguis, perteneciendo á una de las mejores castas del pais. Cuando supimos que la idea del *pranguinismo* causaba todo su pesar, tomamos la resolucion de enviarle al Maduré para que se hiciera bautizar por alguno de los que viven allí con el hábito de sanniasi. Le dijimos pues, que nosotros éramos gurus ó doctores de las clases bajas, que viven en las costas, y que siendo él un hombre de calidad, debia dirigirse á los doctores de las clases elevadas y formar parte de sus discípulos; que hallaria en Maduré á aquellos doctores que le enseñarian la ley del verdadero Dios; que fuese á visitarles, y que cuando estuviese bien instruido, le pondrian en el número de los fieles. Aquel buen hombre que nos habia cobrado mucho afecto, le costó mucho trabajo decidirse á seguir el partido que le proponíamos, pero, por fin, habiéndole persuadido que era en favor suyo, nos creyó y fué á encontrar á uno de nuestros padres de la mision de Maduré que lo bautizó y volvió á enviarle á su pais para que trabajase en la conversion de sus deudos y amigos.

« Entretanto, yo adelantaba en el estudio de la lengua malabar.... y tomé el camino que conduce á Maduré.... Toda la costa de la Pesquería pertenece en parte al rey de Maduré, y en parte al príncipe de Marawa.... Los holandeses, sin ser dueños de la costa, no han dejado de obrar muchas veces como si lo fuesen, de modo que hace pocos años que se apoderaron de las iglesias de los pobres paravas para trasformarlas en almacenes, y las casas de los misioneros para alojar sus comisionados. Los PP. se vieron obligados á retirarse á los bosques, donde construyeron algunas cabañas, á fin de no tener que abandonar su grey en un lance tan apurado. Verdad es que los paravas mostraron en esta ocasion una firmeza inquebrantable, y una adhesion inviolable por su religion. Veiaseles todos los domingos salir en tropel de Tutucurin y de las demás poblaciones, para ir á oir misa en los bosques; y los PP. ejercian en medio de los gentiles con mas libertad las funciones de su ministerio, que si hubiesen estado entre los holandeses. El celo de los paravas chocó aparentemente á algunos de aquellos protestantes, y trataron de pervertirles y hacerles abrazar su religion. A este objeto hicieron venir de Batavia á uno de sus ministros para instruir, decian, á aquellas pobres gentes engañadas; pero la tentativa les salió mal. En la primera conferencia que el gefe de la casta de los paravas, tuvo con el predicante, confundióle con este razonamiento: « Debeis saber, le dijo, que, cuando nuestra casta hubo abrazado la religion católica antes de la llegada del Gran Padre á las Indias (refiriéndose á San Francisco Javier), si bien éramos cristianos de nombre, en el fondo éramos gentiles. La fé que profesamos no se arraigó en nuestros corazones sino por el poder y el número de los milagros que operó nuestro santo apóstol en todos los sitios de esta costa. Hé aquí porque antes de hablarnos de cambiar de religion, es preciso en primer lugar, que vuestros milagros correspondan en número é importancia á los del Gran Padre, y aun mas, que los aventajen, pues quereis probarnos que la ley que nos traeis, es mejor que la que nos enseñó. De modo que debeis empezar para hacer resucitar al menos una docena de muertos, porque San Francisco Javier hizo resucitar cinco ó seis en esta costa; despues curar todos nuestros enfermos y poblar de mas numerosos peces nuestro mar. Cuando hayais hecho todo esto, entonces os dirémos nuestro parecer. » No sabiendo el pobre ministro que replicar á aquel discurso, y viendo por otra parte en la firmeza de sus ideas el profundo convencimiento que de su religion abrigaban aquellos pescadores, trató de volverse por donde habia ido. Pero antes de dejarlo partir, se quiso probar si la violencia tendria mas poder que la exhortacion, y trataron de obligar á los paravas á que fuesen al sermon. El gefe de la casta tuvo el valor de mandar fijar un edicto en la puerta de la logia holandesa declarando, que si algun parava iba

al templo de los holandeses, seria tratado enseguida como rebelde á Dios y traidor á la patria. Nadie se atrevió á penetrar, á escepcion de un solo hombre rico y poderoso, cuya fortuna dependia de los holandeses y que temeroso de incurrir en su desagrado, tuvo la debilidad de desobedecer la órden de su gefe. Cuando este lo supo, resolvió hacer un ejemplar escarmiento, á cuyo efecto ordenó que todas sus gentes tomasen las armas y apoderándose de las salidas del templo, á fin de que el culpable no pudiese escapar, le diesen muerte en cuanto fuese habido. Los holandeses quisieron defenderle, pero no llegaron á tiempo, y hasta tuvieron que retirarse por no irritar á un pueblo que estaba resuelto á conservar su religion á costa de su vida.

« Estas persecuciones han cesado á Dios gracias; se han sucedido directores mas prudentes y razonables, quienes, lejos de inquietar á estos pueblos acerca de su religion ni hacerles violencia, han consentido en que volviesen los antiguos pastores á habitar en las poblaciones, continuando las mismas funciones que siempre habian desempeñado desde San Francisco Javier.... Escribí al P. Javier Borghese, que de todos los misioneros del Maduré era el que moraba mas cercano á Tutucurin.... Aquel padre me contestó que acababan de prender al P. Bernardo de Saa, su vecino, por haber convertido á un hombre de una casta elevada; que lo habian conducido ante los jueces de un modo violento, de modo que á puñetazos le habian hecho saltar algunos dientes, y sus catequistas habian sido azotados á latigazos; que en todo el pais, la animadversion contra los cristianos era general, y que hallándose el mismo en inminente peligro de ser preso, no debia aconsejar que una persona estraña fuese á reunirse con él en tan desfavorables circunstancias. Mucho me afligió la persecucion de los cristianos; pero mayor pena me causó el que se me impidiera ir á tomar parte en sus sufrimientos.... Sin darme por vencido por una contestacion que parecia quitarme toda esperanza, escribí por segunda vez al P. Borghese.... Mi segunda carta afortunadamente fué á parar en poder del P. Bernardo de Saa, quien acababa de ser desterrado por la fé, despues de haber sido tratado cruelmente.... Hacia dos ó tres dias que se habia retirado á Camien-Naiken-Patti.... Viendo á un hombre determinado á probarlo y arrostrarlo todo, juzgó que era inútil hacerme ir á buscar léjos la entrada de una mision, á la puerta de la cual me encontraba, y que peligro por peligro, mas valia que corriese los del lugar á que se me destinaba, que los de otros en donde pereceria sin ningun provecho. Esto fué lo que me escribió, enviándome al propio tiempo sus catequistas para servirme de guias. La llegada de aquellos cristianos tan ansiosamente esperados, algunos de los cuales habian sufrido mucho por la verdadera religion, me causó una indecible alegría. Partí de Tutucurin sin tardanza.... y penetrando á la entrada de la noche en un bosque, me quité mi hábito ordinario de jesuita, para vestir el de los misioneros del Maduré. Llegamos un poco antes del amanecer á Camien-Naiken-Patti, donde nos aguardaba el P. Bernardo de Saa.... No podria deciros la ternura con que abrazé á un confesor de Jesucristo, que acababa de salir de la cárcel, donde habia sido maltratado por los enemigos del nombre cristiano, ni el consuelo que sentí en mi interior, tomando posesion de aquella tierra bendita, despues de tantos deseos, trabajos, fatigas y temores de que tal vez no podria llegar á ella. »

De Camien-Naiken-Patti, pasó el P. Martin á Aour, principal casa de la mision de Maduré, donde trabajó bajo la direccion del P. Bouchet El P. Maudit, enviado como el P. Martin al Maduré para preparar el establecimiento de la mision de Carnate, escribió con fecha de 29 de setiembre del año 1700, que habia llegado en el mes de diciembre del año anterior en hábito de sanniasi á Couttur, primera residencia de la mision del Maduré. « El P. Francisco Lainez, que se encontraba en ella, añade, me recibió con muestras de

la mas fina amistad. Difícil me seria poder espresar los dulces sentimientos que esperimenté en aquella santa casa, ni cuanto me edificó la vida penitente que llevaban en ella nuestros padres. Bautizé en Couttur mas de cien personas, y mas de ochocientas en Corali, que es otra residencia de esta mision. Quizás causará estrañeza, este gran número; pero no es nada en comparacion de lo que hace el P. Lainez en el Marawa, donde ha bautizado en seis meses á mas de cinco mil personas (1). No ha dependido de él ni de mi el que haya podido acompañarle en recojer una miés tan abundante; puesto que las órdenes que tenia me lo impedian Ateniéndome á ellas, partí á principios del mes de junio del año 1700 para Cangiburam (capital del reino de Carnate), que está al norte de Pondichery, en donde me puse á trabajar apenas llegué.... Dos iglesias hay levantadas ya en honor del verdadero Dios, en el centro de una nacion sumergida en las mas profundas tinieblas de la infidelidad. En los tres meses y medio que me hallo en el pais, he tenido la dicha de bautizar á mas de ciento veinte personas. Juzgad por estos felices comienzos, lo que podremos hacer en lo sucesivo, con el ausilio divino, en una mision tan fecunda, si se nos envian los socorros que nos son indispensables; pero para ello son necesarios hombres de resolucion, y que puedan desempeñar bien su cargo; porque aquí deben tenerse muchos mas miramientos que en el Maduré, donde el cristianismo está hoy dia muy floreciente; y es preciso resignarse á sufrir muchas persecuciones, ya por parte de los gentiles, ya de otros, si no se obra con mucha cautela, y no se logra aplacar el mal humor de los grandes de este pais.» Como los franceses querian fundar una mision sólida, no tan solo en el reino de Carnate, sino además en los reinos vecinos, encargóse al P. Maudit que se informase atentamente del estado de aquellos paises, á fin de ver en que lugares seria mas conveniente establecerse, y aquel misionero emprendió al efecto un largo viage al oeste de Carnate, en el año 1701. El P. Tachard, superior de las misiones francesas de la Compañía de Jesus en las Indias orientales, habla así de Maudit: «Despues de haber salido de la mision de Maduré, donde habia aprendido el idioma y las costumbres del pais, se fué á Caruvepondi, donde cultivó un centenar de cristianos que habia bautizado durante su permanencia en aquel lugar. Este mismo padre habia hecho varios viages y descubrimientos en los paises vecinos, sobre todo hácia el noroeste, donde habia tenido ocasion de anunciar el Evangelio á diversos pueblos, y bautizar algunas personas. Durante aquellas escursiones apostólicas, echó los fundamentos de la iglesia de Tarkolan, en otro tiempo centro de la idolatría del Carnate, y de la iglesia de Punguenur, gran ciudad muy poblada, distante unas cincuenta leguas de Pondichery, donde tuvo la dicha de conferir el bautismo á mas de ochenta idólatras.» Luego añade el P. Tachard: «Habia obtenido de nuestro P. general, que el P. Bouchet, (incorporado á la mision de Aour) volviese á nuestra nueva mision francesa.... Apenas le hube manifestado la voluntad de nuestros superiores, se dispuso á dejar su mision, y á pesar de las lágrimas y ardientes súplicas de sus queridos neófitos, se puso en camino. Cuantas veces me acuerdo de aquella separacion, se me vienen las lágrimas á los ojos; no obstante, nos era necesario un hombre de su esperiencia y capacidad, para dar á la nueva mision de Carnate una forma conveniente á nuestros designios; esto es, á fin de que sus cimientos fuesen sólidos, y tambien eficaces los trabajos que se empleasen en ella en lo sucesivo para la salvacion de las almas. El P. Bouchet, trajo con él de Aour á otro misionero francés, el P. de La-Fontaine, que se habia formado á su lado; de modo que en el mes de marzo del año 1702 se hallaban reunidos tres misioneros en el reino de Carnate. El P. Bouchet fué nombrado superior de la nueva mision, y semejante eleccion no podia ser mas acertada. Establecióse

(1) Véase lo dicho al principio de este capítulo.

en Tarkolan, y habiendo dejado al P. Maudit en su iglesia de Caruvepondi, envió al P. La-Fontaine á Punguenur, en donde se habla la lengua *talunga*, que es tan diferente del malabar, como lo es el español del francés. » No tardó el P. Petit en reunirse con aquellos tres apóstoles. Uno de los *cramani* (gobernadores) de Tarkolan, propietario de un soto, cerca de la ciudad, lo habia dado al P. Bouchet para que edificase en él una casa y una iglesia; pero en el año 1703 se apoderaron de la capilla y de todo cuanto contenia; le quitaron las limosnas que recibia tanto para su manutencion, como para la de los demás padres y catequistas, y se le encarceló con estos, amenazándole con quemarle vivo. Iban á envolverle las manos con lienzo de algodon empapado en aceite, en el que querian pegar fuego, cuando Dios permitió que los jueces no adoptasen aquel violento suplicio. Presentaron varias veces hierros ardientes al misionero, para atormentarle; pero su dulzura, su ademan grave y modesto, parecia contener á los verdugos. Despues de haber permanecido encarcelado un mes, donde únicamente se alimentaba con un poco de leche, se le dió libertad con algunos otros cristianos compañeros de sus sufrimientos. El P. Maudit que tambien habia sido puesto á prueba, escribia: « He sido apaleado, escarnecido y atormentado con mis buenos catequistas; pero en fin, he podido salir con vida, y me hallo en estado de poder servir todavía á Dios, si mis pecados no me hacen indigno de esta merced; todo me lo han quitado y os ruego que me socorrais. » Fué preciso que los jesuitas de Pondichery vendiesen sus muebles y los instrumentos de matemáticas que les quedaban, para socorrer al pobre cautivo. Tambien el P. La-Fontaine sufrió los oprobios de los enemigos de la Cruz, porque los brahmas de Punguenur, airados por los progresos que le veian hacer, resolvieron arrojarle ignominiosamente de su capilla. Sedujeron á algunos neófitos de su casta para que le acusáran de hacer uso del vino en el sacrificio de la misa, lo que era tenido por aquellos pueblos como un crímen capital. Despues de haber sufrido muchas humillaciones y afrentas, cesó la persecucion, y el misionero trabajó todavía con mas fruto que antes en la conversion de los idólatras. El P. Tachard, á quien somos deudores de estos detalles, decia desde Pondichery en el año 1703: « Somos aquí cinco sacerdotes y dos hermanos de nuestra Compañía, y todos estamos muy ocupados. El P. de La-Breuille que ha vuelto de Carnate, enseña filosofía; el P. Dolu es cura de la parroquia de los malabares; el P. de La-Lane, que ha llegado últimamente, está estudiando los idiomas del pais para entrar en mision el próximo año; el P. Turpin trabaja con mucho fruto en la conversion de los gentiles de esta ciudad, y enseña la lengua latina á algunos jóvenes franceses y portugueses, que desean abrazar la carrera eclesiástica; y el hermano Moricet, enseña la lectura, escritura, aritmética y otras ciencias á los niños, á fin de que con el tiempo puedan ganarse la vida. Ponemos el mayor cuidado en educar la juventud, inspirándole el santo temor de Dios, quien se ha dignado bendecir este año nuestros trabajos, porque contamos mas de trescientas personas adultas bautizadas en nuestra iglesia. La ciudad de Pondichery, va tomando mucho vuelo; se cuentan al presente mas de trescientas mil almas, de las cuales solo hay todavía unos dos mil cristianos. » Añadia en la misma carta: « Los PP. Quenin, Papin y Baudré, están en el reino de Bengala muy ocupados. »

Cuando Luis XIV permitió á los jesuitas que ejercieran las funciones apostólicas en Pondichery, la administracion curial sobre la cual creian tener algunos derechos los capuchinos y los nuevos misioneros, fué entre ellos objeto de cuestiones, pero no tan graves como la de los ritos malabares. Los capuchinos prohibian severamente algunos usos, que, los jesuitas guiados por su deseo de facilitar á las almas el camino de la salvacion, creian poder tolerar; y los procuradores de la Congregacion de las Misiones Estrangeras, establecidos en Pon-

dichery, se mostraban tan opuestos como los capuchinos, á la práctica seguida por los hijos de San Ignacio. La Santa Sede haciéndose cargo de esta cuestion de ritos, tomó el partido de enviar un delegado á Oriente. Cárlos Tomás Maillard de Tournon, natural de Turin, hijo de una ilustre casa, educado en Roma en el colegio de la Propaganda, y revestido por Clemente IX de la dignidad de patriarca de Antioquía, fué nombrado en julio del año 1702 legado *ad latere*, con poder y comision de arreglar contradictoriamente los puntos en litigio. El patriarca pasó á España, donde debia aguardar un buque encargado de trasladarle á las Indias. Partió el 3 de mayo del año 1703, y llegó al 6 de noviembre á Pondichery. Los jesuitas salieron á recibirle á la playa y le acompañaron procesionalmente á la ciudad, procurando del modo mas cumplido satisfacer todas sus necesidades. « Apenas llegó á Pondichery, dice el P. Cahour, el visitador apostólico, cayó enfermo y no pudo examinar las cosas por sí mismo. ¿Quién se encargó del asunto? Dos jesuitas, superiores de la mision, y segun sus informes, dice, fueron redactados los reglamentos. Es preciso convenir que si en la mision de los jesuitas, los particulares no eran inocentes, los superiores al menos no estaban en connivencia, y que por consiguiente á la Compañía de Jesus poco debió importarle el reproche que al parecer se le hizo. Hé aquí las palabras testuales del legado. Despues de haber hablado de las misiones del Maduré, de Maissur y Carnate, fundadas por los obreros de la Compañía de Jesus, misiones, dice, en donde á pesar de las persecuciones de los idólatras y de todas las incomodidades de la vida, florece lozano el árbol del Evangelio, sin cesar bañado por los sudores de los misioneros, añade: « Hubiéramos ido á esas misiones, deseosos de participar tanto de sus fatigas como de sus satisfacciones, si una prolongada enfermedad no nos lo hubiese impedido. Pero lo que no hemos podido obtener inmediatamente por nosotros mismos, ha sido suplido felizmente en nombre nuestro y de la Santa Sede, por los PP. Bouchet, superior de la mision de Carnate, y Bartholdo misionero del Maduré, hombres eminentes por su doctrina y su celo por la propagacion de la fé. Perfectamente instruidos, por una larga permanencia, en las costumbres, idioma y religion de estas comarcas, nos han hecho conocer muchas cosas que hace estéril é infructífero el árbol del Evangelio, de modo que en la abundancia de nuestra alegría, hemos esperimentado muchas tribulaciones. En su consecuencia, despues de haberlo sometido todo á un maduro exámen, despues de haber oido de viva voz y por escrito á todos los misioneros, é implorado el ausilio divino con públicas rogativas, deseando conservar la fé en toda su pureza, con ventaja espiritual de los cristianos, hacer agradable á Dios la oblacion de los gentiles, y santificarla en el Espíritu Santo: hemos resuelto espedir el presente decreto, con la autoridad apostólica y el poder de legado *ad latere*. » Hé aquí pues á la Compañía de Jesus, noblemente representada en las Indias por sus gefes, inocente de los abusos que ella misma ha sufrido, ya sea que deban atribuirse á la falta de algunos de sus miembros, ó de algunos otros religiosos de una órden diferente, ya en fin que deban buscarse en el invencible obstáculo de las preocupaciones de los indios. » El P. Cahour parte de la hipótesis que los PP. Bouchet y Bartholdo, hubiesen declarado inficionados de supersticion los ritos malabares, como así está indicado en el decreto; pero resulta de la correspondencia de aquellos religiosos, que habria habido error sobre el sentido de varios informes que se habian dado al patriarca de Antioquía. Como quiera, el mandato del 23 de junio del año 1704 que prohibió los ritos malabares, fué publicado por el patriarca el dia 11 de julio siguiente, dia en que partió para las Filipinas, desde donde se dirigió á la China. El legado dirigió al propio tiempo aquel decreto á Clemente IX, quien lo aprobó en congregacion del Santo Oficio, el dia 7 de junio del año 1706, añadiendo sin embargo

esta cláusula: «Hasta que la Santa Sede acuerde otra cosa, atendidas las observaciones, si se le hacen, de los que pretendiesen tener derecho á reclamar sobre el contenido de este decreto.» En efecto, se hicieron algunas reclamaciones. Formuláronlas de una parte el obispo de Meliapur y el arzobispo de Goa; y los jesuitas se conformaron, siguiendo el ejemplo de los ordinarios de los lugares, aguardando la decision ulterior de la Sede apostólica; de otra parte apeló el consejo superior de Pondichery, como de un abuso, del mandato del legado. Las discusiones fueron entonces sumamente acaloradas, dice el obispo de Hesebon; los sábios indios dieron á cada partido pruebas favorables á la opinion que una y otra parte habia abrazado, por manera que entonces mas que nunca era difícil encontrar la verdad en medio de las tinieblas, en que iban envueltas todas aquellas contradicciones.»

CAPÍTULO XVII.

Apostolado de los jesuitas, dominicos, franciscanos y de los sacerdotes de la Congregacion de las Misiones estrangeras en China.

Antes de continuar la historia del patriarca de Antioquía en China, debemos hacer mencion del primer establecimiento de los jesuitas franceses en aquel pais.

El P. Próspero Intorcetta pasó del Celeste Imperio á Europa en el año 1672 por asuntos de la mision, escribiéndole el P. Fontaney á su llegada que deseaba consagrarse á la evangelizacion de los chinos. El P. Fernando Verbiest, que conocia la vocacion de Fontaney, lo llamó diciéndole que le aguardaba con impaciencia en Pekin Cuando los cinco jesuitas franceses abandonaron á Nimpo, en virtud de la órden siguiente del emperador: «Vengan los jesuitas desde luego á mi córte: los que estén impuestos en las matemáticas se quedarán á mi lado, pudiendo dirigirse los demás á las provincias que quieran,» tuvo Fontaney el consuelo de ver en Hang-tcheu al P. Intorcetta, que era entonces vice-provincial de la Compañía; pero no halló en la capital al P. Verbiest, cuyas relaciones debian abrirle el camino de Tche-kiang «No llegamos á Pekin hasta el dia 7 de febrero del año 1688, dice.... Nuestros PP. estaban sumidos en un vivo dolor por la muerte del P. Fernando Verbiest, acontecida diez dias antes, á consecuencia de la languidez que estaba sufriendo hacia ya algunos años. Mucho habríamos deseado poder consultar al hombre eminente que era con razon considerado por todos los cristianos de China como padre y restaurador de la religion en su pais; pero Dios nos habia dispensado ya bastantes gracias, y hora era ya de que sufriésemos algun contratiempo. El P. Gerbillon, contando con sus propias fuerzas, pidió que se le destinase á los últimos confines de la provincia de Chen-si, antigua iglesia del siervo de Dios Estéban Faber, cuya mision era la mas penosa del imperio, y la mas privada de todo consuelo humano El P. Bouvet deseaba pasar al Leao-ton (Corea) y á la Tartaria oriental, donde no se habia predicado aun el Evangelio; los demás misioneros no habian tomado aun resolucion alguna. Entretanto, permanecíamos en la casa de nuestros PP. en Pekin, donde hallé al P. Antonio Thomás, religioso que habia conocido en Paris, cuando iba á dirigirse á la China; y al que procuré consolar un tanto, al ver el profundo dolor que le causaba la muerte del P. Verbiest, su íntimo amigo. Díjonos aquel religioso que nos dispusiésemos á sufrir con paciencia las penas que nos estaban reservadas, añadiendo que cada misionero debia apropiarse estas palabras de S. Pablo: «Todos los que quieran vivir en la piedad, segun Jesucristo, serán perseguidos (1)» Lo propio, á corta diferencia, me escribia en aquella época desde Macao el P. José Tisannier, escelente religioso, que habia sido provincial y visitador de la mision. No nos intimidaron aquellas observaciones en lo mas mínimo,

(1) *Omnes qui pii volunt vivere in Christo Jesu persecutionem patientur.* (Tim. 3, 12.)

porque solo se nos prometia alcanzar aquello mismo de que íbamos en busca. Las honras fúnebres del P. Verbiest, se verificaron el 11 de marzo de 1688, observándose en ellas el órden siguiente: los mandarines que el emperador envió para honrar debidamente la memoria del ilustre finado, se dirigieron á la cabeza del cortejo fúnebre á la sala en que estaba el cadáver. Son los ataudes en China muy grandes, y de una madera que tiene tres ó cuatro pulgadas de espesor; están herméticamente cerrados para impedir que entre en ellos el aire. Se llevó el del P. Verbiest en andas hasta la calle, y se le colocó en una especie de coche fúnebre, en forma de cúpula, ricamente adornado y cubierto de seda blanca, (cuyo color es en China de luto); el superior y todos los jesuitas de Pekin se arrodillaron ante el féretro al estar en la calle, é hicimos tres profundas reverencias, mientras que los cristianos que estaban presentes prorumpian en amargo llanto, y lanzaban gritos capaces de enternecer el corazon mas empedernido. Rompió la marcha el fúnebre cortejo, precedido de varios hombres que llevaban en alto una especie de cuadro que tenia veinte y cinco piés de altura y cuatro de ancho, en cuyo centro se leia el nombre del P. Verbiest en letras de oro. Seguia luego una música china, y tras ella una porcion de hombres llevando banderas de diferentes colores, siguiendo en pos la cruz, colocada en un gran nicho con columnas cubiertas de seda; y por último, seguian los cristianos de dos en dos con cirios, recorriendo las vastas calles de Pekin con una modestia que admiraba á los infieles. Cerraban la comitiva un cuadro del ángel custodio y un retrato del P. Verbiest, en el que se hacia mencion de todos los cargos que le habian sido confiados por el emperador. De vez en cuando exhalábamos hondos suspiros, para demostrar, segun la costumbre del pais, el vivo dolor de que estábamos poseidos. Los mandarines que el emperador enviára para honrar la memoria del ilustre misionero, seguian á caballo tras el coche fúnebre; el primero de ellos era el padre político del emperador, el segundo su capitan de guardias, el tercero uno de sus gentiles-hombres y los restantes de menos categoría. Por último, cerraban aquella numerosa comitiva cincuenta ginetes perfectamente vestidos. Todas las calles que habíamos de recorrer estaban atestadas de gente que nos contemplaba sin proferir ni una palabra, sin hacer ni un movimiento siquiera, tal era el respeto que le infundia nuestro dolor. Tenemos el cementerio fuera de la ciudad, en un jardin que uno de los últimos emperadores cedió á los misioneros de la Compañía; al llegar á su puerta, nos arrodillamos ante el féretro en medio del camino y repetimos las mismas inclinaciones ó profundas reverencias que habiamos hecho antes, y empezó de nuevo el llanto de todos los espectadores. Junto á la sepultura que iba á recibir el cuerpo del P. Verbiest, habia sido dispuesto un altar, en el que hizo el P. Superior las preces de costumbre. Al colocar el cuerpo del misionero en su sepultura, prorumpió la multitud en tales gritos, que ninguno de nosotros pudo contener las lágrimas. Colocóse á algunos pasos de la sepultura una lápida de mármol blanco, en la que constaba en chino y en latin, el nombre, la edad y el pais del difunto, el año de su muerte y el tiempo que habia vivido en China. La tumba del P. Mateo Ricci es la primera que se encuentra al entrar, para demostrar sin duda que es el fundador de aquella mision; el P. Schall, tiene una sepultura verdaderamente régia, que le hizo construir el emperador actual algunos años despues de su muerte, cuando fué rehabilitada la memoria de aquel grande hombre.

El tribunal de ritos era el que estaba encargado de presentarnos al emperador, por haber sido el que recibió la órden de llamarnos á la córte. Despues de los funerales del P. Verbiest, esto es, cuando nos fué permitido salir, segun la costumbre de los chinos, nos vimos obligados á acudir á aquel temible tribunal, ante el cual se presentaban algunos años antes los misioneros cargados de cadenas. Re-

cibiéronnos en él los mandarines con bastante consideracion, obligándonos á sentarnos á su lado; cuando el primer presidente recibió la órden del emperador, que fué al poco tiempo de nuestra llegada, nos dijo que el príncipe deseaba vernos al dia siguiente, y que debíamos serle presentados por nuestro superior. El dia 21 de marzo del año 1688, tuvimos pues la honra de saludar al emperador; despues de habernos acojido bondadosamente, y de habernos reprendido con dulzura por no querer permanecer todos nosotros en su córte, nos dijo aquel gran príncipe que se quedaria á los PP. Gerbillon y Bouvet, permitiendo á los demás que fuesen á predicar nuestra santa religion en las provincias de su imperio. Luego nos hizo servir el té y nos entregó cien doblones, cuyo regalo pareció á los chinos estraordinario, por ser aquella una liberalidad poco comun entre ellos. Terminada nuestra visita, solo pensamos los PP. Le-Comte, Visdelou y yo en separarnos, á fin de que pudiese cada cual dedicarse á la evangelizacion de las provincias infieles que teniamos designadas; el P. Visdelou se quedó en la de Chan-si, donde dió comienzo á aquellas largas correrías evangélicas, en las que logró salvar tantas almas, y al estudio de la lengua china, en la que hizo tantos progresos. El P. Le-Comte se dirigió á la provincia de Chen-si, en la que estuvo durante dos años ocupado en evangelizar aquellos pueblos; vése en las *Memorias* que publicó, una parte de las bendiciones que dispensó el cielo á sus trabajos apostólicos. A mí se me destinó á Nanking, donde permanecí dos años, yendo á visitar la famosa cristiandad de Cham-hai, que distaba ocho jornadas. Debe su orígen aquella floreciente iglesia á la conversion del Dr. Pablo, quien llegó por su talento y virtud á la dignidad de kolao en tiempo del P. Ricci; durante mi permanencia en Cham-hai, visité repetidas veces el sepulcro del P. Jacobo Le-Favre, misionero ilustre por su virtud y su saber. Fué hijo de un consejero del parlamento de Paris, y estaba de catedrático de teología en la universidad de Bourges, cuando Dios le llamó á las misiones de la China, en la que se dedicó por espacio de muchos años á la salvacion de las almas, muriendo al fin en olor de santidad. El virtuoso P. Gabiani fué mi compañero en la mision de Nanking, y cuyo celo y prevision me sirvieron de mucho; permanecian con nosotros en aquella ciudad el Ilmo. Lopez, obispo de Basilea, y su vicario el P. Juan Francisco de Leonisa, religioso de la órden franciscana. Luego vinieron tambien á ella el obispo de Argolis, franciscano, y el P. Basilio de Glemona, quienes permanecieron á nuestro lado por espacio de un año. Lejos de ser escesivos los elogios que me habian sido hechos acerca de aquellos prelados, ví, por el contrario, que estaban aun muy lejos de corresponder á la virtud y á las demás cualidades que les adornaban. La dulzura de su carácter hacia que fuese su administracion querida y respetada; como solo procuraban el interés de la mision, lo que era tambien nuestro principal objeto, nos manifestaron desde luego aquel vivo afecto y simpatía que siempre profesaron á todos los jesuitas franceses, como lo atestiguan las diferentes cartas que en su favor escribieron al Papa y á la sagrada Congregacion. A principios del año 1689, recorrió el emperador las provincias del Mediodía, teniendo que visitarle diariamente mientras permaneció en Nanking dándonos repetidas pruebas de afecto y consideracion á la vista de la córte y de los primeros mandarines de las provincias vecinas. Salió el rey de Nanking el dia 22 de marzo en direccion á su capital; y como debíamos acompañarle, formamos parte de su comitiva hasta la distancia de treinta leguas; al vernos á orillas de un rio, hizo dirigir su canoa hácia nosotros, y quiso que llevase esta á remolque nuestra barquilla. Estaba entonces el emperador leyendo nuestro cheou-puen, ó sea la esposicion que le habíamos elevado en señal de gratitud, insiguiendo la costumbre del pais; estaba escrita en caractéres casi imperceptibles; porque cuanto mayor es en China la categoría de la persona á quien se escribe,

mas pequeña debe ser la letra. Sobre todo en aquella última visita, nos trató el emperador con muchísima familiaridad: hasta quiso compartir con nosotros una parte de las provisiones que le estaban destinadas.

Entretanto, estaban los PP. Gerbillon y Bouvet en Pekin constantemente ocupados; y asi como los PP. Pereyra y Thomás estaban obligados, desde la muerte del P. Verbiest, á asistir diariamente á palacio y á cuidar del tribunal de matemáticas, debian los PP. franceses atender á toda la comunion de fieles que habia en aquella gran capital. El emperador, que habia tenido con ellos varias conversaciones antes de emprender su viage, aconsejó á entrambos que aprendiesen la lengua tártara, á fin de que les pudiese comprender mejor, procurándoles al efecto los maestros necesarios. Tratóse en aquella época de hacer un tratado de paz con los moscovitas, lo que nos admiró en gran manera, por no haber creido nunca que una nacion tan inmediata á la nuestra estuviese en guerra con los chinos; pero ya no nos sorprendió tanto al saber, que se habian abierto los rusos un camino desde Moscou que llegaba á trescientas leguas de la China. Los czares de Moscovia enviaron sus plenipotenciarios á Nipchou; y el emperador envió tambien embajadores junto con los PP. Pereyra y Gerbillon, que debian servirles de intérpretes. Para demostrar el afecto que el emperador profesaba á los dos jesuitas, les regaló dos de sus vestidos, y quiso que se sentaran con los mandarines de segundo órden; pero como llevaban estos en el cuello una especie de rosario, que es el distintivo de su dignidad, y el cual no está exento de supersticion, permitióse á los jesuitas que se pusiesen al cuello su propio rosario, en vez del de los mandarines, á fin de que pudiesen ser por aquel medio mas fácilmente conocidos. Preséntanse ciertas circunstancias en que sirve mucho á los misioneros el conocimiento de la sociedad, ó mejor, del corazon humano, como sucedió al P. Gerbillon en la época que vamos á referir: Versado un tanto en Francia en la política, y en todos los asuntos concernientes á ella, tuvo la dicha de conciliar á los chinos y á los moscovitas. El príncipe Sosan, gefe de la embajada, agradeció en gran manera á los misioneros el triunfo que le procuraron en su difícil mision, asegurándoles que podian contar siempre con su apoyo. El P. Gerbillon aprovechó entonces aquella feliz circunstancia para manifestarle nuestras intenciones. « Ya sabeis, príncipe, lo que nos ha obligado á dejar todo cuanto tenemos de mas querido en nuestra Europa para venir á este pais: todos nuestros deseos consisten en dar á conocer á Dios y hacer observar su santa ley. Pero lo que nos desconsuela es que los últimos edictos prohiben á los chinos abrazarla; así pues, os suplicamos, ya que tan bueno sois, que hagais queden sin efecto aquellas disposiciones: el favor que os pedimos tiene á nuestros ojos mucho mas precio que todos los honores y riquezas de que nos podeis colmar, por ser la salvacion de las almas el único bien á que hemos aspirado siempre. » Conmovido el príncipe, nos ofreció su proteccion, y cumplió religiosamente su palabra, cuando algunos años mas tarde se acudió á él para pedir al emperador que permitiese predicar la religion cristiana en sus estados. »

Khang-hi, que habia recibido anteriormente lecciones del P. Verbiest, continuó estudiando las ciencias de Europa bajo la direccion de los jesuitas. « Dedicóse con preferencia, dice Fontaney, á la aritmética, los elementos de Euclides, la geometría práctica y la filosofía; y sobre cuyas materias recibieron los PP. Thomás, Gerbillon y Bouvet la órden de escribir diferentes tratados en lengua tártara. Era tan clara la esplicacion que hacian de aquellas materias en sus respectivos tratados, que en breve llegó á comprender el emperador nuestras ciencias, que continuó cultivando con ardor creciente. Todos los dias iban los jesuitas á palacio, y pasaban dos horas por la mañana y dos por la tarde en compañía del emperador, quien les hacia sentar siempre á su lado á fin de poder aprovechar mejor sus leccio-

nes. Cuando estaba en el real sitio de Tchan-tchan-yuen, situado á dos leguas de Pekin, tenian á sí mismo los jesuitas la obligacion de enseñarle, por no poder quedar su instruccion interrumpida ni un solo dia; no obstante de ser aquel trabajo para los jesuitas sumamente pesado, lo hacian con el mayor gusto, solo por complacer al emperador, y poder por aquel medio fomentar mas fácilmente la religion cristiana. Por espacio de cuatro ó cinco años, continuó el emperador sus estudios con la misma asiduidad; cuantas veces los cortesanos le felicitaban por sus adelantos, les decia que eran estos debidos á la exactitud de las ciencias de Europa y al talento y buen método de los jesuitas que se las enseñaban.» De aquel modo el emperador pasaba el tiempo ocupado, y vivia con los jesuitas en una especie de familiaridad poco comun en los príncipes chinos, cuando la persecucion suscitada en la capital de Hang-tcheu, inclinó el ánimo del monarca en favor del cristianismo.

Pedro de Alcalá (1), que fué uno de los primeros perseguidos, era el que buscaba con mas empeño la palma del martirio, en la propagacion de las doctrinas evangélicas: el cielo atendió al fin á sus ardientes votos. Apenas hubo recibido órdenes sagradas, pidió Alcalá con humildad ser destinado á Filipinas, llegando á Manila en el mes de agosto del año 1666; despues de haber evangelizado por espacio de catorce años aquel archipiélago, en el que obró grandes conversiones, por hablar perfectamente los dialectos de aquellos varios pueblos, fué llamado de nuevo á Filipinas. La amabilidad de su carácter, la santidad de su vida, y sobre todo, su incansable afán en procurar á los naturales todos los ausilios espirituales, le grangearon el aprecio de todos aquellos sencillos pueblos. Como iba Alcalá á todas horas en busca de los desgraciados, sin pensar en su salud ni en su seguridad, vióse en cierta ocasion á punto de ser devorado por un enorme cocodrilo, mónstruo terrible del que es difícil librarse, tanto por la velocidad con que acomete, como por el asombro que causa su vista. Dios, empero, veló en aquel momento terrible por la seguridad de su siervo. La gratitud hizo renovar en Pedro de Alcalá el voto que habia hecho de trabajar por la gloria de Dios hasta su muerte; así que, pidió varias veces ser destinado á China, pero nunca se habia accedido á sus instancias, por considerarse necesaria su presencia en Filipinas. Por último; al ver sus superiores la abundante cosecha que ofrecia al Celeste Imperio, creyeron oponerse á los designios de Dios, por tener ya bastantes misioneros en el archipiélago, y permitieron en el año 1680 á Pedro de Alcalá, que se dirigiese á las regiones que habian sido constante objeto de sus mas vehementes deseos. El P. Juan de Polanco, profeso del convento de Valladolid, bajo cuya direccion habia salido de España catorce años antes, y que despues de haber trabajado con provecho en China, habia ido á buscar en Europa una nueva cohorte evangélica, estaba de regreso en compañía de los PP. Alcade del Rosario, Pedro de Alarcon y Alfonso de Córdoba. Embarcóse con ellos Pedro de Alcalá, para penetrar en el Celeste Imperio por la isla de Formosa, situada á treinta y cuatro leguas de la provincia de Fo-kien, obligándoles los vientos contrarios á estar veinte y cuatro dias en un trayecto que se hacia regularmente en ocho. Aunque el gobernador de la isla no parecia estar muy dispuesto á reconocer las verdades del Evangelio, no pudo menos que admirar el desinterés y la vida penitente de aquellos estrangeros, que procedentes de remotas tierras, no habian reparado siquiera en esponerse á tantos peligros y fatigas, al único objeto de dar á cono-

(1) Nació aquel religioso en Granada el año 1641, donde abrazó desde su mas temprana edad la Orden de predicadores. Como se sintiese inclinado á la carrera del apostolado, se dedicó con preferencia á la predicacion, llegando á ser en breve uno de los primeros oradores de su tiempo. Cuando le llamó Dios mas tarde á evangelizar las remotas regiones de otro mundo, partió el esforzado campeon de la fé con algunos otros de sus compañeros á donde su vocacion le llamaba, mereciendo por su virtud, su celo y su talento ser Pedro de Alcalá considerado siempre como uno de los mas ardientes apóstoles. (Nota del Trad.)



cer el verdadero Dios, y hacer seguir á los hombres el camino de la salvacion. La curiosidad atrajo á los isleños al lado de los dominicos, cuya predicacion habria sido muy fecunda, si los sacerdotes de los ídolos no hubiesen logrado convencer al gobierno de que eran los religiosos unos hechiceros, que con la mágica influencia de sus discursos, obligarian al pueblo á hacerse cristiano. Desde entonces se les nombró una guardia para vigilarles, sin que por ello se impidiese á la gente que fuese á verles y á oir su palabra. Algunos chinos convertidos, presentaban casi diariamente á los misioneros algunos idólatras, muchos de los cuales llegaron al fin á creer en Jesucristo y á recibir el bautismo. Como recibiese en aquella época el gobierno una órden del virey del Fo-kien, previniendo al gobernador de la isla de Formosa que se pusiese al frente de todas las tropas disponibles, y que acudiese en su ausilio para ayudarle á sacudir el yugo de los tártaros, se vieron los misioneros libres de los soldados que les custodiaban, y pudieron entregarse con mas desahogo á sus tareas apostólicas. En breve aumentó considerablemente el número de fieles; Pedro de Alcalá iba de pueblo en pueblo á anunciar la palabra divina, siendo inmensos los frutos de salvacion que recogia en todas partes. Cierto dia vió en las afueras de un pueblo un cadalso levantado, en el que habia tres chinos clavados de piés y manos que arrojaban espantosos gritos. Hacia ya muchos dias que estaban sufriendo aquel horrendo suplicio que, sin quitarles la vida les hacia sufrir todos los dolores y angustias de la muerte; agrupados los idólatras en derredor del cadalso, acababan de aumentar con sus insultos la desesperacion de aquellos desgraciados. El celoso misionero, sin consultar mas que su caridad ardiente, sube decididamente al cadalso, confunde sus lágrimas con las de los tres criminales, y despues de haber calmado sus angustias con los asiduos cuidados que la compasion sugiere, les promete en nombre de Dios el perdon de sus faltas y una recompensa eterna, si arrepentidos de sus pecados se someten á las órdenes de la Providencia, y mueren como cristianos. La gracia de que estaba animado Pedro de Alcalá, predispuso el corazon de los tres chinos, quienes pidieron humildemente el bautismo, cuya agua purísima les regeneró antes de espirar. (Pl. CXIII, n.º 1.) El regreso del gobernador á la isla de Formosa, impidió á los dominicos el continuar su mision con la libertad de que gozaban durante su ausencia; quizás habian obrado ya en ella durante los seis meses de su libre ejercicio, todo cuanto se habia dignado Dios conceder á su ministerio. De todos modos, es lo cierto que prosiguieron los misioneros su viage hasta llegar al continente de China, para proseguir en él la obra santa que se habian visto obligados á interrumpir en la isla de Formosa. A su llegada, se retiró Pedro de Alcalá al lado de los religiosos de su órden, en la provincia de Fo-kien; tan pronto como poseyó la lengua del pais y supo los usos y costumbres de los naturales, se dirigió solo á la provincia de Tche-kiang, en la que estuvo por espacio de veinte y seis años, ó mejor mientras vivió, ejerciendo las funciones del apostolado. La comunion de fieles que formó en aquella provincia, y particularmente en la ciudad de Lan-ki, en la que fijó Alcalá su residencia, llegó á ser casi tan numerosa y floreciente como la de la provincia de Fo-kien Todos los que fueron iniciados por él en la nueva ley de Jesucristo, le honraban como padre, le escucbaban como su doctor y le veneraban como santo. Una circunstancia inesperada contribuyó á aumentar aun la confianza y el aprecio de que era objeto el misionero. Vióse la ciudad de Lan-ki repentinamente inundada, siendo muchas las personas que murieron ahogadas, y las casas que fueron derribadas por la impetuosidad del agua. La en que vivia el P. de Alcalá, á pesar de estar espuesta al mismo peligro, por no ser mas sólida que las demás, fué el refugio de todos los cristianos de la vecindad, por creerse únicamente seguros al lado del ministro de Jesucristo. Todas las casas inmediatas habian

sido arrastradas ya por la corriente, y continuaba sin embargo el agua cayendo á torrentes, como si hubiese querido tambien destruir la única que quedaba en pié en toda la calle; viendo el misionero pintada la ansiedad en todos los semblantes, se puso en oracion hasta que cesó enteramente la lluvia. Por lo general, se atribuyó á la eficácia de sus oraciones la salvacion de todos sus vecinos. Algun tiempo despues, fué nombrado el P. Alcalá vice-provincial de los dominicos de China, cuya eleccion le fué muy sensible, no solo por el temor que le causaban los títulos y honores, si que tambien por obligarle á separarse de su mision querida, y á fijar su residencia en el Fo-kien, punto en que debian vivir los superiores de la órden. Apenas hubieron trascurrido los tres años que debia durar el desempeño de su cargo, cuando volvió á reunirse con sus hijos espirituales en la provincia de Tche-kiang. Pronto, muy pronto fué á turbar su gozo las persecucion, motivada por circunstancias, sobre las que no están muy acordes los autores de aquella época, puesto que todos ellos las atribuyen á causas distintas. Segun unos, persiguió el virey á los cristianos con motivo de una casa que poseia el P. Alcalá, en la que vivian los misioneros y los catequistas; mientras que creen otros, procedia de haber hecho publicar el emperador Chun-tche diez y seis artículos para la instruccion de aquellos pueblos, en el último de los cuales prohibia abrazar ninguna falsa religion, imponiendo una pena al que se dejase alucinar por máximas perniciosas. El gobernador de Lin-gan puso al cristianismo en el número de las falsas religiones, añadiendo que « era una secta que tendia á la revuelta, tanto como cualquiera otra de las mas descabelladas que se conocian en China.» Si bien el P. Verbiest, que gozaba de gran favor en la córte, obtuvo que se diera en el año 1687 un edicto, previniendo que quedára sin efecto aquel artículo, no por esto se borró aquel acuerdo en la provincia de Lin-gan. El jesuita Intorcetta, fundado en aquel edicto, acudió en contra del gobernador al virey de Tche-king, quien encargó al misionero que desistiese de su proyecto, y que dejase á su cuidado el arreglo de aquel asunto; pero como considerase el religioso que podia resultar de aquella falta de cumplimiento un perjuicio para la religion, se negó á acceder al deseo del virey. Resentido éste, escribió al gobernador remitiéndole al propio tiempo la acusacion que el jesuita presentó contra él. Animado el gobernador del deseo de vengarse, indujo al virey á que se declarase contra los cristianos. Diéronse inmediatamente órdenes contrarias á la fé, y procedióse desde luego al derribo de muchas iglesias; persuadidos los idólatras de que lograrian la proteccion del virey declarándose contra los cristianos, les hicieron sentir todo el peso de su mortal ódio. Por mas que ni el P. de Alcalá ni los otros dominicos no tuviesen ninguna parte en lo que motivó aquella persecucion, habian hecho demasiado en favor de la religion para que dejasen los gentiles de perseguirles cruelmente.

Sin embargo, nadie fué tan perseguido como el jesuita Intorcetta; véase lo que dice con este motivo el historiador Le Gobien: « Era aquel religioso un venerable anciano de sesenta y cinco años, que habia encanecido en el ejercicio del apostolado; hasta los mismos paganos le miraban con cierto respeto. Entre las muchas virtudes que le adornaban, se veian brillar un celo ardiente y un esfuerzo heróico que le impulsaban á emprenderlo todo para la mayor gloria de Jesucristo y de su iglesia. Habiéndosele procesado en 12 de setiembre del año 1691, contestó á todos los interrogatorios con una presencia de ánimo y una serenidad imperturbables: dijo que habia entrado en el imperio el año 1657 con el P. Verbiest; que habia permanecido algun tiempo en la provincia de Kiang-si; pero que habiendo tenido que cumplir con los últimos deberes cerca del P. Humberto Augery, su primo, encargado de dirigir la iglesia de Hangtcheu, se habia dirigido á aquella provincia; y que despues de la muerte de Humberto, se

habia quedado en ella para guiar á los fieles. ¿No presenciasteis vos mismo, dijo, dirigiéndose al mandarin, lo que sucedió hace algunos años cuando el emperador recorrió estas provincias, en cierta ocasion que se paseaba por el delicioso lago cuyas aguas bañan los muros de esta ciudad? ¿No os acordais de que envió el príncipe ricos presentes á mi iglesia, por medio de los gentiles-hombres de su séquito, que vinieron á adorar al verdadero Dios?» Se procuró calmar la persecucion, haciendo que el príncipe de Sosan escribiese al virey, con lo que solo se logró salvar la vida de Intorcetta; puesto que los misioneros y todos los fieles continuaron sufriendo los mayores insultos. El médico Tchin-ta-sen, una de las mas fuertes columnas de la nueva iglesia de Hang-tcheu, fué condenado á recibir cien palos, y á ser espuesto en público con la canga ó cadena al cuello. Con gran asombro de los mandarines, se presentó al médico un jóven cristiano, ahijado suyo, y se ofreció á recibir por él los palos á que se le habia condenado. El médico, despues de abrazarle le dijo: «Son estos momentos tan preciosos para mí, y me considero tan feliz al ver que se me juzga digno de sufrir algo por Jesucristo, mi divino Maestro, que por nada renunciaria á la dicha que me está reservada.» Cuando al dia siguiente se presentó de nuevo el jóven cristiano para reiterar su demanda, vió ya todo ensangrentado el cuerpo del mártir, de resultas de los golpes que acababa de recibir, y que brillaba en su semblante la dicha mas pura. «No me compadezcais por lo que he sufrido, decia á los que querian consolarle; compadecedme mas bien por no haber tenido la dicha de morir por mi Dios.» En cuanto al dominico Pedro de Alcalá, declararon hasta los mismos testigos infieles, que habian notado siempre en aquel religioso costumbres purísimas, una vida ejemplar, y vístole siempre animado del deseo de hacer bien; sin embargo, no por ello dejó de sufrir el confesor de Jesucristo en gran manera. Por último, se le desterró á Canton, y se procuró destruir en su ausencia todo el bien que habia hecho en aquel país por espacio de tantos años.

Los PP. de Pekin, dice Fontaney, tenian copia de todas las actas y procedimientos que se habian formado de órden del virey; y como viesen al fin que la persecucion no cesaba, resolvieron recurrir á la clemencia del emperador, presentándole todas las copias que obraban en su poder. El príncipe, que les queria mucho, les escuchó con benevolencia, prometiéndoles acabar con aquella persecucion, con solo prevenir al virey que dejase libre á Intorcetta y á los demás cristianos. «Pero esto será nunca acabar, contestaron respetuosamente los misioneros, si V. M. no procura cortar el mal de raiz: porque si ahora que podemos acercarnos diariamente á vuestra real persona, y que nos colmais de beneficios, se continua vejando en las provincias á nuestros hermanos, ¿qué no deberémos temer el dia que nos veamos privados de la honra que se nos dispensa ahora?» Entonces prometió el emperador que los tribunales arreglarian solemnemente aquel negocio: pero que debian los religiosos presentarle una instancia motivada pidiendo la decision de los tribunales. Despues de haber examinado el emperador detenidamente la peticion presentada, advirtió á los religiosos que no estaba bastante fundada para obtener lo que ellos deseaban; y por un esceso de condescendencia, les dió el mismo emperador la solicitud que debia serle presentada, para que fuese decretada favorablemente. Los PP. Pereyra y Thomás fueron los encargados de presentarla públicamente el primer dia que se dió audiencia; y el emperador, como si nada supiese, la entregó, como las demás, al tribunal de los ritos para que la examináran, y le diesen luego cuenta. Despues de haber citado los mandarines todos los edictos que habian sido dados anteriormente contra el cristianismo, así como tambien las recientes disposiciones dadas durante la menor edad del soberano, dijeron que no debia permitirse en China el ejercicio de la religion

cristiana. Poco satisfecho el emperador al saber su decision, la rechazó mandando examinar nuevamente la instancia que les habia sido presentada; sin que fuese mas favorable á la religion cristiana su segundo dictámen. Viendo entonces el emperador que nada podria conseguir por medio de los tribunales, tomó el partido de adoptar la decision dada por el tribunal de ritos, la cual consistia en permitir al P. Intorcetta que continuase permaneciendo en Hang-tcheu, y que únicamente los europeos pudiesen profesar la religion cristiana. Fué aquella noticia para los jesuitas un golpe terrible; al ver el emperador su consternacion se sintió vivamente afectado. « Somos, decian á cuantos intentaban consolarles, como aquellos infelices que tienen siempre á la vista los cadáveres de sus padres. » Tal es la frase que impresionó mas vivamente á los chinos. El emperador les propuso enviar á algunos de ellos á las provincias con importantes cargos para demostrar públicamente el aprecio que le merecian; pero como viese que lejos de disminuir su tristeza iba siempre en aumento, llamó al príncipe Sosan, á fin de consultarle acerca de lo que debia hacerse para contentar á los misioneros. Aquel ministro celoso se acordó entonces de la palabra que habia dado en otro tiempo al P. Gerbillon en Nipchou; y despues de manifestar al emperador que despreciaban los religiosos todos los honores y riquezas de que pudiese colmárseles, le dijo que solo lograria halagarles permitiéndoles que predicasen su ley en todo el imperio. « Pero, ¿cómo queréis que les complazca con lo que me pedís, cuando se obstinan los tribunales en no querer reconocer su ley? » — « Señor, le contestó el príncipe, preciso es darles á conocer que sois vos el gefe del estado: si me lo permitís, hoy mismo me veré con los mandarines, á los que hablaré con tanta energía, que ninguno de ellos osará oponerse á los deseos de V. M. » Los mandarines tártaros fueron los primeros en aprobar las razones enérgicas del príncipe; adhiriéndose así mismo despues á ellas todos los mandarines chinos. Fueron tantos los elogios que hizo del catolicismo el príncipe Sosan en el preámbulo del edicto que se publicó, que el emperador se vió obligado á borrar algunos de ellos; no obstante, dejó todos los puntos mas esenciales respecto de la religion, la relacion de la vida ejemplar de los misioneros que la habian predicado en China por espacio de cien años, la autorizacion que se daba á los chinos para abrazarla, y la conservacion de las iglesias que habian sido construidas. Todos estos puntos fueron ratificados el dia 22 de marzo de 1692; y luego el tribunal de los ritos los envió, segun la costumbre establecida, á todas las ciudades del imperio, donde fueron espuestos al público y anotados en los registros de las audiencias. De este modo fué declarado libre en China la religion cristiana, debiéndose en gran parte aquella favorable disposicion tan vivamente deseada, al cultivo de las ciencias que profesábamos, por haber sido estas las que predispusieron el ánimo del monarca en nuestro favor. Si bien no debemos creer que fuese la ciencia un medio infalible para lograr nuestro objeto en China, con todo, es innegable, que nos sirvió entonces de mucho, por mas que los progresos de la fé y la conversion de los infieles sean siempre obra de la gracia omnipotente del Señor. »

Habiendo logrado el emperador reprimir ó evitar la persecucion, no paró hasta hacer volver de su destierro al P. de Alcalá, quien se dedicó desde luego á reunir su grey dispersada. Si bien la perseverancia de algunos de los nuevos cristianos le consoló en gran manera, en cambio, la caida de algunos otros contristó mucho su corazon de padre; una familia entera que habia bautizado poco antes de su salida, perdió insensiblemente su fervor primitivo y acabó por abjurar la fé cristiana. Una muger anciana que habia permanecido fiel á sus promesas en medio de la apostasía de sus hijos y nietos, pudo al fin con su ejemplo, y con su santa muerte y las tiernas exhortaciones del P. de Alcalá atraer al buen camino á todos sus séres queridos; teniendo el misionero á su

vez el consuelo de reconciliarles con la iglesia. Por mas que el siervo de Dios respetase en gran manera á los misioneros de las demás órdenes, seguia exactamente la práctica de su instituto, sin permitir á sus cristianos mas que lo que estuviese en armonía con los principios adoptados por los dominicos; para convencerse del espíritu de caridad y celo de que estaba poseido el misionero, basta leer sus dos cartas, una fechada en el año 1680, y otra en 20 de diciembre del año 1691, continuadas en la *Apología de los dominicos misioneros de la China.* Continuó el P. de Alcalá desempeñando las funciones del apostolado, sin que ni sus contínuos trabajos ni sus achaques le hiciesen renunciar á la austeridad y penitente vida que se impuso ya desde el primer dia que tomó el hábito de Santo Domingo, ni prescindir de ninguna de las santas prácticas observadas por la provincia dominicana de Filipinas. Era tan fructífera su palabra, que iba el número de fieles siempre en aumento en torno suyo. El P. Salvador de Santo Tomás dice, en una carta escrita el 10 de abril del año 1693 á Cárlos Maigrot, acerca del desacuerdo que habia sobre las ceremonias chinas, que solo se habian dirigido los dominicos al Celeste Imperio por no haber en él los obreros necesarios para administrar los sacramentos á un pueblo tan numeroso. No obstante el aislamiento en que vivia el P. de Alcalá, suplió siempre con su actividad prodigiosa la falta de personas que le secundasen; solo tenia un misionero, al que se veia obligado á enviar de vez en cuando á los puntos mas lejanos, segun las necesidades de la mision.

Desde la creacion de los vicariatos apostólicos, clamó incesantemente el Portugal contra una medida que creia contraria á los derechos del patronato. «En tal estado, dice el obispo de Hesebon, Roma cuya sabiduría sabe hacer siempre con oportunidad todas las concesiones necesarias para conservar la paz, consintió en crear en China dos obispados, que debia proveer el Portugal, y cuyas dos nuevas sillas fueron establecidas en las ciudades de Pekin y Nanking.» (Pl. CXIII, n.º 2.) Fueron ambas diócesis erigidas por Alejandro VIII en 10 de abril del año 1690, y dotadas por el rey de Portugal, como lo habia sido anteriormente la de Macao. «Así que se supo en Goa aquella disposicion, añade el obispo de Hesebon, envió el arzobispo de aquella ciudad en calidad de metropolitano, dos vicarios generales á las predichas diócesis, para dirigirlas en su nombre, hasta que fuesen nombrados los obispos titulares; pero como quisiese comprender en una de ellas la provincia de Fo-kien, no quiso M. Maigrot reconocer su jurisdiccion, por ser su vicario apostólico, nombrado debidamente por la sagrada Congregacion.» Para poner término á todas las cuestiones, formó Inocencio XII nuevos vicariatos, independientes de la jurisdiccion de los obispos nombrados por su predecesor; siendo M. Maigrot confirmado en el título de vicario apostólico de la provincia de Fokien. Informado Inocencio XII de lo mucho que habia trabajado Domingo de Alcalá para la propagacion de la fé en aquellas regiones, le honró con el título de vicario apostólico de la provincia de Tche-kiang, cuya nueva dignidad le daba una jurisdiccion espiritual sobre todos los misioneros y las iglesias de la provincia, obligándole al propio tiempo á velar con mayor solicitud por todo lo concerniente á la predicacion del Evangelio y al culto divino y las costumbres, no solo de todos los nuevos cristianos, si que tambien de sus ministros. Sin prevalerse de su autoridad, nunca emprendió cosa alguna de importancia sin consultar antes los demás misioneros, por mas que no tuviesen estos ni su esperiencia, ni sus conocimientos; si no le fué posible hacer todo el bien que deseaba, logró al menos con su prudencia y dulzura evitar el escándalo y conservar la paz en la iglesia que le estaba confiada.

Despues de haber dado Khang-hi el nuevo edicto, volvió á continuar sus estudios bajo la direccion de los jesuitas; no habia á la sazon en China mas que cinco PP. franceses, dos

de los cuales permanecian en la córte, Fontaney en Nankin y Visdelou y Le-Compte en el Chan-si y el Chen-si. El último de ellos fué destinado á Europa por asuntos de la mision; Fontaney y Visdelou fueron á Canton á últimos del año 1692, á fin de fundar allí una casa destinada á recibir los jesuitas franceses que fuesen destinados á China: encontrándose aun en aquella capital, cuando recibieron la órden de dirigirse á la córte. Al atravesar la provincia de Nanking, abrazaron por la última vez al P. Gabiani, que murió dos años despues rendido de fatiga y lleno de merecimientos; á su llegada hallaron al emperador enfermo, y para el que llevaban una libra de quina que les habia enviado el P. Dola desde Pondichery. Aquel remedio, desconocido aun en Pekin, contribuyó, junto con algunas pastillas medicinales que tenian los PP. Gerbillon y Bouvet, á la curacion del monarca; agradecido este, trató de recompensar á los jesuitas. « El dia 4 de julio de 1693, dice Fontaney, nos llamó á su palacio y nos mandó decir por uno de sus gentiles-hombres: « El emperador os cede á los cuatro una casa en el Hoang-tchin, esto es en el primer cuerpo de su palacio. » Despues de haber oido arrodillados aquellas palabras, segun el ceremonial de China, nos levantamos, y aquel oficial nos condujo á las habitaciones del emperador, para que le diésemos las gracias, mientras estaba el príncipe ausente. Diferentes mandarines que se encontraban allí por casualidad, asistieron á aquella ceremonia, asi como tambien el P. Pereyra, y otro misionero de nuestra Compañía, que habia ido á palacio por otros asuntos. Los mandarines y los dos religiosos se colocaron á alguna distancia, estando de pié y guardando el mas profundo silencio, mientras que los PP. Gerbillon Bouvet, Visdelou y yo, hacíamos tres genuflexiones y nueve reverencias hasta tocar el suelo con la frente, en prueba de nuestro vivo reconocimiento. Al dia siguiente repetimos la misma ceremonia á presencia del emperador, quien se dignó despues llamarnos separadamente, y hablarnos en tono muy afectuoso; luego entregó al P. Bouvet los presentes que enviaba al rey de Francia, encargándole comunicase al rey la dádiva que acababa de hacernos. Tomamos posesion de nuestra casa el dia 11 de julio: pero como no estuviese aun dispuesta conforme nuestros usos, mandó el emperador á la junta de obras, que mandase hacer en ella todas las innovaciones que nosotros indicásemos. Como estuviese ya enteramente arreglada, dedicamos el dia 19 de noviembre nuestra capilla á Jesus Crucificado por la salvacion de los hombres, y se procedió al dia siguiente á su apertura con la mayor solemnidad. Desde entonces predicó el P. Gerbillon todos los domingos, y esplicó á los fieles los principales deberes de los cristianos; bautizamos al propio tiempo en ella á diferentes catecúmenos, siendo muy raros los domingos en que no se ministraba á alguno de ellos el agua de la regeneracion. El P. Visdelou se encargó del cuidado de instruir á los prosélitos, por lo que tuvimos en breve una comunion de fieles numerosa y floreciente; al año de habernos cedido el emperador nuestra casa, nos dispensó un nuevo beneficio, no menos señalado que el primero, puesto que nos cedió un espacioso terreno para construir la iglesia. Sabiendo que los administradores del palacio querian hacer construir en aquel terreno habitaciones para los eunucos, procuramos nosotros obtenerle para levantar en él la casa del Señor. Para lograrlo, hicimos presente al soberano que junto á nuestras casas debia haber siempre las iglesias, por lo que le suplicábamos se dignase cedernos el terreno de que se trataba, á fin de que no careciese la nuestra de aquel requisito indispensable. Deseoso el emperador de complacernos en todo, nos cedió la mitad del terreno, haciendo constar en el acta de cesion, que lo hacia al objeto de que se edificase en él un magnífico templo en honor del rey del cielo. » Otro jesuita, el P. Jartoux, hablando de la construccion de aquella iglesia, dice: « En el mes de enero del año 1699, el emperador concedió al P. Gerbillon el permiso para construirla;

algun tiempo despues, llamó el príncipe á todos los misioneros de la córte, y les dijo si querian por su parte contribuir á la construccion de aquella iglesia, é hizo entregar á cada uno de ellos cincuenta escudos de oro, á fin de que se suscribiesen por aquella cantidad. Cuando se colocaron los cimientos, no tenian los jesuitas mas que dos mil ochocientas libras para atender á la construccion del templo, sin que por ello dejasen de continuar con actividad las obras, confiados en la Providencia que no habia cesado de velar sobre ellos. Cuatro años duró la construccion y ornato de aquel vasto templo, uno de los mas hermosos de Oriente: está construido en el centro de un patio; hay en cada lado un cuerpo de edificio que contiene una vasta sala de construccion china; sirve una de ellas para instruir á los catecúmenos, y la otra para recibir á las personas que vienen á visitarnos. Hay en esta última los retratos del rey y de los príncipes de Francia, de los reyes de España é Inglaterra y los de otros muchos príncipes; hay además escelentes grabados que revelan la magnificencia de la córte de Francia. La iglesia tiene setenta y cinco piés de longitud, treinta y tres de latitud y treinta de altura; componen su interior dos distintos órdenes de arquitectura; tiene cada órden diez y seis columnas, con su pedestal inferior de mármol; los de la parte superior son dorados, así como tambien los capiteles, los hilos de la cornisa y los del friso de la alquitrava. El friso está cargado de adornos que solo son pintados, y cuyos colores han sido mas ó menos deteriorados, segun los diferentes objetos que representan; hay en la parte superior doce grandes ventanales en forma de arco, seis por cada parte, que dan á la iglesia toda la luz necesaria. Tiene el altar hermosas proporciones; cuando está adornado con los ricos presentes debidos á la liberalidad del rey, parece entonces un altar que un gran monarca haya erigido al Rey de los reyes.» Fontaney, despues de hablar de aquella iglesia, dice de Khang-hi: «Todavía nos dispensaba aquel príncipe otras muchas gracias, que nunca podrémos apreciar debidamente. Cuando íbamos á palacio, nos recibia con una bondad estrema; el dia de año nuevo es costumbre en China enviar el emperador dos mesas á los magnates de su córte, llena la una de los mas esquisitos platos, y cubierta la otra de esquisitos frutos; no solo nos dispensaba á nosotros el mismo honor, sino que nos invitaba además á ver el disparo de los fuegos artificiales en su hermoso palacio de Tchan-tchun-yuen. Solo éramos á la sazon en China tres jesuitas franceses, y viviamos los tres en la córte; pero recibimos un refuerzo considerable con la llegada del P. Bouvet, acompañado de escelentes misioneros: el *Amfitrite*, que les condujo, fué el primer buque francés que se vió en los puertos de China.»

El edicto de Khang-hi permitiendo la predicacion del cristianismo, arraigó mas y mas en los jesuitas la idea de formar un clero indígena, manifestada ya anteriormente en todos sus escritos. El dia 15 de agosto del año 1695, publicaron los misioneros de la Compañía una nueva Memoria, que será un monumento eterno de su celo; hé aquí un estracto de ella: Pintaban con los mas vivos colores el verdadero estado de la religion en China; decian que habia llegado el momento de asegurar para siempre su prosperidad, y de abrirse un camino para la conquista espiritual de aquel vasto imperio. Además, insistian los jesuitas en la necesidad de prevalerse del asombro general, para crear una iglesia imponente por el número de los neófitos, fundados en que segun la política del imperio, era imposible la persecucion, desde el momento que fuesen los cristianos en gran número. En su virtud, clamaron nuevamente porque se dispensára á los neófitos el estudio de la lengua latina, y se les autorizase á ellos para constituir la nueva iglesia en bases sólidas, y bajo el plan que estuviese mas en armonía con las costumbres del pais; pidiendo que fuese la lengua china la litúrgica en aquel vasto imperio, así como tambien en las regiones que estuviesen bajo

su influencia política ó moral. Habríase podido objetar que si se descuidaba la lengua latina, no habia ya medio de relacion directa entre Roma y China, lo que necesariamente habia de esponer á aquella comunion naciente á caer en el cisma; pero los jesuitas contestaban ya á esta objecion, diciendo que podia exigirse el estudio del latin á los neófitos mas distinguidos, que estaban llamados un dia al episcopado. Además, proponian que se fundase en Roma un colegio chino, que procuraria la doble ventaja de instruir á la juventud escogida, y de facilitar las relaciones entre Roma y China. Luego aducian en su Memoria otras muchas razones, fundadas en la necesidad de formar un numeroso clero indígena, lo que era imposible lograr de otro modo, segun lo manifestado ya anteriormente por los PP. Verbiest y de Rhodes, en sus respectivas Memorias publicadas al mismo objeto. Para convencernos del celo que anima á aquellos misioneros, trascribirémos aquí uno de los párrafos en que apoyaban con mas fuerza sus pretensiones. « Suponed, decian, que nuestro divino Salvador se hubiese encarnado en el imperio de China (que ni por su poblacion, ni por su influencia, en nada debia ceder al imperio romano), y que los chinos impulsados por el celo apostólico, hubiesen llegado á Roma para anunciar el Evangelio de Jesucristo, imponiendo por condicion que debiesen adoptarse la lengua y las ceremonias chinas. ¿Habrian aceptado los romanos el Evangelio bajo aquella condicion? y si algunos lo hubiesen aceptado, ¿de qué consideracion habrian gozado en la Roma pagana, los sacerdotes romanos que, despues de haber consagrado los mejores años de su vida al estudio de una lengua estrangera, hubiesen ignorado completamente la literatura y las ciencias de su patria? Seamos justos: empleemos en favor de los chinos todas las razones que á nosotros nos habria sugerido el espíritu nacional. » Por último, terminaban los jesuitas su memoria, poniéndose á los piés del Padre comun de los fieles, para asegurarle que nunca la iglesia de Jesucristo se habia visto en una circunstancia tan favorable para alcanzar la conquista espiritual de la China, y suplicarle les concediese la dispensa que solicitaban para el aumento y solidez de aquella iglesia naciente. «Podrá haber audacia, observa el P. Bertran, en la Memoria y en el plan trascritos; pero de ningun modo se hallarán en ellos aquella mezquindad de miras, aquella antipatía contra la institucion del clero indígena y la constitucion de iglesias nacionales que se han atribuido tan injustamente á la Compañía de Jesus. La Memoria escrita por los misioneros de la China, es la espresion de los sentimientos de la Compañía; llegada á manos del general el dia 26 de diciembre del año 1697, fué presentada por éste al Santo Padre, el 12 de enero del año de 1698. »

Los jesuitas franceses que los PP. Bouvet y de Fontaney, llevaron sucesivamente de Europa á China, ó que pasaron á ella por la India, fueron destinados á fundar nuevos establecimientos de la Compañía en varias provincias del imperio, sin que por esto creyesen los hijos de San Ignacio, poder por sí solos convertir aquel inmenso pais. Véase lo que acerca de esto decia Fontaney: « Cuantos mas operarios veamos en esta mision, mayor será nuestro gozo. De muy buena gana escribiríamos á todas las universidades de Europa, como S. Francisco Javier, suplicándolas enviasen hombres celosos en nuestro ausilio: tales son los sentimientos de que estamos animados todos, y que Dios sabe no hemos desmentido nunca con nuestra conducta. Cuando el Papa hubo nombrado obispos y vicarios apostólicos para todas las provincias de China, en los años 1698 y 1699, tuvimos ocasion de demostrar nuestro celo; puesto que, merced al favor de que gozábamos en la córte, no paramos hasta procurarles las recomendaciones necesarias, para que pudiesen establecerse libremente en sus respectivas diócesis. No solo nos espusimos gustosos á perder nuestra influencia, si que tambien á correr grandes peligros, atendida la magnitud de la empresa

que íbamos á acometer, y la natural desconfianza de que está poseido el pueblo chino, desconfianza que no podia dejar de alarmarse vivamente en vista de los numerosos establecimientos cristianos que iban á plantearse. Entonces como siempre, nada omitimos para dar cumplimiento á las órdenes de la Santa Sede, y abrir de par en par las puertas de China á la predicacion del Evangelio. El P. Gerbillon, que era nuestro superior, empezó por proteger al obispo de Argolis, que acababa de ser trasladado á la silla de Pekin. No fué menor la proteccion que dispensó á M. Leblanc, sacerdote de la Congregacion de las Misiones Estrangeras, nombrado vicario apostólico del Yun-nan; M. Artus de Lyonne, obispo de Rosalía y vicario apostólico de la provincia de Su-tchouan, fué tambien protegido en gran manera por nuestro superior. Cuando resolvió aquel obispo dirigirse á Roma, llamó á cuatro misioneros, para que se encargasen, durante su ausencia, de la vasta provincia que le estaba confiada, y que se veia obligado á abandonar para atender mejor á los intereses de la misma. Tambien logramos librar á los misioneros agustinos de la persecucion que pesó sobre ellos durante cinco años por no dejar en el desamparo á su iglesia de Vou-tcheou, en la provincia de Kouang-si; obrando por ellos con el mismo ardor que habriamos desplegado en nuestra propia defensa. A todas estas pruebas, añadiré la que tuve la honra de recibir del nuncio de Paris el año 1701: « La sagrada Congregacion, me dijo, ha sabido por cartas de los obispos, vicarios apostólicos y diferentes misioneros de China, que han procurado los jesuitas franceses con incansable celo sostener la religion en aquellos paises, y proteger en todo á los misioneros; por lo que cree la Congregacion deber darles un público testimonio de su gratitud y de su afecto. Por esto en una carta firmada por el cardenal Barberini, prefecto de la misma, me encarga os dé las gracias en su nombre á vos y á todos los demás jesuitas, por el bien que habeis hecho á la religion en aquel dilatado imperio; asegurándoos además en su nombre, que en todas las ocasiones que se le presenten, os dará pruebas de su proteccion y de su benevolencia. »

A costa de grandes sacrificios lograban los jesuitas conservar el favor de Khang-hi, por lo útil que habia de ser á la religion cristiana. « Aunque este príncipe, añade Fontaney, parece no tener el mismo empeño que los años anteriores en estudiar las matemáticas y las demás ciencias de Europa, nos vemos sin embargo obligados á visitarle con frecuencia, por tener siempre que consultarnos sobre alguna cosa. Ocupa noche y dia en ejercicios de caridad á los hermanos Frapperie, Baudin y Rhodes, muy hábiles en curar toda clase de llagas y heridas; confiándoles el cuidado de los enfermos de palacio, y de todas las personas mas distinguidas de la córte. Está el emperador tan prendado del P. Jartoux y del hermano Brocard, que les obliga á ir diariamente á palacio; conoce el primero muy á fondo el álgebra y la mecánica, y hace el segundo trabajos de gran mérito. Solo despues de estar ya muy entrada la noche, nos permite el emperador retirarnos; pero nos sometemos gustosos á sus órdenes, por exigirlo los intereses del cristianismo. »

M. Maigrot, vicario apostólico del Fo-kien, acudió tambien á los jesuitas, quienes le fueron en Fou-tcheou sumamente útiles. Para convencer mas á nuestros lectores del celo con que obraban los jesuitas, dirémos que en algunas cosas Maigrot disentia de ellos con respecto á las ceremonias supersticiosas de los indígenas, conforme lo indica el reglamento que publicó en su provincia, y en el que se leia; « Declaramos que la Esposicion elevada al papa Alejandro VII, sobre los puntos de controversía que dividian á los operarios evangélicos en esta mision, no era exacta en todas sus partes, etc., » y luego terminaba de esta manera: « No intentamos atacar con esta manifestacion á los misioneros que no pensaron antiguamente como pensamos nosotros, por

ser libre cada cual de hacer lo que en su concepto crea mas conforme á la verdad y á la fé. » En una esposicion que elevó en 10 de noviembre á Inocencio XII, añadia: « Lejos de mí la idea de suponer que hayan caido en China algunos misioneros en la mas grosera idolatría, ni que la hayan permitido á los demás, lo que no podria suponerse sin calumniarles; pero es innegable que así como hubo ciertos teólogos que sostenian ser lícito el contacto Mohatra, hay ahora tambien diferentes misioneros que permiten á los nuevos cristianos ciertas ceremonias, que consideran ellos como puramente civiles, y que son supersticiosas en concepto de otros teólogos. » M. de Quemener, que fué enviado á Roma el año de 1690 por el obispo de Metellópolis, presentó aquella instancia á Inocencio XII, en el año 1696; y en su vista, el Papa encargó á M. Maigrot en un breve de 15 de enero, que nada omitiese para establecer un perfecto acuerdo entre todos los misioneros. Al propio tiempo se presentó á Roma M. Charmot, concólega del prelado, pidiendo tambien una solucion que pusiera término á la controversía; pero la Sede apostólica, lejos de dar como antes, una solucion motivada en la relacion espuesta por una de las partes, pidió informes á los demás misioneros, á fin de poder dar un fallo definitivo con todo conocimiento de causa. Los jesuitas de Pekin, se dirigieron entonces á Khang-hi, no por nombrarle árbitro ó juez en aquella diferencia, sino para que esplicase claramente los hechos controvertidos, lo que hizo el príncipe en el año 1700. No es probable que los jesuitas hubiesen pedido aquella declaracion al soberano, cualquiera que fuese la importancia que pudiese tener en sí aquel acto, á haber previsto el resultado que podia tener, caso de que el fallo de la Santa Sede fuese en sentido opuesto. De todos modos, despues de un detenido exámen, y de haber oido las razones de las partes, fueron prohibidas las ceremonias, así como tambien el uso de los nombres con que los letrados chinos acostumbraban designar á Dios, segun un decreto dado por Clemente XI, á 20 de noviembre del año 1704, que solo se publicó despues de haber sido enviado á Maillard de Tournon, patriarca de Antioquía y legado apostólico en China. La Congregacion del Santo Oficio, teniendo en cuenta la protesta añadida por Maigrot, al final de su escrito, decia: « Deberá encargarse al patriarca de Antioquía, ó á cualquier otro á quien se confie el cumplimiento de estas disposiciones, que evite toda apariencia, y segun espresion de Tertuliano, hasta el mas leve soplo de supersticion pagana; debiendo empero procurarse poner siempre á cubierto la reputacion de los operarios evangélicos que con tanta asiduidad trabajan en la viña del Señor, no dudando que todos ellos se someterán humildemente á las decisiones y á las órdenes de la Santa Sede. »

El P. Cloche, general de la órden, encargó á los dominicos de Filipinas, que diesen el ejemplo de obediencia debida al legado del Papa; fueron sus deseos tan exactamente cumplidos, que el mismo patriarca no pudo menos de ponderar en gran manera la caridad y sumision de los dominicos de Manila, así como tambien el celo ardiente que desplegaban los misioneros de la órden de Predicadores en China, cuando llegó el legado á ella en el mes de abril del año 1705. Solo por medio del favor de que gozaban los jesuitas, logró el patriarca que se le permitiese dirigirse á Pekin, y que se le hiciese en aquella córte una ovacion completa. Como el legado indicase á los jesuitas que se habia dado ya el decreto que habia de poner término á la controversía, le suplicaron estos les dijese sus decisiones, ó al menos que se las indicase, á fin de que pudiesen acatar desde luego las órdenes de la Iglesia, y hasta abandonar á la China, si tal era la voluntad del Sumo Pontífice. Al ver la llegada de un comisario apostólico, comprendió Khang-hi que solo podia aquel proponerse restablecer la union y la uniformidad de miras entre los misioneros europeos; pero no por ello dejó de hacerle preguntar el dia 25 de diciembre del año 1705, cual era el objeto de

su legacion. Contestó el patriarca que iba á la China para dar gracias al emperador en nombre del Papa, por la proteccion que habia dispensado al cristianismo y á sus apóstoles; y luego, porque deseaba Su Santidad tener en Pekin un superior general, que dirigiese todas las misiones en aquel imperio. A los tres dias, ó sea á 28 de diciembre, se contestó al patriarca ser la voluntad del emperador, el que desempeñase aquel cargo importante un misionero que hubiese permanecido antes diez años en su córte, á fin de que conociese las costumbres del pais que estaba llamado á regir. En 31 de diciembre, fué admitido por primera vez el legado á presencia del Khang-hi. « Hallábase, dice el P. Tomás, en medio de sus magnates y de todos los misioneros residentes en Pekin; todos los funcionarios del palacio habian recibido la órden de no exigir al patriarca las ceremonias chinas, por el respeto que se debia á su persona, y en consideracion á la enfermedad de que estaba aquejado. Al entrar saludó al emperador por medio de algunas genuflexiones, y le hizo este sentar desde luego en un monton de cogines, informándose de la salud del Papa con un interés que revelaba la bondad de su corazon. Despues de haberle tratado con la mayor consideracion, mandó el emperador que se sirviese el té al legado; quiso el mismo emperador ofrecerle despues una copa de vino, y le acompañó á la mesa que le estaba preparada, en la que habia treinta y cuatro platos y cubiertos de oro. Pasadas las horas de sobremesa, en las que se tuvo una conversacion sumamente animada, el emperador invitó al patriarca á que le esplicase el principal objeto de su legacion. « Creyendo el prelado que admitiria Kang-hi mas fácilmente un nuncio que un superior general de las misiones, propuso, en nombre del Papa, elegir un agente ó encargado de relaciones, para estrechar mas y mas las que existian entre las dos córtes de Roma y China. A lo que contestó el príncipe que era aquello sumamente fácil, y que podia confiarse aquel cargo á cualquiera de los europeos que habia en su palacio; pero como observase el legado que habia de ser un agente recientemente llegado á la córte, el emperador se negó á admitirle. El patriarca intentó además establecer en Pekin una casa para los misioneros de la Propaganda, lo que solo logró realizar en parte. « La Santa Congregacion de *Propaganda Fide*, instituida por Gregorio XV en el año 1622, dice el P. Bertrand, envió directamente sus misioneros á la India, á China, al Tong-king, etc.; pero creyendo las autoridades portuguesas ver en aquella medida una violacion de los derechos de patronato, rechazaron á aquellos misioneros de sus posesiones, y les crearon en otras obstáculos insuperables. El consejo de Goa, que llevaba el nombre de Junta, dió órdenes severas á los prelados y á los superiores de las misiones, contra los *propagandistas*, tal era el nombre que se daba á los enviados de la Propaganda; parece que el principal medio, de que echaban mano las autoridades portuguesas para justificar su conducta, era el de que no contentos aquellos misioneros con violar los derechos del patronato establecido por solemnes bulas, que no habian sido revocadas por el Sumo Pontífice, hasta se negaban á reconocer á la autoridad constituida y á someterse á su jurisdiccion, lo que era contrario, decian, á los decretos del Santo Concilio de Trento. En vista de la conducta observada por los portugueses, invitaron los jesuitas á su general á que procurase se hiciese un tratado entre Roma y Portugal, á fin de que no se viesen privadas aquellas vastas posesiones, de los ausilios que podia procurarles la Congregacion de *Propaganda Fide*. Inútiles fueron empero todos los esfuerzos hechos para lograr el apetecido objeto; contribuyendo, por el contrario, á exasperar mas los ánimos. En aquella triste lucha que duró dos siglos, mas de una vez fueron los jesuitas blanco de todos los tiros, por serles igualmente contrarios los que combatian en uno y otro campo; puesto que estaban sugetos á los obispos y al prelado de Indias, y por lo mismo á todos los derechos del

patronato, por lo que no podian dispensar una proteccion decidida á los *propagandistas*, y estos, por su parte, manifestaban su resentimiento á los hijos de Loyola, por no prestarles todo el apoyo de que necesitaban. De la triste posicion en que se veian colocados, resultaron aquella funesta rivalidad y contínuas quejas contra la ambicion y orgullo de los jesuitas, á los que se acusaba de no querer someterse á la Propaganda. Como los misioneros de la Congregacion llegaban directamente de Europa, era natural, y hasta inevitable, que se admiráran y reprobáran en cierto modo las costumbres de aquel pais, así como tambien la administracion de las misiones en él establecidas, de lo que resultaban contínuas quejas contra los antiguos misioneros Por su parte, ¿procuraron estos atraerse siempre á los nuevos apóstoles, por medio de la moderacion y la observancia de la caridad religiosa? Hé aquí lo que no nos atreverémos nosotros á afirmar: eran hombres, en su mayor parte portugueses, que atendian algunas veces á los intereses de su nacion, mucho mas de lo que era permitido á misioneros católicos. Sin embargo, tenemos datos para creer en la rectitud de todos los misioneros, por lo que no titubeamos en afirmar, que mas bien que de sus intenciones, procedia el mal de la falsa posicion en que unos y otros estaban colocados. Si se hubiese examinado á fondo y sin pasion aquel estado de cosas, y modificadose un tanto los derechos del patronato, única causa que produjo la discordia, habríase logrado fácilmente la concordia que tan necesaria era á los intereses del catolicismo. Pero como no fué posible inducir los ánimos á un arreglo definitivo, fué cundiendo insensiblemente en los ánimos el fuego de la discordia, que acabó por causar la ruina de las misiones, y contribuir en Europa á la espulsion de la Compañía de Jesus.»

Volvamos ahora á la peticion del legado, que ha sido causa de las consideraciones que hemos creido deber trascribir. El obispo de Hesebon, despues de haber lamentado la rivalidad que existia entre los jesuitas portugueses y franceses, á causa de las pretensiones del Portugal, añade que fracasaron sus planes, merced á la oposicion del jesuita Pereyra. Lejos empero de desalentarse el patriarca, entabló nuevas negociaciones al objeto de destruir la influencia del Portugal en China; procurando demostrar la injusticia de los portugueses, que no permitian la entrada en el Celeste Imperio, á los que no hubiesen pasado antes por sus posesiones y reconocido sus leyes; pero solo le valió esta queja la animadversion del reino, cuya funesta exigencia publicaba. Así mismo se ocupó en la eleccion del enviado que debia ofrecer al Papa los ricos presentes de Khang-hi, y que debia pedir en nombre de este, al gefe de la iglesia, doce de sus súbditos, á saber: tres matemáticos, tres médicos, tres cirujanos y otros tantos músicos. El patriarca habia nombrado á su auditor para el desempeño de aquella embajada; pero el emperador nombró al P. Bouvet, para que ofreciese en su nombre aquellos presentes al Papa, á lo que trató de oponerse el legado. Entretanto Maillard de Tournon, que no perdia de vista el objeto esencial de aquellas misiones, tomó informes acerca de las ceremonias chinas, y ordenó á principios del año 1706 á Cárlos Maigrot, que se dirigiese á Pekin, al objeto de discutir con los jesuitas los diferentes que habian motivado la controversía; previniendo así mismo al obispo de Conon que se presentase á la córte. En la audiencia solemne que el legado obtuvo del emperador el dia 29 de junio, se mostró este partidario de los jesuitas, y le habló de Maigrot, diciéndole que estaba muy versado en la lengua china; luego obligó á Khang-hi al obispo de Conon, á que declarase por escrito todo lo que en su concepto habia de contrario á la fé cristiana en la doctrina de Kong-fou-tse. El prelado aunque no vió en el emperador un juez competente para dirimir la cuestion suscitada, por pertenecer aquel derecho esclusivamente á la Santa Sede, citó en apoyo de su opinion cincuenta textos, sacados de los libros sagrados de la China. Así pues, todas las prácticas declara-

das por el mismo Khang-hi en el año 1700 como puramente civiles, debian ser consideradas como supersticiosas; entonces el emperador, para acabar de convencerse de la ciencia de Maigrot, le propuso descifrase los cuatro caractéres que habia en el trono de la sala de audiencia, y de los que solo pudo leer dos, por serle uno de los otros dos desconocido, y no alcanzarle la vista para distinguir el último. A las conferencias que tuvo el emperador con Maigrot durante los dias 1, 2 y 3 de agosto, siguieron dos decretos, con el primero de los cuales manifestaba su descontento al obispo de Conon, y al que mandaba el emperador se retirase en la casa de los jesuitas. Al poco tiempo, fué aquel obispo desterrado de China; llegando á Roma el año 1709, donde murió el dia 28 de febrero del año 1730. En el segundo decreto, dirigido al patriarca de Alejandría, se intimaba á este prelado que se dispusiese á partir; pero como creyese antes el legado deber terminar ciertos asuntos, no salió de Pekin hasta el 28 de agosto, lo que acabó de indisponerle con el príncipe.

La merecida reputacion de que gozaba Pedro de Alcalá, decidió á Maillard de Tournon á proponerle para obispo, esperando poder él mismo consagrarle cuando fuese á la provincia de Tche-kiang; interin le envió un eclesiástico con una carta muy satisfactoria y una cantidad de dinero, por haberle señalado la congregacion de la Propaganda una pension como vicario apostólico. Recibió Pedro de Alcalá aquellas pruebas de afecto con todo el respeto debido al legado del Papa; y despues de haber girado su visita, fué á presentarse al patriarca de Antioquía, para pedirle que se le relevase del cargo de vicario apostólico, á fin de poder continuar trabajando en lo sucesivo como simple misionero. Esta condicion habria estado mucho mas en armonía con su humildad, le habria ahorrado muchos disgustos y permitídole emplear mucho mas tiempo en la instruccion de los nuevos cristianos; pero tuvo una enfermedad durante la visita que le hizo preveer ya desde un principio su próximo fin, por lo que se hizo trasladar inmediatamente al lado de sus ovejas. Conforme lo previera el varon cristiano, su mal se agravó en gran manera al llegar á la ciudad de Lanki; así que, pidió á un religioso de la misma órden y su compañero en el apostolado que le administrase los últimos sacramentos. Habiéndole preguntado el abate Montigni, sacerdote de la congregacion de las Misiones estranjeras, si habia alguna cosa que le mortificase, contestóle el moribundo: «Solo me atormenta la idea de no haber hecho por Dios cosa alguna.» Y sin embargo, se habia consagrado á Dios en su mas tierna edad, habia mortificado constantemente su cuerpo, y tanto en los tiempos de persecucion como en los de paz habia procurado siempre salvar á sus hermanos. El dia 14 de setiembre del año 1706, fué él en que recompensó el cielo los trabajos del ardoroso apóstol, ciñéndole la corona de eterna gloria que reserva á los justos. Murió Pedro de Alcalá á los setenta y cinco años de edad, y á los cuarenta de su apostolado.

La firmeza con que el patriarca de Antioquía se presentó al emperador, así como tambien la que desplegó siempre contra la idolatría en una córte idólatra, no se desmintieron nunca; como fiel ministro del Papa, publicó el dia 25 de enero de 1707 una pastoral en Nan-king, prohibiendo las ceremonias criminales con que pretendian los chinos honrar la memoria de sus antepasados. Hizo además el prelado todo cuanto creyó necesario para manifestar la santidad de la religion cristiana, conservar la pureza de su culto sin ninguna mezcla de supersticion y atender á la salvacion de los nuevos cristianos y de sus directores. «Aquella pastoral, no obstante, dice el obispo de Hesebon, lejos de terminar las diferencias que existian, contribuyó á hacer aun mas crítica la posicion de los misioneros; puesto que, si daban cumplimiento á las órdenes del legado se indisponian con el emperador y causaban la ruina de la naciente iglesia, y de no hacerlo, se mostraban rebeldes á la voluntad del ministro pontificio. En aquella perple-

jidad, los misioneros que creian poder tolerar las ceremonias, apelaron al único remedio que podia tranquilizar su conciencia, pidiendo al sumo Pontífice la revocacion de la órden dada por su legado. Su apelacion empero fué rechazada por Clemente XI, que declaró aquella órden conforme al decreto dado á 20 de noviembre del año 1704, y tan obligatorio como el mismo decreto; además, para mejor asegurar su cumplimiento, la hizo comunicar á los generales de las órdenes de Santo Domingo, San Agustin, San Francisco y de la Compañía de Jesus. El P. Tamburini, general de los jesuitas, se presentó al sumo Pontífice á 20 de abril del año 1710 con los enviados de todas las provincias, reunidos á la sazon en Roma, y prometió, no solo someterse al decreto dado por Su Santidad, sino que hasta consideraria, ó mejor, espulsaria de la sociedad á todo el que intentase obrar de distinto modo.

Luego que supo Khang-hi la órden publicada en Nanking, envió un mandarin para que condujese al legado á Macao, donde debia quedar preso en poder de los portugueses, quienes hicieron sufrir todos los oprobios al representante de la Santa Sede. Todos cuantos misioneros tuvieron resolucion bastante para obedecerle, y hablar como el legado en favor del cristianismo, fueron á participar del rigor de su encierro: nada pudo sin embargo vencer la constancia del patriarca, ni entibiar en lo mas mínimo el ardor de los religiosos dominicos que le secundaron en aquella época de terrible prueba. Mientras que encerrado en una oscura cárcel se consideraba feliz el legado por sufrir todos los ultrajes en defensa del culto cristiano, la Santa Sede, menos por recompensar su celo que por acreditar mas y mas su ministerio entre las naciones estrangeras, le elevó al cardenalato. Cuando se recibió en Macao la noticia de su encumbramiento en el mes de agosto del año 1709, esperimentaron, tanto el prelado como los dominicos, nuevos rigores de parte de los portugueses; pero verdaderos adalides todos del cristianismo, dieron una nueva prueba de su ardor y su fé en el capítulo general celebrado en Manila en 1710. Hé aquí lo que escribia con aquel motivo el provincial de Filipinas: « El R. P. provincial, nuestro predecesor, recibió varias cartas hace algunos meses, no solo de los religiosos de nuestra órden que están evangelizando el vasto imperio de China, si que tambien de su eminencia el cardenal Cárlos Tomás de Tournon, revelándose en todas ellas la heróica constancia desplegada por nuestros misioneros durante la persecucion que están sufriendo en China. Ni uno solo de los religiosos dominicos ha abandonado al gefe de aquella mision en el momento del peligro; al contrario, todos se han agrupado en torno suyo, sufriendo con una resignacion verdaderamente cristiana todas las privaciones que se les ha hecho sufrir para entibiar el noble ardor que les anima. Los dos únicos dominicos que han podido librarse de la persecucion, continuan recorriendo secretamente aquellas vastas regiones, alentando á los nuevos cristianos en su fé, y consolando á todos los desgraciados.» El P. Francisco Gonzalez de San Pedro, uno de los apóstoles enviados por el P. Cloche á la China en el año 1693, y que predicaba con gran fruto en la provincia de Fo-kien cuando el legado llegó á aquel imperio, cita los nombres de los principales dominicos que mas participaron de sus tribulaciones. Tales fueron los PP. Francisco Tomás Croquer, Francisco Cantero, Juan Antonio Diaz, Magin Ventallol, Pedro Muñoz, Pedro de Amarall, Juan Astudillo, que servia de intérprete al legado en Canton y Macao, y Juan y Francisco Cavagliere. Habiéndose obligado á este último á partir para Manila, fué arrojado por la tempestad á las costas de Canton, cuyo accidente le permitió regresar nuevamente á su iglesia de la provincia de Fo-kien, donde fué recibido por los nuevos cristianos con el mayor entusiasmo, y en la que continuaba aun el ejercicio del apostolado, cuando escribió el P. Gonzalez en el año 1710 la relacion de que nos hemos ocupado anteriormente.

El dia 14 de marzo del año 1711 dirigió Clemente XI un breve al rey de Portugal, para informarle de que el capitan general de Macao y las demás autoridades eran los principales autores de la persecucion suscitada contra el cardenal; y despues de encargar al príncipe que pusiese fin á los desmanes que se cometian en Macao, castigándolos de un modo ejemplar, añadia el Papa: «Aunque convencido Nos, de que no habeis recibido de Indias contestacion alguna despues de nuestra última carta, y no dudemos que cumplirá el virey de Goa puntualmente vuestras órdenes, el vivo dolor que nos causan las tristes noticias que recibimos de aquel pais, nos obliga á manifestar á V. M. el esceso de las injurias cometidas por vuestros súbditos con tanta impiedad contra nuestro legado apostólico, sobre todo, desde que ha sido elevado al cardenalato. Las últimas cartas que hemos recibido de Oriente, nos dicen que en el mes de diciembre del año 1708, y en el de setiembre de 1709, se publicó en Macao un edicto del virey de Goa, prohibiendo á todos los fieles, bajo las mas duras penas, que obedeciesen en lo mas mínimo al legado apostólico. Segun aquel edicto, tan contrario é injurioso á vuestra real autoridad, todo eclesiástico ó laico que obedeciese al nuncio apostólico, debia ser inmediatamente encerrado en las cárceles de Goa; en su virtud fueron presos cuatro religiosos de la órden de Predicadores, mientras estaban orando en la iglesia, en la que se hallaba espuesto el Santísimo Sacramento, y conducidos á la cárcel como verdaderos criminales. Uno de ellos que se hallaba revestido con los ornamentos sacerdotales, fué conducido con ellos á la ciudadela ante un numeroso pueblo vivamente escandalizado: hasta los mismos gentiles se estremecian de horror al ver tan sacrílego atentado.»

Cuando el Pontífice romano dirigió al rey de Portugal aquella sentida carta, ignoraba aun que el dia 8 de junio del año 1710, el cardenal de Tournon hubiese muerto en Macao. Al saber el Vicario de Jesucristo aquel triste acontecimiento, hizo en el consistorio secreto de 14 de octubre del año 1711 el elogio del legado en estos términos: «Venerables hermanos, muchos son los males que habeis visto á Nos deplorar en este mismo sitio; tambien hoy nos vemos obligados á llorar todos una pérdida, á vosotros y á Nos igualmente sensible, que debe ser considerada como una calamidad para la iglesia universal. Ya comprenderéis que me refiero á la muerte del cardenal Cárlos Tomás de Tournon; hemos perdido, venerables hermanos, un apóstol celoso de la religion cristiana, un defensor intrépido de la autoridad pontificia, un poderoso apoyo de la disciplina eclesiástica, y una lumbrera de vuestra órden. Hemos perdido, Nos, un hijo, y vosotros, un hermano, cuya existencia han minado los trabajos que emprendió por Jesucristo, las penas infinitas, los oprobios y las afrentas que sufrió con una paciencia y un esfuerzo invencibles, que le han purificado, como el fuego purifica el oro en el crisol. No obstante, si consideramos esta sensible pérdida como verdaderos cristianos, lejos de poner el colmo á nuestro dolor, endulzará por el contrario la amargura de que estamos poseidos: ya sabeis nos advierte el apóstol que no debemos contristarnos por los que duermen, como lo hacen los hombres que no abrigan esperanza alguna. ¿Cuán fundada no ha de ser la nuestra, de que ha sido la muerte del cardenal preciosa á los ojos del Señor? Recordemos sino el ardor de su celo por la propagacion de la fé, y su pronta obediencia desde que el Señor le llamó por Nos al ministerio apostólico; desde entonces solo pensó en abandonar á la córte, á sus parientes, amigos y á todo cuanto nos hace la naturaleza mas querido, para ir á esponerse á las incomodidades y peligros de un largo y penosísimo viage. La misma caridad de Jesucristo que le hacia desear su partida y que le sostuvo siempre en los lejanos paises que recorrió por mar y tierra, es la que le ha hecho preferir el cumplimiento de su deber á su propia conservacion, y la que le ha procurado su glorioso triunfo. Anunció á los reyes y á los príncipes

la ley del Señor, y no fué confundido nunca; lleno de esperanza y de consuelo en todas sus tribulaciones, supo el cardenal Cárlos de Tournon dar á la iglesia un ejemplo grato á Dios y á sus ángeles. No olvidemos nunca la magnanimidad de su alma, ni su profundo desprecio por las grandezas humanas, tan revelados en sus acciones y en sus cartas; cuando por recompensar sus eminentes servicios le elevamos al cardenalato, nos escribió que solo aceptaba aquella dignidad como una nueva obligacion de combatir hasta su postrer suspiro en defensa de Jesucristo y de su iglesia; añadiendo, que renunciaria gustoso al honor de la púrpura, antes que abandonar las misiones de China para volver á Europa. Y á pesar de todo esto, ¿cómo no admirar la rara y tierna piedad que revela el cardenal en su testamento? Baste saber que ha cedido á los pobres todo cuanto poseia en dinero, el pectoral á sus parientes, y todos sus restantes bienes para el sosten de los ministros encargados de predicar el Evangelio á los infieles. Con este solo rasgo, ha demostrado el cardenal de Tournon cuales deben ser los testamentos de los que, consagrados al servicio de la iglesia, han vivido del altar. Finalmente, lo que mas nos hace confiar en que habrá aceptado Dios su sacrificio, es aquella constancia tan digna de la virtud sacerdotal y del celo apostólico que manifestó siempre en sus actos el santo cardenal: el hambre, la sed, la cárcel, la persecucion mas injusta y cruel, nada bastó á hacerle abandonar la obra de Dios. Siempre el mismo en todos los vaivenes de su existencia, obró con resolucion y sufrió con paciencia; por esto combatió, terminó su carrera y conservó la fé. ¿No debemos por lo tanto esperar que el Juez supremo le habrá dado la corona que reserva para los que saben sufrir, luchar y vencer? Sí, fundada es la esperanza que abrigamos. Pero ya que la humana fragilidad no permite que ni aun la vida mas pura esté exenta de alguna imperfeccion, nos obliga la caridad cristiana á ofrecer oraciones y sacrificios por el alma del cardenal difunto Si bien lo hemos hecho ya en particular, á fin de honrar la memoria de un varon tan eminentemente cristiano, harémos celebrar aun solemnes exequias en nuestra capilla pontificia el dia que os indicarémos. Creemos firmemente que, el cardenal de Tournon que tanto amó las misiones de la China durante su vida, las favorecerá desde el cielo, obteniendo de la misericordia del Señor que la cizaña sembrada en aquel campo por el hombre enemigo, será destruida, y que será en aquella region abundante la cosecha cristiana.»

En medio de los acontecimientos que acabamos de describir, continuaban los jesuitas divididos con respeto á la cuestion de los ritos chinos, siguiendo las opuestas opiniones de los PP. Ricci y Longobardi. El que siguió con mas empeño la opinion de este último, fué el P. Claudio de Visdelou, nacido en Bretaña el año 1656, y el cual llegó con los PP. Fontaney, Gerbillon, Le Comte y Bouvet al Celeste Imperio. Entregado enteramente al estudio de la lengua china, asombró de tal modo á los indígenas con los rápidos progresos que hizo en ella, que no pudo uno de los hijos del Khang-hi dejar de manifestarle su admiracion en una carta que dirigió al misionero, escrita, segun la costumbre del pais, en una tela de seda. En breve utilizó Visdelou los nuevos conocimientos que acababa de adquirir, puesto que, imitando á aquellos de sus predecesores que buscaron con preferencia las nociones históricas consignadas en los libros de China, dió á conocer los detalles que se notan en ellos acerca de los pueblos que ocuparon las regiones centrales y septentrionales del Asia. La existencia de los verdaderos documentos que podian reconstituir la historia de tantos pueblos era aun desconocida, y solo á él estaba reservada la dicha de poder descubrirlos: en ellos estaba basada su *Historia* de Tartaria. Tambien fué debido á Visdelou el conocimiento de la famosa inscripcion de Si-gan-fu, que manifiesta haber penetrado el cristianismo en China en el siglo VII. Sus profundos conocimientos en la lengua del pais, hacian que fuese su opinion acerca de la controversía la

mas generalmente admitida, porque nadie estaba en el caso de saber como él todas las tradiciones de la China. Partidario y defensor ardiente del patriarca de Antioquía, se vió Visdelou envuelto en su misma desgracia; habiendo sido nombrado en 12 de enero del año 1708 vicario apostólico de la provincia de Koueïtcheu, y un mes despues, obispo de Claudiópolis, se le disputó el título conferido por el legado, y solo logró ser consagrado por él penetrando en su carcel la noche del 2 de febrero del año 1709 Como fué celebrada aquella ceremonia en secreto, cundió luego la voz de que no habia sido consagrado; viéndose obligado Visdelou á abandonar á China el 24 de junio siguiente, se embarcó para Pondichery, donde recibió un breve de Clemente XI, en el que aprobaba el Papa su conducta. Vivió en el convento de capuchinos de aquella ciudad por espacio de veinte y ocho años. Murió Visdelou en Pondichery el 11 de noviembre del año 1737, siendo enterrado en la iglesia de los PP. franciscanos. El P. Norberto, capuchino, pronunció su oracion fúnebre, panegirista que no fué por cierto el mas á propósito para enumerar las virtudes y hacer resplandecer la gloria del ilustre finado.»

La permanencia de Visdelou en Pondichery, nos induce á continuar la historia del apostolado en el Indostan, al que se dirigian los misioneros franceses por el Cabo de Buena Esperanza, pasando sucesivamente por Borbon y la isla de Francia.

CAPÍTULO XVIII.

Apostolado de los sacerdotes de las misiones en Borbon y en la isla de Francia. — Misiones de los Jesuitas, Capuchinos y Agustinos en el Indostan, Bengala y las islas de Nicobar.

Era la isla Borbon en un principio el punto en que tenian los franceses sus enfermos, y el en que eran desterrados todos los descontentos de Madagascar. Del degüello de los franceses en esta última isla, data su establecimiento en la de Borbon, cuyos habitantes tuvieron por primeros pastores á los sacerdotes de la mision, apóstoles de una vida intachable, que desempeñaron sus funciones con edificante regularidad. La compañía francesa de Indias, sostenia á los misioneros del mismo instituto en la isla de Francia.

Nuestra Compañía, escribia á 30 de enero del año 1709 el jesuita de La Lane, tenia á la sazon en Pondichery tres grandes misiones en la península de aquende el Ganges, situada al sud del imperio del gran Mogol. La primera era la mision de Maduré, que empezaba en el Cabo Comorin, y se estendia hasta Pondichery, hácia el duodécimo grado de latitud septentrional. La segunda era la de Maissour, gran reino cuyo soberano era tributario del Mogol: estaba situado al norte del de Maduré, y casi en el centro de aquellas vastas regiones. Finalmente, dábase á la tercera el nombre de mision de Carnate, que empezaba á la altura de Pondichery, y no tenia por el norte mas límites que el imperio del Mogol, ni por el oeste mas que los del reino de Maissour. Así pues, no debe entenderse únicamente por la mision de Carnate, el reino de este nombre, sino tambien todas las demás provincias que contenia: sus principales estados eran, los reinos de Carnate, Visapur, Bijanagaran, Ikkeri y Golconda. El P. Mauduit era el mas antiguo y el superior de los misioneros de Carnate; desde que él se encontraba en aquella mision, los brahmas y los moros (mahometanos) le habian perseguido constantemente, haciéndole sufrir todos los insultos y atropellos, y saqueado su iglesia. Nada empero bastó á reprimir el celo del misionero, al contrario, crecia su actividad á medida que iba en aumento el peligro que le amenazaba; no habia dia en que no bautizase á muchos infieles. El P. de La Fontaine trabajó tambien al principio en aquella mision con gran fruto, confiriendo el bautismo á un gran número de idólatras; pero como hiciesen luego los brahmas correr la voz de que pertenecia el religioso á la raza de los pranguis, se vió sériamente amenazado. Algun tiempo despues se internó La Fontaine hácia al oeste,

donde hizo la fé grandes progresos á los pocos meses de su llegada. El P. Le Gac, despues de haberse consagrado por algun tiempo á la mision del Maduré, fué á reunirse con el P. de La Fontaine; pero no tardó en verse preso por los moros, quienes le hicieron sufrir por espacio de un mes grandes privaciones; sin que dejáran de perseguirle con menos encarnizamiento despues de lograr su libertad, al ver la noble constancia con que proseguia su obra civilizadora. Tambien el P Petit fué obligado á permanecer en un punto, en el que no estuvo menos espuesto al furor de los gentiles ó moros, sufriendo en diferentes épocas las vejaciones de unos y otros; era su iglesia la que reunia mayor número de fieles, bautizados casi todos por el mismo misionero. Respecto del P. Tachard, debemos decir que no le permitieron sus frecuentes viages reunirse con los operarios evangélicos que trabajaban en el interior del pais; en el mes de setiembre del año 1710, salió de Pondichery para dirigirse á Bengala, en cuyo punto le fué preciso empezar á los sesenta años el estudio de la lengua de aquel pais, segun escribia el mismo Tachard en 18 de enero del año 1711, desde Chandernagor. Murió aquel misionero en Bengala de una enfermedad contagiosa, mientras estaba ocupado el obispo de Meliapur en la santa visita, de la que vamos á hacer mencion.

El P. Francisco Laynez, que habia sido enviado á Portugal el año 1705, por exigirlo así los intereses de la mision del Maduré, supo, á su llegada, que acababa de nombrársele obispo de Meliapur, diócesis que comprendia todas las provincias contenidas desde el cabo Comorin hasta los confines de la China. « Fué aquella noticia para él muy sensible, escribia el P. Berbier; hizo antes de aceptar aquella dignidad todos los esfuerzos posibles para evitar su nombramiento; pero el rey de Portugal, que se habia formado una alta idea de su persona y de su mérito, persistió en su eleccion, hasta que al fin fué preconizado Laynez por el papa Clemente XI, y consagrado en Lisboa por el gran limosnero de Portugal. A los pocos dias de su consagracion, se embarcó Laynez para su diócesis; pero fué tan largo su viage, que solo pudo tomar posesion de ella en el año 1710: su primer cuidado fué visitar aquella grey confiada á su direccion y á su celo. Mientras estaba el nuevo obispo recorriendo la costa de Coromandel, fué invitado por los misioneros del Maduré á penetrar en su mision para confirmar á los nuevos cristianos; como conocia Laynez la lengua y las costumbres del pais, dió su visita un fruto mucho mayor que el que habria alcanzado cualquier otro obispo. Desde luego se dirigió al reino de Bengala, cuna de todas las supersticiones indias, y en el que tuvo por lo mismo que vencer grandes obstáculos antes de poder hacer por los cristianos todo el bien que deseaba. » El P. Barbier, que acompañó á Laynez, observa que estaban los agustinos al frente de todas las iglesias de Bengala, y que habia en aquel reino tres distintas comuniones cristianas. « La primera, dice, estaba compuesta de europeos de diferentes naciones, que habian fundado factorías, los cuales se hallaban establecidos á lo largo de la ribera del brazo principal del Ganges, que baña los muros de la fortaleza de Ougli, perteneciente al Mogol. Forma la segunda el Mogol, cuyo príncipe para impedir las invasiones de sus vecinos, y contener á los pueblos nuevamente conquistados, además de las guarniciones de los moros, tenia un cuerpo de tropas portuguesas, formado de los súbditos de aquella nacion, procedentes de Goa. Como aumentaron los portugueses considerablemente, en breve llegó á ser aquella comunion cristiana muy numerosa en todas las principales poblaciones del imperio: dábasele el nombre de *gentes de sombrero*, por llamarse así á los portugueses. No se crea por esto que todos los portugueses llevasen sombrero, puesto que solo le usaban algunos gefes de familia los dias festivos. Finalmente, componian la tercera comunion los infieles convertidos por los misioneros y sus catequistas, los cuales eran tam-

bien muy numerosos.» Menciona el referido P. Barbier, todos los puntos principales en que se detuvo el obispo. «Nos encontrábamos, dice, el dia 11 de junio del año 1712 en la rada de Balassor, en la embocadura del Ganges; en Chandernagor, factoría de la compañía francesa, fué á hospedarse el prelado en nuestra casa; luego se dirigió al convento de los agustinos, situado á dos leguas de distancia en el Bandel, ó habitacion de los portugueses; hay tambien en él un colegio de nuestra Compañía, que depende de la provincia de Malabar. Como es esta iglesia la madre de todas las del Bengala, pensaba el obispo tomar en ella los informes y conocimientos necesarios para el resto de su visita. A nuestro regreso á Chandernagor, nos fué preciso pagar el tributo, que como estrangeros debíamos al rigor del clima; de las veinte personas que vivíamos en la casa, hubo siempre cuatro ó cinco enfermos de gravedad; el P. Tachard fué el primero en verse atacado, y sucumbió despues de algunos dias al rigor de su enfermedad. El obispo, á su vez, fué sériamente atacado, y nos hizo temer por su vida; durante el curso de su enfermedad, solo pensó en los medios que habian de emplearse para penetrar en el interior del pais, á fin de que pudiese llevar por sí mismo el consuelo á sus ovejas A mediados de enero del año 1713, salió para Chattigan, en cuyo pais están los cristianos divididos en tres comuniones, situadas á media legua de distancia una de otra. Cada una tiene su gefe, su iglesia y su misionero; no tienen mas sacerdotes por no permitirlo el número de obreros evangélicos; los cristianos del interior del pais, llamados boctos, tienen que ir á Chattigan para procurarse los sacramentos. El respeto en que son tenidos los cristianos en aquel pais, les permite celebrar con toda libertad las fiestas, como si se encontrasen en Europa. Desde Chattigan subimos por el Ganges hasta Dakka, capital del Bengala; consiste aquella en una multitud de cabañas que ocupan una estension de media legua, formando angostas calles llenas de barro y de inmundicia; hay en el interior algunas casas de ladrillo, construidas á la usanza de los moros, que son de muy mal gusto; tal es el triste aspecto que ofrece la ciudad de Dakka. Los cristianos tenian su iglesia en uno de los barrios mas decentes, situado al este de la ciudad; el misionero que cuidaba de ella habia hecho preparar una habitacion para el obispo, la cual, aunque sumamente sencilla, tenia para mí un encanto indecible. Al dia siguiente de nuestra llegada, me hizo el buen misionero una proposicion que me admiró en gran manera. — «Quiero, me dijo, haceros arreglar un cuarto separado, que será aun mucho mas cómodo que el que tanto os admira por su sencillez. — Es inútil, le contesté, atendido el poco tiempo que permanecerémos aquí. — Esta noche podréis ya ocuparle, me contestó, puesto que solo debo enviar por él á la ciudad.» Esta contestacion me admiró aun mucho mas, haciendo nacer en mí el deseo de ver la construccion de aquellas casas compradas en el mercado. Apenas habia trascurrido media hora, cuando ví á dos hombres que llevaban haces de cañas, algunas esteras, y luego un techo de paja formado por dos gruesas ramas de árboles, para preservar de los rayos del sol. En muy poco tiempo fué levantado aquel edificio portátil, y adornado en su interior por una doble estera que le dal a un color y un aspecto magníficos; la ventana que se abrió en mi nueva habitacion, practicando una abertura en la estera, se cerraba por medio de otro pedazo de estera, atado en la parte superior de la habitacion, y que subia y bajaba haciendo las veces de persiana; como la puerta era tambien de la misma construccion, quedó mi nueva casa terminada antes de la noche. Pasada la fiesta de la adoracion de los Santos Reyes (año 1714), salimos para Rangamati, en cuyo pais permanecimos veinte y cinco dias, y en el que el obispo administró el sacramento de la confirmacion á mas de mil personas. Despues de habernos dirigido á Ossumpur, penetramos en el interior del pais por medio de los numerosos ca-

nales que le cruzan; y en la iglesia principal dedicada á San Nicolás de Tolentino, recibieron los cristianos el sacramento de la confirmacion. Hácia el Domingo de Pasion, nos dirigimos nuevamente á Dakka, donde pasamos la Pascua, trasladándonos luego á Ougli; en la iglesia de PP. agustinos de esta ciudad, dimos gracias al Señor, por habernos permitido hacer felizmente la santa visita, y permitídonos recobrar la salud durante la misma. Al regresar á Chandernagor, se retiró el prelado al colegio que tenian los jesuitas portugueses en el Bandel de Ougli, terminando en él su gloriosa carrera el dia 11 de junio del año 1715, para irse á recibir en el cielo la recompensa que merecia una vida consagrada enteramente á la conversion de los idólatras.

Los superiores de los jesuitas franceses residentes en Pondichery formaron el proyecto de anunciar la feliz nueva de la salvacion á los infieles de las islas de Nicobar, situadas á la entrada del gran golfo de Bengala, frente á una de las embocaduras del estrecho de Malaca. La principal de aquellas islas, llamada Nicobar, que dá su nombre á las demás, aun que tiene cada una de ellas el suyo particular, fué la que llamó particularmente la atencion de los jesuitas, por ser sus habitantes los que estaban mas acostumbrados al trato de los europeos. « Todo lo que he podido saber acerca de la religion de los nicobarinos, escribia el P. Faure, consiste en que adoran la luna, y temen mucho á los espíritus malignos; no están divididos en diferentes castas ó tribus como los pueblos de Malabar y Coromandel; ni aun los mahometanos han podido penetrar y establecerse entre ellos, á pesar de haberse estendido libremente por toda la India en grave perjuicio del cristianismo. No se vé en Nicobar ningun monumento público que esté consagrado á un culto religioso; solo hay algunas grutas abiertas en las peñas, que son tenidas en gran devocion por aquellos isleños, y en las que no se atreven sin embargo á penetrar, por temor de que les atormente el demonio. Cuando llegué á Pondichery, se pensaba sériamente en los medios que debian emplearse para convertir á aquellos insulares; pero como no queria privarse á las misiones de Carnate y el Maduré de ninguno de sus operarios evangélicos, tuvo que aguardarse á que llegasen nuevos refuerzos para acometer aquella empresa. Presentéme entonces á mis superiores, y les pedí con tan vivas instancias me permitiesen ir á la nueva mision proyectada, que al fin se dignaron acceder á mi deseo, destinándome con el P. Bonnet á aquellas islas. El dia 17 de enero del año 1711, divisamos con mi compañero las islas de Nicobar, y cuya vista animó mas y mas en nosotros el amor que profesábamos á aquel pobre pueblo que acababa de sernos confiado. »

Los dos buques que conducian á los primeros apóstoles que iban á evangelizar á los nicobarinos, tocaron á la isla de Chambolan, la mas inmediata á Achem, en la que hizo Dumaine desembarcar á los dos misioneros, que arrancaron á toda la tripulacion lágrimas de ternura, al ver que iban á asentar su planta en aquel pais infiel que no habia oido aun pronunciar el sagrado nombre de Jesucristo. Antes de desembarcar los dos apóstoles, se vió á un indígena en la orilla con el arco en la mano, que despues de haber fijado con atencion la vista en el buque, fué á internarse en un bosque inmediato. Sin embargo, saltaron los dos jesuitas á tierra con la paz en el alma y la sonrisa en los lábios, como si no debiesen correr en medio de aquel pueblo feroz peligro alguno. Sin mas equipage que un pequeño cofre, que contenia su capilla portátil, y un saco de arroz que les dió el capitan del buque, desembarcaron en la isla, cuyo polvo besaron con respeto antes de tomar posesion de ella en nombre de Jesucristo. (Pl. CXIV, n.º 1.) Despues de haber ocultado su capilla y el saco de arroz, se internaron los misioneros en el bosque, para ir en busca de los insulares. Durante dos años estuvieron evangelizando á Chambolan, desde donde pasaron despues á Nicobar; con solo seis meses que permanecieron en esta última isla, llegaron á



granjearse de tal modo el aprecio de sus habitantes, que derramaron estos al separarse abundantes lágrimas. Dijéronles para hacerles desistir de su determinacion, que corrian á una muerte cierta al ir á recorrer aquellas tribus bárbaras; pero todo fué inútil, por estar resueltos los dos misioneros á cristianizar todo el pais, cualesquiera que fuesen los peligros á que debiesen esponerse. Conforme lo predijeran los nicobarinos, fueron los misioneros bárbaramente asesinados á los quince dias de encontrarse en las tribus vecinas. No adquirieron los franceses la certeza de aquel triste acontecimiento hasta el año 1715.

Muchos son los detalles que hay acerca de la mision francesa del Carnate, y de la que debe ser considerado como su fundador el P. La-Fontaine. Las numerosas iglesias que estableció en ella, demuestran claramente el celo de aquel misionero por la gloria de Dios y la salvacion de las almas. La vizcondesa de Harmoncourt, su madre, le enviaba anualmente una limosna considerable, que le permitia atender á los gastos que ocasiona siempre la apertura de una nueva mision; es imposible manifestar mas valor, actividad ni grandeza de alma, que los que desplegó el misionero en todos los contratiempos que pusieron su constancia á prueba. Durante la persecucion que sufrió en Ballabaram, admiró tanto su dulzura á los soldados que tenian la órden de prenderle, que acabaron por arrojarse á sus piés, y pedirle perdon de las injurias que le habian hecho sufrir. Otro dia en que toda la poblacion estaba sublevada contra los misioneros y los fieles, bastó una sola conversacion que tuvo el P. La-Fontaine con el gefe de las tropas, para convencerle de las verdades de nuestra religion, y hacer que se interesase aquel gefe para que no volviesen á ser los nuevos cristianos molestados en lo mas mínimo. Habiéndose apoderado de la iglesia de Devandapalle los enemigos de la fé, no paró el misionero hasta volver á incorporarse de ella, teniendo que vencer grandes obstáculos antes de poder lograrlo. Nombrado La-Fontaine superior de su mision, supo atraerse con su natural bondad la benevolencia de los franceses y de los malabares, por lo que alcanzó muchas conversiones. Nunca perdió de vista la mision del Carnate, objeto principal de su solicitud; cuando con mas fundamento creia poder ensanchar considerablemente el imperio de Jesucristo, sorprendióle la muerte en el año de 1718. Solo quedó entonces el P. Hubert para dirigir á los fieles de Carnate, en una estension de mas de sesenta leguas: fué tan grande el ejemplo de todas las virtudes, dado por aquel misionero, que no solo fué objeto de la admiracion general, sino que hasta supo ganarse el afecto y confianza de los príncipes, quienes recibian con sumo gusto las visitas de los catequistas, y visitaban á su vez al misionero. Hé aquí de que modo describia en el año 1725 el P. Ducros, los progresos que habia hecho el cristianismo en la mision de Carnate, á los treinta años de haberla fundado los jesuitas franceses: «Habian sido levantados once templos en honra y gloria de Dios; desde la primera iglesia, que es la de Pineipondi, hasta la última, hay mas de cien leguas; se cuentan en aquella mision de ocho á nueve mil cristianos, entre sudras y parias. Cuatro misioneros eran los que estaban al frente de aquella cristiandad, á saber: los PP. Aubert, Gargan, Duchamp y Le-Gac; siendo este último su superior, y el que como tal estaba encargado de recorrer siempre aquella vasta mision para atender á todas sus necesidades. Son los brahmas nuestros mas crueles enemigos; imposible nos seria resistir á su persecucion incesante, si no nos viésemos protegidos por el nabab ó virey del Carnate, y hasta por el mismo gran Mogol, que ha dado recientemente órdenes muy favorables á la religion cristiana.» El dia 30 de setiembre del año 1733, escribia el P. Calmette acerca de la mision de Carnate, lo siguiente: «Se estiende á mas de doscientas leguas de Pondichery, cuya ciudad es, por decirlo así, su piedra fundamental; hay diez y seis iglesias, sin contar las dos que pertenecen á los fran-

ceses establecidos en Pondichery y Ariancupan. Somos seis misioneros para procurar la salvacion á este pais infiel, pero pronto recibirémos el refuerzo de otros dos que se proponen venir á secundarnos en el apostolado; en el reino de Bengala va á abrirse cuanto antes un vasto campo, en el que será establecida una nueva mision, que comprenderá todo el norte de la India. El príncipe de Orixa nos llama para que vayamos á predicar la fé en sus estados; y hay al propio tiempo otro príncipe, mucho mas poderoso aun en el Indostan, de la raza de los rajaes, que suplica tambien á los misioneros de Bengala, que vayan á anunciar el Evangelio en su reino. Es aquel príncipe muy amante de las ciencias, y tiene conocimientos profundos, á juzgar por las cuestiones que ha propuesto á los misioneros sobre astronomía. El P. Boudier, á quien iban aquellas dirigidas, y que está muy al corriente de todos los adelantos que se han hecho en ella, acaba de hacer en Bengala nuevas observaciones, y en las que ha basado nuevas tablas astronómicas. Se ha resuelto que el P. Boudier, acompañado de otro misionero, pase á satisfacer la curiosidad del príncipe acerca de la astronomía, y que examine al propio tiempo las ventajas que podrá el cristianismo reportar de su proteccion y del espíritu de sus pueblos; puesto que las ciencias pueden aquí, como en la China, ser uno de los principales medios que emplee Dios para la edificacion de su Iglesia. Si podia procurarse por aquel medio el establecimiento de una mision, tendríamos, por decirlo así, bloqueada la India; porque mientras que por el Cabo Comorin, nos adelantamos hácia el norte, los misioneros de Bengala podrian reunírsenos por el sud, y formar de este modo una mision que tendria mas de quinientas leguas.» Los jesuitas franceses conferian en Bengala anualmente el bautismo á millares de niños; cuando sus padres no podian procurarles el sustento, ó se veian en grave peligro de muerte, sus mismas madres iban á vendérselos. El P. Possevin escribia desde Chandernagor, acerca de esto: «Cada niño nos cuesta dos rupies y un pedazo de tela, lo que equivale á un escudo de nuestra moneda; precio en verdad muy módico para comprar una alma redimida por la sangre de un Dios. Además, nos hacen entrar aquellas compras en conversacion con las madres, algunas de las cuales acaban despues por abrazar el cristianismo con los demás hijos que les quedan.» En los años 1744 y 45, que esperimentó aquel pais el doble azote del hambre y la peste, construyó el P. Mosac, superior de los jesuitas, un hospital en Chandernagor para los pobres y los huérfanos, así como tambien para los niños moribundos, vendidos por sus padres; en el año 1753, alababan al Señor en aquel establecimiento piadoso unas ciento cincuenta vírgenes, á las que habian abierto los misioneros las puertas del cielo. Completarémos aquí las noticias recibidas acerca de la mision de Carnate, citando una carta del P. de San Estéban, escrita el 15 de noviembre del año 1755, en la cual decia del P. Gargan, que acababa de morir, lo siguiente: «En los cuarenta años que ha trabajado en estas regiones, ha prestado al pueblo los mas señalados servicios; la costa de Coromandel fué tambien teatro de su apostolado; así como tambien fundó diferentes iglesias y comuniones cristianas en las provincias del norte. Ninguno de sus predecesores se habia internado tanto en el pais; á los mas penosos trabajos y al insufrible rigor de un clima ardiente, unió siempre Gargan una vida de mortificacion y penitencia. Dotado de un carácter amable y dulce para todos, solo era en estremo severo para sí; por lo que tenia en alto grado el don de atraerse todos los corazones. No obstante su avanzada edad de setenta y dos años, no interrumpió Gargan el ejercicio de sus funciones, hasta cuatro dias antes de su muerte, considerada con razon como una verdadera calamidad para Pondichery.»

Dejamos á la consideracion de nuestros lectores lo mucho que sufririan los misioneros de Carnate en los largos y frecuentes viages que

se veian obligados á emprender en un clima de sí tan ardiente y mal sano. Véase acerca de esto lo que escribia el P. Saignes á 3 de junio del año 1736 : « Por tres veces he cambiado la piel de mi cuerpo, cayéndome á grandes pedazos, como sucede á las serpientes; lo que mas sentia era que no fuese la nueva piel menos blanca que la primera, por la fatal idea, que como sabeis, se han formado de los pranguis de color blanco. Cuando nos es dado encontrar en nuestro camino un charco de agua turbia, nos creemos en el colmo de la dicha. Es innegable que sin la proteccion visible de la Providencia, ningun misionero podria resistir por mucho tiempo las privaciones de toda clase que nos cercan, ni dejar de ser devorado por las fieras que tanto abundan en este pais. Hace algun tiempo que, sofocado por el calor y rendido de fatiga, me senté á la sombra de un árbol frondoso y me quedé profundamente dormido; en breve, empero, me desperté á los agudos chillidos de un ave, que estaba luchando con una enorme serpiente en el árbol bajo el cual yo dormia. Obligada la serpiente á ceder el campo á su contrario, se deslizó por el tronco del árbol y se arrojó sobre mí: el movimiento que hice al levantarme, impidió que me alcanzára. Tendria unos cuatro piés de largo, y era enteramente verde: están aquellas serpientes siempre en los árboles aguardando á que pasen los viageros para arrojarse sobre ellos.» El P. Tremblay, religioso que estaba evangelizando la India desde el año 1734, dice no haber ejemplo de que ningun misionero hubiese sido mordido. « Estaba, añade, acostado de noche sobre una estera en un pequeño cuarto, en el que teníamos el Santísimo Sacramento. Al despertar cierta mañana, ví con horror que tenia sobre mí una serpiente enorme, cuya cabeza descansaba sobre mi hombro; hice en tal apuro la señal de la cruz, y en aquel mismo instante fué deslizándose la serpiente hácia el pavimento, siendo muerta por un religioso que acababa de entrar en mi aposento. No puedo omitir aquí el peligro de que me ví tambien libre otra vez por la proteccion del cielo. Viajábamos cierta noche, ocupados en rezar el rosario, segun nuestra costumbre, cuando de repente se nos presentó un tigre en medio del camino, dispuesto al parecer á disputarnos el paso; estaba tan cerca de nosotros, que habria podido fácilmente alcanzarle con mi palo. Los cuatro cristianos que me acompañaban, aterrados al verse en tan inminente peligro, esclamaron: ¡ *Santa María!* á semejante esclamacion, se apartó la fiera del camino, y lanzó un rugido al vernos pasar, como para indicarnos el dolor con que veia escapársele tan buena presa. »

La mision de Maissur, fundada por el jesuita Cinnami, ofrecia á poca diferencia los mismos peligros. « Lo que ha hecho á los maisures tan temibles á todos sus vecinos, dice el P. Bouchet, es el modo ignominioso y cruel con que tratan á los prisioneros de guerra; pues tienen la bárbara costumbre de cortarles la nariz, y despues de salarla para que se conserve, enviarla á la córte. Los gefes y soldados reciben un premio conforme al número de prisioneros en que han ejercido aquella inhumanidad; dependiendo la consideracion de que gozan en la carrera de las armas, de los actos mas ó menos injustos á que se han entregado desde que la abrazaron. El P. Dacunha, enviado al Maissur por el provincial de Goa, estuvo cultivando aquel campo durante tres años con un celo infatigable, en medio de las mayores persecuciones; la antigua iglesia que tenia en los dominios del rey de Cagonti, fué incendiada por los mahometanos; el religioso, empero, no paró hasta construir de nuevo otro templo que fuese aun mucho mas vasto y magnífico. Entretanto, iba el cristianismo en aumento, ya por haber confundido el misionero públicamente á los *dasseris*, sacerdotes de la religion del pais, ya por la proteccion que le dió el *delavay*, general en gefe del ejército. El dia de la Asencion del año 1711, celebró el P. Dacunha la misa en su iglesia, siendo la primera y última que dijo en ella, por haber ido á cercarle los dasseris en el mismo

templo, donde recibió el misionero diferentes heridas y habria sido asesinado al pié mismo del altar, á no interceder en su favor uno de los brahmas que respetaba mucho su virtud y su talento, desde que habia sido vencido por él en una controversía pública. En el triste estado en que se veia el misionero, fué conducido por sus verdugos á presencia del gouru, quien sentado en una alfombra manifestaba tanto orgullo y cólera, como constancia y humildad se descubrian en el rostro del apóstol. «El gouru, escribia el jesuita Santiago, habló en un principio al P. Dacunha con el mas profundo desprecio; luego le preguntó quien era, de donde procedia, cual era su idioma y el pais en que habia nacido; y como no le contestase el misionero á ninguna de sus preguntas, se dirigió el gourou al catequista que estaba á su lado. Este respondió que era el religioso kchatria, esto es, de la segunda raza de los indios; entonces le hizo el gourou las siguientes preguntas acerca de la religion: «¿Quién es Dios? — Es un soberano que tiene un poder infinito, contestó el catequista. — ¿Qué quieren decir esas palabras? — El misionero tomó entonces la palabra, y dijo: «Es un ser puro y perfectísimo, que no tiene principio ni tendrá fin.» A estas palabras prorumpió el gourou en una carcajada, y luego añadió: «Si, sí, pronto te enviaré á ese Dios para que sepas si es un ser perfectísimo.» Preguntóle entonces si brama de Tripurdi, ídolo muy reverenciado en el pais, era ó no Dios; y como el misionero le contestase negativamente, se encolerizó el gourou en gran manera, é iba sin duda á condenar á muerte al misionero, á no haber intercedido por él algunos gentiles, compadecidos de su triste suerte. Mientras estaba aun el misionero ante el gourou, fueron dos antiguos cristianos á abrazar á su pastor, y se ofrecieron á defender generosamente con él los intereses de la religion, cualquiera que fuese el peligro á que debiesen esponerse; iguales deseos manifestó tambien el catequista. Como viese el gefe de los dasseris, que permanecian los cristianos en su fé inalterable, y que era cada vez mas numeroso el pueblo que se interesaba en su favor, mandó al misionero que saliese inmediatamente de su jurisdiccion, sin darle si quiera el tiempo necesario para curar sus heridas ni las de los demás cristianos, haciéndole partir aquella misma noche. Al ver el misionero que de ningun modo podia diferir su partida, dirigió una triste mirada á aquella pobre iglesia, objeto de toda su ternura, y se despidió de los nuevos cristianos, encargándoles la perseverancia en la fé, cualquiera que fuesen los contratiempos á que tuviesen que hacer frente en lo sucesivo. No pudiendo tenerse de pié, tuvo el misionero que ser conducido á Capinagati, cuyos cristianos me advirtieron desde luego el grave peligro en que estaba su pastor; por lo que fuí inmediatamente á visitarle. Al ver que iba de mal en peor y que se acercaba su última hora, me dijo el P. Dacunha que le administrára los últimos sacramentos; y luego de haberlos recibido, pronunció el dulce nombre de Jesus, me abrazó tiernamente, y se durmió en el seno de Dios, á consecuencia de los ultrajes y heridas que recibió de los brahmas y de los dasseris de Cagonti.» No podemos continuar la historia de la mision del Maissur por falta de datos; así que, volverémos á continuar la del Maduré, resumiéndola en la biografía del jesuita Beschi, digno sucesor de Roberto de Nobilibus y de Juan de Britto.

Nació José Beschi en Italia, y fué educado en Roma. Sintiéndose inclinado desde su mocedad á la vida apostólica, dió comienzo á sus estudios (1). Habiendo sido enviado mas tarde por Inocencio XII en calidad de misionero al Indostan, llegó aquel jesuita en el año 1700 á Seranadu ó Malealam, en la costa de Malabar. A las lenguas italiana, hebrea, griega, latina y portuguesa, que poseia ya, unió en breve la del sanskrito y el telenga; fueron tan-

(1) *Memoria sobre la vida, las obras y los trabajos apostólicos del P. Beschi, muerto en la India á mediados del último siglo*, por Eugenio Sicé de Pondichery, miembro de la sociedad asiática de Paris, en los *Anales de la Filosofía cristiana*; 3. serie, t. IV. p. 30.

tos los progresos que hizo en el tamul, que no paró Beschi hasta conocer á fondo todas las obras de los principales escritores tamules, tales como Tirouvallouvar, Camben, Tolcapiinaar y otros Desde su llegada, procuró Beschi atraerse la benevolencia de aquel pueblo tan singular y obstinado en sus costumbres, conformándose ó aceptando todas aquellas que podian conciliarse con su doble carácter de cristiano y sacerdote. Como los naturales, se abstuvo de comer carne y pescado, viviendo solo de leche, legumbres y fruta; siendo siempre los indos distinguidos que habia logrado convertir los que le preparaban la comida. Cubria su cabeza un *coulla*, especie de gorro de seda de color de fuego; llevaba ceñido en la cintura un *somen*, ó faja de paño encarnado; un manto de color de rosa en anchos pliegues le envolvia la cabeza y los hombros, y eran sus zapatos unos grandes zuecos. Al salir, llevaba un *angui*, sobretodo, ó túnica á la persa, de muselina teñida con una tierra encarnada y un cinturon del mismo color; llevaba además una toca blanca, un velo que tenia el mismo color del angui, aunque no tan subido, un par de *moutou-kadaguen*, pendientes de perlas, un anillo de oro, y por palo ó baston una larga caña de junco. Tal era el rigoroso trage que usaba siempre al salir en su palanquin; procurando los que le servian al entrar en quitarle sus sandalias, para envolverle los piés con la piel de tigre que cubria los cogines de su palanquin. Precedíanle siempre muchos jóvenes que ostentaban vistosas plumas en señal de distincion, cerrando el cortejo un hombre que llevaba un ancho quitasol de seda, del mismo color del vestido del jesuita. Cuantas veces salia este de su palanquin ó silla, se tenia un particular cuidado en tender una nueva piel de tigre para que le sirviera de asiento. De este modo trocó Beschi las costumbres europeas por las del Indostan, á fin de grangearse el aprecio de los idólatras, y lograr mas fácilmente su conversion; además, sus frecuentes viages le pusieron en relacion con los hombres mas eminentes del pais, los cuales, como se verá despues, le procuraron grandes ventajas. Por otra parte, como no habia pobre que no fuese por él socorrido, ni desgraciado que no encontrase en él un consuelo, y procuraba sobre todo, al instruir á la juventud é inculcarla la piedad mas tierna, en breve fué Beschi el ídolo de aquel pueblo agradecido. Despues de haber fundado una iglesia en Conacupam, pueblecito habitado por la raza llamada de los ladrones, se dirigió á Meliapur, donde, de acuerdo con el obispo, vistió á la Vírgen á la usanza del pais, y la envió luego á Manila, á fin de que construyesen otra imágen enteramente igual. Cuando se recibió en Meliapur la nueva imágen, se le dió el nombre de *Poria-Nayagui-ammalle* (Nuestra Señora); y luego la colocó Beschi en la iglesia que habia hecho construir en Conacupam; instituyendo en honra de la Vírgen una novena que aun continúa celebrándose hoy dia. Los quince himnos (*padels*) que se cantan durante la fiesta, fueron compuestos por el misionero; tambien hizo construir en el año 1726 otra iglesia, que dedicó á Ntra. Sra. del Buen Socorro, en la poblacion de Arialur. Las obras en verso escritas por Beschi en tamulco, que « brillan como el sol de la ciencia en la cumbre de una montaña de oro » son principalmente el *Tembavani*, poema religioso cantado en nombre de la poblacion de Arianur, en honor de San José, que contiene tres mil seis cientos quince versículos, divididos en treinta y seis cantos (*padalam*), y que fué publicado en el año de 1726; no pudiendo los idólatras comprender toda la filosofía cristiana que encerraba aquella obra, escribió un comentario de ella el año 1729; pero como solo pudiesen comprenderle los hombres de letras, publicó otro segundo en prosa, que estaba al alcance de todos. Su reputacion se aumentó de tal modo luego de haber sido conocido el *Tembavani*, que todos los filósofos y poetas, para mostrar lo mucho en que tenian su talento, resolvieron cambiarle su nombre de Dairinada souami (Padre Constantino José) por el de

Viramamouni (*vir doctissimus*). El *Tiroucavalour kalambagam*, el *Adeicamaley*, y el *Kalivenba*, fueron las tres obras en verso que escribió Beschi despues del *Tembavani:* el estilo de todas ellas es muy poético y de una pureza notable. A estos tres poemas siguió la publicacion de *Kitteriammale saritiram*, ó historia en verso de Santa Catalina de Portugal, compuesta de mil ciento estrofas divididas en diez cantos, cuyo estilo aunque mas sencillo, está lleno de elegancia y sentimiento. Además compuso Beschi otras varias obras acerca de la Vida, pasion y muerte de Jesucristo, la virginidad de María, su inmaculada Concepcion y sus dolores. El P. Beschi dictaba á la vez en verso á cuatro secretarios indos, que escribian en una hoja de palmera (óle); teniendo otro quinto secretario, que estaba encargado de poner despues aquellos versos en limpio. Era imposible que un solo escribiente hubiese podido seguir á aquella concepcion fecunda; entre las obras tamules que escribió Beschi en prosa, citarémos el *Vediar oujacam* (Guia de los eclesiásticos) y el *Niana ounartel* (Instruccion religiosa), publicadas ambas en el año 1727. Los daneses de Tranquebar entregaron á un indígena instruido un ejemplar de su Evangelio tamul, para que fuese á predicar el cristianismo, alterado por los reformados, en el punto mismo en que residia el misionero. Así que tuvo noticia el misionero de las ideas vertidas por el nuevo predicador, publicó el *Veda vilacam* (esposicion de la doctrina cristiana) en la que combatia gloriosamente todos los errores de los tranquebarianos, á los que envió un ejemplar de su obra. Algun tiempo despues se dirigió á Tirucadey, pueblo situado á corta distancia de Tranquebar, á fin de que pudiese contestar de palabra á las objeciones que quisiesen hacerle los daneses; volviéndose á los ocho dias á su residencia, sin que se le hubiese presentado ninguno de ellos. Para vengarse de la derrota que acababan de sufrir, tradujeron al tamul los daneses un escrito portugués titulado el *Cisma de la iglesia católica*, y enviaron tambien un ejemplar al P. Beschi, quien descubrió en él diez y siete errores que refutó desde luego en su *Bedagam aroutel* (Refutacion del cisma), dirigido á los habitantes de Trencabar, que no volvieron desde entonces á despegar los lábios. Nada dirémos acerca de las obras que escribió el sábio misionero para facilitar el estudio del tamul, ni tampoco de sus tratados sobre astronomía y medicina.

Habiendo tenido el misionero que dirigirse al nabab de Tritchirapalli (Pl. CXIV, n.º 2) capital del Maduré, aprendió antes de tres meses el persa y el turco hasta el punto de hablar y escribir con facilidad las dos lenguas. Admirado el nabab de su mérito, le dió el nombre de Ismat sanniasi (penitente sin mancha), y le regaló un magnífico palanquin que habia pertenecido á Satoula-khan, su abuelo. Para atender á sus gastos, hizo señor al misionero de cuatro poblaciones, que le producian una renta anual de doce mil rupies, (unos cinco mil quinientos duros), y le nombró divan (su primer ministro) obligándole por lo mismo á quedarse á su lado. Dispensáronse al P. Beschi en todos sus viages los honores reservados á los grandes gurues. Salianle en todas partes al encuentro numerosos heraldos; seguian en pos de ellos una escolta de treinta ginetes que no se separaban ya mas de su lado, con doce porta estandartes, que le ofrecian dos magníficos caballos, uno negro y otro blanco, ricamente enjaezados. Terminaban el cortejo un corneta de caballería y algunos soldados que tocaban un enorme bombo que se oia á una gran distancia. Por último, habia cuatro camellos mas, uno de los cuales llevaba todos los ornamentos necesarios para que pudiese el misionero celebrar la misa, y los otros tres los bagajes y las tiendas. Lejos de impedirle sus funciones civiles atender á los deberes del ministerio apostólico, y ser un obstáculo para la conversion de los idólatras, facilitaban por el contrario su accion todos los hombres mas notables del pais, que iban á tributar gustosos un homenage á la virtud y ciencia del apóstol. Dos *pandaroms* (penitentes), convencidos de que

ninguna ventaja podian prometerse en una cuestion sostenida verbalmente con el religioso, trataron de sostenerla por medio de signos, creyendo que el misionero no los comprenderia. No solo aceptó Beschi su proposicion, sino que tomando la iniciativa, les hizo con su diestra una señal de interrogacion, para indicarles sobre lo que debia versar la cuestion. Uno de los *pandaroms*, le mostró entonces dos dedos para confundirle, puesto que aquel signo podia significar ser dos los que estaban presentes, ó ser dos los puntos sobre que debia versar la cuestion; pero Beschi sin pararse en aquel doble sentido, señaló desde luego los dos puntos que debian ser objeto de la cuestion, esto es: el vicio y la virtud, el bien y el mal, el cielo y el infierno. Luego levantó el misionero un solo dedo y juntó las manos: siendo entonces los pandaroms los primeros en romper el silencio y preguntarle la significacion de aquel signo. Á lo que contestó Beschi, que indicaba no haber mas que un Dios, creador de todas las cosas, y que fuera de él todo es falsedad y engaño; por lo que se retiraron confundidos los dos pandaroms, sin proferir otra palabra. Otros nueve de ellos, que eran reputados por los primeros dialécticos del Indostan, resolvieron á su vez discutir con Beschi sobre la filosofía y la religion; debiendo durar un mes aquella pública controversía, y despues de la que debia ponerse el vencido á disposicion del vencedor. Fué tan señalado el triunfo que obtuvo sobre ellos el misionero, que los seis abrazaron el cristianismo, y los tres restantes le ofrecieron en homenage su larga y espesa cabellera, que tenia de cinco á seis piés, las cuales fueron llevadas á la iglesia de Tiru-cavolur. En cierta ocasion que era aun Beschi divan del nabab, pasaba frente á un templo, que se le dijo ser el de Vineytiratan (el médico de todos los males); díjosele así mismo que en él los ciegos recobraban la vista, los paralíticos el uso de sus miembros, y que así como el sol disipaba las tinieblas, hacia desaparecer aquel dios todas las enfermedades. Beschi improvisó entonces un venba, cuya significacion era la siguiente: «Tiene Vineytiretan mal en las piernas; su hermano padece una incontinencia de orina, y su hijo está hidrópico. Él, que ni aun en su cielo ha sabido procurarse un remedio, ¿cómo es posible que pueda curar en la tierra los males de los demás?» Aquel venba, hecho en desprecio del dios falso, tiene un sentido mitológico que conviene conocer: Vineytiratan, apostó un dia con Kali, diosa de la muerte, á que bailaria con una sola pierna, teniendo por mucho tiempo la otra levantada é inmóvil. El Ganges, se cree que sale de los piés de Vichnu, hermano de Vineytiratan, y esta creencia de los idólatras esplica la incontinencia de orina, de que el misionero le suponia afectado; además, Ganesa, hijo de Vineytiratan, era representado por los idólatras con un vientre enorme, que le hacia semejarse á un hidrópico. La gracia de aquel epígrama, lejos de exasperar á los gentiles, produjo muchas conversiones. Fatal en estremo fué el año 1740 al nabab, del que continuaba aun siendo Beschi el primer ministro; habiendo sido tomada la capital por el ejército enemigo, se retiró el misionero á Cael-patanam, que estaba en poder de los holandeses, y desde donde se dirigió á Manapar. Dedicó Beschi los dos últimos años de su vida á la instruccion de los cristianos, y á corregir sus muchas obras, escritas en tamul, telenga, latin y portugués, muriendo en el año 1742.

La biografía de Beschi nos indica claramente que, además de los peligros á que hemos visto hasta aquí espuestos á los misioneros de aquella region, pesaban tambien sobre ellos los peligros de la guerra.

«Á pesar de estender los mogoles rápidamente sus conquistas por esta parte de la India, dice un jesuita, dejaban subsistir los antiguos reinos de Tanjauur, Maduré, Maissur y Marawa, cuyos estados continuaban siendo gobernados por príncipes gentiles, sin mas obligacion que la de pagar un tributo anual al gran Mogol, y de la que sabian prescindir aun con frecuencia; viéndose el emperador precisa-

do á enviar tropas contra ellos, para obligarles á pagarle aquel tributo. Cansados al fin los mogoles, invadieron los estados de muchos de aquellos príncipes gentiles, sembrando por do quiera á su paso la confusion y el espanto; en tal apuro, imploraron los príncipes el auxilio del rey de los marates, advirtiéndole al propio tiempo que, sino se oponia á los progresos de sus enemigos, no solo perderian sus estados, sino que hasta su religion seria enteramente destruida por los mahometanos. Habitaban los maratas las montañas situadas detrás de Gou, en la costa de Malabar; Sutura, capital de aquel pais, es una plaza fuerte considerable. El rey de los marates era tan poderoso, que llegó á invadir algunas veces los estados del Mogol, al frente de ciento cincuenta mil caballos, sin parar hasta obligarles á pagarle las contribuciones; así que, instado vivamente por los pueblos de Tritchirapalli (entonces capital del Maduré), y seducido por la codicia, resolvió invadir y devastar aquel pais, enriquecido por el oro y plata de todas las naciones del mundo que hacian en él su comercio. Formó pues un ejército de ciento cincuenta mil infantes y sesenta mil caballos, el cual recibió en el mes de octubre del año 1739, la órden de dirigirse á Carnate.» «Los ejércitos de los marates, que recorren anualmente esta parte de la India para hacer pagar los impuestos, dice el P. Calmette, llevan consigo una numerosa y edificante comunion católica, que obra muchas conversiones. Hay en cada cuerpo de ejército un número considerable de familias cristianas, y cuyos neófitos han elegido un gefe que les sirve de catequista. Todos los domingos adornan una vasta tienda en forma de iglesia, en la que se reunen los fieles para oir las pláticas y hacer sus preces, lo que hacen con tanto ardor y celo, que se vé obligado el misionero á moderar la penitencia que ha de imponer en el confesionario.» Muy distinta es la pintura que hace de aquellos pueblos el P. Saignes, presentándoles como devastadores de toda la península; he aquí lo que escribia aquel misionero, á principios del año 1741: «Llegaron el año último hasta las orillas mismas del Ganges; luego dirigiéndose al oeste, se apoderaron de todo el pais ocupado por los portugueses y cercaron la ciudad de Goa, que de seguro habria caido en su poder, á no ser los numerosos fuertes que la defendian. La toma de aquella ciudad habria sido para la religion un golpe terrible, por haber causado la ruina de las misiones del Canara, Maissur, Maduré, Travancore y la isla de Ceylan; puesto que todos los misioneros que hay en esos diferentes reinos, viven de la pension que les fué asignada por el rey de Portugal. Todas nuestras iglesias han sido saqueadas por los maratas; viéndose obligados los misioneros encargados de ellas, á huir para librarse del furor de los invasores; hay ya en Pondichery catorce de aquellos operarios evangélicos. Ignórase cual ha sido la suerte de cuatro religiosos portugueses que han desaparecido de sus destinos durante la invasion; pero mucho mas se teme aun por la de otros dos, cuyas iglesias estaban muy en el interior del reino de Maissur. Muchos han logrado salvarse en lo mas áspero de las montañas; solo el P. Madeira no ha podido librarse del furor de aquellos bandidos; á instancias de un brahma, que les dijo tener aquel religioso inmensos tesoros, le azotaron cruelmente para obligarle á entregárselos; teniéndole además por espacio de muchos dias, atado á un poste casi enteramente desnudo; y espuesto á los rayos de un sol abrasador, sin darle mas alimento que un poco de arroz para que no muriese de hambre. Al ver los maratas los pocos ornamentos que tenia el religioso en su iglesia de Vergampetti, creyeron haberles engañado el brahma acerca de sus riquezas; pero este les dijo: «Preciso es reducirle al último estremo; porque aunque él no tenga dinero, ya lo darán sus discípulos por librarle del tormento.» Los maratas siguieron aquel pérfido consejo, y anunciaron al misionero haber resuelto hacerle morir en los mas crueles suplicios, si no procuraba que les entregasen sus discípulos todo

el dinero que tenian en su poder. Informados los cristianos de la triste situacion en que se veia su padre en Jesucristo, se ofrecian á reunir la suma que se exigia para su rescate; pero el religioso prohibió terminantemente á sus discípulos que entregasen para su libertad suma alguna, prefiriendo morir él á verles reducidos á la última miseria. Si bien admiró en gran manera á los maratos aquella resolucion heróica, iban á condenarle no obstante á los mas atroces tormentos, cuando al ver uno de sus gefes la heróica firmeza del misionero, esclamó: «Dejad en paz á ese sanniasi, porque sé que podríamos atraernos la cólera del Dios temible que invoca, si continuábamos atormentando á su siervo; además, es un estrangero que hace á los hombres todo el bien posible con sus oraciones y sus útiles consejos.» ¡Qué triste situacion la que ofrece este asolado pais! Preciso nos será construir nuevas iglesias en todos los puntos en que han sido destruidas, reparar otras muchas, y sobre todo, reunir á nuestros pobres cristianos dispersados, desde que se lanzó en estos reinos el primer grito de guerra. Además de la invasion de los maratos, que, cual torrente desbordado, inundaban los reinos del Indostan, tenian que sufrir los misioneros el doble azote de la guerra civil que sostenian entre sí los príncipes indígenas, y los *nababs* ó vireyes del emperador del Mogol. Lejos empero de desalentarse los misioneros ante aquellos disturbios que sembraban cada dia el terror y la muerte entre los naturales, procuraron aun con mas empeño á los pueblos el consuelo de la religion cristiana. Por esto pudo el P. Tremblay decir con razon al ver los brillantes resultados que daba en todas partes su celo: «Es la mision de la India la mas floreciente del mundo; ninguna hay en que los fieles den un ejemplo tan patente de todas las virtudes con que admiraron al mundo los primitivos cristianos. Por misiones de la India, entiendo la establecida en los reinos del Maduré y de Maissur, y en las provincias vecinas, tales como las de Travancore y Comorin, las cuales, á pesar del hambre y la guerra, cuentan aun con mas de trescientos mil cristianos.»

Preciso nos es aun continuar aquí la relacion de los hechos ocurridos con motivo de la controversia entablada acerca de los ritos malabares, y sobre la cual habia dado el patriarca de Antioquía el dia 23 de junio del año de 1704 una disposicion favorable á los adversarios de los jesuitas. Cuando Visdelou, obispo de Claudiópolis, se vió obligado á pasar desde China á Pondichery, el pontífice romano le encargó en gran manera la observancia de aquella disposicion; pero temiendo, que, á causa de la opinion que habia demostrado cuando la cuestion sobre los ritos chinos, en la que disentia de la mayor parte de sus antiguos colegas, fuese su intervencion un obstáculo para la paz de aquella iglesia, el mismo Visdelou suplicó al Papa que le relevára de aquel cargo. Habiendo sido considerada la controversia en Roma de muy distinto modo, por una Congregacion de la que formaba parte el cardenal Lambertini, despues Benedicto XIV, dirigió Benedicto XIII en 12 de diciembre del año 1727 á los apóstoles del Maduré, Maissur y Carnate, un breve que confirmaba el arreglo propuesto por Maillard de Tournon. En virtud del primer decreto dado sobre la cuestion de los ritos malabares por Clemente XII á 24 de agosto del año de 1734, los jesuitas Le Gac, de La Lane, de Montalembert, Turpin y Vicary, presentaron el dia 22 de diciembre del año 1735 al gobernador de Pondichery una acta de adhesion y obediencia. Al firmar mas tarde los jesuitas la fórmula del juramento que se les prescribia, en virtud de las constituciones de 13 de mayo del año 1739, presentaron á la decision de la Santa Sede tres nuevas dudas para resolver las cuales dió Benedicto XIV á 12 de setiembre del año 1744, la Bula solemne que sirve aun de regla de conducta á los misioneros.

«Lo que afligia mas sensiblemente el corazon de Benedicto XIV, dice el P. Cahour, era el que sus predecesores todo lo habian inten-

tado en vano, para destruir en el corazon de los indios convertidos el desprecio con que miraban á aquellos de sus hermanos que reprobaban las leyes de la humanidad y del Evangelio. La religion cristiana habria logrado sin embargo modificar enteramente las costumbres de los neófitos en sus relaciones mútuas y privadas, á no haber sido la funesta influencia de los idólatras; además, los neófitos que pertenecian á las clases elevadas, no podian resolverse nunca á humillarse en público, sobre todo, á presencia de los demás nobles que no se habian convertido. La abnegacion de los jesuitas inventó empero un medio para vencer aquellas dificultades insuperables, por mas que debiese aquel medio costarles muy caro. He aquí lo que dice de él Benedicto XIV en su bula tantas veces citada como una prueba del desprecio con que miraba la Compañía de Jesus las riquezas. « Cuando escitados por el ejemplo de Jesucristo Nuestro Señor, y por el de los pontífices que nos han precedido, buscábamos con ansiedad un medio por el cual pudiésemos al fin obtener lo que nuestros predecesores habian deseado tan ardientemente, los misioneros de la Compañía de Jesus, que estaban encargados de las misiones del Maduré, Maissur y Carnate, despues de habernos pedido una resolucion sobre el artículo de los parias, se han ofrecido, mediante nuestra aprobacion, á delegar á algunos misioneros para que se encargasen esclusivamente de la conversion de los parias. Como esperamos que bastaria aquel medio para lograr su salvacion, lo aceptamos con el mayor gusto, atendidas las circunstancias presentes, y no podemos menos de recomendarlo con toda eficacia. »

La bula de Benedicto XIV llegó á Goa el año 1745, ó sea un año despues de haber sido publicada en Europa; procuróse cumplir la promesa hecha, por mas que atendido el escaso número de obreros de la Compañía fuese aquel cumplimiento difícil No podia con razon arrancarse de sus antiguas misiones á los jesuitas que estaban al frente de ellas; por lo que fué preciso crear otros de entre los indígenas que no tuviesen relacion alguna con los brahmas ni los parias. Los primeros en presentarse fueron los PP. Arcángel de Origni y Bartolomé Babosa; pero no fué su ofrecimiento aceptado, por haberse preferido emplear el uno de ellos en el gobierno de la provincia, y confiar al segundo una cátedra. Procuraron entonces dos jóvenes jesuitas terminar sus estudios lo mas prontamente posible, interrumpiendo sus cursos de teología dócmática, para consagrarse á la cultura de los parias: tales eran los PP. Antonio José y Joaquin Paolino; tambien se juntaron á ellos Manuel Suarez y José de Lemos, ambos sacerdotes, partiendo los cuatro para Maissur á principios de enero del año 1747. Habrian comprometido á los demás religiosos que se dedicaban á la instruccion de las clases nobles, si hubiesen sido reconocidos por sus hermanos; porque si bien en el Maduré tenian los misioneros de los parias alguna relacion con las demás castas, era aquello en el Maissur enteramente imposible. Despues de haberse hablado en una carta de Goa, de la primera entrada de los jesuitas parias, que se habian dividido de dos en dos, refiere de este modo las precauciones que se vieron obligados á adoptar. « Unicamente el que haya conocido por esperiencia aquellas regiones y las costumbres de sus habitantes, podrá comprender las muchas dificultades que habia de ofrecer semejante viage. Los cuatro religiosos debieron vestirse de distinto modo que los demás misioneros de su misma órden, sin poder confabularse mas que con las personas que se veian obligados á tratar, y á montar bueyes en vez de caballos. Nada eran empero aquellas privaciones, comparadas con las que debian sufrir en sus contínuos viages, por no hallar nunca mesones ni casas en los caminos para procurarse provisiones ó tomar algun descanso; porque las pocas que se ven esparcidas de trecho en trecho, solo pueden hospedar á las personas acomodadas, debiendo las que no lo son abstenerse de entrar en ellas, y procurarse algun descanso á la sombra de

los árboles.» Las siguientes líneas, contenidas en la propia carta ó *Relacion*, demuestran hasta que punto estaban poseidos del espíritu de la fé aquellos misioneros que tantas humillaciones sufrian por Jesucristo. «¡Seguid, seguid la gran via de la cruz, fieles compañeros del Cristo, vuestro gefe y maestro querido! Vosotros sois, segun el apóstol, considerados como la escoria que el mundo rechaza; pero en realidad sois la verdadera gloria de nuestra Compañía, y el mas bello ornamento de esta provincia. Que vuestro corazon no se turbe en lo mas mínimo por la indiferencia de vuestros hermanos, ni porque os desconozcan los hijos de vuestras madres (Ps. 68, 9) negándoos los abrazos y huyendo de vosotros; si bien que á serles permitido, cumplirian para con vosotros todos los deberes de la caridad. Cuando al hallarles les direis con San Pablo: *Vosotros sois nobles*, y *nosotros miserables*, os prometo que les haréis derramar lágrimas, y que les obligaréis á envidiar santamente vuestra ignominia.» En el año 1752, el P. Timoteo Javier se habia reunido ya con los otros cuatro religiosos que hemos visto partir cinco años antes; y en el año de 1756, contaba ya la mision de Maissur con siete jesuitas que instruian á las clases elevadas; y con cinco misioneros de la propia Compañía que se dedicaban al servicio de los parias. Hé aquí los nombres de aquellos cinco apóstoles: Pedro Lichetta, José Sarmiento, Timoteo Javier, Salvioli y Cárlos Greci.

La provincia del Malabar, de la que dependia enteramente el Maduré, no mostró menos entusiasmo y generosidad que la de Goa; puesto que procuró diferentes misioneros, que se dedicaron desde el año 1747 á civilizar los parias en el interior del pais, donde se conserva aun el recuerdo de los PP. Tomás Celaya, Fernando Pimentel y Juan Alejandri. Se creyó en un principio necesario establecer en el Maduré dos superiores distintos, á fin de no esponer á los jesuitas brahmas y parias á tener relaciones peligrosas; pero luego se desistió de ello, por ser aquel divorcio harto sensible. El general Francisco Rety, mandó pues en una carta de 15 de febrero del año de 1750, que reconociesen las dos clases de misioneros una misma autoridad.

El apostolado especial de los parias fué igualmente establecido en el Carnate, segun lo manifiesta esta carta que en fecha de 7 de diciembre del año 1754, escribió el P. X de San Estéban desde Pondichery, diciendo acerca de la comunion cristiana que tenia á la vista: «Forman esta mision antiguos y respetables misioneros que han encanecido en los trabajos apostólicos, y que tienen como unos quince mil cristianos bajo su direccion; son en número de siete: el mas jóven de entre ellos pasa de sesenta años. Esta numerosa cristiandad aumenta considerablemente cada dia, merced á los muchos prosélitos que atrae á ella el P. Artaud, apóstol de los parias; el bien que ha hecho á estos últimos, considerados por los demás indios como la hez del pueblo, es incalculable. Vese dirigir á aquellos desgraciados diariamente á la iglesia á las seis de la mañana, y luego á la una de la tarde, para aprender el catecismo y hacer sus oraciones; nada mas edificante que la paciencia de estos catecúmenos, á los que se ve sentados en el suelo cruzados de piernas escuchando devotamente diez ó doce horas por dia la voz de sus maestros. Las clases acomodadas se sujetan tambien por su parte á la misma instruccion: un respetable anciano, el P. Cœurdoux, que ha sido durante diez años superior general, es hoy el apóstol de los *choutres* ó nobles; el número de sus prosélitos es cada vez mayor, y los bautismos son en su comunion diarios.»

Hé aquí como se obligaron los jesuitas á desempeñar en un mismo punto un doble papel, cuyo contraste habria sido ridículo, segun el P. Cahour, á no haber sido la caridad apostólica la que hizo adoptarlo. Véase en que términos habla M. Perrin de aquel contraste: «Era en verdad chocante el ver á dos hermanos en religion, dos amigos, que en cualquier parte que se hallasen no podian comer juntos,

ni vivir en la misma casa y ni si quiera hablarse. El uno de ellos vestia un rico *angui*, montaba un caballo de gran precio, ó se hacia llevar con fasto en palanquin, mientras que el otro viajaba medio desnudo y cubierto de harapos, siempre á pié y en medio de hombres que eran mirados con horror, mas aun que por su pobreza, por la raza á que pertenecian. El misionero de los nobles iba con la frente erguida, sin saludar á nadie; el pobre *gourou* de los parias saludaba de lejos á su hermano, se postraba á su paso, y se llevaba la mano á la boca, como si hubiese temido infeccionar con su aliento al doctor de los grandes; este no comia mas que arroz guisado por los brahmas, y el otro se alimentaba de algun pedazo de carne corrompida, que le ofrecian sus desgraciados discípulos. Nada hay empero que honre tanto á la religion como esos recursos del celo; nada que distinga tanto á un sacerdote como esos sacrificios hechos por el deseo de atraer los hombres al conocimiento de la verdad. « Mr. Perrin, dice además: « Pareció aquel medio en un principio vencer todos los inconvenientes y conciliar todos los intereses; pero luego demostró la esperiencia que todo cuanto se hacia no era mas que un paliativo: por esto se desistió de él á los pocos años. » Preciso fué recurrir á otros nuevos medios para conciliar la observancia de los decretos dados por la Santa Sede, con las exigencias impuestas por las costumbres nacionales.

En la costa de la Pesquería, en la que se conservan las partidas de bautismo desde el año 1685, se ven las firmas de un gran número de jesuitas: figuran en ellas los nombres de los PP. J. Gomez, J. Costa, Manuel Pereyra, Luis de Sylva, Silvestre Souza, de Acosta, Soarez, Antonio Diaz, Teillez, Ribeyra, Moraes, Nicolás Missoni, Carvalho, Antonio Simois, José Pereyra, Corea, Manuel dos Reys, Francisco de Cruz, Natal, Moreyra, Alvarez Cordeyro; carécese empero de detalles sobre la vida de estos misioneros. Los indígenas solo se acuerdan de algunos de los últimos de ellos, que sobrevivieron á la destruccion de la Compañía. El P. Franzodi echó los cimientos de la actual iglesia de Vadankulam, y luego partió para Aour, donde fué á reemplazar al P. Clemente Thomasin, italiano, que habia ido voluntariamente á ocupar aquel puesto. La vida de este último misionero ofrece la práctica constante de la paciencia, la dulzura y la humildad; rigió por espacio de veinte y cinco años la comunion cristiana de Vadankulam, purificándola de varias prácticas gentílicas que la inficionaban. Habia muchos cristianos que se casaban segun las ceremonias paganas, abuso que corrigió el misionero; teniendo antes de morir el consuelo de ver en torno suyo un fervor religioso que se conservó por mucho tiempo. Finalmente, viendo que se acercaba su última hora, se hizo trasladar á Taley, donde estaba el P. Antonio Duarte, antiguo provincial, en cuyos brazos murió el anciano apóstol hácia el año 1775. Tanto la vida como la muerte del P. Thomasin nos dieron una prueba evidente del imperio que ejerce la virtud hasta en una nacion acostumbrada á menospreciar todo aquello que no lleve el sello de la opulencia y la grandeza; el nombre del misionero es aun hoy dia pronunciado con respeto, y van con frecuencia los indos á visitar su sepulcro. A la vida del P. Thomasin va tambien unida la del P. Maissur, que se presentó de noche á llamar bruscamente á la puerta del primero, diciéndole que habia visto rotas al fin sus cadenas; y luego desapareció, sin que volviese á vérsele nunca mas en aquel pais. No es aun su desaparicion lo que mas admira á los indos que refieren esta anécdota, sino el modo maravilloso con que logró romper los hierros que le sujetaban y burlar la vigilancia de sus guardias. Felipe Suarist fué el primer jesuita que permaneció en Periataley, al frente de cuya iglesia se hallaba antes un sacerdote indígena; pronunció Suarist sus votos en Taley, donde compuso el libro de oraciones que se usa en toda la costa. Murió en el año 1780. El P. Cayetano Barello fué astrónomo y gran médico;

el P. José Greningue dejó algunas pinturas de raro mérito; y el P. Antonio Duarte, del que ya hemos hecho mencion, puso en el año de 1745 la primera piedra de la actual iglesia de Manapar, y fué el último provincial que residió en aquella ciudad. La modestia y dulzura de este último misionero le valieron el aprecio de todos los naturales, que no cesaron de darle el nombre de padre. Poco antes de morir, se hizo llevar á Manapar, donde al dia siguiente de su llegada reunió al pueblo, y despues de exhortarle á que siguiese constante el camino de la fé, y á que conservase la paz y union de que tanto necesitaba, le prometió que le enviaria la Sociedad de Jesus nuevos misioneros. Luego, ante todo el pueblo, selló Duarte sus papeles, diciendo que solo el provincial de la Compañía, que fuese mas tarde destinado á aquella mision, podia enterarse de su contenido Murió Duarte santamente el dia 30 de agosto del año 1788, á la avanzada edad de setenta y cinco años. Muchas son las personas que llevan su nombre en la costa de la Pesquería, para mejor honrar su memoria. Háblase tambien del P. Domingo de la Cruz, sábio muy temido de todos los paganos, que fué visitador del Sud, y que murió á los setenta y siete años en el de 1789. Tambien murió el dia 2 de octubre del año 1791, el P. Menes ó Meneses, último rector de la casa convento de Manapar, despues de haber dado el glorioso ejemplo de grandes virtudes. Los dos jesuitas que sobrevivieron á todos los demás en aquellas regiones, fueron el P. Juan Freire, conocido bajo el nombre de Pandaram Souami, el primero que llevó el hábito amarillo adoptado ahora por los misioneros, y el P. Luis Falcon. Nada resistia á la elocuencia de estos dos misioneros; los grandes de entre los gentiles eran los primeros en someterse á sus leyes y juicios; tambien los europeos les miraban con profundo respeto. Y sin embargo, la posicion de aquellos dos jesuitas era de las mas difíciles, porque la Compañía á que pertenecian habia desaparecido; y el reino de Portugal, su patria, perseguia sus tristes restos: no habria á su muerte quien les sucediese, y nadie pensaba en socorrerles. Los holandeses, dueños de la costa, estaban muy lejos de respetar la religion cristiana, puesto que en las ciudades en que residian aquellos hereges no habian parado hasta convertir todas las iglesias en templos protestantes; y hasta en algunas de ellas las habian destruido enteramente. Preciso era por lo tanto á los dos jesuitas rehabilitar el nombre cristiano, é impedir que fuese objeto de escarnio de sus enemigos; por lograrlo, solo emplearon los medios que ponia antes en práctica su estinguida institucion. Con todo, causaron aquellos medios el asombro de los indos, quienes llegaron á considerar á los dos religiosos tan temibles como el gigante que dió su nombre á Tritchirapalli, ó el célebre Ramen; no obstante, modificaron su opinion respecto de ellos, luego que llegaron á conocerles mas á fondo. En los últimos dias de su vida, dicen, el P. Freyre servia la iglesia de Vadakenculam, donde se indispuso con un rico europeo por no haber permitido la entrada en ella á siete de sus concubinas; siendo obligado á retirarse á Periataley, donde pasó los diez últimos años de su vida. Era el P. Freyre casi enteramente ciego; para impedir que se le cerrasen los párpados, los tenia suspendidos por medio de una cadenilla de plata. El P. Luis Falcon, por su parte, habia sabido grangearse de tal modo el aprecio del nabá, que le hacia acompañar por una escolta de soldados, precaucion que evitó cayese mas de una vez en poder de los holandeses. Viéndose cierto dia en grave peligro de morir abogado en un estanque, prometió, si se salvaba renunciar á su vida errante, por lo que despidió despues á toda su escolta, sin quedarse mas que con un solo discípulo; dirigiéndose á la casa de uno de sus colegas, que segun la crónica, murió en Saragoni, en olor de santidad. Despues de haber pasado algun tiempo á su lado, se fué á visitar su antiguo provincial, el P. Antonio Duarte, al que pidió le permitiese vivir á su lado en el retiro y el ejercicio de la penitencia. Obligado tam-

bien mas tarde Falcon á separarse de su antiguo superior, se retiró á Taley con el P. Freyre, únicos restos de la Compañía, objeto de sus esperanzas, y cuyo renacimiento confiaban ver antes de cerrar sus ojos para siempre. Segun los indos, luego de haber muerto Freyre salió Falcon de Taley, escribiendo con aquel motivo una carta que encerró en una caja con otros papeles para que fuesen entregados todos ellos á los jesuitas que fuesen mas tarde á sucederle en aquel pais. Ignórase no solo el contenido de aquellos documentos, si que tambien el punto en que murió el célebre misionero; si bien se cree que fué en Manapar, hácia el año 1795. Pocos son los recuerdos que existen de los jesuitas en la costa de la Pesquería; hasta el mismo S. Francisco Javier parece haber sido enteramente olvidado por sus queridos paravas: diríase que S. Antonio de Pádua y S. Sebastian han hecho olvidar su memoria, al ver que hay muchas iglesias dedicadas á estos dos santos, cuando no hay ni una sola que lleve el nombre de aquel generoso apóstol.

Es preciso recordar que la mision del Maduré pertenecia á los jesuitas portugueses, y que la de Carnate, que comprendia Karikal, Pondichery, etc , correspondia á los jesuitas franceses. Cuando la supresion de la Compañía, obligados los misioneros portugueses á retirarse, confiaron su mision á los jesuitas franceses, que eran tratados en aquellas regiones con menos rigor que en su patria; en union con algunos misioneros de Pondichery, dirigieron entonces á los cristianos del Maduré. No tardaron, empero, las intrigas de los sacerdotes goveares, y la desconfianza del gobierno, en arrojarles de aquel pais; siendo el P. Andrea, misionero napolitano, otra de las víctimas de aquella injusta persecucion que le obligó á retirarse á Marawa. Este jesuita, que fué el último entre los antiguos apóstoles de su órden, en evangelizar las playas indias, tuvo el consuelo de ver el restablecimiento de la Compañía, y de verse incorporado nuevamente á ella. Murió el P. Andrea en Pondichery el año 1819.

Cuando los antiguos jesuitas de que acabamos de hacer mencion, evangelizaban el Maduré y la costa de la Pesquería, existian en Pondichery, Madras y Karibal, los Costa, los Cœurdoux, los Possevin, los Guirbaldi, los Garofallo, los Arnoux, los Mont-Justin, los Ojollais, los Gibeaumé, los Busson, los Ansaldo, los Bainoux y los Mozac, nombres venerables, dice Perrin, que ningun cristiano pronunció jamás sin profundo respeto.

El P. Mont-Justin, natural de Besançon, habia desempeñado en el ejército el cargo de limosnero, durante las guerras que por tanto tiempo sostuvieron los franceses: siendo debidos á sus Memorias los diferentes mapas que vieron la luz acerca de los paises que fueron teatro de aquellas sangrientas guerras. La hermosa iglesia de los jesuitas, arrasada por la artillería inglesa, fué reedificada por una suma que el misionero recibió del gobernador francés, en recompensa de sus servicios Terminó el P. Mont-Justin sus dias, el año 1782 en Karikal, donde aun hoy dia son imitadas por algunos sus grandes virtudes.

Esta ciudad tuvo por cura al P. Ojollais, del que refiere Perrin el rasgo siguiente: «Estando un dia á punto de celebrar, oyó en su iglesia un rumor causado por la profanacion de los indígenas, y sin poderse reprimir, dió un bofeton á uno de los que promovian el escándalo. Como previese luego el religioso las tristes consecuencias que podian seguirse de aquel acto de impremeditacion, se retiró confundido y vivamente impresionado. Al poco rato de estar en su cuarto oyó llamar á la puerta, y vióse, al abrirla, con el indígena que habia recibido públicamente el ultrage; dispuesto estaba el misionero no solo á darle la satisfaccion mas cumplida, sino hasta á permitir que vengase aquel la afrenta recibida en su persona, cuando el pobre pagano, con la vista inclinada y en la actitud mas humilde, le dijo: «Padre, os suplico me conteis desde hoy en el número de los que vais á regenerar cuanto antes por medio del bautismo. Debo mi conversion á la bofetada que me disteis;

he pensado que, siendo vos tan bueno y amable como sois, no me habriais tratado de aquel modo por algunas palabras que habia proferido en vuestro templo, á no ser el profundo respeto que os inspira el Dios que adorais, y al que desde ahora deseo yo tambien tributar un culto. Os suplico, pues, veais en mí á uno de los discípulos de vuestra fé.» Imposible es formarse idea del asombro que causaron en el jesuita semejantes palabras: de buena gana habria abofeteado á los hombres todos, á saber que habia de dar siempre igual resultado el esceso de su celo. Tambien San Francisco de Regis convirtió á un libertino por el mismo medio; pero si bien tiene la gracia sus momentos, es preciso convenir, no obstante, en que no es aquel el modo de predicar la moral, y en que nunca debe emplearse un medio que no esté basado en las tradiciones apostólicas.»

Tambien refiere Perrin otra curiosa anécdota acerca de un jesuita francés. Despues de haber hecho observar que los indos pobres, procuran con bajas adulaciones, atraerse la benevolencia de los ricos, añade: «En uno de sus viages, se paró el P. Gibeaumé con sus criados á la sombra de un árbol, cuando se le presentó un mendigo, y le dijo: «Vos, que sois el mas ilustre de los mortales, que imponeis vuestras leyes á todo el universo, que no podeis descubrir con la vista todos vuestros dominios, porque la tierra toda os pertenece, apiadaos de mi triste suerte, amparadme.» El misionero, que tenia un carácter jovial y una serenidad á toda prueba, contestó con una altivez propia de un monarca de la tierra: «Acércate, amigo mio, quiero recompensarte el celo que acabas de mostrar por la verdad; quiero hacerte uno de los mas grandes señores que existen en el mundo Ves toda esa tierra que dices ser mia, te la cedo, contentándome yo tan solo con la que piso: mira si es grande mi dádiva.» Continua el propio autor narrando los hechos de otros varios hijos de San Ignacio, en estos términos:

«El P. Busson, misionero, de cuarenta y cinco años de edad, estaba dotado de una virtud sobrehumana; era su vida tan penitente, que por espacio de un año no tomó reposo alguno; pasaba las noches de pié arrimado á una pared, ó arrodillado en las gradas del altar de su iglesia, sin descansar mas que los cortos momentos en que lograba la naturaleza triunfar de su constancia. No se alimentaba mas que de pan mojado en agua, y de algunas yerbas muy amargas, á pesar de su incesante trabajo; puesto que él solo dirigia un colegio, cuidaba de una cristiandad numerosa, y ayudaba aun á sus compañeros en los trabajos manuales mas penosos. Dijo un dia el P. Busson, á sus discípulos: «Hijos mios, Dios quiere que mueran dos de vosotros dentro pocos dias; no os diré cuales de vosotros deben ser las dos víctimas, pero sí que os dispongais todos, por no sufrir una funesta sorpresa. Con efecto, todos aquellos jóvenes fueron á confesarse, y murieron dos de ellos en menos de una semana. En medio de los mayores sufrimientos, conservó siempre el misionero una paz y contento inalterables, que causaban la admiracion de todos los indígenas; dotado de una caridad sin límites, procuraba castigar en sí mismo las faltas que cometian los demás, á fin de que su debilidad no les causára desaliento; digna copia del perfecto modelo que se propuso imitar, fué Busson humilde, bueno y sufrido hasta la muerte. Cuando cayó enfermo en Oulgaret, pueblecito situado á una legua de Pondichery, prohibió á sus discípulos que dieran aviso á los demás religiosos de la ciudad, á fin de que no le procurasen remedios que creia incompatibles con el espíritu de penitencia; hallábase tendido en un corredor, sin tomar mas que algunas gotas de agua para calmar un tanto la sed causada por la fiebre. Tan pronto como el obispo supo el triste estado del misionero, le mandó su palanquin para que fuese trasladado á Pondichery; al recibir Busson la órden del obispo, se estremeció al ver la solicitud con que se procuraba endulzar sus males, y quiso hacer el viage á pié, á pesar del triste estado en que se halla-

ba. A su llegada á Pondichery tuvo que meterse en cama, y despues de haber recibido los últimos sacramentos, volvió á levantarse para ir á espirar junto á un crucifijo que habia en su habitacion; encontrósele un rudo cilicio que le estaba turturando hacia quince años, ó sea, desde que llegó á la India. La mayor parte de sus hermanos imitaron su heroismo, cada cual segun sus fuerzas y la estension de la gracia que el cielo les acordára.

«El P. Ansaldo, natural de Sicilia, era otro modelo de todas las virtudes cristianas, religiosas y apostólicas; estando además dotado de una gran inteligencia y de una constitucion robusta. Con el mismo cuidado con que obraba siempre el bien, procuraba que fuesen los demás los que se llevasen la gloria de haberle practicado; si oraba, era siempre en la actitud mas penosa; comia siempre sin afectacion lo peor, y solo hablaba para instruir á los demás sin que lo notasen; viósele constantemente para descansar, apoyado en su confesionario ó sentado en una silla. Trabajaba el P. Ansaldo como seis misioneros, puesto que dirigia por sí solo una numerosa Congregacion carmelitana del pais (establecimiento destinado á recoger las viudas jóvenes que no quisiesen contraer nuevos lazos). Estableció varios puntos en que se hilaba el algodon, á fin de ocupar con provecho á la juventud, bajo la direccion de personas virtuosas; enseñando por su parte el catecismo en aquellos establecimientos, y atendiendo á todas las necesidades de los mismos. Estaba encargado además el misionero, de la direccion de casi toda la ciudad de Pondichery; y como le quedasen aun á pesar de sus inmensas ocupaciones, algunas horas libres, las dedicaba á estudiar las ciencias, á aprender nuevas lenguas, ó á formar algun proyecto de piedad. Dotado el misionero de ardientes pasiones, no paró hasta triunfar enteramente de sí mismo; el resentimiento y la cólera, que puede decirse formaban antes su carácter, se convirtieron despues en una resignacion y caridad sin límites, que le obligaron á confundir en el mismo amor á sus amigos y á sus perseguidores.

«Hubo tambien un tal P. Baignoux, encargado de los distritos de Pineipondi, Kerveipondi y Atipakam, que fué así mismo apóstol de una austeridad increible. Las raices y algunas hojas de árboles eran su único alimento; viajaba siempre á pié para esponerse mas á los rayos de un sol abrasador, sin descansar mas que el tiempo preciso para poder resistir sus fatigas; tenia además la precaucion cuantas veces se entregaba al descanso, de atarse fuertemente una cuerda en derredor de su cuerpo, á fin de que ni un solo instante de su vida dejase de estar consagrado á la mas ruda penitencia. Recuerdo haberle visitado cierto dia, en el que me hizo aguardar la comida por espacio de cinco horas, consistiendo por último aquella en un poco de arroz y algunas hojas de árboles con cebolla y pimienta

«Tales eran los estimables misioneros que tenia el Indostan la dicha de poseer. Los jesuitas franceses tuvieron á su frente al P. Mosac, hasta que el obispo de Tabraca fué á encargarse de aquella mision, en nombre de sus colegas de la Congregacion de las Misiones Estrangeras: era el P. Mosac, un anciano octogenario, encanecido en el ministerio apostólico que ejerció por espacio de cuarenta años; abdicó con la sencillez de un niño, así que se presentó el que debia sucederle en su cargo importante. Tan pronto como se vió libre del peso de la autoridad, se entregó á la oracion y á todos los ejercicios de la vida interior; tuvo al poco tiempo la muerte de los justos, legando á sus sucesores el recuerdo de sus eminentes virtudes.»

Ya verémos mas tarde el modo con que sustituyó la Congregacion de las Misiones Estrangeras á los jesuitas en la mision de Pondichery, sin omitir ninguno de todos sus detalles; solo hemos querido hacer mencion aquí de los informes relativos á los últimos apóstoles de la Compañía de Jesus, á aquellos hombres que tanto hicieron por la ciencia y la religion, como lo demuestran sus *Cartas tan curiosas* como *edificantes*. En ellas hallarémos







todo cuanto deseemos saber sobre el Indostan, sus producciones, su industria, sus costumbres, su policía y su religion; ellas nos presentan al indo bajo todos los puntos de vista en la vida religiosa, doméstica y civil. En unas se esplica la procesion y la ceremonia del matrimonio, como se vé (Pl. XXXVI, n.os 1 y 2.); en otras, la procesion fúnebre y los funerales (Pl. XXXVII, n.os 1 y 2.); danse además en otras detalles sobre las comidas, (Pl. XIII, n.º 1.) ó la descripcion del interior de una escuela (Pl. XIII, n.º 2.); la relacion de las ceremonias públicas, tales como el pomposo cortejo de los reyes, (Pl. XXV, n.º 1.) y luego la de los goces privados, tales como la danza del indo. (Pl. XXV, n.º 2.) En una palabra, hállase en las *Cartas Edificantes*, la solucion del enigma que presenta á la curiosidad europea aquella civilizacion estacionaria, tan diferente de la nuestra.

CAPÍTULO XIX.

Misiones de los Teatinos en Borneo. — Los Jesuitas y los Capuchinos en el Tibet.

La ciudad de Goa, centro y punto de partida de tantos misioneros de diferentes institutos, fué la que procuró tambien operarios á Borneo y al Tibet.

Borneo, es la mayor de las islas del globo despues de las de Madagascar y Nueva-Holanda. Tiene esta última la estension de trescientas leguas de sud á norte, y varia su latitud desde cincuenta á dos cientas cincuenta leguas. Parece deber su orígen la costa de Borneo á los inmensos bancos de arena formados por los caudalosos rios que atraviesan el interior de la isla; hasta se cree que aquella gran masa de tierra, formó en otro tiempo un grupo de islas, que fueron despues arrastradas por la corriente de las aguas. Aun hoy dia se notan allí progresivos aluviones, sobre todo en la costa occidental, donde los indígenas construyeron sus casas sobre estacas plantadas en el cieno. Los habitantes del interior son conocidos bajo diferentes nombres: dase el de dayaks á los del sud y al oeste, el de idahanes á los del norte, y son conocidos por el de tidunes los de la parte oriental; pero todos ellos pertenecen á la raza de los alforeses (harfoures). Son estos indígenas de la mayor parte de las islas de la Malesia y de la Australia, y se juntan y confunden á veces con los papues ó negros oceánicos; si bien son los alforesos menos negros, y sobrepujan á los papues, en fuerza, inteligencia y vivacidad. Los dayaks se dedican al cultivo de la tierra y al comercio, y son mucho mas corpulentos y robustos que los malayos; adoran á Deouata (el hacedor del mundo) y las almas ó sombras de sus antepasados; tienen en la mayor veneracion á ciertas aves que les sirven de augures, como á la mayor parte de los habitantes de la Polinesia. Luego hay los biadjues, que habitan la costa noroeste, y por último los tidunes, que viven en el estado salvage; en la parte noroeste de la isla, son sus moradores intrépidos marineros; se entregan á la piratería y son algunos de ellos antropófagos. Al sud de la sultania de Borneo, hay algunas tribus salvages, compuestas de kayanes, dusunes y marutos; y finalmente hay en aquella vasta region los biadjues, raza compuesta de diferentes pueblos, entre los que tan pronto se ven chinos de largos cabellos y de oblícuos ojos, como japoneses barbilampiños y macasares de dentadura negra y reluciente.

Solo cuando el príncipe musulman de Manjar-Massen manifestó el deseo de que los portugueses estableciesen una factoría, prometiendo autorizar la ereccion de una iglesia para el libre ejercicio del cristianismo, se resolvió evangelizar la isla de Borneo. Los teatinos de Goa, que querian dedicarse á una mision enteramente nueva, á fin de poder ser mas libres y sembrar con mayor fruto la palabra divina, consideraron la proposicion hecha por el príncipe de Manjar-Massen, como el medio mas seguro para realizar sus santas aspiraciones. Luis Francisco Coetinho, no solo les procuró los recursos necesarios para acometer aquella

empresa, sino que les ofreció además la cooperacion del P. Antonio Ventimiglia, teatino de Palermo, que pedia ser enviado á aquella isla. Con efecto, salió este religioso de Goa el 5 de mayo del año 1687 en compañía de Coetinho, su bienhechor y amigo, y despues de haber pasado algun tiempo entre los agustinos de Macao, entró el dia 2 de febrero del año 1688 en el puerto de Manjar-Massen. A los pocos dias de su llegada, empezó ya á instruir á algunos biadjues pero no se le permitió penetrar en el interior de la isla; el dia 27 de mayo se dirigió Ventimiglia nuevamente á Macao, de donde partió otra vez en el mes de enero del año 1689 con un chino que habia sido esclavo de Coetinho, y el biadju Lorenzo, vendido poco antes por los musulmanes de Borneo á Fructuosa Gomez, los cuales recobraron su libertad para acompañar al misionero. Cuando regresó Ventimiglia estaban los biadjues en guerra con los musulmanes; sin embargo, tomó el apóstol un barco y subió por el rio hasta ponerse en comunicacion con los indígenas, sin que nadie se lo impidiese como en el año anterior. No tardó su barco en verse convertido en templo, al que acudieron en tropel los biadjues para oir al teatino que por segunda vez se les presentaba para indicarles el camino de su salvacion; dieron al religioso el nombre de tatum (abuelo) en testimonio del profundo respeto que les inspiraba su virtud. Un anga (gefe de la poblacion ó tribu) que habia pedido el bautismo al misionero, puso á este en relacion con dos soberanos del interior, uno de los cuales era yerno del anga, quienes enviaron cien barcos al tatum, para mejor demostrarle la impaciencia con que era aguardado. Tambien hubo un tercer príncipe que instó en gran manera á Ventimiglia á que fuese á visitarle; y si bien los portugueses advertian al teatino que no pasase mas adelante, diciéndole que era el ofrecimiento de los biadjues un lazo que se le tendia, nada bastó á retraerle de su generosa resolucion. Decia el intrépido apóstol en una de sus cartas, «que de seguro habria renunciado entonces á la gloria del paraiso por poder trabajar en aquella viña del Señor hasta la consumacion de los siglos, sin mas recompensa que la de cumplir la voluntad divina.» El dia 25 de junio los portugueses se hicieron á la vela para Macao, y el teatino partió para su mision con el chino que le cedió Coetinho, el biadju Lorenzo, un marinero de Bengala y otro jóven que se ofreció á acompañarle. Llevóse el religioso una hermosa cruz de madera incorruptible, en la que habia esculpidas las armas de Portugal con estas palabras: *Lusitanorum virtus et gloria*, que recordaban el celo y los grandes hechos de los portugueses por el triunfo de la santa cruz y la propagacion del Evangelio. Cuando el barco de Ventimiglia se acercó al de los soberanos llamados el Damon y el Tomangun, pasaron estos al buque del misionero, ante el que se postraron ambos; luego el Damon se sentó entre el siervo de Dios y el Tomangun, y dijo que Ventimiglia habia ido allí de paises lejanos para enseñar á los biadjues la verdadera y santa religion, sin la cual nadie podia salvarse; y que sin aspirar á ningun interés temporal, solo deseaba conducir almas al cielo. El Tomangun y su corte contestaron unánimemente, que oirian al apóstol con el mayor gusto y veneracion; y hasta habrian firmado aquella promesa con la sangre que al efecto iban á sacarse de sus brazos, á no haberlo impedido el misionero. Entonces Ventimiglia les entregó la cruz, que todos besaron respetuosamente, para que fuese depositada en la primera iglesia que se construyese; luego se pasó del barco del misionero al del Damon, en el que se obligó al religioso á ocupar el primer puesto. Tales fueron los primeros actos con que se dió principio á la mision de Borneo, en cuyo establecimiento trabajó Ventimiglia con tanto ardor, que en seis meses logró bautizar á mil ochocientos biadjues; viéndose al poco tiempo obligado á pedir ausiliares que le ayudasen á cultivar aquella estensa viña. Segun Gemelli Carreri, murió aquel religioso en el año 1691; el teatino Gregorio Rauco asegura que honró Dios el cuerpo de su

siervo, permitiéndole obrar diferentes milagros; y que por esto los biadjues lo conservaron en una cabaña con la veneracion mas profunda, llegando hasta el punto de dar muerte á un leproso por haberse atrevido como los demás á acercarse á ella.

La metrópoli católica de la India que procuró á Borneo aquel ilustre teatino, envió tambien algunos años despues un jesuita al Tibet, mision sobre la cual tenemos muchas mas noticias.

Antonio de Andrada, jesuita portugués, mereció bien de la religion por su celo infatigable en las misiones de las Indias y de la Tartaria: debióle la geografía sus primeras noticias sobre el gran Tibet, en el que penetró el año 1624. En la relacion de su viage, publicada en Lisboa el año 1626, confunde el autor el pais que acababa de recorrer con el Katai (China superior). A su regreso á Goa, se entregó Andrada nuevamente á las tareas del apostolado: murió este misionero envenenado el dia 16 de marzo del año 1634.

La Congregacion de la Propaganda envió en el año 1707 algunos capuchinos al Tibet, los cuales no solo lograron establecerse allí, si que tambien obrar grandes conversiones; pero no por ello dejaron los jesuitas de dirigirse á aquella mision.

Uno de ellos, Hipólito Desideri, natural de Pistoya, y enviado á la India en el año 1712, partió de Goa á 20 de noviembre del año siguiente, llegando á Surate el 4 de enero del año 1714. Obligado á permanecer algun tiempo en aquella ciudad, aprendió la lengua persa, y se dirigió luego á Dehli, donde se reunió con el P. Manuel Freyre, destinado como él á la mision del Tibet. Emprendieron los dos apóstoles su viage el dia 23 de setiembre, pasando por Lahore, y teniendo que atravesar despues inaccesibles montañas para llegar á Kachemir. «Me ví muchas veces obligado á agarrarme de la cola de un buey de carga, dice Desideri, para que no me arrastrasen los torrentes en su impetuoso curso.» La mucha nieve que cayó durante el invierno sitió á los dos misioneros en Kachemir por espacio de seis meses, reduciendo el esceso de la fatiga á Desideri al último estremo. En su incansable afan, queria por el Tibet dirigirse á la China, cuando se le dijo haber el pequeño Tibet, llamado Baltistan, y el grande, conocido bajo el nombre de Boutan. Los dos misioneros salieron de Kachemir en el mes de mayo del año 1715; llegando en cuarenta dias á Latak, capital de un reino que formaba parte del segundo Tibet. Si bien hemos hablado ya anteriormente de la religion que observan los tibetanos, no creemos sin embargo deber omitir aquí algunos curiosos detalles que dá Desideri acerca de sus creencias. «Dán á Dios el nombre de Konciok, y parecen tener alguna idea de la adorable Trinidad; puesto que tan pronto invocan á Konciok-cik. (Dios uno) como á Konciok-sum (Dios trino). Usan una especie de rosario, y al rezar pronuncian estas palabras: *Om, ha, hum.* Cuando se les pide que espliquen estas palabras, dicen, que *om* significa *inteligencia* ó *brazo*, esto es, *poder*; que *ha*, es la *palabra*; que *hum*, es el *corazon* ó el amor; y que estas tres palabras significan Dios. Los tibetanos adoran todavía á un tal Urghien, que dicen nació siete siglos há; y cuando se les pregunta si es Dios ú hombre, contestan algunos de ellos que lo es todo á la vez, que no tiene padres y que nació de una flor. Sin embargo, sus estátuas representan á una muger que tiene una flor en la mano, y que dicen ser la madre de Urghien; adoran además á otras muchas personas que consideran como santas. En sus iglesias, se vé un altar cubierto de una toalla perfectamente adornada; habiendo en el centro del propio altar una especie de tabernáculo, en el que, á su decir, reside Urghien, por mas que aseguren que está en el cielo. Dan los tibetanos á sus religiosos el nombre de lamas; llevan estos un trage muy distinto del de las demás clases, y no se trenzan el pelo ni ostentan pendientes; son tonsurados como nuestros sacerdotes, y se les obliga á guardar un celibato perpétuo.

Su deber es estudiar los libros de la ley, escritos en lengua vulgar; presentan los lamas á su dios, trigo, cebada y agua, por ser ellos los encargados de hacer las ofrendas, comiendo luego todo ello los creyentes como una cosa santa. Se les tiene en la mayor veneracion: viven los lamas regularmente en comunidad y separados del trato de los demás hombres; tienen además de los locales, un superior general, al que hasta el mismo rey trata con profundo respeto. Tambien á nosotros el monarca y todos los grandes de la córte nos consideraban como lamas de Jesucristo, procedentes de Europa; cuando vieron que celebrábamos los divinos oficios, no pararon hasta que les esplicamos su significacion. La misma curiosidad manifestaban por ver nuestros libros santos, esclamando todos ellos cuantas veces se los presentábamos: *Nuru* (está muy bien); luego añadian ser sus libros muy semejantes á los nuestros, lo que está, á mi ver, muy lejos de ser así, puesto que casi todos saben leer sus libros misteriosos, sin que los entienda ninguno de ellos. Decian tambien á menudo: «¡Ah! si sabiais nuestra lengua, ó bien nosotros comprendiésemos la vuestra, tendríamos un gran placer en oiros esplicar vuestra religion.» Lo que induce á creer que están estos pueblos bastante dispuestos á recibir las verdades cristianas.» Los misioneros, tratados en un principio con tantas consideraciones, no tardaron en ser mirados por la córte con la mayor desconfianza, por haber dicho algunos mercaderes de Kachemir que iban á Latak para la compra de lanas, que eran todos ellos ricos negociantes; pero no tardó en descubrirse la falsedad de aquella delacion.

Empezaba Desideri á estudiar la lengua del pais «con la esperanza, dice el mismo, de ver nacer un dia en medio de los peñascos del Tibet, algun fruto grato á los ojos de Dios», cuando supo que habia un tercer Tibet, al que se daba el nombre de H'lassa. A su pesar, se resolvió á descubrir el nuevo pais; siendo preciso atravesar inmensos desiertos durante seis meses antes de llegar á H'lassa, en cuyo pais penetraron los misioneros el 18 de marzo del año 1716. Poco tiempo despues de su llegada, se vieron compelidos ante los tribunales; pero habiendo logrado justificarse, fueron presentados al soberano. No obstante los disgustos de toda clase que sufrió Desideri en H'lassa, permaneció allí hasta el año 1727; en cuya época le llamó á Europa una órden del Papa, motivada por haberse quejado los capuchinos de que fuesen nuevos operarios á cultivar el campo que les estaba confiado. A su llegada á Roma, presentó Desideri á la Congregacion de la Propaganda tres escritos en contestacion á los capuchinos del Tibet, y pidió se le destinase nuevamente á Asia, pero no se accedió á su súplica. Murió Desideri en Roma el año 1733. Eyries asegura que tradujo aquel jesuita al latin el *Kangiar* ó *Sahorin*, obra que es considerada entre los tibetanos, segun aquel biógrafo, como la Sagrada Escritura entre los cristianos, y que Zoukaba, hombre que gozaba de gran fama de santidad entre los tibetanos, publicó en ciento ocho tomos. Todos los manuscritos de Desideri fueron archivados en el Colegio Urbano de la Propaganda.

Entretanto, los frutos alcanzados por los capuchinos, únicos apóstoles que habian quedado en el Tibet, acabaron por atraer sobre ellos la envidia y el ódio de los lamas. Obligados en el año 1742 á abandonar aquella mision, se dirigieron á las orillas del Ganges, cuya region estaba entonces dominada por el emperador del Mongol, y en la que lograron establecerse, haciendo varios prosélitos. Cuando aconteció la revolucion francesa quedó aquella mision enteramente abandonada, por haber muerto ya los capuchinos que la habian establecido; solo en el año 1803 fué dado á la Congregacion de la Propaganda renovarla, enviando á ella algunos capuchinos. En el año 1826, fué el P. Antonino Ponzoni nombrado vicario apostólico de aquella region, con el título de obispo de Esbona; llevóse con él á siete sacerdotes de su instituto, que tra-

bajaron a sus órdenes en un inmenso pais que solo contenia unos cinco mil católicos. El centro de la mision era Luknow, ciudad considerable, situada á orillas del Goumty; contaba además con otras ocho poblaciones, á saber: Baghelpur, Patna, Ciarnargarh, Agra, Delhi, Sardhana Cioubri y Bettia, en cada una de las cuales habia un templo y un hospicio.

Hemos dicho que Desideri intentaba penetrar por el Tibet en el imperio de China; y no estraño si se atiende á que procuraba por todos los medios la accion evangélica apoderarse del Celeste Imperio, en el que la controversía suscitada con motivo de los ritos, habia comprometido tan gravemente la suerte de la religion verdadera.

CAPÍTULO XX.

Misiones de diferentes institutos en la China. — Legacion de Meza-Barba.

Dióse en el año 1706, ántes de la disposicion del legado, un edicto corolario de la declaracion imperial del año 1700, prohibiendo á los apóstoles del cristianismo permanecer en China, á menos de que tuviesen un permiso por escrito, que solo debia concedérseles, caso de que reconociesen los honores tributados á Kong-fu-tse, y de que no regresarian nunca mas á Europa. Cuarenta y siete misioneros, en su mayor parte jesuitas, aceptaron aquellas condiciones; pero todos los que se oponian á la opinion de Khang-hi acerca de las ceremonias supersticiosas, fueron obligados á ocultarse ó á abandonar aquel imperio. La peticion que por aquella causa presentó el mandarin Fan-tchao-tso el 23 de diciembre de 1711, no produjo resultado alguno; con todo, presentó otra en el año 1717 el mandarin de Tchinmao, la cual fué acogida tan favorablemente por los tribunales, que volvió Khang-hi á interesarse desde entonces por los cristianos, á los que permitió permanecer nuevamente en su imperio, contentándose con prohibir que se abrazase públicamente la religion católica en sus estados.

Los misioneros, no obstante aquella prohibicion, continuaron ejerciendo un gran bien en todo el pais, sobre todo, procurando la gracia del bautismo á los niños idólatras. Hé aquí lo que dice acerca de ellos el P. du Baudory, citado por el jesuita Gaubil: «Hay en Canton dos clases de niños abandonados; los unos son llevados á un hospital que los chinos llaman Yio-gin-tang, ó sea, *Casa de Misericordia*, donde son mantenidos á espensas del emperador. El edificio es vasto y magnífico; nada falta en él para el cuidado de aquellos pobres niños; ni amas para criarles, ni médicos para asistirles en sus enfermedades, ni directores que velen por el buen órden y conservacion del establecimiento. Solo se bautiza á aquellos niños cuando se les vé en peligro de muerte, en cuyo caso se avisa á mi catequista, que vive en las inmediaciones del establecimiento, y el cual va desde luego á conferirles el bautismo. Es siempre un chino el que está encargado del desempeño de estas funciones; porque no seria prudente que un europeo, y sobre todo un misionero, entrase en una casa en que hay tantas mugeres. Los demás niños expósitos son conducidos á nuestra iglesia, y en la que despues de habérseles bautizado se les encarga á personas de confianza para que los alimenten: data esta obra de caridad del año 1719. El P. Jacobo, dice del P. Felipe Cazier, uno de los misioneros de Canton, lo siguiente: «El medio por él establecido de recoger en su iglesia á los niños huérfanos que carecen de todo apoyo, ha sido muy eficaz para la salvacion de las almas; el bautismo que se confiere á aquellos niños moribundos, convierte á aquellas pobres criaturas en otros tantos predestinados. Lo propio se hace en otras muchas ciudades de la China, por haber en todas ellas la fatal costumbre de abandonar los padres á sus criaturas; por esto están obligados los catequistas á recorrer las calles muy de mañana y llevarse á cuantos niños encuentren en ellas para procurarles el

bautismo y todo cuanto sea necesario á su sustento. Se me ha asegurado haber año en Pekin que logran los misioneros salvar á mas de cuatro mil de aquellas infelices criaturas.» El P. de Entrecolles refiere el modo particular con que Dios se ha dignado salvar á algunos de aquellos niños, condenados por sus bárbaros padres á una muerte cierta. «Preciso es admirar, dice, la misericordia previsora con que la bondad divina abre á aquellos pobres huérfanos las puertas del cielo. Uno de nuestros hermanos que está empleado en el servicio del emperador, fué llamado á uno de los reales sitios de aquel príncipe para que curase algunos enfermos; apenas acababa de romper el dia, se puso el catequista en camino para dar cumplimiento á la órden recibida; como desease empero encomendarse á Dios durante el trayecto, resolvió, á fin de que nadie le interrumpiese, seguir un sendero poco frecuentado. Apenas acababa de entrar en él, vió á un niño tendido en el suelo, y junto á él un cerdo que iba á devorarle. El catequista ahuyentó desde luego al animal, y se apoderó del niño que daba aun señales de vida, y que murió poco despues de haber recibido el bautismo.»

Por medio de los mayores sacrificios, procuraban los jesuitas comprar el derecho de salvar las almas: en menos de ocho años habian dado cima á la mas vasta empresa geográfica que nunca se intentó en Europa. El P. Domingo Parrennin, natural del Russey, á su llegada á China en el año 1698, hizo notar á Khang-hi que se engañaba acerca de la posicion geográfica de algunas de las ciudades de su imperio; y el príncipe lejos de resentirse de la observacion hecha por un estranjero sobre la posicion de sus estados, le invitó á ocuparse en formar nuevos mapas de todas las provincias chinas. Empezaron los jesuitas aquella inmensa obra por la gran muralla y por los paises de sus alrededores; siendo los PP. Bouvet, Regis y Jartoux, los que se encargaron de fijar su situacion exactamente. Habiendo caido enfermo el primero de ellos á los dos meses de haber emprendido su trabajo, lo continuaron los dos restantes por todo el año 1708, en cuya época le dejaron enteramente terminado; el mapa que presentaron á Pekin en el mes de enero del año 1709, tenia mas de quince piés de largo. En el mes de mayo siguiente, los PP. Regis, Jartoux y Fridelli, fueron á levantar el del pais de los manchues, luego el de Pe-tche-li ó provincia de Peking, y el del pais que hay en las inmediaciones del rio Negro: ocupóles este trabajo durante el año 1710. Al año siguiente, fueron encargados los PP. Regis y Cardoso de formar el mapa del Chan-toung; así como lo fueron mas tarde el mismo Regis, Moyria de Maillac y Henderer, de levantar los del Konan, Nan-king, Tché-kiang y Fo-kien. Despues de la muerte del P. Bonjour, acontecida en el año 1715, fué aun Regis enviado al Yun-nan, á fin de que terminase los trabajos geográficos en él empezados. Luego se reunió nuevamente con el P. Fridelli, con el que dió la última mano á los mapas de las provincias de Kouei-tcheou y Hou-Kouang, region correspondiente al Houpe y al Hounan de la actual dinastía. Du Halde nos esplica el modo con que se llevó á cabo aquella importante operacion, terminada por algunos religiosos en ocho años, merced al efecto de un celo que fué de tanto interés para la ciencia.

Hé aquí lo que dice Parrennin, uno de los autores del mapa general de la China: «Seguí al emperador por espacio de diez y ocho años en todos sus viages á Tartaria; teniendo sucesivamente por compañeros al doctor Bourghese, médico del difunto cardenal de Tournon, á los hermanos franceses Frapperie y Rhodes y á los coadjutores Paramino y Costa, todos jesuitas, cirujanos y farmacéuticos; y por último, el señor Gagliardi, cirujano del hospital del Espíritu Santo de Roma.» Además, da el propio autor interesantes detalles acerca de Bernardo Rhodes, cuya útil y gloriosa carrera se prolongó hasta los setenta años. «Antes de pasar á esta mision, dice Parrennin, habia pasado ya Rhodes muchos años en la de



las Indias. Habiendo sitiado los holandeses la ciudad de Pondichery, al apoderarse de ella fué hecho prisionero con el difunto P. Tachard, y conducido á Holanda, donde aguardó en las cárceles de Amsterdam á que se verificase el canje de prisioneros. Cuando llegó Bernardo á Paris, solo pensó en consagrarse nuevamente á las misiones, dirigiéndose desde luego á China, viage el mas largo y peligroso de todos cuantos habia emprendido hasta entonces en bien de la religion y de la humanidad. Al efecto se embarcó con el P. Pelisson, y al pasar, despues de haber tocado al Brasil, por la isla de Anjuan, fueron robados por los filibusteros que la ocupaban, viéndose obligados ambos á continuar sin recursos su viage á las Indias. Al año siguiente se embarcaron en dos buques ingleses, llegando en el año 1699 felizmente á Hiamen, puerto de la provincia de Fo-kien, desde donde fué conducido Rhodes á la córte por los mandarines que al efecto le estaban aguardando de órden del emperador. La dulzura, modestia y humildad que revelaba Bernardo de Rhodes en todos sus discursos y acciones, no tardaron en merecerle la amistad y el aprecio de los chinos; pero cuando se supo los profundos conocimientos que tenia el religioso en medicina, cirujía y farmacia, fué aun mucho mas considerado. El emperador le confió el cuidado de diferentes enfermos, por los que se interesaba en gran manera, y á los que los médicos chinos no habian podido restituir la salud, lo que logró el misionero á los pocos dias de haber emprendido su curacion, quedando el emperador altamente satisfecho. Los mandarines de palacio, que como todos los chinos en general, desconfiaban en gran manera de los médicos europeos, se vieron obligados á cambiar de opinion, por mas que hiciesen los médicos chinos todos los esfuerzos posibles para que continuasen mirando á los europeos con malos ojos.... «Que diferencia, me decian, hay entre ese médico europeo y los de nuestra nacion. Lo único que sentimos es que no quiera recibir cosa alguna en recompensa de su trabajo: basta proponérselo, para que se disguste y desaparezca en seguida.» En efecto; lo mismo visitaba á los pobres que á los ricos, procurando á todos con el mismo desinterés los medicamentos que les eran necesarios: muchas son las familias necesitadas que deben á sus caritativos cuidados la conservacion de su salud y de sus vidas. No se crea, sin embargo, que se limitase el misionero á ser médico del cuerpo, puesto que buscaba aun con preferencia serlo del alma; infinitos eran los niños, en quienes despues de haber practicado en vano los recursos del arte, procuraba por medio del bautismo abrirles las puertas del cielo. En mas de diez largos viages que he hecho con el emperador, me ha sido dado admirar los inmensos servicios que ha prestado de Rhodes durante los mismos á los chinos de todas condiciones: pasaba casi todo el dia ocupado en cuidar á los pobres enfermos, que eran siempre en gran número, atendido á que se componia el cortejo del emperador de mas de treinta mil personas. Cuanto mas triste era el estado de aquellos infelices, tanto mayor era el celo con que se consagraba el misionero á su cuidado; hé aquí porque esclamaban los chinos en el colmo de su admiracion: «Es verdaderamente estraordinario ver que hace un estranjero sin emolumento alguno, lo que no harian nuestros médicos ni aun á peso de oro.» ¡Qué lástima, me decia en cierta ocasion un idólatra, que el hermano Rhodes no sea chino! «De seguro que á haber nacido entre nosotros seria un gran santo, y se elevaria mas de un monumento á su gloria.» Entonces le espliqué la causa que nos habia obligado á abandonar á nuestro pais natal y á dirigirnos á China, lo que produjo en el ánimo del rico idólatra una admiracion profunda. Nunca habia habido tantos enfermos como en el último viage: en menos de cuatro meses empleó el hermano de Rhodes todos los medicamentos que el emperador habia hecho llevar á Gehol, segun su costumbre, por lo que fué preciso hacer llevar nuevos medicamentos de Pekin. Hácia aquella misma época, fué llamado el hermano de Rhodes para cuidar al monarca, á

fin de curarle un tumor que acababa de declarársele en el lábio superior, y del que quedó á los pocos dias enteramente restablecido. No menos feliz habia sido el misionero en curar anteriormente al monarca unas violentas palpitaciones que sufria desde mucho tiempo, y contra las cuales habia sido impotente la medicina china. Sin embargo, los frecuentes paseos que se vió obligado á dar el emperador para la conservacion de su salud, el cuidado de los negocios, y, sobre todo, el peso de los años, le debilitaron de tal modo, que en breve se vió el misionero nuevamente obligado á procurarle todos los recursos del arte, por librarle del inminente peligro en que se hallaba. «Haré todo cuanto me prescribais, decia al misionero, pero si creeis que os hable con franqueza, os diré que creo son ya para mí inútiles todos los remedios. Mis viages á Tartaria han terminado: preciso es, pues, que me prepare para el viage de la eternidad.» Con efecto, murió el emperador á 10 de noviembre del año 1714, á una jornada de Pekin, recitando con fervor las letanías de la Santísima Virgen. El P. Tillick hizo trasladar su cuerpo á nuestro cementerio que está fuera de la ciudad, en el que estaban ya reunidos todos los jesuitas de Pekin para recibirle, y despues de las preces de costumbre, se le dió sepultura el dia 25 del propio mes.»

Si apartamos la vista de los hijos de S. Ignacio para fijarla en los de Sto. Domingo, verémos que los misioneros de esta órden, que hizo el P. Cloche desde Filipinas dirigir al Celeste Imperio, continuaban trabajando en él con ardoroso celo, no obstante las privaciones de que se veian rodeados. Clemente XI les honró con algunos presentes, y con el siguiente breve de 22 de abril del año 1713: «Queridos hijos nuestros: Lo que nos ha sido referido acerca de la escelente piedad y tierna afeccion con que habeis procurado la gloria de la Santa Sede, nos ha causado una satisfaccion vivísima, ya por el interés que de ella puede reportar el cristianismo, ya por ser debida á una órden que tanto queremos. Asimismo nos ha sido sumamente grato el ver que en todas ocasiones os habeis distinguido por la pronta y síncera obediencia á las órdenes, no solo del difunto cardenal de Tournon, cuyo nombre merece ser bendecido, si que tambien de todos los vicarios apóstolicos que la Santa Sede ha enviado á esas misiones. Tampoco ignoramos la heróica constancia con que habeis hecho frente á todos los esfuerzos de vuestros opresores, ni la invencible paciencia con que habeis soportado las cárceles, el destierro y todas las persecuciones inventadas para triunfar de vuestro heroismo. Vemos con placer una virtud tan digna de alabanza, y al daros la mayor seguridad de nuestra benevolencia, nos creemos obligados á felicitaros por la gloria que habeis sabido alcanzar ante todos los verdaderos hijos de Dios, que no cesarán de admirar en vosotros ese celo y admirable fuerza cristiana de que habeis dado tan bello ejemplo. En cuantas ocasiones se presenten, no dejarémos de daros nuevas pruebas de nuestro amor paternal; esperando recibireis con gusto la que os damos ahora con los presentes que os destinamos. Al propio tiempo, queridos hijos nuestros, os damos la bendicion apostólica, y pedimos al Autor de todos los bienes, que derrame sobre vosotros sus mas preciosos dones.»

Entretanto, los mandarines y los gobernadores procuraban por todos los medios hacer dar cumplimiento al edicto que espulsaba á todos los misioneros del imperio, con prohibicion, bajo pena de la vida, de volver á él, á menos que permitiesen practicar á los cristianos las ceremonias supersticiosas que habian sido condenadas por la Santa Sede y su legado. Algunos dominicos procuraron ocultarse en el pais, á fin de poder continuar instruyendo á los fieles, por mas que no les fuese dado, atendido su escaso número, ausiliar mas que á una pequeña parte de los muchos cristianos que habia en aquel vasto imperio. No cesaba de temer el P. Cloche por la vida de aquellos religiosos, espuestos contínuamente á ser delatados por los cristianos que

no dejarian de apostatar al verse privados del ausilio de los misioneros necesarios para sostenerles en la fé. En su consecuencia, escribió al provincial de Filipinas, á fin de que procurase por todos los medios posibles hacer pasar algunos religiosos á China. Despues de las cartas que desde el archipiélago fueron dirigidas al general de la órden en los años 1712 y 1714, y en las que solo se le anunciaban tristes noticias, las que recibió en el año 1716 empezaron á reanimar su esperanza, por comunicársele en ellas que á pesar de lo difícil que era desembarcar en China, diferentes religiosos de la órden de Predicadores habian penetrado felizmente en aquel pais, y al que se disponian á seguirles otros, émulos de su celo.

Los obstáculos que creó en China la ejecucion de los decretos pontificios al fin terminaron, por lo que envió Clemente XI á ella un nuevo legado, cuya negociacion esperaba el Papa seria mas feliz que la de Maillard de Tournon, y para cuyo cargo nombró á Cárlos Ambrosio Mezza-Barba, patriarca de Alejandría, el cual partió de Roma el año 1719, seguido de una numerosa y brillante comitiva. Formaban parte de esta los cuatro barnabitas Honorato Ferrari, Alejandro de Bérgamo, Segismundo Calchi y Salvador Rosini, tan recomendables por su piedad como por su saber. A fin de no herir la susceptibilidad de la córte de Portugal, fué dispuesto se dirigiese el legado á Lisboa, donde se embarcó á 5 de marzo del año 1720; á su llegada á Macao, que fué el dia 26 de setiembre, se le presentó el P. Juan Laureati, visitador de los jesuitas, para protestar de su sumision á las órdenes de Clemente XI respecto de los ritos chinos, y de sus deseos de secundar al legado. Mezza-Barba empezó el ejercicio de su ministerio de conciliacion, relevando de las censuras en que habia incurrido al obispo de Macao, por los motivos de queja que habia dado al cardenal de Tournon. Desde la ciudad de Canton en la que desembarcó á 7 de octubre, se dirigió el legado á Pekin, con la esperanza de obtener que el khang-hi permitiria á los cristianos abstenerse de las ceremonias idolátricas. El jesuita José Pereyra, que le servia de introductor y de intérprete, aseguró al emperador que eran muy poco satisfactorias las noticias de que era portador el legado; pero tan pronto como el príncipe hubo oido á Mezza-Barba, se encolerizó contra Pereyra hasta el punto de amenazarle con la muerte. En recompensa del celo con que procuraba Laureati secundar al legado, fué reducido á prision y cargado de cadenas; por lo que desesperando Mezza-Barba del éxito de su mision, pidió permiso para regresar á Europa, á fin de informar al Papa del estado de la religion en el imperio, prometiendo al propio tiempo no innovar cosa alguna ni ejercer ningun acto de jurisdiccion durante su permanencia en aquel pais. Tranquilizado Khang-hi por esta seguridad, le concedió el dia 1.º de marzo su audiencia de despedida, y le hizo además ricos presentes para él, para el Papa y para el rey de Portugal. A su regreso á Macao, donde debió el legado permanecer seis meses, publicó el 4 de noviembre una pastoral exhortando á los misioneros á acatar los decretos de la Santa Sede, que modificó algun tanto por medio de ocho artículos, relativos todos al culto de Kong-fu-tse y de los antepasados. Luego se dirigió el legado á Roma, llevándose los restos del cardenal de Tournon, á quien queria el Sumo Pontífice hacer unas exequias dignas de aquel venerable confesor de Jesucristo. Pero cuando llegó el legado á Roma, á últimos del año 1722, habia muerto ya Clemente XI, y ocupaba el trono pontificio Inocencio XII. La relacion de Mezza-Barba, atribuida por unos al P. Viani, su confesor; y por otros al P. Fabri, su secretario, no es de ningun modo favorable á los jesuitas. Habiendo sido aquella relacion insertada en las *Anécdotas de la China*, fué desde luego refutada por dos cartas del P. de Goville, á quien el P. Hervieu, su superior, envió á Francia el año 1723 para arreglar ciertos asuntos referentes á la mision francesa, y ofrecer al rey algunos presentes curiosos del Ce-

leste Imperio, cuyo encargo desempeñó aquel religioso en Versalles el dia 2 de febrero del año 1725.

CAPÍTULO XXI.

Mision de los barnabitas, benedictinos y de los siervos de María en el Pegu.

Si esta legacion no tuvo buen éxito, á pesar del mérito de los que la componian y de la pompa con que fué rodeada, «fué una dicha para los infieles del Pegú, escribia el P. Abbona, siervo de María, al P. Simonin, capellan del rey de Cerdeña. Mezza-Barba habia sido autorizado para enviar á las provincias que mas necesidad tuviesen de sacerdotes, los religiosos agregados á su séquito, y como fuese Pegú la comarca que mas le llamase su atencion por su estado de abandono, envió allí al P. Segismundo Calchi, quien partió de Canton el 3 de octubre del año 1721, y dirigiéndose á Coromandel, desembarcó en los primeros dias del año 1722 en Siriam, antiguo puerto del Pegú, acompañado del abate José Vittoni. Revestido el P. Calchi de los poderes y del título de Vicario apostólico, concentró en sus manos todo el poder de la jurisdiccion.

«Apenas la mision habia dado comienzo, cuando permitió Dios que la Cruz consagrase las primicias. Los que la habian fundado, pronto fueron objeto de las mas odiosas persecuciones. Algunos envidiosos esparcieron calumnias tan atroces contra los recien llegados, que el rey no pudo creerlas por su propia aseveracion, sino que para aclarar aquel misterio, quiso interrogar algunos europeos y armenios domiciliados en Siriam, y por sus declaraciones reconoció la inocencia de los dos misioneros; entonces proclamóla por medio de un acto solemne, y quiso que de su modesta residencia pasasen al palacio de Ava. Autorizado para hablar del cristianismo en presencia del monarca, el P. Calchi lo hizo con tanta fuerza y persuasion, que subyugado el príncipe por sus palabras, declaró, poseido de una especie de entusiasmo, que el soberano Pontífice era en su concepto el primer poder del mundo. Inmediatamente rogó al abate Vittoni que volviera á Roma con algunos rubies, ambar y mil piedras preciosas, para ser ofrecidas á los piés del Papa como una prenda de la alta estima que el rey de Pegú abrigaba por su persona y por su dignidad. En seguida hizo publicar en todos sus estados un edicto, por el cual prohibia, á quien quiera que fuese, que pusiera estorbos al celo de los misioneros. En fin, como un último testimonio de benevolencia, concedió entera libertad al P. Calchi para predicar el Evangelio, y á sus súbditos para abrazar sus doctrinas. El hábil misionero, aprovechando aquellas felices disposiciones, dispuso que fuesen abiertos sin demora los fundamentos de una iglesia.

«Entretanto el abate Vittoni partió para Roma y el P. Calchi quedó solo. Viendo el éxito maravilloso de su mision, dirigió, á ruegos del mismo príncipe las mas vivas instancias á sus superiores, á fin de obtener algunos obreros que le ayudasen á cultivar con mas desahogo un campo tan fecundo y tan rico en esperanzas. Sus deseos fueron atendidos: dos sacerdotes seculares, los abates Vittoni y Rosetti, se embarcaron con el barnabita Gallizia, en el año 1727, siendo portadores para el vicario apostólico de la órden de dividir aquella mision en dos partes, una de las cuales quedó al cuidado de los dos abates y la otra al de los barnabitas El P. Gallizia no encontró al llegar al cofrade que le habia enviado á buscar, porque el P. Calchi murió mientras que aquel religioso iba en su ausilio. Su muerte dejó sin pastor á la iglesia que regia; deplorable abandono que mas de una vez se ha renovado desde su fundacion.

«Tres meses despues de aquel suceso llegó el P. Gallizia. El celo del P. Calchi volvió á hallarse en el alma de su sucesor, y pronto, merced á los desvelos del nuevo apóstol, Siriam tuvo una iglesia, la segunda de la mision. Ava acojió á los dos sacerdotes seculares que acompañaron á los barnabitas; pero ¿cuál fué el fin de aquellos dos misioneros?

¿Dónde hallaron su tumba? ¿Fué en el suelo de la India ó en Europa? Lo ignoro; ningun rastro han dejado de su memoria. Por lo que hace al P. Gallizia, su ardor operó muchos prodigios; y al influjo de su palabra, innumerables gentiles abrazaron el Evangelio. Pero ¿qué puede un hombre enteramente solo? Postrado por la fatiga y el aislamiento, varias veces escribió el misionero á Europa, sin recibir nunca contestacion. Por último, confiando que su palabra seria mas persuasiva que sus escritos, resolvió ir en persona á Roma á defender la causa de sus pueblos abandonados; y, despues de diez años de permanencia en tierra estraña, dirijióse otra vez á Italia. Clemente XII que ocupaba entonces la sede de San Pedro, acojió con paternal benevolencia al religioso que venia de allende los mares para interesar la Europa á favor de su naciente iglesia. Pero durante su ausencia la religion fué declinando en aquella desgraciada cristiandad, y hallábase casi destruida en el año 1741, cuando para aprovechar los restos, se dispuso una nueva espedicion de obreros.

«Agradecido el cardenal Vicente Petra, prefecto de la Propaganda, por los servicios que habian prestado á aquella mision los PP. Calchi y Gallizia, propuso que se confiase esclusivamente á la congregacion de los barnabitas toda la parte de las misiones orientales que se estienden mas allá del Ganges; Su Santidad Benito XIV aprobó aquel proyecto, y, sobre el mes de febrero de 1741, partieron para el Asia algunos misioneros bajo la direccion del P. Gallizia, nombrado obispo de Visma y vicario apostólico. Aquellos misioneros eran los PP. Nerini, Mondelli y del Corte, á los cuales se agregó Fr. Angelo Capello, que era médico muy hábil. Separados aquellos buenos religiosos durante el viage, volvieron á reunirse por fin á la vista de Siam, donde desembarcaron el dia 3 de junio del año 1743. Dueños de ejercer su apostolado conforme les dictára su buen celo, aquellos PP. barnabitas operaron numerosas conversiones. Estaban llenos de confianza en el porvenir, cuando se vieron detenidos en medio de sus trabajos. Estalló una guerra entre los birmanes y los habitantes de Pegú; los primeros sitiaron y se apoderaron de Siriam destruyendo hasta los templos cristianos, de modo que el P. Nerini no pudo salvar sino los vestidos con que iba cubierto. A su vez los peguanos, animados por la venganza, se arrojaron sobre los birmanes, los derrotaron en diferentes encuentros, invadieron su territorio, y con espantosas represalias destruyeron hasta en sus cimientos aquella mision, que tantos contratiempos ya habia sufrido y que otro no menos funesto iba á aniquilarla.

«Corria el año 1745, cuando un caballero aleman, gobernador de Bancquibozzar, ciudad situada á orillas del Ganges, habiendo sido arrojado por los musulmanes, se presentó delante del puerto de Siriam, con una flotilla de ocho buques, con intencion de apoderarse de la poblacion. Habiéndole disuadido de aquel inícuo proyecto el P. Nerini, solicitó del rey el permiso de fundar una colonia alemana. Consintió el soberano, y el caballero, deseando hacer al príncipe hospitalario una visita para darle las gracias, pasó á palacio con cincuenta hombres y algunos oficiales. Aquel imponente aparato, infundió temores al monarca, y creyéndose amenazado de un complot, urdió él uno á su vez. No solamente se negó á dar la audiencia prometida al gobernador, sino que resolvió deshacerse de él y de toda su escolta. Afortunadamente lo supo el caballero, é inmediatamente, volviendo á tomar el camino del puerto, quiso que le siguiesen no solo sus gentes, sino tambien los misioneros, temeroso de que el príncipe descargase sobre ellos su cólera, despues de su retirada. Ya los fugitivos, embarcados en botes, vogaban hácia la flota, cuando los indígenas observando su furtiva partida, corrieron en su persecucion. Trabóse una lucha terrible entre los peguanos y los estrangeros; pero agobiados estos últimos por el número, sucumbieron despues de una heróica resistencia. Unicamente dos alemanes escaparon con vida de aquella horrible

carnicería y corrieron á llevar la nueva al P. Nerini, quien en compañía de Fr. Angel se apresuró á ponerse en salvo en un buque. Alejáronse de aquellas playas derramando abundantes lágrimas, tanto por la muerte de su obispo muerto con dos de sus sacerdotes en aquella sangrienta refriega, como por la pérdida de la iglesia de Pegú, que, habiendo empezado por dos veces bajo los mas felices auspicios, otras tantas se habia visto destruida en su cuna. Nada quedó de los edificios cristianos despues de la desaparicion de los misioneros; iglesias y rectorías, todo fué incendiado ó demolido.

« El P. Nerini consagró el tiempo de su fuga á visitar diversas ciudades de la India; á su vez recorrió Mergui, Pondichery Madrás, pero de paso; donde permaneció mas tiempo fué en Chandernagor, sita á orillas del Ganges. Pero nada durante aquellos viages le hizo olvidar el Pegú; constantemente sus mas ardientes votos se cifraban en volver á ver al pais donde habia derramado sus primeros sudores. Dios quiso por último que quedasen satisfechos sus deseos, y el dia 21 de abril del año 1749, volvió á Siriam, seguido de Fr. Angel, su compañero de destierro. A su vista, la alegría de los cristianos no tuvo límites, y el rey olvidando lo pasado, acojió con benevolencia á los misioneros. El ferviente apóstol se aprovechó de aquella buena disposicion para construir un nuevo santuario, y merced á la generosidad de algunas personas devotas, en poco tiempo quedó terminado. Desde entonces el P. Nerini no tuvo mas que recojer las bendiciones con que le plugo al Señor favorecer todos sus trabajos. Seria preciso leer sus cartas, para comprender la alegría que inundaba su corazon viendo que volvia á florecer su querida iglesia indiana. «¡Ah! amado hermano mio en Jesucristo, decia á uno de sus amigos, si supierais la dicha que esperimento convirtiendo á tantas almas, vendriais si pudieseis volando al Pegú. » Otra vez escribiendo al general de su órden, le pedia algunos coloboradores y luego añadia: «¡Alabado sea Dios! La iglesia católica, esta inmortal esposa de Jesucristo, cada dia multiplica aquí su familia; es solicitado el bautismo con tan vivas instancias y por tan gran número de personas, que no puedo satisfacer todos los deseos; por manera, que es preciso que trabaje hasta de noche. » Un número considerable de armenios cismáticos se convirtieron al influjo de su palabra, y es fama que mientras el P. Nerini estuvo en Siriam, ninguno de ellos murió sin reconciliarse antes con Dios y con la iglesia. Pero los multiplicados trabajos del misionero agotaron sus fuerzas. « Enviadme algunos ausiliares, escribia en 1751, porque todavía no he aprendido á hacer milagros. » Tan vivas y repetidas instancias fueron por último atendidas. La congregacion de S. Pablo, hizo partir en el año 1754 una nueva colonia de religiosos, al propio tiempo que en Roma se expedian las bulas que le nombraban obispo de Orienze y vicario apostólico de todos los estados, en cuyo centro se hallaba colocado. Pero el Señor tenia otras miras; porque ninguno de los misioneros que la Europa enviaba en su ayuda, pudo llegar al punto de su destino: dos perecieron en medio de las olas con el buque que los conducia; otros dos acabaron sus dias en las playas de Martaban, casi á la vista de su mision, y Fr. Angel y el P. Nerini, murieron poco tiempo despues, mártires de su caridad.

« Despues de su derrota, los birmanes solo aguardaron una ocasion favorable para sacudir el yugo de los peguanos, sus vencedores. No tardaron en levantar un poderoso ejército y marcharon contra Siriam, cuya ciudad viéndose obligada á rendirse despues de un sitio cuya duracion agotó sus fuerzas, fué destruida hasta en sus cimientos y reemplazada por Rangun, nueva poblacion que se edificó no lejos de sus ruinas. En lo mas fuerte de la pelea, Fr. Angel corria acá y acullá para socorrer á los heridos, cuando una bala puso fin á su existencia. El P. Nerini por su parte, animaba el valor de los cristianos, sostenia su fé, protegia en fin con una solicitud paternal

un monasterio donde vivian algunas vírgenes bajo una regla comun. Quizá el heróico prelado hubiera evitado la muerte, á no haber aparecido de repente en las aguas de Siriam un buque francés. Al aspecto de aquella embarcacion, el rey de los birmanes, receloso como siempre, imaginó que habia sido llamada la Francia para ausiliar á los peguanos. El obispo Nerini se llevó la responsabilidad de aquel atentado imaginario, y fueron enviados algunos soldados para darle muerte; pero el amor que profesaban al venerable pontífice les hizo eludir aquella bárbara órden, y creyendo engañar al rey, decapitaron á un sacerdote portugués que encontraron al paso, presentando su cabeza al monarca; pero descubriendo este el artificio, renovó sus órdenes con mas severidad. Los soldados se presentaron pues en el domicilio del obispo, y deseando no obstante buscar un pretesto para darle muerte, intimáronle la órden de entregarles las vírgenes que se hallaban reunidas en el monasterio, y como se negase á obedecerles, le mataron á lanzazos. De este modo quedó otra vez privada de pastores aquella infortunada mision.

« Aquel abandono duró desde el año 1756 al de 1760, en cuya época dos nuevos misioneros llegaron á Rangun; eran los PP. Gallizia, sobrino del antiguo obispo, y Sebastian Donati. El primero se fijó en Rangun y el segundo en Ava. La acogida que obtuvo este último fué muy benévola, pero murió al siguiente año con gran sentimiento del pueblo de Ava que ya le queria de veras. Habiendo quedado solo el P. Gallizia, resolvió suplir el número con el celo, y su éxito en la conversion de los gentiles, fué tan prodigioso como su esfuerzo: fué tal el renombre que dejó de sus apostólicas virtudes, que todavía hoy dia su memoria es venerada por los pueblos que evangelizó. No obstante, su aislamiento duró poco; se le reunieron despues de diez y siete meses de espera, dos nuevos cofrades, los PP. Juan María, Percoto y Averati, cuyo infatigable concurso contribuyó poderosamente á la estension de su Iglesia. En 1762 el P. Percoto vió sucumbir á sus dos compañeros á las fatigas de tan laborioso ministerio, sin que el impulso dado por su celo á la poblacion india pareciese menguar. Millares de infieles continuaron abrazando la fé; diez nuevos templos fueron elevados al verdadero Dios, y abrióse una escuela para cincuenta niños, que instruia el mismo misionero y de los que se rodeaba en los dias solemnes para dar mayor pompa al culto divino.

Desde el año 1776, época en la que el P. Percoto, promovido al episcopado, dirigia con tan feliz éxito la mision del Pegú, hasta el año 1794, varios obispos se han sucedido en aquel vicariato apostólico, dejando todos los mas preciosos recuerdos. El Ilmo. Montegazza fué el último eslabon de aquella cadena de santos pastores, la cual rota durante algunos años por el choque de las revoluciones de que se vió agitada la Europa á fines del último siglo, no pudo reanudarse hasta el año 1830. En aquella época una nueva colonia de misioneros, de los cuales ninguno pertenecia á la congregacion de los barnabitas, partió bajo la direccion del Ilmo. Scolopio, y llegó al Pegú en el momento en que aquella cristiandad únicamente contaba con un solo sacerdote católico. Merced al celo que anima al clero europeo, el número de obreros evangélicos es hoy dia mas considerable, sin estar no obstante en proporcion con las necesidades de nuestra Iglesia. En Maulmein, el P. Stork, religioso benedictino, dirije unos dos mil católicos; el P. Enrique, religioso piamontés, de la congregacion de los siervos de María, administra tres parroquias, cuya poblacion asciende á quinientas almas; mil otros fieles están confiados á los buenos oficios del P. Polignani; en fin, una pequeña grey de trescientos cristianos, tiene por pastor al P. Vicente Bruno, perteneciente como yo á la congregacion de los siervos de María. Juntos partimos de Turin en 1839 y pronto tendré que dejarle, porque me preparo para ir á anunciar Jesucristo á los pueblos del Laos. »

CAPÍTULO XXII.

Apostolado de los sacerdotes de la congregacion de las Misiones Estrangeras en el reino de Siam.

La historia del reino de Siam está tan íntimamente enlazada con la del Pegú, que es fuerza que volvamos á seguirla en este momento.

Luis de Cicé, de la congregacion de las Misiones Estrangeras, consagrado obispo de Sabula, habia sido nombrado en el año 1700 vicario apostólico de Siam. Aquel prelado, muerto en el año 1727, tuvo por sucesor á Texier de Kerlay, obispo de Rosalía, bajo cuya administracion la apostasía de un sacerdote siamés y un edicto contrario á la predicacion del Evangelio, expusieron, en el año 1730, la mision á grandes peligros. Prohibióse á los misioneros que escribiesen ningun libro de religion en siamés ó en *balí*, que predicasen el cristianismo á los siameses, peguanos y laccianos sometidos á Siam, y en fin, ir contra la religion del pais. Se quiso obligar al obispo de Rosalía á que designase el lugar donde seria colocada la piedra en la que se acababa de grabar aquel edicto, y como se negase á hacerlo el prelado, la colocaron precisamente delante de la puerta de la iglesia el dia 9 de octubre del año 1731. Despues de la muerte de Kerlay, acontecida en el año 1736, Loliere-Puycontat, vicario apostólico, con el título de obispo de Juliopolis, habiendo impedido á los cristianos que asistieran á una procesion idólatra, se renovó aquella piedra. El Ilmo. Brigot, obispo de Trabaca, habia sucedido á Loliere, muerto en el año 1755, cuando un cristiano llamado Sirou, llevado de un esceso de celo la rompió, con riesgo de provocar una persecucion general; pero el estado crítico del reino amenazado por los birmanes, preservó afortunadamente á los cristianos del castigo que hubiesen sufrido. El ascendiente de los misioneros era tal, que en el año 1758, afligido uno de ellos por las injusticias que el virey de Tennasserim cometia con los negociantes europeos, logró hacerle deponer. Audrieux y Lefevre que evangelizaban á Mergui, abandonaron esta ciudad y sus habitantes cuando se acercaron los birmanes, cuyos triunfos les llevaron hasta delante de los muros de la capital. Amedrentado el rey, rogó al obispo de Trabaca, que emplease su influencia con los cristianos para decidirles á defender el pais, y confió las posiciones mas importantes á aquellos hombres escogidos, cuyo valor contrastaba con la pusilaminidad del resto del ejército. El hermoso colegio de los misioneros de Mahapram fué incendiado; pero el arrojo de los cristianos preservó el campo de San José en Siam. La iglesia de los franceses recibió en aquella ocasion el nombre de iglesia de la Victoria, y fueron ofrecidos algunos presentes á título de reconocimiento, al vicario apostólico, á sus ausiliares y á los alumnos del seminario á cuyo establecimiento fué unido el colegio, que la falta de recursos no permitia establecer.

La congregacion de las Misiones Estrangeras contó dos nuevos mártires en aquella época. Con el objeto de establecer una mision en Socotora, habia enviado allí á los PP. Dupuy y Guerville, quienes despues de haber abordado en aquella isla en 13 de enero del año 1757, tuvieron que salir de ella al cabo de tres semanas para volver á Pondichery; pero dos años mas tarde volvieron á embarcarse pasando por Goa, Surate y Moka; mas viéndose obligados á tocar en la costa de Arabia, fueron degollados por los indígenas en el año 1760 ó al año siguiente.

Una segunda invasion de los birmanes dió por resultado reducir á la esclavitud á Audrieux y Alary, misioneros en Mergui, quienes agobiados por los malos tratos que sufrieron durante su cautiverio, acabaron por obtener que se les dejára retirarse á Pondichery. El obispo de Tabraca, viendo la capital del reino de Siam sériamente amenazada, hizo salir á los alumnos del colegio, á quienes envió bajo la direccion de los sacerdotes Kerhervé y Artaud, al pueblo siamés de Chantabun,

cerca de Camboge. Los cristianos, distribuidos en las tres iglesias situadas fuera de la ciudad, resistieron con esfuerzo al enemigo; pero cuando se conoció que toda resistencia era inútil, el obispo salió del campo de San José, donde se hallaba el seminario, para ir á negociar una capitulacion con los birmanes, quienes una vez vencedores y dueños del campo, violaron las condiciones, saqueando á los cristianos y haciéndoles cautivos. El prelado, á quien creian mas rico que los demás, por las muchas limosnas que recibia, corrió los mas graves peligros. Cuando la ciudad de Siam fué tomada al asalto, en la noche del 6 al 7 de abril del año 1767, despues de un sitio durante el cual mas de diez mil criaturas moribundas fueron bautizadas por los misioneros, el obispo de Tabraca, conducido á Thavai, se vió reducido á dar su anillo pontifical á un rico armenio, para que alimentase á los cristianos cautivos á quienes diezmaba el hambre. Ejerciendo las funciones de su ministerio, contrajo varias enfermedades y fué infestado de una especie de lepra. Trasladado mas tarde á Rangun, no solamente resolvió entre los franciscanos y barnabitas una cuestion de jurisdiccion que le sometieron, sino que consagró en enero del año 1768, al barnabita Juan María Percoto, vicario apostólico de Ava, obispo titular de M xula. De allí pasó á Pondichery con tres seminaristas en un buque de la compañía de Indias que le transportó despues á Francia, donde llegó en el mes de octubre del año 1769.

Habiendo sido trasladado á Bang-kok el asiento del gobierno siamés, un individuo de la mision fué á reclamar de Phaia-thac, elegido rey de Siam, la proteccion que los príncipes de su nacion habian dispensado hasta entonces á los misioneros europeos. Aquel príncipe recibió con benevolencia al enviado y encargó á un mandarin, en el año 1769, que fijase los límites de un terreno destinado para la reedificacion de los edificios religiosos destruidos durante la invasion de los birmanes. No obstante, el colegio general de las misiones, no se restableció ya mas en el reino de Siam.

Respecto de los misioneros Kerhervé y Artaud, encargados de dirigir el colegio fugitivo á Chantabun, viéronse obligados, atendidos los progresos del enemigo, á retirarse á Hon-dat, promontorio en el pais de Kan-kao, cerca de una cristiandad de cochinchinos, emigrados para huir de la persecucion. Kerhervé murió, yendo á buscar á Siam algunos escolares, que no habian podido reunirse con sus condiscípulos; y Andrieux, que un europeo residente en Masulipatam habia rescatado del cautiverio, murió en las mismas circunstancias. El misionero Pigneaux de Behaine, recientemente llegado de Europa, fué nombrado en el año 1767 por el vicario apostólico de la Cochinchina, superior del colegio de Hon-dat, del cual Morvan hace esta triste descripcion: « Tenian por refectorio un cercado cubierto de paja y abierto por todos lados. Cuando sobrevenia alguna tempestad durante la hora de la comida, los escolares que se hallaban del lado de donde soplaba el viento, se veian obligados á levantarse, llevarse su plato, é irse al lado opuesto para buscar un rincon donde no se mojasen. El interior del edificio, donde dormian ó estudiaban, no se hallaba en mejor estado. Los vientos del norte se habian llevado una gran parte de los techos de paja, de modo que cuando llovia de noche, la mayor parte de los estudiantes tenian que levantarse, recojer sus camas, y buscar un abrigo hasta haber pasado la tempestad; pero aun en este caso, con dificultad hallaban un lugar seco para poder descansar el resto de la noche. Una parte del dinero que habia traido de Europa, fué empleado para remediar aquellos males; se ordenó lo necesario para edificar un nuevo colegio; pero nos vimos obligados á reunir nosotros mismos los materiales y hacer lo mas principal de la obra. Dos dias por semana se interrumpian los estudios para ir á cortar y pulimentar madera en los lejanos bosques, desde donde era preciso traerla, á través de los pantanos, hasta un rio, en cuyo

sitio íbamos á buscarla con una lancha.» Un incidente inesperado comprometió de repente la seguridad de los misioneros del colegio. Phaia-thac, nuevo rey de Siam, tenia en su poder los miembros de la antigua familia real, que los birmanes no se habian llevado prisioneros; pero habiéndose escapado uno de ellos, se embarcó en Hon-dat en una barca que habia traido provisiones á los misioneros, y aunque estos, lejos de favorecer su evasion, no habian querido tener ninguna relacion con él, fueron presos el dia 8 de enero del año 1768 y conducidos á Kan-kao, no recobrando su libertad sino despues de muchos meses de prueba sostenida con una heróica constancia. «He tenido la dicha, escribia Pigneaux de Behaine á sus padres, de pasar encarcelado el santo tiempo de la cuaresma, llevando al cuello una escalera de mas de seis piés de largo. Los cristianos que venian á visitarnos, derramaban muchas lágrimas, y á pesar de la alegría muy sincera que por nuestra suerte esperimentábamos, no habia medio de poder consolarles. Al poco tiempo de estar preso tuve calenturas que me duraron mas de cuatro meses, pero ya me hallo libre de ellas. Bendecid, pues, mil veces á Dios por haber concedido tanto honor á vuestra familia, y rogadle que me otorgue la gracia de que pueda sufrir y morir por su santo nombre.» En 1769, nuevas revueltas políticas, obligaron á los misioneros á abandonar á Hon-dat para refugiarse en Kan-kao, donde murió su compañero Artaud. Entonces realizaron el proyecto que hacia mucho tiempo habian formado, de trasladar el colegio general de las misiones á la costa de Coromandel; al efecto, se embarcaron en el mes de diciembre del año citado en número de cuarenta y tres personas, llegaron á Pondichery y se instalaron en Virampatnam, poblacion situada á una legua de aquella ciudad.

Entretanto el misionero Corre, primer sacerdote de la congregacion de las Misiones Estrangeras, que no habia visto á Phaia thac desde su advenimiento al trono, recibió de él una muestra de benevolencia inaudita, haciéndole una visita de cortesia. El Ilmo. Le Bon, consagrado obispo de Metellópolis por el Papa, y nombrado coadjutor del obispo de Tabraca, á quien no tardó en suceder, habiendo llegado en marzo del año 1772 á Bang-kok, obtuvo la misma distincion; pero como dirémos mas adelante, aquel favor se trocó luego en persecucion. Pero conviene que nos ocupemos ahora de las viscisitudes porque pasó la iglesia de Cochinchina.

CAPÍTULO XXIII.

Apostolado de los sacerdotes de la congregacion de las Misiones Estrangeras, de los jesuitas y de los franciscanos de Cochinchina.

El Ilmo. Mahot, obispo de Bide y vicario apostólico de aquel reino, murió el dia 15 de junio del año 1684, y su sucesor Duchene, obispo de Berithe, no tardó en seguirle al sepulcro. Fué nombrado entonces para reemplazarle Francisco Perez, natural de Siam, hijo de padre español y de madre siamesa, quien á la edad de siete años habia entrado en el seminario y salió de él ya sacerdote. Laneau, entonces administrador general de las misiones en Siam, habiéndole consagrado obispo de Bujia, penetró en Cochinchina en una época en que aquella mision disfrutaba de suma tranquilidad. Pero en el año 1690 el rey escitó una persecucion de cuyas resultas murió, y aquel suceso, considerado como un castigo divino, provocó el ódio de su sucesor, quien contentándose en el año 1698 con ejercer sus rigores contra una cristiandad particular, dos años mas tarde ordenó una proscripcion general. El obispo de Bujia se mantuvo oculto en un barco costanero durante algun tiempo; pero habiendo descubierto despues una caverna muy retirada, hizo levantar en ella un altar, confiriendo la órden del sacerdocio á un diácono cochinchino, que habia vuelto del seminario de Siam hacia dos años. Aquel sacerdote, hijo del pais, no siendo todavía conocido y tomando grandes precauciones, pudo ir de una parte á otra á visitar

los cristianos en una provincia que corria únicamente á su cargo. Los demás misioneros, que eran estrangeros, se vieron completamente privados de ejercer su ministerio durante los primeros años de aquella violenta tempestad. El provicario Langlois fué preso en marzo del año 1700, al propio tiempo que los jesuitas José Candone, Pedro Belmonte y Antonio Arnedo; soltaron á este último pero encarcelaron y aherrojaron á los otros tres, no tardando en participar de su terrible cautiverio, otro sacerdote de las Misiones Estrangeras llamado Capponi. Como la supersticion impide á los cochinchinos hacer ninguna ejecucion durante el primer mes de su año, que correspondia precisamente al de marzo, no presentaron los fieles cautivos al rey hasta el dia 22 de abril. Cada uno iba acompañado de un soldado, que sujetaba con una mano la canga ó cepo del cautivo, y con la otra empuñaba un sable desnudo dispuesto á herir á la primera órden. Siete cristianos, de los cuales los cuatro eran hombres y los restantes mugeres, habiendo perseverado en su animosa confesion, el rey les condenó, á los hombres á morir de hambre y á las mugeres á la mutilacion, librándose de aquel suplicio una sola que se retiró llorando por no haber sido considerada digna de sufrir por Jesucristo. Pablo So, Tadeo Ouen, Antonio Ky y Vicente Don, con guardas de vista é interrogados sobre lo que mas les hacia sufrir, contestaron que les atormentaba una sed ardiente y un fuego secreto que les devoraba las entrañas. Veíaseles acostados sobre la arena, dice la relacion de un misionero que se hallaba en aquella época en Cochinchina, y cubrirse con ella para hallar alguna frescura en las capas inferiores y templar algun tanto el ardor que les consumia. Los soldados que los guardaban, les decian: ¡Infelices! ¿por qué quereis perecer de este modo? Nos hallamos en una isla en medio del rio: el agua nos rodea por todas partes, poned únicamente el pié sobre la imágen que teneis á vuestro lado y tendreis toda el agua del rio á vuestra disposicion. Pero los confesores exhalaban un lijero suspiro y con voz desfalleciente contestaban: No no es permitido aceptar el agua al precio que quereis vendérnosla; preferimos morir de sed, á ofender al que nos ha creado de la nada y que murió por nosotros. Al llegar al dozavo dia de su completa abstinencia, sus ojos fueron velándose lentamente, su árida lengua quedó como pegada al paladar, sus brazos permanecieron inmóviles y se apoderó tan gran debilidad de todo su cuerpo, que ya no podian sostenerse, ni aun sentados. A los quince dias el mas flaco de complexion se durmió en el sueño de los justos para ir á recibir la corona que su fé y su constancia le habian conquistado. Al dia siguiente é inmediato, otros dos abandonaron tambien este valle de lágrimas, para ir á descansar en el seno de Dios, por cuyo amor tanto habian sufrido. El cuarto, que era mas robusto, y que con sus discursos animaba á los demás y les exhortaba á tener paciencia, no murió hasta el dia décimo octavo, abismado en una paz profunda. Despues de su muerte el rey ordenó que fuesen descuartizados y arrojados al mar, temiendo que los cristianos guardasen sus restos como reliquias y les tributasen los honores de que serán eternamente dignos.» El mandarin que habia aconsejado aquel género de suplicio, murió de repente poco tiempo despues, y sus parientes dispusieron que se hicieran algunos sacrificios en la cárcel de los cuatro mártires, á fin de que no impidiesen al alma del difunto volver á su cuerpo; porque los idólatras cochinchinos creen posible aquella vuelta, y la admiten cuantas veces una persona desmayada vuelve á recobrar sus sentidos. En consecuencia, lanzan grandes gritos y los hacen lanzar todavía mayores á los bonzos, á fin de volver á llamar las almas de las personas que acaban de morir. En un principio los idólatras se contentaban con escribir los nombres de los misioneros en la lista de proscripcion, sin intentar hacerles apostatar, porque lo juzgaban imposible; pero despues el rey les condenó á cárcel perpétua, en la cual se les agobiaba con una canga tan pesada,

que no podian levantarse ni andar sin ausilio ageno. El sacerdote francés Sennemand y Nicolás Fonseca, sacerdote de Macao, descubiertos poco tiempo despues, fueron encerrados en una cárcel separada. Tambien prendieron á los sacerdotes Feret, Gouges y Destrechy. Los jesuitas Candone y Belmonte, y los sacerdotes Langlois y Feret, murieron gloriosamente en la cárcel. Los demás misioneros fueron puestos en libertad en el año 1704. Marin Labbé, enviado á Roma por las necesidades de la mision de Cochinchina, fué nombrado coadjutor de Francisco Perez y consagrado obispo de Tilópolis. Este prelado murió en marzo del año de 1723 y cinco años mas tarde bajó tambien al sepulcro el vicario apostólico. El barnabita Alejandro de Alexandris, misionero de la Propaganda, nombrado coadjutor en el año 1727 y consagrado obispo de Nabuce, reemplazó á Francisco Perez, y tuvo á su vez por coadjutor al franciscano Valerio Rist, obispo de Minda, muerto en el mismo año de su promocion al episcopado, esto es, en el año 1738.

Independientemente de las persecuciones que reconocian una causa esterior, los progresos de la fé hallaban algunos impedimentos en las discordias intestinas, originadas á causa de la jurisdiccion de los vicarios apostólicos y de las ceremonias idolátricas de la China. Algunos acuerdos contradictorios referentes á los ocho permisos concedidos en el ordenamiento del legado Mezza-Barba, habian agriado los ánimos en el Celeste Imperio. De una parte, el P. Francisco Saraceni, obispo de Lorima y vicario apostólico de Chen-si, prohibió el uso de las concesiones del legado; y de otra, el P. Francisco de la Purificacion, obispo de Peking, mandó por sus pastorales de 6 de julio y 23 de diciembre del año 1733 que se conformasen á la bula *Ex illa die*, modificada con aquellas ocho permisiones; pero Clemente XII condenó lo ordenado por el obispo de Peking en un breve del 26 de setiembre del año 1735 y sometió las concesiones de Mezza-Barba al exámen del Santo Oficio. El mismo Papa resolvió enviar un visitador apostólico á Cochinchina, eligiendo al efecto á Francisco de la Baume Achards, nacido en Aviñon en 1679 é instituido por Benedicto XIII, obispo de Halicarnaso. Aquel visitador llegó al punto de su destino en mayo del año 1739; en el mes de julio siguiente, publicó un mandamiento relativo á los puntos del litigio y murió en 2 de abril del año 1741, despues de haber conferido poderes de provisitador al abate Fabre, su secretario, cuya violencia y ánimo apasionado, contrastando con la prudencia y moderacion del prelado, impidieron la prosecucion del bien comenzado. La relacion que Fabre publicó á su regreso á Europa, fué condenada por la Santa Sede. Benedicto XIV debia terminar por último aquella controversía de los ritos chinos para siempre memorable, dice el obispo de Hesebon, por los males que ha ocasionado no solamente en las misiones, sino tambien en toda la iglesia; porque se sacó de ella un gran partido para desacreditar á los jesuitas, de los cuales algunos pudieron engañarse y otros hacerse culpables de una resistencia reprobable á las órdenes del soberano Pontífice, sin que por esto hubiera derecho para atacar á todo el cuerpo. Juzgamos interesante consignar en este lugar los motivos de sumision propuestos por Benedicto XIV. « Tenemos plena confianza, dice, en que el príncipe de los pastores, Jesucristo, cuyo lugar ocupamos en la tierra, bendecirá nuestros desvelos en un asunto tan grave, y cuyo exámen por tanto tiempo nos ha ocupado; que fecundizará el gran deseo que abrigamos de ver brillar pura y esplendente la luz del Evangelio en aquellas vastas comarcas, persuadiéndose sinceramente los pastores de aquellas mismas regiones, de la necesidad y obligacion que tienen de escuchar y seguir nuestros consejos. Tenemos igualmente confianza de ver, con la ayuda de Dios, desaparecer de su ánimo el temor que abrigan de contener los progresos de la fé con la ejecucion de los decretos pontificios. En efecto, ante todo, deben fundar sus esperanzas en la divina gracia; y esta gracia no les faltará jamás, si proclaman las ver-

dades de la religion cristiana con valor y en toda la pureza que se las ha trasmitido la Sede apostólica. Esta gracia no les faltará jamás, si están dispuestos á defender la religion con la efusion de su sangre, siguiendo el ejemplo de los santos apóstoles y otros grandes defensores de la fé cristiana, cuya muerte, lejos de contener ó retardar los progresos del Evangelio, hizo por el contrario, mas floreciente la viña del Señor y mas abundante la cosecha de almas. Por nuestra parte, y en tanto que dependa de Nos, rogaremos á Dios que les dé aquella fuerza de alma que nada abate, y todo el poder del celo apostólico. Por último, les recomendaremos, que consagrándose á la santa obra de las misiones, deben considerarse como verdaderos discípulos de Jesucristo enviados por él, no en busca de goces temporales, sino de grandes combates; no para alcanzar honores, sino para sufrir ignominias; no para entregarse á la ociosidad ó al descanso, sino al trabajo y á la penosa tarea de alcanzar muchos frutos por medio de la paciencia.» En esta famosa bula *Ex quo singulari*, Benedicto XIV, despues de resumir los hechos históricos de la controversía, á partir de los decretos del año 1645, reproduce por entero el de 1710, que confirma el mandamiento del cardenal de Tournon, dá tambien la constitucion *Ex illa die*, de Clemente XI en el año 1715; cita el mandamiento del legado Mezza-Barba, con las ocho concesiones, y el breve de Clemente XII en el año 1735 que anula las pastorales del obispo de Peking Declara que la Santa Sede jamas aprobó las concesiones de Mezza-Barba, que son contrarias á los decretos pontificios, que deben considerarse como nulas y no escritas, sin que sea dado hacer de ellas ningun uso. Confirma el decreto de Clemente XI, y probibe interpretarlo diferentemente de lo que él lo hace; esto quiere decir que todas las ceremonias indicadas deben ser consideradas, sin escepcion, como idolátricas y por consiguiente ilícitas en todos los casos posibles. Fulmina severas censuras contra los misioneros que se atrevan á faltar á lo ordenado; dispone que se envien á Europa á los que rehusen someterse á lo dispuesto, á fin de que sean castigados por su desobediencia por el mismo Papa; encarece á los jefes de los institutos religiosos que vigilen la estricta ejecucion de aquel acuerdo respecto á sus subordinados, reservándose proceder contra ellos, si se niegan á obedecer y declarándoles privados por aquel solo hecho de enviar jamás ninguno de sus subordinados á aquellas misiones, y por último prescribe una nueva fórmula de juramento para cada misionero. Esta bula *Ex quo singulari* datada el 11 de julio del año 1742, fué enviada inmediatamente á las misiones. En dos cartas fechadas en el mes de enero de los años 1743 y siguiente, el obispo de Peking hizo á Benedicto XIV algunas observaciones respeto á la cuestion de las ceremonias; pero aquel Pontífice, por un breve del 19 de diciembre del año 1744, quitó todos los pretestos con que podia escudarse la oposicion á las constituciones apostólicas; demostró que las razones de conveniencia, alegadas contra la oportunidad de aquellas decisiones, no eran suficientes, cuando se trataba de prácticas evidentemente idolátricas; é hizo ver que los decretos, cuya necesidad y conveniencia establecia á la vez, no podian perjudicar tanto como se pretendia, la propagacion de la fé en la China. La marcha seguida por Benedicto XIV en la citada bula, constituye la regla invariable y uniforme, sobre la cual todos los misioneros deben basar al presente su conducta y que juran solemnemente observar; aquel mismo Papa la adoptó en un decreto del 16 de noviembre del año de 1744 que tuvo por especial objeto poner término á las perturbaciones que la visita del obispo de Halicarnaso no habia podido disipar en Cochinchina. Benedicto XIV deplora en él las divisiones que se habian introducido entre los misioneros de las diferentes órdenes; recuerda el nombramiento de un visitador apostólico por Clemente XII, trascribe por completo el mandamiento de La-Baume, hace mencion de los varios recursos de apelacion hechos con este

motivo á la Santa Sede por los franciscanos, principalmente interesados en el asunto de la jurisdiccion; reconoce el derecho que asiste á estos religiosos á pesar de las pretensiones de la Congregacion de las Misiones Estrangeras, y declara revestir de los poderes relativos á la ejecucion de su reglamento al dominico Costa, obispo de Gorice, vicario apostólico de Tongking oriental, á quien confiere el título de vice-legado. Los sacerdotes de la Congregacion de las Misiones Estrangeras se sometieron al decreto del Pontífice, de modo que desaparecieron las divisiones intestinas; pero en cambio no cesaron los ataques esteriores de los infieles contra la mision.

Gobernábala el Ilmo. Lefevre, obispo de Neolena, cuando los temores que inspiraba la conducta de los europeos en la India y una falta cometida en Cochinchina por unos mercaderes franceses, provocaron la tempestad. El vicario apostólico y los SS. Azemar y Rivoal, considerados como responsables de los actos de sus compatriotas, fueron arrestados, y solo á fuerza de dinero pudieron obtener su libertad. Pero habiendo coincidido la llegada de las cartas dirigidas de Macao á los misioneros, con el descubrimiento de un complot tramado por algunos chinos domiciliados en Cochinchina, fueron detenidas y examinadas aquellas, y si bien su contenido justificó la inocencia de los predicadores del Evangelio, se decidió que estos no eran necesarios ni útiles al reino. En consecuencia, por un edicto del 24 de abril del año 1750 se prescribió el cristianismo y desterró á todos sus apóstoles. Estos eran en número de veinte y nueve, á saber: el obispo de Neolena, vicario apostólico, y el Ilmo. Bennetat, su coadjutor y sucesor designado, consagrado en el año 1748 obispo de Eucarpia, ambos del seminario de la Misiones Estrangeras; otros siete misioneros del mismo seminario; dos de la sagrada Congregacion de la Propagacion de la fé; nueve de la órden de S. Francisco y nueve de la Compañía de Jesus. El P. Kofler, jesuita aleman, que residia en la córte en calidad de médico, no fué arrestado como sus compañeros. Como el ejercicio público de la religion era tolerado hacia muchos años, eran conocidas la morada é iglesias de los misioneros, así es que se apoderaron de ellos facilmente. Un soldado cojia al sacerdote por los cabellos, lo derribaba y lo arrastraba por el suelo, luego le ataban las manos con cuerdas en forma de cruz y se las sujetaban por detrás ó por delante. A varios les agarrotaron los brazos con tal fuerza, sobre el pecho, que con dificultad podian respirar. Despues de haberlos atado de aquel modo, les ponian la canga de cuyo enorme peso no quedaban libres ni de noche ni de dia. El obispo de Eucarpia, por espacio de diez y ocho dias permaneció tendido en el suelo bajo la presion de la que le pusieron. Otro tanto hicieron durante algunos dias con varios sacerdotes entre ellos el P. Laureyzo, jesuita portugués. Al propio tiempo que se prendió á los misioneros, se demolieron enteramente unas dos cientas iglesias, de las cuales mas de cincuenta eran hermosas y grandes para el pais. En la córte, la proteccion del hermano del rey, salvó la del obispo de Neolena, y los jesuitas Monleyzo y Kofler hallaron medio de garantizar las suyas de la general destruccion. Un gran número de cristianos se dirigieron de las provincias á la capital, para hacer revocar el edicto de destierro y tentaron, ofreciendo sumas considerables, la codicia del rey; pero no habiendo logrado su propósito, no les quedó otro consuelo qne acompañar á sus padres en la fé hasta el lugar en que debian embarcarse. Despues de haber atravesado las poblaciones, donde los fieles acudian para llorar en compañía de los desterrados y ofrecerles algunos alimentos, los soldados de la escolta les tomaban lo que les daban y aun les hacian cargos y amenazaban porque no exijian que les diesen mas. Durante el camino atormentaron al P. Hoppe, jesuita aleman, para obligarle á dar lo que no tenia, ó para decidir á los cristianos, testigos de aquella prueba, á abreviarla con un sacrificio de su parte. Exijian que los confesores desprovistos de todos



los recursos, buscasen los medios para pagar el alquiler de las cárceles, las sogas y cadenas con que iban aherrojados y el trasporte de sus muebles confiscados, porque en Cochinchina los presos están obligados á atender al gasto que hacen. Esto motivaba que los cautivos de Jesucristo, carecian de los alimentos necesarios y se hallaban postrados por el hambre y la fatiga. Fray Miguel de Salamanca, franciscano español, sucumbiendo á tanta miseria, murió el dia 14 de julio en Hay-Fo. cerca del gran puerto. La última despedida recordó la que se hicieron S. Pablo y los cristianos de Efeso; de modo que hasta los mismos soldados se conmovieron en presencia de aquel tierno espectáculo. Viendo que declinaba el dia, apresuraron la marcha é hicieron entrar á los confesores en unas lanchas que debian conducirles á la nave que les aguardaba en alta mar. Los cristianos acompañaron con la vista á sus padres desterrados hasta que las sombras de la noche les envolvieron enteramente. El obispo de Neolena se retiró á Macao, desde donde pasó algunos años despues al Camboge; muriendo en aquel pais en el año 1760. Pero el obispo de Eucarpia volvió á entrar en Cochinchina en el año 1752 con algunos presentes que Dupleix, gobernador de Pondichery, enviaba al rey. Una nueva tempestad habiéndole alejado de aquel pais al año siguiente, se dirigió á Roma, de donde volvia con el título de coadjutor para el Tong-king oriental, cuando la muerte le sorprendió en el camino. El Ilmo. Piguel, nombrado vicario apostólico de Cochinchina y obispo de Canathe, consagrado en Siam por el obispo de Tabraca el 9 de diciembre del año 1764, tuvo el consuelo de ver al siguiente año minorar la persecucion de los cristianos, con motivo de haber subido al trono un rey jóven, quien mandó que fuesen puestos en libertad los confesores condenados á cuidar de los elefantes; pero el mandarin encargado de la ejecucion del decreto, habiendo querido imponer á los cautivos algunas condiciones onerosas para la cristiandad, rehusaron animosamente suscribir á ellas. La visita pastoral del obispo de Canathe consoló y afirmó en la fé á muchos cristianos cuyo afan de rodear al prelado, dió por poco un nuevo pretexto de persecucion, de modo que el vicario apostólico se retiró al Camboge donde su presencia debia ser menos notada. En el año 1767 designó por superior del colegio de Hondat á Pigneaux de Behaine, quien, como dijimos antes, se vió obligado á trasladar su colegio general de las Misiones á Pondichery, y que en el año 1770, fué nombrado por el papa obispo de Adran y coadjutor de Cochinchina. Habiendo fallecido el obispo de Canathe en el año 1771, el Ilmo. Behaine, que fué entonces vicario apostólico, se trasladó en el año 1774 á Macao y desde allí paso á su vicariato.

CAPITULO XXIV.

Apostolado de los sacerdotes de la congregacion de las Misiones Estrangeras, de los Dominicos y de los jesuitas en el Tong-king.

El Tong-king, situado entre la Cochinchina y la China, fué compartido entre los Ilmos. Bourges, obispo de Auren, que administraba la parte occidental, y Deydier, obispo de Ascalon, que gobernaba la parte oriental. Cuando murió este último en 1.º de julio del año 1693, nombró el Papa para sucederle á un dominico español, y confió las comuniones cristianas que habia al oriente del gran rio á los religiosos de la misma órden y de la propia nacion; siendo dirigidas las que se encontraban en el occidente por la congregacion de las Misiones Estrangeras. Los jesuitas, fundadores de la mision, continuaron ejerciendo su celo en los dos vicariatos.

Los PP. Le Roger y Paregaud, jesuitas franceses, llegaron el dia 22 de junio del año 1692 al Tong-king, del que recorrieron casi todas las provincias, bautizando muchos infieles, y administrando los sacramentos á un gran número de cristianos, en cuyo reino se contaban ya á la sazon mas de dos cientos mil. El P. Paregaud, dotado de un ardor infatigable y de un deseo de mortificacion estrema, murió á 5 de

junio del año 1695; siendo Le Roger desde entonces el único jesuita francés que quedó en el Tong-king. Despues de la muerte del P. Fereira, fué nombrado superior por los religiosos portugueses de su órden.

« En el mes de agosto del año 1696, escribia el propio religioso, dió el rey un edicto por el cual prohibia á sus súbditos abrazar la religion de los portugueses (nombre que se dá en el Tong-king á la religion cristiana), mandando al propio tiempo á los que la profesaban que se abstuviesen de reunirse para orar, y de llevar imágenes ni medallas. Asi mismo quiso que fuesen los estranjeros detenidos do quiera que se les hallase; siendo el gefe de nuestros catequistas uno de los primeros en verse encarcelado. Los PP. Vidal y Sequeira, de nuestra Compañía, á los que habia autorizado el rey poco antes para permanecer en el Tong-king, recibieron tambien la órden de salir inmediatamente del reino; siendo hasta cierto punto tratados aun con mas rigor que los demás, puesto que se obligó á Sequeira á partir estando enfermo. Pero no tardó Dios en recompensar dignamente á este misionero, puesto que dejó de existir á los dos ó tres dias en el mismo buque á que se le trasladó moribundo, terminando así la gloriosa carrera de su apostolado. El gobernador de la provincia de Ghean, en la que habia muchos cristianos, recibió, como los demás, la órden de publicar aquel edicto; pero hizo presente al monarca que nunca, desde que conocia á los cristianos, habia notado en ellos cosa alguna que fuese contraria ni á las leyes del pais ni á su servicio. El rey le contestó que no podia revocar el edicto que habia dado; pero que dejaba á cargo de los gobernadores el hacer lo que mas conviniese en bien del Estado, segun las circunstancias particulares de las provincias que les estaban confiadas. He aquí porque no tuvo esta persecucion las consecuencias funestas que en un principio se temian.» El Ilmo. Bourges, obispo de Auren, pidió por coadjutor á Belot, al que consagró en el año 1702 bajo el título de obispo de Basilea. El 19 de octubre del año 1705, presentó un apóstata al rey una instancia contra los obispos y los misioneros; pero por medio de algun dinero, se logró quedase terminado aquel asunto, sobre el que recayó una sentencia favorable el dia 8 de setiembre del año 1706.

La madre del rey, idólatra fanática, indujo á su hijo á que diese un nuevo edicto de proscripcion en 10 de marzo de 1712. « Dió aquel edicto por resultado, dice Le Roger, la salida de los obispos de Auren y Basilea, y la de Guisain, sacerdote de su congregacion, que llegó al Tong-king conmigo, los cuales permanecian aquí públicamente en calidad de factores de la compañía comercial de Francia. Apesar de saberse que eran gefes de los cristianos, nunca se habia hecho mencion de ellos en los edictos precedentes; pero en el presente fueron designados por sus nombres, y se mandó al gobernador que les hiciese salir del reino, sin permitirles regresar nunca á él. En vano se interesaron por ellos todos los hombres mas influyentes del pais; fué inmediatamente cumplida aquella órden injusta y terrible, sin que se tuviese ninguna consideracion á la ancianidad y los achaques del obispo de Auren, cuyo prelado contaba á la sazon mas de ochenta años. Comunmente se creyó que habia procurado con tanto empeño el gobernador dar cumplimiento á la órden recibida, por no verse obligado á satisfacer á los obispos la cantidad de dos cientos *taels*, (pesos) que les pidió prestados algunos meses antes.» Los dos prelados y Guisain, se embarcaron para Siam; pero apenas estaban en alta mar, les alcanzó un buque enviado por una religiosa *Amante de la Cruz* al obispo de Basilea y á Guisain, los cuales regresaron secretamente al Tong-king, cuya mision continuaron sosteniendo. El obispo de Auren murió en Siam el 9 de agosto del año 1714, á la edad de ochenta y tres años; tambien el de Basilea murió tres años despues; siendo Guisain nombrado vicario apostólico en el año 1718, y consagrado obispo de Laranda en el de 1721. « Como el último edicto, añade Le Roger, no nom-

braba al igual de los anteriores, la ley cristiana, *ley de Dios*, sino que era prohibida bajo el nombre de *ley Hoolang*, esto es, ley portuguesa, los mandarines consideraron aquellas dos leyes como distintas, cuantas veces quisieron favorecer á algun cristiano; he aquí un ejemplo de ello. Habiendo reunido una señora muy rica del pais á mas de doscientos cristianos para acompañar el cuerpo de su difunta madre al cementerio, fué acusada de profesar la ley *Hoolang*, prohibida por el rey; al verse aquella señora citada ante el tribunal, contestó que solo seguia la ley del Dios del cielo. El gobernador no solo se dió por satisfecho, sino que hasta hizo apalear al acusador, por no haber probado que siguiese la acusada, la ley *Hoolang*. Sin embargo, la mayor parte de los ministros paganos no admitian aquella distincion, sino que la consideraban un efugio para eludir el cumplimiento del último edicto.»

La persecucion contra la iglesia del Tong-king, escitada por la real órden del año 1712, duraba aun algunos años despues, cuando el P. Eleuterio Guelda, dominico español y misionero apostólico en el Tong-king, escribia al P. Tomás Miguel, religioso de la propia órden, la carta siguiente, fechada á 15 de julio del año 1715.

«Los PP. Pedro Bono, Sales y Bel están en Cagayan; los PP. Gil y Laberias en Pangasinan; el hermano Cosme se vé obligado á permanecer en una alquería. El P. Joaquin Royo y yo hemos sido destinados, él á China, y yo al Tong-king, que es el reino mas lejano; partimos ambos de Manila á principios de la cuaresma; tuvimos á los pocos dias de nuestro embarque una tempestad tan terrible, que nos creíamos ya irremisiblemente perdidos. El P. Joaquin se quedó en China, cuyo imperio atravesé yo con inminente peligro, por no permitirse la entrada ni la permanencia en él á ninguno de los religiosos de Santo Domingo; pero merced á la proteccion divina, pude sin percance continuar mi viage. El dia del Corpus llegué con mi compañero al reino de Tong-king, en el que nos embarcamos, siendo nuestra navegacion asaz larga por habernos sido el viento contrario; por dos distintas veces nos vimos en peligro de perder la vida en manos de los malhechores, que no contentos con robar á los pasageros, les dan despues la muerte. Pasamos un brazo de mar muy estrecho entre dos montañas, sufriendo mucho durante aquella travesía; obligado á ocultarme de dia en el fondo de una embarcacion pequeña, aguardaba la noche con la mayor impaciencia para poder respirar libremente. Por último, llegaron á faltarnos los víveres, pero la caridad de los cristianos acudió en nuestro ausilio; tan pronto como supieron los fieles que habia dos misioneros en el buque que imploraban su socorro, acudieron á él en tropel hombres, mugeres y niños, que de rodillas nos pedian la bendicion, rosarios y medallas. Su devocion profunda me hizo derramar lágrimas de ternura; todos nos ofrecieron algun presente, que consistia en provisiones ó dinero. El dia del triunfo de la Santa Cruz salté en tierra, entrada ya la noche, y se me condujo por caminos asperísimos, en los que no habia mas que espinos y zarzales; un hombre descalzo y cubierto de harapos se me presentó antes de llegar al punto á que nos dirijíamos: era el P. provincial de nuestra órden. Vénse obligados los misioneros á vestir de aquel modo por no ser descubiertos.

«Hace dos años que pesa la persecucion sobre esta iglesia, por haber mandado el rey á todos los cristianos que renunciasen á la fé de Jesucristo, que entregasen á las llamas las iglesias y todo cuanto perteneciese al culto católico, sino querian ser castigados con toda severidad, condenados á prision perpétua, azotados á martillazos, y marcados en la frente como los esclavos. Y á fin de que fuese aquel edicto mas fácilmente cumplido, se ofreció la suma de cincuenta piastras al que delatase á un cristiano, y una cantidad mayor si era este un misionero. Terminado el plazo de un mes que se daba para llevar á cumplimiento aquel edicto, la persecucion fué terrible; varios de nuestros misioneros se ocultaron en las casas

de las hermanas terciarias de Santo Domingo, que vivian en comunidad y con todo el fervor y regularidad que podia observarse en los conventos de Europa. Pasan aquellas hermanas cada noche en el coro mas de hora y media, vuelven cada mañana á él cosa de una hora, y consagran al trabajo el resto del dia.

« Lejos de disminuir la persecucion iba siempre en aumento, llegando al fin a ser tan cruel, que nadie se atrevia á admitir en su casa á los misioneros; solo aquellas piadosas hermanas continuaron recibiéndoles, despreciando todos los peligros: muchas de ellas fueron terriblemente perseguidas y encarceladas por defender cada dia con nuevo ardor la ley de Jesucristo. Ciento treinta iglesias de nuestra órden fueron incendiadas, así como tambien pueblos enteros, habitados por los cristianos; un gran número de hombres y mugeres fueron reducidos á prision, y muchos de ellos atormentados cruelmente á presencia del rey. Se procedió al arresto de un obispo, contra el que se dió á los pocos dias una órden de destierro; tambien fué estrañado del reino uno de nuestros religiosos, despues de habérsele hecho sufrir diferentes tormentos.

Aun continúa el edicto fijado en las puertas del real palacio; sin embargo, no es la persecucion tan viva como lo fué en un principio, por haber descargado Dios sobre este reino el peso de su brazo. Fué tanta la miseria que hubo el año último, que murieron de hambre en su trascurso mas de un millon de personas. Hay además al presente enfermedades contagiosas, que no creo cesen hasta que haya sido revocado aquel injusto edicto. Parece que Dios ha querido darlo á conocer, valiéndose al efecto de una muger idólatra, que dijo públicamente en el palacio real, que todas las calamidades que esperimentaba el reino eran debidas á la persecucion suscitada contra los cristianos. Hubo tambien un jóven tongkinés que predicó durante la persecucion con el celo de un apóstol; examinado aquel jóven por el P. Juan de Santa Cruz, vicario apostólico, declaró este haber hallado en él un talento elevado y una compuncion poco comun. Aunque con menos violencia, continúa aun la tormenta contra los cristianos; han sido presos treinta y cinco de ellos últimamente, y casi no pasa dia en que no se proceda al arresto de alguno; lo que nos obliga á estar tan ocultos, que apenas nos atrevemos á salir de dia; solo lo hacemos de noche para procurar á los cristianos los ausilios espirituales, y aun adoptando grandes precauciones.

« Con todo, nunca ha estado esta iglesia tan floreciente respecto al número y fervor de sus miembros, como lo está hoy, no obstante la persecucion en que continúa viéndose envuelta. Somos seis religiosos, cada uno de los cuales tiene al menos bajo su direccion quince mil almas.

« Numerosos son los gentiles que se convierten al ver los contínuos azotes de que es víctima el pais, atribuidos á un castigo del cielo; es imposible que sin la proteccion de Dios, pudiésemos resistir el mucho trabajo á que tenemos que dar cima. Muchos son los dias y noches, casi seguidos, que pasan los misioneros entre el confesonario, el púlpito ó bautizando á los idólatras convertidos. Es tan grande su fervor que nos recuerda á cada paso el de los cristianos de la primitiva iglesia; lavan la mas leve de sus faltas con torrentes de lágrimas; hasta los niños de doce años se confiesan con visibles muestras de arrepentimiento, sin arredrarles el tener que hacer á veces cuatro ó cinco dias de camino para encontrar un misionero. Cuantas veces nos presentamos á la mas insignificante de sus aldeas, se nos recibe como enviados del cielo, siendo tan inagotable la caridad que ejercen con nosotros, que no nos falta cosa alguna mientras permanecemos entre ellos; gustosos se privarian todos los fieles del pan que les es necesario para procurárnosle á nosotros. Hasta las niñas de diez á doce años se ponen de acuerdo entre sí para hacer cada una de ellas un regalo al misionero cuando vaya á su aldea; no hay casi ningun indigena que visite al ministro de Jesucristo sin que le traiga alguna cosa; habien-

do algunos de ellos que gustosos le darian todo cuanto poseen para que les encomiende á Dios; nadie, sin haberlo visto, puede formarse idea de su generoso desprendimiento.

« Mucho mas podria decir acerca de esta mision, pero me abstengo de ello por advertírseme en este mismo instante que debo ir á ocultarme en otra casa; solo tengo tiempo para afirmar que es la mision del mundo en que podria producirse mas fruto. »

Asi que cesó un tanto la persecucion, fueron numerosas las ovejas descarriadas que entraron en el redil de Jesucristo; pronto empero volvió á encrudecer aquella contra los fieles, merced á la apostasía de una cristiana de Kesat, que volvió á soplar el fuego de ella, presentando al efecto una instancia al *tchoua* Para indicar la significacion de esta última palabra, debemos advertir que durante el curso del siglo XVIII, los reinos del Tong-king y Cochinchina que pertenecian á la antigua familia de los Le, formaron dos estados distintos, gobernados uno y otro por un tchoua, ó regente perpétuo, que solo dejaba al rey nominal una sombra de soberanía sin poder y sin fuerza. La Cochinchina, sobre todo, en la que no moraba nunca el monarca, puede decirse que era para él poco menos que un reino estranjero; en este estado los *trinh*, regentes del Tong-king, y los *nguyen*, que ejercian la misma autoridad en Cochinchina, no cesaron de hacerse entre sí una guerra casi contínua como si hubiesen sido soberanos independientes. Aquella conducta y poderío de dos familias rivales, y sobre todo el estado de inaccion en que el rey se hallaba, ponian enteramente en manos de los regentes las riendas del gobierno; hé aquí porque los misioneros y los historiadores les dieron constantemente el título de rey, mientras que apenas se hacia mencion del verdadero soberano ni aun en los hechos históricos mas importantes de sus estados. El tchoua del Tong-king, deseoso de obrar contra la comunion cristiana de Kesat, en vista de la instancia que se le presentaba, envió á aquella poblacion algunos soldados que saquearon las iglesias de los jesuitas y de los dominicos. Otra denuncia dirigida contra la cristiandad de Koumay, á cuyo frente se hallaba el jesuita Francisco de Chaves, produjo tambien las mismas violencias; finalmente, el tchoua, generalizando la persecucion, dió un nuevo edicto proscribiendo el cristianismo en todo el reino. Ni el arresto, ni los tormentos que sufrieron varios cristianos indígenas bastaron á apaciguar su cólera; solo pareció satisfecho al saber que habian sido detenidos en las fronteras de China los PP. Francisco Buccharelli y Juan Bautista Messari, ambos italianos, los cuales fueron conducidos á la córte cargados de cadenas. Atacados ambos de una enfermedad violenta, sucumbió el P. Massari el dia 15 de junio del año 1723; siendo enterrado á los tres dias con los mismos grillos que le fueron puestos en el momento de su arresto. El P. Buccharelli fué asistido por uno de los médicos mas famosos de la córte, á fin de que una muerte natural no privase á los chinos del bárbaro placer de verle morir en el suplicio á que estaba condenado, junto con diferentes neófitos. Al leerse á los confesores su sentencia, mostraron todos ellos la mas viva alegría; acudiendo luego á la cárcel todos los cristianos para recibir la bendicion de los confesores. El dia 11 de octubre fueron conducidos los cautivos á la plaza pública, y se les volvió á leer su sentencia frente al palacio del tchoua; al terminar la lectura, inclinó Buccharelli con modestia la cabeza, y dijo con aire satisfecho: «Bendito sea Dios.» Luego fueron conducidos al lugar del suplicio, distante como una hora de la ciudad, santificando los neófitos con sus cantos piadosos, interrumpidos de vez en cuando por las amonestaciones del apóstol Buccharelli que les precedia, á muchos de los espectadores. Despues de haberse arrodillado varias veces, y besado respetuosamente la tierra que iba á regar con su sangre, fué atado Buccharelli por sus verdugos al poste, en cuyo instante empezaron á revolotear sobre la cabeza del mártir numerosas aves blancas,

desconocidas en el pais, formándole con sus alas una inmortal corona. Fué el P. Bucchazelli el primero en ser decapitado; tenia á la sazon treinta y siete años, de los que habia pasado veinte y dos en la Compañía de Jesus: Pedro Frieu, Ambrosio Dao, Manuel Dien, Felipe Mi, Lucas Thu, Lucas Mai, Tadeo Tho, Pablo Noi y Francisco Kam, murieron tambien aquel dia al igual que su padre en Jesucristo. Los demás cristianos, en número de ciento cincuenta y tres, condenados á cuidar los elefantes, recobraron al ver correr la sangre de los mártires nuevo aliento para dedicarse al cargo humillante y penoso á que se les obligaba en ódio á su fé.

Por difícil que fuese acceder á los deseos de los fieles del Tong-king, que pedian incesantemente nuevos misioneros, se trató, no obstante, de acudir en su ausilio. Seis fueron los jesuitas que se embarcaron en Macao el 10 de marzo del año 1736, á saber: los PP. Juan Gaspar Crats, Bartolomé Alvarez, Manuel de Abreu, Vicente Da Cunha, Cristóbal de Sampayo y Manuel Carvalho, aleman el primero, y portugueses los demás. Habia nacido Crats en Duren, ciudad del ducado de Juliers, situada entre Colonia y Aquisgran; terminados sus estudios, recorrió varias naciones de Europa, y sirvió á la república de Holanda, desempeñando un empleo importante en Batavia. Por mas que se encontrase Crats en un pais hereje, observó constantemente todas las prácticas del cristianismo; por último, dimitió su empleo y se retiró á Macao. Algun tiempo despues de permanecer en esta última ciudad, resolvió consagrarse enteramente á Dios, suplicando á los superiores del colegio de los jesuitas que le recibiesen en su noviciado; y despues de haber dado pruebas de una vocacion decidida, fué admitido en la Compañía en 27 de octubre del año 1730, á la edad de treinta y dos años. Luego de habérsele ordenado de sacerdote, pidió á sus superiores que le enviasen á la mision del Tong-king, logrando al fin ver realizados sus deseos. Alvarez nació en Parameo, cerca de Braganza; entró en el noviciado de Coimbra á los diez y siete años, el dia 30 de agosto del año 1723; de Abreu, habia sido admitido tambien en el noviciado á los diez y seis años, y Da Cunha á los diez y ocho en Lisboa. Deseosos los tres de dedicarse á la vida apostólica, solicitaron con igual ardor ser admitidos en la Compañía de Jesus y destinados á Oriente, á fin de poder evangelizarle con la palabra santa y la práctica de las virtudes cristianas. Vióse obligado el Padre Sampayo á detenerse en Lo-feou de resultas de una grave enfermedad, quedándose para cuidarle el P. Carvalho, entrando ambos mas tarde en el reino del Tong-king; los demás misioneros que continuaron su camino junto con Marcos y Vicente, catequistas tongkineses, fueron presos en Batxa el 12 de abril del año 1736, junto con el barquero que les habia conducido. Al llegar los presos á la córte, se les condujo á una sala interior del palacio, en la que estaba el rey oculto detrás de una cortina, á fin de poderles ver sin ser visto, y oir el modo con que contestarian á las preguntas que debia dirigirles un eunuco del palacio. Mandóseles pisar un crucifijo; pero lejos de obedecer, contestaron los misioneros estremecidos, que sufririan todos los tormentos y hasta la misma muerte antes que cometer semejante impiedad. Lejos pues de obedecer, se postraron ante el signo de la redencion, y despues de presentárselo unos á otros para besarlo respetuosamente, se lo colocaban sobre su cabeza, lo que es entre los tongkineses una señal de veneracion profunda. Solo el barquero apostató, sin que tardase no obstante en arrepentirse de ello, en vista de los insultos que le dirigian los eunucos. «El que tiene valor, le decian, para pisar al que hace un momento veneraba como un Dios, no puede ser mas que un cobarde, un malvado.» Habiendo pasado la causa formada á los misioneros al tribunal de los letrados, fueron condenados aquellos por su constancia á sufrir el martilleo, cuyo suplicio consistia en descargar los verdugos con toda su fuerza varios martillazos sobre las rodillas de los cristia-

nos. Viendo uno de los jueces que era la constancia de Vicente y de Márcos superior á aquel tormento horrible, declaró considerar inútil la prolongacion del suplicio; debilitado Vicente por los tormentos, terminó santamente su vida el dia 30 de junio en la cárcel llamada Nque-Dom, esto es, *Infierno del Este*, calabozo oscuro y húmedo, en el que solo se encerraba á los criminales que habian de ser condenados á la última pena. Habiendo confirmado el tribunal de los crímenes la sentencia de muerte pronunciada contra los confesores, pasó un secretario de aquel tribunal á la cárcel el dia 7 de enero del año 1737, para asegurarse de la identidad de sus personas, costumbre observada en el Tong-king con todos los condenados á muerte. Despues de haberles mirado un buen rato á todos sin proferir palabra alguna, para mejor grabar sus facciones en su memoria, indicó á los mártires no estar lejano el momento que tanto ansiaban. Tres dias despues, fué un catequista, llamado Benito, á arrojarse á los piés de los confesores, diciéndoles: «¿Qué recompensa vais á darme por la feliz nueva que os traigo? El 12 de este mes será probablemente el dia de vuestro triunfo, puesto que saldreis de la cárcel para ir á dar un brillante testimonio de las verdades de la fé.» Pronto se vió reflejar en el semblante de los misioneros la alegría que les causaron semejantes palabras; despues de haber pasado algunos instantes en piadoso recogimiento, levantaron sus ojos y manos al cielo, para dar gracias á la misericordia divina por el favor señalado que les dispensaba. Desde entonces se permitió á los fieles visitarles libremente, por lo que se vió el calabozo atestado de cristianos de uno y otro sexo, que no cesaban de abrazar las rodillas de los confesores y besar sus cadenas. El dia designado, ó sea el 12 de junio, entraron los soldados en la cárcel sable en mano, obligaron á los cristianos á retirarse, ataron los brazos de los misioneros, y se les condujo con el catequista Márcos á las puertas del palacio, distante como una legua de la poblacion. Cuando llegaron frente al palacio, se les permitió descansar un rato, á fin de que pudiesen andar despues mas facilmente el trecho que aun les faltaba que recorrer para llegar al lugar del suplicio. Entonces un secretario del tribunal dió á leer á los confesores la sentencia, escrita en lengua tongkinesa, y como solo se impusiese en ella la pena de destierro al catequista Márcos, hizo este presente, aunque en vano, que si los cuatro confesores merecian la muerte por haber ido á predicar la ley cristiana en el reino, con mas razon debia merecerla él por haberles procurado la entrada en el mismo. Admirado el mandarin que debia presidir la ejecucion, del placer que revelaba el semblante del P. Da Cunha, le hizo preguntar si sabia á donde iba á conducírsele; á lo que contestó el animoso mártir que no ignoraba se le conducia al suplicio por ódio á la fé que habia predicado en el Tong-king; pero que al propio tiempo sabia tambien que, al morir por tan santa causa, iba á volar su alma al cielo, donde gozaria de una dicha eterna. Recibió el mandarin su noble respuesta con profundo desprecio. «Ese estranjero es loco, dijo, y cree que va á conducírsele á Macao.» Al llegar á la mitad del camino, envió algunos rés, ó monedas de cobre, á los confesores, para que tomasen alguna cosa, pero no quisieron admitirlos, aceptando tan solo algunas frutas de mano de los cristianos, las cuales, casi sin probarlas, entregaron luego á sus verdugos. Temiendo los mandarines que seria ya de noche al llegar al lugar del suplicio, mandaron adelantar el paso, cuya órden procuraron cumplir los atletas de Jesucristo á pesar de la debilidad que apenas les permitia tenerse de pié; pero como no fuese su marcha tan rápida como deseaban los mandarines, obligábanles á andar los soldados con la punta de sus lanzas. Rendidos de fatiga llegaron los misioneros al lugar de la ejecucion, en el que cayeron de rodillas para implorar del cielo la fuerza de que necesitaban en aquel momento supremo; permaneciendo en aquella actitud todo el tiempo que emplearon los verdugos

en hacer los aprestos necesarios para la ejecucion. Acercáronse luego los misioneros á los postes que les estaban destinados, y que besaron con respeto despues de haber hecho la señal de la cruz, entregándose luego con resignacion á sus verdugos. Los soldados, sable en mano, estaban aguardando la señal del mandarin, la cual apenas fué hecha, descargaron á la vez el golpe fatal contra los confesores; los PP. Alvarez y Crats fueron decapitados de un solo golpe; no sucediendo lo propio con los PP. de Abreu y Da Cunha, quienes tuvieron que sufrir varios golpes. Despues de haberse retirado los mandarines, besaron los cristianos la tierra regada con la sangre de los mártires, cuyos venerables restos conservaron cuidadosamente hasta que se les presentó ocasion para enviarlos á los jesuitas de Macao.

Creemos deber continuar aquí la relacion de los hechos de dos religiosos dominicos, que como los cuatro jesuitas anteriores, fueron confesores de la fé.

Francisco Gil, hijo de D. Antonio y de D.ª Inés Sanz, nació en Tortosa el año 1702; y entró á los quince años en el convento de dominicos de la ciudad de Barcelona. Aun no habia cumplido Gil los veinte y dos años, pidió ya humildemente ser destinado á las Indias Orientales; si bien sus superiores creyeron no deber concedérselo hasta que hubiese dado repetidas pruebas de persistir en su generosa resolucion. Terminados sus cursos teológicos, fué nombrado catedrático de la propia facultad; hallándose de maestro de novicios en el propio convento de Barcelona, cuando al fin se le permitió seguir su vocacion, junto con otros veinte y tres religiosos de la propia órden, destinados á las misiones de Oriente. Llegó el P. Gil á Manila en el mes de noviembre de 1730, siendo enviado á la provincia de Pampamga ó Pangamina, en la que poseyó á los pocos meses la lengua del pais, ejerciendo con celo durante dos años todas las funciones del apostolado. Luego fué nombrado secretario de la provincia del Santo Rosario, y consultor del provincial, en cuyo último destino reveló Gil toda la profundidad de su talento; pero como unia á este una humildad sin límites, no paró hasta poder dedicarse enteramente á la salvacion de las almas. Algun tiempo despues se embarcó para el Tong-king, á cuyo reino llegó el dia de San Agustin, ó sea el 28 de agosto de 1735. Todos los superiores de las diferentes órdenes religiosas, accediendo á los deseos de la Santa Sede, hacian dirigir de vez en cuando á aquel reino los ministros del Evangelio de que podian disponer; los dominicos enviados á él habian logrado conquistar ya un gran pueblo para el reino de Jesucristo. Cuando el P. Gil llegó al Tong-king, reinaba aun la persecucion, de que hemos trazado ya algunos sangrientos episodios.

Ocupado en cultivar unas cuarenta comuniones cristianas, fundadas por los dominicos en la parte meridional de aquel reino, pasaba Gil casi todas las horas del dia en oracion ó estudiando la lengua del pais; y la mayor parte de las noches en instruir á los fieles. El fervor de los cristianos que vivian en el arrabal de Luc-Thuy y en algunas aldeas inmediatas, le obligó á fijar su residencia en él, á fin de alentarles mejor á seguir en el buen camino que habian emprendido.

Vivia á algunas jornadas de Luc-Thuy el bonzo Thay-Tinh, cuya avaricia y supersticion le hacian enemigo implacable de los cristianos; al ver que el número de los fieles iba siempre en aumento, y que era el culto de los falsos dioses cada vez mas descuidado, su cólera no reconocia límites. Menos aun por levantar la idolatría de la postracion en que se hallaba, que por procurarse las rentas de que empezaba á verse privado desde que veia florecer el cristianismo, juró lograr su estincion. Como las leyes del reino le autorizaban para prender á los predicadores de la fé y hacerles comparecer ante los tribunales, resolvió perseguir sin descanso á los dominicos. Así pues, informado de la poblacion y la casa en que vivia el P. Gil, reunió un gran número de

idólatras, y se dirigió con ellos al arrabal de Luc-Thuy, donde llegó en la noche del 3 de agosto de 1737. Mientras que al amanecer del siguiente dia estaba el ministro de Jesucristo celebrando la misa, hizo Thay-Tinh cercar la capilla, disponiendo su tropa de modo que no pudiese escapársele el misionero. Al anunciarle los cristianos el peligro que le amenazaba, lejos de mostrar turbacion alguna, fué el generoso misionero á abrir de par en par las puertas del templo, y poniendo toda su confianza en Dios, se entregó á sus enemigos, que le ataron estrechamente, para trasladarle desde luego á un barco que al efecto tenian ya dispuesto á corta distancia.

Como quisiesen los infieles llevarse tambien dos mugeres y un hombre por creerles dueños de la casa en que habia la capilla, manifestó el P. Gil que no habian faltado en lo mas mínimo á las leyes del pais, puesto que no le habian hospedado, y pidió con tanta instancia su libertad, que el sacerdote de los ídolos al fin consintió en soltarles. Habiendo preguntado Thay-Tinh al misionero si le causaba miedo el verse solo entre los soldados: «No, le contestó el intrépido confesor de Jesucristo, nada temo; porque es bastante poderoso el Dios que venero para arrancarme de vuestras manos, si tal es su voluntad; y si ha dispuesto que lo glorifique con mis sufrimientos y mi muerte, gustoso le sacrificaré mi vida. Mejor temeria que fuese mi detencion perjudicial á los fieles que la Providencia ha puesto bajo mi cuidado, si no sabia que el Señor nunca abandona á los que confian en él.

Los cristianos de Luc-Thuy, que solo á instancias del misionero, habian dejado de repeler la fuerza con la fuerza, ofrecieron dinero al bonzo por lograr la libertad de su pastor; y si bien el infiel hizo en un principio como que rechazase la proposicion, á fin de que le ofreciesen un rescate mucho mayor, aceptó despues el dinero sin dar libertad al preso. Exaltados los cristianos al ver el fraude de que habian sido víctimas, recorrieron al gobernador de la provincia, quien mandó inmediatamente al bonzo que se le presentase junto con el preso; pero lejos de cumplir aquel la órden recibida, acudió contra el gobernador suponiéndole partidario de los cristianos. La causa que se siguió con este motivo, puso nuevamente á prueba la virtud del confesor de Jesucristo, y le procuró nuevos triunfos antes de alcanzar la palma del martirio.

Cuando se recibió la órden de que fuese el P. Gil trasladado á la córte, se le hizo emprender la marcha al dia siguiente, á pesar de hallarse enfermo de gravedad, haciéndosele sufrir toda clase de privaciones é insultos durante los diez dias que tardó en llegar á la capital. Compadecido el carcelero de la triste situacion en que se veia el P. Gil á su llegada á Ketcho, en lugar de encerrarle en un calabozo, le dejó en la sala destinada para los que entraban de servicio; pero no por esto tuvo otra cama que el duro suelo, ni mas alimento que un poco de arroz, debido aun á la caridad de una pobre muger cristiana, y que compartia aun con los demás presos. Luego se le trasladó á otra cárcel que era aun mucho peor, en la que permaneció cargado de cadenas hasta el dia de su glorioso martirio. Con todo, era patente el consuelo que procuraba Dios á su generoso siervo en medio de su terrible prueba, curándole de una enfermedad mortal sin ningun ausilio del arte; y sobre todo, procurándole aquella dulce paz que solo es dado gozar al alma cristiana. Un sacerdote católico, natural de Tong-king, que fué á confesar al P. Gil en su cárcel, quedó edificado al ver la heróica paciencia del preso de Jesucristo, al cual solo animaba el deseo de nuevos sufrimientos y la esperanza de lograr la conversion de sus mismos verdugos. Lejos de quejarse del bonzo Thay-Tinh, y de descubrir su mala fé y su contravencion á las leyes del pais, procuró siempre librarle de toda responsabilidad, absteniéndose de pronunciar contra él palabra que pudiese comprometerle ó descubrirle.»

En los dos primeros dias de noviembre del año 1737, fué presentado el P. Gil ante sus

jueces. entre los que habia algunos que creian en Jesucristo, por lo que le trató el tribunal con bastante benevolencia; sin embargo, el populacho idólatra le insultó de palabra, y hasta algunas veces de hecho, siempre que se vió obligado á presentarse en público. Acostumbrada la plebe á considerarle como un criminal condenado á la última pena, no solo le llenaba de oprobios, sino que hasta le impedia detenerse delante de una casa cualquiera, por temer que fuese su presencia funesta al dueño de aquella. Eran tan pesadas las cadenas que le sujetaban, que no solo convirtieron su cuerpo en una espantosa carnicería, sino que hasta le obligaron á permanecer acostado por espacio de quince dias en un mismo sitio, sin permitirle cambiar de posicion ni moverse siquiera.

Además de los consuelos interiores que Dios procuraba á su ministro, le dió una nueva prueba de su proteccion, inspirando á dos mugeres que seguian aun el culto de los ídolos, la idea de cuidar al misionero. De este modo los sufrimientos del P. Gil iban á procurar á muchos grandes beneficios; las dos mugeres, que vivian junto á la cárcel, obtuvieron de los magistrados el permiso de llevarse el misionero á su casa, á fin de curar sus heridas y procurarle todos los demás consuelos de que tanto necesitaba. En la casa de aquellas mugeres caritativas, fué el P. Gil visitado con frecuencia por un buen sacerdote que le administraba los sacramentos; así mismo pudo instruir en ella á un gran número de cristianos é idólatras; siendo las dos generosas huéspedas las primeras en quienes se hizo sentir la fuerza de la gracia, merced á la fructífera palabra del siervo de Dios. Lleno de reconocimiento y de celo, solo procuraba el P. Gil despertar en ellas el deseo de pertenecer á Jesucristo; pero sus palabras no habian producido aun impresion alguna en las dos mugeres, cuando cayó una de ellas gravemente enferma, siendo impotentes para curarla todos los recursos del arte, y las oraciones con que procuraba pedir su restablecimiento á los falsos dioses. Al ver la ineficácia de todos los medios hasta allí empleados, prometió la enferma al P. Gil, que si le lograba su curacion abrazaria el cristianismo; si bien el misionero habia orado ya hasta entonces por ella, lo hizo en lo sucesivo con mas ardor, y no tardó la enferma en verse repentinamente curada. Fiel á su palabra y dócil á las instrucciones del P. Gil, pidió humildemente el bautismo, y no cesó de exhortar á su compañera á que siguiese su ejemplo; pero esta última se resistia con tenacidad, contestando á secas que no estaba aun el fruto debidamente sazonado. Su resistencia obstinada contribuyó á escitar mas el celo del misionero, el cual resolvió entregarse enteramente á la oracion y á las mayores mortificaciones hasta lograr lo que deseaba con tanto ardor. Por fin, la tongkinesa despues de haber combatido por mucho tiempo la luz, fué iluminada y convertida; llegando á ser la idólatra obstinada una cristiana humilde y fervorosa. La primera de aquellas dos mugeres murió algun tiempo despues, habiendo recibido todos los sacramentos y dado pruebas de la piedad mas tierna; la segunda, que vivió aun algunos años, soportó con una constancia admirable todos los contratiempos y desgracias que le ocasionaron los idólatras por su adhesion al cristianismo.

Acusado nuevamente el P. Gil de haber predicado la religion cristiana, fué condenado, despues de haber sufrido varios interrogatorios, á la última pena; con la misma sentencia se condenó tambien al bonzo Thay-Tinh y su hijo á guardar los elefantes, por haber tenido diez dias en su casa al misionero.

Recibió el confesor con un placer tanto mas vivo su sentencia, cuanto que creia próximo ya el momento feliz de su martirio: pero estaba aun muy lejos de alcanzarle. Segun la costumbre de los tongkineses, no se ejecutaba á los condenados hasta la última luna, que corresponde á nuestro mes de diciembre ó de enero; y siempre que por cualquier causa ó motivo fuese diferida la ejecucion de la sentencia, debia serlo al menos por un año; lo

que sucedió respecto del misionero. El bonzo que habia sido procesado juntamente con él, apeló de la sentencia ante diferentes tribunales, lo que dió lugar á la primera dilacion. En el año próximo, todo el mes de la última luna fué consagrado á fiestas y regocijos públicos, por haber llegado los embajadores del emperador de China, al objeto de dar en nombre de su soberano al rey de Tong-king la investidura de sus estados. Además, las guerras civiles, la peste y otras varias calamidades, ocasionaron tambien nuevas dilaciones, que solo atribuia el confesor á no ser digno de aquel favor señalado, diciendo: «Solo mis pecados, mi orgullo y mi ingratitud para con Dios, pueden privarme de un bien que tanto deseo, y que tal vez aguardo con presuncion sobrada.»

En una carta de 24 de noviembre del año de 1738, dirigida á Luis Nez, obispo de Ceomania, y vicario apostólico en la parte occidental del Tong-king, decia alegrarse de que el tribunal hubiese hecho devolver á los cristianos de Luc-Thuy el dinero que habian entregado para su rescate. Luego añadia que el bonzo que lo habia recibido, solo fué condenado en última instancia á la pena de seis años de guardar los elefantes. «Por mi parte, añadia el misionero, continúo condenado á muerte, por haber anunciado el Evangelio á los tongkineses: ¡quiera la bondad divina aceptar mi sacrificio! (1)»

El dia 20 de julio del año 1739, fué llamado el misionero ante un nuevo tribunal, al que compareció tambien el bonzo Thay-Tinh, quien, para rechazar la acusacion que pesaba contra él, pidió que se llevasen á presencia de los jueces todas las imágenes encontradas en los efectos del P. Gil, porque queria pisotearlas, á fin de manifestar que nada tenia de comun con el misionero ni con su religion. Habiendo sido presentado el crucifijo y algunas otras imágenes pertenecientes al misionero, se mandó á este que las pisára, á lo que contestó con resolucion: «No cometeré nunca semejante sacrilegio.» Y arrodillándose ante el crucifijo, le besó repetidas veces con profundo respeto. Preguntóle el juez que era lo que indicaba aquella imágen, á lo que contestó el misionero que representaba al Hijo de Dios, que habia querido encarnarse y morir en una cruz por la salvacion de todos los hombres que creerán en él y cumplirán sus mandamientos. «Y esa otra imágen, añadió el juez, ¿qué es lo que significa? — Representa, contestó el religioso, la santísima Madre de Jesucristo, que sin dejar de ser vírgen, tuvo la dicha de concebir al Hijo de Dios.» Habiéndole preguntado el juez á donde pensaba ir despues de su muerte: «Espero gozar en el cielo de una dicha eterna, que Jesucristo nos procuró con su cruz, prometiéndola á todos los que le confesarian ante los hombres.» Díjole entonces el juez: «¿Cómo esperais subir al cielo? ¿Podeis ignorar que despues de la muerte, será vuestro cuerpo descompuesto en el seno de la tierra? — Sé que nuestros cuerpos volverán á convertirse en polvo, pero tambien sé que resucitarán un dia. Entretanto, nuestra alma, espíritu inmortal, desde el instante de separarse del cuerpo, va á gozar en el seno de Dios de una dicha que no tendrá fin, ó se vé arrojada al infierno, segun los méritos por cada cual contraidos; debiéndose unir el cuerpo á ella, despues del juicio universal. — ¿Quién os ha enseñado esta doctrina? repuso el juez. — El mismo Dios: todo lo que acabo de manifestar, es Dios quien lo ha revelado á los hombres por medio de sus profetas y de su propio Hijo. Todo lo que Jesucristo nos ha enseñado, así como tambien todo lo que ha hecho en la tierra, habia sido vaticinado ya por los antiguos profetas muchos siglos antes de su nacimiento temporal, confirmándolo él con su doctrina y sus milagros.» Queria continuar aun el P. Gil esponiendo las verdades del cristianismo; pero fué interrumpido como las demás veces que lo habia intentado; despues de haberle hecho sufrir algunos otros interrogatorios, los jueces man-

(1) *Ego autem capite damnatus sum. Utinam Deus mihi concedat ad hanc gloriam pertingere!*

daron traer una maza, que hicieron colocar junto al religioso, que, creyendo iba á cumplirse la amenaza hecha por el juez, se arrodilló para recibir el golpe fatal. Pero se le hizo levantar, y se le mandó que diese con la maza al crucifijo; poseido de horror y de indignacion se levantó en efecto, tomó el instrumento y lo arrojó á lo lejos, diciendo que sufriria todos los tormentos y hasta la misma muerte, antes que cometer una accion tan indigna. El sacerdote de los ídolos tomó entonces la maza; y como viese el P. Gil que iba á herir con ella á las sagradas imágenes, se arrojó al suelo, las cubrió con su cuerpo, y dijo al bonzo que ya podia descargar sus golpes. «Véase, dijeron entonces los jueces, cuán ciego es el amor que los europeos tienen á sus imágenes; sin duda deben temer que los golpes les causen gran daño.» Al oir el misionero aquella burla, dijo que los cristianos, menos estúpidos y supersticiosos que los idólatras, no creian que tuviesen las imágenes sentidos, vida ni ninguna virtud ó divinidad; y que el respeto en que se las tenia era únicamente por el sagrado objeto que representaban. «Estoy seguro, añadió, que ninguno de vosotros querria pisotear la imágen de su padre, ni herir la de su príncipe, sin que al obrar así os contuviese el temor de causarles daño, sino el respeto que debeis al soberano y al que os dió la vida.» Por mas convencidos que estuviesen los jueces de que era el misionero un cristiano tan celoso, como era el bonzo idólatra fanático, confirmaron la sentencia dada contra uno y otro.

Thay-Tinh apeló nuevamente de ella, por lo que se vió obligado el misionero á comparecer ante un nuevo tribunal, el dia 20 de setiembre del año 1739, procurándole la Providencia un nuevo medio para defender la verdad y confesar la fé. Hé aquí el interrogatorio que le dirigió el nuevo juez, que era bastante favorable á los cristianos: —¿Qué es lo que habeis venido á hacer en este reino?—He venido á predicar la religion de Jesucristo.—¿Cuánto tiempo hace que estais en él, y en que punto la habeis predicado? ¿Cuánto tiempo permanecisteis en la casa del bonzo en que fuísteis cogido?—Hace cuatro años que estoy en este reino; he predicado en él las verdades del cristianismo por espacio de dos años en varios puntos, y solo permanecí diez dias en la casa del bonzo en que se me prendió.» Otro magistrado le dirigió entonces la palabra, diciéndole: ¿Cuál fué la causa que os hizo salir de vuestra patria y dirigiros al Tong-king?—He venido á este pais al solo objeto de dar á conocer el nombre de Jesucristo, salvador del mundo: para publicar su ley he arrostrado todos los peligros y fatigas. —¿De qué sirve esta ley?—Solo los que la siguen pueden ser eternamente dichosos, por ser la única que nos enseña la verdadera religion y el camino del cielo.—Las leyes del reino prohiben predicar la de vuestro Cristo. —Nadie puede prohibir que se enseñe una religion que Dios mandó predicar á todos los hombres y por toda la faz de la tierra. Si hay leyes que lo prohiban, será un abuso del poder, y no una ley fundada en la justicia. El magistrado le dijo que su religion era falsa, como lo indicaban claramente los errores que él mismo acababa de sentar; á lo que le contestó el misionero que nada habia dicho que no fuese verdad, y que aunque hubiese podido sentar un principio que no fuese cierto, no debia deducirse de ello el que fuese falsa la religion cristiana, cuando prohibia tan terminantemente toda falsedad. Entonces el juez, hizo consignar: 1.°, que estaba el P. Gil en el reino hacia cuatro años; 2.°, que por espacio de dos habia predicado en él la religion cristiana en varios puntos; 3.°, que solo habia permanecido diez dias en la casa del bonzo; y finalmente, que habiéndosele interrogado acerca de las personas que le habian dado hospitalidad, no habia querido descubrir á ninguna de ellas. Como notase que el escribano ó empleado que estendia aquella declaracion usase dos distintos caractéres de letra, lo que en lengua tongkinesa, podia formar un sentido equívoco, y demos-

trar que el europeo habia confesado ser una mala ley la religion que profesaba, pidió el misionero que fuese estendida la declaracion en un solo carácter de letra, si se queria que él la firmase; por lo que tuvo que accederse á lo que exigia el confesor de Jesucristo.

El dia 23 de octubre del año 1739 escribia el P. Gil al obispo de Ceomania que desde el año anterior, habia sido conducido tres veces ante los tribunales; teniendo en todas ellas la dicha de confesar el nombre de Jesucristo y de resistirse con firmeza á las instancias que se le hacian para que pisotease el crucifijo. Interin aguardaba la ejecucion de la sentencia proferida contra él, pedia el confesor humildemente al prelado, que le tuviese presente en sus oraciones, á fin de que Dios se dignase darle la paciencia, la fuerza y la gracia de que necesitaba para morir defendiendo su divinal doctrina.

Una revolucion y otras varias calamidades que asolaron al Tong-king por los años 1740 y 1741, impidieron á los misioneros ejercer sus funciones acerca de los cristianos que vivian en las inmediaciones de la córte, y facilitaron por el contrario al P. Gil, los medios de poder ser útil á muchos de ellos. Habiendo logrado el provincial de los dominicos procurarle los vasos sagrados y ornamentos necesarios para la celebracion de los santos misterios, tuvo el confesor detenido la dicha de procurar á los fieles que iban á visitarle todos los consuelos de la religion cristiana. En menos de dos años logró confesar á mas de cuatro mil personas, bautizar muchos niños y procurar los últimos sacramentos á veinte y ocho enfermos; la tolerancia remunerada de los magistrados, carceleros y guardias, permitióle no solo asistir á los enfermos de la ciudad, si que tambien á los de los pueblos vecinos. Sin embargo, á fines del año 1741, sufrió grandes vejaciones la nueva convertida que continuaba teniendo en su casa al misionero; y las habria tenido aun mucho mayores, á no ser la paciencia con que soportó los primeros insultos, y el dinero con que pudo evitar los que estaban aun dispuestos á hacerle sufrir los idólatras.

Los diferentes modos con que el P. Gil fué tratado durante su largo cautiverio, no solo prueban que los magistrados se mostraban mas ó menos benignos segun los regalos que para ello recibian de los cristianos, sino tambien que no todos ellos eran igualmente hostiles al cristianismo; lo que no es de estrañar si se atiende á que habia ya muchos fieles entre los jueces y los grandes del reino. El jueves santo del año 1742, celebró el P. Gil la misa en el palacio de un príncipe, hermano del rey, cuya madre profesaba la religion cristiana, que solo por temor de comprometer al rey habia dejado de seguir el príncipe; el sábado santo, dijo el misionero tambien misa á presencia de un gran número de fieles á la otra parte del rio, junto al palacio del rey. Un tio de este llamó al P. Gil en el mes de setiembre, para que le esplicase ante toda su servidumbre los principios de la religion cristiana, escuchando con el mayor interés las respuestas que daba el misionero á cuantas objeciones se le hacian. Al despedirse de él le dijo el príncipe que le haria llamar nuevamente, y ya para entonces le encargó dos cosas, á saber: que llevase algunos libros de los cristianos y un intérprete que entendiese perfectamente la lengua del pais; «porque cuando conozca á fondo la religion de Jesucristo, añadió, quiero hablar de ella al rey.» Habiéndole preguntado algunos oficiales de la casa del príncipe si era la religion que predicaba un medio eficaz para acabar con los rebeldes y restablecer la paz en el reino, contestó el P. Gil que el Dios único y soberano que adoran los cristianos, que es el que gobierna el universo, dispone de todos los acontecimientos con una sabiduría infinita; que permite á veces las guerras para castigar los pecados de los príncipes y de los pueblos; y que procura la paz cuando le es pedida con fervor y humildad. Luego añadió que la persecucion suscitada y sostenida por tanto tiempo contra la religion verdadera, era sin duda uno de los crímenes que Dios castigaba con

la guerra cruel y las facciones que asolaban al reino, y que seria probable que tan pronto como la persecucion cesase, volviese á renacer en él la paz y la calma.

Por mas que continuase el rey siendo hostil al cristianismo, no permitia sin embargo que se molestase á ninguno de sus súbditos so pretesto de que eran cristianos; mostrándose por humanidad, ó por política, muy dispuesto á aliviar, en cuanto le fuese posible, las desgracias de que era víctima su pueblo. Al verle los fieles en tan buena disposicion, concibieron la esperanza de obtener la libertad del P. Gil, por medio de una tia del rey, que tenia en él mucho ascendiente; asi pues, sometieron su plan al dominico Ponsgrau, gefe de la mision, y á los vicarios apostólicos, quienes lo aprobaron en todas sus partes. Solo el pobre preso, para el que eran ya sus cadenas tan queridas, si bien se sometió á la voluntad de sus superiores, no quiso consentir en que por lograr su libertad se alegase razon alguna que tendiese á ocultar ó encubrir que habia ido á predicar la ley de Jesucristo al Tong-king, ni que estuviese en lo secesivo menos dispuesto á hacerlo. La princesa que se encargó de presentar al rey la peticion del misionero, lejos de cumplir con las intenciones de este, dijo á su sobrino ser aquel un mercader que solo por el cebo de la ganancia se habia decidido á penetrar en el reino, que fué detenido so pretesto de que enseñaba la religion de los cristianos, por mas que no hallasen en él cosa alguna que lo indicase; que el tribunal habia condenado á la guarda de los elefantes al temerario que se atrevió á detenerle, y que no obstante, seguia aun el estrangero en la cárcel, por lo que se veia obligado á acudir á su real munificencia para obtener la libertad. Concedió el rey la gracia que se le pedia, caso de que resultasen ciertos los hechos que acababan de serle espuestos, y para la averiguacion de los cuales nombró á uno de sus eunucos. Fiel empero el misionero en su propósito, declaró que, contra su voluntad, habia sido alterada la verdad de lo ocurrido; que la predicacion del Evangelio habia sido la única y verdadera causa de su arresto, y que nunca consentiria en negarlo por recobrar su libertad. Semejante declaracion, que refutaba todo cuanto habia sido espuesto antes, dió por resultado dejar al cautivo en el mismo estado en que se hallaba, y en el que permaneció durante los años 1742 y 1743, haciendo fructificar su ministerio.

En el mes de marzo del año 1743, volvió á sostener con su heróica firmeza los intereses de la fé ante los tribunales, y á sufrir con placer los reproches, amenazas y malos tratamientos que se le dieron con aquel motivo. Como no contestase el misionero á ciertas preguntas que eran un insulto hecho á sus firmes creencias, el juez le dijo: «Os condenaré al tormento para haceros hablar.—Sufriré todos los tormentos, repuso el misionero, sin proferir ni una palabra.» Mandó entonces el juez pisotear el crucifijo para obligar al religioso á que hablase. «Esa imagen, dijo el P. Gil, es insensible á vuestros insultos; pero aquel á quien representa no dejará impune semejante delito.» Y como le reprendiese un magistrado porque, en su concepto, maldecia al primer juez. «No, contestó el misionero, no le maldigo; solo declaro una verdad que no me es permitido ocultar.» Dióse la órden de que al dia siguiente fuese conducido al mismo tribunal.

Tuvo entonces el P. Gil por compañero de cautiverio á un religioso de la misma órden, detenido por los idólatras en el mismo sitio y del propio modo que lo habia sido él seis años antes. Preciso nos será continuar aquí la biografía de aquel otro confesor de Jesucristo, por no separar á dos ilustres misioneros que, unidos por una misma prueba, debian alcanzar juntos la inmarcesible palma del martirio.

Mateo Alonzo, ó Alfonso Leziniana, natural de las Navas en España, abrazó la órden de Predicadores en el real convento de Santa Cruz de Segovia; siendo uno de los veinte y cuatro misioneros que se embarcaron con el P. Gil de Federich, y que llegaron á Filipinas á

fines del año 1730. En 19 de enero del año 1732 entró en el Tong king con el P. Ponsgrau, quien sucedió al P. José Valero en el cargo de superior de los dominicos de aquel reino. El bonzo Thay-tinh, que habia de hacer detener mas tarde al P. Gil, puso ya entonces á prueba su constancia, acudiendo á los tribunales contra diferentes comuniones cristianas de Gan thuy, provincia meridional del Tong-king. Habiéndose concedido al bonzo algunas tropas, se dirigió con ellas á los principales pueblos de aquella provincia, los cuales circuyó de noche, para apoderarse de todos los ministros del Evangelio que se encontrasen en ellos. Apesar del secreto con que procuró el bonzo llevar á cabo su espedicion en el mes de julio del año 1732, tuvieron los fieles el tiempo necesario para hacer evadir á los PP. Ponsgrau y Leziniana, por haber sido avisados oportunamente. Al ver el bonzo frustrados sus planes, se vengó robando los vasos sagrados y todos los demás ornamentos del templo, cuya pérdida, por sensible que fuese, pudo repararse, merced á la liberalidad de los fieles. Obligado el P. Leziniana á retirarse por espacio de cinco meses para evitar la persecucion que dirigian contra él los sacrificadores idólatras, logró recobrar su salud, estudiar mejor la lengua y las costumbres del pais, y disponerse por medio de la oracion al ejercicio de su ministerio, el cual fué de suma utilidad para los cristianos que le tenian oculto. En los primeros meses del año 1733, empezó sus correrías apostólicas por toda aquella parte meridional del Tong-king, en que estaban los fieles principalmente encargados al cuidado de los dominicos, y donde por espacio de diez años seguidos tuvo el consuelo, no solo de asegurar á aquellos cristianos en la fé, sí que tambien el de aumentar considerablemente su número. Por mas que consagrase casi todas las noches al ejercicio de su ministerio, no podia atender á las necesidades de aquella inmensa comunion cristiana, por lo que se vió obligado á formar de entre los indígenas buenos catequistas, que pudiesen cooperar dignamente á la propagacion de las santas doctrinas. No solamente contribuyeron algunos de ellos á la instruccion de los pueblos, si no que acompañaron al misionero hasta en su mismo cautiverio, teniendo la gloria de sufrir con heróica constancia los tormentos en defensa de la fé. Como era la comunion de Luc-thuy una de las mas florecientes, residia en ella el P. Leziniana despues del arresto del P. Gil, para procurar á aquellos fieles los sacramentos de que habrian carecido despues del arresto de su pastor querido. Habia en las inmediaciones de Luc-thuy, un letrado idólatra y pobre, que ganaba su sustento enseñando á leer á los hijos de los cristianos; como atendido el cargo que desempeñaba y sus muchas relaciones en el pais, depositasen los fieles en él una gran confianza, no titubeó el misionero en tratarle y hasta en admitirle en su retiro. Aquel miserable, empero, lejos de corresponder dignamente á los beneficios que recibia y á la confianza de que habia sido objeto, vendió al P. Leziniana y á todos los cristianos de Luc-thuy, sus protectores, por una mezquina recompensa. Asi pues, en el mes de noviembre del año 1743, mientras los habitantes de Luc-thuy estaban ocupados en la recoleccion del arroz, fué aquel desgraciado á delatar el misionero al gobernador militar, que, procedió inmediatamente á su arresto. No satisfechos los idólatras con prender al misionero, le hicieron sufrir toda clase de insultos, le dieron un sablazo en la cabeza que le dejó muy mal parado, arrastrándole luego por el lodo y los guijarros hasta que perdió el sentido. En el triste estado en que se hallaba, fué presentado á uno de los mandarines, quien le hizo poner la canga al cuello, despues de haberle hecho los insultos mas groseros; solo el gobernador militar le trató con las consideraciones debidas á su persona y al triste estado en que se hallaba. Viendo los fieles que la autoridad militar trataba á su padre espiritual con los miramientos debidos, concibieron la esperanza de lograr su rescate mediante una suma que entregaron en el acto, ofreciendo dar otra mucho

mayor, tan pronto como el misionero fuese puesto en libertad. Sus buenos deseos no fueron empero realizados, puesto que á los catorce dias de estar preso el P. Leziniana, y despues de haberles hecho el gobernador todas las promesas, fué enviado aquel á la córte junto con el catequista Quoi, su compañero de cautiverio. Al dia siguiente de su llegada, ó sea el 30 de diciembre, vió ya el P. Gil al religioso que la Providencia asociaba á su dolorosa prueba.

El gobernador de Ketcho, encargado de la custodia del P. Leziniana, le dirigió algunas preguntas, á las que contestó el religioso con firmeza y modestia; luego se le hizo comparecer varias veces ante el tribunal á principios del año 1744, en las que no desperdició ocasion alguna para dar á conocer la verdad y la pureza del cristianismo. Cuando se le intimó que profanase las santas imágenes, se negó decididamente á ello, diciendo que era cristiano, sacerdote del Dios vivo y ministro de Jesucristo, que habia ido á aquel reino para predicar su doctrina y hacer patente el triunfo de su cruz. «Ya veis por lo tanto, añadió, que no puedo profanar el signo de mi salvacion. —¿A quién os manda adorar vuestra ley? le preguntó uno de sus jueces. —Nos manda adorar á un solo Dios, creador del cielo y de la tierra. —¿Qué es lo que os enseña esa ley? — Nos enseña que huyamos del vicio, que practiquemos la virtud, que cumplamos con todos los deberes respecto á un Dios único y soberano, que respetemos á los príncipes, á los superiores y á los padres, y que no hagamos mal á nadie. Hé aquí todo lo que encierran estos diez preceptos.» Y el misionero recitó el Decálogo, que fué oido por algunos con placer, por otros con indiferencia y por los mas con desprecio.

Despues de haber hecho retirar al misionero, se procedió al interrogatorio del catequista, al cual fueron dirigidas diferentes preguntas acerca de los fieles que les habian dado hospitalidad, y de si estaba el P. Leziniana en relaciones con los rebeldes; á las que contestó el jóven tongkinés, sin faltar á la verdad y sin comprometer á nadie. Ya que eres cristiano, le dijo el juez, voy á hacerte azotar si no me descubres á los ministros de tu secta. — Sí, soy cristiano por la gracia de Dios, contestó el celoso catequista; así pues, podeis hacerme sufrir todos los tormentos y hasta la misma muerte, pero no espereis de mí ni una palabra que pueda dañar á mi prójimo.

El habitante de Luc-Thuy, en cuya casa habia sido preso el P. Leziniana, se portó tambien con la misma nobleza que el catequista; puesto que para salvar á los demás fieles, dió á entender que solo él habia hospedado al misionero, por ser hijo de padres cristianos, mientras que los demás habitantes estaban ocupados en la recoleccion del arroz. No obstante el grave peligro á que le esponia su declaracion, solo fué condenado al pago de una multa, cuyo importe fué entregado al vil delator.

Entonces se hizo comparecer nuevamente al P. Leziniana, á quien mandó el juez le dijese donde habia permanecido mientras evangelizó aquel reino. «He anunciado la fé, contestó el misionero, en varios puntos, segun los preceptos de Jesucristo, que mandó á los apóstoles y á sus sucesores que fuesen á predicar su Evangelio por toda la faz de la tierra y á bautizar á los que creyesen en él.» Tal era la contestacion que daban siempre los misioneros por no comprometer á los fieles que les habian dado hospitalidad. Comprendiendo al fin los idólatras que no podrian sacar del misionero ningun partido para el objeto que se proponian, le preguntaron si era casado, y si se cometian entre los cristianos actos contrarios al pudor; contestó el dominico que era religioso, consagrado á Dios desde su juventud por los votos de pobreza y castidad, y que los verdaderos cristianos consideraban la impureza como un gran crímen, severamente prohibido por la religion. Preguntósele además si hacia uso de algun maleficio para atraer los pueblos á la religion que predicaba: «Es, dijo, el espíritu de Dios el que inspira á los predicadores

lo que deben decir, y el que dispone con su gracia el corazon de los oyentes, dándoles á conocer la verdad de la fé antes de abrazarla.» Así mismo se le preguntó si eran muchos los libros que habian sido escritos en lengua del pais para esplicar la religion cristiana. «Hay un número infinito, contestó el religioso; muchos de ellos han sido traducidos á la lengua tongkinesa, y de seguro que si nuestros jueces se tomaban la molestia de leerlos sin prevencion, dejarian de ser enemigos de una religion tan santa como la de Jesucristo.»

Hé aquí la sentencia que pocos dias despues se dió contra el misionero: «Como en vista del procedimiento y de los informes tomados, resulte que Mateo, gefe de la religion cristiana, ha procurado desde el año 1732 seducir al pueblo de Luc-thuy y enseñarle la religion que profesaba; y que se le han encontrado además diferentes imágenes que son otros tantos signos ó emblemas de aquella religion, que no se permite predicar en el reino; condenamos al sobredicho Mateo á ser decapitado. Así mismo condenamos á Ignacio Quoi, su discípulo, por profesar la propia religion, á la guarda de los elefantes. Ordenamos que las imágenes, muebles y demás efectos hallados á Mateo, que servian para el ejercicio de la religion cristiana, sean arrojados á las llamas; previniendo que se dén al licenciado Le Phuong sesenta monedas en recompensa del servicio que prestó al hacer que cayese en nuestro poder aquel gefe de la religion cristiana.» Esta sentencia fué un objeto de triunfo para los idólatras, de tristeza para los cristianos y de satisfaccion para el P. Mateo Leziniana, por considerarse feliz de morir confesando á Jesucristo, al verse privado de predicar la fé y conquistarle nuevas almas.

Su satisfaccion subió de punto, cuando el dia 30 de mayo del año 1744, fué trasladado á la misma casa en que estaba el P. Gil de Federich. Solo raras veces habian tenido antes los dos apóstoles ocasion de hablarse, y teniendo aun que ser siempre muy cortas sus conversaciones; su primer cuidado al verse reunidos, fué el de administrarse múluamente los santos sacramentos; siendo además su ministerio útil en gran manera á muchos fieles y á diferentes idólatras. El pueblo atribuia al favor de que gozaban algunos cristianos en la córte el que fuese permitido á los dos misioneros vivir en una casa contigua á la cárcel, en la que podian ser visitados por los tongkineses y hasta celebrar la misa y todas las demás funciones religiosas, como si fuese permitida la religion que profesaban. Unicamente los cautivos de Jesucristo, creian que descendia de mas alto aquella tolerancia, por la que no cesaban de admirar la omnipotencia de Dios, al permitir que en un pais en que estaba prohibido el cristianismo, pudiesen ejercerlo libremente, é instruir y alentar á los que lo profesaban á presencia de los mismos que lo perseguian. Cuanto mas se acercaban los dos dominicos al término feliz de su carrera, tanto mayor era su consuelo, al ver que iban siempre en aumento el fervor y la piedad de los fieles; en el trascurso del año 1744, confesó el P. Gil á mil ochocientas personas, confirió el bautismo á setenta y tres y ministró el sacramento de la extremauncion á once. No fueron menores los triunfos que por su parte alcanzó el P. Leziniana durante los ocho meses que permaneció en la casa de su compañero.

Mientras que los dos misioneros entregados á sus trabajos apostólicos, estaban aguardando con santa impaciencia la consumacion de su sacrificio, tenian aun los cristianos tongkineses la esperanza de que seria revocada su sentencia. Lejos de desvanecerse en ellos aquella esperanza aumentó mas y mas, al saber que el tio del rey acababa de llamar á los dos confesores de Jesucristo, á fin de obtener nuevos detalles acerca de la religion cristiana. Celebróse aquella segunda conferencia el dia 17 de julio del año 1744; como hemos dicho ya que deseaba tener el príncipe algunos libros que tratasen de la ley de Jesucristo de un modo claro y metódico, le presentaron los misioneros dos de ellos: uno estaba escrito en chi-

no, y otro en lengua tongkinesa. El príncipe solo aceptó este último, proponiendo, despues de haberle leido, algunas dificultades á los dos dominicos, quienes dieron á ellas una solucion pronta y satisfactoria, por haber sido el estudio de la religion el objeto constante de sus ocupaciones. Sobre todo el P. Gil, estaba tan versado en la ciencia teológica, que tanto los vicarios apostólicos del Tong-king como los misioneros de las demás órdenes, le consultaban en todos los casos árduos. Sin embargo, el príncipe, que no habia recibido el don de la fé, y que queria comprender las verdades católicas con la sola luz de la razon, esclamó: « Confieso que el culto de los ídolos es estravagante y la religion del pais un cúmulo de falsedades; pero aun comprendo menos los dogmas de la religion cristiana y sus misterios de amor. » El hombre debe empezar por someterse humildemente á la voluntad divina, á fin de que la luz de Dios eleve su espíritu; he aquí lo que en vano los dos confesores aconsejaron á aquel príncipe bastante ilustrado para despreciar á los ídolos, pero sobrado altivo para someterse al yugo de la fé.

Entretanto, los muchos azotes de que continuaba el Tong-king siendo víctima, indujeron á creer que el cielo castigaba en él una grande injusticia; reconociendo en ellos hasta los mismos idólatras la mano de la Providencia. Poseido tambien de esta idea, mandó el rey que fuesen nuevamente examinados los procesos ó causas de todos los que gemian en las carceles, que fuesen puestos desde luego en libertad todos los cautivos que resultasen inocentes, y que se usase de clemencia hasta con los culpables. Así que llegó esta órden á noticia de los cristianos, resolvieron salvar á todo trance á los misioneros, haciendo presente al P. Gil que podia lograr entonces fácilmente su libertad, con solo firmar una esposicion que ellos mismos se encargarian de presentar al rey. No solo se negó el religioso á hacer lo que se le pedia, sino que hasta suplicó con instancia á sus amigos que se abstuviesen de dar ningun paso para salvarle la vida. « ¿No seria temible, les dijo, que los fieles se escandalizasen, y que los infieles considerasen como impostores á los ministros del Evangelio, si viesen que mientras exhortan á los cristianos á sufrir con paciencia y firmeza las persecuciones que pueda acarrearles la fé, procurasen ellos por todos los medios posibles evitar la dicha de sellar con su sangre la religion que anuncian? » Ante estas razones, desistieron los cristianos de su generoso propósito, por temor de ofender al esforzado atleta; y resolvieron salvar á toda costa al P. Leziniana, sin informarle antes de los pasos que iban á dar en su favor. Los jueces encargados de revisar el proceso, en vista de lo alegado en favor del P. Leziniana, confirmaron la sentencia de muerte dada contra el P. Gil, y conmutaron la de su compañero por la de cautiverio perpétuo. Al ver el rey la diferencia notable de las dos sentencias en dos causas enteramente iguales, se negó á firmarlas, disponiendo pasáran ambas causas al tribunal supremo.

Antes de que aquel tribunal diese su fallo, corrió la voz entre el pueblo de que iba á ser ejecutado uno de los dos misioneros, salvándose al otro de la pena de muerte á que habia sido antes tambien condenado; y como el secretario del supremo tribunal, confirmase en cierto modo aquel rumor en 12 de enero de 1745, declarando á los cristianos de la costa que seria al dia siguiente el P. Gil decapitado, sin decir nada respecto al P. Leziniana, cuyo nombre no estaba continuado en la lista de los que debian sufrir la última pena, llegó a su colmo la alegría del P. Federich. Así como cumplió aquella noticia los ardientes deseos del P. Gil, hizo por el contrario derramar un torrente de lágrimas al P. Leziniana, por convencerse de que sus pecados le impedian alcanzar la corona del martirio. Vióse entonces lo que raramente se vé en los hombres: el primero de los dos misioneros, destinado á morir al dia siguiente en manos del verdugo, procuraba consolar al segundo, por el que, en cualquier otro caso, habria debido ser consolado. « No

os afligais de este modo, le decia, ya que es el Señor quien ha fijado nuestra suerte; á mí me llama, y os deja á vos, en prueba de que acepta aun vuestro trabajo, y de que quiere ser glorificado por todo cuanto hagais para la santificacion de los que le pertenecen. El que hoy solo acepte una víctima no prueba que rechace la otra, y si solo que ha diferido vuestro sacrificio: yo os precedo, y vos me seguireis.» Todos los cristianos acudieron en tropel á dar á los dos confesores pruebas de su afecto; mientras que creian unos poder felicitarse con el P. Leziniana, no tenian otros espresiones bastante vivas para pintar al P. Gil el esceso de su dolor; pero sus felicitaciones y sus lágrimas habrian sido á uno y otro igualmente injuriosas, á no ser producidas por una caridad ardiente y pura. El vicario apostólico de la parte occidental del Tong-king, que no pudo visitar personalmente á los dos religiosos, les envió á uno de sus sacerdotes para que les saludase en su nombre, y les dijese que no olvidasen ante el Señor las necesidades de una naciente iglesia que les consideraba como padres. El dia 21 de enero el P. Gil escribió al prelado, diciéndole que á la mañana siguiente iba á sellar con su sangre la fé que habia predicado; aquella misma noche reunió el misionero á los cristianos, y despues de orar con ellos, les dijo ser su situacion semejante á la en que se vió Jesucristo la víspera de su muerte, y que por lo mismo les legaba lo que legó el divino Maestre á sus discípulos, esto es, el precepto de la caridad, á fin de que se amasen unos á otros como él les habia amado. Luego se despidió de ellos, dandoles gracias por los favores que le habian dispensado durante los ocho años de su cautiverio; y como no pudiesen al fin uno y otros contener sus lágrimas, terminó su alocucion el generoso confesor, y se retiró á su cuarto para pasar la noche en oracion, y disponerse á alcanzar la gracia del martirio.

A las tres de la mañana, celebró por última vez el santo sacrificio, y oyó despues la misa del P. Leziniana. Cuando fué de dia, se dirigió á la cárcel para despedirse de los presos y de los carceleros, y hacer algunas limosnas á los pobres, entre los que distribuyó ademas las provisiones que le quedaban. Hacia las ocho, llegaron los soldados que habian de conducirle al suplicio; el P. Leziniana, que ni un momento se separó del mártir, no pudiendo ser su compañero en el martirio, quiso al menos presenciar su muerte. Así, pues, salieron los dos misioneros juntos de la cárcel, dirigiéndose al lugar del suplicio con aquella imperturbable serenidad que dá al mártir la fé por que muere, sin descuidarse de pedir á Dios la conversion de los idólatras y la perseverancia de los que habian abierto ya los ojos á la luz salvadora del cristianismo. Al verles los idólatras andar con paso tan firme y seguro, no podian menos de esclamar: «¿Quiénes son esos dos europeos tan poco parecidos á los demás hombres, que no tienen ningun apego á la vida?»

Cuando llegaron los dos confesores frente á la puerta principal del palacio, se anunció al P. Leziniana que en aquel mismo instante acababan los jueces de proferir contra él la sentencia de muerte, y que iba á ser decapitado con el P. Gil, presentándose luego el encargado de leerle la sentencia. Habiéndole preguntado aquel funcionario si entendia la lengua del pais y contestádole el misionero afirmativamente, añadió: «El rey te condena á ser hoy decapitado, por haber venido de un reino estrangero á predicar en este la ley de los cristianos. — De lo que doy gracias á Dios,» contestó con alegría el misionero, cual otro S. Cipriano. Tambien el P. Gil imitó al santo obispo de Cartago, repartiendo algunas monedas á los dos carceleros que, insiguiendo la costumbre del pais, habian de ejecutar la sentencia dada por el tribunal supremo y confirmada por el rey.

Despues de haber permanecido un buen rato orando en el lugar del suplicio, se dieron los dos dominicos mútuamente la absolucion sacramental. Fieles é idólatras, todos parecian estar poseidos de un mismo respeto en aquel

momento supremo; hasta una muger anciana, postrada ante sus ídolos á algunos pasos de los mártires, les pedia con fervor salvasen á aquellos dos estrangeros, tan dignos de perdon por sus virtudes. Una vez atados ya á su poste, levantaron los dos confesores sus ojos al cielo ofreciéndole su sublime sacrificio, sin que volviesen á bajarlos á la tierra, por haber sido decapitados á una señal del magistrado. Los cristianos que se hallaban presentes, esclamaron unánimemente: «¡Nuestros padres! ¡ah! ¡nuestros queridos padres!» Y venciendo todos los obstáculos se lanzaron en tropel dentro del cuadro para pagar el último tributo á los santos mártires. Unos recogieron la tierra bañada en su sangre, otros se procuraron un retazo de sus vestidos ó una parte de sus cabellos, procurando tener todos alguna de sus reliquias. Segun una práctica supersticiosa de los tongkineses, despues de verificada la ejecucion, los oficiales, soldados y verdugos se retiraban precipitadamente, por temor que las almas de los sentenciados les causasen algun daño; pero contra la costumbre establecida, permanecieron aquel dia en su puesto, ya fuese por la confianza que les inspirase la virtud de aquellos dos mártires, ya por creer que no tratarian de vengar una muerte que habian deseado tan vivamente.

Era tan grande el número de los cristianos que acudieron al lugar del suplicio, que los funcionarios públicos, á quienes los criados de los mártires habian dado una suma para obtener sus cuerpos, no fueron dueños de apoderarse de ellos. Los cuerpos de los dos mártires fueron enviados al dia siguiente al pueblo de Luc-Thuy, donde han sido tenidos desde entonces en la veneracion mas profunda. Algun tiempo despues, el P. Ponsgrau, provincial de los dominicos, y algunos religiosos agustinos se dirigieron á Luc-thuy, con el P. Hilario de Jesus, obispo de Corea y vicario apostólico de aquel reino, los cuales hicieron trasladar los cuerpos de los dos mártires con toda solemnidad á la iglesia, en la que fueron enterrados despues de habérseles hecho solemnes exequias.

El rey, ocupado á la sazon en las guerras que estaban asolando sus Estados, visitó á fines del año 1748 un arsenal en el que habia diferentes piezas de artillería, procedentes de un buque holandés que habia naufragado en aquellas costas. Las inscripciones que vió en ellos despertaron su curiosidad, pero como no habia nadie que las entendiese, no pudo ser aquella satisfecha. Acudióse entonces al P. Wenceslao Paleceuk, superior de la mision de los jesuitas, y como este las descifrase, logró que el príncipe se dirigiese á Ketcho, donde hizo poner en libertad á siete cristianos, encerrados en las cárceles por haber practicado sus doctrinas. «No quiero que esos infieles, dijo el rey, giman por mas tiempo entre cadenas, cuando hemos tenido que recurrir á su gefe y director en la fé.» Tan pronto como llegó el P. Paleceuk á Ketcho, fué conducido al arsenal, donde tradujo las inscripciones; logrando ya al dia siguiente confesar á mas de cien personas. Desde entonces empezaron á presentarse los fieles en las fiestas públicas con atabales y otros instrumentos, como para indicar ya el triunfo de su religion; viendo entonces los bonzos que iba dilatándose el imperio de Jesucristo, se presentó uno de ellos al rey pidiéndole la cabeza del misionero; pero no solo dejó de accederse á su demanda, sino que fué entregado á los tribunales y condenado á muerte. El P. Peleceuk, empero, le obtuvo el perdon; pero el rey al concedérselo dió una órden previniendo que se arrancaria la lengua á cualquiera que en lo sucesivo se atreviese á hablar en contra del europeo. Aquellas favorables disposiciones permitieron á los misioneros ejercer libremente el apostolado; siendo tantos los progresos que hizo el catolicismo en aquellas regiones, que en casi todas las cartas de los apóstoles de aquella época se ven admirables rasgos que revelan claramente la inocencia y la fé de los neófitos del Tong-king. «Como soy aun nuevo en esta mision, escribia uno de ellos, me admira en gran manera el que la mayor parte de los cristianos que están bajo mi cuidado, raramente se me acu-

sen de una falta que merezca llamarse tal. Cuantas veces les hago algunas preguntas sobre sus deberes, me contestan á ellas con tal devocion y naturalidad, que no puedo menos que convencerme de la inocencia y candor de su alma. « ¡ Ah ! padre mio, me responden, ¿ cómo me atreveria á hacer esto contra el Dios que me ha llamado á su santa religion? ¡ Ah! ¡ que el Redentor divino que murió por mí, no permita llegue á cometer yo nunca semejante pecado ! » Pidió el rey algunos matemáticos europeos, que le enviaron los jesuitas de Macao, siendo el P. Simonelli uno de ellos, y luego otros cuatro religiosos de la provincia del Japon, quienes se embarcaron el 6 de marzo del año 1751. Simonelli, por su ciencia, celo y esperiencia, era el hombre mas á propósito para desempeñar una comision de aquella especie; pero la rivalidad de los ministros, á quienes el P. Paleceuk olvidó consultar antes de llamar á sus hermanos, fué causa de que no diese aquel paso resultado alguno. Como si hubiese olvidado el rey ser él quien habia llamado á los misioneros matemáticos, limitóse á aceptar los presentes que por ellos le fueron ofrecidos, y solo les permitió construirse una casa en la orilla del mar. El P. Simonelli, que contaba al menos setenta años, al ver la inutilidad de su celo, pidió que se le permitiese regresar á Macao, en lo que no se le puso ningun obstáculo; y sus compañeros penetraron furtivamente en las provincias, donde ejercieron con fruto el ministerio del apostolado. El P. de Horta, jesuita italiano, atravesó varias veces en 1765 las montañas del Tong-king, reuniendo en sus escursiones conocimientos importantes acerca del cultivo y trasplantacion del arroz. En aquel mismo año, motivaron los crímenes de un bonzo que fué condenado á muerte, el que se dieran órdenes severas contra la clase á que pertenecia; pero temiendo el rey que le creyese su pueblo el protector de los cristianos si no hacia mencion de ellos en aquella circunstancia, renovó en el mismo edicto las penas impuestas contra ellos por sus predecesores. En virtud de aquella órden, fueron presos el jesuita de Horta y un dominico tongkinés, y encerrados en un calabozo durante algunos años. « Pensaba Horta regresar á Europa, dice el P. Francisco Bourgeois; pero habiendo desistido luego de su propósito, se dirigió á la mision del Tong-king, donde fué detenido cuando empezaba á ejercer su santo ministerio. » La cárcel de aquel misionero, segun una carta escrita por él mismo, consistia en una especie de hoyo, circuido de estacas plantadas á bastante profundidad, que podia tener á lo mas cuatro piés de largo sobre dos y medio de ancho; por lo que se veia en la precision de estar siempre sentado ó recostado, y espuesto á la lluvia, al rigor del sol en un clima ardiente, y al viento, que no dejaba de ser algunas veces estremadamente frio. Añádanse á este contínuo suplicio, las picaduras de los insectos, los insultos de los soldados encargados de su custodia, el cepo en que tenia sus dos piernas y la retencion de orina de que padecia el misionero, y se verá con exactitud trazado el cuadro de dolor que ofrecia la carta del P. de Horta. Lejos empero de dejarse abatir por sus sufrimientos, vióse cada dia al ardoroso apóstol mas dispuesto á sufrir, por tener siempre presente el sublime ejemplo de los mártires del Japon, que eran de su provincia, y la constancia heróica de los misioneros que en los años 1722 y 1737 derramaron generosamente su sangre por la fé en el mismo reino del Tong-king. Despues de pedir á los misioneros que le tuviesen presente en sus oraciones, firmaba su carta de esta manera: *Nuntius de Horta, indignissimus Christi confessor, pro Christo catenis ligatus.* Estaba fechada en el Tong-king el dia 28 de junio del año 1768. »

Los sacerdotes de las Misiones Estrangeras poseian entonces en Kevinh, pueblo situado al occidente del Tong king, un colegio y un seminario, que contaban mas de ochenta jóvenes, en los que hicieron estragos las enfermedades epidémicas. Mr. Neez, obispo de Ceomania, que era el principal apoyo de aque-

lla mision, murió el 19 de noviembre del año de 1764, á la edad de ochenta y tres años, despues de haber ejercido por espacio de cincuenta las funciones apostólicas, y durante veinte y cinco las del episcopado. Tuvo tres coadjutores, siendo el último de ellos Reydelet, su sucesor, el cual fué nombrado obispo de Gabale y coadjutor en el año 1762, y consagrado por el vicario apostólico de Tong-king oriental, al recibir sus bulas el año 1766.

CAPÍTULO XXV

Mision de la China

A fin de esplicar, aunque no sea mas que en parte, las vicisitudes del cristianismo en Cochinchina y el Tong-king, preciso es remontarse de los efectos á las causas, estudiando la historia de la religion en la China, por haber ejercido siempre el Celeste Imperio una gran influencia sobre el imperio anamita, cuyos príncipes se regian casi enteramente por los edictos que daban los emperadores chinos.

Khang-hi terminó su reinado el dia 20 de diciembre del año 1722. Fué tal la sabiduría con que rigió por espacio de sesenta años los destinos de su pueblo, que no solo consideran los chinos su reinado como uno de los mas gloriosos de su historia, sino que hasta los mismos jesuitas lo comparan con el de Luis XIV, su coetáneo, lo que es el mayor de los elogios que puede tributarse á la memoria de un príncipe estrangero. «El P. Parrennin, dice el jesuita Chalier, supo utilizar admirablemente la benevolencia con que el emperador le honraba, para instruirle en el conocimiento de Jesucristo y de sus santas verdades. Era tan acertado el modo con que lo hacia, que no solo concibió el príncipe un gran respeto y veneracion por nuestra santa fé, de la que era ilustrado protector, sino que hasta se creyó con fundamento que habria llegado á abrazar el cristianismo, á haber podido vencer los obstáculos que se oponian á ello (1).»

Por desgracia el sucesor de Kang-hi no tuvo por el cristianismo las simpatías que su padre, por suponer que habia algunos grandes de entre los que abrazaron la religion cristiana, que estaban al frente de una conspiracion que tenia por objeto colocar en el trono á su hermano Yesaké. Tales eran los sentimientos de que estaba animado respecto al cristianismo, cuando se notaron en el Fo-kien las primeras chispas del fuego de la persecucion general, que se declaró en el mes de julio del año 1723. Los dominicos Blas de la Sierra y Eusebio Ostot, recien llegados de Filipinas, se hallaban al frente de la comunion cristiana de Fou-ngan-hien, cuando un neófito, descontento de uno de ellos, renunció á la fé, arrastrando en su apostasía á algunos otros, que junto con él presentaron al mandarin una instancia contra los cristianos. Las proscripciones que dió por resultado aquella acusacion, alarmaron tanto mas á los jesuitas de Pekin, cuanto que el emperador, apenas echaba nunca mano de los europeos para nada, á causa de no dedicarse á las ciencias estrangeras, que eran á las que debian en gran parte su crédito y valía. Desde aquel instante no dudaron ya de que Young-tching habia resuelto proscribir el cristianismo en su imperio; lo que mas acabó de confirmarles en sus temores, fué el permitir que se reuniesen únicamente en Pekin los jesuitas cuyos conocimientos eran necesarios para la formacion del calendario, previniéndose que pasasen los demás desterrados á Macao. El tribunal de los ritos que fué el que dió esta disposicion, sancionada por el emperador en 12 de enero del año 1724, decidió que fuesen los religiosos conducidos á la córte ó á Macao en el plazo de seis meses; pero apenas se supo en las provincias la injusta disposicion que acababa

(1) Hasta llegó á suponerse si en realidad se habia hecho Khang-hi cristiano, pero no es do suponer fuese así, cuando al verse en grave peligro de muerte, hizo llamar á los misioneros residentes en su córte, para que le confiriesen el bautismo, ofreciendo abjurar antes sus errores. Sin embargo, esta dulce esperanza del príncipe, que á verse realizada, tan fecunda habia de ser en beneficios para el cristianismo, fué desvanecida por el príncipe su hijo, que habia de sucederle en el trono, por considerarla contraria á las leyes del pais, y un motivo asaz poderoso para turbar la paz en sus estados. (Nota del Trad.)

de darse, se apoderaron los idólatras de todas las iglesias, llegando en algunos puntos al estremo de consagrar al culto de los ídolos, los templos que pocos dias antes lo estaban al verdadero Dios. Por mas que el nuevo emperador hubiese prohibido maltratar á los operarios evangélicos, tuvieron que sufrir muchos insultos; puesto que el P. Bonkouski, jesuita polaco, estuvo á punto de verse apedreado en Hang-tcheou-fou, capital del Tche-kiang, y el P. Porquet, jesuita francés, se vió tambien en inminente peligro en la propia provincia. El obispo de Lorima, vicario apostólico del Chen-si, fué detenido en una de sus misiones con el franciscano que le acompañaba, el cual escribió al P. Reinaldi una carta diciéndole ser muchos los insultos que le habian hecho sufrir. Como era Canton, por decirlo así, la puerta de la mision de China, procuraron los jesuitas de Pekin que se concediese á sus hermanos residir en aquel punto, á fin de asegurar en lo posible la fé en aquellas regiones, cualquiera que fuese la suerte que les reservase el porvenir. Despues de haberlo logrado, hizo el P. Parrennin dar las gracias al emperador en términos tan lisongeros, que le mandó llamar junto con los PP. Bouvet y Kœgler, cuya honra no habian podido obtener aun los jesuitas desde su advenimiento al trono. En el largo discurso que pronunció el emperador ante ellos, quiso justificar la conducta que habia observado con respecto á los misioneros: «Si yo enviase, les dijo, una partida de bonzos y lamas á vuestro pais para que predicasen en él nuestra ley, ¿cómo les recibiriais?... Quereis que todos los chinos se hagan cristianos conforme lo previene vuestra ley; pero ¿qué es lo que seria de nos si esto sucediese? Los que siguen las doctrinas cristianas en este pais no reconocen mas autoridad que la vuestra, ni obedecerian mas que á vosotros mañana que llegase á turbarse el órden; así pues, solo os permito permanecer aquí y en Canton, ínterin no deis ningun motivo de queja; pero de ningun modo, quiero que permanezcais en las provincias. El emperador, mi padre, perdió mucho en concepto de los letrados por la condescendencia con que os dejó establecer en ellas; y por lo mismo no permitiré que durante mi reinado se me pueda acusar de no haber escarmentado con lo que sucedió á mi padre. Sin embargo, no creais que abrigue contra vosotros resentimiento alguno, ni que sea mi intencion oprimiros en lo mas mínimo: solo me induce á adoptar estas medidas, el deseo que tengo de gobernar bien mi imperio, digno objeto, al que consagro todas las horas del dia.»

No obstante, era la intencion de Young-tching acabar con el cristianismo en sus estados, segun lo demostró claramente el rigor ejercido por él contra una familia de Pekin, mas ilustre aun por la fé de Jesucristo que tan generosamente profesó, que por la sangre imperial de los Tártaros-Manchues que corria en sus venas. Los mas de aquella noble familia debieron su conversion al P. José Suarez, jesuita portugués, que les confirió el bautismo, y que continuó siendo despues su director espiritual; los demás miembros de la familia fueron bautizados por el P. Juan Mouram en Sinim, pueblo situado en la frontera occidental de la China, donde habian sido desterrados algunos de ellos. Cuando llegó á noticia del emperador la conversion de aquellos príncipes, hizo desterrar á Sourniama, su padre, único que continuaba en la idolatría, despojándole de todos sus bienes y títulos; pero no por esto se desmintió nunca la virtud de los ilustres neófitos, desterrados á la miserable aldea de Sin-pou-tse, mostrando, por el contrario, en su desgracia la firmeza mas heróica. Despues de la muerte de Sourniama, acontecida á 2 de enero del año 1725, Young-tching, envió á Fourdana dos de sus mandarines para degradar á todos sus hijos de la dignidad de príncipes, á los que se quitó el cinto amarillo, que era su distintivo; fué tal su heroismo en aquella circunstancia, que se vieron todos ellos con el mayor placer destituidos de un rango que no les permitia entregarse con entera libertad á la práctica de todos los deberes cristia-

nos. El P. Luis Fan, jesuita chino, que fué enviado desde Pekin para administrarles los sacramentos, no pudo contener las lágrimas al ver su devocion y su fervor. En el mes de abril del año 1726, el emperador resolvió destinar los príncipes desterrados á diferentes cuerpos; y como habia en Fourdana soldados de todos ellos, se recibió la órden de que fuesen incorporados en clase de soldados, dándoseles en los cuarteles que habia en las afueras de la ciudad todas las habitaciones que necesitasen. Al propio tiempo, bajo un pretexto político, se procesó al difunto Sourniama; siendo la sentencia que se dió contra él modificada por el emperador; condenábasele por el tribunal á que fuesen sus restos quemados y arrojados al viento; preveníase así mismo en ella que algunos de sus hijos y nietos fuesen condenados á muerte, y que fuesen desterrados los demás á las diferentes provincias del imperio. Todas estas disposiciones eran dadas para aumentar por medio del terror el número de las apostasías. «El emperador, dice Parrennin, despues de haber contenido los progresos que hacia la predicacion del Evangelio, queria arrebatar á la religion cristiana la gloria de contar á tantos príncipes en el número de sus hijos; pero nunca fué la religion tan respetada en China como cuando se intentó destruirla. Lo que es mas sorprendente, y que debe necesariamente atribuirse á la proteccion de Dios, es que el emperador al dispersar las ovejas, dejase en paz á sus pastores, permitiéndoles permanecer en su capital, y hasta honrándoles á veces con ricos presentes. A principios del año, en cuya época acostumbra hacer el soberano algunos regalos á los grandes y á los empleados de su casa, nos hizo llamar á su palacio en número de veinte, esto es, todos los que podian contener la sala del trono; trató con nosotros de diferentes cosas; nos habló de la religion, aunque muy superficialmente; y luego nos dispensó una honra que ni aun el emperador Kang-hi, protector decidido de los europeos, les habia otorgado nunca. Luego nos hizo sentar á una mesa cubierta de toda clase de platos, en la que nos servian los principales eunucos, dirigiendo el emperador durante la comida varias veces la palabra á cada uno de nosotros; llegado el momento de separarnos, nos hizo entregar á cada uno dos pieles de cebellina y dos bolsas muy limpias, de las que acostumbran los chinos llevar en el cinto. Al salir de las habitaciones interiores nos hizo acompañar por eunucos cargados con cestos de hermosos frutos, á presencia de todos los príncipes y mandarines que habia en palacio. Al ver aquellas pruebas de distincion de que éramos objeto, nos asaltó esta idea: «¡Ah! ¡menos favor á los misioneros, y mas justicia á la ley que predican!» Lejos de conmover á Young-tching la heróica firmeza de los príncipes de regia estirpe, cuya fé no habian podido hacer vacilar ni la privacion de sus títulos ni la confiscacion de sus bienes, ni las amenazas que se les hizo de una muerte infame y cruel, contribuyó por el contrario á aumentar en él la animosidad que tenia contra ellos. Muchos terminaron gloriosamente su vida en medio de los rigores de la persecucion de que eran víctimas. Al hablar Parrennin de las privaciones que sufrian en algunos puntos los jesuitas, se espresa de esta manera: «Apenas nos atreviamos durante mucho tiempo á salir de casa, y aun las pocas veces que lo haciamos, era para ir á palacio ó á los demás puestos en que el servicio del emperador exigia nuestra presencia. Cuando era preciso ir á administrar los sacramentos á los moribundos, solo nos dirigiamos los europeos á los puntos en que no pudiésemos ser sorprendidos, enviando á los PP. Mateo, Lo y Julian Tchin, jesuitas chinos, á los puestos que ofrecian algun peligro. Apesar de todos los disturbios y vejaciones que se han sucedido, no puede decirse que hayamos permanecido en la inaccion: no se ha cesado nunca en el cultivo de las misiones confiadas á los jesuitas franceses, tanto en esta ciudad como en el campo.» La Providencia habia reservado un asilo para los cristianos perseguidos, en las innaccesibles monta-

ñas de la provincia de Hou-kouang. «Aquellas montañas, escribia Parrennin, llevan el nombre de Mou-pan-chan, esto es, *Montañas del bosque llano*, porque están cubiertas de arbustos, y forman sus cumbres un llano. Para llegar á ellas, es preciso atravesar torrentes, para los que no servirian de ninguna útilidad puentes ni barcas; despues de haber pasado aquellos torrentes ha de subirse por escarpados montes cubiertos de malezas desde su pié hasta su cima, en la que se encuentra un pais estensísimo, cubierto de árboles frondosos y cuya tierra es fertilísima. El P. Labbe fué el primer europeo que penetró en aquellas ásperas montañas, que el P. Hervieu llamaba las *Cevennas* de la China. Tomó posesion de ellas en el mes de octubre del año de 1731, y á las que regresó en el mes de agosto del año siguiente; el dia 2 de marzo del año 1734 recibí de él una carta en la que me daba importantes detalles acerca de las bendiciones del cielo sobre aquel nuevo establecimiento. Habia dividido aquellas montañas en ocho barrios, cada uno de los cuales tenia su catequista; teniendo en su última visita el consuelo de administrar los sacramentos á un gran número de cristianos, y de hacer construir una casa para el misionero que se encargára de reemplazarle durante su ausencia. En los puntos en que no hay mas que cristianos, no se permite á ningun infiel que vaya á establecerse en ellos; los que permanecen en los demás puntos son objeto de la solicitud del P. Labbe, que abriga la esperanza de convertirles á todos, en cuyo caso solo serán habitadas aquellas montañas por verdaderos creyentes. Además, añade, que al salir de aquellas montañas habia seiscientos cristianos, cuyo número aumentó aun en lo sucesivo considerablemente; por lo que se vió obligado á escribir al superior general que le enviase al P. Kao, jesuita chino, persona muy recomendable por su prudencia y su virtud. Ambos religiosos se ayudarán recíprocamente, puesto que mientras pasará el P. Labbe la mayor parte del año en las montañas, recorrerá el P. Kao todas las cristiandades de la provincia sin ningun peligro.»

Los misioneros franceses, españoles é italianos, al verse arrojados de las diferentes provincias del imperio para ser relegados á Macao y Canton, vivian en estos últimos puntos con la mayor seguridad, cuando llegó una órden secreta de Young-tching, previniendo que fuesen espulsados de la ciudad de Canton. Fué tal la premura con que se obligó á los misioneros á dar cumplimiento á aquella órden, que tuvieron los jesuitas que dejar insepulto en su casa el cuerpo del P. Beaudory, muerto el dia 15 de agosto del año 1732, sin poder celebrar siquiera sus funerales. El lazarista Appiani, á pesar de estar gravemente enfermo y de ser septuagenario, vióse obligado igualmente á partir, muriendo á los tres dias de haber salido de Canton. Se embarcaron los misioneros el dia 20 de agosto en número de treinta y cinco, y llegaron el 23 á Macao; como habia en esta ciudad dos casas de jesuitas y tres conventos de religiosos, pudieron todos ellos encontrar fácilmente asilo. Los catequistas que les acompañaban fueron obligados á partir otra vez para Canton, donde tuvieron que sufrir muchos insultos y grandes privaciones. No contentos los mandarines con haber desterrado á los misioneros, encargaron al gobernador portugués de Macao que les enviase á sus respectivos reinos, á fin, decian, de que no volviesen á introducirse nuevamente en China para infestarla con sus perversas doctrinas. Aunque convencidos los jesuitas de Pekin de que se obraba con aquel rigor á consecuencia de una órden recibida de la córte, suplicaron á Young-tching que permitiese al menos á cuatro ó cinco misioneros residir en la ciudad de Canton, en calidad de corresponsales, á fin de recibir las cartas y demás objetos que fuesen enviados de Europa, para poder dirigirlos á sus hermanos de la capital. Pero no solo se vió que no queria el emperador acceder á lo que se le pedia, sino que deseaba por el contrario acabar con la religion cristiana en China, por no permitir

á los que la abrazaban, tributar los honores debidos á sus antepasados. En tales circunstancias, viendo el obispo de Pekin el peligro inminente en que estaba toda la mision, creyó prudente hacer uso del permiso acordado por el legado Mezza-Barba; y en su virtud dió algunas pastorales, obligando á los misioneros á conformarse en un todo á aquellas concesiones, so pena de verse privados *ipso facto* del ejercicio de su ministerio. Sin embargo, el P. Parrennin, al ver que solo habia en la capital de China venerables ancianos que iban á dejar en breve un gran vacío en la mision francesa, suplicó al emperador que le permitiese llamar á su lado á los PP. Gabriel Boussel y Pedro Foureau, recien llegados de Francia, á fin de que le ausiliasen en su ancianidad. El emperador accedió á ello, solo por complacer al virtuoso anciano que se lo suplicaba; desde entonces fueron ya diez en Pekin los jesuitas franceses, sin contar los tres chinos que pertenecian á la Compañía. La admision de los dos jóvenes jesuitas fué tanto mas notable, cuanto que se perseguia con el mayor encarnizamiento á todos los apóstoles. Dos dominicos, uno oculto en el Fo-kien, y recien llegado el otro de Manila, fueron presos y conducidos, el primero á Macao, y el segundo á Filipinas.

Durante el reinado de Khiang-loung, hijo de Young-tching, muerto el 17 de octubre del año 1735, el primer ministro Ma-tsi, unido hacia treinta y seis años por la amistad mas tierna al P. Parrennin, le previno que presentára prontamente una instancia, pidiendo el restablecimiento de la religion y de los misioneros; lo que era tanto mas equitativo y justo, añadia, cuanto que no habia en el imperio hombres mas dignos que los europeos. Sin embargo, el décimo sexto régulo se opuso á que fuese aquella peticion presentada al emperador, por lo que se vieron obligados los jesuitas á aguardar una ocasion favorable para verificarlo, confiados de que verian tarde ó temprano realizados sus santos deseos (1). El mandarin Tcha-sse-hai, que gozaba de gran crédito en la córte, presentó en aquella época una acusacion contra los cristianos, en la que despues de reproducir contra ellos todas las calumnias de que habian sido hasta entonces injustamente acusados, insistia en que no se permitiese abrazar su religion á los chinos y manchues que estaban sirviendo en el ejército. Enterado el emperador de la acusacion formulada contra el cristianismo, mandó en el mes de abril del año 1736, que los gefes de los cuerpos exhortasen á los nuevos cristianos á abjurar su fé; castigándoseles rigurosamente caso de que no lo verificasen; mandó al propio tiempo á los europeos cuya permanencia en Pekin decia tolerar tan solo por el conocimiento que tenian en las ciencias, que se abstuviesen de atraer á su religion á los soldados y al pueblo. Los fieles empezaron desde luego á llenar los templos, y á disponerse por medio de los sacramentos á sufrir la persecucion en que iban á verse envueltos desde aquel mismo dia; solo algunos de ellos que fueron intimidados por el aparato de los tormentos y suplicios á que iban á ser condenados, se mostraron débiles; pero en cambio todos los demás manifestaron una heróica firmeza en medio de los tormentos con que quiso obligárseles á la apostasía. Al ver los jesuitas que iban las cosas cada dia de mal en peor, tomaron el partido de hacer presentar su peticion al emperador por el hermano Castiglione. Este jóven italiano, que habria podido ocupar el primer puesto entre los pintores de su patria, prefirió entrar de simple coadjutor en la familia de S. Ignacio. Enviado á Pekin, pasó

(1) El principal obstáculo que han tenido que vencer siempre en China los misioneros, ha sido la natural desconfianza de sus habitantes. Asi pues, nada tiene de estraño que cuando contaban con la proteccion decidida del primer ministro, y creian ver llegado el momento en que podr a la oprimida Iglesia recibir con toda libertad en su seno á los numerosos hijos que la persecucion habia dispersado, no solo dejasen de ver satisfechas sus santas aspiraciones, sino que por el contrario, tuviesen que sufrir los cristianos pruebas aun mas terribles que las de que fueron víctimas en los pasados dias de amargura y de llanto. Siempre fué bastante en China una acusacion, una sospecha cualquiera, para destruir las mas fundadas esperanzas de la atribulada esposa de Jesucristo. (Nota del Trad.)



la mayor parte de su vida ocupado en los trabajos que le encargaba la córte; los emperadores Young-tching y Kiang-loung, que eran los que mas conocian el mérito de su pincel, le habian dado constantemente señaladas muestras de aprecio. Kiang-loung, iba casi todos los dias á visitar al coadjutor, mientras estaba este ocupado en su trabajo; el dia 3 de mayo del año 1736, fué como de costumbre á sentarse á su lado. «El hermano dejó su pincel, dice Parrennin, y arrojándose á sus plantas, le dijo con voz ahogada por los supiros, que se dignase aceptar con benevolencia la peticion que le presentaba, envuelta, segun costumbre, en una cubierta de seda amarilla. El emperador le oyó conmovido, y le dijo: «No he condenado vuestra religion, solo he prohibido que mis súbditos la abrazasen.» Al propio tiempo hizo seña á los eunucos de que aceptasen la instancia, y luego volviéndose hácia el hermano Castiglione, añadió: «Podeis estar seguro de que la leeré; continuad en vuestro trabajo.» Si bien no pudimos saber la resolucion que tomaria el emperador, la esperiencia, no obstante, vino á demostrarnos en breve que debia de habernos sido aquella favorable, puesto que en breve dejó de ser la persecucion tan terrible como antes. Los hijos y nietos de Sourniama fueron rehabilitados á pesar de que continuase aun en vigor la órden que obligaba á los militares á abjurar el cristianismo.

Pero apenas empezó á gozar la iglesia de alguna calma, cuando volvió ya á rugir sobre ella una nueva tormenta. Los jesuitas de las tres iglesias hacia ya algun tiempo que estaban al frente de los diferentes hospitales destinados á recibir los niños espósitos, teniendo en cada uno de ellos á varios catequistas, encargados de bautizar á aquellas abandonadas criaturas. Habiendo sido detenido uno de aquellos catequistas en el momento en que estaba bautizando á algunos de aquellos infelices niños, diéronse nuevamente órdenes terribles contra los fieles. El dia 14 de diciembre, á las diez de la mañana, se dirigió el emperador á la habitacion en que estaba trabajando el hermano Castiglione, y le hizo bastantes preguntas sobre la pintura. El hermano bajó la vista con tristeza, sin poder siquiera contestarle; por lo que le preguntó Kiang-loung si estaba enfermo: «Nó, le respondió entonces el hermano, pero estoy en un abatimiento profundo.» Luego arrojándose á sus plantas, añadió: «V. M. condena nuestra santa religion; las esquinas están llenas de órdenes que la proscriben; ¿cómo es posible que continuemos ya aquí en seguridad? ¿Cómo quereis que cuando se sepa en Europa la persecucion que sufrimos, venga aquí ninguno de nuestros hermanos para consagrarse á vuestro servicio? — No he prohibido vuestra religion, puesto que os permito practicarla, contestó el emperador, pero sí que la sigan mis vasallos. — Solo para predicársela hemos venido nosotros á este pais, repuso el hermano; y el emperador Kang-hi, vuestro abuelo, nos autorizó públicamente para que la anunciásemos en todo el imperio.» Como le hablaba Castiglione con el rostro inundado de lágrimas, el emperador enternecido le hizo levantar, prometiéndole examinar detenidamente aquel negocio. Y en efecto, dispuso que cesase la persecucion contra los cristianos, pero no por esto dejaron los misioneros de sufrir sus rigores en algunas provincias, siendo principalmente el blanco de ella los franciscanos Gabriel de Turin, Antonio de la Madre de Dios, Ferrayo y el Ilmo. Concas, obispo de Lorima y vicario apostólico de Chan-si.

Tal fué la última persecucion de que fué testigo el P. Parrennin, el cual murió el dia 27 de octubre del año 1741; el emperador quiso pagar los funerales, á los que asistieron su hermano y otros diez príncipes, quienes enviaron luego sus oficiales para que acompañasen el féretro hasta el cementerio, situado á una legua de Pekin. Asistieron además todos los grandes del imperio, deseosos de pagar el último tributo á la virtud y sabiduría del ilustre finado. Fueron sus funerales en un todo dignos del gran monarca que los costeaba. Hé aquí lo que dice el P. Chalier acerca de Par-

rennin: «Parece haberle Dios creado para ser el apoyo de esta mision, que estaba destinado á salvar en todas las circunstancias difíciles; puesto que reunia todas las cualidades necesarias para ser á la vez su guia, su protector y su apoyo; bajo todos conceptos ha sido Parrennin uno de los mas ilustres misioneros que ha habido en la China, y que mas ha contribuido á hacer florecer el cristianismo en ella. El fué quien convirtió á los príncipes que tanto sufrieron por la fé durante el reinado de Young-tching, así como tambien á todos los demás príncipes y grandes del imperio que tuvieron la dicha de profesar la religion cristiana. Bautizó á mas de diez mil niños infieles, entre los que habia uno de los hermanos del emperador reinante.»

Habia á la sazon en Pekin un colegio, en el que estudiaban el latin los jóvenes mantchues, para poder luego desempeñar los cargos que se les confiaban entre los rusos, y cuyo colegio estaba bajo la direccion de Parrennin. El P. Antonio Gaubil, que le sucedió en aquel cargo, nació en Gaillac, poblacion del alto Languedoc, el dia 4 de julio del año 1689. «Entró en nuestra compañía, dice el P. Amiot, á la edad de quince años; poseia Gaubil con perfeccion el hebreo, y fundábanse en él las mas lisonjeras esperanzas, sin que hubiese pensado nunca él en hacerse un nombre por medio de la literatura y de las ciencias. Cuando supo empero los trabajos á que se entregaban sus hermanos en el Nuevo-Mundo para la propagacion de la fé, sintió el deseo de consagrar su talento y su vida en beneficio de aquellas misiones, y como estaba muy versado en las matemáticas y sobre todo en la astronomía, pensó en dirigirse á China, con la esperanza de que podrian sus conocimientos facilitar en gran manera la conversion de sus naturales. Llegó á Pekin el año 1723.» Su primer cuidado fué estudiar las lenguas china y mantchue, en las que estuvo en breve tan impuesto, que hasta los mismos letrados iban á recibir sus lecciones. «Aquellos graves y orgullosos letrados, dice Abel de Remusat, se quedaban asombrados al ver á aquel hombre, procedente de uno de los confines del mundo, esplicarles los puntos mas difíciles de los King, formar acertados juicios sobre las doctrinas de los antiguos y las de los siglos posteriores, citarles las obras históricas mas notables asi como todos los acontecimientos ocurridos en cada dinastía, haciéndolo con una claridad y precision que les obligaba á confesar que la ciencia y los conocimientos que tenia aquel doctor europeo en todo lo concerniente á la China, superaba en mucho á la de todos ellos. Los deberes de su estado, que desempeñó siempre Gaubil con ardor y constancia, las ciencias exactas, y principalmente la astronomía, á cuyo estudio se hàbia entregado siempre con particular predileccion, absorviante casi enteramente. Veíasele muchas veces despues de haber pasado noches enteras contemplando los astros, dirigirse al altar y luego al púlpito y al confesonario, sin que mediára intérvalo alguno entre las diferentes ocupaciones no interrumpidas que podia soportar, merced á su constitucion robusta y á su salud á toda prueba.» Young-tching nombró á Gaubil intérprete de los europeos, á quienes la córte china admitia en clase de artistas y matemáticos, mientras que los rechazaba ó perseguia como misioneros. Reemplazó además al P. Parrennin en el cargo de director del colegio imperial, y fué nombrado además intérprete para el latin y el tártaro, cargo importantísimo atendidas las relaciones establecidas entre Rusia y China. «Traducir del latin al manchu los despachos de San Petersburgo, dice Abel de Remusat, y del manchu ó del chino al latin las contestaciones de la córte de Pekin, hablar, escribir, componer y corregir para un pueblo amante de la exactitud, y muy impuesto en las minuciosidades de sus diversas lenguas, cumplir estos deberes á todas horas sin tener tiempo para prepararse, ante los ministros y hasta á presencia del mismo emperador; vencer todas las dificultades que no podian menos de surgir entre dos naciones como Rusia y China, cada una de

las cuales estaba aferrada á sus costumbres y en la ignorancia mas completa de las de la otra con que trataba; y por último, escitar durante treinta años la admiracion y el aprecio de ambas naciones, son títulos mas que suficientes para perpetuar la gloria del P. Gaubil. No se crea, sin embargo, que sean estos los únicos que reunió el ilustre misionero: imposible parece tuviese tiempo para escribir las numerosas obras que legó á la posteridad, profundas todas ellas y destinadas á aclarar las materias mas difíciles. Fué Gaubil mas fecundo que Parrennin y Gerbillon, menos sistemático que Premare y Fouquet, mas profundo que Amiot y menos ligero y entusiasta que Cibot, dilucidando siempre todas las cuestiones con su saber y sana crítica. Solo puede tachársele el haber escrito sus obras en un estilo que hace su lectura sumamente pesada, á consecuencia de haber olvidado en gran parte su lengua materna; sin embargo, no se crea que á pesar de aquella falta que se notaba en sus obras, fuesen leidas con menos entusiasmo por los sábios á quienes estaban destinadas.»

Otro jesuita francés se hizo tambien notable por su talento y su carácter; tal fué Miguel Benoist, nacido en Autun á 8 de octubre del año 1775. Hé aquí lo que dice de él uno de sus cooperadores: «Fué muy impetuoso durante su infancia, pero la aficion al estudio y una tierna piedad, moderaron en breve su ardor natural. Animado del deseo de consagrarse á las misiones estranjeras, resolvió entrar en una sociedad cuyos miembros tuviesen que dedicarse por deber á aquel santo y penoso ministerio; pero como su padre se oponia abiertamente á ello, no hubo medio que no emplease para hacerle desistir de su propósito. Sin embargo, nada bastó á triunfar de su resolucion; estudió teología en el seminario de San Sulpicio de Paris, donde se vió en breve unido por los vínculos de la mas tierna amistad con los jóvenes seminaristas que como él deseaban consagrarse á la conversion de los idólatras. Habiendo suplicado Benoist á su padre que le permitiese entrar en el noviciado de los jesuitas de Paris, recibió por toda contestacion una formal negativa y la amenaza de que acudiria su padre á los tribunales, caso de que se atreviese á dar ningun paso en aquel sentido. Cuando algun tiempo despues obtuvo el subdiaconato, se prevalió del derecho que aquella órden le daba, y partiendo para el noviciado de Nanci, entró en él á 18 de marzo del año 1737. No solo dejó de contestar su padre á la tierna carta que le escribió Benoist con aquel motivo, sino que nunca mas recibió el religioso noticia alguna de él, lo que fué un tormento por toda su vida y la prueba mas terrible á que fué puesto su ánimo esforzado. Al ver sus superiores las felices disposiciones del jóven religioso, procuraron conferirle el sacerdocio lo mas pronto posible; siendo la China la que debia recojer el fruto que iba á dar en breve el nuevo apóstol. Cuanto mas terrible era la persecucion que habia en ella contra el nombre cristiano, tanto mas vivas fueron las instancias con que pidió Benoist ser destinado á aquel imperio, hasta que por fin despues de tres años de contínuas súplicas, se accedió á sus ardientes deseos. Cuando el nuevo misionero hubo llegado á Paris para hacer los preparativos necesarios, los señores de la Isle, de la Caille y Lemonnier se encargaron de perfeccionar sus conocimientos astronómicos, por conocer la feliz disposicion de su jóven discípulo, y lo muy útiles que habian de ser sus adelantos á la religion y á la ciencia. Pocos dias antes de su partida cayó el P. Benoist gravemente enfermo en Rennes, pero apenas restablecido se embarcó en el puerto de Lorient, llegando felizmente á Macao el año 1744; sin embargo, tuvo al poco tiempo una recaida que fué aun mas terrible que la primera enfermedad, si bien los remedios, ó mejor, un nuevo beneficio de la Providencia, le sacó por segunda vez del borde del sepulcro. Entonces pidió ser destinado á las provincias de la China, lo que no pudo ver realizado, por llamarle á Pekin una órden del emperador; «en el año 1745, escribia

el propio religioso, llegué á Pekin en clase de matemático.» Todo es nuevo para un europeo en la capital de la China, la mayor y tal vez la mas poblada del universo; pero solo una cosa llamó la atencion del P. Benoist: la idolatría de aquel inmenso pueblo. Su primer cuidado fué procurarse las obras necesarias para estudiar aquella lengua difícil, á fin de que pudiese por aquel medio hacer brillar mas fácilmente la luz del Evangelio y disipar las densas tinieblas del error; llegando ya á fines de aquel año á comprender las obras chinas y á desempeñar las funciones de misionero. Iniciado por la bibliografía en las antiguas ciencias de aquel confin del Asia, empezó á estudiar con empeño sus antiguas obras, sin parar hasta escribir en todos los caractéres y componer algunas obras en la lengua del pais; sin que su salud delicada, el cambio de clima y de alimentos y el estremado rigor del verano y del invierno, bastasen á hacerle desistir de su propósito de procurarse los conocimientos necesarios para ejercer su celo. En cambio, se vió Benoist pronto en el caso de desempeñar con gloria la carrera laboriosa y difícil en que iba á entrar. Kian-loung, príncipe de talento que deseaba instruirse, habiendo visto en el año 1747 la pintura de un surtidor, preguntó al hermano Castiglione si habia en la córte algun europeo que fuese capaz de hacer otra igual; pero como el misionero artista reunia á su talento una modestia sin igual, limitóse á contestar al rey, que iria á informarse en todas las iglesias, nombre que se daba á las casas de los misioneros, á fin de poder complacerle. Apenas se hubo retirado el emperador, se presentó de su parte un eunuco diciendo, que caso de que hubiese algun europeo capaz de emprender aquella obra, le fuese presentado al dia siguiente á palacio; lo que indicaba que á toda costa era preciso hallar un hombre que pudiese emprender la obra que el príncipe deseaba. Todas las miradas se fijaron desde luego en el P. Benoist, que fué desde luego presentado al monarca, como el único que podia con los operarios necesarios dar comienzo y terminar el *choui-fa* ó surtidor. El emperador le recibió con señaladas muestras de aprecio prometiéndole poner á su disposicion todos los operarios y recursos que le fuesen necesarios; de este modo se vió el astrónomo convertido en fontanero; pero, ¿qué le importaba esto al religioso, si los astros, la tierra, las aguas, todo le era igual, con tal que pudiese con ellos lograr su propósito de estender el imperio de Jesucristo? Cuando estaba el religioso estudiando física en Europa, habia inventado algunas máquinas hidráulicas, que estaba entonces muy lejos de creer debiesen servirle en la China para construir surtidores; el primero que hizo admiró tanto al emperador, que desde luego resolvió hacerse construir un palacio á la europea, escogiendo él mismo para sus jardines un sitio delicioso que habia á dos leguas de la capital, y mandando al hermano Castiglione que de acuerdo con el P. Benoist levantára el plano. Sin embargo, preciso era luchar y vencer muchas preocupaciones, á las que la política del ministro daba pié, á fin de que cansado el emperador acabase por renunciar á su propósito; pero todo fué inútil, puesto que se le vió cada dia mas resuelto á no desistir de él. Entonces el P. Benoist le dijo que cuanto mas Su Magestad descansaba en él, tanto menos se sentia dispuesto á emprender cosa alguna, no fiando en sus escasos conocimientos; por lo que, con su asentimiento, se limitaria á seguir los planos que habia visto en Occidente, á fin de que fuese mas fácil y segura su realizacion. Aquella modestia y sencillez complació mucho al príncipe, quien en su conocimiento del corazon humano, pudo apreciar debidamente el candor y la franqueza del misionero; hé aquí lo que dijo con este motivo á sus cortesanos: «Conozco á los europeos mejor que vosotros: sé que no me harán emprender cosa alguna, que no sepan de antemano que la pueden cumplir.» Como iba el emperador á ver diariamente el estado de los trabajos, dió órden de que se siguiesen puntualmente todas las disposiciones del misionero y que se re-

nunciase á todos los antiguos usos que pudiesen entorpecer la obra; ademas, mandó que se permitiese al P. Benoist, penetrar solo y á todas horas en los jardines de palacio, haciéndose luego estensivo aquel permiso á todos los demás europeos. A pesar del contínuo trabajo del misionero, veíasele diariamente con frecuencia en Pekin, por mas que estuviese á tres horas de distancia; y despues de haber pasado la noche y una gran parte de la mañana en el púlpito y el confesonario, se volvia á nuestro hospicio de Hai-tien, á menos que debiesen al dia siguiente reunirse otra vez los neófitos. No habia ocasion que desperdiciára para predicar el Evangelio á los grandes, los mandarines, los eunucos y los operarios; y si bien no tuvo el placer de obrar un gran número de conversiones, tuvo al menos el consuelo de dar á conocer y á admirar nuestra santa religion, y que fuese objeto de respeto entre aquellos que la miraban antes con desprecio y ódio. Merced á su aplicacion constante, pudo, á pesar de las inmensas obligaciones que pesaban sobre él, discutir en breve con todos los letrados sobre sus sistemas, darles á conocer la escelencia de la moral cristiana, y demostrarles los errores de que estaba plagada su filosofía. Algun tiempo despues tradujo el *Chou-king* al latin, cuya traduccion, á instancias del P. Gaubil, envió Benoist al conde de Rasumoski, con razon considerado como el Mecenas de Moscovia. Aprendió con suma facilidad la lengua tártara, por estar en contínuas relaciones con los principales magnates tártaros, que deseaban poder hablar libremente con el misionero, sin que pudiesen los chinos comprenderles. Por mas que se procurase adelantar en lo posible la construccion del nuevo palacio, era aquel modo de trabajar tan nuevo para los operarios chinos, que seguia la obra muy lentamente; solo quedó terminada á fines de otoño. La única gracia que pidió el P. Benoist, en recompensa de su trabajo, fué que se le permitiese salir de la córte para dedicarse en las provincias al ausilio de los pobres y á la salvacion de las almas. Sus superiores, á fin de que pudiese cuidar mejor su salud delicada, le confiaron la instruccion de los jóvenes chinos que querian consagrarse á la carrerra del apostolado; debiendo á sus cuidados los PP. Yanki y Ko, el celo, las luces y la sabiduría de que dieron mas tarde tantas pruebas. Luego le fueron confiados otros seis neófitos; pero el emperador le encargó al propio tiempo otras obras importantes en los jardines interiores de la ciudad y en Yuen-Ming-Yuen, cuyo real sitio puede ser considerado como el Versalles de la China. El gobierno, empero, hizo pasar sus discípulos á Europa, á fin de que no teniendo que dedicarse el misionero á su instruccion, pudiese entregarse libremente á la direccion de las obras que acababan de serle confiadas.»

Los PP. Parrennin y Chalier, testigos de la consideracion con que eran mirados en la córte de Pekin el talento y las virtudes del hermano Castiglione, hábil pintor italiano de su Compañía, unido á la mision portuguesa, escribieron á su patria encargando que se procurase hallar un buen pintor francés, que justificase por su parte la idea favorable que se tenia de la Francia en un pais, en el que era tan difícil á los estranjeros crearse una reputacion, seguros de que seria aquel un medio poderoso para facilitar la propagacion de la fé y procurar protectores poderosos al catolicismo. En su virtud, fué enviado á la China otro hermano coadjutor, del que nos habla el jesuita Amiot en estos términos: «Attiret, nacido, por decirlo así, entre las paletas y los pinceles de su padre, dió ya desde su mas tierna infancia pruebas inequívocas de lo que habia de llegar á ser un dia. Empezó su padre á enseñarle de dibujo cuando apenas contaba seis años; siendo ya desde entonces su mayor placer, segun decia el mismo Attiret, *borronear papel, hasta que le fuese dado poder gastar colores*. El marqués de Broissia, (hermano del jesuita Cárlos de Broissia, muerto el dia 18 de setiembre del año 1704 en China), visitaba con frecuencia el taller del único pintor que habia en Dole; al ver los rápidos progresos que hacia el jóven aprendiz, resolvió protegerle en todo. Como la

ciudad de Dóle careciese de elementos para procurar á su protegido la instruccion necesaria, le buscó otra ciudad en la que pudiese desarrollarse su talento, y esta fué la única que permite al genio levantar fácilmente su vuelo, la ciudad eterna. Despues de haber estudiado Attiret los grandes maestros, lleno de júbilo se dirigió nuevamente á su patria; siendo el mas ardiente de sus deseos, segun me ha dicho mas de una vez, no el volver á ver sus hogares y recibir los plácemes de sus compatriotas, sino el de mostrar el reconocimiento de que estaba poseido á su generoso protector por cumplir con el primero de todos sus deberes Con todo, no fué el marqués de Broissia el que obtuvo las primeras obras debidas á su diestro pincel, por habérselas arrebatado, por decirlo así, el cardenal d'Auvergne, á la sazon arzobispo de Viena, el arzobispo de Lyon y Mr. Perrichon, preboste de los mercaderes, quienes solo despues de haber logrado su objeto, dejaron partir al jóven pintor para el franco condado. Encontrándose Attiret ya en el caso de emprender la carrera mas conforme á sus aspiraciones, resolvió abrazar el estado religioso, á cuyo fin se presentó á la Compañía de Jesus para que le recibiera en calidad de simple coadjutor. Aquellos á quienes se entregó para que dispusiesen en lo sucesivo de su pincel y su persona, es probable que no le hubiesen permitido dedicarse á la pintura en los dos años de su noviciado, si la Providencia no le hubiese puesto por decirlo así, el pincel en la mano.... Mr. Sauvan, pintor de Aviñon, fué llamado por los jesuitas del noviciado para que procediese al embellecimiento de su iglesia; al oir el hábil artista la proposicion que acababa de hacérsele, no pudo menos de manifestar su admiracion al ver que querian los jesuitas confiarle una obra que podia desempeñar, quizás mejor que él un miembro del propio instituto. En vista de aquella justa observacion, fué confiada la obra al humilde jesuita. De este modo tambien por la insinuacion de un gran artista, y por circunstancias casi enteramente iguales, consintieron tambien los jesuitas de Roma en que diera el célebre Pozzo las primeras pruebas de un talento que inmortalizó su nombre. No procuró el hermano Attiret hacer brillar su genio, presentando trabajos difíciles, sino que se limitó á pintar simplemente en los cuatro ángulos de la cúpula los cuatro evangelistas con los símbolos que les caracterizan; luego pintó los principales rasgos de la vida de Nuestro Señor Jesucristo, sin dejar de cumplir nunca por esto con todas las demás obligaciones que le imponia el noviciado. Terminado este, le comunicaron sus superiores las cartas que habian recibido de China, preguntándole si tenia alguna repugnancia en pasar los mares é ir á consagrar sus talentos á un príncipe idólatra que podia hacer mucho en bien ó en mal de nuestra santa religion, segun fuese el concepto que le mereciesen los que la predicaban en sus Estados. El hermano Attiret contestó que no habia abrazado el estado religioso para hacer su voluntad, y que estaba dispuesto á sacrificar su reposo y su vida, con tal que pudiese su sacrificio procurarle el objeto que se habia propuesto al dar su adios al mundo; que no solo no tenia ninguna repugnancia en dirigirse á China, sino que estaba pronto á ir hasta el último confin de la tierra, si creian poder contribuir con ello á la mayor gloria de Dios y á la salvacion de las almas. Como perseveró siempre en aquella feliz disposicion, se le hizo partir para la China á fines del año 1737; y al llegar á Pekin, presentó al emperador un cuadro de la *Adoracion de los Reyes*, hecho con todo el cuidado que exigia una obra en la que iba á fundar su reputacion. El emperador estuvo tan contento de ella, que la hizo colocar en una de las mejores habitaciones del interior de su palacio; y para dar al jóven pintor una prueba de su benevolencia, dispuso que fuese á trabajar diariamente á palacio, á fin de poder tenerle siempre á su lado. Desde entonces fué nombrado el hermano Attiret pintor de cámara del emperador de China; desde entonces dió principio á la gloria que habian de procurarle sus triunfos á los ojos de los hombres; pero desde entonces tambien empezaron para el hu-

milde religioso el sufrimiento y la cruz que habian de durar treinta años y que solo por el ausilio de una gracia sobrenatural logró resistir. Habia descuidado toda clase de pinturas para dedicarse únicamente á hacer cuadros históricos y retratos; pero de repente tuvo que convertirse en China en pintor de paisajes, batallas, flores, animales y en toda clase de decoraciones, teniendo que olvidar, por decirlo así, todos los estudios hechos para dedicarse á pintar á la aguada, por ser esta casi la única pintura á que se entregan los chinos. Por otra parte, cuanto mas esquisito era el gusto y mayores los estudios que habia hecho Attiret, mas difícil le fué sujetarse á las falsas reglas y al mal gusto de los chinos, á quienes se veia obligado á complacer, aunque fuese á espensas del arte. En la primera obra que presentó conforme al gusto del pais, le hizo el emperador quitar y añadir tantas cosas, que resultó una amalgama que participaba de todos los órdenes de pintura sin pertenecer á ninguno de ellos. ¡A cuántas preguntas tuvo que contestar el pobre pintor, que apenas sabia balbucear algunas palabras, sin que entendiese casi el sentido de las que le eran dirigidas! El hermano Castiglione, que en su tiempo habia tenido que vencer las mismas dificultades, contestaba por él, tratando de complacer siempre al emperador, aferrado á sus ideas y á su gusto por la aguada. «Es una pintura mas graciosa, decia, y sorprende mas agradablemente la vista, por cualquiera parte que se la mire; así pues, cuando quede terminado este cuadro, preciso será que el pintor recien llegado trabaje como los demás; los retratos podra hacerlos al óleo, dándosele para ello las instrucciones necesarias. Una órden del soberano, en China, mas que en cualquiera otra parte, es considerada como una cosa sagrada; así es que, debe cumplirse, y nada parece imposible cuando es el *hijo del cielo* el que la manda. Aun cuando el acostumbrado ejercicio de la meditacion y la plegaria, y la práctica diaria de las virtudes religiosas y cristianas hubiesen sofocado casi enteramente todo sentimiento de amor propio en el hermano Attiret, conservaba sin embargo un resto de aquella vivacidad francesa que no le permitia oir con indiferencia las órdenes que se le daban; por esto dijo algunas veces que él no se habia presentado sino como pintor de asuntos históricos y de retratos, y no como hombre que tuviese que aprender los primeros elementos del arte. Aunque los eunucos y demás chinos que estaban presentes, no comprendiesen ni una sola de sus palabras, conocian fácilmente en su fisonomía y su actitud el verdadero sentido de ellas; por lo que trataron de estinguir aquella última chispa de vivacidad europea, que indicaba, segun ellos, cierta indocilidad que debia ser reprimida á toda costa. Mortificar cruelmente, sin al parecer notarlo, y sin dar al que se mortifica pretesto alguno de queja, es una habilidad ó destreza peculiar á todos los chinos; siendo este el medio que se empleó respecto al hermano Attiret. Habia mostrado gran repugnancia en pintar al aguada, por lo que no tardó en verse obligado á hacerlo, teniendo que mostrarse aun agradecido á los que procuraban de aquel modo contrariarle y vencer su inclinacion. Parecia haberle disgustado el que se encargase á los pintores chinos que procurasen instruirle, y no solo tuvo que sujetarse á sus instrucciones, sino hasta mirarlas como un señalado beneficio. Pero el tiempo, la reflexion, los consejos del hermano Castiglione y las exhortaciones de los Padres, cuando al regresar á casa les decia lo mucho que habia tenido que sufrir; y mas que todo esto, su sólida piedad, unida al interés de la gloria de Dios, y de la salvacion de las almas, que no perdia nunca de vista, acabaron por hacerle indiferente á todos los tiros que contra él pudiesen ser dirigidos. Dedicóse pues con empeño á estudiar la costumbre china, á formar su gusto en conformidad al de los naturales, y á escoger todo lo bueno que pudiese haber en su escuela, haciendo en ello tan rápidos progresos, que solo se habló al poco tiempo en palacio de la belleza de sus pinturas. El trabajo que hacia en palacio era tanto mas penoso por su naturaleza,

cuanto que era indispensable guardar siempre una etiqueta fastidiosa é inútil, que acababa de hacerle mas insoportable: además, una especie de sala aislada en el patio, espuesta como casi todas las habitaciones chinas al rigor de las estaciones, era el taller destinado en palacio para los pintores. Nadie, sin embargo, se habria atrevido á quejarse, ni aun á procurarse alivio alguno que pudiese preservarle del frio ó del calor que se sufria en aquel vasto taller, segun la estacion que se estaba atravesando. No pudiendo Attiret terminar por sí solo todas las obras que le estaban confiadas, tenia que emplear bajo su direccion en ellas á otros pintores chinos, haciendo luego las correcciones que creia necesarias Con respecto al peinado, al vestido y al paisaje, confesaba el mismo Attiret que los hacian los pintores chinos mas pronto y mucho mejor de lo que él lo habria hecho con todo su arte, y empleando en ello mucho mas tiempo. Aquella docilidad le grangeó el aprecio de los demás pintores, quienes vieron desde entonces en él á un artista eminente que podia darles útiles lecciones; de modo, que á pesar de consultarles por lo tocante al gusto y las costumbres del pais, no por esto dejaron de considerarle siempre como su maestro respecto de lo que constituia el arte en su esencia. En aquella instruccion recíproca, los pintores chinos aprendieron del hermano Attiret á no echar á perder las figuras de sus cuadros, á pintarlas con la exactitud y las proporciones debidas, en una palabra, á pintar hombres y no monos; y por su parte el hermano Attiret aprendió de los pintores chinos á dar á sus paisajes aquella agradable sencillez y aquella variedad maravillosa que trasporta al alma fascinando á los ojos. Uno de los principales resultados que dió aquella mútua inteligencia ó acuerdo, fué la revolucion que se obró en la pintura, que tomó desde entonces una nueva forma en palacio y hasta en la capital del imperio. Fundáronse dos clases que no tardaron en adquirir una y otra gran celebridad, mas bien que por el crecido número de alumnos que acudieron á ellas de todos los puntos del imperio, por los adelantos que hicieron: eran sus profesores los hermanos Castiglione y Attiret.» En una carta que escribió este á Mr. d'Assaut el dia 1.º de noviembre de 1743, dice á corta diferencia lo mismo que Amiot; en ella el humilde hermano hace alusion á la bula de Benedicto XIV. *Ex quo singulari*, que acaba de cortar definitivamente la cuestion de los ritos chinos. Y luego añadia: «Entré muy tarde en la Compañía de Jesus, lo que prueba claramente, que no fué por las preocupaciones de mi educacion; pero despues de haber examinado con detencion los hombres y las cosas, veo que todos los jesuitas que hay en este pais son hombres de una virtud acrisolada. Sin embargo, el Papa ha hablado y esto basta, ni una palabra, ni un ademan siquiera debemos hacer en contra: es preciso callar y obedecer.»

Desde que los misioneros se habian establecido en China, no habia ningun emperador que como Khian-loung se hubiese aprovechado tanto de sus conocimientos; y sin embargo, no hubo príncipe que les tratára tan mal, ni que diese decretos tan terribles contra el cristianismo. Veamos cuales fueron los héroes que debieron á su furor la palma del martirio.

Pedro Mártir Sans, hijo de Andrés y de Catalina Jordá, nació en Ascó, diócesis de Tortosa, en Cataluña Educado en Lérida bajo la direccion del doctor Miguel Jordá, su tio, tomó el hábito de Sto. Domingo en el convento de aquella ciudad, y pronunció solemnemente sus votos el dia 6 de julio del año 1698; en el momento de la profesion trocó su nombre de Pedro José Andrés por el de Pedro Mártir, como si indicase ya su nuevo nombre el martirio á que estaba destinado. Julian Cano, obispo de Urgel, le ordenó de sacerdote el dia 20 de setiembre del año 1704. Asegúrase que durante el cerco que sufrió la ciudad de Lérida en el año 1707, permaneció Pedro Sans en ella, cuidando á los heridos y á los moribundos con la piedad mas tierna; sus superiores le enviaron luego al convento de San Ildefonso en Zaragoza, donde estaba despues de ocho años anunciando la palabra divina á

los pueblos de Cataluña y Aragon, cuando se le nombró para ir á evangelizar á los idólatras. Así pues, salió de Zaragoza el dia 21 de julio del año 1712 con otros religiosos de su órden, llegando á Méjico en el mes de enero del año 1713, donde permaneció hasta el 7 de marzo en cuya época partió para el puerto de Acapulco; el dia 5 de abril se embarcó en el mar Pacífico y llegó á últimos de agosto á Manila, punto en que se detenian todos los dominicos destinados á China, Cochinchina y el Tong-king. El dia 12 de junio de 1715, se hizo el P. Sans á la vela para China con el P. Mateo, y llegó el dia de San Pedro al puerto de Hia-men; el P. Mateo fué nombrado provincial de aquella mision, empleo que ejerció durante dos años; luego el P. Sans desempeñó el mismo cargo por espacio de ocho años, sin dejar por ello de evangelizar con ardor la gran provincia de Fo-kien, y particularmente, la ciudad de Fougan. Como la mision del Fo-kien habia sido fundada por los religiosos de Santo Domingo, procuró el Sumo Pontífice que fuesen siempre de la propia órden los prelados que habian de dirigirla, á fin de que pudiesen conocer y atender mejor á sus necesidades. Por otra parte, procuraron los dominicos corresponder dignamente á la confianza del Papa, de modo que fué su mision una de las mas florecientes del imperio. El seminario de las Misiones Estrangeras tuvo hasta estos últimos tiempos un misionero europeo ó indígena para dirigir á la pequeña cristiandad de Hing-hoa; pero al fin acabaron por ceder su direccion á los dominicos. Fué nombrado el P. Sans, despues de Maigrot, vicario apostólico del Fo-kien; pero habiéndole obligado la persecucion suscitada en el año 1728 á retirarse á Canton, fué consagrado en esta ciudad el 24 de febrero del año 1729, bajo el título de obispo de Mauricastre, por el franciscano Manuel de Jesus, obispo de Nan-king, asistido de los obispos de Peking y Macao. Desde Canton, tuvieron los misioneros que dirigirse á Macao, en cuya ciudad Sans permaneció seis años; publicando con el obispo de la misma una Apología del cristianismo, en contestacion á los edictos infamatorios que los mandarines hacian fijar en todas partes contra la religion verdadera. Finalmente, en el mes de mayo del año 1728 salió Sans de Macao para dirigirse nuevamente á su vicariato apostólico del Fo-kien. Debemos observar que antes de la persecucion habia llamado Sans á aquel vicariato á los PP. Royo y Serrano, á los que envió despues el P. Alcober, y que luego él regresó con el P. Diaz.

Joaquin Royo, natural de Aragon, nació el año 1690 en la diócesis de Teruel, y partió para Oriente en 1713. Salió de Filipinas dos años despues con el P. Eleuterio Guelda que se dirigió al Tong-king y evangelizó la China, sin ser llamado hasta el año 1722 al Fo-kien, en el que trabajó con incansable celo por espacio de veinte y cuatro años. Durante la ausencia del vicario apostólico, desterrado á Canton y Macao, atendió á las necesidades de los cristianos de Fou-gan, sintiendo menos el peligro á que se esponia, que el abandono en que aquel pueblo se hallaba.

Nació Francisco Serrano en Andalucía, á cuatro leguas de Cádiz. Despues de haber abandonado á España en el año 1725 y de haber permanecido algunos meses en Manila, voló al llamamiento de Sans, y estaba desempeñando ya el ministerio apostólico en Fougan, antes de que terminase el año 1727. La resolucion y la prudencia con que desempeñó las funciones evangélicas, le valieron el que la Santa Sede le elevase al episcopado, y le designase para suceder al obispo de Mauricastre en la dignidad de vicario apostólico del Fo-kien.

Juan Alcober, nació en Gerona el año 1694, partió de España en el de 1728, y despues de haber permanecido algun tiempo en Manila, Macao y Canton, fué llamado por el obispo de Mauricastre al pais de Fou-gan en el año 1730. El cuidado con que cultivó por espacio de diez y seis años la viña que le fué confiada, le valió el título de provincial de la mision de China.

Fué Francisco Diaz natural de Ecija, pueblo de Andalucía. Despues de haber pasado algun tiempo en Manila, se dirigió á Macao, donde se puso en contacto con el obispo de Mauricastre, que se le llevó al Fo-kien, destinándole al lado del P. Serrano, cuyos dos religiosos bautizaron por espacio de ocho años á mas de mil doscientos chinos

Secundado el obispo de Mauricastre por sus hermanos, propagaba con gran fruto el cristianismo en el Fo-kien, cuando un idólatra, llamado Tong-ky-tsu, presentó en el mes de junio del año 1746 una denuncia al virey contra la comunion cristiana de Fou-gan y las de las poblaciones vecinas. En su virtud, se dió inmediatamente una órden en la que se prevenia arrestar á todos los misioneros, así como tambien á los dueños de las casas que les diesen asilo. Sans, Royo, Serrano, Alcober y Diaz, se encontraban á la sazon en el pueblo de Moyang, y habrian caido todos ellos en poder de sus perseguidores, á no haberles advertido la algazára que estos movian, que habia llegado el momento de ponerse en salvo. «¿Sabéis donde están los europeos?» preguntó el oficial Fan á María, muger cristiana hacia ya diez y nueve años. «Lo ignoro,» contestó María; y como soportase con serenidad los tormentos á que se la sujetó para obligarla á hablar, dirigiósele el oficial ciego de cólera, diciéndole: «¿Sabéis que me es muy fácil haceros condenar á muerte? —Podeis hacerme decapitar, si gustais, contestó la heroína, seguro de que será para mí la muerte que me deis la suprema dicha.» En el momento de salir el P. Alcober por una puerta trasera, se arrojaron sobre él sus perseguidores; y como á los gritos de triunfo que diesen estos al verle, acudiesen los cristianos en ausilio del misionero, probibióles Alcober que apelasen á la violencia por salvarle. No obstante, la dolorosa prueba que se le hizo sufrir para obligarle á descubrir el paradero del obispo de Mauricastre, guardó Alcober el mas profundo silencio; no fué empero así una de las criadas, la cual no pudiendo sufrir la violencia de los tormentos, indicó á los soldados el punto en que estaban ocultos los PP. Diaz y Serrano. Al verse los dos religiosos en poder de sus enemigos, ofrecieron á Dios el sacrificio de sus vidas; sin embargo, apelaron á algunos medios por si podian salvarse á fin de continuar velando por aquella pobre comunion cristiana que iba á quedar en el mayor desamparo. A este fin ofrecieron algun dinero que aceptaron los soldados, pero no atreviéndose despues á guardarle, lo entregaron al oficial Fan, quien no contento con guardarlo para sí, hizo poner en el tormento al P. Diaz y abofetear al P. Serrano, por no haber querido descubrir el paradero del vicario apostólico. Hé aquí el modo bárbaro con que acostumbran los chinos abofetear á los presos: está el paciente de rodillas, teniendo tras él á un empleado con una rodilla en tierra, que le coge por el mechon de pelo hasta obligarle á poner horizontalmente una de sus megillas sobre su rodilla; mientras hay otro empleado que tiene ya en la mano un instrumento de metal, parecido á una suela de zapato, pronto á descargar con toda su fuerza el número de bofetones que ha fijado el mandarin. Basta uno de ellos á dejar sin sentido al hombre mas robusto. Entretanto el cristiano que habia procurado un nuevo asilo al obispo de Mauricastre, temiendo ser descubierto, se presentó al prelado para anunciarle el peligro inminente á que esponia á toda su familia. «Querido amigo, le contestó el obispo, ¿no hemos venido á este pais por vuestro interés? Si somos la causa inocente de los males que se os hacen sufrir, en cambio nos veis siempre dispuestos á compartirlos con vosotros, y hasta cargar con todos ellos cuando es posible; sin embargo, no quiero esponeros por mas tiempo.» Terminadas estas palabras, salió el prelado y fué á ocultarse en un jardin inmediato, en el que pasó la noche, sin abrigo alguno; solo pudo taparse el rostro con su abanico, objeto ú adorno del que no hay hombre que pueda dispensarse en China. Al dia siguiente se registró la casa en que habia estado oculto el obispo y volvió á pregun-

tarse á su dueño, aunque inútilmente, por lo que se le redujo á prision; entonces el animoso prelado se presentó en público, no tardando en ser detenido. Al saber el P. Royo que acababa de presentarse el obispo, imitó tambien su ejemplo; siendo á los pocos dias trasladados todos los misioneros y demás cristianos detenidos á la capital del Fo-kien. La libertad apostólica con que el obispo contestó al virey le costó veinte y cinco boletones, y cuyo número se aumentó despues hasta ochenta y cinco, sin que interesare en lo mas mínimo á sus verdugos su avanzada edad y el estado de su salud cada dia mas quebrantada. No fueron menores los tormentos que sufrieron los demás misioneros, hasta que fué pronunciada su sentencia para ellos tan severa como honrosa. « Pe-to-lo (Pedro Mártir Sans) se decia en ella, despues de haber sido desterrado en virtud de un decreto de la córte, ha tenido aun la audacia, no solo de llamar al Fo-kien á otros cuatro europeos, para que predicasen en él la religion cristiana, sino que hasta él mismo ha penetrado en el pais disfrazado, para poder ocultarse en el distrito de Fougan, todo al objeto de pervertir los corazones. Todos los que por desgracia han llegado á abrazar su religion, sean letrados, sean hombres del pueblo, no quieren abjurarla, cualesquiera que sean los medios que se empleen para obligarlos á ello; es tan grande el número de los que han logrado pervertir, que á cualquier parte que volvamos los ojos no vemos mas que cristianos; hasta en las filas del ejército y en los mismos tribunales, cuentan tambien numerosos afiliados. Cuando esos europeos fueron presos y en el momento de ser conducidos á la capital, acudieron á su paso millares de personas que les vitorearon y tuvieron á mucho honor acompañarles hasta la cárcel; no contentos con procurarles refrescos y todo lo demás de que podian disponer, no paraban hasta tocarles los vestidos y declararles en voz alta sus gefes. Conviniendo pues cortar de raiz todos esos males que acabarian por arrastrar al pueblo á la revuelta; condenamos en conformidad á las leyes al referido Pe-to-lo, á ser inmediatamente decapitado; los cuatro europeos restantes serán igualmente decapitados dentro el plazo marcado por la ley; así mismo condenamos á Ko á ser estrangulado. »

Cuando fué remitida esta sentencia á Pekin, partieron de la córte órdenes secretas para todos los tsong-to ó vireyes de las provincias del imperio, en las que se les encargaba buscasen con empeño á los europeos que se encontrasen en sus respectivos distritos para enviarles á Macao, y desde allí á Europa, y que obligasen á abjurar el cristianismo á todos cuantos lo profesasen. Si bien produjo aquel secreto edicto de proscripcion admirables ejemplos de fidelidad, no dejó de ser en cambio, objeto de tristes defecciones. Muchos de los misioneros se ocultaron en las provincias, y otros fueron á refugiarse á Macao; los sacerdotes de la Congregacion de las Misiones Estrangeras tuvieron que abandonar tambien la provincia de Sse-tchouan, confiada á Enjoberto de Martillat, obispo de Ecrinea, el cual salió de China en 1746, y murió en Roma nueve años despues. La ciudad de Macao, aunque ocupada por los portugueses, se vió tambien mas ó menos espuesta á los rigores de la persecucion, como lo indica el haberse prohibido tambien en ella á los chinos servir á los europeos y frecuentar las iglesias; hasta se pretendia hacer entregar la llave del santuario en que eran bautizados los catecúmenos chinos, lo que, sin embargo, no se llevó á efecto, merced á la heróica firmeza del P. Lopez, provincial de los jesuitas. Tambien los misioneros residentes en Pekin se vieron á su vez perseguidos, pero acudieron, como siempre, al hermano Castiglione, que volvió á hablar al emperador por la iglesia perseguida. Como le hiciese el emperador un regalo en prueba del afecto que le profesaba, le dijo el hermano con la emocion mas síncera: « Dígnese Vuestra Magestad apiadarse de nuestra atribulada iglesia. » Al ver que nada le contestaba el emperador, volvió á dirigirle la misma súplica; y Hhian-loung se limitó á decirle: « Vosotros

sois estrangeros y no sabeis nuestras costumbres; ya he nombrado á dos de mi córte para que velen por vosotros en las circunstancias presentes.» A los pocos dias fué el emperador en peregrinacion á la famosa montaña Vou-tao-chan, reverenciada por los chinos como un lugar sagrado; cuando regresó á últimos de noviembre del año 1746, se le presentaron todos los jesuitas, y volvió á tener con Castiglione otra entrevista, que tampoco produjo resultado alguno. «Nunca los misioneros, dice un jesuita, predicaron con tanto ardor la religion católica dentro y fuera de palacio, como durante la persecucion. Presentáronse dos ministros en la iglesia de los jesuitas franceses el dia 22 de noviembre del año 1746 de órden del emperador, para convocar en ella á los misioneros de todas las órdenes, á fin de tomar, en vista de las razones que estos últimos alegasen, una resolucion decisiva Lejos empero de turbar á los religiosos convocados la presencia de los dos ministros, les enardeció hasta el punto de hacer la defensa mas enérgica de sus doctrinas; declarando unánimemente que no podian continuar los misioneros en China, sino se les permitia predicar la religion de Jesucristo. Uno de los dos ministros, hombre altivo y enemigo declarado de los cristianos, y al que no habia príncipe ni grande en la córte que se atreviese á contrariarle, quedó en aquella reunion humillado y confundido; tuvo mas tarde un fin desgraciado, como casi todos los perseguidores de la fé.»

Merced á la influencia de aquel ministro, no se contestó al virey del Fo-kien que se atuviese á las órdenes anteriores, que prescribian enviar á su pais á los estranjeros sorprendidos en China, sino que se elevó en consulta al tribunal de los crímenes la sentencia proferida contra los cinco dominicos y el catequista Ambrosio Ko. El tribunal de los crímenes confirmó aquella injusta sentencia el dia 21 de abril del año 1747.

Un sacerdote chino fué el que anunció á los cautivos la dichosa nueva Habiendo sido trasladado el obispo de Mauricastre á una de las salas del tribunal para que le fuese leida su sentencia, declaró despues de haber oido su lectura, que moria en defensa de la religion verdadera, y que no dudaba de que aquel mismo dia iba á volar su alma á la eterna mansion de los justos. Luego añadió que rogaria á Dios fuese la China regenerada por la luz del Evangelio; y que queria ser en el cielo el protector de aquel imperio. Como ya desde la sala del tribunal iba á salir para el suplicio, le fueron las manos atadas á la espalda, y se le puso un rótulo al pecho que decia condenársele á muerte por haber pervertido al pueblo con sus falsas doctrinas. En todo el trayecto que recorrió el misionero hasta llegar al lugar del suplicio, reveló su rostro sereno la paz interior de que gozaba su alma á medida que iba acercándosele el momento solemne de abandonar para siempre la mansion del dolor para volar á la celestial morada. Al llegar á un puente de madera, en el que regularmente se verificaban las ejecuciones, se advirtió al mártir que se parára; el piadoso obispo cayó de rodillas, é hizo señal al verdugo de que le concediese aun algunos momentos para terminar su plegaria Algunos instantes despues se volvió hácia él sonriendo, y le dijo: «Me voy al cielo, ¡cuánto desearia, amigo mio, vinieses conmigo!» Contestóle el verdugo: «Tambien yo deseo poder ir algun dia;» y quitándole con una mano el solideo, le decapitó con la otra de un solo golpe, hácia las cinco de la tarde del dia 26 de mayo del año 1747. (1) Tienen los chinos la supersticion de creer que al salir de su cuerpo el alma de un ajusticiado, va á arrojarse sobre el primero que en-

(1) Tal fué la gloriosa muerte del ilustre prelado, del generoso apóstol catalan Fr. Pedro Mártir Sans, despues de haber anunciado el Evangelio á los chinos por espacio de treinta y tres años, despues de haberles curado los males del cuerpo y del alma, de haberles enjugado sus lágrimas y de darles el ejemplo de todas las virtudes. No contento con indicar á sus ovejas el camino del sacrificio que debian seguir para llegar á la inmortal Sion, quiso él mismo servirles de guia para que pudiesen seguirle con paso mas firme y seguro. Por su saber, su virtud, y sobre todo, por su glorioso martirio, fué el P. Pedro Mártir Sans uno de los hijos que mas lustre dieron á la religion dominicana. (Nota del Trad.)

cuentra para vengar el suplicio que se le ha hecho sufrir; así es que, cuando va á darse el golpe de muerte á la víctima, todos los chinos huyen precipitadamente para evitar aquel fatal encuentro. Nadie empero juzgó animada de venganza al alma del venerable prelado; por lo que todo el pueblo despues de haber muerto aquel, fué á contemplarle de cerca; ni el verdugo siquiera quiso lavarse las manos teñidas en su sangre, sino que fuese corriendo á su casa, y frotando con ella la cabeza de sus hijos, les dijo: «¡Que la sangre del santo os bendiga!» Desde luego rompió sus ídolos y no adoró ya mas que al verdadero Dios, merced á la intervencion poderosa del obispo mártir; además, llevó á su casa la piedra que habia servido para la ejecucion, y grabó en ella estas palabras: «Es la piedra desde la que el respetable mártir *Pé* subió al cielo.» Como se le dijese que los que siguiesen su doctrina sufririan el mismo suplicio: «Tanto mejor, contestaba, contándose ya en el número de los cristianos, asi irémos todos juntos al cielo.» Sabiendo el mandarin que guardaban los cristianos con respeto el cuerpo del mártir, hizo trasladar su féretro al punto en que eran depositados los cadáveres de los ajusticiados; y á pesar de haber trascurrido algunos dias, se vió que ni aun el rostro del mártir habia perdido el color; querian los idólatras quemar sus restos sagrados, pero lograron los cristianos evitar aquella última profanacion.

Poco tiempo despues del martirio del obispo de Mauricastre, marcaron los idólatras en el rostro de los otros cuatro dominicos y el catequista Ko, dos caractéres chinos que indicaban la clase de suplicio á que habian sido condenados. A pesar de las privaciones que sufrian los confesores y de su próxima muerte, notábase siempre en ellos una dulce calma que convertia en delicias los horrores de sus calabozos, segun se desprende de la siguiente carta, escrita por el obispo de Tipasa al P. Arcángel Miralta: «¿Cómo no ofrecer de buena voluntad á Jesucristo, nuestro salvador, lo poco que por él sufrimos? Por precioso que fuese el don que Vuestra Reverencia me ofreciese, dejaria de aceptarle, sino lo hacia de buena gana y con la mejor voluntad. Así pues, al ofrecer á Jesucristo mi pobre cabeza, debo hacerlo con el mayor placer.» Todos los dominicos y el catequista Ko fueron estrangulados á los pocos dias en su propia cárcel en la tarde del 27 de octubre de 1748.

La familia de San Ignacio tuvo tambien sus mártires como la de Santo Domingo. Bajo la proteccion de Francisco Destaroza de Viterbo, obispo de Nan-king, dirigian ocho jesuitas en aquella provincia á unos sesenta mil cristianos. Era su superior Antonio José Henriquez, quien desde Lisboa, su patria, habia pasado á China con un embajador que el rey de Portugal envió á Young-tching. Las relaciones que contrajo Henriquez en Macao con los misioneros que iban á recorrer los dos imperios chino y anamita, hicieron nacer en su corazon el deseo de consagrarse á la vida apostólica. Dócil pues á las impresiones de la gracia, fué recibido Henriquez el dia 25 de diciembre del año 1727 en la Compañía de Jesus, siendo destinado algunos años despues á las misiones, que tanto habian escitado en él la caridad y el celo en favor de los chinos. Tristan de Athemis, entró en la Compañía el mismo dia que Henriquez el año 1725; profesó el 2 de febrero del año 1740, y le fué confiada la cátedra de filosofía, que desempeñó á entera satisfaccion de sus superiores. Deseoso empero Tristan de emplear su talento en bien de las misiones, se dirigió á Macao el año 1744, de donde salió al año siguiente para la provincia de Nanking; apenas acababan de llegar á ella Henriquez y Athemis, cuando fueron presos y conducidos á Sou-tcheou, donde se les formó causa. Habiendo sido condenados á la pena de muerte y recibido su sentencia la sancion imperial, entró el carcelero, seguido de un verdugo en su calabozo el dia 12 de setiembre del año 1748, y despues de haber arrojado la paja que contenian los jergones de los mártires, se presentó otro verdugo pro-

visto de cuerdas que les dijo en tono de mofa: «Vamos á enviaros á vuestro paraíso, para que goceis en él la eterna dicha que os está prometida.» Insiguiendo la costumbre de la China, se dió de comer á los confesores antes de la ejecucion; pero como no probasen los misioneros cosa alguna, los verdugos les ataron las manos y la cuerda al cuello, sin concederles mas que el tiempo necesario para que pudiesen los dos mártires reconciliarse; luego fueron estrangulados. Cuando un año mas tarde se procedió á la exhumacion de sus preciosos restos, se vió que estaban en el mas perfecto estado de conservacion. El obispo de Nankin, que durante la persecucion quiso participar siempre de todos los peligros que amenazaban á su rebaño amado, alcanzó el dia 2 de marzo de 1750 una santa muerte, fruto de una larga serie de privaciones y sufrimientos soportados con noble constancia.

Imposible nos es referir aquí todos los estragos que causó la persecucion en muchas comuniones cristianas, en cambio de las que no tardó el cielo en hacer estallar su justa cólera sobre los perseguidores, por medio de terribles castigos que no permitieron desconocer el brazo vengador que los fulminaba. Tales fueron un hambre cruel que asoló á la vez diferentes provincias del imperio, una guerra sangrienta, seguida de terribles y frecuentes reveses, la muerte del príncipe heredero, hijo único de la emperatriz, y la de esta, seguida de otros muchos castigos no menos ejemplares. Veamos ahora los castigos particulares que sufrieron los que tuvieron una parte mas ó menos directa en la persecucion suscitada contra la Iglesia. El primer ministro, consejero y favorito de Khian-loung, autor del edicto de proscripcion, despues de habérsele destinado al ejército de simple soldado, luego se le condenó á muerte. El virey del Fo-kien, perseguidor encarnizado del venerable obispo de Mauricastre y de sus compañeros, fué condenado tambien á la última pena por haber cometido la imprudencia de hacerse rapar la cabeza á la muerte de la emperatriz, espiando de este modo los atentados cometidos contra la religion y sus ministros. El virey de la provincia de Nanking, á consecuencia de una revolucion promovida por la carestía de comestibles, no solamente fué destituido, sino que se le condenó á presidio y á hacer todas las mecánicas á que están sujetos los penados, sin ninguna consideracion al alto puesto que antes ocupára. Mientras que el cielo vengaba de este modo á la inocencia oprimida con la muerte de sus perseguidores, la religion celebraba el triunfo de sus mártires con toda la pompa que requieren las fiestas mas solemnes.

El dia 16 de diciembre del año 1750 los jesuitas de Peking, anunciaron al emperador la llegada de tres de sus compañeros, añadiendo que sus vastos conocimientos en las ciencias de Europa podrian servirle de mucho. Como el príncipe autorizase desde luego á los tres religiosos para dirigirse á la córte, entró el P. Amiot el dia 22 de agosto del año 1751 á Peking, de cuya ciudad no salió ya hasta la muerte. A los rápidos progresos que hizo en las lenguas china y tártara, debió aquel conocimiento profundo que adquirió sobre la historia, las ciencias y la literatura de la China.

La acogida que se dispensó á los tres jesuitas, demuestra la facilidad con que pasaban los apóstoles del temor á la esperanza; no se crea que fuese aquella vez mas duradera su prosperidad. Como fuesen interceptadas las cartas que dirigia el Padre Du-Gad, superior de los jesuitas franceses, á los misioneros que estaban á sus órdenes, se avivó el fuego de la persecucion, viéndose obligado el mismo superior á ir siempre oculto, sin hallar en parte alguna un asilo seguro. Cierto dia en que habia agrupados algunos idólatras junto á su barquilla, pidiendo á voz en grito que les fuese entregado el misionero, iban ya sus guias aterrados á acceder á ello, cuando tuvo Du-Gard la feliz inspiracion de presentarse ante sus enemigos, diciendo: «¿Qué pruebas teneis para creer que haya aquí un estranjero oculto? Miradme bien, y juzgad si he sido nunca europeo.» Al oir estas palabras, se retiraron los infieles confundi-



dos, dejando al apóstol la libertad de alejarse; despues de haber hecho el P. Du-Gad su viaje á China á la edad de sesenta y dos años, sin poder lograr ser admitido en Peking, debia pasar aun cerca de treinta años entregado á pesadas escursiones evangélicas, teniendo por último que abandonar aquel pais, objeto de sus mas ardientes deseos, y reembarcarse en Canton á 10 de enero de 1770. Fueron detenidos en la provincia de Nanking cinco jesuitas portugueses, quedando algunos de ellos muy mal parados, de resultas de los tormentos que tuvieron que sufrir.

El emperador, durante cuyo reinado eran ejercidas aquellas crueles persecuciones, continuaba utilizando los conocimientos de los misioneros. «Para complacerle, escribia el jesuita Amiot, el difunto P. Chalier inventó el famoso reloj de las vísperas, obra que hasta en Europa seria considerada como una maravilla, ó cuando menos por una obra maestra en el arte; para él inventó el P. Benoist la célebre máquina del valle de San Pedro, á fin de procurar vistosos juegos de agua que embelleciesen los jardines de su palacio europeo, construido bajo la direccion del hermano Castiglione. Para complacerle acababa tambien el hermano Teobaldo de construir un leon autómata, que dá como unos cien pasos al igual que los verdaderos leones que representa, ocultando cuidadosamente en su seno todos los resortes que le dan movimiento. Es verdaderamente asombroso que ese humilde hermano Teobaldo, con sus limitados conocimientos en el arte de relojería, haya podido inventar una máquina que encierra todo cuanto hay de mas difícil y complicado en la mecánica. Tambien el P. Segismundo, misionero de la Propaganda, ha emprendido para complacer al Príncipe, la confeccion de otro autómata, que debe tener la forma humana, y andar como los hombres; si logra dar cima á su obra, como no lo dudo, es muy probable que el emperador le mande dar despues á su autómata nuevas facultades animales: «Le has hecho andar, le dirá, luego puedes hacer tambien que hable.» Y cuando el emperador dá una órden, debe cumplirse á todo trance, por mas que hayan de vencerse imposibles; porque á fuerza de oirse honrar con el pomposo título de *hijo del cielo*, ha llegado el emperador casi á creerse que es omnipotente. El gusto de este príncipe, varia casi como las estaciones; al principio era admirador de la música y de los juegos de agua, y hoy absorven toda su atencion la maquinaria y los buques; solo en la pintura ha manifestado hasta el presente una aficion constante.» Hé aquí porque los hermanos Castiglione y Attiret conservaron su aprecio; á instancias de la emperatriz madre, hizo aceptar al primero el mandarinato; tambien quiso nombrar mas tarde á Attiret mandarin del Ge-hol, sitio imperial de Tartaria, donde va el emperador á entregarse á los placeres de la caza, y en el que tiene palacios y jardines tan hermosos como los del mismo Peking. Véase la sencillez con que refiere Attiret en una de sus cartas aquel incidente de su vida: «A las seis de la tarde se me ha presentado el tsoang-koan, encargado de mis obras, diciéndome: «¿Cómo es que no se os haya comunicado la órden del emperador?» Contesté al eunuco que no sabia á qué órden se referia. «El emperador acaba de nombraros mandarin con el título de Lang-tchoung, dijo, y el ministro habria debido comunicaros ya la órden; es probable que lo haga esta noche.» Con efecto, serian como cosa de las nueve cuando se presentó el ministro á palacio y me hizo llamar; al verme me dijo: «Ta-hi (os felicito) por haberos nombrado el emperador mandarin de cuarto órden.» Entonces le supliqué interpusiera su influencia cerca del emperador, á fin de que S. M. se dignase retirarme aquel título; pero él de ningun modo quiso consentir en ello, diciéndome que así como el hermano Castiglione y otros europeos lo habian aceptado, podia yo tambien aceptarle del mismo modo. Y como aun yo insistiese, me interrumpió el ministro diciéndome, que no se me relevaria del mandarinato, aun cuando no fuese mas que por la repugnancia que mostraba en aceptarlo. Cuan-

do al dia siguiente iba el ministro á salir para el palacio imperial, le reiteré las súplicas que le habia hecho ya la víspera, y él me contestó que no tenia el emperador la intencion de mortificarme en lo mas mínimo; pero que ya le hablaria de modo que no tomase á mal mi resistencia. Habiéndome dirigido yo pocas horas despues á palacio, el emperador me hizo llamar para que le viese tirar el arco; llegando yo al mismo tiempo que él al punto que me habia designado. Al verme, me dijo con amabilidad: « Ven, ven, acércate para verme tirar la flecha, y quédate conmigo para ver cuanto ocurra; » hallábanse con él todos sus hijos y los grandes de su imperio. Despues de haber tirado algunas flechas, me miró atentamente, y como no viese en mi gorro la señal usada por los mandarines, preguntó al ministro si me habia comunicado sus órdenes, á lo que contestó este afirmativamente diciéndole entonces las razones en que yo me apoyaba por no aceptar el nuevo título. El emperador solo contestó con un *hong;* terminada la ceremonia, me dirigí á la habitacion del palacio en que acostumbraba trabajar, y á la que no tardó en presentarse el emperador. Al arrojarme á sus plantas para darle gracias, segun la costumbre del pais, por el beneficio que acababa de dispensarme, me dijo: « ¿Con qué no quieres ser mandarin? ¿Qué es lo que te impide aceptar este cargo? V. M. sabe la causa, le contesté. » Luego de entrar en la sala vió su retrato, al que halló muy parecido, si bien me hizo retocar en él alguna cosa; en seguida se sentó, mandándome á mí que hiciese otro tanto, y que me cubriese para estar con mas comodidad. Mientras estaba haciendo en el retrato las variaciones que él me habia indicado, volvióme á hablar del mandarinato diciéndome: « ¿Por qué no quieres ser mandarin? ¿Por ventura el hermano Castiglione y los demás europeos que están en el tribunal de astronomía, no son religiosos como tú? » Entonces le contesté que el hermano Castiglione era mandarin á pesar suyo, y que los otros solo lo eran por pertenecer á un tribunal. « Pues bien, repuso el emperador, tú tambien pertenecerás á uno de los tribunales. — No sé el chino con bastante perfeccion, para poder hablar y darme á comprender fácilmente, le contesté, ni mucho menos para entender á los demás. » Esta contestacion debió al parecer satisfacerle, puesto que pasó á otra cosa, y á Dios gracias, se me ha dejado desde entonces en paz, no volviéndoseme á hablar de este asunto. Convencidos los jesuitas de que creia el emperador hacer por ellos cuanto le era posible, honrándoles de esta manera, procuraban evitar en lo posible aquellos honores, á fin de poder hablarle con mas libertad siempre que las circunstancias lo exigiesen. Hombres como ellos no podian considerar que fuese el mandarinato una gracia, ni mucho menos pensaban hallar la gloria de Dios en lo que solo habria podido ser la satisfaccion del amor propio, caso de que hubiesen deseado la dignidad que se les concedia. La conducta observada por el hermano Attiret en aquella ocasion, fué la admiracion de los idólatras, quienes no cesaban de ponderar su desinterés, y de gran utilidad para los nuevos cristianos que, solo vieron en aquel acto de generosa abnegacion, el efecto de la virtud que lo habia inspirado.

El ministro preguntó al hermano Attiret si llegaria á noticia del rey de Francia el que el emperador hubiese nombrado mandarin á uno de sus súbditos; basta esta pregunta para indicar el esplendor que procuraban los misioneros dar al trono de Francia en aquellos remotos paises. Demuéstralo asimismo el modo favorable con que los letrados hablaban siempre de su pais á los misioneros. « Vuestro precioso reino, les decian, es la China de Europa: todos los demás Estados se creen en el deber de seguir vuestros usos, vuestras máximas y vuestros ritos. « Lo que contribuyó tambien en gran manera á dar á los chinos una alta idea de la Francia, dice el P. Amiot, fué el ver que habian sido construidos en aquel reino casi todos los objetos de lujo que habia en el palacio del emperador y los de los grandes de su córte, de modo que puede decirse que hay tantas flores de lis en el palacio

imperial de Peking como en el Louvre y en Versalles.» Además, habia algunos jóvenes chinos que habian podido admirar la civilizacion francesa, por haber sido enviados á Paris por los jesuitas á seguir sus estudios, á fin de que les pudiesen secundar un dia en las tareas del apostolado. Cuando en 1762 rugió la tempestad sobre la cabeza de los jesuitas, tomó bajo su proteccion el ministro Bertin á los jóvenes que enviaron á Paris, poniéndoles en un seminario para que terminasen la teologia, y haciéndoles recorrer despues las principales ciudades del reino, á fin de que se pusiesen al corriente del estado en que se hallaban en Francia la industria y las artes, antes de que regresasen á China. Al llegar aquellos jóvenes á su patria, buscaron un asilo en una casa francesa; y el P. Benoist escribió al ministro Bertin el modo con que habia dispuesto de los presentes de que eran aquellos jóvenes portadores, asegurándole haberlo hecho lo mas convenientemente para asegurar el bien de la religion y el honor y la gloria de la Francia.

Los hermanos Castiglione y Attiret debian terminar su carrera en una misma época. Cuando Khiang loung supo que el primero habia cumplido ya setenta años, quiso recompensar sus largos servicios, honrándole de un modo público y solemne; consistió aquella honra poco comun en regalarle seis piezas de tela de seda finísimas, un rico traje, un collar de ágata y una carta escrita por el mismo emperador, en la que ensalzaba mucho las virtudes del humilde religioso. Todos estos regalos, dispuestos en uno de los palacios de verano del emperador, situado á alguna distancia de la capital, fueron trasladados á Peking en andas por ocho hombres que vestian la librea imperial, precedidos de una numerosa música, que como todas las de aquel pais, atronaba los oidos de millares de espectadores; luego seguian detrás cuatro mandarines á caballo, y un magnate de la córte, encargado de dar cumplimiento á las órdenes del emperador. Al llegar aquel numeroso cortejo á las puertas de Peking, se pusieron las guardias sobre las armas, y destináronse algunos soldados para abrir la marcha y contener al inmenso pueblo que de todas partes acudia para presenciar aquel acto imponente. Despues de haber recorrido el cortejo dos largas calles que tenian mas de hora y media, llegó al colegio de los jesuitas portugueses, y en el que estaban adornados el frontis, las puertas y los patios de piezas de damasco y de banderas. Todos los misioneros de las tres casas de la Compañía estaban reunidos en él, y admitieron con todas las ceremonias que el caso requeria, los ricos presentes hechos á uno de sus hermanos. Muy poco sobrevivió empero el hermano Castiglione á aquellos honores, puesto que murió el mismo año 1768 en que les recibiera, á la avanzada edad de setenta años. El hermano Attiret contaba sesenta y seis, cuando espiró el dia 8 de diciembre del año 1768; durante su enfermedad dijo aquel humilde religioso: «¿Sabéis lo que pienso al verme en las calles de Peking en medio de un pueblo numeroso que me obstruye el paso? Os lo diré francamente: *Eres casi el único que conoce aquí el verdadero Dios.* ¡Cuántos hay en este mundo que no tienen la misma dicha! ¿Qué has hecho para atraer de este modo sobre tí las gracias del Señor?» Pocos momentos antes de espirar, esclamó Attiret con trasporte: «¡Qué hermosa devocion la que se enseñaba en los noviciados de nuestra Compañía!» Se referia á la devocion de la Santísima Vírgen; teniendo la dicha de morir el dia de su Inmaculada Concepcion. «El emperador, dice el P. Amiot, en recompensa de los antiguos servicios que le prestó Attiret, dió doscientos taels, equivalentes á mil quinientas libras francesas, para sus funerales. El quinto Régulo, hermano único del emperador, hizo informar varias veces á su hijo del estado del religioso durante su enfermedad, y despues de su muerte, del dia en que se verificaria el entierro, para enviar al primero de sus eunucos á llorar en su nombre ante el féretro, y acompañar luego los restos de Attiret á su última morada. Solo despues de mu-

chas súplicas, logramos evitar cumpliese el enviado del príncipe con una triste ceremonia que nunca podiamos agradecer debidamente al príncipe que la habia dispuesto.» Unicamente quedaron en China dos pintores, uno de los cuales era un jesuita aleman, llamado Ignacio Sikelpart.

El hermano Bazin, poco antes médico de Thahmas-kouly-khan, llegó el año 1767 á Canton, para dirigirse á Peking; pero no se le permitió pasar mas adelante. Hacia aquella misma época cayó enfermo el quinto hijo de Khiang-loung; por lo que se preguntó á los jesuitas si conocian á algun europeo que estuviese versado en la medicina; saliendo, en virtud de su contestacion, un correo en busca del hermano Bazin. Como no se permitia la permanencia de ningun estranjero en Canton despues de haberse alejado los buques europeos; y como por otra parte Macao habia dejado de ser en aquella época un asilo seguro para los jesuitas, acababa de dirigirse el hermano Bazin con el P. Lefèbvre, superior general de las misiones de la Compañía, á la isla de Francia. A la llegada del correo imperial, todo Canton se puso en movimiento para buscar al hermano coadjutor, queriendo los mandarines obligar á los portugueses residentes en Macao á que descubriesen el paradero del religioso; en la imposibilidad empero de hallársele, se escribió al Indostan y hasta á Europa para hacerle volver. Muy lejos estaba en verdad el humilde religioso de pensar si quiera en las investigaciones de que era objeto, cuando el buque que conducia al P. Ventavon á China, le tomó en la isla de Francia y volvió á conducirle á Canton, de donde salieron los dos religiosos para Peking á 18 de octubre del año 1768. El P. Ventavon fué colocado cerca del emperador en calidad de relojero ó maquinista; encargósele al poco tiempo que hiciese dos autómatas, que andasen, llevando en la mano un pequeño tiesto de flores. De acuerdo con el superior de los jesuitas franceses en Peking, obtuvo aquel religioso que se permitiese al P. Lefebvre residir en Canton; hizo así mismo el emperador algunas otras concesiones que indicaban ir siempre en aumento el aprecio y confianza que le inspiraban los jesuitas. «Cuanto mas avanza en edad, escribia el P. Ventavon, mas quiere el emperador á los europeos; tanto él como los grandes de su imperio confiesan que nuestra religion es buena, y que solo se oponen á su predicacion por razones de política que no pueden desatender por no turbar la paz en sus estados. Además, saben las numerosas conquistas que los europeos han hecho en las Indias, y temen que hagan otro tanto respecto á la China; si pudiésemos desvanecer en ellos este temor, no tardaríamos en alcanzar toda la libertad que deseamos para difundir las santas doctrinas del Evangelio.»

Las sospechas que inspiraba el cristianismo, por el mero hecho de ser europeos los encargados de predicarle, dieron orígen en el mes de noviembre del año 1768 á una nueva persecucion que duró hasta el mes de febrero del año siguiente, y aun mucho mas en varios puntos; puesto que en el Sse-tchouan, dirigido por Pottier, obispo de Agathópolis, empezó aquella persecucion por el sacerdote Gleyo del seminario de las Misiones Estrangeras, y se prolongó hasta el año 1777. Cuando Gleyo fué reducido á prision, el obispo de Agathópolis se refugió á la provincia de Chen-si; procurándole aquel viage el medio de hacerse consagrar por el obispo italiano de aquel vicariato. Pedro Marcial Cibot, natural de Limoges, que llegó á Macao en el año 1769, uno de los jesuitas mas sábios de Peking, dice que todos los misioneros habrian sido espulsados del Celeste Imperio, á no haber sido la proteccion que les dispensaba Khianloung, por conocer mejor que nadie la falsedad de las acusaciones dirigidas contra ellos, y á no haberse hecho un deber de protegerles y conservarles en sus estados. «Durante la persecucion de este año (1771), que ha durado cerca de seis meses, añade Cibot, se ha publicado un edicto, por el cual se prohibe la religion cristiana como contraria á las leyes

del imperio, al paso que se declara en el mismo edicto que no contiene nada falso ni perjudicial. El emperador, los ministros, los grandes, todos están tan convencidos de ello, que no han querido condenar á muerte á ningun cristiano: solo se han propuesto intimidarles. » En el año 1772 estalló no obstante la persecucion con violencia en el Koueitcheou, y pronto se conocieron tambien sus tristes efectos en la parte oriental del Ssetchouan.

El dia 12 de enero del año 1773 llegaron á Peking dos nuevos jesuitas, á saber: el P. Mericourt, bajo el título de relojero, y el hermano Pansi en calidad de pintor. Khianloung dispuso que fuesen inmediatamente admitidos, para que pudiesen entregarse uno y otro al ejercicio de su profesion; en su virtud, el P. Mericourt fué destinado á la relojería al lado del P. Arcángel, carmelita descalzo, misionero de la Propaganda, y del P. Ventavon, jesuita; mientras que el hermano Pansi debia contribuir con los PP. Damasceno y Poirol á terminar seis hermosos cuadros. Los dos nuevos misioneros habian llevado un telescopio de reflexion y una máquina neumática, de la que fué el P. Benoist el primero en dar á conocer sus efectos al emperador, que se complacia despues en esplicarlos á sus cortesanos. Esta circunstancia nos obliga á completar aquí la biografía de Miguel Benoist. A fin de satisfacer este la curiosidad del emperador, que sin cesar le preguntaba acerca de la geografía, le hizo un *mapa-mundi*, que tenia doce piés y medio de longitud sobre seis y medio de altura; habia en él todos los paises nuevamente descubiertos, y solo habia de continuar los que han suprimido nuestros modernos geógrafos, restableciendo de este modo en aquel mapa la verdadera posicion de muchos puntos. Escribió además una *Memoria*, en la que despues de haber dado las esplicaciones necesarias acerca de los globos terráqueo y celeste, esponia los sistemas modernos acerca del movimiento de la tierra, el de los planetas, y en particular el de los cometas; luego hacia tambien mencion de todo cuanto se habia practicado en Europa para perfeccionar la astronomía y la geografía; de los hombres observadores que habian sido enviados á varios puntos del globo; de los viages hechos al polo y al ecuador para la medida de un grado del meridiano, etc. Fué entonces nombrada una comision, compuesta de letrados y miembros del tribunal de matemáticas, para examinar aquel mapa que, despues de haber sido objeto durante dos años de vivas discusiones, acabó por merecer la aprobacion unánime de sus jueces. Khiang-loung mandó entonces que se hiciese una copia de aquel mapa, para conservar el original en su palacio y depositar la copia en el archivo que contenia las cartas geográficas del imperio. Hácia aquella misma época se hizo un mapa general del imperio chino, que contenia todos los paises limítrofes; y aunque el grabado sobre el cobre no fuese conocido en China, quiso Khiang-loung que fuese el nuevo mapa grabado sobre planchas de aquel metal, bajo la direccion del P. Benoist. El misionero que no tenia ningun conocimiento en el arte de grabar, vióse obligado á recurrir á las obras de Europa, para estudiar el modo de grabar al buril; luego le fué preciso enseñar á grabar, inventar prensas al tórculo para imprimir los grabados, y amaestrar á los que debian hacer uso de ellas. El mapa general que debia grabarse contenia ciento y cuatro hojas, de dos piés y dos pulgadas de ancho sobre un pié y dos pulgadas y media de largo cada una; y sin embargo, fueron grabadas todas ellas con una prontitud y precision que dejaron asombrado al misionero. Luego á fuerza de precauciones, se logró imprimir un ejemplar, que fué presentado al emperador, el cual mandó que se imprimiesen hasta cien ejemplares, necesitándose para ello diez mil cuatrocientas hojas de papel. En breve debió ocuparse el P. Benoist en otra impresion que era aun mucho mas difícil que la anterior. Habia enviado Khiang-loung á Francia diez y seis magníficos dibujos de batallas, que fueron grabados á espensas de Luis XV, bajo la

direccion de Cochin ; y luego acompañados de sus dibujos originales y de doscientos ejemplares impresos, fueron enviadas aquellas planchas nuevamente á la China. Al llegar á Pekin en el mes de diciembre del año 1772, quiso el emperador que sus operarios, dirigidos por el P. Benoist, sacasen de ellas nuevos ejemplares ; pero como no se trataba ya de la impresion de un simple grabado como el del mapa general, sino de un trabajo fino y delicado, tuvo que adoptar el misionero muchas precauciones, tales como la de inventar una nueva prensa, mojar el papel, componer una nueva tinta y enjugar cuidadosamente la plancha, á fin de no alterar en lo mas mínimo la delicadeza del grabado y obtener una impresion clara y que revelase hasta el menor de los detalles en él contenidos. De este modo se obtuvieron ejemplares, que si bien no eran como los de Paris, demostraban no obstante la inteligencia de los operarios chinos. Tal fué el último trabajo que hizo en China el P. Miguel Benoist, víctima de una apoplegía, que solo le dió el tiempo necesario para recibir los sacramentos, llevándole al sepulcro el dia 23 de octubre del año 1774. Khian-gloung costeó sus funerales, y dijo ante toda su córte : «Era un hombre de bien, y muy celoso para mi servicio ; » palabras que habian hecho ilustre á todos los descendientes del finado, si hubiese sido este un tártaro ó un chino.

Cuando en el año 1774 se supo en Peking el breve que suprimia á la Compañía de Jesus, se notó en el emperador y en varios magnates de su córte una impresion dolorosa. El Rdo. Mouly, lazarista, que ha visitado, á una legua de aquella ciudad, el cementerio de los jesuitas franceses, hablando del antiguo refetorio de aquella casa, decia en 1835 : « Aquella misma sala que se habia visto en otro tiempo adornada con un gran número de retratos de eminentes jesuitas, no conserva hoy dia mas que dos de ellos, por haber desaparecido todos los demás en medio de los desastres de la persecucion. Los dos retratos que aun se ven en ella, son los de los PP. Parrennin y Bourgeois: están colocados en cada lado de un largo epitafio escrito por el P. Amiot, en nombre de todos sus hermanos, cuando supieron que acababa de ser su ilustre Sociedad disuelta en Europa. Aunque no estoy dotado de una esquisita sensibilidad, mi corazon se conmovió profundamente, y surcaron mi rostro abundantes lágrimas á la simple lectura de aquel epitafio. Está escrito en latin ; á pesar de la consistencia del papel y de estar pegado á una plancha de madera, el tiempo y la humedad han borrado por desgracia como unas tres líneas ; hé aquí el contenido de aquel epitafio : Aquí yacen varios misioneros franceses pertenecientes á la célebre Sociedad, hoy tan perseguida, que en todas partes enseñó y promovió el culto debido al verdadero Dios. Como hijos sumisos de la iglesia católica, no hubo peligro á que no se espusieran para procurar su triunfo ; despues de haber hecho brillar la antorcha de la fé en estas regiones, no pararon hasta hacer florecer en ellas las ciencias y las artes. En cambio, hallaron en esta tierra estraña la paz de que carecen sus hermanos en el suelo que les vió nacer. Orad por todos ellos.

«No me atrevo á hablaros de nuestras desgracias, escribia el superior de los jesuitas franceses residentes en Peking á uno de sus amigos ; á pesar de toda la resignacion, puedo aseguraros que tengo el corazon desgarrado ; apuremos empero hasta las heces el cáliz de amargura. Dichosos nosotros, si animados de los generosos sentimientos del apóstol de las Indias y el Japon, sabemos decir con él : « amplius, Domine, amplius. » Entre los infinitos males que nos agovian, ninguno nos ha sido tan sensible como el que esperimentamos en el mes de febrero del presente año 1775. Habia en el colegio una magnífica iglesia, construida á la europea, cuyo monumento augusto de la piedad y celo de los príncipes cristianos, dominaba esta magnífica ciudad, y anunciaba á su modo la gloria del verdadero Dios. No tenia el oriente nada tan bello y tierno. El dia ó fiesta de Santa Catalina de Ricci,

tia del respetable y santo anciano del mismo nombre que hay en el castillo de San Angelo, fué el P. Suno á celebrar en ella la última misa, una hora antes de la en que acostumbran á comer los chinos. Apenas pudo terminar el santo sacrificio, tan fuerte era el olor que se sentia; así que hubo entrado en su cuarto, oyó ya el espantoso grito de «fuego, hay fuego en la iglesia.» Era empero ya tan violento el incendio, que en menos de una hora quedó el templo enteramente arruinado. Al dia siguiente mandó el emperador á sus ministros que se informasen de lo que su abuelo Khang-hi habia dado para la construccion de la iglesia que acababa de ser presa de las llamas; y como se le dijese que dió Khang-hi un *ouan*, cuya suma equivale á la de setenta y cinco mil libras francesas, Khian-loung nos hizo entregar la misma para la reconstruccion de la iglesia. Aquella gracia fué pronto seguida de otra que era aun mucho mayor; habia en la iglesia tres grandes y magníficas inscripciones, hechas por el mismo emperador Khang-hi con su pincel rojo, lo que es el mas rico presente que puede hacerse, y del que solo se conoce el precio al ver el caso que hacen de él los chinos. Tenemos una de esas inscripciones imperiales escrita en tres caractéres, que es una frase atenta que dirigió Khang-hi al P. Parrennin, colocada en el salon en que acostumbramos recibir á los grandes; y he visto á un príncipe de la sangre descubrirse ante ella y retirarse por respeto á un ángulo del salon. Segun las costumbres del pais, es siempre una falta el perder alguno de aquellos presentes, falta que es preciso confesar al emperador; en su virtud, presentaron los PP. del colegio un escrito al emperador, suplicándole se dignase perdonarles la falta que tan involuntariamente habian cometido. El emperador les recibió con aquel aire benévolo que le es tan familiar cuando quiere, y les perdonó como se perdona siempre una falta que se sabe ser involuntaria; luego para reparar su pérdida, mandó á su antiguo ministro, que lo era entonces del imperio, que preparase bellas inscripciones para la nueva iglesia. «Quiero escribirlas yo mismo, añadió el emperador; las escribiré con mi pincel rojo.» Tan pronto como se supo esta noticia, todo el mundo fué á felicitar á nuestros padres; hasta hubo algunos cristianos que consideraron como una verdadera dicha el siniestro ocurrido. Desde entonces estamos mas tranquilos, porque se está reconstruyendo la iglesia, que no será menos grande y magnífica de lo que antes lo era. Por mas que procuremos ocultar en lo posible nuestras desgracias, siempre llegan á saberlas nuestros neófitos, que se muestran inconsolables; si bien evitan á su vez hablarnos de sus males y de los nuestros, por no contristar mas nuestro ánimo. Han llegado de diferentes provincias para celebrar aqui las fiestas de Pascua mas de doscientos cristianos; su fervor nos ha enternecido tanto mas, cuanto que nos ha sugerido la idea de que es probable sigan siempre del mismo modo.... ¡Vana esperanza, sino se procura reemplazarnos en breve! ¡Qué hombres los Loppin, los Roy, los Beuth, los Forgeot y tantos otros como nuestra provincia ha procurado á la China! Cuando hace ya muchos años les vimos partir, no nos cansábamos de admirar su piedad, su celo, su abnegacion, su recogimiento y aquel espíritu interior que les hacia tan fácil la práctica de todas las virtudes. Yo tuve la dicha de seguirles sin tener su perfeccion cristiana, y he visto que desde que estoy aquí, lejos de desmentirse en ellos, ha ido siempre en aumento; puesto que despues de haber llenado una carrera útil y gloriosa á la religion, murieron santos. Ya que no faltan buenos misioneros entre los religiosos y sacerdotes que han querido participar de los sufrimientos y trabajos de la Compañía, que no se tarde en enviarnos á algunos. ¡Dios mio! ¡Cuántas almas van á caer nuevamente en las tinieblas de la idolatría! ¡Y cuántas, á no faltarnos operarios, podrian salir de ellas! Aquí, Dios mediante, aun podremos sostener algunos años la fé, merced á nuestro modo de vivir y á la proteccion que se nos dispensa en palacio;

pero no somos inmortales, y cuando faltemos, volverá Peking á seguir la desgraciada suerte de las demás misiones.»

Félix de Rocha, antiguo jesuita portugués, presidente á la sazon del tribunal de matemáticas, fué encargado en el año 1774 de ir á formar en el Tibet la carta geográfica de una provincia nuevamente conquistada por los chinos, atravesando con este motivo el Ssetchouan, en el que continuaba aun la persecucion, y donde logró la libertad el sacerdote Gleyo, preso desde el año 1769. A los primeros años de su cautiverio recibió aquel misionero grandes favores del cielo, puesto que comulgó un dia miraculosamente en su cárcel, y luego le fué revelado todo lo que habia de acontecerle en su largo cautiverio. Restituido nuevamente en el año 1777 á los cristianos que antes habia evangelizado, solo pensó en sostener y aumentar su fé hasta que le sorprendió la muerte el dia 6 de enero del año 1786. A instancias de otro jesuita, Khian-loung permitió al procurador de la Congregacion de la Propaganda residir en Canton, donde se habia visto obligado á buscar un asilo para librarse de la persecucion de ciertos portugueses, que pretendian cerrar las puertas del Celeste Imperio á todos los apóstoles de las demás naciones.

En el mes de agosto del propio año 1777, quiso Khian-loung dar una nueva prueba de su benevolencia á los antiguos jesuitas. Habiendo recibido Ignacio Sikelpart la órden de ir á retocar un cuadro en uno de los reales sitios, el emperador aparentó creer por primera vez que la mano del pintor temblaba. «¿Qué edad teneis? le preguntó. — Setenta años. — ¿Por qué no lo habeis dicho antes? ¿Acaso ignorais lo que hice por el hermano Castiglione cuando llegó á esa misma edad?» Con efecto, el dia 21 de setiembre se repitió la misma ceremonia de que hemos hablado antes en honor de Sikelpart, en una ocasion tanto mas oportuna, cuanto que habia entonces en Peking un concurso de diez mil letrados de todas las provincias, que habian de recibir grados superiores, y que estaban destinados á ser un dia mandarines de las ciudades de China. Los honores que á su vista fueron tributados á un misionero, es innegable que podian contribuir á que mirasen en lo sucesivo con mas respeto al cristianismo.

Por desgracia fueron desapareciendo uno á uno todos los antiguos jesuitas: Cibot, que llevó su modestia hasta el punto de no querer publicar bajo su nombre ninguna de sus obras, murió en Peking el dia 8 de agosto del año 1780. Jacobo Francisco María Dollieres, que nació en 30 de noviembre del año 1722, fué admitido en la Compañía de Jesus el año 1744, partió para la China con Cibot en el año 1758, y murió el dia 24 de diciembre del año 1774. «Misionero incansable, dice de él Bourgeois, consagraba el dia al ejercicio de buenas obras, y sus noches al estudio; y solo por un favor especial del cielo no sucumbió antes á sus contínuas fatigas. Cuando poseyó las lenguas tártara y china, se dedicó á la astronomía, sin dejar por esto de catequizar en menos de un año á muchos indígenas y de oir mas de tres mil confesiones. Se nos considera aquí como dependientes del palacio imperial, por lo que nunca podemos salir de la ciudad sin obtener antes permiso; y sin embargo, lograba siempre Dollieres hacer contínuas escursiones de cincuenta y sesenta leguas para predicar la fé á los pueblos, sin que nunca el gobierno se opusiese á ello. En las horas que le quedaban libres, traducia al tártaro nuestras principales obras de devocion; tenemos de él un Catecismo chino que ha hecho un bien infinito: en una sola vez hizo imprimir mas de cincuenta mil ejemplares, que fueron repartidos por todo el imperio.» El breve dado en el año 1773 causó en el alma de Dollieres una herida profunda, incurable; solo vió ya desde entonces males en lo presente y un desborde general en lo porvenir: el triste cuadro que se le ofrecia á la vista le causó la muerte. Colás, natural de Thionville, matemático de palacio y misionero laborioso, sucumbió al dolor que le causó la muerte de

su amigo Amiot alcanzó la edad de setenta y siete años, muriendo en Peking en el de 1794.

CAPITULO XXVI.

Misiones de los jesuitas en las islas de los Ladrones (Marianas)

Hemos visto como Manila durante una larga serie de años, dió un número considerable de animosos apóstoles á la China. Tambien era procedente de aquella metrópoli española de las misiones, digna émula de Goa, metrópoli portuguesa, el hombre estraordinario que fué á civilizar las islas de los Ladrones, visitadas por Magallanes, antes de terminar su existencia en las Filipinas.

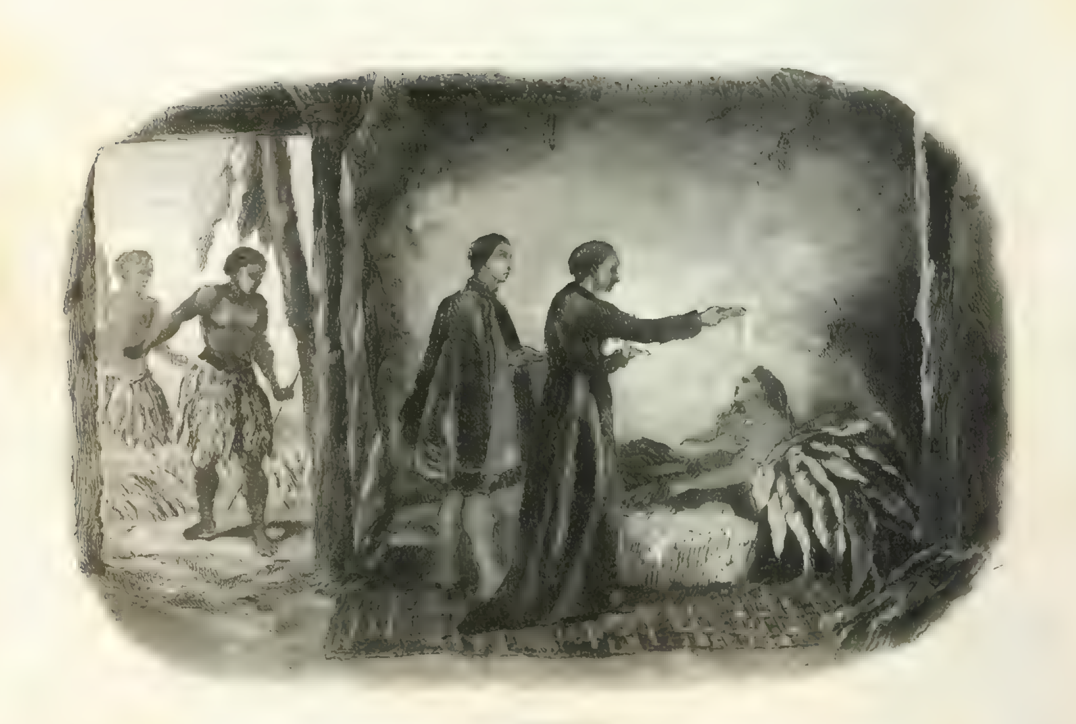
Diego Luis de Sanvitores, hijo de una de las mas ilustres familias de Burgos, en Castilla la Vieja, habia sido llamado de un modo enteramente providencial á abrazar la regla de San Ignacio, y se habia preparado con algunas misiones que hacia de vez en cuando en el campo, á la obra de las Misiones Estrangeras, objeto de sus deseos, desde sus mocedades. Acababa de restablecer de una enfermedad que le habia conducido á los bordes del sepulcro, cuando su superior local, le permitió consagrarse, por un voto especial, á aquel ministerio, bajo los auspicios de San Francisco Xavier y del glorioso P. Marcelo Francisco Mastrilli, mártir en el Japon. Destináronle á las Filipinas para donde se embarcó en mayo del año 1660 y al pasar por delante del archipiélago de las Marianas todavía envuelto en las tinieblas del paganismo, no pudo contener sus lágrimas y se arrojó á los piés de su crucifijo para rogar á Dios que no abandonase aquel pobre pueblo, sintiendo un presentimiento de que llegaria un dia que podria evangelizarle. Llegado en julio del año 1662 á las Filipinas, no perdió de vista, en medio de los frutos abundantes de su celo, aquellas islas, las primeras del Oriente, que habian sido descubiertas por Magallanes, pero que los españoles, ocupados entonces en mayores empresas, habian casi abandonado. María Ana de Austria, esposa de Felipe IV, rey de España, y madre de Cárlos II, sabedora del triste estado moral en que se hallaban sus moradores, manifestó su deseo de que les fuese anunciado el Evangelio. Sanvitores escribió entonces al jesuita Nitard (1) confesor de aquella princesa, á fin de que le rogara que tomase bajo su proteccion aquel archipiélago, y dispusiera fuesen enviados á él algunos misioneros. El dia 24 de junio del año 1665, Felipe IV mandó al gobernador de las Filipinas que proporcionase á aquel religioso y á los compañeros de su apostolado, los medios de trasporte necesarios. Sanvitores eligió en las Filipinas al P. Tomás Cardenoso y en Méjico á los PP. Luis de Medina, Pedro de Casanova, Luis Morales y Lorenzo Bustillos, y por último en el mes de junio del año 1668, Medina y Casanova desembarcaron en Guaham, una de las diez y siete islas ó grupo de islotes de que se compone el archipiélago de los Ladrones, que Sanvitores denominó islas Marianas, en honor de María Ana de Austria.

La raza indígena se designa en el pais bajo el nombre de chamorra ó chamorrin y tambien chamorris, nombre que seria difícil justificar de un modo satisfactorio; quizás sea debido á una equivocacion de los compañeros de Magallanes, conservándose despues por la fuerza de la costumbre. Como quiera, los indígenas estaban divididos en tres clases: los nobles, *matoas*; los semi-nobles *atchaots*, y los hombres del pueblo, *mangatchangs*. Los matoas mandaban á las dos clases restantes, y eran constructores de piraguas, guerreros y pescadores. Los atchaots gozaban del privilegio de ayudarles bajo ciertas condiciones; y en cuanto á los mangatchangs, especie de parias,

(1) Juan Everardo Nidhard ó Nithard, natural de Falkeinstein, en Austria, entró en la sociedad de Jesus en el año 1631. Llamado á la córte del emperador Fernando III, fué nombrado confesor de la archiduquesa Maria, á quien acompañó cuando vino á España para casarse con Felipe IV. Despues de la muerte de Felipe, la reina madre le dió el cargo de inquisidor general, y le hizo entrar en el ministerio. Habiendo perdido mas tarde el favor, se retiró á Roma, donde fue nombrado embajador de España. Clemente X le nombró cardenal en 1672 y obispo de Edesa, muriendo nueve años mas tarde. (Nota del trad.)

les estaba prohibida la navegacion. La lengua de aquellos isleños no tiene ninguna palabra para designar la divinidad ; de lo que dedujo el P. Gobien que aquellas gentes no habian concebido ninguna idea de un Ser supremo. Otras personas autorizadas pretenden que reinaban algunas vagas creencias entre ellos. Hé aquí cuales eran sus ideas sobre el orígen del mundo. Pontan ó Fontan , hombre muy ingenioso, vivió un gran número de años en los espacios imaginarios que existian antes de la creacion ; cuando su muerte, encargó á sus hermanas que hicieran con su pecho y espaldas el cielo y tierra , con sus ojos el sol y la luna y con sus cejas el arco iris. Los marianos reconocian la inmortalidad del alma : segun ellos, el hombre que moria tranquilamente y sin ningun dolor, iba al paraiso gozando de los abundantes frutos que dán sus árboles ; al paso que aquel cuyos últimos momentos eran violentos y agitados, iba al infierno, llamado por ellos Sassalagoham. Conocian el diablo bajo el nombre de *kaifi* ó *aniti* (maligno espíritu.) Creian que si alguna persona destruia el apoyo de una casa , el alma del que la habia construido, no dejaria tarde ó temprano de vengarse de semejante accion. Segun ellos, el diablo permanecia entre los vivos, maquinando siempre la maldad. Afortunadamente las almas de sus antepasados se oponian á las tentaciones diabólicas, y acudian en su ausilio en el momento del peligro. Habia almas mas poderosas que el demonio y otras que no lo eran tanto : las primeras habian pertenecido á hombres intrépidos y activos ; las segundas á los perezosos y cobardes. Las mugeres tambien tenian alma, pero de menos valor que la de los hombres ; y se estaba en duda si la tenian los mangatchangs. Una cosa muy singular era el temor que inspiraba á los marianos el ave carolina llamada *otag :* presagio de mal tiempo , su aparicion en aquella costa siempre era de un funesto agüero. En el peligro y en la necesidad, los indígenas invocaban á los *antis* (almas de los difuntos,) primero con voz natural, y si el peligro ó necesidad continuaban, en tono mas alto y por último á grandes voces. Aquellos fuertes gritos significaban : «Almas de los finados, socorrednos, si amasteis á vuestra familia.» Los *makanas* ó hechiceros que desempeñaban una especie de sacerdocio, se dividian en dos clases : una compuesta de *mangatchanges* , no hacia mas que mal ; otra de nobles , siempre hacia bien. Estos últimos procuraban buenas pescas, felices viajes, abundantes cosechas y una temperatura conveniente. Los makanas, para consultarlos en sus predicciones, guardaban en sus casas los cráneos de sus muertos encerrados en algunas cestas. Además de aquellos hechiceros, algunos *eamtis* (curanderos de ambos sexos), se dedicaban á la cura de enfermedades especiales, tales como dislocacion ó fractura de miembros, heridas de toda clase, calenturas, etc.

El gefe Kipoha, recibió con bondad á los PP. Medina y Casanova , quienes despues de haber plantado una gran cruz en la playa, como para tomar posesion de la isla en nombre de Jesucristo , regresaron á su nave, acompañados de los principales indígenas. Habiendo rogado al P. Sanvitores que desembarcase , comenzó su apostolado , celebrando los santos misterios para pedir á Dios la conversion de aquel pueblo infiel, evangelizándolo en el idioma local que habia aprendido durante el viage. Aquella primera alocucion dió por resultado la conversion de mil quinientos oyentes. Eligióse la poblacion de Agaña como centro de la mision y de los trabajos apostólicos , y Kipoha dió á Sanvitores el terreno necesario para edificar una iglesia y la casa de los jesuitas. El superior se trasladó con Medina á Gouaham , envió á Casanova á la isla de Rota y mas tarde á Cardenoso y Morales á la de Tinian , cuyas magníficas ruinas , demuestran que aquel suelo tuvo sus dias de prosperidad y grandeza. En presencia de aquellos restos de construcciones colosales el ánimo queda sorprendido. Las ruinas mas bien conservadas se hallan al oeste del fondeadero y el edificio que allí existió, tenia doce soberbios pilares de los cuales únicamente han quedado ocho de pié (Pl. CXV,



n.° 1.) Algunos restos mas deteriorados y situados cerca de un pozo llamado *pozo de los antiguos*, parecen haber formado parte de un edificio de mas de cuatrocientos pasos de largo; las plantas trepadoras y enredaderas que los enlazan, prestan á aquel recinto un aspecto tan original como pintoresco. El principio de igualdad de todos los hombres ante Dios, alarmó el orgullo de los matoas y de los atchaotes. Sanvitores les habia hecho concebir tan alta idea del bautismo y de las gracias que este sacramento procura á los que lo reciben, que no juzgaron dignos de recibir semejante don á los mangatchanges. Con suma dificultad logró el misionero convencerles que en materia de salvacion, no existe ninguna diferencia entre nobles y plebeyos. En fin, logróse desterrar la preocupacion, y el gefe Kipoha fué regenerado el primero con el nombre de Juan. Como aquellos pueblos iban desnudos, al bautizar Sanvitores á los insulares, les daba alguna ropa para cubrir sus carnes; pero como no bastase la tela que habia traido, quiso que se sirviesen de hojas de palmera; mas para hacer aceptar aquel estraño traje, tuvo que usarlo él mismo por sobre la sotana y entonces le imitaron todos los catecúmenos. Un chino idólatra, llamado Choco, se opuso á la obra de los misioneros y suscitó contra ellos prevenciones tan hostiles, que los PP. Medina y Morales fueron heridos alevosamente. Al saberlo Sanvitores, se sintió de repente inspirado de ir á encontrar á aquel enemigo del cristianismo: entabló con él la discusion, en presencia de la multitud, y subyugado Choco por la fuerza de la verdad, cayó de rodillas á los piés del servidor de Dios para pedirle el bautismo. El apóstol visitó en seguida las islas de Tinian y de Saypan, mientras que Morales iba en conformidad á sus órdenes, á llevar el Evangelio á Anataxan, Sariñan, Alamaguan, Pagan y Grigan. De regreso á Gouaham en enero del año 1669, Sanvitores estableció en el pueblo de Agaña un seminario, bajo el título de S. Juan de Letran, para la educacion de la juventud indígena. « Aquellos jóvenes, dice Le Gobien, cantaban diariamente á dos coros la doctrina cristiana con una modestia que encantaba; iban por las calles con la campanilla para advertir á los demás jóvenes que acudiesen para aprender el catecismo. Los mas hábiles y mas adelantados en edad, acompañaban á los PP. en sus misiones y les servian de catequistas ó intérpretes. » La reina de España que habia tomado bajo su proteccion las islas Marianas, consolidó aquel seminario de jóvenes por medio de una escritura fechada el 18 de abril de 1673, en la que le asignaba tres mil pesos pagaderos anualmente por el tesoro real de Méjico, y ordenó tambien al virey de Nueva España que se entendiera con Sanvitores para el establecimiento de un seminario de doncellas.

Dios apoyó con milagros la mision de su siervo. Casanova y Medina no habiendo podido evitar ni calmar la enemistad que reinaba entre los habitantes de las dos principales poblaciones de la isla de Tinian, llamadas Marpo y Sonharom, acudió Sanvitores desde Gouaham y se constituyó mediador entre los dos bandos. En vez de atender á sus amonestaciones, le apedrearon; pero quedaron admirados al ver al apóstol que permanecia inmóvil en medio de una lluvia de guijarros, que apenas tocaban á Sanvitores ó á su crucifijo, quedaban reducidos á polvo y caian al suelo como fina arena Aquel milagro no apaciguó sin embargo á aquellos furiosos, y fueron necesarias largas negociaciones para conducirles por el buen camino. Por último, logróse en enero del año 1670 que se olvidaria lo pasado; que se construirian dos iglesias, una en Marpo y otra en Sonharom, y que los dos bandos, marchando procesionalmente, se encontrarian en un lugar designado para la reconciliacion. « El P. Medina, añade Le Gobien, se puso al frente del bando de Marpo, que desfiló con gran órden, llevando el estandarte de la Santísima Vírgen y de los santos protectores de la mision. El P. Sanvitores precedia con una gran cruz en la mano á los habitantes de Sonharom, y al encontrarse, los que antes eran encarni-

zados enemigos, adoraron la cruz con grandes muestras de dolor y arrepentimiento y luego se hicieron algunos regalos de arroz y frutas y sobre todo de conchas de tortuga, que, entre aquellos pueblos, son como el sello de la paz. Los de Marpos presentaron una concha tan grande que por su esquisidad fué consagrada á la Santísima Vírgen, en la iglesia de Ntra. Sra. de Guadalupe en la isla de Tinian. A fin de dejar un monumento imperecedero de aquella paz, llamóse al lugar donde el P. Sanvitores habia sido apedreado el *Campo de la Sta. Cruz*, y construyóse mas tarde en aquel sitio una ermita en honor de Ntra. Sra. de la Paz.»

El P. Medina tuvo la dicha de ser el primer mártir de la Compañía en las islas Marianas. Pereció en la de Saypan de un lanzaso que le atravesó la garganta el dia 29 de enero del año 1670. Del mismo modo murió el catequista Hipólito de la Cruz que le acompañaba. El Ilmo. Juan Lopez, obispo de Nombre de Dios, en la isla de Cebú en las Filipinas, á cuya jurisdiccion estaban sometidas las islas Marianas, ordenó que se instruyese una informacion judicial acerca de la muerte de los dos mártires, cuyos cuerpos fueron trasladados á la iglesia de Agaña, capital de la isla de Gouaham.

Habiendo llegado en junio del año 1671 los PP. Francisco Solano, Alonso Perez, Diego Noriega y Francisco Esquerrá para ausiliar á Sanvitores, envió al último á la isla de Rota. Lopez evangelizó las de Saypan y Tinian, dotando á Sonharom de un seminario de jóvenes parecido al de Agaña. Para facilitar la administracion espiritual de la isla de Gouaham, Sanvitores la dividió en cuatro partes, con una iglesia en cada una que servia para cuarenta poblaciones. El catequista Bazan, que aquel misionero habia agregado en su cohorte apostólica diciéndole: «Hijo mio, quereis venir conmigo para ser mártir?» viendo con sentimiento que el gefe Kipoha deshonraba su carácter de cristiano con la licencia de sus costumbres, le dirigió algunas amonestaciones, pero Kipoha á quien cegaba su pasion, por toda respuesta le hizo asesinar el 31 de marzo del año 1672. Nicolás de Figueroa y Damian Bernal, catequistas de Sanvitores, perecieron tambien á manos de los indígenas. Dios pareció disponer á los misioneros para su muerte, con la del apóstol de las islas Marianas. Acompañado del catequista Pedro Calangsor, dirigióse Sanvitores el dia 2 de abril de 1672 al pueblo de Tumham para regenerar la hija de Matapang, cristiano apóstata. «Entra en mi casa, impostor, le dijo aquel bárbaro, encontrarás un cráneo que guardo y que podrás bautizar si te place. — Déjame bautizar á tu hija enferma, puesto que tu mismo eres cristiano, le contestó el siervo de Dios. Despues me matarás, si quieres; voluntariamente perderé la vida del cuerpo, para procurar la vida del alma á esa criatura.» Rechazado Sanvitores por aquel padre malvado, se dedicó á catequizar la juventud del lugar, pero Matapang se asoció con otro indígena para asesinar al misionero. Aprovechando el apóstol su ausencia para penetrar con el catequista en su casa, logró bautizar á la jóven, pero apenas lo hubo logrado, llegaron los asesinos (Plancha CXV, n.° 2.) Calangsor fué muerto por el idólatra Hirao. Sanvitores al ver que habia llegado la hora de su muerte, presentó el crucifijo á los dos indígenas y les dijo: «Sabed que Dios es el soberano Señor de todas las naciones, y que él es el único soberano que se debe adorar en la isla de Gouaham.» Pero apenas hubo pronunciado; «Que Dios se apiade de tí, Matapang,» cuando Hirao le descargó un gran golpe de maza en la cabeza y Matapang le atravesó el cuerpo de un lanzaso. Así murió el fundador de la mision á la edad de cuarenta y cinco años, despues de haber establecido la fé en trece islas, fundado ocho iglesias, organizado tres seminarios para la educacion de la juventud de ambos sexos y bautizado á mas de cincuenta mil indígenas. Matapang desnudó su cuerpo que halló cubierto de un rudo cilicio y de un áspero cinturon de hierro. Arrancó el pequeño crucifijo que el

apóstol llevaba al cuello y lo rompió diciendo: «Hé aquí lo que los españoles reconocen por su Dios y Señor. Cubrió con ascuas y ceniza las huellas de sangre, trasladó con Hirao los dos cuerpos á la playa, atándoles una gruesa piedra á los piés y los precipitó al mar. Si las reliquias desaparecieron, Dios puso de manifiesto la santidad de Sanvitores por medio de milagrosas curas.

El P. Solano, segundo superior de la mision, murió el dia 15 de junio siguiente y fué reemplazado por el P. Esquerrá á quien degollaron los idólatras en 2 de febrero del año de 1674. Igual muerte alcanzaron los PP. Antonio de San Basilio y Sebastian de Mauroy en el año 1676. Bajo la direccion del P. Manuel de Solorzano que llegó á las islas Marianas en 1679, aquella mision se hizo mas y mas floreciente; pero tambien aquel ilustre varon obtuvo la corona del martirio en premio de su apostolado. Los misioneros de Gouaham tenian costumbre de reunirse todos los años en Agaña, ocho dias antes de la fiesta de S. Ignacio para conferenciar sobre los medios de adelantar en la obra de Dios; pero aconteció en el año 1685 que cuando se hallaban todos en camino estalló una sedicion general. Los PP. Cardenoso, Bustillos y Le-Roux llegaron el mismo dia en Agaña, y los PP. Tilpe y Ahumada al dia siguiente; pero el P. Teófilo de Angelis que evangelizaba la isla desde el mes de junio del año 1681, fué degollado en Ritidian. Los dos seminarios de Agaña y la casa de los jesuitas fueron presa de las llamas, porque los españoles se retiraron á la fortaleza. Los PP. Agustin Strobach y Cárlos Boranga, fueron tambien degollados, el primero en la isla de Tinian y el segundo en la de Rota, porque la revolucion tenia partidarios en todas las poblaciones del archipiélago. Pasados los primeros momentos de sorpresa y habiéndose dirigido algunos españoles á Gouaham, centro de la rebelion, cambió el aspecto de las cosas, porque los idólatras intimidados se retiraron á los bosques y montañas. El P. Gerardo Bouvens, entonces superior de la mision, se esforzó en hacer brillar de nuevo la luz de la fé y con ella la religion. A principios del año 1689, terminóse la iglesia de Pago y se reedificó la de Umaga. Mas de veinte franciscanos que iban á las Filipinas y á quienes un naufragio arrojó á la costa de Gouaham, fueron testigos del activo apostolado de los jesuitas y vieron con una santa emulacion los copiosos frutos que reportaban de su celo, como así lo patentiza una carta escrita desde Filipinas en 8 de abril de 1692 por Fr. Antonio de la Concepcion y Urrea, uno de ellos, al P. Lorenzo Bustillos, vice-provincial y superior de la mision de las Marianas. A las revueltas felizmente reprimidas de los indígenas, sucedió en el año 1693, un terrible huracan que arrancó én Gouaham cuanto se levantaba del suelo, de modo que en toda la isla no quedó una sola casa en pié; pero la religiosa liberalidad de los indígenas convertidos, permitió que pronto pudiesen edificarse de nuevo las iglesias.

Las espediciones del comandante Quiroga, gobernador español de las Marianas, facilitaron muy mucho los progresos del cristianismo. «No os pido mas que una cosa, decia á los idólatras de las islas que recorria, y es que escucheis á los predicadores del Evangelio y os mostreis dóciles á sus instrucciones.» Así es, que á contar del año 1699, la idolatría quedó casi estinguida en las islas Marianas.

En el número de los misioneros que en el año 1721 evangelizaban la isla de Saypan, cítase al P. Cruydolf de quien el P. Gil Wibault, en las *Cartas edificantes*, habla en estos términos: «Trataba de construir una iglesia que pudiese resistir á los furiosos huracanes que reinan todos los años en aquellas islas y que derriban casi todos los edificios. A este objeto buscaba una madera de cierta clase; pero los indios con quienes se informó, ya fuese por indolencia, ya por temor que tenian de ciertos nigrománticos que moraban en los bosques, llamados *makandas* en su idioma, contestaron unánimemente que no habia semejantes árboles en la isla. Ya habia perdido el religioso

toda esperanza, cuando en la víspera de la Ascension, un niño, que apenas empezaba á hablar, se presentó á él y le dijo: « Padre, allí, » y no pudiendo decir otra cosa, indicóle con la mano un punto de la isla, pronunciando varias veces el nombre del árbol de que tenia necesidad el religioso. Enseguida se trasladó este á aquel lugar con sus domésticos y varios neófitos, encontrando el árbol que buscaba y en poco tiempo construyó una hermosa iglesia.

« Este misionero tenia á su servicio un jóven de veinte años que le servia con mucho celo. Uno de aquellos mukandas puso en obra todos los secretos de su arte diabólico para ocasionarle la muerte, y en efecto cayó el jóven en un estado de postracion tal, que hacia temer por su existencia. El P. Cruydolf, creyendo que su enfermedad era natural, empleó en un principio los remedios ordinarios; pero á pesar de ello, la enfermedad iba en aumento todos los dias con síntomas estraordinarios, acompañados de visiones horribles que le atormentaban todas las noches y le reducian al último estremo. El sentimiento que esperimentaba el misionero por la pérdida de tan fiel criado, le inspiró la idea de apelar á remedios sobrenaturales, y al efecto aplicó al enfermo una reliquia de S. Ignacio. Desde luego el enfermo se vió libre de la postracion que sufria, y al poco tiempo recobró completamente la salud. El mismo dia que salió de su estado de convalescencia, vióse á la madrugada á un hombre ahorcado en un árbol inmediato á la iglesia. Muchos indios fueron á decir al misionero que aquel miserable era el mas famoso makanda de toda la isla, que habia jurado la perdicion del jóven y que á este efecto habia empleado toda su mágica ciencia; pero que viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos, les habia dicho el dia anterior, que en su desesperacion estaba resuelto á quitarse él mismo la vida. El religioso despues de haber dirigido una exhortacion patética á cuantos habia reunido aquel horrible espectáculo, añadió: »— Decid á todos los makandas que conozcais, que pueden reunir todas sus fuerzas, que no les temo. — Ya hace mucho tiempo, contestaron, que hacen todos los esfuerzos posibles para dar la muerte á los misioneros, á fin de exterminar el cristianismo; pero muchas veces se han visto obligados á confesar su impotencia y debilidad.

« Un domingo, siguiendo el P. Cruydolf el camino de la playa para ir á visitar á un enfermo, encontró á algunos indios que trabajaban en la construccion de algunas barcas. Preguntóles si no habia otros dias en la semana en los que pudiesen dedicarse á aquella faena, y porque motivo faltaban de aquel modo al precepto de la iglesia, que les ordenaba santificar el dia del Señor, absteniéndose de toda obra servil y consagrándolo á los santos ejercicios de las buenas obras cristianas. Contestáronle de un modo brutal, que tal era su voluntad. El misionero prosiguió su camino sin replicar; pero pocas horas despues, cuando de regreso de casa del enfermo, pasó por el mismo sitio, halló reducidas á cenizas las barcas y el cobertizo bajo el cual las construian, y los indios que habian sido tan poco dóciles á sus quejas, cubiertos de confusion y dando muestras del mas vivo arrepentimiento. »

CAPÍTULO XXVII.

Misiones de los jesuitas en el archipiélago de Palaos (Carolinas occidentales) y en Nuevas Filipinas (archipiélago de las Carolinas, propiamente dicho).

Un nuevo campo se abrió á la predicacion del Evangelio. Los jesuitas Antonio Fuccio, siciliano, provincial de la provincia de Manila y Pablo Clain, su compañero, visitaron el archipiélago de las Visayas (islas de los Pintados) donde setenta y siete mil cristianos vivian bajo la direccion espiritual de cuarenta y un hijos de S. Ignacio, asistidos de dos hermanos coadjutores. En Guivam, poblacion de la isla de Samar, la mas importante de las Visayas (1) encontraron á veinte y nueve pa-

(1) Esta isla perteneciente á la España, que forma parte del archipiélago de las Filipinas situada al S. E. de la grande isla

laos ó habitantes de las Carolinas occidentales, que los vientos del Este habian arrojado á trescientas leguas de su patria, en la costa de Samar, el dia de los Santos Inocentes del año 1696. Cuando los palaos ó carolinos, supieron que iban á conducirles en presencia del P. misionero de Guivam, se pintaron todo el cuerpo de un cierto color amarillo, lo que pasaba entre ellos por un adorno. En presencia del jesuita, aquellos estrangeros, movidos del respeto que les inspiraba, le tomaron por el rey del pais, en cuyas manos estaba su salvacion; así es que todos se arrojaron á sus piés, implorando su misericordia. El misionero, movido por su afliccion, les hizo levantar enseguida, hablóles con bondad, acarició á sus hijos, proveyó á sus necesidades y uno de ellos tuvo la dicha de recibir el sacramento del bautismo en el lecho de muerte. El P. Clair, en una carta al R. P. General de la Compañía, dice hablando de estos insulares: «Admiran.... la magestad de las ceremonias con que celebra la Iglesia los divinos oficios.... Hasta al presente no han manifestado que tuviesen ningun conocimiento de la divinidad, ni que adorasen á los ídolos: su vida es puramente animal.... Están tan contentos por encontrar aquí en abundancia cuanto es necesario á la vida, que abrigan deseos de volver á su pais para hacer venir á sus compatriotas y persuadirles que entren en relaciones comerciales con estas islas. A nuestro gobernador le gusta mucho esta idea, en su propósito de someter todo este pais al rey de España y otro tanto sentimos nosotros, porque de este modo se abriria una gran puerta para la predicacion del Evangelio.... Ya se han bautizado las criaturas, y á los demás se les instruye en los misterios de nuestra santa religion. Os participo todo esto, R. P., persuadido de que tendreis una satisfaccion en saber que será dable á algunos de nuestros hijos, llevar la fé á esos nuevos y remotos paises. Tenemos necesidad de obreros para atender a tantos trabajos; confiamos que tendreis la bondad de enviárnoslos y de no olvidarnos en vuestras oraciones.»

Los jesuitas Andrés Serrano y Domingo Medel, pasaron á Roma, con cartas del arzobispo de Manila, para solicitar la proteccion del Papa á favor de la mision de las Carolinas occidentales. Clemente XI entregó en 1.° de marzo del año 1705 al P. Serrano varios breves dirigidos á los reyes de España y Francia, y á los arzobispos de Méjico y Manila. En fin, los PP. Duberron y Cortil, acompañados de Fr. Estevan Baudin partieron el 14 de noviembre del año 1710 del archipiélago de las Filipinas á bordo del navío la *Santísima Trinidad*, mandado por Francisco Padilla, para ir á llevar la fé á las Carolinas occidentales. José Somera, uno de los oficiales del citado navío, dice, refiriendo aquel viaje: «Despues de quince dias de navegacion, el dia 30 de noviembre del año 1710, descubrimos tierra al noroeste: eran dos islas que los PP. Duberron y Cortil, llamaron San Andrés por ser el nombre del apóstol cuya fiesta se celebraba aquel dia. Al llegar muy cerca de ellas, vimos un barquichuelo que venia hácia nosotros y en él iban algunos insulares que nos gritaban de lejos: ¡*Mapia*! ¡*Mapia*! (Buenas gentes). Un palaos (habitante de Pelew), que habia sido bautizado en Manila y que nos acompañaba, les hizo seña de que se acercáran y les habló. Enseguida subieron á bordo y nos dijeron que aquellas islas se llamaban Sonsorol (Sonsol en el mapa de Cantova, Sorol en el de Serrano), y que eran del número de las islas Palaos. Manifestaron mucho contento de verse entre nosotros y lo demostraron besándonos las manos y abrazándonos.... Los dos misioneros quisieron persuadir á uno de ellos que se quedase, pero no pudieron lograrlo; le hablaron de religion y le hicieron pronunciar los nombres de Jesus y María, lo que hizo de un modo muy afectuoso.... El dia 5, dichos mi-

de Luzon, de la que está separada por el estrecho de San Bernardino y cuya superficie es de 168 kil. de largo por 120 de ancho, cuenta al presente con una poblacion de 111.000 habitantes. Unicamente las tribus independientes que viven errantes en los bosques y montes del interior, dejan de pertenecer al gremio del cristianismo. (Nota del Trad.)

sioneros manifestaron su propósito de desembarcar para plantar una cruz. Padilla y yo les hicimos presentes los peligros á que se esponian, no conociendo ni el carácter ni las intenciones de aquellos insulares y el embarazo en que se verian si las corrientes ó vientos contrarios impidiesen acercarse el navío á la costa para poder reembarcarse ó para socorrerles. Pero resueltos á arrostrarlo todo, dejando á Fr. Baudin á bordo, entraron en la chalupa con el contramaestre, un cabo de mar, el palaos intérprete, su muger y sus hijos. Despues de su partida.... el jesuita, el segundo piloto y yo fuímos todos de parecer de hacer rumbo para descubrir la isla Panlog, principal de todas, y distante unas cincuenta leguas de la que dejábamos.» Habiendo vuelto Padilla á las islas Sonsorol para informarse de la suerte de los misioneros, cruzó por espacio de tres dias por delante del grupo, sin que se dejase ver ninguna piragua, y al cabo de aquel tiempo un fuerte viento tempestuoso le obligó á alejarse. El año siguiente, el P. Serrano partió de Manila para ir en busca de los PP. Duberron y Cortil, pero al tercer dia de navegacion, una tempestad destrozó el buque en que iba, salvándose únicamente de aquel triste naufragio dos indios y un español que llevaron la nueva á Manila. Mas tarde un buque español al pasar cerca de Palaos, castigó la osadía de aquellos insulares haciéndoles algunos prisioneros, á quienes habiéndoles preguntado por señas lo que habia sido de los dos Padres que habian quedado en una de sus islas, contestaron tambien por señas, dando á entender que sus compatriotas les habian muerto y despues se los habian comido.

Del mismo modo que los vientos del Este habian arrojado en el año 1696 algunos palaos ó carolinos á la costa de Samar, una de las Visayas, lo propio en el año 172...., el viento oeste habia llevado otros carolinos á las costas de Gouaham, una de las Marianas, cumpliéndose así una prediccion del P Sanvitores. «Casi al mismo tiempo que se tomaba posesion de las islas Marianas, escribia el jesuita Cantova al P. Aubenton de la misma Compañía, se tuvo noticia de algunas otras islas.... á las cuales desde luego se las designó con el nombre de Carolinas. Considerábase la isla de Gouaham, la mayor de las Marianas, como la puerta que debia abrir la entrada de una inmensa multitud de islas australes enteramente desconocidas; y porque estas islas que se llaman Carolinas, se hallan, por decirlo así á la cabeza de esas islas australes, todos los gobernadores de Gouaham hicieron varias tentativas para obtener tan importante descubrimiento, pero siempre fueron inútiles todos los esfuerzos dirigidos á su logro. No obstante el P. Bouvens, uno de los misioneros de las islas Marianas, lejos de desanimarse por aquel poco éxito, mantenia vivo su ardor, para tan útil empresa. Hablando sobre este particular un dia con el P. Luis de Sanvitores, que con justicia puede llamarse el apóstol de las islas Marianas, puesto que fué el primero que llevó á ellas las luces de la fé, y que la ha cimentado con su sangre, espirando bajo la cuchilla de los idólatras; «No os impacienteis, díjole el hombre apostólico, aguardad que la cosecha esté sazonada. Entonces se verá á los habitantes de las Carolinas que ellos mismos vendrán á buscar los cosecheros para recojerla.» Parece que el cumplimiento de esta prediccion haya estado reservada á estos últimos tiempos. El dia 19 de junio (172....) vióse una barca estrangera, poco diferente de las que se construyen en las Marianas, si bien un poco mas alta, de modo que un vigía que la vió de lejos navegar á toda vela, tomóla por un buque de alto porte. Aquella barca abordó á una playa desierta de la isla de Gouaham, del lado del Este, llamada Tarofofo. Llevaba veinte y cuatro personas: once hombres, siete mugeres y seis niños. Algunos desembarcaron como azorados y deslizándose por debajo las palmeras cercanas á la playa, hicieron provision de cocos. Un indio de las Marianas que estaba pescando en las inmediaciones de aquel sitio, habiéndolos visto, fué á participárselo al P. Muscati, viceprovincial que se hallaba

entonces en la poblacion de Inarahan. Al punto aquel religioso acompañado del alcalde del pueblo y de algunos habitantes, se embarcaron en unos botes y fueron á ausiliar á aquellos pobres insulares, que no sabian ni en que pais se encontraban, ni con que nacion tenian que habérselas. Como el alcalde llevaba una espada pendiente del cinto, aquella arma espantó á los insulares imaginando que peligraba su existencia. Las mugeres sobre todo, empeza ron á exhalar lastimeros ayes, y si bien por medio de señas se trató de tranquilizarles, no hubo medio de lograrlo. No obstante, uno de ellos mas atrevido que sus compañeros, habiendo visto al P. Muscati en la playa, dijo en su lengua dos ó tres palabras á los que iban con él, y saltando en tierra se fué directamente al encuentro del misionero á quien ofreció algunas bagatelas de su isla, que consistian en unos pedazos de carey, con que se hacen brazaletes aquellos insulares, y en una especie de pasta de color amarillo ó encarnado con la que se pintan el cuerpo. El Padre abrazó tiernamente al isleño y acogió benévolamente el presente que le hacia. Aquellas demostraciones de amistad disiparon todo recelo; la confianza sucedió al espanto, y los que se habian quedado en la barca, no tuvieron dificultad en desembarcar.... El misionero les hizo dar algunos vestidos á fin de que se presentasen con mas decencia, y les invitó á pasar algunos dias en Inarahan, hasta haber recibido contestacion del gobernador general de las Marianas, á quien participó la llegada de aquellos nuevos huéspedes. El dia 21 otra barca estrangera, aunque parecida á las de las islas Marianas, abordó en el cabo Orote, que está al Oeste de la isla de Gouaham. No contenia mas que cuatro hombres, una muger y una criatura; á todos se les dió vestidos y se les condujo á Umata donde se hallaba entonces el gobernador general D. Luis Sanchez, para confrontarlos con los otros isleños y ver si eran de la misma nacion. Indecible fué su alegría cuando se vieron y lo demostraron con los cariñosos y repetidos abrazos que todos se dieron.... Se hallaban muy estenuados por la fatiga, y tenian las manos desolladas de tanto remar. Uno de ellos, jóven todavía, de una complexion robusta al parecer, no sobrevivió por mucho tiempo á tanta fatiga. Se le instruyó tanto como fué posible, en los principales misterios de la fé, y se le confirió el bautismo en el artículo de la muerte. El dia 28 de junio, el gobernador Sanchez mandó conducir á aquellos insulares á la ciudad de Agaña, capital de las islas Marianas, donde tenian los gobernadores su morada fija. Como aquellas gentes estaban muy débiles y enfermizas, se procuró ante todo restablecer su salud, lo que se logró merced á los desvelos de Fr. Chavarri, nuestro farmacéutico, y despues se trató de instruirles en algunos misterios de la fé. La empresa no era fácil, porque su lenguaje nos era enteramente desconocido y nos faltaban intérpretes para hacernos comprender. No obstante, como algunos de ellos vivian en nuestra casa, á fuerza de oirles hablar y de hacerles nombrar las cosas que les enseñábamos ó indicábamos por medio de señas, al cabo de dos meses estuve en estado de traducir en su lengua la señal de la cruz, la oracion dominical, el símbolo de los apóstoles, los mandamientos de la ley de Dios y un compendio del Catecismo. Todo lo aprendieron de memoria y lo repetian á menudo en presencia de sus compañeros; despues les hacia una pequeña plática que terminaba con un refrigerio, lo que era un inocente cebo, que les llevaba con mas buena voluntad á la iglesia. El dia de la fiesta de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, un español, me trajo en sus brazos un hijo de aquellos insulares que tendria unos cuatro años y que se hallaba gravemente enfermo, á fin de que le administrase el sacramento del bautismo. Apenas lo hubo recibido, que empezó á mejorar, y al cabo de pocos dias gozaba ya de una salud perfecta. Aquella criatura ha sido despues un portento, por la prontitud con que ha aprendido la doctrina cristiana y por su facilidad en imitar las maneras corteses y civiles de Europa. Administré además el bautismo á otros

cuatro infantes, el dia de S. Miguel, celebrándose aquella ceremonia con mucha solemnidad y en presencia de un gran concurso de gentes. Los padres habian dado su consentimiento y se habian comprometido además á dejarles en Agaña confiados á nuestro cuidado, en el caso que volviesen á sus islas sin ir acompañados de algunos misioneros.... Aquellos carolinos adultos habiéndose convencido de la necesidad del bautismo para alcanzar la dicha de ir al cielo y evitar las penas eternas del infierno, me manifestaron varias veces el deseo que abrigaban de ser cristianos; pero como no habian olvidado su patria, donde pretendian volver mas tarde y era moralmente imposible que, privados de pastores y en medio de una tierra infiel, dejáran de pervertirse otra vez, volviendo si se quiere insensiblemente á su primera infidelidad, no se consideró prudente acceder á sus deseos.... Escribí al R. P. provincial pidiéndole el permiso de acompañar aquellos isleños para enterarme de su pais, carácter y costumbres de sus naturales, y poder juzgar por mí mismo de su disposicion en abrazar la doctrina cristiana El gobernador me habia ofrecido un buque para aquel viage....; pero la contestacion del P. provincial no se halló conforme con mis deseos, porque temia que aquella empresa no mereciese la aprobacion en Manila y se le hicieran cargos por haberme autorizado á ello.... Entretanto una de aquellas siete mugeres dió á luz un niño que me trajo su padre para que le confiriese el bautismo: el Sr. Gobernador le sirvió de padrino y le puso por nombre Luis Felipe. Como se retardase la partida de nuestros insulares y yo hubiese adquirido un conocimiento suficiente de su lengua, me aproveché de su permanencia en Gouaham, para informarme mas detenidamente del número y situacion de sus islas, de su religion, creencias, hábitos, costumbres y gobierno....

« Preguntéles quien habia hecho el cielo y la tierra y todas las cosas visibles, y me contestaron que lo ignoraban enteramente.... Reconocen no obstante buenos y malos espíritus; pero segun su modo de pensar todo material, dan á esos pretendidos espíritus un cuerpo y hasta dos ó tres mugeres.... Son, segun ellos, substancias celestes de una especie diversa de las que habitan en la tierra. El mas antiguo de estos espíritus celestes se llama Sabucur, cuya muger se llamaba Halmelul. Tuvieron de su matrimonio un hijo, al cual los carolinos dieron el nombre de Eliulep, que significa en su lengua el *grande espíritu*, y una hija llamada Ligobund. El primero se casó con Leteuhieul, que habia nacido en la isla de Ulea; pero murió en la flor de su edad y su alma voló en seguida al cielo. Eliulep habia tenido de ella un hijo, llamado Lugueileng, que quiere decir *centro del cielo*, y se le reverencia como el gran señor del cielo del cual es heredero presunto. No obstante como Eliulep no estuviese satisfecho por haber tenido un solo hijo de su matrimonio, adoptó á Reschahuileng, jóven muy cumplido, natural de Lamurek. Dicen los carolinos que disgustado este jóven de la tierra, subió al cielo para disfrutar en él de las delicias de su padre; que todavía existe su madre en Lamurek de una edad decrépita, y que en fin ha descendido del cielo á la region media del aire, para conversar con su madre y hacerle partícipe de los misterios celestes; pero todo esto no son mas que fábulas groseras inventadas por los habitantes de Lamurek para obtener mas consideracion y respeto en las islas circunvecinas. Ligobund, hermana de Eliulep, hallándose en cinta en medio del aire, bajó á la tierra donde dió á luz tres hijos; pero quedó muy sorprendida al ver la tierra árida é infecunda, de modo que al instante con su poderosa voz, la cubrió de yerbas, flores y árboles frutales; enriquecióla con toda clase de plantas y la pobló de hombres racionales. En aquellos tiempos no se conocia la muerte, la cual no era mas que un breve sueño: los hombres dejaban de existir el último dia del menguante de la luna, y cuando volvia á aparecer en el horizonte, resucitaban como si dispertáran de un sueño tranquilo. Pero un cierto Erigiregers, espíritu

mal intencionado y á quien atormentaba la dicha de los humanos, les procuró un género de muerte contra el cual no hubo recurso, de modo que una vez muertos, lo quedaban para siempre; así es que lo llamaron *Elus Melabut*, esto es, maligno espíritu, en vez de *Elus Melafirs*, esto es, buenos espíritus ó espíritus bienhechores como llamaban á los demás. Pusieron en la clase de los espíritus malos á un tal Morogrog, quien habiendo sido arrojado del cielo por sus maneras groseras y descorteses, trajo á la tierra el fuego que habia sido desconocido hasta entonces. Esta fábula, como se echa de ver desde luego, tiene mucha relacion con la de Prometeo. Lugueileng, hijo de Eliulep, tuvo dos mugeres: la una celestial que fué madre de dos hijos, llamados Carrer y Meliliau; la otra terrestre, hija de Falalu, en el grupo de Hogoleu. Tuvo de esta un hijo llamado Oulefat, el cual llegado á la edad de la pubertad, supo que su padre era un espíritu celestial y en sus vivos deseos de verle, remontó su vuelo al cielo como un nuevo Icaro; pero apenas se hubo elevado en el aire, volvió á caer á la tierra. Aquella caida le causó suma afliccion; lloró amargamente su infausto destino, pero no por esto desistió de su primer designio; sino que encendió un gran fuego y con la ayuda del humo se remontó otra vez á los aires, y esta vez logró abrazar á su padre celestial. Los mismos indios me han dicho que en la isla de Falalu, hay un pequeño estanque de agua dulce en donde los dioses van á bañarse, y que por respeto á ese baño sagrado, no hay ningun isleño que se atreva á acercarse á él, temeroso de incurrir en el desagrado de sus divinidades; idea bastante parecida á lo que la fábula refiere de Diana y Acteon que se atrajo el resentimiento de esa diosa por la imprudencia en contemplarla en el baño. Dan un alma racional al sol, á la luna y á las estrellas, donde creen que habita una numerosa nacion celeste, que tambien son otras reminiscencias fabulosas de la poesía de Homero y de los errores de los origenistas. Tal es la doctrina de los habitantes de las islas Carolinas, quienes sin embargo no la profesan con mucha conviccion, porque, si bien reconocen todas esas fabulosas divinidades, no se ve entre ellos ni templo, ni ídolo, ni sacrificio, ni ofrenda, ni ningun otro culto esterior. Unicamente á algunos de sus difuntos rinden un culto supersticioso.... Creen que hay un paraiso donde hallan los buenos la recompensa y un infierno donde son castigados los malvados. Dicen que las almas que van al cielo, vuelven al cuarto dia á la tierra y permanecen invisibles en medio de sus deudos. Hay entre ellos algunos sacerdotes y sacerdotisas que pretenden tener comercio con las almas de los difuntos; y son estos sacerdotes los que declaran por su propia autoridad, quienes son los que van al cielo y quienes al infierno. Honran á los primeros como espíritus bienhechores, y les dan el nombre de *tahutup*, que significa santo patron, contando cada familia con su *tahutup* á quien se dirige en sus necesidades. Si están enfermos, si emprenden un viage, si van á pescar, si trabajan en el cultivo de los campos, invocan á su *tahutup*. Les hacen presentes que cuelgan en la casa de sus *tamoles* (jefes políticos), ya sea por interés para obtener de él las gracias que piden, ya por gratitud por las mercedes recibidas de su mano liberal. Pero los habitantes de la isla de Yap tienen un culto mas grosero y mas bárbaro: una especie de cocodrilo es objeto de su veneracion, y bajo aquella figura el demonio ejerce sobre aquellos pueblos una cruel tiranía. Hay entre ellos una especie de hechiceros que dicen tener comunicacion con el maligno espíritu, y tratan con su ausilio de procurar enfermedades y hasta la muerte á los que tienen un interés en deshacerse de ellos.

« En el momento en que termino esta carta, recibo el permiso de ir á reconocer esas tierras infieles, embarcándome en una de las naves que el gobernador debe enviar allí pasada la Pascua. Así es, R. P., que mis deseos quedan por fin cumplidos. Ojalá que Dios bendiga esta empresa, dispensando mi incapacidad y escasos méritos á fin de que no se de-

tenga el curso de sus misericordias para ese gran pueblo. »

Los PP. Cantova y Walter partieron de Gouaham el dia 2 de febrero del año 1731 y un mes despues llegaron á una de las Carolinas que evangelizaron juntos por espacio de tres meses; pero como todo faltaba en aquel archipiélago, Walter volvió á las Marianas para proveerse de las cosas necesarias á la subsistencia de Cantova, quien se quedó con catorce compañeros. Poco despues de la partida de Walter, Cantova, dejando á sus compañeros en Falalep para guardar la casa, pasó con un intérprete y dos soldados á la isla de Mogmog, donde le llamaba un bautismo. Apenas hubo desembarcado, los habitantes se amotinaron armados de lanzas y lanzando espantosos gritos rodearon á Cantova, quien les preguntó con dulzura porque querian quitarle la vida si jamás les habia hecho ningun daño. « Tú vienes, le contestaron, para destruir nuestros usos y costumbres, y nosotros no queremos tu religion. » Y al decir estas palabras, atravesaron su cuerpo con tres lanzasos. Despues despojaron su cadáver, le envolvieron en una estera y le enterraron en el interior de una casita, lo que es entre ellos una sepultura honrosa que no conceden sino á los principales de la isla. Dieron muerte del mismo modo á los otros tres y pusieron sus cuerpos en un barquichuelo que abandonaron á merced de las olas. Despues de estos asesinatos, se embarcaron y dirigieron á la isla de Falalep en el sitio donde se habian quedado los compañeros del misionero. Al acercarse aquellos bárbaros que parecian hallarse dominados por el furor, los soldados se pusieron en estado de defensa y dispararon cuatro pequeñas culebrinas que habian colocado delante de su casa matando á cuatro agresores; pero habiéndose arrojado sobre ellos una multitud de indios, si bien se defendieron por mucho tiempo con espada y sable, al fin fueron dominados por el número cada vez mayor de enemigos, pereciendo gloriosamente con las armas en la mano. Catorce fueron las personas que sucumbieron en aquella ocasion: el P. Cantova, ocho españoles, cuatro indígenas de las Filipinas y un esclavo. Otro jóven filipino de la provincia de Tagale fué el único que salió con vida por haberse compadecido de él uno de los principales de la isla, quien le adoptó por hijo. Los bárbaros saquearon la casa, y despues la destruyeron. Entretanto Walter forzado por los vientos contrarios á tocar en las Filipinas, aguardó allí durante un año que partiese el buque que iba cada dos años á las Marianas, embarcándose el 12 de noviembre del año 1732. Despues de tres meses y medio de navegacion, el buque encalló á la entrada del puerto. Sin desanimarse por esto los jesuitas, mandaron construir y cargar de provisiones otro, en el cual se embarcó Walter en mayo del año 1733 con cuarenta y cuatro personas. Al cabo de nueve dias se encontraron cerca de las Carolinas y dispararon algunos cañonazos para dar aviso de su llegada á Cantova, pero no salió ninguna barca y se sospechó que habia sido martirizado. Cuando el buque estuvo á tiro de pistola de Falalep, vióse que la antigua casa habia sido incendiada y que la cruz que habia en lo alto de la costa habia desaparecido. Por último, se acercaron al buque cuatro barquichuelos y los isleños ofrecieron algunos cocos á los tripulantes. Interrogados en su lengua sobre lo que habia sido de Cantova y sus compañeros, contestaron con aire turbado, que aquellos estrangeros habian partido para la gran isla de Yap; pero no se tardó en obtener la certidumbre de la catástrofe.

CAPÍTULO XXVIII.

Misiones de los agustinos, dominicos y jesuitas en Méjico.

El reino de Méjico situado entre las Carolinas y España, veia á sus obispos ocupados con celo en la conversion de los indígenas que permanecian todavía en la idolatría. Gonzalez de Salazar, natural de la ciudad de Méjico y religioso agustino, habia ganado muchos infieles á Jesucristo, cuando fué llamado á Eu-

ropa bajo el reinado de Felipe III y el pontificado de Paulo V, siendo instituido en junio del año 1608, obispo de Yucatan. Tan caritativo como celoso, proporcionó el sustento á cuatro mil pobres, durante una gran carestía, y convirtió á los mejicanos al cristianismo, tanto con su misericordia como con el don de la palabra, de modo, que mas de veinte mil ídolos cayeron á su voz, por cuyo suceso le felicitó Paulo V, considerándolo como la estincion de la idolatría en una gran provincia. Nicolás de Tapia, eclesiástico no menos ardiente por la propagacion de la fé, que habia sido antes vicario general de Salazar en el territorio de Santiago, evangelizó despues la isla de Cozumel, en la costa oriental del Yucatan, y posteriormente el pueblo de Pola, en otra isla inmediata. De este modo justificó la confianza de su obispo, quien, en vez de diez mil indígenas cristianos que habia hallado en el año 1608 en su diócesis, dejó á su muerte, acontecida en agosto del año 1636, mas de ciento cincuenta mil, gobernados por noventa y cuatro sacerdotes casi todos oriundos de España. Salazar tuvo por sucesor á Juan Alfonso Ocon.

La sede mas considerable de la América septentrional, tanto por su importancia como por sus productos, era la de Angelópolis. Juan de Palafox, nacido el 24 de junio del año 1600 en Ariza, en Aragon, y limosnero de la emperatriz María de Austria, fué nombrado para ocuparla en el año 1639, y al propio tiempo Felipe IV le dió el título de comisario ó visitador general, encargado de informarse de la conducta de los jefes y magistrados de Nueva-España. En menos de nueve años, transformó su catedral, que estaba únicamente principiada, en uno de los mayores y mas grandiosos templos que existen en América. Junto á ella mandó construir un seminario ó colegio real, para probar y arraigar la vocacion eclesiástica de los jóvenes mistecas, totomaques, cocheanos, otomitas y mejicanos, y edificó en varios puntos de su diócesis, que tenia mas de cuatrocientas leguas de circuito, á lo menos cincuenta iglesias y diversos hospitales. En sus visitas pastorales, aunque muy penosas, no se le vió jamás hacerse llevar á espaldas de los indígenas, á quienes, por el contrario, alivió las cargas y cimentó la seguridad, sobre todo cuando en ausencia del duque de Escalona, ejerció las funciones de virey de Nueva-España. Este prelado creyó amenazada su jurisdiccion por el uso de algunos privilegios concedidos á los misioneros, lo que ocasionó un desacuerdo con los jesuitas, quienes nombraron á dos dominicos jueces conservadores de sus privilegios amenazados. Debemos esplicar aquí que en virtud de un breve de Gregorio XIII, estaba permitido á su Compañía, cuando su honor ó sus bienes peligraban, nombrar uno ó varios jueces conservadores, que instruyesen judicialmente el proceso y pronunciasen su sentencia en nombre del soberano Pontífice, de quien eran delegados en virtud de su nombramiento. Este breve habia sido admitido en todos los dominios españoles, con la condicion únicamente que los tribunales superiores de apelacion, declarasen que la causa era de competencia del juez conservador y aprobasen la eleccion de la persona nombrada al efecto. Nada mas lícito que lo que hizo Juan de Palafox en desacuerdo con los regulares sobre el valor de sus derechos, y fué pedir á la Santa Sede que cortase la cuestion como así lo hizo con un breve de fecha de 14 de marzo del año 1648. Pero una carta publicada bajo el nombre de Palafox fechada el 8 de enero de 1649, dirigida á Inocencio X, volvió á agriar la cuestion. Aquella carta tan estraña por su forma como por su fondo, acusaba de todos los crímenes á los jesuitas de Méjico, y estos religiosos publicaron á su vez para vindicarse, una memoria dirigida al rey de España. El venerable prelado desaprobó el escrito que motivó aquella vindicacion en su *Defensa canónica*, presentada á Felipe IV en 1652. «La Compañía de Jesus, léese en ella, es un instituto admirable, sábio, útil, santo, digno de toda la proteccion, no solamente de V. M., sino de todos los prelados católicos. Hace mas de

un siglo que los jesuitas son los útiles cooperadores de los obispos y del clero.» Mas adelante refiriéndose á la carta dirigida á Inocencio X, dice: «¿Cuándo he empleado yo semejante lenguaje? ¿Dónde existe esa pretendida carta que se cita? ¿La ha comunicado el soberano Pontífice á alguna persona? ¿Quién será capaz de mostrar mi firma?» Lo que acaba de persuadir que la carta es supuesta, son los lisonjeros elogios que Juan de Palafox, trasladado de la Sede de Angelópolis á la de Osma, en España, en el año 1653, hizo de los hijos de San Ignacio en unas notas á las *Cartas* de Sta. Teresa. De los diversos escritos de este prelado, muerto en el año 1659 (1) el que mas relacion tiene con nuestro objeto, es el *Retrato al natural de los Indios*, digna continuacion de la memoria que su predecesor Julian Garcés, habia dirigido ciento treinta años antes á Paulo III y á Cárlos V.» Los principales rasgos y algunas veces las espresiones son las mismas, en una y otra memoria, dice Touron en su *Historia general de la América*; el mismo espíritu de caridad y sinceridad los dictó, y seria muy difícil decir cuál de los dos prelados estaba mejor instruido en las costumbres y verdadero carácter de los indios, ó era mas celoso en su defensa. El primero no tan solo habia instruido, alimentado y consolado á su rebaño, sino que puede decirse que lo habia formado, y que durante los veinte años de su episcopado, no habia cesado de fortificarle, perfeccionarle y hacerle crecer constantemente en virtud y en número con la conversion de una multitud de gentiles que sometió al yugo de Jesucristo apartándoles de los errores del paganismo, cifrándose en esto todo su anhelo y consagrando toda su existencia al propio objeto. Revestido el segundo prelado de mas grandes empleos y dignidades en toda la estension de Nueva-España, habia tenido mas medios y ocasiones de conocer al fuerte y al débil, las buenas y malas cualidades de los americanos en general; pero su título de obispo de Angelópolis hacia que se consagrase esclusivamente al bienestar de aquel gran pueblo, que llevaba siempre en su corazon. Juan de Palafox llamó la atencion de Felipe IV: 1.° por la facilidad con que los mejicanos abrazaron el Evangelio y su fervor en el ejercicio del cristianismo; 2.° por su inviolable fidelidad al soberano y las grandes ventajas que procuraron á la corona de España; 3.°, por los hábitos de los mejicanos, generalmente moderados, modestos, sufridos, pobres y no obstante generosos; 4.°, por su sumision y respeto para con los superiores; 5.°, por su clara inteligencia; y 6.°, por su aptitud para las artes y ciencias. Cada uno de estos puntos, despues de haber contestado el autor á varias objeciones, desarrollólos estensamente con tanta elocuencia como verdad. Así es, que sobre el primer punto, despues de haber confesado que todavía existian en ciertos lugares de Méjico algunos restos de supersticion, por falta de ministros de la santa palabra, añadia que en general, el celo y la religiosidad de los indígenas le habian edificado. No hay casa por pobre que sea, escribia, que no tenga su oratorio, donde los mejicanos colocan sus imágenes, decorándolos con lo que economizan del fruto de su trabajo. Pasan los dias de comunion en sus oratorios ó en la iglesia, y esto con tanto recogimien-

(1) Es citado este prelado como uno de los varones ilustres de España por sus virtudes y sabiduria, dice uno de sus biógrafos, que no tuvo porque arrepentirse Felipe IV de haberle elegido obispo de Angelópolis ó Puebla de los Angeles, confiándole al propio tiempo cierta participacion en el gobierno civil, pues el respetable prelado desempeñó las funciones de su cargo con el celo, bondad y propia discrecion de su talento y escelente corazon. Seis años ocupó la silla episcopal de Osma, en Castilla la Vieja, falleciendo con fama de ejemplar piedad y de esclarecido talento. Sus obras conocidas no solo en su patria, sino en varios paises de Europa, por haber sido traducidas en atencion á su mérito, merecen leerse detenidamente por la pureza de su doctrina, no menos que por lo castizo y correcto del lenguage. La reputacion de sus virtudes, dió origen á las diligencias que se comenzaron á practicar para su beatificacion á fines del siglo XVII. Examinadas las obras de Palafox por la Congregacion de los Ritos, y siendo aprobadas por no encontrar en ellas nada contrario al dogma ni á las buenas costumbres, mandó Clemente XIV que se procediese al exámen de las virtudes del obispo español y en la cesion de la citada Congregacion celebrada ante Pio VII en 28 de febrero del año 1777, para tratar de la canonizacion de nuestro compatriota, tuvo, segun se cree, una mayoria considerable de votos, sin embargo, la Santa Sede aun no ha santificado aquella decision y la causa ha quedado pendiente. (Nota del Trad.)

to y tan profundo respeto, que podrian servir de modelos á los mas virtuosos cristianos. Cuanta mas rica es la ofrenda que pueden hacer á la iglesia, mayor es su satisfaccion, y para poder lograrlo, siembran y labran las tierras antes abandonadas. El modo como reciben á sus curas y á los eclesiásticos es ejemplar; les preceden para preparar los caminos; de distancia en distancia disponen enramadas para preservarles en su descanso de los ardores del sol, y al acercarse á ellos, doblan la rodilla para besarles la mano y recibir su bendicion. Nunca falta á esos eclesiásticos el alimento necesario; cuando entran en las iglesias, quedan edificados del órden y silencio que reinan entre los fieles; hombres y mugeres, colocados separadamente, permanecen con los ojos inclinados y hacen las genuflexiones con una regularidad tal, que no se ve otra cosa igual en las naciones europeas. Uno de sus caciques, añade el prelado, llamado Luis de Santiago, hizo cuarenta leguas por un camino muy malo para venir á encontrarme. Era un venerable octogenario, que aquellos pueblos consideraban como su padre y protector. Díjome con acento tembloroso á causa de su avanzada edad: «Padre, no ignorais que he gastado todo cuanto tenia para edificar la iglesia de mi pais y para aliviar las necesidades de los pobres indios. Ahora que me hallo al borde del sepulcro, quisiera emplear ciento cincuenta pesos que me quedan para la adquisicion de algunos ornamentos para la iglesia de mi pais, del color y forma que mas os guste: os ruego que os ocupeis de este asunto, y que me deis vuestra bendicion para que pueda ir á dormir el último sueño en mi patria.» Alabé el celo de aquel buen cacique, ordené que se ejecutase su voluntad y se volvió lleno de júbilo, á terminar sus dias en el seno de su familia.

Sobre el segundo punto, Palafox hace notar que de todos los vasallos de la corona de España, los indios son los que le han costado menos y de los que mas provecho ha sacado; y no sin razon añade ser esta consideracion debida á su fé, á fin de conciliarles la real proteccion. Sobre el tercer punto, recuerda que aquellos pueblos, aunque ricos por su suelo, son pobres individualmente y aman su pobreza; se contentan con una camisa y un simple vestido de algodon, y son pocos los que usan sombrero y van calzados. Su casa es una humilde cabaña, cuya puerta solo les libra de las fieras, porque no se oye hablar de robos entre ellos: una esterilla de juncos les sirve de cama, y un tronco de árbol forma su almohada. Unicamente su oratorio, como hemos dicho, está aseado y embellecido. Tan pacientes como pobres, jamás se quejan: en caso apurado huyen del lugar en que se les persigue para establecerse en otra parte. Si su superior les manda trabajar, trabajan; emprenden largos viages con escasas provisiones, porque son muy parcos, aceptan la recompensa que se les dá y jamás murmuran. Generosos en su indigencia, mantienen á los misioneros; nunca se presentan delante de sus superiores eclesiásticos sin ofrecerles algunos comestibles, y cuando nada tienen, les presentan ramos de flores, dándose por muy satisfechos si los admiten, y quedando muy afligidos en caso contrario. Si las mugeres indígenas, apenas se hacen religiosas, es por falta de dote; pero amigas del retiro y del trabajo, se encierran voluntariamente en los conventos en calidad de hermanas legas. En la época en que Palafox les tributaba este testimonio de aprecio, habia en Cholula una mejicana que mantenia en su casa y á su costa, un cierto número de huérfanos indígenas que avezaba á los ejercicios de la piedad cristiana. Lo que el prelado refiere acerca del modo con que se trataban los casamientos en algunas provincias de América, no es menos singular y edificante. El jóven indígena sin haber hablado de su inclinacion ni á la que desea tener por compañera, ni á sus padres, va, apenas amanece, á barrer los umbrales de su casa; cuando sale la muchacha con sus padres, entra en ella y la limpia; los demás dias, tambien al amanecer, lleva agua ó leña que deja á la

puerta, sin hablar á nadie de su propósito. Procurando adivinar cuales son los servicios mas agradables á los padres, pone todo su ahinco en complacerles y continúa dándoles pruebas de su afecto, hasta que estos seguros de su constancia, juzgan que ya ha hecho lo bastante. Entonces disponen entre sí cuanto es necesario para la celebracion del casamiento, sin que por esto el jóven dirija una palabra á la muchacha, ni se atreva á presentarse delante de ella, ni levantar los ojos para mirarle el semblante cuando pasa por delante de él. Hé aquí hasta que punto unos hombres que suponemos salvajes, llevan la modestia y discrecion.

Sobre el quinto punto, Palafox cita varios rasgos que demuestran que los mejicanos tienen una imaginacion viva y mucha penetracion, así cuando tratan de asuntos sérios como de cosas lijeras. En la iglesia de la Puebla de los Angeles habian fundido una campana, que resultó tener muy mal sonido. Viendo un indio que el fundidor estaba muy preocupado por aquel mal resultado de su obra, le dijo: «No debeis incomodaros, señor, de que no hable bien claro á las pocas horas de haber venido al mundo. Lo mismo me sucedió á mí; un poco de paciencia, que con el tiempo ya hablará.» Otro indio se hallaba en una corrida de toros á cuyo ejercicio son muy aficionados los mejicanos. Un español que le habia prestado bajo palabra cierta cantidad de maiz, viendo á su deudor entre las astas del toro, le hizo señas de que huyese. «Ya veo, le dijo el indígena, que temes que el toro me mate. Hazme el favor de dejarme divertir. ¿No te he dado mi palabra? Otro indio, en fin, montado en un buen caballo, halló en un camino solitario á un europeo que iba en otro muy malo, y que le obligó de grado ó por fuerza á hacer un cambio diciendo, sin ser verdad, que el caballo le pertenecia. Siguióle el indio hasta la poblacion inmediata, y fué á quejarse al alcalde; pero el europeo sostuvo con teson su embuste y ya el juez iba á despedirles por falta de pruebas, cuando el indio le dijo: «Si me lo permitís, probaré que el caballo es mio.» Autorizado para hacerlo, quitóse su capa, cubrió con ella la cabeza del animal, y añadió: «Manda á ese hombre, puesto que asegura haber criado el caballo, que diga de que ojo es tuerto.» El europeo para no infundir sospechas, contestó al punto: «Del ojo derecho.» Entonces el indio, descubriendo la cabeza del caballo, replicó: «No es tuerto ni del ojo derecho ni del izquierdo,» y el magistrado convencido con una prueba tan ingeniosa y tan valedera, le adjudicó el caballo.» ¿Se puede imaginar, añade Palafox, un espediente mas sutil que el que halló aquel indio en un momento? Ninguno se ha acercado tal vez jamás tanto al juicio de Salomon cuando las dos mugeres reclamaban á un mismo niño.» Sobre el sexto punto, el prelado manifiesta que los indígenas, buenos carpinteros, buenos pintores y buenos músicos, descuellan en este último arte, hasta el punto de tener libros de música en sus capillas y muestras de música en todas las iglesias parroquiales, á diferencia de Europa, donde no las hay sino en las catedrales. Un indio de Tarasca fué á Méjico para aprender el arte de fabricar órganos y se dirigió á un artista español, quien estipuló la obligacion escrita de una remuneracion. Habiéndose diferido por espacio de cinco ó seis dias el poner la firma al contrato, durante los cuales el indígena, siguió con atencion los movimientos del maestro que colocaba, sacaba y ensayaba las piezas del aparato del órgano, grabóse tan profundamente en su inteligencia el mecanismo del instrumento, que cuando se le habló de suscribir el contrato de aprendizage, contestó que ya no tenia necesidad de mas larga enseñanza. En efecto, habiendo regresado á Tarasca, fabricó en aquella poblacion un órgano que pasó por el mejor del pais, y llegó á ser tan hábil en aquel oficio, que cualquiera que fuese la materia que emplease en la fundicion de los tubos, sus órganos siempre eran los mas estimados. La habilidad con que los indios cortan y pulen las piedras preciosas, es tambien admirable. Se sirven de piedras duras para

hacer navajas y lanzetas, y así pueden prescindir de los instrumentos de Europa que son de acero. Despues de haber hecho resaltar las cualidades del talento y del corazon de que están dotados los indígenas, Palafox dice al rey de España: «Si solicito vuestra proteccion en favor de los indios, lo hago con tanta mayor seguridad, cuanto rindo un servicio agradable á Dios y muy importante para V. M.»

No nos es dado poder nombrar todos los ilustres obispos bajo cuya direccion asimiló sucesivamente el cristianismo á la mayor parte de los indígenas de Méjico. Sin embargo, entre aquellos ilustres prelados mencionarémos á Francisco Manso que en el año 1629 tuvo el sentimiento de ver su ciudad metropolitana sumergida por el lago á causa de un repentino y estraordinario desbordamiento, en cuya ocasion perecieron treinta mil indígenas y cerca de veinte mil familias españolas; catástrofe espantosa que arruinó todos los edificios sagrados y profanos dejando á Méjico completamente arruinada. Juan de Zamora, natural de Marquina en Vizcaya, consagrado obispo de Méjico en el año 1643 por Juan de Palafox, tuvo el consuelo de ver suceder á toda clase de azotes, abundantes frutos de bendicion.

Es imposible pasar en silencio al dominico Antonio de Monroy, español de orígen y americano de nacimiento, porque habia visto la primera luz en Méjico en el año 1633. Hacia mas de un siglo, que la Orden de Hermanos Predicadores poseia en la América sometida á la dominacion española, no solamente numerosos conventos y colegios, sino provincias enteras y regulares. En el capítulo celebrado en Salamanca en el año 1551, se habian fijado los límites de la provincia de Méjico ó Nueva-España; y con motivo de su estension, se habia dividido en el capítulo de Venecia, en el año 1592, en dos partes, conservando la primera el nombre de provincia de Méjico, bajo la proteccion de Santiago, y la segunda fué llamada provincia de Guaxaca, ó de San Hipólito mártir. Las familias españolas establecidas en gran número en los paises conquistados y los idólatras convertidos, formaban la poblacion de esos semilleros de los apóstoles. Por no tener que citarlos todos, en las actas del capítulo general de la órden de dominicos, celebrado en Roma en el mes de junio del año 1650, bajo la presidencia del P. Juan Bautista Marinis, se halla el sumario de la vida y trabajos de los dominicos Lupo de Cuellar, Francisco de Sarabia, Martin de Aliende, José Calderon, Melchor de San Raymundo y Juan de Fineo, la mayor parte hijos de Méjico y todos de la provincia de Guaxaca. Antonio de Monroy, uno de los misioneros mas distinguidos, tan querido de los españoles como de los americanos por los esfuerzos que hizo para hacer cesar la antigua antipatía entre vencedores y vencidos, obtuvo del virey, sabedor de su mérito, cuanto le pidió en favor de los indígenas, y el celoso religioso supo aprovecharse de aquel favor para hacer ingresar en el seno de la iglesia, á los que hasta entonces habian permanecido con los ojos cerrados á la luz del Evangelio. Sus admirables conversiones no se limitaron á Méjico, sino que se estendieron á las diferentes regiones de la provincia dominicana. Los diversos empleos que ejerció despues en su órden le prepararon para ocupar en el año 1677, el primero de todos. Nombrado general de su órden, procuró que el instituto de Santo Domingo, fuese cada vez mas útil á la Iglesia principalmente para la propagacion de la fé. El conocimiento personal que tenia de vastas regiones donde no se habia anunciado todavía el nombre de Jesucristo y de la ceguedad de tantos pueblos acostumbrados á la abominacion de cruentos sacrificios, le imponia en cierto modo una obligacion mas estricta de procurar la civilizacion de los idólatras por medio del cristianismo. Mejor que nadie sabia las dificultades de la empresa; pero se acordaba de que el P. Domingo de Betanzos, el apóstol dominico de Nueva-España, habia logrado destruir una infinidad de ídolos, y dar á conocer la malicia del demonio á sus infortunados esclavos; por otra parte, tampoco habia

olvidado, que en una comarca de Méjico, llamada por los españoles Tierra de Fuego ó Tierra de Guerra, á causa de la crueldad de sus habitantes, y en la que los soldados europeos siempre estaban con recelo, dos ó tres religiosos de Santo Domingo, armados de la virtud de Dios y de su palabra, habian hecho en poco tiempo tan grandes conquistas á J. C., que á la denominacion de Tierra de Guerra, habia sustituido la de Tierra de Paz. A fin de escitar el celo de los hijos con el recuerdo de la ardiente caridad de sus padres, Antonio de Monroy hizo imprimir en tres volúmenes en fóleo, la historia de la provincia dominicana del Perú, é hizo mas vulgar la de la provincia de Santiago de Méjico. En estos monumentos se halla la sencilla relacion, aunque circunstanciada, de los trabajos de los misioneros dominicos, y la del éxito que obtuvieron sus esfuerzos; éxito tanto menos dudoso, cuanto las pruebas están patentes y siempre subsistentes, puesto que unas grandes naciones, todavía idólatras en el siglo XVI, forman hoy dia una parte considerable de la Iglesia católica, y demuestran con su perseverancia en el cristianismo, el ardoroso celo de los misioneros con que Dios se dignó operar semejante cambio. El afan de multiplicar las conversiones, fué lo que mas ocupó al Padre Monroy durante los nueve años que gobernó la órden de Santo Domingo. Redactó, con este objeto, todos los reglamentos que juzgó necesarios ó útiles. Obtuvo tambien la aprobacion de la Santa Sede y de la córte de España para fundar una universidad en el convento de los dominicos de Quito, porque la causa de la civilizacion, era inseparable, en su concepto, de la del cristianismo; y en fin, eligió para la carrera de las misiones lo mejor de sus religiosos. Tal fué su constante solicitud antes de ser nombrado arzobispo de Compostela, en cuya sede murió el dia 7 de noviembre del año 1715.

Las misiones americanas favorecidas de Dios, fueron cada vez mas en aumento. Lo que los precedentes misioneros habian plantado, sus sucesores lo cultivaron de generacion en generacion, acrecentando así una cristiandad ya fecunda en frutos de honor y santidad. El religioso dominico, Fr. Domingo de Glacuno, profeso de la provincia de San Vicente, en Méjico, ocupa un lugar distinguido entre los santos personages que, por el ministerio de la palabra y por la fuerza no menos eficaz del ejemplo, renovaron el fervor en las diócesis de Chiapa y de Guatemala; y los indígenas que habia regenerado en J. C. lloraron amargamente su muerte acaecida en el año 1744. Los ausilios espirituales y temporales que Domingo de Glacuno procuraba á la provincia dominicana de San Vicente, en Méjico, recibiólos la de Santiago, en el mismo reino de los religiosos de la misma órden Francisco Romus é Ildefonso Cabrera, muertos en el año 1750, cuyo celo y desinterés, encomian las actas del capítulo general de la órden, celebrado en Roma en el año 1756.

La familia de San Ignacio, siempre fué émula de la de Santo Domingo en Méjico. Consignarémos en este lugar, segun la autoridad del P. Bertrand, lo que hizo por la propagacion de la fé, valiéndose de la educacion dada tanto á los indígenas, como á los descendientes de los conquistadores Establecida en Nueva-España en el año 1572, al siguiente año abrió el colegio de los santos apóstoles Pedro y Pablo, el cual no bastando á la afluencia de alumnos, fué secundado en el año 1754 por los tres colegios de S. Miguel, S. Bernardo y S. Gregorio. Mas tarde aquellos tres colegios, fueron reemplazados por otros dos establecimientos, á saber: el colegio ó seminario de S. Ildefonso, y el seminario de S. Gregorio. El primero reservado para los europeos, contaba ordinariamente trescientos discípulos, de los cuales, una gran parte se destinaba al estado eclesiástico; de modo que aquel establecimiento proporcionaba escelentes operarios para las comunidades de las catedrales y parroquias y á las diferentes órdenes religiosas. El seminario de S. Gregorio estaba destinado esclusivamente á los indígenas, recogidos por los

Padres en sus diversas misiones y cuyo número llegaba á cincuenta; despues de una educacion completa, salian de aquel seminario para ir á administrar las parroquias en su pais bajo la direccion de misioneros europeos. Otro seminario, instituido por una tribu de indígenas que no podian ser educados con los precedentes, á causa de que hablaban una lengua diferente, la de los otomitas, estaba situado cerca del noviciado de Topozotlan. Además de estos establecimientos especiales, Méjico poseia varios otros colegios y seminarios dirigidos por la Compañía de Jesus, y abiertos á la juventud de todas las clases, tanto europeos, como mestizos ó indígenas que hablasen ya el español. Tales eran los colegios ó seminarios de Guadalajara, Queretaro, S. Ignacio y S. Gerónimo, en Angelópolis, Mérida y Guatemala. Estos establecimientos eran otros tantos ricos criaderos para el clero secular, no menos que para las órdenes regulares; y sus antiguos discípulos, tales como el P. Sartorio y el doctor Medrano (1), considerados como los oráculos del pais, hacian todavía el mas grande honor á sus maestros, cincuenta años despues de la supresion de la Compañía.

Esta sociedad ocupó en Méjico hasta ciento cuarenta y cuatro Padres, que tenian bajo su direccion mas de quinientos mil cristianos. Veremos á sus misioneros en el jercicio de su ministerio, en el cuadro que vamos á trazar de la California.

CAPITULO XXIX.

Misiones de los carmelitas, agustinos, jesuitas y franciscanos (2) en California.

Urbano Cerri en su obra titulada «Estado presente de la Iglesia romana, en todas las partes del mundo,» dice que en el año 1611 el rey de España envió á California tres buques, con tres carmelitas que bautizaron á varios indígenas; y que en el año 1636 el nuncio apostólico en Madrid, estuvo encargado de suplicar al rey católico que hiciera pasar á aquel pais una mision mas numerosa de carmelitas, agustinos y de otras órdenes. En el año 1642, el duque de Escalona virey de Méjico, envió á California al gobernador de Cinalva, con algunos miembros de la Compañía de Jesus, para fundar allí algunas misiones y civilizar á los indígenas.

«Deseoso el rey Cárlos II, dicen las *Cartas edificantes*, de cimentar la religion cristiana en aquellos remotos paises, y animado de un santo celo, dió órden de enviar á aquella tierra algunos misioneros para trabajar en la conversion de los idólatras y establecer, si posible fuese, un comercio sólido con ellos. Al efecto el marqués de la Laguna, entonces virey de Méjico, hizo pasar á California al almirante D. Isidoro de Atondo, con todo lo necesario para fundar una Colonia. La pequeña flota partió del puerto de Chalaca en la Nueva-Galicia el dia 18 de enero del año 1683 y llegó al puerto de Nuestra Señora de la Paz en California el 30 de marzo del mismo año. Procedióse enseguida á la construccion de un fuerte, y los PP. Matías Goñi y Eusebio Francisco Kuhn, ambos jesuitas (este último sábio astrónomo de Ingolstadt), empezaron á predicar á J. C. y á ejercer su ministerio. Pero aquella mision cuyos comienzos habian hecho infundir tan gratas esperanzas, no dió ventajosos resultados á causa de la rebeldía de los naturales, de modo que los misionercs al cabo de algun tiempo se vieron obligados á abandonar la California y retirarse á las provincias de Cinalva y Sonora, donde la fé hacia maravillosos progresos.» En el año 1686 se trató de enviar á aquel pais una nueva mision de jesuitas, pero por varios motivos no pudo llegar á realizarse el pensamiento.

« El regreso de los PP. Goñi y Kuhn, aña-

(1) Los vastos conocimientos que poseia el Dr. Medrano y las virtudes que le distinguian como ciudadano, le valieron el aprecio general y los mas señalados favores, de modo que, como observa muy acertadamente el autor, era considerado tanto un escelente repúblico, como un sábio á quien se sometia el fallo de los negocios mas árduos. Su memoria vivirá por mucho tiempo en el suelo que tuvo la dicha de verle nacer, y en la Compañía de Jesus, cuya primera educacion le dió. (Nota del trad.)

(2) Sobre la primera mision franciscana en California, véase tom. I.

den las citadas *Cartas*, afligió sensiblemente al P. Juan María de Salvatierra, jesuita, que trabajaba con gran celo en la conversion de los indios de la provincia de Taraumara, llamada por los españoles Nueva Vizcaya. Un dia que gemia en presencia de N. S. por aquella multitud de pueblos que perecian todos los dias en aquellos vastos paises, faltos de instruccion y ausilios espirituales, de repente se sintió vivamente inspirado de consagrarse á la mision de California y llevar allí de nuevo el Evangelio. Pero, por grande que fuese su deseo de seguir la voz que le llamaba, no pudo hacerlo por entonces, á causa de que sus superiores le retiraron de las misiones para confiarle la direccion del colegio de Guadalajara, despues el de Topozotlan y la direccion del noviciado de la provincia de Méjico. Aunque estos diversos empleos parezca debian alejarle del designio que Dios le habia inspirado, no por esto lo perdió jamás de vista; por el contrario, hizo todo cuanto pudo durante aquel tiempo para lograr el objeto de una empresa tan difícil, y varias veces, tuvo el honor de hablar de ello con la duquesa de Sessa y con el conde Motezuma, su esposo, que habia sucedido al marqués de la Laguna en el vireinato de Nueva-España. Ese conde, que el rey católico nombró duque de Atrisco y grande de España de primera clase, por los servicios importantes que habia prestado á la religion y al estado, alabó el propósito del P. Salvatierra, y le prometió apoyarle cerca del rey de España. En esta seguridad, el padre empezó á obrar sin amedrentarle los obstáculos que tenia que vencer; porque para obtener un buen éxito la empresa que de nuevo se iba á acometer, no solamente era necesario establecer una nueva colonia en California, mantenerla y apoyarla, sino que además era preciso procurarse los buques para ir allí, llevar las provisiones necesarias y conservar enseguida una comunicacion libre y fácil con Méjico, sin cuyos socorros, la nueva colonia no podia absolutamente mantenerse. Aquellas dificultades que para cualquier otro hubiesen parecido invencibles, no lo fueron por un religioso que contaba hacia muchos años, mas en la proteccion de Dios que en los ausilios humanos. Y no se engañó, porque el bachiller D. Juan Caballero y Ocio, comisario de la cruzada, á quien abrió su pecho, prometió ausiliarle, y D. Pedro Gil de la Sierpe, tesorero del puerto de Acapulco, se comprometió para procurarle embarcaciones. Tranquilizado el P. Salvatierra con la promesa de aquellos socorros, partió para las provincias de Cinalva, Sonora y Taraumara en busca de misioneros y de gentes que voluntariamente quisieran formar parte de la colonia. Recorrió de paso las montañas de Cinipaz y de Guazaperez (1) donde en otro tiempo habia tenido la dicha de convertir á casi todos sus habitantes. Aquellos nuevos cristianos, que le miraban como su padre, le recibieron con las mayores muestras de alegría, la cual se convirtió en tristeza cuando supieron que solo se hallaba de paso. Despues de haberles exhortado á vivir en la inocencia y el fervor, al bajar de aquellos montes, para tomar el camino del mar, supo que los pueblos de la provincia de Taraumara, que no habian querido renunciar á sus antiguas supersticiones, acababan de tomar las armas, para hacer una guerra de esterminio, no solo contra los españoles sino tambien contra sus compatriotas que habian abrazado el cristianismo. Aquella imprevista sublevacion trastornó los planes del P. Salvatierra y le obligó á tener que desistir por el momento de su viaje á California. El P. Eusebio Francisco Kuhn, que debia acompañarle, le escribió que en una situacion tan crítica, no podia abandonar la mision de Sonora que le estaba confiada. Varias personas que se habian comprometido á pasar con él á aquel nuevo reino, para formar una colonia, tuvieron que desistir tambien de su idea á causa de aquella revolucion que infundia mucho recelo á los españoles; de modo que se vió casi abandonado de todos aquellos con quienes mas

(1) Los montes Cinipaz se hallan al Occidente de los desiertos de Sonora, y los de Guazaperez al E. de Guatemala, la Nueva cerca del grande Océano equinoxial. (Nota del Trad.)

habia contado. Pero aunque le faltasen todos aquellos recursos no por esto se descorazonó : sino que firme en su idea, y persuadido como todos los hombres apostólicos, que cuanto mayores son los obstáculos y contradicciones en lo que se emprende para la gloria de Dios, tanto mas hay que esperar que al fin el éxito será colmado, apenas supo que los buques del tesorero de Acapulco habian llegado á las costas de Cinaloa, dirigióse allí, embarcándose el dia 10 de octubre del año 1697, dia en que la iglesia celebra la fiesta de S. Francisco de Borgia, que fué el primer fundador de nuestras misiones en Méjico. Se hizo á la vela al dia siguiente, y, despues de haber corrido varios peligros durante dos dias, el buque en que iba avistó las montañas de las Vírgenes en California. Desembarcaron en la bahía de la Concepcion, donde el P. Salvatierra dijo misa el dia de Sta. Teresa; pero como aquel sitio no pareciese cómodo, no se detuvieron en él, ni tampoco en San Bruno, donde solo habia agua salada. En fin, despues de haber pasado la noche anclada la nave delante de la isla Coronados, desembarcaron el dia 18 de octubre en el distrito de San Dionisio, en un lugar llamado Concho. El padre y los que le acompañaban trabaron amistad con los indios, que en un principio parecia que se presentaban de buena fé; pero lo hacian maliciosamente para sorprender á los españoles y darles muerte, lo que habria sucedido, si algunos dias despues no se hubiese reprimido la violencia de aquellos bárbaros. Grande fué el consuelo que esperimentó el P. Salvatierra, que hacia mucho tiempo no contaba con ningun ausiliar, cuando vió llegar, algunos dias despues al P. Francisco María Picolo, antiguo misionero de la provincia de Taraumara, sacerdote distinguido por su virtud y su celo. Aquellos dos hombres apostólicos, á quienes una larga esperiencia hacia muy hábiles en su ministerio, empezaron entonces á trabajar sólidamente en la conversion de los pueblos de California. »

El mismo P. Picolo, nos refiere en una interesante memoria que publicó algun tiempo despues, las bendiciones que le plugo á Dios conceder á aquel apostolado.

« Nos embarcamos en el mes de octubre del año 1697, dice, y cruzamos el mar que separa la California de Nuevo-Méjico, bajo la proteccion de Ntra. Sra. de Loreto, cuya imágen llevábamos. Aquella *Estrella del mar* nos condujo felizmente á puerto.... Apenas desembarcamos, colocamos la imágen de la santísima Vírgen en el lugar mas propio que encontramos, y despues de haberla adornado cuanto nos lo permitia nuestra pobreza, rogamos á aquella poderosa abogada que nos fuese tan propicia en tierra como nos lo habia sido en el mar. Pero el demonio á quien íbamos á inquietar en la tranquila posesion en que se hallaba despues de tantos siglos, hizo los mayores esfuerzos para sembrar de dificultades nuestra empresa. Los pueblos en donde penetramos, no pudiendo saber el designio que abrigábamos de sacarles de las profundas tinieblas de la idolatría en que estaban sumidos y procurar su eterna salvacion, porque no conocian nuestra lengua, y no habia nadie entre nosotros que supiese hablar la suya, imaginaron que íbamos á su pais para arrebatarles la pesca de las perlas, como parece lo habian querido hacer otros en tiempos remotos. En aquella falsa creencia, tomaron las armas, y reunidos cercaron nuestra habitacion, donde no habia entonces mas que un corto número de españoles. La violencia con que nos atacaron y la multitud de flechas y piedras que nos lanzaron fué tan grande, que indudablemente todos hubiéramos perecido, si la Santísima Vírgen no nos hubiese protegido.... Los bárbaros, que fueron mas tratables despues de su derrota, y viendo por otra parte que nada podian con nosotros por la fuerza, nos enviaron algunos parlamentarios. Les recibimos amistosamente, y no tardamos en darles á comprender en su lengua, lo que nos habia decidido á ir á su pais. Aquellos enviados sacaron á sus compatriotas del error en que estaban, de modo que, persuadidos de nuestras buenas intencio-

nes, volvieron en mucho mayor número y nos manifestaron que estaban muy contentos de que quisiéramos instruirles en nuestra santa religion y enseñarles el camino del cielo. Al ver tan felices disposiciones, nos decidimos á aprender la lengua *moqui* que se habla en el pais; y consagramos cerca de dos años, parte en estudiarla, parte en catequizar á aquellos pueblos, encargándose el P. Salvatierra de instruir á los adultos y yo á los niños. La asiduidad con que acudia aquella juventud á oir hablar de Dios y su aplicacion en aprender la doctrina cristiana fueron tan grandes, que en poco tiempo se halló perfectamente instruida. Muchos me pidieron el bautismo, pero con tantas lágrimas y tan vivas instancias, que juzgué no debia negárselo. Algunos enfermos y ancianos que nos parecieron suficientemente instruidos, lo recibieron tambien, temiendo que falleciesen sin haber recibido aquel sacramento, y muchas veces creíamos que la Providencia habia prolongado sus dias únicamente para procurarles aquel momento de salvacion. Hubo además cerca de cincuenta infantes que de los brazos de sus madres volaron al cielo despues de su regeneracion en Jesucristo.

«Despues de haber trabajado en la instruccion de aquellos pueblos, procuramos descubrir otros, á los cuales pudiésemos ser igualmente útiles. Para hacerlo con mas provecho, acordamos con el P. Salvatierra separarnos, privándonos de la satisfaccion que teníamos de vivir y trabajar juntos. El tomó la direccion del Norte y yo la del Mediodía y Occidente. Mucho fué el consuelo que esperimentamos en aquellos viages apostólicos, porque como sabíamos bien la lengua, y los indios habian puesto en nosotros una verdadera confianza, nos invitaban ellos mismos á entrar en sus poblaciones, y se complacian en alojarnos y presentarnos á sus hijos. Cuando los primeros estaban instruidos, íbamos en busca de otros, á quienes sucesivamente enseñábamos los misterios de nuestra religion. De este modo el P. Salvatierra descubrió poco á poco todas las habitaciones que componen hoy dia la mision de Loreto-Concho y la de San Juan de Londo; y yo todo el pais llamado al presente la mision de S. Francisco Javier de Biaundo, que se estiende hasta el mar del Sur.

«Adelantando así cada uno por su parte, observamos que varias naciones que hablaban diferentes idiomas, se hallaban mezcladas entre sí; los unos hablaban la lengua *moqui*, que sabíamos, y los otros la lengua *laymon*, que está mucho mas estendida que la primera, y que nos parece tiene un curso general en todo aquel vasto pais. Nos aplicamos con tanto ahinco al estudio de aquella segunda lengua, que la aprendimos en poco tiempo y empezamos á predicar indiferentemente ya en laymon, ya en moqui. Dios ha bendecido nuestros trabajos, porque ya hemos bautizado mas de mil niños, todos muy bien dispuestos y tan deseosos de recibir aquella gracia, que no hemos podido resistir á sus ruegos. Mas de tres mil adultos, igualmente instruidos, desean y piden el mismo favor; pero hemos juzgado á propósito diferirlo para esperimentarlos con mas calma, y para arraigar mas en ellos tan santa resolucion; porque, como estos pueblos han vivido por mucho tiempo en la idolatría, y en una gran dependencia de sus falsos sacerdotes, y son por otra parte de un carácter ligero y veleidoso, tememos, si nos apresurásemos, que despues se dejasen pervertir, ó bien, que siendo cristianos sin llenar sus deberes, no espusieran nuestra santa religion al desprecio de los idólatras; así es que nos hemos contentado con ponerles en el número de los catecúmenos. El sábado y domingo de cada semana vienen á la iglesia y asisten, con sus hijos ya bautizados, á las pláticas que se hacen, y tenemos la satisfaccion de ver un gran número que perseveran con fidelidad en el deseo que les anima de contarse en el número de los discípulos de Jesucristo.

«Despues de nuestros segundos descubrimientos, hemos dividido toda esta comarca en cuatro misiones.... Cada mision comprende varios pueblos. La de Loreto-Concho tiene nueve en su dependencia.... Cuéntanse once

pueblos en la mision de S. Francisco Javier de Biaundo.... Se habia construido una capilla para esta segunda mision; pero siendo ya demasiado pequeña, se ha empezado á edificar una grande iglesia, cuyas paredes serán de ladrillo y el techo de madera. La huerta inmediata á la casa de los misioneros dá ya toda clase de yerbas y legumbres; y los árboles de Méjico que se han plantado, van todos muy bien y dentro de poco estarán llenos de escelentes frutos El bachiller D. Juan Caballero y Ocio, comisario de la cruzada, cuyo celo y religiosidad no serán nunca bien ponderados, ha fundado estas dos primeras misiones, y ha sido, por decirlo así, el gefe y promotor de toda esta grande empresa.

«Por lo que toca á la mision de Ntra. Sra. de los siete Dolores, no comprende mas que tres poblaciones. Los individuos de la congregacion del colegio de San Pedro y San Pablo, de nuestra Compañía, fundada en la ciudad de Méjico, bajo el título de los Dolores de la Santísima Vírgen, y compuesta de la principal nobleza de aquella gran ciudad, han fundado esta mision, y en varias ocasiones han dado pruebas de su grande anhelo para la propagacion de la fé y para la conversion de estos pobres infieles. En fin, la mision de San Juan de Londo contiene cinco ó seis poblaciones. El P. Salvatierra que arde en deseos de estender el reino de Dios, cultiva estas dos últimas misiones con un celo admirable. He dejado con él al P. Juan de Ugarte, quien despues de haber prestado en Méjico esenciales servicios á estas misiones, ha querido por último consagrarse en persona á sus trabajos (1701). Ha hecho grandes progresos en poco tiempo; porque además de predicar perfectamente en las dos lenguas de que he hablado, ha descubierto del lado del Sud, dos nuevas poblaciones.... donde ha bautizado á veinte y tres niños, y se dedica sin descanso á la instruccion de los demás y de los adultos.

«Los naturales de California tienen mucha vivacidad y son naturalmente burlones, lo que observamos cuando empezamos á instruirles, porque apenas cometíamos alguna falta en su lengua, se burlaban de nosotros sin poder disimularlo. Mas tarde, cuando ha sido mas frecuente nuestro trato con ellos, se han mostrado mas circunspectos, pero no por esto han dejado de advertirnos si alguna falta se nos ha escapado. Cuando les esplicamos algun misterio ó algunos puntos de moral poco conformes con sus preocupaciones ó sus antiguos errores, aguardan á que el predicador concluya el sermon para disputar con él con calor y con talento. Si se les dan buenas razones, escuchan con docilidad, y si se les puede convencer, se confiesan vencidos y hacen lo que se les ordena. No hemos hallado entre ellos ninguna forma de gobierno, ni casi de religion y culto regular. Ad ran la luna, se cortan los cabellos, no sé si es durante su menguante, y los dan á sus sacerdotes que los emplean para diversas especies de supersticiones. Cada familia se hace las leyes á su antojo, y esto será sin duda la causa de que mas frecuentemente riñan unos con otros.

«Por lo que hace á los misioneros.... he sabido con tanta gratitud como consuelo, que nuestro rey Felipe V (que Dios guarde muchos años) siempre dadivoso y liberal, ha tenido á bien señalar para esta mision una pension anual de seis mil pesos, satisfecho, por los progresos que ha hecho la religion en esta nueva colonia. Con esta dádiva se podrán mantener un gran número de obreros que no dejarán de venir en nuestro ausilio.»

En apoyo de estas últimas palabras del P. Picolo, se lee en las *Cartas edificantes*: «El rey Felipe V, habiendo sabido despues de haber ceñido la corona, los progresos que hacia el Evangelio en California, escribió inmediatamente al arzobispo de Méjico, que habia sucedido interinamente al conde de Montezuma en el cargo de virey y de capitan general de Nueva-España, manifestándole que siendo conocedor del éxito que Dios habia concedido á los trabajos de los PP. de la Compañía de Jesus, ya en sus misiones de las provincias de Cinaloa, Sonora y Nueva-Vizcaya, ya en la

que acababan de establecer en el gran reino de California, deseaba que se protegiesen aquellas misiones y que se multiplicasen por la gloria de la Iglesia y la salvacion de las almas; á cuyo efecto dispuso que además de lo que se daba de su parte á las misiones de Cinaloa, Sonora y Nueva-Vizcaya, se diese lo que necesario fuese á la de California. Añadia que deseaba se le informase exactamente del estado en que se hallaba y de los medios que podrian emplearse no solamente para conservar una obra tan importante para la Iglesia y el Estado, sino para cimentarla y perfeccionarla en cuanto fuese posible. No se limitó á esto el soberano, sino que para demostrar cuan á pechos tomaba la conversion de aquellos pueblos, terminaba de este modo la carta escrita al arzobispo de Méjico: «Os prevengo que deis las órdenes necesarias á fin de que los subsidios que he señalado sean hechos efectivos inmediatamente, á fin de que los PP. jesuitas puedan proseguir su empresa con el mismo ardor con que la han comenzado. Es mi voluntad tambien, que de mi parte se den las gracias á las personas caritativas que con sus limosnas han contribuido á los gastos del primer establecimiento de estas misiones, manifestándoles que quedo muy agradecido al celo que abrigan por la propagacion de la fé y por el servicio que me han prestado en esta ocasion, é invitadles á seguir mi ejemplo y á proseguir en el amparo de una obra tan santa y tan agradable á Dios.» El rey acompañó aquella carta con otra al consejo real de Guadalajara, de que dependian aquellas misiones.»

Mientras que los PP. Salvatierra y Picolo trabajaban de este modo en el centro de California, donde habian entrado por mar, quiso la Providencia que el jesuita aleman Kuhn, del que ya hemos hablado anteriormente, se abriera paso hácia el Norte para penetrar por tierra. Desde el año 1683 que tuvo que retirarse de aquella region, no habia perdido de vista el misionero aquel suelo donde deseaba hacer algunas nuevas conquistas á Jesucristo. Así es que en ocasion mas favorable, adelantó en el año 1698 del lado del Norte, siguiendo la costa hasta el monte de Santa Clara. Viendo allí que el mar se internaba de Este á Oeste, en vez de continuar siguiendo la costa, penetró en las tierras, y siguiendo constantemente la direccion de sudeste á noroeste, descubrió en el año 1699 las orillas del rio Azul (1) el cual despues de haber recibido las aguas del Gila, y corriendo de Oriente á Occidente, se reune con el rio Colorado ó gran rio del Norte. Despues de haber pasado el rio Azul, se encontró en el año 1700 cerca del rio Colorado, que tambien atravesó, quedando muy sorprendido en el año 1701 de encontrarse en California. Entonces supo que á treinta ó cuarenta leguas del lugar en que se hallaba entonces, el Colorado desaguaba en una ancha bahía en la costa occidental de California, y que esta por consiguiente únicamente estaba separada de Nuevo-Méjico por aquel rio. Hasta entonces se habia creido que el rio Colorado iba á terminar en el golfo de Méjico. El P. Kuhn, tan hábil matemático como celoso é infatigable misionero, trazó un mapa del camino que acababa de descubrir y lo envió á la córte de España.

En el año 1705, nuevos jesuitas llegaron á California, y su número ascendia á doce en el año 1715. Al siguiente, el P. Salvatierra, primer superior, envió el procurador de aquellas misiones al virey de Méjico, para pedirle la fundacion de un seminario destinado á la educacion de la juventud indígena, pero aquella súplica no dió ningun resultado. Habiendo pasado Salvatierra á Méjico en el año 1716 murió aquel mismo año en aquella ciudad.

En el año 1719, el P. Guillen, y en 1721 el Padre Ugarte, estendieron el círculo de las misiones. Un rasgo que se refiere de este último, demostrará que los naturales de California tienen conciencia de la superioridad de los blancos. Ugarte, entonces superior de los jesuitas, hombre de alta estatura y de una fuerza prodigiosa, predicaba en la mision de Nues-

(1) El rio Azul, que baña el pais de los Apaches, desagua en el Gila en las inmediaciones de S. Felipe (Nota del Trad.)

tra Sra. del Loreto. Un cacique, famoso por su vigor, que se hallaba colocado cerca de él, se burlaba de sus palabras y se reia sin embozo. Apurada la paciencia del misionero, inclinóse sobre el púlpito y con una mano cogió al cacique por la cabellera teniéndole algunos momentos suspendido y balanceándole de un lado á otro. Al ver aquella accion del religioso, el temor se apoderó de los indígenas y algunos de ellos huyeron; pero en lo sucesivo, cuando volvieron á la mision, asistieron á las ceremonias religiosas con mucha mas veneracion. No sin derramar su sangre, cimentaron los jesuitas sus misiones en la Vieja y Nueva-California, puesto que en el año 1733, las PP. Tameral y Caraneo perecieron en la parte meridional. En el año 1746 el P. Consag esploró el rio Colorado con el objeto de organizar algunas nuevas misiones que permitiesen hacer por tierra la travesía de Sonora á California. Los hijos de San Ignacio continuaron estendiendo el dominio de la geografía y gobernando paternalmente sus cristiandades hasta el año 1767, época en que las cedieron á los franciscanos del real convento de San Fernando de Méjico.

El protestante Robertson (1) ha dicho de la California: «A fines del siglo XVIII, los jesuitas que se habian consagrado al estudio de las costumbres y á civilizar sus habitantes, insensiblemente habian adquirido sobre ellos una autoridad tan absoluta, como la que tenian sobre los pueblos del Paraguay, y trataban de introducir en el pais el mismo sistema de administracion, gobernando á los indios con las mismas máximas. Para evitar que la córte de España concibiera recelos de sus operaciones, tenian gran cuidado de dar una idea muy mala de aquel reino. Segun ellos, el clima era tan mal sano y el suelo tan estéril, que únicamente el celo de la conversion de los indios, habia podido determinar á los misioneros á fijarse en él Alejandro de Humboldt, protestante tambien, y que tenia sobre Robertson la ventaja de haber visitado él mismo aquellos

(1) *Historia de América*, tom. IV, pág. 123.

lugares, se espresa con mas imparcialidad. (1) «Los establecimientos que fundaron los jesuitas en la Vieja-California, dieron ocasion de conocer la grande aridez de aquel pais y la suma dificultad de cultivarlo. El escaso resultado que dieron las minas que se esplotaron en Santa Ana, al norte del Cabo Palmo, enfrió el entusiasmo con que se habian preconizado las riquezas minerales de la península. Pero la malevolencia y el ódio que abrigaban algunos contra los jesuitas, hicieron nacer la sospecha de que aquella órden ocultaba á los ojos del gobierno los tesoros que encerraba una tierra tan celebrada desde muy remotos tiempos. Aquellas consideraciones decidieron al visitador D. José de Galvez, cuyo carácter caballeresco le habia hecho tomar parte en una espedicion contra los indios de Sonora, á pasar á California en el año 1768. Halló en ella montañas descarnadas, sin tierra vejetal y sin aguas: jaramagos y mimosadas arborecentes nacian en el hueco de las rocas; nada revelaba la existencia del oro y plata que decian haber sacado los jesuitas de las entrañas de la tierra; pero en todas partes se veian impresas las huellas de su actividad, de su industria y del laudable celo con que habian procurado cultivar un pais tan árido como desierto. Los interesantes viajes de tres jesuitas llamados Eusebio Kuhn, J. María de Salvatierra y Juan Ugarte, dieron á conocer la situacion física del pais. En el año 1697, ya habia sido fundada la poblacion de Loreto, bajo el nombre de presidio de S. Dionisio; pero en el reinado de Felipe V, sobre todo desde el año 1744, los establecimientos españoles en California, fueron muy considerables. Los PP. jesuitas desplegaron en esta ocasion ese tacto y esa actividad que tanto les distingue, que tan buenos resultados les ha dado y que tantas calumnias les ha valido en ambos hemisferios. En muy pocos años construyeron diez y seis centros de poblacion en el interior de la península.» Cada uno de esos centros tenia un misionero, y el superior general que residia

(1) *Ensayo político sobre Nueva-España*, tom. II, pág. 261.

en Loreto, concentraba en sus manos la autoridad de la península entera.

« Por órden de Cárlos III, dice el historiador Mofras, el marqués de Santa Cruz, virey de Méjico, y el visitador de aquel reino, D. José de Galvez, confiaron (25 junio del año 1767) á los frailes franciscanos del convento de S. Fernando de Méjico, la administracion de las misiones que los jesuitas hasta entonces habian dirigido solos con tanta prudencia como buen resultado. Las diversas misiones y los bienes inmuebles, formando el fondo piadoso de California, pasaron á manos de aquellos religiosos Diez y seis franciscanos, á las órdenes de su prefecto apostólico, el R. P. Fr. Junipero Serra, desembarcaron en Loreto, en la Baja-California, en el mes de abril del año 1768. El 16 de julio del mismo año, el visitador general de Nueva-España, llegó en persona, portador de una real órden que le prescribia fundar un establecimiento, ya fuese en el puerto de Monterey, ya en el de S. Diego. D. José de Galvez y el P Junipero, despues de haber visitado las misiones de la Baja-California, acordaron establecer en la Alta, en los dos estremos de la provincia, los presidios y misiones de S. Cárlos de Monterey y de S. Diego, de modo que pudiesen protejer todo el pais, añadiendo, como punto intermediario, la mision de S. Buenaventura.... A cuarenta leguas al norte de la mision de S. Francisco de Borja, que era en aquella época la parte mas septentrional de California...., el P. Junipero fundó la de San Fernando de Vellicata, que pronto contó con trescientos indios bautizados.... La noticia de la ocupacion de los puertos de S. Diego y Monterey causó un grande alborozo en Méjico, y á peticion del P. Junipero, el virey, marqués de Santa Cruz, envió treinta nuevos misioneros franciscanos que se embarcaron en S. Blas el dia 2 de enero del año 1771. La intencion del prefecto apostólico, era fundar dos misiones en el territorio comprendido entre S. Fernando de Vellicata y el puerto de S. Diego, y otras diez entre este puerto y Monterey. En sus cartas, este venerable religioso se titula *jefe del escuadron seráfico y apostólico*, encargado de la conquista de las almas de los pobres indios. Admirable á lo sumo es el valor que desplegó para civilizar á las tribus bárbaras en cuyo seno le habia llevado su caridad, y todos sus religiosos siguieron dignamente sus huellas. Durante una de sus ausencias, habiendo dado muerte los indios al P. Luis Jaime, que se habia presentado para apaciguarlos, el P. Vicente Fuster se refugió en una pequeña cabaña con dos españoles, desde donde hacian fuego á los indios. Viendo estos que sus flechas nada podian con sus contrarios, arrojaron tisones encendidos sobre el techo de la cabaña formada de ramas secas. Entonces el P. Vicente se sentó sobre la pólvora, cubriéndola con su hábito, sin considerar que una sola chispa podia hacerlo volar. Con aquel acto de intrepidez, los soldados españoles pudieron continuar haciendo fuego, dando tiempo á sus camaradas para que acudieran en su ausilio.

« En el año 1771, habiendo cumplido el marqués de Sta. Cruz el tiempo de su mando, fué reemplazado por Bucareli. Los dominicos de Méjico obtuvieron una cédula real, en la cual se disponia que los franciscanos les confiasen la administracion de una ó dos misiones; pero el P. Guardian del convento de San Fernando hizo observar con razon, que las provincias de la Baja California no podian dividirse, que sus límites naturales estaban perfectamente trazados y que podian presentarse graves inconvenientes si las dos órdenes se hiciesen la competencia en un mismo territorio. Concluia ofreciendo á los dominicos, en el caso que quisiesen encargarse de la provincia entera, desde el Cabo de San Lucar hasta el puerto de San Diego esclusivamente, cederles, con todas las misiones administradas antes por los jesuitas, la de S. Fernando de Vellicata y las otras cinco que quedaban todavía para establecer. El virey hizo reunir el consejo, y el dia 30 de abril del año 1772, dió un decreto para llevar á cumplimiento lo acordado entre las dos órdenes. No obstante, hasta

el 1.° de mayo del siguiente año, no entraron los dominicos en posesion definitiva de la baja ó vieja California, retirándose los franciscanos á la alta ó nueva, donde, pudiendo concentrar todos sus esfuerzos en un terreno menos vasto y mas fértil, no tardaron en obtener resultados dignos de admiracion. Al cabo de catorce años, el P. Junipero, que murió en el año 1784, habia fundado ya quince misiones de indios ó pueblos de colonos españoles.»

En el año 1777, los franciscanos Velez y Escalante, exploraron el pais situado al oeste de la Sierra-Madre, los manantiales del rio Colorado, el Narvajoar y el rio Gila. El autor antes citado añade: «Los magníficos resultados obtenidos por los misioneros españoles, quienes lograron reunir mas de treinta mil neófitos en sus misiones de la alta California solamente, prueban que es fácil captarse la voluntad de los indios por medio de presentes, darles á comprender las ventajas de un trabajo moderado y conservarles en la obediencia con el buen trato. En los muy remotos desiertos de América, muchas veces quedan sorprendidos los viajeros, encontrando cruces groseras de madera construidas y fijadas por los indígenas. Estos, á pesar del mucho tiempo que ha trascurrido desde la conquista, conservan un recuerdo de veneracion para los misioneros, para aquellos hombres, que siempre les hicieron bien y contínuamente les han protejido. Asi es que la nacion que no tendiese á destruir los indios, es decir, á emplear respecto de ellos los medios de que se valen los Estados-Unidos contra los de las Floridas, deberia, ante todo, enviar en medio de ellos algunos misioneros que pudiesen continuar la obra de civilizacion tan admirablemente comenzada por los jesuitas y franciscanos españoles. Entre esas tribus, como acontece con todos los pueblos incultos, la autoridad militar sola no puede dar ningun resultado permanente La cruz de madera de algunos pobres religiosos, habia conquistado mas provincias á España y Francia, que la espada de sus mejores capitanes.»

CAPÍTULO XXX.

Misiones de los dominicos y de los jesuitas en el Perú.

Dueño el rey de España de Méjico y Californias, iba estendiendo cada dia sus dominios por una parte de la América meridional, en la que vastas regiones habian adoptado ya la forma y las costumbres de la civilizacion. Habia al propio tiempo otros muchos paises que, bajo la direccion de los misioneros, empezaban ya á salir del estado de degradacion intelectual, moral y social, á que sus habitantes idólatras se habian visto reducidos hasta que los españoles fueron á plantar en sus playas el lábaro santo de la cruz.

A instancias de los vireyes ó gobernadores, el rey de España proponia con deferencia al Papa para las sillas vacantes, á aquellos de entre los antiguos misioneros que mas se habian distinguido por su celo ilustrado y perseverante en el ministerio apostólico; otras veces consultaba antes el rey á los obispos y hasta algunas veces á los pueblos, quienes deseaban casi siempre tener por primeros pastores á los padres espirituales que les habian regenerado por medio del bautismo. Imposible nos seria, sin entrar en largos detalles, citar aquí todos los prelados que fueron propuestos para aquellas iglesias nacientes, aun limitándonos á las del Perú, ó á los prelados que despues de Bartolomé Lobo Guerrero, ocuparon la silla metropolitana de Lima. Basta á nuestro propósito mostrar al apostolado en accion entre las tribus que no conocian aun las verdades consoladoras del cristianismo: preferimos omitir la historia de las iglesias ya formadas, para poder referir mas estensamente los hechos gloriosos de los misioneros que con esfuerzos sobrehumanos, lograban añadir nuevas ovejas cada dia al rebaño del Pastor soberano.

La familia de Sto. Domingo nos presenta como uno de sus primeros apóstoles al P. Adriano de Ufeldre, natural de Lima, donde abrazó

á los catorce años la órden de Predicadores. Touron se complace en referir estensamente los hechos de aquel celoso apóstol, que despues de haber evangelizado á los indígenas de la diócesis que le vió nacer, fué enviado á Panamá, para convertir á los habitantes de las peñas de Guaymi, comparados por su ligereza con las cabras monteses. Apesar de que reconocian aquellos idólatras á un Dios supremo, llamado por ellos Noncomala, al que atribuian la creacion del cielo, la tierra y la luz que habia disipado las tinieblas procedentes del abismo, creian no obstante en otras divinidades inferiores, que compartian con el primer ser el gobierno del mundo, especialmente en las regiones sometidas á su influencia. El P. Adriano civilizó y convirtió á aquellos infieles, con los que formó, bajo el nombre de *Pueblo de San Lorenzo de los Reyes*, diferentes colonias que fueron las mas florecientes de la provincia de Veragua. Obligado el misionero á separarse de sus ovejas queridas, se dirigió, por mandato de sus superiores á la provincia de Darien, donde no fueron menores las conquistas espirituales que logró hacer en medio de aquellos feroces habitantes. En sus últimos dias, se retiró aquel ilustre misionero al convento de Panamá, en el que vivia aun el año 1647.

Con no menos resplandor brilló en la propia órden Francisco de la Cruz, nacido en Granada á últimos del siglo XVI. Despues de haberse procurado todos los conocimientos necesarios sin descuidar el estudio de la religion, hizo Francisco de la Cruz un viage á América, donde no paró hasta recorrer diferentes provincias del Nuevo-Mundo. En sus frecuentes viages tuvo ocasion de conocer las costumbres y la religion de los indígenas, hasta que por fin resolvió unirse á los ministros del Evangelio que habian emprendido el mismo viage con un fin mucho mas puro y santo, al ver la ceguedad de los pueblos idólatras que se entregaban á toda clase de supersticiones y escesos. No se cansaba la Cruz de admirar el desinteresado celo de tantos religiosos que habian ido de remotos paises á anunciar el Salvador á aquellos infortunados, despreciando todas las fatigas y peligros á que se veia la vida del misionero contínuamente espuesta. Como hombre sábio y cristiano, pensaba en la suerte distinta de los que veia dirigirse de Europa á América, unos por procurarse bienes perecederos, que las mas veces anticipaban su muerte sin saciar su codicia; y otros, con la sola mira de aumentar la grey de Jesucristo, lo que no podia menos de procurarles su gloria y la de la religion que profesaban. Así que, no le dejó la gracia fluctuar mucho tiempo. Resuelto Francisco de la Cruz á preferir la dicha eterna á la felicidad aparente de esta vida, pidió el hábito de Sto. Domingo al convento de Cuzco, en el Perú; entrando á formar parte de aquella comunidad el dia 7 de febrero del año 1716. Pronto conocieron sus superiores que, aunque era Francisco uno de los últimos que habia entrado en la viña del Señor, no seria de los que la harian producir menos fruto, merced á la pureza de sus costumbres y á la asombrosa facilidad que tenia en aprender cualquier lengua, circunstancia en él tanto mas recomendable, cuanto que se dedicaba principalmente á la instruccion de los indígenas. Sus progresos en las letras divinas correspondieron tambien al ardor de su celo, puesto que llegó á enseñar teología en los conventos de Cuzco y de Lima; luego desempeñó tambien una cátedra en la universidad de esta última ciudad: formando de aquel modo ministros del Evangelio, destinados á hacer un dia lo que él mismo iba á emprender en favor de los pobres indígenas. No era en las ciudades de Lima y de Cuzco, ni en sus inmediaciones, donde los americanos carecian de instruccion; preciso era ir á buscar á lo lejos las familias errantes, ó mejor los pueblos enteros que huian de los europeos para evitar las luces de que tanto necesitaban. La mayor parte de ellos se habian retirado á las ásperas montañas de la América meridional, llamadas los *Andes de Acobamba*, que se estienden de norte á mediodía en el Perú, dividiéndole en dos partes.

Creian los indígenas que serian aquellas montañas inaccesibles para los europeos; así que, vivian en ellas confiados como podian hacerlo en otro tiempo sus padres en regiones mas fértiles, sin tener ningun conocimiento de Dios, y entregados á las pasiones mas brutales. Los conquistadores, quizás por un sentimiento de humanidad, ó tal vez por la escasa importancia del pais que ocupaban, habian respetado aquel último baluarte de su independencia; pero Francisco de la Cruz en su deseo de salvar las almas, no podia dejar en la barbarie y la abyeccion á aquellos hombres redimidos por la sangre de Jesucristo. Cuanto mas digno de lástima era el estado en que se veian, tanto mayor fué el empeño con que acudió en su ausilio; el conocimiento que tenia ya de su lengua y sus costumbres le procuró el medio de serles sumamente útil, así como contribuyeron su caridad, su paciencia, su dulzura y su desinterés á grangearle su aprecio. Cuando los indígenas se hubieron convencido de que lejos de amenazar su libertad, se imponia gustoso los mayores sacrificios para asegurarles una felicidad eterna, hasta los mas feroces de entre ellos se arrojaron cariñosamente en sus brazos. Por otra parte, el Señor, que inspiraba á su apóstol, disponia en su favor á aquellos corazones por medio de la gracia, á fin de que la semilla del Evangelio no cayese siempre en un suelo ingrato. Asi que, no tardó en dar aquella mision grandes frutos, atendido el gran número de indígenas que pidieron la gracia del bautismo; pero como el prudente misionero no concedia aquella gracia hasta estar bien seguro del fervor de los que la solicitaban, para evitar un sacrilegio, no siempre se veian satisfechos los deseos de los que aspiraban á ella. Puede afirmarse que recorrió el celoso misionero casi en toda su estension las montañas del Perú, á pesar de contener cerca de mil leguas, sin que le arredráran nunca ni los precipicios, ni los demás obstáculos de toda clase que tenia que vencer para el desempeño de su mision regeneradora y santa. Finalmente, despues de haber anunciado por espacio de muchos años la palabra divina á aquellos pueblos salvajes, recibió la órden de dirigirse á España; acababa de ser nombrado superior general de la provincia dominicana del Perú, y debia en interés de aquellas misiones pasar á Madrid, donde obtuvo del rey todo cuanto deseaba. Despues de haber hecho de la Cruz imprimir un Compendio de teología (1), obra que compuso mientras estuvo ejerciendo el profesorado en Lima, se dirigió á Roma, donde permaneció algun tiempo, escitando la admiracion de los hombres mas eminentes de su órden. Al regresar á América, se le obligó á aceptar el cargo de vicario general de la provincia dominicana de San Antonino, en el reino de Nueva-Granada, por creerse que nadie estaba en el caso de difundir tan fácilmente la luz del Evangelio en aquel pais; tambien fué nombrado otra vez provincial del Perú, prestando los mas señalados servicios á la religion, á su órden y á su patria. No contento Francisco de la Cruz con emplear todos los medios de que podia disponer para escitar la emulacion de sus hermanos, y emplearles segun sus talentos en la propagacion del Evangelio, se puso siempre á su frente, reservando siempre para sí los actós que exigian mas resolucion. Ni la fragosidad de los montes, ni los abismos profundos que abrieran los torrentes, ni los barrancos que á cada paso interceptaban los caminos, bastaron nunca á hacerle interrumpir sus contínuos viajes; finalmente, merced á la liberalidad del rey de España, pudo evitar aquellos inconvenientes, y abrirse camino hácia los pueblos que queria regenerar por medio de la fé. Hizo construir varios puentes y llenar de tierra algunos barrancos; abriendo de este modo nuevas vias de comunicacion que fué el primero en aprovechar, y que siguieron tras él otros misioneros para ir á hablar de Jesucristo á aquellos indígenas, que la naturaleza

(1) Aquella obra de justa celebridad que valió á su ilustre autor merecidos elogios, fué publicada en Barcelona el año 1636, despues de haber servido mucho á todos los teólogos por hallarse dilucidadas en ella las cuestiones mas intrincadas, fué declarada obra de texto. (Nota del Trad.)

parecia haber separado del resto de los hombres. Preciso era tener una resolucion heróica y una caridad ardiente, por no ceder el misionero en su generosa resolucion ante las insuperables dificultades que á cada paso se le presentaban; bastaria por sí sola la heróica constancia que mostró siempre en todos los momentos difíciles para inmortalizar la memoria de aquel grande hombre. Testigos los dominicos del Perú de las bellas acciones de su superior, no solo hicieron mencion de ellas en el capítulo provincial que se celebró en el año 1649, sino que para trasmitir despues su recuerdo á la posteridad, hicieron de ellas una relacion exacta, que firmada por todos ellos fué enviada al general de la Orden, residente en Roma. Igualmente celoso el incansable provincial por la regularidad de sus religiosos que por la conversion de las almas, recorria á la vez todos los conventos que habia de su órden en aquel estenso reino, y predicaba en todos los puntos que se veia obligado á visitar. Escogia además en cada casa de su órden á algunos religiosos que se llevaba con él por algun tiempo, encargándoles luego que continuasen la mision comenzada, mientras iba á llevar él á otros puntos la palabra de salvacion. Recuérdese que á mediados del siglo XVI, el dominico Gerónimo de Loaisa, arzobispo de Lima, habia establecido una universidad, dotada por el Papa y por el rey, que gozaba de los mismos privilegios que la de Salamanca; á su vez el P. Francisco de la Cruz, para aumentar la emulacion con el número de los profesores, fundó en el mes de marzo del año 1646, bajo la advocacion de Santo Tomás, un colegio del que fué nombrado rector y administrador perpétuo. Todos los reglamentos que formó el ilustre fundador tendian á formar en él dignos ministros de la palabra divina, teólogos y misioneros tanto mas capaces de trabajar en la conversion de los indígenas, cuanto que conocian con perfeccion su lengua, sus usos y costumbres. El convento de Santa Magdalena de Lima, en el que Francisco de la Cruz habia hecho renacer el antiguo fervor de la órden y la mas perfecta regularidad, era el santuario en que los novicios de la provincia pasaban el primer año de prueba; despues de haber pronunciado sus votos, iban á continuar sus estudios en el colegio de Santo Tomás. Dió aquel medio tan esceleutes efectos, que no pudo menos de ser confirmado por el general Tomás Turco el año 1647 en el capítulo general que se celebró en Valencia. Apesar de las muchas ocupaciones á que se entregaba contínuamente el siervo de Dios, publicaba de vez en cuando algunas nuevas obras, escritas en latin ó en español; la mayor parte de las cuales, despues de haber sido publicadas en Lima, fueron reimpresas en Madrid y en Alcalá. Habiendo muerto en aquella época el dominico Juan de Espinar, obispo de Santa Marta, fué nombrado para sucederle el P. Francisco de la Cruz; antes empero de ser consagrado, los intereses de la religion y del Estado le llamaron á Potosí, ciudad importante del Perú, situada en el pais de los Charcos, que dista de Lima unas trescientas leguas. No solo estuvo encargado de morigerar las costumbres de los cristianos y atender á la instruccion de los infieles, sino que le encargó además el rey de España procurase calmar los ánimos, escitados con motivo de unas ricas minas de plata, que acababan de ser descubiertas en los montes vecinos. Ocupado estaba Francisco de la Cruz en el desempeño de esta doble mision, cuando murió en Potosí hácia el año 1664, en olor de santidad.

Los dominicos Antonio de Rocha, Tomás de Chaves, Francisco del Rosario, José Murillo, Diego Gonzalez de Valdosera, Pedro Palomino, Juan de los Rios y otros, son citados por Turon como activos predicadores de la palabra divina en medio de los idólatras. En el mes de octubre del año 1725, fué asaeteado el P. Ambrosio Gomez, de la propia órden, en las misiones del Darien, donde selló con su sangre el ministerio apostólico que abrazára por amor á sus semejantes; hubo tambien en aquel mismo año otros tres reli-

giosos de la órden de Predicadores, llamados Miguel Pantigoso, Nicolás Gonzalez y Juan Davila, consagrados á la difícil mision de Cochabamba, que vieron coronada con el martirio su perseverancia (1).

Los esfuerzos de los dominicos no deben empero hacernos olvidar los de los franciscanos, agustinos, mercenarios y jesuitas, que tanto rivalizaron en celo por difundir la fé, desde Panamá hasta el estremo de Chile, y cuya generosa propaganda veremos fomentarse en breve hasta en el corazon mismo de la América meridional.

CAPÍTULO XXXI.

Misiones de los franciscanos, jesuitas y mercenarios en las provincias del Paraguay, el Rio de la Plata y el Tucuman.

Todavía empezamos por la vida de un ilustre dominico á reanudar la historia de estas misiones. Recibió Tomás de Torres, noble español, natural de Madrid, el hábito de Santo Domingo en el real convento de Nuestra Señora de Atocha, pronunciando sus votos ante el P. Bernardo de Lerma. Su ilustre cuna y el talento de que ya dió pruebas en la edad mas temprana, abrieron á Torres las puertas del colegio de San Gregorio, en el que solo eran admitidos los jóvenes de mas brillantes esperanzas. La merecida reputacion que en breve alcanzó Torres en los colegios de Madrid, Valladolid y Alcalá, decidió al P. Gerónimo Faviere, entonces general de la Orden, á nombrarle rector del colegio de Louvain, á cuya ciudad llegó en el año 1606, tomando luego el bonete de doctor, y encargándose de la clase de Sagrada Escritura, en cuyo desempeño sobrepujó á las esperanzas de los que le habian nombrado para aquel importante cargo (2). Era el P. Torres en el año 1611 definidor de la provincia de la baja Alemania, en cuya calidad fué enviado al capítulo general de su órden, celebrado en Paris ante el P. Galamini, donde presidió el religioso español un acto solemne, esto es, las tesis que el P. Jacinto Coguet, hábil flamenco, sostuvo en el colegio de Santiago, revelando en él un profundo conocimiento en los Cánones, la Sagrada Escritura y en la de los Santos Padres. Despues de haber ejercido Torres el profesorado, escribió varias obras y se dedicó á la predicacion por espacio de ocho años en los Paises Bajos, de los que partió en el año 1614 para dirigirse á España, donde le fueron confiados honrosos cargos. Gobernó por algun tiempo la comunidad de Zamora, en el reino de Leon, y era superior del convento de Nuestra Señora de Atocha en Madrid, cuando fué nombrado obispo de la Asuncion, capital del Paraguay, en la América meridional; habiendo recibido el nuevo prelado las bulas de Paulo V el dia 30 de marzo del año 1620, fué consagrado en la córte, partiendo luego para Nueva-España á dirigir el rebaño que acababa de serle confiado. Contaba á la sazon el P. Torres cincuenta y seis años; como habia adquirido una justa reputacion y no le faltaba el apoyo de amigos poderosos, habria llegado fácilmente á ocupar los mas elevados puestos; pero como no conocia el siervo de Dios la ambicion, que es por lo regular el móvil de casi todos los hombres, huyó del fausto para entregarse al trabajo en medio de los indígenas de América, ya que el Señor le llamaba á aquellas regiones para que fuese á ejercer su celo en ellas. Aunque en las Indias Occidentales, sometidas ya á la corona de España, no se estuviese espuesto á las terribles persecuciones que procuraban á los misioneros la corona del martirio, en los paises que estaban bajo la dominacion de los príncipes infieles; no por esto

(1) No solo son españoles los gloriosos mártires citados en el presente capítulo, sino que españoles fueron tambien todos los generosos atletas de Jesucristo que por espacio de muchos años derramaron su sangre en casi todo el vasto continente americano. Loor á España, loor á sus nobles hijos que en todos tiempos han hecho heróicos sacrificios por lograr el triunfo de las grandes ideas. (Nota del Trad.)

(2) Muchos de sus discípulos brillaron mas tarde en las universidades de España, distinguiéndose sobre todo entre ellos el célebre Juan Poinsot conocido despues bajo el nombre de Juan de Santo Tomás, el cual escitó la admiracion de todos los grandes hombres de aquella época con sus escritos teológicos. (Nota del Trad.)

los obispos y apóstoles celosos por la propagacion de la fé y la pureza del culto, tenian que vencer á cada paso menos obstáculos, ya por procurar á los indígenas toda la proteccion que exigia el espíritu evangélico, ya para desvanecerles sus antiguas supersticiones, y hacerles profesar el cristianismo en toda su pureza. Además, como no se habia estinguido en ellos el sentimiento de su independencia, era preciso impedir que se lanzasen á temerarias empresas, como habia sucedido en el Perú, donde la rebelion fué casi general, y solo sofocada despues de muchos esfuerzos. Por medio de la dulzura trató el P. de Torres de evitar aquellas revueltas, que solo podian acarrear la ruina del pais y el esterminio de sus habitantes; y, como siempre, procuraron la dulzura y la suavidad el apetecido resultado. Escudado pues el virtuoso prelado con la confianza y el afecto de toda la colonia, pudo hacer su ministerio igualmente útil á españoles é indígenas, merced á los medios que le procuró la Providencia para estrechar mas cada dia los lazos sagrados que unian al pastor y á su rebaño. Además de la amabilidad que le atraia todos los corazones, dispensaba el prelado á todos sus diocesanos contínuos beneficios, ya arreglando sus diferencias, ya interesandose por ellos cerca de la córte de España, en la que eran sus proposiciones siempre aceptadas. Tal fué la prudencia cristiana, ó la política santa, que observó Tomás de Torres constantemente en su diócesis; si bien no pudo evitar siempre todos los males, logró al menos que no fuesen estos tan frecuentes como antes. Los simples particulares, al ver que era el prelado tan querido y respetado por todos los gefes de la colonia, temian ofenderle; y era aquel temor tan saludable, que contenia no pocas veces á los que deseaban declararse contra él, por no haber abrazado aun la religion cristiana. Cuando el obispo hubo logrado que renunciasen los indígenas á sus antiguos planes de venganza, por haberse sometido ya enteramente al suave yugo de los españoles, llamó á los que habian ido á esconderse en los bosques ó en lo mas áspero de las montañas por no verse privados de su independencia, a fin de que volviesen á gozar de la vida comun entre sus compatriotas; lo que no le fué dificil alcanzar, atendida la confianza que en él se tenia. Los vicios que mas le costó desarraigar de entre los indígenas fueron la embriaguez, la impureza y la venganza; aquellos hombres degenerados hasta el estado salvaje eran generalmente vengativos hasta el punto de hacerse la guerra entre sí, sin respetar ni aun los vínculos de la sangre, por una causa cualquiera; pero aquellas bárbaras costumbres que el gobierno español no habia podido cambiar, desaparecieron, aunque insensiblemente, merced á la influencia evangélica. En su ardiente celo por realizar la obra regeneradora que habia emprendido, no cejó el piadoso obispo ante obstáculo de ninguna clase, siendo siempre el primero que se dirigia á los puntos de mayor peligro y que soportaba con mas resignacion las fatigas que llevaba consigo la difícil carrera del apostolado. Reunidos ya los españoles y los indígenas en los ejercicios de una misma religion, no formaban mas que un solo pueblo, sometido á leyes uniformes, sin que debiesen temerse ya revueltas, porque la reconocida y respetada autoridad del rey conservaba la tranquilidad y el reposo en el seno de las familias, y la paz en aquella sociedad en general, que tan pocas disposiciones mostrara antes á favor del órden y la disciplina. En menos de seis años logró el P. Tomás de Torres obrar aquel portentoso cambio en las costumbres de los indígenas; queriendo el rey Felipe IV que repitiese en otra diócesis el portento de civilizacion cristiana obrado en el Paraguay, le designó para la sede de Tucuman. En aquel vasto pais de la América meridional, tan distante de uno y otro mar, situado entre Chile y el Rio de la Plata, poseian los españoles las ciudades de Santiago, San Miguel, Córdoba, Talavera y algunos otros pueblos que habian empezado a colonizar. La ciudad de San Miguel, residencia del

obispo, era considerada como capital de la provincia, á que daba algunas veces su nombre; distinguianse en ella, entre las demás tribus, la de los tucumanes, jurias y diaguitos, siendo estas dos últimas compuestas de pastores de ovejas. Por lo general, era aquel pueblo laborioso, menos entregado á la embriaguez que las demás tribus de aquellas regiones, pero no por esto dejaba de ser menos vengativo, conforme lo indicaban ya sus cabañas construidas en forma circular y cubiertas de haces de espinos, á causa de las guerras en que se veian contínuamente empeñados. Esto no obstante, iban adoptando costumbres menos bárbaras y hostiles para con los que no les ofendian, y no se notaba ya en ellos la repugnante desnudez en que iban algunas de las demás tribus; diferentes dominicos españoles habian ido á anunciarles la palabra divina con mas ó menos resultado, pero era casi insignificante el número de los naturales convertidos, cuando el Papa Urbano VIII, á peticion del rey de España, encargó á Tomás de Torres que fuese á disipar las tinieblas de la idolatría en el Tucuman. El prelado, fiel á su método, empezó por predicar á vencedores y vencidos la caridad cristiana, y por ser él primero en practicarla, á fin de que sus ovejas la observasen mas fácilmente; luego se dedicó con preferencia á la evangelizacion de los indígenas. Empieza el verano en el Tucuman el dia 23 de setiembre y termina á 20 de marzo, durante cuya estacion es muy difícil viajar, por ser el pais arenoso y abundar en él mucho las fieras; pero ni las incomodidades y peligros que ofrecian los caminos, impidieron nunca a Tomás de Torres visitar los diferentes puntos de su vasta diócesis. Mientras se dirigia á un concilio provincial convocado por el arzobispo de Lima en la capital del Perú, murió por el camino en Chuquisaca el año 1630; teniendo el consuelo de exhalar su postrer suspiro en brazos de los religiosos de su órden y de ser sepultado en su iglesia.

Tenian los franciscanos algunas misiones en las diócesis de la Asuncion y de Buenos-Aires, á las que se daba el nombre de reducciones, y cuyos cristianos se daban en encomienda. Pero luego en virtud de las órdenes del rey Católico, publicadas por el visitador Francisco Alfaro, se prohibió á los cristianos de las reducciones que organizaban los jesuitas el darse en encomienda, ni someterse á ningun servicio personal por causa ni por motivo alguno.

En el año 1623 dirigia el P. Cataldino las reducciones del Guayra, y el P. Gonzalez las de las inmediaciones del Paraná y las que acababan de ser establecidas en la provincia de Uruguay. Los jesuitas poseian además algunos colegios y otras casas en las tres provincias del Paraguay, el rio de la Plata y el Tucuman; sucedió aquel mismo año al P. de Onaté en el cargo de provincial, el P. Nicolás Duran de Mastrilli, quien vió aumentar considerablemente la cosecha espiritual, merced á los constantes afanes de los misioneros.

Logró el P. Cataldino fundar en el Guayra la Reduccion de *San Francisco Javier* entre los feroces montañeses de Itirambara; luego confió á los PP. de Montoya y de Salazar el cuidado de evangelizar la tribu de guaranis antropófagos, y á la cual dieron despues el nombre de Tayaoba, que era el de su principal cacique. Al ver aquel cacique los rápidos progresos que hizo el cristianismo en el Guayra, no pudo menos de admirar y querer á sus apóstoles; hé aquí porque hizo de él el P. Montoya la piedra angular de una cristiandad que no tardó en ser floreciente. Luego, de acuerdo con el cacique convertido, fué establecida la reduccion de los *Santos Arcángeles*, y confiada á la direccion del P. Pedro de Espinosa; habia no lejos de la nueva reduccion una vasta llanura habitada por unos indígenas conocidos bajo el nombre de coronados ó largas melenas, por dejarse hombres y mugeres crecer estremadamente el cabello. El establecimiento de la tribu de la Encarnacion en una colina inmediata á la llanura, hizo ya desde un principio concebir la esperanza de que

acabaria por atraer los coronados á la fé, como así fué en efecto. En breve diez de sus caciques pidieron que se les instruyese, por lo que se vió obligado el misionero de la tribu de la Encarnacion á llamar en su ausilio á los PP. de Montoya y Diaz de Tano. Los gualaches, en cuya tribu ningun europeo se habia atrevido á penetrar, se mostraron dóciles á la voz de dos misioneros; advertido Montoya de que trataban los mamelucos de invadir todas las reducciones del Guayra, se interpuso generosamente entre aquellos aventureros y las recientes comuniones cristianas. Luego penetró en la tribu de los coronados y formó las reducciones de *San Miguel* y *San Antonio*; se reunieron al propio tiempo otros indígenas á instancias del P. Diaz de Tano en un sitio llamado el *Cementerio de Pay-Isumé*, por haber hecho dar Sto. Tomás sepultura en él á muchos cristianos, segun la tradicion; teniendo la nueva reduccion por patrono á aquel santo apóstol. El cacique Guiravera, llamado el *Estermina-dor*, se titulaba gran sacerdote y jefe supremo del Guayra, y se hacia tributar honores como si fuese una divinidad; era tal el ódio que tenia á los misioneros, y particularmente al P. Maceta, que siempre decia no habia de parar hasta comerse á aquel jesuita. Sin embargo, Guibeira, lo mismo que Tayahoba, se postró ante la cruz: los PP. Montoya y Maceta trasformaron aquella salvaje tribu en una familia cristiana, y recibió su gefe en el bautismo el nombre de Pablo.

La provincia del Uruguay hacia concebir esperanzas tan fundadas como habia hecho nacer la de Guayra; en el año 1623, intentó el P. Pedro Romero, subir por el Uruguay hasta su orígen, pero se vió obligado á volverse á Buenos-Aires, por haber temido sus guias la oposicion de los yaros y charuas, pueblos respecto de los que se referia una costumbre muy singular. A la muerte de cada uno de sus allegados, se cortaban la articulacion de un dedo, empezando por las manos; así es que, muchas veces se veian ya á la flor de la edad sin ningun dedo en las manos ni en los piés, y sin embargo hacian cualquier trabajo y andaban con la misma soltura que antes. El P. Gonzalez, que para el establecimiento de la Concepcion, se habia internado mas de ciento cincuenta leguas, se dirigió luego á Buenos-Aires á fin de concertar con el gobernador español los medios necesarios para subir hasta el mismo nacimiento ú orígen del Uruguay. Niezu, cacique de la nueva reduccion, que le acompañaba, fué nombrado jefe de todos los indígenas de la provincia del Uruguay que abrazasen el cristianismo. El obispo confirió desde luego á los jesuitas todos sus poderes; y el gobernador, por su parte, les autorizó para fundar reducciones en toda la provincia del Rio de la Plata, trasmitiéndoles á su vez todas las facultades que los reyes de España, como delegados de la Santa Sede y patronos de las iglesias indígenas de la América española, podian dar á los ministros del Evangelio. Al regreso del misionero, no tardaron en florecer dos nuevas cristiandades, una de las cuales llevaba el nombre de los *Tres Reyes*, y la otra el de *San Francisco Javier*. Luego de haber penetrado Gonzalez en el pais que riega el *Ibicicui*, formó la comunion cristiana de la *Calendaria*, que debia ser tan pronto arruinada por los idólatras; despues de haber ido á reconocer á los tapes, colonia la menos viciosa de los guarani, para la cual, sin embargo no habia sonado aun la hora de su regeneracion, fué á establecer en las riberas del Piratini, otra reduccion llamada tambien *Candelaria*, mucho mas duradera de lo que lo fué la primera del mismo nombre.

Martin de Ledesma Salderanna, nombrado gobernador del Tucuman, para que conquistase el Chaco y fundase en él dos ciudades, habria querido que le acompañasen á aquel pais los jesuitas y formar en él reducciones iguales á las de los guaranis; pero juzgando el provincial Mastrilli que era el estruendo de las armas impropio para los predicadores del Evangelio, contestó que si entraban los jesuitas en Chaco en medio de un ejército, no podrian captarse la confianza de los indígenas;

pero que tan pronto como fuese aquel pais conquistado, irian los jesuitas para hacer mas soportable el yugo que fuese impuesto á sus naturales. Penetró Ledesma en el Chaco sin otro sacerdote que Juan Lozano, religioso de la Merced, el cual fué asesinado por los mataguayos. Cuando hubo fundado Santiago de Guadalcazar, fué á reunirse con él en el mes de agosto del año 1627 el jesuita español Gaspar Osorio de Valderavano.

Un refuerzo de cuarenta y dos hijos de San Ignacio llegó felizmente á Buenos-Aires el dia 30 de abril del año 1638; habia entre ellos dos jesuitas franceses, á saber: Nicolás Henard, de la diócesis de Toul, poco antes paje de Enrique IV, y Noel Bertholdt, natural de Lion. Véase lo que escribia este último á Europa, apenas acababa de desembarcar: «Nótase ya una gran diferencia entre los indios que pertenecen a las reducciones y los que aun no han entrado en ellas; estos parecen fieras mas bien que hombres, al paso que nada tienen aquellos de bárbaros, ni aun en sus costumbres. Me admiró en gran manera el ver á uno de ellos que estaba leyendo en el refetorio del colegio, durante la comida en español y en latin, como si hubiese poseido con perfeccion las dos lenguas; y el que en las fiestas celebradas con motivo de la llegada de los jesuitas formasen aquellos indígenas una orquesta, que tocaba con precision cualquier pieza. Luego supe que un hermano jesuita les habia enseñado el canto y la música, y que era lo que mas habia contribuido á llamar y atraer á los indígenas; por esto se decia que aquel buen hermano con su violin, habia prestido á la naciente Iglesia tantos servicios como hubiese podido hacerlo el mas famoso de los misioneros; que los nuevos cristianos acudian á él como á su Orfeo; que aquella circunstancia decidió á los fundadores de la república cristiana de los guaranis, á hacerles aprender de música y á tocar toda clase de instrumentos; y finalmente, que los infieles, al oir cantar y tocar á los jesuitas, y al verles pintar, permanecian cuatro y seis horas inmóviles y como en éxtasis.»

La llegada de aquel refuerzo estimuló en gran manera á los antiguos obreros, que creyeron poder dar mas ancho campo á su celo. El P. Gonzalez, secundado por el jóven P. Juan del Castillo, fundó á 15 de agosto del año 1628, una reduccion bajo el título de la Asuncion; luego fué con el P. Alfonso Rodriguez á plantar la cruz en los dilatados bosques del Caro, sin que le faltára ya mas que la palma del martirio para coronar su obra santa. La reduccion de *Todos los santos* empezaba á formarse, cuando Niezu, escitado por un apóstata, que le dió á entender se hallaba su autoridad sujeta á la de un simple sacerdote español, mandó asesinar á todos los misioneros. El dia 15 de noviembre del año 1628, despues de haber celebrado Gonzalez el santo sacrificio de la misa, estaba ocupado en colocar la campana de la tribu en presencia de sus parroquianos, cuando al bajarse para recoger el badajo, le descargó un emisario de Niezu dos golpes de *macana*, y le tendió muerto á sus piés. Atraido por el rumor, salió Rodriguez de una cabaña inmediata, y despues de haber sido atado, sufrió tambien la muerte; siendo luego los dos cadáveres atrastrados basta la puerta de la iglesia, donde se les descuartizó; alentados los seides de Niezu al saber aquel doble asesinato, fueron á apoderarse del P. Castillo, al cual tambien dieron muerte el dia 17 de noviembre. Hubo otros dos jesuitas que fueron salvados por sus neófitos, al acercarse los infieles para acabar con ellos. Vistos los escesos á que se entregaban los emisarios de Niezu, resolvieron los caciques cristianos apelar á las armas, siendo tal su noble esfuerzo, que en breve lograron arrollar y vencer á sus bárbaros enemigos y dar muerte al mismo Niezu; todos los allegados de este jefe apóstata fueron hechos prisioneros, y se mostraron arrepentidos los mas de ellos en el momento de espiar su crímen. Solo se pensó despues en tributar los últimos deberes á los tres confesores de Jesucristo, cuyos cuerpos fueron trasladados en triunfo á la iglesia de la Concepcion, en la que se les hicieron solemnes

exequias. De este modo terminó la primera persecucion que sufrió la iglesia del Paraguay.

Cuando el jesuita español, Francisco Vasquez Trujillo reemplazó al P. Mastrilli en calidad de provincial, á principios del año 1629, encontró ya veinte y una reducciones en el Guayra, el Paraná y la provincia de Uruguay, aunque nacientes las mas de ellas. Formó además el nuevo superior dos de ellas en el Caro, como para compensar la ruina de las que los mamelucos acababan de destruir en otros puntos; al ver la barbárie por estos ejercida en diferentes tribus, se resolvió que los PP. Maceta y Mancilla siguiesen al enemigo hasta el Brasil, para pedir al general el castigo de las hostilidades cometidas por súbditos de su gobierno en un pais sometido al rey de España, á la sazon su soberano. Desde San Pablo de Piritiningua, donde los jesuitas tenian aun su colegio, se dirigieron los dos misioneros á Rio Janeiro y á Bahia, sin haber podido obtener reparacion alguna del general portugués; dando tambien por resultado su segundo viage el anticipar una segunda espedicion contra el Guayra. Lejos de dar ausilio á las reducciones amenazadas, procuró el gobernador del Paraguay contrariar á los jesuitas, prohibiéndoles pasar por el Paraná, para dirigirse desde sus cristiandades, cada dia mas florecientes, de la provincia de Uruguay, á las del Guayra; siendo preciso que la real audiencia de la Plata dejase sin efecto aquella prohibicion. Al recibirse la noticia de que se acercaban los mamelucos, dispuso el P. Trujillo que saliesen los neófitos de todas las reducciones del Guayra, y que se refugiasen junto á la gran cascada del Paraná; hé aquí lo que dijeron los neófitos de S. Ignacio y de Loreto, al recibir aquella órden: « Despues de habernos procurado el inestimable beneficio de la fé, bien sabeis que no podemos separarnos de vosotros, sin esponernos á perderla; así que, añadieron, dirigiéndose á los PP. de Montoya y Maceta, estamos resueltos á seguiros hasta el último confin del mundo. Si el hambre, la sed, las fatigas y demás incomodidades propias de un largo viage, acaban con nuestros padres, mugeres y niños, nos consolara la idea de que han muerto por su Dios y recibirán su recompensa en el cielo. Finalmente, si nos faltan los alimentos necesarios para nuestro sustento, no nos faltará al menos el pan del alma, que será, mientras no nos separemos de vosotros, toda nuestra fuerza, todo nuestro apoyo. » Como lo previeron aquellos fervientes cristianos, las enfermedades, las fatigas y el hambre destruyeron de tal modo á los fugitivos, que de cien mil almas de que se componia la iglesia del Guayra, solo quedaron los misioneros y unas doce mil, que bajo los adorados nombres de Loreto y San Ignacio, formaron dos reducciones en las riberas del Jul aburro, tributario del Paraná. El triste abandono en que se dejó á los guairanos, dió por resultado la destruccion de las poblaciones de Ciudad Real y Villarica, que quedaron desde su emigracion sin apoyo.

Mientras que los misioneros estaban acampados con sus neófitos junto á la gran cascada del Paraná, los itatinos que vivian en las lagunas hácia el norte de la Asuncion, desecharon las injustas sospechas que hasta entonces abrigaron. El sacerdote portugués Acosta que habia reunido cierto número de ellos, so pretesto de civilizarles y convertirles, les entregó despues á algunos de sus compatriotas que debian conducirles al Brasil: descubierta aquella traicion por los itatinos, no solo dieron muerte á Acosta, sino que concibieron graves sospechas contra el jesuita Rançonniere, al que el P. de Montoya habia nombrado para evangelizarles. Pero ya hemos dicho que no tardaron en desvanecer aquellas sospechas, queriendo ser instruidos todos á un mismo tiempo; por lo que fué preciso enviar á Rançonniere el ausilio de los PP. Henart é Ignacio Martinez, cuyos tres misioneros formaron las cuatro reducciones de *San José*, los *Angeles*, *San Pedro* y *San Pablo*; pero fueron luego desgraciadamente invadidas por los mamelucos.

Otra conquista espiritual no menos consoladora fué la del Tapé, al que no habia encon-

trado el P. Gonzalez dispuesto aun á recibir la semilla evangélica que debia fructificar tanto en el año 1632. El P. Romero formó en el nuevo pais conquistado la reduccion de *San Miguel;* los PP. Bertoldo y Benavides organizaron la de *Santo Tomás;* y no tardaron en nacer sucesivamente las comuniones cristianas de *San José*, la *Natividad*, *Santa Teresa*, *San Joaquin*, *Jesus-Maria* y las de los santos *Cosme* y *Damian*.

El P. de Boroa, que sucedió al P. Trujillo en el cargo de provincial, emprendió un viage de dos mil leguas para enterarse del estado en que se hallaban las reducciones de su provincia. Como habia encanecido en los mas penosos trabajos del apostolado en el Paraguay, sabia apreciar debidamente la esperiencia y el celo de sus numerosos cooperadores; siéndole en estremo sensible la pérdida de los que le fueron arrebatados por el furor de los infieles. El P. de Espinosa iba á comprar en Santa Fé las provisiones que necesitaban los cristianos refugiados en las riberas del Paraná, cuando fué asesinado por los guapalachos en 1634. Tambien al año siguiente el P. Cristóbal de Mendoza, misionero del Tapé, cayó en una emboscada hecha por el jefe Tayaba, enemigo declarado del cristianismo; despues de haberle cortado una oreja y de haberse dispuesto para abrirle el vientre, sobrevino una tempestad que dispersó á sus asesinos. El siervo de Dios se arrastró hasta la distancia de algunos pasos y procuró ocultarse; pero el rastro de la sangre le descubrió al dia siguiente á sus enemigos; al decirle los indígenas, que adoraba á un Dios impotente que no le defendia, se enardeció el celo del misionero hasta tal punto, que irritados los impios le arrancaron los dientes. Y como continuase el misionero aun confundiéndoles, le cortaron la nariz, los lábios y la oreja que aun le quedaba; por último, le arrancaron la lengua, le atravesaron el cuerpo con una estaca, y luego le pasaron el corazon con una flecha, diciendo: «Veamos si su alma se dirige al cielo.» Consumó Mendoza su sacrificio el dia 25 de abril del año 1635. Privado el nuevo provincial de la cooperacion de los útiles ausiliares que acababan de alcanzar la palma del martirio, se dirigió el año 1636 al consejo de Indias por medio del P. Montoya, superior de las reducciones, y envió al propio tiempo á Roma al P. Diaz de Tano. El agustino Melchor Maldonado, obispo del Tucuman, aprovechó la partida de Montoya para esponer al rey de España el triste estado de su diócesis, donde los jesuitas no tenian el poder, como en las provincias del Paraguay y del Rio de la Plata, de librar del servicio de las armas á los infieles que lograban convertir al cristianismo. El prelado deseaba establecer sólidamente la religion en el Chaco, donde el dia 1.° de abril del año 1639 los chiriguanos quitaron la vida á los PP. Gaspar Osorio y Antonio Ripario, para impedir que la predicasen á los naturales; véase como á pesar de haberse convertido el Chaco, continuaban los mamelucos ejerciendo sus inauditas crueldades en la provincia de Uruguay. Como la resistencia de los neófitos, organizada por los misioneros, no bastase á contener á sus enemigos, resolvió el provincial que las reducciones del Uruguay emigrasen al igual que las del Guayra. Enorgullecidos los mamelucos á consecuencia de sus triunfos, iban á dirigirse á Paraná, cuando el gobernador del Paraguay salió á su encuentro; el P. Alfaro, superior de las reducciones, que acompañaba al gobernador en aquella espedicion, murió en uno de los primeros encuentros; fué su sucesor el P. Claudio Ruier, jesuita del Franco-Condado. El papa Urbano VIII no pudo contener las lágrimas al saber los escesos cometidos por los mamelucos, á quienes amenazó con los rayos de la iglesia. Diaz de Tano hizo publicar sus breves en el Brasil; y, con aquel motivo, los jesuitas, ardientes defensores de la libertad de los indígenas, fueron espulsados de San Pablo de Piratiningua. Montoya, por su parte, obtuvo del rey de España que declarase contrarias á las leyes divinas y humanas las agresiones injustas de los mamelucos contra las tribus cristianas del Guayra,

el Tapé, el Uruguay y el Paraná; así como tambien el que fuese nuevamente confirmado el edicto que concedia á los indígenas convertidos por los jesuitas en aquellas regiones, el derecho de ser considerados como vasallos inmediatos de la corona, y no poder por lo mismo, bajo ningun pretesto, ser obligados al servicio personal de ningun particular. Fué fijado en el propio decreto el tributo que habian de pagar desde el año 1649; y, finalmente, para que pudiesen combatir con armas iguales á los mamelucos y tupies del Brasil, se les autorizó para que pudiesen usar armas de fuego, en el caso de sufrir una invasion.

Ya hemos visto el triste estado del Tucuman, cuyo obispo Melchor Maldonado pedia el ausilio de los jesuitas; en su virtud, el P. de Boroa, provincial de la Compañía, encargó á los PP. Fernando de Torreblanca, y Pedro Patria que evangelizasen á los calcaguies, en cuyo pais formaron ambos religiosos la reduccion de *San Cárlos*. Pero deseando el prelado que fuese con preferencia planteada la fé en el Chaco, el P. Pastor, rector del colegio de Santiago, se ofreció con santa abnegacion á llevarla á los abipones, situados al estremo oriental de aquel pais; solo admitió por compañero al P. Gaspar Cerqueyra, natural de la Concepcion, que poseia perfectamente la lengua de los abipones, única que se hablaba en toda aquella parte del Chaco. Los dos misioneros pidieron guias á los mataras, indígenas supersticiosos que habian desoido ya la voz de un cura que, desde Buenos-Aires, habia ido á evangelizarles. Al aniversario de la muerte de sus allegados, debia cada matara presentar un avestruz muerto; y si eran varios los finados cuya memoria iban á honrar, debian presentar un avestruz por cada uno. Pastor y Cerqueyra, despues de haber evangelizado á los mataras, se dirigieron á la tribu de los abipones, á los que no pudieron catequizar el tiempo necesario para inculcarles el cristianismo.

El P. Francisco Lupercio, nombrado provincial en reemplazo de Boroa, no debia ya temer que los mamelucos turbasen la paz que gozaban las reducciones que habia en número de veinte y nueve, en las dos provincias del Paraná y el Uruguay, teniendo cada una dos sacerdotes á su frente; pero no dejaba de haber por esto un enemigo interior que amenazaba á los fundadores de aquella república cristiana. Bernardino de Cárdenas, religioso franciscano que nació en la Plata de los Charcos, fué preconizado obispo de la Asuncion el dia 18 de agosto del año 1640, y consagrado por el obispo de Tucuman en el mes de octubre de 1641, antes de haber recibido sus bulas. Pensando de distinto modo que los jesuitas del colegio de Salta que participaban del mismo error en que estaba el prelado consagrante, los del colegio y la universidad de Córdoba no creyeron en la legitimidad de la toma de posesion, verificada antes de recibirse las letras apostólicas; creyendo que si bien la consagracion era válida en cuanto al sacramento y á la impresion del carácter, no podia dejar de considerarse como nula respecto al ejercicio lícito de las funciones inherentes á la órden. En este mismo sentido se declaró mas tarde la congregacion del santo concilio de Trento. Bernardino de Cárdenas disimuló en un principio su aversion á los jesuitas; pero procuraba en secreto arrojarles de la Asuncion y de todas las misiones del Parana, que eran de su diócesis. Coincidió con esta animadversion del prelado, la calumnia de que los jesuitas habian encontrado en la provincia de Uruguay algunas minas de oro que procuraban ocultar á los españoles, y cuyos productos remitian á Roma por Buenos-Aires; por absurdo que fuese este rumor, no dejó de dársele crédito, conforme lo demuestra el haber mandado el consejo de Indias que se alejase del Paraguay á todos los misioneros que no fuesen súbditos del rey de España.

No habia mas que el Tucuman, dice Charlevoix, en que gozasen los jesuitas de una verdadera paz, por trabajar bajo la proteccion de un obispo que les daba el ejemplo de todas las virtudes, y que estaba siempre dispuesto á

defenderles en todo : por esto bendijo el Señor sus trabajos y les dió una abundante cosecha. Sin embargo, apesar de lo mucho que sufrian los jesuitas en las provincias vecinas, sus reducciones del Paraná y del Uruguay, eran cada dia mas florecientes, sin esceptuar aun aquellas que oian rugir mas de cerca la tempestad formada contra sus directores. Practicábanse en todas ellas virtudes cuya observancia parecia increible en hombres que estaban poco antes sumidos en la barbarie ; y lo mas maravilloso era que su progresivo aumento se debia tanto á los neófitos como á los mismos apóstoles que habian sabido inspirarles el celo de que estaban animados.» Los guirapores y otras varias tribus vecinas, establecidas al occidente del Paraguay, parecian estar dispuestos á vivir bajo la direccion de los jesuitas ; por lo que se creyó oportuno entrar por aquella parte en el Chaco, ó al menos para establecer una comunicacion mas directa y fácil entre las provincias del Paraguay y del Tucuman. Los misioneros de los itatinos escribieron al provincial, que mandó al P. Romero que, acompañado de Mateo Fernandez, fuese á formar una reduccion entre los infieles de que se le hablaba en aquella comunicacion. La palma del martirio que tantas veces habia estado Romero á punto de alcanzar en la provincia del Uruguay, le estaba reservada en aquella iglesia naciente. El dia 22 de marzo del año 1645 se disponia Romero á celebrar el santo sacrificio de la misa, cuando recibió de un cacique un golpe terrible que le hizo caer medio muerto ; el neófito Gonzalo, que queria morir con el apóstol, espiró de un flechazo, lo mismo que Fernandez. Despues de haber hecho sufrir á Romero los tormentos mas atroces, le cortaron los dedos para metérselos en el vientre que á este objeto le fué abierto, por creer sus supersticiosos asesinos que de aquel modo no serian responsables de su injusta muerte. Los cuerpos de los tres mártires fueron trasladados algun tiempo despues á la tribu de los itatinos, la cual perdió á su vez al P. Francisco Arias, muerto en una nueva intentona que hicieron contra ella los mamelucos, que, no atreviéndose á medir sus armas con los nuevos cristianos del Paraná y del Uruguay, intentaban sorprender á un pueblo menos dispuesto á defenderse. Tambien los guaycuros por su parte intentaron arrojar á los españoles de la Asuncion en el año 1646, pero fueron completamente derrotados por las milicias del Paraná. El gobernador del Paraguay, que habia hecho alejar á Bernardino de Cárdenas, no pudo menos de hacer presente, que á haberse realizado la intencion del prelado acerca de las reducciones, habria sido la provincia irremisiblemente conquistada, porque si hubiesen sido proscritos los jesuitas, todos sus neófitos se habrian dispersado.

Bernardino de Cárdenas renunció el episcopado de Popayan, en el nuevo reino de Granada, para el que acababa de ser nombrado ; cuando fué relevado el gobernador del Paraguay, logró el obispo regresar á su diócesis de la Asuncion, en la que continuó persiguiendo á los jesuitas, fundado en la oposicion que les hacia entonces en Méjico Juan de Palafox, obispo de Angelópolis. Empezó Bernardino por quitar á los jesuitas las misiones de los itatinos, que desde la invasion de los mamelucos habian sido trasladados al occidente del rio Paraguay, á fin de estar mas cerca del enemigo, y de que pudiesen dispersarle antes de que penetrase en el interior del pais, caso de hacer otra intentona. Privadas las dos reducciones de los hijos de San Ignacio, á los que se arrancó de ellas con tanta dureza, que murió de sus resultas el P. de Arenas, no tardaron en quedar enteramente desiertas ; solo á d ras penas logró mas tarde el P. Mansilla reunir á los itatinos. El ambicioso Bernardino de Cárdenas se hizo nombrar por el municipio capitan general de la provincia, con motivo de haber muerto el gobernador repentinamente ; y, prosiguiendo su obra de destruccion, previno al rector de los jesuitas que saliese de la Asuncion, y que hiciese evacuar desde luego todas las reducciones del Paraná y los demás establecimientos que poseian los

jesuitas en la provincia del Paraguay. Los religiosos que estaban enfermos fueron arrancados de sus camas, conducidos atados como malhechores junto al rio, donde fueron metidos en unas canoas, y abandonados sin provisiones á merced de la corriente que no habria dejado de arrastrarles hasta el mar, á no haber embarrancado en una isla que encontraron á su paso, y desde la que se dirigieron á Corrientes. El nuevo gobernador que fué nombrado, tuvo que vencer la resistencia armada que le opuso el obispo, para instalarse en la Asuncion, donde restableció á los jesuitas tan injustamente espulsados. El arzobispo de la Plata de los Charcas, nombró un vicario general para que gobernase la diócesis durante la ausencia de Bernardino de Cárdenas, cuyo prelado tuvo que presentarse á la real audiencia de la Plata para dar cuenta de su conducta. En el propio año 1651, al verse en el lecho de muerte, hizo declarar por su secretario, que la conciencia le obligaba á hacer á los jesuitas una reparacion jurídica por el mal que les habia hecho.

Apenas acababan de entrar los hijos de San Ignacio en posesion de sus reducciones del Paraná, cuando se vieron ya á punto de ser espulsados de las del Uruguay, por haber resuelto el benedictino Cristóbal Moncha, obispo de Buenos-Aires, convertir aquellas reducciones en curatos, que debian desempeñar sacerdotes seculares. Así pues, mandó á los jesuitas que las evacuasen, é invitó á los eclesiásticos, no solo de su diócesis, sí que tambien á los de las del Tucuman y la Asuncion, á que se presentasen para ser nombrados párrocos de las mismas. Pero como no se presentase ni un solo sacerdote al llamamiento del obispo, procuró este examinar con detencion la conducta observada por los jesuitas, y acabó por confesar que habia obrado con ligereza, y que no pararia hasta reparar en lo posible la falta cometida. Los neófitos de las reducciones de los jesuitas, prestaron nuevamente señalados servicios á su patria, venciendo sucesivamente á los frontones, á los calcaguies del Rio de la Plata y á los ingleses; en el año 1660 socorrieron tambien los nuevos cristianos al gobernador del Paraguay, demostrando una vez mas cuan injusto era el concepto que habia hecho formar de ellos Bernardino de Cárdenas en ódio á sus pastores. Desde entonces dejaron de ser considerados como vecinos peligrosos, ó como rebeldes que los jesuitas trataban de emplear para la realizacion de sus supuestos planes de conquista; al contrario, se les creyó con razon los libertadores de la provincia, y el mas seguro apoyo contra la agresion de los bárbaros.

Desde el año 1654 habia sometido el rey de España á su consejo de Indias la gran cuestion que turbaba hacia tanto tiempo al Paraguay. A peticion de Felipe IV, el general de la Compañía de Jesus nombró visitador en aquel pais al P. Antonio de Rada, el cua siendo provincial en Méjico, cuando las diferencias suscitadas por Juan de Palafox, se portó con una moderacion y prudencia admirables; mandándole al propio tiempo que obrase de acuerdo con Fr. Gabriel de Guillestigui, comisario general de los franciscanos en el Perú. Solo contribuyeron los últimos informes tomados á hacer resaltar mas y mas la inocencia de los jesuitas; por lo que fué trasladado Bernardino de Cárdenas á la silla de Santa Cruz de la Sierra, siendo nombrado el 15 de diciembre del año 1666 obispo de la Asuncion Gabriel de Guillestigui, al que sucedió en el año 1674 Faustino de las Casas, religioso de la Merced.

Como se agrupasen algunos indígenas errantes en las márgenes del rio de Monday, escribió el último prelado al superior de las reducciones del Paraná que se sirviese enviar algunos religiosos para convertir á aquellos pobres infieles; al recibir el obispo á los dos jesuitas encargados de la nueva mision, les abrazó con ternura y les dijo, que con la mayor confianza les trasmitia la obligacion en que estaba de trabajar para que entrasen en el redil del Pastor soberano las ovejas descarriadas.

La region que se trataba de evangelizar, era sin duda alguna la mas áspera del Paraguay; pero ni su escesivo calor, ni su suelo montuoso, cubierto de espinos, ni los tigres y víboras que tanto abundaban en el pais, intimidaron en lo mas mínimo á los jesuitas. A los dos meses de su llegada, tenian ya mas de dos mil catecúmenos, habian construido una iglesia y no habia reduccion que escediese en nada á la reduccion del Monday. En un viaje que los dos apóstoles hicieron al Paraná, se les vió enteramente desfigurados; su vestido hecho girones, solo les cubria una parte del cuerpo, dejando ver la restante cubierta de cicatrices; solo se les conocia en la voz; en cambio, el abundante fruto producido por sus trabajos les procuraba tan dulce consuelo, que no habrian trocado su mision por ninguna otra. Mientras que en el norte del Paraguay se fundaba bajo un sol abrasador aquella nueva iglesia, se procuraba en el mediodía iluminar con la antorcha del Evangelio á la nacion de los guenoas, que forma entre el mar, el Uruguay el Rio de la Plata una vasta estension, en la que es en invierno el frio insoportable, y sin que haya en el rigor del verano un solo árbol para prestar fresca sombra. En el mes de setiembre del año 1683, empezó el jesuita Francisco Garcia con una cohorte de fervientes cristianos á evangelizar á los guenoas, formando su primera reduccion el año 1685; los yaros, algunos de los cuales habian logrado abrir ya los ojos á la luz de la fé, fueron reunidos por el P. Richard en una tribu que recibió el nombre de *San Andrés*. Al poco tiempo de haber formado el religioso la nueva comunion cristiana, se le presentaron los principales de ella diciéndole que iban á retirarse para adoptar nuevamente su antiguo modo de vivir, ya que les habia dicho que el Dios de los cristianos estaba en todas partes y que veia todas sus acciones: no podemos admitir á un Dios tan perspicaz, sobre todo cuando los nuestros no se paran siquiera en ninguna de nuestras acciones. «Pero vosotros, repuso el apóstol, habeis olvidado lo que os he repetido tantas veces, esto es: que el Dios de los cristianos es el único y verdadero Dios, que todos los demás solo lo son de nombre; y que, aunque os oculteis en el fondo de las cavernas ó en los mas espesos bosques, no lograreis evitar ni la vista ni la justicia del Creador cuyo culto quereis abandonar.» Ninguna impresion causaron en los yaros estas palabras; puesto que ni uno solo habia ya aquella misma noche en la tribu.

De las tres provincias del Tucuman, el Paraguay y el Rio de la Plata en que trabajaban los jesuitas, solo la primera dejaba de utilizar el servicio militar que estaban en el caso de prestar los indígenas de sus reducciones, no sujetos á los gobernadores; por lo que quedaba espuesto el Tucuman á los ataques de los pueblos del Chaco, los que era probable continuasen, ínterin no se lograse establecer el cristianismo en aquel pais. En el mes de agosto del año 1653, el P. Pastor, antiguo apóstol de los abipones, y á la sazon provincial, acompañó á los PP. de Medina y Andrés Lujan á la tribu de los Mataguayos, cuyos salvajes amenazaron constantemente su vida, hasta que se les mandó de órden del rey salir del Chaco. Hasta el año 1672 no se formó allí la primera reduccion, fundada por los jesuitas Diego Altamirano y Bartolomé Diaz, bajo el nombre de *San Francisco Javier*, en las inmediaciones de Esteco, sin que tardára aun en ser enteramente abandonada. El dia 20 de abril del año 1683, los jesuitas Diego Ruiz y Antonio Solinas y el celoso sacerdote Pedro Ortiz de Zárate, partieron de Jujuy para evangelizar de nuevo aquella reduccion; al sexto dia de su viaje llegaron á la cumbre del monte de Santa, desde la que se descubre el Chaco en toda su estension; las nubes no llegan nunca á su cumbre, pero en cambio se apiñan con frecuencia en su base, impidiendo al viajero descubrir un paisaje inmenso y variado. Los tres misioneros, que de lo alto de la montaña no pudieron descubrirle, creyeron ser aquella circunstancia un presagio de que no tendrian la dicha de disipar las tinieblas de la infideli-

dad en que estaba sumida aquella region, y de que iba su empresa á procurarles el cielo, que descubrian en todo su esplendor y magestad, como si se hallasen en el punto mas alto del globo. Llegaron á una tribu de los ojatas, en la que fueron visitados por algunos tobas y diferentes tanos, que parecian estar dispuestos á dejarse dirigir por ellos, por lo que formaron los misioneros desde luego la reduccion llamada de *San Rafael*, compuesta de cuatrocientas familias. Habiendo sido enviado el P Ruiz al Tucuman por procurarse provisiones, saliéronle al encuentro, á su regreso, el P. Solinas y el licenciado Ortiz á seis leguas de la reduccion, en una capilla que habian construido en honor de la Vírgen, y en la que se les advirtió que los tobas y los mocovis acababan, á instancia de los juglares, de jurar su muerte. Con efecto, el dia 17 de marzo del año 1684 salieron aquellos indígenas de un bosque inmediato y se dirigieron á la capilla, llegando á ella en el momento en que Solinas salia del altar y que iba Ortiz á dirigirse á él, para celebrar á su vez el santo sacrificio. En vano los dos misioneros se dirigen á sus asesinos para hacerles presente la dicha de que se disfruta al servir al verdadero Dios, pues prorumpen los bárbaros desde luego en espantosos gritos y dan la muerte á los apóstoles, cuyas cabezas se llevan en triunfo, para beber despues en sus cráneos durante la infernal orgía á que se entregan para celebrar su doble parricidio. El P. Ruiz, que por un milagro del cielo, se libró de la banda de asesinos enviada en su persecucion, encontró al llegar á San Rafael desierta la tribu, por haber huido todos los neófitos al saber la proximidad del enemigo. Cuando supo el rey de España aquel doble martirio, comprendió que solo habia faltado á aquellos misioneros para consolidar el establecimiento empezado, poder convencer á los pueblos del Chaco de que lejos de atentar á su libertad, solo se queria hacerles alcanzar la verdadera dicha, dándoles á conocer á Dios. En su virtud, mandó el dia 6 de diciembre del año 1684 al gobernador del Tucuman, hiciese presente á los jesuitas, que podian asegurar á los indígenas que consintiesen en vivir bajo su direccion, que se les trataria en un todo como á los de las reducciones del Paraná y del Uruguay.

Confiados aquellos misioneros en que les seria fácil penetrar en el Chaco por medio de los chiriguanes, algunos de los cuales eran aliados de los españoles, fundaron un colegio en la poblacion de Tarija, que sirvió de asilo á los apóstoles que fueron en lo sucesivo á predicar la fé á los charcas. Nombróse al P. Arcé para evangelizar aquel estremo del continente de la América meridional, que termina en el estrecho de Magallanes. El P. Nicolás Mascaradi, jesuita italiano, que se habia dirigido ya anteriormente á aquella region desde Chile, recorrió casi toda la Patagonia; pero puede decirse que solo contribuyeron sus trabajos á procurarle la palma del martirio. Arrepentidos los indígenas que le dieron muerte, pidieron misioneros; y los jesuitas del Tucuman, que eran los que mas estendian sus escursiones hácia aquella parte, nombraron al P. de Arcé para la nueva mision; por lo que se acusó á los PP. del Paraguay de haberse arrogado un derecho que pertenecia al reino de Chile, del que salieron algunos jesuitas en el año 1703, para empezar una mision en el mismo punto en que habia terminado la suya el P. Mascardi. En lugar de llevar la fé á la Patagonia, tomó el P. de Arcé posesion del nuevo colegio de Tarija, donde fueron los chiriguanes á suplicarle que formase un establecimiento en su tribu. Despues de haber hecho su primera escursion al Chaco con el P. Miguel de Valdolivas, volvió á él, acompañado del P. Juan Bautista de Zea: entonces fué cuando se les ofreció un terreno junto al Guapay para fundar una reduccion, á la que dieron desde luego el nombre de la *Presentacion de Nuestra Señora*. El provincial Gregorio de Orozco encargó entonces al P. de Arcé, que para obrar con mas seguridad, debia empezarse por formar, lo mas cerca que fuese posible de Tarija, una comunion cristiana que sirviese

de punto de partida para las que fuesen organizándose en lo sucesivo hácia la parte del Chaco que ocupaban los chiriguanes; y en virtud de aquellas instrucciones, se formó en el valle de Tariquea la reduccion de *San Ignacio*. Pero fué el pais de los chiriguanes tan estéril, que no bastaron á hacerle productivo los constantes afanes de los misioneros: preciso fué abandonar sucesivamente las reducciones de San Ignacio y de la Presentacion, cuyo fundador se habia convertido en apóstol de los chiquitos.

Llevan este nombre un gran número de tribus esparcidas por toda la estension del pais que linda por oriente con los moxos y los bauros y sin límites señalados en la parte occidental; cuanto mas uno avanza hácia el norte, mas se dilata ó ensancha el pais; siendo empero muy poca su latitud en la parte del mediodía. Los chiquitos temian mucho á los demonios, que decian presentárseles bajo formas horribles; creian que era el alma inmortal; al enterrar los muertos les ponian provisiones para su alma y armas para la caza, á fin de que los difuntos se procurasen los víveres necesarios, cuando se les hubiesen agotado las provisiones. Daban á la luna el nombre de madre; cuando estaba en su eclipse, creian que los cerdos la mordian, dejándola cubierta de sangre; para librarla de los dientes de aquellos animales no cesaban de arrojar flechas al aire hasta que volvia la luna á su estado natural. El trueno y los rayos eran obra, segun los chiquitos, de las almas de los difuntos que vivian en las estrellas, con las que estaban en contínua lucha; consideraban á los hechiceros como enemigos del género humano, y daban la muerte á todos cuantos creian que lo eran. Supersticiosos hasta el esceso, creian ver en los gritos de los animales y en el canto de los loros un aviso, ó cuando menos un presagio de lo que habia de sucederles; hasta en sus armas creian descubrir signos que les indicaban el porvenir. La ley de Jesucristo habia sido anunciada ya á los chiquitos, si bien no quedaba en aquellos pueblos ni aun el recuerdo del cristianismo. El gobernador de Santa Cruz de la Sierra supo atraérseles con su benevolencia, y les predispuso á recibir nuevos misioneros, diciéndoles que serian jesuitas los encargados de evangelizarles, á fin de que pudiesen conservar sus libertades. « Tales fueron, dice Charlevoix, las disposiciones de la Providencia para la fundacion de la segunda república cristiana, que formaron aquellos religiosos bajo el mismo modelo de la primera, á la que igualó en todo, escepto en el número de reducciones. El gobernador de Santa Cruz pidió al provincial Orozco que enviase el P. de Arcé á los chiquitos, mision la mas digna del celo de la Compañía de Jesus que se habia presentado en aquella parte de América. Llegó el apóstol á ella á fines del año 1692, plantando la cruz el dia 31 de diciembre en medio de aquel pueblo, diezmado por la peste, y en el que construyó una iglesia bajo la advocacion de *San Francisco Javier*. Los chiquitos panoquis, cuyos ascendientes habian profetizado ya el cristianismo, se presentaron desde luego para ser admitidos en el número de los catecúmenos; todo indicaba que seria aquella reduccion en breve una de las mas florecientes, cuando de repente se arrojaron los mamelucos sobre aquel pueblo, defraudando todas las esperanzas; el P. de Arcé, empero, que era su ángel tutelar, reunió á cuantos panoquis lograron salvarse del furor de los mamelucos, y fundó en el año 1694 una segunda reduccion, que recibió el nombre de *San Rafael*. Luego fué formando otras dos, que llevaron los nombres de *San José* y *San Juan Bautista*. Fué verdaderamente asombroso el modo rápido con que se formó aquella nueva iglesia, así como tambien el grado de perfeccion á que ya desde un principio llegaron sus neófitos; puesto que el espíritu apostólico de aquellos cristianos, apenas regenerados, les hacia desafiar la muerte por procurar nuevos adoradores á Jesucristo, y desear ardientemente sacrificarse por tan bella causa. Lo que era aun mas admirable en hombres nacidos en la barbarie, era sin duda la paciencia inalte-

rable de que daban continuamente pruebas en todos los accidentes de la vida; con todo, debe tambien decirse, que nunca tuvo quizás S. Francisco Javier tan dignos imitadores como los jesuitas encargados de cristianizar á los chiquitos; particularmente el P. Caballero, era un modelo de todas las virtudes. En el año 1704 se dirigió á los puraxis, cuyos indígenas le suplicaron alcanzase de Dios la lluvia de que tanto necesitaban sus campos, haciéndoles esperar su fé que Dios se la concederia. Entonces el P. Caballero plantó en tierra el crucifijo que llevaba en la mano, y mandó á los indígenas que le adorasen despues de haber hecho la plegaria que les enseñó; apenas la hubieron terminado, empezó ya á caer una abundante lluvia. Los manacicas, á su vez, quisieron probar tambien su celo; preguntándole cierto dia el cacique de los purajis, que es lo que haria el misionero para vencer la ferocidad de aquella tribu: «Les opondria mi Dios y el suyo, contestó el hombre apostólico, mostrando su crucifijo: hé aquí mi único escudo. Nada temo cuando se trata de obedecer á mi Salvador y á mi maestro, ó de publicar su ley, porque sé que nada han de poder sus enemigos contra mí, sin su permiso. Además, ¿qué dicha puede haber mayor para mí que la de morir, haciendo lo que él me prescribe?» Véase lo que dice Charlevoix acerca de los manacicas: «Segun una antigua tradicion, fué el apóstol Sto. Tomás á predicar el Evangelio en su pais, ó que al menos envió á él algunos de sus discípulos. Es innegable que entre las groseras fábulas y los monstruosos dogmas de que está su religion plagada, se descubren en ella algunas huellas del cristianismo; parece sobre todo, que tienen los manacicas una confusa idea de un Dios que se hizo hombre por salvar al género humano; porque segun una de sus tradiciones, hubo una muger de sin igual belleza que dió á luz un niño sin dejar de ser vírgen; que aquel hermoso niño al llegar á la edad viril obró grandes milagros, tales como el de resucitar los muertos, curar los paralíticos, etc.; y que habiendo reunido cierto dia un gran pueblo, se elevó en los aires, trasformado en ese sol que nos ilumina. Si no hubiese, dicen los *maponos* (ministros de la religion), tanta distancia de él á nosotros, podríamos distinguir claramente su fisonomía; tributan á estos indios grandes honores á los demonios, que se les presentan, segun dicen, bajo formas horrendas. Reconocen un gran número de dioses, entre los que distinguen particularmente á tres de ellos, que son superiores á los demás, los cuales forman una trinidad, compuesta del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; dan al Padre dos nombres, á saber: Omequaturiqui y Uragosoriso, llamando al Hijo Urasana y al Espíritu Santo Urapo. La muger del Padre, llamada Quipoci, es la que sin dejar de ser vírgen fué madre de Urasana. El Padre, dicen, habla siempre en voz alta y clara, el Hijo es balbuciente, y tiene el Espíritu Santo una voz muy parecida al retumbo del trueno; Quipoci se presenta algunas veces resplandeciente de luz. El Padre es el Dios de justicia, y el que como tal castiga á los malos; el Hijo, su madre y el Espíritu Santo son los que interceden por los culpables. En la sala que hace las veces de templo, hay un puesto cerrado por medio de una cortina, que es el santuario en que las tres divinidades reciben los homenages de sus adoradores; solo el jefe de los sacerdotes puede entrar en él, siendo prohibida su entrada á los demás de la tribu bajo pena de muerte. Por lo regular descienden los dioses á su santuario cuando están atestados de gente los templos, y anuncia su llegada un espantoso estruendo; todos los que están presentes esclaman: «Padre, ¿ya habeis llegado?» Y al propio tiempo una voz les responde: «Sí, hijos mios, procurad divertiros; ya haré que tengais una caza y pesca abundantes; á mí me debeis todos los bienes de que disfrutais.» Se le escucha con profundo respeto, pero luego empiezan los circunstantes á beber y danzar; cuando están en una completa embriaguez empiezan á maltratarse entre sí, siendo muy raras las fiestas en que no haya varios muertos

y heridos. El mapono que está en el santuario quiere tomar tambien parte en el festin; entonces dice una voz que los dioses tienen sed, y desde luego se les prepara un vaso de chico, adornado de flores, que se entrega á la persona mas respetable que hay en la tribu, para que lo presente al mapono, quien entreabre la cortina para recibirlo. Cuando los dioses tienen hambre, se emplea el mismo medio para saciársela; como no puede el mapono, á causa de su dignidad, dedicarse á la pesca ni á la caza, preciso le es valerse de aquel medio por poder subsistir. Algunas veces sale del santuario para apaciguar las querellas causadas por la embriaguez, y despues de imponer silencio, promete en nombre de los dioses que verán los circunstantes cumplidos todos sus deseos. A veces el intérprete de los dioses manda en su nombre á las tribus que tomen las armas y vayan á saquear los pueblos vecinos, en cuyo caso debe ser siempre obedecido; lo que es causa de que viva aquel pueblo en contínuos ódios y de que no multiplique. Entre los dioses inferiores, hay algunos que presiden las aguas, los cuales están obligados á recorrer los rios y los lagos para llenarles de peces; se les invoca en la estacion de la pesca y se les inciensa con el humo del tabaco. Hay así mismo los dioses de la caza, á los cuales tambien se invoca, ofreciendo á unos y otros, ó lo que es lo mismo, á los maponos que les están consagrados, las primicias de la caza ó pesca, segun sean estas mas ó menos abundantes. Los manacicas creen que es el alma inmortal, y están íntimamente convencidos de que al salir del cuerpo es llevada al cielo por los moponos, para que goce en él de eterna dicha. Cuando muere alguno de ellos, tan pronto como están terminadas sus exequias, recibe el mapono lo que la familia del difunto tiene á bien ofrecerle; luego arroja agua sobre el cadáver para purificar al alma de sus manchas y consuela á los parientes, prometiéndoles que en breve podrá darles noticias satisfactorias acerca del alma del finado. Despues de haber trascurrido algunas horas vuelve á presentarse, reune la familia, y con aire de satisfaccion le manda que enjugue sus lágrimas y deje el luto, porque el alma ha llegado ya felizmente al cielo, donde les aguarda para compartir con ellos la dicha de que goza. Enseguida pondera lo muy costoso que le ha sido el viage, en el que ha tenido que atravesar espesos bosques, escarpados montes, rios desbordados y pestilentes lagunas; que despues de haber pasado todo esto, se ha encontrado á orillas de un gran rio, sobre el que habia un puente de madera, guardado noche y dia por el dios Tatusio, que dispone el paso de las almas, haciendo seguir á los maponos encargados de ellas el camino que conduce al cielo. Tiene aquel dios un rostro pálido, calva la frente, y una fisonomía que dá espanto; tiene además el cuerpo lleno de úlceras, y va cubierto de harapos. Algunas veces impide el paso al alma, sobre todo si es la de algun jóven, á fin de purificarla antes de que entre en la eterna morada; si por casualidad opone el alma la menor resistencia, la arroja al rio, en cuyo caso creen los manacicas que ha de suceder á la familia ó á la tribu una gran desgracia. Dicen que hay en su paraiso unos árboles, de los que destila una goma que sirve de alimento á las almas; que hay en él monos enteramente negros, que es muy abundante la miel, pero que en cambio hay muy pocos peces; dicen haber además un águila que vuela en todas direcciones, y sobre la cual han inventado un gran número de mal forjadas fábulas; que tienen en él todos los dioses sus habitaciones; que la de la vírgen madre, tal es el nombre que dán á la diosa Guiposi, es la mas rica y cómoda de todas; que por do quiera hay en el cielo frondosos bosques y grandes calles de árboles, en las que se va á tomar el fresco; que nunca falta pescado á la mesa de los dioses; que los loros son en él numerosos; que las almas están divididas en tres clases, á la primera de las cuales pertenecen las de los que han muerto ahogados, á la segunda, las de los que han muerto en despoblado, y por último, pertenecen á la tercera las almas

de los que han dejado de existir en sus cabañas. No se trata de las almas de los que han sido muertos en la guerra ó por efecto de la embriaguez, á pesar de no ser la virtud la que procura la entrada en aquel paraiso.» Tal era la nacion que intentó el P. Caballero regenerar por medio de los preceptos del Evangelio. Bendijo Dios de tal modo sus trabajos, que en breve logró formar el misionero varias reducciones, siendo la primera de ellas conocida bajo el nombre de *la Concepcion*. Despues de haber evangelizado á los puizocas, recibió el P. Caballero un flechazo entre los dos hombros, despues de cuya mortal herida cayó de rodillas ante el crucifijo, en cuya reverente actitud recibió el último golpe que habia de privarle de la vida el dia 10 de setiembre del año 1711. Al morir de este modo uno de los primeros fundadores de la república cristiana de los chiquitos, tenia ya esta cinco reducciones; en 1716, resolvió el P. de Zea formar la sexta en la tribu de los zamacos; cuando dos años mas tarde fué nombrado provincial, envió á ella al P. Miguel de Yegros.

En un principio contribuyó este misionero con el P. Machoni, á evangelizar á los lullos, pueblo dividido en dos tribus conocidas bajo el nombre de *San Antonio;* Felipe V dispuso en el año 1712 que, no solo la reduccion de los lullos, si que tambien todas las que en lo sucesivo fuesen establecidas en el Chaco, fuesen confiadas á los jesuitas, y gobernadas en la misma forma y con los mismos privilegios que las de los guaranis, situadas en las provincias del Paraguay y del Rio de la Plata. Charlevoix dice, acerca de la reduccion de los lullos, establecida en las fronteras del Tucuman y del Chaco, lo siguiente: «Era muy difícil que semejantes bárbaros, que se habian acercado á los españoles mas bien por interés, ó por miedo, que por un verdadero deseo de asegurar su salvacion eterna, estuviesen dispuestos á admitir los sentimientos que se les procuraba inculcar. Muchos eran además los obstáculos que se oponian á ello; siendo uno de los mayores la proximidad de unos pueblos que eran los que mas distaban del reino de Dios; por esto se confirmaban los misioneros cada vez mas en la idea de que nunca igualarian los cristianos de aquellas reducciones *domésticas* á los guaranis y chiquitos, que no estaban espuestos á aquellos inconvenientes.» El único medio que podia salvar á los lullos, era el de distribuirlos entre los guaranis y chiquitos, á medida que iban entregándose á los españoles; pero solo se dispuso trasladarles á Miraflores y luego cerca de San Miguel. Los PP. Juan Andreu y Pedro Artigues, no solo lograron restablecer enteramente aquella comunion cristiana en todo su fervor primitivo, sino que hasta lograron atraer á ella diferentes isistinos.

El P. Miguel de Yegros, que se vió obligado á abandonar la mision de los Pullos para reemplazar al P. de Zea, no halló á los zamucos en el punto que se le habia designado para fijar la sexta reduccion; por lo que envió en su busca al hermano coadjutor Alberto Romero, á quien su cacique hizo decapitar de un hachazo, internándose luego con su tribu en el fondo de los bosques.

La crueldad de los zamuscos solo puede ser comparada con la de los pazaguas, que impedian á la sazon con sus fechorias navegar por el Paraguay. Los jesuitas Blas de Sylva y José Maco al descender por aquel rio en el año 1717, fueron cogidos por los payaguas, y asesinados junto con los treinta neófitos que iban en su compañía. La misma suerte estaba tambien reservada á los PP. de Arcé y Bartolomé de Blende, descendiente este último de una noble familia de Bruges; se embarcaron en la Asuncion el dia 24 de julio de 1715, y subieron por el rio hasta el lago Manioré, desde donde el P. de Arcé se dirigió al pais de los chiquitos, al objeto de descubrir una comunicacion fácil por aquella parte entre el Paraguay y el Tucuman. A su regreso, no encontró ya al barco, cuya tripulacion habia querido, á pesar del P. de Blende, dirigirse otra vez hácia la Asuncion: habiendo caido en poder de los payaguas fueron asesinados los ma-

rineros, y quedó cautivo el misionero, al que al fin dieron tambien muerte, arrojando su cadaver al rio. El P. de Arcé, se construyó con el ausilio de los neófitos una piragua, y al descender por el rio fué cogido y asesinado por los mismos payaguas, quienes dejaron su cuerpo en la orilla, donde los guaycuros le cubrieron aun de lanzadas en el año 1718.

Los zamucos, despues de la traicion de que fué víctima el hermano Romero, vivian en montes inaccesibles, si bien no lo fueron en el año 1722 al celo de los PP. Jacobo de Aguilar y Agustin Castañarez, los cuales obraron en aquella tribu salvaje grandes conversiones. Encargado el P. Jacobo de visitar las reducciones de los chiquitos, les dispensó un señalado beneficio, descubriendo en ellas la sal de que tanto carecian.

Ocupados hasta entonces los chiquitos en cerrar el paso á los bárbaros que intentasen molestar por aquella parte la provincia de Santa Cruz, no habian tomado aun las armas por el rey de España. Por primera vez se acudió á ellos en el año 1726, por haber invadido el pais los chiriguanos, cuya historia continuarémos nuevamente. En el año 1713 se dirigieron aquellos pueblos á los jesuitas, á fin de que lograsen conciliarles con los españoles; con este motivo, el P. Francisco de Guevara, al que se encargó formára una reduccion en el valle de las Salinas, construyó allí una capilla, y bautizó al cacique Moringa. Finalmente, el dia 28 de agosto del año 1715, los PP. de Guevara y Restivo erigieron la tribu en comunion cristiana que recibió el nombre de la *Concepcion*. Llegó á ser en breve aquella iglesia tan floreciente, que se creyó con fundado motivo ver en toda la cordillera chiriguana una república cristiana destinada á regenerar el Chaco; pero desgraciadamente fueron estas esperanzas defraudadas, por haber devastado los chiriguanos en el año 1726 los alrededores de Santa Cruz. El P. de Aguilar hizo entonces presente á los chiquitos que no podian dejar impune el crímen de aquellos bárbaros que destruian sus templos; y á su voz, todas las reducciones procuraron útiles ausiliares á los españoles contra los chiriguanos.

Al cesar la persecucion suscitada contra los jesuitas por Bernardo de Cárdenas en la provincia del Paraguay, gozaban los hijos de Loyola de una paz que parecia deber ser tanto mas duradera, cuanto que era en gran parte resultado de su celo y de los servicios prestados por sus neófitos á aquella provincia. Pero como son los jesuitas dignos hijos de esa iglesia militante que en todas épocas se ha de ver combatida, no tardaron en sufrir, como ella, nuevos tiros de parte de sus enemigos. La ambicion de Antequera, que usurpó el gobierno del Paraguay, hizo arrojar á los jesuitas de la Asuncion en el año 1724, á fin de hacerse dueño de las reducciones del Paraná y ceder los neófitos á sus partidarios. Obligado el obispo de la Asuncion á detenerse en España, á causa de las enfermedades que no le permitieron ver su diócesis, fué nombrado su coadjutor el franciscano José Palos, con el título de obispo de Tatillum; este digno prelado, verdadero ángel de paz en medio de las turbulencias del Paraguay, repuso el año 1728 á los jesuitas en su colegio. Cuando se recibió empero la noticia de que Antequera habia espiado con su muerte en Lima el crímen de su rebelion, espulsaron sus antiguos cómplices nuevamente á los jesuitas de la Asuncion en el año 1732, apesar de los esfuerzos que hizo por evitarlo José Palos, nombrado obispo titular de aquella ciudad. El franciscano Juan de Arreguy, consagrado por Palos, acabó de aumentar su dolor, aceptando de los rebeldes el título de gobernador del Paraguay, y dando como tal un decreto, por el que despojaba a los jesuitas de todo cuanto poseian. Por fin logró Palos hacer oir la voz del deber á Arreguy, que arrepentido anuló todo cuanto habia hecho y se retiró á su diócesis de Buenos-Aires, donde el obispo de la Asuncion le siguió, para aguardar á que Dios cambiase el corazon de un pueblo sordo á la voz de su pastor. Cuando se obró aquel dichoso cambio

en el año 1735, tuvo Palos el consuelo de recibir á los jesuitas nuevamente en la Asuncion; indemnizóseles de la persecucion sufrida en el Paraguay con la fundacion de un nuevo colegio en Buenos-Aires; y el puerto de Montevideo, situado frente á aquella ciudad en la márgen oriental del Rio de la Plata, les consagró una casa. El santo obispo de la Asuncion se interesaba vivamente en favor de una mision que habian emprendido los jesuitas en la tribu de los tobatinos, pueblo barbaro que desde los montes y bosques de Taranta, como un torrente devastador se arrojaba sobre los pueblos habitados por los españoles; pero desgraciadamente no pudo hacer el digno prelado por aquella mision todo el bien que deseaba, por haber muerto en el año 1738. En vano los tobatinos, trásfugas de la religion de Jesucristo, intentaban evitar los efectos de la caridad ardiente de los jesuitas; puesto que los PP. Sebastian de Yegros, Félix de Villagarcía y Juan Escandron, recurrieron en su busca por espacio de algunos años los bosques y montañas que les servian de guarida. Al fin lograron dar con ellos, siendo Yegros y Planas los que se encargaron en el año 1746 de reconciliar con el buen Pastor á aquellas ovejas descarriadas; cuando, merced á su solicitud, fué toda la tribu reunida, se organizó una reduccion bajo el nombre de *San Joaquin*.

No bastaron las turbulencias del Paraguay á hacer desistir á los obispos del Tucuman de su propósito de reducir el Chaco por medio de las leyes del Evangelio; empresa que facilitó en gran manera la conversion de los chiriguanos. El P. Julian de Rizardi, natural de Guipuzcoa, despues de haber dirijido por espacio de cuatro años la reduccion de San Angelo, en la provincia del Uruguay, fué destinado el año 1732 con los PP. Ignacio Chomé y José Pons, jesuitas flamencos, para vencer la inconstancia y ferocidad de aquellos pueblos. El apóstol guipuzcoano manifestó el placer que le causaba la órden de su provincial, por no ocultársele, decia, que iba á procurarle aquella órden la gloria del martirio; añadiendo que no se habia atrevido nunca á pedir se le destinase á aquella mision, apesar de haberlo deseado siempre ardientemente. Algunos restos de la antigua reduccion de Tariquea se agruparon á la voz del P. Gimenez, que bajo el nombre de la *Concepcion*, formó una nueva cristiandad á siete leguas de Tarija. Aquel nuevo plantel, del que podian salir elementos de regeneracion para toda la Cordillera chiriguana, fué trasplantado por el P. Lizardi al pié mismo de las montañas, donde se le fraccionó en dos colonias, á una de las cuales se dió el nombre de *Santa Ana* ó la *Concepcion*, y á la otra el del *Santo Rosario*. El fuego divino de que estaba animado el superior de la mision, llegó á comunicarse de tal modo entre los nuevos cristianos, que en breve pudo competir aquella reduccion en ardor y celo con las mas antiguas del Paraguay. Los chiriguanos de la Cordillera no podian sin embargo dejarla crecer en paz por mucho tiempo: estaba el P. Lizardi en el altar, cuando de repente se arrojaron sobre él los idólatras y despues de obligarle á seguirles, le asaetearon en un monte inmediato el dia 17 de mayo del año 1735; tenia el mártir guipuzcoano treinta y nueve años. Algunos dias despues, recogió el P. Pons su cadáver, que fué llevado en triunfo á Tarija. Los jesuitas de la provincia del Perú no eran mas afortunados que sus hermanos del Paraguay en triunfar de la inconstancia de los chiriguanos; sin embargo, los PP. Juan de Torres y Juan Antonio Bocas, acababan de fundar junto á la provincia de Santa Cruz una reduccion de aquellos indígenas bajo el título de *San Gerónimo*, pero tuvieron al fin que abandonarla los dos misioneros, por haber ocurrido en ella un terremoto el año 1734, y haber creido los indígenas ser un castigo que les daba el cielo por haber abrazado el cristianismo. Solo quedaron ya desde entonces los chiriguanos cristianos de la reduccion del Santo Rosario. El P. Comé, que habia sido enviado en un principio al occidente de Tarija, fué destinado despues á las tribus de los chiquitos, cuya república cristiana acabó por

estenderse hasta el pais de los zamucos, quienes despues de haber resistido al celo de los PP. Aguilar y Castañarez, hubo muchos de entre ellos que pidieron ser admitidos en la reduccion de San Juan Bautista. El P. Castañarez volvió á conducirles á su pais, en el que formó con ellos la cristiandad de *San Ignacio*, á la que se dirigieron el año 1724 en ausilio del misionero, los PP. Domingo Bendiere y Juan de Montenegro. Cuando veia crecer Castañarez con mas placer la comunion cristiana que la Providencia le confiára, vióse obligado por un accidente improvisto á arrancar la colonia de su pais natal, para conducirla á San José de los Chiquitos; pero el amor á la patria no tardó en llamarla nuevamente á San Ignacio. Como solo deseaban ya aquellos nuevos cristianos ser empleados en conquistas espirituales, utilizó el director su celo en favor de los zatienos y otras tribus que continuaban sumidas en las tinieblas de la idolatría. Habiendo sido nombrado Castañarez superior general de aquellas misiones, dejó en San Ignacio al P. Contreras, con el que en breve fué á reunirse el P. Chomé, que fué á arrojar la primera semilla evangélica al campo de los borillos, fraccion de los chiquitos, cuya conversion estaba reservada á los moxos, quienes debian formar bajo la direccion de los jesuitas del Perú, una república cristiana enteramente igual á la de los guaranis. Tambien los chiquitos cristianos gozaron en breve de los mismos derechos que estos últimos, por haber mandado Felipe V en el año 1745, que fuesen considerados como todos sus demás vasallos; y cuyos pueblos, reconocidos al monarca por los derechos que acababa de concederles, se obligaron á pagar voluntariamente el mismo tributo que habia sido impuesto á los guaranis. Alcanzó Castañarez el año anterior la corona del martirio (1), merced á la infame traicion de un cacique de los mataguayos que, fingiéndose dispuesto á abrazar el cristianismo, llamó á un misionero para que le instruyese en la nueva ley que se proponia seguir. Sabedor de ello Castañarez, fué al encuentro del pérfido cacique, que al tenerle en su poder, quiso darle por sí mismo el golpe mortal que le abrió las puertas del cielo el dia 15 de setiembre del año 1744. Era tan inminente el peligro que amenazaba á los jesuitas, que en todas partes veian suspendida sobre su cabeza la corona del martirio. En una escursion que hicieron los abipones al Tucuman el año 1746, murió el P. Santiago Herrero.

Otra tribu de los abipones, aliada con los mocovis, devastó hácia aquella misma época el pais de Santa Fé; al visitar los mocovis durante su espedicion el colegio de los jesuitas establecido en Santa Fé, se mostraron un tanto dispuestos á abrazar el cristianismo. Con efecto, formó una parte de ellos mas tarde la reduccion de *San Francisco Javier*, la cual fué trasladada despues por su director espiritual, el P. Francisco Burghez, á las inmediaciones de Santa Fé. Los abipones á su vez acudieron tambien á ella con el mismo entusiasmo que manifestaron antes los mocovis.

Finalmente, en la parte situada mas al mediodía de América, los PP. Matías Strobl y Manuel Querini fueron llamados á ella por sus habitantes, logrando formar bajo el título de la *Concepcion* una cristiandad compuesta de un gran número de pampas y montañeses de la Cordillera que separa á Chile de la Patagonia. Interesándose Felipe V en gran manera por aquella naciente república cristiana, dispuso que saliese en el año 1745 una fragata del puerto de Cádiz para reconocer la costa desde Buenos-Aires hasta el estrecho de Magallanes, y que el P. José de Quiroga, escelente marino antes de abrazar la regla de San Ignacio, hiciese las observaciones necesarias. Los PP. Strobl y José Cardiel, acompañaron á aquel

(1) Este celoso misionero español, en quien, segun los autores de su tiempo, suplieron el celo y el heroismo á la debilidad de su cuerpo, fué sin disputa el primero de los apóstoles del Paraguay, tanto por la elocuencia de su palabra, como por el incansable celo con que procuró siempre á costa de los mayores sacrificios, y hasta de su propia vida, evangelizar á aquellas tribus feroces que tanto se obstinaban en abrir los ojos á la luz que habia de disipar las densas tinieblas en que yacian. Murio Castañarez junto con su compatriota Acosta. (Nota del Trad.)

religioso, llamado, como jesuita, á crear nuevas reducciones, y á buscar, como navegante, un puerto que pudiese servir de escala á los buques españoles. En la esploracion de la costa fueron descubiertas diferentes bahias; pero en la que se hizo en el interior del pais, se desvanecieron las esperanzas que se habian concebido de ver á no tardar establecida la fé en todo el reino de Patagonia.

Desde el año 1679 habian establecido los portugueses en la parte oriental del Rio de la Plata la colonia del Santísimo Sacramento, que los españoles, secundados por los cristianos de las reducciones, les quitaron una vez, y que luego fué restituida al Portugal en virtud del tratado de Utrech, y que volvió á caer despues en poder de España, merced á la intrepidez y aunados esfuerzos de los españoles y de los neófitos. No fué menos admirable la serenidad de los misioneros, que sin mas armas que sus breviarios, se les vió siempre en los puestos de mayor peligro para ausiliar á los heridos y á los moribundos. Volvian los portugueses á ocupar nuevamente la colonia del Santísimo Sacramento, cuando el gobernador de Rio Janeiro resolvió en el año 1750 trocar aquella floreciente colonia por las siete reducciones del Uruguay, en las que entreveia su codicia abundantes minas de oro, ocultadas á los europeos por los jesuitas. En su virtud, los neófitos de las reducciones cedidas al Portugal debian ser arrojados de ellas; pero cuando el P. Bernardo Neydorffert les comunicó la órden de verificarlo, se negaron á abandonar el suelo natal, y hasta llegaron á perseguir á los dos ó tres jesuitas que estaban encargados de hacer llevar á cumplimiento el tratado. Al verse el gobernador portugués dueño del terreno que se decia ocultar ó contener tantas riquezas, se convenció de que solo existian estas en la imaginacion de los detractores de la Compañía de Jesus. En el año 1759 anuló Cárlos III aquel funesto tratado.

«Los jesuitas, dice Mr. Alcides de Orbigny, habian civilizado á un gran número de hombres que vivian antes en el embrutecimiento y la barbarie. Los que han querido suponer que trataban aquellos religiosos con escesivo rigor á los indígenas, se engañan miserablemente, puesto que á haber sido así, no conservarian los indios, como sucede aun hoy dia, tan gratos recuerdos de los jesuitas. No hay ni un solo anciano entre ellos que no se incline con respeto al oir pronunciar su nombre, ni que no recuerde con viva emocion aquellos tiempos felices, tan presentes á su memoria, por haberlos oido encomiar desde su cuna. El decreto por el cual se espulsaba á los jesuitas confiscando sus bienes en favor del estado, se firmó el dia 27 de marzo del año 1767; cuando llegó á noticia de Bucarelli, á la sazon virey de Buenos-Aires, lo comunicó inmediatamente á los jesuitas, que se sometieron á él sin oponer resistencia alguna. Para reemplazar á los jesuitas desterrados, fueron destinados al Paraguay algunos religiosos de la órden de Menores y varios sacerdotes seculares; el obispo de Santa Cruz de la Sierra dispuso el 15 de setiembre de 1768 que fuesen los sacerdotes de su diócesis á encargarse de las tribus de los chiquitos que habian quedado sin pastor desde la espulsion de los jesuitas. Así quedaron las cosas hasta el año 1789, en cuya época se destinó á cada mision, como en el Paraguay, un secular encargado de la administracion, un gobernador con el título de administrador general, y un vicario apostólico para lo espiritual. Como no poseian estos funcionarios la lengua de los chiquitos, ni los usos y costumbres de las provincias que les habian sido confiadas, adoptaron en un todo la marcha seguida por sus predecesores. El administrador secular reemplazó al jesuita encargado de la administracion, y el fraile menor al cura que habia sucedido al misionero de la Compañía de Jesus. Sin duda se debió á aquella sábia medida la conservacion de las misiones de los chiquitos; puesto que en el Paraguay, donde se siguió un método enteramente opuesto al que habian adoptado los jesuitas, volvieron la mayor parte de los indígenas á retirarse á los bosques y á vi-

vir nuevamente en la barbarie. En el año 1828 no encontré ya á ninguna de aquellas opulentas misiones, que tanto habian escitado la envidia de los gobernadores y obispos, y que habian sido objeto de las críticas de los filósofos del último siglo; solo se veian en su lugar espesos bosques, en medio de los que se distinguian de vez en cuando algunos naranjos entre una vegetacion indígena, que indicaban una mision destruida. Véase, pues, que si las misiones de los chiquitos quedaron intactas, lejos de desaparecer como las del Paraguay, fué debido á la conservacion de las instituciones primitivas.

CAPITULO XXXII.

Mision de los jesuitas del Perú en el país de los Moxos.

Despues de haber hablado de las repúblicas cristianas formadas por los jesuitas del Paraguay, creemos deber describir la de los Moxos, nombre que comprende un gran número de pueblos, parte de los cuales habian sido ya evangelizados por los dominicos. La provincia de los Moxos presenta una superficie oblonga, bordada al este y al norte por las colinas de los chiquitos y las montañas del Brasil, al oeste y al sudoeste por las cordilleras, comunicando por el sud con las llanuras de Santa Cruz de la Sierra, y por el norte con las de las Amazonas, cuyo rio atraviesa la mayor parte de aquella provincia.

«Todos estos pueblos, dice una relacion escrita en español sobre la vida del P. Cipriano Baraze, fundador de aquella mision, viven en una profunda ignorancia acerca del verdadero Dios. Hay entre ellos algunos que adoran el sol, la luna y las estrellas; otros tributan culto á los rios; algunos á un supuesto tigre invisible; y por último, llevan diferentes de ellos siempre encima un gran número de pequeños ídolos de forma ridícula. Pero no tienen ni un solo dogma que sea objeto de su creencia; viven sin la esperanza de ningun bien futuro, y si se entregan á algun acto de religion, es tan solo por el temor de que están poseidos; pues creen que hay en cada objeto un espíritu que se irrita contra ellos, y al que deben todos los males de que están aquejados: por esto ponen todo su cuidado en apaciguar ó no ofender á aquella virtud secreta, á la que dicen es imposible resistir. Sin embargo, no se entregan á ningun culto solemne; de modo que entre tantos pueblos diversos, solo habia uno ó dos que hiciesen ciertos sacrificios; no obstante, hay entre los moxos dos clases de ministros para tratar los asuntos religiosos. Hay unos que son simplemente embaucadores, que solo están encargados de devolver la salud á los enfermos; y otros, que como verdaderos sacerdotes, están destinados á aplacar la cólera de los dioses. Los primeros no son elevados á aquel rango hasta despues de haber observado por espacio de un año un ayuno riguroso, durante el cual se abstienen de comer carne y pescado. Es preciso, además, para llegar á aquella dignidad, que hayan sido heridos por un tigre y logrado escaparse de sus garras: en cuyo caso se les respeta como hombres de una virtud rara, por creerse que les ha respetado el tigre invisible con el que han combatido. Cuando han ejercido por mucho tiempo aquel empleo, se les eleva al supremo sacerdocio; pero es preciso antes que vuelvan á ayunar otro año entero con tal rigor, que ha de quedar su rostro pálido y estenuado: luego esprimen el jugo de ciertas yerbas muy fuertes y lo echan á los ojos de los que han de ser ascendidos; confiriéndoseles de este modo en su concepto el carácter sacerdotal. En ciertas épocas del año, y sobre todo en los dias de nueva luna, aquellos ministros de Satán reunen el pueblo en una de las montañas inmediatas; desde el amanecer todo el pueblo se dirige en silencio al punto indicado; pero así que llega á él, prorumpe en espantosos gritos para enternecer, segun dicen, el corazon de sus divinidades. Observan un riguroso ayuno y pasan todo el dia en una confusa gritería, terminándola con las ceremonias siguientes: sus sacerdotes empiezan por cortarse el pelo

(lo que es entre aquellos pueblos una prueba de grande alegría), y por cubrirse todo el cuerpo con plumas amarillas y encarnadas. Luego hacen traer grandes vasos, que llenan con el fuerte licor que han dispuesto para aquella solemnidad y que reciben como una primicia ofrecida á sus dioses; y despues de haber bebido de él sin medida, lo entregan al pueblo que, insiguiendo su ejemplo, no para hasta embriagarse. Luego se pasa la noche bebiendo y bailando: uno de ellos entona una cancion, y todos se reunen formando un gran círculo, arrastran los piés é inclinan negligentemente la cabeza á una y otra parte, haciendo con el cuerpo movimientos impropios y hasta indecentes Cuantas mas son las estravagancias y locuras, mayor es la consideracion que como devoto y virtuoso adquiere el que las hace; siempre terminan aquellas fiestas por la muerte de algunos de los que toman parte en ellas. Tienen los moxos algun conocimiento acerca de la inmortalidad del alma, pero es este tan confuso, que no sospechan siquiera que haya castigos que temer ni recompensas que esperar en la otra vida.

«Al objeto de darles á conocer la ley de Jesucristo, establecieron los misioneros jesuitas una iglesia en Santa Cruz de la Sierra, para que les fuese al propio tiempo mas fácil penetrar en aquel pais á la primera ocasion favorable que se les presentase, teniendo una iglesia á sus puertas. Sin embargo, fueron inútiles todos los esfuerzos que hicieron los jesuitas por espacio de cerca de un siglo; estaba reservada aquella gloria al P. Cipriano Baraze; hé aquí el medio que se la procuró.

«El hermano del Castillo, que vivia en Santa Cruz de la Sierra, se reunió en el año 1674 con algunos españoles que hacian el comercio con los indios, y penetró con ellos hasta el interior del pais. Su dulzura y atentos modales le granjearon el aprecio de los principales de la nacion, quienes le prometieron admitirle con placer en sus casas siempre que visitase su pais; así que, animado de la mas dulce esperanza, se dirigió inmediatamente á Lima, á fin de hacer presentes á sus superiores los medios que Dios le habia deparado para evangelizar á aquellos bárbaros. Hacia ya mucho tiempo que el P. Baraze instaba á sus superiores á que le destinasen á las misiones mas peligrosas y difíciles, inflamándose mas y mas aun sus deseos, cuando supo la muerte gloriosa de los PP. Jacobo Luis de Sanvitores y Nicolás Mascardi, quienes despues de haber trabajado constantemente, uno en Chile, y otro en las islas Marianas, habian tenido ambos la dicha de sellar con su sangre las verdades de la fé que habian predicado á un gran número de infieles. Como reiterase el P. Baraze con aquel motivo sus instancias, se le confió la nueva mision de los Moxos; partiendo desde luego el ferviente misionero para Santa Cruz de la Sierra con el hermano del Castillo. Apenas llegaron á aquel punto, hicieron construir una canoa por los gentiles del pais que les sirvieron de guias, y se embarcaron desde luego en el rio de Guapay; despues de doce dias de navegacion peligrosa y difícil, llegaron al pais de los moxos. Durante los primeros cuatro años que permaneció el P. Braze en medio de aquel pueblo, se vió siempre en peligro de ser sacrificado al furor de los bárbaros, que le recibian con el arco en la mano, y á los que solo contenia la dulzura angelical que animaba el rostro del misionero. Cuando por recobrar su salud se vió obligado á dirigirse á Santa Cruz de la Sierra, tenia siempre presentes á sus queridos indios, y no pensaba mas que en los medios que habia de emplear para civilizarles, por no ocultársele que era preciso enseñarles á ser hombres, antes de que llegasen á ser cristianos. A este objeto, se procuró ya desde los primeros dias de su convalecencia todo lo necesario para tejer, y despues de haber aprendido este oficio, se volvió á su mision para enseñarlo á los indios, á fin de que pudiesen tejerse la tela necesaria para sus vestidos, y acabar con la repugnante desnudez en que iban la mayor parte de ellos. Como creyese el gobernador de la ciudad que habia llegado la hora de cristianizar á los chirigua-

nos, pidió á los superiores de la Compañía que enviasen á aquella mision al P. Cipriano; pero el modo indigno con que recibieron las puras doctrinas que les anunciaba el misionero, le obligó á abandonar á aquel pueblo tan corrompido. Entonces pidió nuevamente á sus superiores que le permitiesen regresar al pais de los moxos, quienes estaban, en su concepto, mucho menos distantes del reino de Dios, de lo que lo estaban los chiriguanos; y en efecto, vió que eran mucho mas dóciles que antes. Desde luego se reunieron como unos seiscientos de ellos para vivir bajo la direccion del misionero que, tuvo el consuelo despues de ocho años y medio de contínuos trabajos (año 1684), de ver una floreciente comunion cristiana, formada por su solicitud y sus cuidados. La circunstancia de haberles conferido el bautismo el dia en que se celebra la fiesta de la Anunciacion de María, le hizo poner su cristiandad bajo la proteccion de la Reina de los Angeles, y darle el nombre de mision de *Ntra. Sra. de Loreto.* Cinco años empleó el P. Cipriano en cultivar y aumentar aquella cristiandad naciente, que ascendia ya al número de dos mil neófitos, cuando recibió el ausilio de otros misioneros; aquel aumento de operarios evangélicos, indujo al ardoroso apóstol á poner en práctica el plan que habia concebido de llevar la luz del Evangelio de uno á otro confin de aquel pais idólatra. Empezó por confiar á los nuevos misioneros el cuidado de su iglesia, para irse él en busca de los otros pueblos que pensaba regenerar; instalándose al fin, despues de algunos dias de marcha, en una region bastante lejana, cuyos habitantes no se hallaban al parecer muy dispuestos á renunciar á sus bárbaros instintos. Despues de haberse hospedado el P. Cipriano en la casa de uno de aquellos indios, fué á visitar una á una todas las cabañas de la tribu, procurando atraerse la confianza y amistad de sus moradores. Procuraba, para mejor lograrlo, imitar todos sus movimientos y gestos ridículos que empleaban para demostrar los sentimientos de que estaban animados; dormia además entre ellos, espuesto á la intemperie y sin adoptar ninguna precaucion para librarse de la picadura de los mosquitos y de los demás insectos. Por mas repugnantes que fuesen sus comidas, probaba siempre todos sus platos; sin desperdiciar ninguna de cuantas ocasiones se le presentaban para demostrar que era tan bárbaro como ellos, á fin de atraerles mas fácilmente al camino de la salvacion. Los conocimientos que tenia el misionero en el arte de curar, contribuyeron en gran manera á que lograse con mas facilidad conquistarse el afecto de aquellos pueblos; cuando habia algunos indios enfermos, él les disponia ó preparaba los medicamentos que debian tomar, les curaba las heridas, y hasta llegaba al estremo de limpiarles sus cabañas. La estimacion y el reconocimiento fueron el resultado de sus constantes afanes; así es que, abandonaron los indios con facilidad sus cabañas por seguir al misionero, quien logró en menos de un año reunir á unos dos mil, formando una gran tribu, á la que dió en el año 1687 el nombre de *Santísima Trinidad.* Despues de haber reducido á aquel pueblo al dulce yugo de Jesucristo, procuró el misionero establecer en él una forma de gobierno, á fin de que la independencia en que aquellos hombres habian nacido, no les hiciese caer nuevamente en la anarquía y el desórden en que vivian antes de su conversion. Así pues, reunió á los que gozaban entre ellos de mas consideracion por su prudencia y su valor, y les nombró jefes, estableciendo entre ellos diferentes categorías, para que gobernasen y dirigiesen al resto del pueblo. Como las artes podian contribuir tambien en gran manera á su civilizacion, les enseñó el misionero todos los oficios que les eran mas necesarios; no tardando en haber entre ellos, labradores, carpinteros, tejedores y otros muchos operarios. Lo que mas llamó empero la atencion del misionero, fué el cuidado de procurar á aquel pueblo que iba en aumento cada dia los alimentos necesarios; por lograrlo, pobló el pais de toros y vacas, únicos animales que pueden vivir en él y au-

montarse; venciendo al efecto cuantas dificultades se ofrecian por poder procurárselos. Vióse obligado á dirigirse el misionero á Santa Cruz de la Sierra, donde reunió doscientos de aquellos animales, suplicando luego á algunos indígenas que le ayudasen á conducirlos; á su regreso, tuvo que trepar por inaccesibles montes, atravesar caudalosos rios, teniendo que vencer además de las dificultades que le ofrecia el camino y la repugnancia del ganado, que se obstinaba cada vez mas en volver atrás. No pudiendo resistir las fatigas de aquel penosísimo viage, casi todos los indios abandonaron al misionero, que continuó sin embargo su camino, llegando al fin, despues de cuarenta dias de penosa marcha, en los que se vió espuesto á todos los peligros, á su mision querida. Solo le faltaba ya entonces levantar un templo á Jesucristo, pues no podia permitir por mas tiempo que se celebrasen los divinos misterios en una pobre cabaña, así pues, levantó desde luego el plano del templo que debia hacerse, y que fué construido sin ninguno de los instrumentos necesarios, y sin mas arquitecto que el misionero. Despues de haber formado dos grandes tribus, descubrió el P. Cipriano la nacion de los coseremonianos, con los que se formó en el año 1690 una gran tribu, conocida bajo el nombre de *San Javier*. No contento aun el hombre apostólico con los triunfos alcanzados, continuó avanzando hácia el interior del pais, en el que encontró á los cironianos, por los que supo que existian no lejos de allí los feroces y temidos guarayanos, únicos antropófagos de que se tenia noticia en aquel pais. Inmediatamente se dirigió el misionero hácia aquellos bárbaros, que, reconocidos á las muestras de aprecio que les dió á su llegada, se lo llevaron á su tribu; en ella supo que existian aun otros muchos pueblos, entre los que habia los tapacures y los bauros.

«Despues de haberse reunido varias veces los misioneros por ver si podrian facilitar las comunicaciones entre aquellos paises idólatras y las ciudades del Perú, estaban ya á punto de desistir de su propósito, cuando el P. Cipriano propuso acometer una empresa que parecia irrealizable. Habia oido decir que atravesando aquella inmensa cordillera de montañas que hay á la derecha del Perú, se encontraba un estrecho sendero, siguiendo el cual se abreviaba en mas de una tercera parte el camino; por lo que procuró desde luego descubrir la senda ignorada.... Dios, que conocia sus santos deseos, se dignó coronar su constancia, permitiendo descubriese en el año 1688 el angosto sendero, objeto de todas sus aspiraciones; despues de dar gracias á la clemencia divina por el favor señalado que acababa de dispensarle, comunicó el P. Cipriano aquella fausta noticia al colegio mas inmediato. Era aquel descubrimiento de tanta importancia, que podia irse en quince dias al pais de los moxos, siguiendo el nuevo camino trazado por el misionero. Como no distaba entonces mucho de las casas de su Compañía, dirigióse el religioso á una de ellas, al objeto de recobrar bajo un cielo mas puro la salud que habia perdido á consecuencia de las contínuas fatigas de su apostolado; por otra parte, deseaba tambien volver á ver á sus antiguos amigos despues de una ausencia de veinte y cuatro años, sobre todo, no oponiéndose á ello sus superiores; pero cuando iba á descubrir ya la casa en que habia pasado y le aguardaban aun horas tan tranquilas, creyó seria mas grato á Dios el sacrificio de ellas, y se volvió inmediatamente á su mision.

«Solo pensó desde entonces en descubrir la tribu de los tapacures, que le habia sido indicada por los guarayanos; el descubrimiento, empero, que causó mas vivo placer al P. Cipriano, fué la de los bauros, pueblo mucho mas civilizado que el de los moxos. Despues de haberse internado mucho en el pais, recorrió el misionero un gran número de tribus, entregándose á unos pueblos enemigos de la santa ley que predicaba, resuelto á sacrificar su vida por la salvacion de aquellos bárbaros. Al poco tiempo de haber entrado en la tribu, halló una banda de bauros, armados de ha-

chas, arcos y flechas, que amenazándole ya desde lejos, se arrojaron con furor sobre él, mientras que invocaba los sagrados nombres de Jesus y María, y ofrecia generosamente su sangre por los mismos que iban á derramarla con tanta barbarie. Uno de los salvajes le arrancó el Crucifijo que tenia entre sus manos, y le descargó con tanta furia un hachazo en la cabeza, que le tendió muerto á sus piés. Tal fué el fin glorioso que tuvo el P. Cipriano Baraze el dia 16 de setiembre del año 1702, á la edad de sesenta y un años, despues de haberse consagrado á la conversion de los moxos por espacio de veinte y siete años y dos meses y de haber bautizado á mas de cuarenta mil idólatras.»

El P. Estanislao Arlet, llegó al Perú en el año 1697 con el P. Francisco Boriné, quien escribia al año siguiente acerca de la mision de los canichanas, á que habia sido destinado, la relacion que trascribimos: «Como no habian visto nunca ni caballos ni hombres que se nos pareciesen en el color ni en el modo de vestir, mostraron, al vernos, un asombro que nos escitó la risa. El arco y las flechas les caian de las manos, tan grande era el temor que esperimentaban; no podian esplicarse porque medio habian aparecido en sus bosques semejantes mónstruos, pues creian, segun lo confesaron despues, que el hombre, su sombrero, sus vestidos y el caballo que montaba eran un solo animal; y por esto les causaba su vista un asombro que les hacia quedar inmóviles. Uno de nuestros intérpretes les tranquilizó, esplicándoles quienes éramos, sin omitirles la causa que nos habia obligado á emprender aquel viaje; les dijo además que habíamos ido allí desde el otro confin del mundo, solo por hacerles conocer y servir al verdadero Dios. Convencidos de esta verdad aquellos hombres sencillos, nos siguieron en gran número desde el primer dia, pareciéndose al rebaño que sigue á su pastor; seis son ya las tribus que por medio de enviados nos han ofrecido su amistad, y nos han dicho que estaban prontos á vivir con nosotros en el punto que les designásemos.» Como se diese principio á aquella mision bajo los auspicios del príncipe de los apóstoles, designóse su primer establecimiento con el nombre de residencia de *San Pedro*.

En el año 1767, dice Mr. Alcides de Orbigny, hallábase la tribu de los moxos en el estado mas floreciente; era su capital San Pedro, mision del centro, en la que tenian los jesuitas un templo magnífico, lleno de esculturas; la plata de los ornamentos ascendia á mas de mil kilógramos, sin contar las joyas de que estaban cubiertas todas las imágenes de la Vírgen. La renta de la tribu ascendia anualmente á unos tres cientos mil francos; tal era el estado de Moxos, cuando en el año 1767 fueron espulsados los jesuitas de sus posesiones; salieron de Moxos á una simple indicacion de la audiencia de Charcas, cien años despues de haber hecho su primera entrada en aquella vasta provincia, dejando en lugar de tribus enemigas y salvajes, un pueblo casi civilizado que vivia desahogadamente con el fruto de su trabajo, y que estaba en paz y armonía con sus vecinos. Despues de la espulsion de los jesuitas, el obispo de Santa Cruz, Francisco Ramon de Herboso, dispuso, mediante la aprobacion de la audiencia de Charcas, que todas las posesiones de aquellos misioneros fuesen conservadas, debiéndolas empero ocupar los curas nombrados, únicos árbitros en lo sucesivo del gobierno espiritual y temporal de cada mision. El nuevo estado de cosas duró veinte y dos años, en los cuales, segun dice Viedma, solo fueron aquellas misiones una pálida sombra de lo que habian sido; quedando aun de quince reducidas á once. La mayor parte de las riquezas desaparecieron, perdiendo los desgraciados indios el fruto de su educacion; los vicios aumentaron espantosamente á la sombra de la ociosidad, y todos los oficios y artes cayeron en el mas completo olvido. Don Lázaro de Rivera presentó diferentes memorias á la audiencia de Charcas, logrando por fin en el año 1789, que se adoptase su plan de reforma, consis-

tente en dejar á los curas el poder espiritual, y en que se confiase la direccion temporal de la provincia á un administrador secular, encargado de seguir en un todo las antiguas reglas establecidas por los jesuitas. Sin embargo, como no hubo siempre en la administracion la probidad que era de desear, bajaron cada vez mas las rentas del Estado, que por lo mismo no pudo procurar los útiles necesarios á los talleres de las misiones, y no tardaron los indígenas en verse privados hasta de lo necesario. Esto, unido al rigor que desplegó mas tarde el gobernador Velasco, dando muerte al cacique Marasa, produjo una revolucion durante la cual lograron los canichanas apoderarse de la poblacion, obligando al gobernador á encerrarse en el colegio de los jesuitas, donde tuvo al fin que rendirse despues de haber opuesto una obstinada resistencia. El gobernador fué condenado á muerte, y los preciosos archivos de la provincia presa de las llamas, por haber sido el colegio incendiado durante el combate. Las tropas de Santa Cruz fueron á los pocos dias á someter á los canichanas de San Pedro, cuya poblacion dejó de ser desde entonces la capital de aquella provincia, siéndolo en su lugar la de Trinidad.

CAPÍTULO XXXIII.

Misiones de los franciscanos, jesuitas, capuchinos y dominicos en el rio de las Amazonas.

Ya hemos visto que todo el pais de los moxos pertenece á la vertiente de las Amazonas. En el año 1637, los franciscanos Domingo de Brito y Andrés de Toledo partieron de Quito, se embarcaron en un rio inmediato, y dejándose llevar por la corriente, descendieron por el rio de las Amazonas hasta el mar de Para. En vista de su relacion, partió D. Pedro Tejeira de Para el dia 25 de diciembre del año 1637, á fin de subir por aquel rio y enterarse mejor del nuevo pais que iba á recorrer; queriendo los españoles conocer mejor aun el curso de aquel gran rio, el gobernador de Quito instó á los jesuitas Cristóbal de Acuña y Andrés de Artieda, que acompañasen á D. Pedro de Tejeira. Despues de haber observado cuidadosamente aquellos dos misioneros todo el pais que riegan aquel gran rio y sus tributarios desde su orígen, fueron á dar cuenta de ello al rey de España (1). Diferentes misioneros se habian dirigido ya desde el Perú á las riberas de las Amazonas para dar principio á sus tareas apostólicas, cuando llegaron á su vez á ellas los jesuitas en 1658, para dedicarse con su acostumbrado celo á la evangelizacion de los indígenas. Fundaron su principal establecimiento en la ciudad de Borgia, que podia ser considerada como capital de la provincia de los Maynas, que se estiende hasta trescientas leguas de Quito, á lo largo de los rios Pastaca, Guallaga y Ucayal.

Diferentes de entre ellos fueron bastante felices para sellar con su sangre las verdades del Evangelio que estaban anunciando á los infieles; asesinaron estos bárbaros el año 1666 al P. Francisco de Figueroa, en las riberas del Guallaga; al año siguiente dieron tambien muerte al P. Pedro Suarez en el pais de Abijiras, y en el año 1677 al P. Agustin de Hurtado en la provincia de los Andoas. El P. Enrique Richler, formó tambien mas tarde un nuevo eslabon en aquella cadena de mártires.

«Nació Richler en Coslau el año 1653, y se consagró al servicio de Dios en la Compañía de Jesus á la edad de diez y seis años, segun refiere el P. Fritz. Durante sus estudios, y aun mientras ejerció el profesorado en la provincia de Bohemia que le recibiera, siempre suspiró Richler por las misiones de las Indias, á las que desde su juventud habia resuelto consagrarse, con la esperanza de poder un dia derramar su sangre en defensa de la fé. En el año 1684 llegó á aquella trabajosa mision, en la que empezó á ejercer su celo en favor de los maynas; siendo enviado luego á los pueblos infieles que vivian en las riberas

(1) Escribió el P. de Acuña con aquel motivo un precioso *Diario*, en el que hay hermosas descripciones é importantes detalles acerca del pais virgen que recorrió por diferentes veces en toda su estension. Fué aquel diario traducido al francés, al italiano y á otros varios idiomas. (Nota del Trad.)

del Ucayal. El ardor con que trabajó Richler en esta mision por espacio de doce años, dió por resultado la evangelizacion de nueve tribus numerosas que vivian en la mayor pureza de costumbres; referir aquí los sacrificios que tuvo que imponerse el misionero durante aquellos doce años de su apostolado, tanto por aprender las lenguas bárbaras de aquellos pueblos, como durante las escursiones difíciles é interminables que emprendió varias veces á lo largo del rio, seria de todo punto imposible. En todos sus largos viages no contaba mas que con la Providencia para atender á las necesidades de la vida, sin querer llevar nunca encima provision alguna; iba además siempre descalzo por caminos cubiertos de espinos, espuesto á las picaduras de una multitud de insectos venenosos, que no pocas veces causaban la muerte. Llegó á verse Richler tan falto de todo, que por cubrir su desnudez, se vió obligado á recurrir algunas veces á la corteza de la palmera, lo que era mas bien un cilicio que un vestido. Sin embargo, no contento aun con los rigores de su vida apostólica se mortificaba con nuevas maceraciones; era su ayuno tan contínuo y austero, que en todos sus viages solo se alimentaba con las yerbas de los campos; en cambio, debia coronar aquella vida penitente una muerte gloriosa. Por distintas veces se habia intentado convertir á los giberos, pero siempre en vano, por ser un pueblo inhumano y feroz que vivia en lo mas áspero de las montañas. Para someterles á la benéfica influencia de la fé, habian levantado los españoles en su pais la poblacion de Sogrona; pero se vieron mas tarde obligados á derruirla por no poder resistir las crueldades de los naturales. El conde de Leon, presidente del consejo real de Quito, noble español nacido para las grandes empresas, formó el designio de enviar aun nuevamente misioneros al pais de aquellos bárbaros; sometiendo su propósito al obispo de Quito y el virey del Perú, quienes prometieron apoyar con toda su autoridad una obra tan santa. Así pues, pidieron á los superiores de las órdenes religiosas hombres capaces de dar cima á aquella arriesgada empresa; y, á fin de no esponerles temerariamente á una muerte segura, les hicieron acompañar por algunos indios convertidos, que debian servirles de escolta. Cinco años trascurrieron, sin que casi produjesen los trabajos de aquellos misioneros fruto alguno; los indios fieles, encargados de su custodia, enviaron uno de ellos á Quito, pidiendo que se les relevase, ó que al menos enviasen, en lugar del P. Richler, á otro misionero mas entrado en años, por serles imposible soportar las contínuas fatigas que les imponia el incansable celo de aquel misionero. Por último, viendo que no se accedia á su demanda, concibieron la infamia de deshacerse del misionero, y para mejor ocultarla, procuraron hacerle odiar de los pueblos circunvecinos, á fin de que se encargasen estos de darle la muerte. Pero Dios permitió, para aumentar la gloria de su siervo, que el gefe mismo de los que habian jurado su pérdida, fuese el que mas confianza inspirase á su inocente víctima. Enrique, así se llamaba, era un jóven indio que habia educado el misionero desde su mas tierna infancia; dióle al bautizarle su mismo nombre de Enrique; considerábale como un hijo querido que habia engendrado en Jesucristo, y formado para las virtudes cristianas; por lo que le tenia siempre á su lado, le hacia comer con él y hasta lo empleaba en el ejercicio de las funciones apostólicas. Olvidando aquel pérfido tantos beneficios, se puso al frente de los indios que logró seducir con sus engaños, para quitar la vida á su protector, á su padre en Jesucristo; aguardó el momento en que el religioso iba á convertir á los piros, y saliéndole al encuentro, fué el que le dirigió el primer golpe: era la señal, á la que los demás indios debian arrojarse sobre el misionero y quitarle la vida. Al propio tiempo asesinaron tambien á dos españoles que acompañaban al misionero, uno de los cuales vivia en la ciudad de Quito, y siendo el otro procedente de Lima; luego se dirigieron los asesinos á la tribu de los chipés, donde no

pararon hasta ejercer otro acto de crueldad en la persona del venerable D. José Vasquez, celoso sacerdote que se habia reunido hacia ya muchos años con los misioneros jesuitas, para dedicarse con ellos á la conversion de los gentiles. Tal fué en el año 1695 el fin glorioso del P. Richler, que, habiendo pasado de los helados climas del septentrion á los ardientes paises de la India Occidental, abrió las puertas del cielo á mas de doce mil infieles.»

En el año 1707 fué muerto el P. Nicolás Durango por los infieles en el pais de los gayos.

El P. Samuel Fritz, nacido como Richler el año 1653 en Bohemia, pasó tambien como él á América; siguió el curso del rio de las Amazonas, evangelizando á los indígenas con tal éxito, que llegó á convertir tribus enteras. Las fatigas de su ministerio acabaron por causarle una enfermedad que le obligó á hacerse trasladar al Para, colonia portuguesa situada en la embocadura del rio, por no poder dirigirse á Quito, en razon de ser su viaje tan largo y difícil, por estenderse ya las conquistas espirituales de Fritz hasta la confluencia del Rio Negro y del de las Amazonas, distante como unas seis cientas leguas de Borgia, en el Perú. Partió Fritz el dia 31 de enero del año 1689, llegando al Para á 11 de setiembre del propio año; como el gobernador portugués le tomase por espia, le tuvo encarcelado hasta el mes de julio de 1691, hasta que por último se le dejó libre en virtud de las órdenes recibidas de Portugal, que prevenian fuese enviado á su mision de Pevas, situada allende la embocadura del Napo. Como no se habia recibido de él noticia alguna, se le hicieron en la Compañía de Jesus las preces que acostumbra rezar por los difuntos. Despues de haber visitado mas de cuarenta poblaciones, llegó Fritz al pueblo de la Laguna, levantado junto á la embocadura del Guallaga; luego subió por el rio hasta el Paranura, atravesó los Andes, pasó por Moyamamba, Caxmalca y Trujillo, y llegó á Lima para comunicar al virey del Perú las observaciones que habia hecho en su viaje á lo largo del rio de las Amazonas. Al regresar en el año 1693 por el mismo rio, se dirijió hácia Jaen de Bracamoros, á fin de informarse del curso de los rios procedentes del sud: en vista de las observaciones y conocimientos adquiridos durante el viaje, resolvió trazar un mapa de las Amazonas, que fué grabado en Quito el año 1707, y que apareció por primera vez en Francia el año 1717; cuya obra, segun Condamine, es de gran mérito y única en su clase. Luego hizo el P. Fritz otros muchos viajes á Lima y á Quito, en los que se procuró campanas y todos los demás ornamentos necesarios para las iglesias de las misiones. Dotado de conocimientos profundos y de una disposicion poco comun para toda clase de artes y oficios, llegó á ser á la vez arquitecto, carpintero, estatuario y pintor, dotando todas las iglesias de cuadros que eran obra suya, y que habrian podido figurar muy bien en los templos de Europa. Fué nombrado superior general de las misiones de las Amazonas, en las que murió despues de haber pasado cuarenta y dos años entregado á la evangelizacion de aquellos pueblos, el dia 20 de marzo de 1728, mientras estaba dirigiendo á los giberos, tribu que hay junto á la Laguna. «No puedo contener mis lágrimas, escribia el P. Guillermo de Etré, al ver á aquellos buenos indios acudir en tropel para arrojarse sobre el cuerpo de su padre, besar con ternura sus piés y manos, tan flexibles, como si aun estuviese en vida.»

El P. de Etré nació en Francia el año 1668, y fué enviado á aquella parte de la América española en 1708; su primer cuidado al llegar á ella, fué aprender la lengua del *Inga*, ó *quichoa*, por ser la mas generalizada en aquellas tribus ribereñas de las Amazonas. Tan pronto como llegó á poseerla, se encargó de cinco pueblos que habia á lo largo del rio Guallaga, entre los que permaneció siete años, ó sea hasta que fué nombrado superior general y visitador de todas las misiones, que se estendian hasta á mas de mil leguas sobre las dos riberas de las Amazonas, y sobre todos los rios

que del norte al mediodía van á desaguar en aquel gran rio. Con el ausilio de los indígenas, que, además de su dialecto especial, sabian la lengua del Inga, llegó de Estré á traducir á diez y ocho idiomas en forma dialogada la doctrina cristiana, y todo cuanto debia enseñar á los neófitos, fuese al administrarles los sacramentos, ó al disponerles á morir santamente. Entre los compañeros de su apostolado, cita de Etré al P. Luis Coronado, misionero de los payaguas y omaguas, así como tambien al P. Gasner, cura párroco de la poblacion de Archidona y misionero de las dos tribus vecinas, llamadas Tena y Chita, que eran, por decirlo así, la llave de todas las misiones que poseian los jesuitas á lo largo de las Amazonas. Con solo citar un solo acto logró el misionero dar una exacta idea de la obcecacion y crueldad de aquellos indígenas; hé aquí el acto á que nos referimos. Viendo uno de aquellos bárbaros que era su muger muy gruesa, que no podia emplearla ya en ninguna clase de trabajo, y que no sabia además prepararle la comida, la dió muerte, y luego se comió á la pobre muger en compañía de sus amigos, á los que invitó á aquel banquete horrible diciéndoles, que ya que su muger no habia hecho en vida mas que mortificarle, justo era que le procurase un buen dia despues de su muerte. En el año 1727, fué nombrado el P. de Etré rector del colegio de Cuenca, ciudad la mas importante de la provincia, despues de la de Quito; además de la iglesia de los jesuitas, habia en Cuenca las de los Dominicos, franciscanos, agustinos y mercenarios. Murió de Etré en una edad muy avanzada.

Urbano Cerri, al hablar del rio de las Amazonas, dice lo siguiente: «En diferentes épocas fueron enviadas á aquel pais diferentes misiones de capuchinos de la provincia de Valencia, de los Menores Observantes de la provincia de San Antonio de Portugal y algunas de dominicos; pero ignoramos lo que fué de ellas.

CAPÍTULO XXXIV.

Misiones de los dominicos, agustinos descalzos, jesuitas, capuchinos y franciscanos en Nueva-Granada, y especialmente en las riberas del Orinoco.

Por mas que no sea nuestro objeto continuar la historia de las iglesias formadas, y describir las biografías de sus obispos, nos parece sin embargo, deber esceptuar de esta regla al prelado que fué el primero en ocupar la silla de Nueva-Granada, por la influencia que tuvo en la conversion de los indígenas, que eran aun idólatras en la época de su encumbramiento.

Cristóbal de Torres nació en Burgos el año de 1574, y abrazó la órden de Predicadores en el real convento de San Pablo, profiriendo sus votos el dia 28 de marzo de 1590. Profundo teólogo, director ilustrado, y sábio y prudente superior, fué tambien el P. de Torres uno de los mas famosos oradores sagrados de su tiempo, mereciendo que hasta sus mismos émulos le llamasen el Crisóstomo de su siglo. El año 1606 fué llamado á la córte, donde se le dió el título de orador de S. M.; tan elocuente en el púlpito, como lleno de uncion en todos sus tratados de piedad, logró conquistarse Torres una inmortal gloria. En poco tiempo fueron agotadas diferentes ediciones de sus *Panegíricos de los Santos*, publicados en Madrid el año 1627, con motivo de haber hecho poco antes el de Santa Teresa. Su piedad, su elocuencia y su imparcialidad brillaron igualmente en todas las oraciones fúnebres que le fueron confiadas á la muerte de los príncipes, durante su permanencia en Madrid, mereciéndole la confianza y el respeto del soberano y de su córte. Don Cárlos, hermano de Felipe IV, le hizo llamar con motivo de hallarse peligrosamente enfermo, y al que á pesar de estar en el borde del sepulcro, se hacia concebir la esperanza de su curacion; pero el austero dominico desvaneció aquella esperanza engañosa, que le hacia entreveer aun una larga existencia, y recibió su última

confesion y su postrer suspiro el dia 3 de julio de 1632. Tal era el religioso que estaba destinado á llevar la antorcha de la fé á Nueva-Granada, y á fecundizar mas y mas aquel pais fértil, hermoso y templado. Apenas se notaba en él diferencia entre el estío y el invierno, así como tampoco en la duracion de los dias y las noches, casi enteramente iguales por su proximidad al Ecuador. Las ricas minas de oro, las esmeraldas y demás piedras preciosas que habia en él, hicieron resolver á los españoles á establecerse y fortificarse; residian por lo regular en la capital de Santa Fé de Bogotá, en el pueblo de San Miguel, y en las poblaciones de Tocaima, la Trinidad, Tunja, Pamplona, Mérida, Belez, Marequita, Ibagua, Vitoria y San Juan de los Llanos, además de residir tambien en los villorrios de Palma, San Cristóbal, etc. El superior tribunal y el gobernador se hallaban establecidos en Santa Fé, en cuya ciudad habia, además de la catedral, otras varias iglesias bastante regulares y dos hermosos conventos, uno de dominicos y otro de frailes menores. El arzobispo, cuya iglesia metropolitana comprendia todo el reino ó gobierno de Nueva-Granada, tenia por sufragáneos á los obispos de Cartagena, Santa Marta y Popayan. El territorio que los españoles no podian ocupar por falta de colonias numerosas, estaba habitado por los indígenas, llamados panchas y moxos; los primeros, que eran mucho mas salvajes, puede decirse conservaban aun su carácter feroz, al paso que adoptaban los últimos mas fácilmente las costumbres de los españoles, haciendo concebir la esperanza de que llegarian á ser buenos cristianos. D. Bernardino de Almanza, arzobispo de Santa Fé, muerto en el año 1633, tuvo por sucesor á Cristóbal de Torres, nombrado por el Papa á peticion de Felipe IV; y como se considerase necesario en Nueva-Granada la presencia del arzobispo electo, el rey le hizo partir para América, antes de haber llegado sus bulas de Roma, sin que las recibiese hasta Cartagena, ciudad de la América meridional, en la que fué consagrado por el obispo de aquella ciudad, uno de sus sufragáneos. Luego de su consagracion prosiguió su camino, verificando su entrada en Santa Fé de Bogotá el dia 1.º de octubre de 1635, donde encontró tres pueblos distintos, á saber: los españoles, los indígenas ya convertidos al cristianismo y los naturales que eran aun idólatras. La conversion de los últimos y la perseverancia de los segundos, dependieron en gran manera del ejemplo de los españoles, que salvas raras escepciones, procuraron permanecer siempre unidos por exigirlo así su propia seguridad y el interés de la religion. Sin embargo, no dejó de haber por desgracia ciertos desórdenes que entorpecieron algun tanto los progresos de la fé, é hicieron desear á Felipe IV que partiese Cristóbal de Torres sin dilacion para su diócesis. A su llegada, procuró aumentar la armonía y la paz, empleando al efecto su virtud y su talento, mas bien que la autoridad de que se habia querido revestirle; despues de haber acabado de cimentar la union en todas las familias, procuró revivir las prácticas de piedad á fin de edificar á los nuevos cristianos y á los infieles. Encargó á los españoles que fuese siempre su conducta respecto á los indígenas llena de moderacion y de dulzura; y como era Cristóbal de Torres el primero en dar el ejemplo de todas las virtudes, fueron sus instrucciones exactamente cumplidas. Los misioneros que desde mucho tiempo estaban evangelizando á los naturales, al ver á su frente á un hombre tan eminentemente cristiano, se esforzaron mas y mas en llenar debidamente sus santas funciones, y derramó el Señor nuevas bendiciones sobre sus trabajos; así que, no tardó la luz del Evangelio en estenderse á lo lejos por todo el pais de Tierra-Firme, siendo las conversiones mas frecuentes cada dia, hasta entre los panchos, tribu situada al mediodía de las provincias de Bogotá y de Tunja. Desde mucho tiempo habia en pié una cuestion que no podia ser decidida sino en el sitio mismo en que tuvo orígen, y que llevaba divididos los ánimos respecto de la conducta que habia de obser-

varse con los indígenas; consistia aquella en que unos, al ver la ignorancia y estupidez de los indígenas, sostenian que, por mas que pidiesen la gracia del bautismo y que les fuese concedida, no debia sin embargo admitírseles á la participacion de nuestros mas imponentes misterios, concediéndoseles la divina Eucaristía. Todos los arzobispos y obispos de Nueva-Granada habian participado de esta opinion hasta el año 1633; como era cada vez mayor el número de cristianos, merced á las contínuas conversiones que se obraban, fué aquella cuestion empeñándose mas y mas entre los que de tanto tiempo la estaban sosteniendo; Cristóbal de Torres antes de declararse por una ú otra opinion, estudió detenidamente el carácter y comprension de los indígenas, no menos que el cambio obrado en ellos desde que habian recibido el bautismo, y su perseverancia en el bien, lo propio que sus luchas interiores, por continuar en el cumplimiento de sus deberes; y despues de un detenido exámen, le pareció injusta y dura la opinion seguida hasta entonces; sin embargo, alabó la conducta de los que habian obrado de aquel modo, guiados por el deseo de evitar una profanacion; pero no creyó que los ministros de la iglesia pudiesen privar para siempre á un pueblo entero de una gracia que Jesucristo habia dispensado á todos los que creian en él. Con todo, antes de obrar aquel cambio en la disciplina de su iglesia, no quiso el prudente arzobispo fiarse en sus solas luces; sino que en la imposibilidad de convocar un concilio provincial como habria deseado, se dirigió por escrito, á todos los obispos, sus sufragáneos, encargándoles que emitiesen sobre aquel asunto libremente su opinion. Despues de recibida su respuesta, reunió á los teólogos, los misioneros y todos los hombres mas eminentes de su diócesis, y les propuso la misma cuestion, sin disimularles las faltas de los indígenas, y sin hacer resaltar mucho lo bueno que habia encontrado en ellos. Casi unánime fué la opinion de aquellos ilustres varones en favor de las miras del prelado; así pues, se resolvió que todos los nuevos cristianos podian tener participacion en nuestros augustos misterios, siempre que sus directores les juzgasen dignos de aquella gracia. Luego concibió Cristóbal de Torres la generosa idea de fundar una universidad en Santa Fé, bajo el mismo plan de la que Gerónimo de Loaisa, otro arzobispo de la órden de Sto. Domingo, habia fundado en Lima, capital del Perú, por no ocultarse al nuevo arzobispo las inmensas ventajas que habia de reportar de ello todo el reino de Granada. Como eran sus rentas considerables y muy limitado el número de pobres, se vió el arzobispo en estado de consagrar muchos fondos á la fundacion proyectada, hecho lo cual pidió al Papa y al rey de España, no solo permiso para hacer una universidad, si que tambien todos los privilegios que podian contribuir á su esplendor y asegurar su duracion. El rey señaló una renta anual de cinco mil ducados para la dotacion de los profesores; y en su virtud, Cristóbal de Torres, hizo construir un magnífico colegio, al que se dió el nombre de Santa María del Rosario, fundando en él quince cátedras, á saber: cinco de teología, cinco de derecho civil y canónico y otras tantas de bellas artes y medicina. Al propio tiempo llamó á los hombres mas sábios de España, y antes de terminar el año 1651, tuvo ya la satisfaccion de ver á aquellos escelentes profesores al frente de sus respectivas cátedras. Indistintamente, cristianos é idólatras, habian recibido contínuas pruebas de la inagotable caridad del prelado; pero el nuevo monumento debido á su generosidad, fué lo que la hizo resaltar mas y mas á los ojos de todos sus diocesanos; pudiéndose decir que aquel último rasgo fué el que coronó gloriosamente todo cuanto habia hecho el prelado en favor de Santa Fé y de su iglesia. Los sábios reglamentos que el arzobispo formó para su colegio, aumentaron aun la influencia benéfica que necesariamente habia de ejercer un establecimiento de aquella clase; no eran el talento y la instruccion títulos bastantes para alcanzar los grados, y sobre todo para ser admitido

entre los profesores, sino que se exigia además una piedad sólida, y una reputacion sin mancha. Por desgracia no sobrevivió Cristóbal de Torres mucho tiempo al establecimiento ó fundacion de la universidad de Santa Fé; despues de haberse consagrado por espacio de diez y ocho años á instruir, edificar y aumentar su rebaño, murió en 1653, á la avanzada edad de ochenta años. Su nombre y su memoria continúan siendo aun bendecidos en todo el reino de Nueva-Granada.

Bajo la direccion de los obispos que se sucedieron en las sillas de Santa Fé, Santa Marta, Cartagena y Popayan, hubo escelentes misioneros que convirtieron al cristianismo á millares de idólatras; llegando á brillar en aquel reino la luz del Evangelio en toda su pureza. Turon coloca entre los primeros de aquellos hombres apostólicos, á Francisco de Garayta, que ilustró la provincia dominicana de San Antonino, á la cual llegó el año 1614. Nombrado provincial en el de 1630, recorrió una á una todas las comunidades y casas de su órden que habia en las cuatro diócesis, viajando siempre á pié, no obstante el rigor de las estaciones, y reanimando en todas partes el celo por la propagacion de la fé. Dotó á la poblacion de Mompox, situada en las riberas del Magdalena, de una casa dominicana, en la que dejó al P. Estéban Santos para anunciar el verdadero Dios á las tribus idólatras que atraia el comercio; aquel humilde siervo cristiano, que obró un gran número de curaciones milagrosas, murió en Zaragoza la Nueva el dia 29 de setiembre del año 1641. Los dominicos Diego de Valderas y Pedro de Saldanna, contribuyeron á la fundacion de la nueva ciudad conocida bajo el nombre de *Ecce-Homo*, por medio del establecimiento de una pobre casa, en la que solo habia cinco religiosos, encargados de ir á catequizar á los indígenas errantes en las montañas, ú ocultos en los bosques. Murió Valderas el año de 1640, y su compañero Saldanna en el de 1661 Finalmente, harémos mencion del dominico Juan de Pereyra, que cristianizó á diferentes tribus que, creyentes en la apariencia, continuaban adorando en secreto á sus falsos dioses. Confesóle un indígena anciano que, á pesar de asistir á la reunion de los fieles, no habia dejado de frecuentar cada noche lo que los idólatras llamaban el santuario de sus dioses, caverna profunda que habia al pié de una alta montaña, frente al precipicio de Macheta, en el que habia habido poco antes un templo dedicado al supuesto dios de la sementera y la cosecha, coloso de arcilla de repugnantes formas, al que ofrecian sus ciegos sectarios abundantes granos. A semejante aviso, procuró Pereyra apoderarse del ídolo, al que hizo llevar a su casa con todos los granos ó semillas que habia en su altar; vióse con sorpresa que no habia entre tantas semillas ni un solo grano de trigo, y como se preguntase la causa de ello á los idólatras, dijeron que Dios no lo aceptaba, por ser la materia de que se componia el sacramento de la Eucaristía. Despues de haber catequizado á aquellos infelices, dispuso Pereyra que, en prueba de su arrepentimiento de haber adorado una estátua de barro, rompiesen los nuevos penitentes el ídolo y lo arrojasen al rio: la indignacion con que se arrojaron sobre la estátua no dejó duda alguna de que estaban los nuevos cristianos íntimamente convencidos de la impotencia de aquellas divinidades quiméricas. El misionero, autor de su conversion, murió en el año de 1682.

Los agustinos descalzos contribuyeron con los dominicos á disipar las tinieblas de la idolatría en el reino de Nueva-Granada. « El P. Alfonso de La Cruz, agustino descalzo, convirtió ocho mil paganos á la fé cristiana, dice Urbano Cerri; lo que fué causa de que en 7 de agosto del año 1629, fuesen enviados á aquel pais doce religiosos de su órden. El P. Alfonso fué nombrado su superior, con el derecho de ejercer igual cargo en las provincias vecinas; siendo aquella mision aumentada el año 1639 con otros doce religiosos, en virtud de los grandes progresos que habia hecho la fé en aquellos pueblos. »

Apesar de ser todos los religiosos de que acabamos de hablar grandes siervos de Dios, no hubo ninguno entre ellos que pudiese rivalizar con el jesuita Claver que, sin casi salir de Cartagena, fué considerado el apóstol de América. Habiendo sabido Claver que el P. Diego de Farigna iba á sucederle en su ministerio cerca de los negros: « ¡Ah! esclamó, levantando los ojos al cielo, que fausta noticia la de que van á ser bautizados los pobres negros! » Y no obstante su grave enfermedad, se arrastró hasta los piés de su sucesor, besándoselos con el mas profundo respeto. El amigo, el padre de los negros entregó el alma á su Creador el año 1654; patentizando diferentes milagros, la gloria eterna á que acababa de ser llamado el apóstol cristiano; hasta se dignó Dios concederle la incorruptibilidad de su cadáver como al gran Francisco Javier, á fin de que fuesen tributados sin duda al apóstol de las Indias occidentales los mismos honores que tributó el mundo cristiano al apóstol de las Indias orientales. La Compañía de Jesus, tan solícita para los negros importados de Africa al reino de Nueva-Granada, atendió tambien con paternal cuidado á la salvacion de los indígenas de este último pais; procurando siempre todos sus misioneros, distribuidos en varios puntos de aquel reino, convertirles con celo infatigable.

Además de los hijos de Sto. Domingo, S. Agustin y S. Ignacio, tuvo tambien el reino de Nueva-Granada por apóstoles á los de S. Francisco. Urbano Cerri dice, que los capuchinos de Aragon evangelizaron á Venezuela, bajo la direccion del P. Francisco de Pamplona, que se dirigieron despues á Andalucía la Nueva, junto al Orinoco; que penetraron despues en Cumana, y, que por su mediacion, abrazaron el cristianismo los jefes de cinco tribus, dirigiendo sus cartas de sumision al papa Clemente XI, por medio del P. José de Caravantes. Segun la relacion hecha por este religioso, fué confirmada la mision de su órden por un decreto especial del año 1667, disposicion ó medida tanto mas justa y merecida, cuanto que el P. Agustin Villabano, habia pagado el año anterior con su vida la gloria de predicar el nombre de Jesucristo á los infieles de aquellas regiones.

En la época en que el capuchino Caravantes se dedicaba á la conversion de los pueblos situados al oeste del Orinoco, los jesuitas Ignacio de Llauri y Julian de Vergara, no contentos con los frutos espirituales que acababan de recoger en San José de Oruna en la isla de la Trinidad, intentaron regenerar á los habitantes de la Guyana, que habia al este del rio, en cuyos pueblos fundaron cinco iglesias. Cuando los corsarios devastaron aquel pais, al poco tiempo de haberse instalado en él los dos misioneros, el P. de Llauri murió de hambre; su compañero, despues de haber confiado los neófitos á un dominico y á un agustino, se dirigió á las misiones de Casanara. Algun tiempo despues, los capuchinos catalanes se encargaron de la Nueva-Guyana, en la que no volvieron á aparecer ya mas los jesuitas, por haber continuado ejerciendo su apostolado en las dos riberas del Orinoco.

Los caribes de las costas, enemigos acérrimos de las misiones, asesinaron en los años 1684 y 1693 á los apóstoles del Orinoco, jurando no parar hasta dar muerte á todos los que quedaban y destruir sus colonias; con todo, los jesuitas restablecieron las cristiandades saqueadas y formaron otras nuevas. Fieles empero los caribes á su terrible juramento, volvieron á atacarlas en el año 1733 con mas encarnizamiento que nunca; entregaron á las llamas la iglesia de Ntra. Sra. de los Angeles, en la tribu de los salivas, la de San José en la de los otomacos; y cuando creyeron haber dado ya el golpe de gracia á todos los establecimientos de los jesuitas, se arrojaron sobre la colonia de Mamos, que los franciscanos de Piritu acababan de fundar junto á la ciudad de Guaya. « El P. Andrés Lopez estaba en el altar terminando la misa, dice Gumilla, cuando teniendo noticia del combate que acababa de empeñarse en la plaza, se quitó los hábitos sacerdotales, tomó un crucifijo, y fué con reso-

lucion á escitar al pueblo á la defensa. Sin límites fué la serenidad del misionero durante la lucha; habia recibido ya un balazo en la pierna y continuaba exhortando aun á sus ovejas con mas ardor que nunca, cuando un caribe le dió un sablazo diciendole: «Calla, y no pierdas el tiempo predicando.» Como cayese el apóstol á la violencia del golpe, se dispersaron sus ovejas buscando su salvacion en la fuga: despues que los caribes hubieron saqueado la tribu, se arrojaron sobre el misionero á fin de apoderarse de cuanto llevaba, encontrándole vivo, con el crucifijo en la mano, y orando por la conversion de sus mismos asesinos. Descargáronle entonces un nuevo golpe en la cabeza, y sin aguardar á que exhalase su postrer suspiro, le despojaron, le colgaron de un árbol y encendieron la hoguera que debia consumirle, á no haber respetado el elemento voraz el cuerpo del mártir. A los ocho dias fué hallado su cadáver, siendo probable que el alma que antes le animára, purificada en las llamas del amor de Dios y del prójimo, subiera triunfante al cielo.» Durante el pontificado de Benedicto XIII que terminó en el año 1730, Nicolás de Labrid, canónigo de Lion, y otros tres sacerdotes que habian ido á Roma para pedir al Pontífice que les destinase en calidad de misioneros al pais que creyese necesario, fueron nombrados obispos para regir diócesis establecidas en las cuatro partes del mundo. Los paises del Orinoco fueron confiados al citado Labrid, que se trasladó á ellos; y mientras iban á espedirse sus bulas y el permiso de S. M. católica, resolvió dirigirse á Cayena para aguardar allí las bulas de Su Santidad. Cuando llegó el prelado al rio de Aquire, recibiéronle los salvajes con los brazos abiertos, para mejor ocultar su traicion; pero á los pocos dias asesinaron dos sacerdotes de su comitiva, y decapitaron á Labrid de un sablazo. Luego se apoderaron de los ornamentos y rompieron un crucifijo de marfil y un altar que habia sido consagrado por el Papa; los cuerpos del prelado y de sus compañeros, fueron sepultados en la iglesia de San José de Oruna.

CAPÍTULO XXXV.

Misiones de los capuchinos, felipinos y jesuitas en el Brasil.

Los mismos esfuerzos que hemos visto hacer en la América española, cuya historia acabamos de trazar, se hacian tambien por propagar el cristianismo en la América portuguesa, ó sea el Brasil, donde se vió aparecer la aurora de la civilizacion bajo los auspicios de los hijos de San Francisco y San Ignacio.

Hé aquí lo que dice Urbano Cerri acerca de aquella vasta region que confina con las Amazonas por la parte del norte, y con el Rio de la Plata por el mediodía, ocupando una estension de quinientas leguas sobre doscientas de latitud. «Fueron los portugueses dueños del Brasil durante la dominacion de sus reyes; pero cuando pasó la corona de Portugal á las sienes del rey Católico, continuaron los holandeses con obstinacion la guerra emprendida contra aquel príncipe, é intentaron además, alentados por algunos judíos que hacian su comercio en el Brasil, emprender su conquista. Como las tropas españolas tenian que sostener á la sazon varias guerras, lograron los holandeses fácilmente su objeto; dieron desde luego la libertad de cultos, pero como solo contribuyese aquel nuevo gérmen de discordia á dividir mas los ánimos, por mas que hubiese sido al principio una de las causas que facilitaron la conquista del pais, vióse el gobierno holandés en la precision de adoptar severas medidas, que dieron por resultado una sublevacion general, que acabó por arrojar á los holandeses del Brasil. En vano enviaron los holandases una nueva flota para apoderarse nuevamente del pais sublevado, en vano procuraron halagar de nuevo á sus habitantes, que nunca olvidaron su dominacion despótica, pues fueron rechazados en todos los encuentros: quedó el Brasil desde entonces en poder de los portugueses. Solo habia una diócesis en Todos los Santos, que fué erigida en arzobispado por Inocencio XI, en la que residia

la mision de capuchinos franceses que fué fundada en Bretaña el año 1634. Algunos religiosos que se dirigian á Guinea, y que se habian detenido algun tiempo en la isla de Santo Tomás, fueron presos por los holandeses cuando se apoderaron de ella, y trasladados con los portugueses á Olinda, cuya posesion reconquistó el rey de Portugal. Grande era la confusion que reinaba á su llegada á Olinda en materias religiosas, no solo á causa de los judíos, si que tambien con motivo de los hereges, que habian desterrado á los sacerdotes católicos, y al objeto de introducir mas fácilmente las doctrinas de Calvino, se casaban con las jóvenes portuguesas, contra la voluntad de sus padres. Los capuchinos se opusieron tenazmente á ello, llegando á ser al poco tiempo su oposicion tan eficaz, que hasta lograron sublevar al pais y hacer arrojar á los holandeses de Recife, por cuyo medio pasó aquella parte del Brasil nuevamente bajo la dominacion del rey de Portugal. Hubo en aquella ocasion un lego capuchino que se distinguió en gran manera; además, estaba muy impuesto en el arte de la guerra, é indicó á los portugueses los medios de que debian valerse para tomar el fuerte; por lo que puede decirse que el restablecimiento de la fé en el Brasil, fué debido á los religiosos capuchinos. En justo reconocimiento, les cedieron los portugueses una casa en Recife, que les sirvió de residencia; otra en Olinda y una tambien en Rio Janeiro; y Juan IV, rey de Portugal, les cedió un hospicio en Lisboa. No solo instruian aquellos religiosos á los naturales, si que tambien á los negros de Guinea y Etiopía, que se encontraban en gran número en el Brasil; aquella mision que en el año 1664 estaba limitada á Fernambuco, se estendió luego por todo el Brasil, llegando á los pocos años algunos de sus misioneros hasta ciento veinte millas de Recife, al través de paises montañosos y desiertos, en los que encontraron espesos bosques y un gran número de salvages que vivian en ellos como bestias. Las poblaciones de Olinda y Fernambuco fueron erigidas en diócesis, debiendo ser sus obispos propuestos por el rey de Portugal y ser sufragáneos del arzobispo de la Bahía de Todos los Santos. Luego fué fundada en la ciudad de Olinda una congregacion de sacerdotes bajo la regla de San Felipe Neri; debiendo aquella nueva institucion consagrarse á la evangelizacion de los infieles, segun los poderes que al efecto le fueron conferidos por la Congregacion de *Propaganda Fide.* Las provincias de Rio Janeiro, situadas en la parte meridional del Brasil, hácia el Rio de la Plata, pertenecian en otro tiempo á la diócesis de la Bahía de Todos los Santos; pero fueron separadas despues, por las tres razones espuestas en el breve de Gregorio XIII de 19 de julio del año 1575. Creyóse conveniente establecer en aquellas provincias un vicario, con el título de Administrador de Rio Janeiro, por estenderse aquel pais hasta novecientas millas de la ciudad de Todos los Santos, en la que residia el obispo del Brasil. Aquel vicario apostólico, tuvo jurisdiccion episcopal, escepto las funciones pertenecientes al obispo; habiendo sido elegido aquel dignatario eclesiástico por el rey de Portugal, sin la aprobacion de la Santa Sede. Cuando aquel pais estaba bajo la dominacion del rey Católico, se pidió á la Santa Sede que se erigiese en él un obispado, por considerarse ya en aquella época enteramente indispensable, ya para atender á las necesidades espirituales del pais, ya para la ordenacion de los sacerdotes. A Vuestra Santidad estaba reservada la gloria de atender á ellas, creando un obispado en la ciudad de San Sebastian (Rio Janeiro). »

Es muy raro que en la relacion trascrita, Urbano Cerri no mentase siquiera á los jesuitas, cuando habria debido recordar que salieron incesantemente de sus colegios de Fernambuco, Bahía, Rio Janeiro y otros puntos, numerosos misioneros en busca de los indígenas errantes, para hacerles entrar en la vida social y cristiana; y que, como civilizadores desinteresados, solo aspiraban á que por toda recompensa á su abnegacion se respetase la libertad de sus queridos neófitos. Habria debido

al menos consagrarse un recuerdo á la accion civilizadora de la Compañía de Jesus en la isla de Maranhao, tomada á los franceses en el año 1614, y en la parte del continente que de aquella isla se prolonga hasta Santa María de Belen, poblacion fundada el año 1616 en la orilla de la segunda boca de las Amazonas.

Los PP. Manuel Gomez y Didacio Nuñez, fueron los primeros en ser enviados desde Fernambuco á aquel pais, en el momento en que pasó este al dominio de Portugal; siete años despues los PP. Luis de Figueira y Benito Amodei, á su vez se presentaron en aquellas regiones, con desagrado de los que, especulando en el trabajo de los indígenas, sabian que los jesuitas defenderian con ardor la causa de la independencia de los indígenas. La invasion que verificaron los holandeses en la isla de Maranhao el dia 24 de noviembre del año 1641, destruyó hasta los signos de la religion católica; ante el peligro que tan de cerca amenazaba á la fé, dirigieron los PP. Benito Amodei y de Cuto el movimiento del 20 de febrero del año 1644, que obligó á los invasores á retirarse de la naciente colonia. El gobernador Tejeira de Mello no pudo menos de hacer público en 14 de mayo del año 1647, que solo á los dos misioneros era debido el alzamiento glorioso que habia arrojado á los hereges de aquella isla; los jesuitas, por toda recompensa, pidieron la abolicion de la esclavitud, que alcanzaron ya el año 1602 en el Brasil, y que les fué tambien entonces concedida respecto de Maranhao y las Amazonas, por haberse dignado el rey de Portugal acceder en el año 1652 á lo que la humanidad y la civilizacion reclamaban. El dia 16 de enero del año siguiente, salió de Lisboa para ir á recorrer las nuevas misiones en calidad de visitador, y vencer cuantas dificultades se oponian en ellas á los progresos de la fé, el P. Antonio Vieira, orador famoso, jurisconsulto célebre y uno de los políticos mas hábiles de Portugal. Por mas que todos los especuladores se declaren contra él á su llegada, dá el hombre apostólico comienzo á su obra de conciliacion; y secundado por los PP. Juan Paira, Gonzalo Veras, Pedro Monteira, Bernardo Almeida, Juan María de Dominis y el irlandés Ricardo Curew, procura á numerosas tribus las dulzuras de la vida social y cristiana. Veinte y cuatro eran los jesuitas, entre los que habia quince sacerdotes, que trabajaban el año 1659 en aquella mision, dividida en las cuatro colonias de Scara, Maranhao, Para y las Amazonas; en aquellas colonias, escalonadas por decirlo así en una costa que tenia mas de cuatrocientas leguas, tenian los jesuitas diferentes residencias, á las que iban á reunirse en grupos los indígenas, á medida que eran regenerados.

Tenia aquella mision un carácter particular y un doble objeto, que el P. Antonio Vieira precisa en estos términos en una carta que escribió al rey, fechada el 11 de febrero del año 1660: «Se vá regularmente á las otras misiones, al objeto de salvar las almas de los indígenas, mientras se procura salvar aquí las de los naturales y los portugueses; es la mayor falta de estos, la servidumbre que imponen á los indígenas, cogidos ó comprados en los rios. Vuestra Magestad ya ha remediado en lo posible aquel acto odioso, encargando á los misioneros de la Compañía que reconozcan y rescaten los esclavos; solo falta ahora para acabar enteramente con semejante abuso, vencer algunos obstáculos que se oponen á la accion benéfica de los misioneros.» El P. Francisco Velloso redimió seiscientos esclavos, haciendo recobrar su libertad á un número igual el P. Francisco Gonzalez.

Hay en la embocadura de las Amazonas la isla de Marajo, la mayor que hay en todo el rio; tiene como unas treinta leguas de sud á norte, y cuarenta de este á oeste. Sus habitantes, los nengahibos, que fueron sordos en el año 1655 á la predicacion de los PP. Juan Sotomayor y del Valle, van á ser dominados ahora por la fuerza de las armas, por temor de que secunden los planes de los holandeses. Con efecto, se habian hecho ya todos los aprestos necesarios para sojuzgar á los nen-

gahybos, cuando el P. Antonio Vieira se empeñó en reducirles con las solas armas del Evangelio; por lograrlo, se dirigió á sus jefes prometiéndoles que seria su libertad respetada, y en efecto, acudieron enseguida siete de ellos al colegio de los jesuitas en el año 1659, diciendo que se ofrecian en rehenes á los europeos, porque nada temian desde el momento que tenian á su lado al virtuoso Padre, del que querian ser los hijos mas sumisos. Propúsoles entonces Vieira acompañarles nuevamente á su isla, pero ellos contestaron que habiendo vivido hasta aquel dia en los bosques y debajo de los árboles como los animales, necesitaban algun tiempo para formar una aldea, y que tan pronto como hubiesen construido algunas casas y una iglesia, irian á buscarle en tropel, pues ya podrian recibirle entonces mas dignamente. El dia 15 de agosto del año 1659, se embarcó al fin Vieira para dirigirse á su tribu amada, celebrándose ya á su llegada el santo sacrificio en la nueva iglesia; terminado este, dirigió el sacerdote un discurso á los nengahybos, en el que les hizo presente sus deberes como cristianos y como súbditos del rey de Portugal; á su voz cada jefe se dirigió al altar, arrojó su arco y sus flechas á los piés del misionero, y levantando las manos al cielo hizo esta formal promesa. «Yo, jefe de mi nacion, en mi nombre y en el de todos mis súbditos y descendientes, prometo á Dios y al rey de Portugal abrazar la fé de Jesucristo; prometo así mismo, ser, como lo soy ya desde este dia, súbdito de Su Magestad, y estar en paz perpétua con todos los portugueses, siendo amigo de sus amigos, y enemigo de los que son sus contrarios.» Todas las demás tribus ribereñas de las Amazonas, se adhirieron sucesivamente al tratado hecho con los nengahibos. «Véase, escribió Vieira al rey de Portugal, como dos pobres misioneros de la Compañía de Jesus con dos cartas han hecho entrar bajo el dominio de Vuestra Magestad á pueblos formidables, que los gobernadores no habian podido sojuzgar en veinte años por medio de las armas y de todos los demás elementos de que podian disponer. Señor, creed que Dios lo ha dispuesto así, para hacer ver á los ministros de Vuestra Magestad, que el mejor medio para sostener y aumentar los dominios portugueses es la ley del Evangelio; y que en interés de la propagacion de la fé instituyó Dios la monarquía portuguesa, elevándola al alto grado de esplendor y gloria en que se encuentra.» Como era cada vez mayor el empeño con que procuraban los jesuitas defender la libertad de sus catecúmenos, se declararon abiertamente contra ellos todos cuantos se dedicaban al tráfico de los esclavos; así que, resueltos á dar el último golpe á los generosos defensores de los americanos, procedieron en el mes de enero de 1661 al arresto del P. Vieira y de sus compañeros; viendo la ciudad de Lisboa desembarcar á aquellos mártires de la caridad y el celo apostólico el dia 6 de enero del año 1662, mientras que los indígenas abandonaban las poblaciones construidas en las riberas de las Amazonas, para ir á ocultar en sus antiguos bosques el tesoro de la fé. Pero como conociese Alfonso VI la injusticia de que habian sido víctimas Vieira y sus hermanos, mandó que volviesen inmediatamente á los paises de que habian sido espulsados, á fin de que continuasen en ellos la obra regeneradora que se habian visto obligados á interrumpir. Todas las cosas tomaron ya desde el primer dia de su llegada un nuevo aspecto; pero como careciesen en breve de operarios evangélicos, vióse obligado el P. Luis Figueira á dirigirse á Europa por procurárselos; teniendo Figueira la desgracia de ser asesinado á su regreso por los amani en la embocadura de las Amazonas, junto con los doce religiosos que le acompañaban, procedentes de Europa. Sin embargo, continuaba Vieira ensanchando cada dia el campo de la mision, puesto que los fieles, colonizados bajo un plan conforme á la estraordinaria fecundidad del pais, llamaban sin cesar á sus hermanos de las montañas ó de las islas vecinas, para que fuesen á gozar de su dicha en la vida comun á la protec-

tora sombra de la cruz. Despues de la muerte de Vieira, siguieron sus hermanos tan fielmente sus huellas, que hasta el P. Manuel Priey, privado de la vista, fué, cual otro Tobías, el ángel de aquellas regiones; hé aquí lo que con motivo de su ardiente celo escribia el P. Bettendorsi, superior de aquella mision, al P. Oliva, general de la Compañía de Jesus, el año 1678: «En estas misiones, los ciegos ven, los cojos andan y los pobres evangelizan.» El P. Luis Consasvi escribia tambien al general nombrándole los puntos que se habian visto obligados á abandonar los misioneros, y terminaba su carta de esta manera: «En lugar de escribir deberia mas bien llorar por la triste suerte de mas de un millon de almas que se pierden por falta de operarios. Además de los pueblos indicados en mi carta, lograríamos descubrir y atraer á otros muchos, si éramos en bastante número para penetrar en el interior del pais, que tanto desea tener apóstoles que le instruyan en la fé.»

El dia 31 de marzo de 1680 dió el rey Pedro II una nueva ley prohibiendo á los portugueses, bajo severas penas, el reducir los indígenas á esclavitud; tambien mandó el mismo príncipe que las misiones de Maranhao y de las Amazonas fuesen confiadas esclusivamente á los jesuitas. Convencidos los ambiciosos traficantes en carne humana, de que eran las quejas de los hijos de S. Ignacio las que habian dado orígen á aquellos dos decretos, repitieron contra ellos el atentado del año 1661, é hicieron sufrir á los jesuitas un duro cautiverio, arrojándoles de aquel pais en el año de 1684; pero no quedaron esta vez impunes semejantes violencias. Gomez Freire de Andrada, que fué enviado á Maranhao en calidad de comisario, reconoció la inocencia de los religiosos; y en virtud del informe que dirigió al rey, no solo fueron los jesuitas restituidos á sus misiones, sino que se les confirió además la administracion temporal y el gobierno espiritual de las mismas. En el año 1730, empezaron los mercaderes de esclavos á dirigirse nuevamente contra los jesuitas, enviando á la córte á Pablo de Sylva Nuñez, en cuya época el rey Juan V, á instancias de los protectores que el comercio inícuo de los esclavos encontró en Lisboa, envió el 16 de abril de 1734 á Francisco Eduardo Dos Santos á la isla de Maranhao, á fin de que se informase de si eran ó no fundadas las quejas dirigidas contra los hijos de S. Ignacio. Como era Dos Santos un juez ilustrado é íntegro, no tardó en distinguir la verdad de la mentira. «La execrable inhumanidad con que los indios han sido reducidos á la esclavitud, decia en su relacion al rey, ha llegado á generalizarse de tal modo en este pais, que es considerado como un acto de virtud. Todo cuanto se hace y dice contra esta bárbara costumbre, es inmediatamente refutado; por esto los religiosos de la Compañía de Jesus, en cuya caridad encuentran aquellos desgraciados siempre un apoyo, son odiados por todos los hombres impíos que se dedican á aquel infame tráfico.» Semejante informe, y la resolucion tomada en su virtud por el consejo del almirantazgo el dia 23 de noviembre del año 1736, hicieron triunfar á los jesuitas de las calumnias de sus enemigos.

Pero no tardó en formarse nuevamente sobre ellos una tempestad aun mas terrible; siendo arrojados á la vez de sus misiones del Brasil, Maranhao y las Amazonas, y embarcados sin provisiones ni recursos en el primer buque que se dirigió á la metrópoli.

CAPÍTULO XXXVI.

Apostolado de los jesuitas, recoletos, capuchinos, sulpicianos y sacerdotes del Seminario de las Misiones-Estranjeras en el Canadá y la Luisiania.

Despues de las Américas española y portuguesa, debe llamar nuestra atencion la América francesa, y particularmente el Canadá.

Enrique de Levi, duque de Ventadour, propuso al mariscal de Montmorency, su tio, que aceptase el vireinato de la Nueva-Francia, al objeto de que se lograse mas fácilmente la conversion de los indígenas. Como eran los jesuitas sus directores, creyó que nadie mejor

que ellos podia realizar su proyecto, tanto mas, cuanto que los recoletos, reconociendo su insuficiencia, le habian hablado en el mismo sentido. En su virtud, los PP. Cárlos Lallemant, Enemundo Massé y Juan de Brebeuf, partieron para Quebec en el año 1625, con el recoleto José de Daillon, y hácia cuyo punto se dirigieron tambien al año siguiente los PP. Filiberto Noyrot, de Noue, y un hermano coadjutor. Hasta el año 1632 estuvieron aquellos religiosos preparando los medios para establecer el cristianismo entre los indígenas, antes de dar comienzo á la obra santa que tan profundo conocimiento exigia en la lengua, las costumbres y las creencias del pais. Como las intrigas de los calvinistas del Canadá favorecian los planes ambiciosos que abrigaban los ingleses acerca de aquella region, prohibió Luis XIII á los protestantes dirigirse á ella; además, creyendo la Compañía formada para colonizar la Nueva-Francia que, mas bien que de utilidad, servirian los religiosos mendicantes de carga á una colonia naciente, se resolvió no admitir, al menos por algun tiempo, á los recoletos en ella, por lo que recayó todo el peso del apostolado sobre los jesuitas. No tardó en crecer empero bajo su direccion un pueblo verdaderamente cristiano, en el que reinaban la pureza y sencillez de los primitivos siglos de la iglesia.

Los jesuitas comprendieron que fijando el centro de su apostolado en el pueblo ó tribu de los hurones, les seria mas fácil hacer irradiar desde ella la luz del Evangelio sobre todas las tribus vecinas; así que, fijaron los PP. de Brebeuf, Daniel y Davost la primera mision en Joubatiri, donde lograron en breve construir una iglesia bajo la advocacion de *San José*, cuyo nombre tomó despues la tribu. Al propio tiempo tomaron los jesuitas posesion del punto de Tres Rios, muy frecuentado ya á la sazon por todos los pueblos septentrionales, y desde el cual pudieron tambien fácilmente atraerse á los montañeses y algonquinos. La tribu de los hurones, á pesar de ser la mas tenaz y supersticiosa, fué la mas fiel á la verdad católica, tan pronto como llegó á convencerse de ella; los algonquinos, por el contrario, fueron en un principio mucho mas dóciles, pero despues menos perseverantes. Por fin, se logró fundar en Quebec un colegio para los jóvenes indígenas; el marqués de Gamaches, cuyo hijo, Renato de Rouault, se habia hecho jesuita, dió para aquella fundacion, realizada á fines del año 1635, la suma de seis mil escudos. Samuel de Champlain, verdadero padre de la Nueva-Francia, murió aquel mismo año; sucediéndole en el gobierno del Canadá Mr. de Montmagny. Como si dijese á los salvajes que indicaba el nombre del nuevo gobernador *gran montaña*, ó sea en su idioma *Onontbio*, cuya palabra tiene una gran significacion, fué desde entonces considerado el rey de Francia por ellos como el gran Onontbio, y cuyo poder, gloria y riquezas eran incalculables. Inmensa fué la caridad que escitaron en Paris las relaciones y cartas de los misioneros á favor de aquella iglesia naciente; sin que nadie empero igualase en generosidad y desprendimiento á la duquesa de Aiguillon y al comendador de Sillery. Fundó la primera un hospital en Quebec; y, no menos generoso el comendador por su parte, formó en el Canadá una poblacion que solo podian habitar los salvajes cristianos, ó que estuviesen dispuestos á serlo; esta poblacion levantada á una legua de Quebec, lleva aun el nombre de Sillery. Otro de los establecimientos que produjo en Quebec mejores resultados, fué el del convento de las Ursulinas para la educacion de las jóvenes; madama de La Peltrie, viuda de Normandía, consagró su fortuna á aquella obra piadosa en el año 1639; y condujo al Canadá, junto con las hospitalarias de la duquesa de Aiguillon, tres ursulinas, entre las que habia María Guyart, que tan célebre fué despues bajo el nombre de María de la Encarnacion (1). El piadoso Dauver-

(1) Unicamente la religion cristiana podia infundir el heroismo de que necesitaban aquellas nobles damas para desprenderse de su fortuna, abandonar su rango y su patria y esponerse á los inminentes peligros de una larga navegacion, solo por ir á enjugar las lágrimas de unos pobres salvajes en las regiones del

siere, intendente general de los dominicos de La Fleche, resolvió hacer en mayor escala lo que se habia hecho en Sillery, a cuyo objeto pidió y obtuvo del rey la isla de Montreal, situada en el rio San Lorenzo, á sesenta leguas de Quebec. Despues de haber comunicado su designio al abate Olier, formó una sociedad bajo el nombre de Montreal, bajo la proteccion del cardenal de Richelieu; habiendo sido Mr. de Maisonneuve, uno de los sócios, nombrado gobernador de aquella isla, condujo á ella la primera colonia en el año 1641, de la que formaba parte Juana Manse, piadosa jóven de Langres, que queria consagrarse al cuidado de los enfermos del hospital que iba á construirse. Tal fué el orígen de la ciudad conocida bajo el nombre de Villamaría ó Montreal (Pl. CXVI, n.º 1).

Al ver los ingleses y holandeses la prosperidad de la colonia francesa, procuraban aumentar el ódio de los iroqueses contra las tribus que se unian á la Francia; confina el pais de los iroqueses por el norte con el lago del Santísimo Sacramento y el rio San Lorenzo, por mediodía con el Ohio, la Pensilvania y Nueva-York, por oriente con el lago Erie y por occidente con el lago Ontario (Pl. CXVI, n.º 2). Estaban divididos en cinco tribus, á saber: los tsonnontuanes, goyoguanos, onnontagos ó iroqueses superiores, los agnios y los onnejutos, ó iroqueses inferiores; tenian la costumbre de decir todas ellas, por indicar su union, que no componian mas que una sola *cabaña iroquesa*. Adoradores del sol, el fuego de sus hogares hacia en los iroqueses las veces de altar; ante él celebraban sus matrimonios, aunque sin gran solemnidad. La esposa aguardaba en su cabaña al esposo, que se dirigia á ella al caer la tarde, acompañado de todos sus parientes; así que se habia sentado frente al hogar, le presentaba ella en un plato una torta de maiz, se sentaba en silencio á su lado y le volvia un poco la espalda, envolviéndose por modestia en una especie de manto que llevaba; (Pl. LXII, n.º 1), luego se retiraba en el interior de la cabaña: hé ahí en lo que consistian todas las ceremonias practicadas en los casamientos. El aparato y la magnificencia estaban tan solo reservados entre los iroqueses para los funerales, por ser el respeto á los difuntos y el recuerdo de los antepasados, la principal virtud de aquellos salvajes; tenian sus sepulturas una forma circular; y despues de haber pringado el cuerpo del difunto, le bajaban al sepulcro envuelto en su hamaca; guardando el cadáver la postura de un hombre sentado, con una pierna sobre otra, y con la cabeza inclinada sobre sus rodillas (Pl. LXII, n.º 2). Idólatras obstinados, hicieron los iroqueses una guerra tanto mas cruel á los hurones, cuanto que habian abandonado estos sus prácticas supersticiosas para abrazar el cristianismo; por esto apenas la iglesia hurona, cultivada á costa de tantas fatigas, empezaba á producir ópimos frutos de salvacion, sufrió la muerte de sus pastores y la dispersion de sus ovejas. En el año 1642, los iroqueses sorprendieron á los pirogos que acompañaban desde Quebec al P. Isaac, Jogues y su escolta; y despues de haber dado muerte al francés Guillermo Couture, se arrojaron con furor sobre el misionero, el cual, como viviese aun despues de haberle apedreado, le arrancaron las uñas de las manos y le cortaron á mordiscos los dos índices. El francés Renato Goupil fué tambien tratado con la misma crueldad; Jogues, que habria podido escaparse, prefirió utilizar su cautiverio en favor de los mismos iroqueses; por último, Renato Goupil, al que vió un anciano trazar la señal de la cruz en la frente de un niño, fué mártir de un hachazo. Iba el mismo Jogues á ser condenado á las llamas, cuando un oficial holandés le salvó la vida; pasando luego á

Nuevo-Mundo. Verdaderos ángeles del Señor en la tierra, nadie mejor que ellas podia llevar la esperanza y el consuelo tan necesarios á los infelices cuyas penas iban á adormecer con el solo roce de sus blancas alas. ¿Qué les importaba separarse de un mundo del que eran su mas bello adorno, si en cambio de las mentidas felicidades que podia aquel mundo ofrecerles, iban á procurarse la única y verdadera dicha que siente el alma en la práctica de la mas sublime de todas las virtudes, en el ejercicio de la caridad? Tanto la noble duquesa de Aiguillon como la ilustre condesa de Peltrie, estuvieron asociadas constantemente á todas las grandes obras de su tiempo. (Nota del Trad.)

Francia, donde la reina madre recibió con veneracion profunda al confesor de la fé. El Papa, al que pidió le permitiese celebrar á pesar de la mutilacion de sus manos, le contestó que seria injusto negar á un mártir de Jesucristo el permiso de beber la sangre de su Maestro divino. Algun tiempo despues voló Jogues al Canadá, donde parecia haber dispuesto Dios que muriesen los hurones al hierro y al fuego de los iroqueses, sin duda por ser la persecucion en todas las iglesias nacientes, el fuego santo que purifica, la semilla fecunda que produce numerosos y buenos cristianos. Tres años hacia que los misioneros de los hurones no habian recibido socorro alguno de Quebec, de modo que hasta sus hábitos estaban ya hechos girones; faltos tambien de vino para celebrar, iban á buscar al campo uvas silvestres por procurárselo. En tal apuro, partió el P. Francisco José Bressani el año 1644, al objeto de llevar algunos recursos á sus hermanos, pero cayó en poder de los iroqueses, quienes despues de haberle hecho sufrir todos los tormentos imaginables lo vendieron á los holandeses que, al ver su triste estado le hicieron embarcar para Europa. Pero no tardó el generoso atleta de Jesucristo en presentarse de nuevo al pais de los hurones, pidiendo al propio tiempo ser destinado á las misiones de los iroqueses, por los que hizo además una cuesta, á fin de enseñarles el modo con que sabe el cristianismo vengarse de sus verdugos. El P. Jogues, que habia sido el primero en sembrar la palabra divina entre los iroqueses durante su cautiverio, no pensó mas que en la dicha de regar con su sangre una tierra que, podia fecundizada producir muchos santos; así es que se dirigió á ella en compañía del francés La Lande; pero el dia 16 de octubre de 1646, rodaron sus cabezas bajo el hacha del verdugo, siendo sus dos cuerpos arrojados al rio. Mientras que los iroqueses evitaban con su barbarie los efectos de la gracia que les dispensaba el cielo, el pueblo abnakise, situado en aquella parte meridional de la Nueva-Francia, que se estendia desde Pentagoet hasta la Nueva-Inglaterra, se presenta voluntariamente á aumentar el número de los fieles. Los capuchinos que servian de limosneros en la costa, y que tenian una casa en Pentagoet y un hospital en las orillas del Kinibequi, iban á dirigirse á Quebec para pedir á los jesuitas que fuesen á cultivar un pais que estaba tan dispuesto á recibir la semilla evangélica, cuando la llegada del P. Dreuillettes realizó sus vivos deseos. Entre tanto, continuaban los iroqueses entregados á sus actos vandálicos; la tribu de San José, que era la primera en que los jesuitas habian levantado el lábaro santo de la cruz, fué invadida por aquellos bárbaros el dia 4 de julio de 1648. El P. Antonio Daniel, por dar tiempo á los hurones para huir á los bosques vecinos, salió al encuentro de sus enemigos, que se pararon asombrados al ver tanta serenidad en un hombre que no contaba con mas armas que su crucifijo; pero luego rodearon al siervo de Dios, le ataron de piés y manos, y no pararon hasta asaetearle. En breve tuvieron los PP. Jogues y Daniel dignos imitadores, que dieron á los salvages una alta idea de su celo y su constancia, sin que por esto lograsen aun hacerles renunciar á su barbarie. En 16 de marzo del año 1649, cayeron los iroqueses sobre las tribus de San Ignacio y San Luis, en las que habia por pastores los PP. Juan de Breveuf y Juan Lallemant; cortaron al primero el labio inferior y el estremo de la nariz para impedirle de continuar exhortando á sus neófitos. Envuelto el P. Lallemant en una corteza de abeto, que debia ser en breve presa de las llamas, fué á arrojarse á los piés de su compañero y besó respetuosamente sus heridas; pegaron entonces sus verdugos fuego á su túnica de corteza y en medio de las esclamaciones que le arrancaba el dolor, martirizaron nuevamente á Breveuf, sin que por esto lograsen vencer la constancia de los dos apóstoles. Resueltos los verdugos á emplear cuantos tormentos les sugiriera su crueldad, arrojaron, á instancias de un apóstata, agua herviente á la cabeza de los dos misioneros, en castigo,

decian, del agua fria que ellos habian derramado sobre la cabeza de los indígenas, causando por aquel medio todas sus desgracias. Luego diciendo que la carne de los franceses debia ser muy sabrosa, cortaron grandes pedazos de la de los mártires y se la comieron en su presencia; uniendo luego la burla á la crueldad, «nos asegurabas, poco ha, dijeron á Brebeuf, que cuanto mas se sufre en la tierra mas dichoso se es en el cielo; por lo tanto, debes agradecernos los tormentos que te hacemos sufrir.» Llegó uno de aquellos bárbaros al estremo de arrancar el corazon á Brebeuf y comérselo ante sus compañeros; el suplicio de Lallemant duró diez y siete horas, durante los cuales le arrancaron hasta los ojos, ofreciendo siempre sus tormentos á Dios con un fervor verdaderamente admirable. Murieron ambos confesores el dia 17 de marzo. En el mes de diciembre del propio año 1649, se arrojaron los iroqueses sobre la tribu de San Juan, en la que el P. Cárlos Garnier, lejos de alejarse, encargó á sus neófitos que se dispusiesen ó preparasen para morir santamente. Si bien los salvages respetaron en un principio la vida del misionero, no tardó en recibir este un balazo que le tendió en el suelo; pero como viese al poco rato, pues solo estaba herido, á un huron moribundo, se arrastraba hácia él para darle la absolucion, cuando un iroqués le dió un hachazo que le hizo morir en el seno de la caridad. Natividad Chabanel, compañero de Garnier, que acababa de ser llamado por sus superiores poco antes de la invasion de los iroqueses, alcanzó tambien la palma del martirio, muriendo algun tiempo despues asesinado por un huron apóstata. Los restos que quedaban de la pobre tribu de los hurones, perseguidos por los iroqueses y diezmados por el hambre, suplicaron al P. Ragueneau que les condujera á Quebec en 1650, que tan funesto fué á la Nueva-Francia, no solo por la destruccion de casi toda la tribu de los hurones, sí que tambien por los desórdenes que el comercio fatal del aguardiente empezó á introducir en las misiones. Todos los salvages tienen una gran propensidad á la embriaguez, que no conocian antes de que los europeos les procurasen los medios para entregarse á aquel vicio; tan pronto, empero, como hubieron probado las bebidas espirituosas, no pudieron ya prescindir de ellas. El P. Jacobo Buteux intentó en el año 1652 reunir los últimos restos de los hurones attikamegos, pero las balas de los iroqueses abreviaron el diez de mayo su generoso apostolado. Al año siguiente, llegaron algunos de aquellos salvages hasta las inmediaciones de Quebec, en las que se apoderaron del P. Poncet, al que cortaron los salvajes el índice de la mano izquierda; habiendo sabido el misionero que la actitud de los franceses empezaba á intimidar á aquellos bárbaros, les propuso la paz, que aceptaron, y regresó el dia 5 de noviembre á Quebec, despues de haber logrado lo que todo el mundo poco antes creia enteramente imposible. El P. Le Moyne fué enviado luego á la tribu de los iroqueses para ratificar el tratado, mientras que los PP. Chaumonot y Dablon iban á evangelizar á los onnontagües, en cuyo pais establecieron en el año 1656, junto con los otros dos misioneros Fermin y Mesnard, la primera iglesia iroquesa. Pero si era síncera la paz por parte de los iroqueses de las montañas, no era por desgracia así respecto de los que vivian en las llanuras; despues que los hurones fueron arrojados de su pais, sufrieron la misma suerte casi todos sus aliados Una de aquellas tribus arrojadas de su pais natal se presentó en Quebec, donde los PP. Dreuillettes y Garreau y el coadjutor Luis Le Boesme se ofrecieron á acompañarlos nuevamente á su patria; pero habiendo sido atacados en el camino por los agnies, fué Garreau mortalmente herido.

No fué la isla de Montreal menos víctima que los otros puntos de la Nueva-Francia de las invasiones de los iroqueses; sin embargo, los progresos que ya desde un principio hizo en ella la fé, dieron por resultado una verdadera regeneracion social. Margarita Bourgeois, religiosa jóven de Troyes, se consagró en el

año 1653 á la instruccion de las jóvenes; y la Sociedad de San Sulpicio, encargada del gobierno espiritual de la isla, envió á ella en el año 1657 al abate de Loc-Dieu, junto con tres sulpicianos, y se fundó un seminario.

Los sacerdotes y misioneros del Canadá habian recibido hasta entonces los poderes del arzobispo de Ruan; pero se creyó que la presencia de un obispo contribuiria poderosamente á consolidar y estender el bien comenzado; en su consecuencia, se pensó en el abate de Laval-Montigni, uno de los que mas contribuyeron á procurar al P. Alejandro de Rhodes todo cuanto necesitaba para realizar sus designios en la Indo-China. Así pues, nombró Alejandro VII el año 1657 al abate de Laval, vicario apostólico del Canadá ó Nueva-Francia, bajo el título de obispo de Petrea; despues de haber sido el nuevo obispo consagrado en Paris el 8 de diciembre del año 1658, se embarcó en el mes de abril con algunos eclesiásticos que colocó en las diferentes parroquias de la colonia; de modo que los jesuitas que las desempeñaban, se limitaron desde entonces á las misiones de los salvajes. Los diezmos para los curas debian ser pagados al seminario, por disposicion del obispo, á fin de que, conservando el espíritu de pobreza en su clero, permaneciese este mas unido y sumiso. Terminada la construccion del seminario, cedió el obispo en su favor todos sus bienes, queriendo que los curas y el cabildo de su diócesis hiciesen otro tanto respecto de sus rentas, despues de haber atendido á los gastos necesarios y hecho las limosnas convenientes. Tres iglesias á la vez tuvieron que ser consagradas en Quebec el año 1666, á saber: la iglesia parroquial, la de los jesuitas y la de las Ursulinas; las de los pueblos vecinos fueron construidas sucesivamente. Una hospitalaria de Bayeux, la señorita Simon de Longpré, que tomó en el convento el nombre de sor Catalina de San Agustin, fué á Quebec para consagrarse á cuidar á los enfermos; muriendo en aquel piadoso ejercicio el año 1668 en olor de santidad. Los recoletos, que habian sido escluidos poco antes como mendicantes, fueron autorizados el año 1669 para regresar nuevamente á la colonia, en la que fundaron un establecimiento, y luego dos conventos en Montreal y Tres-Rios; siendo su superior el P. Cesareo Herveau. Mientras que la duquesa de Aiguillon y las señoras de La Peltrie y de Martin, fundaban en aquella última ciudad un hospital y diferentes escuelas, habia otras tres nobles damas que se entregaban al mismo acto de caridad en Montreal: tales eran la señora de Bullion, la señorita de Manso y Margarita Bourgeois. La ciudad de Quebec, la isla Real y la de Orleans, vieron tambien levantarse en su seno establecimientos religiosos, debidos al ardiente celo y noble desprendimiento de aquellas santas mugeres. Al verse los sulpicianos dueños de la isla de Montreal en el año 1663, hicieron cultivar las tierras, establecieron parroquias y edificaron bastantes iglesias; dos de sus sacerdotes, los SS Le Maitre y Vignat, fueron en el año 1671 víctimas de su celo por la conversion de los salvajes. A fin de hacer mas estable el título de jefe espiritual de la colonia, el Papa, á peticion del rey, erigió la ciudad de Quebec en obispado el año 1670; Francisco de Laval, que fué nombrado su primer obispo, no obtuvo sus bulas hasta cuatro años despues de su eleccion. Formó el prelado un nuevo seminario, y estableció en la costa de Beaupré un edificio ó casa en el que se enseñaban las artes y oficios á los jóvenes del campo, á fin de procurar obreros á la colonia. Rendido de fatiga, y minada la existencia del prelado por las contradicciones y obstáculos que tuvo que vencer en el ejercicio de su ministerio, vióse obligado á renunciar su silla el año 1668, sucediéndole Juan Bautista La Croix de Chevrieres. A su regreso á Francia, publicó Chevrieres una *Memoria* sobre la situacion de la colonia, y recibió la consagracion episcopal en Paris el dia 25 de enero del año 1688, de manos de su mismo predecesor; luego partieron ambos prelados juntos para Quebec, donde queria

el Ilmo Laval terminar sus dias. En el mes de noviembre del año 1701, devoró un incendio el seminario de Quebec; su primer obispo, el citado Laval, murió el dia 6 de marzo del año 1708. Llamado á Francia por los intereses de la colonia, cuando volvia á ella el Ilmo. Chevrieres con fondos y socorros de toda especie, fué capturado el 14 de julio del año 1704 por los ingleses, que le tuvieron prisionero hasta la conclusion de la guerra, sin duda porque se proponian ya apoderarse del Canadá.

Entre tanto, procuraban los misioneros estender en lo posible los dominios de la Iglesia, y ofrecer cada vez mas vasto campo á la geografía con sus descubrimientos. Aunque los iroqueses no pareciesen estar muy dispuestos á abrazar el cristianismo, no dejaron de obrarse en su pais bastantes conversiones; los añiés, que eran los mas feroces de entre ellos, y los únicos que hasta entonces habian dado muerte á los misioneros, fueron los que se mostraron despues mas sumisos, formando en breve una iglesia, cuyos fervientes neófitos fundaron despues las misiones de San Luis y la Montaña, tan fecundas en santos. La tribu de los añiés fué la que procuró tambien á la Nueva-Francia, en la persona de Catalina Tengahkouita, la Genoveva de la América septentrional. Los hurones, tan vejados por los iroqueses, fueron agregados á la tribu de Loreto, mas floreciente por su fervor que por el número de sus habitantes. El jesuita Cárlos Albanel y Mr. de Saint-Simon, á los que encargó el gobernador de Nueva-Francia en el año 1671, dirigirse por tierra á la bahia de Hudson, descubrieron toda la parte norte del Saguenay, y particularmente los lagos de San Juan y Mistasinos; y, penetrando luego hasta el sud de la bahia de Hudson, tomaron posesion de ella en nombre de la Francia. En el año 1673, el jesuita Pedro Marquette y Mr. Joliet, habitante de Quebec, fueron enviados á descubrir el Mississipi, en el que penetraron por el rio Ouisconsing, uno de sus tributarios, procedente del Canadá; descendieron por él hasta Illinois, y luego hasta Akansas, volviendo luego á subir por el rio hasta el lago Michigan. Roberto Cavalier de La Salle, natural de Ruan, continuó en la descubierta del Mississipi, desde su orígen hasta el mar, y envió al recoleto Hennepin y á Dacan, natural del Canadá, para que subiesen hasta el orígen de aquel rio; pero los dos viajeros fueron detenidos al grado 46.° por una gran cascada que forma el rio en toda su latitud, á la que dieron el nombre de cascada de San Antonio de Padua. Por su parte de La Salle, descendió por el Mississipi hasta su embocadura; los paises que reconoció á lo largo del rio, recibieron de él el nombre de Luisiania. Como el jesuita Marquette habia sido muy bien recibido por los habitantes del Illinois, intentaba ir á establecerse entre ellos, pero no pudo verificarlo por haber muerto luego de haber tomado aquella resolucion. El P. Allouez, fué el que se encargó entonces de saber si estaban aquellos pueblos realmente dispuestos á recibir el Evangelio; sin embargo, fué el P. Gravier el fundador de la mision de los Illinois, el que reunió en poco tiempo un numeroso rebaño y el que vió entre aquellos salvajes, tan temidos poco antes por la corrupcion de sus costumbres, raros ejemplos de virtud que solo habian podido admirarse en la época que mas florecieron las misiones del Canadá. Otros varios jesuitas se dirigieron al propio tiempo á la Luisiania, pero como encontrasen ya en ella á algunos sacerdotes del seminario de las Misiones Estrangeras, recibieron de sus superiores aquellos religiosos la órden de retirarse. Carecieron por mucho tiempo los colonos establecidos en los diferentes puntos de la Luisiania, de los socorros espirituales de que tanto necesitaban, merced al abandono tan culpable como perjudicial á la religion y á la política, en que se dejó á aquellos nuevos establecimientos. Solo cuando el P. de Charlevoix fué encargado de recorrer en el año 1720 las posesiones francesas de América, para procurar á la metrópoli los informes que deseaba, á fin de poder aumentar su prosperidad, se

tuvo noticia del abandono en que habia quedado la Luisiania sobre un punto tan útil é indispensable. En su virtud, fueron destinados los capuchinos á las nuevas colonias francesas que carecian de los ausilios espirituales tanto tiempo hacia; encargándoseles además, que no descuidasen de modo alguno á los pobres salvajes. «La salvacion de aquellos pueblos, dice Charlevoix, fué siempre el objeto principal que se propusieron nuestros reyes, do quiera que estableciesen su dominacion en el Nuevo-Mundo; y no es estraño si se atiende á que la esperiencia habia demostrado en los dos siglos trascurridos, que el medio mas seguro para atraerse á los naturales en aquel pais, era el de darles á conocer la religion de Jesucristo. La caridad y la dulzura de los misioneros, eran, á no dudarlo, las armas mas poderosas que podian emplearse para asegurar la conquista que acababa de hacerse en aquellas regiones. El ejemplo de los Illinois, que desde el año 1717 se habian agregado al gobierno de la Luisiania, bastaba á demostrar lo importante que era el no dejar por mas tiempo á los otros pueblos sin misioneros. Así lo comprendió la Compañía de Indias, puesto que desde el año 1725 se dirigió á los jesuitas, muchos de los cuales se ofrecieron desde luego á ir á evangelizar aquella nueva mision; pero como sus superiores no pudieron conceder á todos el permiso para consagrarse á ella, en razon á ser muchos los puntos á que se debia atender, solo fueron enviados los religiosos mas precisos. De ahí el que los Natchez, que era de los pueblos de la Luisiania el que mas dispuesto estaba á abrazar el cristianismo, se viese privado del ausilio de los misioneros. Entonces fué cuando se procuró tambien educar á las jóvenes francesas de la capital (Nueva Orleans) y de sus alrededores, enviando al efecto religiosas ursulinas, que atendieran al propio tiempo al cuidado de los hospitales, á fin de que no tuviesen que multiplicarse los establecimientos en una colonia naciente.»

Sin el antagonismo de Inglaterra y Francia, habrian llegado las misiones del Canadá y la Luisiania á su mayor desenvolvimiento; pero la envidia de los ingleses, que no cesó de procurar en lo posible la ruina de la colonia, y de escitar contra la Francia el ódio de los indígenas, decidió á los iroqueses á conservar la independencia de sus cinco cantones en medio de las dos potencias rivales. Cuando en el tratado de Utrech, Luis XIV hubo cedido á la reina de Inglaterra la bahia de Hudson, la isla de Terra-Nova y la Acadia, los ingleses, por una falsa y maliciosa interpretacion dada á la palabra Acadia, pretendieron haber adquirido derechos sobre todo el pueblo abnakisa. Como habian podido esperimentar con frecuencia su valor, no intentaban sojuzgarle por medio de la fuerza, sino hacerle renunciar á la fé y ver si por el protestantismo podian hacerle entrar bajo su dominacion. Así pues, enviaron al mas astuto de sus ministros de Boston á la entrada del Kinibequi; pero el P. Sebastian Rasles, que dirigia aquella comunion cristiana, supo de tal modo dejar sin efecto las intrigas del ministro anglicano, que convencidos los ingleses de que era el misionero un obstáculo insuperable para la invasion de la Acadia, dotaron su cabeza, no parando hasta hacerle salir de su tribu en el mes de enero de 1722. Como pastor verdadero, ni un solo momento se separó el P. Rasles de su rebaño, llevándosele al fondo de los bosques, por librarse de la persecucion de sus encarnizados enemigos. Las violencias que por do quiera ejercieron los ingleses encendieron la guerra entre ellos y el pueblo abnakisa, siendo Nanrantsuak el centro de las operaciones; sus habitantes querian inducir al P. Rasles á que se retirára á Quebec durante los tristes acontecimientos de que iba á ser teatro aquel pais; pero el religioso les contestó que ni un solo instante se separaria del lado de sus hijos en la fé, mientras se viesen espuestos al menor peligro. Por proteger mejor la fuga de sus queridos neófitos, presentóse á la vista de los invasores, á fin de llamar su atencion; los ingleses al verle lanzaron un grito, seguido de una descarga que derribó sin vida al misionero

junto á la cruz que plantára en el centro del pueblo de Nanrantsuak. Así pereció el dia 24 de agosto del año 1724, aquel pastor caritativo, que despues de treinta y tres años de apostolado, dió gustoso la vida por sus ovejas. Cuando los abnakis regresaron á sus hogares, encontraron mutilado el cuerpo del mártir; y sin embargo no eran infieles los que habian cometido aquella doble profanacion, sino hombres que se titulaban cristianos. El P. de La Chasse, superior general de las misiones de la Nueva-Francia, pidió al abad de Bellemont, superior del seminario de Montreal, que se hiciesen en su iglesia los sufragios por el alma del P. Rasles; pero el venerable anciano le contestó con estas palabras de San Agustin: « Orar por un mártir es injuriarle. »

Si no fué la Luisiania el sepulcro de los franceses, no dejó de ser porque los ingleses no lo procurasen; puesto que, insiguiendo sus instrucciones, casi todos los pueblos á la vez debian sacrificar en un mismo dia á las víctimas que les habian sido designadas; pero los natchez se anticiparon, y evitó su precipitacion la general matanza. El P. Du Poisson, jesuita, que se dirigia desde Akansas á Nueva-Orleans, se detuvo entre los natchez para reemplazar al capuchino que hacia las veces de cura; y como se encontrase allí el dia fatal, ó sea el 28 de noviembre de 1729, fué decapitado por un jefe de los bárbaros. Tambien el jesuita Souel fué asesinado por los yasus, sufriendo igual suerte todos los franceses residentes en aquella tribu el mismo dia 11 de diciembre del citado año. El jesuita Doutreleau, que estaba celebrando el santo sacrificio en las orillas del Yasus el dia 1.° de enero de 1730, fué herido por los indígenas en el brazo derecho; y habiéndose arrodillado para recibir el golpe mortal, le dispararon los salvages varios tiros, sin que ninguno volviese á herirle. Confiado entonces el misionero en la Providencia que le protegia de un modo tan visible, tomó el cáliz y la patena, y revestido con todos los ornamentos sacerdotales, alcanzó á nado su piragua, y continuó alejándose de la orilla dirigiendo él mismo su embarcacion, á pesar de una nueva herida que acababa de recibir en la boca. No hubo esceso ni profanacion que no cometiesen los yasus y los natchez, desde el primer dia que se entregaron al asesinato y al pillaje; muchos fueron los franceses víctimas de su furor; en la sangrienta guerra á que dieron orígen tantos escesos, se oyó gritar á los salvages varias veces: « Los ingleses son los que nos han pervertido. » Muchas fueron las ocasiones que procuró aquella guerra á los jesuitas para manifestar su abnegacion; prefirió el P. Senat esponerse constantemente al peligro de ser cojido y quemado por los chicachas, á dejar de asistir hasta su postrer suspiro á los heridos que no podian seguir el movimiento de retirada, emprendido por toda la tribu. Por desgracia no tardó en presentarse al misionero la ocasion de sellar con su sangre las eternas verdades que enseñaba: habiendo sido cogido con los heridos, objeto de su tierna solicitud, fué condenado con ellos á morir en las llamas; sabiendo infundir antes á los compañeros de su suplicio la resignacion y el aliento necesarios para morir como dignos defensores de la religion y de la Francia. La casi total destruccion de los natchez, fué en último resultado el castigo terrible con que espió aquel pueblo feroz el crímen de haber asesinado á los franceses. Las tribus de la Luisiania, entregadas á sí mismas y libres de las sujestiones de la envidia inglesa, habrian aceptado fácilmente la civilizacion y el cristianismo que los capuchinos, los sacerdotes de la Congregacion de las Misiones Estrangeras y los jesuitas iban á ofrecerles; sobre todo los panismahas, segun el jesuita Vivier, estaban enteramente dispuestos á recibir la luz del Evangelio. Uno de los sacerdotes de las Misiones Estrangeras, escribia en cierta ocasion á un francés dedicado á hacer su comercio entre los salvages, que procurase bautizar á los niños moribundos. El jefe de la tribu notando aquella carta, « ¿Qué hay de nuevo? preguntó al francés que la habia recibido. — Nada, contestó este — ¿Por

qué no debemos saber lo que ocurre? repuso el salvaje. — El jefe negro me escribe, le dijo el francés entonces, encargándome que bautice á los niños moribundos, á fin de enviarles al grande Espíritu. » El jefe salvage le dijo entonces muy satisfecho: « Yo mismo me encargo de avisarte, siempre que haya algun niño en peligro. » Luego reunió el jefe su tribu y le dijo: « Ya veis cuan bueno debe ser ese jefe negro (nombre que dan al misionero) cuando sin conocernos siquiera procura hacernos todo el bien posible, y enviar nuestros hijos al grande Espíritu, al verles en peligro de muerte. »

Estaba ya la Francia en vísperas de verse arrebatar el Canadá por la Inglaterra; sin embargo, no dejó en aquella última época de fomentar en sus posesiones la civilizacion y la fé, merced al ardiente celo de Francisco Picquet, doctor de Sorbona, y uno de los mas distinguidos miembros de la Sociedad de San Sulpicio. Dirigióse Picquet el año 1733 á las misiones francesas de la América septentrional, donde debia permanecer treinta años; y, despues de haber trabajado por mucho tiempo en Montreal con los demás misioneros, fué juzgado digno de acometer por sí solo gloriosas y difíciles empresas. Habia habido en otro tiempo una mision junto al lago de los Dos Montes (Pl CXVII, n.° 1) al norte de Montreal, donde fué Picquet á establecerse, por estar mas cerca de los algonquinos, nipisingos y demás salvages del norte que descendian por el caudaloso rio Michillimakinac hasta el lago Huron. Su primer cuidado, fué agrupar algunas casas en las que reunió dos tribus errantes de los algonquinos y nipisingos, y levantar un Calvario, que era el mas bello monumento de la religion en el Canadá. Durante la guerra de 1742 á 1748, logró Picquet por dos veces salvar la colonia, merced al acierto con que dirigió sus negociaciones y sus empresas militares; cuando se restableció la paz en el año 1748, formó una mision junto al lago Ontario, para interceptar el paso al enemigo, logrando de tal modo su objeto, que no podian los ingleses y salvages del alto Canadá, descender por la parte del sud, sin verse hostilizados por la artillería del fuerte. » Queriendo el obispo de Quebec informarse por sí mismo de si eran ó no ciertas las maravillas que se referian acerca de la nueva mision fundada por Picquet, se dirigió á ella el año 1749, y en la que permaneció diez dias, examinando á los catecúmenos, y bautizando ciento treinta y dos de ellos. A los dos años, hizo Picquet un viage al objeto de atraer nuevas familias salvages á la Presentacion, y durante el que descubrió la famosa cascada del Niágara (Pl. CXVII, n.° 2), por medio de la cual van á desaguar los cuatro grandes lagos del Canadá en el lago Ontario. Es aquella cascada verdaderamente admirable tanto por su altura como por la gran abundancia de agua que arroja, por la diversidad de sus brazos, que son en número de seis, divididos por una pequeña isla, habiendo tres de ellos al norte y tres al sud: forman todos entre sí una simetría singular y son de un efecto asombroso. Una de las cascadas de la parte del sud, medida por el religioso, tenia ciento cuarenta piés de altura. Luego visitó tambien las cascadas del rio Gascuchagu; las primeras que se ofrecen á la vista al subir por el rio, se parecen mucho á la gran cascada de Saint-Cloud, si bien no son del todo tan altas ni tienen sus adornos, pero no dejan de ser menos notables por sus bellezas naturales. Hay otras á un cuarto de hora de distancia, que aunque no son tan sorprendentes por su altura, forman, particularmente la última de ellas, vistosos juegos de agua y una cortina inmensa de verdor del mas bello efecto. Reunidas el agua y altura de estas últimas, serian mucho mayores que las del Niágara, única maravilla de esta clase que existe en el mundo.

Cuando en el año 1753 se dirigió Picquet á Francia, á fin de procurarse socorros para su colonia, se llevó tres salvages, para escitar mas el interés en favor de sus establecimientos, y que estaban al propio tiempo como en rehenes para contener á la nueva mision du-

rante su ausencia. En el mes de abril de 1754 regresó á la Presentacion, acompañado de otros dos misioneros; en la guerra que se declaró aquel mismo año, prestaron los salvages que habia civilizado señalados servicios. La seguridad que les dió Picquet de que serian vencedores, escitó tan vivamente su ardor, que pelearon todos ellos con el mayor denuedo; hasta en lo mas empeñado de la lucha, creian ser el misionero el que les dirigia, costándole mucho el desvanecer en ellos esta supersticion. Cuanto mas críticas eran las circunstancias, mas activo y útil era tambien el celo del misionero; hé aquí porque decia Du Quesne, que hacia el misionero solo mas que diez mil soldados; y el marqués de Montcalm le llamaba, «mi querido y respetable patriarca de cinco naciones.» Hasta los mismos ingleses contribuyeron á perpetuar su gloria y el recuerdo de sus señalados servicios: «El *Jesuita del Oeste*, decia uno de sus periódicos, nos ha hecho perder todas nuestras posesiones, haciéndolas pasar al dominio de la Francia.» Cuantas veces estaba Picquet al frente del ejército, no se atrevian los ingleses á empeñar batalla alguna, por temer á los salvages aguerridos que no se apartaban nunca de su lado. Pero la batalla dada el 13 de setiembre del año 1759, en la que fué muerto el marqués de Montcalm, fué causa de la toma de Quebec y de la pérdida de todo el Canadá; por no caer entonces Picquet en poder de los ingleses, que habian dotado su cabeza, se retiró el 8 de mayo de 1670, dirigiéndose á La Luisiania y á Nueva-Orleans, donde permaneció veinte y dos meses. Cuando el general Amherst, al tomar posesion del Canadá, supo que el jesuita habia partido para Francia, dijo: «Lo siento, porque si ese religioso hubiese llegado á abrazar el partido del rey de Inglaterra, le habria sido tan fiel como ha demostrado serlo al rey de Francia.» Tambien La Lande habla de aquel grande hombre en estos términos: «Era Picquet, á pesar de la austeridad de sus costumbres, un hombre sumamente amable y simpático; era á la vez teólogo, orador y poeta; y sobre todo, niño con los niños y héroe con los héroes; sabia atraerse todos los corazones con su dulzura, su talento y su celo. Por esto he creido deber dar á conocer un compatriota y un amigo, digno de ser imitado por todos cuantos se sienten animados del amor á la religion y á la patria.» Despues de haber permanecido algun tiempo en Paris y Bresse, visitó la capital del orbe católico, donde se le recibió con toda la consideracion debida á un gran misionero. Murió Picquet en Verjon el dia 14 de julio del año 1781.

CAPITULO XXXVII.

Misiones de los dominicos, jesuitas, capuchinos y carmelitas en las Antillas francesas.

«Los españoles que fueron los primeros que emprendieron la conquista de las Indias Occidentales, dice Urbano Cerri (1), pasaron entre las islas que están cerca de la costa de América, y las llamaron *Islas Antillas* (Anteislas), nombre que todavía hoy dia conservan, y tambien el de Caribes por ser el de una nacion bárbara que las habitaba. Los españoles tomaron posesion de estas islas, pero no juzgándolas dignas de detenerse en su suelo, contentáronse con proveerse en ellas de agua y algunos frutos para proseguir su gran designio, que era el de hacerse dueños del continente. Un gentil hombre francés, llamado Enambuc, buscando fortuna por mar en el año 1625, fué arrojado casualmente á una de esas islas llamada hoy San Cristóbal, donde empezó á establecerse.» Interesóse el cardenal Richelieu en aquella empresa, y habiéndose formado una compañía en 21 de octubre del año 1626, escribe al dominico Du Tertre, «para hacer habitar y poblar las islas de San Cristóbal, la Barbada y otras.... que no lo estuviesen por algunos príncipes cristianos; y esto tanto para hacer instruir á los habitantes de dichas islas en la religion católica, apostólica y romana, como

(1) *Estado presente de la Iglesia Romana en todas las partes del mundo.*

para traficar y comerciar en ellas.... (1) Los directores de la compañía viendo constantemente la suma dificultad que habia de encontrar sacerdotes asalariados para el consuelo espiritual y edificacion de los habitantes de la colonia, se vieron en la precision de aceptar los primeros clérigos que se presentasen.... Pero aun así eran tan raros, que ya no se cuidaban de examinar si reunian las cualidades necesarias para el desempeño de tan digno cargo. Por último se convencieron que para cortar la raiz de aquel mal, era absolutamente indispensable echar mano de los religiosos, como de las personas mas dignas y capaces de desempeñar aquel importante cometido, y al efecto rogó la compañía al R. P. Provincial de los capuchinos de Normandía que le concediese algunos de sus religiosos para enviarles á la isla de San Cristóbal. Afortunadamente la suerte designó á los RR. PP. Gerónimo, Márcos, Pacífico y algunos otros.... Aquellos buenos obreros de la viña del Señor, trabajaron en ella con mucho celo, obteniendo muy lisonjeros resultados con sus fervientes predicaciones y su vida ejemplar, cabiéndoles la gloria de haber sido los primeros que predicaron el Evangelio en la citada isla, porque los sacerdotes que hacian las veces de curas antes de su llegada, se contentaban con decir misa y asistir á los enfermos. Construyeron un pequeño convento, cerca de la gran montaña, á estilo del pais, con troncos y hojas de palmera, y otro cerca de la morada de Enambuc, donde se consagraron al servicio de Dios hasta su salida, siempre como verdaderos apóstoles.»

(1) Si bien por derecho de toma de posesion y ocupacion temporal, eran los españoles dueños y señores de aquellas islas, la empresa de colonizarlas y evangelizarlas desde luego era superior á sus fuerzas, máxime llevando la idea de proseguir sus conquistas y descubrimientos en el continente americano, como así lo verificaron abriendo al viejo mundo, un nuevo mundo. De aquellas circunstancias se aprovecharon los estrangeros, para introducirse y ocupar algunas islas y territorios en Tierra Firme, que luego conservaron con varios pretestos, en perjuicio de la España. Afortunadamente las Antillas, mal llamadas francesas, recibieron los consuelos de la verdadera religion lo que no sucedió en otras posesiones españolas usurpadas por estrangeros protestantes. (Nota del Trad.)

En el año 1635 la Compañía se ocupó en colonizar las islas de la Dominica, Martinica y Guadalupe, á las cuales fueron destinados los dominicos. El proyecto de fundar en Paris un noviciado general, concertado entre el P. Rodolfo, el cardenal de Richelieu y el P. Juan Bautista Carré, habiéndose llevado á cabo en el año 1632, fué nombrado el P. Carré primer superior de aquel establecimiento, con entera independencia del provincial, y sujeto á la obediencia inmediata del jefe de la órden de Santo Domingo. Richelieu, cuya laudable emulacion, se cifraba en estender la predicacion del Evangelio junto con la gloria de la monarquía francesa, sacó de aquel noviciado dignos obreros apostólicos. Pidió al P. Carré cierto número de misioneros, capaces de trabajar al propio tiempo en la instruccion de los colonos y en la conversion de los indígenas. El celoso superior se ofreció á acompañar él mismo á todos los religiosos que se considerasen necesarios para aquella mision. Aplaudió el cardenal su celo; pero juzgando que su presencia era mas útil en Paris, rogóle que permaneciera en aquella capital, limitándose á proporcionar algunos miembros de su comunidad. El P. Carré les reunió todos, comunicóles las intenciones del ministro, y tuvo la satisfaccion de verles unánimemente resueltos á atravesar los mares para ir á trabajar la viña del Señor en un suelo estrangero. Al principio únicamente eligió á cuatro, á saber: Pedro Pelican, doctor en la Sorbona, Raymundo Breton, Nicolás Brechet y Pedro Grifon. El cardenal les obtuvo un breve fechado en 12 de julio del año 1635, por el cual Urbano VIII, les conferia el cuidado de las colonias formadas en nombre y bajo la proteccion del rey Cristianísimo, y les nombraba directores espirituales tanto de los franceses habitantes en Guadalupe, como de los indígenas que se convirtieran. Como el breve apostólico, dice Du Tertre, en su *Historia general de las Antillas*, era una derogacion tácita de la Bula de Alejandro VI, fechada en 12 de mayo del año 1493, por la cual el Soberano Pontífice concedia á los reyes Cató-

licos, Fernando é Isabel y á sus sucesores, la propiedad de la Tierra Firme é islas de la América descubiertas y por descubrir, con prohibicion absoluta, bajo pena de excomunion, á toda clase de personas, cualquiera que fuese su categoría y condicion, aun cuando fuesen reyes ó emperadores, de establecerse en dichos sitios ó comerciar en ellos, sin permiso de los reyes Católicos, el cardenal conservó el original del breve, como un título que levantaba la prohibicion y censuras marcadas en la Bula de Alejandro VI y se limitó á enviar una copia de ella á los religiosos.» Estos habian tocado el 25 de junio en la Martinica, habitada entonces únicamente por salvajes, y el P. Pelican plantó en su costa la cruz, y enseguida se reembarcaron dirigiéndose á la isla de Guadalupe donde llegaron el 28. Tambien plantaron la cruz en ella al dia siguiente de su llegada, y una capilla de cañas sostenida por algunas estacas, cubrió el altar en el que se celebraron los santos misterios.

Entre tanto Enambuc procuró colonizar la Martinica, de cuya isla fué nombrado gobernador su sobrino Parquet. «Nada faltaba ya para la perfeccion de aquel nuevo establecimiento, dice el dominico Du Tertre, sino algunos religiosos que instruyesen aquellos pueblos en las prácticas cristianas, les administrasen los sacramentos y les predicasen la palabra de Dios. Aquel fué el primer cuidado del gobernador, quien escribió á los directores de la Compañía, pidiéndoles algunos religiosos de nuestra órden ó algunos PP. capuchinos; pero el ministro Fouquet, que era muy amigo de los PP. jesuitas, hizo de modo que los citados directores tratasen con ellos. Los PP. Bouton y Empteau y un hermano coadjutor fueron los primeros enviados para trabajar en aquella viña del Señor, habiendo llegado á la Martinica á principios del año 1640, dia del viernes santo. Como el gobernador no los habia pedido, se mostró en un principio muy poco dispuesto á recibirles, y hasta los mismos habitantes manifestaron tambien alguna repugnancia; pero como el P. Bouton era un hombre de mérito y escelente predicador, logró cautivarles con sus sermones, haciéndoles cambiar de modo de pensar, por manera, que algunas semanas despues, el gobernador dispuso que se aplanase el terreno que les fué destinado para habitacion.»

En aquel mismo año el P. Carré envió á Guadalupe seis dominicos, á saber: los PP. Nicolás de La-Mare, Juan de San Pablo, Juan Bautista Du Tertre, autor de una *Historia general de las Antillas* francesas, y tres hermanos legos. «A nuestra llegada, dice el mencionado autor, encontramos al P. Raimundo Breton, quien hacia dos años y medio que soportaba todo el peso de aquella mision trabajando infatigablemente él solo para el bien espiritual de la colonia ... Tiempo era ya de asistirle; porque estaba reducido á una miseria tan grande, que solo poseia un mal hábito de lienzo.... Nos recibió como unos ángeles bajados del cielo, y despues de habernos acompañado á una capilla de Nuestra Señora del Rosario, mandó á buscar un pan de cazabe (1) para darnos de comer, porque no tenia mas que un pedazo en su habitacion. Quedamos mas satisfechos al ver aquella pobreza, que si hubiésemos encontrado todas las minas de oro de las Indias, porque no habia ninguno de nosotros que no ambicionase sufrir alguna privacion por la gloria de Jesucristo socorriendo á sus criaturas. El P. de La-Mare, despues de haberse informado de la disposicion de los naturales, nos distribuyó á cada uno una parte de aquella viña del Señor para trabajar en ella.» El dia 17 de enero del año 1641, La-Mare envió al P. Raimundo Breton con el hermano Cárlos Pouzet á la Dominica; pero no tardaron en regresar, sabedores de la enfermedad de su superior, quien murió el dia 1.º de marzo del año 1642. En 1648 el P. Matías Dupuy fué á plantar la cruz en las pequeñas islas de los Santos; pero á su regreso sucumbió al influjo de la peste, lo propio que los PP. Armando de la Paz y Juan de San Pablo, en el ejerci-

(1) El cazabe ó pan de cazabe, se forma de harina grosera hecha con la raiz de la yuca. (Nota del Trad.)

cio del ministerio apostólico. Indispensable era un refuerzo de misioneros, por lo que el general Tomás Turcus escribió desde Roma algunas cartas circulares á los provinciales de Francia, recomendándoles que enviasen nuevos misioneros á las Antillas, especialmente á la Guadalupe. El mismo envió al P. Coliard, ex-provincial de la provincia Occitana, en clase de visitador de todas las misiones dominicanas en aquellas regiones del Nuevo-Mundo. Hizo partir para el mismo pais á los PP. Felipe de Beaumont, Jacinto Guibert y Fr. Vicente Giraut que debian ausiliar en sus trabajos apostólicos á los dominicos que les habian precedido. Coliard dispuso que el P. Raimundo Breton, pasase á la Dominica, donde este religioso queria trabajar en la conversion de los salvajes; y habiendo terminado su visita, volvió á embarcarse para Europa, pero pereció con Fr. Cárlos Poncet, en las costas de Inglaterra.

La ambicion y la sed de oro, fueron causa de algunas revueltas en las nacientes colonias francesas de América. Los capuchinos de la isla de San Cristóbal que se pronunciaron por la autoridad del rey y contra un odioso monopolio, fueron presos y despues desterrados de aquella isla, de la que salieron en el año 1646 con el santo sacramento en la mano y cantando el salmo *In exitu Israel de Ægypto*. Despues de su partida, algunos jesuitas procedentes de la Martinica, ocuparon su lugar en San Cristóbal y tambien hicieron ir á algunos carmelitas descalzos de la provincia de Bretaña. Los carmelitas y jesuitas, se establecieron en el año 1645 y 1650 en la Guadalupe. Aunque un religioso carmelita y otros sacerdotes hubiesen visitado de vez en cuando la isla de Santa Cruz para administrar en ella los sacramentos, no puede decirse que se establecieran los misioneros en ella, antes del año 1659, en cuya época el P. Pedro Fontaine, prefecto apostólico de la mision dominicana, envió allí á los PP. Des-Bois y Le-Clerc. Careciendo este último de los vasos sagrados para el servicio divino, pasó á San Juan de Puerto Rico, donde los dominicos españoles tenian un convento con sesenta religiosos, cuya caridad le proporcionó los objetos necesarios para la celebracion del culto. Aquella isla de Santa Cruz y la de San Cristóbal, concedidas á la órden de San Juan de Jerusalen, volvieron á pasar á la Francia despues de haber hecho aquella gastos de suma consideracion.

En la Martinica poseian los dominicos por donacion hecha por la esposa de Parquet, un terreno en el que edificaron en el año 1654 una iglesia, consagrada por el P. Juan de Boloña al apóstol Santiago. Entre los misioneros de su órden que evangelizaron aquella isla, hubo uno harto notable por el renombre que adquirieron su celo y sus virtudes, para que dejemos de mencionarlo. Pedro Paul, que habia nacido en Aix en el año 1642, era hijo tercero de Claudio Paul, abogado del parlamento de Provenza. Consagrándose á la órden de Sto. Domingo, partió de su ciudad natal en julio del año 1658 para ir á vestir el hábito en el real convento de San Maximino. Era ya reputado por sus virtudes, cuando supo la viudedad de su padre, quien abrazó enseguida el estado eclesiástico. Cuando aquel digno ministro cantó su primera misa, en 1663, se vió asistido por tres de sus hijos: el uno, ya sacerdote del Oratorio, llenó las funciones de diácono; el dominico, que contaba entonces ya veinte y un años, las de subdiácono; y el tercero, piadoso anacoreta, hizo las veces de acólito. Pedro Paul á su vez fué ordenado sacerdote en el año 1666. La enseñanza y el gobierno de varias comunidades le ocuparon en un principio, sin impedirle que anunciase con una santa libertad y noble sencillez, la palabra divina en las diócesis de Aix, Marsella, Arlés y Aviñon. Pero Antonio de Monroy le abrió otra puerta para llevar á lo lejos la luz del Evangelio, mandándole en el año 1684 que pasase á las colonias francesas, donde el instituto de Sto. Domingo, hacia cincuenta años que estaba en posesion de enviar misioneros.

La Martinica, Guadalupe y una parte de la isla de Sto. Domingo, se hallaban divididas

en veinte y cuatro parroquias dirigidas por religiosos dominicos. El P. Margat, jesuita, escribia á sus superiores con fecha del 20 de julio del año 1743, á propósito de la mision de los dominicos en Haiti: « Los misioneros franceses empezaron á penetrar en la isla de Sto. Domingo á últimos del pasado siglo. Leogane y todas sus dependencias estaban ya gobernadas por los PP. dominicos, llamados allí como en todas las islas americanas, los *Padres blancos:* esta parte de la mision que les fué confiada, la han conservado hasta nuestros dias. La dependencia del Cabo, en donde los progresos de nuestros compatriotas habian sido mas lentos, no tenia casi nada de fijo para el gobierno espiritual; las pocas parroquias que habia en un principio, estaban servidas por los primeros sacerdotes seculares ó regulares que la casualidad ó las funciones de capellanes de buques conducia á las islas; la mision del Cabo fué confiada despues á los PP. capuchinos y tomó una forma mas regular. » Hemos debido entrar en estos detalles, antes de continuar la biografía del P. Paul.

Habiendo sido destinado á la Martinica, habria residido allí con mayor satisfaccion, si á su cualidad de misionero apostólico, no se hubiese agregado la de superior de la mision en aquella isla. No tardó la colonia en poder apreciar el tesoro que se le habia dado. Señores y esclavos hallaron en el religioso, el consuelo de que tenian necesidad. Ni los calores del pais, ni la distancia de los lugares, ni la dificultad de los caminos, le impedian acudir donde confiaba reportar algun fruto, ya con los enfermos ó afligidos, ya entre los negros á quienes instruia con bondad, enseñándoles á rogar á Dios, á observar sus mandamientos, á obedecer por religion, á servir á sus dueños con fidelidad, á santificar en fin el trabajo con la paciencia. El mismo practicaba de un modo admirable aquella virtud, puesto que no se cansaba de repetir las mismas instrucciones y de proponer cien veces las verdades mas sencillas á unos hombres cuya negligencia ó incapacidad desaparecian cuando se trataba de los intereses materiales, al paso que su penetracion era muy limitada en lo que se referia á los intereses espirituales de la salvacion. Su tierna religiosidad, su amor á la oracion y á la penitencia, su perfecto desinterés, eran tan conocidos como su angélica paciencia. Tal era su reputacion en toda la estension de la isla de la Martinica, que no se le daba otro nombre que el del santo misionero. No obstante, hubo algunos hombres carnales á quienes se hizo odioso el siervo de Dios por el celo que habria debido hacerle querer mas y mas. Uno de los primeros magistrados de la colonia ofrecia ejemplos muy poco dignos de ser imitados. El P. Paul apuró todos los medios que le sugerió su dulzura y caridad para conducirle por el buen camino; pero despues de haber procedido con todos los miramientos que aconsejaba la prudencia, no tuvo reparo, por la gloria de Dios y la edificacion de los fieles, en oponerse á que prosiguiera por mas tiempo el público escándalo. El culpable en vez de humillarse, no pensó mas que en vengarse, y para ello escojió á una infeliz mendiga. Instruyóla sobre lo que debia decir para inculpar al ministro de Jesucristo, exigióle el secreto, y aseguróle que nada debia temer. Luego habiendo convocado á una numerosa asamblea, hizo comparecer al P. Paul y presentándole la muger le hizo formular la queja, es decir, repetir la leccion que le habia enseñado, y la repitió sin que nadie la interrumpiera, porque el ministro del Señor, imitó en aquella ocasion el silencio de su divino Maestro. Todos los asistentes sabian el valor que podian tener las palabras de la acusadora, siendo tal vez aquella culpable muger la única que dejase de conocer todo el ridículo de aquella farsa, que terminó con una severa amonestacion dirigida al P. Paul. El religioso, sin desmerecer nunca de su dignidad, se limitó á contestar al retirarse: « Os aseguro, señor, que si Dios me dejase de su mano, seria capaz de los mayores crímenes; pero por su misericordia, soy inocente del que se me imputa. » Aquella reserva, haciendo todavía mas respetable el

misionero á la colonia, hizo caer sobre el culpable toda la confusion con que se habia querido cubrir al P. Paul. Despues de haber atacado al superior de la mision, intentó ultrajar á otros dos religiosos haciendo correr rumores injuriosos respecto de su persona y ministerio; pero el P. Paul, que habia olvidado su propia justificacion, no se mostró indiferente al tratarse de la reputacion de sus hermanos, de quienes tomó á pecho la defensa é hizo justificarla plenamente por medio de un acto público en el mes de setiembre del año 1685. Habiendo sabido que el autor de aquellas vejaciones, temeroso de que se le acriminase en Francia su conducta, se habia anticipado á esponer los hechos á su modo, el siervo de Dios escribió al prior del noviciado general de Paris; pero no quiso que este se quejase al marqués de Seignelay, ministro de las colonias, sino en el caso de que el culpable, que ni siquiera nombró, tomase la iniciativa. Un proceder tan cristiano y el deber que se habia impuesto de no hablar jamás de sus perseguidores, acabaron por ganarle el aprecio de todos los hombres honrados. Su ministerio fué de suma utilidad á una multitud de personas que arrancó del vicio ó cuyas enemistades hizo cesar, y cuando los superiores volvieron á llamarle á Francia, dejó en la Martinica una alta opinion de su santidad.

En el año 1696, este mismo religioso, que habia sido sucesivamente prior de los conventos de San Maximino y de Montauban, pero que á la primera manifestacion de la voluntad de su general, habia cruzado por segunda vez los mares, ejercia el apostolado en la isla de Sto. Domingo (Haiti) con el doble título de prefecto apostólico y de vicario general de la Congregacion dominicana del Sto. nombre de Jesus. En el desempeño de estas funciones, no fué puesta á prueba su virtud, como lo habia sido en la Martinica; por el contrario, apenas hubo llegado, grangeóse el aprecio del gobernador Ducasse, marino tan distinguido por su religiosidad como por su talento político y militar. Aunque el celo del P. Paul, se hizo estensivo sin distincion á todos los habitantes de la costa, pareció estenderse mas particularmente sobre aquellos cuya conversion menos esperaban los demás misioneros, es decir, los filibusteros (1), especie de corsarios, á quienes la sed de oro y el desarreglo de costumbres, lanzaron á empresas abominables. Durante las prolongadas guerras que la Francia sostuvo contra España, ligada aquella con otras potencias, empleóse algunas veces á aquellos aventureros para dañar al enemigo; pero mirando mas por su interés personal, que por el bien del estado que los empleaba, casi siempre abusaron de la confianza que en mal hora se les concediera. Cuando se les prohibia continuar sus correrías, ó mejor, sus piraterías, jamás se les veia dispuestos á obedecer. Casi siempre en la mar, segun su antojo, eran de un débil recurso para la colonia, que no podian defender en caso de necesidad, cuyo comercio arruinaban por otra parte y le esponian sin cesar á todas las consecuencias de las represalias. Unos hombres entregados de este modo al furor de las pasiones mas brutales; es fácil concebir que no serian muy susceptibles de instruccion. A pesar de esto, el P. Paul no los reputó indignos de sus cuidados y dirigióse á ellos con tanto mas celo, cuanto era mayor la compasion que le inspiraba su miserable estado. Algunos de aquellos piratas descreidos, en quienes quedaba todavía algun sentimiento de religion, escucharon al siervo de Dios; otros, conformándose á escucharle, pusieron alguna confianza en él. Su dulzura y caridad cautivaron á muchos de aquellos hom-

(1) Eran los filibusteros unos aventureros ó mas bien piratas descreidos que robaban cuanto podian en las posesiones españolas del mar de las Antillas y golfo de Méjico. En un principio eran unos simples cazadores y asesinadores de toros silvestres, viviendo del producto de su caza ó comerciando con ella; pero perseguidos por los españoles, cuyos campos é ingenios destruian, viéronse forzados á abandonar la Tierra Firme y eligieron el mar por teatro de sus fechorías. Codiciando las riquezas que los españoles habian alcanzado con su arrojo y perseverancia, su audacia no tenia límites y su desenfreno y maldad eran sin igual. Impotentes y cobardes como malvados, se asociaron para su obra de rapiña y destruccion, estableciendo una especie de cofradias, conocidas bajo el nombre de *Hermanos de la costa*. Perseguidos como fieras no solo por los españoles, sino tambien por todas las gentes honradas, al cabo de algunos años logróse su casi completo esterminio. (Nota del Trad.)

bres perdidos, de modo que hubieran espuesto voluntariamente su vida para defender al que empezaban á llamar su padre y apóstol. Reuníales para rezar juntos, les enseñaba los elementos del cristianismo y trataba de inspirarles el santo temor de Dios. Cuando les vió menos indóciles, trató de persuadirles que abandonasen la vida errante y azarosa que llevaban, y que se dedicasen al ejercicio de alguna profesion honrosa, á fin de poder subsistir con sus familias; pero fueron estériles los esfuerzos de aquel misionero, para alejar á aquellos hombres avezados al pillaje; mas, no por esto les abandonó y confiado siempre en la voluntad divina siguióles á Cartagena de Indias, cuando Pointis, para atacar aquella ciudad, llevóse un cuerpo considerable de filibusteros, y durante la encarnizada lucha que se trabó entre sitiados y sitiadores, el siervo de Dios asistió constantemente á los heridos y moribundos. Mas de una vez, arrastrado por el ardor de su celo, se encontró en medio de una lluvia de balas y metralla al pié de los muros de la ciudad, y cuando ya se le contaba en el número de los muertos, volvia á comparecer cubierto de polvo y de sangre, con su acostumbrada serenidad. Cuando despues de la capitulacion, los sitiadores penetraron en la ciudad, multiplicóse para evitar los robos y profanaciones de las cosas sagradas y conservar el honor amenazado de las mugeres. Es verdad que no pudo impedir, que faltando á las bases de la capitulacion, los filibusteros saquearan las iglesias, pero su presencia disminuyó el número de los crímenes. Despues de haberse hecho á la vela la escuadra, en vano lo buscó Ducasse en su nave; el santo misionero habia acompañado á los enfermos y heridos, á otro buque de que se habian apoderado los ingleses que le condujeron á la Jamaica, en donde la virtud del P. Paul le hizo respetar por los mismos de quienes era prisionero. La paz de Riswick, firmada el 20 de setiembre del año 1697, le procuró la libertad, y valióse de ella para ejercer con nuevo fervor las funciones de su ministerio en Haiti, en donde es fama que el Señor honró su santidad con algunos milagros. Al abandonar la isla á últimos del siglo XVII, dejó en ella un gran número de habitantes bien instruidos en su religion, arreglados en sus costumbres, y dispuestos con su docilidad á secundar los esfuerzos que se hacian para poner en órden la colonia. De regreso á Francia, prolongó el P. Paul su existencia hasta los ochenta y seis años, muriendo en olor de santidad el 20 de julio del año 1727.

En 1722, la mision de la Martinica habia adquirido un nuevo brillo con la presencia de un nuevo apóstol. Guillermo Martel, que habia nacido en Severac, diócesis de Rodez, en el año 1683, mostró desde jóven la vocacion de abrazar la órden de Santo Domingo, y apenas cumplió diez y nueve años vistió el hábito del patriarca en el convento de Tolosa. Luego de haber profesado, sintióse Martel llamado para ir á anunciar la fé á los infieles y para trabajar en la regeneracion espiritual de los pecadores en los remotos paises donde las necesidades eran mayores y mas escasos los ausilios. Desde que el cardenal Richelieu habia enviado á las Antillas ocupadas por los franceses, algunos dominicos procedentes del noviciado general de Paris, la provincia de Tolosa, en particular, no cesaba de proporcionar á aquellas colonias algunos ministros de la palabra y de los sacramentos. Tambien la Martinica y la Dominica debian ser el último teatro de los trabajos apostólicos de Guillermo Martel.

No hablarémos de las misiones que llenó en varias provincias de Francia, sino para consignar que á las funciones de la enseñanza, habia preferido el ejercicio de la predicacion, como mas conforme á sus miras y al ardor del celo que le animaba para la salvacion de las almas. Cuando sus superiores, le ordenaron en setiembre del año 1722 que pasase á la Martinica, desprendido de los lazos de la carne, ni siquiera tuvo la satisfaccion de ir á despedirse de sus padres, de quienes era tiernamente querido. Ya en los primeros dias de

octubre se hallaba en Burdeos, aprovechando la salida del primer buque, que trasformó en una iglesia y en donde vivió como pudiera hacerlo en un monasterio.

La mision de la Martinica tenia por superior á un escelente religioso, que ya habia trabajado en ella con gran fruto, y que la dirigió despues, durante mas de veinte años en calidad de vicario general, título que iba agregado algunas veces al de prefecto apostólico. Regocijóse el sábio superior con la llegada de semejante ausiliar á una colonia, en donde la ignorancia de las verdades de la religion y la corrupcion de las costumbres, eran tan comunes entre las personas libres, como entre los esclavos; y encargó al P. Martel la parroquia llamada la Grande Ance, una de las mas estensas y pobladas de la isla. No tardó el misionero en ganarse la confianza de sus parroquianos: lejos de negarse á satisfacer las necesidades de los mas humildes esclavos, atendia á todas ellas, obligándoles á mostrarse asíduos en las instrucciones y dispuestos á recibir los sacramentos. Recorriendo sin cesar su parroquia, iba á todas las habitaciones á esplicar á los negros de ambos sexos los elementos de la religion, esforzándose en arreglar su conducta, ilustrando al propio tiempo su espíritu. Cuando no podia hablarles, rogaba por ellos, y á sus fervientes oraciones añadia rigurosas penitencias, á fin de que Dios tuviese piedad de aquellos infelices ciegos. Entregado á la oracion y á la penitencia, pasaba la mayor parte de la noche sin cuidarse apenas de dar descanso á su cuerpo postrado por las fatigas del dia. Los gemidos de aquel corazon abrasado en santo celo, movieron al Señor. Esclavos y señores, mejor instruidos en los deberes del cristianismo, empezaron por llenarles; los escándalos fueron menos frecuentes; los groseros vicios desaparecieron; la impudicidad, la embriaguez y la venganza no fueron tan comunes, y, en fin, la frecuencia de los sacramentos, que antes descuidaban, aseguró ó perfeccionó la conversion de los hombres de buena voluntad.

Luego que el superior vió á la parroquia citada bajo aquel pié, trató en 1726, de procurar las mismas ventajas á otra. Hé aquí como el P. Martel, referia su separacion de los primeros feligreses que habian estado á su cuidado, en una carta fechada en 27 de enero del año 1727. «En esta isla, donde la ignorancia es suma, la corrupcion espantosa y el trabajo muchas veces ingrato, el Señor no me ha dejado sin algun consuelo. Despues de las fatigas de tres años consecutivos en mi primera parroquia, por cierto muy estensa, he tenido la satisfaccion de ver á la mayor parte de los habitantes observar debidamente el precepto pascual. Algunos jóvenes solteros comulgaban cada dos ó tres meses, y un número mayor de doncellas se dedicaban á los ejercicios de piedad; dos de ellas se han consagrado á Jesucristo en el claustro, y yo he tenido la satisfaccion de oficiar cuando han tomado el velo. Muchos negros de ambos sexos han abandonado sus antiguos desórdenes, y confiaba lograr un completo cambio en mi parroquia, cuando mis superiores han juzgado á propósito enviarme á la en que me hallo al presente. Jamás he derramado tantas lágrimas como el dia en que me despedí al terminar la misa mayor. Me acompañaron en aquel sentimiento cuantos habia en la iglesia, y no hubo ninguno que no llorase al venir á saludarme cuando partí.»

El Cayo-Bajo, así se llamaba la segunda parroquia, donde el P. Martel llevó todo el peso del trabajo durante cuatro años, ofrecia todavía mayores dificultades que la anterior. Contábanse en ella mas de cuatro mil negros, y el número de blancos era tambien considerable á proporcion. Los vicios que podia hacer nacer la proximidad de unos amos sin pudor y de mugeres todavía mas esclavas de sus pasiones que de sus dueños, habian llegado á los mayores escesos. La mas profunda ignorancia del cristianismo, iba unida á los desórdenes mas horribles. La indiferencia de los blancos, alimentaba aquella ignorancia de los negros, y cuando se manifestaba á los prime-

ros que eran responsables de las almas de los segundos, contestaban friamente: « Solo Dios dispone de los corazones; nosotros no podemos cambiarlos. Aunque lleváramos por fuerza á nuestros esclavos á aprender el catecismo, ¿qué sacarian de oir unas verdades que no están á su alcance, y que aunque prestáran atencion á ellas, ni interesarian su corazon, ni serian capaces de hacerles olvidar sus inclinaciones? » Unos hombres que no querian reprimirse á sí mismos, estaban muy agenos de querer ejercer una presion análoga en sus servidores; y mientras que los negros llenasen la tarea impuesta á su laboriosa actividad, satisfecho el deseo que abrigaban los blancos de amontonar riquezas, poco les importaba todo lo demás. Así es que los esclavos aguardan el descanso del domingo, no para consagrarle como debian á los ejercicios religiosos, sino para entregarse á la satisfaccion de sus brutales pasiones; de modo que hasta entonces habian sido inútiles los esfuerzos de los mejores misioneros que habian intentado sucesivamente la obra de su conversion. Pero el P. Martel, buscando el orijen del mal, fué insinuándose en el ánimo de los principales habitantes, y cuando hubo ganado su afecto, logró convencerles de la estrecha obligacion que tenian de dar mejores ejemplos á los negros, y de poner á estos en la saludable necesidad de recibir las instrucciones de su pastor, en defecto de las que sus dueños, poco cristianos, no les daban ellos mismos, cada uno en su casa. Desde entonces, la iglesia estuvo menos desierta, hubo mas concurrencia á las lecciones del catecismo y la palabra de Dios fué escuchada con mas respeto.

Aunque el infatigable misionero trabajaba sin cesar los domingos y dias festivos, conoció que para comprender y practicar la religion, á tan gran número de hombres, le eran indispensables algunos ausiliares. Esta idea le sujirió la de escribir la siguiente carta á un religioso, antiguo amigo y discípulo suyo: « ¡Ah! si fuese tan afortunado que Dios quisiese servirse de un instrumento tan débil como yo, para haceros misionero, como se sirvió de él para haceros religioso! Si pudiera atraeros á mi lado, cuántos buenos varones imitarian vuestro ejemplo, y cuántas almas conquistariais á Jesucristo con el buen olor de vuestros ejemplos y la uncion de vuestros discursos! Venid, pues, y en cuanto os sea posible, venid, bien acompañado. Llamad, reunid á cuantos buenos obreros podais; no importa el número, porque la obra exige muchos. Aunque un religioso solo se dedicase á enseñar el catecismo en este pais, podria reportar infinitos frutos; y los dias serian muy cortos para enseñar los rudimentos de la religion á los hombres bautizados. ¡Cuántos serian necesarios para oir las confesiones y poner á todo este pueblo en estado de frecuentar los sacramentos!... ¡Cuán sensible es no poder cultivar sino superficialmente un campo, que, bien trabajado, llevaria la abundancia á los graneros del Padre de familia! Y ¿qué diremos de tantos enfermos dispersos en todas las habitaciones? ¡Qué consuelo, qué bendicion para ellos, qué manantial de merecimientos para nosotros, si se pudiese ver á todos una vez al dia, ayudarles á hacer dignos frutos de penitencia y enseñarles á emplear santamente al menos las últimas semanas de una vida perdida en el pecado! ¡Cuántas reconciliaciones podrian lograrse, cuántos pobres socorrerse, cuántos escándalos evitarse, cuántas buenas obras hacerse, cuántas penas soportarse, y, en fin, cuantas coronas merecerse! *Transit hora, transit pœna, non sic merita, non sic gloria.* ¿Creéis que el Padre de las misericordias y el Dios de todo consuelo, deja de dárnosle en nuestros sufrimientos? Estad persuadido, Padre mio, que las cruces de una vida apostólica esconden dulzuras inefables, para los que de veras aman esas cruces tan preciosas á la fé.... Las penas del cuerpo son muy agradables, cuando sirven para sanar las almas. Mi salud no ha esperimentado jamás la menor alteracion desde que me hallo en este pais, y en mi vida he comido menos, ni he tenido mas trabajo. Nada debeis temer, si

Dios os llama á esta mision, etc. » El religioso á quien se dirigia esta viva y tierna exhortacion, no fué á reunirse con el P. Marcelo, pero los superiores no negaron al misionero un compañero que trabajaba ya en la colonia.

Dejándole el cuidado de los blancos ó de los amos, el P. Martel se consagró enteramente á la instruccion de los negros esclavos de ambos sexos. No se limitó á catequizar aquella multitud de negros, tan á menudo y por tanto tiempo como podia reunirles, sino que recorrió todas las habitaciones situadas en el estenso ámbito de su parroquia, y obtuvo con su constancia y vivas súplicas, que todos los que tenian algunos esclavos, le enviasen cada dia dos, un negro y una negra, los mas capaces para ser instruidos. El hombre apostólico se aplicó de tal modo á instruirles, que les puso en estado de poder enseñar, cada uno en su casa y á las personas de su sexo, el catecismo y las oraciones de mañana y noche. Fácilmente se concebirá cuan rudo y fatigoso debia ser para el misionero, sin cesar rodeado de una cuarentena de negros, esplicarles de aquel modo las verdades y máximas del cristianismo, exhortarles con sus patéticos discursos á practicar todo lo que prescribe el Evangelio, ó hacerles repetir lo que acababa de enseñarles. La continuidad de aquel trabajo, que se repetia todos los dias, hubiese parecido á cualquier otro, superior á sus fuerzas; pero el P. Martel no se limitó á aquello únicamente Como las reuniones mas numerosas de los dias feriados, no le permitian poderse dar cuenta exacta del fruto que los cuatro mil negros de su parroquia reportaban de sus instrucciones ó de las de los negros y negras catequistas, empezó por visitar regularmente las habitaciones en los dias de trabajo, y mientras que los esclavos descansaban, obligándoles á guardar silencio y á escucharle, les enseñaba el catecismo, despues les interrogaba alternativamente, se cercioraba de aquel modo de lo que cada uno habia aprendido ó dejado de aprender, y se entretenia en consecuencia con los que mas necesidad tenian de instruccion. Despues de haberse ocupado de los trabajadores, entraba en la casa, no para tomar en ella algun descanso ó alimento, porque no comia jamás fuera de su morada, sino para ver á los enfermos y disponerles á recibir los sacramentos. Lo que habia hecho por la mañana en un lugar, lo hacia por la tarde en otro, si cabe con mayor incomodidad. A pesar del calor, veíasele espuesto por espacio de tres ó cuatro horas seguidas á los rayos del sol, á fin de enseñar á unos pobres esclavos á conocer á Dios, á amarle y servirle. Pero el Señor, que le inspiraba aquel celo, le daba tambien fuerzas para soportar aquel penoso trabajo, tanto como era necesario para la salvacion de muchas almas.

Por otra parte, el mismo P. Martel, describe la serie de sus trabajos, en su carta fechada el 23 de enero del año 1727.

« Me rogais que os diga, para vuestra edificacion, cuales son mis ocupaciones en el lugar en que me hallo; enhorabuena, quiero que las sepais y tambien todos los que quieran ayudarme con sus oraciones. La Divina Providencia me ha conducido á una parroquia que llaman Cayo-Bajo, cuyo territorio es el mas hermoso y fértil de la isla; pero las costas están casi siempre impracticables á causa de los fuertes vientos que reinan en ellas; si bien, en cambio, el clima es mas templado. Como los buques no pueden anclar en esta parte, no siempre tenemos todas las cosas necesarias á la vida, que nos vienen de Europa, y si las recibimos es por conducto de algunos barcos procedentes de San Pedro. Esto es uno de los motivos de mi silencio, porque no saliendo de aquí buques para Francia, é ignorando cuando lo verifican de los puertos, y ocupados todos mis momentos en mis trabajos de la parroquia, no pienso ó se me pasa la ocasion de escribir.

« La iglesia, que es de ladrillo, bastante adornada y muy devota, está situada en una punta de tierra que adelanta en el mar, y la elevacion del terreno sobre el nivel del agua podrá tener un centenar de piés. La rectoría,

el jardin y huerta, que llaman aquí sabana, están en el mismo plan terreno y nivel de la iglesia. El cercado de mi rectoría es como una gran plataforma, hallándose en él reunidas las bellezas del cielo, mar y tierra, con los encantos de la soledad. En medio de la huerta hay una larga y ancha calle de árboles que llega hasta la orilla del mar; las raices de algunos de estos árboles, levantándose sobre el suelo, sirven de rústico asiento. Inmenso es el horizonte que se descubre desde este sitio; pero solo se vé cielo y agua, y el único rumor que se oye es el de las hojas agitadas por el viento, ó el de las olas del mar que vienen á estrellarse contra las rocas. Tal es el rincon de la tierra donde le plugo á Dios colocarme desde el dia 2 de junio del pasado año 1726.

«Hay mas de cincuenta habitaciones en mi parroquia y una pequeña poblacion de unas treinta casas, construidas sin órden bastante cerca de la iglesia. Entre estas habitaciones, hay diez grandes ingenios de azúcar que cuentan de ciento á doscientas personas cada uno. Dos clases de personas habitan el pais: los blancos y los negros; de estos últimos los unos son criollos ó nacidos en la isla, y los otros procedentes de las costas de Guinea, de los cuales algunos fueron ya bautizados en sus tierras. Todos estos negros son esclavos de los blancos, quienes les compran y venden como pudieran hacerlo con un mueble cualquiera. El libertinaje, que ha sido siempre espantoso entre los habitantes de esta colonia, ha producido un gran número de un tercer color, llamados mulatos, que son hijos de un blanco y una negra, y esclavos como su madre. Os horrorizariais si os detallase todos los desórdenes que se cometen en este rincon de la tierra....

«Verdad es que las mugeres y las jóvenes libres, son aquí muy reservadas y modestas; y si alguna falta á sus deberes, lo que sucede raras veces, todo el mundo la mira con desprecio; pero en cambio los hombres se entregan á toda suerte de desórdenes con las negras. En cuanto á los negros de ambos sexos, criollos ó estrangeros, bautizados ó no bautizados, parecen seres sin razon y proceden como los irracionales. El orígen de la corrupcion de los habitantes, procede en gran parte de que apenas hay una negra que no sea licenciosa. Los criollos, si bien tienen mas inteligencia que los negros, no por esto están menos desarreglados. De los tres ó cuatro mil que habrá en la parroquia, no se hallarian diez en estado de poder comulgar. Ya comprendereis por consiguiente, cuales deben ser mis ocupaciones en medio de semejante pueblo: no me queda mas recurso que rogar á Dios y trabajar, en cuanto de mi depende, para la salvacion de tantos infelices. Ya en el primer año que estuve en la colonia, reflexionando sobre su estado y no viendo remedio á sus males, traté de irme á otra parte y hasta escribí al efecto al Rdo. P. General; pero me exhortó á que perseverase constantemente en el trabajo que habia comenzado, y que me animase tanto mas cuanto mayor me pareciese el mal. ¿Qué seria de los enfermos, me decia, si los médicos les abandonasen á causa de la gravedad ó multitud de sus enfermedades? Esta razon me convenció, y considerando que habia pocos obreros para tan gran cosecha, creí que Dios reclamaba mi trabajo en esta tierra por mas ingrata y desagradable que sea. Dios no me desamparó en la primera parroquia, é igual gracia me concede en la segunda.

«Todos los domingos y dias festivos, desde las primeras horas de la madrugada hasta las cuatro de la tarde, me estoy en el confesionario, en el altar ó en el púlpito, á escepcion de una hora que empleo para comer. Los primeros domingos de mes hay procesion y bendicion, y siempre despues de vísperas, enseño la doctrina á los negros que todavía no han sido bautizados. A las cuatro, cuando concluyo, si no tengo que visitar enfermos me voy á rezar y á recogerme en mi ermita. Durante los dias de trabajo, diariamente, y antes de salir el sol, voy á alguno de los ingenios para presidir la oracion de los negros, que la rezan

juntos y les enseño el catecismo; á las ocho regreso á la parroquia y digo misa, y por la tarde, tres dias á la semana, voy á otras habitaciones á hacer lo que hice por la mañana. Además de esto, debo ir á confesar los enfermos, visitar á los que tienen una enfermedad larga y viaticarles en caso necesario. Pero todo esto lo hago con sumo placer y con todo el amor de un sacerdote que ama de todo corazon á Dios y á sus semejantes. Como jamás anochece antes de las seis, ni amanece antes de las siete, porque en este pais los dias no crecen ni descrecen durante todo el curso del año, mas que de una hora por la mañana y otra por la tarde, me queda libre la noche para entregarme á la oracion sin riesgo de que me estorben ni me distraigan....

«No veo todavía que mis esfuerzos hayan dado muchos frutos entre mis feligreses, y son en muy corto número los que he logrado atraer al tribunal de la penitencia desde que me hallo en la parroquia. Ya es mucho que las mugeres blancas y sus hijas se acerquen una vez al mes á la santa mesa; los jóvenes viven casi sin hacer ningun ejercicio religioso, y esto depende de su completa falta de instruccion y del mal ejemplo que les dan sus preceptores. Hay muchachos de diez ó doce años que no han entrado en la iglesia desde el dia que fueron bautizados, y poquísimos son los que á esta edad han confesado. ¿Qué se puede esperar de tan malos comienzos? Estoy trabajando por poder establecer en esta poblacion dos escuelas para ambos sexos, etc.»

Apenas habia trascurrido medio año desde que el P. Martel habia escrito la anterior carta, cuando participaba ya á su amigo haber obtenido buenos resultados su incansable celo. «Lo que he ganado, decia, me hace esperar mayores progresos en lo porvenir.» Sin embargo, añadia: «Si pudieseis ver los tristes objetos que aquí me afligen, confesarias que sin el amor de Dios, la vida seria una pesada carga. Un soplo infernal, vuelve mas negras que el carbon las almas de los africanos y de muchos europeos. Para colmo de infortunio, estos miserables esclavos del pecado son tan ciegos, están tan endurecidos, que el mal parece incurable. Cuando he agotado todas mis fuerzas para hacerles sentir toda su miseria y el inminente peligro en que está de perderse su alma, me contestan con un *sí* lleno de indiferentismo. Y no son los estúpidos negros los que así contestan, son los criollos, son unas personas bautizadas que saben de memoria el catecismo, y que no les falta penetracion ni elocuencia cuando se trata del comercio de la vida, ó quieren espresar sus pasiones ó demostrar las cosas sensibles. Entre esta multitud de negros de todas edades y sexos, no conozco mas que quince ó diez y seis que sean capaces de recibir los sacramentos, y aun á estos se los doy temblando, porque no siempre debe uno fiarse de su palabra. Imaginad lo que tengo que sufrir tratando con semejantes gentes, viéndoles perecer sin poder ausiliarles, porque no quieren recibir ningun socorro. El mayor número descuida completamente sus deberes de cristiano, y solo á latigazos sus dueños les obligan á rezar.... Espero que el Salvador de todos los hombres, tocará al fin el corazon de estos miserables, y mucho podrá el buen ejemplo que empiezan á dar algunos blancos....»

En el mes de noviembre del año 1727 el socorro del cielo que el siervo de Dios pedia para mover los empedernidos corazones de los negros, se manifestó en aquel lugar de la isla con un terrible terremoto que aterrorizó á los mas obstinados pecadores.

«De memoria de hombre, escribia el P. Martel, no se han visto sacudidas tan violentas, ni seguidas tan de cerca unas de otras. Era poco despues del medio dia, cuando salí de la rectoría, temeroso de que las paredes me aplastasen; tan agitada estaba la tierra, que parecia hallarme en un barquichuelo azotado por las olas de un mar embravecido. No ha quedado pared entera; la mayor parte de ellas se han hendido, así las altas como las bajas. Durante seis dias no ha cesado el terremoto, y si bien el que sufrió esta isla en julio de 1702, dicen los que lo presenciaron, que la tierra

se estremeció diariamente por espacio de seis semanas, no fué, añaden, tan violento como este. Como no se ignora que en semejantes accidentes, ha habido islas enteras que se han abismado en el mar, y por otra parte, la tierra se ha abierto en varios parajes en este pais, el espanto es hoy dia general, y bendigo á Dios por haber empleado un medio tan poderoso, aunque natural, para hacerse temer de un pueblo tan tenaz como corrompido. Los hombres mas malvados, dan ahora muestras de arrepentimiento; y si bien esto es muy dudoso acerca la sinceridad de la conversion, que no puede ser buena sin amor; con todo, un santo Padre ha dicho que Dios mueve los corazones con el temor, para hacerles entrar despues en el amor y fortificarles en la caridad. Los efectos inmediatos de este acontecimiento, que podríamos llamar feliz, han sido suspender al menos los desórdenes, hacer entrar en reflección á los mas endurecidos, hacer llenar con mas ardor á las buenas gentes los deberes religiosos y atraer á todo el mundo á la casa de Dios y al tribunal de la penitencia. Mas impresion ha hecho este terremoto en estos hombres materialistas, que todos mis discursos y nuestros mas temibles misterios. Preciso es confesar, no obstante, que cuando toda la naturaleza se estremece, otro tanto esperimenta el cuerpo y el corazon del hombre mas esforzado. De mi sé decir que, aunque estoy resignado á morir del género de muerte que Dios sea servido ordenar, el terror me asalta cuantas veces vuelve á empezar el terremoto.... Mas no por esto abandonaré este pais, el mas propio para hacer suspirar por el cielo, mientras queden en él algunos hombres.»

Es de presumir que las muestras de penitencia que dieron los viejos pecadores mientras la tierra se estremecia bajo sus plantas, cesaron en mucho con la causa que las producia; pero la gracia de Dios y el celo perseverante de su fiel ministro, operaron al fin una parte del cambio apetecido. Un asíduo trabajo de cuatro años, le valió el triunfo alcanzado en la primera parroquia. La trasformacion, sobre todo de los negros, fué tanto mas admirable, cuanto era menos esperada y fué duradera. Cuando el P. Martel vió su parroquia casi en el estado en que la deseaba, la cedió enteramente á otro, en su propósito de buscar otros pueblos que tuviesen mayor necesidad de su ministerio. El superior, á quien comunicó aquel proyecto lleno de peligros y dificultades, no se hubiera atrevido a proponérselo; pero conociendo su virtud, y no dudando que Dios le inspiraba, no creyó deber oponerse á él.

De todas las misiones del P. Martel, la mas larga, la mas penosa y la mas propia para dar á conocer la estension y fuerza de su celo apostólico, fué la de la Dominica, de la que vamos á ocuparnos.

Las islas de la Dominica y de San Vicente, se habian dejado hasta entonces en poder de los indígenas, todos idólatras ó sin religion. Ninguna nacion europea habia tomado formalmente posesion de estas dos islas, y eran libres los particulares de establecerse en ellas. Algunos franceses habian pasado de la Martinica y Guadalupe á la Dominica: los unos agobiados de deudas, para librarse de sus acreedores, los otros á probar fortuna, cultivando con algunos negros, la porcion de tierra que mejor les parecia; muchos en fin para vivir á su antojo en un lugar donde nadie mandaba ni obedecia, donde no habia ningun freno político ni judicial, que restringiese la libertad, pusiese coto á las pasiones y reprimiese los crímenes. Los indígenas en muy corto número para ser molestados por la vecindad de aquellos recien venidos, harto débiles para tratar de echarles, continuaban viviendo en los bosques y en varias partes recónditas de la isla. La tierra y mar les proporcionaban el alimento diario y nada mas apetecian. No poseyendo nada, nada temian, y como se diferenciaban por otra parte muy poco de los irracionales, pasaban la vida presente sin cuidados, ignorando si habia otra. Los unos olvidando completamente las obras de la fé, ni las practicaban, ni se acordaban de ellas; los otros, menos culpables, por ser ignorantes, solo vivian para

satisfacer sus pasiones brutales. Tales eran los hombres á quienes el P. Martel habia resuelto consagrar el resto de sus dias.

Al salir de su parroquia, fué á recojerse con sus hermanos en la comunidad, para prepararse para su mision; y en el mes de setiembre del año 1730, seguido de dos esclavos que debian servirle, entró en la isla de la Dominica. De todas las penitencias con que se disponia para los actos de la vida apostólica, y que tenia costumbre de multiplicar y aumentar á proporcion del endurecimiento de los corazones que queria convertir, la mas ruda quizás, fué la espantosa soledad en que se encontró con sus dos negros, en presencia de los indígenas idólatras y de los europeos, cuya depravacion escedia de mucho á la de los habitantes de sus primeras parroquias. Pero cuanto mas se vió privado de consuelo por parte de las criaturas, mas se atrevió á prometerse la asistencia de Dios. Con aquella confianza que anima al verdadero apóstol, fué en busca ya de los caribes en medio de sus bosques, ya de los franceses, en sus cabañas, separados los unos de los otros por torrentes y precipicios. Una carta escrita de la Dominica el 22 de mayo del año 1731 nos dará á conocer los comienzos de su mision.

«Mil ó mil doscientas personas, libres ó esclavas, que se habian establecido en este desierto, donde no hay mas que bosques, y que vivian sin religion y sin acordarse de Dios en este mundo, me han obligado á abandonar la Martinica, para prestar aquí algunos ausilios á tantas gentes dispersas en una estension de diez y ocho leguas á orillas del mar.... Y como es un pais en donde casi es imposible abrir caminos á causa de los espantosos precipicios que hay por todas partes, no puedo ir á socorrer á mis feligreses enfermos sino cuando vienen á buscarme con un barquichuelo. Paso cuatro meses del año, en un lugar que llaman Savane y otros cuatro en un lugar que llaman Malaya; el primero está distante de mi habitual residencia unas siete leguas, y catorce el segundo. Esta es la parte de la isla que cuenta mayor número de habitantes, tanto blancos como negros, sin contar los salvajes que se hallan en los bosques.

«La primera vez que llegué á esta isla en el mes de setiembre del año 1730, la única iglesia que habia era una especie de cabaña de cañas cubierta de paja, abierta por todos lados, y en ella un altarcito con un crucifijo y algunas estampas. Al principio víme obligado á celebrar en ella los santos misterios, pero despues, gracias á Dios, se hizo una de madera como lo son las de la Martinica, la cual cuenta cuarenta piés de largo por diez y seis de ancho; está bien enlosada y ofrece un buen aspecto interior. Tenemos todos los vasos sagrados, bastante ropa blanca, adornos de seda, y en fin, cuanto es necesario para la decencia del servicio divino. Todo esto lo debo á algunas personas caritativas que conozco en la Martinica, por ser muy pobres los habitantes de esta isla. No os hablo de mi habitacion, que á poca diferencia, es como la antigua capilla de cañas, mitad cubierta de paja. Lo que mas me incomoda es el relente de la noche que me perjudica mucho la vista, pero Dios me ayudará para hacerme una celdita abrigada.

«Mi primer trabajo al llegar á este desierto, fué procurar librarme de unas tercianas que me hicieron sufrir mucho por espacio de tres meses, aunque haciendo algun esfuerzo iba hasta catorce leguas de distancia para dar la comunion á algunos habitantes; por Navidad tuve que guardar cama por no poderme tener de pié. El dia despues de Reyes me embarqué para la Martinica, donde llegué casi muerto; pero á Dios gracias pude restablecerme, y al cabo de un mes regresé aquí enteramente bueno. Me causa gran sentimiento no poder predicar sino los domingos y dias festivos, y el ver casi desierto el confesionario. Estas gentes son muy poco devotas y no se como enseñarles el camino que conduce al cielo. Los mas espantosos vicios, son considerados aquí como cosa de poca monta, y los escándalos que se cometen son inauditos.... Mil veces he estado tentado de volverme á Europa, pero el motivo

que me hizo partir me sujeta á estas islas. Segun el oráculo de nuestro divino maestro, no son los sanos sino los enfermos los que tienen necesidad del médico. Solo, y sin mas ausilio que el de Dios, espongo mi alma para la salvacion de muchas personas que están encenegadas en el pecado. A veces paso tres ó cuatro meses sin poderme confesar, y es preciso embarcarme para ir en busca de un confesor.... Rogad á Dios por estas almas estraviadas; rogad tambien por mi y suplicadle que no me aparte jamás de él en un pais en donde trabajo para acercar á él, á los que de él viven tan apartados.»

La regeneracion por la ley de Dios que el P. Martel habia tenido la satisfaccion de operar en sus dos primeras parroquias de la Martinica, no se verificó ni de un modo tan completo, ni tan pronto en la Dominica, como asi se desprende de los siguientes fracmentos de otra carta fechada en julio del año 1737

«Es tal la índole de los naturales del pais, que seria preciso poder comunicarles la razon antes de hablarles de la fé. La embriaguez y la lubricidad son sus mayores vicios. Se dejarian bautizar dos veces cada dia, mientras les diesen de beber. A todo contestan que sí, pero maquinalmente, y hasta ahora no he encontrado ninguno que me haya parecido capaz de recibir instruccion. Habiendo sido bautizados por otro misionero algunos caribes, despues de haber sido suficientemente instruidos, no han tardado en apostatar, para huir á los bosques en busca de sus amigos, que van desnudos como bestias y evitan cuanto pueden el encuentro de los europeos, escondiéndose en sitios lejanos y casi inaccesibles. Unicamente salen de sus escondrijos para ir á pescar ó comprar una especie de bebida, llamada *tafia*, que les embriaga. Los franceses, aunque todos educados en los principios de la religion, viven en esta isla á poca diferencia como los caribes. Habiendo permanecido por mucho tiempo sin sacerdote, sin instruccion, en una palabra, sin ningun socorro espiritual, la mayor parte han perdido la religion, y ahora apenas es posible volverles á hacer cumplir los deberes esenciales del cristianismo.»

Para mantener sin duda en el P. Martel el sentimiento de la humildad, permitió Dios que en presencia de la estúpida incredulidad de los caribes y de la irreligiosidad práctica de la mayoría de los franceses, sufriese su alma terribles angustias, como así se desprende de estas palabras del misionero: «Me parece que Dios castiga mis pecados, permitiendo que haya venido y permanezca en esta isla; y que siendo indigno de trabajar por los elegidos, he sido arrojado como un réprobo en medio de los réprobos, para quienes trabajo y me aniquilo inútilmente.»

En la confianza de obtener una cosecha muy abundante, si aumentaba el número de obreros, trató de persuadir á algunos dominicos franceses á que fuesen á reunirse con él. Dos únicamente accedieron á sus ruegos, pero se consagraron al servicio espiritual de la Martinica sin pasar á la Dominica, permaneciendo el P. Martel siempre solo en aquel ingrato suelo. Durante el último año que permaneció en él, fué á participar de su soledad el jóven dominico Michon, hijo de América. Por muy laboriosa que fuese la vida del siervo de Dios, no por esto dejaba de mortificar su cuerpo con diversos instrumentos de penitencia. Sóbrio y frugal, se entregaba escasas horas al sueño, y aun estas eran interrumpidas frecuentemente por la oracion. Jamás permitió que entrasen las mugeres en su habitacion, y no se le vió ocioso ni un solo instante; cuando no llenaba sus deberes pastorales, se dedicaba al estudio. En sus viages, siempre alababa al Criador y entonaba cánticos sagrados. Su fervor era tanto mas admirable, cuanto que sufria su cuerpo muchas dolencias. Despues de haber perdido un ojo y en vísperas de quedar ciego, tuvo que resignarse á abandonar la Dominica en el año 1740. Los que menos rebeldes á la luz, se habian mostrado dóciles á su enseñanza, lloraron al ver alejarse á su ángel de paz. El P. Martel regresó á la Martinica donde murió aquel mismo año. Al anunciar su muerte á la

provincia de Tolosa, el P. Mané, vicario general en la Martinica le designó como el mas laborioso y digno de los misioneros que los dominicos hubiesen tenido en aquellas Antillas. Despues de ponderar sus virtudes y merecimientos, añadia: « No nos admira que haya muerto á la edad de cincuenta y siete años, lo que sí nos sorprende, es que pudiese resistir por tanto tiempo al ímprobo trabajo que sobre él pesaba. »

Despues de haber citado los principales misioneros de la Martinica, debemos ocuparnos ahora de la isla de Santo Domingo ó Haiti. Hemos dicho ya, que en esta isla la mayor parte de las parroquias de la costa del Norte habia quedado bajo la direccion de los capuchinos, lo cual duró hasta el año 1702. Muriendo muchos de aquellos religiosos, por no probarles el clima, acabaron por retirarse. Habíase propuesto que los reemplazáran los jesuitas, pero el P. Gouye, procurador entonces de la Compañía en las islas de América, por deferencia á los PP. capuchinos, no quiso aceptar nada sin consultarlo antes con sus superiores en Europa; pero habiéndole declarado estos positivamente que no se hallaban en estado de poder enviar mas religiosos á la mision de Santo Domingo, y que la cedian voluntariamente á los que quisieran encargarse de ella, entonces fué cuando el citado P. Gouye, ofreció sus misioneros. Dice el P. Margat, que habiendo sido arrojados los franceses en el año 1660 de la isla de San Cristóbal por los ingleses, sus habitantes se trasladaron parte á Santa Cruz y parte á la Martinica, y que pasaron despues una gran parte de ellos á Santo Domingo. «Nuestra mision de San Cristóbal, que era floreciente, siguió la suerte de la colonia; su superior que era el P. Girard, recibió órden de pasar á Santo Domingo, donde llegó en el mes de julio del año 1704. En la parte ocupada entonces por los franceses, no habia mas que ocho parroquias, las cuales se hallaban faltas de misioneros, y en consecuencia partieron de Francia en aquel año y el siguiente para Santo Domingo, los PP. Le Pers, Olivier, Le-Breton, Laval y Boutin. Entonces, por voluntad soberana, quedaron encargados esclusivamente los jesuitas de la administracion espiritual de la costa de la isla, desde Montecristo hasta el monte San Nicolás. Esto no impidió que los dominicos tomasen posesion de las costas del Sud, administrando sus parroquias, como hasta entonces habian administrado las del oeste.»

Los negros formaban el mayor número de los habitantes de la colonia. Charlevoix en su « Historia de la isla Española, » dice, de aquellos desgraciados: «Bien considerado no hay mas que africanos entre el Cabo Blanco y el Cabo Negro, nacidos para la esclavitud. Estos miserables confiesan sin rodeos, que un sentimiento íntimo les dice que son una nacion maldita. Los mas inteligentes, que son los del Senegal saben, por una tradicion que se perpetua entre ellos, que esta desgracia es una consecuencia del pecado de su *Papa Tam*, que se burló de su padre. Los del Senegal, son de todos los negros, los mas bien formados, los que mas fácilmente se disciplinan y los mas propios para el servicio doméstico. Los *bambaras* son los mas corpulentos, pero generalmente ladrones; los *aradas*, son los mejores agricultores, pero indómitos; los del Congo, los mas pequeños y los mas hábiles pescadores, pero huyen fácilmente; los *nagos*, son los mas humanos; los *mondongos*, los mas crueles; los *minos*, los mas resueltos, caprichosos é iracundos; en fin, los negros criollos de cualquier raza que provengan, no se parecen á sus padres sino por el color y su índole servil. No obstante, algunas veces manifiestan algun amor á la libertad y tienen mas penetracion y son mas diestros, mas fanfarrones y tambien mas libertinos que los *dandas*, que es el nombre comun de todos los que vienen de Africa.»

El P. Pers, jesuita, indica del modo siguiente la conducta que observaba con los esclavos negros: «Los dandas componen la clase mas vil y numerosa de los habitantes de Santo Domingo, y bien puede decirse que son ellos

los que nos llevan allí; sin ellos no no satreveríamos á aspirar á la calidad de misioneros. Casi todos los años llegan á la isla dos ó tres mil esclavos negros. Luego que sé que han llegado algunos á mi territorio, voy á verles y empiezo por enseñarles á hacer la señal de la cruz, acompañando sus manos; luego la hago yo mismo en sus frentes. Despues de las palabras ordinarias, añado: «Y tú, espíritu maldito, te prohibo en nombre de Jesucristo que violes la señal sagrada que acabo de imprimir en la frente de esta criatura, que ha redimido con su sangre.» El negro, que no comprende ni lo que hago ni lo que digo, en su sorpresa no hace mas que mirarme; pero para tranquilizarle, le dirijo, por medio de un intérprete, estas palabras del Salvador á San Pedro: «Tú no sabes ahora lo que hago; pero ya llegará dia en que lo sabrás.» Despues encargo á los amos que no solamente les hagan rezar juntos con los demás, sino que les instruyan cada dia en particular, mandándoles los dias festivos á la iglesia; y es preciso confesar que estos colonos manifiestan sobre el particular mucho celo, diferenciándose de los ingleses, que no solamente no bautizan muchas veces á los que nacen en sus colonias, sino tampoco á los que les llegan de Africa. Cuando se ha logrado instruir debidamente á un esclavo, lo que cuesta mucho trabajo, y se le cree digno de ser bautizado, se le administra este sacramento, procurando por todos los medios posibles conservar su inocencia, y el mas seguro de todos es sin duda casarle. Pero al llegar á este punto se ofrecen algunas dificultades, porque los amos se figuran que es contrario á sus intereses el que los esclavos contraigan matrimonio, porque la ley del príncipe, como tambien la de la iglesia, les prohibe vender al marido sin la muger y á los hijos de menor edad. Por su parte, tampoco á los negros les gusta casarse, porque consideran su enlace como otra servitud mas onerosa que la en que han nacido. Semejante aversion, que con suma dificultad pueden vencer todas las razones del misionero, débese al uso de la poligamia y del repudio, que los africanos consideran en su pais, como un derecho natural; y únicamente amenazándoseles con las penas del infierno ó haciéndoseles concebir la esperanza del paraiso, se logra vencer su repugnancia. Algunas veces no basta esto, y es preciso bautizarles y casarles al mismo tiempo. Su deseo de recibir el bautismo les hace pasar por todo, y generalmente son buenos cristianos y fieles esposos. Pero por lo regular los reunimos los domingos y dias festivos al salir de la misa parroquial, y despues de una plática doctrinal, bautizamos los recien nacidos y arreglamos los pequeños desacuerdos que se suscitan entre ellos, obedeciéndonos sin replicar. Les visitamos algunas veces en los ingenios y suplicamos á los amos que nos los envien por la Pascua para confesarles, lo que nos lleva mucho tiempo, pues hay parroquia que cuenta mas de dos mil. Los adultos se acostumbran bautizar en las cuatro principales fiestas del año.»

Entre los jesuitas que evangelizaron Haiti, solo haremos particular mencion del P. Pers, decano de la mision, y del P. Boutin, llamado el apóstol de Santo Domingo. El primero, dice el P. Margat, «bajo un esterior sencillo, abrigaba un alma bondadosa, una memoria feliz, un sano juicio, pero sobre todo, mucho candor y un carácter sumamente caritativo. Durante los treinta años que ha permanecido en la mision, pocos son los lugares que no visitase y en que no dejase algunos recuerdos de su celo. Luego que habia puesto las cosas en buen órden, pedia un sucesor y pasaba á otro lugar para hacer otro tanto, de modo que solo se reservaba las penalidades, dejando á los demás el goce de un establecimiento que únicamente debia perfeccionar. Su carácter era una especie de filosofía, basada sobre un fondo religioso; indiferente por todo cuanto tenia relacion con la vida temporal, únicamente las mas apremiantes necesidades le hacian recordar que vivia en la tierra. Parco en estremo, en sus contínuos viages solo comia algunos huevos pasados por agua, y un poco de queso.

Unia á esto un gran celo para la salvacion de las almas; y sobre todo, una disposicion y un talento particular para la direccion de los negros. Amable con todos, y de todos querido, aunque naturalmente muy retirado, logró reunir importantes datos para escribir la historia del pais, y aquel estudio era la única distraccion que se permitió en medio de sus trabajos apostólicos. Halló en Oviedo y en otros historiadores españoles, lo que se referia á los tiempos anteriores, es decir, la narracion de todo lo que habia pasado desde la llegada de Cristóbal Colon hasta la de los franceses. Añadió á esto el estado presente de la isla, cuya mayor parte habia recorrido, y algunas noticias sobre la historia natural. Por mucho tiempo guardó esta historia manuscrita, desconfiando de su estilo que, efectivamente tenia muchos defectos, y por último, se determinó á enviarla al P. Charlevoix, quien se aprovechó de ella en su «Historia de la isla española.» Murió el P. Pers en 1735 á la edad de cincuenta y nueve años.

El P. Luis Boutin, habia sido recibido jesuita en la provincia de Guyena. Todo anunciaba en él, dice el P. Margat, una santidad eminente: un rostro pálido y estenuado, una mirada sumamente modesta; tenia unos ojos no obstante vivos y llenos de fuego cuando predicaba ó hablaba de Dios, y una voz robusta que no parecia corresponder á un cuerpo tan flaco y tan descarnado. Su modo de predicar era sencillo y poco estudiado, pero lo suplia la elocuencia y la abundancia del corazon. Los primeros ensayos de su celo, á su llegada á la mision, fueron en un principio empleados en Accul, y despues en los lugares mas apartados, es decir, en los mas penosos . . Fijóse particularmente en el Cabo, donde por espacio de nueve años tuvo ocasion de hacer brillar sus talentos apostólicos.... Levantándose constantemente á la hora señalada por la regla, despues de haber rezado, iba á despertar los negros de los ingenios haciéndoles rezar, y luego se dirigia á la iglesia parroquial donde permanecia arrodillado hasta que se presentaba alguno al confesionario. Permanecia en aquella postura algunas veces dos ó tres horas con un recojimiento y una devocion ejemplares. Decíase que era preciso tener un cuerpo de hierro para permanecer por tanto tiempo en una posicion tan fatigosa en un pais tan ardiente. Habiendo tenido que dejar la parroquia del Cabo por algunos motivos de obediencia, limitóse entonces á procurar la instruccion de los negros y marinos.... El celo del ferviente misionero, siempre atento al bien espiritual de la colonia, sin cesar le hacia formar algunos proyectos que únicamente podian verse realizados á costa de una paciencia tan laboriosa como la suya. No hallando asilo en el hospital del Rey un gran número de enfermos, el P. Boutin formó otro en la misma ciudad.... pero como despues los hermanos de la Caridad consintieran en recibir á todos los enfermos que se presentasen, el misionero renunció á su hospital y trató de emplear su celo en otros objetos. Un establecimiento para huérfanos fué el preludio de un proyecto mas estenso, que abrigaba el virtuoso sacerdote: consistia este en hacer venir de Europa algunos religiosos para educar á los jóvenes criollos.... y juzgó que nadie podia desempeñar mejor aquella mision que los religiosos de la Congregacion de Nuestra Señora, cuyo primer establecimiento se habia fundado en Burdeos... Ningun trabajo le costó decidir á aquellos santos jóvenes.... El P. Boudin tuvo el consuelo, durante los últimos años de su vida, de ver el fruto de sus trabajos, y sus mayores adversarios se trocaron en sus admiradores y panejiristas. Murió el 21 de noviembre de 1742 á la edad de sesenta y nueve años y algunos meses.»

En 1743, el P. Margat escribia desde el Cabo: «Esta isla es una tierra que devora á sus habitantes.... Cincuenta y seis jesuitas han muerto desde la fundacion de esta mision que data del año 1703. Los pocos misioneros jesuitas que quedan son casi todos viejos y achacosos.» La esplotacion agrícola de las Antillas habitadas por los franceses, se halla en la Guyana, de la que vamos á ocuparnos.

CAPÍTULO XXXVIII.

Mision de los jesuitas en la Guyana francesa.

Los franceses habian aparecido por vez primera en la Guyana hácia el año 1624. Algunos mercaderes de Ruan, domiciliados en Sinnamary, resolvieron cultivar algunos campos cercanos; otros trataron de imitarles, y la compañía del Cabo Norte envió algunos plantadores á Cayena; pero las discordias intestinas contuvieron los progresos de la colonia. En 1666, aquel territorio llamado pomposamente la Francia equinoccial, pasó á manos de la compañía de las Indias occidentales, la cual, apenas instalada, sufrió el implacable antagonismo de los holandeses de Surinam. Las fuerzas batavas conquistaron además la colonia de Cayena en 1676; pero no tardó en volverse á apoderar de ella el mariscal d'Estrées. El establecimiento francés está situado en un islote formado al norte por el mar y en el resto de su circunferencia por los rios Oyac, Cayena y Oyapock, teniendo en su totalidad unas seis leguas de largo por tres de ancho. El terreno es llano con algunas colinas cubiertas de bosques, pero en su generalidad muy fértil. En 1723 solo contaba noventa colonos, ciento veinte y cinco indígenas y mil quinientos negros. El gobierno espiritual corria á cargo de los jesuitas. Los PP. Grillet y Bechamel penetraron en 1674 en el interior de la Cayena, donde hasta entonces no habia llegado ningun europeo.

El P. Creuilly que llegó á aquel pais en el año 1685, permaneció en él por espacio de treinta y tres años. Su primer cuidado fué instruir á los pueblos haciéndoles practicar las virtudes cristianas. No se contentaba con las instrucciones dominicales, sino que embarcándose el lúnes en un barquichuelo acompañado de algunos negros, daba la vuelta á la isla, instruia á cada uno en particular en los deberes de su estado, regresando comunmente de su viage á últimos de la semana. Aunque su caridad era universal, dedicábase con mas ardor al ausilio de los pobres cuyas tierras hacia cultivar por los negros que le acompañaban, y trabajaba con sus propias manos en la reparacion de sus cabañas medio arruinadas. Así es, que no habia nadie que no le respetase como un santo ó le amase como un padre. Para operar la conversion de los indígenas, segundo objeto de su celo, aprendió su lengua, siendo el primero que la redujo á principios generales, facilitando su estudio á los demás misioneros. Se alimentaba como los naturales de pescado y cazabe (1) y se hospedaba con ellos en sus cabañas formadas de cañas, espuestas á las injurias del aire y llenas de importunos insectos. Pero no era esto lo que le afligia, sino la inconstancia de los indígenas que no le permitia bautizar sino un corto número de adultos, y limitaba su celo á la regeneracion de los niños moribundos. Pero con sus trabajos abrió el camino á los misioneros, destinados á completar su obra y á iniciar á varios pueblos en las verdades del cristianismo. La santificacion de los esclavos negros, tercer objeto de su caridad, le ocupó por espacio de veinte años. Cuando se encontraba en una piragua con algunos negros, muchas veces tomaba el remo en su lugar, y cuando habia algunos que estuviesen enfermos les distribuia sus provisiones, contentándose con un poco de cazabe que le daban aquellos en cambio. Como se consideraba como el último de los misioneros, siempre se negó á aceptar el cargo de superior de aquella mision, del cual era el mas digno. En fin, murió colmado de méritos en 1718. Las curas milagrosas que obtuvieron algunas personas que imploraron su intercesion para con Dios, aumentaron mas y mas la veneracion y confianza con el P. Creuilly, hasta entonces el apóstol y despues el protector de la colonia.

Los PP. Lombard y Ramette se consagraron á la mision de Cayena sobre el año 1708. Habiendo sabido cuando su llegada, que en

(1) Harina grosera, hecha con la raiz de la yuca. (N. del T.)

el continente vecino habia un gran número de tribus que jamás habian oido hablar de Jesucristo, solicitaron el permiso de llevarles las luces de la fé; y luego, sin mas guia que su celo, sin otro intérprete que el Espíritu Santo, penetraron en la Guyana, empleando mas de dos años en visitar las diversas naciones. « Despues de haberse captado la benevolencia de aquellos pueblos, dice el P. Crossard, prestándoles los mas humillantes servicios, los misioneros aprendieron sus diversos idiomas y los llegaron á poseer con tanta perfeccion, que se hallaron en el caso de poder predicar las verdades cristianas hasta con elocuencia. Escasos fueron no obstante los frutos que sacaron de sus primeras predicaciones, y á causa del mal estado de su salud, tuvo que regresar á Cayena el P. Ramette; mas no por esto se desanimó su compañero.... Formó el proyecto de establecer una habitacion fija en un lugar que fuese como el centro, desde donde pudiese estar en comunicacion con todos aquellos pueblos, y al efecto escojió las orillas de un caudaloso rio. Allí, con el ausilio de dos esclavos negros y de dos indígenas, desmontó un terreno espacioso, y con la ayuda de otros tres indios, de quienes se hizo amigo, cortó los árboles de que tenia necesidad para construir una capilla y una barraca capaz para poder alojar hasta una veintena de personas. Luego que hubo terminado aquellos dos edificios, recorrió las diversas naciones vecinas, rogándoles que le confiasen cada una alguno de sus hijos; y como se habia captado ya su aprecio, accedieron á su demanda. Entonces su habitacion se trasformó en una especie de seminario de catequistas, destinados á predicar la ley de Jesucristo. Despues de haberles enseñado á hablar, leer y escribir en francés, instruyóles en los principios religiosos bajo un método progresivo. Cuando aquellos jóvenes se hallaban perfectamente instruidos en las verdades cristianas y en disposicion de enseñarlas á los demás, firmes en la virtud y llenos del celo que les habia inspirado para la salvacion de las almas, les enviaba sucesivamente á su nacion, haciendo venir á otros niños con quienes hacia lo que con ellos. Los primeros jóvenes neófitos que volvieron al seno de sus familias, causaron la admiracion de sus compatriotas y cautivaron su amor y su confianza. Todo el mundo queria verles y oirles, y ellos, como hábiles catequistas, se aprovecharon de aquellas favorables disposiciones para civilizar las gentes que formaban su nacion, y trabajar despues mas eficazmente en su favor.... Otro tanto iban haciendo los que les reemplazaban, y todos ellos puestos de acuerdo con su padre y maestro, estaban facultados para bautizar á los recien nacidos, ancianos y enfermos que se hallasen en peligro de muerte, regenerando de aquel modo con las aguas del bautismo á un gran número de almas.... Por espacio de quince años se consagró el P. Lombard á aquellos trabajos; pero como las cristiandades se hacian cada vez mas numerosas por los desvelos de los jóvenes indios que habia formado, y no le era posible cultivarlas y dirigir al propio tiempo su seminario, resolvió reunir todos los cristianos en un solo pueblo; y si bien aquel propósito era contrario á la índole de aquellas gentes, logró vencer su repugnancia, y todas las familias verdaderamente convertidas abandonaron su nacion y fueron á establecerse con el misionero en aquella amena llanura que él habia elegido á orillas del mar del Norte, en la embocadura del rio de Kuru. » El P. Lavit, despues de haber visitado aquella mision, decia: « No podia contener mis lágrimas, viendo el recojimiento, la modestia y devocion con que aquellas diversas naciones de salvages reunidas asistian á los divinos misterios. La religiosidad con que cantaban durante la misa mayor hubiera enternecido al hombre mas tibio, y las lágrimas de los indios, durante el sermon del P. Lombard, hacian el elogio del predicador.... » La iglesia de Kuru cuyo plan habia trazado el P. Lombard en 1726, fué bendecida solemnemente dos años despues. Impulsado por su celo, quiso el misionero trasladarse por algun tiempo á Cayena, donde

una enfermedad contagiosa diezmaba la guarnicion, y sus neófitos, queriendo evitarle la fatiga del viage, le llevaron en brazos durante casi todo el viage. «¿Qué seria de nosotros, decian, si nos faltase nuestro buen *Babá*?»

El P. Fauque, cuya actividad igualó la del P. Lombard, trazó en 1728, el plan de las misiones que debian establecerse entre los indígenas, y fué el primer jesuita que se estableció en el fuerte Oyapock, en donde se encontró como en el centro de todas las que se proponia organizar. A causa de haber encontrado, cuando se abrieron los cimientos de la iglesia una antigua medalla con la imágen de S. Pedro, púsose bajo la proteccion de aquel apóstol al nuevo templo. Por otra parte, el P. Ayma, habiendo logrado captarse la amistad de los piriues, reunióles en número de mas de doscientos en una poblacion que fué establecida con el nombre de San Pablo. El P. Caranave evangelizó á los galibies esparcidos á lo largo de la costa, desde Kuru hasta Sinnamary; el P. Fourré se consagró á la mision de los palikures, y el P. Autilhac reunió en Ouanari á los tocoyenos, mauriues y maraones.» Adelantando un poco hácia el interior, escribia el P. Fauque, podremos abrazar toda la Guyana francesa, es decir, el continente que se estiende desde las Amazonas hasta Maroni.

En 1744, á consecuencia de la guerra que declaró Inglaterra á Francia, un corsario inglés, de la América septentrional, fué á cruzar por delante de las islas de sotavento de Cayena. El P. Fauque se encontraba entonces en Oyapock, donde habian ido á visitarle los PP. Autilhac, misionero en Ouanari, y Huberland, que formaba entonces una nueva cristiandad en la confluencia de los rios de Oyapock y Camopi. En la noche del 10 al 11 de noviembre los ingleses sorprendieron el fuerte; el P. Fauque no tuvo sino el tiempo preciso para correr á la iglesia y consumir las sagradas formas, pero luego fué preso, y tuvo el dolor de tener que presenciar como las llamas devoraban el santuario. Tanto este misionero como el P. Villeconte, superior general de los jesuitas de la colonia, que tambien fué preso, fueron rescatados mas tarde no sin haber tenido que sufrir mucho. Al nombre del P Fauque va unido tambien el recuerdo de una empresa caritativa, de que fueron objeto los esclavos fugitivos. Acontecia muchas veces que los negros, maltratados por sus dueños, abandonaban sus habitaciones é iban á esconderse en los bosques. A fin de salvar á la vez la vida del alma y del cuerpo de aquellos infelices, conocidos en América con el nombre de *marrones*, el bondadoso misionero ofreció, y fué aceptada su mediacion, y se internó en los bosques en 1751, logrando, no sin grandes fatigas atraer á muchos de aquellos esclavos fugitivos, y despues de haberles hecho reconciliar con Dios y con sus amos, alcanzó el olvido completo de sus faltas.

Despues de la supresion de la Compañía de Jesus, habiendo pedido Luis XVI al papa Pio VI en 1777, para la isla de Cayena, algunos misioneros que hablasen la lengua de los indígenas, la Propaganda no pudo enviar á la Guyana francesa, mas que cuatro ancianos jesuitas portugueses, de modo que la órden cuya estincion habia sido provocada por la Francia, fué llamada una vez mas para prestarle algunos servicios.

CAPÍTULO XXXIX.

Misiones de los jesuitas y capuchinos en el Maryland, Virginia, y Pensilvania.

Hemos visto como los franceses se habian puesto en contacto y tambien en pugna con los ingleses en el Nuevo-Mundo. Nos falta hablar ahora de la propagacion de la fé católica en la América inglesa.

Jorge Calvert, conde de Baltimore, ministro de estado de Jacobo I, que le concedió algunas tierras en la isla de Terranova, fué á tomar posesion de ellas y despues regresó á Inglaterra. Cárlos I, abrigando respecto de aquel leal católico, los mismos sentimientos

que Jacobo, concedióle á él y todos sus descendientes, en absoluta propiedad, al norte de Virginia, un vasto territorio, al cual aquel príncipe dió el nombre de Maryland, en honor de la princesa María, su hija. Baltimore se disponia para ir á tomar posesion de aquel pais y ponerse en él al abrigo del rigor de las leyes contra los católicos, cuando murió en el año 1632 Al siguiente, su hijo partió de Inglaterra con doscientas familias católicas, bajo la direccion espiritual de los jesuitas Andrés White, Juan Altham, Knowles y Tomás Gerwack. Desembarcaron en marzo del año 1634 en la isla de San Clemente, á orillas del Potomac y siguiendo su curso penetraron en el pais. « Poco hay que decir de esta reciente mision, escribian los jesuitas á su general en el año 1635. Los numerosos obstáculos con que tenemos que luchar, no nos permiten poder apreciar los frutos obtenidos, sobre todo entre los salvages, cuya lengua nos cuesta mucho aprender. Somos tres sacerdotes y dos coadjutores que soportamos sin quejarnos los trabajos presentes por la esperanza de los bienes futuros. » En mayo de 1641, el P. Juan Brock escribia al jefe de la órden: «Preferiria trabajar en la conversion de estos indios y morir de hambre en el desierto, privado de todo socorro humano, á la sola idea de tener que abandonar esta santa obra de Dios, por temor de faltarme lo necesario. » El puritanismo triunfante en Inglaterra, triunfó tambien en el Maryland y arrebató á los hijos de S. Ignacio la colonia que acababan de fundar. Habiendo caido el P. Andrés White en poder de los perseguidores, fué enviado cargado de cadenas á Europa; pero los demás jesuitas alejados por la violencia, volvieron á su rebaño. El P. Felipe Fischer habiéndose reunido con el suyo, despues de una larga ausencia, escribia en el año 1648 al general: «Por una particular providencia, he hallado á mi rebaño reunido despues de las calamidades de tres años; y lo he hallado en un estado mas floreciente que el de los que lo habian saqueado y oprimido. Imposible seria describir la alegría con que me han recibido los fieles, y mi dicha al verme otra vez entre ellos. La idea de que pronto tendré que separarme de ellos, me aflige; pero los indios reclaman mi ausilio y han sido muy mal tratados por el enemigo desde que este me obligó á ausentarme. Apenas sé que hacer, pero no puedo estar en todas partes. Muchas son las flores que hay en este suelo; ¡ojalá que puedan dar sus frutos! »

Urbano Cerri, que menciona el establecimiento de la mision de los jesuitas en el Maryland, nos dice que el general de los capuchinos, recibió sobre la misma época de la Congregacion de la Propaganda, la órden de enviar algunos apóstoles de su instituto á la Virginia, nombre bajo el cual el autor italiano comprende además la Nueva-Inglaterra. Varios capuchinos franceses é ingleses se dirigieron en consecuencia á aquellos paises. A ruegos de la reina viuda de Inglaterra se renovó aquella mision en 1650; pero desde entonces quedó abandonada.

Sobre el año 1720, el jesuita Grayton predicó la fé católica en Pensilvania, provincia poblada de cuáqueros, y algunas conversiones coronaron sus esfuerzos. Los hijos de San Ignacio fueron los únicos que velaron por la salvacion de las almas en aquella parte de la América septentrional, como lo atestigua Juan Carroll, jesuita americano, quien, despues de la supresion de la Compañía en 1773 regresó de Inglaterra á su patria. La Providencia pareció conducirle allí, porque el ascendiente que le valieron su saber y sus virtudes, hicieron consignar en la constitucion de los Estados-Unidos el principio de la libertad de cultos, feliz victoria alcanzada sobre la herejía por el catolicismo, que desde entonces se pudo predicar públicamente, sin obstáculo legal. La Providencia reservaba tambien á Carroll, el honor de ser el primer obispo de esos Estados-Unidos que, jurando en 4 de julio de 1776 en el congreso de Filadelfia, emanciparse del yugo de Inglaterra, parecia decretaban su independencia política, como un medio para

procurar á la fé romana la libertad de asimilarse aquella parte del Nuevo-Mundo.

CAPITULO XL.

Decadencia de las misiones estrangeras.

La Compañía de Jesus habia llegado á ocupar el primer puesto en las misiones. Su supresion por Clemente XIV en el año 1773 causó á estas un grave mal. Al poco tiempo la revolucion estalló en Francia, y los ejércitos franceses perturbando la tranquilidad europea, rompieron casi enteramente la cadena que enlazaba las misiones de Roma con el resto del mundo. Verdad es que Pio VII devolvió la vida á aquella familia de San Ignacio que habia producido tantos apóstoles, y de la que solo quedaban algunos restos en Rusia; pero si bien multiplicó de aquel modo los obreros evangélicos, faltaban siempre los recursos pecuniarios para sostenerles. Indispensable era de todo punto, á fin de sacar á las misiones estrangeras de su decadencia, el establecimiento providencial de la Asociacion reparadora de la propagacion de la fé, el mas útil ausiliar que ha tenido la Congregacion de la Propaganda. Mientras que el orgulloso saber del paganismo escluia á los profanos de sus templos y escuelas, los hombres de mejores tiempos, nos asociamos á la obra de la redencion universal con la admirable economía de la sociedad católica, que hermana al levita con el samaritano, al sacerdocio con el pueblo, y que les une en el concierto de una caridad fraternal. El sacerdocio, siguiendo el ejemplo del Salvador, ofrece una senda que si bien fatigosa es fecunda en toda clase de bienes, y siempre rodeada de esplendor, despues de haber predicado en los desiertos montes de la infidelidad, sube gozoso al Calvario del martirio. Respecto á nosotros, narradores de sus glorias y compañeros de su fé, nos está reservado aunque el mas humilde el mas dulce de los ministerios: somos como los oscuros discípulos que, siguiendo las huellas del Maestro, llevaban en cestos benditos el pan multiplicado; como los publicanos y pecadores que le preparaban un asilo para pasar la noche; como el desconocido que enjugó su semblante bañado de sangre; como el Cirineo, que durante un momento compartió con él el peso de la cruz; como el justo de Arimatea que recogió su sagrado cuerpo y lo depositó en el sepulcro. Viejos cristianos europeos, adictos á las religiosas fundaciones de nuestros padres, que las tempestades políticas destruyeron, honramos sus últimas voluntades, formando parte de la Asociacion de la propaganda de la fé, y satisfacemos su deuda, que es la nuestra, dando nuestra humilde limosna semanal, destinada á pagar el pasaje del sacerdote á remotas playas, y á asegurarle por algunos dias el manto del apóstol y el pan negro del profeta en el desierto.

Despues de demostrar en el siguiente libro los principales cuerpos de misioneros en accion en medio de los pueblos infieles, presentaremos, bajo forma de conclusion, un cuadro general de los servicios prestados por la admirable Asociacion de la propagacion de la fé. Los detalles que los capítulos precedentes no habrán podido admitir, hallarán cabida en aquel resúmen.

LIBRO CUARTO.

DESDE LA SUPRESION DE LA COMPAÑÍA DE JESUS HASTA NUESTROS DIAS.

CAPITULO I.

Apostolado de los pasionistas en Bulgaria, de los sacerdotes de la mision y de los jesuitas en Levante. —Las Hermanas de la caridad en Oriente.

La direccion espiritual de la Bulgaria fué confiada á los pasionistas en el año 1782.

En aquel mismo año, dió el Soberano Pontífice un decreto, por el cual los hijos de San Vicente de Paul debian sustituir á los de San Ignacio en las misiones de Levante; asi que, en los años 1785 y 1788 partieron de Francia para aquel pais los SS. Gaudez y Daviers; pero como era tan grande el número de establecimientos á que los sacerdotes de la mision debian atender, y no tardó por otra parte en sobrevenir la funesta revolucion del año 1789, fué muy reducido el número de misioneros que pudieron pasar á Oriente. La familia de San Vicente de Paul no pudo desempeñar enteramente todas las funciones que le habian sido confiadas por la Santa Sede, hasta que fué restablecido su instituto en Francia el año 1816; solo se encontraban á la sazon en aquellas misiones seis franceses, á saber, los SS. Gaudez, Fromont, Trevaux, Daviers, Renard y Bricet. Desde el año 1816 hasta el de 1830, fueron enviados á aquella region siete nuevos misioneros, que además de los hermanos coadjutores, continuaron ejerciendo el apostolado en ella, recibiendo sucesivamente nuevos ausiliares.

Las misiones de los Lazaristas estaban colocadas en nueve distintos puntos del imperio turco, á saber: 1.°, Constantinopla, donde habia una iglesia pública, servida por tres misioneros, y dos colegios, uno en el arrabal de Galata y otro en el de Pera; 2.°, Esmirna, donde habia cuatro misioneros, y una escuela para los niños; 3.°, Salonica, en cuyo punto habia una iglesia pública, servida por dos misioneros, y una escuela; 4.°, Naxos, cuya ciudad poseia una iglesia que tenia á su frente tres misioneros, y escuela para la infancia; 5.°, Santorin, que tenia tambien su iglesia y su escuela; 6.°, Damasco, donde habia una iglesia pública servida por dos misioneros, y dos escuelas para la infancia de ambos sexos; 7.°, Alepo, que poseia una iglesia pública, servida por dos misioneros, y una escuela para los niños; 8.°, Trípoli de Siria, donde los dos misioneros en ella residentes, dirigian además de la iglesia pública, las dos pequeñas misiones de Eden y Sgorta; 9.°, Antura, donde hubo una iglesia pública servida por tres misioneros, y un colegio abierto desde el año 1830, como los de Constantinopla. Un solo prefecto apostólico que residia en la capital del imperio turco, fué el que dirigió en un principio todas aquellas misiones; pero como despues de haber conquistado el virey de Egipto la Siria, fuesen muy difíciles las comunicaciones entre aquella region y Constantinopla, dió la Propaganda el año 1833 un decreto, por el que convirtió las nueve misiones en dos prefecturas, una en Constantinopla que tenia bajo su jurisdiccion á Esmirna, Salonica, Naxos y Santorin; y otra en Trípoli

de Siria, de la que dependian las misiones de Damasco, Alepo, Antura, Sgorta y Eden. El misionero Leleu, arrebatado á sus ovejas en una edad temprana, dejó preciosos recuerdos en la provincia de Cons'antinopla; no siendo menos imperecederos los que dejó Poussou en la de Siria.

Desde que los hijos de San Vicente de Paul se habian establecido en el imperio turco, alimentaban el deseo y la esperanza de ver á las Hermanas de la caridad asociarse un dia á sus trabajos: parecíales, que las dos familias de San Vicente de Paul, estaban llamadas por Dios á cultivar juntas aquella tierra infiel. Preciso era escitar la admiracion del turco feroz, presentándole algo de estraordinario que estinguiese el ódio mortal que profesaba al nombre cristiano; preciso era ofrecer á los hereges un espectáculo tierno y consolador que manifestase á sus ojos el desprendimiento, la pureza, la divinidad de la religion católica, patentizando al propio tiempo la impotencia, la falsedad y la malicia de sus creencias; y, por último, preciso era á la obra apostólica esgrimir una nueva arma para atacar eficazmente la infidelidad y la heregía en Oriente. La Providencia, que tenia reservado un poderoso medio de accion, medio poderoso que tanta influencia habia de ejercer en el siglo XIX sobre los pueblos de Oriente, para la gloria de Dios y el consuelo de su Iglesia, quiso que fuesen dos protestantes convertidas, naturales de Ginebra y de Hannover, las que echasen los cimientos de la nueva obra. Las señoritas Tournier y Opperman, despues de haber abjurado sus errores, desearon consagrarse al servicio de Dios y de los pobres en la piadosa institucion de las Hermanas de la Caridad; pero no pudieron ser admitidas en razon á su edad. Por obtener una dispensa que no habia sido concedida hasta entonces, preciso era alegar una causa poderosa; así que, se propuso á las dos postulantes que fuesen á abrir una escuela en Constantinopla bajo la direccion de los sacerdotes de la mision, prometiéndoseles en justa recompensa, que las primeras Hermanas que irian mas tarde á continuar allí la obra por ellas empezada, estarian encargadas de presentarles el hábito de Hermanas de la Caridad, que deseaban tan ardientemente. Embarcáronse pues las señoritas de Tournier y Opperman para Constantinopla el dia 1.° de julio del año 1839, y como no tardaron en obtener felices resultados, se vió llegado el momento de acometer una empresa que entraba tan visiblemente en las miras de la misericordia divina sobre los pueblos orientales. En el mes del próximo noviembre, fué dispuesta la fundacion de dos casas de Hermanas de la Caridad en las ciudades de Constantinopla y de Esmirna, siendo muchas las jóvenes religiosas que pidieron con vivas instancias ser destinadas á aquellos establecimientos lejanos. (1) Las Hermanas Siviragol y Grohuel fueron nombradas superioras de Constantinopla y Esmirna; aquella generosa empresa que tanta gloria habia de procurar á las dos familias de San Vicente de Paul, fué puesta bajo los auspicios del Ilmo. Quelen, arzobispo de Paris, que era á la vez un devoto ferviente del padre de la caridad y un protector decidido de sus nobles hijos. Quiso el prelado ver antes de espirar á las generosas hermanas que iban á compartirse los trabajos del apostolado en tierra estrangera; y desde su lecho de muerte tendió sobre ellas una mano descarnada, y les prometió con una voz solemne que revelaba su santa alegría, las bendiciones celestes. El dia 14 de noviembre del año 1839, salió de Paris aquella cohorte de mugeres fuertes, desembarcando el dia 4 de diciembre en Esmirna, donde se quedó la

(1) Nada importaba á aquellas heroinas cristianas ir á esponerse á las privaciones y peligros de una larga navegacion; nada morir á los filos de la cimitarra musulmana, siempre dispuesta á levantarse contra el que intente atacar la funesta ley de Mahoma: iban á cumplir el mas santo de todos los deberes, y gozosas se ofrecian á ser víctimas de su abnegacion, con tal que pudiesen salvar á una sola de las criaturas que se proponian librar de la muerte eterna. Clamen en buen hora los impíos de todos los tiempos contra esa religion divina que inspira hasta á los seres mas débiles que la profesan tan sublimes virtudes, su voz se perderá en el desierto, porque á pesar de su dictado de hombres *fuertes*, nunca podrán presentar rasgos análogos á los de la simple muger cristiana. (Nota del Trad.)



hermana Grohuel, dirigiéndose la otra superiora á Constantinopla. La prosperidad de los dos nuevos establecimientos, fué tan completa como rápida; véase en prueba de ello lo que decian los *Anales de la Congregacion* en el año 1842: «Hoy dia la casa de Constantinopla forma un establecimiento completo; hay en ella trece hermanas para el desempeño de todas las funciones, y sirve de asilo á cien niñas huérfanas. Hay además tres clases esternas, á las que asisten mas de cuatrocientas niñas, y luego se enseña toda clase de labores á las jóvenes de mas edad; tiene además aquella casa una farmacia que procura gratis á los enfermos todos los medicamentos necesarios. Tambien hay en el propio establecimiento un médico francés que admite gratis á todos los enfermos indigentes que quieran consultarle; y dos hermanas destinadas á la farmacia, que van á visitar diariamente á los enfermos, cualesquiera que sean la nacion y secta á que pertenezcan. Los misioneros están encargados de enseñar el catecismo á las niñas, confesarlas y disponer su primera comunion. La casa de Esmirna esta tambien en el estado mas floreciente; tiene once hermanas, y asisten á sus clases mas de trescientas niñas; los enfermos son aun mejor asistidos que en Constantinopla: no solo recorren las hermanas todos los barrios de la ciudad, sino que acuden tambien diariamente á su convento numerosos turcos y cristianos enfermos, para implorar los ausilios de que necesitan.» La isla de Santorin, tanto por su posicion en la entrada del archipiélago, como por la escelente disposicion de su pueblo católico, fué la destinada á ser el primer punto en que se intentaria acometer en Grecia una empresa de aquella clase; así pues, dirigiéronse á ella en el mes de abril del año 1841 cinco hermanas para fundar una casa, en la que no solo debian encontrar asilo las jóvenes santoriniotas, sino tambien todas las que acudiesen de las demás islas y de todos los puntos del reino griego. La intervencion de Mr. de Langreneé, á la sazon embajador de Francia en Grecia, libró al nuevo establecimiento del ódio implacable de los cismáticos.

Cuando los sacerdotes de la mision hubieron sustituido á los jesuitas en Levante, se vieron obligados los que se habian establecido en Tina y Syra á abandonar estos dos puntos, por carecer de los recursos necesarios; por lo que los hijos de San Ignacio, muchos de los cuales eran naturales de aquellas islas, tuvieron que consagrarse nuevamente á las tareas del apostolado. En el año 1805, dos nuevos religiosos, los PP. Domingo Venturi y Fernando Motté, fueron á reunirse con ellos, ó mejor á sustituirles; despues de su muerte, ó sea en el año 1823, no quedó mas que un solo jesuita siciliano en las misiones del archipiélago. Cinco religiosos, entre los que habia tres sacerdotes y dos coadjutores, fueron enviados desde Roma á aquellas islas en 1830; á los dos años de su llegada, abrieron en Syra una escuela de instruccion primaria y un curso de teología para los jóvenes que seguian la carrera eclesiástica. Luego de obtenidos aquellos primeros resultados, consagraron especialmente todos sus esfuerzos á evangelizar la isla de Naxos, y Scutari, como el archipiélago griego, fué regenerada por los hijos de San Ignacio. Alentados estos religiosos por el recuerdo de las grandes misiones de otros tiempos, fueron á emprender nuevamente en Siria la lucha de la civilizacion contra el islamismo; vióse entonces á los PP. Planchet, Soregna, Vatout y de Houtant en Beyruth; á Riccadona en Zahlet; á Esteve en Bifkaia; á Canuti y Obrompalski en Chazir. «Se reduce una gran parte de nuestra obra á sufrir la persecucion, escribia el P. Planchet á 28 de marzo del año 1844, y no es por cierto aquella la menos gloriosa. Tambien los religiosos de nuestra órden que trabajaron antiguamente en este pais, fueron perseguidos; y sin embargo, lograron hacer tanto en honra y gloria de Dios, que aun hoy dia escitan sus nombres el amor y el reconocimiento de los pueblos.

CAPÍTULO II.

Apostolado de la Congregacion de las Misiones Estrangeras, de los capuchinos, jesuitas, carmelitas, presbíteros del Oratorio y agustinos en la India.

Despues de haber dispuesto Pio VI en su breve de 30 de setiembre del año 1776, que la Congregacion de las Misiones Estrangeras sucediese á los jesuitas en la mision de las Indias, nombró superior de ella al Ilmo. Brigot, obispo de Tabraca, y antiguo vicario apostólico de Siam, cuyo prelado se trasladó al año siguiente á Pondichery, donde los antiguos jesuitas firmaron el acta de su reunion con los nuevos misioneros. Confióse á estos la direccion de los indígenas, mientras que continuaban los capuchinos asistiendo á los europeos de la colonia; el abate Perrin, uno de los colaboradores del obispo de Tabraca, partió tambien el año 1776 para Pondichery, y tributó en su curioso viaje al Indostan un justo homenage á los hijos de San Ignacio que iba á reemplazar su congregacion. Murió el superior de la mision el dia 16 de junio del año 1791; el Ilmo. Champenois, obispo de Dolicha, su coadjutor desde el año 1787, le sucedió en su importante cargo, siendo el que vió caer en el año 1794 la ciudad de Pondichery, y todos los demás establecimientos que tenia la Francia en la costa de Coromandel en poder de los ingleses, quienes trataron á los misioneros con mas consideracion que los mismos franceses. Sus triunfos en el Maduré y el Maissur permitieron al obispo de Dolicha visitar á los cristianos allí residentes, y procurarles los misioneros necesarios. El abate J. A. Dubois, sacerdote de la diócesis de Viviers, partió de Francia para Pondichery el año 1792, siendo destinado tres años mas tarde al Maissur, donde reunió los principales elementos para la obra notable que publicó bajo el título de *Costumbres, instituciones y ceremonias de los pueblos de la India*. Pronto se vieron amenazados aquellos nuevos cristianos por un enemigo encarnizado: tal era el mahometano Tippu-Saib, el cual habia jurado acabar con la religion de Jesucristo en sus estados; empezando por obligar á un gran número de fieles á ser circuncidados. La Providencia, empero, permitió que fuese muerto el tirano el dia 4 de mayo del año 1799 en el sitio de Seringapatam, plaza que tomaron por asalto los ingleses, y por medio de la cual llegaron á ser enteramente dueños del Maissur. El obispo de Dolicha, que murió en el mes de octubre del año 1810, tuvo por sucesor al Ilmo. Hebert, nombrado ya tres años antes su coadjutor, bajo el título de obispo de Halicarnaso, el cual no fué consagrado hasta el año 1811. La mision carecia á la vez de sacerdotes europeos y de recursos pecuniarios; sin embargo, merced á la abnegacion é incansable celo de Mr. Magny, pudo atenderse á la conservacion de un colegio, destinado á formar el clero tamul. Solo un obispo y quince sacerdotes europeos ó indígenas, en su mayor parte enfermos, dirigian el año 1821 á cuarenta y ocho mil cristianos, diseminados por todo aquel vasto territorio; respecto de los europeos, debemos decir que estaban bajo el cuidado de los capuchinos italianos que habian reemplazado á los religiosos franceses de su órden en la época de la revolucion, y que continuaban en la direccion espiritual desde que habia vuelto á pasar Pondichery en poder de la Francia el año 1815, conservándola hasta el año 1829, en cuya época fué nombrado prefecto apostólico, uno de los sacerdotes del seminario del Espíritu Santo, siendo inmediatamente enviado á aquella colonia. Por último, los socorros de la obra de la propagacion de la fé mejoraron en gran manera la situacion precaria de aquella mision; y en breve la presencia de nuevos apóstoles reanimó en ella todas las esperanzas. Despues de haber ejercido el Ilmo. Bonnand su celo durante seis años en el pais de Telinga, fué nombrado coadjutor de Hebert el año 1833, bajo el título de obispo de Drusipare; en aquel mismo año, el misionero Supries, siguiendo las huellas de los jesuitas Faure y Bonnet, intentó evan-



gelizar las islas de Nicobar, pero tuvo que desistir de ello por los muchos obstáculos que se opusieron á su generoso propósito.

El estado de la India bajo el punto de vista religioso, exigia enérgicas medidas; por esto á últimos del año 1833, la Propaganda encargó al obispo de Halicarnaso, superior de la mision de Pondichery, y al obispo de Amata, vicario apostólico del Malabar, que obrasen de consuno por procurar á las numerosas misiones que habia en el oriente de la cordillera de los Chatos, entre las costas de Malabar y Coromandel, todos los cuidados que su posicion reclamaba, ya que los sacerdotes enviados por los ordinarios de Granganor y Cochin, causaban la ruina de aquellas comuniones cristianas. Los sacerdotes franceses que desde Pondichery se dirigieron á ellas, sufrieron una viva persecucion debida á las intrigas del administrador de Cochin. En el año 1834, erigió Gregorio XVI un nuevo vicariato apostólico en el Bengala, al segregar aquella provincia de la diócesis de Meliapur, de que hasta entonces habia formado parte, para confiarla al celo de los jesuitas; siendo el P. Saint-Leger, antiguo provincial de Irlanda, el que fué obligado, á pesar de su resistencia, á aceptar aquel vicariato. Por mas que el administrador de la diócesis de Meliapur se opusiese á la ejecucion del decreto pontificio, y que algunos agustinos de Goa, establecidos en el Bengala siguiesen su cisma, abrieron cinco jesuitas en Calcuta á 8 de octubre el colegio de San Francisco Javier, y dirigieron además por algun tiempo, con la aprobacion de la Propaganda, otro colegio puramente indo. En aquel mismo año, estableció tambien Gregorio XVI el vicariato apostólico de Madrás, ciudad hasta entonces confiada á los capuchinos á título de prefectura apostólica; sin que se mostrase el administrador de Meliapur menos opuesto á aquel nuevo decreto de la Santa Sede. Desde muchos años, las misiones de la isla de Ceylan habian sido esclusivamente administradas por los presbíteros del oratorio de Goa, todos indígenas de la India, habiendo uno de ellos que en calidad de vicario general de Cochin, gobernaba todas aquellas comuniones cristianas. El año 1836, separó Gregorio XVI á aquella isla de la diócesis de Cochin, y fundó en ella un vicariato apostólico, elevando al episcopado á la persona que debia desempeñar aquel nuevo cargo; pero el administrador de Cochin escitó á los fieles desde luego á la revuelta contra el vicario electo por el Pontífice romano. Resuelto á oponer á los vicarios apostólicos del Bengala y Madrás el respetable título ó nombre de obispo, se dirigió el agustino Antonio Texeira á Lisboa, donde se hizo nombrar obispo de Meliapur, sin pensar siquiera en la institucion canónica; y luego se dirigió nuevamente á Madrás á principios del año 1836 para ostentar su título usurpado. Tambien el sacerdote Antonio Feliciano de Santa Rita Carvalho, fué, sin mision del Papa, y sí tan solo con el permiso de la reina de Portugal, á ocupar la silla metropolitana de Goa, vacante desde el 15 de julio de 1831, instalándose en ella en el mes de noviembre de 1837 con el título usurpado de arzobispo y primado de Oriente. El dominico Manuel de San Joaquin Neves, administrador de Cochin, se apresuró á reconocerle; de modo, que las tres grandes diócesis indo portuguesas de Goa, Cochin y Meliapur, se vieron ocupadas á la vez por tres cismáticos. El P. Juan de Porto Peixoto, franciscano reformado de Portugal, administrador de Granganor, solo por impremeditacion cayó en el cisma, pero bastó un simple aviso del vicario apostólico del Malabar para hacerle renunciar á él. Entretanto, el obispo de Halicarnaso y el venerable Dubois, entonces superior de las Misiones Estrangeras en Paris, que habian sido ambos en otro tiempo compañeros de los antiguos jesuitas, á los que profesaban un afecto sincero, pidieron á la Congregacion de la Propaganda el restablecimiento de las misiones de la Compañía de Jesus en el Indostan. En vista de sus reiteradas instancias, dió la Congregacion un decreto el año 1836 erigiendo el nuevo vicariato apostólico de Maduré, y confiándole

á los hijos de San Ignacio. Pero, estos, en vista de la perfecta inteligencia que habia reinado siempre entre los antiguos jesuitas de la India y sus sucesores del seminario de las Misiones Estrangeras, dieron una prueba de confianza y de desinterés á sus émulos, pidiendo que el superior de la nueva mision de la Compañía, en lugar de ser vicario apostólico, dependiese del obispo de Halicarnaso, por deber ser considerado como vicario apostólico del Maduré; accediendo la Congregacion á su deseo. Despues de un año que el obispo de Drusipare habia sucedido al de Halicarnaso, muerto á 5 de octubre de 1836, con el título de vicario apostólico, al poco tiempo de hallarse el nuevo prelado en posesion de su diócesis, vió llegar á ella á los PP. Bertran, Garnier, Martin y Du-Ranguet, jesuitas franceses, destinados por Gregorio XVI al Maduré, á fin de que renovasen en él los heróicos esfuerzos de sus antecesores; sufriendo aquellos religiosos la misma persecucion suscitada contra los sacerdotes que habian sido enviados antes que ellos desde Pondichery. Tal era el triste estado de las iglesias de la India en la época de que nos ocupamos; es indudable que sin la activa intervencion de los vicarios apostólicos del Malabar, el Bengala, Madrás, Pondichery y Bombay, hubiesen sido todas ellas arrastradas al cisma. A fin de remediar los males que tan de cerca las amenazaban, dióse á 24 de abril del año 1838 la Bula *Multa præclare*, por la cual se suprimieron las cuatro diócesis indo-portuguesas de Granganor, Meliapur, Cochin y Malaca, poniendo sus respectivas provincias bajo la jurisdiccion de los vicarios apostólicos mas inmediatos, y aboliendo el derecho metropolitano de Goa sobre las diócesis suprimidas. Hubo desde entonces siete vicariatos apostólicos independientes de la diócesis de Goa, que fueron confiados á otros tantos obispos *in partibus*.

El de Pondichery, del que estaba encargado el obispo de Drusipare, contiene hoy dia cerca de doscientos treinta mil católicos; hay entre ellos unos ochenta mil, que son dirigidos por veinte y un sacerdotes de las Misiones Estrangeras y dos sacerdotes indígenas: los restantes, están bajo la direccion de los jesuitas, que, dignos en un todo de sus ilustres antecesores, supieron vencer todos cuantos obstáculos les opusieron contínuamente el protestantismo y el cisma; se mostraron superiores á la muerte que les diezmaba; empeñaron una lucha gloriosa con la idolatría, y prepararon ya desde el año 1845 todos los medios que habian de realizar en adelante el establecimiento del seminario-colegio de Negapatam.

CAPÍTULO III.

Apostolado de la Congregacion de las Misiones Estrangeras en Siam.

Velaba la Santa Sede con paternal solicitud sobre el reino de Siam, cuya posicion verdaderamente céntrica respecto al Asia, y la facilidad de sus comunicaciones con las islas que no habian sido aun esploradas, hacian que no pudiese ser mirado aquel reino con indiferencia por el que tanto se interesaba en los progresos de la fé.

El Ilmo. Brigot, obispo de Fabraca, superior á su muerte de la mision de Pondichery, habia tenido por coadjutor, en calidad de vicario apostólico de Siam, al Ilmo. Le Bon, que le sucedió en aquel cargo, siendo preconizado obispo de Metellópolis el año 1766. En el año 1775, vió aquel prelado suscitarse una persecucion por haberse negado tres mandarines cristianos á prestar un juramento, en razon á las prácticas supersticiosas que para aquel acto queria exigírseles. Sin embargo, despues de haber resistido aquellos mandarines á diferentes tormentos, consintieron cobardemente en practicar las ceremonias prohibidas; durante aquellas tristes circunstancias, el obispo y los sacerdotes Garnault y Coudé, ambos misioneros, recibieron cien palos cada uno, y fueron arrojados al fondo de un calabozo cargados de cadenas; solo se les restituyó la libertad despues de habérseles hecho sufrir muchos

tormentos, y aun bajo la formal promesa de que no intentarian salir nunca del reino. Pero luego el rey, pensando que lograria mas fácilmente acabar con el cristianismo cuando los misioneros se hubiesen alejado, acabó por espulsarles de sus estados, despues de haberles maltratado nuevamente. El obispo de Metellópolis, despues de treinta y cinco años de penoso apostolado, terminó en Goa su gloriosa carrera á 27 de octubre de 1780; los misioneros Condé y Garnault le sucedieron sucesivamente; el primero bajo el título de obispo de Rhesi, murió á 8 de enero del año 1785, cuando iba á hacerse consagrar; y el segundo, con el título de obispo de Metellópolis. Pronto tuvieron los discípulos de Jesucristo una nueva ocasion para hacer patente en los años 1796 y 1797 el espíritu de su fé y la resolucion heróica de que estaban animados; sin embargo, el mismo jefe de los talaponeses fué el primero en aconsejar que no fuese su noble sangre derramada. El cerco que tenian puesto los birmanes en el mes de noviembre del año 1809 á la poblacion de Jonk-Selam, dió lugar al misionero Rabeau y al sacerdote siamés Juan Pascal, á que desplegasen todos los tesoros de la caridad cristiana; poco generosos los birmanes en su victoria, maltrataron á los dos misioneros, pero respetaron al fin sus vidas. Rabeau logró escaparse en uno de sus buques, cuya tripulacion sublevada arrojó á su capitan al mar, y temiendo luego que pudiese el misionero acusarla, hizo sufrir al ministro de Jesucristo la misma suerte que á aquel desgraciado.

Entre tanto el antiguo colegio general de Siam, tan útil como cuna del clero indígena, era deudor á las iglesias españolas de Manila y de América de una nueva existencia. Seguro el misionero Letondal, encargado de la procura de Macao, de hallar entre los ingleses la tolerancia que se le negaba en aquella ciudad, tomó el partido de ir á establecerse el año 1808 en Pulo-Pinang, isla perteneciente al gobierno británico, en el estrecho de Malaca. Como ocurriese en el año 1812 un incendio que consumió en pocas horas las tiendas destinadas á sostener con su alquiler el colegio que les estaba confiado, y no pudiesen ser aquellas reconstruidas por falta de fondos, no quedó al colegio ó seminario mas recurso para su sostén que apelar á la caridad pública.

Los disturbios políticos ocurridos en el siglo anterior, y sobre todo la falta de medios de los operarios evangélicos, eran causa de que la mision de Siam, propiamente dicha, se viese reducida á menos de tres mil cristianos, esparcidos casi por todo el reino, bajo la direccion del misionero Florent, obispo de Sozópolis, y de la de siete ú ocho sacerdotes, en su mayor parte siameses. En vista de las favorables disposiciones que mostraban de vez en cuando el pueblo y los diferentes soberanos de la península de Malaca, disposiciones de las que Peccot fué testigo en los principados de Quedah y de Ligor el año 1822, asombróse un protestante de que no se enviasen misioneros al Pegú y á Ligor, donde no solo prometió el rey conceder la libertad de cultos, sí que tambien hacer construir una iglesia católica á sus espensas. «No comprendo, esclamaba el protestante citado, como habiendo tantos sacerdotes, cuyos servicios no son en Francia absolutamente indispensables, haya tan pocos que tengan el valor necesario para desafiar los peligros que simples mercaderes se atreven á arrostrar en interés de su comercio.» El obispo de Sozópolis, á fin de atender á las necesidades de una mision que las conquistas hechas por los ingleses sobre los birmanes en el año 1825 parecian ensanchar, formó en Bangkok un seminario para los sacerdotes indígenas. El dia 29 de junio de 1829, consagró el Ilmo. Bruguiere á su coadjutor, bajo el título de obispo de Capse, sin prever que el nuevo prelado, nombrado vicario apostólico de la Corea, tendria que separarse de él al año siguiente. Cuando el misionero Pallegoix, visitaba en el año 1830 el punto en que se alzaba poco antes la capital del reino, destruida por los birmanes, no pudo menos que sentir la emocion mas profunda, segun lo demuestra él mismo en las siguientes líneas: «No pude

contener las lágrimas ante las tristes ruinas de cuatro iglesias cristianas y de la desolacion general que reinaba en torno mio. En medio de aquel inmenso desierto, en el que poco antes se alzaba una ciudad populosa, escojí por morada las ruinas de San José, donde duermen su sueño de muerte once vicarios apostólicos y otros muchos santos misioneros. En medio de los restos de columnas y de antiguos muros, convertidos hoy en guarida de buhos, escorpiones y serpientes, no cesaba de pedir al Señor se dignase devolver á aquellos santos lugares su primitiva gloria. Sobre las ruinas del palacio episcopal, hice construir una cabaña de hojas y bambúes, para celebrar en ella el santo sacrificio de la misa todos los domingos y demás dias festivos.» Deschavannes, misionero de las tribus del Laos, sucumbió á 6 de setiembre de 1831 en medio de un desierto; Vallon murió al año siguiente en la isla de los Nias; siendo casi al propio tiempo Berard, como él víctima del veneno, mientras que penetraba Barbe en los bosques habitados por los karianes. Once misioneros franceses y siete indígenas formaban todo el clero del obispo de Sozópolis, cuando dejó la muerte de este prelado el peso de toda la mision á Courvezy, su coadjutor, que acababa de ser consagrado bajo el título de obispo de Bide. Dos hermanos del rey de Siam se mostraron el año 1835 bastante dispuestos á abrazar el cristianismo; pero, á pesar de todas las esperanzas, no debia plantarse aun el lábaro de la cruz en las gradas del trono. Imposible fué á Mr. Candalh penetrar en el interior de las islas de Soumatra y de los Nias; porque entre los indígenas de la primera de estas islas, que no habian querido someterse nunca á la dominacion holandesa establecida en las costas, equivalia el nombre de europeo á una sentencia de muerte. El número de cristianos que habia en toda la mision de Siam el año 1838, se elevaba á unos siete mil, y estaban divididos en varias comuniones muy apartadas casi siempre unas de otras: la sola poblacion de Bang-kok tenia cinco iglesias. En 3 de junio el obispo de Bides consagró el Ilmo. Pallegoix, nombrado su coadjutor, bajo el título de obispo de Mallos; cuando toda la península de Malaca fué confiada por Gregorio XVI á los sacerdotes del seminario de las Misiones Estrangeras, el vicariato fué dividido en dos; de modo que el obispo de Mallos fué vicario apostólico del reino de Siam propiamente dicho, teniendo por principal residencia la poblacion de Bangkok, y el obispo de Bide conservó á Singapour.

Procuró aquel prelado hacer evangelizar los nicobarianos, que el sacerdote Supries, de la mision de Pondichery, habia visitado ya en el año 1833; cuando en union con el mismo misionero pasó Galabert tres años despues á aquellas islas, fueron en un principio los dos apóstoles benévolamente acogidos; pero como no les procurasen luego aquellos isleños socorro alguno, vióse obligado el obispo de Bide á hacerles retirar de aquella mision en el mes de marzo de 1837. Dos nuevos apóstoles, los misioneros Chopard y Beaury, que eran los dos mas jóvenes de su vicariato, se embarcaron á 3 de febrero de 1842, á fin de ver si lograban convertir á aquellos naturales; pero el segundo espiró el dia 2 de abril en la isla Teresa, en la que el primero levantó una iglesia junto á su sepulcro. El estado de salud de este último misionero le obligó á regresar varias veces al continente, en el que murió al fin el dia 25 de junio de 1846, lejos de sus queridos salvajes, que le profesaban ya el mas vivo afecto.

CAPÍTULO IV.

Apostolado de la Congregacion de las Misiones Estrangeras, de los dominicos y franciscanos en el Tong-King y en Cochinchina.

Los sacerdotes del seminario de las Misiones Estrangeras que evangelizaron el Tong-King occidental, y los religiosos de la órden de Predicadores que ejercian el apostolado en el Tong-King oriental sin tener que vencer grandes obstáculos, se vieron envueltos de repente



el año 1773 en una persecucion terrible. Los PP. Castañeda, dominico español, y Vicente Liem, dominico tongkinés, fueron decapitados el dia 7 de noviembre como jefes de la religion cristiana; la misma suerte cupo el dia 29 de enero de 1777 á un catequista que estaba íntimamente unido con el P. Vicente. Inminente era la ruina de la religion cristiana por haber sido puesta á precio la cabeza de los misioneros europeos; pero como siempre vela Dios por su iglesia, permitió muriese el príncipe perseguidor el año 1782. Durante aquella época azarosa, murió á 18 de julio de 1780 Mr. Reydelet, obispo de Gabale y vicario apostólico del Tong-king occidental, sucediéndole el celoso Davoust en aquel importante cargo. Cuando fué este misionero enviado á Europa, recibió en Roma el título de obispo de Ceram; luego estrechó mas y mas las relaciones de los directores del seminario de Paris con los misioneros, por medio de las reales cédulas que obtuvo de Luis XVI el año 1775. Cuando llegó nueve años mas tarde al Tong-king, estaba este pais muy agitado, á causa de los sucesos políticos acontecidos en él y en Cochinchina, y que tuvieron tanta influencia en el porvenir de las dos misiones.

El Ilmo. Pigneaux de Behaine, obispo de Adran, vicario apostólico de Cochinchina, supo merecer con sus virtudes la confianza y estimacion de los cristianos y hasta de todos los idólatras; el rey, destronado por una insurreccion, y luego víctima de la doblez de los siameses que, so pretesto de reponerle en el trono, emplearon su nombre por devastar su pueblo, confió al prelado la suerte del príncipe Canh, su hijo y presunto heredero, que solo contaba á la sazon cinco años. Con este motivo, negoció el obispo un tratado entre Cochinchina y Francia, que debia dar por resultado disminuir la preponderancia inglesa en la India; y luego se dirigió á Paris el año 1786 con el jóven príncipe. Acogido el proyecto del obispo de Adran, se firmó el tratado en Versalles el dia 28 de noviembre de 1787 por los ministros de Luis XVI, y por el príncipe Canh, en nombre de su padre, que acababa de reconquistar la baja Cochinchina. Habiendo sido nombrado luego Pigneaux de Behaine ministro plenipotenciario en aquella region, abandonó á Francia en el año 1788 con el jóven príncipe, su discípulo, y siete nuevos misioneros. Lástima fué que el gobernador de las posesiones francesas en la India, paralizase con sus vacilaciones la ejecucion de un tratado que, al procurar á la Francia la posesion del magnífico puerto de Touran, habia de asegurarle el imperio en los mares de la China. Sin embargo, el obispo de Adran inventó en Pondichery un medio asaz poderoso para continuar la guerra heróicamente sostenida por el rey, con el que fué á unirse en el año 1789; pero no pudo aquel virtuoso prelado encargarse de la alta Cochinchina por hallarse en poder de los rebeldes; con todo, tenia en ella á su coadjutor La Bartette, nombrado obispo de Veren, á algunos misioneros franceses y varios sacerdotes cochinchinos.

Los SS. La Bartette y Longer, sucesor este último del obispo de Ruspe, vicario apostólico del Tong-king oriental, que murió el 7 de setiembre del año 1789, no pudieron ser consagrados por Mr. Pigneaux de Behaine, á causa de la guerra civil en que estaban envueltos la Cochinchina y el Tong-king; teniendo que recibir Longer la consagracion episcopal el año 1792 en la ciudad de Macao. Cuando al año siguiente regresó á su mision, fué su primer cuidado consagrar á La Bartette, coadjutor del ilustre obispo de Adran, y á Mr. de Feissetein, nuevo vicario apostólico del Tong-king oriental.

Sufrió el cristianismo en aquel pais el año 1795 una nueva persecucion, que si bien se hizo estensiva hasta el alta Cochinchina, no fué afortunadamente duradera; luego se renovó en el año 1798, siendo condenado el sacerdote cochinchino Manuel Trieu durante la misma á ser decapitado el dia 17 de setiembre en Hué. Increible era la crueldad con que se trataba á los cristianos en el Tong-king, donde no solo se les clavaban las manos, sino

que hasta se les introducia puntas de hierro en las uñas. Lamothe, que desde el año 1796 era coadjutor del Ilmo. Longer, bajo el título de obispo de Castoria, debió su salvacion á la serenidad de un cristiano; en cambio, Juan Dat, sacerdote tongkinés, sufrió el martirio á 28 de octubre. El obispo de Gortyne, despues de haber caido ya en poder de sus perseguidores, fué libertado por los cristianos; los SS. Langlois, de La Bissachere, Eyot y Lepavec, se vieron espuestos constantemente á los mayores peligros

Entre tanto el obispo de Adran, cuya influencia no bastaron á hacerle perder los esfuerzos de algunos mandarines idólatras, renunciaba en la baja Cochinchina el primer puesto del Estado, ofrecido por el reconocimiento del monarca: solo aceptó los recursos necesarios para establecer dos colegios ó seminarios destinados á sostener el clero indígena. Cuando el rey tuvo la desgracia de perder á aquel prelado el dia 9 de octubre del año 1799, mandó celebrar por su alma unos funerales, cuya magnificencia escitó la admiracion de toda la Cochinchina, dirigiendo luego á su familia una sentida carta, que terminaba de esta manera: «Mi estimacion y afecto por él iban siempre en aumento, por ser cada dia mayores los beneficios que de él recibíamos; solo al ilustre finado debimos siempre el salir de todos nuestros apuros. Eramos tan inseparables, que cuando me obligaban los negocios á salir del palacio, iba siempre junto al mio su caballo: puede decirse que no teníamos los dos mas que un solo corazon. Desde el dia en que por mi dicha le plugo al cielo ponernos en un mismo camino, no se ha entibiado nunca nuestra amistad; contaba que su salud robusta me permitiria gozar aun por mucho tiempo de su íntima union, cuando hé aquí que cubrió de repente la tierra aquel árbol precioso y benéfico. ¡Cuánto lo siento! Para demostrar al mundo todos los grandes méritos de aquel estrangero ilustre, y á fin de dar á conocer las virtudes que procuró ocultar siempre con tanto cuidado, le nombré preceptor del príncipe heredero, le conferí la primera dignidad del reino y le dí el nombre de Perfecto. Pero ¡ah! cuando el cuerpo sucumbe, no hay lazos que puedan impedir al alma volar al cielo que le está entreabierto! Aquí termino este merecido elogio, pero no terminará nunca el dolor que me le inspira. ¡Alma pura de mi maestro, recibe benigna esta ofrenda de mi amor y gratitud!» El príncipe Canh, discípulo del obispo de Adran, no tardó en seguirle al sepulcro: jóven dotado de ardientes pasiones, fué por algun tiempo víctima de sus estravíos; pero tuvo al menos la dicha de recibir el bautismo antes de su muerte, acontecida en el año 1801.

El rey, ó mas bien el tchua, amigo de Pigneaux de Behaine, no solo conquistó el alta Cochinchina, sino tambien el Tong-king, donde cesó con aquel motivo la persecucion contra los cristianos; con todo, no supo hacer partícipe de sus conquistas á la familia de los Lé, en la que residia el derecho de sucesion. Al contrario, procuró conservar aquel reino para su dinastía, puesto que habiéndose hecho declarar soberano de toda la Cochinchina y el Tong-king, tomó el nombre de Gia-laong. Privado de los saludables consejos del virtuoso obispo de Adran, no solo dejó de dar el edicto de proteccion que tenian los cristianos derecho á esperar de él, sino que prohibió por el contrario reparar ninguna iglesia sin su permiso, y hasta el que pudiesen en lo sucesivo construir otra alguna, merced á la influencia que ejercian sobre él los enemigos de la fé. Durante el reinado de Gia-laong, que duró hasta el año 1820, Longer, vicario apostólico del Tong-king occidental, tuvo por coadjutor, despues de la muerte de La Mothe, ocurrida el 22 de mayo del año 1816, al Ilmo. Guerard, obispo de Castoria, como su predecesor. La Barette tuvo sucesivamente por coadjutores en Cochinchina á los SS. Doussain, muerto en el año 1809, y Audemar, que murió á 8 de agosto del año 1821, ambos bajo el título de obispos de Adran.

Lejos de dejar Gia-laong la corona á Ung-

hoa, hijo del príncipe Canh, la legó á Minh-mang, su hijo natural, cuyo advenimiento al trono coincidió con la invasion del cólera, triste presagio de las persecuciones que habian de sufrir los cristianos durante su dominacion. El obispo de Veren, vicario apostólico de la Cochinchina, muerto en 6 de agosto de 1823, tuvo ya un presentimiento de ello antes de descender al sepulcro. En el año 1826 llamó Minh-mang á la córte á todos los misioneros franceses, so pretesto de hacerles dar algunas esplicaciones sobre los mapas y darles á leer algunas cartas escritas en caractéres europeos; sin embargo, no se ocultó á los misioneros que solo se les obligaba á reunirse para hacerles partir á Europa. Al propio tiempo, hizo el rey presentarse una peticion firmada por algunos mandarines contra el cristianismo, á fin de poder dar una forma legal á sus violencias. Despues de la muerte de los SS. Guerard y Ollivier, coadjutores sucesivamente del Ilmo. Longer, no quedaron en el Tong-king occidental mas que su vicario apostólico y tres sacerdotes franceses; el dia 21 de setiembre del año 1830, el obispo de Gortyne consagró al Ilmo. Havard, nuevo coadjutor, bajo el título de obispo de Castoria, el cual murió en 18 de febrero del año siguiente. Acercábase ya el dia de los grandes combates, puesto que á mediados del año 1830 empezó una terrible persecucion, á consecuencia de una nueva instancia presentada por algunos mandarines contra la religion de Jesucristo. Jaccard, condenado el año 1832 á servir en clase de soldado, cuya pena equivalia en aquel pais á la de trabajos forzados, logró quedarse en la córte con el cargo de traducir para el rey los periódicos ingleses, y al que se atrevió á presentar en cierta ocasion un compendio de los dos Testamentos, escrito en lengua anamita. Dióse el dia 6 de enero del año 1833 un edicto por el que se mandaba obligar á todos los cristianos á la apostasía, haciéndoles pisar la cruz, y destruir todas las iglesias y demás casas religiosas: encargábase muy particularmente á los mandarines que se apoderasen con preferencia de los sacerdotes y de los catequistas. Pedro Tuy, sacerdote tongkinés, fué el primero que tuvo la gloria de morir decapitado por Jesucristo en 11 de octubre; el vicario apostólico de la Cochinchina, acompañado de algunos misioneros, logró refugiarse en los reinos de Siam y Camboge. El P. Odorico, franciscano español, que formaba parte de aquella mision, tuvo valor bastante para presentarse á sus perseguidores, siendo trasladado á la capital del reino; otro tanto hizo el misionero Gagelin por no comprometer á los fieles que le habian dado hospitalidad, el cual fué estrangulado en Hue el dia 17 de octubre. Pablo Doi Buong, capitan de guardias del rey, fué decapitado seis dias despues en el punto mismo en que se alzaba poco antes una iglesia; la pena de estrangulacion impuesta al P. Odorico y á Jaccard, fué conmutada por la de detencion perpétua en el Laos, donde murió el piadoso franciscano á 25 de mayo del año 1834. El dia 13 de enero del propio año, dióse un nuevo edicto por el que se prescribia aun de un modo mas imperioso á los fieles que apostatasen desde luego; y á fin de que los pueblos no echasen tan de menos las reglas santas del Decálogo cristiano y las piadosas reuniones que se celebraban en los dias festivos, promulgó el rey idólatra un decálogo, y una ley imponiendo á la nacion cuatro solemnidades religiosas al año. «Grande é involuntario homenage, dice el obispo de Hesebon, prestado á la belleza de nuestra moral evangélica y á la verdad de nuestro culto, que satisfacen todas las necesidades que puede esperimentar el corazon del hombre.» Entre tanto, el vicario apostólico de Cochinchina, refugiado en Siam, se habia dirigido á Pinang con los seminaristas que le acompañaron al verse obligado á separarse de su vicariato. Tuvo aquel prelado el consuelo de consagrar, bajo el título de obispo de Metellópolis, á Cuenot, su coadjutor, que volvió á entrar en su asolado vicariato el 24 de junio. Minh-mang, nombrado rey en perjuicio del príncipe legítimo, al que suponia eran favo-

rables los misioneros, se decidió por sus temores políticos á perseguirles sin tregua; habiendo sido preso Marchand en el mes de setiembre del año 1835, en una fortaleza en que le tenian los rebeldes detenido, acabó aquella circunstancia de confirmar al rey en la idea de que entraban los cristianos en todos los complots formados contra su persona. Despues de haber arrancado á pedazos las carnes del mártir, sin que lograsen sus verdugos hacerle exhalar ni un lamento siquera, acabaron por decapitarle, á pesar de haber sucumbido ya al rigor de los tormentos: voló el alma del mártir al cielo á principios de noviembre. Hallándose el misionero Retord oculto en un foso por burlar la persecucion de uno de los mandarines, discurria de este modo acerca de sus generosos hermanos en el apostolado: «Cuan pronto pasa la vida de los misioneros: es como la flecha que hiende el aire para llegar á su objeto, con la sola diferencia de que es la eternidad el objeto que aquellos se proponen alcanzar. Suat, murió hace ya tres años; Mollin, fué arrojado á un rio en el que murió ahogado; un sacerdote anamita fué decapitado; el P. Odorico murió en el destierro; Gagelin, estrangulado; Rouge sucumbió en las montañas; Mr. Jaccard murió lentamente en un calabozo; y Marchand.... ¡ah! bien lo he dicho; ¡cuán pronto pasa la vida de los misioneros!» La falta de salud obligaba al misionero Cornay á dirigirse á Francia, pero como cayese en poder de sus perseguidores al emprender la marcha, fué condenado á muerte el dia 20 de setiembre del año 1837; al llegar al lugar del suplicio, se le sacó de la jaula en que estaba encerrado, se le quitaron los hierros y se le decapitó, siendo luego su cuerpo descuartizado. El catequista tongkinés, Francisco Javier Can, selló tambien con su sangre las doctrinas cristianas, habiendo sido estrangulado el dia 30 de noviembre. Tambien la mision dominicana del Tong-king oriental tuvo sus mártires, y no se vió menos perseguida que las de Cochinchina y del Tong-king occidental, compuestas de sacerdotes franceses. Ignacio Delgado, que hacia cuarenta años estaba desempeñando las funciones de vicario apostólico, murió en un calabozo el dia 12 de junio del año 1838, á consecuencia de las privaciones y tormentos que sufrió durante su cautiverio; Domingo Henarez, su coadjutor, que contaba cuarenta y nueve años de apostolado, alcanzó tambien la palma del martirio el dia 25 del propio mes. Muchos fueron los simples sacerdotes, así europeos como tongkineses, que sellaron, como aquel santo prelado, con su sangre el Evangelio que anunciaban. El Ilmo. Havard, obispo de Castoria, murió tambien en el Tong-king occidental el dia 5 de julio, á consecuencia de las privaciones y fatigas que soportó por cumplir con el ejercicio de sus santos deberes. Los PP. Candalh y Vialle, y Jaccard y Tomás Thien alcanzaron tambien la palma del martirio en Cochinchina á 21 de setiembre; la misma suerte cupo á Pedro Dumoulin Borie dos meses despues: habiendo sido nombrado obispo de Acanta, á la muerte de Havard, vicario apostólico del Tong-king occidental, no tardó en seguir al sepulcro á su digno predecesor. Los dos sacerdotes anamitas, compañeros de su martirio, fueron estrangulados, siendo su muerte muy pronta, lo que no sucedió así con el prelado, merced á la impericia de su verdugo, que tuvo que herirle varias veces antes de separarle la cabeza del tronco: hasta el mismo mandarin que presidia la ejecucion retrocedió horrorizado ante aquel sangriento espectáculo. Por siete veces el verdugo repitió el golpe fatal, sin que nunca arrojase el confesor de Jesucristo un grito. En virtud de la muerte de los dos prelados dominicos y del obispo electo de Acanthe, quedó todo el Tong-king privado de sus primeros pastores. En tan grave apuro, se encargó el sacerdote Retord de la direccion de la parte occidental; aceptó la responsabilidad tan temible del episcopado, y no pudiendo penetrar en Cochinchina, fué á hacerse consagrar en Manila, mientras rugía con mas furia la persecucion contra el nombre cristiano. Habian sido dados ya los edictos de 5 de



diciembre del año 1838 y de 18 de enero y 3 de octubre de 1839, siendo en su virtud condenados á muerte muchos fieles y diferentes sacerdotes anamitas; tenia por objeto el edicto de 3 de octubre obligar á los cristianos á manifestar su fé, puesto que se les exigia alzar templos y altares en honor de sus antepasados: habria sufrido la religion un golpe mortal en todo el imperio de Anam, á haber cumplido los mandarines con rigor aquel terrible decreto. El dia 31 de mayo fué consagrado Retord en Manila, bajo el título de obispo de Acanthe, y desembarcó á 16 de enero del año 1841 en el Tong-king, acompañado de tres nuevos misioneros europeos; siendo mas afortunado que Taberd, vicario apostólico de Cochinchina, que acababa de morir en el destierro, dejando un precioso diccionario anamita. Casi en el mismo momento en que el obispo de Acante pisó el suelo del Tong-king, esto es, el dia 20 de enero del año 1841, fué llamado Minh-mang al tribunal de Dios, para dar cuenta de la sangre de los mártires. Vivamente alarmado aquel príncipe al estallar la guerra entre los ingleses y los chinos, envió á Francia algunos mandarines inferiores, á fin de que viesen cuales eran las disposiciones del gobierno francés respecto de la Cochinchina: la conducta empero de su soberano, hizo que el rey no quisiese darles audiencia, por lo que tuvieron que volverse á su patria, sin poder desempeñar la mision que les fué confiada.

Durante el reinado de Thieu-tri, hijo y sucesor de Minh-mang, consagró el obispo de Acanthe el dia 25 de abril al dominico Hermosilla, nombrado vicario apostólico del Tong-king oriental, cuyo nuevo prelado partió desde luego para ir á conferir el carácter episcopal á su coadjutor. «Preciso es en este pais, dice Retord, apresurarse á ungir con el óleo santo otras frentes, por estar nuestra cabeza contínuamente espuesta á rodar bajo la cuchilla de los verdugos.»

En vista de la triste suerte de aquellas cristiandades desoladas, no solo concedió Gregorio XVI indulgencias á los fieles que orasen por ellos, á fin de que les diese Dios la constancia y firmeza de que tanto necesitaban en tan dura prueba, sino que en el consistorio secreto de 27 de febrero de 1840, ensalzó el Pontífice ante el Sacro Colegio la gloria de los mártires y de los confesores; y, aprobando luego en 19 de junio la formacion del proceso de beatificacion y canonizacion, quiso que los gloriosos nombres de aquellos nuevos testigos de Jesucristo, fuesen inscritos lo mas prontamente posible en los dípticos sagrados.

CAPÍTULO V.

Apostolado de la Congregacion de las Misiones Estrangeras, de los sacerdotes de la Mision y de los jesuitas en China.

La Congregacion de las Misiones Estrangeras estaba representada en China por el Ilmo. Pottier, obispo de Agathópolis y vicario apostólico del Sse-Tchouan, quien gobernaba tambien las provincias de Kouei-Tcheou y Yun-nan. Hácia el año 1780 fundó un colegio chino en su vicariato; y como estaba encargado de un pais estensísimo, obtuvo por coadjutor al Ilmo. de Saint-Martin, al que consagró á 13 de junio del año 1784, bajo el título de obispo de Caradre. Precisas eran todas las precauciones para perpetuar los operarios evangélicos en un imperio en que el breve de supresion de los jesuitas iba á secar el manantial abundante y purísimo de las conversiones

El arresto de algunos misioneros de la Propaganda, que habian sido enviados á China para llenar una parte de los claros causados por la estincion de la familia de San Ignacio, hizo renovar la persecucion contra los ministros del Evangelio en las provincias, escepto en la capital, donde eran recibidos siempre con señaladas muestras de aprecio. Alejandro de Govea, franciscano portugués, que acababa de ser nombrado obispo de Peking, llegó á su diócesis el dia 5 de julio de 1784. Despues de la supresion de la Compañía de Jesus, fué la familia de San Vicente de Paul encar-

gada de las misiones que los jesuitas franceses dirigian en China, tanto en Peking como en las provincias; en su virtud, los sacerdotes Raux y Ghislain, acompañados del hermano Paris, relojero, fueron enviados el año 1784 á la capital del Celeste Imperio. El primero, que era superior de la mision, fué nombrado miembro del tribunal de matemáticas y de astronomía, y mandarin de Peking, donde murió á 16 de noviembre del año 1801; el hermano Paris, despues de haber hecho importantes trabajos en relojería para el palacio del emperador, terminó su carrera á 6 de setiembre del año 1804; y Ghislain murió á 12 de agosto de 1812. Nada descuidaron aquellos sacerdotes de la mision, ni los antiguos jesuitas por aliviar en lo posible la triste suerte de los confesores de Jesucristo que habian sido detenidos por los años de 1784 y 1785 en las provincias del imperio; el obispo de Caradre y los sacerdotes Devaut, Delpon y Dufresse, fueron trasladados con otros siete misioneros á las cárceles de Peking, en las que no tardaron en morir algunos de ellos, no obstante la proteccion que les dispensaban los sacerdotes de la Mision y los jesuitas. Impúsose la pena de destierro perpétuo á los indígenas cristianos, y la de detencion tambien perpétua á los europeos; pero en 10 de noviembre del año 1785, se permitió á los últimos regresar á Macao. El obispo de Caradre y el sacerdote Dufresse, que, junto con otros siete misioneros tomaron el partido de salir del imperio, fueron á aguardar en Manila un momento favorable para regresar al Sse-tchouan, á cuya mision volvieron á presentarse el dia 14 de enero de 1789. La muerte del obispo de Agathópolis, ocurrida el dia 28 de setiembre de 1792, hizo que tuviese su coadjutor que ejercer como titular las funciones de vicario apostólico.

La congregacion de la Mision, émula del seminario de las Misiones Estrangeras, envió en el año 1788 los sacerdotes Aubin y Hanna á la China, cuyo emperador habia prohibido terminantemente á la sazon la entrada en su reino; despues de haber aguardado en vano Aubin la autorizacion solicitada para efectuarlo, penetró secretamente en el imperio, á fin de evangelizar el Ho-nan; pero habiendo sido descubierto algunos años despues, fué encarcelado; muriendo en su prision el dia 1.° de agosto del año 1795. Hanna fué autorizado para dirigirse á Peking, donde murió en 10 de enero de 1797. Los sacerdotes Pené, Clet y Lamiot fueron enviados tambien á China el año 1790; logrando el primero penetrar al año siguiente en el Hou-pé, donde trabajó con ardor y celo hasta su muerte, ocurrida en 20 de junio de 1795: Clet entró en China en el año 1792, siendo el Kiang-si y el Hou-pé teatro de su apostolado; Lamiot, que fué autorizado para dirigirse á Peking, llegó á ser intérprete del emperador. Los nombres de estos ilustres misioneros llegaron á ser conocidos en todas las provincias del imperio por circundarles la aureóla de los confesores de la fé. A pesar del triste estado en que se veia la Francia en el año 1798, y de la dispersion de las misioneros por haber sido suprimida la congregacion, fueron destinados á Peking los sacerdotes Dumazel y Richenet. «En aquella época, escribia un sacerdote indígena de la Mision, se celebraban con regularidad en China los oficios divinos; en todas las grandes solemnidades oficiaba el obispo de pontifical, y en la fiesta del Corpus se hacia la procesion con gran pompa, asistiendo á ella los sacerdotes europeos y chinos de las cuatro iglesias y todos los seminaristas. Causaba aquella solemnidad una viva impresion en el ánimo de los infieles; dudo que en ninguna parte se hiciese con mas órden y regularidad, ni de un modo mas edificante. Pero desgraciadamente en el año 1804 fué detenido un espreso que llevaba la correspondencia de los misioneros de Peking á Macao; y como se convenciese el gobierno de que se trataba en ella de hacer entrar ejércitos europeos en el imperio, persiguió desde aquel dia encarnizadamente á todos los cristianos.» El dia 3 de marzo de 1805 recibieron los sacerdotes Dumazel y

Richenet la autorizacion competente para entrar en Peking, viéndose obligados á regresar nuevamente á Macao, cuando estaban ya solo á tres jornadas de aquella capital, por haber recibido contraórden. Como viese Dumazel que no le era ya posible llegar á la capital, tomó el partido de penetrar secretamente en el interior del imperio, donde terminó su gloriosa carrera el dia 15 de diciembre de 1818. Obligado Richenet, á pesar suyo, á vivir en Macao para dirigir los asuntos de las misiones, se dirigió á Francia en el año 1815, al objeto de procurarse nuevos apóstoles; pero como la congregacion no habia sido aun restablecida, no dió su viage el apetecido resultado. Algun tiempo despues, fué nombrado director de las Hermanas de la Caridad en Paris.

Mientras que los sacerdotes de la Mision, sucesores de los jesuitas franceses, atendian al cuidado de aquellas comuniones cristianas, los de la Congregacion de las Misiones Estrangeras evangelizaban el Sse-tchouan. El seminario central de Paris, herido de muerte como todas las demás instituciones religiosas que habia en Francia, tuvo que cerrar sus puertas, viéndose obligados sus directores á refugiarse á Roma ó á Lóndres por continuar libremente su correspondencia con las misiones y procurarse algunos socorros. Seis nuevos apóstoles se embarcaron en Lóndres durante los años 1796 y 1799, y partieron algunos años despues cuatro de Roma con el mismo objeto: Souviron, uno de los que se embarcaron en Lóndres, fué descubierto al entrar en la China, muriendo el dia 13 de mayo de 1797 en las cárceles de Canton. El obispo de Caradre, despues de haber consagrado á Dufresse, su coadjutor, bajo el título de obispo de Tabraca, espiró en 15 de noviembre de 1801; Dufresse, nombrado vicario apostólico del Sse-tchouan, consagró obispo de Caradre al sacerdote Trenchant; y como pareciese haber cesado un tanto la persecucion, celebró en el mes de setiembre de 1803 el primer sínodo que ha habido en la China. De los diez y ocho sacerdotes que se encontraban entonces en la mision, asistieron á él catorce; dió aquel sínodo una porcion de estatutos que la Congregacion de la Propaganda propuso despues á los demás operarios evangélicos de la China, como la mejor regla de conducta que podian seguir en su ministerio apostólico. Poco tiempo despues ocurrió la detencion del espreso que era portador de los despachos de los misioneros de Peking á Macao, cuya circunstancia dió lugar á un nuevo edicto contra el cristianismo en todo el imperio; pero que no fué de muy funestas consecuencias en el Sse-tchouan. Habiendo muerto el obispo de Caradre en 18 de abril del año 1806, no pudo el vicario apostólico consagrar al sacerdote Florent, su nuevo coadjutor bajo el título de obispo de Zela, hasta el 29 de junio de 1810. A pesar de las contínuas vejaciones que sufrian las tres provincias de aquel vicariato, iba la religion haciendo en él grandes progresos. Uno de los sacerdotes que mas se distinguieron por su laboriosidad y por su celo, fué sin duda Hamel, no tanto por el ejercicio del ministerio esterior, como por la constancia y acierto con que se consagró á la instruccion del clero indígena. Este digno profesor, que murió en 13 de diciembre de 1812, habia traducido al chino un tratado de teología para los seminaristas que no podian aprender la lengua latina.

Un edicto del emperador Kia-king, dado con motivo del arresto de un sacerdote chino en el Chensi, imponia la pena de muerte á todos los sacerdotes que fuesen descubiertos en el imperio; quedó la mision de Peking en virtud de aquel edicto sumamente espuesta, por haberse pretendido espulsar á todos los ministros del Evangelio, escepto los tres que formaban el tribunal de matemáticas. La sola idea del bien que podian producir en China, hizo aceptar á los misioneros aquella posicion, que aunque precaria, era preferible á una espulsion absoluta; por otra parte, el temor que tuvo la córte de que los tres misioneros antes citados pidiesen salir tambien del impe-

rio, por librarse de las privaciones y temores á que iba á esponerles el último edicto, contribuyó á que reinára cierta moderacion en varios puntos; si bien no dejaron de ejercerse por esto crueles vejaciones en muchos otros. Sin embargo, no tardó en estallar en breve una nueva tormenta: el colegio de Lo-lang-keou, formado por los sacerdotes del seminario de las Misiones Estrangeras, y dirigido por el obispo de Zela desde la muerte del sábio Himel, fué incendiado; el obispo de Zela que tuvo que refugiarse con dos seminaristas en el Tong-king, murió en el destierro el dia 14 de diciembre de 1814. El obispo de Tabrara, no menos amenazado que su coadjutor, fué detenido el dia 15 de mayo del año 1815; tratáronle los mandarines con toda la consideracion debida, sin que bastase empero á hacerle recobrar su libertad el rescate ofrecido por Escodeca de Boissonnade, provicario del Sse-tchouan. Mas de treinta cristianos, que habian confesado generosamente la fé, fueron sacados de la cárcel para acompañar á su obispo hasta el lugar del suplicio, por creer los idólatras que la muerte del primer pastor habia de intimidar necesariamente á sus ovejas; pero lejos de ser así, cuando el mandarin les previno que habian de apostatar ó ser estrangulados, todos se postraron á los piés del obispo, le pidieron la absolucion y se dispusieron á morir cristianamente. El santo prelado les suplicó entonces que imitasen el ejemplo que iba á presentarles, y despues de darles la absolucion, puso el cuello sobre el pilon con una calma inalterable: fué aquella cabeza derribada de un solo golpe, y al ver los confesores brillar aquella preciosa corona de sangre sobre el mutilado tronco de su obispo, se sintieron todos ellos abrasados del deseo del martirio. Con todo, fueron conducidos nuevamente á la cárcel, de la que salieron á los pocos dias para ser desterrados. Si aquella persecucion fué causa de algunas apostasías, procuró en cambio á otros cristianos, y particularmente á tres sacerdotes chinos, la gloria de acompañar al cielo al santo obispo que les habia guiado en la tierra, y cuyo martirio hizo esclamar á Pio VII en el consistorio de 23 de diciembre de 1816: «Muerte verdaderamente preciosa ante el Señor; muerte cuya relacion nos ha llegado hasta el fondo del alma: al leerla, creíamos leer un pasaje de los anales de la primitiva iglesia.» La persecucion, que parecia ser menos encarnizada en 1816, volvió á encrudelecerse al año siguiente, siendo víctimas de ella diferentes sacerdotes chinos; la dispersion de los colegiales, los arrestos hechos entre el clero indígena y la muerte de los dos obispos, dejaron al vicariato apostólico del Sse-tchouan en el mas triste estado. Luis Fontana, nombrado vicario apostólico y obispo de Sinita, se veia en la imposibilidad de recibir la consagracion episcopal, hasta que se tomó el partido de nombrarle por coadjutor al misionero Procheau, quien fué consagrado en Paris el dia 1.° de febrero del año 1818, y fué á consagrar á su vez á Fontana en el Sse-tchouan el año 1820. Atendieron ambos prelados á la conservacion y aumento del clero indígena.

Entre tanto la Congregacion de las Misiones, restablecida en el año 1816, procuraba reunir los antiguos misioneros que habian logrado librarse de la tormenta revolucionaria que les dispersára á todos; así que, por mas urgentes que fuesen las necesidades de las misiones de la China, preciso fué emplear mucho tiempo en reunir y formar operarios que pudiesen cultivar con provecho aquella tan importante como peligrosa viña. En aquel intérvalo, se procedió á la captura del sacerdote Clet, que desde las cárceles de Ou-tchan-fou, escribia en 28 de octubre de 1819 á Mr. Richenet, lo siguiente: «Mi querido amigo, el punto desde el que os escribo, no podrá menos de indicaros con cuanta razon empleo estas palabras del profeta: *Deus.... adjutor in tribulationibus quœ invenerunt nos nimis*, Dios es nuestro apoyo en medio de las tribulaciones que nos rodean. En el mes de diciembre del año 1818, una enfermedad de siete dias nos arrebató al celoso Dumazel, como si la Providencia hubiese

querido evitar á su alma sensible el dolor de ver la desolacion de las comuniones cristianas residentes en las montañas de Cou-tching. En el mes de febrero del año 1819, fué nuestro cofrade el misionero Chen vendido á los pretorianos por un nuevo Judas, mediante la suma de veinte mil dineros, de la que se ha visto privado por otro pícaro como él; despues de haber sido honrado el confesor de Jesucristo con sesenta azotes, fué conducido á la capital. Yo fuí cogido en las inmediaciones de Nou-gang-fou, en el Ho-nan, donde despues de haber sido tambien varias veces azotado, se me condujo á la capital cargado de cadenas; teniendo al menos el consuelo de encontrar á mi querido amigo Chen con otros diez cristianos, reunidos todos en un mismo cuarto, en el que podemos hacer libremente nuestras oraciones. Lo confieso: no puedo menos de derramar lágrimas de ternura, al ver la dicha que concede el cielo á este su indigno siervo, así como tambien á los fieles detenidos, que solo podian ser confesados por mí. Lamiot se ha comprometido solo por poder verme, pero espero que pronto quedará su asunto terminado; tampoco creo sea el mio de larga duracion.» Luego añadió la siguiente posdata: «Los SS. Lamiot, Chen y yo, y otros muchos fieles, fuímos juzgados definitivamente por el gran mandarin el dia 1.º de enero de 1820. Todos los que han tenido la desgracia de apostatar, comiendo la carne de tocino que les ha sido presentada en señal de apostasía, han sido enviados inmediatamente á sus casas. Luego se hizo comparecer á veinte y tres cristianos, que perseveraron generosamente en la profesion de nuestra fé, por cuyo motivo volvieron á ser conducidos á la cárcel, para aguardar en ella la decision del emperador; y finalmente, comparecimos los SS. Lamiot, Chen y yo. Despues de dos ó tres preguntas, el ta-gen declaró libre á Lamiot, y le mandó levantarse; luego escitó á Chen á que apostatase, y como se negase á ello, le declaró culpable; á mi vez fuí declarado tambien culpable. En su virtud, fué Lamiot conducido á su casa en una silla de manos; y Chen y yo cargados de cadenas regresamos á la cárcel, en la que nos quitamos los ornamentos que nos habíamos puesto para presentarnos al mandarin; no es probable tardemos en saber la decision del emperador; por mas que el ta-gen haya escrito algunas palabras en mi descargo, no es probable se me salve la vida. Así pues, procuro disponerme á morir, repitiendo á menudo estas palabras de San Pablo: «*Mihi vivere Christus est, et mori lucrum.* Si vivo es por Jesucristo, y la muerte seria para mi un beneficio.» La decision imperial fué tal como el confesor Clet lo esperaba: no le hacia ninguna gracia; el mandarin al comunicársela le dijo: «Has corrompido á tantos de los nuestros, que no quiere el emperador salvarte la vida.» Contestóle el religioso: «Gustoso me conformo á ello.» Despues de haberse preparado para el martirio con una calma admirable, fué aquel apóstol estrangulado el dia 18 de abril del año 1820; el hábito que llevaba en el momento de morir, y la cuerda que sirvió de instrumento para su suplicio, son guardados religiosamente en Paris. Al verse Lamiot desterrado del imperio, se retiró á Macao, donde fundó un seminario para los chinos, que dirigió durante su vida. «Desde que se ausentó aquel religioso, dice el sacerdote Sué, hemos dejado de ser dirigidos por misioneros europeos. Cuando partió Lamiot, quiso el señor Sera, misionero portugués, encargarse de nosotros y de nuestra iglesia y casa de Peking; pero en el año 1826 pidió este religioso permiso al emperador para regresar á Europa. Desde entonces no quedó ningun europeo que pudiese conservar nuestra iglesia y nuestra casa; y como ningun chino podia encargarse de ellas, por no permitirle las leyes del pais poseer bienes que hubiesen pertenecido á los europeos, el gobierno se apoderó de ellas; viéndonos obligados nosotros á retirarnos á Macao, donde formamos un pequeño establecimiento para los jóvenes que se sentian inclinados á abrazar la carrera eclesiástica, y á los que enviába-

mos luego á nuestro noviciado de Macao. »

El sacerdote chino Lieou, detenido en el Sse-tchouan, pais evangelizado por los sacerdotes del seminario de las Misiones-Estrangeras, fué estrangulado en el año 1823. Al año siguiente se sublevaron muchos idólatras, dando aquella rebelion pretesto para oprimir nuevamente á los cristianos; hasta el vicario apostólico y otro sacerdote fueron detenidos, y obligados á pagar un rescate para obtener su libertad. Mientras continuaba prosperando el seminario central de Pulo-Pinang, se formó un nuevo colegio en el Yun-nan; tambien el sacerdote Imbert empezó en el año 1830, un segundo establecimiento en el principado de Moping, en el Tibet, cerca de la frontera china. Aunque podian los cristianos seguir por lo general su religion, no cesaban de suscitarse con frecuencia ciertas persecuciones locales, que les daban ocasion para manifestar su constancia. Pedro Lieou, despues de haber buscado el martirio con el heroismo mas perseverante, logró al fin alcanzarle en su ancianidad, el dia 17 de mayo del año 1834; tambien el virtuoso Escodeca de la Boissonnade terminó en el año 1836 su activo apostolado. El obispo de Sinita, que tantas veces se habia visto próximo á alcanzar la palma gloriosa del martirio, murió el 11 de junio del año 1838, dejando al obispo de Maxula todo el peso del vicariato del Sse-tchouan, compuesto de tres provincias; sin embargo, iba á ser segregada de él la de Yun-nan, para formar un vicariato particular, que habia de ser confiado al celo de la misma congregacion. Fué aquella disposicion recibida con tanto mayor placer, cuanto que demostraba las intenciones de la Santa Sede en aumentar el número de los obispos misioneros y en hacer menos estensos los vicariatos apostólicos, para atender mas fácilmente en ellos á la propagacion de la fé. Las tres provincias que formaban aun el vicariato del Sse-tchouan en el año 1840, contenian mas de sesenta mil cristianos, ciento cincuenta y nueve escuelas para los niños de ambos sexos, mas de nueve cientas religiosas, treinta sacerdotes chinos, formados en los dos colegios del vicariato y doce misioneros europeos, comprendido el vicario apostólico que estaba á su frente.

Al ver la Providencia los abundantes frutos debidos á aquellos esforzados apóstoles, dispuso aumentar su número con los hijos de San Vicente de Paul.

La edad y los achaques de Lamiot, único sacerdote de la mision que quedaba en China, inspiraban á todos los fieles vivas inquietudes, cuando en el año 1828 inspiró Dios al sacerdote Torrette el deseo de ir á evangelizar aquel pais. Como supiese aquel sacerdote en Macao el estado de la mision que era constante objeto de sus aspiraciones, dirigióse inmediatamente á ella, llegando aun á tiempo para recibir el último suspiro de Lamiot, el dia 5 de junio del año 1831. En breve siguieron otros misioneros el ejemplo de Torrette; Luis Perboyre, que partió de Francia á últimos del año 1830, murió en la travesía; en el mes de marzo del año 1832, llegaron á Macao los SS. Rameaux y Laribe, penetrando luego secretamente el primero en el Houpe, y el segundo en el Kiang-si. Además de los diferentes sacerdotes que se habian dirigido ya á aquella region, se embarcaron en el mes de marzo del año 1835 los SS. Gabet, Perri y Juan Gabriel Perboire para el Celeste Imperio, en el que queria este último ocupar el puesto que habia dejado vacante la muerte de su hermano. Diez eran los sacerdotes que desde el año 1828 se habian embarcado para la China, entre los que habia nueve de ellos robustos y jóvenes, que recorrieron con gloria la santa carrera del apostolado.

La primera mision de que se encargó en la China la familia de San Vicente de Paul, fué la de Peking, capital del imperio, en la provincia de aquel mismo nombre: se estendia hasta allende la gran muralla, en la Tartaria, conteniendo cerca de veinte mil cristianos. La segunda, que era en el Houpé, distrito de la provincia de Hou-kouang, tenia doscientas leguas de estension, y contenia diez mil cris-



tianos; la tercera, situada en el Ho-nan, constaba de quinientos cristianos y tenia como unas ciento cincuenta leguas de largo; comprendia la cuarta seis distritos de la provincia de Kiang-si, y contaba en su seno seis mil cristianos; la quinta el Tche-kiang; y por último, abrazaba la sexta el Kiang-nan, distrito de la provincia de Nanking, y habia en ella mil cien fieles. Todas estas seis misiones eran dirigidas por siete lazaristas franceses y por unos veinte lazaristas chinos; habia además otros diez sacerdotes franceses y uno chino que dirigian el seminario de Macao, en el que habia siempre de quince á diez y ocho jóvenes. Dió empero la Congregacion de la Propaganda un decreto en el mes de enero del año 1839, por el que privó á los hijos de San Vicente de Paul de la mision del Houpé, por confiarla al vicario apostólico de aquella provincia; en cambio, confió á los lazaristas toda la provincia del Tche-kiang, que ocupaban ya, para formar un vicariato apostólico, cuyo titular, sacado de su instituto, y revestido del carácter episcopal, fué el Ilmo. Alejo Rameaux, consagrado bajo el título de obispo de Myre. Cuando la Congregacion de la Mision fué suprimida en Portugal, todos los misioneros portugueses que se vieron por aquel motivo privados de recibir recursos, y de continuar al frente de sus respectivas cristiandades, fueron relevados por los lazaristas, en virtud de una órden de la Propaganda, hasta que pudiesen los religiosos portugueses, caso de ser restablecidos, encargarse nuevamente de ellas. En virtud de esta última disposicion, viéronse los lazaristas en China al frente de cuatro provincias y de diferentes comuniones cristianas en las que ascendia á mas de ochenta mil el número de los fieles; además, dirigia aquel instituto el pequeño seminario de Si-ouan, establecido en la Tartaria mogola, y el noviciado de Macao; en el que residia el sacerdote Torrette, superior de todas las misiones de los hijos de San Vicente de Paul en China.

Diferentes fueron los religiosos que desde el año 1836 al de 1839, fueron á ponerse á las órdenes del celoso superior, deseando tomar una activa parte en el ministerio apostólico que dirigia aquel desde Macao con tanto celo como acierto.

Perboyre, que habia penetrado el año 1836 en el interior del imperio, trabajaba en la misma provincia que habia evangelizado el celoso Clet, al que se propuso tomar por modelo, y con el que tenia bastante semejanza física y moralmente. Durante su permanencia en Han-yang, poblacion situada frente á la capital del Houpé, «la primera misa que celebré, dice el mismo, fué de S. Cleto, papa y mártir; lo que acabó de recordarme que me encontraba en el punto mismo en que nuestro querido Clet, habia dado su vida por Jesucristo.» Una de sus cartas contenia tambien estos detalles acerca de aquel mártir cristiano: «El dia en que fué arrestado, antes de que se supiese que se le perseguia, dijo á una persona que vive aun, que no tardaria en prendérsele. Cuando fué presentado al primer mandarin, le dijo: «Hermano mio, ahora me juzgas á mí, y en breve serás tú tambien juzgado por mi Dios.» Contestóle el mandarin: «Quiero, pues, hacerte azotar, y ya veré despues como tu Dios me castiga.» Y, en efecto, le hizo dar algunos azotes; pero no habia consumado aun Clet su martirio, cuando ya el mandarin habia muerto miserablemente. Al ser presentado á otro tribunal, dijo tambien al mandarin: «Ahora soy yo juzgado; pero antes de tres años tendrá tambien vuestro emperador que dar cuenta á mi Dios.» Y á los seis meses de haber alcanzado Clet la palma del martirio, murió el emperador Kia-kin en Tartaria, herido del rayo; lo que no se atreven los chinos á decir públicamente. Todos estos hechos contribuirán á aumentar mas la veneracion en que teneis al respetable cofrade que ha sellado con su sangre generosa la fé que predicó á los chinos; por mi parte, me felicito de trabajar en esta parte de la viña del Señor, que él cultivó con tanto celo: su memoria, tan piadosamente conservada en este pais, acaba de despertar

en mí el deseo de seguir sus huellas.» Y en efecto, como su digno antecesor, alcanzó tambien Perboyre el martirio. Empezó á rugir nuevamente la persecucion en el Houpé el dia 15 de setiembre del año 1839; hallábanse los SS. Rameaux, obispo de Myre, Baldus, Perboyre y el P. Clauzetto, misionero italiano de la Propaganda, celebrando juntos la fiesta del santo nombre de María, cuando se les anunció que habian sido delatados. No pudiendo ser habidos por haberse puesto en salvo, fué hallado Perboyre á los tres dias por los soldados, junto con el catecúmeno que le acompañaba. «¿Buscais á un europeo? les preguntó este último. — Sí, buscamos á un jefe de la religion del Dios del cielo. — Y, ¿cuánto se ha ofrecido al que lo entregase? — Treinta taels. — Pues bien, ese hombre es el europeo á quien buscais,» dijo el Judas chino, señalando á Perboyre. «Solo faltaba, dice Mr. Huc, biógrafo de Perboyre, el beso del traidor; teniendo nuestro querido hermano la dicha de ver el principio de su pasion igual al de la de nuestro Salvador divino. Véase como hubo en China un nuevo Iscariote que delató á su maestro, y vendió su sangre por treinta dineros.... *Quid vultis mihi dare, et ego vobis eum tradam?... Et obtulerunt ei triginta argenteos.*» Cuando el mandarin procede al interrogatorio de un acusado, debe estar este de rodillas ante su juez; pero no se contentaron con hacer guardar á Perboyre aquella postura humillante y penosa, sino que hicieron tender al suelo una porcion de cadenas, y se le obligó á arrodillarse sobre ellas. Cuantas veces se le hacian preguntas á las que no debiese contestar, imitaba á nuestro divino Salvador cuando se hallaba ante los jueces inícuos de Jerusalen: *Jesus autem tacebat.* «¿Eres cristiano? le preguntaba entonces el mandarin — Sí, soy cristiano, le contestaba, y adoro al Dios del cielo.» En otra ocasion, le fué presentado un crucifijo: «Ves esta imágen? le dijo el mandarin; pues bien, si quieres pisotearla, serás puesto inmediatamente en libertad. — ¡Ah! nunca haré semejante profanacion; ¿cómo queréis que pisotee la imágen del Dios que me creó, y que descendió del cielo á la tierra por salvarme?» Tomó entonces el crucifijo, lo besó con profundo respeto y lo inundó de lágrimas; siendo condenado por aquellas vivas demostraciones de amor y de fé á los tormentos mas atroces, que soportó el confesor con heróica constancia. Luego queria obligarse al misionero á adorar un ídolo, por lo que contestó con energía: «Si se trataba de hacerle pedazos, obedeceria gustoso vuestras órdenes; pero no espereis que nunca le adore.» Irritado entonces el mandarin, mandó á los cristianos que habia en la sala que se apoderasen del misionero, y que le arrancasen los cabellos y la barba en señal de ignominia; dispuestos estaban los cristianos á negarse á ello, no obstante las grandes amenazas que se les hacian; pero el buen padre procuró librar á sus hijos queridos de los tormentos que iban á sufrir, exhortándoles á que obedeciesen al mandarin. «Arrancadme los cabellos, les dijo; no temais que deje de sufrirlo con placer.» Habiéndole mandado el prefecto de los crímenes que se revistiese con todos los ornamentos sacerdotales, reflexionó Perboyre un instante, y despues de mirar con serenidad al mandarin, le dijo que estaba dispuesto á obedecer aquella órden, por haberse acordado sin duda de la sangrienta burla que se hizo en el pretorio de Jerusalen con la corona de espinas, la caña y el manto de púrpura de nuestro divino Salvador. Los jueces, los satélites y todos los espectadores esclamaron á la vez: «Hé ahí al Dios Fo, hé ahí al Fo vivo.» Cansado el virey de la inutilidad de los tormentos que le sugeria su barbárie, le hizo marcar en la frente con un hierro incandescente las siguientes palabras: *Sie kiao ho chang*, esto es, bonzo de una mala religion; luego le hizo cargar de cadenas y encerrar en un fétido calabozo, atestado de criminales. Como todos los mandarines tenian á Perboyre por un gran mágico, le obligaron á beber mucha sangre de perro, por ser esta un específico, segun la facultad de medicina

de Ou-tchang-fou, para evitar las operaciones mágicas. Tan pronto como el emperador confirmó la sentencia de muerte, dada contra el santo misionero por la sinagoga de Peking, solo se pensó ya en ejecutar la sentencia, sin que fuesen observadas las formalidades prescritas para aquellos casos. Juntamente con el misionero debian ser ejecutados cinco malhechores, para que fuese sin duda mas parecida su muerte á la del Redentor; al llegar al lugar del suplicio, empezaron los verdugos por ejecutar á los cinco malhechores, siendo el mártir cristiano el último en sufrir su condena: voló su alma al cielo hácia las doce del dia 12 de setiembre del año 1840. » Los preciosos restos del mártir, así como tambien toda la ropa de su uso, fueron conducidos á Paris á últimos de julio del año 1841; siendo conservados con el mayor respeto en la casa de los sacerdotes de la Mision.

Torrette, primer lazarista francés, que partió para la China despues del restablecimiento de su instituto en Francia, y restaurador de las misiones que tenia aquella venerable sociedad en el Celeste Imperio, estaba destinado á subir al cielo en compañía de Juan Gabriel Perboyre. Con solo diez años que duró su administracion, habia logrado reunir treinta y cuatro misioneros, entre franceses y chinos, que ejercian el apostolado, distribuidos por todas las comuniones cristianas confiadas á la familia de S. Vicente de Paul.

La China, fecundizada por la sangre y los sudores de los sacerdotes de las Misiones Estrangeras y de los de la Mision, no debia verse por mucho tiempo privada de la presencia de los jesuitas, por haber pedido Luis de Besy, vicario apostólico de Chan-toung, misioneros de aquella órden á Gregorio XVI y al P. Roothan, general de la Compañía. En su virtud, los PP. Claudio Gotteland, Brueyre y Esteve se embarcaron el dia 21 de abril del año 1841 en el puerto de Brest; poniendo el gobierno francés, á instancias de la reina, la fragata *Erigone* á disposicion de los tres misioneros, que llegaron en el mes de noviembre felizmente á Macao. Despues de haber permanecido en esta última ciudad el tiempo necesario para acabar de instruir á nueve jóvenes chinos que estaban destinados al sacerdocio, penetraron en el Celeste Imperio; yendo á instalarse en Wam-dam, poblacion situada á cinco leguas de Chang-hai, donde viven aun los descendientes del mandarin Pablo, el mas ilustre discípulo del P. Ricci. El primer cuidado de los jesuitas, fué formar un pequeño seminario para los indígenas. En el mes de diciembre del año 1843, se embarcaron los PP. Estanislao de Clavelin, José Gonnet, Adriano Languillat, Adan Vanni y el hermano coadjutor Pamfilo Sinoquet, en la escuadra que iba Mr. de Lagréneé, ministro plenipotenciario de Francia en el Celeste Imperio; embajada memorable por las garantías de tolerancia y seguridad, que Mr. de Lagréneé estipuló con el mandarin Ki-ing, plenipotenciario chino, en favor de los misioneros y de las comuniones cristianas indígenas.

« Despues de un detenido exámen, escribia en aquella época el mandarin Ki-ing al emperador Tao-kouang, he llegado á conocer que la religion del Dios del cielo (el cristianismo) es la que veneran y profesan todas las naciones de Occidente: su principal fin, es inducir á los hombres al bien y á reprimir el mal. Penetró esta religion antiguamente en la China, durante el reinado de los Ming, sin que fuese entonces prohibida. Como en lo sucesivo hubo por desgracia en este imperio algunos hombres que abusaron de aquella religion para el mal, puesto que llegaron al estremo de arrancar los ojos á los enfermos, viéronse obligados los jueces á castigar la barbárie de los que profesaban las nuevas doctrinas: (sus sentencias) están consignadas en las actas judiciales. Durante el reinado de Kia-king, se añadió un nuevo artículo en el código penal, para impedir á los chinos cristianos entregarse á actos tan contrarios á la ley que profesaban; pero de ningun modo se pensó en prohibir la religion que veneran y profesan las naciones estrangeras de Occidente. Como el embajador

francés Lagréneé pide ahora que se exima de aquellos castigos á los cristianos chinos que practican el bien, lo que me parece justo y necesario, me atrevo á suplicar á V. M. se digne eximir en lo sucesivo de aquel castigo á todos los chinos, así como tambien á los estrangeros que profesen la religion cristiana, con tal que no cometan ningun delito; los que faltasen, podrán ser condenados en virtud de las antiguas leyes dadas contra ellos. En cuanto á los franceses y demás estrangeros que profesan la religion cristiana, se les permite únicamente construir iglesias y capillas en los cinco puertos que han sido abiertos al comercio, sin que puedan predicar su religion en el interior del imperio; así pues, si hay alguno de ellos que en menosprecio de las leyes haga escursiones temerarias, será detenido por las autoridades locales, y entregado al cónsul de su nacion, para que le imponga este el castigo merecido, y no será condenado á muerte como antes. De este modo, dará V. M. una prueba de benevolencia y de afecto á los hombres virtuosos; la zizaña no se confundirá (con el buen grano), y se hará á todos patente la justicia de las leyes. Al suplicar á V. M. que exima de todo castigo á los cristianos que observen una conducta digna y virtuosa, no dudo que se dignará vuestra bondad augusta acceder á lo que tan humildemente le pido.»

Aprobacion. — El diez y nueve de la oncena luna del año veinte y cuatro de Tao-kouang, he recibido estas palabras escritas en bermellon: Accedo á lo pedido RESPETAD ESTA DISPOSICION.

CAPITULO VI.

Apostolado de los sacerdotes del seminario de las Misiones Estrangeras en Corea, Mantchuria y el Lea-tong.

Así como en otro tiempo salió del Japon la luz del Evangelio que habia de iluminar la Corea, evangelizada por el P. de Céspedes, misionero de la Compañía de Jesus, ha salido tambien del Celeste Imperio en estos últimos tiempos la benéfica chispa que habia de encender de nuevo entre los coreanos la apagada antorcha del cristianismo. El letrado Ly, que acompañó en el año 1784 la embajada anual de su nacion á Peking, tuvo ocasion de conocer en aquella capital á los antiguos jesuitas que le convirtieron. Bautizado bajo el nombre de Pedro, regresó inmediatamente á su patria, de la que fué celoso apóstol, convirtiendo á su vez en cinco años mas de cuatro mil idólatras; como se necesitasen ya sacerdotes para la nueva iglesia, se dirigió Juan Remediis, sacerdote secular de Macao, desde Peking á las fronteras del reino de Corea, donde murió el año 1793 antes de penetrar en él. La persecucion que costó la vida á Pablo Yn y á Jacobo Kouan en 7 de diciembre de 1791, fué causa de que no penetrasen en aquel reino nuevos misioneros; pero felizmente terminó la persecucion aquel mismo año. Jacobo Vellozo, sacerdote chino, que el obispo de Peking envió en virtud de las nuevas instancias de los cristianos de Corea, llegó en el mes de enero del año 1794 á Kim-hin-tao, capital del reino; pero lejos de haber cesado la persecucion murieron en los tormentos el dia 28 de junio del año 1795 los tres coreanos que le habian dado asilo, y hasta el mismo Velloso fué decapitado en el año 1801. El número de los mártires llegó en esta última época á ciento cuarenta; y el estado de las misiones no permitió enviar durante algun tiempo nuevos apóstoles á aquella iglesia naciente, tantas veces regada con la sangre de los misioneros que habian penetrado en ella. Acostumbrada la Propaganda á ver en todas épocas á los sacerdotes franceses buscar con preferencia los puntos de mayor peligro, propuso al seminario de las Misiones Estrangeras que emprendiese la mision de Corea; siendo el Ilmo. Bruguiere, obispo de Capse y coadjutor del vicario apostólico de Siam, el primero en solicitar y obtener la honra de consagrarse á ella. Habiendo sido nombrado vicario apostólico de Corea en el año 1831, precedióle en aquel vicariato un sacerdote chino, llamado Pacífico, para facilitarle la entrada en el mismo; los SS. Maubant y Chastan se

unieron con aquel generoso prelado, del que solo aceptó Dios su buena voluntad, puesto que murió el dia 19 de octubre del año 1835 en un pueblecito de Mongolia, inmediato á la frontera. Mas felices que él los dos sacerdotes, lograron evangelizar aquel rebaño que solo habia podido el prelado bendecir desde lejos. El Ilmo. Imbert, obispo tambien de Capse y nuevo vicario apostólico, llegó á Corea en el mes de diciembre del año 1837, donde tuvo ya el consuelo de ver reunidos nueve mil cristianos, y de hacer partir apóstoles para el Japon, confiado tambien á sus cuidados. La abnegacion y la constancia con que procuró siempre el obispo de Capse el triunfo de las ideas cristianas, le valieron, así como á sus dos compañeros, la corona del martirio.

En el año 1839, separó Gregorio XVI la provincia del Leao-tong y la Mantchuria de la diócesis de Peking, á fin de formar con ellas un nuevo vicariato, que confió á los sacerdotes del seminario de las Misiones Estrangeras, para facilitarles la administracion de la Corea. Agrególe el Papa al propio tiempo la Mongolia, que estaban evangelizando los sacerdotes de la Mision; pero no tardó en segregarla de nuevo, para formar con ella un vicariato distinto, que dirigió el Ilmo. Mouly, bajo el título de obispo de Fussulan. Cuando Verolles, misionero en el Sse tchouan, fué nombrado vicario apostólico del Leao-tong, y la Mantchuria, y obispo de Colombia, fué á recibir en el mes de noviembre del año 1840 la consagracion episcopal de manos del franciscano Salvetti, vicario apostólico del Chan-si. Solo tuvo en un principio el nuevo prelado en su jurisdiccion al sacerdote Juan José Ferreol, que bajo el título de obispo de Belline, sucedió despues á Imbert en calidad de vicario apostólico de la Corea y de las islas de Lieou-kieou. No tardó el misionero Fourcade en penetrar tambien en aquellas islas, con la esperanza de predicar en ellas nuevamente el Evangelio, por no dudar de que les habia sido anunciado ya en otro tiempo, particularmente á las del norte, que confinan con el imperio del Japon. Avanzado centinela del cristianismo en aquella antigua posesion, donde existia aun tal vez oculta entre cenizas alguna chispa de fé, fué nombrado Fourcade obispo de Samos y vicario apostólico del Japon.

CAPÍTULO VII.

Misiones de la Congregacion de los Sagrados Corazones de Jesus y de María (Sociedad de Picpus), de la Sociedad de María y de los benedictinos en la Oceanía.

Cerradas quedaban las puertas del Japon á los operarios evangélicos; pero decididos estos á continuar su obra de regeneracion, fueron á anunciar la fé católica á los archipiélagos de la Oceanía.

Las islas de Sandwich, situadas entre las Carolinas y el continente de América, contenian una poblacion de quinientas mil almas, que la iglesia deseaba conquistar, y en la que la influencia de los ingleses y de los americanos de los Estados-Unidos, solo intentaban destruir la idolatría en provecho del protestantismo. La corbeta francesa *Urania*, mandada por el capitan Freycinet, llegó á la bahía de To-waï-haï el dia 8 de agosto de 1819; habiendo sabido el primer ministro del rey Tamea-Mea, llamado Karai-Mokou, que habia en el buque un limosnero, quiso hacerse instruir en la religion cristiana. El abate de Quelen, primo del arzobispo de Paris, fué el que por medio de un francés, establecido en aquella region, confirió el bautismo á aquel alto personaje; á los pocos dias fué tambien bautizado á su vez el gobernador Boki. Preciso era, empero, para cambiar la faz de aquellas islas, que hubiese misioneros que las evangelizasen con constancia y celo; por lo que se dirigió Leon XII á la nueva congregacion de los Sagrados Corazones de Jesus y de María y á la Adoracion perpétua del Santísimo Sacramento del altar, cuyo fundador, el abate Coudrin, aceptó la mision propuesta en 1825. En su virtud, se embarcaron para aquellas islas los tres sacerdotes Alejo Bachelot, prefecto apostólico, Abraham Armand y Patricio

mision, confiada á los cuidados de los sacerdotes Gracia, Fournier y Guilmar. Restituido el prelado nuevamente á Francia por el interés de aquellas lejanas misiones, volvió á dirigirse á ellas el dia 15 de diciembre del año 1842 con siete sacerdotes y otros tantos hermanos legos de su instituto; pero desgraciadamente naufragó el buque que les conducia. En vista de tan lamentable desgracia, nombró Gregorio XVI dos vicarios apostólicos para la Oceanía oriental: Deboize, uno de ellos, recibió el título de obispo de Arathia, y tuvo bajo su jurisdiccion el archipiélago Sandwich; siendo el otro vicario apostólico Francisco de Paula Baudichon, quien bajo el título de obispo de Basinópolis, debia dirigir las islas de Gambier, Taiti y las Marquesas.

La Santa Sede, que apeló á la sociedad de Picpus por procurarse aquellos dos prelados, sacó tambien de la Sociedad de María un vicario apostólico para la Oceanía central: tal fué Pedro Bataillon, obispo titular de Enos; así mismo fueron nombrados vicarios apostólicos de Nueva Calcedonia, la Melanesia y Micronesia, los SS. Douarre y Juan Bautista Epalle. Nacido este último en Marlhes, diócesis de Lyon, el dia 8 de marzo de 1809, habia ejercido por espacio de cuatro años el apostolado en la Nueva Zelandia, donde Pompallier le nombró su provicario; en el año 1842, se vió obligado á pasar á Francia por exigirlo así el interés de aquella mision, y fué consagrado en Roma el dia 21 de julio del año 1844, bajo el título de obispo de Sion; llegando á su vicariato de San Cristóbal, situado al estremo sudeste del archipiélago de Salomon, el dia 1.° de diciembre del año siguiente. En señal de la toma de posesion celebrada en nombre de la Santísima Vírgen concebida sin pecado, arrojó al mar una medalla de la Inmaculada Concepcion; al descubrir la isla Isabel, que es la mas considerable de las de Salomon, desembarcó en ella el dia 16 de diciembre, á pesar de la amenazadora actitud de los indígenas. «Veo, dijo Juan Bautista Epalle, que es bastante difícil la regeneracion de este pueblo feroz, y por lo mismo es necesario arrancar el mal de raiz.» Al saltar en tierra, vióse ya rodeado de una multitud de naturales que le hirieron de un hachazo, lanzando al propio tiempo un grito horrible que fué la señal del combate. Los SS. Fremont y Chaurain fueron á su vez tambien heridos; cuando alcanzaron el bote vió el último de ellos que faltaba el prelado, y volvió atrás para salvarle, hallándolo en poder de tres indígenas que ya le desnudaban; felizmente fueron los asesinos dispersados en aquel mismo instante por el fuego que estaba haciendo el buque. El obispo de Sion, medio desnudo, cubierto de sangre y con la cabeza casi enteramente aplastada, fué trasladado al bote, sin que profiriesen sus cárdenos lábios mas que las palabras *Dios mio! Dios mio!* en su lenta agonía. Resuelto estaba el capitan del buque á vengar de un modo terrible aquel sangriento ultraje; pero los misioneros protestaron enérgicamente contra todo acto de represalias, por ser contrario á su mision de paz; finalmente, el dia 19 de diciembre del año 1845, fué á descansar en el seno de Dios el alma del primer obispo mártir de la Melanesia. A fin de colocarle en un punto que no distase mucho del en que habia consumado su sacrificio, fueron confiados á la pequeña isla de San Jorge los preciosos restos de aquel primer apóstol de las islas de Salomon; por temor al canibalismo de los indígenas, no se puso ningun signo religioso en la tumba del prelado, cuyos compañeros iban á evangelizar desde luego la isla de San Cristóbal.

No se vieron obligados los misioneros en Australia á sufrir sangrientas pruebas; aquella region, que aun en el año 1818 estaba sin altares y sin sacerdotes, llegó á ser en breve bajo la direccion del benedictino Polding, una provincia eclesiástica, en la que habian el arzobispado de Sidney, los obispados de Hobart-town y Adelaida, una iglesia metropolitana, veinticinco capillas, treinta y una escuelas y cincuenta y seis misioneros, encargados del cuidado de la poblacion civil y las colonias penales, y del

ministerio de la predicacion entre los salvajes. Merced al incansable celo de Polding, hallábase ya el año 1840 establecida la religion en la costa oriental; si bien quedaban aun privadas de sus beneficios las regiones del oeste; para estender hasta ellas la benéfica influencia del Evangelio, apeló Polding á la paternal solicitud de Gregorio XVI. El misionero Braudy, encargado de manifestar al Sumo Pontífice los deseos del prelado, volvió á partir para la Australia con el título de obispo de Perth, capital del oeste de la Nueva Holanda, con la mision de erigir dos nuevos vicariatos apostólicos, á saber, el de Sonda y el de Puerto-Essington. Cuando en el mes de enero del año 1846, volvio á ver Braudy la Nueva Holanda, seguíanle otros treinta apóstoles de la fé, entre los que habia algunos hijos de San Benito, varios sacerdotes del Sagrado Corazon de María y algunas religiosas de la Merced.

CAPÍTULO VIII.

Apostolado de los jesuitas, de los sacerdotes de la Mision, de los de la Purísima Concepcion y de los capuchinos, en América.

Cuando en el año 1783 los Estados-Unidos fueron enteramente separados de la Gran Bretaña, quedaron sometidos á la autoridad y jurisdiccion del obispo ó vicario apostólico del distrito de Londres, que representaba Juan Carroll en calidad de vicario general; pero como podia declararse nuevamente la guerra entre aquella nacion y la nueva república, el clero católico con autorizacion del congreso, manifestó á Pio VI su deseo; 1.°, de que fuese dado un obispo á aquel rebaño bastante numeroso para motivar la creacion de una sede episcopal; 2.°, que la nueva sede se estableciera en Baltimore, ciudad situada casi en el centro de los Estados-Unidos, y por otra parte muy poblada de católicos; y 3.°, que Carroll fuese el primer obispo de su patria. Una bula fechada en 6 de noviembre del año 1790 realizó aquel triple deseo, y en agosto del siguiente año el obispo electo de Baltimore fué consagrado en Inglaterra por Cárlos Walmesley, obispo de Rama, decano de los vicarios apostólicos ingleses.

Cuando aquel venerable misionero hubo recibido la plenitud del sacerdocio para trasmitirla enseguida á una nueva generacion de pontífices, el Rdo. Emery, superior general de la Sociedad de sacerdotes de San Sulpicio, cuya existencia amenazaba la revolucion francesa, concibió la idea de trasplantar á los Estados-Unidos una rama de los sulpicianos á fin de perpetuar su Compañía. Sometido á la aprobacion de Carroll aquel proyecto, el prelado le acojió con gratitud y la Santa Sede aprobó por su parte la creacion del nuevo seminario en Baltimore. Habiéndose embarcado en San Maló en abril del año 1791 los sulpicianos, llegaron á aquella ciudad en julio del mismo año, donde les recibió en nombre del obispo el sacerdote Serval. Primero se establecieron en una colina cerca de la poblacion y despues se abrió un colegio en Georges-Town, que debia ser el semillero del seminario, como este debia serlo, andando el tiempo, del clero. El primer sínodo de Baltimore celebrado en noviembre del año 1791 por Carroll, demostró la urgente necesidad de formar un establecimiento semejante para perpetuar la raza sacerdotal en los Estados-Unidos. El obispo no pudo reunir en él mas que diez y ocho sacerdotes, sobre cuarenta y cinco empleados en su diócesis, que no tenia menos de mil quinientas leguas de largo, por ocho ó nuevecientas de ancho. «La mayor parte de estos dignos eclesiásticos, escribia M. Nagot, son preciosos restos de la Compañía de Jesus.» El primer sacerdote ordenado en los Estados-Unidos en el año 1793 fué Estevan Badin, nacido en Orleans en el año 1768, el cual fué el apóstol del Kentucky.

El obispo de Baltimore y Leonardo Neale, tambien jesuita, nombrado en el año 1800 su coadjutor, con el título de obispo de Gortyne, sabiendo que la Compañía de Jesus se habia refugiado en el imperio ruso, pidieron en el

año 1803 al P. Gruber, que admitiese otra vez á los antiguos hijos de San Ignacio que se hallaban en los Estados-Unidos, añadiendo que habiéndose conservado casi todos los bienes que en otro tiempo pertenecieron á la sociedad, podian aquellos sufragar los gastos de treinta religiosos. El P. Gruber autorizó en efecto la renovacion de votos y fué nombrado el P. Molineux, inglés, superior de toda la mision, á la que se agregaron siete ausiliares, quienes contribuyeron con los sacerdotes seculares ó regulares de diversas órdenes á la propagacion de la fé en los Estados-Unidos, pero de un modo tan rápido, que en el año 1808, Pio VII erigió en metrópoli la ciudad de Baltimore y creó cuatro obispados sufragáneos en Boston, Filadelfia, Nueva-York y Bardstown. Nombró para la primera sede á Lefebvre de Cheverus; para la segunda al franciscano Egan; para la tercera al dominico Concanen y para la cuarta á Flaget, sacerdote de San Sulpicio.

A escepcion de entre los indígenas del Canadá y de las tribus del Illinois, el cristianismo habia hecho pocos progresos en aquellas regiones cuando cesaron las misiones de la Compañía de Jesus. El obispo de Quebec tuvo por mucho tiempo bajo su jurisdiccion casi la mitad de la América del Norte, y sus sacerdotes apenas bastaban para atender á las necesidades del bajo Canadá; de modo que muchos pueblos permanecieron sumidos en una grosera idolatría, otros volvieron á abrazar el culto de sus ídolos y otros en fin dieron oidos á los agentes del protestantismo; pero aquel triste estado de cosas iba á cambiar en breve. Habiendo ido á Roma en el año 1815, el misionero americano Dubourg en busca de apóstoles para los Estados-Unidos, fué consagrado obispo de Nueva-Orleans para donde partió algun tiempo despues acompañado de seis sacerdotes. Con su ausilio fundó un seminario en Santa María de Barrens, que andando el tiempo, debia ser el semillero de un clero indígena, pero que en un principio consistió en una simple cabaña. Su primer superior fué el respetable sacerdote Rosate, napolitano, quien en union con los seminaristas tenia que ir á recojer en los bosques vecinos las yerbas, raices y legumbres necesarias para su sustento y cortar la madera ó procurarse la leña para la construccion del seminario ó para calentarse. Cuando su llegada, apenas estaba habitado aquel pais, pero luego que se supo que habia algunos misioneros, fué creciendo la poblacion, de modo que fué preciso construir una iglesia, agreste y pobre como el seminario, del que salieron en veinte años cincuenta y tres sacerdotes, instrumentos de conversion muy notables entre los protestantes. Además, para procurarse algunos recursos á fin de poder sostener aquel semillero de levitas, los misioneros abrieron un colegio para los hijos de las familias pudientes americanas, que suplió la falta de casas de educacion, llegando á contar hasta ciento treinta discípulos. Además de aquel doble establecimiento, tuvieron un noviciado de su instituto del que salieron escelentes misioneros hijos del pais, entre ellos el P. Timon, que fué visitador y superior de la mision. Animados aquellos apóstoles con las bendiciones que Dios concedia á sus trabajos, salvando los límites del Missuri, penetraron en el estado de Illinois, buscando de aquel modo á los salvajes nómadas que moraban en las selvas, á quienes enseñaron á conocer y servir á Dios.

Se pueden dividir en dos clases los pueblos indígenas de la América septentrional: los unos aliados de la república de los Estados-Unidos, y los otros que todavía no les une con ella ningun lazo de amistad. Los aliados reciben en cambio de los terrenos cedidos á la Union, una suma anual que cobran por medio de un agente nombrado al efecto, y los otros que ninguna relacion tienen con la república, y que habitan lejos de las fronteras de sus estados, viven errantes en medio de los bosques y de las soledades; pero cada vez mas acosados por el gobierno americano, tendrán que someterse ó alejarse hasta el fondo de los desiertos del oeste. El recuerdo de los jesuitas no se ha borrado de la memoria de aquellos indí-



genas. En el año 1823, Pinesinidjigo, jefe de los otawas, escribia al presidente de la Union: «Ahora mas que nunca deseo que escuches mi voz, que es la de todos los hijos de esta lejana comarca; todos los jefes, todos los padres de familia te estrechamos cordialmente la mano, y te rogamos una y otra vez, á tí que puedes hacerlo, que nos envies un misionero, como los que instruyen á los indios de Montreal.... Deseamos vivamente ser instruidos en los mismos principios religiosos que profesaban nuestros abuelos, cuando existia la mision de San Ignacio, y nos dirijimos á tí, el primero y principal jefe de los Estados-Unidos, para que nos ayudes á fundar una casa religiosa. Daremos la tierra que sea necesaria á ese ministro del Grande Espíritu que nos enviarás para instruirnos á nosotros y á nuestros hijos, á quien procurarémos complacer y cuyos consejos seguirémos. Nos tendremos por muy dichosos, si quieres enviarnos un hombre de Dios, que profese la religion católica, como los que instruyeron á nuestros padres. Tal es el deseo de tus servidores, quienes abrigan la confianza de que te dignarás escucharles....» En aquel mismo año el presidente recibió otra súplica concebida en estos términos: «Los abajo firmados, capitan, jefes de familia y otros de la tribu de los otawas, que mora en la orilla oriental del lago Michigan, dirijimos la presente al presidente de los Estados-Unidos, para manifestarle nuestros deseos y necesidades. Damos las gracias al citado jefe y al congreso por todo cuanto han hecho para abrirnos la senda de la civilizacion y darnos á conocer á Jesus, redentor de los hombres rojos y blancos. Confiando en vuestra paternal bondad, reclamamos la libertad de conciencia, y os rogamos que nos concedais un maestro ó ministro del Evangelio que pertenezca á la misma sociedad de que eran los miembros de la compañía católica de San Ignacio, establecida en otro tiempo en Michillimakinac por el P. Marquette y otros misioneros de la órden de los jesuitas. Residieron entre nosotros por espacio de muchos años, cultivaron un campo de nuestro territorio para enseñarnos los principios de la agricultura y del cristianismo; y desde entonces siempre hemos deseado tener á nuestro lado semejantes ministros. Si os dignais concedérnoslos, les cederémos el mismo terreno que ocupó el P. Jauney á orillas del lago Michigan, y eternamente agradecidos, rogaremos al Grande Espíritu que bendiga á los blancos. En fé de lo cual continuamos aquí nuestros nombres el dia 12 de agosto del año 1823: *Gavilan, Pez-Espada, Oso, Ciervo, Grulla, Águila.*»

El Ilmo. Dubourg, obispo de Nueva-Orleans, fué aquel mismo año á Washington á encontrar al presidente de los Estados-Unidos y al ministro de la guerra, para pedirle algunos subsidios anuales para establecer algunas misiones entre los salvages. No solamente se convino en que los sacerdotes católicos eran los mas aptos para aquel ministerio, sino que el ministro aconsejó al prelado que se procurase al efecto algunos jesuitas, y le concedió una suma de ochocientos pesos. Entonces el superior de la Compañía, no pudiendo sufragar los gastos del noviciado de White-Marsh, puso á disposicion del prelado los PP. Van-Quickenborn y Temmermann, con siete novicios escolásticos y tres hermanos coadjutores, todos belgas, á escepcion de estos últimos, y les cedió un terreno cerca de San Luis, donde construyeron una habitacion y roturaron algunas tierras. Organizaron enseguida una escuela para los jóvenes indígenas destinados á acompañar á los misioneros que debian penetrar en el pais. Entretanto las sedes episcopales se multiplicaban en los Estados-Unidos. En el año 1820 Pio VII erijió la de Richemond, ocupada por el P. Kelly, la de Charlestown, cuyo titular fué el Ilmo. England; y al año siguiente Eduardo Fenwick, estableció su residencia en Cincinnati. En el año 1823 el obispo de Nueva-Orleans desde San Luis pasó á habitar la capital de la Luisiana, y entonces José Rosati, nombrado su coadjutor, con el título de obispo de Tenagre, residió en la ciudad de San Luis,

erijida en sede episcopal en 1827. Finalmente, á contar desde 1825, las Floridas, que dependian de Nueva-Orleans, formaron con el Alabama, un vicariato apostólico, confiado al Ilmo. Portier, obispo de Oleno.

« La ciudad de San Luis, situada á algunas millas de la embocadura del Missuri, dice el jesuita Thebaut, es el depósito general del comercio de los indios del oeste; su valle está cubierto de innumerables poblaciones y por el rio Illinois comunica con los lagos y el Canadá, así como el Mississipi la pone en comunicacion con Nueva-Orleans y la Europa por una parte, y por otra con el fértil valle del mismo nombre y el lago superior. Colocada de este modo en el centro de la América del norte, recibe por medio de los rios y lagos que la rodean los productos del mundo entero. Todos los años parten de esta ciudad dos numerosas caravanas, una de las cuales remonta el Missuri hasta las montañas Rocosas, haciendo el comercio de pieles con los indios del Oregon; y la otra atraviesa el desierto del sudoeste, para traer de Méjico, pasando por Santa Fé, las especies de oro y plata que despues se acuñan en la Union. ¿Cuánto debe prometerse una ciudad que, gracias á los buques de vapor, se encuentra á cuatro jornadas de Nueva-Orleans, á seis ó siete de Nueva-York y Montreal y á algunas semanas de camino del Océano Pacífico y de Méjico? »

El mismo año en que San Luis fué erijida en sede episcopal, el P. Van-Quickenborn, hizo una primera escursion al pais de los Osages; el segundo viage á las tribus de los indígenas, lo verificó en el año 1829, época del establecimiento de un colegio de jesuitas en San Luis, al cual el congreso concedió el título y derechos de universidad. La tercera escursion al pais de los osages tuvo lugar en el año 1830, y en aquel mismo año, el general de los jesuitas separó el Missuri del Maryland. Murió el P. Van-Quickenborn, creador de aquella provincia y misionero infatigable, en el año 1837, habiéndole cabido el honor de ser el primero que abrió el camino á sus hermanos para entrar en tierra de los indígenas. Sus mas ilustres émulos fueron el P. Hoocker, apóstol de los potowatomios y el P. Smet, apóstol del Oregon, es decir, de los vastos desiertos que se estienden entre los Estados-Unidos y el mar Pacífico al norte de California. A ruegos de algunas tribus de este último pais, que enviaron al efecto algunos diputados á San Luis, partió el citado misionero en 1840 á fin de satisfacer sus deseos, y su mision alcanzó tan feliz éxito, que al poco tiempo tuvo que pedir le fuesen enviados algunos ausiliares. Mientras que los jesuitas renovaban los prodigios de su celo en el Oregon, el P. Blanchet, misionero del Canadá, cultivaba con igual perseverancia la fé entre los cristianos de este pais.

En el año 1803 solo se contaban trece jesuitas en los Estados-Unidos; pero en 1845, ya habia al menos ciento treinta en la sola provincia de Maryland y ciento cuarenta y ocho en la de Missuri. Tambien los hijos de S. Vicente de Paul estendieron el círculo de su apostolado, porque además del establecimiento principal de Santa María de Barrens, en 1838 ya habian organizado varios lugares de residencia en la diócesis de San Luis, desde donde penetraron en los paises circunvecinos. En el citado año, el Ilmo. Blanc, obispo de Nueva-Orleans, les llamó á su diócesis, para encargarles la direccion de su seminario de Donaldsonville, así como de las dos cristiandades de la Asuncion y la Ascencion. Tambien Tejas debia someterse á su benéfica influencia. Cuando un siglo y medio antes los primeros españoles se habian fijado en Tejas, algunos franciscanos de Zacatecas habian fundado varias misiones para convertir y civilizar á las tribus dispersas en aquel vasto pais, pero habiendo sido suprimidas mas tarde aquellas misiones, los pobres indígenas se retiraron á Méjico, ó sucumbieron bajo la opresion de las tribus no civilizadas, ó volvieron á su anterior estado. Además de aquellas tribus salvages, contaba Tejas mas de doscientos mil habitantes, entre ellos diez mil católicos, que de vez en cuando iban á socorrer los hijos de S. Vi-

cente de Paul aguardando á que fuese organizada una mision regular. En el año 1840, Gregorio XVI confióles la direccion espiritual de aquellos católicos, siendo elegido el P. Odin vicario apostólico, con el título de obispo de Claudiópolis, y consagrado en Nueva-Orleans en marzo del año 1842.

Como nuestro principal objeto sea historiar las conquistas hechas por el cristianismo sobre la idolatría, no hemos debido seguir el desarrollo progresivo de las iglesias sucesivamente fundadas en el vasto territorio de los Estados-Unidos; basta que bosquejemos el cuadro del apostolado entre los salvages.

A medida que el campo de las misiones era mas vasto y fértil, por voluntad divina se multiplicaban los obreros, ya funcionando aisladamente, ya reunidos en congregaciones, cuyos esfuerzos colectivos satisfacian mucho mejor las necesidades generales. La de los sacerdotes de la Purísima Concepcion, fundada por el Ilmo. Mazenod, despues obispo de Marsella, fué la destinada por la Providencia á evangelizar el Canadá. En el año 1841, habiendo venido á Europa el Ilmo. Bourget, obispo de Montreal, obtuvo del Ilmo. Mazenod una colonia de oblatos, que no tardaron en tener en el Canadá tres establecimientos, quince misioneros profesos y cuatro novicios. El establecimiento de Longueil, donde reside el visitador general y está establecido el noviciado, cuida de la educacion espiritual de los townships, es decir, de aquellas habitaciones dispersas en las fronteras del Canadá y de los Estados-Unidos, que por falta de una poblacion bastante numerosa, no pueden erigirse en parroquias con un cura fijo. Otra comunidad de sacerdotes de la Purísima Concepcion, está establecida en la diócesis de Quebec, y sus miembros, además de llenar las obligaciones anexas á las parroquias católicas, abrazan el apostolado de los salvages, cuyas tribus ocupan los estensos territorios del Saguenay y del Montmorenci. Mas al norte por los 52° de latitud, existen tambien los popinaches, entre los lagos Amnitchtagan, Papimuagan y Pirretibi; así como á la derecha del rio San Lorenzo, hácia la parte oriental del bajo Canadá, llamada Gaspesia, se hallan los restos de los mismaks ó gaspesianos, en otro tiempo muy numerosos y notables por su adelantada civilizacion. Hace algunos años que los individuos que quedaban de estos diversos pueblos, eran evangelizados por los sulpicianos y otros sacerdotes canadianos, quienes las mas de las veces recibian la palma del martirio ó sucumbian á las fatigas de un penoso ministerio. Los oblatos tienen ahora el cuidado de todas estas misiones, y algunos de ellos deben anualmente recorrer los diversos sitios en donde se reunen los salvages, á fin de confirmar á los cristianos en la fé y conquistar nuevos prosélitos. Sus escursiones se estienden algunas veces hasta el Labrador y al pais de los esquimales para librar á sus habitantes de la idolatría ó de la seduccion de los hermanos moravos. La tercera casa de los oblatos se halla en Bytown, diócesis de Kingston, en el alto Canadá. Destinados á las misiones ó parroquias ya formadas, y á evangelizar á los católicos diseminados por los bosques, llevan además la antorcha de la fé á los salvages algonquinos y abbitibas, arrinconados al presente en la parte noroeste del Canadá, entre los 50° y 52° de latitud. Los mismos sacerdotes sirven el vicariato apostólico de la bahía de Hudson. En estas comarcas, casi tan vastas como Europa, y que se estienden desde los 70° á los 140° de longitud occidental y de los 48° á los 68° de latitud boreal, es decir, de una parte de los límites occidentales del Labrador, hasta mas allá de las montañas Rocosas hácia las orillas del Océano Pacífico; y de otra, desde el lago Superior y las fronteras septentrionales de los Estados-Unidos hasta el mar Glacial, no hay mas que cinco sacerdotes, cuya vida entera, absorvida por los cuidados que reclama una poblacion de unos tres mil católicos, basta apenas para visitar las diversas estaciones de la compañía inglesa. A pesar de todo su celo, solo de paso han podido echar la buena semilla en estas inmensas

regiones, donde la mayor parte de las tribus han conservado su independencia.

En Méjico, la Compañía de Jesus que volvió á ser llamada en virtud de un decreto de Fernando VII en mayo del año 1816, sufrió una nueva proscripcion en 1821; pero en junio de 1843, un decreto publicado por Santa Ana, permitió á los jesuitas que establecieran misiones en los departamentos de las Californias, Nuevo-Méjico, Sonora, Cinaloa, Durango, Chihuahua, Coahuila y Tejas, «á fin, decia el decreto, de civilizar á las tribus llamadas bárbaras.» A su vez los PP. de la mision y las Hermanas de la Caridad penetraron en Méjico. En la América del Sud, cuando las colonias españolas se insurreccionaron contra la metrópoli, fué vuelta á llamar la Compañía de Jesus, á la cual, decian los insurgentes, debemos nuestro estado social, la civilizacion y toda nuestra instruccion.» Los jesuitas volvieron á entrar en Buenos-Aires en el año 1836; en 1839 en la república de la Salta (Confederacion Argentina); en 1842, en la república de Nueva-Granada; en el año 1843, en la de Guatemala y en el mismo año en la de Catamarca; pero en algunas de estas repúblicas, como por ejemplo en Buenos-Aires, donde Rosas quiso tener en ellos unos ausiliares y apologistas, no fué duradera su permanencia, y se dispersaron por Chile y el Brasil, con objeto de evangelizar las provincias de Rio Grande del Sud y Santa Catalina.

Los salvages indígenas de la provincia de Bahía, tienen por apóstoles á los capuchinos. Colocados entre los rios Pardo y Taype, en un territorio de cerca de trescientas millas de largo por doscientas de ancho, enteramente cubierto de bosques todavía vírgenes, herizado de montañas ó cortado por valles pantanosos, forman cuatro tribus distintas, conocidas con los nombres de camacanes, botecudos, pataxos y mongoios. En aquellos miembros degenerados de la gran familia humana, estraños ó rebeldes á las gracias del Evangelio, á veces con mucha dificultad se reconoce al hombre; pero el P. Luis de Liorna, logró hacer penetrar la luz en sus sombríos bosques. Los camacanes, que convirtió en gran número, vivian bajo su direccion como un rebaño dócil bajo el cayado del pastor: todo lo fué para ellos, apóstol, jefe, médico, arquitecto y organizador del trabajo. En su escuela los hombres se formaron para la agricultura y las mugeres aprendieron á tejer. Un hecho acontecido en el año 1843 dará una idea de la estraña supersticion de aquellos salvages. Sobre las diez de la noche, el P. Luis oyó junto á la puerta de su cabaña un gran rumor de voces confusas, como un grito de alarma, que diesen varios hombres sorprendidos por un enemigo; el cielo estaba sereno y las estrellas brillaban en el firmamento; únicamente la luna parecia velada. Habiendo salido á la puerta de su cabaña, encontró el misionero una multitud de camacanes dominados por el estupor y el espanto, quienes apresuradamente hacian sus preparativos de defensa. Interrogados por el P. Luis le contestaron: «¿No veis en la oscuridad de la luna el peligro que nos amenaza? Ese astro es el punto de reunion de las almas separadas de sus cuerpos, y hoy se hallan allí congregadas en tan gran número, que su multitud vela casi todo su disco. ¿Quién sabe si Ouneggihara (Ser Supremo) volverá á enviárnoslas para devolver á la luna su primitiva claridad? Entonces aquellos espíritus se incorporarian á los tigres, á las venenosas serpientes y á los animales feroces, para devorar á los vivos.» En vano les dijo el misionero que lo que motivaba su espanto era un fenómeno muy natural conocido con el nombre de eclipse; la preocupacion resistió á sus palabras. Discurrió entonces por sacarles de su error, hacer un esperimento que dió buen resultado. Encendió una antorcha, y tomando dos cuerpos esféricos, demostró á los salvages como aquellos globos en sus evoluciones, podian proyectar á su vez su sombra el uno en el otro, logrando de aquel modo tranquilizarlos. La obra de la civilizacion emprendida por el P. Luis, se ha estendido á otras tribus, entre ellas las de los botecudos, cuyo aspecto

es terrible. Esos seres degradados, son algunas veces antropófagos, no por un esceso de ferocidad, sino, lo que es mas raro aun, por un sentimiento exagerado de ternura. Unas veces la madre se come á su hijo para incorporarse con la sustancia de aquel ser querido; otras, los guerreros devoran á sus enemigos creyendo evitar de aquel modo su venganza, etc. En el año 1845 el P. Antonio de Falerno contaba ya cuarenta catecúmenos entre los botecudos, cuyos ausiliares han contribuido mucho á la propagacion de la fé entre los indígenas. Los PP. de la Mision, trabajan igualmente en el Brasil en la conversion de los salvages, habiendo sido el P. de Macedo el que en estos últimos tiempos mayor número de paganos ha bautizado.

CAPÍTULO IX.

Apostolado de los sacerdotes del Sagrado Corazon de María, de los sacerdotes de la mision, de los jesuitas y de los capuchinos en la costa occidental de Africa, Argelia, Abisinia, Egipto y Madagascar.

Nos falta hablar de las misiones africanas, y empezarémos por las de la costa occidental, colocada en frente de América. Los pueblos que habitan esta costa, desde el Cabo Lopez-Gonzalvo hasta el Cabo de Buena Esperanza, son idólatras, de modo que á pesar de estar establecidos desde muchos años los portugueses en aquel pais, con dificultad han podido propagar el cristianismo. En 1777 cuatro sacerdotes italianos desembarcaron en Sogno, llenos de celo y provistos de presentes que juzgaban les facilitarian una favorable acojida. El prefecto de la mision se adelantó con dos de sus compañeros y los otros dos partieron algun tiempo despues, pero regresaron al cabo de diez dias á Cabenda, donde se hallaba todavía el buque que les habia llevado, manifestando al capitan haber encontrado á sus compañeros envenenados, muertos y enterrados. Esperaban sufrir la misma suerte, pero habiendo dado á entender á los negros que se habian dejado en el buque que tenian en la costa un gran número de presentes que les estaban destinados, les dejaron partir, y entonces los misioneros se embarcaron para Santo Domingo.

En el año 1781 el benedictino Liborio de Graja, obispo de Angola y vicario general de Mina, acompañado de tres sacerdotes portugueses, partieron de Libongo, último territorio del reino de Angola, para ir á evangelizar el Congo; mas habiendo muerto en Quina Liborio de Graja, le reemplazó otro de los sacerdotes, llamado Rafael del Castillo, en calidad de jefe de aquella mision. Al pasar los tres sacerdotes por las poblaciones, las mugeres y niños les saludaban con un *Ave María*, y los jefes los recibian con respeto. En Comma bautizaron muchas criaturas, y en otra poblacion donde habitaba Alfonso, hermano menor del rey, construyeron con cañas una iglesia en la que administraron los sacramentos por espacio de tres meses; despues pasaron otros dos meses en una poblacion en que residia otro hermano del rey. De repente aquel monarca, llamado José, manifestó vivos deseos de recibir la bendicion de los misioneros antes de entrar en su capital, porque el reino de Congo estaba entonces dividido en dos partidos, y cada jefe deseaba por su parte captarse el apoyo moral de los misioneros portugueses. El 14 de junio del año 1781, la mision, acompañada de los hermanos del rey, y de varios otros príncipes, llegó á la córte, en medio de una guardia de guerreros y de algunos músicos. Los tres sacerdotes iban cubiertos con un gran parasol que un jefe llevaba en muestra de honor; el rey les recibió sentado, ceñida la frente con su corona y les manifestó el contento que les causaba su presencia. Despues de la ceremonia, los grandes del reino visitaron á los misioneros, y desde aquel momento quedó restablecida la mision entre los indígenas, quienes concibieron tan alta idea de un rey que recibia embajadores de la córte de Angola, que nadie se atrevió á disputarle el poder. Los misioneros ejercieron entonces su apostolado y abrieron algunas escuelas, bajo la protec-

cion del soberano, quien envió á ellas á tres de sus hijos. Despues pasó á San Salvador, antigua residencia de los reyes del Congo.

En una época mucho mas reciente, una asociacion bienhechora de los Estados-Unidos, habiendo fundado, en la costa occidental del Africa, bajo el nombre de Liberia, una colonia americana á favor de los negros del Nuevo-Mundo, la Congregacion de la Propaganda encargó al Ilmo. Kenrick, obispo de Filadelfia, que hiciera anunciar la salvacion á los negros africanos. El prelado confió aquella mision á los sacerdotes Barron y Kelly, quienes en 1841 se embarcaron para su destino con el catequista Dionisio Pindar. Los misioneros, despues de haber permanecido algunos dias en Monrovia, villa situada en el Cabo Mesurado, pasaron al Cabo Palmas, donde habia otra poblacion construida por los negros americanos, verificando en aquel lugar su primera fundacion. «En Elmina, situada en la costa y á trescientas millas al sud de Palmas, escribia Barron, existe una iglesia católica, administrada por un misionero. En otros veinte lugares hay tambien otros tantos santuarios erigidos al verdadero Dios por los portugueses y españoles; pero por falta de sacerdotes, los indígenas que se reunian en ellos, han vuelto á caer en sus antiguas supersticiones.... Por lo que me han dicho varios jefes de tribus, estoy convencido de que el catolicismo podria renacer gloriosamente en las costas del Africa occidental.» Nombrado Barron obispo de Constantina y vicario apostólico de las Dos-Guineas, halló algunos ausiliares en Francia en la Congregacion del Sagrado Corazon de María, fundada por el obispo de Libermann, con el especial objeto de trabajar por la conversion de los negros. No habiendo podido encargarse este prelado de su vicariato, fué trasferido por la Propaganda al abate Tisserant, quien al dirijirse á su mision pereció en el naufragio del buque que le conducia.

En el año 1830, Argel, la ciudad de los piratas, cayó en poder de la Francia, y en su consecuencia las antiguas provincias romanas de la Mauritania Cesarea, Sitifiena y Numidia, que comprendia la Getulia; esas provincias que en el siglo v, contaban trescientas cincuenta y cuatro sedes episcopales, formaron parte del reino cristianísimo. Trescientas leguas de costa de una profundidad ilimitada, presentaron al celo del clero francés un millon y medio de infieles para convertir. En agosto del año 1838, Gregorio XVI, erigió en la ciudad de Argel, una sede episcopal, sufragánea de la metrópoli de Aix, cuyo primer titular fué el Ilmo. Dupuch. «Apenas hube llegado á Argel, escribia este prelado en agosto del año 1839, cuando fué preciso celebrar en medio de las oleadas de una poblacion poco acostumbrada aun á las pompas sagradas, la fiesta del apóstol San Felipe, patron de la nueva diócesis.... Dos dias despues, bendecia la mezquita exterior de la Casbah, que dediqué á la Santa Cruz, cuyo nombre glorioso lleva. En nuestro cortejo iba un anciano y santo religioso, llamado el P. Gervasio, quien, encargado por espacio de cuarenta años de visitar y consolar á los esclavos cristianos, no ha cesado de edificar á la misma poblacion musulmana. Cuando vió levantar la cruz en aquel sitio tantas veces regado con la sangre de los cristianos, fué tan grande su emocion, que se creyó que iba á desfallecer. ¡Cómo podia imaginar aquel anciano, cuando con grave peligro de su vida daba furtivamente sepultura á las cabezas de sus hermanos sacrificados por los infieles, que estos colgaban de las ramas de una higuera que habia junto á la mezquita, que llegaria un dia, que por voluntad divina, un obispo de Argel, mandaria construir dos cruces de la madera de aquel árbol, en memoria de la bendicion y consagracion de la mezquita; y que en aquel mismo suelo seria ordenado el primer diácono de la nueva iglesia africana!» En otra carta decia el mismo prelado de su catedral: «La iglesia principal de Argel, á la cual el Papa Gregorio XVI ha dado por patrono el apóstol San Felipe, de quien posee una preciosa reliquia, era hace algunos años, la elegante mezquita de las mugeres, en otro tiempo

consagrada.... á la Vírgen María. Todavía se leen en ella varias inscripciones del Coran y entre ellas la siguiente: «Dios envió un ángel á María, para comunicarle que seria la madre de Jesus. María contestó: ¿Cómo se verificará lo que me anunciais? Y el ángel contestó: Con la omnipotencia divina.» Esta inscripcion estaba grabada en el marabut (1), en donde, sin conocer, sin sospechar el sentido, colocamos en un principio el altar de la Sma. Vírgen, cuya estátua fué hallada, cuando la conquista, en el puerto de Argel.» El prelado manifestaba la esperanza de obtener por catedral la grande, la *cristiana* mezquita de la Pesquería, construida en forma de cruz como un templo cristiano. Segun una tradicion del pais, es obra de un gran número de cautivos europeos, que quisieron consagrar con aquella forma tan nueva en Berbería á la vez los recuerdos de la fé y de la patria, con las proféticas esperanzas del porvenir. Segun ellos, debia servir de iglesia cristiana cuando volviera á aquellas playas la religion cristiana. Conforme á la misma tradicion, el arquitecto pagó con su cabeza aquel plan cuando fué conocido su objeto.»

En 12 de octubre del año 1839, el Ilmo. Dupuch hablaba así de su reciente viage á Bona. «Llegó el dia en que debiamos bendecir y colocar la primera piedra del monumento que todo el episcopado francés levanta en este momento á la memoria del ilustre obispo de Hipona.... Una multitud de peregrinos, vestidos en traje de fiesta, con la alegría pintada en sus semblantes, acudieron á presenciar aquel acto prodigioso.... Habiase levantado un altar al pié de las magníficas ruinas del hospital de San Agustin, en el mismo lugar en que se va á construir el monumento filial y fraternal.... Con indecible emocion, revestido con los hábitos pontificales y con la mas solemne pompa, celebré el sacrificio que Agustin en aquel mismo sitio habia celebrado por última vez hacia mil cuatrocientos once años.... Eran la misma colina, el mismo mar, los mismos ecos. En aquel mismo dia se oian á alguna distancia los gritos de los bárbaros, los gemidos de los vencidos, los lamentos del pueblo de Agustin; hoy son las marchas guerreras, el relincho de los caballos de los cristianos vencedores, las aclamaciones de un nuevo pueblo.... Hasta los mismos árabes que en gran número habian acudido de todas partes, estaban arrodillados y levantaban su corazon á Dios.... Despues de haber manifestado á los fieles lo que sentia el mio en aquel momento solemne, bendije la primera piedra, labrada ya hacia tal vez mas de dos mil años, y la sellé....» Pero el acto mas notable del episcopado del Ilmo. Dupuch, fué el cange de unos quinientos prisioneros de todas naciones, que fué á negociar con el emir Abd-el-Kader. «Solo, enteramente solo, rodeado de mil ginetes árabes, escribia al Papa en junio del año 1841, he podido abrir mi corazon á su jefe y me ha cabido el honor de participar al rey el feliz éxito de mi conferencia.» El abate Suchet, encargado de negociar un segundo cange de prisioneros, fué portador de una carta del emir al obispo de Argel, en la que le decia que solo viniendo de él podia haber aceptado los presentes que le habian sido ofrecidos, porque le apreciaba y deseaba complacerle en todo cuanto fuese de su agrado. Manifestábale la gran confianza que habia puesto en su persona y lo mucho que podian esperar amigos y enemigos de su celo y religiosidad. El mismo prelado tuvo el insigne honor, como obispo, de iniciar la obra de la conversion de muchos millares de musulmanes ó idólatras que pueblan la Argelia, y cuando permitió la Providencia que el prelado misionero trasmitiese el báculo pastoral de San Agustin, al Ilmo. Pavy, pareció querer demostrar que la cadena de los obispos, quedaba reanudada para siempre en el suelo africano.

En el otro estremo de aquel continente, Gregorio XVI habia encargado en el año 1839 á los hijos de San Vicente de Paul que rotu-

(1) Es el marabut una especie de gran nicho dedicado á Mahoma en cada mezquita, delante del cual, todos los viernes se cantan con solemnidad algunas oraciones. (Nota del Trad.)

rasen aquel vasto campo, y envióles, siguiendo las huellas de los antiguos jesuitas, á evangelizar la Nubia y la Abisinia, donde se habia creado una prefectura apostólica. El venerable Jacobis, superior que habia sido de los sacerdotes de la Mision en Nápoles, nombrado despues prefecto, penetró con los misioneros Montuori y Sapeto en aquella tierra tantas veces recorrida por los antiguos apóstoles del cristianismo, y tan tenaz hasta hoy dia en el cisma y la herejía. A fin de dar á los indígenas una alta idea del catolicismo, y para sembrar en sus ánimos, con el ausilio de las emociones que debian esperimentar en la capital del mundo cristiano, una preciosa semilla de verdad que con el tiempo produjera ópimos frutos, Jacobis acompañó á Roma en 1841, á una diputacion de abisinios heréticos. Los miembros de aquella diputacion, entre los cuales se hallaban varios parientes y ministros de los príncipes de Abisinia, se mostraron en efecto dispuestos á abrazar la fé católica, constituyéndose sus apóstoles en su patria, á la que regresaron en el año 1842. «Dominados todavía por la impresion de los recuerdos que han llevado de su viaje, escribia aquel mismo año su acompañante, estos buenos neófitos repiten por doquiera lo que saben y lo que han visto del Papa, de las iglesias de Italia y de la córte de Nápoles, con sus magnificencias y su fé. Al oir sus relaciones, los indígenas se sienten trasportados de un religioso entusiasmo, desvanécense sus preocupaciones con su admiracion, y, merced á estos sentimientos, el catolicismo, repudiado en otro tiempo como la mas criminal de las herejías, goza ahora de la misma libertad que las demás religiones establecidas en el pais.» Emulos de los sacerdotes de la Mision, los capuchinos se han consagrado especialmente á la conversion de los gallas, cuyo territorio, erijido en vicariato apostólico, fué administrado por el P. Massaja, obispo de Cassia, á quien los PP. Justo de Urbino y César de Castelfranco acompañaron al Africa en el año 1846.

La familia de San Vicente de Paul elijió la ciudad de Alejandría, en Egipto, como el punto de partida para adelantar hasta las comarcas mas remotas. Situada en la embocadura del Nilo, en frente de Suez, está destinada á ser el depósito general del comercio de Europa en las Indias orientales; en una palabra, el lazo que une el Occidente con el Oriente. Existia en Alejandría un hospicio conocido con el nombre de *Hospital europeo*, destinado para recojer á los pobres y enfermos de las naciones bajo cuya proteccion estaba establecido; pero como su servicio corria á cargo de gentes mercenarias, deseábase ponerlo en manos mas inteligentes, y fueron pedidas al efecto las hijas de San Vicente de Paul. El Ilmo. Guasco, obispo de Fez, vicario y delegado apostólico de Egipto y de la Arabia, manifestó el deseo de que se les agregasen algunos misioneros y el sacerdote Pousou, á quien un largo apostolado en el Levante habia familiarizado con la lengua árabe y conocia perfectamente el pais, partió de Francia en el año 1844 con seis hermanas de la Caridad que llegaron felizmente á Alejandría. Instaladas en el Hospital europeo, abrieron al propio tiempo algunas clases, en tanto que su acompañante, preparó un establecimiento para recibir no solo á los misioneros y á las hermanas de la Caridad, con su pensionado, escuela, farmacia y dispensario, sino tambien á los hermanos de las escuelas cristianas que debiesen pasar á aquella ciudad y dirijirse á Constantinopla ó á Esmirna, á fin de completar por medio de la educacion de la juventud el bienestar moral del Egipto. El número de las hermanas pronto llegó á diez y siete, de las cuales fueron destinadas cuatro al Hospital y trece á la Casa de Misericordia. Este aumento de personal y la capacidad de la nueva casa, permitieron á las hermanas de la Caridad poder dar mayor estension á su caritativa obra, por medio de la cual adquirieron grande influencia entre los infieles, cada vez mas admirados. Solo dos sacerdotes de la Mision permanecieron en Alejandría, aguardando á que el desarrollo de aquel apostolado inaugurado por

las Hermanas, necesitase mayor número de obreros. Los hijos de San Vicente de Paul, nuevos apóstoles de la Abisinia y del Egipto, habian evangelizado en otro tiempo Madagascar (1); pero desde la evacuacion de la isla, bañada en sangre francesa, Luis XIV prohibió que sus buques tocasen en aquellas funestas playas. No obstante, Luis XVIII alzó aquella prohibicion, y fundó las nuevas colonias de Santa María y Titingues; pero ningun misionero acompañó aquella espedicion. Hasta el año 1837 no fué el sacerdote Dalmond á Santa María, empezando tres años despues la mision de Nossi-Be. Nombrado prefecto apostólico de Madagascar, llamó en su ayuda á los jesuitas. «¿Cuál es, escribia el P. Maillard, provincial de Lyon, en el año 1844 á sus hermanos, cuál es la tierra desconocida que se ofrece á nuestro celo, cuál el nuevo pueblo que va á sernos confiado? Esa tierra y ese pueblo es Madagascar, comarca cuya inmensa estension conoceis sin duda, y que parece tanto mas admirablemente colocada en nuestra provincia, cuanto ocupa la misma senda que frecuentemente deben recorrer nuestros obreros y amigos de la China y del Maduré.» El llamamiento del provincial fué escuchado y en el año 1845 los PP. Cotain, Denieau y Monnet, llegaron con el misionero Dalmond que habia ido á buscarles, á la tierra tan deseada y donde tanto bien podian hacer.

CAPÍTULO X.

Conclusion.

En todas las épocas de la historia, las misiones católicas se han estendido al propio tiempo que el círculo de los negocios humanos. Cuando los pueblos germánicos invadieron el imperio romano, y cuando la barbárie logró sobreponerse á la civilizacion, Dios reunió en el monte Cassino, bajo la disciplina de S. Benito á las milicias monásticas que debian llevar los límites de la cristiandad hasta las estremidades del Norte. Las dádivas de los señores enriquecian á los poderosos monasterios de San Gall, Fulde y Cantorbery, destinados á servir de escuelas alemanas é inglesas. Cuando las cruzadas hubieron abierto el Oriente, los dominicos y franciscanos se agregaron á la grande obra de la regeneracion, y anunciaron el Evangelio en Siria, Persia, Tartaria, China y la India. En un principio, protegidos por el gran nombre de S. Luis que les encargó sus embajadas, fueron sostenidos por el crédito de las repúblicas de Génova y Venecia, cuyo comercio se estendia á la sazon hasta el centro del Asia. Los descubrimientos del siglo xv abrieron á los pueblos europeos las Indias orientales y el Nuevo-Mundo; treinta años despues, Ignacio y sus compañeros juraron en la capilla de Montmartre consagrarse á la conversion de los infieles; y pronto las misiones de la Compañía de Jesus cubrian las costas de Malabar y Coromandel, penetraban en Abisinia y en el Japon, salvaban las murallas de la China y evangelizaban ambas Américas. La política de los reyes se interesó en aquellos grandes designios y les prestó un legítimo apoyo. Varios príncipes sostuvieron con sus limosnas y enriquecieron con sus presentes, las iglesias latinas de Tierra Santa y singularmente el monasterio del Santo Sepulcro, última guardia dejada en el suelo conquistado por las cruzadas.

No obstante, era de desear que llegase una ocasion en que las misiones se apoyasen, ya no en el favor de los poderosos del mundo, sino en la caridad de todos, por manera que los mas pequeños y los mas pobres, participasen del honor de evangelizar los lejanos imperios cuyo nombre les era algunas veces desconocido. La obra propagadora, echando raices mas profundas hasta en las entrañas de la sociedad cristiana, debia encontrar en ella una nueva savia, porque cuanto mas participase del carácter de universalidad, que es el propio carácter de la iglesia, mas debia revestirse de la fuerza divina. Este pensamiento es muy antiguo. Vése al P. Jacinto, capuchino, esta-

(1) Véase tomo II, lib. III, cap. IX.

blecer en Paris en 1632, una cofradía bajo el nombre de Congregacion para la exaltacion de la Sta. Cruz y la propagacion de la fé; pero se limitó á la conversion de los protestantes y á la confirmacion de los neófitos en la fé católica. El abate Paulmier, nieto del insular australiano que el navegante Gonneville trajo á Europa, dirigió en 1663 al papa Alejandro VII una « memoria relativa al establecimiento de una mision en el tercer mundo, por otro nombre llamado tierra austral, » en la cual indica como un medio de llevar á efecto aquel proyecto, la creacion de una asociacion formada sobre el modelo de las compañías de Indias, es decir, con el libre concurso de todos, hasta de los artesanos y domésticos, bajo la direccion de un corto número de personas esperimentadas, para contribuir con sus dádivas á la realizacion de aquella gloriosa obra; y manifiesta la esperanza de que con el ausilio de Dios, la bendicion de la sede apostólica y la aprobacion de las grandes potencias, podrá formarse una sociedad para la propagacion de la fé. La misma idea de formar una sociedad con el objeto de obtener de Dios la conversion de los infieles, fué espuesta en la época en que fué fundada la congregacion de las Misiones Estrangeras, como lo prueban las diligencias practicadas por el obispo de Heliópolis, durante su permanencia en Roma en 1665, quien solicitó del soberano Pontífice la aprobacion de una cofradía formada á aquel objeto con el título de los Santos Apóstoles. Es de creer que la lectura de las *Cartas edificantes*, contribuyó á dispertar el interés público á favor de las misiones, cuya admirable historia popularizaron; pero era necesario que pasáran las últimas tempestades del siglo XVIII, sobre todo en Francia, para fecundar la buena semilla que se habia sembrado. El dia en que Pio VII desde la colina de Fourvieres bendijo la ciudad de Lyon, de sus manos abiertas se esparció la gracia que debia hacer brotar la obra de la propagacion de la fé. Dos gritos de dolor, que llegaron el uno de Oriente y el otro de Occidente, inspiraron el designio, afortunadamente realizado, de procurar una asistencia eficaz á las misiones de ambos mundos. Dos religiosas mugeres, dos viudas cristianas, de la clase artesana, ambas fueron, por decirlo así, las fundadoras de la asociacion para recojer limosnas á favor de las misiones. Pronto el número de asociados llegó á mil, la mayor parte de la clase industrial, y los primeros ocho mil reales que se reunieron fueron enviados á las misiones de Asia. Ya fundada la obra de la Propagacion de la fé, se solicitó la aprobacion de la autoridad eclesiástica, y no tan solo fué esta concedida inmediatamente, sino que el papa Pio VII le concedió algunas indulgencias; todas las diócesis de Francia se interesaron á favor de la obra, y sucesivamente hicieron otro tanto, Bélgica, Suiza, los diversos estados alemanes (1), Italia, la Gran Bretaña, España y Portugal. Aquella cruzada de la caridad á favor de los apóstoles de la caridad, halló eco en todas partes; mas de trescientos obispos levantaron la voz á su favor; y por último, Gregorio XVI, por su carta encíclica de 1840, recomendando á todas las iglesias la Asociacion de la propagacion de la fé, la colocó entre las instituciones comunes del cristianismo. Centro natural de las misiones, por su órgano se ha publicado en lo sucesivo casi todo cuanto las concierne; porque las antiguas y nuevas *Cartas edificantes*, tienen una continuacion permanente en sus *Anales*.

(1) El antiguo discípulo de la Propaganda, el Ilmo. Resé, natural de Hildesheim, en Hanover, misionero apostólico y gran vicario de Cincinnati, despues de haber recorrido algunos reinos de Europa en el interés de su mision, pasó á Austria y pintó en Viena de un modo tan tierno la situacion de las diócesis de América, la falta de obreros y de fondos para poder construir iglesias y escuelas, las necesidades de tantas almas privadas de los consuelos de la religion, que muchas personas distinguidas y poderosas se reunieron, para formar una asociacion bajo los auspicios de la familia imperial, con el objeto de contribuir al sostén de aquellas misiones católicas. Tomó aquella asociacion el nombre de *Leopoldina*, en memoria de una hija del emperador, muerta en el Brasil. El archiduque Rodolfo, cardenal arzobispo de Olmutz, protector de la asociacion, trasmitió los estatutos á los obispos de los estados austriacos á quienes rogó que le favoreciesen y la recomendasen al celo, así como á la caridad de los fieles. Delegó el cuidado de presidirla al príncipe de Firmian, arzobispo de Viena, y la direccion central se reunió en efecto por vez primera en el palacio de aquel prelado el dia 13 de mayo de 1829. (Nota del Autor).

Para comprender debidamente los servicios prestados á la iglesia por la Asociacion de la propagacion de la fé, es preciso recordar cual era la situacion de las misiones católicas en el año 1822.

« El mundo salia de una tempestad, se lee á este propósito en los citados Anales; durante veinte y cinco años, la guerra general habia turbado la cristiandad y cruzado los mares. Las comunicaciones regulares de ambos continentes habian sido rotas; ningun pabellon protegia ya el buque que llevaba al sacerdote y con él la civilizacion. Por otra parte, los últimos acontecimientos del siglo XVIII, habian destruido la antigua y bienhechora opulencia de la iglesia. Las numerosas fundaciones, los colegios, las rentas dadas por la munificencia de los príncipes para el sostén de las misiones, habian desaparecido; faltaba el dinero para el pasage del misionero y su subsistencia hasta el lugar de su destino. Pero nada habia sufrido tanto como el mismo clero diezmado por la persecucion. Las nuevas generaciones reparaban con suma lentitud los claros que las revoluciones habian dejado en sus filas, y el celo, aunque multiplicándose á sí mismo, distaba todavía mucho de poder satisfacer las exigencias del ministerio y las necesidades de los pueblos. La supresion de las órdenes religiosas en muchas naciones católicas (1) habia cerrado sus claustros y sus escuelas, donde se habian formado las mas fuertes milicias del apostolado, y el cristianismo parecia tener bastante que hacer para levantar las ruinas de la fé, para poder pensar en fundaciones remotas. Los antiguos misioneros que habian sobrevivido, postrados por los trabajos, sentian acercarse su fin, sin poder vislumbrar quienes serian los que recogerian el fruto de sus fatigas; y á medida que uno de ellos moria, los neófitos, despues de haber enterrado á su padre espiritual, aguardaban en vano á que acudiese otro para ocupar su lugar al pié del altar abandonado. El desamparo de aquellas pobres iglesias habia llegado á un estremo tal, que permanecian ignoradas hasta por los mismos cuya religiosidad hubiese deseado socorrerlas. Con la Compañía de Jesus habia terminado la publicacion de las *Cartas edificantes*, que escitó por tanto tiempo la religiosidad de Europa con el espectáculo de los sufrimientos, por ejemplo en la conversion de la China ó con la pintura de las fiestas celebradas en medio de los salvages del Canadá. Además, los cristianos de Europa ignoraban lo que habia sido de sus hermanos de Oriente y Occidente (1), y ya no se hallaba aquel sentimiento de unidad que anima á la familia católica, y que no permite que se toque á ninguno de sus miembros sin que se resientan todos los demás.

« Las misiones del Levante, despues de haber florecido por espacio de dos siglos bajo el protectorado de los reyes de Francia, habian decaido notablemente de su antigua prosperidad. El obispado de Babilonia habia estado vacante durante veinte años; ningun misionero visitaba las cristiandades de la Persia; la congregacion de San Lázaro, no contaba mas que con un sacerdote en el archipiélago, otro en Siria, dos en Esmirna y tres en Constantinopla, reducidos á un ministerio temido entre los católicos armenios, á quienes los firmanes de la Puerta otomana dejaban bajo la dependencia del patriarca cismático, y por consiguiente, á discrecion de sus vejaciones. Al propio tiempo la insurreccion griega sublevaba los ánimos en todo el Oriente, y la venganza de los infieles perseguia el nombre cristiano

(1) Consolador es el espectáculo que ofrece la España católica despues de los males de que se lamenta el autor de la reseña trascrita, pues todos los años continua enviando á sus posesiones asiáticas numerosos obreros de la fé, la mayor parte dignos hijos de San Ignacio, quienes desde Manila penetran en las regiones del Asia central ú oriental con el objeto de evangelizar aquellos pueblos. Tambien parten de la peninsula para el suelo americano celosos misioneros sin mas mira que la salvacion de las almas. (Nota del Trad.)

(1) Hay aquí un injusto olvido de la escelente coleccion titulada « Nuevas cartas edificantes de las misiones de la China y de las Indias orientales » que recuerda lo mas importante que aconteció desde el año 1767 en las misiones 1.º, de Sse-tchouan en China; 2.º, del Tong-king; 3.º, de la Cochinchina; 4.º, de Siam; y 5.º, del Malabar y de la costa de Coromandel, misiones de que está encargado el Seminario de las Misiones Estrangeras. (Nota del autor.)

en todos los paises sometidos á su imperio.

« En el centro del Asia, los negocios religiosos parecian sostenerse, merced al celo de los carmelitas del Malabar, de los capuchinos del Tibet, y de los sacerdotes del oratorio de Ceilan; pero las hermosas cristiandades del Maduré iban arruinándose, y la serie de los sucesos, permitia ya preveer la defeccion parcial del clero indo-portugués.... La mision de Pondichery no contaba sino con un obispo y seis sacerdotes; la fé católica no tenia ninguna cátedra en Bengala; aquellas vastas comarcas parecian estar abiertas por todas partes á los emisarios del protestantismo, que se dejaban ver con las manos llenas de oro en los almacenes de la compañía de las Indias y detrás de sus bayonetas. En la península indo-china un obispo y dos misioneros gobernaban el corto número de los cristianos de Siam. El imperio anamita ofrecia un aspecto mas consolador, pues veíanse en él cuatrocientos mil católicos, un numeroso clero indígena, algunas capillas en todos los puntos mas importantes del territorio, y cerca de ellas los conventos y escuelas concurridos por una religiosa juventud, en donde crecia y se educaba en las prácticas de la fé. Comenzaba el reinado de Minh-Mang: un sordo rumor, nuncio funesto de grandes males, ya anunciaba las persecuciones que debian ensangrentarle. Tres vicarios apostólicos, con sus coadjutores y algunos sacerdotes europeos, diseminados entre aquella multitud creyente, pero amendrentada y temerosa, debian tener que sostener todo el esfuerzo del combate. Muchos estaban encorvados ya bajo el peso de la edad y de las enfermedades, y era vivísima la inquietud de los que se interesaban por el sostén y progreso de aquella cristiandad, al considerar quien guardaria el redil y lo que seria del rebaño, cuando moririan aquellos ancianos pastores.

« La China, despues de haber admitido por espacio de doscientos años en sus tribunales de matemáticas y en la córte de sus emperadores á los sacerdotes de Jesucristo, acababa de manifestar su ingratitud, renovando desapiadadamente sus edictos de proscripcion. En el año 1811, fueron destruidas tres iglesias en Pekin, quedando únicamente el anciano obispo portugués en aquella capital, en donde en otro tiempo los altares del Salvador se habian visto rodeados de mandarines convertidos y de príncipes catecúmenos. Pero el furor de los idólatras, reprimido por algun tiempo, estalló, sobretodo en el año 1814, no cesando sus funestos efectos hasta á principios de 1821. En aquella época fué cuando murieron por la fé con un gran número de cristianos, el obispo de Tabraca y el celoso misionero Clet (1); pero aquella sangre debia mas tarde fecundizar la tierra en donde habia sido derramada. Sin embargo, cuando cesó la tempestad, el clero se halló disminuido en dos terceras partes, y las escuelas destinadas para renovarlos, casi todas habian desaparecido. El vicariato apostólico de Sse-tchouan, no contaba entonces mas que con un obispo, un coadjutor, un sacerdote europeo y quince indígenas; los otros dos vicariatos del Chan-si y del Fo-kien, eran quizás los que menos habian sufrido; pero aquellas vastas jurisdicciones abrazaban un territorio harto estenso para alcanzar todos sus puntos; varias cristiandades habian permanecido por espacio de diez años privadas de la palabra y del sacrificio. ¿Qué podian hacer un corto número de estrangeros en medio de trescientos mil neófitos amedrentados y de un pueblo pagano de doscientos millones de hombres?

« Si se apartaba la vista de este cuadro aflictivo y se fijaba en la América, ¿qué se veia en ella? Las colonias de las Floridas y la Luisiana, en donde se habia estendido la religion por los esfuerzos de España y Francia, estaban sometidas al influjo de otras leyes; ya no habia en ellas aquellos osados misioneros cuya predicacion reunia á los pueblos errantes, abria sus ojos á la luz de la fé, fijaba sus hábitos y sus moradas, fundando de aquel modo nuevas sociedades; ya no se oian en las floridas márgenes del Mississipi los cánticos de

(1) Véase el capítulo v del libro iv.

los bondadosos salvages, acompañando en su piragua al amigo misionero que habia ido á visitar su tribu, dando consuelo al necesitado, enseñando al ignorante, socorriendo al necesitado y ofreciendo á todos en nombre de Dios, la recompensa al justo y al virtuoso. El pueblo anglo-americano habia tomado posesion de aquel inmenso territorio; todas las sectas de la reforma habian entrado con él, y en apariencia, no tardaron en quedar dueñas de los veinte y cuatro estados de la Union. Si de una parte la emigracion irlandesa y alemana llevaba cada año á aquel pais un gran número de católicos, de otra el error propagado por los sectarios les aguardaba en el puerto, y abria sus templos para ellos y sus asilos para sus hijos; al paso que el catolicismo estaba falto de sacerdotes, de iglesias, de escuelas, de instituciones sólidas y bienhechoras que acogieran, por decirlo asi, á aquella poblacion móvil, y no la dejáran correr ciegamente al abismo del error. Dispersos, á distancias inmensas del corto número de ciudades donde habia un altar; la mayoría vivian sin culto y morian sin ninguna clase de consuelo. La segunda generacion cedia al impulso general, y seguia á la multitud agrupada en torno de los púlpitos de los protestantes. Segun los cálculos mas bien fundados, créese que el número probable de aquellas defecciones llegó á ascender á tres millones de hombres. No obstante, la Santa Sede, que no podia ver comenzar una gran nacion sin ocuparse de su porvenir religioso, hacia mucho tiempo que le habia dado un episcopado, por manera, que ya en 1822 el arzobispado de Baltimore y sus ocho obispos sufragáneos, figuraban como las primeras columnas que debian sostener la iglesia de los Estados-Unidos. Pero aquellos títulos augustos no ocultaban la indigencia de los prelados, ni la insuficiencia del corto número de individuos con que contaba el clero. Boston no tenia mas que ocho sacerdotes, Cincinnati contaba siete y únicamente dos Charleston. El obispo de Nueva-Orleans, al ir á tomar posesion de su sede en la ciudad de San Luis, en vez de un palacio episcopal, halló únicamente una miserable granja, por catedral una cabaña formada con cuatro tablas, y por todo homenage algunas tribus de indios que le pedian predicadores, sin que le fuese posible acceder á su demanda. Parecia, pues, que las esperanzas concebidas iban á desvanecerse y que seria preciso renunciar á la América septentrional, en el momento en que empezaba á tratar de igual á igual con las antiguas potencias de la tierra.

«Ni siquiera aquella esperanza se ofrecia, ni nada revelaba que pudieran haber mejores dias para el cristianismo en las costas del Africa. Las regencias berberiscas que ocupaban el norte de aquella region, continuaban renunciando á la navegacion del Mediterráneo. Los antiguos establecimientos portugueses del Congo y Mozambique iban cada dia á menos; ninguna asistencia regular se daba á los colonos católicos del Cabo de Buena-Esperanza. Aquel vasto continente cerrado por sus escarpadas costas y sus inmensos arenales, parecia condenado á no ver pisar sus playas por el apóstol del verdadero Dios.

«Al propio tiempo, las islas de la Oceanía, se poblaban con los deportados de Inglaterra, con los marineros desertores y los aventureros de todas las naciones. Los pretendidos misioneros del metodismo, tenian en ella escuela y almacén; y sabido es como bajo su tiránica presion perecieron en un corto número de años los pueblos hijos de Sandwich y de Taiti. Un solo sacerdote habia visitado en el año 1818 á los colonos irlandeses de Nueva-Holanda, y desde entonces ningun otro habia puesto el pié en aquella cadena de archipiélagos, que se estiende á inmensas distancias como para unir el antiguo mundo con el nuevo, destinada á ser quizás un dia el lazo que deba unir á dos civilizaciones hermanas.

«Tal era el estado precario de las misiones católicas en el año 1822, casi limitadas á conservar los asientos del antiguo apostolado, é insuficientes para emprender de nuevo la conquista. No obstante, el seminario de las

Misiones Estrangeras, en medio de todas las pruebas del destierro y de la pobreza, no abandonaba á las cinco provincias confiadas á su guarda y fundaba al propio tiempo el colegio de Pulo-Pinang para el reclutamiento del clero oriental. Los sacerdotes lazaristas, á pesar del corto número á que habian quedado reducidos por las tristes vicisitudes de los tiempos, no cesaban de proseguir en la santa tarea emprendida por los sucesores de S. Vicente de Paul, procurando la salvacion de los infieles. Los reverendos PP. de la Tierra Santa, permanecian reunidos en torno del Santo Sepulcro, de donde ningun poder humano, por espacio de seiscientos años, ha podido separarles aun. Por otra parte, los religiosos de Sto. Domingo y de S. Francisco, continuaban en sus principales casas, aguardando á que les fuese permitido volver á entrar en combate....

« Durante treinta años las misiones se habian sostenido casi sin ausilio humano; pero al volver á entrar las cosas en su curso regular, convenia que la limosna asegurase al sacerdote el pasaje del buque que debia conducirle y el pan de cada dia. Fundóse, pues, la obra de la Propagacion de la fé, la cual estaba destinada no á ejercer una influencia irregular en la administracion de las cristiandades, sino únicamente para poner al servicio del apostolado los recursos terrestres de la caridad. Proponíase facilitar la salida de los misioneros, pagando su pasage, cuyo importe es muy considerable cuando se trata de viages muy largos. Debia procurar además su manutencion y poner en sus manos los fondos reservados para construir la iglesia, y despues de ella la escuela y el hospital. En fin, publicando en sus *Anales* las necesidades y trabajos de las misiones, restablecer esa correspondencia de todo el catolicismo, que interesa hasta el último de los fieles, haciéndoles concurrir al cumplimiento del plan divino....

« La vocacion apostólica, conservada en la iglesia y en el seno de las corporaciones religiosas y del clero secular, halló las condiciones de desarrollo que aguardaba, y tomó desde entonces un vuelo que nada puede ya contener. La casa de las Misiones Estrangeras, que en el año 1822 solo contaba veinte y ocho miembros, tenia noventa y ocho en 1844, mas de ciento cuarenta, tres años despues, y hoy dia es mucho mayor su número. Lo propio podemos decir de la congregacion de San Lázaro, la cual en aquella época contaba únicamente con trece misioneros europeos. La Compañía de Jesus ha vuelto á colocarse en el lugar acostumbrado, y cuenta con un gran número de sacerdotes consagrados á la conversion de los infieles en las diversas partes del mundo (1). Otras sociedades formadas en los últimos quince años, se consagran al ministerio de la palabra con un celo que promete igualar un dia la gloria que alcanzaron las antiguas congregaciones: tales son, entre otras, las de los Redentoristas, Pasionistas, Oblatos de Turin que evangelizan el imperio de Birman, la de Marsella y la sociedad del sagrado Corazon de María, consagrada á procurar la salvacion de los negros y la de los Moristas y de Picpus que se han compartido, con los benedictinos ingleses los archipiélagos de la Oceanía. Debemos consignar igualmente en este lugar las fundaciones destinadas á perpetuar este proselitismo naciente. Al efecto citarémos el seminario establecido en el año 1841 por los reverendos PP. capuchinos en Roma, y el que la religiosidad del clero irlandés, no hace mucho tiempo fundó cerca de Dublin; y puesto que enumeramos las instituciones que tanto han mirado por los intereses de la fé, no podemos pasar en silencio ese ilustre colegio de la Propaganda, monumento ya antiguo de la solicitud de los Soberanos Pontífices, en cuyo recinto, cuando las públicas solemnidades, se oyen las alabanzas de Dios proferidas en cuarenta y cuatro idiomas diferentes: como si Dios que separó las lenguas para confundir el orgullo de Babel en tiempo del pecado,

(1) En el año 1844 la Compañía de Jesus, contaba cuatrocientos setenta y cinco de sus miembros empleados en las Misiones Estrangeras, dos años mas tarde su número llegaba á seiscientos veinte y siete, y hoy dia es muy considerable (Nota del Trad.)

quisiera reunirlas ahora, para levantar un edificio mejor y congregar bajo la ley de gracia á la gran familia humana, dispersa por todo el ámbito de la tierra! »

Con tan felices auspicios y el acrecentamiento cada vez mayor del clero, ha sido dado adelantar los límites de las jurisdicciones episcopales y crear otras nuevas. En un período de un poco mas de un cuarto de siglo, han sido numerosos los obispados y vicariatos apostólicos que han sido fundados con la debida autorizacion de la Santa Sede. Y si consideramos las misiones católicas al comienzo de este período de acrecentamiento, las vemos en notable y consolador progreso en las cinco partes del mundo. Hé aquí una reseña demostrativa que tomamos tambien en gran parte de los citados anales.

Europa. — Al fijarnos en el estado de las misiones en Europa, lo que ante todo debe llamar nuestra atencion es el Levante. Lejos de haber permanecido inactivo el catolicismo en esta vasta region del antiguo mundo, ha levantado y está levantando numerosos santuarios en Atenas, en Patras, en todas las ciudades, en fin, que todavía están llenas de la memoria de los apóstoles. Al propio tiempo ha cimentado y consolidado de un modo estable sus establecimientos religiosos en los tres principados de Servia, Moldavia y Valaquia, habiendo obtenido por último los pobres búlgaros la facultad de poder reunirse y rogar juntos á su Dios bajo un mismo techo. Pero sobre todo en Constantinopla, en ese punto de reunion universal del Oriente y del Occidente, es en donde la verdad debia despedir mayor brillo, donde sus acentos debian cautivar la atencion general. Los católicos armenios, sostenidos en un principio en el destierro por los ausilios que les prestaba la obra de la Propagacion de la Fé, despues de haber sido libertados de las vejaciones del patriarca cismático, fueron reunidos bajo la paternal autoridad de un arzobispo ortodoxo, merced á la mediacion del rey cristianísimo (1). Aquel hecho pudo ser considerado como las primicias de la reconciliacion de la nacion entera hácia la unidad por el influjo de una gracia poderosa. Por otra parte, el vicario apostólico del rito latino veia aumentar su clero y multiplicarse las instituciones que, causando la admiracion de los infieles, daban gran consuelo á los cristianos. Los misioneros lazaristas, reunidos ya en número suficiente, abrieron su colegio, en donde numerosos jóvenes reportaron todos los beneficios de una educacion europea. Los hermanos de las Escuelas cristianas admitieron algunos centenares de discípulos pertenecientes á toda clase de religiones, y numerosas hermanas de la Caridad, consagradas al servicio de los enfermos y á la educacion de las niñas, no tardaron en contar en sus escuelas á muchos centenares de jóvenes, sin que el cuidado de su instruccion cristiana, las privase de ir á llevar la limosna secreta al hogar del indigente, sin distincion de creencias. Al principio, admirados los turcos de la abnegacion de aquellas humildes mugeres, que les hablaban en su lengua, que curaban sus males, é instruian á sus hijas, les preguntaban si eran ángeles bajados del cielo ó criaturas humanas. Tan bienhechora como admirable institucion ha echado profundas raices en Oriente, y hoy dia las buenas hermanas de la Caridad son tan respetadas como queridas por los infieles, habiendo procurado muchas conversiones con el influjo de su noble comportamiento, y sobre

(1) El cardenal Lambruschini era entonces nuncio en Paris. Se lee en la *Noticia* acerca de este ilustre prelado, publicada por la *Biografía de los contemporáneos*, t. VII, part. I: « Los católicos del Levante y especialmente los armenios, jamás tuvieron mas ardiente protector. A fin de sustraer á los armenios ortodoxos del yugo vejatorio del patriarca cismático, manifestó el deseo de que en el tratado concerniente á los negocios ruso-turcos, hubiese una cláusula que autorizase el establecimiento de un patriarca armenio católico en Constantinopla. Al propio tiempo deseaba que se creára en Jerusalen un consulado francés, á fin de que estuvieran mas inmediatamente bajo la proteccion de los reyes cristianísimos los Santos Lugares. Aquella indicacion hecha por el cardenal Lambruschini, se realizó algunos años despues. A ruegos del mismo nuncio, el gabinete de las Tullerías se mostró cada vez mas dispuesto á gestionar á favor de los cristianos de Oriente, consintiendo por último la Puerta Otomana en que los armenios católicos tuviesen desde luego en Constantinopla un obispo de su religion, de quien dependerian, si bien no consintió por el momento, en que fuese dado el título de patriarca á aquel prelado. » (Nota del Autor.)

todo, por los tesoros de la caridad que prodigan en nombre del Redentor de todos los hombres.

En el resto de Europa las misiones han progresado igualmente en estos últimos años, tanto en los paises donde impera solo el cristianismo, como en aquellas donde las sectas protestantes han difundido sus errores y destruido el armónico principio de la unidad. El catolicismo triunfante de las falsas doctrinas de sus hijos descarriados, penetra con la antorcha de la verdad hasta en los pueblos mas ciegos y pertinaces, y sus conquistas cada vez mayores, hacen confiar en dias mucho mejores.

Asia. — Uno de los principales esfuerzos de la predicacion debia hacerse en las dilatadas regiones de esa vieja Asia, donde el error resiste con mas obstinacion, sostenido por la innumerable multitud de naciones que lo profesan y por el poderío de los imperios que tienen su asiento en esta parte del mundo. En ella las misiones católicas se hallan en presencia de varias sectas y de tres falsas religiones: el islamismo en el occidente; el bracmanismo en los paises centrales; y finalmente, en el Oriente el culto de Buddha. Hemos historiado ya durante el curso de nuestra relacion, las luchas sostenidas por los apóstoles de la fé en esas inmensas comarcas pobladas de tantos falsos dioses; hemos visto con admiracion sus triunfos y merecimientos; resumamos ahora en un cuadro final, los hechos consumados y los esfuerzos hechos por los misioneros aislados, ó por las sociedades religiosas en estos últimos años.

Asia occidental. — Constante ha sido siempre la solicitud manifestada por la Iglesia respecto de esa region del mundo, llena para ella de los mas queridos recuerdos. En efecto, ¿cómo poder olvidar las colinas de Jerusalen donde se consumaron los mas grandes misterios, aquel suelo sagrado donde todavía está impresa la huella del Dios-Hombre, aquellas comarcas donde todo recuerda al Maestro y á los apóstoles? Mientras el mundo exista, vivirá eternamente en el corazon del hombre cristiano, dispertando en él dulcísimos recuerdos la memoria de la gruta de Patmos (1), de celebridad inmortal por haber servido de retiro á S. Juan, quien escribió en ella el Apocalipsis; ni tampoco morirán los grandes nombres de Antioquía, Esmirna y Efeso, que llenan los anales de los primeros siglos. Ochocientos años de separacion no han podido borrar su confianza; y la iglesia ha visto con gran contento que muchos pueblos del Asia, saliendo de su orgulloso aislamiento, empezaban á respetar la civilizacion europea y á envidiarle sus luces. No ignora por otra parte la Madre comun de los fieles que, el islamismo, el cisma y la herejia únicamente se sostienen por la ignorancia, y que es preciso vencerles por medio de la instruccion. Bajo este principio ha procurado sobre todo que se multiplicasen las escuelas. Hace poco tiempo que mientras se construia una magestuosa iglesia en Esmirna, la sede de S. Policarpo, honrosamente restaurada, se rodeaba de un clero numeroso; merced á los desvelos de la congregacion de Picpus abrióse un colegio para la instruccion de la juventud del pais, y muchos centenares de alumnos acuden hoy dia á recibir las lecciones de los Hermanos de las escuelas cristianas y de las Hermanas de la caridad. Al propio tiempo, veíase empezar el colegio de Antura, establecer las escuelas de Damasco, Alepo y Beyruth, y organizar las que con tanto celo ha planteado en varios puntos de la Persia y Mesopotamia el jóven y apostólico viagero francés Eugenio Boré. Entretanto, á pesar de las vicisitudes de los tiempos y de los cambios que llevan en pos de sí las revoluciones humanas, los PP. de Tierra Santa, esos últimos sucesores de los cruzados, conservan su puesto junto al sepulcro de Jesucristo; las llaves están siempre en su poder, y su paciencia no se cansará, á pesar de los ataques de los musulmanes y

(1) Esta isla muy montañosa, y en parte cubierta de rocas, corresponde al archipiélago de la Turquia asiática, hácia la costa de Anatolia al N. O. de la isla de Lero. La capital lleva el nombre de San Juan. (Nota del Trad.)

de las intrigas de los cismáticos, aunque se vean estos apoyados por el crédito de una potencia que escuda con su patronato interesado todas las sectas enemigas del nombre latino. La esperiencia ha demostrado recientemente que la Europa católica no permitirá nunca, bajo ningun concepto, que se la prive de uno de los mas preciosos tesoros de su fé y de su religiosidad. Ni el cisma ni la heregía, ni menos los sectarios del protestantismo, pueden imperar donde murió el Salvador de los hombres, de donde el príncipe de los apóstoles y sus discípulos partieron para llevar la palabra y la doctrina de su Dios hasta los mas remotos confines de la tierra. Los religiosos carmelitas, dominicos y capuchinos han vuelto á ocupar sus conventos de Bagdad, de Mossul, de Orfa, de Diarbekir y de Mardin, mientras que la Compañía de Jesus prosigue en sus misiones de la Siria, y los PP. servitas llevan el Evangelio hasta las playas del mar Rojo. Los trabajos comenzados se prosiguen con concierto bajo los auspicios de los delegados apostólicos, representantes de la Santa Sede, en los pueblos orientales que perseveran en la religion romana. Estos pueblos son en número de cinco: los maronitas, cuya fé y valor ha igualado á sus infortunios, sobre todo en estos últimos años en que el ódio musulman ha sembrado la muerte en sus moradas; pero la Europa cristiana asombrada en presencia de tan horrible espectáculo, se ha apresurado á enviar á sus hermanos toda clase de ausilios, y el rey cristianísimo, el apoyo y proteccion que ha juzgado necesarios (1); los griegos melquitas, los armenios, los sirios, los caldeos, todos con sus antiguas liturgias, respetadas como otros tantos monumentos de la unidad del dogma en medio de la variedad del rito y de la disciplina. Los acontecimientos políticos de estos últimos tiempos han sido funestos para las cristiandades orientales, cuyos individuos han sido en varias comarcas tratados con suma crueldad; pero nos cabe la satisfaccion de consignar que nuestros socorros no les han faltado, llevandoles con ellos la confianza y la resignacion, es decir, los bienes espirituales contra los cuales nada puede la tiranía, demostrándoles que así como sus sufrimientos no eran ignorados de los cristianos de Occidente, que han procurado aminorarlos, en cuanto les ha sido posible, mucho menos perdidos deben haber sido ante Dios, que se reservaba coronarlos con una gloria inmortal.

Asia central. — En el momento en que el cisma y la heregía amenazaban las conquistas de S. Francisco Javier, el Espíritu Santo que habia guiado á aquel grande hombre, velaba por su herencia. La creacion de los vicariatos apostólicos de Ceilan, Madras y Bengala, reunidos á los del Malabar, Bombay, Agra y Pondichery, ha estrechado los lazos de la jerarquía religiosa que enlaza la península; y la atencion episcopal fijada en un número mayor de provincias, ha multiplicado los esfuerzos y las obras. Mientras que los religiosos de S. Francisco recorrian los montes de Himalaya y se detenian en las fronteras de aquellos reinos del Norte donde no debia tardar en penetrar la espada de Inglaterra; mientras que el seminario de las Misiones Estrangeras elevaba de cinco á mas de cuarenta el número de sus sacerdotes en el territorio de Pondichery, y que la fé desplegaba sus pompas en la basílica de Maissur, construida por la liberalidad de un monarca indio, el clero insuficiente de la provincia de Madras se reforzaba con los misioneros irlandeses é italianos. La Compañía de Jesus ha fundado un colegio floreciente en la gran ciudad de Calcuta; sus predicadores recorren la costa de la Pesquería, vuelven á construir los derruidos oratorios y reunen á los neófitos dispersos. Los pescadores del Cabo Comorin, como en otro tiempo los de Galilea, abandonan su barca y sus redes, para seguir al apóstol que anuncia el Evangelio á los pobres. Por otra parte, el restablecimiento de los negocios religiosos en Portugal hace pro-

(1) Tambien la España católica ofreció sus hijos y sus socorros en defensa y ausilio de sus hermanos en religion los desgraciados maronitas, sacrificados bárbaramente por los ciegos sectarios del islamismo. (Nota del Trad.)

meter el fin próximo del cisma en Goa, y la reunion en un mismo centro de una poblacion que tantas pruebas tiene dadas á favor de la iglesia militante de Jesucristo y que cuenta con una poblacion católica de muchos millares de almas. (1)

Asia oriental. — Hasta aquí hemos encontrado al cristianismo en paises donde su nombre se ha hecho temer, ó en donde la inmediacion de sus ejércitos protege á los altares y pone freno á la persecucion; pero en las comarcas de allende el Ganjes, y en las zonas que se estienden hasta los confines del Oriente, hállase atrincherada la idolatría, como en su último refugio. Escudada de una parte con el apoyo de la ignorancia y de la supersticion, y de otra con el poder de las armas de los tiranos, emplea todos los medios y todas las fuerzas para resistir al saludable influjo de la doctrina salvadora con que le brinda el cristianismo y con él la civilizacion. En el Asia oriental ha tomado sobre todo la idolatría una forma sábia, que es la doctrina falaz del budismo, conservando un sacerdocio, con sus escuelas, sus leyes y sus gobiernos que las obedecen; pero mal segura en su esencia, y desconfiando de sus propias fuerzas, se ha rodeado al propio tiempo de murallas que no deja salvar á los que la combaten, y si alguna vez tiene que hacer frente por necesidad á sus contrarios, se defiende con toda la energía de la desesperacion, empleando el terror ó echando mano del hierro y del fuego. Grande era el espectáculo que debia darse al mundo en aquellos paises: las sordas amenazas que desde principios del siglo se dejaban oir acá y acullá partiendo del seno donde mas arraigada se halla la idolatría, se cumplieron por fin; y hubo momentos en que pudo creerse que las cristiandades de Tong-king y de Cochinchina perecerian arruinadas por la apostasía y por el esterminio. No obstante, Dios ha protegido á los que han proclamado la grandeza de su nombre y la sublimidad de su doctrina, porque en medio de los santuarios destruidos y de los monasterios dispersados, la iglesia annamita ha permanecido en pié, coronada con la aureola del martirio. Se ha vuelto á ver con admiracion universal lo que refieren los anales de los primeros siglos: á los cristianos ante el tribunal del procónsul; de una parte los ídolos y el incienso, y de otra las varas y las hachas de los lictores. Se ha visto á los ancianos obispos inclinar su cabeza cubierta de canas bajo la cuchilla del verdugo, y en seguida á los neófitos de un pueblo tímido, ir á la muerte con un paso tan firme y un ademan tan resuelto, como los misioneros europeos. La Providencia, en sus inescrutables decretos, ha permitido que mientras la muerte diezmaba las filas del apostolado, se acrecentase el valor en el pecho de los que tenia destinados para ir á llenarlas. Mientras que nuestras limosnas servian para rescatar los cuerpos de los que perecian por la fé, sus cadenas y sus vestidos ensangrentados, satisfacian al propio tiempo el pasage de nuevos misioneros que estaban impacientes para ir á ocupar su puesto. Pero llegó tambien un dia en que los perseguidos empezaron á temer la venganza divina suspendida sobre sus cabezas. En una tierra mas tranquila, las cristiandades del imperio de Birman salen de su inmovilidad: un nuevo compartimiento ha dividido el reino de Siam; el colegio de Pulo-Pinang hace florecer las letras cristianas en medio de los archipiélagos bárbaros. Pero el bautismo de sangre no ha faltado á las misiones de la China, no obstante el aumento en el numen de vicariatos apostólicos; el celo de los sacerdotes españoles, franceses é italianos; la fundacion de varias escuelas para el acrecentamiento del clero indígena; la fé predicada en el campo de los mongoles; tantos progresos obtenidos en tan pocos años, parecen anunciar alguna cosa grande. El Evangelio ha entrado en la China

(1) Un obispo de Goa fué instituido por el papa en 1846, pero apenas llegado á Goa favoreció y fomentó el cisma, sosteniendo á los obispos intrusos de Granganor y de Cochin, oponiéndose al ejercicio de la jurisdiccion de los vicarios apostólicos encargados de la administracion de aquellas diócesis suprimidas, y ordenando un gran número de sacerdotes indos, que envió á diferentes vicariatos apostólicos para que rebelaran á los cristianos contra los vicarios apostólicos y sacerdotes á que estaban sometidos. (Nota del Autor.)

como el Salvador en el cenáculo: estando las puertas cerradas; pero ahora que parcialmente están abiertas, entran con él todos los beneficios temporales que le acompañan. Ya la isla de Hong-kong se cubre de establecimientos religiosos; la cruz que se levanta en medio de sus factorias, y los asilos fundados para la infancia y para todas las enfermedades humanas, patentizan á los chinos que el Occidente puede darles mas de lo que recibirá de ellos. No obstante, si la abertura del Celeste Imperio parece inaugurar una era pacífica, los cadalzos se levantan en Corea á fin de mostrar que el sacrificio no cesa en la iglesia de Jesucristo, y que el libro de las actas de los mártires no estará jamás cerrado.

Africa. — La verdad cristiana se ha dejado oir de nuevo en el continente africano que parece rechazarla. Las Tebaidas despobladas, las ruinas de las iglesias Cirenaica y de Mauritania, tantos esfuerzos perdidos para la conversion del Congo y la reconciliacion de los abisinios, desarmaban el celo y afligian la fé. No obstante, el Papado, que conoce los momentos de Dios y las disposiciones de los pueblos, ha puesto manos á la obra, y ya las colonias evangélicas cultivan esta tierra ingrata y la rodean por todas partes. Una nueva delegacion apostólica abraza el Egipto; Alejandría ha visto abrirse, merced á los desvelos de los lazaristas, un colegio y una casa de Hijas de la Caridad; los PP. menores conservan sus escuelas y sus hospicios; y la presencia del clero latino sostiene la religiosidad de los coptos unidos. En medio de las humildes misiones de Túnez, Trípoli y Marruecos, la sede de S. Agustin queda cimentada en Argel; la cruz ha atravesado el Atlas y ha ido á coronar los minaretes de las ciudades musulmanas. Los árabes del desierto ya no la maldicen, porque saben que en pos de ella van la caridad y la abnegacion. Un obispo, rodeado de ocho de sus colegas, consagra la basílica restaurada de Hipona, bendice la primera piedra que los religiosos cistercienses colocan en el campo de batalla de Staoueli, y ve agruparse en torno suyo á un numeroso clero; diversas casas de educacion, de refugio y de caridad y cincuenta iglesias abrigan una poblacion católica de cerca doscientas mil almas. Al propio tiempo, los negros de la Senagambia escuchan la palabra de dos sacerdotes de su raza; un vicario apostólico y veinte y cinco misioneros evangelizan las dos Guineas, y los vicariatos del Cabo y de la isla de Francia, aseguran la perpetuidad del sacerdocio en las posesiones inglesas. Por último, la mision de Abisinia se arraiga otra vez en el suelo que mas rebelde se habia creido; cinco sacerdotes lazaristas, dos hermanos, una capilla, una escuela, algunos centenares de neófitos, son los humildes comienzos de esta obra. Los antiguos resentimientos se borran, el nombre de Roma es bendecido, y los etíopes fijan sus miradas en esa cátedra suprema que no les ha olvidado.

América. — Las misiones americanas se dividen entre los Estados-Unidos y Tejas, de una parte, y de otra, las posesiones inglesas y las colonias holandesas.

Estados-Unidos. — En medio de los peligros que rodeaban las nacientes iglesias de los Estados-Unidos, sus obispos habian puesto en Europa sus últimas esperanzas, y la obra de la Propagacion de la fé recibió por su parte un poderoso impulso. A medida que la multitud cada vez mayor de emigrados cubria el territorio, y que los desiertos se trasformaban en provincias, era necesario ocupar un suelo cuyo valor crecia con el número de sus habitantes; era preciso que los establecimientos católicos se multiplicasen, como la poblacion á que debian atender, y merced á los tributos voluntarios de la mayor parte de los reinos europeos, los misioneros cada vez en mayor número, se han estendido por los Estados-Unidos. Bajo aquel cielo estrangero, las colonias de las órdenes religiosas han encontrado la paz; por manera que la metrópoli de Baltimore que en el año 1831 solo contaba nueve diócesis y doscientos treinta y dos eclesiásticos, diez años mas tarde pudo reunir en un concilio provincial los titulares ó representantes de diez y seis

obispados, pedir la fundacion de cuatro nuevas sedes y contar sometidos á su disciplina mas de seiscientos sacerdotes, un número considerable de seminarios, asilos, comunidades religiosas y una poblacion, en fin, de muchos millares de católicos. Mientras que en las grandes ciudades del litoral una sábia predicacion reune en torno de los púlpitos á los herejes, las reducciones del Paraguay, vuelven á florecer al pié de los Montes peñascosos donde otra vez anuncian el Evangelio los hijos de S. Ignacio. Varias tribus salvages han aceptado el bautismo cristiano, y muchas otras han pedido, por medio de diputaciones, « la oracion que hace bueno al hombre en la tierra y el agua que le hace ver al grande Espíritu en el cielo. » Los mismos beneficios se estienden á la república de Tejas, donde las misiones de lazaristas, erigidas en vicariato apostólico, dilatan su círculo y reunen á los dispersos fieles.

Colonias inglesas. — Las colonias del Norte, por mucho tiempo reducidas al solo obispado de Quebec y sometidas á las intolerantes medidas que la heregía habia hecho prevalecer, han visto brillar por fin dias mas dichosos Seis diócesis y dos vicariatos apostólicos se comparten ahora el Canadá y sus dependencias. Entre las nuevas fundaciones en que se cifra la esperanza y el consuelo de nuestros hermanos, debemos citar la sede episcopal de Toronto en los confines de aquellas comarcas, en donde el cazador solo hallaba las chozas de las tribus paganas y hoy dia existen mas de cuarenta iglesias, servidas por numerosos sacerdotes, y cuya poblacion católica cada dia va en aumento por la abjuracion de los sectarios y el bautismo de los infieles. Hace apenas veinte años que el vicario apostólico de Terranova no tenia mas que tres sacerdotes; jamás el sacrificio de los altares habia sido ofrecido en las lejanas poblaciones, al paso que ahora son numerosos los misioneros, como numerosas son las iglesias y escuelas; do quiera la fé muestra su luz, y el catolicismo, profesado ya por las tres cuartas partes de los habitantes, parece estar destinado á ser el único que impere en esta grande isla, donde la pesca atrae á los buques de todo el universo. En los establecimientos ingleses del mediodía, la obra de la Propaganda de la Fé ha socorrido los vicariatos apostólicos de la Jamaica, de la Guyana inglesa y de la Trinidad. Las Antillas inglesas, que en el primer quinto de este siglo no contaban mas que con doce eclesiásticos, tienen ahora mas de cincuenta; cuarenta iglesias ó capillas, un colegio y numerosas escuelas se han ido creando para satisfacer las necesidades espirituales de ciento cuarenta mil católicos; y la fé, casi apagada, renace en las islas de Granada, Santa Lucia, La Dominica y San Vicente. Los dos vicariatos recientemente erigidos para las colonias holandesas de Curazao y Surinam, ofrecen tambien dar muy felices resultados.

Oceanía — Al terminar este rápido exámen del estado actual de las misiones católicas, nuestras miradas se dirigen á la Oceanía. No tratarémos de describir, contentándonos con bendecir á Dios, los archipiélagos abiertos á la fé. Los escollos y arrecifes é innumerables islas, cuyos nombres ignoraban nuestros padres, se pueblan de una nueva raza de cristianos; los tres vicariatos de la Polinesia oriental, central y occidental, evangelizados por los sacerdotes de las congregaciones de María y de Picpus; la furiosa resistencia del protestantismo y de la idolatría; los confesores de Sandwich y el mártir de Futuna; las iglesias de Gambier y de Wallis, renovando la inocencia y el fervor de los primeros siglos; numerosísimos sacerdotes é iglesias; veinte mil cristianos y cincuenta mil catecúmenos en aquellas playas inhospitalarias, donde hace sesenta años el navegante únicamente veia las hogueras encendidas por los bárbaros que aguardaban el naufragio para ir á saquear el buque y devorar á los tripulantes, es un espectáculo harto elocuente para que necesite comentarios.

Tal ha sido durante estos últimos años los progresos realizados por las Misiones ausilia-

das por la obra de la Propagacion de la fé. La grande empresa de la conquista universal, que se prosigue á través de los siglos, no ha cesado de ensanchar el círculo del apostolado, y merced á los combates heróicos de los hijos de la fé, es cada vez mayor el número de infieles arrancados á las tinieblas de la idolatría. Segun el pensamiento constante de Gregorio XVI, así como los pueblos tienden á la unidad del idioma, tambien tienden á la unidad de la creencia; y como los medios materiales de ejecucion se multiplican con las potentes máquinas que dan alas á las ruedas de los vehículos y á las velas de las naves, es de confiar que tal vez no está lejano el dia en que para la dicha terrenal y la eterna salvacion de las almas, todos los pueblos del universo sean hermanos en la fé, como hijos son de un mismo padre y criaturas regeneradas por un mismo Dios. ¿Quién sabe si ese grande secreto de las fuerzas del vapor que habia permanecido sellado por espacio de seis mil años á la curiosidad del hombre, se lo muestra al fin el Todopoderoso como otro de los tesoros de su sabiduría y de su inagotable bondad? Desde luego es innegable que los caminos de hierro y los buques de vapor son dos poderosos ausiliares del apostolado, dos grandes brazos que presta la Providencia á la civilizacion cristiana, con los cuales acabará por suprimir las distancias que separaban los continentes y los mares. ¡Bendigamos pues, á la Providencia y confiemos en la misericordia divina!

Antes de terminar esta obra no podemos menos de consignar nuestro profundo agradecimiento por la recompensa anticipada que obtuvimos por nuestro trabajo, mereciendo que S. S. Pio IX nos dirigiese el breve que trascribimos.

PIUS P. P. IX. — Dilecte Fili, Nobilis Vir. Salutem y Apostolicam Benedictionem. Libentissime accepimus Litteras officii et obsequii plenas, quibus, Dilecte Fili, dono Nobis mittere voluisti tria volumina nitidissimis Parisiensibus typis edita, atque imaginibus aere elengantissime expressis ornata, operis quod gallica lingua elucrubare es aggressus; cui titulus: *Histoire générale des Missions catholiques.* Etsi verò, gravissimis atque assiduis Supremi Nostri Pontificatûs curis continenter distenti, nondùm hujusmodi tui ingenii atque eruditionis fructus degustare potuimus, tamen tibi vehementer gratulamur, quod in hâc sacrarum expeditionum historia conscribendâ nihil antiquius habeas quàm omnia ad Catholicæ Ecclesiæ gloriam revocare, ejusque immortales triumphos posteritari commendare. Dùm autem debitas Tibi pro munere gratias agimus, egregiis filialis tuæ ergà Nos pietatis sensibus, quos in ipsis Litteris consignasti, prœcipuæ Nostræ paternæ caritatis testificatione respondere gaudemus. Cujus quoque pignus, ac cœlestium omnium munerum auspicem Apostolicam Benedictionem intimo cordis affectu Tibi ipsi, Dilecte Fili, Nobilis Vir, amanter impertimur. — Datum Romæ, apud S. Mariam Majorem, die 1 Julii Anno 1847, Pontificatûs Nostri Anno Secundo. — PIUS P. P. IX. — Dilecto Filio, Nobili Viro, Baroni Henrion. — Lutetiam Parisiorum. (1)

(1) Amado y noble hijo: salud y apostólica bendicion. Muy gustosamente hemos recibido tu carta llena de obsequios y de buenos deseos hácia Nos, con la cual, amado hijo, te has dignado remitirnos tres volúmenes impresos en hermosísimos tipos parisienses y adornados con elegantísimos grabados de una obra escrita en hermosa lengua francesa que tiene por título «Historia general de las misiones católicas.» A pesar de nuestras gravísimas y supremas atenciones, anejas á nuestro Sumo Pontificado, no hemos podido menos de complacernos en la lectura de este fruto de tu ingenio. Ademas, debemos manifestarte nuestro beneplácito, por haber evocado un nuevo recuerdo de las antiguas é inmortales glorias y triunfos de la Iglesia, y al paso que te damos espresivas gracias por tu obsequio y tus escelentes sentimientos filiales hácia Nos que en tu carta has consignado y especialmente hácia nuestra persona, tenemos un particular placer en manifestarte nuestro agradecimiento, en cuyo testimonio te hacemos participante gustosamente de la apostólica bendicion emitida de nuestro corazon, á ti, noble y amado hijo. — Dado en Roma en Santa Maria la Mayor el 1.º de julio del año 1847, y de nuestro pontificado el año segundo. — PIO, PAPA IX. — Al Baron de Henrion. — Paris.

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

ESTADO GENERAL DE LAS MISIONES EN LA ÉPOCA EN QUE EL AUTOR TERMINÓ LA OBRA.

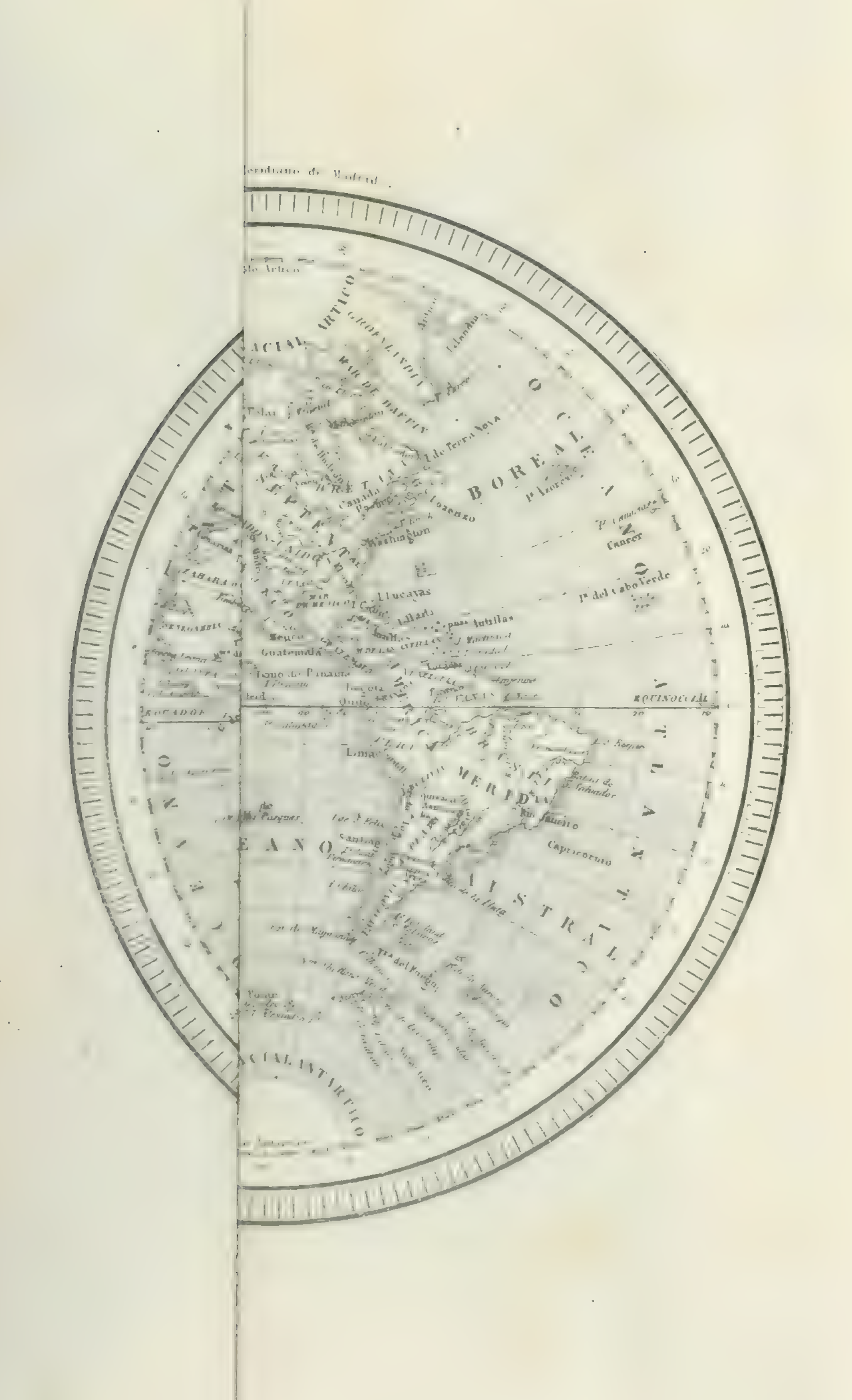
	Obispos	Sacerd.*
EUROPA.		
Vicariatos apostólicos de Escocia.	3	110
Misiones diversas del Norte.	3	44
Id. de la diócesis de Lausana (Suiza).	1	40
Vicariato apostólico de Gibraltar.	1	7
Islas Jónicas.		
Arzobispado de Corfu y obispado de Zante.	2	26
Grecia continental é insular.		
Delegacion apostólica de Grecia, arzobispado de Naxos y obispados de Sira, Tina y Santorin.	4	162
Principados.		
Arzobispado de Sofia (Servia) y vicariatos apostólicos de Moldavia y Valaquia.	3	38
TURQUIA.		
Arzobispados de Durazzo, Antivari y Constantinopla; obispados de Trebingue, Scutari, Pulati, Sappa, Alessio y Nicopoli; y vicariatos apostólicos de Bosnia, Bulgaria y latinos de Constantinopla.	10	419
Total en Europa	27	843
ASIA.		
ASIA OCCIDENTAL.		
Latinos.		
Arzobispado de Esmirna; obispados de Chio, Famagusta y Babilonia; vicariato apostólico de Alepo (delegacion del Líbano) y guarda de Tierra Santa.	5	220?*
Maronitas.		
Patriarcado de Antioquía; arzobispado de Alepo, Trípoli, Tripoli, Chipre, Damasco, Beyruth y Jerusalen, y obispados de Eden y de Gibail.	10	1100
Griegos melquitas.		
Patriarcado de Antioquía; arzobispados de Alepo, Tiro, Bosra, Diarbekir, Saida y Beyruth; y obispados de San Juan de Acre, Furzole, Balbek, Tripoli y Homs.	12	180
Sirios.		
Patriarcado de Antioquía; arzobispado de Jerusalen, administrado por el patriarca; y obispados de Nabek, Homs, Mossul y Mardin.	5	60?
Armenios.		
Patriarcado de Cilicia; y arzobispados de Alepo y de Mardin.	3	68?
Caldeos.		
Patriarcado de Babilonia; arzobispados de Diarbekir, Geizira, Mossul y Aberbijan; y obispados de Mardin, Seered, Amadis, Salmas y Karkut.	10	101
ASIA CENTRAL.		
Posesiones rusas.		
Mision de Georgia.	"	"
India.		
Vicariatos apostólicos del Tibet, Bengala, Bombay, Madras, Ceilan, Malabar y Pondichery.	7	624**
ASIA ORIENTAL.		
Imperio Birman.		
Vicariato apostólico de Ava y Pegú.	1	12
Reino de Siam.		
Vicariatos apostólicos de Siam oriental y occidental.	2	20
Imperio de Anam.		
Vicariatos apostólicos de Cochinchina, Tong-king oriental y occidental.	3	181?
Suma y sigue.	58	2566
Suma anterior.	58	2566
Imperio de la China.		
Obispados de Pekin, Nang king y Macao, y vicariatos apostólicos de Sse-Tchuan, Fo kien, Chan si, Tche kiang, Hou kuang, Yun Nan, Chan-Tong, Mongolia y Corea.	1	170?
Total en Asia.	59	2736
AFRICA.		
Egipto.		
Delegacion apostólica de Alejandría y vicariato apostólico de los Coptos.	2	50?
Trípoli, Tunez y Marruecos.		
Prefecturas apostólicas.	"	12
Argel.		
Obispado de Argel.	1	66
Guinea y Liberia.		
Vicariato apostólico.	1	25
Posesiones inglesas.		
Vicariato apostólico del Cabo y de la isla Mauricio.	2	10
Abisinia.		
Prefectura apostólica.	"	5
Total en Africa.	6	168
AMERICA.		
Posesiones inglesas del Norte.		
Obispados de Kingston, Toronto, Halifax, Charlottetown (Montreal y Quebec no figuran en las misiones: 2 obispos y 350 sacerdotes); y vicariatos apostólicos de la bahía de Hudson y Terranova.	6	145
Estados-Unidos.		
Arzobispado de Baltimore; y obispados del Estrecho, Cincinnati, Vincennes, Dubuque, San Luis, Nueva-Orleans, Charlestown, Nashville, Mobila, Richemond, Nueva-York, Boston, Filadelfia, Luisville, Natchez y Pittsburg (erijido en 1843).	17	613
Tejas.		
Vicariato apostólico.	1	5
Posesiones inglesas del Sud.		
Vicariatos apostólicos de la Jamaica, Trinidad y Guyana.	3	109?
Posesiones holandesas.		
Vicariatos apostólicos de Surinam y Curazao	1	18
Total en América.	28	890
OCEANIA.		
Posesiones holandesas.		
Vicariato apostólico de Batavia.	1	7
Posesiones inglesas.		
Arzobispado de Sydney, y obispados de Adelaida y Hobart-Town.	3	56
Polinesia.		
Vicariatos apostólicos de la Polinesia oriental (Gambier, Marquesas, Taiti, Sandwich), de la Polinesia central y de la occidental (Wallis, Futuna y Tonga-Tabu).	3	50
Total en Oceanía.	7	113
RESÚMEN TOTAL.		
Europa.	27	843
Asia.	71	2736
Africa.	6	168
América.	28	890
Oceanía.	7	113
	139	4750 *

(*) Se han señalado con interrogacion las cifras inciertas.

(**) Sin comprender el clero de las colonias francesas y portuguesas.

(*) No figuran en este estado los paises enteramente católicos del Africa, América y Oceanía. Cuando terminamos esta obra, habia 119 obispos y 4220 sacerdotes.

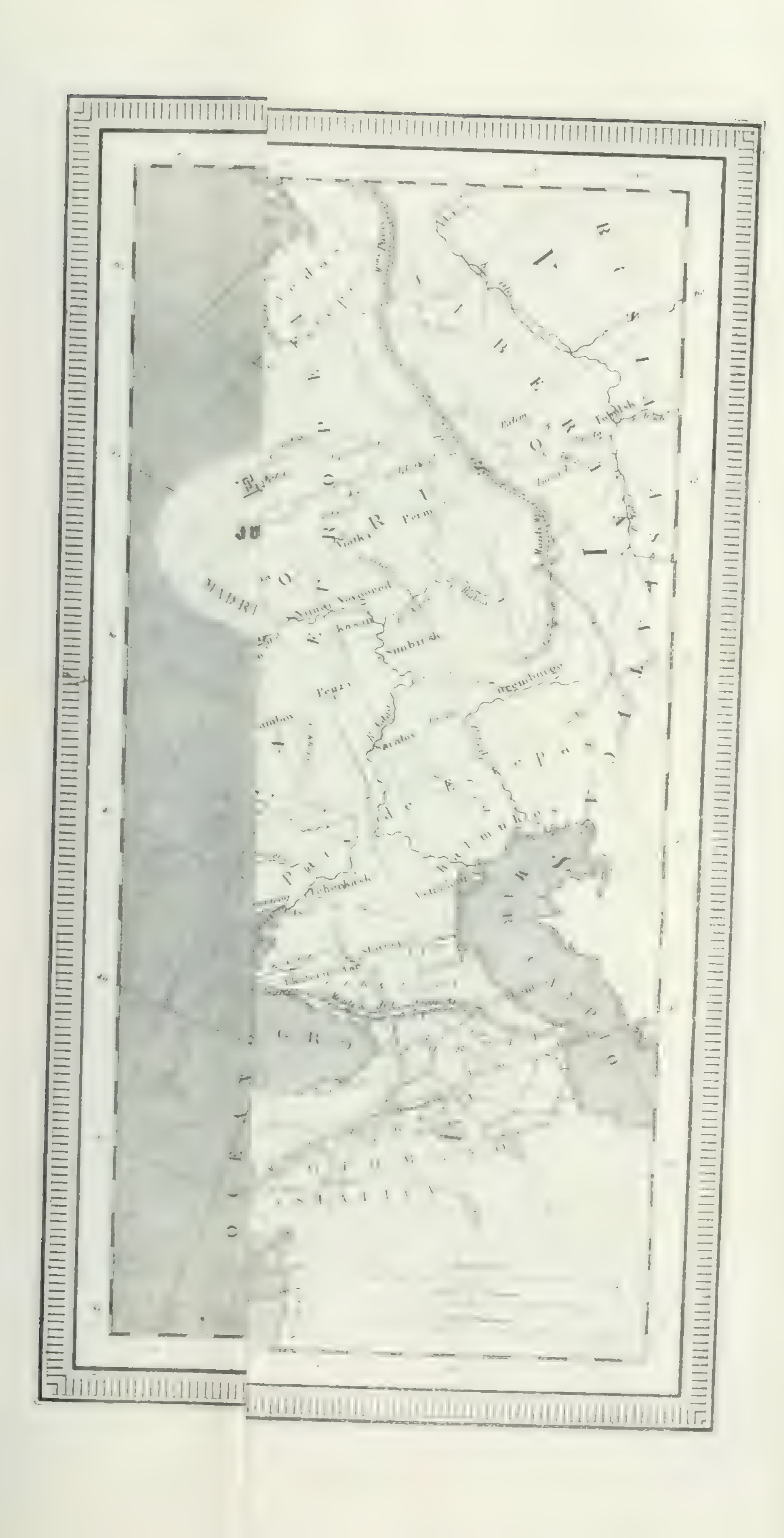
Hoy dia, el número de obispos y sacerdotes empleados en las misiones es mucho mayor del que figura en esta lista.



BOREAL
Washington
Lucayas
Guatemala
Lima
MERIDIONAL
Rio Janeiro
Capricornio
Cancer
Pª del Cabo Verde
EQUINOCCIAL

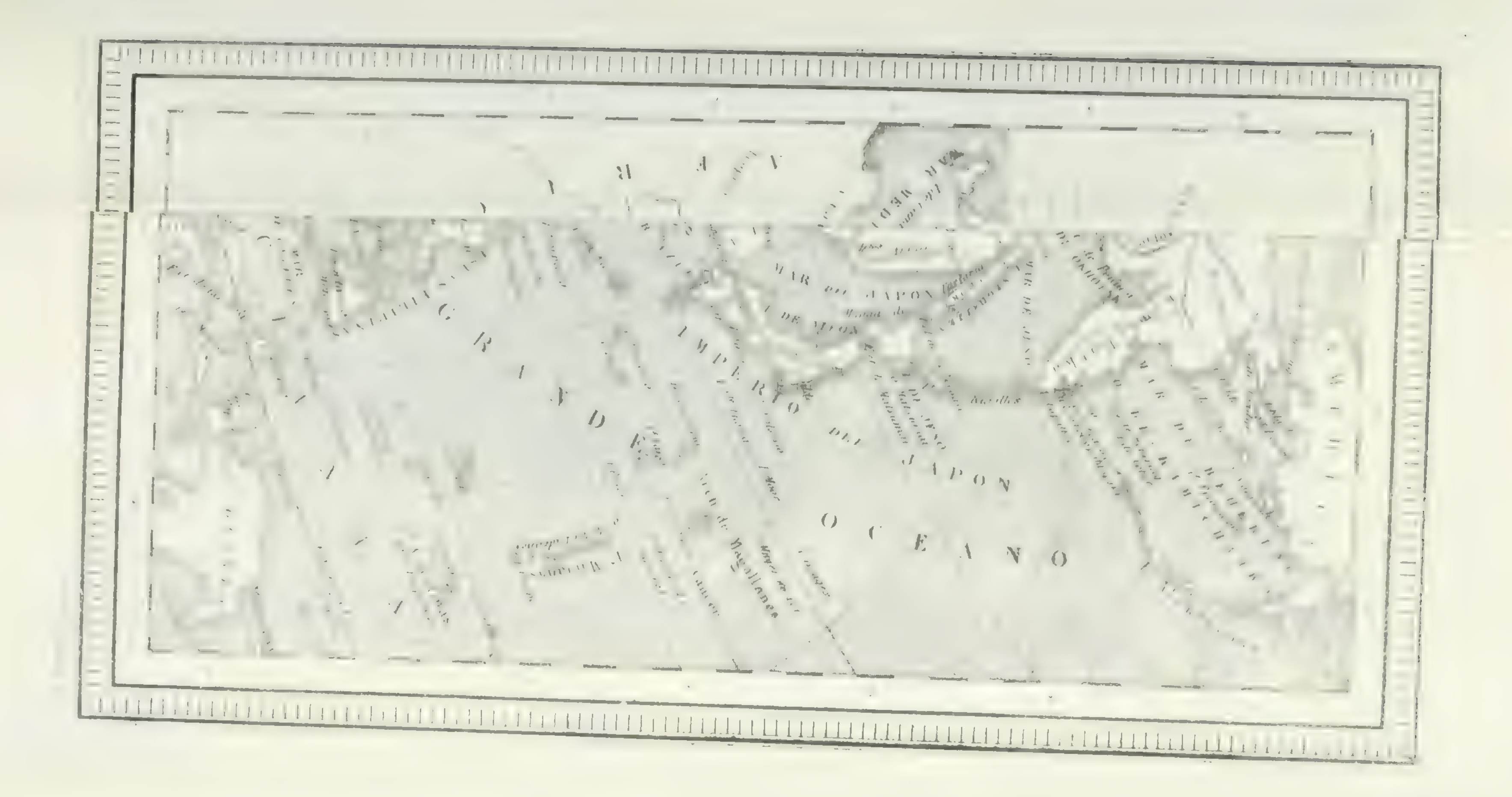


MADRID - BARCELONA 1885



Longitud del Meridiano de Madrid

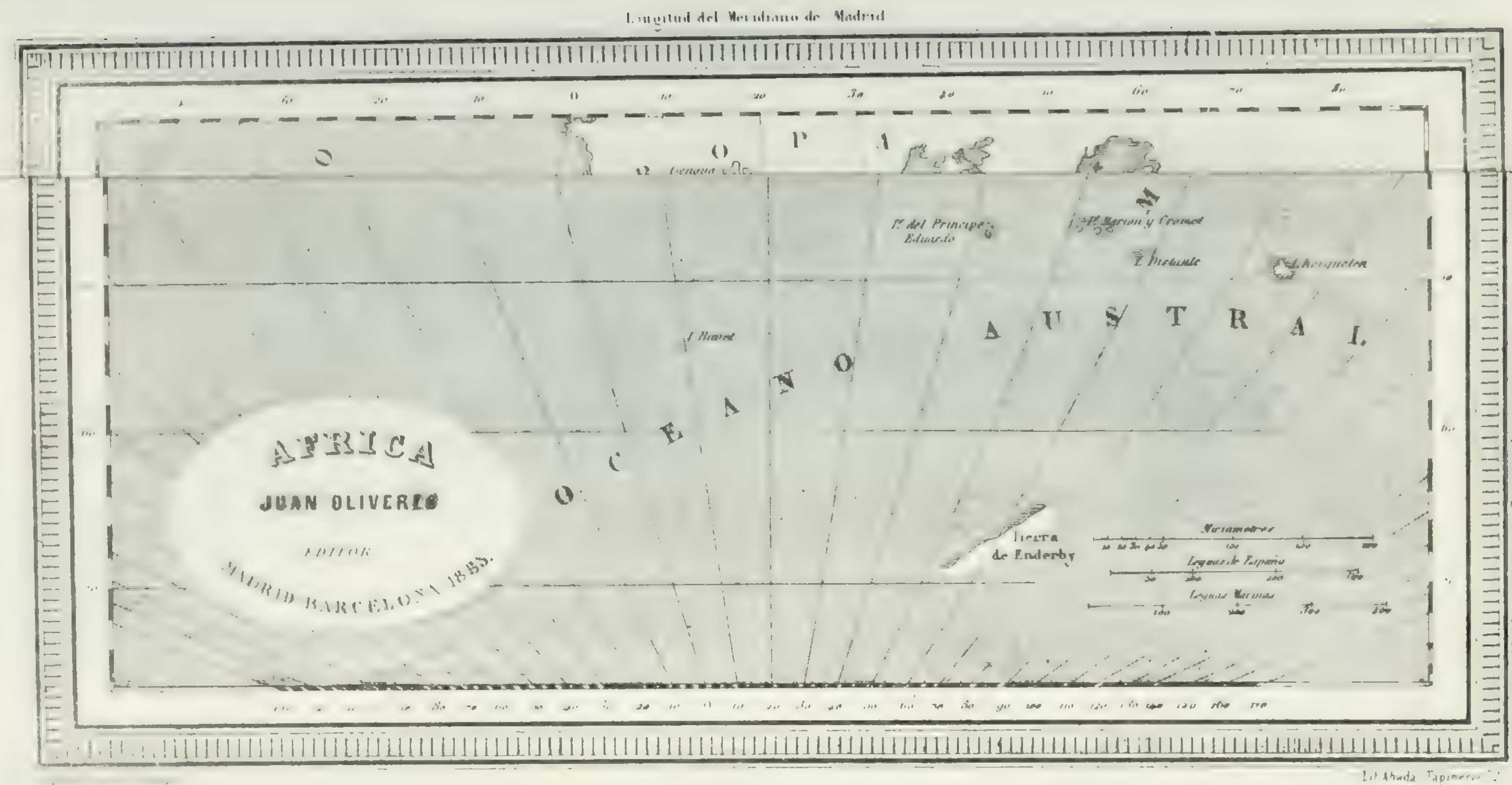




MAR DEL JAPON
MAR DE JESO
IMPERIO DEL JAPON
OCEANO
Magallanes



ASIA
JUAN OLIVERES
OCEANO GLACIAL DEL NORTE
SIBERIA
MAR DE KARA
MAR DE BEHERING
MAR DE KAMTCHATKA
MAR DE OKHOTSK
MAR DE JESO
MAR DEL JAPON
IMPERIO DEL JAPON
GRANDE OCEANO
TURKESTAN
TARTARIA
IMPERIO
MONGOLIA
CHINA
PERSIA
TIBET
ARABIA
AFRICA
MAR NEGRO
MAR MEDITERRANEO
MAR ROJO
MAR DE LAS INDIAS
G. DE BENGALA
MAR DE LA CHINA
MAR AMARILLO
I. DE CEILAN
I. Formosa
Nankin
Pekin
Delhi
Madras
Bankok
Kabul
Herat
Tobolsk
Omsk
Tomsk
Bagdad
Ispahan
Trop. de Cancer
Arch. de Magallanes
Is. Marianas
Is. Carolinas
OCEANIA
Gran Desierto de Gobi o de Chamo


Longitud del Meridiano de Madrid
AFRICA
JUAN OLIVERES
EDITOR
MADRID BARCELONA 1853.
OCEANO AUSTRAL
I.s del Principe Eduardo
I.s Marion y Crozet
I. Distante
I. Kerguelen
I. Bouvet
Tierra de Enderby
Miriametros
Leguas de España
Leguas Marinas
Lit. Abadía Tapinería

Longitud del Meridiano de Madrid

AFRICA

JUAN OLIVERES

EDITOR

MADRID-BARCELONA 1863.

EUROPA

ASIA

ARABIA

MAR MEDITERRANEO

MAR NEGRO

MAR CASPIO

GRAN DESIERTO

ZAHARA

DESIERTO DE LIBIA

SUDAN

GUINEA

GOLFO DE GUINEA

Paises desconocidos

CANAL DE MOZAMBIQUE

OCEANO ATLANTICO

MAR DE LA INDIA

OCEANO AUSTRAL

ECUADOR

Tropico de Capricornio

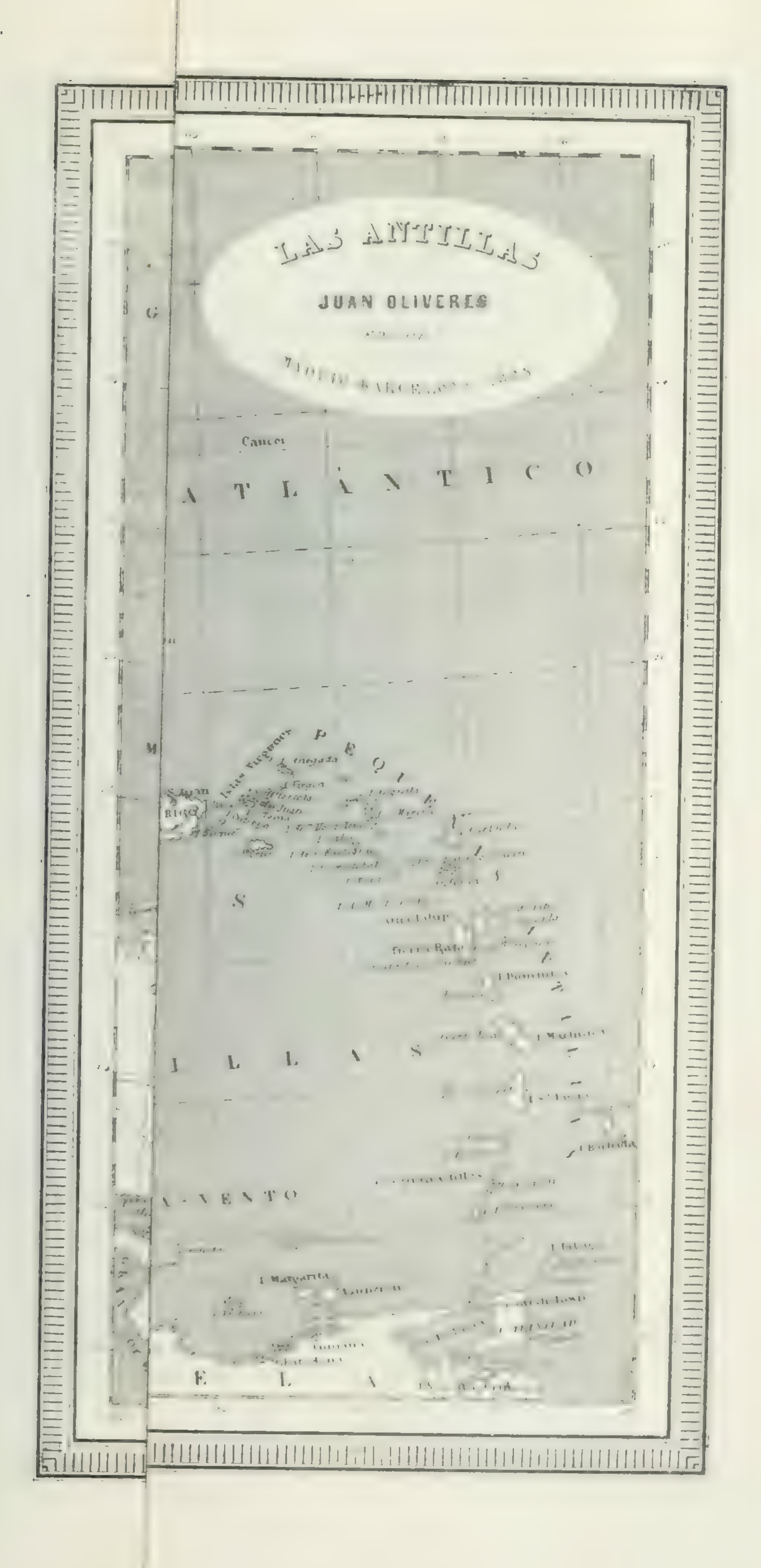
El Cabo

Cabo de Buena Esperanza

Tierra de Enderby

Grabado por J. Noguera

Lit. Abadal, Capuchinos


LAS ANTILLAS
JUAN OLIVERES
ATLANTICO
E L


Longitud del Meridiano de Madrid
LAS ANTILLAS
JUAN OLIVERES
EDITOR
MADRID-BARCELONA 1855.
Kilometros
Leguas de España
Leguas Marinas
FLORIDA
GOLFO DE MEJICO
Tropico
Cancer
OCÉANO ATLÁNTICO
ISLAS LUCAYAS
GRANDES ANTILLAS
PEQUEÑAS ANTILLAS
MAR DE HONDURAS
MAR DE LAS ANTILLAS
Is DE SOTA-VENTO
Canal de la Florida
Canal de Santaren
Canal de Bahama
Canal N.E. de la Providencia
Paso de las Islas Crooked
Paso de Mayagua
Paso de los Caicos
Paso de las Islas Turcas
Paso del Pañuelo Cuadrado
Paso del Cayo de la Plata
Desembocadero de Bahama
Paso del Viento
Canal de Mona
HABANA
Trinidad
Puerto Principe
Santiago
Baracoa
I. de Pinos
Las Gonaivas
PUERTO RICO
Guadalupe
I. Dominica
I. Martinica
Las Granadillas
I. Tabago
I. Margarita
Cumana
CARACAS
Barcelona
Maracaybo
Sta Marta
CARTAGENA
Rio Hacha
Coro
VENEZUELA
N.va GRANADA
GUATEMALA
COSTA DE LOS MOSQUITOS
Roca de Alerta
Serrana
Quita sueño
La Vela e Zabala
I. Beata

HAITI

Puerto Príncipe

I. Puerto Rico

Jamaica

GRANDES ANTILLAS

I. Guadalupe

CA MERIDI

OCEANO ATLANTICO

I. Chiloe

Is. Chonos

Pª Falkland

ó Malvinas

Est. de Magallanes

Cabo Froward

I. Georgia

Tierra de Sandwich

Grabado por Ph. Colect

Longitud del Meridiano de Madrid

AMERICA MERIDIONAL

JUAN OLIVERES

EDITOR

MADRID BARCELONA 1853.

MAR DE LAS ANTILLAS

OCEANO ATLANTICO

EQUINOCCIAL

OCEANO ATLANTICO AUSTRAL

OCEANO EQUINOCCIAL

GRANDE OCEANO AUSTRAL

IMPERIO DEL BRASIL

REP. DE VENEZUELA

REP. DE LA N. GRANADA

REP. DEL ECUADOR

REP. DEL PERU

REP. DE BOLIVIA

PARAGUAY

REP. DE LA PLATA O DE BUENOS AIRES

REPUBLICA DE CHILE

REP. URUGUAY CISPLATINA

PATAGONIA

GUYANA INGLESA

GUYANA HOLANDESA

GUYANA FRANCESA

GUYANA BRASILERA

Equinoccial

Capricornio

Tropico

GUATEMALA

Jamaica

Kingston

Cartagena

Caracas

I. la Trinidad

Bocas del Orinoco

Paramaribo

Cayena

Quito

Lima

Chuquisaca

Asuncion

Corrientes

Santiago

Valparaiso

Buenos Aires

Montevideo

Rio Janeiro

S. Salvador ó Bahia

Fernambuco

Natal

C. S. Roque

I. Chiloe

Est. de Magallanes

Is. Falkland ó Malvinas

I. Georgia

Tierra de Sandwich

I. de Juan Fernandez

Circulo Polar Antartico

Grabado por Th. Gobert



Longitud del Meridiano de Madrid
Polo Artico
AMERICA SEPTENTRIONAL
JUAN OLIVERES
GRANDE OCEANO EQUINOCCIAL
GOLFO DE
MAR DE LAS ANTILLAS
GRANDES ANTILLAS
AMERICA MERIDIONAL
Isla de Revilla Gigedo
G. de Honduras
C. Gracias de Dios
G. de Panamá
Jamaica
Guadalupe
Maria Galante
Martinica
I. de la Trinidad
Principe
Trugillo
Campeche

Longitud del Meridiano de Madrid

AMERICA SEPTENTRIONAL

JUAN OLIVERES

EDITOR

MADRID BARCELONA 1853

Polo Artico

OCEANO GLACIAL ARTICO

OCEANO ATLANTICO

GRANDE OCEANO BOREAL

GRANDE OCEANO EQUINOCCIAL

GROENLANDIA

MAR DE BAFFIN

Est. de Davis

COCKBURN

CUMBERLAND

LABRADOR

BAHIA DE HUDSON

AMERICA RUSA

COLOMBIA

MAR DE BHERING

Islas Aleutienas

Montes Peñascosos

Indios Bravos

ESTADOS UNIDOS

MEJICO

CALIFORNIA

GOLFO DE MEJICO

Bª Apalache

FLORIDA

LUCAYAS

Habana

GRANDES ANTILLAS

MAR DE LAS ANTILLAS

PEQUEÑAS ANTILLAS

G. de Honduras

C. Gracias de Dios

GUATEMALA

Isla de Revilla Gigedo

Tropico

Cancer

AMERICA MERIDIONAL

I. Longisland

Boston

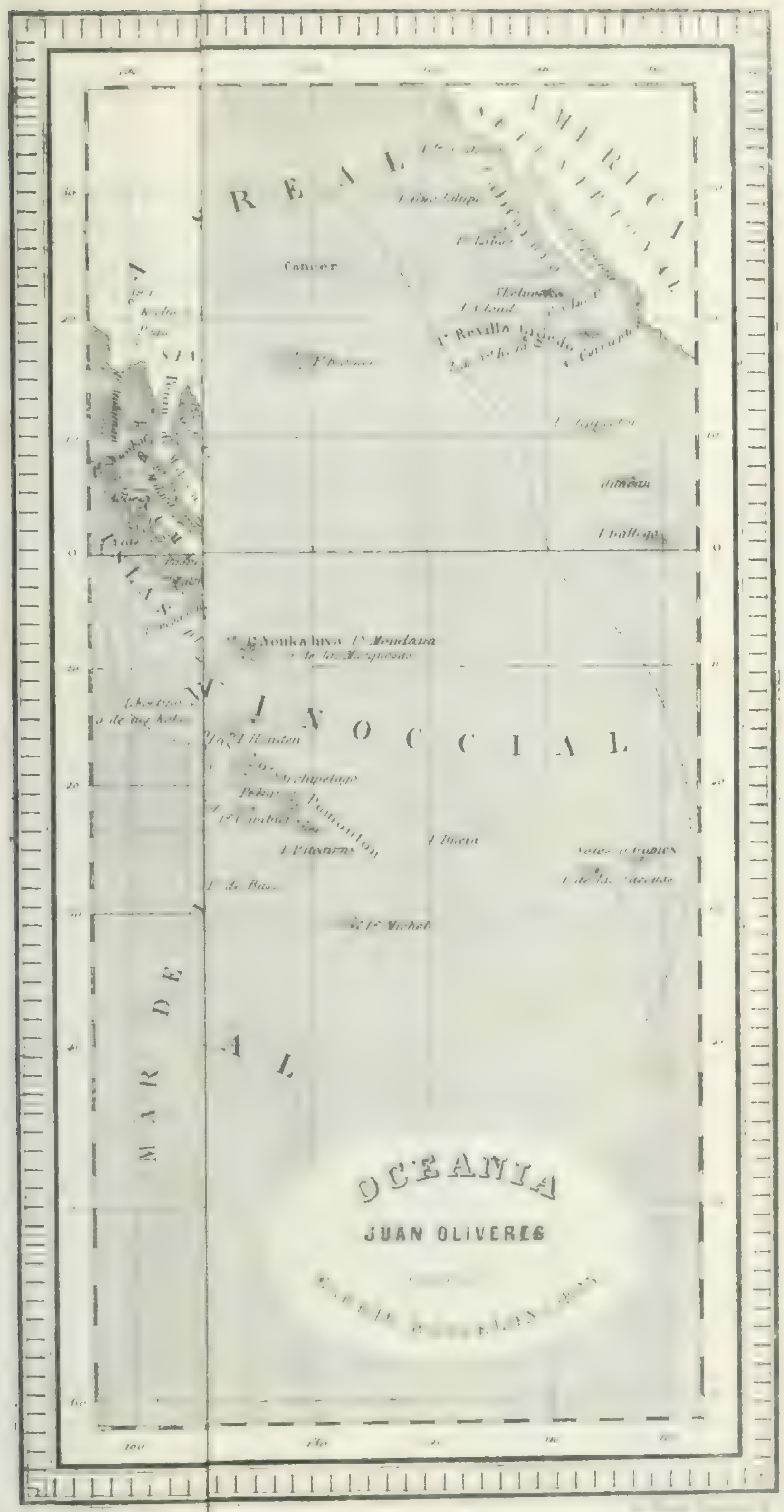
I. Jamaica

Pto Rico

I. de la Trinidad

G. de Panama

I. Malpelo


OCEANIA
JUAN OLIVERES
MAR DE
Cancer
Grabado por Th. Aubert



Longitud del Meridiano de Madrid.
OCEANIA
JUAN OLIVERES
EDITOR
MADRID BARCELONA 1883.
ASIA
CHINA
SIAM
Kamboge
JAPON
BORNEO
Mar de los Celebes
Mindanao
Manila
I. Formosa
I. Hainan
Canton
Macao
Pegu
Arch. Magallanico
Bonin Sima
Tropico
Cancer
Is. Marianas o de los Ladrones
Is. Guaham
Islas Carolinas o Nuevas Filipinas
Islas Marschal
LINEA EQUINOCCIAL
ECUADOR
GRANDE OCEANO BOREAL
GRANDE OCEANO EQUINOCCIAL
GRANDE OCEANO AUSTRAL
MICRONESIA
POLINESIA
MALASIA
MELANESIA
NUEVA GUINEA
Nueva Bretaña
Nueva Irlanda
Est. de Torres
MAR DEL CORAL
Luisiada
Nueva Caledonia
N. Hebridas
AUSTRALIA
NUEVA HOLANDA
T. de Diemen
T. de Edel
T. de Nuyts
T. de Flinders
T. de Grant
T. de Baudin
T. de Leuwin
Nueva Gales
C. Sandy
Botany-Bay
Sydney
Cabo Wilson
I. de Diemen o Tasmania
Hobart Town
MAR DE LAS INDIAS
SONDA
Ika-na-mawi
Est. de Cook
Tawai Pounamou
NUEVA ZELANDA
Auckland
I. Chatam
Bounty
I. Antipoda
I. Auckland
Is. Campbell
Is. Macquarie
Is. de la Compania
I. Norfolk
I. Howe
Is. Fidji
Is. Tonga
Is. de los Navegantes o Hamoa
Is. de Cook
Is. Sandwich o Hawai
I. Hawaii o Owahi
Is. Nouka hiva
Is. Mendana o de las Marquesas
Is. de la Sociedad
Tahiti
Archipelago Peligroso
Pomoutou
I. Pitcairn
I. Ducie
Tropico de Capricornio
I. Clipperton
I. Revilla Gigedo
I. Guadalupe
AMERICA SETENTRIONAL
I. Palmyra
I. Washington
Christmas
Starbuck
I. Gilbert
I. Bishop
I. Rotuma
I. Smith
I. Alcyon
I. Folger
I. Crespo
Grabado por Th. Gobert

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE EL TOMO SEGUNDO.

CONTINUACION DEL LIBRO SEGUNDO.

DESDE EL ESTABLECIMIENTO DE LA COMPAÑÍA DE JESUS, HASTA EL DE LA CONGREGACION DE LA PROPAGANDA.

LIBRO TERCERO.

DESDE EL ESTABLECIMIENTO DE LA CONGREGACION DE LA PROPAGANDA, HASTA LA SUPRESION DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

LIBRO CUARTO.

DESDE LA SUPRESION DE LA COMPAÑÍA DE JESUS HASTA NUESTROS DIAS.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

PAUTA

PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS DE LA HISTORIA GENERAL DE LAS MISIONES.

NOTA.— Los grabados deberan mirar siempre las páginas designadas.

TOMO SEGUNDO.

RETRATOS.

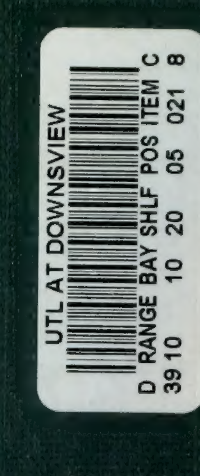
ADVERTENCIA.

Esta obra podrá encuadernarse en dos tomos, tal como la hemos publicado, ò en cuatro si asi se prefiere, á cuyo efecto damos las correspondientes portadas impresas, que de todos modos deberán colocarse : la primera al principio del tomo I, con la grabada; la segunda, en la página 401 del mismo tomo ; la tercera al principio del tomo II, con la grabada, y la cuarta en la página 337 del mismo tomo.

El editor se encargará de la encuadernacion en chagrin de los ejemplares de esta obra que le sean remitidos, á cuyo efecto tiene dispuestas cubiertas, que ha hecho construir espresamente, tan sólidas como propias para tan importante libro, al módico precio de 20 rs cada volúmen.

Tambien remitirá cubiertas sueltas al que las desee, para mandar encuadernar la obra en el punto donde resida el suscritor, al precio de 14 rs. cada una, indicando de todos modos si la quiere en cuatro ó en dos volúmenes.

Recomendamos las nuevas publicaciones que se anuncian á continuacion.


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 10 20 05 021 8